LA CARA OCULTA DE LA HISTORIA MODERNA

Jean Lombard

Tomo II

NATHAN ROTHCSCHILD



SUPERCAPITALISMO Y MARXISMO

DOS ROEDORES DE LA SOCIEDAD



CARLOS MARX

PALMERSTON [redacted]

SUELTA SU JAURIA JUDEO-MASONICA SOBRE EL CONTINENTE EN 1848

JEAN LOMBARD COEURDEROY

LA CARA OCULTA DE LA HISTORIA MODERNA

TOMO II

FUERZA NUEVA
MADRID
1980

DEDICATORIA

A mi esposa y mejor colaboradora dedico esta obra.

En memoria del Sr. JEAN LOMBARD COEURDEROY, uno de los hombres geniales que ha dado el siglo XX. Dedicó su vida y su talento a desenmascarar la conspiración judía que acecha a la humanidad. Su ejemplo nos sirva de aliento en ésta cruzada.

Nuestro reconocimiento a la Sra. Lombard por su abnegación y fidelidad.

DILIFOLLAC.

INDICE DEL PRESENTE TOMO (II)

TOMO SEGUNDO

TERCERA PARTE

LA ALTA BANCA DOMINA AL MUNDO

CUARTA PARTE

DEL CAPITALISMO DE ESTADO AL COMUNISMO TOTALITARIO

INDICE DEL TOMO III

QUINTA PARTE

OCCIDENTE, ¿CUAL ES TU DESTINO?

SEXTA PARTE

DECADENCIA DE OCCIDENTE

orquestada por Pierre-Bloch.—El proyecto Blum, contra la asimilación preconizada por Violette.—No hay autonomía de las comunidades posible en una democracia parlamentaria.—La ciudadanía, concedida a los judíos y negada a los kabilas.—El Congreso musulmán, dividido, comprometido por sus adiciones judías, desmantelado. Fidelidad a Francia vencida y al Mariscal.—Balance de la colonización: impresionante progreso material.—Orientación de los espíritus inexistente: perdida la carta bereber, por sectarismo masónico, ceguera de los arabizantes y falso cálculo del Judaísmo: «¡seis millones de orientales!».—El desembarco «aliado», fatal para el prestigio de Francia.—En adelante, las reivindicaciones que apuntan a la independencia... ¿por la vía legal?—El armisticio, ensangrentado por unas atrocidades.—Vanos estatutos, vanas palabras. Falsa democracia y fraude.—... La rebelión se organiza.—En Túnez, Burguiba, protegido por los alemanes y luego por los norteamericanos.—Mendès-France prepara la liquidación del protectorado.—En Rabat, Mohamed V juega la carta norteamericana y cubre al Istiqlal.—El Glaoui y sus berberiscos se imponen.—Gobiernos efímeros y residentes lamentables preparan el regreso de Mohamed V y la independencia.—... La lenidad de la represión estimula la rebelión argelina.—Fracaso de Guy Mollet y de Catroux.—La aventura de Suez desguarnece la defensa; congreso del Soummam.—Guerrilla urbana: poderes especiales.—Cierre de las fronteras; reestructuración administrativa.—Reacción militar y cívica.—Intrigas para el retorno de De Gaulle.—Incidentes fronterizos: peligro de internacionalización del conflicto.—¿Unión nacional o «putsch»?—Ganado por mano. De Gaulle se ofrece como cinciliador.—Argelia, sacrificada al apoyo socialista.—Instalado en el Elíseo, De Gaulle entra en tratos con el F. I. N.—De Gaulle dispersa a los militares del 13 de mayo.—Frena los éxitos de Challe y extorca en la Metrópoli los créditos del «plan de Constantina».—La autodeterminación, acogida con las «barricadas».—De Gaulle desalienta la rendición de los «fellagha».—Provoca el enfrentamiento de las comunidades.—Desbarata el «putsch» de los generales y la resistencia civil.—Para negociar con las condiciones del F. I. N.—Y entregarle Argelia después de haber doblegado a la O. A. S.—Exodo de los europeos; un régimen «titista» árabe.—...¿Había liberado Lincoln a los negros para expulsarles, o para mantenerles marginados?—En 1918 invaden el Norte y reclaman la autodeterminación en el Sur.—El Congreso panafricano de 1945: Du Bois, N'Krumah, Ghana, piloto de la independencia.—Promotor de la «Unión Francesa» de Pierre-Bloch, De Gaulle fracasa en su proyecto de Comunidad.—Las Conferencias de Acra precipitan el movimiento de independencia.—... El Africa francesa se desintegra y derrocha sus escasos recursos.—Modelo de colonización, el Congo se sume en la anarquía.—Los trusts norteamericanos derrocan a Tshombe.—El coronel Mobutu restablece el orden y la unidad.—... Fracaso de la Federación de Africa oriental.—Represión de los Mau Mau de Kenya. Dictadura venófoba en Uganda. Tanganika, bajo control chino.—Guerra de exterminio racial en Nigeria.—Estallido de la Federación austral; Rodesia del Sur, bastión blanco.—... Portugal defiende, sin espíritu racista, sus provincias de Africa.—... La Unión Sudafricana organiza la «evolución separada» de sus negros.—... Las dictaduras militares contra los neoimperialismos; rivalidad ruso-china; penetración yanqui e israelí.—... Soplando el fuego, los progresistas norteamericanos, prenden el incendio en su casa.—Los negros reclaman la igualdad; cuando les es concedida... encuadrados por los negros-blancos de las Antillas, agentes de la cruzada antiblanca... reclaman por la violencia el «Black Power»... o bien el «apartheid».

III PARTE

LA ALTA BANCA DOMINA AL MUNDO

CAPITULO XX

¿SANTA ALIANZA, O INTERNACIONAL DE LA FINANZA?

Una paz inglesa y masónica

Para reconstruir Europa, los diplomáticos se reúnen en Viena, entre el 1 de octubre de 1814 y el 9 de junio de 1815. Mientras el Congreso se divierte en los salones de Fanny Itzig, hija del banquero de Berlín, Daniel, y esposa del inmensamente rico «barón» Nathan Arnstein, Rothschild, a través de terceras personas, dirige el baile.

Gran señor, gran actor, y sobre todo de espíritu gracioso —lo que le valió la simpatía de Sacha Guitry—, Talleyrand, restablecido como ministro de Asuntos Exteriores el 13 de mayo, después de su entrevista con Luis XVIII en Compiègne el 29 de abril, reluce con esplendor en estas asambleas internacionales en las que, renunciando a los métodos de la diplomacia bilateral, se confía a un círculo reducido de hombres de Estado la tarea de resolver los problemas del mundo. De golpe, a pesar de su derrota, devuelve a Francia su categoría. Conforme con el pacto de Chaumont, que preveía consultaciones entre los Cuatro, un protocolo preliminar del 28 de septiembre les reservaba la decisión sobre cuestiones territoriales. Llegado el día siguiente, Talleyrand, después de observar: «¡Si quedan todavía potencias aliadas, yo estoy de sobra aquí!», fue admitido en las discusiones, con todos los derechos.

Había añadido, por otra parte: «Quizá soy el único que no pide nada», lo que era la pura verdad. Porque tenía mucha prisa para tratar. ¿Acaso quería poner a Luis XVIII delante del hecho consumado cuando aceptó, con la convención del 23 de abril, volver a las fronteras de 1792? ¿Por qué atarse las manos con tanta prisa y renunciar con tanta ligereza a las fronteras de Lunéville, a Niza, a Savoya, a la orilla izquierda del Rin? ¿Por qué concluir la paz en París, el 30 de mayo, según las condiciones de los Aliados (las fronteras de 1792, simbólicamente rectificadas con la anexión de Avignon y de su condado [Venaissin], de Chambéry, de Annecy, de Sarrebrück, Landau, Philippeville, Marienbourg y de unos municipios en Bélgica), en vez de englobar el futuro de Francia en el arreglo general, que iba a ser discutido

en Viena entre unos coaligados ya divididos entre sí? ¿Para acelerar la retirada de las tropas de ocupación y el retorno de los 100.000 hombres todavía encerrados en las 53 plazas que seguían resistiendo en Europa? El caso es que las tropas aliadas evacuaron el 3 de junio París, cuyos vecinos las habían acogido, ¿manifestando quizá demasiado entusiasmo para el restablecimiento de la paz? ¿O más bien para que sea irrevocable la renuncia a la orilla izquierda del Rin, ya acordada por algún proyecto prefabricado? De toda forma, Luis XVIII se encontró frustrado de las rectificaciones que deseaba: Deux-Ponts (Zweibrucken), Spire y Worms, Luxembourg, Namur y el río Sambre, Mons y el río Escaut, Tournai, Ypres y el canal de Furnes.

Sin embargo, no estaban mal pensadas las instrucciones del 10 de septiembre que Talleyrand había redactado antes de marchar a Viena, con Dalberg, Alexis de Noailles y el marqués de la Tour du Pin: en Italia, devolver Nápoles al rey Ferdinando IV y conservar sus estados al rey de Cerdeña, para evitar el predominio de Austria en la Península; en Alemania, negar Sajonia y Maguncia a Prusia para que no pueda hacerse con la supremacía en Europa central, y finalmente, no consentir a la absorción de Polonia por Rusia. Para contener las ambiciones glotonas de Prusia y Rusia, Talleyrand no encontró dificultad alguna para asociar Francia al acuerdo secreto por el cual, el 3 de enero de 1815, Inglaterra y Austria convinieron alinear, en caso de necesidad, 150.000 hombres cada una. Lo que parecía un gran éxito: nada menos que la ruptura de la coalición. Pero ¿por qué no hizo pagar el concurso de Francia, en vez de seguir dócilmente las huellas de Inglaterra? De abandonar en los puertos del Norte 31 buques, de un total de 103, y 12 fragatas, de un total de 55, que componían la flota reconstituida por Napoleón. Y de tolerar que Inglaterra «vuelva a la política de Mr. Pitt», al dirigir lord Castlereagh el 1 de octubre a lord Liverpool instrucciones con vistas a «poner Prusia en contacto con Francia en la orilla izquierda del Rin». De manera que si se regalaba Bélgica a Holanda, para compensar la pérdida de su colonia del Cabo, concedida a Londres, si se ponía el gran ducado de Luxemburgo en manos de Guillermo de Orange, y Maguncia en las del gran duque de Hesse (los dos protegidos por los ingleses), si Hanover se engrandecía y si Baviera recibía el Palatinado, Prusia se engordaba con la parte del león: las tres cuartas partes de la orilla del Rin, católica (Aquisgrán, Colonia, Bonn, Coblenz, Treveris, Sarrebrück), la mitad de Sajonia (con Torgau), Pomerania (siendo indemnizada Suecia con la anexión de Noruega), buena parte de Polonia, Posnania con Posen, Bramberg y Thorn. El resto de la católica Polonia, despedazada, sometida, sea a la dominación rusa (entre el Niemen y la Vístula), sea a la austríaca (Galicia), aunque Austria recuperaba en Italia la Lombardía y Venecia. Tampoco Inglaterra se había olvidado en el reparto: con el protectorado sobre las islas Jonianas, Corfu, para asentar mejor, con Malta, sus posiciones en el Mediterráneo, mientras que, olvidándose en este punto la vuelta al «statu quo» de 1792, se apoderaba de las islas Seychelles, de Tabago, Santa Lucía, y de la isla de Francia. Después de refrendar todos estos trueques de poblaciones, Inglaterra podía descargar su conciencia puritana, proponiendo la adopción de una resolución humanitaria, condenando la trata de negros.

Presumiendo de defensor de la «legitimidad», el representante de Francia sólo había negociado con timidez el restablecimiento de Ferdinand IV en

Nápoles (de quien había recibido 3.700.000 francos, y sólo 840.000 de Murat, vencido en Tolentino el 3 de mayo y destituido el 20), y el mantenimiento al frente de una Sajonia reducida, de Federico-Augusto (quien le había regalado seis millones). Cuando hubiera sido más ventajoso para Francia compensar a este soberano, católico y buen vecino, su reino por la orilla izquierda del Rin —como la misma Prusia lo había propuesto— o bien formar en Renania un Estado-tapón, neutral, solución en la que nadie pensó. Si los chistes del ex-obispo de Autun (que tenía como breviario los 21 volúmenes de «L'Improvisateur français») adornan todas las historias diplomáticas, no pueden hacernos olvidar que en Viena el príncipe de Bénévent sacrificó los intereses de Francia por una paz inglesa y masónica, llena de injusticias, con el correspondiente riesgo de latentes revueltas nacionales.

Un rey liberal, comprometido por torpezas ajenas

Pero el asunto salió peor todavía. Delante del areópago vienés, estalló la bomba del retorno de Napoleón de la isla de Elba, y la posición de Francia se encontró muy comprometida. Después de desembarcar en el golfo Juan el 1 de marzo de 1815, el ex-emperador ganó a su fortuna, delante de Grenoble y de Lyon, las tropas mandadas para combatirle y entró en París el 20 de marzo. Al lanzarse en esta empresa, ¿cuáles habían sido sus razones? ¿Aprovecharse de las divergencias entre los Aliados para provocar la revisión del tratado de París? Pero al contrario, se apresuraron a ratificarlo. ¿Adelantarse a las intrigas de Fouché, en favor del futuro Luis-Felipe («No he destituido a Luis XVIII, sino a Orléans», dirá él más tarde en Santa Helena), y probar una vez más su suerte, aprovechándose del descontento de los franceses? Apartado de su esposa, de su hijo, sin recursos (no se le pagaba la pensión prometida), temiendo ser transferido en un lugar más lejano (como lo pedían Talleyrand y Fouché), o quizá asesinado (en un atentado que Bruslart preparaba en Córcega), se aprovechó de la ausencia —muy oportuna y prolongada— de Camphell, encargado de custodiarle, en Liorna desde el 16 de febrero, para atracar en la costa francesa (el 26 de febrero), presentándose como el hombre del Destino. El 12 de febrero un emisario de Maret, Fleury de Chaboulon, le había informado del desafecto de la población y del rencor del Ejército hacia el gobierno real. Con los invasores, los productos británicos habían inundado el país, provocando quiebras y paros; sufriendo por causa de la ocupación, la gente, en el campo como en las ciudades, lamentaba la ausencia del emperador. En cuanto al Ejército, no perdonaba a los Borbones las medidas de desmovilización, con la consiguiente media paga de 30.000 oficiales (de los cuales 25.000 vivían en París), el nombramiento de 61 generales de división, de 150 brigadiers y de más de 2.000 oficiales procedentes de la emigración, y tampoco la desgracia de la Guardia, alejada de Fontainebleau y mandada a Metz y Nancy, cerca de la frontera, para reconstituir una «Casa del Rey», compuesta por 10.000 privilegiados, cuyo mantenimiento costaba 25 millones al erario público.

El gabinete, presidido por Blacas, secundado por los monárquicos Montesquiou y Dambray, el barón Louis en Hacienda, de Malouet en Marina, el general Dupont (el vencido de Bailén) en Guerra, Jaucourt en Asuntos Exteriores y Beugnot en Seguridad, había cometido graves errores. No obs-

tante la Carta promulgada por Luis XVIII el 4 de junio de 1814, había proclamado la igualdad de los franceses delante de la Ley y el principio de la libertad de prensa, garantizado al Cuerpo legislativo (elegido con un censo de 300 francos para los electores y de 1.000 para los representantes) el derecho de consentir los impuestos y de votar las leyes, manteniendo 91 de los ex-senadores de un total de 154 miembros, vitalicios o hereditarios, integrados en la nueva Cámara de los Pares, reconocido al catolicismo como religión del Estado, al mismo tiempo que reservaba al Rey el derecho de paz y de guerra, la iniciativa de las leyes y el poder de promulgar ordenanzas para la seguridad del Estado (art. 14).

Con su regreso, Napoleón sólo aporta la división

Retornado el emperador no podía manifestarse menos liberal. Mientras que al exterior, puesto en «cuarentena», se reconstituía contra él la coalición (25 de marzo), en el interior, lejos de reformar la unidad nacional en torno suyo no podía sino dividir a los franceses, a los que llevaba otra vez a la guerra, que su vuelta hacía inevitable. Se había notado en Lyon, donde fue acogido con manifestaciones populares de tono jacobino que recibió pálido. Y fue peor en París, donde Fouché y los ex-miembros de la Convención, los proveedores enriquecidos, empezaron imponiéndose a él. El duque de Otrante, después de escapar de la policía real en circunstancias romanescas, recobró por cuarta vez su cartera de jefe de la Policía. Y mientras un plebiscito, en el cual las dos terceras partes de los electores se abstuvieron, no brinda a Napoleón más de 1.532.450 votos (el 1 de junio de 1815), en vez de tres millones y medio cuando se proclamó cónsul, mientras la Vendea amenaza con sublevarse (15 de mayo), que Marseille se prepara a expulsar a su guarnición (25 de junio), y el Acta adicional a las Constituciones del Imperio (22 de abril), siguiendo los avisos de Benjamín Constant y de Sismondi, trata de establecer un régimen liberal llamando al voto a 100.000 en vez de 15.000 conciudadanos, realiza por primera vez una representación de los intereses económicos, y garantiza a los ex-senadores escaños de pares hereditarios, Fouché se dedica a manejar las elecciones de tal modo que en caso de derrota sea el verdadero dueño del futuro régimen.

Así penetra, el 3 de junio de 1815, en la Cámara una mezcolanza de 620 diputados, que eligen al oponente Lanjuinais como presidente, entre los cuales unos ex-miembros de la Convención (Cambon, Barère, Carnot, Le Pelletier, Merlin, Garat, Garnier), unos «constitucionalistas», al estilo de Lanjuinais y de Dupont de l'Eure, un espectro como La Fayette, unos financieros (Perrégaux, Hottinguer, Rey, Laffitte), que manejan en seguida el periodista Antoine Jay y el abogado de Aix, Manuel, colaboradores íntimos, portavoces y luego «potros» de Fouché. Para minar la influencia de este «maitre Jacques» de la política, de este incorregible conspirador, que, desde el 1 de mayo, «trabaja» la opinión a través de su periódico personal, «l'Indépendant», el emperador necesitaría una victoria.

La coalición se rehace contra él

Pero ésta parece más que problemática. El ejército de 300.000 hombres, reagrupado con rapidez por Davout, ha tenido que dispersar buena parte de

sus efectivos para guardar las fronteras (14.000 en los Pirineos; 23.000 en los Alpes; 23.000 en Alsacia, y 30.000 en Vendea), de manera que en Bélgica no alinea más de 124.000 (y 350 piezas de artillería), frente a los 120.000 (y 300 piezas) de Blücher y a los 100.000 (y 300 piezas también) de Wellington, cuando una gran masa de 500.000 coaligados amenaza con cruzar el Rin. Lo que quiere decir que, en el mismo caso de un éxito inicial, el emperador se encontraría otra vez puesto en su posición de cuando la campaña de Francia. Igual a sí mismo y tan acertado en sus maniobras, Napoleón, al ocupar Charleroi y cruzar la Sambre por sorpresa (el 15 de junio), rompe la charneta entre ingleses y prusianos y, el día siguiente, inflige en Lygny una severa derrota a Blücher, en la que estuvo a punto de perecer, aplastado por su caballo. Pero su estrella palidece y su espada tiembla en sus manos, mal secundado como lo es por su improvisado jefe de Estado Mayor, Soult, que redacta unas órdenes indecisas, cuya transmisión no vigila, como Ney, encargado de adelantarse a los ingleses en la encrucijada de los Cuatro Brazos y de cortarles el camino con 43.000 hombres, que vacila y les deja establecerse con 67.000 hombres en las fuertes posiciones del Monte Saint-Jean, por delante de Waterloo. Luego, como furioso, poniéndose al frente de 74.000 hombres frenéticos, Ney ataca sin apoyo de artillería los bastiones de vanguardia, lanza las oleadas de su infantería al asalto de las líneas inglesas sin proteger sus flancos y la masa de su caballería contra una tercera posición casi intacta. Después del grave error de entablar la lucha sólo por la tarde, Napoleón perdió prácticamente la dirección de la batalla (18 de junio). Mientras tanto, Grouchy, ejecutando ciegamente sus órdenes, se ha apartado con sus 33.000 hombres para cortar a los ingleses el camino de Bruselas, cuando Blücher recobrando su energía al oír el cañón, volvía a la batalla con sus 88.000 prusianos. De manera que ya tiene dos cuerpos suyos en línea, cuando la Guardia francesa, arrojada contra el centro inglés en un asalto supremo, se encuentra parada detrás de la cuesta por la infantería y destruída a sablazos por la caballería escocesa. Muere en el sitio, antes de rendirse, mientras sus últimos cuadros protegen con su cuerpo al emperador, su ídolo derribado, que el enemigo rendido apenas perseguirá en su retirada.

Fouché maquina el regreso de Luis XVIII

El primer informado, Fouché tuvo bastante tiempo, mientras tanto, para tomar las medidas necesarias para asegurar la sucesión. Maneja enredadas intrigas con Inglaterra, el zar Alejandro (mandando a Guiguensé a Zürich), intrigas con Inglaterra, el zar Alejandro (mandando a Guiguenné a Zürich), junio) y de Molé (el 23), entre los liberales, y entre los «ultras», a través de Vitrolles, sacado especialmente del torreón de Vincennes (el 24), y del conde de Artois, en Gante, reanuda sus relaciones con los Borbones. Con la complacencia de La Fayette procura que las Cámaras se declaren el 21 en sesión permanente, que formen primero al margen del Gabinete una especie de Junta de Salvación Pública, integrada por cinco miembros de cada Cámara, y luego el 22 una Junta de cinco miembros, o sea un verdadero gobierno provisional, bajo su propia presidencia, el día siguiente, después de descartar a Carnot, mientras ha eliminado a este «ingenuo» de La Fayette, como a otros importunos, Sébastiani, Benjamín Constant, mandándo-

les negociar las condiciones de paz con los Aliados. En cuanto a él, gracias a la intervención del bonapartista Regnaud y de Jay, obtiene el 22 la abdicación del emperador, y consigue, gracias a sutiles maniobras de Manuel, que no se mencione la nominación de una Regencia en favor de Napoleón II. De tal manera que, apoyado tanto por el ministro de la Guerra, Davout, como por Masséna, llamado por él, al mando de la Guardia Nacional, concluye un armisticio el 3 de julio y se presenta como el salvador de la Patria, como el único interlocutor válido de los príncipes y el necesario intermediario de la Segunda Restauración.

Burlando así a todo el mundo, Fouché, que votó antaño la muerte del rey, se va el 5 a Neuilly, flanqueado por Molé, como fiador de respetabilidad, y de su inseparable Manuel, en compañía de Talleyrand, negociar con Wellington el regreso del representante de la dinastía legítima. El 6 de julio, dos días antes de la entrada del rey en París, el duque de Otrante se encontraba otra vez ministro de Policía, su matrimonio con Mlle. de Castellane le abrirá las puertas del «faubourg» de moda, y su fortuna, una de las más importantes de Francia, se cifrará entre 12 y 15 millones de francos en los años de 1815 a 1830. En cuanto a su cómplice —y rival— Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores, que ayudó a Luis XVIII a redactar su Declaración, muy moderada, de Cambrai, se encarga de la presidencia de un gabinete formado con el barón Luis en Hacienda, Pasquier en el Interior, Gouvion Saint-Cyr en la Guerra, Jaucourt en la Marina, Alexis de Noailles en la Casa del Rey y Decazes como prefecto de Policía.

Francia, en cuarentena

La empresa descabellada de los Cien Días había terminado. Quedaba por liquidar su cuenta. El 20 de septiembre, los Aliados dieron a conocer sus condiciones: mera vuelta a las fronteras de 1792, con la sola excepción de Avignon, Montbéliard y Mulhouse; devolución de las obras de arte; pago de una indemnización de guerra de 800 millones, garantizado por una ocupación de siete años de duración. Condiciones muy duras. Poco calificado para abogar en pro de su atenuación, Talleyrand dimitió el 25 de septiembre y recibió la dignidad de gran chambelán, y se alejó a Fouché, nombrándole como ministro en Sajonia. Llamado por Luis XVIII, que apreciaba su lealtad, así como su nobleza de carácter, el duque de Richelieu, amigo del zar (que durante la emigración le nombró gobernador de Odessa), consiguió ablandar a Alejandro. En el segundo tratado de París, del 20 de noviembre de 1815, Francia obtuvo algunas concesiones: Condé, Givet, Charlemont, los fuertes de Joux y de l'Ecluse; reducción de la indemnización en 100 millones, y de los plazos de ocupación a cinco años, con posibilidad de evacuación anticipada. No obstante, debía renunciar a Philippeville, Marienbourg, la Sarre, Sarrelouis, Landau y a Saboya.

Francia quedaba apartada del grupo de los Cuatro Grandes, que confirmaron este mismo día el tratado de Chaumont. El 9 de junio el Congreso de Viena había concluido sus sesiones. Y preludiando, conforme con el voto de José de Maistre, a la Institución de una Sociedad de Naciones, Alejandro I había firmado el 26 de septiembre con el emperador de Austria y el rey de

Prusia el Pacto de la Santa Alianza. Alumno de La Harpe, el zar no se había liberado de la influencia martinista, muy fuerte, desde el principio, sobre la Masonería rusa. Nacida princesa de Anhalt-Serbst, amiga y protectora de los filósofos, Caterina II no se negó a la difusión de estas doctrinas por el conde polaco Grabianka y el almirante ruso Pletschejev, ni tampoco a la publicación de las obras de Arndt y de Jacob Boehme (rosicrucianos) por la «Sociedad tipográfica». De manera que, por la acción del gran maestre Novikof y del príncipe Leopouchine, una logia «Imperial» vio la luz en Petersburgo en 1784 y que, tres años más tarde, la Orden contaba ya 145 logias en Rusia y 75 en Polonia. Pero informada de que el gran duque heredero, futuro Pablo I, había sido iniciado por Novikof en 1792, la emperatriz reaccionó, mandando que el gran maestre sea internado en Schusselbourg, los príncipes Leopouchine, Tourgueniev y Nicolás Troubetskoy desterrados en sus dominios y las logias cerradas. Proclamado zar, el 17 de noviembre de 1796, Pablo I las abrió de nuevo sólo para prohibirlas otra vez y demandar a sus jefes, a principio de 1797. Cuando cayó asesinado por unos amigos del embajador inglés Whitworth, el 29 de marzo de 1801, pensaba confiar a los jesuitas la educación de la juventud.

Apenas subió al trono, su hijo Alejandro I dio muestras de tendencias liberales, llamó a Miguel Speranski (preceptor de los hijos del príncipe Kourakin, fundador de una logia «sueca» en 1777) y le encargó de preparar con el historiador Karamsín un proyecto de Constitución, y más tarde, en 1809, llamó como profesor de filosofía al capuchino exclaustrado Fressler (ex-promotor de la lucha de José II contra el Clero y ex-fundador en Berlín, bajo el patrocinio del rey Federico-Guillermo III, de la logia «York a la amistad»). Los dos marcaron de sus influencias calvinista y martinista la educación en general y más especialmente la formación del Clero ortodoxo. A instancia de otro martinista, su consejero Bober gran maestre del Gran Oriente ruso hasta 1814), el zar derogó las prohibiciones de su padre en contra de la Masonería, antes de iniciarse, mientras el gran duque Constanti y el conde Potocki patrocinaban las logias más aristocráticas (de tipo «Wladimir a la Ordenanza»), de tendencias suecas, johanitas o martinistas y alentaban la proliferación de los talleres en el Ejército. Coronándolo todo, los favoritos del soberano, la protestante Mme. de Krüdener y el martinista príncipe Galitzin cubrieron la creación de «sociedades bíblicas» (cuna de los grupos de la «Joven Rusia» socialistas) y autorizaron la publicación por Labzin de traducción de Young Stilling, y la difusión de una revista titulada «El Mensajero de Sión».

* * *

El imperio de los Rothschild se engrandece... a la sombra de los Hesse-Cassel

¿Se daba cuenta el zar idealista, de sentimientos tan liberales, que por encima de la Europa de los reyes, nacida en el Congreso de Viena, se perfilaba ya una potencia internacional mucho más fuerte: la de la Alta Finanza con el imperio de los Rothschild? Entre los plenipotenciarios reunidos alrededor del tapete verde de Viena (después de veintidós años de

matanzas y montones de ruinas) para restablecer la paz y reconstruir el continente, ¿cuántos eran sus obligados? Y ¿cuántos Estados, financieramente apurados, estaban en condiciones de resistir sus «sugestiones»?

No obstante, el origen de la dinastía parecía bastante humilde: unos quincalleros-cambiadores bajo un letrero «Al Escudo rojo» en el ghetto de Francfort. Meyer-Amschel, huérfano a los doce años, empezó como dependiente en casa de Oppenheim, en Hanover. De vuelta en Francfort, «agente de la Corte» (en 1769), se ganó poco a poco el favor de los príncipes de Hesse-Nassau, numismáticos, a los que proporcionaba medallas. Estos príncipes de Hesse eran sumamente ricos. Yerno de Jorge III de Inglaterra, el padre, Federico II, utilizando como intermediarios al judío Veidel y al banquero de Amsterdam van der Notten, al morir el 10 de octubre de 1785, había dejado a su hijo Guillermo IX, además del título de landgrave de Hesse-Cassel, una fortuna valorada en 50 millones de thalers. Rubicundo, este «gallo» emplumado, impío y muy amigo de los «Iluminados», notorio bienhechor de la humanidad, mantenía en su corral a muchísimas queridas «aves», de las que tenía unos cincuenta hijos. Como este tren de vida le costaba caro, «criaba» también a unos soldados uniformados de rojo y de impecable presentación que revendía a Inglaterra. Este tráfico de «zapoletes» (así llamaba Thomas More a los mercenarios) siendo de excelente rendimiento y la guerra de Independencia americana absorbiendo una cantidad de ellos, el padre Federico había realizado en 1776 un beneficio de 3,5 millones de marcos con el suministro de 12.000 hombres, entre los cuales fueron pocos los que volvieron a su patria. Fiel a esta tradición familiar, su hijo Guillermo traspasó también a Inglaterra su regimiento de Hanover.

Gracias a Buderus, intendente de este príncipe, Amschel reinstalado en Cassel en 1787, consiguió ganarse una posición importante, al lado de Simón Moritz Bethmann, en el descuento de letras y luego en los préstamos que hacía el landgrave, aficionado a la usura. Establecido ahora «Al escudo verde», y vecino de los Schiff —futuros magnates de la alta finanza norteamericana— desde que Guillermo expulsó a los franceses de Francfort en 1793 y suministró 8.000 hombres a los británicos, Rothschild prosperó como proveedor de guerra y se aprovechó tan hábilmente del cierre de la plaza de Amsterdam, ocupada por el ejército revolucionario en 1796, que sus impuestos sobre beneficio pasaron de 2.000 a 15.000 florines y su fortuna pasó del millón. ¡Ya está lanzado! Casa a su hijo Salomón con Carolina Stern, de otra rica familia de Francfort, se asocia con el príncipe de Thurn and Taxis, maestre del Correo imperial, que le proporciona interesantes informaciones, se aprovecha de los préstamos del príncipe de Hesse al emperador (un millón de florines en 1795 y medio millón en 1798) para ganarse el título de «agente de la Corte imperial», obtiene créditos (160.000 thalers en noviembre de 1801; 200.000 florines en julio de 1802) y hasta siete préstamos hasta 1806, del landgrave, casado con Carolina de Dinamarca, que participa en los empréstitos daneses. Escalonados hasta 1805, estos préstamos (7.000 y 600.000 thalers), gracias a las facilidades a largo plazo que le consiente su correligionario Lavaetz de Hamburgo, brindan gruesos beneficios a Amschel, que «nutre» él mismo el último, de 400.000 en diciembre de 1810.

Pero en el intervalo Guillermo de Hesse (ascendido a príncipe-elector después del tratado de Lunéville en 1803) viene a ponerse en peligro por

apartarse de la Confederación del Rin y prestar 10 millones de thalers al rey de Prusia antes de la batalla de Iena (2 de diciembre de 1805). Antes de la ocupación de Cassel por los franceses el 1 de noviembre, necesita poner en seguridad sus joyas y 1,5 millones de valores en casa del embajador austríaco, de ocultar cajas de plata (cinco millones) y títulos en Wilhelmshöhe (donde el general Lagrange los descubre, devolviendo luego buena parte de ellos mediante una gratificación). Entonces el viejo Rothschild y su yerno Moisés Worms esconden sus archivos y otra parte de sus títulos en su casa, en Francfort. Son servicios que no se olvidan. Y como, al descubrirse el tráfico de Lagrange, el príncipe de Hesse ha huido a Carlsbad el 28 de julio de 1808 y el mes siguiente a Praga, Rothschild actúa de enlace entre él y Buderus, su comandatario, que se quedó en Hesse. No sin riesgos para Amschel, aunque sea protegido por Dalberg y por el rey Jérôme de Westhfalia (como lo hemos visto más arriba), cuando viene el momento de las encuestas y de las pesquisas que acompañan la gran ofensiva de los franceses contra el contrabando en Francfort, en noviembre de 1810 (de un total de 9,5 millones de francos de multas, los Rothschild no pagaron más de 20.000).

...Prospera en Londres

Pero, a pesar de su habilidad maniobrera, Amschel no hubiera pasado de la condición de un judío de Corte de Europa central, si no hubiese mandado por una genial inspiración a su tercer hijo Nathan a Inglaterra en 1798. Establecido primero en Manchester, con un viático de 250.000 florines, traficó de todo, tanto de paños como de productos coloniales, triplicando su puesta. Luego, vino a Londres en 1804, pidió su naturalización en 1806 y se casó con una Cohen, llegando así a ser el cuñado del riquísimo Moisés Montefiore, descendiente de una antigua familia judía italiana (de Liorna). Con unos préstamos, hábilmente distribuidos —sobre los fondos proporcionados por los príncipes de Hesse— a los cortesanos (200.000 libras a los duques de York y de Clarence, al príncipe de Gales, futuro Jorge IV, y otras 640.000 libras hasta 1810), fortaleció rápidamente su posición.

Entonces sonó la hora de los grandes negocios internacionales. Buscando un refugio para su fortuna (en el momento de financiar de nuevo, con la connivencia de Amschel, al emperador de Austria contra Napoleón), el príncipe de Hesse encargó al Rothschild de Londres la misión de comprar para él títulos del 3 % británico, por un valor de 150.000 libras, una vez, dos veces durante el año 1809, y luego de 150.000 y 100.000 (el 6 de diciembre de 1810). Pero, antes de negociar estos títulos, Nathan utilizó el dinero. Compró lingotes de la Compañía de Indias, preciosos metales por todas partes y se especializó en transferencias clandestinas, hasta el punto de detentar el monopolio de estas operaciones. Así consiguió, sea a través del contrabando oficial por Gravelines (donde su hermano Salomón se instaló el 25 de junio de 1810) o bien por el intermediario de su hermano James (que mandó a París el 4 de marzo de 1811) y de los banqueros Mallet, Charles Davillier y Hottinguer (que le ayudan a transformar sus guineas, al ritmo de 100.000 por mes, el 24 de marzo de 1811, en letras sobre unos banqueros españoles, sicilianos o malteses), encaminar el nervio de la guerra, los subsidios que Wellington esperaba en vano en España, desde dos años. Finalmente, las idas

y venidas de James a Dunkerque no pasaron inadvertidas; desde Hamburgo, en febrero de 1812, el mariscal Davout las señaló al prefecto de Policía Desmarets pero el ministro de Hacienda, Mollien, obnubilado por la idea de que esta hemorragia de oro sería fatal para Inglaterra, cerró los ojos.

...Se dedica a transferir los subsidios ingleses

De ahora en adelante, Nathan es el mejor situado para transferir los subsidios, arrojados por Inglaterra, madre de las coaliciones, sobre el continente. Cuando la casa Rothschild se transforma el 27 de septiembre de 1810, repartiendo su capital de 800.000 florines entre el padre Meyer-Amschel (370.000), 185.000 a cada uno de sus dos hijos mayores, Amschel junior y Salomón, y 30.000 a cada uno de los dos últimos (Charles y James), Nathan, independiente teóricamente, mantiene sus manos libres. Con el acuerdo de lord Liverpool, primer lord de la Tesorería y del canciller del Exchequer Vansittart, goza de la entera confianza del comisario Herries. Entonces se encargan los Rothschild de transferir cinco millones de thalers a Prusia y 10 a Rusia (conforme con las promesas de la convención de Reichenbach, del 14 de junio de 1813, de 666.666 libras a la primera para la movilización de 80.000 hombres y del doble a la segunda), con un mínimo de letras sobre Londres. En cuanto a Austria (que, según el tratado de Toeplitz del 3 de octubre de 1813, debe recibir un millón para 150.000 hombres), los banqueros de Francfort encuentran más dificultades para conquistarla, porque tiene unos cuatro intermediarios habituales: Beymuller, Arnstein-Eskeles, Steiner, el conde Fries y, en el extranjero, Parish de Hamburgo. No obstante, el conde O'Donnell, presidente de la Cámara de Finanzas, y el consejero Barbier toman contacto con los Rothschild, y el príncipe de Hesse, que contribuirán luego con 100.000 thalers en la coalición. Pero como no podían ofrecer más que 5,8 millones de thalers en varias creencias, entre los cuales 140.000 sobre el ministro prusiano Hardenberg, fracasó la negociación. Pasó lo mismo con las propuestas de transferencia de la última chapa de 555.555 libras de subsidios (confiada al judío alemán von Limburger) y de una participación por la mitad, de acuerdo con Barbier, en la transferencia, por Bruselas, de los gastos de ocupación (en agosto de 1814). Aunque Herries puso en contacto a Nathan con Federico de Gentz, principal consejero de Metternich, el ministro de Hacienda, conde Ugarte, siguió descartando a los Rothschild y manteniendo su confianza a Bethmann. Pero, después del retorno de la isla de Elba, su sucesor Stadion, diplomático sin experiencia financiera, aceptó por fin, a instancia de Herries y de su agente Limburger, interviniendo cerca del comisario austríaco Sehwinner en Francfort, confiar a los Rothschild el pago de dos meses de subsidios ingleses a Austria (277.777 libras hasta diciembre de 1815). Por fin Viena abrió sus puertas a Salomón: Stadion, a pesar de la oposición de Lederer, aconsejó a Metternich ennoblecer a los Rothschild para obtener de ellos condiciones más ventajosas (Amschel y Salomón, el 25 de septiembre de 1816; Charles y James, el 21 de octubre) y, nombrar a Nathan cónsul honorario en Londres, y tres años más tarde a James, en París.

De un total de 42,5 millones de libras pagadas por Herries en el continente, entre el 1 de octubre de 1811 y octubre de 1816, los Rothschild,

comisionados por Londres, transfirieron la mitad. Apenas se cierra este capítulo de los subsidios, cuando se abre otro con el pago de la indemnización de 700 millones cargada sobre Francia por el tratado de París. Porque también en París los Rothschild disponen de una posición fuerte. Desprovisto de todo recurso, Luis XVIII, para volver a su capital el 3 de mayo de 1814, tuvo que pedir a Herries un préstamo de 200.000 libras, que proporcionaron Nathan y James. En consecuencia: sin previa naturalización, James se establece oficialmente como banquero. Será el intermediario obligado de los acreedores reconocidos por el tratado. Barbier, presidente de la Comisión aliada encargada del reparto de la indemnización (1 de diciembre de 1815), confía a los Rothschild, en concurrencia con los cuatro banqueros tradicionales de Austria y con el grupo Baring-Ouvrard, gran parte de los pagos a Viena (8,6 millones de florines al 1 1/4 %) cuando muchas veces no se trata de meras transferencias, como en el caso de las deudas de Austria al Wurtemberg.

Manipula el Congreso de Viena

Reconocidos ya como la primera potencia financiera de la época, los Rothschild mandan sus propios delegados al Congreso de Viena (que la policía austríaca vigila muy de cerca) a Jacob Baruch, el padre llamado Börnes y J. J. Gumprecht, y distribuyen cantidad de regalos a Federico de Gentz, secretario general del Congreso, a Guillermo de Humboldt, embajador prusiano, y otros. Su posición les permite abogar en favor de sus correligionarios, tanto cerca de Metternich, que les reconoce los derechos cívicos (el 9 de junio de 1815), como en la nueva Dieta federal y el Senado de Francfort, gracias al apoyo de Hardenberg, del príncipe de Hesse y de Buderus, a pesar de la oposición del conde Buol, representante de Austria. Con la reunión del Congreso de Aquisgrán (del 20 de septiembre al 4 de noviembre de 1818) se presenta otra oportunidad de proseguir estas negociaciones. El objeto de esta asamblea es de liquidar la cuestión del pago anticipado de la indemnización por Francia y fijar las condiciones del cese de la ocupación. Firmadas el 9 de octubre, estas convenciones son ejecutadas el 30 de noviembre. El 4, el gobierno de Luis XVIII ha sido admitido de nuevo entre los Grandes. Sentados al lado de los magnates de la Alta Finanza, Baring y Hope, Salomón y Charles (que acaba de casarse con Adélaide Herz) representan esta vez en persona a la casa Rothschild. El delegado de los judíos de Francfort, doctor Budcholtz, consigue la nominación de una Comisión de Arbitraje sobre el problema (10 de diciembre de 1818). Ha sido muy bien acogido por Metternich, y sobre todo por el secretario general de la Conferencia, Federico de Gentz, que, desde 1815, como Talleyrand, recibe dinero por todas partes (300 y luego 500 ducados de Rusia, 800 y más de Prusia, del banquero judío Lamel, de Parish, etcétera) y que, cebado por frecuentes regalos (800 ducados el 27 de octubre, y los días 2 y 12 de noviembre) y por unas gratificaciones de más valor (5.000 florines, etc); así pensionado por los Rothschild, llega a ser su mejor agente de información y de propaganda (en abril de 1826), al mismo tiempo que paraliza a sus enemigos (prohibiendo, por ejemplo, en Austria la difusión de la «Allgemeine Zeitung», del editor Cotta de Augsbourg, que se atreve a atacarlos el 4 de diciembre de 1821). Porque la creciente influencia de los judíos en una Alemania donde el

movimiento nacionalista toma fuerza, viene a provocar unas violentas reacciones populares, particularmente en Wurzbourg, Bamberg y Francfort (el 10 de agosto de 1819). Pues Fichte no tiene más ternura para ellos que Goethe: siendo para él la única solución «¡conquistarles su Tierra Prometida para mandarlos allí a todos!». Pero unos años más tarde, después del reemplazo del conde Buol por el barón von Munch (en agosto de 1824), los judíos de Francfort (con excepción de algunas restricciones) finalmente ganaron su causa.

Engorda con los empréstitos estatales

Entretanto se abría para los Rothschild la era tan fructífera de los empréstitos estatales. Empezando por el empréstito prusiano emitido en Londres en 1817-18. Pues para ellos Prusia es un terreno muy favorable. ¿No era el viejo Meyer-Amschel el corresponsal en Francfort de los banqueros de Berlín? ¿No se adhirió, con el príncipe de Hesse, al «Tugendbund»? Buen amigo de David Friedländer y de Isaac Jacobson, Hardenberg, nombrado canciller en 1810, siempre protegió a los judíos. Intervino en 1803 para parar la difusión del panfleto de Grattenauer, «Wieder die Juden», distribuido en 13.000 ejemplares. A final de 1808, con el acuerdo de Stein, les concedió los derechos de ciudadanía en las ciudades, luego descartó los proyectos de reforma y de asimilación preparados por Brandt y von Schrötter, que pretendían cortarles la barba e imponerles el alemán, para concederles, el 11 de marzo de 1812, igualdad completa de derechos (con excepción del acceso a algunas funciones del Estado). Viejo contertulio de los salones berlineses de Henriette Herz y Dorothée Mendellsohn, ¿el embajador Guillermo de Humboldt no entregó a los Rothschild la tarea de administrar su fortuna? Desde que la coalición se reformó (el 25 de marzo de 1813), Nathan respondió al favor de estos potentes amigos, mandando a su hermano Salomón a Berlín para llevar, en dos plazos, 200.000 y 150.000 libras de subsidios para la intervención de 150.000 hombres. De manera que ahora no hay dificultad para concluir un préstamo de cinco millones de libras. Emitido a 72, llegará a la paridad en 1824 y será convertido en 4 % a 98,5 en diciembre de 1829. Buen negocio, seguido por otra emisión por Nathan en 1822, por un valor de 3,5 millones de libras.

Entonces le toca el turno a Inglaterra, donde emite Nathan fondos de Estado por un valor de 12 millones de libras, con condiciones bastante moderadas. Y luego el de Austria, donde Stadion intenta quitar de la circulación el papel-moneda devaluado y reducir el déficit anual de 20 millones de florines. Nathan acaba de ser nombrado cónsul honorario en Londres (el 3 de marzo de 1820), cuando, el 7 de abril, los Rothschild emiten un empréstito-lotería de 20 millones de florines (cuyo coste es de 36 para el Estado) y, cuatro meses más tarde, 35 millones de obligaciones (cuyo coste es de 76,8, más 4 % en comisiones). Como estos fondos cotizarán luego 150, el beneficio realizado será muy bonito. A los Rothschild también Metternich concede (con un interés de 3,5 %) unos 20 millones de francos de la indemnización francesa, destinados a la futura edificación de una fortaleza en la orilla del Rin. Entonces Salomón se establece en Viena y recompensa a Metternich por unos préstamos importantes (pero por otra parte en forma

regular): 900.000 florines el 23 de septiembre de 1822 (como un servicio se paga con otro correspondiente, los cinco hermanos reciben el título de barón, el 29, y Nathan, pronto, el de cónsul general en Londres) y luego, el 1 de junio de 1827, otro de 500.000. Durante la Conferencia de Verona, en 1822, Salomón paga los gastos personales del canciller: 16.370 liras. No obstante, sus proposiciones de un empréstito de 30 millones de florines a 70 (28.785.000, costando 42.875.000) parecen un poco exageradas. Serán rechazadas otra vez en 1823, cuando se encuentra en competición con Laffitte y Geymuller, pero finalmente Metternich los acepta en 1824, pero a 82 y con tres asociados. El canciller había pedido también la intervención de Salomón y de Nathan cerca de Baring y de Reid Irving para conseguir de Inglaterra un arreglo para la liquidación de una antigua deuda de 6,2 millones de libras contratada en 1795 y 1797: cuando Inglaterra, descontenta por causa de la intromisión austríaca en Italia, exigía su reembolso inmediato. Se concedió una reducción a 2,5 millones de libras, o sea 30 millones de florines de obligaciones, 5 a 82 2/3 (en octubre de 1823).

De esta intervención, decidida en los Congresos de Troppau (octubre de 1820) y de Laybach (enero de 1821), los Rothschild se aprovecharon para introducirse en Italia. Llegado a Laybach el 29 de enero de 1821, Salomón proporcionó los fondos que permitieron al cuerpo expedicionario austríaco derrotar a sus adversarios en Rieti el 9 de marzo y entrar en Nápoles el 24, borrando así la molesta impresión provocada por la revuelta de Alejandría en la Bolsa de Viena. Llegado a Nápoles el 12 de abril, Charles, el más joven de los Rothschild, emite toda una serie de empréstitos: 16 millones de ducados a 60 (que cotizará 76,5 en junio de 1821, con una comisión del 3 %), más 16,8 millones a final de noviembre de 1821, a 67,3; 22 millones en septiembre de 1822; seguidos por otro, el cuarto, de 2,5 millones de libras a 89 4/5, que cotiza pronto 96,75 y hasta 108. Excelente negocio para los Rothschild, mientras la Deuda napolitana, de 28 millones de ducados pasaba a 104 en 1824. Ahora los cinco hermanos se encontraban instalados: Amschel en Francfort, Nathan en Londres, Salomón en Viena, James en París y Charles en Nápoles.

Siguiendo el ejemplo de Nathan, James había distribuido el maná de la amistad entre las personas más influyentes de la capital francesa, donde vivía ahora en el hotel de Fouché. Nombrado el 11 de agosto de 1821 a la dignidad honorífica de cónsul general de Austria, mantenía las mejores relaciones con los Borbones, pero también discretas inteligencias con Luis-Felipe de Orléans. Con no menos habilidad anda con rodeos en los asuntos de España, que examina el Congreso de Verona (el 20 de octubre de 1822), donde acompaña a Ouvrard, mientras Salomón acompaña a Metternich y a Gentz. Es un embrollo para los Rothschild: si las otras potencias aprueban la intervención francesa, Inglaterra, por el contrario, apoya a los «liberales» y se aprovecha del desorden en la metrópoli para tener las manos libres en América del Sur. Nathan estaría dispuesto también a sostener a los «constitucionalistas», que, a través del banquero Bertrán de Lis, piden a James de evitar o de retrasar la campaña del duque de Angoulême, dejando esperar la caída del gabinete de San Miguel (29 de marzo de 1823). Pero como el ejército real pasa la frontera el 7 de abril de 1823, dispersando a los voluntarios franceses de Fabvier, y penetra en Madrid el 23 de mayo, James

ya no puede regatear su apoyo. Ofrece fondos al gobierno de Villèle (11 de mayo de 1823), financia al duque de Angoulême, proporcionándole, por ejemplo, por el intermediario de su agente en Madrid, Belín, dos millones de francos de letras sobre Londres, con el fin de negociar la liberación del rey Fernando VII, prisionero de las Cortes de Cádiz (el 23 de junio de 1823). En Francia, con el concurso de sus hermanos, consigue obtener, a pesar de la competición de otros cuatro banqueros, entre los cuales Laffitte, la adjudicación, a 89,55, de 23 millones de francos de renta emitida por Villèle para cubrir los gastos de la expedición (a principio de julio de 1823). Aunque la cotización sea alta, como llegó a 91,25 el 11 de julio, pasó la paridad el 17 de febrero de 1824, para establecerse a 104,80 el 5 de marzo, el beneficio fue cuantioso.

Estimando posible una conversión del 5 al 3 %, Villèle discutió de las condiciones correspondientes desde marzo de 1824 con James, Nathan y Baring, a quienes pensaba reservar el beneficio del primer año, o sea unos 28 millones, pero la Cámara de los Pares se «encabritó» y rechazó el proyecto el 3 de julio de 1824, por 128 votos contra 94. Se aprovecharon de esta oportunidad el duque de Chillon para denunciar sin rodeos a «estos grandes capitalistas (cosmopolitas que) disponen de la suerte de los imperios y pueden sacudirlos en momento críticos, sacando de golpe sus fondos»; el ex-ministro de Asuntos Exteriores, Pasquier, para fustigar «el consorcio de las Grandes Compañías financieras (que) parecía intentar llegar al monopolio de todos los capitales». «Debe Francia dar un ejemplo a Europa, concluye él, frustrando la coalición que amenazaba su independencia». El proyecto, presentado otra vez por Villèle el 1 de mayo de 1825, llegó a poco: la conversión de rentas por un valor de 30,5 millones, que provocó tal caída en la Bolsa (de 75 a 62) que los cuatro Rothschild (a excepción de Nathan), atemorizados, conferenciaron en París con toda prisa para remediarla.

La continua expansión de las operaciones de los cinco hermanos, dominando ya la mayor parte del crédito en Europa y, por lo tanto, maestros de la paz y de la guerra, justificaba plenamente las críticas de los Pares. Aprovechándose del Congreso de Verona, Gentz les había traído el zar como cliente para la emisión de un empréstito de seis millones de libras. Pero no era todavía el momento para la finanza judía de comprometerse a fondo en operaciones con Rusia. Cuando Nicolás I, en su lucha contra los turcos, siguiendo los consejos de Metternich y de Nathan, solicitó su apoyo en marzo de 1828, se negaron a concedérselo. Así como lo negaron a los turcos, condenados al pago de una indemnización de 11,5 millones de ducados holandeses por el tratado de Andrinopoli del 14 de septiembre de 1829. Poseedores de una gran cantidad de títulos de Estado (en 1830 detenían todavía rentas francesas por un valor de 18 millones), su más evidente interés era el mantenimiento de la paz en Europa.

Una potencia supranacional

Verdadero poder internacional, como necesitan para sus especulaciones la información más rápida, disponen del servicio de correo mejor organizado y más rápido del mundo, generalmente cubierto por la inmunidad

diplomática. Así pueden transmitir al gobierno inglés, a través de un agente en Ostende, el 20 de junio de 1815, la noticia de la victoria de Waterloo, como más tarde la del asesinato del duque de Berry. En el Congreso de Verona, este voluminoso correo llama la atención de los diplomáticos. Aunque Salomón y James fueron sorprendidos por la sublevación de 1830 en París (acababan de absorber 80 millones de rentas francesas para financiar la expedición a Argel, a 102,72 —por encima de la paridad—, para eliminar la competencia del judío español Aguado y de Mallet, que ofrecían 97,55 y 98, respectivamente), fueron ellos los que advirtieron de estos acontecimientos, tanto el gabinete de Londres como, por otra parte, Metternich.

Pero dan prueba de la mayor reserva en los asuntos de España y de Suramérica, países hacia los cuales, desde 1808, Inglaterra dirige el mayor esfuerzo de las logias que, otra vez, domina. Si endosan en 1824 en Londres los compromisos del Brasil y si conceden a este país (donde los judíos juegan un papel enorme) un empréstito de 800.000 libras en 1829, cuidan mucho de apartarse de la especulación sobre los valores mineros suramericanos que van a provocar en la Bolsa de Londres en 1825-26 un «krach» y una crisis en la cual se hundió la casa Fries de Viena y que provocó el suicidio de David Parish de Hamburgo. No obstante, Nathan apoya la política inglesa en favor de los insurgentes, empleándose en disuadir a sus hermanos de conceder créditos a España. A la concesión de un préstamo de 120 millones de pesetas, pedido por Fernando VI y Villèle a Baring, Irving y los Rothschild, estos últimos oponen la exigencia de una contragarantía a la que Francia se niega para tomarlo a 60 (diciembre de 1823). En la mi-septiembre de 1824, después de deliberar en Londres, los cinco hermanos se niegan a conceder otro préstamo de 25 millones de libras a España.

* * *

Contra la administración ibérica en América

Utilizados como campo de batalla después de la invasión napoleónica, tan pérfidamente aconsejada por Talleyraud, los Estados ibéricos perdieron el control de sus colonias americanas, donde Inglaterra, a través de las logias allí creadas, se presentaba como una potencia libertadora.

Si la expansión portuguesa, heredera de los métodos púnicos, siempre en busca de escalas marítimas y de nuevas factorías a través del mundo, tuvo durante mucho tiempo un carácter predominantemente comercial, en Brasil por lo menos había implantado un verdadero Imperio. En cuanto a España, nutrida de las tradiciones romana y católica, y continuando más allá del mar la reconquista dirigida durante siglos contra los infieles en su propio territorio, ocupó sistemáticamente los países conquistados, para buscar allí por cierto oro y riquezas, pero también para propagar la fe, implantando su civilización, su idioma, sus leyes y su administración. Si algunos de los «conquistadores» —no son santos todos los colonizadores— se manifestaron crueles hacia los indígenas, si el sistema de las «encomiendas» poniendo a su merced tropas enteras de indios no conversos —probablemente necesario al principio para la explotación y el desarrollo del país—, cubrió bastante excesos, al menos España, preservada de la influencia del bárbaro racismo

bíblico y de los métodos hipócritas expuestos por Thomas Moro en su «Utopía», que provocaron la deliberada exterminación de los indios en Norteamérica, denunció por la voz de sus propios misioneros (un fray Bartolomé de las Casas, por ejemplo) los excesos que le daban vergüenza, y protegió por una legislación adecuada los pueblos de cuya suerte se había encargado.

Vigilaba la aplicación de esta política el Consejo de las Indias (creado en 1511, organizado en 1524 y definitivamente regulado por la Real Ordenanza del 24 de septiembre de 1571). Residiendo en Sevilla, lo integraban un presidente, unos auditores y unos asesores, y toda clase de expertos y veedores con todos los poderes. Representaba al Ejército y la Supremo Corte en materia colonial, nombraba o confirmaba la nominación de los oficiales, promulgaba los reglamentos, «presentaba» a los arzobispos y obispos, actuaba de Tribunal de Apelación por encima de las Audiencias, de los Tribunales provinciales, examinaba las actas sobre la gestión de los gobernadores. Estos «Juicios de Residencia» tenían un carácter muy original. Sucesores de los «Adelantados», de estas autoridades avanzadas de la Reconquista en Castilla y de los primeros años de la penetración en América, virreyes y capitanes generales, representantes directos del rey pero demasiado alejados de su amo como para pedir refrendo de sus decisiones, disponían de unos poderes casi ilimitados, pero esta autoridad total venía compensada por la responsabilidad correspondiente cuando al finalizar su período de mando se abría una encuesta sobre la gestión del procónsul, en la que se oían las quejas de sus subordinados como de sus administrados. No era ésta sólo una Alta Corte conociendo de los crímenes de abandono de territorio o de exceso de poder, sino una corte de examen de gestión, con una responsabilidad total, pecuniaria como penal, de los funcionarios.

Durante el siglo XVIII, bajo la influencia de las reformas centralizadoras «a la francesa» introducidas por los Borbones, esta Administración había sido modificada por la creación de un ministerio de las Indias, la limitación de los poderes del Consejo de las Indias (que será suprimido por las Cortes de Cádiz en 1812) y la institución de los intendentes. El reinado de Carlos III, soberano «ilustrado», con un entorno de ministros y de notables «hermanos masones», como el conde de Aranda, el duque de Alba, el conde Pedro Rodríguez de Campomanes, Gaspar-Melchor de Jovellanos, el conde de Montijo, el marqués de Valdelirios y otros, fue marcado por unas tentativas de flexibilización del régimen administrativo y comercial al cual las Indias se encontraban sometidas. A los ministros «liberales» correspondían virreyes tolerantes, Revillagigedo, Bucarelli en Nueva España (México), Gil de Taboada, F. de Croix en Perú, Vertoz en la Plata (virreinato creado en 1776), Manso en Chile, La Cerda en Nueva Granada (Colombia), Luis de las Casas en la Habana. El conde de Aranda había considerado en 1783 la posibilidad de aplicar una forma de pacto de familia colonial, reagrupando los territorios americanos en tres reinos casi autónomos: México, Costa Firme y Perú, bajo un común «emperador», Godoy, ministro de Carlos IV y favorito de la reina María-Luisa, recogió el proyecto en 1804, con la institución de unos «príncipes-regentes». De manera que España no se había cerrado por completo a las ideas liberales. Creador de las concepciones modernas del Derecho internacional, Francisco de Vitoria había proclamado

el principio de la igualdad entre los Estados, como el padre Mariana el de la igualdad entre los ciudadanos, en tanto que Suárez fundaba el Estado en el consenso de sus administrados. En 1797, Villalba expuso un plan de reforma incluyendo la abolición de los virreyes, la representación por mitad de los «americanos» en las Audiencias y a través de diputados en el Consejo supremo de Sevilla.

Inglaterra impulsa a los criollos a la insurrección...

Las dos trabas a su libertad peor soportadas por las colonias de América son la exclusión de los criollos del gobierno y el monopolio a España del comercio exterior. El papel de árbitros, reservado a los funcionarios españoles encargados de la gestión de los asuntos en la primera fase constituye la mejor garantía de convivencia para los dos grupos étnicos enfrentados, indios autóctonos y criollos o colonos europeos nacidos en el país. Pero, después de fortalecer su posición, estos últimos pretendieron jugar un papel político. En la primera mitad del siglo XVII ya un magistrado del Perú, Juan Solórzano Pereira, abogaba por su causa. En su arenga «Elogio», en la Universidad de Lima en 1781, José Baquijano y Carrillo proclamó sus derechos, así como Juan Bautista Mariel en Córdoba (Argentina). En su «Carta a los españoles americanos», publicada en Filadelfia en 1799, el jesuita Juan Pablo Viscardo y Guzmán escribió: «el nuevo mundo es nuestra patria».

Esta toma de conciencia política iba acompañada por el despertar de intereses económicos en pleno desarrollo. Al principio las colonias vivieron en un régimen de monopolio comercial, porque no podían hacerlo de otro modo. Se necesitaba una flota de guerra para proteger los convoyes contra los ataques de los corsarios franceses o ingleses, de los piratas o filibusteros. Entonces era cosa normal que la Casa de Contratación de Sevilla tenga el privilegio de organizar los viajes, de encaminar hacia la metrópoli los pesados galeones cargados con oro, piedras o metales preciosos, de productos exóticos, azúcar, café, etc., y de suministrar a los territorios de Indias todo lo que les hacía falta, de los colonos, procediendo de Extremadura o de Andalucía (y en menor número de Galicia, de las Vascongadas o de Levante), pasando por el ganado y las semillas, hasta las guarniciones, sus armas, material y municiones. Durante mucho tiempo Panamá, el término de estas flotas, fue la feria de los intercambios en Centro y Suramérica. No procedían de otra manera todas las grandes Compañías privilegiadas, sean francesas, británicas u holandesas. Pero pasando el tiempo, el monopolio, al no ser más indispensable, parecía injusto. Madrid se daba cuenta de esto y por ejemplo Jovellanos, entre otros, deseaba la flexibilidad de este régimen. Y como se intensificaba la prospección local, los viajes de hombres de ciencia europeos, La Condamine, Bonpland, Souiergues, Haencke, Ulloa, Juan y sobre todo Humboldt, llamaban la atención sobre las riquezas del continente y sobre el evidente interés en abrir este mercado al comercio internacional (1).

---

(1) Fue precisamente el barón von Humboldt el que reveló a Simón Bolívar, un plantador de San Mateo, en Venezuela, su vocación de «libertador», durante un viaje en París. «El tiempo ha venido, dijo el geógrafo alemán, para que la América española sea libre, pero hace falta un gran hombre para emprender esta tarea.»

Estas tendencias hacia la emancipación venían también alentadas por el ejemplo contagioso de las revoluciones americana y francesa. Como las obras de Voltaire, traducidas por Urquijo, la Enciclopedia y los libros de los filósofos circulan en América. Sociedades de pensamiento y periódicos difunden sus ideas. En Nueva Granada (Colombia), desde 1788, bajo el nombre de Escuela de los Sabios, José Celestino Mutis, procedente de Cádiz en 1760 y fundador de una biblioteca pública en 1777, instala un vivero de revolucionarios y desarrolla su propaganda con la ayuda del capitán de los Guardias Rodríguez de Arellano y de Antonio Nariño, mientras el doctor Espejo publica «El nuevo Luciano». En Lima (Perú), la Asociación Filarmónica de José Rossi y Rubí se transforma en 1790 en «Sociedad de los Amantes del País», donde el monje Diego Cisneros, de San Jerónimo, ex-confesor de la reina María-Luisa, difunde las ideas de los enciclopedistas. En Chile el hijo del virrey irlandés O'Higgins, de vuelta de Europa, empieza a agitar a los espíritus. En Buenos Aires, donde el buque «Le duc d'Orléans» se aprovechó de una visita en 1789 para difundir panfletos y libelos, Manuel José de Lavardeu (1756-1811) funda una «Sociedad patriótica y literaria», y luego Moreno monta otra en 1811. En Venezuela un teniente de Justicia, José Francisco León fomentó un motín en 1751, luego se reanudó la agitación con la llegada de unos prisioneros de Santo Domingo en 1795, la conspiración de tres ex-detenidos, demandados con 89 cómplices en junio de 1797 y esto condujo a un movimiento dirigido por Gual, Picornell y Campomanes en 1799. La revuelta de Toussaint-Louverture en Santo Domingo tuvo repercusiones en Cuba y Puerto Rico. En cuanto a Méjico y Guatemala, la difusión de literatura filosófica y revolucionaria dio lugar en 1794-96 a un proceso en el cual se encontraron implicados unos españoles, Juan Francisco Ramírez, el bachiller Alamillo, el estudiante Montenegro, y unos franceses, Durrey, Fournier, Labadie, Laussel, Malavert, etc. Entre los dirigentes del movimiento para la Independencia, Belgrano, Mariano Moreno y Bernardo de Monteagudo, reconocían haber sido impregnados por las «ideas francesas».

Pero esta propaganda ideológica no hubiera sido suficiente para desencadenar una verdadera revolución sin una impulsión exterior. Las revueltas populares, esporádicas, aunque a veces graves, que se produjeron varias veces anteriormente no habían llegado a esto, como la dirigida por Fernando de Mompó, discípulo de José de Antequera, al ejemplo de los «comuneros de Castilla» de Padilla, en 1763 en las provincias «jesuitas» del Paraguay y de Corrientes, donde fue depuesto, el 29 de octubre de 1764, el teniente del gobernador. Los motines contra los impuestos, fomentados en Colombia en 1780-81 por Juan Francisco Berbeo y Antonio Galán (ejecutado en 1782), precisamente cuando el virrey Manuel Antonio Flórez acababa de repeler un ataque inglés contra el puerto de Cartagena (en 1779). La más peligrosa revuelta del cacique indio «Tupac Amaru» (4 de noviembre de 1780 al 18 de mayo de 1781), que asesinó al «corregidor» Antonio de Arriaga, sublevó a 20.000 montaneros en Vicalmayo (Bolivia) y no fue vencido sino por la intervención de 17.000 hombres, movilizados por los virreyes de Lima y de Buenos Aires, Jáuregui y Vertiz.

Financiados por la «City», encuadrados por la Francmasonería

Esta vez el movimiento generalizado, dirigido por Londres, financiado por la «City», organizado por la Masonería, era mucho más serio. Aprovechándose de la guerra permanente, entretenida en Europa por las coaliciones alimentadas por sus subsidios, amos del mar desde la derrota de Trafalgar, los ingleses trataron primero de apoderarse de las posesiones francesas y españolas por la fuerza. Para probar la resistencia, el coronel Whitelock intentó desembarcar en Santo Domingo, entonces sublevado. Luego formaron el proyecto de tres ataques simultáneos, contra el río de la Plata, Chile y Venezuela, para apoderarse de América del Sur. Procediendo del Cabo (que había caído en sus manos en enero de 1806), lord Popham, comodoro, mandó al general Beresford ocupar Buenos Aires con 2.000 hombres (25 de junio de 1806). Como el virrey se fugó, al principio todo le salió fácil, pero bastó con la reacción viril de un capitán de navio, francés al servicio de España, Santiago de Liniers, para dominar a Beresford y obligarle a capitular. Al aprehenderlo (12 de agosto de 1806), Crawford renunció a forzar Valparaíso para socorrer a su colega. Whitelock, que había conseguido apoderarse de Montevideo en 1807, no tuvo mejor suerte: los 8.000 milicianos de Villiers infligieron a sus 12.000 hombres una corrección ejemplar.

No obstante, en el litoral norte del continente y en el mar Caribe, los ingleses encontraron a unos auxiliares dispuestos a secundar sus designios. En Méjico, Francisco de Mendiola les ofreció levantar a 40.000 hombres, así como Luis Vidal, en las islas, pero encontraron el hombre que buscaban en la persona de Francisco de Miranda. Nacido en Caracas en 1750, este francotirador de la Libertad puso su espada al servicio de los insurgentes norteamericanos el día siguiente de Saratoga, luego viajó a Europa con un pasaporte regalado por Caterina II, y desde Londres se puso a la disposición de Dumouriez, que acompañó tanto en Valmy como en su empresa de los Países Bajos. Como esta aventura se terminó en la cárcel de la Conserjería, sus protectores ingleses le promovieron jefe de los hispanoamericanos «libres». Con esta misión se presentó en 1806 por delante de Ocuman (Venezuela), con la flota inglesa, con la esperanza de sublevar a los partisanos de los Derechos del Hombre y de los «Hijos de la Patria»... pero fue rechazado al mar más pronto que había desembarcado. Con el «Leander» de sir Thomas Lewis, otros dos buques y 400 hombres intentó otra vez un golpe contra Colombia, el 6 de mayo de 1806, y no consiguió mantenerse en Cao (Venezuela) más que del 2 al 14 de agosto de este mismo año.

Después del fracaso de esta operación de bandolerismo —propuesta por Miranda y Popham a lord Melville, primer lord del Almirantazgo, en 1804— se abrió la operación «Liberación». Muy atrevido precursor de la descolonización, Miranda propuso a Pitt y al embajador norteamericano trabajar por la independencia de Suramérica hasta, si hacía falta, restaurar el gobierno de un «Inca». Efectivamente, los Estados Unidos, después de la adquisición de Luisiana y de Florida, empezaban a codiciar las provincias septentrionales de Méjico. Aaron Burr preparaba ya su penetración entre los estudiantes y el bajo clero del país. Entonces se tomó la decisión de centralizar la propaganda, en previsión de los acontecimientos que se esperaban en España (la invasión napoleónica). Una «Gran Logia americana» fue consti-

tuida en Londres, cuyo Consejo Supremo se reunía en el propio domicilio de su gran Maestre, Miranda (Grafton Street 27, Fitzroy Square). Sus «hermanos» juraban obrar en pro de la independencia y defender la fe democrática. Allí Miranda reagrupó a sus amigos, futuros jefes del movimiento de emancipación en todos los territorios españoles de Centro y Suramérica: Mier de Méjico, Valle de Guatemala, Bolívar, Antonio Nariño de Colombia, San Martín, Mariano Moreno y Alvear, de la Plata, O'Higgins, Bernardo Riquelme y Carrera, de Chile, Montafior y Rocafuerte del Ecuador, Vizcardo de Perú, Monteagudo de Bolivia, y otros.

Enlazada con ellos, la logia «Lautaro» se estableció en Cádiz —ciudad que contaba ya 500 «hermanos» en 1753 y donde iba a recogerse la Junta formada en Aranjuez para resistir la invasión napoleónica—. Mientras la península ibérica, ocupada, sirve de campo de contienda entre los ejércitos francés e inglés, y dos clanes masónicos, uno en Madrid y el otro en Cádiz, se disputan el gobierno, Inglaterra tiene las manos libres para actuar a su gusto. Aunque, delante de esta vacante del poder, la primera reacción de las colonias sea totalmente realista. Las Juntas que se forman en ultramar, a iniciativa del general Goyeneche en agosto de 1808, y siguiendo las instrucciones de comisarios mandados por Sevilla, sede provisional de la Junta central, en noviembre, proclaman en todas partes su «fidelismo» hacia España y su rey. Pero los lazos se relajan, se establece la costumbre de defenderse por sí mismos y estas Juntas vienen infiltradas por unos masones, bien decididos a prolongar su acción hasta la independencia total. La primera de estas Juntas aparece en Montevideo el 21 de septiembre de 1808; no obedece a Villiers y se retira de Buenos Aires, Artigas la reconstituye, vence a los españoles en las Piedras el 18 de marzo de 1811, y defendiendo la autonomía de las provincias orientales, se pelea con los argentinos y con sus vecinos portugueses del Brasil. En Bolivia una Junta autonomista se forma, con Sucre (que detiene al presidente de la Audiencia el 25 de mayo de 1809), en Chuquisaca, y con Monteagudo y Murillo, en La Paz (el 16 de julio). Este último, vencido en las Yungas por el general español Goyeneche, será ejecutado el 10 de enero de 1810, y la ciudad de Cochabamba será destruida en la represión (27 de mayo de 1812). En el Ecuador, la Junta constituida en Quito el 10 de agosto de 1809 proclama la independencia el 11 de octubre de 1810, pero el virrey del Perú, Fernando de Abascal, frustra y deshace todas las conspiraciones, y el coronel Arredondo golpea fuerte en la represión. Venezuela queda dividida; si en Caracas un «cabildo abierto» destituye al capitán general el 19 de abril de 1810, a pesar de sus tendencias liberales, Coro y Maracaibo se mantienen lealistas. Los moderados temen la emancipación de los esclavos, el apoyo inglés pedido por Bolívar y la proclamación de independencia de una República federal el 5 de julio de 1811. El español Monteverde trae refuerzos de Puerto Rico, se apodera de los castillos de Puerto Cabello, obliga a la Guayra a capitular y obtiene de Bolívar que le entregue a Miranda, considerada como agente a sueldo de Inglaterra (encarcelado en Cádiz, morirá allí en 1816). Al ejemplo de Caracas, Santa Fe de Bogotá constituyó una «Junta» el 29 de julio de 1810. Y a pesar de la derrota que le infligieron los realistas en Pasto en 1810, Antonio Nariño, amigo de Mutis, consiguió ser nombrado presidente de Colombia en octubre de 1811, pero no pudo resistir el contraataque español de 1812.

En Buenos Aires, el general Beresford, prisionero, propuso en vano, por el intermediario de Saturnino Rodríguez Peria (que iba a facilitar su evasión), una solución «a la portuguesa»: llamar a la princesa Carlota, hermana de Fernando VII, al poder en la Plata, como su marido, el regente Juan VI, en el Brasil (regalo púnico que la princesa misma rechazó). Entonces el virrey Hidalgo de Cisneros, de tendencias liberales y masónicas, difunde la noticia de la caída de la «Junta» de Sevilla (el 18 de mayo de 1810) y trata de apoyarse sobre el cabildo oficial y las provincias para mantenerse en cabeza de la Junta local. Pero, oponiéndose a esta maniobra, y apoyándose sobre los miembros de una sociedad secreta que ha formado alrededor de su periódico «El Correo de Comercio», los «patricios» de Cornelio de Saavedra, Castelli, Martín Rodríguez, etc., Manuel Belgrano impone la convocación de un «cabildo abierto» (pero tan cuidadosamente filtrado por la tropa que sólo 251 de un total de 450 fueron admitidos) (el 22 de mayo). Cabildo que debió inclinarse ante una petición y una manifestación popular el 25. Así fue depuesto el virrey y fueron designados como jefes de la Junta Saavedra y Mariano Moreno (1778-1811). Este abogado, célebre por su traducción del «Contrato social» y por su «Representación al virrey en pro de la libertad de comercio» (que los brasileños traducen en 1810), viaja en seguida a Inglaterra, acompañado por Matías Irigoyen, encargado de comprar armas y el material de una imprenta. En Chile, unos nobles españoles, dirigidos por el «conde de la conquista» Mateo de Toro y Zambrano, encabezaron la «Junta» el 18 de septiembre de 1810, a pesar de la oposición de Bernardo O'Higgins, hijo del virrey. Otro discípulo de Miranda, José Miguel Carrera, militar joven y fogoso, llegó a derribarlos el 4 de septiembre de 1811, pero gracias a sus diferencias con su jefe, el ejército real le derrotó en Roncagua.

La América central resiste a la agitación

En Centroamérica, ni las islas, Cuba, Puerto Rico (que van a servir de bases operacionales), ni los territorios de la capitanía general de Guatemala, se conmovieron (con excepción de la agitación provocada en El Salvador por el cura Delgado entre 1811 y 1814, y en Guatemala en 1813). Sus representantes en las Cortes de Cádiz eran españoles. En cuanto a Méjico, el movimiento de emancipación tuvo allí un carácter muy especial. Siendo la iniciativa del bajo clero, defensor de los indios y de los criollos, a la vez. El virrey Iturrigaray, «hermano masón», alentó la creación en 1808 de una sociedad secreta bajo el patrocinio de Nuestra Señora de Guadalupe, la Virgen tan venerada en Méjico. Pronto los «Guadalupes» se infiltrarán por todas partes, especialmente en la prensa. En 1808, el padre Talamontes fomenta unos alborotos. Desde el púlpito, el 16 de septiembre de 1810, el cura Miguel Hidalgo y Castillo, adepto de las «ideas francesas», provoca la sublevación de los indios. Su horda indisciplinada, que el capitán Allende trata en vano de encuadrar, amenaza Méjico. El general Calleja derrota a los 40.000 insurrectos en Puente Calderón y se ejecuta a sus jefes a mediados de 1811. Nombrado virrey, hará ejecutar también en 1815 a otro cura, José María Morelos Pavón, que predicó la revuelta contra los «gachupines» (los españoles), se apoderó de Oaxaca y de Acapulco, hizo designar a un triunvirato por un Congreso republicano, llamó otra vez a los jesuitas (en octubre de 1814) y

pidió el apoyo de los Estados Unidos. Pero los «Guadalupes», que han conseguido excluir a los españoles de las elecciones del 29 de noviembre de 1812, salvan sus redes y sus inteligencias cerca del propio secretario del virrey, Joaquín Torres Torrijo, aunque su correspondencia haya caído entre las manos de Calleja, en Tlacopetec, en febrero de 1814.

Restablecido el orden por un general ambicioso, Agustín de Iturbide, ¿ofrecería Méjico a la dinastía española, atacada sin cesar por los complots masónicos militares, un refugio parecido al que la dinastía portuguesa había encontrado en el Brasil? Quizá, tal fue al principio la intención del general. Acercándose al jefe de pandilla Vicente Guerrero, concluyó con él, el 24 de febrero de 1821, el pacto de Iguala sobre la base: independencia, unión hispano-americana, catolicismo, y, el 27 de septiembre, el pacto de Córdoba con el general O'Donaju, de origen irlandés, masón conocido, nombrado bajo la presión de las logias españolas para reemplazar al virrey Apodaca. El 5 de enero el gobernador Gaínza se adhiere al movimiento; entonces Iturbide se proclama «emperador» el 18 de mayo y anexiona los territorios de Centroamérica. Pero estas regiones, a instancia del costarricense José Manuel Arce, se apartan de su Imperio para constituirse, el 29 de junio de 1823, en «Provincias Unidas» de América central.

El Brasil, refugio de la dinastía portuguesa

Blanco de los mismos ataques británicos y masónicos que los Borbones españoles, la familia real portuguesa intentó defenderse situándose a caballo sobre la metrópoli, campo de lucha militar, y su principal colonia de ultramar, el Brasil. Todo había empezado, allí también, por la creación, e iniciativa de Londres, y bajo la dirección de Egaz Muñoz, de una Obediencia masónica, el Gran Oriente de Portugal, que se hizo célebre (hasta en España, donde luego enjambrerá logias) por su celo revolucionario. Después del desembarco de Junot y de Wellington en la madre patria, Juan VI, regente durante la enfermedad de la reina María I, decidió marcharse al Brasil, acompañado por unas 15.000 personas (29 de noviembre de 1807-7 de mayo de 1808). Sin embargo, las provincias de ultramar conocían también alguna agitación. Poco después del tratado de Versalles de 1785 algunos estudiantes brasileños de la Universidad de Coimbra solicitaron la ayuda eventual de Thomas Jefferson y de la América inglesa. De vuelta en su país entraron en tratos con el alférez Joaquín José de Silva Xávier, llamado «Tirandetes», y desencadenaron un movimiento independentista de tipo masónico (su bandera llevaba un triángulo en su centro), que se terminó con la ejecución de este último. Bahía, cuyas logias eran muy activas desde 1797, conoció el año siguiente unos alborotos de mestizos y mulatos, los «alfaiates», pidiendo la proclamación de la República. La actividad de los clubs masónicos se reanudó más tarde en 1807, en Río de Janeiro, Bahía, con los «Caballeros de la Luz», y en Pernambuco, dentro del «Areópago». Pero el éxodo real, con permiso de Inglaterra, gracias a un flujo importante de capitales, fue la señal de un desarrollo económico muy notable, en el cual numerosos judíos participaron. Entonces se calmó la agitación, con excepción de un intento popular republicano (que pretendía nacionalizar el comercio exterior) en Recife el 6 de marzo de 1817, y fue pronto sofocado.

La independencia, impuesta desde arriba, resultó de las peripecias de la política portuguesa. Al estallar en Oporto el 24 de agosto de 1820 un movimiento antiabsolutista, el príncipe Pedro de Alcántara, regente, obligó a Juan VI a volver a Portugal el 21 de abril siguiente. Pero, aunque la guarnición de Río haya jurado la Constitución en febrero de 1821, la «Legión» forzó al regente el 5 de junio a destituir a su consejero liberal Dos Arcos y, apoyado por las milicias de criollos, don Pedro se negó a abandonar el Brasil y obligó al general Avilez a reembarcarse el 16 de enero de 1832. Se proclamó independiente el 7 de septiembre, emperador el 12 de octubre, y después de hacer dimitir a su consejero íntimo José Bonifacio, un liberal moderado, impuso una nueva Constitución el 25 de marzo de 1824.

Bolívar reanuda la lucha en el Norte

Por otra parte, como nada definitivo se había conseguido en 1812 en los otros países sudamericanos y como el gobierno restaurado en Madrid, por débil que sea, podía permitirse el envío de refuerzos, fue una verdadera guerra, por mucho tiempo indecisa, la que tuvieron que entablar, Bolívar en el Norte y San Martín en el Sur, para conseguir, con el apoyo de Inglaterra y la complicidad de las logias españolas, su independencia. Nacido en Caracas, en una rica familia de plantadores, formado por Andrés Bello y Simón Rodríguez, Bolívar se adhirió en 1803 a la logia americana de Miranda (lo que no le impidió entregar a su jefe a los españoles en 1812, como lo hemos visto más arriba). Después de este fracaso, los «patriotas» buscaron refugio, unos en Curaçao, otros en Trinidad, posesiones holandesa y británica. Salieron de estas bases al año siguiente para desembarcar en Cartagena (Colombia). Y después de declarar una lucha a muerte a Trujillo el 15 de junio, Bolívar entró en Caracas el 7 de agosto de 1813 como un libertador. Pero la reacción fue brutal en el interior del país: en los llanos de Orenoque, los temibles lanceros de Boves y de Morales maltrataron a los «patriotas» en la Pacata en junio de 1814, en Maturin y Urica (donde Boves fue asesinado) el 5 de diciembre de 1814. Bolívar se fugó a la Jamaica (inglesa). Todo quedaba por empezar. Mandando 13.000 hombres de refuerzo enviados por Fernando VII (que había restablecido su autoridad y abolido la Constitución de 1812), el marino Morillo empezó a restaurar el orden (sin ferocidad, inútil por otra parte). Volvió a ocupar la isla Margarita, Caracas, Cartagena (que resistió desde agosto hasta diciembre), Santa Fe de Bogotá (donde manifestó más severidad, y se enlazó con Quito. Cayeron las cabezas de Lozano y de Torres Caldas (el 30 de octubre de 1816). Sólo Santander se mantuvo escondido en los bosques de Casanare.

No obstante, Bolívar, en el momento en que escapó de un atentado en su refugio, redactó un programa de federación de las Repúblicas sudamericanas y se dispuso a entrar otra vez en campaña. Con la ayuda de Petion, de Haití, ocupó Angostura en julio de 1817, hizo adoptar a Cariaco una Constitución federalista y no vaciló en ejecutar a Piar (el 16 de octubre de 1817). Pero si su amigo Páez venció a la caballería realista en Mucuritas, él mismo fue derrotado por Murillo en la Puerta. Entonces, en el momento en que fue proclamado en Angostura presidente del nuevo Estado venezolano, llamó a oficiales ingleses o irlandeses para reorganizar su ejército; siendo su

propio ayudante de campo un irlandés, O'Leary. Y aprovechándose de la derrota infligida por Páez a Murillo en las Queseras en abril de 1819, cruzó de improviso los Andes y apareció en Colombia. Victorioso en Tunja, en el pantano de Vargas (el 6 de julio) y en Boyaca (el 7 de agosto), hizo su entrada en Bogotá el 10; se estableció en Santander en el gobierno de Nueva Granada y, el día de su cumpleaños, el 17 de diciembre, fundó la «Gran Colombia», que va englobar a Venezuela. En noviembre de 1820, después de concluir un armisticio de seis meses. Murillo volvió a España. Maracaibo se sublevó y Caracas capituló. Como también La Guayra y Cartagena, después de la derrota infligida por Bolívar al general La Torre en Carabobo, el 24 de junio de 1821. Entonces se extendió el nuevo Estado, adhiriéndosele el istmo de Panamá en el Norte el 28 de noviembre, y en el Sur, en el Ecuador, Guayaquil, que se declaró libre el 9 de octubre de 1820. Pero Quito siguió resistiendo, ya que Sucre, teniente de Bolívar, victorioso en Iaguachi (en la mitad de 1821) y derrotado en Ambato por el general Tolra, firmó un armisticio en noviembre de 1821.

Durante esta fase decisiva de sus campañas, la acción de Bolívar fue singularmente facilitada por la confusión que prevalecía en España, donde incesantes movimientos militares, masónicos, paralizaban al gobierno. Cuando la Corona española, neutralizada por la revolución de 1820, conseguirá restablecer el orden con la ayuda francesa en 1823, ya será demasiado tarde para restaurar su autoridad en el nuevo continente. El daño está hecho, al que las logias españolas, supeditadas a Inglaterra, especialmente la de Cádiz, habían contribuido tan ciegamente. No consistió sólo en alentar la revuelta a través de sus propagandistas, los Morin, Cerneau y La Motte, por ejemplo, a provocar defecciones en el Ejército y sobre todo en la Marina (como las del capitán don Miguel de la Sierra, que entregó sus trece navíos a insurgentes de la Plata, de Luis Coy, en Callao, del capitán Espino, en el golfo de Méjico, del capitán Capaz, en Talcahuano), o en reclamar la destitución de los virreyes o generales demasiado enérgicos y su reemplazo por unos «hermanos» dispuestos a pactar con los revoltosos. Ha sido todavía mucho más directa.

...Y San Martín en el Sur

Fueron la logia «Americana» de Londres y la «Lautaro» de Cádiz, las que designaron en 1812 al general español San Martín para encabezar la revuelta en el Sur del continente, como a Bolívar en el Norte. Cadete a los once años, coronel a los treinta, condecorado en Bailén, este misterioso templario de la Masonería cumplió con su misión, con la más total devoción y abnegación. Cuando llegó a Buenos Aires la situación era de las más confusas. En todas partes reinaba la división: entre los «patriotas» moderados de Saavedra y los radicales revolucionarios de Alvear; entre la «Acción Patriótica» y la logia «Lautariana», filial de la de Cádiz; entre «unionistas» y «federalistas» (las provincias orientales en poder de Artigas»). Para asentar su autoridad, San Martín multiplica las logias «lautarianas» (de las cuales era el emisario). Luego atacó Montevideo. Después de los éxitos de Belgrano y Rondeau en el Cerrito (1812) derrotó a los refuerzos españoles, el 3 de febrero de 1813, apoyado por la escuadra del «argentino» Brown, ocupó la

ciudad en 1814. Pero Alvear, reunido con Artigas, alentó las tendencias autonomistas en las provincias orientales. A pesar de la derrota de Viluma (en noviembre de 1815), el Congreso de Tucumán proclamó la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata (Uruguay) el 9 de julio de 1816. No obstante, Artigas, abandonado por Buenos Aires y con el único apoyo de los indios, no pudo resistir los ataques de sus vecinos portugueses del Brasil en enero de 1817. Tuvo que entregarse en 1820 al doctor Gaspar Rodríguez de Francia, el cual, después de rechazar a Belgrano en Tacuari el 9 de marzo de 1811, proclamó la independencia del territorio de las Misiones (Paraguay) el 14 de mayo, estableció allí su dictadura (1813-14), que perduró hasta su muerte (20 de septiembre de 1840).

En cuanto a Chile, Alvear Alvear maniobraba también con el extremista Carrera, cuyas peleas con O'Higgins causaron la derrota de los «patriotas». Para vigilarle, la logia «Lautaro» nombró una «Junta de Observación», lo que permitió a San Martín organizar, alrededor de sus «granaderos» argentinos, con los restos de los insurgentes chilenos y peruanos un «Ejército de los Andes». Después de preparar el terreno entre los indios araucanos y los criollos, engañó al adversario con unos golpes de mano en varias direcciones, y cruzó las montañas en dos puntos (Uspallata y las Heras) en enero de 1817. Venció a los españoles de Marco del Pont en Chacabuco, el 12 de febrero. Ocupó Santiago, donde estableció a O'Higgins como «Director supremo». Y a pesar de dos fracasos en Talcahuano (en octubre de 1817) y en Cancha Rayada (en marzo de 1818), después de un éxito en Maipú, cerca de la capital, el 5 de abril, obligó a Marco a capitular. Antes de caminar hacia el Norte al largo de la costa, se aseguró del concurso de lord Cochrane, un escocés expulsado de la Marina inglesa en 1814, pasado al servicio de Chile desde 1817, que persiguió a los buques españoles, penetró en la bahía del Callao, para saltar al abordaje de la «Esmeralda» y ocupó Valdivia en febrero de 1820.

Sólo resistía el Perú, último reducto de España en América del Sur. La «escuadra libertadora» de Cochrane desembarcó las fuerzas de San Martín en la bahía de Paracas (el 7 de septiembre de 1820). Como la propaganda había sido muy eficaz, el batallón «Numancia» se sublevó, las tropas españolas destituyeron al virrey Pezuela, sucesor de Abascal, para reemplazarle por La Serna, dispuesto a negociar en Punchauca en mayo de 1821 un plan nebuloso de monarquía autónoma. Se aprovechó de este acuerdo San Martín para penetrar en Lima el 9 de julio y proclamar la independencia del Perú el 28. «Protector» de su nueva conquista, podía contar con el apoyo de los generales criollos Gamarra, Lamar, Santa Cruz, tránsfugos del ejército español, y de numerosos indígenas, pero sus relaciones con Cochrane eran pésimas, se separó de su teniente argentino Monteagudo y se asustó de las posibles reacciones de la Santa Alianza. Entonces convocó en Lima, el 20 de septiembre de 1822, un Congreso constituyente. Entretanto se reunió con Bolívar en Guayaquil el 26 de julio. Pues todas las fuerzas de los insurgentes, Santa Cruz, los granaderos argentinos, el general Córdoba (procediendo de Panamá, vencedor del general Aymerich en Pichincha el 24 de mayo) ahora convergiendo hacia el alto Perú y el Ecuador, para ayudar a Bolívar (victorioso en Bombona en abril), le facilitaron su entrada en Quito el 16 de junio. Pero el ardiente libertador no vaciló en anexionar Guayaquil a su

Gran Colombia, desafiando así a los peruanos. Desinteresado, San Martín, antes de aceptar el desafío, prefirió retirarse (morirá en Boulogne-sur-Mer, ciego, en 1858). Entonces se juega el último acto. En un supremo sobresalto el general español Valdez maltrata a Santa Cruz, Gamarra y la escuadra de Martín Guise en Torata (enero de 1823) y en Zepita (el 24 de agosto de 1823). Reocupa Lima y derriba a Riva Agüero que, aboliendo el triunvirato establecido por Bolívar (1 de septiembre de 1823), asume la dictadura en febrero de 1824 y ejecuta a los otros dos presidentes (Riva Agüero y el marqués de Torre Tayle). Su general Sucre, con la ayuda de Lamar, de Carbajal, del irlandés Miller y de la escuadra de Suárez, derrota a los realistas de Canterac en Junin (el 6 de agosto de 1824) y, el 8 de diciembre, gracias a la impetuosidad del colombiano Córdoba, en Ayacucho, también vence a las tropas de Valdez y de La Serna. La escuadra española zarpa en abril de 1825. Ultimo reducto, los castillos del Callao ofrecen una resistencia desesperada hasta enero de 1826.

Vasallaje económico, precio de la libertad

Al parecer independientes, Centro y Suramérica tan sólo habían cambiado de amos. Al señorío político de España se sustituyó el predominio económico y financiero de Inglaterra y luego el de los Estados Unidos. En el Congreso «anfictiónico» convocado en Panamá por Bolívar en 1827 (2) no se impuso la idea de una federación continental, tal que la propuso el peruano Manuel Lorenzo de Vidaurra y Encalada, discípulo de Rousseau, en 1826. Le son hostiles el Paraguay, las Provincias Unidas (Argentina) y el Brasil. Se recelaba del bloque Méjico-Centroamérica-Venezuela, Ecuador y Perú, bajo la autoridad de Bolívar. Los Estados Unidos temían por su parte la propaganda en favor de las conspiraciones de los «Carbonari», de «los de la Cadena», de los «Rayos y Soles» de Bolívar, de la «Junta protectora de la Libertad» de Méjico, en las islas: su hora todavía no ha sonado en el reloj. Pero en Bogotá, capital de Bolívar, los ingleses pululaban. Eran el «tesoro» de las nuevas Repúblicas; las misiones se sucedían en Londres, buscando créditos. Paroissien y García del Río, en nombre de Riva Agüero, tratando de obtener un préstamo de 1,2 millones de libras al Perú; Isirarri para Chile, etc. En compensación, como lo escribe el historiador sudamericano Luis Alberto Sánchez: «El primer medio siglo de libertad significa en nuestra historia el predominio y la casi hegemonía del capitalismo inglés». Los ferrocarriles, los transportes marítimos, el monopolio de cien productos, la preferencia en los intercambios, las deudas con cuantiosos intereses, a través de sus avisos y hasta de su acción determinante en la vida política de los Estados, Inglaterra lo controla todo, lo maneja todo. Vasallaje económico, con el colorario de una mayor explotación social, siendo los criollos (una vez abolida de legislación protectora de España) propensos a aprovecharse de la situación, partiendo entre ellos no sólo los bienes confiscados de los

(2) Como ha reaccionado contra Miranda, Bolívar no vaciló en condenar la Francmasonería, que prohibió, con las otras Sociedades secretas, el 8 de diciembre de 1828, en Colombia, acusándolas de servir «para preparar trastornos políticos, perturbando la tranquilidad pública», según Alberto J. Triana, «Historia de los Hermanos Tres Puntos», Buenos Aires, páginas 44 y 45.

españoles y de las Ordenes religiosas (en cabeza los jesuitas), sino gran cantidad de tierras y bienes, en detrimento de los indios. Tal fue el balance de la emancipación.

Penetración yanqui en México

Hasta que intervenga y luego que se imponga el potente vecino del Norte, los Estados Unidos, cuyo empujón se extendía ya con todo su peso sobre Méjico. Después de obligar a Iturbide a exiliarse el 11 de mayo de 1823, el general Antonio López de Santa Ana, con la ayuda del ex-sacerdote Mier, le hizo fusilar, cuando intentó volver a su patria (el 19 de junio de 1824). Luego, durante diez años, en medio de una anarquía general, hizo y deshizo a los presidentes, alternando en el poder las dos Obediencias masónicas rivales, logias escocesas y rito de York (más revolucionario de tendencias este último). Gracias a un «pronunciamiento» de Santa Ana, al presidente Manuel Feliz Fernández (el 10 de octubre de 1824), sucedió en 1828 Guerrero (Gran Maestre del rito de York), después de derrotar a Nicolás Bravo, vicepresidente (y Gran Maestre del rito escocés), que apoyaba la candidatura de otro «escocés», Gómez Pedraza. Pero cuando el vicepresidente Bustamante mandó fusilar a Guerrero en 1831, Santa Ana se volvió contra él y empujó en la presidencia al «escocés» Gómez Pedraza (1832), cuyo vicepresidente, a la vez que incrementaba el clero secular, luchaba en contra de las Ordenes religiosas y preparaba la distribución de sus bienes.

Ahora bien, el verdadero papel de la Masonería de York —introducida por Joel R. Poinsett en 1825— era el de preparar el camino a la infiltración anglosajona. Después de adquirir Luisiana, ocupada el 20 de diciembre de 1803, los Estados Unidos se apoderaron, durante su segunda guerra contra Inglaterra en 1812, de la Florida y mediante el pago de una indemnización de cinco millones de dólares a España en 1819 se mantuvieron allí con la condición de renunciar formalmente a sus pretensiones sobre Texas. Luego, en 1821, intentaron firmar con Manuel Torres un pacto de unión continental. Y mientras Scott amenazaba con reconocer sólo a los estados «capaces de gobernarse», Monroe, temiendo las reacciones de la Santa Alianza, proclamó solemnemente el 2 de diciembre de 1823 que «los continentes americanos, dada la condición libre e independiente que conquistaron, no podrán en el futuro ser colonizados por cualquier potencia europea».

Por otra potencia europea, de acuerdo, ¿pero por otra potencia americana? El espectáculo no tardaría en ofrecerse. En este mismo Texas, donde el virrey de Méjico toleró que se establecieran unos colonos norteamericanos, católicos en su mayor parte, conducidos por Moisés Austin. Caído prisionero entre sus manos en San Jacinto al tratar de reprimir una revuelta entre ellos, Santa Ana se vio obligado a reconocer la autonomía de la provincia en 1836. Como un primer paso. Porque en 1845 estos colonos pidieron su anexión por los Estados Unidos. Se entabló un conflicto en el cual, aunque el ejército mejicano se comportó bien frente a las tropas del general Taylor en Angostura en 1847, la escuadra americana de Scott cañoneó a la de Veracruz, que capituló. Y vencido en el Cerro Gordo el 2 de febrero de 1848, Santa Ana cedió a los Estados Unidos, por el tratado de

Guadalupe-Hidalgo, Texas, California, Nuevo Méjico, tc. Así se concluyó la empresa masónica, pérfidamente montada por Talley·and.

España, neutralizada por la Francmasonería

Sólo había sido posible, por culpa de la política podrida de la península, de la desintegración, de la anarquía, del trabajo de termitas cumplido desde 1804 y 1808 por las logias de todo tipo, sean de influencia inglesa o francesa, civiles o militares. Como, después de la desbandada del rey José, su Gran Oriente (francés) no tenía más razón de ser, Azanza, soberano gran comendador del Supremo Consejo de los 33° desde el 4 de julio de 1811, dejó su martillo en 1813 en manos de su lugarteniente don Agustín Argüelles, el «divino» orador de las Cortes de Cádiz. Terminada la guerra de Independencia, la Masonería española rehacía su unidad. Como es natural, dirigía sus primeros esfuerzos al reconocimiento por el rey restablecido de la Constitución votada en Cádiz. El duque de San Carlos, al tratar de negociar con la Regencia de Aranjuez (entre el 9 de enero y el 12 de febrero de 1814) las modalidades de aplicación del tratado de Valençay de 11 de diciembre de 1813, tropezó con una decisión de las Cortes en este sentido, tomada en Madrid a instigación de Martínez de la Rosa, el 2 de febrero. Obligado a andar con rodeos, Fernando VII, salido de Valençay el 13 de marzo, para llegar a Figueras el 23, se negó en Daroca el 11 de abril a prestar el juramento que se le pedía (como le aconsejaban Palafox y el duque de Frías), porque obtuvo el apoyo del conde de Montijo y de su Obediencia tradicional, y más tarde en Valencia (donde Pedro Macanaz y el canónigo Ezcoiquiz le organizaron una recepción triunfal) la ayuda eficaz del capitán general, don Francisco Javier Elio. Así fortalecido, pudo permitirse, al volver a Madrid, gracias a la habilidad maniobrera de San Carlos con los diputados y a la consumada experiencia del conde de Montijo en materia de manifestaciones populares, restablecer el absolutismo, el 11 de mayo, anulando los decretos de la Regencia, disolviendo las Cortes, exiliando a unos 32 políticos, «hermanos masones» en su mayoría (los ex-regentes Ciscar y Agar, Argüelles, Larrazábal, Villanueva y Calatrava, el conde de Toreno, etcétera), e intentando prohibir, el 24 de mayo, las «tenudas» de logias. El 12 de mayo, con el manifiesto de los «Persas», 69 diputados realistas se adhirieron a él y se formó el 7 de julio de 1814 un gabinete presidido por San Carlos, secundado por don Pedro Macanaz y por el general Eguía, comandante de la guarnición de Madrid.

Así el rey, quizá, se apuntó una ventaja, pero la Masonería, por lo tanto, no era domada. Todo lo contrario, era en todas partes presente, en el gobierno como en el entorno real: don Pedro Ceballos en Asuntos Exteriores (del 16 de noviembre de 1814 al 30 de octubre de 1816); don Juan Esteban Lázaro Torres (iniciado en París en 1791, invitado por las logias de Cádiz), ministro el 29 de enero de 1817; don Pedro Macanaz; don José García Pizarro; el general Ballesteros en Guerra; don Martín Garau en Hacienda; el general O'Donnell, conde la Bisbal; el marqués de Mata Florida; el almirante Cayetano Valdés; el doctor Luque, médico del rey, etc., sin olvidar a Montijo, que, gracias a su doble juego, se mantuvo como capitán general de Granada. Masones de Corte y logias activistas prestándose un apoyo mutual, y las primeras protegiendo a las otras, principalmente militares.

A pesar del fracaso de las conjuras militares...

Entre 1814 y 1820, se suceden más de quince conjuras militares. Lleva sus frutos la propaganda masónica por la que se adoctrinó a los 4.000 oficiales españoles prisioneros durante su cautiverio en Francia. Tentativas de asesinato del general Elío (12 de julio de 1814) y de Enrique O'Donnel, considerado como poco seguro; de sublevación en Cádiz (27 de agosto) y en Madrid (10 de septiembre) en favor de Carlos IV y del restablecimiento de la Constitución, a instigación de don Juan Feliz Rodríguez, seguido por la detención de 80 liberales (en la noche del 16 al 17 de septiembre); tentativa de don Francisco Espoz y Mina, decepcionado después de su entrevista con el rey en julio, para apoderarse de la ciudadela de Pamplona (será destituido el 17 de septiembre); conjuración en el «Café de Levante», en Madrid, al principio de mayo de 1815, en favor de Napoleón, durante los Cien Días; tentativa de revuelta en La Coruña y El Ferrol, en Galicia, fomentada por el ex-cabecilla de guerrilla don Juan Díaz Porlier, «el marquesito» (pariente del conde de Toreno), detenido el 23 de septiembre y ahorcado el 3 de octubre de 1815; conjuración del comisario de Guerra Vicente Ricard, un republicano que formó unos grupos de tres adheridos secretos para asesinar al rey (denunciado, y torturado, fue ahorcado). Comprometido en esta ocasión, don Antonio van Halem (ex-protegido de José Bonaparte, que traicionó a Suchet durante la retirada de Cataluña, al provocar la evacuación de Lérida y Monzón mediante falsas órdenes, y al tender una emboscada en el desfiladero de Martorell) será el animador de todos los complots de Levante, que financia desde Gibraltar el banquero judío Benoltas, detentor de los fondos de la Masonería española. Detenido el 8 de diciembre, encarcelado en Marbella, van Halem será salvado por Montijo, que instaló en Granada, sede de su capitanería, el centro del Gran Oriente. Mientras tanto, en Cataluña, el general Luis Lacy fracasa en su tentativa para sublevar la guarnición de Tarragona el 5 de abril de 1817 (será fusilado en Palma el 5 de julio, a pesar de los esfuerzos del general Castaños, comandante de la región, para salvarle, en tanto que su cómplice, Francisco Miláns, consigue escapar). Por su parte, van Halem, secundado por el brigadier Torrijos y el oficial de artillería don Ignacio López Pinto, intentó crear en Murcia una logia extendida a todas las guarniciones de Levante: Alicante, Cartagena, Orihuela. Se encarcela a unos afiliados en Murcia el 28 de diciembre de 1817, así como al magistrado Romero Alpuente. En cuanto a van Halem, transferido a Madrid, obtuvo una audiencia del rey (no obstante sufrió torturas en un brazo), antes de escapar con la complicidad de sus «hermanos» y de ser recogido en Alcalá de Henares por el coronel de Ingenieros don Facundo Infante (futuro presidente del Congreso en 1854-56). Pero al fin Montijo, demasiado comprometido, perdió su mando, y la sede central de la Masonería fue transferida a Madrid.

Pero continúa la conjuración. En Valladolid, don Eusebio Polo se encuentra con el ex-guerrillero Juan Martín, «el Empecinado», y Joaquín Vidal (1818). En Valencia, este último, con el apoyo de don Diego Calatrava y del general O'Donnell, segundo comandante de región, prepara todo para un atentado contra el general Elío, capitán general (el 1 de enero de 1819). Escapa por milagro y los conjurados son descubiertos, Vidal ahorcado, 17 fusilados y otro se suicidó. En consecuencia, Montijo, detenido en Madrid,

es encarcelado en Santiago. Entonces se forma el proyecto de desencadenar una revuelta del cuerpo expedicionario que, bajo el mando del general O'Donnell, conde de la Bisbal, se destina como refuerzo a América. Don Francisco Javier Isturiz, organizador de un «Capítulo Soberano» masónico, es el animador de este complot, en el cual participan Antonio Alcalá Galiano y un neo-cristiano (judío converso), don Juan Alvarez y Méndez, llamado Mendizábal (dependiente en el banco Bertrán de Lis, luego proveedor del ejército de Andalucía, se asoció en Cádiz con un coronel por el favor de Soult en 1811, que trafica con la Habana y Méjico, antes de establecerse como banquero en París). Pero la trama transpira, y O'Donnell, por miedo, manda rodear las tropas en una revista el 8 de julio en el Palmar del Puerto de Santa María y detener a los más comprometidos entre los jefes: Arco-Agüero, San Miguel, Roten, Quiroga, etc. Vana palinodia que no le permite escapar de la destitución. Unos meses más tarde, el 22 de noviembre de 1819, don Manuel Latre, mayor de un batallón en La Coruña, intenta levantar con falsas convocaciones a unos «provinciales» de Galicia.

... La Masonería hace su revolución

Aleccionada por el fracaso lamentable de estas tentativas esporádicas, mal sincronizadas, seguidas sin entusiasmo por la tropa y desprovistas de eco en el público, la Masonería, según su costumbre, organiza un «Gran Oriente» nacional, encargado especialmente de preparar la revolución. Un «Apunte histórico», acompañado de una petición de reconocimiento dirigida por el Oriente de Gravina a los Supremos Consejos en 1881, nos ofrece una relación, sobre la marcha, de esta maniobra. tan clásica en los anales masónicos. «Porque no era conveniente, dice el texto, que una empresa imposible de realizar sin derramar la sangre, parezca preparada en los santos templos, maculando la santa espada de la Orden, se formó el plan de una organización provisional, destinada a conquistar la Libertad que la Orden necesitaba». Recibió el nombre de «Gran Oriente Nacional», cambiando el nombre de logias por el de «Torres». el de capítulos en «Castillos», el de Cámaras en «Alcázares», y se creó, en vez del Gran Consistorio de los Príncipes del Real Secreto, un «Gran Campamento» de Villalar. Así nació, según el ejemplo de las logias extremistas de Cagliostro y del Oriente de Azanza en 1804, el movimiento paralelo revolucionario, de reclutamiento popular llamado, en recuerdo de Padilla, los «Comuneros de Castilla» (cuyo primer vigilante, el esquilador de lana Pinillos, emcabezó la revuelta de Avila en 1820). Sus 49 «Alcázares» van a reagrupar a unos 10.000 afiliados, cuadros de una masa cinco o seis veces mayor de extremistas.

Entonces se reanima como nunca la agitación y, el 1 de enero de 1820, en Cabezas de San Juan, don Rafael de Riego da la señal de la revuelta, provocando el motín de 1.600 hombres destinados a América. Pero cuando llega a Córdoba, no le quedan más de 500, y debe renunciar a penetrar en la ciudad. No obstante, la reacción ha sido nula y esta vez el movimiento se propaga. En la otra extremidad de la península, Galicia se mueve. En La Coruña, el 21 de febrero, el coronel de artillería Carlos Espinosa amenaza y reduce a su jefe, el general Venegas. Se constituye una «Junta» que dirige el ex-regente don Pedro Agar, se ocupan El Ferrol, Vigo y Santiago, se libera a

Montijo y a los ex-cómplices de Porlier. El 5 de marzo, le toca el turno a Zaragoza; allí la Masonería tiene profundas raíces (desde los tiempos de los condes de Fuentes y de Aranda). Luego, Navarra y Cataluña: Mina hace su entrada en Pamplona, y el 9 de marzo la guarnición de Tarragona se rebela. A consecuencia de la decepción del conde la Bisbal, que sublevó en Ocaña (a 63 quilómetros de Madrid) el regimiento mandado por su hermano, en vez de dedicarse a reprimir la revuelta en Andalucía, Fernando VII llamó al general Ballesteros, aceptó la Constitución (7 de marzo) y convocó las Cortes para el 9 de julio.

Desde Mallorca, donde había sido desterrado desde 1818 (anteriormente, había sido condenado a ocho años de cárcel en Ceuta, el 15 de diciembre de 1814), don Agustín Argüelles vuelve para hacerse cargo del gabinete, con don Eusebio Polo, el brigadier Torrijos, don Juan O'Donaju, don Evaristo San Miguel y don Facundo Infante. Con Argüelles —estudiante en Oviedo, protegido de Jovellanos, mandado a Inglaterra por Godoy en 1806, amigo de lord Holland, de vuelta a España con la misión del conde de Toreno en 1808— la Masonería se apodera del gobierno (en abril de 1820)... y pone mantequilla en su pan. Mientras reconstituye el Supremo Consejo, con el conde de Toreno, Martínez de la Rosa, Canga-Argüelles, ministro de Hacienda, el capitán Capaz, Mendizábal, Morillo, don José Campos y Lozano Torres, y mientras el conde de Montijo recibe el mando de un regimiento de la Guardia, él y sus amigos empiezan a derrochar el dinero. Da el ejemplo Argüelles atribuyéndose 60.000 reales, ¡en compensación de su salario de ministro perdido desde 1814! Por su parte don Domingo Lozano de Torres, tesorero de Hacienda, «extravía» 80 millones de reales, ¡que reciben las cajas del Gran Oriente! En cuanto a Mendizábal, ¡ayer al borde de la bancarrota, se encuentra de repente a flote! ¡Caridad y Hermandad decididamente parece que andan del mismo paso!

Mientras tanto Madrid, con treinta años de retraso, imita las revoluciones de París. La gente invade las logias, echa los bofes en los cafés, sedes de las sociedades «patrióticas» (Lorenzini, La Cruz de Malta, San Sebastián, La Fontana de Oro, donde para el proveedor del Ejército Alcalá Galiano), gesticula en los clubs. Se ensaya el «terror». Después de la clausura de las Cortes, el 9 de noviembre, el capitán general don José Carvajal, nombrado el 16 por el rey sin el consenso del gabinete, mandó cerrar dos de estos cafés. Entonces el capellán don Matías Vinuesa, detenido el 21 de enero de 1821 así como el duque del Infantado, cae asesinado en su cárcel, con la complicidad de los guardias nacionales de la «milicia». Los Guardias de Cuerpo que reaccionaron en contra de los manifestantes el 4 de febrero, detenidos en un convento, temen conocer la misma suerte.

El 1 de marzo de 1821, cuando se reabre la sesión, Argüelles, encontrándose con un tesoro vacío, dimite y deja el mandil y el martillo de su Orden en manos de don Antonio Pérez de Tudela, que va a recoger los restos de la obediencia del conde de Montijo (1821-22). Durante su estancia en el poder intentó, sin embargo, restablecer el orden en Andalucía, donde el capitán general don Juan O'Donaju obligó a Riego, López Baños y Arco Agüero a inclinarse (8 de agosto de 1820). Entonces los jefes de los Comuneros desencadenan su ira (Flórez Estrada, Gutiérrez, Acuña, Meja, Riejo, Mina, Torri-

jos, Juragui, Piquero). El 4 de septiembre, en las Cortes, Isturiz grita: «¡la palabra 'rey' es anticonstitucional!», y añade Romero Alpuente, el 7, que «el pueblo tiene derecho a hacerse justicia y a ejercer él mismo su venganza». ¿No estamos oyendo a Robespierre, a Chabot o a Bentabole? Entre los dos clanes opuestos que se disputan el poder —en 1822-23, son 52 los masones y 21 los «comuneros» con escaño en las Cortes— un grupo moderado, recogiendo la antigua razón social de los Jacobinos la etiqueta de «Amigos de la Constitución» y conocido por el apodo de «anilleros», intenta contener la ola de anarquía en las provincias donde se producen alborotos de carácter socialista (Cádiz, Sevilla, Cartagena, Murcia, Alcoy, Valencia). Sus jefes, el autor dramático Martínez de la Rosa, el conde de Toreno, el duque de Frías y Calatrava, apoyan al gabinete Feliú, Sánchez Salvador, Escudero, Bardají, etcétera, sin color muy definido, que sucede a Argüelles. Esta gente bien intencionada trata de restablecer el orden, destituye al general republicano Copons, gobernador civil, manda a su sucesor don José Martínez de San Martín cerrar los clubs, disuelve las Cortes, practica la candidatura oficial para su reelección, aleja de la capitanía general, para confinarle en Lérida, a Rafael de Riego (que conspiraba con unos refugiados franceses, Bessières, Uxon, Cugnet de Montarlot), destituye al capitán general Villalba (implicado, el 5 de mayo, en un intento de matanza en las cárceles —el Abuelo—, y el 6, en una revuelta de la Guardia). El 18 de septiembre una tentativa tragicómica de dos generales para conquistar el poder en Madrid concluyó en el lamentable fracaso de la batalla «de las Platerías».

Al final de diciembre, Martínez de la Rosa, alto dignatario de la Masonería (refugiado de Cádiz en Londres en 1810 y encarcelado entre 1814 y 1820), jefe de la fracción de los «anilleros», dirige él mismo el gobierno, con Moscoso de Altamira, Simón Pambley, Balangat, Garelly. Cuando presenta unas leyes restrictivas sobre la prensa, el derecho de petición y de reunión, las sociedades patrióticas y los «comuneros» organizan una «jornada» con la intención de asesinar a él y al conde de Toreno. A final de junio se reanudan los alborotos. El 30, la Guardia real abucheada por el populacho reacciona, matando a uno de sus oficiales, don Mamerto Landaburu, «comunero», que amenazaba a sus soldados con sablazos. Se dará el nombre de este «mártir» de la causa a un club patriótico, de tipo «Cordeliers», la «Sociedad Landaburiana», dirigida por Romero Alpuente, jefe de los «exaltados»; un club en el cual masones y comuneros, a veces se pelean y a veces se abrazan (los días 10 de noviembre de 1822 y 6 de febrero de 1823, por ejemplo: Argüelles y Alcalá Galiano) en una ilusoria reconciliación, porque los «exaltados» son todavía los dueños del terreno.

Después de estos incidentes del 30 de junio, cuatro de los seis batallones de la Guardia Real se retiran a El Pardo, a unos quilómetros de la capital. Pero vuelven durante la noche del 6 al 7 de julio, se sublevan en favor de la autoridad real, pero patalean y, a costa de un millar de víctimas, los milicianos de la guardia nacional, al mando del general «hermano» Ballesteros, consiguen reducirlos. No tuvo más suerte la reacción realista en las provincias del Norte. Allí Fernando VII mandó a un aventurero, Ugarte, con dinero para reclutar unos partisanos. Pero la «Junta de Bayona» del general Eguía registró un primer fracaso el 25 de diciembre de 1821. Luego Quesada,

con 1.500 hombres, se apoderó el 21 de enero de 1822 de la Seo de Urgel, donde el 15 de agosto el barón de Eroles, el marqués de Mata Florida y el arzobispo de Tarragona formaron una Regencia, pero los 20.000 hombres de Mina les expulsaron y les obligaron a retirarse a Puigcerdá el 10 de noviembre y a refugiarse en Perpiñán el 7 de diciembre. Alrededor del general Evaristo San Miguel, jefe de las logias militares, y «seudo-anillero», llamado a gobernar en julio de 1822, se reagruparon masones (Argüelles, Calatrava, Canga-Argüelles, etc.) y luego unos «comuneros constitucionales», disidentes dirigidos por el brigadier Palarea, gobernador civil de Madrid (22-24 de febrero de 1823). Estos «exaltados» amenazaron con invadir el palacio si el rey intentaba cesar el gabinete (19 de febrero de 1823), manifestaron su fanatismo anticlerical, aboliendo más de 73.000 empleos eclesiásticos, queriendo prohibir a los obispos el derecho de ordenar sacerdotes y entregando Cataluña a las exacciones y atrocidades de Mina y de sus lugartenientes.

La intervención francesa acaba con los desórdenes

En contra de estos excesos las potencias reaccionan. El ministro francés de Asuntos Exteriores, Mathieu de Montmorency, está decididamente en favor de una intervención. Pero encuentra una resistencia en Villèle, temeroso de comprometer su equilibrio presupuestario y de provocar reacciones de Londres, principal alimentador de las Cortes, que negocia una convención comercial con Madrid (15 de noviembre), y expresa por boca de Canning y de Wellington su descontento a París. Haciéndoles caso omiso, al abrirse el Congreso de Verona (21 de octubre de 1822), Montmorency solicita por nota verbal y obtiene el acuerdo sin reserva del zar, otro matizado de Viena y otro reticente de Prusia para el envío a Madrid de cuatro notas separadas pero concertadas, exigiendo la libertad de Fernando VII. Llamado entretanto a presidir el Consejo, Villèle le desautoriza, le manda volver (el 12 de noviembre) y, con el apoyo de Luis XVIII, le pide su dimisión el 25 de diciembre de 1822. Pero como su orgulloso sucesor Chateaubriand, se adhiere a su política, su demasiado cauteloso «primer ministro» se ve obligado a añadir a su presupuesto los créditos necesarios (30 millones para empezar), a aumentar hasta 110.000 hombres los efectivos del cuerpo de observación en los Pirineos (con 108 piezas de artillería), a dirigir al gobierno San Miguel-Argüelles, como las otras potencias (entre el 4 y el 6 de enero de 1823), una nota después de todo bastante firme, y a mandar volver, como lo hacen ellos, a su embajador.

Entonces se desencadena en París la jauría de la oposición, al servicio de la finanza inglesa, prediciendo las más catastróficas consecuencias. Aunque su «protegido» Adolfo Thiers, al volver de España, tenga una opinión muy distinta. Talleyrand esta vez se presenta como Casandra (pretendiendo, con impudencia, haber tratado de disuadir a Napoleón de intervenir antaño). Intrigan con él, el mariscal Soult, los generales Sebastiani y Foy, Molé, Dalberg y Stanislas de Girardin, en favor del duque de Orléans, en casa de la condesa de Bourcke, que no tardará en ser expelada. Por otra parte se reúnen en casa del banquero Laffitte (que financia las Cortes). La Fayette, Odilon Barrot, Béranger, Paul-Louis Courier, Guizot, el duque de Broglie y Casimir Périer, que siguen con prudencia el movimiento. La Bolsa baja,

cayendo el 5 % a 76 francos. En la Cámara, Manuel evoca la suerte de Carlos I de Inglaterra y de Luis XVI con tales amenazas, el 26 de febrero, que se echa de la sesión y el 4 de marzo, «manu militari» se le expulsa de la Asamblea. Pero los créditos pedidos (22 más 107 millones, entre los cuales 12 para el gobierno español y 23 para el «Ejército de la Fe») son aprobados por 219 votos contra 19, y en la Cámara de los Pares, por 212 contra 66.

El 7 de abril el cuerpo expedicionario, articulado en cinco cuerpos, más uno de reserva, al mando del duque de Angoulême, cruza el Pirineo. Con tres granadas de metralla se dispersa a unos 200 voluntarios franceses refugiados del coronel Fabvier, cuya «demostración» no encuentra ningún eco en el ejército real. Este cuerpo, convenientemente abastecido por el proveedor Ouvrard (en condiciones muy honestas por otra parte), consigue ganarse por su comportamiento ejemplar la simpatía de la población, que le acoge con entusiasmo. En frente, los milicianos le oponen poca resistencia. Al retirarse de Vitoria hacia Zaragoza, y luego Valencia y Granada, el general Ballesteros ha dejado abierto el camino de Madrid, donde el duque de Angoulême hace su entrada el 24 de mayo. La Bisbal capitula, mientras tanto, en el Noroeste, Pablo Morillo negocia, después de abandonar Valladolid y León, y su lugarteniente Quiroga, acompañado por sir Robert Wilson, se retira hacia La Coruña, ocupada el 21 de agosto. Hacia Andalucía convergen dos columnas francesas: la primera, maltratando a los milicianos, los «negros», en el desfiladero de Santa Cruz, penetra en Córdoba, mientras la otra, a través de Extremadura, rechaza al «Empecinado», ocupa el 24 de junio el Puerto de Santa María y amenaza Cádiz. Al abandonar Madrid, las Cortes habían encargado a Riego la tarea de escoltar a Fernando VII y de llevarle a Sevilla (el 22 de junio) y luego a Cádiz. Temiendo un instante por su vida en esta especie de «fuga de Varennes», el soberano, según dicen, se valió del signo de desamparo masónico. Pero la resistencia de Cádiz no perduró mucho tiempo. Después del fracaso de una tentativa de salida el 16 de julio, la caída del Trocadero (el 30 de agosto, con la pérdida de 500 hombres entre muertos y heridos y de 1.000 prisioneros), el ataque por el almirante Duperré del fuerte «Sancti Petri», que dominaba la rada (el 20 de septiembre) y el bombardeo de la ciudad, las Cortes se declararon disueltas (por 60 votos contra 30) y liberaron al rey Fernando y a su familia el 1 de octubre, mediante un cuantioso rescate. Entretanto, a través de su agente Elliot, Inglaterra había intervenido dos veces, la primera para pedir el mantenimiento de una Constitución liberal, y la segunda para «ofrecer» al rey un refugio en uno de sus buques. El duque de Angoulême se esforzó en prohibir unas detenciones arbitrarias (el 8 de agosto) y en obtener una amnistía del rey restaurado (hasta el punto de tolerar la huida de unos jefes rebeldes). Pero Riego, el instigador de la insurrección, fue ahorcado el 7 de noviembre de 1823. En cuanto a Mina, en Cataluña, fue más difícil reducirle. Había ensangrentado el país, matando a 24 vecinos de Manresa (el 17 de noviembre de 1822), diezmando la población de Castelfollit, ejecutando al obispo de Vich el 16 de abril de 1823, mientras el de Lérida conseguía escapar; sus lugartenientes Roten, saqueando San Lorenzo de Morunis, y Milláns rivalizaban en crueldad con el. Rechazados de Vich (el 25 de mayo) y de Mataró, resistieron en la ciudad y en la ciudadela de Barcelona hasta el 22 de octubre, antes de capitular el 2 de noviembre para buscar refugio en Londres. Cartagena se entregó el 5 de noviembre y Alicante el 12. En estas

provincias hacía poco tiempo que el «carbonarismo» había penetrado, introducido por Pechino en Valencia y en Andalucía, bajo forma de una organización llamada «Europea», por el general Pepe, y sobre todo en Cataluña, por los italianos Pachiaroti y De Atelly.

Para ayudar al gobierno de Fernando VII a restablecer el orden y restaurar su administración, Francia le consintió un crédio de 50 a 60 millones, sumándose a los 34 avanzados durante la lucha y se acordó (en la mitad de febrero de 1824) mantener un cuerpo de ocupación de 45.000 hombres, al mando de Bourmont, hasta 1828. Después de todo, la expedición, tan criticada, pero poco costosa, se saldaba con buenos resultados. Para España, la influencia británica prácticamente eliminada hasta 1846. La Masonería, disuelta por los decretos de los días 1 de agosto, 25 de septiembre y 9 de octubre de 1824 (aunque Francia se opuso al restablecimiento del Santo Oficio), por el momento decapitada, con sus jefes dispersados en el extranjero: el Supremo Consejero en Londres, con Argüelles, Cayetano Valdés, Canga-Argüelles y Alava; otros, Martínez de la Rosa, el conde de Toreno, Yandola, el marqués de Pontejos, en París, manteniendo difíciles enlaces con Cataluña a través de Gibraltar y de Baleares. Para Francia: la oposición liberal desacreditada, reducida de 110 a 19 escaños en las elecciones del 6 de marzo de 1824, el ejército real templado por el éxito, y la independencia nacional confirmada, frente a una Inglaterra, demasiado pronta a mantener en tutela a los Borbones restaurados y a su administración.

Docilidad hacia la Alta Finanza

Restablecido en las condiciones más precarias, el gobierno real se encontró, sobre todo después de los Cien Días, en la más estrecha dependencia de la alta Banca y del gabinete de Saint-James. La gestión impecable de su hacienda debía satisfacer a la primera. Pero sus tentativas reiteradas para reconquistar su iniciativa diplomática tenía que indisponer al segundo. Cuando sus innumerables torpezas, las vacilaciones de su política interior (sobre todo en materia electoral), su completa inactividad social (tan contraria a las tradiciones de la monarquía) y su debilidad inexplicable hacia las sectas, dejaban entre las manos de sus adversarios todos los medios capaces de destruirla a la primera calaverada.

De espíritu sutil, cauteloso y vivo, en un cuerpo entorpecido por sus enfermedades, Luis XVIII, el rey gotoso, llevaba la huella de los años vividos en contacto con la oligarquía británica. Sin embargo, muy empapado de sus prerrogativas reales, hasta en unos detalles de etiqueta algo desusados, se negó a jugar el papel puramente decorativo de un soberano «a la inglesa» y supo mantener, en su «Carta» constitucional, a pesar de los consejos de Talleyrand, de Fouché y del Senado, una autoridad completa sobre sus ministros, así como la iniciativa de las leyes. Pero de instinto conservador, poco inclinado a las iniciativas sociales y de tendencias liberales, no se encontraba dispuesto a luchar contra las sociedades secretas, tanto menos porque quizá le molestaba el recuerdo de unas intrigas en las que participó el conde de Provenza en su juventud. Su afecto a unos favoritos, como el joven Elie Decazes —y luego Mme. du Cayla— facilitaron las maniobras de las sectas en su entorno.

Sobre las finanzas francesas, la empresa fatal de los Cien Días pesaba duramente. Durante la primera restauración, la recuperación había sido fácil. Caída a 45,25 el 29 de marzo de 1814, la renta había subido otra vez a 65 al principio de junio, luego a 78 y hasta a 80 el 30 de marzo de 1815. Los atrasados del Imperio no pasaban la cantidad de 503 millones. El presupuesto de 1814 se saldará con un déficit de 307 millones para nueve meses. Las previsiones para 1815 eran de 618 de ingresos y 547,7 de gastos (más 70,3 de atrasados). De este pronto restablecimiento se lleva el mérito el barón Luis (ex-consejero del Clero en el Parlamento de París, emigrado a Inglaterra y protegido de Talleyrand), cuyo adagio: «Si siguen una buena política, yo les daré buenas finanzas» ha quedado célebre. Sin embargo, su fama fue quizá exagerada, porque en el reverso de la medalla se hubiera podido inscribir: «a veces finanzas demasiado buenas conducen a una mala política». Porque las restricciones, draconianas y apresuradas, que practicó contribuyeron al malestar que permitió el retorno de Napoleón: supresión de unos 15.000 empleos civiles (por la reducción del Imperio de 130 departamentos al hexágono, numerosos funcionarios se encontraron sin puesto), jubilación o reducción a medida paga de 12.000 oficiales del Ejército, impago de las pensiones prometidas al ex-emperador y a su familia (5,5 millones), etc. Tampoco se respetaron las promesas del duque de Angoulême y del conde de Artois de abolir el impuesto muy impopular de los «derechos reunidos».

La liquidación del retorno de la isla de Elba iba a ser muy cuantiosa. A el sueldo y mantenimiento de los 150.000 hombres del ejército de ocupación (sucediendo a una horda de 1.200.000 invasores viviendo sobre el país de requisas, contribuciones cuando no de saqueos); más las indemnizaciones de carácter privado, hinchadas por los Aliados hasta la cantidad astronómica de 1.600 millones, reducidas por la convención del 25 de abril de 1818, gracias a la intervención de Pozzo di Borgo, y convertidas en la constitución de 12.040 millones de rentas, o sea 240 millones de capital (más tres millones a Inglaterra y uno a España), con un fondo de garantía de nueve millones. El sucesor del barón Luis (después del rechazo del gabinete de Talleyrand por la Cámara «inesperada», elegida el 19 de agosto de 1815), Corvetto, procedente del Banco de San Jorge de Génova, propuso cubrir estos gastos extraordinarios con la emisión de obligaciones al 8 % (dando en prenda la venta de 400.000 hectáreas de bosques), pero la mayoría rechazó esta proposición para no perder la posibilidad de devolver estos bienes a la Iglesia. Entonces, como recurso provisional, los acreedores del Estado recibieron un interés del 4 % sobre sus títulos (el 23 de marzo) y se siguió tirando, vendiendo rentas por un capital de 56 millones para cubrir el déficit de 1816 (379 millones: 1.087,8 millones de gastos y sólo 708,7 de ingresos). En consecuencia, la cotización de la renta, caída a 54 durante los Cien Días, después de relevarse, bajó de nuevo a 57,45 en septiembre.

Aprovechándose de estos apuros, la alta Banca internacional, siempre vigilante, impuso primero la clausura (el 29 de abril de 1816) y luego la disolución (el 5 de septiembre) de la Cámara «inesperada», demasiado indócil a su capricho, y propuso su propia solución. Respondiendo a proposiciones de Laffitte y de Ouvrard, Hope de Amsterdam y Baring de Londres, de viaje en París el 20 de enero de 1817, ofrecieron el 10 de febrero tomar

nueve millones de rentas (con una cotización nominal de 55 y real de 52,50) y luego 8,6 millones a 55,50 en abril más nueve millones a 61,50 en julio, con la participación de Perrégaux y de Laffitte. Combinación muy provechosa para la finanza cosmopolita, comprando con 301,8 millones de capital 26,7 millones de renta cuya cotización iba a subir a 67 y a 80 el 31 de agosto de 1818... y desastrosa para el Estado, que para obtener 187 millones debía reembolsar 384, más 17 millones de intereses al año; reanudando así con la tradición fatal de los empréstitos internacionales, de la cual el emperador había, celosamente, protegido al país.

Así se pagaba cara la reducción en una quinta parte del cuerpo de ocupación al 1 de abril de 1817. Y se engordaban los capitalistas extranjeros con un beneficio de cerca del 100 %, bien inútilmente, pues para una emisión de 14,5 millones de renta al 66,50 (el 15 de mayo de 1818) el mercado interior ofreció 163 millones. ¿Entonces por qué reincidir, dando preferencia a Baring y Hope sobre los banqueros franceses Casimir Perier, Tournon, Olivier y otros para la emisión, el 30 de mayo, a 66,50 de 21 millones de rentas para cubrir el pago de dos plazos anticipados de la indemnización de guerra (24 millones)? Cantidad que el tratado de Aquisgrán redujo (el 9 de octubre de 1818) a 12,3 millones de rentas, admitiendo que el resto, hasta 165 millones, sería cubierto por un pago de Baring y Hope, y el saldo por la remesa de 6,6 millones de rentas, correspondiendo (según la cotización de 75,57 el 5 de octubre) a una cantidad de 100. Con lo cual el tratado estipulaba la evacuación total del territorio francés para el 30 de noviembre, con dos años de anticipación. De la crisis de 1814-1815, Francia salía, al final de 1818, con la carga adicional de 95 millones de rentas y un presupuesto de 870 millones (en aumento de 70 millones sobre los presupuestos medios del Imperio), saldándose el de 1817 con 1.299 millones de gastos y 926 de ingresos; el de 1818 con 1.098 y 767,77; el de 1819 con 863,8 —entre los cuales 228 para el servicio de la Deuda— y 902,9 a pesar de unos 20 millones de descargos; el de 1820 un excedente de 38 millones con 913,3 de ingresos; el de 1821 con un excedente de 33,2 con 915,5. La renta, en baja hasta 71,75 el 31 de octubre y 62 el 14 de diciembre de 1818, por causa de realizaciones, no cesó de relevarse de tal manera que el 9 de agosto de 1821, los banqueros Hottinguer, Baguenault y Delessert se adjudican 9,5 millones de rentas por 164 millones, o sea a 85,55 de cotización, que dos meses más tarde llegará a 90.

Cuando, después del barón Luis en el gabinete Dessoles-Richelieu, y de Roy en el de Decazes y Richelieu, Villèle toma la cartera de Hacienda (el 13 de diciembre de 1821) y luego la presidencia del Consejo (el 4 de septiembre de 1822), Francia ha recobrado por completo su crédito. Hasta tal punto, que a pesar de los gastos de la expedición de España (de las exigencias de Ouvrard, que por la insuficiencia de la Intencia, han sido aceptadas), y del aumento de los gastos previstos (207 millones entre los cuales 31 recuperables, en vez de 100), siguen registrándose excedentes: uno record de 42,7 sobre 991,89 de ingresos en 1822; otro más modesto de 5,5 en 1823, y otro, medio, de 8,9 en 1824. Entonces Villèle trata de reabsorber los atrasados del Imperio, estimados en 350 millones, emitiendo 1,1 millones (el 9 de agosto de 1823) y 23 millones de renta (10 de mayo de 1824). En esta última operación Villèle (aunque se le consideraba hostil a los grandes capitalistas)

da la preferencia, contra Laffitte, a los Rothsschild, que disponiendo ya de un capital de 33 millones en Francia —y su rival sólo de seis— ofrecían la cotización de 89,55, ligeramente superior a la oficial, sin perder nada por otra parte, pues pasará luego a 92, a la paridad el 12 de febrero y hasta 104,80, el 5 de marzo.

Entonces, con toda lógica, el ministro de Hacienda, inspirándose del ejemplo inglés de conversión del 4 en el $3^1/_2$ %, considera la posibilidad de rebajar la renta del 5 % al 3 % a 75, lo que permitiría indemnizar parcialmente a los emigrados de sus bienes expoliados con esta economía de 28 millones. Sin embargo, para hacer frente a las eventuales peticiones de reembolso, se pone en contacto no sólo con Laffitte y otros banqueros nacionales, sino con los Rothschild (James en marzo, luego Nathan) y los Baring a los que propone garantizar 35 millones para suministrar eventualmente 370, de un capital total de 2.800 millones. La Cámara baja adopta el proyecto, por 238 votos contra 145, en mayo de 1824, pero los Pares (muy hostiles, como ya lo hemos dicho, a la Alta Finanza internacional dominadora) rechazan la operación por 128 votos contra 94, respondiendo a la llamada de Chateaubriand y del arzobispo de Quélen, que consideran el proyecto como perjudicial a los intereses de los 189.000 rentistas, parisienses en su mayoría (el 3 de junio de 1824). En febrero de 1825 se reanudó la discusión de la indemnización y se arregló —sobre la base de evaluaciones de 18 veces la renta— con la emisión de cerca de 26 millones de renta al 3 %, correspondiendo a un capital nominal de 866,5 millones pero sólo a un capital real de 630: ¡a eso se redujeron los «100 millones de los emigrados»! (el 27 de abril de 1825). En cuanto a la conversión, la ley del 1 de mayo de 1825 presentó a los portadores la posibilidad de escoger entre el $4^1/_2$ al par o el 3 % a 75. Con resultados mediocres, 30,5 millones rebajados al 3 % y un poco más de un millón mantenido al $4^1/_2$, con una economía de sólo 6,2 millones, y como la coyuntura internacional se veía comprometida por especulaciones arriesgadas sobre América del Sur, provocando el retroceso de los consolidados ingleses del 95 al 80 3/4, la cotización del 5 % francés cayó a 90-91 a final de noviembre y la del 3 % osciló entre 60 y 65, atemorizando a los Rothschild.

Pero la posición presupuestaria seguía muy satisfactoria. Un excedente de 3,5 millones sobre 985,6 de ingresos en 1825, otro de 6,1 sobre 983 en 1826. Con una sola excepción en 1827, un año de crisis saldada con un déficit de 32 millones. Pero los excedentes reaparecen: 8,7 millones en 1828 (a pesar de un crédito extraordinario de 71,3 millones para la expedición de Morea) y 1,5 en 1829. Sucesor de Villèle en el gabinete Martignac, Roy concluyó con los Rothschild en enero de 1830 un préstamo de 80 millones para la expedición de Argel (con la emisión de 3,134 millones de renta al 4 %, a 102,075; ofreciendo Mallet 98 y el judío español Aguado 97,55). En realidad el tesoro del Dey cubrió los gastos de la primera campaña (48 millones) y la venta de las mercancías embargadas procuró un beneficio de siete millones. De manera que cuando la monarquía restaurada tuvo que remitir su balance su deuda se reducía a 220 millones (entre los cuales 63,3 de compromisos anteriores) y sólo 170 en las manos de personas privadas, pues la Caja de Amortización, después de rescatar 53,8, conservaba 37,8 millones). Además

circulaban 7.271 millones de rentas vitalicias y la deuda flotante se cifraba en 270 millones.

En esta materia, la gestión del régimen había sido perfecta (pero demasiado avasallada por el capitalismo internacional). Secundado por d'Audiffret, Villèle completó la reglamentación heredada del Imperio por unas Ordenanzas célebres sobre la Contabilidad pública, incluida la de los municipios, y decidió liquidar los ejercicios al 31 de diciembre para el 30 de septiembre. Desde 1828 se votaron los presupuestos, para cada ministerio, en secciones y capítulos separados (lo que hacía más difíciles las transferencias). La confección del catastro se proseguía con 11.000 municipios terminados en 1821 y 21.000 en 1830. Los contribuyentes a la tasa territorial se beneficiaron de 92 millones de desgravaciones.

* * *

Miramientos para los «nantis»

Lástima que la actuación política del gobierno real haya sido más tímida y vacilante que prudente. En su afán de tranquilizar a los «nantis» (enriquecidos por la Revolución), que le son hostiles en su mayoría, no se atreve a conceder los derechos cívicos a unas capas más amplias de la población, dispuestas a apoyarle, cortándose muchas veces de sus aliados naturales, sin ganarse a los «liberales» a los cuales brinda concesiones que anula después y restringiendo sin cesar su clientela «ministerial», por fin se atasca y se deja arrastrar a unas medidas de fuerza, sin tener la suficiente autoridad para imponerlas.

La «Carta», redactada «a la inglesa», sin estipulaciones muy precisas, dejaba al rey con bastante facilidad de maniobra. Luis XVIII la utilizó con moderación. En la nueva Cámara de los Pares (integrada por 150 miembros en 1814) la mayoría de los antiguos senadores seguían con su asiento (93 y 10 mariscales), y contaban entre los 51 descartados, 20 representantes de los territorios abandonados. En 1815, se llegó a un total de 200, con 29 expulsados por su actitud durante los Cien Días (el 24 de julio) y 94 nuevos (designados el 17 de agosto). Por dos veces, el «gabinete» pidió al rey nombrar «hornadas» de pares: 59 en marzo de 1819 (a petición de Decazes, descontento, porque el 2 de marzo Barthélémy había pedido una extensión del cuerpo electoral) y 76 al 6 de noviembre de 1827 (a petición de Villèle que se había enemistado con Chateaubriand y los disidentes de la derecha sobre la censura).

En cuanto a la Cámara de los Representantes, su base electoral, según la Carta, quedaba muy restringida. Siendo las condiciones para ser elector, treinta años de edad y un censo de 300 francos, y para ser elegibles, cuarenta años y 1.000 francos: unos 15.000 «electores» designando a 262 diputados, ¡lo correspondiente a los «burgos podridos» de Inglaterra! Una cosa parecida a la Cámara de los Cien Días, nombrada por 7.669 «electores» sometidos a la presión de Fouché y del gobierno imperial. A pesar de mantener los colegios de distrito y de departamento, una real ordenanza, bajando la edad a

veintiún años para los electores y a veinticinco para los elegibles, incrementó el cuerpo electoral hasta el número de 72.000 inscritos, entre los cuales 48.000 designaron efectivamente 402 diputados, los días 14 y 22 de agosto de 1815. Fue la Cámara «introuvable» (inesperada). Integrada en su mayoría, no de revividos del antiguo régimen, como se dijo, sino por más de la mitad de elementos burgueses (con exclusión de cualquier representación del Clero), muy jóvenes en su mayoría (130 tenían menos de cuarenta y cinco años), dio prueba de un celo realista (que desmintió el pesimismo hipócrita de Fouché, según el cual apenas la quinta parte de los franceses aceptaba la monarquía) suficiente para provocar la dimisión de Talleyrand (el 21 de septiembre) y de su acólito, pero también el miedo del rey. De manera que su obra se limitó a votar unas leyes de orden público (de seguridad general, el 29 de octubre): sobre palabras sediciosas (el 9 de noviembre); sobre los tribunales prebostales (el 27 de diciembre), y sobre la amnistía (12 de enero de 1816), con vistas a poner fin a los arreglos de cuentas que acompañaron la liquidación del período de los Cien Días. Pero apenas intentó reformar la ley electoral, renovando la Cámara por completo cada cinco años en vez de por quinta parte cada año y bajando el censo a 50 y hasta 25 francos de contribución directa, se enfrentó con la Cámara de los Pares, cegada por su conservadurismo, que se opuso a un proyecto capaz de «ahogar» la burguesía seudo-liberal. Sus intenciones, presentadas en una nota de Vitrolles: «quería que la Cámara de los Pares sea la fuente de una nobleza independiente, que el Clero sea propietario y no asalariado, que unas Asambleas provinciales arreglen los asuntos locales, que se reorganicen los gremios en corporaciones»; este deseo de renovar las instituciones, pero manteniendo las tradiciones nacionales, chocaba contra las fuerzas ocultas, coaligadas del interior y del exterior. La representada por Decazes (de la logia «Anacreon», gran oficial del G. O. y G. M. del Supremo Consejo del rito escocés en septiembre de 1818), ex-consejero en la Corte de Justicia de París, ex-bonapartista (anteriormente al servicio de la señora madre Leticia Bonaparte), nombrado prefecto de Policía gracias a la protección del barón Luis, luego ministro, tan falso como insinuante, que se introdujo hasta en la intimidad de Luis XVIII. La de los banqueros cosmopolitas, los Baring y los Hope. Y la de los representantes de Inglaterra y de Prusia, Wellington y Hardenberg, ayudados por Pozzo de Borgo, que exigen a gritos la disolución de esta Cámara, verdaderamente «intolerable», y que la obtienen, el 5 de septiembre de 1816, de Luis XVIII y de Richelieu, demasiado honesto para extravagarse en la política.

Entonces se vuelve al sistema estrecho de la Carta, con 262 diputados de más de cuarenta años. Gracias a una presión ministerial sin límite en las elecciones de octubre, llegan a la Asamblea 146 diputados dóciles de un total de 238. Introducida por Lainé, ministro del Interior, la nueva ley electoral, obra de los «doctrinarios» del Centro izquierda (Royer-Collard, Guizot, Barante, de Broglie, de Serre, de Rémusat), promulgada el 8 de febrero de 1817, corresponde a los deseos de sus promotores. La derecha, que, por boca de Bonald, propuso que los municipios reconstituidos formen la base de la representación, perdió una docena de escaños. Bajo control de una «bandera» de los Caballeros de la Fe, agrupada en torno al conde de Artois, de Chateaubriand, de Vitrolles, de Polignac, conserva su cohesión, pero fracasa un intento suyo de disolver la Masonería creando la sociedad disidente de

los «Francos regenerados». Así los realistas se encuentran divididos entre dos grupos hostiles, ministeriales y «ultras». Decazes se esfuerza en perjudicar a estos últimos cerca del rey y en comprometerlos por todos los medios: a propósito del motín «tricolor» del 8 de junio de 1817 en Lyon, presentado como una provocación; de una nota dirigida por Vitrolles a los Aliados, y de un pretendido complot de la Guardia, a final de junio de 1818. Consigue, gracias a sus maniobras, eliminar del gabinete al canciller Dambray (en enero de 1817), a los ministros Dubouchage de Marina (en junio de 1817), al mariscal Clarke de Guerra (el 12 de septiembre de 1817), a quienes reemplazan Pasquier, Molé y Gouvion Saint-Cyr; a apartar a Chateaubriand de su cartera de Estado, y a malquistar el rey con su hermano, el conde de Artois, al que se le quita al mando de la Guardia nacional (30 de septiembre de 1818). Los que se benefician de este paciente trabajo de zapa, desalentador para los electores realistas, son los «independientes» de izquierda, núcleo de opositores formado por la Masonería, alrededor de Casimir Périer, Dupont del Eure, el banquero Laffitte, que agruparon 25 diputados en 1817, reforzados por 20 más, entre los cuales La Fayette y Manuel, en octubre de 1818, y Benjamín Constant, en 1819. Alarmado por semejantes maniobras, Richelieu, al volver del Congreso de Aquisgrán (30 de septiembre a noviembre de 1818), intimó al Rey a que aparte a su favorito, si no él mismo dimitiría (21 de diciembre de 1818).

Y como Luis XVIII, después de grandes demostraciones llorosas, dio la preferencia a Decazes, Richelieu se retiró (26 de diciembre) dejando el puesto al general Dessolles que, de asuntos extranjeros, ignoraba todo. Decazes reemplazó a Lainé como ministro del Interior (y se le confió también la policía), el barón Luis volvió a Hacienda, Gouvion Saint-Cyr fue mantenido en Guerra y se nombró a Portal en la Marina y a de Serre en Justicia. Después de todo, en esta combinación no faltaba más que Talleyrand, pero al pensarlo bien el rey no se atrevió a llamarle. El primer gesto de Decazes consistió en revocar a dieciséis prefectos —realistas naturalmente—, lo que elevaba a cuarenta el número de los sacrificados desde la Ordenanza del 15 de septiembre. Y en depurar el Consejo de Estado y el Ejército, en el cual volvieron al servicio activo unos generales comprometidos en los Cien Días, como el general Foy. Bajo el pretexto de «nacionalizar» la monarquía, el trabajo de zapa continuaba. Después de los «ultras», le tocaba el turno al Centro derecha verse rechazado en las tinieblas exteriores. Luego se sometió a la Cámara de los Pares, gracias a una «hornada», en marzo de 1819, de 59 «ministeriales», entre los cuales unos 14 supervivientes, eliminados después de los Cien Días. Y por el voto de tres leyes de prensa, (17-26 de mayo, 7 de junio de 1818), presentadas por de Serre, pero estudiadas por Royer-Collard, Guizot, Barante y Broglie, Francia vino a ser el país más liberal de la época: en vez de censura y de autorización previa, responsabilidad de los editores, garantizada por una fianza; los procesos sometidos al jurado, salvo en el caso de difamación; abolición de las leyes y tribunales de excepción o prebostales; supresión de las detenciones «administrativas»; unas Cámaras aprendiendo el régimen parlamentario, en un clima de libertad. Y de una tranquilidad engañosa en una Europa en la cual un nuevo soplo revolucionario parecía el presagio de próximas tormentas.

Entonces las elecciones de 1819 despertaron a Decazes de su optimismo: de los 55 escaños en competición, la derecha perdió 10 y el ministerio 15, en

beneficio de la oposición izquierdista, siendo los más notables elegidos Benjamín Constant, y el gran escándalo de la Asamblea, el abad Grégoire (un casi regicida) ¡representante de Grenoble! Haciendo marcha atrás, Decazes debió aceptar la presidencia del Consejo (el 19 de noviembre) y apartar del gabinete a Dessolles, Gouvion Saint-Cyr y Luis. Iba a presentar un nuevo proyecto modificando la ley electoral (preparado por de Serre y de Broglie) cuando el asesinato del duque de Berry, ocurrido durante la noche del 13, le obligó a dimitir, porque la derecha se negaba a restablecer en sus manos la censura y las detenciones administrativas. Quizá el asesino, Louvel, actuó solo, con el deseo de destruir la raza de los Borbones en la persona del más popular de sus príncipes, pero su gesto se inscribía en la trama de una recrudescencia general de la agitación.

Frente al peligro de la izquierda liberal, se reconstituyó una derecha conservadora y tímida, que recogió, bajo la autoridad de Richelieu (el 21 de febrero), los ministros de Decazes y sus proyectos de medidas restrictivas, restableciendo para la prensa la autorización previa y la censura, además del régimen de detención administrativa por un período de tres meses, y que, para defender su posición electoral, recurrió al sistema de doble voto, creando aparte de los 258 escaños de representantes designados por los electores de 300 francos de censo agrupados en colegios de distrito, otros 172 nuevos escaños, correspondiendo a unos colegios de departamento reservados a la cuarta parte más contribuyente de los electores (29 de junio de 1820). Violentas manifestaciones acompañaron los días 3 y 5 de junio en París la discusión de estas medidas que acentuaban el privilegio de la fortuna y aislaban todavía más al gobierno real de la masa electoral. Pero en lo inmediato no sólo se consiguió el resultado que se buscaba, sino que según el gusto de Luis XVIII (que no se separó de Decazes sin pena) se le traspasó: una izquierda reducida a 80 diputados (de un total de 430), un centro gubernamental de 190, flanqueado por 160 «ultras» (entre los cuales 75 ex-miembros de la «Cámara introuvable») (4-13 de noviembre de 1820). El nacimiento del duque de Bordeaux, «el niño del milagro» (el 29 de septiembre), que convertía el crimen de Louvel en un gesto inútil, contribuyó a exaltar las convicciones monárquicas. Aunque el equilibrio de fuerzas no haya sido modificado en octubre de 1821 (con unos siete escaños perdidos en provecho de la izquierda), la derecha, descontenta porque no había obtenido en el gabinete más de tres carteras (sin responsabilidad ministerial) confiadas a Villèle, Corbières y Lainé (en octubre-noviembre de 1820), se negó a prorrogar la censura, criticó la postura tímida del gobierno en los Congresos internacionales y sacó sus tres representantes del gabinete, provocando la dimisión de Richelieu (12 de septiembre de 1821).

Abandono del programa nacional

Caído ahora bajo la influencia de Mme. du Cayla, y antes de todo deseoso de terminar su reinado en la tranquilidad, Luis XVIII acabó por aceptar la formación de un gabinete integrado por Villèle en Hacienda, Corbières en el Interior, Montmorency en Asuntos Exteriores, Bellune en Guerra, Clermont-Tonnerre en Marina. La derecha moderada accedía al poder. Pero su jefe, José de Villèle, iba a comprometer una vez más su

oportunidad, al renunciar a lo esencial de su programa político, descentralizador, corporativo y popular. Corto y canijo, con propensión a usar de astucia más que de decisión, «dependiente» de calidad, el ex-alcalde de Tolosa no tenía la talla de un hombre de Estado. Pero, mal dispuesto a soportar el prestigio de otra persona, no tardó en alejar a Chateaubriand (6 de junio de 1824). Y a levantar contra él la oposición de una derecha que desconfiaba de sus concesiones, de sus compromisos, de sus abandonos —frente a la Alta Finanza— y de su timidez —con el gabinete de Saint-James—. Hasta el punto de que, a pesar de haber sido miembro de la «bandera» de Tolosa, le miraban con recelo sus ex-colegas de los «Caballeros de la Fe».

Proteger la religión es la primera preocupación del gabinete. Se traduce por nuevas restricciones sobre la prensa (17-25 de marzo de 1822), quitando al jurado el conocimiento de los delitos, y disponiendo autorización previa para los nuevos periódicos. Viene reforzado el control del Clero sobre la enseñanza secundaria (27 de febrero de 1821), sobre la Universidad, siendo nombrado su Gran Maestre Mgr. Frayssinous (1 de junio de 1822), y sobre la enseñanza primaria (recibiendo los maestros su autorización de los obispos) (abril de 1824). Estas medidas provocarán otra ola anticlerical desencadenada por las logias. Total, un balance poco positivo si el gabinete no había capitalizado el éxito de la campaña de España, disolviendo la Cámara el 24 de diciembre de 1823. Derrotada, la izquierda perdió 81 escaños, entre los cuales los de La Fayette y de Manuel, conservando sólo 19. Entonces se volvió a proceder con esta Cámara «retrouvée» (reencontrada) con el mismo guión empleado para descartar a la Cámara «introuvable»: Villèle rechazó, por causa de sus rencores personales, a unos 70 diputados de la oposición, incluido Chateaubriand, después del fracaso de su intento de conversión de la renta (6 de junio de 1824). Así el gabinete se apartaba de buena parte de la opinión, y no contaba más que con unos periódicos de poca tirada (con 14.000 abonados: la «Gaceta de Francia», 2.300; el «Diario de París», 4.000; «La Estrella», 2.700), mientras la oposición de derechas contaba con más de 20.000 (la «Bandera Blanca», de Martainville, 1.900; el «Journal des Débats», de los hermanos Bertin, 13.000; la «Quotidienne», de Michaux, 5.800) y los liberales disponían del «Constitutionnel» (16.000), del «Correo Francés» (3.000) y del «Diario del Comercio» (2.000), o sea de 21.000.

Carlos X reacciona contra el anticlericalismo

Aunque Carlos X, sucediendo a su hermano el 16 de septiembre de 1824, inauguró su reinado con una amnistía y la abolición de la censura, heredó los rencores acumulados contra este gabinete y se le imputó todo: la jubilación de 250 generales, la indemnización a los emigrados, la tentativa de conversión de la renta, la ley reconociendo las congregaciones femeninas (por ordenanza, sin la intervención legislativa, el 24 de mayo de 1825) y la ley contra el sacrilegio (20 de abril de 1825), que desencadenó inútilmente tantos ataques contra la Congregación, que la «Orden de los Caballeros de la Fe» prefirió disolverse (al principio de 1826) y que se desautorizó la participación en la enseñanza de los jesuitas, cuyo retorno había sido permitido por Mgr. Frayssinous, a título individual (26-27 de mayo de 1826) (en reali-

dad, después de la restauración de la Orden por Pío VII el 7 de agosto de 1814, 70 y luego 148 volvieron a Francia donde no pasaban de 456 en 1828). Pero, obedeciendo a una consigna masónica, una campaña infame, alimentada por los panfletos de Montlosier y las canciones de Béranger, se desencadenaba contra la religión, tomando como blanco predilecto a los misioneros, en contra de los cuales se fomentaban alborotos. Mala querella cuando las difíciles negociaciones entabladas entre Blancas y el cardenal Consalvi con vista a anular el Concordato de 1801 para volver al de 1516 y restablecer 42 obispados (para llegar al número de 90 en vez de 50) (entre la primavera de 1816 y junio de 1817) habían fracasado, porque el rey se mostraba partidario de las libertades «galicanas» y Decazes y Pasquier se negaban a ratificar la convención del 23 de julio de 1817 y pretendían imponer al papa un contraproyecto unilateralmente estudiado. Así se mantuvo en vigor (el 23 de agosto de 1819) el Concordato de 1801 y el gobierno real se contentó con elevar el número de diócesis a 80 en octubre de 1822. Ayudó también a los obispos a mejorar el reclutamiento sacerdotal. Reducido a cerca de la mitad de sus efectivos de 1789, el Clero no contaba más que 36.000 sacerdotes, ya de edad avanzada en su mayoría, cuando se necesitaban 15.000 más para mantener el culto. Incrementando el sueldo de los curas, aumentando el presupuesto del Clero de 12 millones en 1815 a 33 en 1830, multiplicando los seminarios y doblando sus efectivos (más de 13.000 en 1830), el Estado real había cumplido con su deber, así como creando (por la ordenanza del 29 de febrero de 1816) escuelas primarias en los municipios (en 24.000 de un total de 38.000 en 1829, con una población escolar de 1.372.000 niños). Nada justificaba entonces la llamada a las armas de la Masonería, orquestada para «poner en condiciones» a la opinión, en el momento de fomentar una ola de movimientos revolucionarios.

¿Pero era un medio eficaz de combatir esta propaganda yugulando a la prensa con excesivos derechos de timbre, o considerando responsables no sólo a los gerentes, sino también a los propietarios, etc., para retirar luego, ante la oposición de los Pares, un proyecto aceptado el 12 de marzo de 1827 por la Cámara (por 233 votos contra 134) (el 17 de abril)? ¿Y era también de hábil política disolver en bloque la Guardia nacional, después de una manifestación hostil de algunos de sus elementos, durante una revista pasada por el rey el 29 de abril? ¿O de obstinarse, como lo hizo Villèle, imponiendo otra «hornada» de 76 pares y la disolución de la Cámara (el 6 de noviembre de 1827)? ¿No conducía a endurecer las dos oposiciones de derecha y de izquierda, reagrupadas por Chateaubriand en una «Sociedad de los Amigos de la Libertad de Prensa»? Marchar a un fracaso electoral los días 17 y 24 de noviembre: ¡150 a 180 «ministeriales», frente a otros tantos liberales de izquierda y de 60 a 80 opositores de derechas!

Luego, tiende la mano a los liberales

Para apartar luego a Villèle (6 de diciembre) y llamar a Martinac para atraer por su encanto a una parte del centro izquierda hacia la mayoría. El nuevo gabinete, formado el 5 de enero de 1828, reagrupaba, entre otros, en torno al elocuente Martignac en el Interior, el diplomático La Ferronnays en Asuntos Exteriores, el rico Roy (40 millones) en Hacienda, Chabrol en

Marina y el galicano Portalis jr., enemigo de los jesuitas, en Justicia. Como el reemplazo de Chabrol por Hyde de Neuville en la Marina y el nombramiento de Chateaubriand como embajador en Roma no bastó para neutralizar la oposición de derecha (Villèle, La Bourdonnays), el nuevo equipo vivió únicamente de concesiones a la izquierda: supresión de la dirección general de la Policía; libertad de control de las listas electorales, publicadas, por los comités electorales; relajamiento del régimen de prensa (abolición de la censura y mera declaración sustituyendo a la autorización previa, manteniéndose la competencia en materia de delitos a los tribunales correccionales) (abril de 1828); restricciones de los poderes del Clero sobre la enseñanza (con un ministerio separado del de Asuntos eclesiásticos; la disminución del control sobre la enseñanza primaria, el 21 de abril de 1828; ordenanzas del 6 de junio de 1828, sometiendo al control de la Universidad las 54 escuelas que, al contrario de las otras 126, escapaban a su autoridad; prohibición de recibir en los seminarios, limitados a 20.000 alumnos, elementos libres; exclusión del profesorado de los miembros de congregaciones no autorizadas). Para calmar las protestas de los obispos, hizo falta recurrir a la complacencia del papa León XII (15 de noviembre). ¿Acaso esperaban conciliarse la Masonería entregándole a unos jesuitas para crujírselos? Pero al descontestar a la derecha sin satisfacer a la izquierda, sólo consiguieron aislarse más.

El fracaso pareció completo, cuando el gabinete volvió a una reforma tímida de la administración local, preparada por de Serre y Barante en 1819 (elección de los consejeros sobre la base de un elector por 500 vecinos en los municipios y de uno por 1.000 en los departamentos; los alcaldes, los subprefectos y los prefectos continuaron siendo nombrados como en tiempos del Imperio). Pero ya era demasiado tarde para aplicar la fórmula tradicional de Veuillot: «el rey, protector de las Repúblicas francesas», y sobre todo para hacerlo en una forma tan tímida, en favor de una minoría de notables, unos 40.000, ni la mitad del «país legal», los 90.000 que participaban en la elección de los diputados. Después de decidir la Cámara anteponer el debate sobre las Asambleas departamentales y suprimir los Consejos de distrito (arrondissement) (el 8 de abril), Martignac retiró su proyecto. Por haberse encerrado en un estrecho conservadurismo en beneficio de los «nantis» (enriquecidos) y por haber faltado a su misión tradicional, vacilando en reanimar instituciones locales y sociales imprescindibles, la monarquía restaurada fracasó.

Ausencia de realizaciones sociales

Por haber ido tirando según la «Carta», al modo de la oligarquía británica, su balance social resultaba tan negativo como el del Imperio. Prevalecía todavía el «liberalismo» de la ley Le Chapelier del 17 de junio de 1791, aislando a los productores y considerando el trabajo como una mercancía. Lo que la Revolución destruyó, el Imperio no se atrevió a reedificarlo. En materia de «coaliciones», de «cese de trabajo», de «alquiler de mano de obra» o de «alquiler de obra», el Código civil había mantenido las disposiciones de los decretos de los días 19-20 y 22 de julio de 1791. Legislación con sentido único, en la cual, como se aceptaba la palabra del patrono, le pertenecía siempre al empleado dar prueba de sus aserciones. «Se han per-

dido las buenas tradiciones», declaró sin embargo el Emperador, hablando de las corporaciones. Pero los votos emitidos por los Consejos generales en el año X, en favor de una vuelta a una reglamentación de los gremios, no fueron tomados en consideración por la ley de 22 de germinal año XI sobre la reglamentación del trabajo. Le cerraron el camino la mayoría de los juristas del Consejo de Estado y el ministro Chaptal, fieles todavía al dogma liberal. No tuvo más éxito Montalivet, ministro del Interior, cuando propuso, el 22 de marzo de 1811, volver al régimen anterior a Turgot; quedó en olvido su proyecto. Al lado de las Bolsas de Comercio, reabiertas el 18 de «ventôse» del año XI, y de las Cámaras de Comercio, organizadas el 24 de diciembre de 1802 (existían 23 en 1812), sólo se toleraba a las Sociedades de Ayuda Mutual (100 en 1812, en vez de 45 en 1799) y unas 30 cofradías mal definidas. Durante este período, los salarios oscilaban para una jornada de trabajo de doce horas entre 3 y 3,50 francos en París y alrededor de 2,50 en provincias.

Entonces en esta materia todo quedaba «por restaurar». Pero como en el gobierno nadie se preocupaba de esto, las iniciativas individuales chocaban con la mala voluntad de los «nantis». Una petición del abogado Lavacher-Duplessis, avalada por 2.000 firmas (el 16 de septiembre de 1817), en favor de una vuelta al sistema corporativo, fue limpiamente enterrada por la Cámara de Comercio de París y el Consejo Superior de Industria. En sus «Nuevos principios de Economía política» (1819), Sismondi llamó en vano la atención sobre los inconvenientes de una libertad total, sobre el peligro de aumentar la producción sin preocuparse de una mejor distribución, sobre el papel destructor de las teorías revolucionarias, y sobre la necesidad de reincorporar dentro de la sociedad todos sus elementos, sin distinción alguna de clase. Al fin del reinado de Carlos X, un prefecto, Villeneuve-Bargement, «elaboró los principios de una nueva política social cristiana, basándose en una amplia encuesta sobre la situación resultante del desarrollo de la gran industria». En los departamentos de la Loire inferior y sobre todo en el Norte, como en el alto Rin, presenciaba el empeoramiento de la clase obrera, con salarios disminuidos en el 22 % entre 1800 y 1830, mientras el coste de la vida se había incrementado en el 60 %. En el Norte, de un total de 224.000 obreros, 163.000 tenían que ser asistidos por las oficinas de Beneficencia. Desde 1820, la mano de obra industrial se pagaba entre 1,50 y 3 francos al día para los hombres, entre 0,50 y 1,25 para las mujeres, mientras los obreros campesinos, los artesanos, condenados a desaparecer pronto, veían reducido de 2,25 a 1,50 su salario diario. Sólo en las ciudades los artesanos conseguían defenderse. Cerca de 100.000 de ellos quedaban agrupados en sus cofradías. Sus sociedades de ayuda mutual se organizaban y se multiplicaban: 160 en París en 1823, 34 en Marsella en 1821, 1.113 en Lille en 1830. Católico y realista, Pierre Charnier reunió a los tejedores de seda de Lyon en una «Sociedad del Deber mutual», dedicada no sólo a la ayuda y a la previsión, sino también a la defensa de los salarios. Sin embargo, son pocas las «corporaciones» que consiguieron constituirse de nuevo: panaderos, farmacéuticos y salchicheros, por ejemplo (que recibieron estatutos en 1818), abogados, cuya Orden eligió otra vez a su decano (el 20 de noviembre de 1822), carniceros (el 18 de octubre de 1829).

Timidez diplomática

Dirigido por Decazes o por Villèle, el gobierno real se mostró tan timorato en el exterior como tímido en el interior. Montmorency y Chateaubriand pagaron con su cartera el éxito de la intervención francesa en España. Siempre pronto a dar seguridades a Inglaterra, Villèle declaró el 18 de junio de 1824 que no secundaría los proyectos del zar y de Metternich, dirigidos a reorganizar las posesiones hispánicas en América, creando unos Estados bajo la autoridad de miembros de la familia real. Sucesor de Castlereagh (que se suicidó el 12 de agosto de 1822), Canning —aunque sea también «tory»— se servía de sus emisarios políticos, viajantes de comercio del «business» de la «City» como unos tantos agentes de los movimientos «liberales» masónicos. En Portugal, se empeñaba en romper las intrigas «absolutistas» de los partisanos del heredero de la Corona, don Miguel, contra el débil Juan VI, mientras alentaba a don Pedro, hijo mayor del rey, a proclamar la independencia del Brasil. Pero el embajador de Francia, Hyde de Neuville, le molestó al proponer al rey, a principio de 1824, el apoyo del cuerpo expedicionario francés en España para que pudiera restablecer su autoridad en Río. Siempre dócil, Villèle mandó volver a su embajador en diciembre y Juan VI, bajo presión británica, reconoció en mayo de 1825 el nuevo Estado americano. Correspondiendo a otra diligencia de Canning después de la muerte de Juan VI en marzo de 1826, Villèle desautorizó y mandó volver también a su nuevo embajador, de Moustier, porque se había atrevido a apoyar a don Miguel en contra de doña María, hija de don Pedro, cuya candidatura impusieron los ingleses, ocupando Lisboa con un cuerpo expedicionario de 10.000 hombres, que se mantuvo allí hasta 1828.

Primer éxito en Grecia

Una vez apartado Villèle, gracias a las campañas de Chateaubriand y a la influencia personal de Carlos X, Francia se interesó por los acontecimientos de Grecia, donde consiguió hacer prevalecer su política. Las divisiones internas entre los griegos, sublevados en Morea el 25 de marzo de 1821 (al ejemplo de Bucarest el 25 de febrero) contra la dominación turca, la intervención en julio de 1824 del ejército egipcio de Ibrahim pachá, hijo de Mohamed Ali, cliente de Francia, primero en Creta, luego en Morea (en marzo y julio de 1825), el temor a apoyar una revuelta de carácter radical (manejada por la «Hetairia» y beneficiando de la simpatía «liberal»), justificaron al principio la prudencia de Villèle, pronto a copiar servilmente la actitud de Inglaterra. Pero la intervención del almirante Cochrane (el mercenario de los hispanoamericanos), llamado por los griegos, la muerte del zar Alejandro (1 de diciembre de 1825) y el envío por su sucesor, Nicolás I, de un ultimátum a los turcos, la firma —a espaldas de Francia— de un acuerdo (4 de abril de 1826) en favor de una mediación anglo-rusa, la caída de Missolonghi (22 de abril de 1827) y de la Acrópolis, obligaron a Francia a unirse —para no abandonar su papel de gran potencia— a la acción de las dos naciones más interesadas (tratado de Londres del 6 de julio de 1827). Después de la muerte de Canning, al principio de agosto, Wellington buscaba sobre todo proteger la integridad del Imperio otomano, cuando lo que buscaba Villèle era la paz.

Pero se encontraron arrollados por los acontecimientos. Delante de Navarin (el 20 de octubre de 1827), una demostración naval anglo-francesa de 26 navíos (la flota francesa, reconstituida por Portalis, contaba 280 buques en 1821, y la inglesa 500), terminó con una derrota turca y la pérdida de 64 buques. Al aprovecharse Nicolás I de esta oportunidad para atacar a Moldavia el 26 de abril, La Ferronnays (sucesor de Villèle en enero de 1828) se encontró en posición de mediador, no sólo con los turcos, sino también hacia sus propios aliados, rusos e ingleses. El desembarco de un cuerpo expedicionario de 15.000 hombres al mando del general Maison (que el gabinete de Londres no tuvo más remedio que aceptar) bastó para conseguir la retirada de Morea de las tropas egipcias, la firma en Londres (el 22 de marzo de 1829) de un protocolo reconociendo la independencia de Grecia, con límites en Arta-Valo, y como los rusos llegaron delante de Istambul el 20 de agosto, la conclusión del tratado de Andrinópolis (14 de septiembre de 1829), que mejoraba sensiblemente la suerte de las provincias rumanas y servias del Imperio otomano.

Con poco gasto, Francia había obtenido un éxito diplomático de consideración. Pronto restablecida, la paz no permitió a Julio de Polignac (llamado desde su embajada de Londres —se le consideraba, sin razón, como anglófilo— a la presidencia del Consejo el 9 de agosto de 1829) extender la negociación como lo deseaba, hasta obtener, gracias al apoyo de Rusia, Bélgica y la Sarre, intercambiando Prusia Renania contra la Sajonia (4 de septiembre). Por lo menos el gobierno real había reconquistado, frente al gabinete de Saint James, su independencia diplomática. Lo iba a manifestar más claramente todavía conquistando Argel, aunque eso le perdió.

Un desafío: la expedición a Argel

Obra personal del rey y del almirante de Haussez, llamado al ministerio de Marina, la expedición fue decidida el 31 de enero de 1830, después de negarse el rey (el 3 de agosto de 1829) a reparar la afrenta sufrida por el cónsul Deval, el 30 de abril de 1827, al negociar el reembolso de la creencia de los judíos de Liorna, Bacri y Busnach. En un período de tres meses se encontraron listos en Toulon 103 buques, 350 transportes de carga, 27.000 marineros, 37.000 hombres, 83 piezas pesadas. Bajo el mando del almirante Duperré y del general Bourmont, el ejército real desembarcó el 14 de junio en Sidi Ferruch y consiguió el 4 de julio la rendición del fuerte del Emperador y la capitulación del dey Hussein. Conducida con rapidez, la operación militar había sido cuidadosamente preparada por el Quai d'Orsay. Fue presentada a las otras potencias en una circular del 12 de marzo como una acción destinada a poner fin a la esclavitud de los cristianos, a la piratería, a los tributos exigidos por la Regencia de Argel. Sólo Inglaterra, por boca de lord Aberdeen, pidió un compromiso escrito de Francia de no mantenerse en el país después de conquistarlo. Pero como insistía, d'Haussez contestó bruscamente a lord Stuart: «¡Francia se f... de Inglaterra!» Y Carlos X, en lenguaje más cortés: «¡Todo lo que puedo hacer por su gobierno es ignorar lo que acabo de oír!»

Primavera de las logias

A tal reto, Inglaterra contestó, desde el interior, por un tremendo tumulto... y por una revolución. Pues no le faltaban los medios de presión. Las sociedades secretas, que se habían beneficiado, durante la Restauración, de una complacencia inexplicable por parte de todos los gobiernos, le suministraron en el instante preciso los cuadros y las tropas de la insurrección. Reinstalado en el trono, Luis XVIII no trató a la Masonería de otro modo que el emperador, es decir, al estilo inglés. Si bien se negó a encabezarla por unos miembros de su familia, se declaró satisfecho por las promesas de lealtad del general de Bournonville y del conde de Valencia, y tratando de oficializarla para neutralizarla, toleró que Roettiers de Montaleau, el hijo, la reorganizara primero bajo la autoridad de tres «conservadores» (28 de diciembre de 1814) y luego de Grandes Maestres: el mariscal Mac Donald para el Gran Oriente (20 de julio de 1821), y para el rito escocés, su favorito Decazes. ¿Quizá el rey se acordaba del conde de Provenza, cuando pertenecía a la logia de la Corte «los Tres Hermanos Unidos», y Mirabeau pensaba en él como un posible candidato al trono?

Ahora bien, aprovechándose de tan buenas disposiciones, las logias, reducidas al número de 367 en 1819 y de 323 en 1823, entre las cuales sólo dos militares, empezaron otra vez a proliferar, a veces dobladas por obediencias o grupos masónicos paralelos, de vocación revolucionaria. La primera en ver la luz, en 1815, fue la Orden de los «Misraïm» o egipcios. Siendo sus promotores dos judíos de Burdeos, en posición de medio sueldo, los hermanos Bedarride, ex-oficial de E. M. el primero, ex-veedor del Ejército el segundo. De golpe, buenos previsores, se declararon acreedores de la Orden por una cantidad de 120.000 francos, reducidos luego a 80.000, para cubrir gastos de títulos y escrituras. Volviendo atrás hasta los más lejanos orígenes, a Egipto, claro, y no menos naturalmente a Adam, ofrecían a los aficionados al misterio 90 grados, divididos en cuatro series: correspondiendo la primera, simbólica, a los 33 grados del rito escocés; luego otra de 33 grados, llamada «filosófica»; una tercera de 11, «mística», y finalmente la última, «hermética y cabalística», de 13. Cuando su meta final era de «desnatar» las logias para reclutar, entre sus columnas, los elementos más adecuados para reanimar la lucha revolucionaria (3). Por su parte, Samuel Horris, nacido en El Cairo, fundó en 1814 el rito de «Memphis», siendo de moda, como se ve, Egipto. Denunciados por el Gran Oriente y buscados por la policía en 1821, los «Misraïm» fingieron disolverse el año siguiente (pero hasta 1902 permanecieron huellas de su Orden en la logia «El Arco Iris»).

Esta actitud del Gran Oriente hacia ellos había sido juzgada muy duramente por un personaje muy activo entonces dentro de las logias francesas. Un inglés, por cierto, Morisson de Greenfield, médico militar, médico del duque de Sussex, Gran Maestre de la Masonería británica. Frecuentaba tanto los «Misraïm» como los «Escoceses» y hasta el círculo cerrado de los «Caballeros de la Fe», y los «Neo-templarios», como «Primer Veedor»

(3) Esta obediencia agrupará en septiembre de 1822: 22 talleres en París, seis en Lyon, seis en Metz, cinco en Tolosa y tres en Burdeos; será oficialmente disuelta el 18 de enero de 1823, después del descubrimiento de documentos comprometedores en Montpellier.

(tuvieron sucesivamente como Gran Maestre a Bernard Fabre en 1804. Lepelletier, conde de Aunay, en 1813, y Guigues de Moreton en 1838). No disimulaba «que el gobierno inglés apoyaba mucho a los liberales en España, que quería los pueblos libres y que era el enemigo de los déspotas y sobre todo del Clero». Ahora bien, obedeciendo a una consigna, desde 1820, los revolucionarios se movían de nuevo por todas partes de Europa. En España, como lo hemos visto ya, pero también en las Universidades alemanas, lo que motivó la reunión del Congreso de Carlsbad en agosto de 1819, y con todavía más vigor en Italia, donde se habían propagado las logias militares, activistas, procediendo del período del Imperio.

Agitación de los «Filadelfos» en Italia

Según el testimonio de uno de sus «veedores», el sueco Jean de Wit, llamado Doering, en sus «Memorias», los Filaletos, que creó el coronel Oudet, propagaron su Orden de «carbonari» o «buenos primos» en el Piamonte y los estados septentrionales de Italia. Más tarde, favorecidos por el gobierno de Murat, se establecieron con rapidez en el Sur. La primera «Vendita» o venta, la principal, se instaló en 1809 en Capua. Influyente miembro de la secta, Maghella, prefecto y luego ministro de Policía del gobierno de Nápoles, se aprovechó de la decepción de Murat, después del fracaso de la división Cavaignae en Sicilia (el 18 de septiembre de 1810), para aconsejar al napoleoni de nacionalizar su régimen, apartando a su entorno francés (por el decreto del 14 de junio de 1811, anulado el 20 de julio ante la ira del emperador), y alejándose de Carolina (cuyas infidelidades con el todopoderoso ministro Daure denunció, de manera que éste fue destituido el 17 de agosto). Pero el intrigante italiano, llamado a París, fue encarcelado mientras su cómplice, el ministro del Interior, Zurlo, fue degradado el 2 de marzo de 1812. Sin embargo, al volver de la batalla de Leipzig, Murat se encontró con sus hermanos y «carbonari», en la noche del 3 al 4 de noviembre, y la intriga reanudó sus hilos. Los jefes de las sociedades secretas empujando a su rey, ambicioso y débil, a negociar con los aliados. Encontró en Nápoles el 8 de noviembre al conde Mier, representante de Austria... y nuevo amante de Carolina, firmó con Neipperg (los días 31 de diciembre de 1813 y 7 y 8 de enero de 1814) un tratado formal, y un mero armisticio con Graham, asesor de William Bentinck, que mantenía bajo sus botas Sicilia, y esperando anexionarla secuestró a Fernando IV y expulsó a la demasiada agitada reina, María-Carolina de Habsburgo (el 14 de junio de 1813). Entonces Murat consiguió concentrar a 65.000 hombres, y lanzándose con 30.000 hacia el Norte (el 23 de enero) ocupó los Estados romanos el 31, y siempre alentado por sus amigos de la logia «los Independientes» de Ancona, se atrevió a sacar la espada contra las tropas de Eugenio, en Reggio, el 3 de marzo de 1814.

Al informarse del retorno de la isla de Elba, aunque el emperador le suplique no moverse hasta que él mismo sea capaz de unirse con él en Milán, el «rey de Nápoles», ardiendo de impaciencia, se arrojó otra vez en su empresa italiana. Dejando al general Manhes y a Maghella (de nuevo jefe de la Policía) con Carolina (el 17 de marzo de 1815) ocupó las Marcas y se apoderó de Ancona (el 19 de marzo), de Bolonia (el 1 de abril) y de Ferrara,

pero frente a los austríacos sus tropas se desbandaron. Derrotado en el desfiladero de Tolentino (el 3 de mayo), tuvo que fugarse a Nápoles el 19 antes de buscar refugio primero en Canas, el 25, y luego en Córcega. Pero, en vez de marcharse a Austria, desembarcó de improviso en el litoral de su antiguo reino, el 8 de octubre de 1815, de manera que, detenido en el Pizzo, fue fusilado el 13 de octubre.

Sin embargo, masones y «carbonarios» siguen preparando con sus intrigas subterráneas una revolución que estalla cinco años más tarde en Ancona, Nápoles y hasta Torino. Amenazado en su poder absoluto por la intentona del general Pepe en julio de 1820, Fernando IV de las Dos-Sicilias al principio cedió y otorgó a su pueblo la Constitución española de 1812, pero llamó en su ayuda a las potencias reunidas en Laybach (entre el 2 de enero y el 12 de mayo de 1821). Siendo rechazada por el Congreso una oferta de mediación de Francia, las tropas austríacas derrotaron al ejército constitucional en Rieti, el 9 de marzo de 1821, ocuparon Nápoles y restablecieron al rey. Mientras tanto, en Torino y Alejandría, el conde Palma (alentado por Dalberg, el embajador francés, cubierto por Decazes) sublevó el regimiento de Génova y el príncipe de Carignan el regimiento de Savoya, al grito de «¡el rey y la Constitución española!» Obligado a ceder, Vittorio-Emanuel prefirió abdicar en beneficio de Carlos-Feliz; pero este último, que se encontraba en Módena, rechazó estas condiciones, el príncipe de Carignan se sometió y el ejército constitucional también fue derrotado en Novara el 8 de abril por los austríacos del general La Tour. De manera que, a fin de cuentas, el movimiento insurreccional se saldaba con un aumento de la influencia austríaca en Italia.

Y de los «Carbonarios» en Francia

Como una curiosa vuelta del destino, el carbonarismo, oriundo de los «Filaletos» franceses, preparaba su retorno a Francia. Reunidos en Capua en el verano de 1821, para sacar la lección de sus fracasos, los once dirigentes de la Orden decidieron reorganizar sus medios de acción en el extranjero, aproximándose la «Alta Venta» con el «Gran Firmamento» del Gran Oriente, y admitiendo a los «Filaletos» sobre la base de la igualdad. Entonces el duque italiano de Garatula y el napolitano Carlo Chiricone Klerckon, hijo del duque Framarino, encargaron a De Wit la inspección general en Alemania y en Suiza (donde el prusiano Grüner, del «Tugendbund», prepara la unificación de los cantones bajo la autoridad de Berna) para dedicarse exclusivamente a esta operación. Ahora bien, la acción revolucionaria no había sido interrumpida en Francia. En 1820, la logia de «los Amigos de la Verdad» relevó en la dirección del movimiento a los «Misraim», después de las pesquisas de la policía en su logia el 7 de septiembre. Fue ella la que desencadenó las demostraciones del 3 de junio en contra de la ley electoral (con el resultado de un estudiante muerto) y el desfile de 5.000 a 6.000 manifestantes que acompañaron su féretro el día 5. De vuelta en París, en noviembre de 1818, La Fayette dirigió otra vez la agitación, reagrupando en torno suyo la «Sociedad de los Amigos de la Libertad de Prensa» y sacando de ella una Junta restringida o Directorio liberal de nueve miembros, integrada por Voyer d'Argenson, Beauséjour, Manuel, Dupont del Eure, el

general Tarayre, los abogados de Courcelles y Mérilhou y José Rey, de Grenoble, cuya colaboración era tanto más útil cuanto que disponía de una sociedad secreta, «la Unión», por él fundada en 1818 y extendida ya en varios departamentos. ¿Quizá el fracaso del complot (para la noche del 19 al 20 de agosto de 1820) de unos oficiales en medio sueldo, descubierto en el «Bazar francés» en la calle Cadet, sería fatal para La Fayette? Pero ni siquiera se le persiguió, y Luis XVIII, dando prueba de su mansedumbre habitual, impuso a los inculpados unas sanciones ridículamente benignas (el 16 de julio de 1821).

Ahora bien, dos de los conjurados (miembros de la logia «los Amigos de la Verdad», así como Flottard, Buchez y Bazard), Joubert y Dugied, se llevaron desde Nápoles, donde habían buscado refugio, los estatutos de los «carbonari» (1 de mayo de 1821). Entonces se activaron febrilmente hasta el fin del año. Por todas partes se organizaban células revolucionarias: ventas de diez miembros, comunales, cantonales, departamentales, cuidadosamente tabicadas y representadas por un delegado a escala superior. En las ciudades unas veinte «ventas» formaban una «venta central». Sus adheridos, obligados a tener un fusil y 50 cartuchos y a pagar una cuota de un franco al mes, debían respetar el secreto más absoluto y obedecer ciegamente las órdenes de sus jefes ocultos. Paralelamente, una organización de tipo romano formaba núcleos dentro del Ejército (manipulos, centurias, cohortes, legión). Una «venta suprema» encabezaba el movimiento. Allí se reagrupaban líderes liberales y dignatarios de los «Amigos de la Verdad»: La Fayette, Voyer d'Argenson, Manuel, Cauchois-Lemaire, los abogados François de Courcelles, Mérilhou, Barthe, Mauguin, y Jacques Koechlin, un industrial de Alsacia, el consejero en la Corte de Schonen, el coronel Fabvier, Buchez (dirigiendo la zona Este), Arnold Scheffer, periodista y hermano del pintor (la zona Sur), y Rouen el mayor (para el Oeste, zona en la cual se adhirieron de golpe los 15.000 miembros de los «Caballeros de la Libertad», constituidos en 1820). Entre los hombres célebres, pertenecían a los «carbonari» Victor Cousin, Augustin Thierry, Dubois y Jouffroy. Sus efectivos totales se acercaban a 40.000 hombres.

La sublevación fue programada, con dos días de retraso, para el 1 de enero de 1822, o sea el segundo aniversario de la intentona de Riego en Cádiz. Pero desgraciadamente para los conjurados, la policía, hasta entonces en manos de bonapartistas, pasó al control de un nuevo prefecto, Franchet d'Esperey, un enérgico realista. Y los intentos de insurrección, mal sincronizados, fracasaron, uno después de otro. En Alsacia, las tropas de guarnición en Belfort y Neuf-Brisach debían marchar hacia Colmar, donde La Fayette, d'Argenson y Koechlin formarían un gobierno provisional antes de extender el movimiento a Lyon y Marsella. Pero, descubierta la conjuración, fue detenido el coronel Pailhes. En Saumur también se practicaron detenciones el 23 de diciembre (después de encontrar unos papeles comprometedores en manos de cadetes). Y cuando el general jubilado Berton, después de apoderarse de Thouars (el 24 de febrero de 1822), quiso tomar otra vez la iniciativa, se enfrentó con la Guardia nacional, cayó en una emboscada y fue encarcelado, lo mismo que el coronel Caron en Colmar; los dos, sentenciados a muerte, fueron fusilados al principio de octubre de 1822. Serán las únicas víctimas de la conjuración, con los cuatro sargentos del 45 de línea,

que, aprovechándose del traslado de su regimiento (sospechoso para las autoridades) desde París hacia la Rochela, habían intentado participar en febrero en el motín de Saumur. Informado a tiempo del fracaso de la intentona, La Fayette, en el camino de Colmar, cambió de rumbo en Lure y buscó refugio en casa de un amigo en Alta-Saôna, mientras Armand Carrel se fugaba a España y el coronel Fabvier a Grecia. Como los inculpados de poco rango, defendidos por los abogados Mérilhou y Barthe, mientros de la «Alta Venta», callaron, el asunto se liquidó con la ejecución de once comparsas.

Fatal pusilanimidad de la represión

No deja de sorprender esta casi inmunidad de la que se beneficiaron La Fayette y los otros jefes de la conjuración en tales circunstancias. ¿Cuándo se multiplicaban las medidas restrictivas sobre la prensa y la participación electoral que exacerbaban a la opinión, por qué dejar escapar la oportunidad de acabar con los instigadores de la intriga y las sociedades secretas que servían sus fines? Ni siquiera el gobierno real utilizaba contra ellos las armas que le proporcionaba el Código napoleónico, que prohibía los clubs y las reuniones de más de veinte personas (artículo 291 del Código penal). Sus vacilaciones, su blandura en los Congresos de Troppau y de Laybach (durante el invierno 1820-21) sobre los asuntos de Italia fueron condenadas por la Cámara, que manifestó al rey en su mensaje «su confianza que una paz tan justa no fue pagada con sacrificios no compatibles con el honor de la nación y la dignidad de la Corona». Durante este año de 1822, cuando en el Congreso de Verona el conde de Haugwitz, ex-gran dignatario prusiano, presentaba su célebre memorándum denunciando la obra criminal de la Masonería, cuando en Austria y en Rusia se prohibían las logias, como lo serán en España después de la expedición del duque de Angoulême, ¿cómo podía ser que la monarquía, tan precariamente restaurada en Francia, no se atreviera a tomar las medidas necesarias para defenderse? ¿Qué es lo que paralizaba a Luis XVIII? ¿Quizá el memorándum del marqués de Favras en 1790 (sobre la tentativa de suprimir a Bailly y a La Fayette para «encerrar» a Luis XVI), en posesión de Talon, que lo legó, cuando murió en 1811, a su hija Zoé, es decir, a la condesa du Cayla, amiga precisamente de Luis XVIII? ¿O bien el recuerdo de las intrigas de los realistas en París, cuando la aventura de Quiberon, que le incita a pagar una pensión a Tallien, con la condición de renunciar a publicar sus memorias?

De todos modos, La Fayette, después de su fracaso en las elecciones, de 1824, se contentó con ausentarse algún tiempo, para hacer una gira triunfal a los Estados Unidos, durante la cual se le nombró «Royal Arch» y 37 logias recibieron su nombre. Al volver acogió en su castillo de la Grange a todos los posibles «insurgentes» de todos los países, reagrupados por él en 1821 en una «Alianza cosmopolita». Listo para reanimar la agitación en Francia al recibir la luz verde Talleyrand, que orquestó la resistencia de la oposición contra la expedición a España y dirige ahora el juego, de acuerdo con Inglaterra. Cada vez que la diplomacia francesa intenta manifestar su independencia, se multiplican las idas y venidas de Montrond, su genio malo, a Londres, en octubre de 1823, luego en julio de 1827, cuando se calienta la

intriga en los salones de Mme. Hamelin, con el duque de Choiseul, el duque de Ragusa, el general de Girardin, el conde de Flahaut, el banquero Delessert, y en 1828, cuando se prepara la expedición de Morea. Se nota que Inglaterra ya está bruñiendo las armas para acabar con este insolente gobierno de Carlos X, que se atreve a desafiarle. Como es acostumbrado en similar caso, la Masonería aprieta sus filas. Son cuatro, y hasta cinco, los candidatos a Gran Maestre del Gran Oriente: Mac Donald, Lauriston, Luis-Felipe de Orléans, La Fayette y el duque de Choiseul, jefe del rito escocés, que pretende unir las dos obediencias en sus manos, pidiendo el puesto de G. M. o de G. M. adjunto (según una nota de la policía del 5 de mayo de 1828). Asiduo del Palais-Royal, Talleyrand mantiene estrechas relaciones con Mme. Adelaïde y su hermano Luis-Felipe; hasta el punto de encargarse de transmitir el dinero y las instrucciones del príncipe a un conspirador de Lyon, Didier, en la primavera de 1816.

La Fayette reanuda la campaña

Pronto La Fayette reanima la llama revolucionaria, organizando una gira de banquetes, en Meaux, en Vendea, en Auvernia, en Le Puy (11-12 de agosto de 1828), en Grenoble y Vizille. Condena al nuevo gabinete Polignac, que no consiguió realizar la Unión deseada de derechas porque le faltaron los concursos necesarios, entonces, nacido muerto, parlamentariamente, aparece como una camarilla de Corte, un desafío a la opinión pública. Después de renunciar La Bourdonnays a la cartera del Interior, Martignac, Roy, el almirante de Rigny negaron su participación, mientras que siguiendo el ejemplo de Chateaubriand, embajador en Roma, muchos altos funcionarios dimitieron, así que Polignac, amigo de Cadoudal y de Bourmont, desertor de Waterloo, ofrecía a la oposición un blanco fácil. La prensa se desencadenó, con el apoyo del nuevo periódico «El Nacional», publicado el 3 de enero de 1830, financiado por Talleyrand, Dalberg, el banquero Laffitte y redactado por Thiers (que, protegido por Manuel, escribió primero en el «Constitutionnel»), Mignet y Armand Carrel. «El Globo» se hizo cotidiano: inspirado por Jouffroy, dirigido por Paul Dubois, con Juge, es el órgano de los «neo-templarios». Respondiendo a la llamada del «Diario de Comercio» y de La Fayette, se constituyó una Sociedad para negarse a pagar los impuestos; se extendió rápidamente en quince departamentos. Armand Marrast convocó a los estudiantes republicanos en torno al periódico «La Joven Francia». En alerta, la Sociedad «Ayúdate, el Cielo te ayudará» reconstituyó sus comités electorales y, con «los Amigos de la Verdad», se preparó a entrar en acción. En esta coyuntura, cuando el 2 de marzo de 1830, el rey terminó el discurso del trono con esta amenazadora frase: «si por causa de unas culpables maniobras mi gobierno se enfrentara a unos obstáculos que yo no quiero prever, yo encontraría la fuerza necesaria para vencerlos en mi resolución de mantener la paz pública», se le contestó con un mensaje, redactado por Guizot, protegido por La Fayette, aceptado por 221 votos, pidiendo la plena responsabilidad de los ministros ante el Parlamento. En consecuencia, se disolvió la Cámara el 16 de mayo, y los días 23 de junio y 3 de julio (los días 13 y 19 en la Sena) los 221 volvieron en el número de 202, pero los opositores totalizaron 274 escaños, en contra de 143 al ministerio.

LA EUROPA DE LOS ROTHSCHILD

REINO UNIDO
Dublin
Londres
NATHAN de Rothschild
LIONEL
Mar del Norte
DINAMARCA
Mar Báltico
Hamburgo
MECKL
AMSCHEL MEYER
IMPERIO RUSO
Varsovia
Amsterdam
Bruselas
MAIER AMSCHEL
Francfort
Paris
FRANCIA
JAMES
ALFONSE
BADEN
WURT
SALOMON
Viena
AUSTRO - HUNGARO
ANSELME
Buda-Pest
SUIZA
PIAMONTE
Milan
Venecia
Mar Adriatico
IMPERIO OTOMANO
TOSCANA
DOS SICILIAS
Nápoles
CHARLES MEYER
CHARLES
PORTUGAL
Lisboa
ESPAÑA
Madrid

intriga en los salones de Mme. Hamelin, con el duque de Choiseul, el duque de Ragusa, el general de Girardin, el conde de Flahaut, el banquero Delessert, y en 1828, cuando se prepara la expedición de Morea. Se nota que Inglaterra ya está bruñiendo las armas para acabar con este insolente gobierno de Carlos X, que se atreve a desafiarle. Como es acostumbrado en similar caso, la Masonería aprieta sus filas. Son cuatro, y hasta cinco, los candidatos a Gran Maestre del Gran Oriente: Mac Donald, Lauriston, Luis-Felipe de Orléans, La Fayette y el duque de Choiseul, jefe del rito escocés, que pretende unir las dos obediencias en sus manos, pidiendo el puesto de G. M. o de G. M. adjunto (según una nota de la policía del 5 de mayo de 1828). Asiduo del Palais-Royal, Talleyrand mantiene estrechas relaciones con Mme. Adelaïde y su hermano Luis-Felipe; hasta el punto de encargarse de transmitir el dinero y las instrucciones del príncipe a un conspirador de Lyon, Didier, en la primavera de 1816.

La Fayette reanuda la campaña

Pronto La Fayette reanima la llama revolucionaria, organizando una gira de banquetes, en Meaux, en Vendea, en Auvernia, en Le Puy (11-12 de agosto de 1828), en Grenoble y Vizille. Condena al nuevo gabinete Polignac, que no consiguió realizar la Unión deseada de derechas porque le faltaron los concursos necesarios, entonces, nacido muerto, parlamentariamente, aparece como una camarilla de Corte, un desafío a la opinión pública. Después de renunciar La Bourdonnays a la cartera del Interior, Martignac, Roy, el almirante de Rigny negaron su participación, mientras que siguiendo el ejemplo de Chateaubriand, embajador en Roma, muchos altos funcionarios dimitieron, así que Polignac, amigo de Cadoudal y de Bourmont, desertor de Waterloo, ofrecía a la oposición un blanco fácil. La prensa se desencadenó, con el apoyo del nuevo periódico «El Nacional», publicado el 3 de enero de 1830, financiado por Talleyrand, Dalberg, el banquero Laffitte y redactado por Thiers (que, protegido por Manuel, escribió primero en el «Constitutionnel»), Mignet y Armand Carrel. «El Globo» se hizo cotidiano: inspirado por Jouffroy, dirigido por Paul Dubois, con Juge, es el órgano de los «neo-templarios». Respondiendo a la llamada del «Diario de Comercio» y de La Fayette, se constituyó una Sociedad para negarse a pagar los impuestos; se extendió rápidamente en quince departamentos. Armand Marrast convocó a los estudiantes republicanos en torno al periódico «La Joven Francia». En alerta, la Sociedad «Ayúdate, el Cielo te ayudará» reconstituyó sus comités electorales y, con «los Amigos de la Verdad», se preparó a entrar en acción. En esta coyuntura, cuando el 2 de marzo de 1830, el rey terminó el discurso del trono con esta amenazadora frase: «si por causa de unas culpables maniobras mi gobierno se enfrentara a unos obstáculos que yo no quiero prever, yo encontraría la fuerza necesaria para vencerlos en mi resolución de mantener la paz pública», se le contestó con un mensaje, redactado por Guizot, protegido por La Fayette, aceptado por 221 votos, pidiendo la plena responsabilidad de los ministros ante el Parlamento. En consecuencia, se disolvió la Cámara el 16 de mayo, y los días 23 de junio y 3 de julio (los días 13 y 19 en la Sena) los 221 volvieron en el número de 202, pero los opositores totalizaron 274 escaños, en contra de 143 al ministerio.

A EUROPA DE LOS ROTHSCHILD

UNIDO
Dublin
NATHAN de Rothschild
Londres
LIONEL
del
Norte
DINAMARCA
Mar Báltico
Hamburgo
MECKL
AMSCHEL MEYER
IMPERIO RUSO
Amsterdam
Varsovia
Bruselas
MAIER AMSCHEL
Francfort
BA
BADEN
WURT
BAVIERA
Paris
FRANCIA
JAMES
ALFONSE
Viena
SALOMON
AUSTRO-HUNGARO
IMP
ANSELME
Buda-Pest
SUIZA
PIAMONTE
Milan
Venecia
Mar Adriatico
TOSCANA
IMPERIO OTOMANO
DOS SICI
Nápoles
CHARLES MEYER
CHARLES
PORTUGAL
Lisboa
ESPAÑA
Madrid
CERD

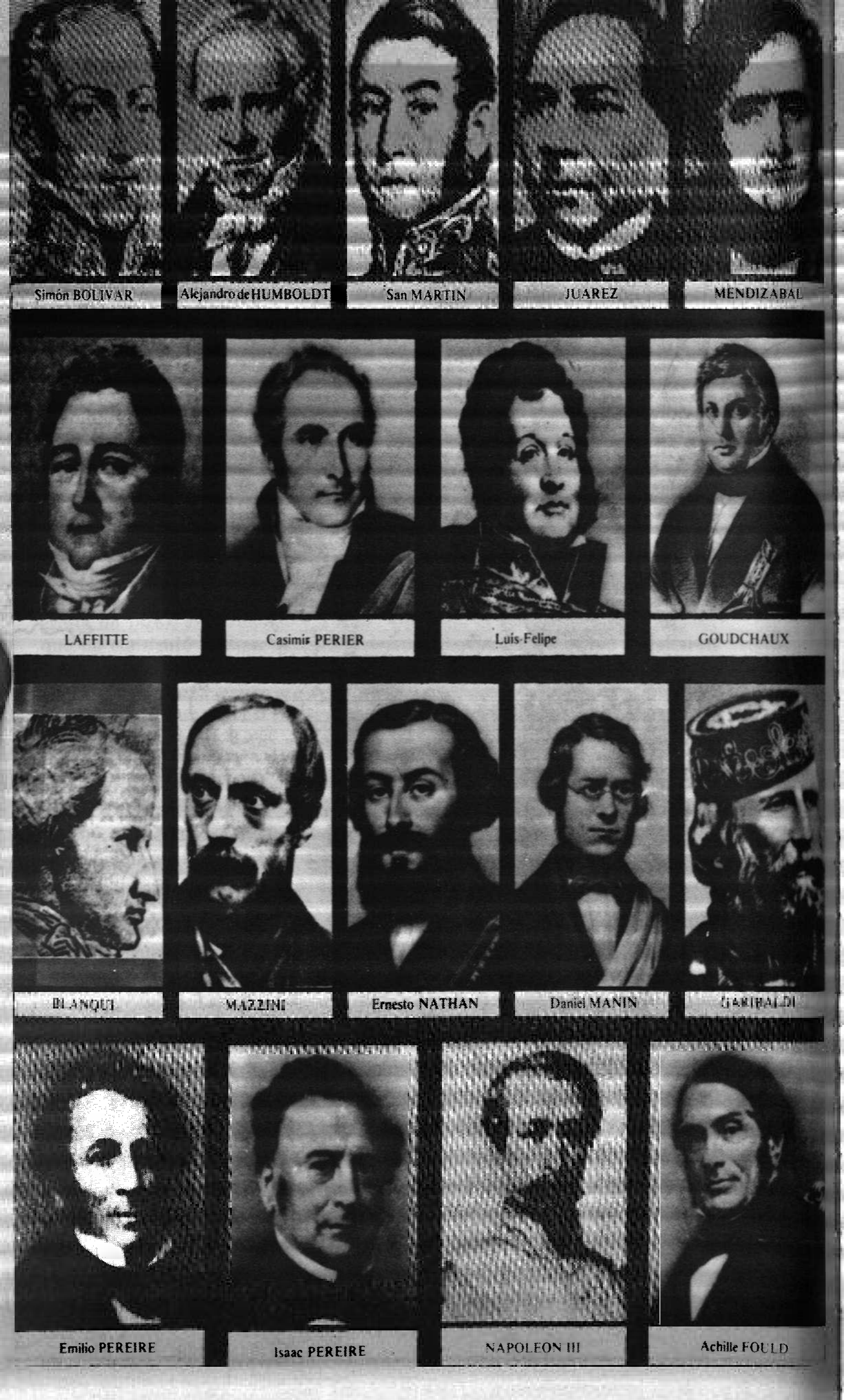
intriga en los salones de Mme. Hamelin, con el duque de Choiseul, el duque de Ragusa, el general de Girardin, el conde de Flahaut, el banquero Delessert, y en 1828, cuando se prepara la expedición de Morea. Se nota que Inglaterra ya está bruñiendo las armas para acabar con este insolente gobierno de Carlos X, que se atreve a desafiarle. Como es acostumbrado en similar caso, la Masonería aprieta sus filas. Son cuatro, y hasta cinco, los candidatos a Gran Maestre del Gran Oriente: Mac Donald, Lauriston, Luis-Felipe de Orléans, La Fayette y el duque de Choiseul, jefe del rito escocés, que pretende unir las dos obediencias en sus manos, pidiendo el puesto de G. M. o de G. M. adjunto (según una nota de la policía del 5 de mayo de 1828). Asiduo del Palais-Royal, Talleyrand mantiene estrechas relaciones con Mme. Adelaïde y su hermano Luis-Felipe; hasta el punto de encargarse de transmitir el dinero y las instrucciones del príncipe a un conspirador de Lyon, Didier, en la primavera de 1816.

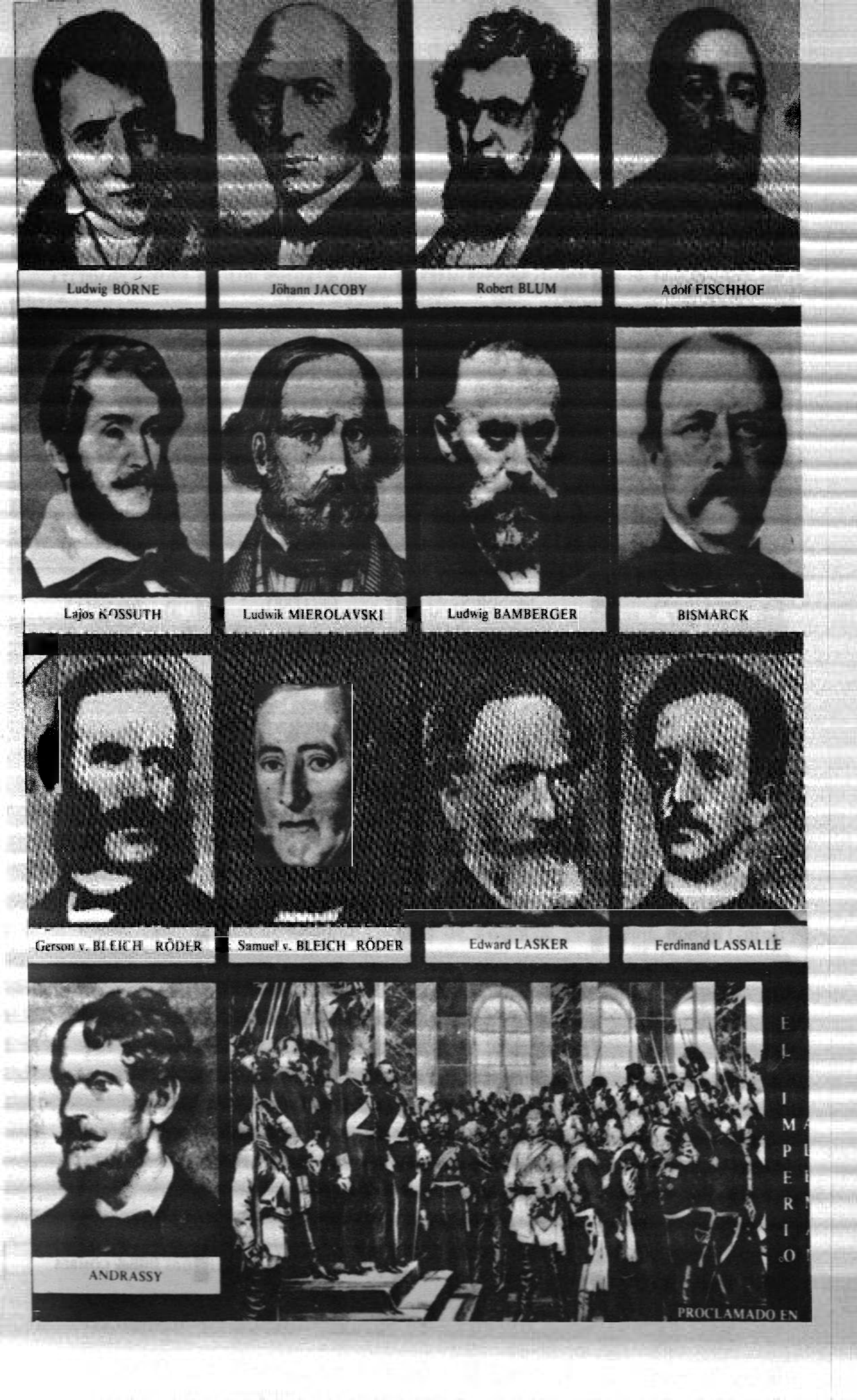
La Fayette reanuda la campaña

Pronto La Fayette reanima la llama revolucionaria, organizando una gira de banquetes, en Meaux, en Vendea, en Auvernia, en Le Puy (11-12 de agosto de 1828), en Grenoble y Vizille. Condena al nuevo gabinete Polignac, que no consiguió realizar la Unión deseada de derechas porque le faltaron los concursos necesarios, entonces, nacido muerto, parlamentariamente, aparece como una camarilla de Corte, un desafío a la opinión pública. Después de renunciar La Bourdonnays a la cartera del Interior, Martignac, Roy, el almirante de Rigny negaron su participación, mientras que siguiendo el ejemplo de Chateaubriand, embajador en Roma, muchos altos funcionarios dimitieron, así que Polignac, amigo de Cadoudal y de Bourmont, desertor de Waterloo, ofrecía a la oposición un blanco fácil. La prensa se desencadenó, con el apoyo del nuevo periódico «El Nacional», publicado el 3 de enero de 1830, financiado por Talleyrand, Dalberg, el banquero Laffitte y redactado por Thiers (que, protegido por Manuel, escribió primero en el «Constitutionnel»), Mignet y Armand Carrel. «El Globo» se hizo cotidiano: inspirado por Jouffroy, dirigido por Paul Dubois, con Juge, es el órgano de los «neo-templarios». Respondiendo a la llamada del «Diario de Comercio» y de La Fayette, se constituyó una Sociedad para negarse a pagar los impuestos; se extendió rápidamente en quince departamentos. Armand Marrast convocó a los estudiantes republicanos en torno al periódico «La Joven Francia». En alerta, la Sociedad «Ayúdate, el Cielo te ayudará» reconstituyó sus comités electorales y, con «los Amigos de la Verdad», se preparó a entrar en acción. En esta coyuntura, cuando el 2 de marzo de 1830, el rey terminó el discurso del trono con esta amenazadora frase: «si por causa de unas culpables maniobras mi gobierno se enfrentara a unos obstáculos que yo no quiero prever, yo encontraría la fuerza necesaria para vencerlos en mi resolución de mantener la paz pública», se le contestó con un mensaje, redactado por Guizot, protegido por La Fayette, aceptado por 221 votos, pidiendo la plena responsabilidad de los ministros ante el Parlamento. En consecuencia, se disolvió la Cámara el 16 de mayo, y los días 23 de junio y 3 de julio (los días 13 y 19 en la Sena) los 221 volvieron en el número de 202, pero los opositores totalizaron 274 escaños, en contra de 143 al ministerio.

LA EUROPA DE LOS ROTHSCHILD

REINO UNIDO
Dublin
Londres
NATHAN de Rothschild
LIONEL
Mar del Norte
DINAMARCA
Hamburgo
MECKL
Mar Báltico
IMPERIO RUSO
Varsovia
Amsterdam
Bruselas
MAIER AMSCHEL
AMSCHEL MEYER
Francfort
BAVIERA
BADEN
WURT
Pr.
Viena
SALOMON
ANSELME
IMPERIO AUSTRO-HUNGARO
Buda-Pest
Paris
FRANCIA
JAMES
ALFONSE
SUIZA
PIAMONTE
Milan
Venecia
TOSCA
Mar Adriatico
DOS SICI
Nápoles
CERD
IMPERIO OTOMANO
ESPAÑA
Madrid
PORTUGAL
Lisboa
CHARLES MEYER
CHARLES


Simón BOLIVAR
Alejandro de HUMBOLDT
San MARTIN
JUAREZ
MENDIZABAL
LAFFITTE
Casimir PERIER
Luis-Felipe
GOUDCHAUX
BLANQUI
MAZZINI
Ernesto NATHAN
Daniel MANIN
GARIBALDI
Emilio PEREIRE
Isaac PEREIRE
NAPOLEON III
Achille FOULD


Ludwig BÖRNE
Jöhann JACOBY
Robert BLUM
Adolf FISCHHOF
Lajos KOSSUTH
Ludwik MIEROLAVSKI
Ludwig BAMBERGER
BISMARCK
Gerson v. BLEICH RÖDER
Samuel v. BLEICH RÖDER
Edward LASKER
Ferdinand LASSALLE
ANDRASSY
EL IMPERIO
PROCLAMADO EN


Jules FAVRE
Henckel v. DONNERSMARK
Alfonso de ROTHSCHILD
Leon GAMBETTA
THIERS
Jules SIMON
Jules FERRY
Jules GREVY
HAVAS
REUTER
WOLF
MIRES
Leon SAY
CERNUSCHI
Capitan DREYFUS
Emile COMBES

Rechazando las ofertas de Casimir Perier y de Sebastiani, conservadores atemorizados capaces de sostenerle, el gabinete se encontraba acorralado y obligado, para no recurrir al golpe de Estado, a gobernar a través de ordenanzas, según el artículo 14 de la Carta. La fácil conquista de Argel, la decisión tomada por el rey el 20 de julio de conservarlo —último regalo de la monarquía a Francia—, su orgullosa respuesta al embajador de S. M. británica: «Para apoderarme de Argel, sólo he considerado la dignidad de Francia; para conservarlo o devolverlo, sólo consideraré su interés», no tenían ahora ninguna posibilidad de provocar (como antaño el éxito de la intervención en España) ningún giro en su favor de la opinión pública. Esta vez Inglaterra controlaba demasiado bien, a través de la Masonería, la oposición y las tropas de la insurrección.

Las ordenanzas, promulgadas el 26 de julio, sin previo reforzamiento de la guarnición de París (12.000 hombres y 1.300 Guardias del Cuerpo), en vez de volcar el juego por una larga extensión del cuerpo electoral, reducían en unas estrechas asambleas de notables la base sobre la cual el poder pretendía apoyarse. Quedándose la prensa sometida al régimen de autorización previa, se disolvía la Cámara, cuyos escaños se limitaban al número de 258, siendo los diputados elegidos en dos etapas por los colegios departamentales, y la mitad propuestos por colegios de arrondissements (distritos) (con exclusión de la «patente» comercial y de la tasa sobre puertas y ventanas, del cálculo del censo...). Así se facilitaba el juego de la oposición. El día 26, cuarenta y cuatro periodistas reunidos en el «Nacional» por Thiers, declaran ilegales las medidas contra los periódicos. Al día siguiente, son detenidos, sus diarios desaparecen; unos estudiantes y obreros adheridos a las sociedades republicanas se agitan; doce juntas de distrito organizan la insurrección, pero las tropas ocupan sin dificultad los puntos estratégicos de la capital. Su comandante Marmont (no se debe olvidar que es yerno del banquero Perrégaux) tolera que los insurrectos se apoderen el 28 de la Salpêtrière (la fábrica de pólvora), del Arsenal y hasta del Ayuntamiento, y antes de intervenir, pide al rey que capitule. Entonces, limpia los principales bulevares de barricadas que se reedifican en seguida, y abandonando la ciudad a los revoltosos, reagrupa sus fuerzas alrededor de las Tuileries. Enardecido por esta actitud, el banquero Laffitte vuelve a París con La Fayette. Reagrupa a sus colegas en su casa, en casa de Casimir Perier y de Audry de Puyraveau, donde Guizot redacta una protesta prudente, y tratan de negociar con Marmont.

Talleyrand saca adelante su revolución a la inglesa

La jornada siguiente, la del 29, es decisiva y echan la careta. En la plaza Vendôme, Laffitte arrastra a la defección al 53 de línea y la insurrección llega al Louvre. Entonces, adoptan la bandera tricolor y nombran a una Junta de cinco miembros: Laffitte, Casimir Perier, el general Mouton, Schonen, Audry de Puyraveau, y llevan a La Fayette al mando de la Guardia Nacional. Este último se presenta en el Ayuntamiento, donde el seudogeneral Dubourg y el seudo-coronel Zimmer han enarbolado la bandera negra de la anarquía. El balance de las tres jornadas de lucha es de 200 muertos y 800 heridos para las tropas (que se retiraron en Saint-Cloud) y de 1.800 muertos y 4.500 heridos para los revoltosos (entre los cuales muchos de

los «Amigos de la Verdad» han caído víctimas). Para verse frustrados de su victoria. Porque, cuando se juega el acto final, cuando con gesto teatral La Fayette abraza a Luis-Felipe de Orleáns el 31 de julio en el balcón del Hotel de Ville, los rebeldes de las barricadas tienen la impresión de que pagaron con su sangre los gastos de este beso.

Entretanto el mariscal Maison, «hermano» notorio, acompañado por Schonen y Odilon Barrot, se encargó de convencer a Carlos X, disponiendo todavía de 12.000 hombres en Rambouillet, de la necesidad de marcharse, para no enfrentarse con una muchedumbre de 15.000 revoltosos (hinchada por ellos hasta 60.000), y Talleyrand consiguió, por fin, instaurar la solución apetecida por Londres, llamando a la rama menor de Orleáns, para establecer este régimen oligárquico, al modo de 1688, con el cual siempre soñó. El duque de Orléans, refugiado en Suiza y luego en América, después de la tentativa de Dumouriez en favor suyo, había intentado sin éxito ofrecer su candidatura a las Cortes de Cádiz. Su matrimonio con María-Adelaida de Nápoles en Palermo, el 25 de noviembre de 1809, lo confirmó como un «cliente» de Inglaterra. Cuando volvió a Francia, Luis XVIII le mantuvo apartado, pero Carlos X lo trató con más cordialidad, concediéndole una cantidad de 17 millones sobre la indemnización a los emigrados (la fortuna de su padre alcanzaba 112 millones de libras, menos 74 millones de deudas). De esta generosidad le recompensó muy mal. El 31 de mayo de 1830, una recepción en su casa terminó con una manifestación hostil al rey. Y el 21 de julio, en casa de La Fayette y en presencia del ministro de los Estados Unidos, se brindó por su próxima entronización.

Pero el que dirige el juego es Talleyrand. «Se aproxima el momento decisivo», escribió el 11 de junio a la princesa de Vaudémont. Y cortando la hierba a los Rothschild (que no esperaban una conclusión tan temprana), jugó los fondos del Estado a la baraja. El 29 mandó a su secretario informar a Mme. Adelaïde que la hora de su hermano ya sonaba en el reloj. Y como Luis-Felipe se escondía todavía en el Raincy —en la familia tenían mucha cautela—, el día siguiente, el 30, Thiers, después de mandar fijar carteles en su favor en las paredes de la capital, se fue a Neuilly y le llamó con urgencia al Palais-Royal, donde unos 60 diputados, presididos por Laffitte, le invitaron a aceptar el puesto de teniente general (el 31 de julio). Después de expresar a Mortemart, delegado de Carlos X, algunas reservas de pura forma, se inclinó. Para conservarle la vía libre, La Fayette se negó a dejarse llevar a la presidencia por los republicanos. En sus memorias escribirá: «Los republicanos como yo, sacrificaron sus deseos a la unión, a la seguridad, a consideraciones extranjeras». «Hemos pedido una república real; espero que la tendremos; mejorará por etapas». Ahora bien, Luis-Felipe, entronizado por la Asamblea, el 9 de agosto, se levantó para prestar juramento y ocupar el trono, a título de «Rey de los Franceses».

Entonces la Masonería proclama su triunfo y celebra su victoria. El 9 de octubre, en el curso de una fiesta «escocesa» en honor de los heridos en las «Tres gloriosas» (jornadas), el duque de Choiseul proclama, en presencia de La Fayette, ciudadano de los Dos Mundos y Patriarca de la Libertad: «Nosotros, hermanos masones, sometidos a nuestras propias leyes, pueblo invisible en medio de un mundo profano... este pueblo de hermanos, presenciamos

con la más pura alegría el triunfo de la Libertad y de la Igualdad». Dupin celebra: «este rey-ciudadano que se considera como uno entre nosotros». Y Choiseul, otra vez animado por su sueño de unidad, expresa el deseo que «vendrá el día en el cual este joven príncipe (el duque de Orléans, heredero del trono) será la llave de la bóveda masónica, soportada igualmente por los dos ritos». Seis meses más tarde, en un salón del Hotel de Ville, graciosamente puesto a su disposición por Odilon Barrot, el Gran Oriente celebra otra fiesta idéntica.

Pero, por desgracia, los acontecimientos enseñarán pronto que la Igualdad queda muy lejana y que el régimen de julio, instaurado por los banqueros, y estableciendo en Francia un gobierno oligárquico al estilo inglés, ensanchará todavía más el foso entre las clases sociales, manteniendo la división entre explotadores y explotados, causa de tantos desórdenes y revoluciones.

CAPITULO XXI

DOS ROEDORES DE LA SOCIEDAD: ALTA BANCA E INTERNACIONAL MARXISTA

Centro de la Finanza cosmopolita, dueña del mar y del comercio mundial, reina de la industrialización en la era del carbón, Inglaterra impone su hegemonía al siglo XIX. Fingiendo alentar el crecimiento de las nacionalidades y de los regímenes liberales, del mismo modo que ayudó a los nuevos estados de la América hispano-portuguesa a independizarse, somete los gobiernos europeos al dominio de la Alta Banca. Por todas partes prevalece el capitalismo, es decir, el imperio del dinero. En Francia, con el señorío de los Rothschild sobre Luis-Felipe, como con el gran-vizirato de Fould sobre Napoleón III. En Alemania, con la instauración de un socialismo de Estado al estilo Lasalle. Y cuando las reacciones populares contra una explotación sin freno se hacen peligrosas, entonces, surgen a punto los profetas del marxismo para canalizar las masas, subyugándolas por el mito de un comunismo ideal, extraviándolas en la lucha de clases, levantándolas contra toda autoridad natural, con el fin de zapar desde abajo las estructuras de la sociedad, que por su parte los magnates de la Finanza cosmopolita se encargan de aplastar desde arriba. Estrechamente coaligados, unos y otros, en su obra destructora.

* * *

Preponderancia de la City

Cuando calla el último cañón de Waterloo, Inglaterra —que no ganó más que una batalla sobre Napoleón, pero fue la última— triunfa. Europa entera abre sus puertas a su régimen, a su sistema, a sus principios, a sus ideas, a sus métodos, a sus modas y, sobre todo, a sus mercancías y a su maquinaria. En menos de un siglo su población hará más que duplicarse (siete millones en 1750, 10,9 en 1801, 16,5 en 1831). Sus exportaciones pasan de 48 a 56 millones de libras entre 1815 y 1820. Su producción de carbón, de cinco millones de toneladas en 1750 a 10 en 1800 y a 16 en 1829. Sin embargo, las

guerras napoleónicas agotaron sus finanzas. Hinchándose de 237 a 859 millones de libras su deuda, cuyos intereses (30 millones) absorbían las tres quintas partes de un presupuesto que todavía se salda en 1830 con un déficit de 560.000 libras. El numerario es escaso. Hasta 1821 el Banco de Inglaterra no reanudó sus pagos en metálico. En 1822 se le autorizó a incrementar sus emisiones, con la consiguiente alza de precios, pero esto le permitió convertir los fondos públicos del 5 al 4 y luego al 3 1/2 %, mientras numerosos detentores de títulos dirigían sus inversiones hacia el sector industrial privado. Pero la especulación siempre domina la Bolsa, el «Stock Exchange», donde, eliminando a sus competidores banqueros, unos corredores, los hermanos Abraham y Benjamín Goldsmit, detienen, entre 1792 y 1810, el monopolio de emisión de los empréstitos del Estado. No obstante, después de la muerte del hermano menor, Abraham, Nathan Rothschild consiguió suplantarlos, obteniendo en 1819 la emisión de un préstamo de 12 millones de libras. Y obteniendo también que los empréstitos extranjeros sean cotizados y sus intereses pagados en moneda inglesa. Nathan popularizó estos valores para el mayor beneficio de su casa, especializada en esta clase de operaciones.

Por otra parte, la fiebre del agiotaje se había apoderado del «Change Alley», como en los tiempos gloriosos del «South Sea Bubble». Con el solo fin de alimentar la especulación, los «ciervos» lanzaban, con y sin razón, sociedades (a veces sin existencia real), cuando no se trataba meramente de estafas (como la del escocés McGregor y su préstamo—de 200.000 libras al 8 %— para la colonización del país de los «Poyais» en 1824). Las nuevas repúblicas de Sudamérica solicitan también préstamos: el Perú, 450.000 libras al 6 % en 1822; Colombia, dos millones, después del triunfo de Bolívar: Chile, un millón, casi sin esperanza de reembolso. De tal forma que este «boom» artificial provocó en 1825 una crisis, iniciada durante la primavera por una baja de los precios y una caída de los valores y terminando el 13 de diciembre por el «krach» de la «London Bank» y de unas 60 sociedades anejas, mientras 36 bancos provinciales suspendían sus pagos.

Era tiempo ya de reaccionar y de reforzar la armadura financiera que necesitaba Inglaterra para su expansión. La obra no fue fácil. Con el fin de limitar los daños, se elevó la tasa de descuento al 5 % y se emitieron billetes por un valor de 600.000 libras. En 1826 se autorizó al Banco de Inglaterra abrir sucursales locales y sacar ocho millones en billetes de un valor inferior a cinco libras. En 1833, fue prorrogado su privilegio hasta 1855, el Estado reembolsó la cuarta parte de su capital y reconoció valor legal a sus billetes superiores a cinco libras, autorizándole a realzar su tipo de descuento a más del 5 % en caso de necesidad. Pero se encontró con nuevos apuros en 1838. Como, después de una cosecha insuficiente, fue necesario comprar mucho trigo en el extranjero, no quedaron en caja más de 4,117 millones de libras de existencias, frente a 25,11 de compromisos, y se pidió la ayuda de unos banqueros de París que suministraron letras por un valor de dos millones. Tales incidentes no podían fortalecer la confianza en la «City», que, después de suplantar a Amsterdam como centro financiero internacional, tenía que mantener a toda costa su prestigio. Entonces el «Charter Bank Act» de sir Robert Peel (del 19 de julio de 1844) obligó al Instituto de Emisión conformarse a las reglas más estrictas. Imponiéndose el «Currency Principle»,

defendido por Lloyd, al «Banking Principle», apoyado por Stuart Mill y Tooke (según el cual la circulación debía ser proporcional al volumen de las letras), se limitó la emisión a las existencias en caja, más una cantidad de 14 millones de libras, y se dividieron los servicios del Banco entre dos departamentos distintos: «Issue» o Emisión y «Banking Department» o Créditos y descuento. Por su parte, los Bancos privados autorizados tenían que limitar sus emisiones a la cifra media de las doce semanas anteriores. Durante un período de treinta años, su número se redujo de 217 a 103, mientras los «Joint Stock Banks», en forma de sociedades anónimas, que proliferaban (pasando su número de ocho a 220-230 entre 1834 y 1836), volvieron a 72 y luego hasta 47.

Tal política de restricción monetaria, favorecía, por cierto, el uso de talonarios y de giros, pero frenaba también la expansión industrial y comercial. Hubo que flexibilizarla en varias circunstancias. Especialmente en 1847, cuando, a consecuencia de un período de escasez, y de desdichadas especulaciones, el stock de oro cayó de 15,163 millones el 19 de diciembre de 1846 a 9,267 el 10 de abril de 1847, y las existencias se redujeron a 2,558 millones, mientras la circulación se incremento de 19,549 a 20,243, lo que provocó un pánico y una serie de quiebras. En 1857, otra alteración del sistema fue necesaria. Pero la situación fue mucho peor después del «black Friday», el siniestro viernes (11 de mayo de 1866), cuando la casa Overend Gurney (con 10 millones de depósitos) fue declarada en quiebra con 18,7 de pasivo (por causa de un juicio en contra de la Compañía Mid-Wales y de imprudentes compromisos en la industria y los ferrocarriles), arrastrando a varios bancos y compañías ferroviarias en la catástrofe, que no pudo evitar el Banco de Inglaterra.

A pesar de estos duros golpes, como el del Banco escocés «City of Glasgow», que cerró sus taquillas el 2 de octubre de 1878, dejando un descubierto de 38 millones (que motivó persecución en contra de sus accionistas), Inglaterra había puesto en pie una sólida estructura financiera. Al lado del Instituto de Emisión, los «Merchant Bankers» representaban la Alta Banca. Extranjeros en su mayoría, constituían precisamente la «Finanza internacional». En primer lugar los Baring, cuya casa fundada en 1770, alimentó buena parte de los empréstitos franceses de la Restauración, préstamos a Rusia, a Austria, a América del Sur, antes de encontrarse en apuros que le obligaron a pedir el apoyo del Banco de Inglaterra en 1890. Además de los Rothschild, contaba también muchos alemanes: Heinrich von Schröder, procedente de Hamburgo, donde se quedaron sus hermanos, instalado en Londres en 1804, que financió tanto importaciones de trigo como los ferrocarriles rusos, y después de 1860, los nitratos de Chile, los cafés del Brasil; los Goschen Frühling; los Kleinwort (establecidos en 1830); Samuel (en 1831); Erlanger (en 1853); Seligman (en 1864); los hermanos Lazard, especializados en asuntos de cambios, con sucursales en París, Madrid, Nueva York (en 1877); el danés José Hambro (en 1830; Carlos-Joaquín negociará con Cavour los empréstitos italianos); Arbuchnot Latham (en 1833); el irlandés Guinnes Mahon (en 1836); Samuel Montagu (en 1853), y Ruffer, de Lyon (en 1872). De las 63 casas que contaba esta categoría de banqueros en 1904, 33 eran en su totalidad judías, entre las cuales 13 de las más importantes.

Debajo de estos reyes de la Finanza, 40 bancos privados eran admitidos en 1810 en el «Clearing-House» o Cámara de Compensación de Londres. Pero tanto en la capital como en las provincias, estas casas y las «Joint Stock Banks» o sociedades anónimas van a ser concentradas en tal forma que se destacarán cinco, los «big Five» que van a monopolizar las transacciones. La «Barclays Bank», creada por John Freame y Thomas Gould en 1698, dirigida por unas familias asociadas de «quakers», los Barclay, los Bevan, los Tritton, La «National Provincial Bank», trasladada de Gloucester a Londres en 1834-36 por el economista James William Gilbart, cuyo principal animador, entre 1850 y 1867, David Salomón, será sheriff y lord-mayor (alcalde) de Londres y varias veces diputado (sin poder ocupar su escaño, como judío no admitido a prestar juramento). La «Midland Bank», de Birmingham (1836), establecida en Londres en 1869. Y la «Lloyds Bank», procedente de la fusión de dos antiguas casas de Birmingham en 1865, y que absorberá en 1884 en Londres los bancos Barnett-Hoare y Bosanquet, y luego otros 38 establecimientos privados y 15 sociedades bancarias, dando a sus negocios una considerable extensión.

Al frente de la industrialización

Así dotada de una base financiera, puesta a prueba por las guerras napoleónicas, Inglaterra era capaz de explotar su técnica industrial, muy adelantada en esta época. El uso del telar mecánico, inventado por Edward Cartwright en 1785, se extendió en el Lancashire, para la lana y para el lino (este último introducido por el francés Ph. de Garard en 1810). La máquina de vapor, con efecto simple (1769) o doble (1781-82), creada por James Watt, usada cerca de 1800 y puesta a punto por Mathew Burlton, revolucionó la producción: en 1830, Inglaterra tenía ya 15.000, Francia 3.000 y Renania 1.000. Los progresos de la industria pesada han sido más antiguos pero lentos, escalonándose sobre todo el siglo XVIII: fundición con el coque, por Darby and Reynolds (1709-730), acero al crisol por Benjamín Huntsman (1745-1770), perforación de los cañones por John Wilkinson (1774), uso de la laminadora por Peter Onions y Hendy Cort (1783-84), y por fin acero líquido fabricado por Henry Bessemer en 1861. En la segunda mitad del mismo período nació la industria química, con el proceso Ward (1740) para el ácido sulfúrico, Berthollet y Scheele (después de 1772) y Javel (en 1787) para el cloro, Nicolás Leblanc (1791) y Gay-Lussac, reformado por Keir y Muspratt, hacia 1823, para la sosa. El vapor abre una nueva era para los transportes; George y Roberto Stephenson inventan la locomotora después de 1814, y Marc Seguin la perfecciona con su caldera tubular (en 1829-30). Con el uso de rieles sobre traviesas, nacen los ferrocarriles, que se inauguran en el trayecto Liverpool-Manchester. La red inglesa cuenta ya con 800 kilómetros en 1840, 10.500 en 1850. La marina también se transforma, gracias a Denis Pepin y a Fulton, las primeras pruebas tienen lugar sobre el Hudson en 1806, el Rin en 1817-25. En 1822 aparece la construcción metálica; en 1823 los primeros «steamers» cruzan el Atlántico, seguidos pronto por unos paquebotes (1838) cuyo empleo generaliza Samuel Cunard (1840). Con la hélice, inventada por Petit-Smith y Sauvage en 1832, puesta en servicio desde 1855, el nuevo tipo de navíos se perfecciona.

En esta transformación de la economía, gracias al uso del carbón, Inglaterra se beneficia de una posición muy ventajosa que le valen sus riquezas naturales, su situación insular y su potencia marítima, sus reservas de dinero, acumuladas en Liverpool y en Londres, en el comercio de ultramar, y sobre todo en los intercambios «triangulares», entre los cuales el tráfico de esclavos no fue el menos cuantioso. Así dispone de todos los medios necesarios para intensificar la producción de sus minas, edificar onerosas fábricas, producir máquinas, comprar materias primas, organizar las ventas. Y dispone también de técnicos de primera categoría, los Edwards, John Colliers, Manby, Wilson, Aisler, Dixon, Waddington y Barker, después de 1815.

Explotación y revueltas obreras

Sin embargo, fuertes resistencias obreras se oponen a la introducción del maquinismo. En la industria, los calceteros del Nottinghamshire, junto con los de Carlisle y Glasgow, desencadenan (en febrero de 1811-12), el movimiento del «luddism», provocan la movilización de 12.000 hombres y la promulgación de una ley en 1811 sentenciando a muerte a los destructores de maquinaria. Los esquiladores se alborotan. Los tejedores de Manchester (entre 1811 y 1826), del West Riding y del Yorkshire (entre 1811 y 1813) se rebelan contra los nuevos telares de vapor. Y más tarde, en la agricultura, los jornaleros se amotinan contra el uso de las trilladoras mecánicas (el balance es de nueve ahorcados y de 450 deportados). Al fin de las guerras napoleónicas, en 1815, la industria pesada se encuentra en paro: en el Shropshire, de un total de 34, 24 altos hornos. Desmovilizados, 300.000 soldados y marineros están en la calle. El coste de la vida ha subido tremendamente. El precio del «quarter» de trigo de 49,3 sh. en 1793 a 75,2 sh. en 1795, 113,10 sh. en 1800 y hasta 119,6 sh. en 1801, para estabilizarse alrededor de 80 sh. entre 1815 y 1820. La «Corn Law» (ley del trigo) autoriza importar sólo si el precio traspasa de 80. Así la agricultura, alentada durante las guerras, conoce el marasmo. Desalentados por la extensión del régimen de las «enclosuras» (tierras reservadas al ganado), los campesinos refluyen hacia las ciudades, donde incrementan, así como los artesanos eliminados por la gran industria naciente, la multitud de proletarios, que, después de 1800, se amontonan en las covachas del Lancashire, del Yorkshire, de las Midlands, de las Lowlands de Escocia y en Londres, donde viven con salarios de hambre (a veces 6 ó 7 sh. por semana, para 14 a 16 horas de trabajo al día).

En contra de este régimen del sudor, «sweating system», se suceden los alborotos, pues no subsiste ningún medio de defensa legal, desde que el Parlamento abolió en 1814 lo poco que quedaba del «statute of artificers» —estatuto del Trabajo— de 1563, tan necesario para los productores. En esta patria de la Libertad, seudo-madre de los Parlamentos democráticos, con una representación popular irrisoria, se reprime con extrema severidad la misma agitación política. Siguen vigentes el «Combination Act» de 1799 y las leyes que prohíben las asociaciones y que sirvieron para sofocar la propaganda jacobina de Thomas Payne, de los «Rights of Man» (Derechos del Hombre), de la «Constitutional Society», de los «Friends of the People» (Amigos del Pueblo), la «London corresponding Society» del zapatero esco-

cés Thomas Hardy (cuya sociedad contaba 3.000 adheridos; absuelto el 28 de octubre de 1794), los «Irlandeses Reunidos» y otros grupos del mismo tipo. En tales circunstancias los pocos gremios, sociedades de ayuda y socorros, cardadores de Leicester, cuchilleros de Sheffield, sombrereros de Londres, sastres, impresores, carpinteros o molineros siguen existiendo más bien en la clandestinidad. Así, pues, el descontento y la ira no tiene otro medio de expresarse que el motín y la revuelta.

Alborotos sucesivos de los calceteros de Nottingham (1783, 1787, 1791), de los laneros de Norwich, de los mineros del Nordeste (1710, 1744, 1750, 1765, 1771, 1794), de los tejedores escoceses en Tranent en agosto de 1797 y de nuevo en 1804-1805 (con 40.000 en huelga). En 1816, la revuelta hierve en una docena de centros: Londres, Glasgow, Nottingham, Birminghan... El mayor Cartwright crea unos «Hampden Clubs». Un «tory», William Cobbett, denuncia en su «political Register» la injusticia social y difunde en 200.000 copias su carta a los jornaleros (noviembre de 1816). Los poetas Shelley, Byron, el orador Hunt apoyan su acción. Pero el motín de Spa Fields, el 2 de diciembre, sirve de pretexto para prohibir las reuniones (en enero de 1817) y suspender las garantías individuales del «habeas corpus» (lo mismo que entre 1794 y 1806). Y después del fracaso de una marcha hacia Londres de los «blanketeers» (tejedores de mantas) de Manchester, en marzo, la salvaje represión por los «Yeomen» y las tropas alemanas, contra el mitin de Hunt at Saint Peter's Fields, cerca de Manchester, el 16 de agosto (20 muertos y 400 heridos), pone fin a esta campaña. Seis leyes prohíben reuniones y desfiles, permiten las pesquisas, imponen tasas a los periódicos. Hunt y Barnfold son detenidos, y Cobbett busca refugio en América. Hasta que la mejoría de la situación económica permita volver a más tranquilidad.

Agitación «whig» y cartista

Pero la agitación se reanima y toma forma política cuando la nueva burguesía industrial, radical —ala izquierda del partido «whig»—, desencadena la lucha en favor de una reforma electoral que le abra las puertas del Parlamento. Al principio de 1830, una «gran alianza» reagrupa, en torno a Grey y a Russell, a los liberales Darham y Brougham y hasta los radicales de Bentham, conquista una corta mayoría «whig» en las elecciones de agosto de 1830, permite la formación de un gabinete Grey y denuncia el escándalo de un régimen electoral que deja sin representación a las grandes nuevas ciudades, Manchester, Leeds, Sheffield y Birmingham, en beneficio de «burgos» sin habitantes, permite prácticamente la designación de 471 diputados (de un total de 658) por unos 277 grandes electores influyentes, establece alrededor de 10.000 y 20.000 libras el precio medio de una elección, y entretiene en la Administración y el Clero una corrupción permanente. Por su parte, unos socialistas, dirigidos por el ebanista Hetherington, William Lovett y Bronterre O'Brien, o sea el ala más avanzada del movimiento, crean en 1830 un periódico, «The Poor Man's Guardian», lanzan en marzo de 1831 la «National Union of the Working Classes» (1.500 adheridos) y difunden un programa de mera demagogia política, de tendencia no conformista, que anuncia 1848: república, sufragio universal, abolición de la nobleza, emancipación de los judíos, supresión del diezmo, mantenimiento del Clero por

sus comunidades de fieles, repudiación de la deuda, sustitución de una guardia nacional al Ejército... Cooperan más o menos estrechamente, sobre todo en Manchester, con un hábil político, el radical Francis Place, y en Manchester, con el banquero Attwood, animadores de la «National political Union». En consecuencia de nuevas elecciones en mayo de 1831, en las cuales los «whigs» obtienen una mayoría de 136 votos, y de unos alborotos en Derby, Nottingham, Bristol y Londres, culminando en marzo de 1832 en una imponente manifestación de 100.000 personas en la capital, una ley de reforma, «Reform bill», suprime los «burgos podridos» y extiende ligeramente el cuerpo electoral (presentado en marzo de 1831 y rechazado por los Lores, fue adoptado el 14 de abril de 1832, y promulgado el 7 de junio). Después de este primer resultado, en provecho de unos pocos privilegiados, sus auxiliares se dispersaron, bastante desalentados por la deportación de Loveless y otros cinco jornaleros a Australia y por la adopción de la «Poor Law». Esta ley de los pobres, aboliendo los socorros parroquiales (instituidos por Isabel y su «Settlement Act» de 1662), para trasladarlos forzosamente de su domicilio, sólo les deja el derecho de escoger entre el «workhouse» o taller-asilo regional, o bien la fábrica. Con este incremento del ejército de reserva de los trabajadores, obra en favor de una depresión de los salarios.

Para que la campaña se reanime, hace falta una nueva crisis económica, provocada por un «krach» en los Estados Unidos en 1836 y por el alza vertical del precio del trigo (de 39,5 sh. en 1836 a 69,4 sh. en 1839), produciendo hambre y paro. Arrojados de su isla por la miseria, los irlandeses emigran más y más a Inglaterra (133.000 en el Lancashire, y medio millón más entre 1841 y 1851), donde no sólo compiten con la mano de obra local, sino que encabezan la agitación: John Doherty y O'Brien, por ejemplo, y sobre todo Feargus O'Connor. Reunidos en la «Crow and Anchor Tavern» on the Strand, el 28 de febrero de 1837, los ex-cabecillas de la reforma democrática Lovett y Place preparan el 8 de mayo de 1838 la difusión de una petición en favor de una «carta» de seis puntos: sufragio universal, abolición del censo, circunscripciones de igual tamaño, Parlamento anualmente elegido, escrutinio secreto, indemnidad a los diputados. Durante la primavera se despierta otra vez la Unión política de Attwood, en Birmingham. Lovett ha creado el 16 de junio de 1836 la «London Working Men's Association» (Unión de los Trabajadores), que se extiende a 100 ciudades en 1837 y a 150 en 1838, y difunde un folleto, «The Rotten House of Commons» (la Cámara de los Comunes podrida), en la que se da prueba que, de un total de seis millones de adultos, sólo 839.519 tienen derecho al voto y que bastan 151.492 sufragios para conquistar una mayoría).

Entonces, mítines y peticiones se suceden: 50.000 personas en Birmingham en julio de 1837, 150.000 en Glasgow el 21 de mayo de 1838, 80.000 en Newcastle, 100.000 en Bradford, 200.000 en Birmingham, 250.000 cerca de Manchester. Convocada primero en Londres el 4 de febrero de 1839, luego en Birmingham el 13 de mayo, la Convención que reúne a los jefes del movimiento se encuentra pronto desbordada por los más violentos (en el manifiesto del 18 de mayo de 1839): Feargus O'Connor, un tribuno demagogo, el cervecero Benbow del «Café de Comercio», partidario de un «Great National Holiday», o sea de un mes de vacaciones en forma de huelga general, y los amigos del pastor Sthephens, detenido el 28 de diciembre de

1838 por predicar abiertamente la lucha armada. Pero la petición, avalada por 1.250.000 firmas y presentada el 3 de julio, es rechazada por el Parlamento el 12 (por 247 votos contra 48). El 4, las tropas dispersaron un mitin en Birmingham y detuvieron al doctor Taylor, a Lovett y a los otros cabecillas. Incapaz de desencadenar su huelga general, la Convención se disolvió el 22 de septiembre. Fracasaron unos intentos de insurrección armada: la de Newport (los días 3 y 4 de noviembre de 1839) costó 14 muertos y 50 heridos a los 2.000 mineros de Gales, que O'Connor abandonó para buscar aire fresco en Irlanda. En Sheffield (el 11 de enero de 1840) como en Bradford, los preparativos abortaron. En consecuencia, el 16 de enero de 1840, Frost y dos más fueron sentenciados a la horca, O'Brien a dieciocho meses y Benbow a dieciséis meses de cárcel, con 500 de sus amigos, entre los cuales Lovett, que va a meditar y se adherirá a las ideas de Robert Owen.

El reagrupamiento de 50.000 adheridos, por pequeños grupos de 10 personas, bajo la autoridad de un Consejo de siete miembros, intentado por Feargus O'Connor (entre el 20 de julio de 1840 y febrero de 1841) bajo el nombre de «National Charter Association», no condujo a ninguna parte. Después de un acercamiento de Lovett y de Hetherington con los radicales de José Sturge (14 de febrero de 1841), una segunda petición (mejorada con algunas medidas sociales), avalada por 3.300.000 firmas, fue también rechazada. Entonces, en agosto, se produjeron huelgas en el Lancashire, Yorkshire y Staffordshire, así como alborotos en Ashton, Preston, Blackburn, Stockport, mientras en Manchester una Conferencia de los Gremios (del 11 al 20 de agosto) se empeñó en vano en extender las huelgas. Sus cabecillas Leach, Thomas Cooper, Harney, Mac Donall fueron detenidos. La intentona de huelga general política fracasó. Sólo sirvió la propaganda de la «Anti-Corn Law League». Después de una última fogata del Cartismo, al aprender la noticia de la Revolución francesa en 1848, la presentación de una tercera petición, con 1.975.000 firmas, rechazada por supuesto, la concentración el 10 de abril de considerables fuerzas, que impidieron toda manifestación callejera, la mayoría de los adeptos del «cartismo» decidieron expatriarse y formaron la mayoría de los tres millones de emigrantes que se dirigieron entre 1852 y 1868, sea a América, o bien a Australia y Nueva Zelanda, llevando con ellos su ideal democrático no-conformista.

«Tories» sociales y organización sindical

Definitivamente decepcionados por el carácter ilusorio de sus reivindicaciones políticas, los que se quedaron dedicaron sus esfuerzos a organizar sus gremios y mejorar sus condiciones de trabajo. El socialismo británico volvía a la tradición de Robert Owen, este hilador que en su propia fábrica de New Lenark, dio el mejor ejemplo de cooperación con sus empleados entre 1800 y 1820, y de vuelta a Inglaterra en 1829, después del fracaso de su experiencia de «New-Harmony» en los Estados Unidos (de 1824 a 1826), intentó probar en Gray's Inn Road en 1832 una Bolsa para el intercambio de los productos evaluados en bonos de valor-trabajo, «the Equitable Labour Exchange». Así fue conducido a instaurar una Federación de Uniones de Gremios (la de los carpinteros de navíos, la primera, fue organizada por John Gart) y, entre el otoño de 1833 y febrero de 1834, la «Grand National

Consolidated Trades Union». Con el fin de apoyar a los obreros en huelga, otras uniones no tardaron en constituirse: en la industria textil, la «National Association for the Protection of Labour» de John Doherty (80.000 miembros, 1830-32); en la construcción, la «Builder's Union» (1830-1833); en las minas, con Tommy Hepburn. En 1842, año de la segunda petición cartista, cuando más de un millón de obreros se encontraban parados, 20.000 mineros de Lanark cesaron el trabajo en agosto, para protestar contra la baja de sus salarios (de 5 a 6 sh. al día a 2,6 y 2,9 en cinco años). Como los hiladeros siguieron el movimiento, se produjo una manifestación en Manchester (el 9 de agosto) y unos alborotos en Blackburn, Preston y Halifax (el coste de la represión fue de 1.500 detenciones y 700 persecuciones).

Pero paulatinamente, bajo la influencia de unos «tories» filántropos, como Richard Oastler y lord Shaftesbury, que impidieron que el ministro liberal Melbourne hiciera votar una ley prohibiendo las «Uniones», el Parlamento se dignó interesarse en la legislación obrera. Votó en 1842 una ley sobre las minas, otra en 1844 sobre las fábricas, y luego durante el verano de 1847, otra limitando a diez horas de duración la jornada de trabajo. En 1846, en conclusión de la campaña de la «Anti-Corn Law League», abolió la ley del trigo, y como en el mismo año sir Robert Peel hizo prevalecer el libre cambio, fue el preludio a una sensible baja de los precios. Y como la coyuntura económica mejoraba desde 1845 (con excepción de las dos crisis de crecimiento de 1857 y de 1866), que Inglaterra se encontraba en plena expansión entre 1848 y 1874, la construcción de vías férreas no conocía pausa, primero en las Islas (1843-1853), luego en el continente (1850-1870), que las exportaciones crecían, que los salarios de los obreros calificados se incrementaban, y que los otros seguían poco a poco (43 en 1810, 47 en 1820, 53 en 1840, 63 en 1860 —en relación con el índice 100 en 1900—), un cierto equilibrio social se instauró dentro de la prosperidad.

Así, abandonando una acción política fútil, los productores ingleses organizaron sus sindicatos, sus «Unions» (cerámica en 1843; imprentas en 1845; mecánica o «Amalgamated Society of Engineers» en 1851) según un modelo-tipo, estudiado por Allen y Newton (luego las minas, «Miner's National Unión» y «Amalgamated Associaton of Miners», reagrupando las dos 200.000 obreros en 1863; la madera, «Amalgamated Society of Carpenters», en 1861)...sus cooperativas de consumo, según el ejemplo de los Pioneros de Rochdale en 1843 (veinte años más tarde existían 454)... sus hermandades, bajo la forma de logias de «Odd Fellows» (200.000 adheridos en 1855, 437.000 en 1873), o del «Ancient Order of Foresters» (100.000 y 400.000)... crearon organismos de enlace: «Junta» de cinco miembros entre los representantes de los carpinteros, fundidores, albañiles, zapateros; unos «Trade Councils» locales en Glasgow (1858), Sheffield, Liverpool, Edimburgo, Londres (en mayo de 1860). Diez años más tarde, el Congreso de los Trade-Unions nació de la fusión entre la «Junta», el «London Trade Council» y la Asociación de Mineros de Alex. Mac Donald, y coronó el edificio, reagrupando a 375.000 adheridos en 1871, 1.191.000 en 1874, y hasta ocho millones, más tarde. Su existencia legal ha sido reconocida en 1871 por el «Trade Union Act», que regularizó el hecho consumado. En sus disposiciones complementarias, prohibía los piquetes de huelga («Criminal Law Amendment Act»), protegía la propiedad («Conspiracy and Protection of Property Act»),

reglamentaba las relaciones entre patronos y productores («Employers and Workmen Act») de 1875. Los sindicatos aceptaban el arbitraje, a cambio de unas ventajas concretas (como la escala móvil para los mineros), y apartándose de la propaganda revolucionaria de la Internacional, denunciaron la «Commune» de París. Por otra parte, la ampliación progresiva del cuerpo electoral contribuyó a mantener la paz social en una Inglaterra cuya hegemonía económica quedaba entonces sin disputar.

* * *

Nicolás I contra la Revolución

¿Por qué no sucede lo mismo en Francia, colocada por la entronización de Luis-Felipe, más que nunca, bajo la tutela de Londres y el control de los Rothschild? Deseoso antes de todo de ser reconocido por los otros gobiernos de Europa, el régimen oriundo de las jornadas de julio, se preocupa primero en restablecer el orden en su casa y en frenar el ardor belicoso de los revolucionarios, dispuestos a apoyar por todas partes del mundo la revuelta de las «nacionalidades» oprimidas.

Talleyrand, muy fervoroso para la naciente «Entente cordiale» y nombrado embajador en Londres (el 6 de septiembre), no vería inconveniente en ofrecer a Wellington la evacuación de Argel para ganarse sus favores, si no fuera por Molé, ministro de Asuntos Exteriores, que se lo prohíbe terminantemente. El conde Lobau, en Berlín, el general Belliard, en Viena, obtienen la dmisión de Luis-Felipe en el Círculo de los soberanos, puesto que Francia tiene derecho a decidir de su futuro, con la condición de respetar los tratados. Pero, aunque se haya convocado especialmente a Pozzo di Borgo, en la noche del 7 al 8 de agosto, el zar Nicolás I se manifestaba reticente.

Ahora bien, las circunstancias de su entronización bastaban para explicar esta falta de confianza. Antes de perecer asesinado misteriosamente en Taganrog el 14 de diciembre de 1825, su predecesor Alejandro I había renunciado a su liberalismo y a sus complacencias hacia las sociedades secretas. La insurrección de Nápoles en 1820, y las siguientes advertencias de Metternich (el 15 de diciembre) y otro memorándum del canciller austríaco en Verona en 1822, le abrieron los ojos. Cuando al regresar del Congreso el general Koushelev, G. M. de la Orden desde hace dieciocho meses, le remitió en persona la lista de sus 2.000 afiliados, así como una nota denunciando la nocividad de la institución, dividida entre partisanos del sistema alemán de Schröder y del sistema sueco de Swedenborg, reagrupados unos alrededor de «la Provincial» (seis logias) y otros del «Astra» (24 logias), el zar no vaciló en disolver la Masonería rusa, de cualquier obediencia que sea, lo mismo si fuera ocultada en un club diplomático (por el ucase del 1-22 de agosto de 1822).

Pero subsistieron los movimientos paralelos: la «Alianza de la Salvación», creada por Novikof en 1816, y la «Sociedad del Bien público», fundada en 1818, que convocó un Congreso en Moscú en 1821. Organizada en cuatro secciones, social, cultural, administrativa y económica, esta última se escin-

dió pronto en una «Unión del Norte» en Petersburgo y una «Unión del Sur» en Podolia, entre las cuales una sucursal de la logia «los Slavonianos unidos» de Kiev, dedicada desde 1823-25 a reagrupar a todos los eslavos en ocho repúblicas (Rusia, Polonia, Bohemia-Moravia, Dalmacia, Hungría-Transilvania, Serbia, Moldavia, Valaquia), mantenía estrechas relaciones con la «Sociedad de los Patriotas» de Polonia, reorganizada en 1821. Entre los animadores del movimiento se encontraban escritores como Rulejef y Bestouchef, nobles o militares, unos, el príncipe Troubetskoy y Orlov, Mouraviev, Tourgueniev y otros, querían sólo instaurar una monarquía constitucional y federativa panslavista, mientras el republicano Pestel deseaba instaurar un Estado centralizado, que colectivizaría las tierras y favorecería el éxodo de los dos millones de judíos rusos y polacos hacia un Estado creado en su favor en el Cercano Oriente. En Kiev, en 1824, Bestouchef y Mouraviev establecieron contactos con el príncipe polaco Krzyanowski, y más tarde en casa del príncipe ruso Wolkonsky entre Pestel y el príncipe polaco Jablonowski, el hijo, que, atemorizado por los proyectos de asesinato del gran duque Constantino y de la familia imperial expuestos por el agitador ruso, reivindicó para los polacos el derecho de escoger su propia forma de gobierno.

La fecha de la insurrección había sido fijada para el año 1829. Pero se adelantó cuando el zar ordenó al conde Tchernitchef una encuesta sobre lo que se preparaba, en noviembre de 1825. Al anunciarse, el 14 (26) de diciembre, la muerte de Alejandro I (que intentaba desde el año anterior acercarse al Vaticano), el príncipe Troubetskoy dio la señal de rebelión de cuatro regimientos de la guardia que se negaron a prestar fidelidad a Nicolás I. Pero fracasó la intentona, que se saldó con cinco sentencias a muerte, 116 a presidio y un millar de detenciones. Tourgueniev se fugó a Londres. Entre 1826 y 1855, más de quinientas revueltas de campesinos se consideran como secuelas de este movimiento. Aleccionado por tal experiencia, Nicolás I confirmó la prohibición de las logias y consideró con la máxima desconfianza la agitación seudo-nacionalista que calentaba los espíritus en Europa.

La independencia, concedida a Bélgica

Ahora bien, un mes más tarde, las llamas, desde París, encendieron otro foco en Bruselas. Preparada en la taberna «Au Doux», la insurrección belga, desencadenada el 25 de agosto de 1830 en el teatro de la Moneda, donde jugaban «la Muette de Portici», se apoderó rápidamente de la capital. Entre el 23 y el 26 de septiembre, a costa de numerosas víctimas (450 muertos y 1.270 heridos), Juan van Halem (el que había sido el animador de las logias militares en España) logró rechazar el contraataque del ejército holandés; el 4 de octubre, Bélgica proclamó su independencia, manteniéndose la dinastía de Nassau sólo en Amberes. Delicado problema, capaz de enturbiar la luna de miel franco-británica. A la vez que preconiza la no-intervención, favorable a los intereses de Francia, Talleyrand consigue convocar en Londres «su» Conferencia y se logra un armisticio. Para no enfrentarse con Inglaterra, Luis-Felipe descarta la candidatura de su segundo hijo, el duque de Nemours, a la Corona belga, ofrecida oficialmente el 3 de febrero de 1831.

Cuando nuestro diplomático «cojo» aceptaría la del príncipe de Orange, que el Congreso belga rechaza el 24 de noviembre, o bien una combinación extravagante de partición entre los Países Bajos, Francia y Prusia, imaginada por Sebastiani, ministro del gabinete Laffitte desde el 2 de noviembre, que su hijo natural el general de Flahaut lleva a Londres. Pero como Wellington y Aberdeen dejan el puesto (el 15 de noviembre de 1830) a los liberales Grey y Palmerston, sus amigos, Talleyrand obtiene de ellos el reconocimiento de la independencia, cuya integridad y neutralidad (a propuesta del plenipotenciario ruso) confirma el protocolo del 20 de enero de 1831. Satisfecha por la elección al trono, el 4 de junio de 1831, de Leopoldo de Sajonia-Coburgo (protegida por ella y por los Rothschild, que administran su fortuna), Inglaterra acepta tal arreglo, confirmado en el tratado de los 24 artículos, concluido el 14 de octubre y firmado el 15 de noviembre de 1831. Los belgas (a los que los Rothschild negaron un préstamo de cuatro millones) se inclinan. Y como el ejército holandés volvió a entrar en escena el 4 de agosto, un cuerpo de 50.000 franceses, bajo el mando del mariscal Gérard le rechazó (el 15 de noviembre) y forzó la capitulación de Amberes (el 23 de diciembre de 1831). Así quedó satisfecho el orgullo francés.

La independencia... negada a Polonia

Muy a propósito, por otra parte, pues los elementos avanzados, en Francia soñaban con volar al socorro de Polonia y de Italia, donde se había propagado el incendio. En Varsovia, unos regimientos dispuestos para Bélgica se sublevaron el 29 de noviembre de 1830 contra su jefe el gran duque Constantino, paralizando así toda veleidad de intervención rusa. Como siempre, desde el principio, hermanos masones y revolucionarios polacos mantenían en su acción estrechos lazos con el Gran Oriente de París. En la mitad del siglo XVIII (ya lo hemos dicho) las primeras logias polacas fueron creadas por unos franceses. Uno de ellos, de Thoux de Salverte, fundó el 30 de abril de 1778 un capítulo de altos grados, «los Caballeros de San Carlos»; otro, Jean Mioche, abrió en Varsovia al final de 1776, una logia, «el Silencio perfecto», directamente ligada con el Gran Oriente. Así, pues, el conde Potocki, sucesor de los G. M. von Bruhl (Federico-Aloys, hijo del primer ministro) y Zamoïski, vacilantes entre la influencia alemana y francesa, no encontró ninguna dificultad para imponer la adhesión de sus 70 a 75 logias a esta obediencia, cuando, G. M. por segunda vez en 1781, reorganizó su Orden en 1784. Aprovechándose de la expulsión de los jesuitas y del primer desmembramiento, la Masonería polaca se desarrolló rápidamente. Durante el período napoleónico los talleres se multiplicaron dentro de la Legión polaca (20.000 hombres) de Dombrovski, y la Orden, reconstituida en 1811, concluyó el 12 de marzo un concordato con el G. O. de Francia.

Después del Congreso de Viena, los militares tomaron la iniciativa de la agitación nacionalista y revolucionaria. Varios grupos para-masónicos hicieron su aparición en 1818, la «Sociedad revolucionaria» del subteniente Prondzynski, con el apoyo de Dombrovski y del príncipe Jablonovski; en 1819, un grupo formado en Varsovia por el mayor Lukasinski y el abogado Schroder; al final de este mismo año, los «Templarios de Volhynia» del

capitán Majewski, al volver de un campo de prisioneros en Escocia. Estos últimos, como los «Comuneros de Castilla», vienen encuadrados en «campamentos» y «grandes campamentos». En 1821, el general Uminski reagrupa estos elementos en una «Sociedad patriótica» dirigida en Varsovia por una Junta de siete miembros, entre los cuales los dignatarios masónicos Sobanski, Eichowski, Jordan, Saziznisti; al año siguiente cuentan con 5.000 afiliados. Paralelamente, según el modelo de las «Burschenschaften» alemanas, se constituyen unas sociedades estudiantiles polacas en Vilna (los «pícaros»), Breslau, como en Berlín. Y, tal como los «Templarios de Volhynia», los «Hermanos resplandecientes» de Thomas Zan, cuyo verdadero jefe es el profesor de historia judío Joachim Lelewel, se infiltran dentro de la «Sociedad patriótica». Este movimiento, disuelto en 1822 como todas las sociedades secretas después de la detención de Luzazinski y de cuatro de sus acólitos sentenciados a diez años de cárcel, se reconstituye por primera vez bajo el nombre de «Unión de los Filaretes» (encabezada por una junta de 20 miembros, los «Filomates», entre los cuales Adam Mickiewicz) y por segunda vez después de la deportación de estos dirigentes en 1824, bajo la autoridad de un nuevo comité central (Krzyanowski, Plichta y Grzymala) y del G. M. de la Masonería polaca, Stanislas Soltyk.

Con el general Uminski, todos estos grandes dignatarios fueron detenidos, en compañía de 200 polacos en la redada que siguió al motín de los regimientos de la Guardia, cuando la entronización del zar Nicolás I (14-26 de diciembre de 1825). Sin embargo, la conspiración no perdió a todos sus jefes. Lelewel, que dirigía una red de correspondencia, reconstituyó un grupo de cadetes el 15 de diciembre de 1828; entre los estudiantes, la agitación persistía y en la Dieta el hermano Zwierchowski y sus amigos de la oposición multiplicaban sus ataques. Para el coronamiento de Nicolás I en 1829, se preparó otro atentado. Ahora, la sublevación de los regimientos dispuestos para Bélgica da la señal de la insurrección, el 29 de noviembre de 1830. Dirigiendo una llamada a Europa el 16 de diciembre, la Dieta destituye al rey de Polonia (el zar) el 25 de enero de 1831. En Grochov (el 25 de febrero), 70.000 polacos rechazan los ataques de 160.000 rusos, pero son vencidos en Ostrolenka (el 26 de mayo). Entonces se dividen entre ellos, oponiéndose los católicos y los nacionalistas a la revolución fomentada por los colectivistas y los judíos. Hasta el punto de que, el 15 de agosto de 1831, Lelewel y sus acólitos organizan alborotos para expulsar al príncipe Czartoryski, jefe de los conservadores, y tratan de linchar a los generales Hartig, Jankovski, Beskovski y otros. En estas circunstancias, el general Paskiewicz y las tropas rusas encargadas de la represión hacen su entrada en Varsovia un mes más tarde (los días 7 y 8 de septiembre de 1831). Veinte mil polacos buscan refugio en Prusia y otros diez mil en Francia.

Austria impone el orden en Italia

En Italia, los cabecillas de la «Alta Venta», confiándose en el apoyo de Palmerston y de La Fayette, y en las declaraciones imprudentes de Laffitte, presidente del Consejo, en la Cámara (el 31 de diciembre de 1830): «Francia será capaz de imponer, siempre y en todas partes, el principio de no-

intervención» (para garantizarles contra las reacciones de Austria), desencadenaron una acción con el fin de acabar con el poder temporal del papa, aprovechándose del interregno entre la muerte de Pío VIII (30 de noviembre de 1830) y la elección de Gregorio XVI (2 de febrero de 1831). En Módena, Ciro Menotti (equivocándose sobre las buenas disposiciones del duque), fue rechazado y detenido al atacar su palacio (4 de febrero de 1831). Pero Parma cayó en manos de los insurrectos; Ugoni y Carlos Poerio ocuparon Ancona y Bolonia el 8 de febrero. Un congreso, convocado en esta última ciudad (del 26 de febrero al 11 de marzo de 1831), proclamó en la Romaña un gobierno independiente llamado de las «Provincias Unidas». En este movimiento participó Luis-Napoleón Bonaparte (ya comprometido en la revuelta napolitana del general Pepe en 1821), alentado por su hermano mayor Napoleón-Luis, carbonero desde los quince años. Expulsado en Roma en noviembre-diciembre de 1830, el futuro Napoleón III aparece ya (como le dirá Metternich) como «el hombre de las sectas». Criado por su preceptor Felipe Le Bas, hijo del diputado a la Convención, muy amigo del hijo de Francisco Arese (uno de los dirigentes de la República cisalpina y luego italiana en 1802), acabado de salir de la Escuela de Artillera de Thoune en Suiza (dirigida por el coronel Dufour, que mandará el ejército contra el Sonderbund), sus convicciones son de carácter netamente radical. Pero por el momento los insurrectos tienen todo interés en mantener a los dos hermanos en la retaguardia, en Forli (donde su hermano caerá en una emboscada el 17 de marzo, mientras Luis-Napoleón, escapando del contraataque austríaco se esconderá en Ancona, antes de fugarse a Florencia).

Después de dispersar a los patriotas, las tropas austríacas reocuparon Bolonia (el 21 de marzo), evacuándola luego (el 15 de julio) bajo la amenaza de Luis-Felipe de desembarcar un cuerpo francés en Civita-Vecchia (agosto de 1831). Preocupado, antes de todo, por mantener la paz, el gobierno de París, por otra parte, detuvo en Marsella a Visconti, al general Pepe y a un miembro de la «Alta Venta», Misley, dispuesto a llevar armamento para los insurrectos. Entonces los diplomáticos son los que llevan la palabra. A instigación de Inglaterra, y para ofrecer a los 2.000 refugiados italianos una satisfacción moral, presentan al papa Gregorio XVI un memorándum, una lista de las reformas que desearían ser adoptadas por el Vaticano. Gesto insólito por parte de cinco potencias entre las cuales dos son protestantes y otra ortodoxa: el papa responde concediento una amnistía y la retirada de las tropas austríacas. Pero Palmerston, que se presenta como el Patriarca del Liberalismo y parece regir como protectorados los gobiernos de Europa, reincide y exige del soberano pontífice la instauración de un régimen representativo, la libertad de prensa y la creación de una Guardia nacional. Pretensión a la que contesta el cardenal Bernetti, declarándose dispuesto a estudiar esta sugerencia después de probar Inglaterra su receta durante quince o veinte años. Amenazando a su interlocutor con las peores catástrofes, el embajador sir Hamilton Seymour rompe y se traslada a Florencia. Llamados otra vez por el papa, los austríacos reocupan Bolonia (el 28 de enero de 1832). Entonces desembarcan los franceses y penetran por sorpresa en Ancona, donde permanecerán durante siete años.

Moderación de Luis-Felipe

En todos estos asuntos el régimen de julio dio prueba de moderación, y se negó a dejarse arrastrar en cualquier aventura. «La sangre de los franceses no pertenece más que a Francia», proclamó Casimir Perier, el 18 de marzo de 1831. Para conservar la paz, Luis Felipe, aunque entronizado por él en el Hotel de Ville, no vaciló en romper con La Fayette, este gran dignatario de la Masonería, jefe de los «carbonari», paragón de la Libertad, émulo de Washington y de Bolívar —una estatua buscando su pedestal», decía Laffitte—,que a los setenta y cinco años actúa de botafuego en Europa. Harto de las incesantes maniobras de este agitador incorregible, Luis-Felipe le declaró sin rodeos: «¡Si Vd. quisiera volver a La Grange (su castillo), yo no me opondría!» Y como luego, el 21 de diciembre de 1830, la Cámara suprimió el cargo de comandante superior de la Guardia nacional, La Fayette, de vuelta a su señorío, tuvo todo el tiempo libre necesario para organizar allí su museo. Poco después, la ley del 22 de marzo de 1831, redactada por Laffitte y presentada por Casimir Perier, transformó la Guardia nacional en verdadera Guardia «burguesa». Sujetados a contribución personal, equipados a su propio coste, mandados por oficiales designados por el rey, sus miembros debían abstenerse de toda agitación política para dedicarse sólo al mantenimiento del orden. Establecido sobre una base todavía poco sólida, el régimen debe defenderse. En París se producen frecuentes alborotos: el 17 de octubre de 1830, durante el proceso de los ministros de julio, y el día siguiente, una marcha hacia Vincennes; el 15 de diciembre, actitud amenazadora de los artilleros de la Guardia nacional; el 14 de febrero de 1831, saqueo de la iglesia de Saint-Germain l'Auxerrois (donde se celebraba un servicio, «in memoriam» del duque de Berry) y el día siguiente del arzobispado; entre los días 2 y 11 de marzo, demostraciones en el Palais-Royal: «¡pan o empleo!» A Laffitte, encargado del gobierno desde el 2 de noviembre de 1830, le falta autoridad para reprimir los excesos de los que fueron sus auxiliares en julio. Gobernador del Banco de Francia durante la Restauración, se esforzó en restablecer la independencia del Instituto de Emisión y la libre elección de sus gobernadores, pero, temiendo los abusos de los accionistas privilegiados en materia de descuento más que los riesgos de inflación o las exigencias del Estado, el barón Luis y el conde Roy, ministros de Hacienda, se opusieron a sus pretensiones. Entonces Laffitte, llegado a ser el comanditario de los movimientos liberales, que proclamaba orgullosamente en 1830: «¡ahora somos nosotros, los banqueros, los que vamos a gobernar!», se encontraba al borde de la quiebra, pero Luis-Felipe, agradecido por su apoyo, ayudó a ponerle a flote con una contribución de 17 millones y otros 10 procedentes de la compra de sus bosques de Breteuil.

Pero se aparta de él y llama a la presidencia del Consejo, el 13 de marzo de 1831, a Casimir Perier, banquero también, pero hombre perspicaz y enérgico. Procedía de una familia de toga y de industria del Delfinado: hilandero en Grenoble, su padre, Claudio, dirigente de la Caja de Cuentas corrientes, compró en 1796 las minas de Anzin. De tal modo que es un perfecto representante de los «nantis», «hijos de los enriquecidos por la Revolución, de los vendedores de bienes "nacionalizados", de los proveedores del Ejército, de los banqueros que apoyaron el 18 brumaire y se instala-

ron en el Banco de Francia», de estas «dinastías burguesas» descritas con tanta agudeza por Mr. Beau de Loménie en sus libros. Con él vuelve el barón Luis a Hacienda, al lado de unos marcados opositores, como Guizot, enredados con los «Carbonari», Dupin, de la logia de los «Trinosophes», y Thiers, el protegido de Talleyrand. Pero sobre todo es hombre de confianza de los Rothschild, protectores del régimen, que será como una «Providencia» para ellos.

Para preparar el camino al ministro, James escribe el 9 de marzo a su hermano Salomón en Viena: «Si mi amigo Perier llega al poder, deberás actuar en su apoyo», y, el día después de la formación del gobierno: «el cambio se ha cumplido, el rey se instala en las Tuileries y el ministro debe exponer en un discurso sus principios» (14 de marzo)... No dejes descansar al príncipe de Metternich, hasta que apoye al gabinete francés» (19 de marzo). Ahora bien, Perier expone su programa en la Cámara, el 18, con unas palabras bien acuñadas: «La revolución de julio no produjo cambios de orden social, sólo tocó al orden político. Nos proponemos restablecer la confianza. Os presentaremos leyes adecuadas para reprimir la violencia y la sedición». En cuanto al exterior: «La razón de Estado ha escogido la paz». En el mes de septiembre contestará a los La Fayette, Cavaignac, Armand Carrel y otros turbulentos, dispuestos a lanzar un reto a Europa con un ejército de 250.000 hombres: «¿Quién se atreve a pedir que se declare la guerra, no para salvar a Polonia, sino para entregarla?» (réplica que el gabinete francés hubiera tenido que meditar, antes de lanzarse a la guerra en 1939). ¿No es el mantener la paz el mayor interés de los Rothschild, tan cargados con empréstitos de Estado como lo son? Para preservarla, siempre ofrecen sus buenos oficios. Cuando, por ejemplo, los franceses desembarcan en Ancona, Salomón se apresura a prevenir una reacción austríaca escribiendo a Metternich: «Que su Alteza no se deje alejar... de la paz... por una culpa de Perier» (26 de marzo de 1832).

Los Rothschild, banqueros y reyes

Solicitados por todos los gobiernos, más que nunca son los «banqueros de los reyes». En Francia el barón Luis, llamado otra vez a Hacienda el 9 de agosto de 1830, debe hacer frente... a las peticiones de socorro de los combatientes de julio y de los parados... a las solicitaciones de los empresarios y negociantes, amigos de Laffitte, víctimas del retroceso de los negocios (cayendo el volumen de descuentos del Banco de Francia de 617 millones en 1830 a 240 en 1831), a los cuales concede 30 millones de préstamos... a las exigencias de la Defensa nacional (el incremento de los efectivos de 231.000 a 434.000 hombres cuesta 220 millones de gastos adicionales al presupuesto de 1831 (1.219 millones de gastos efectivos, 1.305 de ingresos, de los cuales 356 extraordinarios). El de 1832 se salda con un déficit de 25 millones. Entonces, a pesar de la experiencia de empréstito directo propuesto por el san-simoniano Henri Rodríguez (con 20 millones de suscripciones al 5 %, a paridad), sin previa adjudicación, pide a los Rothschild, el 8 de agosto de 1832, un empréstito de 150 millones a 98,50 (cuando la cotización era de 99,65 el día anterior), llevando interés desde el 22 de marzo, y un plazo de dieciséis meses para el pago; ¡lo que no estaba mal... para el banquero!

Pero para hacer frente a los acontecimientos, Austria, por su parte, rearma también para concentrar tres ejércitos, en Italia, en Bohemia y en su propia casa. Tiene un déficit presupuestario hinchado de 22 a 85 millones de florines. Recurre a Salomón, así como a Eskeles, Sina y Geymuller, para obtener sucesivamente 36 millones en marzo de 1831, luego 30 (a 80) y de nuevo 50 en enero de 1832. En cuanto a Prusia, solicita un préstamo de tres millones de thalers, entre los cuales, medio millón será inmediatamente puesto a disposición de la «Seehandlung» en mayo de 1831. Hasta el papa, obligado a levantar tropas para relevar a los austríacos, a través de la duquesa de Bassano, de la condesa Stephanori, y de Metternich en persona, llama a la taquilla de Carlos, y luego de James de Rothschild, que le proporciona un millón (a mitad con el banco Torlonia de Roma); entonces, Gregorio XVI recibe a Carlos en audiencia privada. En Inglaterra, cuando lord Grey se aparta el 9 de mayo de 1832, porque Jorge IV se había negado a nombrar una «hornada» de lores que acepten la reforma electoral, Nathan interviene cerca de Arbuchnot, amigo de Wellington, para obtener que este último no constituya un gabinete capaz de incrementar los riesgos de guerra... entonces se queda lord Grey y se vota la reforma electoral. ¡Resulta que la paz armada viene a ser más provechosa para los cinco hermanos que una paz total! Así como lo comentaba Talleyrand: «¡Cuando van peor los asuntos de los Estados es cuando van mejor los de los financieros!»

Reyes de los banqueros y banqueros de los reyes, ¿no son los Rothschild, en Francia, los reyes de verdad? ¿No somete Luis-Felipe sus propios discursos a James antes de pronunciarlos? En esta materia, todo el mundo está de acuerdo. Metternich, el hombre de Estado más conservador, escribe a Apponyi, el 11 de diciembre de 1845: «en Francia la casa Rothschild juega... un papel más importante que los mismos gobiernos, quizá con la excepción del gobierno inglés, pues el gran resorte es el dinero». Como Henri Heine, hijo de banqueros, como tantos otros promotores auténticos del movimiento democrático: «¡El dinero es el dios de nuestra época, y Rothschild es su profeta!» Y Ludwig Baruch, apodado Börne, que se burla: «Si Luis-Felipe se mantiene rey el año próximo, se le coronará, no en Nuestra Señora de Reims, pero sí en Nuestra Señora de la Bolsa, donde Rothschild actuará de arzobispo». Fiel a sus promesas, Casimir Perier se empeña en defender esta «bancocracia», como la llaman los opositores, contra la «revolución social» que no se desarmó. Aunque el censo sea rebajado de 1.000 a 500 francos para los elegibles y de 300 a 200 para los electores —lo que le confiere un matiz «liberal»—, la ley electoral lo mantiene, restringiendo el país «legal» a 190.000 franceses, de un total de 32,5 millones. En los escrutinios municipales (siendo el censo reducido a 100 francos), sólo el 10 o el 14 % de los vecinos gozan del derecho de ciudadanía.

Conflictos sociales y agitación revolucionaria

Mientras que la Guardia nacional no cuenta en sus filas más que «burgueses» (22 de marzo de 1831), una ley de 10 de abril prohíbe la formación de grupos en la vía pública. Se destituye al nuevo alcalde de Metz, Bouchotte, en marzo de 1831, así como a Odilon Barrot, «dimitido» del Consejo de

Estado, y al general Lamarque (puesto en disponibilidad), por haber intentado propagar (según el modelo de la sociedad «Ayúdate, el Cielo te ayudará») una asociación revolucionaria, bajo el patrocinio de La Fayette y de Dupont de l'Eure, que se infiltra dentro de la administración y a través del ayudante de campo Laborde, hasta en el mismo entorno de Luis-Felipe. El 5 de mayo, los bomberos dispersan una manifestación en la plaza Vendôme; y el Ejército otra, en la plaza Luis XV, el 18 de septiembre, en favor de Polonia. Pero en Lyon, a final de noviembre, los disturbios son mucho más graves. Los tejedores de seda (canuts), cuyos salarios se han hundido de 4 a 6 francos bajo el Imperio de 18 a 25 «sous» al día, acaban de obtener de los hombres buenos y del prefecto una nueva tarifa (11-25 de octubre de 1831). Pero basta con el lock-out de 104 empresarios (de un total de 1.400 que aceptaron el acuerdo) para que el ministro de Comercio, d'Argout, lo ponga todo en entredicho. Dirigidos por sus capataces (agrupados por el «Deber mutual» en 20 logias de 200), 60.000 obreros cesan el trabajo y se manifiestan, el 21 de noviembre. Como el día siguiente, de un total de 12.000 convocados sólo 1.200 guardias nacionales se presentan, los tejedores repelen a la tropa y se apoderan de la ciudad; pero se niegan a proclamar un gobierno provisional (a lo que les alentaba el republicano Lacombe) (23 y 24 de noviembre). Un cuerpo de 20.000 hombres, al mando del mariscal Soult, restablece fácilmente el orden, el 3 de diciembre. Pero, mientras el duque de Orleans, que le acompaña, trata con puro sentido social de apaciguar los espíritus, el mariscal (capitán de industria y hombre de negocios, él mismo) se apresura a abolir la tarifa (7 de diciembre) y el gobierno (aunque lo bastante magnánimo para no detener más que a 90 y para absolver a 11 de los amotinadores perseguidos) destituye al prefecto, culpable, para mantener la paz social, de ofensa a la sacrosanta legislación «liberal» de Le Chapelier. Actitud más bien susceptible de desalentar a los trabajadores de su realismo, entregándoles a las peores propagandas revolucionarias. Ha sido disuelta la Guardia nacional lionesa. Lo será tanbién la de Grenoble, después de «despedir» sin miramientos al 35.º regimiento de línea, que acababa de reprimir una mascarada antirreligiosa, el 12 de marzo de 1832. Sin embargo, en París, cuando las exequias del general Lamarque dan lugar a una manifestación de 100.000 personas, el 5 de junio, y luego a un motín en el que se enarbola la bandera roja, la Guardia nacional ayuda al Ejército, el día siguiente, a reducir a los insurrectos cercados en el claustro de Saint-Merry: se producen 800 víctimas y se proclama el estado de sitio.

Así se facilita el juego de los agitadores, explotando la miseria para provocar la ira de un pueblo, demasiado pronto a sacar el fusil y a correr a las barricadas. Así estos émulos de los «grandes antepasados» reclutan fácilmente los que necesitan para servir sus designios. Hijo de diputado a la Convención, el periodista Godefroy Cavaignac fundó en el picadero Pellier, el 30 de julio de 1830, la «Sociedad de los Amigos del Pueblo», cuyos 300 miembros se distinguieron en las manifestaciones de marzo de 1831, al lado de los «Protestadores de Julio» (3.000), de los «Condenados políticos» y de la «Sociedad de la Libertad, del Orden y del Progreso». Al final de 1832, crea otra emanación de la Masonería, más amplia y más peligrosa, la «Sociedad de los Derechos del Hombre», agrupando a unos 4.000 adheridos en París (organizados en secciones de 20), se extiende a las provincias y dispone de periódicos (como «La Tribuna») para difundir su programa: sufragio

universal, república social, federación europea (23 de octubre de 1833). Con el fin de facilitar su reclutamiento entre los productores, unos tránsfugas del «san-simonismo», el ex-carbonario Buchez y su hoja «El Europeo», Pierre Leroux, Reynaud y la «Revista Enciclopédica», tratan de imprimir al movimiento un carácter algo socialista. Preconizan la formación de sociedades de producción financiadas por un Banco estatal, para los productores libres y, para los obreros de las fábricas, la institución de síndicos-árbitros. Alentados por la «Junta de propaganda republicana» animada por Voyer d'Argenson, difunden gran cantidad de folletos («La Asociación de Trabajadores», «Derechos del Hombre», etc.). Fomentan las huelgas que se suceden en París en septiembre de 1833: de los carpinteros y de 8.000 sastres. A Grignon, de los «Derechos del Hombre», se le sentencia con cinco años de cárcel por haber intentado montar un «taller nacional». Los impresores (entre 4.000 y 5.000), deseosos de instaurar cooperativas de producción, cesan el trabajo en octubre, así como los 6.000 zapateros. Efrahem, sastre, autor de un folleto sobre la «Asociación de productores de todos los Gremios» (cuyo grupo tiene corresponsales en unos treinta departamentos), prepara la formación de una Junta dirigida por un ejecutivo central. Recoge en un restaurante cerca de su casa (7 rue Tirechappe, en el barrio del Templo) el grupo alemán de los «Desterrados» de Theodoro Schüster (die Geächteten), que será el núcleo de la «Internacional». Se le detiene el 5 de noviembre.

Para frenar la pululación de las sociedades patrióticas, infiltradas por la «Sociedad de los Derechos del Hombre» («Unión de Julio» de La Fayette, «Asociación para la Educación del Pueblo», «Asociación para la Libertad de la Prensa», «Asociación de las Escuelas», «Sociedad Gala», organizada a la romana en decurias, centurias, legión..., «Sociedad de la Cabeza de Ternera» (sic) y estorbar los preparativos de subversión revelados por nuevas huelgas en Lyon (14-19 de febrero), el gobierno estudia otra ley sobre las asociaciones. Ahora bien, a Casimir Perier, que falleció del cólera, el 16 de mayo de 1832, sucedió el mariscal Soult, que formó, el 11 de octubre, un gabinete en el cual, al lado del duque de Broglie y de Guizot, Thiers detiene la cartera del Interior. Los liberales «nantis» pueden contar con su energía. El proyecto, adoptado el 10 de abril de 1834, tolera las sociedades de ayuda mutual, las hermandades de gremios, las cooperativas, pero prohíbe las sociedades políticas, no autorizadas. Se persigue a la «Sociedad de los Derechos del Hombre», que defiende el abogado Garnier-Pagès.

A semejantes medidas, los revolucionarios replican con nuevos disturbios. En Lyon, la manifestación de 5.000 productores, durante el proceso de los cabecillas de la huelga (el 9 de abril), se transforma en batalla campal (en la cual un millar de insurrectos hacen frente hasta el 11, y esporádicamente hasta el 15 de abril, a 12.000 y luego 20.000 soldados). Se bombardea el claustro de los Cordeleros y el saldo de la revuelta es de 170 muertos entre los insurrectos y de 131 entre las fuerzas del orden. En París, Thiers, después de detener a los cabecillas el 12, deja el día siguiente que en el Marais se edifiquen barricadas y da la orden a los 4.000 hombres de Bugeaud de destruirlas sin hacer cuartel para «dar una lección» a los revoltosos y a la «vil multitud» (como dirá más tarde): la matanza tristemente célebre de la calle Transnonain resulta de esta consigna. Otros alborotos se producen en

Saint-Etienne, Grenoble, Marsella, Clermont-Ferrand. Una ley sentencia la detención de armas. Se mantienen unos efectivos de 360.000 hombres en el Ejército. La Cámara de los Pares examina el caso de 2.000 sospechosos.

Atentados y reconstitución de los Clubs

Después de cinco años de disturbios sociales ¿conocerá por fin el régimen de julio un período de paz interior? ¡Lástima! A la era de los alborotos sucede para Luis-Felipe la de los atentados. El 28 de julio de 1835, la máquina infernal de Fieschi (ex-miembro de los «Condenados políticos», agente del guarnicionero Morey, de los «Derechos del Hombre», y del tendero Pépin, ex-capitán de la Guardia nacional) «siega» a 40 personas, entre las cuales al mariscal Mortier. Sus veinticuatro fusiles emparejados han sido montados en tal forma que el mismo terrorista hubiera podido ser su víctima. Desde entonces el rey viaja en una berlina blindada. Broglie, de vuelta en el gabinete en marzo, castiga en la prensa en septiembre las incitaciones al odio y a la revuelta, amenaza a los periódicos con multas, exige una fianza, instituye una autorización previa para dibujos y caricaturas. El 25 de junio de 1836, Alibaut, en el postigo del Louvre, luego, el 27 de diciembre, Meunier, en el camino de la Cámara, y por fin Darmis, el 15 de octubre de 1840, en el muelle de las Tuileries, tratan de atentar contra la vida del rey.

Mientras tanto, las sociedades secretas se reconstituyen. En junio de 1835, Blanqui reagrupa, bajo el nombre de «Sociedad de las Familias», con un ritual de afiliación casi masónico, los restos de los «Derechos del Hombre», unos 1.200 adheridos divididos en «manos» de cinco hombres, cuando son descubiertos en marzo de 1836; Blanqui y otros 23 de sus cabecillas son detenidos. Comprometido en el complot, el 25.° de línea se manda a Africa. Pues existen paralelamente en el Ejército, bajo el nombre de «Legiones revolucionarias» (abril de 1834), células de tres hombres, que formarán en 1837 «Falanges democráticas». Y apenas libertado por una amnistía (el 8 de mayo de 1837), Blanqui se empeña otra vez, con Barbes y el obrero Martin Bernard, en organizar «las Temporadas» (les Saisons) según el modelo de los «Carbonari», inspirándose del calendario: 4 «semanas» de 6 miembros, mandadas por un «domingo», forman un «mes», encabezado por un «julio», y tres meses obedecen a una «primavera». Se reagrupan así 15.000 adheridos. Los días 12-13 de mayo de 1839 lanzan un golpe de mano y se apoderan de la Prefectura y del Hotel de Ville, con estupor de los parisienses; pero, como el secreto ha sido demasiado bien observado, nadie les sigue y deben abandonar su empresa. Las fuerzas del orden los reducen en su refugio de los suburbios Saint-Denis y Saint-Antoine, matando a cien e hiriendo a 62 de ellos. Sentenciado a muerte, Barbes obtiene su gracia, mientras Martin Bernard es encarcelado y Blanqui internado en el monte Saint-Michel. Mantenida por la presencia de 150.000 parados en París, la agitación se manifestará, primero como huelgas, de los sastres en julio de 1839, de los zapateros, carpinteros, carroceros y albañiles en septiembre (con la detención de 409 productores, entre los cuales Dourville, de los «Trabajadores para la Igualdad»), y luego bajo la forma de «banquetes» (XI distrito, el 1 de

junio; XII distrito, el 9 de junio de 1840), en los cuales el judío Goudchaux fulmina contra la «explotación del hombre por el hombre» (lo que parece un chiste en su boca, porque de profesión este futuro ministro de Hacienda del gabinete revolucionario de 1848, es... ¡banquero!). A su lado, habla un orador comunista, Rozier. En estos disturbios la prensa denuncia la obra del «oro extranjero». No obstante, vuelve la calma aparente y engañosa... hasta 1848.

Paralelamente a la inseguridad social, reina la inestabilidad ministerial, debida tanto a dificultades internas como a repetidas veleidades para sacudir la tutela británica que pesa sobre el régimen de julio. A Soult sucedieron Gérard, el duque de Bassano, el mariscal Mortier y Broglie (que se marchó a propósito de una indemnidad a los Estados Unidos para volver en seguida el 12 de marzo de 1835 y caer otra vez el 5 de febrero de 1836), después del fracaso de un proyecto de conversión presentado por su ministro de Hacienda, Humann, el 14 de enero. Thiers no se mantiene más que unos meses en el poder (22 de febrero al 6 de septiembre de 1836). El rey lo llamó, por estar harto de la anglomanía de Broglie, pero le apartó, por miedo de las complicaciones internacionales que no faltarían de producirse, al mandar, como lo proponía, unos 4.000 voluntarios a España para ayudar a la regente María-Cristina, protectora de los «liberales», en contra de don Carlos, hermano del rey Fernando VII. Primer ministro con Guizot (6 de septiembre de 1836 al 15 de abril de 1837), y luego sin Guizot, Molé choca con una coalición Thiers-Guizot-Odilon Barrot-Dupin, que reduce su mayoría a 13 votos en favor del mensaje, y después de la disolución de la Cámara le inflige un tremendo fracaso en las elecciones del 2 de marzo de 1839 (247 escaños contra 221). Dimite el 8, Soult le sustituye el 12, de manera que tendrá que reprimir la algarada del 12 de mayo. Pero Thiers, en la oposición, hace la vida difícil al gobierno y Luis-Felipe lo llama otra vez, el 1 de marzo de 1840.

Mediación de los Rothschild entre Londres y París

Entonces estalla con Inglaterra un conflicto que pone en entredicho esta Cuádruple Alianza que se apresuró a firmar Talleyrand el 22 de abril de 1834 con Palmerston, para la defensa de estas dos campeonas del liberalismo en la Península, María-Cristina de España y María II de Portugal, en contra de don Carlos y de don Miguel. Al conocer que los Cuatro Grandes (Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia) han concluido (a espaldas de Francia) el 17 de julio de 1840 un acuerdo para reconocer a Mehemet Ali (que venció en Nezib en junio de 1839 a su señor el sultán Mahmoud) un poder hereditario sobre Egipto y vitalicio sobre el pachalik de San Juan de Acre, Thiers —el hombre corto con el tupé— no se traga tal afrenta a Francia, firmante con las otras potencias de la nota del 27 de julio de 1839 para el arreglo de la cuestión del Oriente. Se habla de guerra. Se incrementan los efectivos militares a 500.000 hombres. Indignado, el duque de Orleáns declara: «¡No queremos la guerra, pero si se pretende debilitar al rey, haciéndole perder su dignidad y su popularidad, entonces, a pesar de todo, estallará!» Pero la potencia tutelaria y protectora de los Rothschild está atenta. El 3 de agosto

de 1840, James tranquiliza a Salomón en Viena: «Creo que no habrá guerra y estoy convencido de que Thiers pretende darse importancia al demostrar con qué talento defiende el honor de Francia». «Pero ha terminado la alianza entre Inglaterra y Francia... y considero este acontecimiento como un peligro para el futuro». Y luego, como al anunciar que París va a ser fortificado, la renta cae, el 3 % a 73,60 y el 5 % a 105,60, el 9 de septiembre, James critica a Thiers, el 12, denunciando «su ligereza y su estúpido orgullo nacionalista» y «su arrogancia de advenedizo». Entonces como el rey, después de consultar a James en el peor momento de la crisis, los días 5 de agosto, 6 y 24 de septiembre, no quiere exponerse a una guerra sin respaldo financiero, el demasiado fogoso ministro debe contentarse con una nota de protesta el 8 de octubre. Dimite el 20, pero antes —aunque tenga con él una deuda de 40.000 francos— estigmatiza en el «Constitutionnel» del 12 al Rothschild de París: «¿Con qué derecho... un rey de la Finanza se inmiscuye en nuestros asuntos? ¿Puede ser juez de nuestro honor, y debemos someter nuestros intereses nacionales a los de su dinero?» Para suavizar la fricción, Luis-Felipe llama al gobierno a su embajador en Londres, Guizot, y (a pesar de la destitución de Mehemet Alí después del bombardeo de Beirut por sir Charles Napier) Palmerston cede a la presión de Prusia y de Austria (interviniendo Salomón cerca de Metternich) y acepta que el embajador de Egipto sea mantenido en sus funciones (15 de febrero de 1841). Así sale menos humillada Francia, que por otra parte suscribirá la Convención de los Estrechos (13 de julio de 1841) por la cual Inglaterra obtiene la inmensa satisfacción de cerrar el Mediterráneo a la flota rusa.

La dinastía, amenazada por Luis Napoleón

¿Existe un lazo entre esta crisis, los disturbios sociales y revolucionarios, los últimos atentados contra la vida del rey, las dos aventuradas empresas de Luis-Napoleón Bonaparte (1836) y el desdichado accidente en el cual pereció el duque de Orleans? Refugiado en Arenenberg, después del fracaso de la insurrección de la Romaña (durante la cual su enlace con Menotti había sido el ex-banquero del rey Luis, Orsi), Luis-Napoleón no había interrumpido sus intrigas con las sociedades secretas y con Inglaterra. Ciaro, de Milano, le puso en contacto con Mazzini. Luego se aprovechó de un viaje a Londres para encontrar a Lennox, que fue detenido en Francia, en abril de 1832, al tratar de amotinar a unas guarniciones en el Este. ¿Quizá seguía este ejemplo cuando intentó sublevar al 4.° de Artillería del coronel Vaudrey en Estrasburgo, el 30 de octubre de 1836? Bastó con la resistencia del general Voirol y de su infantería para que fracasara esta «intentona ridícula», como la calificó Metternich. Manejó esta empresa (inscrita entre la organización de la «Sociedad de las Familias» y el tercer atentado contra Luis-Felipe, el 27 de diciembre de 1837) un tal Fialin, apodado Persigny (ex-suboficial destituido en 1830 con su capitán, de Kersausie, por su participación en una sedición republicana). La segunda empresa de Luis-Napoleón, la de Bolonia (6 de agosto de 1840), tan alocada como la primera y también seguida por unas huelgas y otro atentado, el 15 de octubre, se encarga de recordar a Luis-Felipe, cuando el enfrentamiento de Thiers con Inglaterra, la fragilidad de su trono. Se urdió esta conjura en Londres, durante dos estancias del

príncipe (de vuelta de América a donde fue desterrado el 15 de noviembre de 1836), en julio de 1837 y sobre todo en octubre de 1838, con el apoyo financiero de Orsi y de Smith, mientras en Francia Crony-Chavel facilitaba un acercamiento entre bonapartistas y republicanos en el seno de una «Sociedad Nacional», organizada en décadas, secciones y distritos como los «arrondissements» de París. Pero esta vez se encerró al pretendiente reincidente en el fuerte de Ham (desde el 6 de octubre de 1840 hasta su evasión en mayo de 1846).

Desaparición de un «príncipe social»

Luego los herederos del trono son los blancos del Destino. El 13 de septiembre de 1841, se trata de un atentado, al volver de Argelia con el 17.º de línea que encabeza, el duque de Aumale recibe un pistoletazo de François Quénisset (adherido a la Sociedad de la «Igualdad», lector del «Populaire» y del «Journal du Peuple» de Dupoty, y evadido de Sainte-Pélagie). Precedieron al atentado disturbios en Tolosa (apoderándose los amotinados de la ciudad, el 13 de julio de 1841) y otros centros provinciales y una manifestación en París, el 2 de septiembre. El 13 de julio de 1842, se trata de un «accidente». Bajo el pretexto de que su coche habitual no está en condiciones, se ruega al príncipe subir a un «faetón» cuyos dos caballos, drogados, se desbocan; llegado sobre el puente de Neuilly, el príncipe salta y se mata. Con él se desvanecía la última esperanza de reanudar la tradición capetiana de la alianza entre el rey y su pueblo. Se había negado a encabezar la Masonería francesa, a título de Gran Maestre. Era un adversario declarado de Inglaterra. Dos culpas que no se podían perdonar. Demasiado perspicaz, había denunciado la colusión entre la Alta Finanza y los inspiradores de la Revolución, coaligados contra la Sociedad: crimen inexpiable. Escuchemos a uno de sus amigos, el discípulo de Fourier, Toussenel, dirigiéndose al rey, en la conclusión de su libro «Los judíos, reyes de la época» (1845), reseñando la opinión del príncipe: «Sire, el real príncipe... lamentaba amargamente los excesos y el insaciable apetito al poder de los judíos, que violentan la autoridad, trituran el país y dirigen las maldiciones de los productores explotados en contra de un trono inocente». Se proponía romper este nuevo feudalismo... pero no disimulaba los peligros de esta lucha. «Quizá la corona caerá en esta lucha, decía alguna vez a uno de nosotros, pues por mucho tiempo todavía estos banqueros se armarán de la ignorancia del pueblo contra el Rey que, por el contrario, desearía servir a este mismo pueblo. Su prensa mentidora irritará sus sufrimientos; vaciarán sus talleres en las plazas públicas... y para calmar el furor de este pueblo (después de desencadenarlo) le echarán a otro rey, para que lo devoren. Sé que nos esperan muy duras pruebas... La monarquía debe, sin más demora, arrastrar al pueblo de los judíos, si no este gobierno perecerá por sus judíos». Un accidente de coche, banal, hizo que esta voz callara. En la época de los aviones, quizá hubiera sido más fácil montarlo, pero no fue menos eficaz, y con menos suerte que su padre (que escapó de un accidente semejante sobre un puente del Treport, en Mers), el príncipe sucumbió. Con él se desvanecía la posibilidad de una cooperación fructuosa entre el trono y los movimientos sociales de pura cepa francesa. Mientras la «Gaceta de Francia», legitimista, predi-

caba en el desierto, pidiendo la adopción del sufragio universal, en el plan político, con Guizot, el régimen de julio, más «burgués» que nunca, difundía la consigna: «¡Que se enriquezcan!»

La «Reforma» se pone de moda

Si el gobierno ignoraba en tal modo la cuestión social (se limitará a promulgar el 22 de marzo de 1845 una ley reduciendo el trabajo de los niños a ocho horas, entre los ocho y doce años, y a doce, entre los doce y dieciséis), no fué porque no preocupaba la opinión del país. ¡Nunca hubo más reformadores, más audaces innovadores, más autores de fabulosos programas, más inventores de panaceas! Al parecer, la revolución industrial preocupaba a los mejores espíritus. La mayoría consideraban la creación de cooperativas de producción o de talleres autónomos más o menos subvencionados por el Estado como el mejor medio de salvar los productores de la explotación patronal. Charles Fourier (1772-1837) se aparentaba a Robert Owen por sus tendencias asociacionistas. Nacido hijo de un negociante de paños, se declaraba hostil a lo intermediarios, pero no a la propiedad, ni al capital, cuyos excesos quisiera combatir con una más democrática y amplia difusión de las acciones. Preocupado por mejorar las condiciones de trabajo, deseoso de hacerlo más atrayente para los productores, fue el precursor del «trabajo en la felicidad». Imaginaba sustituir a las «comunas» (municipios), entidades o células de base de la sociedad, en manera de colmenas, que llamó «falanges», idealmente integradas por unas 1.620 personas, hombres y mujeres. Desgraciadamente, la experiencia de este «Falanstero» en Condé-sur-Vesgres, fue tan poco probante como la del sistema de Owen en «New-Harmony». Sus ideas, expuestas en su libro «El mundo industrial» (1829) y en sus periódicos, el «Falansterio». (1832) y «Falange» en 1834, fueron recogidas por sus discípulos Toussenel y Victor Considérant, que les difundió en su «Democracia pacífica» y les aplicó creando cooperativas de producción. Espiritualista como él, el doctor Buchez (1796-1865), cofundador del Carbonarismo, inspirándose a la vez del Evangelio y de la tradición jacobina, se dirigió en su órgano mensual «El taller» a una clientela de pequeños artesanos. Lo mismo que Louis Blanc (1811-1882), autor de la «Historia de diez años» y sobre todo de un folleto sobre «La organización del trabajo» en el cual preconizaba la creación de talleres subvencionados por el Estado, pero dirigidos por consejos colectivos, haciendo reinar la igualdad de salarios y anteponiendo al interés individual el honor colectivo, como incentivo del esfuerzo. Sin embargo, al contrario de Marx, tiene bastante prudencia para incluir en su financiación cuatro partes destinadas a la amortización, al pago de los salarios, a la ayuda y socorro social, a la mejora del material y a la expansión.

Francamente revolucionarios y convencidos de la necesidad de la lucha de clases, otros van más lejos. Cabet (1788-1856), por ejemplo, miembro de los «Derechos del Hombre», qué se empeña en presentar a Jesús como el verdadero padre del comunismo, porque él, a lo mejor «deísta», se cree todavía cristiano. La «Utopía» que describió en su «Viaje a Icaria» (1840) confía a un Estado-déspota la tarea de asegurar, en la más estricta igualdad,

la felicidad de todos. Doctrina asiática o faraónica, cuya experiencia, probada en Texas, fracasa rotundamente. Lo que no impide que la hoja de Cabet, «Le Populaire», primero mensual, luego semanal, con una tirada de 27.000 (muy importante para la época), sea leída por un público numeroso. La tradición de Babeuf, políticamente representada por Blanqui, obtiene también una larga difusión entre los obreros, gracias a la publicación (primero en Bruselas en 1818) de una obra de Buonarotti sobre la «Conjura de los Igualitarios». Y finalmente, el más absoluto comunismo de Estado tiene ya adeptos en la persona de Pecqueur y de Vidal.

Frente al Estado «industrial»

Enfrente de estos «utopistas», dispuestos a revolver los cuadros políticos para instaurar un Estado socialista, los partidarios del «Estado industrial» se presentan como «realistas». Sobre todo deseosos de organizar y desarrollar la producción, intentan someter a los gobiernos a la autoridad de los banqueros y de los ingenieros. Precursores de los dirigistas y tecnócratas, tales son los Saint-Simonianos. Primo pequeño del duque (desdichado campeón de la reacción nobiliaria y del antiguo feudalismo territorial), Claude-Henry de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), será el feliz precursor del nuevo feudalismo, industrial y financiero. Oficial de caballería durante la guerra de Independencia americana, se lanzó a los negocios en España con Cabarrús, del Banco de San Carlos. Espíritu curioso, discípulo de Monge en Metz, formado por sus contactos con ingenieros de la Escuela Politécnica y con sabios de la Academia de Medicina y por una larga experiencia personal, amigo de los banqueros Laffitte (creador en 1837 del primer banco de negocios, la Caja del Comercio y de la Industria, con 15 millones de capital), Perrégaux, Delessert, Hottinguer, Casimir Perier, expone sus proyectos de financiación de la producción en un volumen titulado «De la Industria» en 1816 y en un «Catecismo de los industriales», publicado en 1823. En «Le Producteur» (IV, 54), su discípulo Enfantin reseñó así lo esencial de su doctrina: «Organizar el crédito privado de tal manera que cada ramo de la industria reciba una dirección particular, asimismo sometida a una dirección general, siempre conforme con el desarrollo regular de la producción». Esto supone una más amplia y más directa llamada al ahorro individual, a través de unas «Asociaciones comanditarias». Lo que se puede entender bajo la forma de bancos corporativos, sustituyendo a los Consejos superiores profesionales, y relacionados con el Instituto de Emisión. Pero esto puede conducir también al dominio de los banqueros sobre el Estado o del Estado sobre los banqueros: «El gobierno pasa a ser el primero de los banqueros, y el distribuidor del capital nacional, por intermedio de bancos siempre más especializados, jerárquicamente clasificados», escribirán los san-simonianos (14 de marzo; 28 y 29 de abril de 1831).

Hijos de banqueros, como el politécnico Prosper Enfantin (1796-1864), ex-empleado de la casa André, de San Petersburgo, o ellos mismos banqueros, como Olinde Rodríguez, confidente del maestro y fundador de la Caja hipotecaria, y sus primos, nietos de Jacob Rodríguez Pereira (1715-1790), agente de la nación judeo-portuguesa en Burdeos, Emilio o Isaac Pereire

(1806-1880), creador del Crédito mobiliario, los discípulos del conde olvidarán muy pronto la primera fórmula, corporativa, para no aplicar más que la segunda, la de los «Institutos especializados», que brindándoles la riqueza les llevará a la posición de competidores, durante largo tiempo felices, de los Rothschild. Una vez muerto su maestro (tuvo exequias civiles, su secretario Auguste Comte, el padre del «positivismo»), Enfantin y Rodríguez lanzan el periódico «Le Producteur» (1 de octubre de 1825), y para Navidad de 1829 constituyen un grupo con Mazard (1791-1832), hombre del carbonarismo (que se alejará de ellos el 20 de abril de 1832, por hostilidad al seudo-culto propagado por Enfantin), Michel Chevalier, profesor en el Colegio de Francia, Gustave d'Eichtal y otros, abren una Universidad paralela, el «Ateneo», infiltran el periódico «Le Globe» (en noviembre de 1830) y atraen a su programa de libertad de prensa, de culto, de enseñanza, de destrucción de los monopolios, de organización internacional de la industria, a numerosos politécnicos. Pero dos pleitos, uno ante un tribunal correccional y otro criminal, provocaron en 1832 la dispersión del movimiento. Sin embargo, sus dirigentes van a ejercer una enorme influencia sobre el proceso de industrialización, empezado bajo Luis-Felipe para culminar bajo Napoleón III.

* * *

Especulación desenfrenada sobre los ferrocarriles

Por el momento, el gran negocio de la época es la construcción de los ferrocarriles. En esta materia, lejos de tener un papel de pionero. Nathan Rothschild, de Londres, imitando la prudencia de los Baring y de Ricardo, se dejó distanciar por unos bancos locales de segunda categoría. Pero volverá pronto a ganar el terreno perdido, en Bélgica, donde participará con 37 millones en la construcción (entre 1836 y 1840) de una red completa con centro en Bruselas (proyecto aprobado ya en 1834 y financiado al principio por el gobierno con 150 millones). Y alentará a sus hermanos a comprometerse en el continente.

En Viena, poco después de entronizarse el emperador Ferdinando, Salomón obtuvo, gracias al apoyo de Metternich, el privilegio de construcción de la vía enlazando Bochnis en Galicia con la capital (15 de abril de 1835-4 de marzo de 1836). El proyecto, redactado desde 1829 por el ingeniero Javier Riepel (amigo de Samuel Bidermam), había sido estudiado en Inglaterra. De los 12 millones de florines necesarios, Rothschild se reservó el suministro de las dos terceras partes (27,5 millones de ofrecieron para los últimos cuatro millones). Alentados por tal éxito, los competidores de los Rothschild, los Arnstein-Eskeles, Georg von Sina, pidieron la concesión de la línea del Sur, entre Viena y Raab, e intentaron desalentar a los accionistas de la del Norte, con las críticas del barón Pereira. Por fin las obras, autorizadas en la asamblea del 19 de octubre de 1836, empezaron, siendo inaugurado el trozo entre Viena y Brünn en 1839, pero no se terminó el conjunto hasta 1858, con doce años de retraso y un exceso tremendo de gastos, a pesar de lo cual las acciones subieron de 103 florines en 1843 a 129 en 1844 y a 228 en 1845.

En Francia, dado que los liberales se oponían en la Cámara a la construcción de los ferrocarriles por el Estado, en 1835 James se coaligó primero con Emilio Pereire, R. Davillier y d'Eichtal para edificar la línea París-Saint-Germain (concedida el 9 de julio de 1835, inaugurada el 25 de agosto de 1837), y la de París a Versalles, por la orilla derecha del Sena (1836-1839), pero enfrentó con la competencia de uno de sus correligionarios, Aquiles Fould (será luego uno de sus más peligrosos rivales) para la edificación de la línea de la orilla izquierda (1836-1840), cuyo enorme excedente (costó 10 millones en vez de cuatro) provocó la caída de las acciones de la primera de 500 a 302,50, y de la segunda hasta 167,50 en 1841. Mientras tanto, un programa de edificación por el Estado de una red completa de 4.400 kilómetros (siete grandes líneas convergiendo hacia París y dos transversales), presentado por el ingeniero Legrand y por Martin, del Norte, a una Comisión parlamentaria que lo adoptó, había sido rechazado por la Cámara (por 196 votos contra 69, el 15 de febrero de 1838) por culpa de un informe mediocre de Arago, que no llevaba más interés que Thiers en el asunto de los ferrocarriles. Así se adjudican lentamente a la industria privada algunas líneas (los días 6 y 7 de julio de 1838): la de Ruan al Chouquet (que renunciará a su privilegio el 1 de agosto de 1839); la de Orléans a Lecomte, apoyada por los Rothschild, y la de Pillet-Will, que no pasa de Juvisy. Entonces se pidió al Estado una garantía de interés (igual al 3 % del capital social durante cuarenta y siete años) después de la construcción: así se concedieron préstamos para la línea de Orléans (15 de julio de 1840), la de Estrasburgo-Basilea (12,6 millones), Andrézieux-Roana (cuatro), Montpellier-Nîmes (14), Lille-Valenciennes (10). Carlos Laffitte y Blount (apoyados por Moss, de Liverpool, y Weigth, de Londres) obtuvieron la concesión del París-Ruan por el llano (28 de junio de 1840), con un capital de 36 millones (más 14 de préstamo). Pero este esfuerzo esporádico fue desalentador: de un total de 4.912 kilómetros de ferrocarriles en Europa, Francia contaba tan sólo con 569.

Era necesario un plan de conjunto. A pesar de las reservas de Benoit Fould, todavía dispuesto a temporizar, y de Thiers, partidarios de líneas únicas, Teste y Dufaure consiguieron que se adopte el 11 de junio de 1842 un presupuesto de construcción de seis líneas (2.400 kilómetros) y de tres transversales, encargándose el Estado de los movimientos de tierras, edificación de puentes y del pago del terreno, primero por una tercera parte y luego por la totalidad (después de descargar de las otras dos terceras partes los departamentos y municipios, el 19 de julio de 1845); a 125.000 francos el kilómetro, se necesitaban 475 millones. Quedaban a cargo de las compañías concesionarias (mantenidas por una enmienda de Duvergier de Hauranne) la vía, el material y la explotación (siendo el material reembolsado a precio fijado por peritos, al finalizar el arrendamiento). Condiciones lo más alentadoras para las compañías dado que una vez terminadas las líneas de Ruan y de Orléans (2-3 de mayo de 1843) las acciones se duplicaron (1.280 para Orléans; 1.180 para Ruan; 1.177 para Saint-Germain, el título de 500 francos en 1945) y que los dividendos de Orleáns de 7 en 1840 alcanzaron 39,25 en 1844, 47,30 en 1845 y hasta 62,70 en 1847. Entonces fue tal la boga para estos valores, que el papel de Estado, según parece, hubiera podido limitarse a conceder unas subvenciones. De todos modos, para los 3.000 kilómetros de líneas concedidas en 1844, se comprometía a pagar 60 millones durante seis

años, encargándose las compañías de 250. Entre los concesionarios, los ingleses se atribuían una participación importante: Blount (en París-Ruan; París-Lyon; Dieppe-Fécamp, con Alton Shee en 1845, y París-Cherbourg en 1846), MacKenzie y O'Neil (Tours-Nantes; Tours-Bordeaux). El 9 de septiembre de 1845, la línea del Norte fue adjudicada (por una duración de treinta y ocho años en vez de cuarenta y uno) a James de Rothschild, asociado con Blount, Carlos Laffitte y Hottinguer; será terminada el 14 de junio de 1846. En este mismo mes, la línea París-Rennes se concedió a Emilio Pereire y a d'Eichtal. Al 1 de enero de 1848, se concedieron en total 4.969 kilómetros (de los cuales 1.830 son explotados) en Francia, frente a 6.349 en Inglaterra, 3.434 en Alemania 1.155 en Austria y 670 en Bélgica.

La influencia judía, denunciada

Contra las excesivas ventajas sacadas por los lobos aprovechados de la Alta Finanza de estas obras, se revuelve la opinión. Empieza una violenta campaña anticapitalista y antijudía, alimentada por los periódicos. «El Nacional» y «La Reforma». Toussenel, en su libro «Los judíos, reyes de la época», publicado en 1845, comenta el ejemplo-tipo de la línea del Norte, poniendo en boca del gobierno estas palabras a los Rothschild: «Gasto 100 millones para edificar la vía, y Vds. 60 aportando el material, les concedo durante cuarenta años los beneficios de la línea, y luego, al finalizar la concesión, después de haberles pagados cuarenta veces 14 millones = 560 millones de intereses de sus 60 millones durante cuarenta años... Les reembolsaré... pagándoles el valor de su material, según estimación». Ya no está mal. Pero hay peor: sobre las promesas de acciones colocadas inmediatamente, Rothschild podía alcanzar un beneficio del 100 al 200 %. Lo que viene a otorgar a las compañías al precio de 150 millones una concesión que pronto valdrá 300. Pues las acciones se democratizan muy pronto. El Norte cuenta 12.461 suscriptores, el Este 31.000, el Lyon 24.000. Cuando, desde el último trimestre de 1845, la tendencia cambiará de sentido, serán ellos los que sufrirán del retroceso en Bolsa, de las acciones del Ruan-Orléans primero, y luego de las otras líneas (al final de 1846 caen las del Norte de 562,50 a 282,50). Los plutócratas de la Alta Finanza, lejos de «solicitar el permiso de arruinarse», como escribía el más servil de sus periódicos, «Los Debates», ya tuvieron tiempo de operar su saqueo y de cobrar sus beneficios.

Paralelamente a la edificación de los ferrocarriles, continuaba la tarea del mejoramiento de la red navegable. Y estas obras también provocaban duras críticas. Ya bajo la Restauración, el Estado, en 1821-22, gastó 300 millones y pidió prestados otros 128 (al 8 % real) cuando las compañías de financiación (después de obtener créditos al 5 %) recibieron el derecho de fijar las tarifas y se beneficiaron de concesiones de una duración de cuarenta y hasta noventa y nueve años, según el caso. El 1 de enero de 1833, Thiers, ministro de Obras Públicas, proyectaba gastar (de un programa total de 100 millones) 15 millones para las carreteras y 44 para los canales. Diez años más tarde, la Cámara rechazó las pretensiones de las Compañías (genevesas en su mayoría) insatisfechas con sus beneficios, que pedían el rescate por el Estado y por un valor de 40 millones de las 168.000 acciones de goce, emitidas por ellas.

Por causa de estos gastos de equipamiento, los presupuestos, que se liquidaron con excedentes hasta 1840 (28 millones en 1833; 3 en 1834; 30 en 1835; 12,9 en 1836; 13 en 1837; 14,4 en 1838; 16,4 en 1839), ahora se saldan con déficit (18,7 en 1841; 67 en 1843; 100 en 1845; 162,9 en 1846; 257, entre los cuales 148 recuperables, o sea 109, en 1847). Lo que no impide que la renta se comporte bien. Retrocede sólo en el caso de complicaciones exteriores. El 3 %, caído de 73,05 el 24 de julio de 1830 a 46,7 el 2 de abril de 1831, se restablece después de la desgracia de La Fayette, para cotizar 55,50 el 8 de abril, luego 61 el 2 de julio de 1831 y hasta 86,65 en 1840. Durante la fricción con Inglaterra en 1840-41, retrocede a 78,75 y 65,90, para restablecerse a 79,75 el 18 de agosto de 1841, y bajar otra vez a 75,25, por la misma razón, el 8 de agosto de 1847. El 5 % sufre análogas fluctuaciones (105,25 el 24 de julio de 1830; 74,80 el 2 de abril de 1831; 82,25 el 8 de abril; 89 el 2 de junio; 99,65 en 1832; 109 el 1 de enero de 1836; 119,40 en 1840, para caer a 100,40 y relevarse a 116 en 1841 y llegar a 125 el 1 de enero de 1848).

Después de cesar las operaciones de amortización, el 10 de junio de 1833, y aprovechándose de una cotización tan elevada por encima de la paridad, se intentaron cuatro veces en enero-febrero de 1836, en 1838, 1839 y 1848, convertir las rentas, a lo que se opusieron la Cámara de los Pares y el mismo Luis-Felipe, por temor al descontento de los portadores, en su mayoría, miembros de la Guardia nacional parisiense. Fue el peor error financiero del régimen de julio, que, por otra parte, trató de reintroducir en el circuito económico los importantes depósitos de las Cajas de Ahorros, creadas por Delessert en 1818 (cerca de 100 millones en 1837 y 375,9 millones en 1844, a pesar de la reducción del «techo» a 2.000 y luego a 1.500 francos el 22 de junio de 1845). Encargada de la gestión de éstos, según la ley del 31 de marzo de 1837, la Caja de Depósitos y Consignaciones pudo emplearlos así como los excedentes presupuestarios y las reservas de la Caja de Amortización (550 millones) en la financiación de los grandes proyectos de obras (475 para los ferrocarriles y 50 para los otros que se saldrán en 1.464 millones de gastos reales). Se engordaron también otros capítulos de gastos, sobre todo los de Defensa (la Guerra pasó de 220 millones en 1834 a 324-25 entre 1842 y 1847, y la Marina de 62,5 en 1834 a 125 en 1847) y la Enseñanza (2,258 en 1830; 5 en 1834; 18 en 1847), a consecuencia del desarrollo de las escuelas comunales que contaban 3,5 millones de alumnos, en vez de 1.837.000). Entonces fue necesario recurrir al empréstito, naturalmente con los Rothschild. De la emisión de 450 millones al 3 %, adoptada en 1841, James proporcionó el 18 de agosto 150 a 76,75 (siendo la cotización de 79,75 y pronto de 81). El 9 de diciembre de 1844, se encargó de otros 200 millones a 84,75 (en abril de 1845 la cotización subió de 83,70 a 86) y la Caja de Depósitos del resto (100 millones). El 8 de agosto de 1847 tuvo lugar otra operación, y sobre los 350 millones previstos fueron emitidos 250 al 3 % el 9 de octubre.

También en materia de empréstitos de Estado, Salomón demostraba su habilidad al negociar en Austria. Desde la quiebra de Geymuller (el 10 de julio de 1841) no tenía más competidores que las casas Sina y Arnstein-Eskeles. Así se encargó de 14 millones de florines de los 38,5 emitidos el 14 de julio de 1841, al 5 % y una cotización de 104. Luego controló el reparto de los créditos gubernamentales al comercio en Viena y Triesta participación en la colocación de 40 millones de florines de obligaciones en 1843 y en

la emisión de 80 millones el 1 de junio de 1847. De estas repetidas intervenciones, Salomón sacó unas ventajas personales: la ciudadanía de Viena, el derecho de comprar su propia casa (31 de diciembre de 1842) y luego de adquirir bienes raíces en Moravia (22 de febrero de 1845). Por otra parte, extendía su actividad económica, participando en la creación de la Compañía de navegación austríaca «Lloyd» en 1835, antes de interesarse en grandes empresas mineras y siderúrgicas. Siendo autorizado en 1841 a cargarse las grandes fábricas de Witkowitz (fundadas anteriormente por el archiduque Rodolfo) y a explotar minas de carbón y de hierro. Ya poseía las minas de mercurio de Idria, adquiridas del Estado austríaco, lo que incitó a Nathan a conquistar el monopolio de este metal, apoderándose de las minas españolas de Almadén, antaño explotadas por los Fugger.

* * *

Contra los «liberales» y los Rothschild

Mediante un préstamo de 15 millones de francos al Estado y un regalo de 550.000 a la regente María-Cristina de Nápoles, el hijo de Nathan, Lionel, obtuvo fácilmente del conde de Toreno, ministro de Hacienda de Madrid (alto dignatario de la Masonería, feroz anticlerical, exiliado por Fernando VII y recogido entonces por James en París), la adjudicación deseada (21 de febrero 4 de junio de 1835). Pagado al precio de 55 pesetas el quintal en España, será vendido en Londres entre 76 y 80: buen negocio. Y uno de los más claros resultados de la vuelta de los liberales al poder.

Despés de fracasar dos tentativas del comité revolucionario de Londres, una contra Algeciras (28 de enero de 1831) y otra contra Málaga (el 4 de diciembre de 1831), que costó la vida al brigadier Torrijos, al inglés Robert Boyd y a 51 cómplices (fusilados el 11 de diciembre de 1831), gracias a una intriga de Corte, reconquistaron el Estado, Fernando VII, sufriendo de gota y sintiéndose en peligro de muerte, apartó a sus hijas de su sucesión (18 de septiembre de 1832). Pero la infanta Luisa-Carlota (esposa de don Francisco de Paula y hermana mayor de María-Cristina de Nápoles, cuarta esposa del rey, desde el 11 de diciembre de 1829), que había obtenido de Fernando, gracias al apoyo de su favorito Grijalba, que suprima la ley sálica el 29 de marzo de 1830, no aceptó esta decisión. Interviniendo con energía el 22, consiguió del débil monarca la destitución del ministro Cea Bermúdez-Calomarde 1 de octubre, el restablecimiento de la Pragmática Sanción el 31 de diciembre de 1832, y el reconocimiento por las Cortes de su sobrina Isabel (el 30 de junio de 1833). De manera que al ocurrir la muerte del rey el 29 de septiembre de este mismo año, María-Cristina, declarada regente, promulgó una Constitución (Estatuto Real del 10 de abril de 1834), convocó las dos Cámaras (Próceres y Procuradores) el 24 de julio, y llamó al gobierno (en vez de Cea Bermúdez) primero a Martínez de la Rosa (15 de enero de 1834-8 de junio de 1835) y luego a Queipo de Llano, conde de Toreno (hasta el 14 de septiembre de 1835).

Levantamiento carlista

Este último, ministro de Hacienda y luego presidente del Consejo, encontró las arcas del tesoro en situación catastrófica: con una Deuda hinchada en tres billones de reales desde 1823. Y tuvo que enfrentarse con el levantamiento del infante don Carlos, que para replicar a la intriga napolitana y masónica, se proclamó rey el 1 de octubre de 1833. Con 200.000 voluntarios, el general Tomás Zumalacárregui entra en campaña en el Norte (27 de enero de 1834) y sitia a Bilbao (15 de junio de 1835) donde encontrará la muerte (el 23 de julio). Para alimentar la lucha, los liberales necesitan de un apoyo exterior. Lo encuentran en la Cuádruple Alianza de las dinastías advenedizas, concluida por Talleyrand, seudo-campeón de la libertad, con el patriarca de la Revolución Palmerston, que les proporciona hombres (brigada portuguesa, voluntarios británicos —el general Sarsfield en Bilbao y Pamplona, lord John Hay, desembarcado en octubre de 1835, Evans en San Sebastián, vencido en Hernani el 16 de marzo de 1837—, Legión extranjera francesa (que no concede Luis-Felipe)... y dinero.

Mendizábal, dictador judeo-masónico

Ahora bien, en este mismo momento, el conde de Toreno pretendía hacer pagar a los Rothschild con una propina de 660.000 francos el reembolso de los 15 millones que tenían adelantados. Su accesión al poder les puso furiosos, como también les molestó la intervención de Metternich (informado por Esterhazy y Pozzo di Borgo) exigiendo de Salomón que se explique sobre sus intrigas en España. Entonces los cinco hermanos, reunidos en París, decidieron vengarse de su protegido provocando la caída vertical (de 70 a 37) de la renta española (jugando a la baja con 1.800.000 libras) y sustituyéndole en el gobierno por su correligionario, marrano, don Juan Alvarez y Méndez, apodado Mendizábal (ya conocido de nosotros), entonces ministro de Hacienda en el gabinete Toreno (que habían informado previamente de su intervención en la Bolsa). Tan hábil en sus intrigas como libre de escrúpulos, Mendizábal (que los Rothschild acababan de utilizar para negociar un crédito de dos millones de libras a don Pedro de Portugal en abril de 1835) se reveló lleno tanto de imaginación como de recursos. Preparó con unas matanzas de monjes (acusados de envenenar las aguas para propagar el cólera) por las sectas para-masónicas, «comuneros», «carbonari», «isabelinos», los días 16-17 de julio de 1834 en Madrid, 3 de abril de 1835 en Zaragoza, 6 de abril en Murcia, 25 de julio en Barcelona, la prohibición de la Campañía de Jesús (4 de julio de 1835) y de las comunidades religiosas (a excepción de las dedicadas a la enseñanza y al cuidado de los enfermos, el 11 de octubre)... y luego la confiscación de sus bienes. Sacó de la movilización —con posibilidad de rescate— de 75.000 solteros (entre los dieciocho y cuarenta y cinco años) una cantidad de 25 millones de pesetas. Pero, negándose Cataluña a aceptar un convenio comercial que arruinaría su industria, no consiguió obtener un préstamo de dos millones de libras, con la garantía de Inglaterra y de Francia (20 de diciembre de 1835). Así que Mendizábal, enfrentado con la resistencia de las Cortes (que disolvió el 27 de enero de 1836) y con la oposición del ministro de la

Guerra, Rodil, y del capitán general de Madrid, Quesada, se vio obligado a marcharse el 15 de mayo de 1836 para dejar el puesto al moderado Isturiz (15 de mayo-17 de agosto de 1836) y condenar a su país a la bancarrota.

Para vengarse, fomenta atentados y alborotos. Así como su antecesor Canterac (el 18 de enero de 1835), el capitán general de Madrid, Quesada, cae asesinado en agosto de 1836. Una sublevación del 4.° regimiento de la Guardia, al mando de sus suboficiales, el 12 de agosto de 1836 en La Granja, obliga a la regente (bajo amenaza de fusilar a su esposo morganático, don Fernando Muñoz) a aceptar la Constitución de 1812 y a llamar al gobierno —según el consejo del embajador británico Villiers— a unos masones, radicales: don José María Calatrava, Antonio Seoane, Salustiano de Olózaga (16 de agosto de 1836-17 de agosto de 1837). El 5 de enero de 1837, le toca el turno a Barcelona de proclamar la Constitución de Cádiz; el día anterior ha caído el coronel O'Donnell. A los motines suceden excesos y actos de indisciplina de las tropas liberales: el 3 de julio, el inglés Crook, ayudante de campo del conde de Mirasol, es asesinado; el 17 de agosto, el gobernador militar de Vitoria y el 16, el general Sarsfield en Pamplona, también. Tiene mucho que hacer el general Espartero, después de liberar a Bilbao, otra vez sitiada por los carlistas (entre el 20 de octubre y el 27 de diciembre de 1836), para imponer su autoridad.

Fin de la lucha civil

Gracias a la protección del general Narváez, que consiguió reclutar en el Sur unos 40.000 hombres, unos efímeros gobiernos moderados, Bardají (del 30 de agosto al 16 de diciembre de 1837), conde de Ofalia (18 de diciembre de 1837 al 29 de agosto de 1838), duque de Frías (del 6 de septiembre al 6 de diciembre de 1838), consiguen reformar la Constitución el 18 de junio de 1837, imponiendo un censo para las elecciones al Congreso y la designación de los senadores por la Corona, entre los miembros de las Asambleas provinciales. Se esperó un momento que un matrimonio entre el hijo mayor de don Carlos y la joven Isabel podría ofrecer una salida a la guerra civil. Tomando la iniciativa, entre el 14 de mayo y el 12 de septiembre de 1837, el ejército carlista se adelantó en junio, en dirección a Madrid, hacia Arganda, pero preso de diferencias entre moderados (don Sebastián) y ultrancistas (los generales Guegue y Cabrera), trabajado por intrigas masónicas (Aviraneta y el general Rafael Maroto), vacila, no persigue su ventaja, se retira hacia el Norte, donde Espartero lo derrota en Peñacerrada (el 22 de junio de 1838). Entretanto el representante de los Rothschild, Weisweiller (cuyo amo, Nathan, se murió el 28 de julio de 1836), temiendo que los Zulueta se apoderasen de las minas de Almadén (que llevaban un beneficio medio anual de 1,5 millones a dos millones de francos), no vivió durante meses. Pero mediante un aumento de renta, obtuvo la concesión hasta el año 1863.

Los liberales fortalecían su posición, aunque al llegar delante de Madrid, el 28 de octubre de 1838, el general Narváez haya sido destituido. El año siguiente, su competidor radical, Espartero, entró en Vitoria (el 9 de agosto) y en Durango (el 22 de agosto). La discordia reinante en el campo carlista

desde los disturbios de Estella le había facilitado la tarea. Luego se acercó al general Rafael Maroto, en desgracia por haber mandado fusilar a cinco generales carlistas que sospechaban de sus intrigas. Recordando su común participación masónica a la capitulación de este nombre en la América del Sur, se les apodaba a los dos «ayacuchos». Aprovechándose esta vez del cansancio y desmoralización de la tropa, y sirviéndose de los buenos oficios del comodoro Hay y de Simón Latorre, negociaron en Vergara, el 31 de agosto de 1839, un acuerdo que no dejaba a don Carlos otra salida que cruzar la frontera mientras el general Cabrera siguió defendiendo el honor carlista hasta el 6 de julio de 1840.

Narváez restablece el orden

Al finalizar la guerra civil, ¿se llegará a la paz social? ¿O se abrirá otra era de disturbios, por culpa de intrigas y luchas entre clanes masónicos, generales u hombres de negocios rivales? Primero los «ayacuchos» tienen la palabra: Espartero se apodera del gobierno (16 de septiembre de 1840), aparta a la regente María-Cristina (el 12 de octubre) y ocupa su puesto; le suceden Antonio González Evaristo San Miguel y Rodil (17 de junio de 1842). Sin embargo la Masonería, reconstituida en la clandestinidad entre 1837 y 1839, se reorganiza oficialmente. Encabezan el rito escocés antiguo y aceptado, que apoya a Espartero (después de don Antonio Pérez de Tudela, elegido en 1822), don Carlos Celestino Mañán y Clark, comendador del Supremo Consejo, y su lugarteniente el infante don Francisco de Paula. Reagrupa a los progresistas una Obediencia rival, el «Gran Oriente Hespérico Reformado», dirigida por Olózaga y Prim. Aprovechándose del escándalo suscitado por la designación del «divino» Argüelles como tutor de la joven reina (cuando había apoyado una tentativa de Concha para raptarla el 7 de octubre de 1841), y también del descontento de la industria catalana, sacrificada a la alianza inglesa por Espartero que sofoca sus protestas, este último equipo se impone. Una ola de levantamientos militares, de los generales Prim y Miláns en Reus, Serrano en Barcelona, Narváez y Concha en Valencia, la adhesión de Seoane a Narváez en el camino de Madrid (23 de julio de 1843) abre a este último las puertas de la capital. Espartero huye a Cádiz y busca refugio en Londres, con Antonio van Halen y Facundo Infante.

Animados por el general Narváez, los vencedores se empeñan en restablecer el orden y la paz. Sucesivamente, Joaquín María López, Salustiano Olózaga (sólo durante unos días —entre el 10 y el 29 de noviembre—, porque se le acusa de intentar atraer a la reina a la Masonería con la ayuda de don Francisco de Paula y de preparar la disolución de las Cortes), Luis González Bravo y luego Narváez en persona (del 2 de mayo de 1844 al 17 de febrero de 1846) dirigen el gobierno. Después de destituir a Argüelles, proclaman la mayoría de edad de Isabel II (8 de noviembre de 1843), desarman y dispersan la «milicia nacional», censuran la prensa, crean la célebre «Guardia Civil» en defensa del orden y, reforzados por las elecciones de 1844 (que eliminaron casi por completo la oposición), reforman la Constitución en una forma más moderada en 1845. Consiguen aniquilar sin

gran dificultad pero con mano dura (200 sentencias a muerte en un solo año) las intentonas militares fomentadas por otra Obediencia masónica, de tendencia revolucionaria y republicana, perteneciente al «Oriente lusitano», portugués, manejada desde Lisboa por el general Saldanha y el G. M. de Loulé: sublevaciones en Alicante, Alcoy, Cartagena, Málaga en marzo de 1844; en Albacete y La Coruña en noviembre, que acompañan un atentado en Madrid, el 6 de «carbonari» contra Narváez; en Galicia (Lugo, Santiago, Vigo), enlazados con una insurrección en Portugal, a principio de 1846.

¿Con quién casar a la reina Isabel?

Para coronar su obra, les queda a los moderados casar a la reina. Entonces las complicaciones internacionales se multiplican. Sobre el tema, en España misma reina la discordia: don Manuel de la Pezuela y su «Unión nacional» preconizan una reconciliación dinástica entre el conde de Montemolín, hijo mayor de don Carlos, e Isabel; Olózaga, una unión entre los dos hijos de la infanta Carlota y las dos hijas de María Cristina; Narváez, deseando que Isabel sea libre de escoger, dimite el 17 de febrero de 1846. Cada una de las grandes potencias tiene su candidato. Figuran en la fila: el conde de Montemolín, apoyado por Austria; el conde de Trapani, hijo de Francisco I de las Dos-Sicilias; don Francisco de Asís, duque de Cádiz, hijo de Francisco de Paula y de Luisa-Carlota; el duque de Montpensier, hijo de Luis-Felipe. Don Francisco de Paula, apoyado por el rito escocés (del cual es teniente Gran Comendador) distribuye promesas y dinero a todos: 1,2 millones a los banqueros de París, ocho en Londres, mientras el duque de Montpensier viene sostenido por el «Oriente Hespérico».

Hasta entonces Luis-Felipe se quedó apartado de este embrollo, como trató de evitar conflictos con Inglaterra en varias cuestiones de prestigio, que no dejaron de producirse. Sobre el derecho de visita, o sea la pretensión inglesa de inspeccionar los navíos bajo el pretexto de refrenar el tráfico de esclavos, Luis-Felipe cedió en 1843. Como lo hizo, sobre la expulsión del pastor Pritchard, culpable de fomentar una revuelta en Tahití para protestar contra el acuerdo fimado por la reina Pomaré con el almirante Dupetit-Thouars en marzo de 1844. Guizot desautorizó al almirante y aceptó pagar una indemnización, mientras los soberanos intentaban colmatar las grietas que amenazaban con destruir el edificio de la «Entente cordiale» con visitas oficiales: de la reina Victoria al castillo de Eu el 2 de septiembre de 1843, la de Luis-Felipe a Windsor, al final de 1844. Adelantándose en el asunto de España, Guizot, en Eu, manejó un acuerdo con lord Aberdeen sobre el principio de una unión doble, la de Isabel II con don Francisco de Asís (hijo menor de don Francisco de Paula), y de la hija menor de la reina, la infanta Luisa-Fernanda, con el duque de Montpensier.

Fracaso de Palmerston

Pero la vuelta de Palmerston al gobierno, el 29 de julio de 1846, puso en entredicho esta combinación. Siempre inclinado al sectarismo, el padre de

la Revolución pretende imponer a su candidato, sustituyendo a don Francisco de Asís, más tibio, su hermano mayor don Enrique, duque de Sevilla, hermano masón más feroz todavía que su padre (perecerá luego en duelo contra el duque de Montpensier), o si no, un Sajonia-Coburgo de más, de esta dinastía de «virreyes» que Inglaterra nombraba por todas partes, al ejemplo del príncipe-consorte, en Bélgica, en Portugal ¿y por qué no, ahora, en España? Pero esta vez, siendo el asunto demasiado adelantado, la solución francesa se impone (a pesar de una carta del embajador H. L. Bulwer del 21 de septiembre, y de una protesta oficial británica el 5 de octubre). Confirmado por Isabel II, el 28 de abril, el doble matrimonio se celebra el 10 de octubre de 1846. Muy orgulloso de tal resultado, Guizot abandona toda prudencia proclamando en la Cámara: «El asunto de los matrimonios españoles es la primera, la única gran cosa que hayamos cumplido solos, completamente solos, en Europa desde 1830». ¡Y también la última! Pues así terminó la «Entente cordiale»: «¡que empezó tan bien y terminó tan mal!» Entonces, Luis-Felipe, como anteriormente Carlos X, debe temer todo de la venganza de Palmerston.

Enfurecido por su fracaso, el irascible ministro inglés se empeña en derrocar por todos los medios el gobierno del general Narváez, de vuelta en el poder en febrero de 1848. El 16 de marzo manda a su embajador Bulwer (en este puesto desde 1843) hacer gestiones en favor de la inclusión de progresistas en el gabinete de Madrid. Y como el ministro de Asuntos Exteriores, duque de Sotomayor, rechaza crudamente «esta pretensión insólita» a «inmiscuirse en los asuntos interiores de España», el fogoso diplomático, apoyado por el financiero Salamanca, no vacila en soplar la rebelión. Un levantamiento, apresuradamente fomentado por el marqués de Albaida, el republicano Orense, con Pi y Margall, Figueras y Castelar, fracasa el 26 de marzo. El 28, se reprime fácilmente un motín estudiantil en Barcelona. El 7 de mayo un pronunciamiento del regimiento de España en Madrid (preparado por el coronel De la Gándara, enlazado con Armand Marrast, que organizó seis secciones de 100 oficiales dentro de la guarnición) se salda con 13 víctimas entre los revoltosos. El 13 de mayo en Sevilla otro amigo de Bulwer, Portal, subleva su batallón, pero como no recibe ningún apoyo, huye a Portugal. Como medida de precaución, el general Narváez manda detener a Manuel Somoza, Gambero y otros en Galicia. Y destierra a 2.000 sospechosos a Canarias y Fernando Poo. El movimiento queda roto. El 17 de mayo, se despide a Bulwer hacia la frontera. Persistirá la rotura de relaciones diplomáticas con Inglaterra hasta la mitad del año 1850.

En Francia tampoco se hizo esperar la réplica de Palmerston. Por los medios habituales. La prensa de oposición se aprovechó del momento para publicar unas cartas en las que el duque de Orléans, en 1809, afirmaba su lealtad hacia la dinastía legítima y su afecto a Inglaterra. La campaña para la reforma electoral se reanimó (había empezado cuando el conflicto sobre Egipto, en 1840), bajo la dirección de Odilon Barrot y de la logia de los «Trinósofos» (que jugará en la próxima revolución el mismo papel que los «Amigos de la Verdad» en 1830). ¿No son válidas para lord Normanby en París las directrices mandadas por Palmerston a sir Henry Bulwer, en Madrid, el 16 de septiembre de 1846?: «¡Alentad la agitación! Sin dejaros implicar en ningún proyecto de motín; pero, evitando toda complicidad en

tales disturbios, pueden ayudar en sus disposiciones hostiles a los que estarían dispuesto a hacerlo.» Entonces, el primero en agitarse es Thiers. ¿No son nuestros amigos los enemigos de nuestros enemigos? Su hostilidad contra su rival Guizot es tal que arrastra al anglófobo de 1840 en los brazos de lord Normanby y del mismo Palmerston (sirviendo de intermediario el ex-carbonario Panizzi, refugiado italiano). Acercándose a los bonapartistas, Thiers publica en 1845 su «Historia del Consulado y del Imperio». En 1846, ataca al gobierno con nueve violentas filípicas. A las que responden, como un eco, dos pistoletazos contra Luis-Felipe, del ex-guardia forestal Lecomte, en Fontainebleau el 16 de abril de 1846, y el 29 de julio de un tal Henri en las Tuileries. ¿No tienen nada que ver con eso probablemente las sociedades secretas? Mientras tanto, Inglaterra recupera a su pretendiente: el 25 de mayo, «Badinguet», disfrazado de albañil, se escapa del fuerte de Ham y consigue huir a Londres. Dos días antes, recibió la visita de sir Robert Peel y de lady Cramford; ¿será pura coincidencia? ¿Y la agitación social? No puede faltar en el escenario. Pero esta vez tiene carácter internacional: el 5 de mayo de 1846, se expulsa a Karl Marx de París.

* * *

En el amanecer de una nueva Era

Pues el trastorno, la tormenta revolucionaria que se prepara, tiene escala europea. En la mente de los que la concibieron significa el principio de una nueva Era en la historia mundial. Se trata de introducir a los judíos, que ya la controlan con su dinero, dentro de la maquinaria estatal. Y de cementar las bases de la Gran Obra «faraónica», que bajo el pretexto de instaurar un comunismo ilusorio les permitirá dominar la economía y esclavizar a los pueblos bajo su supremacía. Escribe José Salvador en sus dos libros «Paris, Rome, Jérusalem», publicados en 1860: «Abro mi última parte, Jerusalén, o la obra de reedificación general, en este año de 1840». Siendo bastante quebrantada la armadura social, Israel se siente lo bastante fuerte como para reedificar el mundo según su propio esquema. «Mientras la política, sigue nuestro autor, constituye una Ciudad particular, un conjunto viviente, una entidad llamada Nación, una Jerusalén estatal, por su parte la religión positiva, cimenta primero las bases y luego construye y reconstruye hasta completar el edificio, una Unidad, un conjunto todavía más general, una Jerusalén o Asamblea de las Naciones, una Sión universal». Luego Henri Heine nos precisa (en un texto publicado por la «Französische Zeitung» de Hamburgo el 12 de julio de 1842, y reproducido en su libro «Lutetia») la forma del régimen del futuro: «El comunismo, que no ha visto todavía la luz del día, pero que aparecerá potente, intrépido y desinteresado como el pensamiento... se identificará como la dictadura del Proletariado» (Proletarien Herrschaft). Como preludio a la acción, nacen fuertes organizaciones, exclusivamente judías, siendo la principal «The Independent Order of B'Naï B'rith», obediencia masónica judeo-alemana de los «Bundes Brüder» o «Hijos del Pacto», constituida en Nueva York en 1843.

La Internacional de Londres

Ahora bien, por el momento, el Estado Mayor de la Revolución está en Londres a las órdenes de Palmerston. Los jefes de los «carbonari»: José Mazzini, hijo de un profesor de medicina de Génova, excarcelado en 1830 y refugiado en Marsella, que fundó la «Joven Italia» en 1832 y creó en 1834 en Suiza una Federación secreta de la «Joven Europa», disponiendo de fondos recogidos por el inglés Wright en Nueva York en 1829, con la colaboración de Clinton Roosevelt (antepasado de F. D. R.), de Horace Geeley y Chas. Dana. Este mismo año, después del fracaso de un movimiento en Saboya, buscó refugio en Inglaterra (de su amiga judía tendrá un hijo, el futuro alcalde de Roma, Ernesto Nathan). En Londres también se encuentran los primeros cabecillas de la Internacional: refugiados alemanes, reagrupados primero en París en 1834 por Teodoro Schuster en su «Sociedad de los Desterrados» (Die Geächteten), y luego en 1836 en la «Federación de los Justos» (Die Gerechten). Disponen de un periódico, el «Vorwärts», dirigido al principio por Börnstein. Allí se encuentran el «cabetista» Hermann Ewerbeck, el sastre Wilhelm Weitling (que difundió en 1838 un manifiesto comunista titulado «l'Humanité»), el relojero José Moll, el zapatero Heinrich Bauer y el tipógrafo Karl Schapper (envuelto en el motín de Francfort en 1833 y en 1834 en la intentona fracasada en Saboya). Estos tres últimos, expulsados de Francia (por su participación en el golpe de mano de la «Sociedad de las Temporadas» el 12 de mayo de 1839), formaron en Londres en 1840, con el sastre Eccarius, un grupo comunista de enseñanza obrera. Frederic Engels, hijo de hiladores de Barmen (Renania) y de Manchester, fogoso anticlerical, afiliado a los «libertos» de David Strauss, convertido desde los veinte años al comunismo por Moïses Hess (1), entró en contacto con otro discípulo del mismo maestro, Karl Marx, en 1842 en Colonia, y luego al final de este año con este primer grupo de militantes obreros. Volvió a encontrarse con Marx en París en septiembre de 1844. Nieto de un rabino (se llama en realidad Kissel Mordekkay), hijo de un abogado de Treveris, convertido al protestantismo, este último (1818-1883), estudiante en Berlín, se había nutrido de la nebulosa filosofía de Georg Hegel (Siendo el Espíritu encarnado en la evolución del Mundo, razón y realidad se deben identificar). Periodista extremista, no ha tenido suerte, siendo prohibida su «Gaceta renana» (Rheinische Zeitung) en 1842, se publicó un solo número de sus «Anales franco-alemanes» (Deutsche-Franzözische Yahrbücher) y no encontró editor para su libro «Economía política y Filosofía» (que salió sólo en 1932).

Expulsado a petición de Prusia y por culpa de sus ataques a Rusia, Marx se reunió en Bruselas con Moïses Hess y Federico Engels, que, con más suerte que él, consiguió publicar en 1845 su estudio sobre «La vida de la clase obrera en Inglaterra» (Die Lage der arbeitenden Klasse in England). De su cooperación nacen unos Comités de Correspondencia comunistas en

---

(1) Moïses Hess (1812-1875) expuso sus ideas comunistas en sus primeras obras «Historia santa de la Humanidad» (1837) y «Triarquía europea» (1841). Discípulo del rabino Cevia Hirsch Kalischer, describió en «Roma y Jerusalén» (1870) sus proyectos sionistas. Ha sido uno de los primeros propagandistas del Neo-Mesianismo.

1846, y de un Congreso en Londres durante el verano de 1847 (en el cual Wilhelm Wolf representa a Marx), una «Liga de los Comunistas», formada por «comunas» de tres a 20 miembros, distritos (kreiss) y secciones principales, encabezadas por unos Consejos nacionales y por un Consejo internacional. En noviembre se aprueban los estatutos y Karl Schapper lanza el grito de: «Proletarios de todos los países, uníos!» Otro movimiento, los «Democratic Friends of all Nations», se formó en octubre de 1844, de manera que Engels y los comunistas participan en el mitin organizado el 29 de noviembre de 1847 en Londres, en favor de Polonia, por los «Fraternal Democrats» de Ernest Jones. Como Metternich, por otra parte, Marx piensa entonces que los «Cartistas» ingleses de Hartley conseguirán imponer su programa de seis puntos y abrirán el camino a la Revolución. En cuanto al «Manifiesto comunista», redactado por Marx y Engels, publicado con retraso en 1848, llegará después de la batalla y tendrá casi ninguna influencia sobre los acontecimientos.

Todos estos agitadores alemanes obedecen más o menos directamente la influencia de los dos jefes intelectuales de la «joven Alemania», Heinrich Heine y Ludwig Börne. El primero (1797-1856), sobrino de ricos banqueros, corresponsales de los Rothschild en Hamburgo, fue criado en Düsseldorf en un clima liberal. Poeta, de inclinación helenística, desprecia a los judíos reformistas, que «no tienen el valor de llevar la barba, de ayunar... ni de odiar», pero decepcionado porque su conversión al protestantismo en 1825 no le abrió ninguna puerta, periodista con buena pluma, después de refugiarse en París en 1830, aceptó el papel de cliente pobre de los Rothschild, cuyo abogado era entonces Adolfo Crémieux. Ferozmente anticlerical («debilitando la fe, escribió, haremos de Alemania una potencia política»), es el líder de la mayor parte de los cabecillas de la Internacional ya mencionados, David Strauss, Moïses Hess, el filósofo Feuerbach (que pensaba que por un fenómeno de alienación religiosa, «¡el hombre inventó a Dios!», pero que después de dejar atrás a Hegel con su ateísmo humanista, será él mismo traspasado en su naturalismo por el materialismo vulgar de Marx que considera «la religión como el opio del pueblo», y ve en «la creación espontánea la única y práctica refutación de la teoría de la creación»). Entre estos discípulos, por otra parte, parece que no existe un real acuerdo sobre el porvenir del Judaísmo. Bruno Bauer, reformista, autor de varios artículos sobre la «cuestión judía» en 1842, reconoce que para penetrar dentro de la sociedad deberían emanciparse de su religión. A esto contesta Marx, proponiendo la separación entre la Iglesia y el Estado. Pero no piensa que se debe buscar «el secreto del judío en su religión. ¿Cuál es su base profana (escribe en los 'Anales franco-alemanes' de 1843)? ¿Sus necesidades prácticas, su interés? ¿Cuál es el culto profano del judío? ¿El mercantilismo? ¿Cuál es su Dios profano? El dinero... Ya se emancipó, pues, a través del dinero, posee el poder. Con él y sin él, el dinero rueda el mundo... La letra de crédito, tal es el verdadero Dios de los judíos... Su emancipación social se realizará cuando la sociedad se emancipe del Judaísmo». Pero mientras tanto, sus riquezas son el nervio de la Revolución. En cuanto al segundo apóstol, con Heine, de la revolución en Alemania, Ludwig Börne (1786-1837), la conquista de la libertad política, la instauración de la democracia arrastrarán, por añadidura, la emancipación de sus correligionarios. Ligado a los Rothschild, su padre Jacob Baruch, condujo una delegación judía al Congreso de

Viena. Llamado Loeb Baruch y criado en el ghetto de Francfort, apenas en contacto con los grandes en los salones berlineses de Henriette Herz, fue funcionario de la policía bajo la ocupación francesa, antes de convertirse al luteranismo en 1818 para soplar mejor la revuelta «contra los 36 tiranos de Alemania». A esta tarea dedicó enteramente en París los últimos años de su vida.

El Neo-Mesianismo prepara la Revolución europea

Ahora bien, todos estos líderes de la Revolución, cualesquiera sean sus tendencias personales, son adeptos del Neo-Mesianismo, cuya doctrina reseñaba el rabino Baruch-Lévy en una célebre carta a Karl Marx (publicada por Salluste: «Les Origines secrètes du Bolchévisme», Jules Tallandier, París, 1930, págs. 33 y 34): «El pueblo judío, colectivamente tomado, será su propio Mesías. Dominará al mundo entero, logrando la unificación de las razas humanas, la supresión de las fronteras y de las monarquías, baluartes del particularismo. Establecerá una República universal que dará en definitiva carta de ciudadanía a todos los judíos. En esta nueva organización de la Humanidad los hijos de Israel, esparcidos por el mundo, hijos de una misma raza y de una misma educación tradicional, se convertirán sin oposición en el elemento por todas partes dirigente, sobre todo si logran imponer a las masas obreras la dirección de algunos judíos. De esa manera, con el amparo de la victoria del proletariado, los gobiernos de las naciones integrantes de la República universal, pasarán fácilmente a manos israelitas. La propiedad individual podrá ser entonces suprimida por los gobiernos de raza judía, que administrarán en todas partes la riqueza pública. Y así se cumplirán las promesas del Talmud de que al llegar los tiempos del Mesías, los judíos tendrán en sus manos las riquezas de todos los pueblos del mundo» (2).

Así, pues, en esta mitad del siglo XIX, parecen bien preparados los espíritus para desencadenar la acción. Desde el principio del año 1846, por toda Europa los viajantes de la Revolución han emprendido el camino. He aquí un testimonio: las confidencias dirigidas el 5 de enero por un judío de Liorna, «Piccolo Tigre», a uno de los jefes de la Alta Venta italiana, apodado «Nubius» (que, sospechoso de moderantismo, no tardará en perecer envenenado): «este viaje que acabo de terminar en Europa, ha sido tan feliz y fructuoso que lo habíamos esperado... La caída de los tronos no presenta ninguna duda para mí, que acabo de estudiar en Francia, en Suiza, en Alemania y hasta en Prusia la obra de nuestras sociedades. El asalto que, dentro de unos años o quizá de unos meses, vamos a lanzar contra los príncipes, les enterrará... Para matar más seguramente al viejo mundo, hemos pensado que se debía sofocar su germen católico y cristiano y Vd. se ofreció a golpear en la cabeza al Goliat pontifical... Tendremos una multitud de voluntarios subalternos, y ni una cabeza, ni una espada capaz de

(2) Pertenece Baruch-Lévy a la Sociedad secreta «Unión de los judíos para la Civilización y la Ciencia», fundada en 1819 por Leopoldo Zunz (de la Escuela normal judía de Berlín) y sus amigos Ganz y Moises Moser.

mandar... Este bravo Mazzini, que he encontrado varias veces, tiene siempre en el seso y en la boca su sueño humanitario... Nuestras imprentas de Suiza van por buen camino... voy a utilizar el resto de los subsidios recogidos en las Legaciones. Estaré en Bolonia el 20 de este mes... y me trasladaré a donde Vd. crea más necesaria mi presencia 'dorada'».

La Francmasonería moviliza sus efectivos. Anteriormente designados en Rochefort y Heidelberg, los delegados franceses y alemanes se reúnen en un «convento» (una convención) en Estrasburgo, para Francia: Lamartine, Crémieux, Cavaignac, Caussidiére, Ledru-Rollin, Louis Blanc, Proudhon, Marrast, Marie, Vaulabelle, Vilain, Pyat, etc.; para Alemania: Fickler, Hecker, Herwegh, von Gagern, Bassermann, Buge, Blum, Feuerbach, Simons, Jacobi, Fitz, Welcker, Huckscher, etc., con unos representantes de las logias suizas. En la mente de Palmerston este movimiento nacionalista y democrático debe conducir a «nueva configuración de Europa», que describe en el diario masónico «Le Globe» del 12 de mayo de 1849: «edificación de un potente reino alemán, que sea una muralla de separación entre Francia y Rusia, formación de un reino polaco-magyar para equilibrar más completamente al gigante del Norte, y por fin un reino en la Italia superior, bajo la casa de Saboya», alianza con Alemania (capital Francfort) o Prusia (capital Berlín), reforzada por la «entente cordiale» con Francia. Tal era el programa de la Revolución inminente, cuya señal da Polonia.

Polonia, sacrificada

Como en 1830-31, los instigadores de la maniobra le confían el papel de «fijar» al ejército ruso, para impedir que intervenga en Europa. Lo que equivale a sacrificarla. La resurrección de este país católico, de convicciones más nacionalistas que revolucionarias, que considera poco asimilables a los judíos atrasados que allí viven (213.000 en 1816, 558.000 en 1846), no tiene un interés primordial para los prófetas de la Revolución. A los dirigentes polacos nacionalistas: el príncipe Wladimir Czartoryski en París y el conde Zamoyski en Londres, se oponen los revolucionarios. Estos últimos —apoyados por el judío masón y liberal Ignace Lelewel, en París, y por sus correligionarios Lubliner e Isaac Bär Lewinssohn, que intentan introducir la reforma en las comunidades polacas— quedan agrupados en la «Joven Polonia» (inspirada por Mazzini y por los san-simonianos, que dirigen Mickiewicz, Tomianski y sobre todo Mierolawski, jefe de la «Sociedad democrática», que aboga en favor de una reforma agraria y prepara la insurrección.

Sin embargo, Mierolawski, engañado por buenas palabras del ministro liberal prusiano von Arnim sobre las disposiciones seudo-favorables del rey Federico-Guillermo IV, se deja sorprender y detener en Posnania, a instancia del zar, llevando en su bolsillo la lista de los jefes del movimiento (12 de febrero de 1846). En tales circunstancias el éxito inicial de los insurrectos, forzando la evacuación de Cracovia por el general austríaco Collin (21-22 de febrero de 1846), parece todavía más efímero por causa de la sublevación de los campesinos de Galicia que atemoriza a los terratenientes y a los moderados. Contraatacan los austríacos y los rusos; el 3 de marzo, Tyssowski y Dembowski capitulan en Cracovia, que pierde su estatuto de república

independiente reconocido por el congreso de Viena para ser anexionada por Austria. Cuando, el 8 de abril de 1848, Czartoryski intentará concentrar 30.000 hombres en Posnania para actuar de acuerdo con el Parlamento de Francfort y los insurrectos húngaros, las tropas prusianas les aniquilarán en una semana y obligarán a Mierolawski a capitular otra vez, el 9 de mayo.

A pesar de este fracaso, los hombres de Mazzini en Suiza, Ochsenlein y James Fazy, después de suplantar a Neuhaus, no tardan en seguir el ejemplo de Polonia. Animados por Julius Froebel, de Zürich (cuyo «Comptoir littéraire» difunde las ideas de los refugiados alemanes de París), los radicales dominan sucesivamente Zürich, Berna (en 1846) y Saint-Gall (en mayo de 1847), y disponiendo de una mayoría en la Dieta federal, disuelven el «Sonderbund» (el 20 de julio de 1847), es decir, la Unión, constituida entre los siete cantones católicos en Lucerna (el 11 de diciembre de 1846) para contrarrestar los excesos de Augustin Keller contra los conventos de Argovia (en 1841) y la sublevación dirigida por Henry Durey en Lausana (en 1845). Entonces una expedición punitiva a las órdenes del coronel Dufour destruye el «Sonderbund» con la bendición de Palmerston (el 4 de noviembre de 1847). Lo que constituye el primer éxito de la Revolución.

Crisis social en Francia

En Francia, donde empezó ya la agitación, los espíritus más listos prevén lo peor. Alexis de Tocqueville advirtió al gobierno, diciéndole: «¿No se da cuenta de que las pasiones de la clase obrera, de política llegan a ser sociales?», y a la Cámara: «¡Ya está la tormenta en el horizonte!» (27 de enero de 1848). Por su parte Montpensier, aunque haya sido adoptado el «Mensaje al rey», escribe a su hermano en Argelia: «Aquí, las cosas van terriblemente mal». Muy enterado de las intenciones de Inglaterra, el rey Leopoldo de Bélgica no vacila en precisar: «Mi suegro no tardará en verse expulsado como Carlos X». Sin embargo, Luis-Felipe, que acaba de perder a su mejor consejera, su hermana Mme. Adelaïde, el 31 de diciembre de 1847, hasta el último momento, se ilusiona. Hasta el punto de declarar al plenipotenciario prusiano Radowitz en enero de 1848 que dos cosas son imposibles en Francia: «¡la revolución y la guerra!». Tiene setenta y cuatro años y debe pensar que el enriquecimiento del país (la riqueza nacional alcanzó 38.000 millones en 1789, 45.000 en 1815 y 175.000 en 1871) bastará para asegurar la tranquilidad de su reino. No obstante, hace dos años que la coyuntura ha cambiado de sentido y que se amontonan síntomas inquietantes. Debido a la sequía, la cosecha de 1846 ha sido mala. Se ha duplicado el precio del trigo (17,15 francos el hectolitro en 1845, 39,75 a 43 en 1847). Ha sido necesario importar del extranjero y en enero de 1847 la cantidad de oro en caja cayó de 80 a 59 millones. Por cierto, la cosecha siguiente fue más satisfactoria. Pero el coste de la vida aumentó en 17 % entre 1826 y 1847 y los índices de salarios (para jornadas de trece horas) (sobre la base de 110 en 1900) se establecen en 55,5 en 1810, 53,5 en 1820, 57 en 1840, para llegar sólo a 63 en 1860. Las condiciones de vida son lamentables, las viviendas, sórdidas. En París, cuya población pasa del millón (de un total de 33), hay mucha criminalidad: 7.500 fuera de la ley, 130.000 abandonados en 1840. La crisis

se hace sentir en el textil, la industria pesada, los ferrocarriles, pronto 750.000 productores estarán en la calle. La misma situación financiera se deteriora: Thiers y Crémieux denuncian el peligro. La confianza se pierde, al mismo paso que se desarrolla la campaña de la oposición, de manera que, después de 1.680.000 retiros el 20 de febrero de 1848 los depósitos se reducen a 200.000 francos en las Cajas de Ahorros.

Escándalos en cadena exponen la corrupción del régimen, proporcionando temas fáciles a los agitadores: Despans-Cubiéres, ex-ministro de la Guerra, Teste, ex-ministro de Obras Públicas, implicados en asuntos de propinas (este último 94.000 francos para la concesión de una mina de sal) en abril y mayo de 1847; concusión en los arsenales de Brest, Toulon, Rochefort; un ayudante de campo del rey, Gudin, haciendo trampa en el juego; el príncipe de Eckmühl que apuñala a su querida; el duque de Choiseul-Praslin que durante la noche del 17 al 18 de agosto de 1847, asesina a su esposa, hija del mariscal Sebastiani. Pero el tema principal de la campaña será la reforma electoral. Duvergier de Hauranne propone rebajar el censo de 200 francos (según la ley del 19 de abril de 1831) a 100 y admitir a la gente «capacitada» (culta) como electores, lo que hubiera hinchado el «país legal» de 180.000 a 450.000 ciudadanos, pero la Cámara rechaza su proyecto en marzo de 1847 (por 252 votos contra 154). Y la oposición se aprovecha de este fracaso para pedir el sufragio universal y la exclusión de los funcionarios del Parlamento. Tribuno radical, Ledru-Rollin va más allá en su periódico «La Reforma», exigiendo el derecho de reunión sin trabas y la nacionalización del crédito.

La campaña de los banquetes... se convierte en motín

Bajo la iniciativa de cinco maestres de logias de París, pertenecientes a varias tendencias, Odilon Barrot (de los «Trinósofos), Duvergier de Hauranne, de Morny, Luis de Malleville, Vitet, Berger, no tarda en organizarse una campaña de banquetes, al estilo inglés. Al del Chateau-Rouge (el 9 de julio de 1847) se sientan 1.200 invitados (entre los cuales 85 diputados) bajo la presidencia de Lasteyrie. Hasta el final del año, otros 70 banquetes agruparán en provincias a unos 17.000 invitados, siendo los más importantes los de Mácon, con Lamartine, el 18 de julio; de Lille, con Ledru-Rollin, el 7 de noviembre; de Dijon, con Louis Blanc, el 18 de diciembre. Louis Blanc, con su «Historia de diez años», ha puesto otra vez de moda la historia de la Revolución (en febrero de 1847) y (en marzo) Lamartine incrementó su popularidad al publicar su «Historia de los Girondinos». El, que dimitió de su puesto de secretario de embajada en Nápoles, por convicción legitimista en 1829, pasó a la oposición de izquierda en 1843. Mientras tanto, se dejó convencer por lady Stanhope, durante su viaje a Oriente, de su vocación de apóstol de los nuevos tiempos. Elegido diputado en 1833, extraviado en la política pero siempre en deuda, tuvo que vender su pluma a los dos judíos de prensa Mires y Milhaud y escribir a la fuerza para satisfacer sus exigencias. Después de la muerte de su padre en 1840 y de su mejor amigo Virieu en 1844, se encontrará sometido enteramente a la influencia del converso Lacretelle y de dos «ángeles tutelares», que manejan su actividad parlamen-

taria, Dargaud, un dignatario de la Masonería, y el barón judío d'Eckstein, su más íntimo amigo. Precisamente, en la próxima obra que se va a estrenar, queda vacante el papel de La Fayette. Y nadie parece más apto para jugarlo que este elegante diputado-poeta, liberal, moderado, partidario a la vez de un poder fuerte y protector del pueblo, lleno de buenos propósitos, sin mucha voluntad y bastante ingenuo, «ce grand dadais» (este pazguato) de Lamartine, dirá de él, con despecho, Chateaubriand.

Mientras los burgueses radicales y masones se regodean en los banquetes de oposición, todos los agitadores cosmopolitas se reagrupan en París, como en Londres, para conmemorar la revolución polaca. El 29 de noviembre de 1847, son 1.200 en la calle Saint-Honoré: polacos, rusos, suizos, italianos, alemanes, españoles, ingleses, irlandeses, americanos... y hasta unos franceses. Hacía ya algún tiempo se reformaban las sociedades revolucionarias encargadas de encuadrar a los revoltosos. Caussidière y el mecánico Martín, llamado Albert, reconstituían las «Nuevas Temporadas», enlazadas con los «Justos» de la Internacional. Otros grupúsculos disidentes extremistas, la «Sociedad comunista-revolucionaria» de Dézamy y la «Sociedad materialista comunista» de Coffineau y Javelot, reagrupaban por su parte a unos 600 adheridos.

El pretexto de la insurrección será la prohibición por Guizot, llamado a suceder a Soult el 19 de septiembre de 1847, del banquete del XII distrito. Fingiendo someterse, los jefes de la oposición lo aplazan del 20 al 22 de febrero y parecen dispuestos a renunciar. Así el gobierno no se apresura en concentrar a los 37.000 soldados que debía llamar en París para reforzar a los 3.200 hombres de la Guardia municipal. Ahora bien, André Marrast y su equipo del «Nacional», apoyado por Lamartine, convocan una manifestación reformista para el 22. Aunque prohibida el día anterior, y anulada por unos de los dirigentes de «la Réforme», reúne a unos 3.000 guardias nacionales, estudiantes, productores y afiliados a las sociedades secretas, que, desde la Madeleine, pretenden remitir una petición a sus jefes Adolfo Crémieux y Marie, en el Palais-Bourbon. Al final de la tarde los guardias municipales despejan la plaza de la Concordia, sin que las tropas, sólo consignadas en sus cuarteles, hayan ocupado los puntos estratégicos de la capital. El día siguiente, la Guardia nacional, cuyo jefe el general Jacqueminot se declaró enfermo, hace defección. Mientras las armerías han sido saqueadas y se edificaban las primeras barricadas, de los dos batallones por legión convocados, sólo sobre 8.000, 600 hombres obedecían en el II distrito, en el XII gritaban «¡viva la Reforma!»; la III legión exigía y obtenía la destitución de Guizot, reemplazado por Molé; la IV marchaba sobre el Palais-Bourbon; la V desarmaba a los guardias municipales, por todas partes los guardias nacionales se interponían entre la tropa y los manifestantes. Alentados por el éxito de sus maniobras derrotistas, los jefes de las sociedades secretas Caussidiére, Sobrier, Albert, Grandmesnil, apoyados ahora por el equipo de «la Reforma», desencadenan la acción revolucionaria.

Una columna, previamente arengada por Marrast delante del «Nacional» y encabezada por la bandera roja, baja los bulevares. Al llegar al bulevar de las Capucinas, delante del Ministerio de Asuntos Exteriores, donde vive Guizot, choca con el 14.° de línea: en la refriega la tropa dispara, causando

35 muertos y 45 heridos. La sangre llama a la sangre. Gritando a venganza, una carreta acarrea a las víctimas. Durante la noche, 1.500 barricadas bloquean el centro de París. Por fin, Luis-Felipe realiza lo serio del asunto. Como se recusa Molé, confía el gobierno a Thiers, el mando de las tropas al mariscal Bugeaud y el de la Guardia nacional a Lamoricière. Pero ya es demasiado tarde. Las tres columnas lanzadas en dirección de la Bastilla, del Hotel de Ville y del Panteón, patalean. La del general Bedeau parlamenta en los bulevares. Cuando los insurrectos atacan el Arca de agua, la tropa se repliega sobre el Carusel. Insiste Thiers para que el rey le acompañe hasta Saint Cloud, y deja el gobierno a Odilon Barrot. Mal acogido por una de las tres legiones de la Guardia nacional que protegen las Tuileries, el rey abdica en favor del conde de París. Crémieux, que multiplicó las gestiones destinadas a acelerar esta salida, se apresura a cerrar, él mismo, la puerta del cabriolé que lleva al exilio al «rey-ciudadano».

Dueños de París, los amotinados saquean e incendian el palacio de las Tuileries, y a la mañana siguiente, el Palais-Royal y el castillo de Neuilly. En el Palais-Bourbon, Odilon Barrot, Emile de Girardin y Dupin se disponen a hacer proclamar la regencia de Helena de Mecklembourg, viuda del duque de Orléans, en favor del joven conde de París, cuando Ledru-Rollin y luego Lamartine (que se cree ya presidente) consiguen proclamar un gobierno popular integrado por Dupont del Eure, Arago, Marie, y por ellos mismos (se olvidó el nombre de Louis Blanc), bajo presión de los agentes de Ledru-Rollin y de las hordas de Blanqui y de Barbes que invadieron el hemiciclo, obligando a la «regente» a marcharse para buscar refugio. Entonces el gobierno «liberal», reforzado por Garnier-Pages y Crémieux gracias a una trampa, se abre camino hacia el Hotel de Ville, donde le espera firme el equipo de la República «social», integrado por Marrast, editor del «Nacional», Flocon, de «La Reforma», Louis Blanc y Albert. Mientras tanto, Caussidière y Sobrier se apoderan de la Prefectura de Policía, donde organizan, con los «más duros de los duros», cuatro compañías de 600 hombres, sus «Montagnards», que el gobierno no se atreve a expulsar. Presidido por Dupont de l'Eure, con Lamartine en Asuntos Exteriores, Ledru-Rollin en el Interior, Crémieux en Justicia, Arago en Marina, Marie en Obras Públicas, Goudchaux en Hacienda, etc., este gabinete tiene que otorgar un puesto a Louis Blanc y al «productor» Albert. Pues vive una existencia precaria que sólo la presencia de Louis Blanc y la elocuencia de Lamartine protegen de amotinados, que todavía no han echado sus armas. Para satisfacerlos, en la noche del 24 se proclama la República (salvo ratificación popular), y el 25 el derecho al trabajo. Sin embargo, cuando por la tarde Blanqui fomenta una manifestación a gritos en pro de la bandera roja y que Lamartine vacila, Goudchaux interviene para evitar que un golpe fatal comprometa el crédito exterior del país. Entonces Lamartine, en vez de elogiar el oriflama de Saint-Denis (rojo oscuro), estigmatiza como un La Fayette este trapo rojo que sólo dio la vuelta al campo de Marzo, arrastrado en la sangre del pueblo. Y retrocede la revolución social, pues Caussidière niega su apoyo a Blanqui para otra «jornada».

Después de una manifestación de los gremios, el 28, se busca satisfacer a los parados. Marie, «alter ego» de Crémieux, encarga a Emile Thomas la tarea de organizar, bajo el título de «talleres nacionales» (caricatura del

sistema preconizado por Louis Blanc), unos talleres militarizados que recibieron, después del 6 de marzo, a más de 100.000 sin trabajo, agrupados en escuadras, brigadas y compañías, con un salario de dos o tres francos al día. Pero el gobierno elude el nombramiento de Louis Blanc como ministro de Trabajo y diluye a los partidarios de la «República social» dentro de una «Comisión de los Productores», reuniendo (del 1 de marzo al 16 de mayo) en el Luxemburgo, sede de la ex-Cámara de los Pares, 16 productores y 10 empresarios y luego unos 888 delegados, entre los cuales 231 empresarios, para estudiar las cuestiones obreras. De estos debates saldrán pocos resultados: abolición del «regateo», reducción de la jornada de trabajo a diez horas en París y once en provincias (2-4 de marzo); institución de agencias gratuitas de colocación (8 de marzo); admisión de los productores como electores y elegibles en los Consejos de «hombres buenos» (27 de mayo). ¿No llegará más lejos la revolución de 1848 que, al contrario de la de 1830, se pretende de carácter social y hostil a los banqueros? ¿No constituye un grave aviso para James (que del empréstito de 250 millones de 1847 había pagado 82 millones) el incendio por los insurrectos de la villa de los Rothschild en Suresnes? Todo se arregló muy pronto, dando Lamartine, Arago y Michel Goudcheaux a la Alta Finanza las garantías que pedía. Para ganarse a Caussidière James (y Lionel que se desplazó desde Londres) ofrecieron pagar el salario de sus «guardias» y libraron 50.000 francos en beneficio de los heridos, de manera que se despidieron como muy buenos amigos.

Triunfo masónico

¿No es el momento dedicado a la euforia? Primero dentro de la Masonería. A los dignatarios del rito escocés, que le congratulaban el 10 de marzo, Lamartine contestó: «Estoy convencido de que proceden de lo más hondo de sus logias, desde la sombra a la media luz y a la luz completa, los sentimientos que provocaron la sublime explosión que hemos presenciado en 1789, y que el pueblo acaba de ofrecer al mundo por segunda, y espero que última vez, hace unos pocos días.» El 24 de marzo, le toca el turno al Gran Oriente. A Bertrand, diputado del G. M., proclamando: «Siempre los francmasones llevaron en sus banderas estas palabras: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Al reencontrarlas en la bandera de Francia, saludan el triunfo de sus principios y aplauden el espectáculo de la Patria recibiendo a través de Uds. la consagración masónica.» «Cuarenta mil hermanos, distribuidos entre cerca de quinientos talleres, os prometen su ayuda»... Crémieux (iniciado al «Bienfait anonyme» en Nimes desde 1818, transferido en 1860 del G. O. al rito escocés, del cual será Soberano Gran Comendador el 8 de marzo de 1869) contesta en nombre del gobierno: «La República está en la Masonería... Será una espléndida prenda de la Unión de los Pueblos por todas partes del mundo.» Ahora bien, ningún cuerpo del Estado se queda atrás. El Clero, quizá engañado por las palabras «cristianas» de los extremistas, se apresura en adherirse. Y el Ejército, y la magistratura, y la administración también... ¡y hasta el «faubourg» Saint-Germain! Hasta el punto de que «¡Cómo se ha podido ser monárquico!» parece un eco lejano del famoso «¡Cómo se puede ser persa?».

En los clubs, es un delirio: se festeja y se picotea; en un mes unos 145 nuevos abrieron sus puertas. La «Sociedad de los Derechos del Hombre» tiene su sede en los «Arts et Métiers». Hay clubs de los Jacobinos, de la Montaña, de la Blusa, de los Descalzonados, del Hambre. Uno de mujeres, que preside Eugenie Niboyet. Un «Comité central de las Escuelas» para los estudiantes. La «Sociedad patriótica y republicana» del «Atelier». El «Club de los Amigos del Pueblo», de Raspail, la «Sociedad fraternal Central» de Cabet. Pero en primer lugar, la «Sociedad republicana Central», presidida en el Conservatorio por este espectro negro de Blanqui, y el «Club de la Revolución», donde se reúnen, desde el 21 de marzo, Barbés, Sobrier, Proudhon y los futuros dirigentes de la Comuna, Félix Pyat y Delescluze. El 26, estas sociedades populares forman una Federación o «Club de los Clubs», subvencionado por Ledru-Rollin con 130.000 francos, que manda a unos 400 «misioneros» difundir la «buena palabra» en provincias, donde comisarios, comisarios generales e inspectores de la República entretienen, el que más, la anarquía, en Ruan, Lille, Limoges y Lyon donde Emmanuel Arago, hijo, pone en valor sus talentos. Nuevos periódicos (con una tirada de 60.000 a 80.000) florecen y nutren la agitación: «El Pueblo», de Proudhon (27 de febrero); «La Comuna de París», de Sobrier (9 de marzo); «La Verdadera República», de Barbés (26 de marzo); «El Padre Duchéne», de Thuillier (10 de abril), y tantas otras efímeras hojas.

Lamartine frena la Revolución... y la guerra

Por fin, la «República social» parece ser la «Revolución permanente». Pasa el tiempo organizando «jornadas». Y las «idas» de los siguientes meses le son nefastas. El 5 de marzo ha sido instituido el sufragio universal, con una edad límite de veintiún años para los electores y de veinticinco para los elegibles, y se piensa convocar elecciones para el 9 de abril. El 8 se abren a todos las filas de la Guardia nacional, pero disolviendo sus compañías de élite, granaderos y tiradores, no sin provocar el 16 una violenta protesta de 30.000 «bonetes de pelo» moderados. Sin embargo, los más feroces demócratas, Blanqui el 7 de marzo, Cabet el 13, temiendo el veredicto electoral de las provincias, organizan, en favor de su aplazamiento, una gran manifestación el 17 de marzo, con la presencia de Karl Marx en la «Sociedad de los Derechos del Hombre», en la cual 100.000 personas, agrupadas por gremios, desfilan entre la Concordia y el Hotel de Ville. Desbordado e impotente, el gobierno presencia este despliegue de fuerza y consiente en aplazar hasta el 23 de abril el escrutinio.

Pero esta vez Lamartine, decepcionado por sus inútiles gestiones cerca de los extremistas, toma sus precauciones, llama tropas de Argelia, pide el apoyo del general Négrier en Lille, manda organizar 300 batallones de guardias móviles en las provincias, llama a París al general Eugène Cavaignac (hermano de Godefroy, de «La Reforma») y restablece su autoridad sobre la Guardia nacional. De tal manera que el «Club de los Clubs» fracasa el 16 de abril en su tentativa de proclamar a una «Junta de Salvación Nacional»: Ledru-Rollin, Barbés y Caussidière, abandonando en el último momento a Louis Blanc, Raspail y Sobrier, y apartándose Blanqui, neutrali-

zado por las sospechas que pesan sobre él (después de la publicación por Taschereau de unos informes policíacos sobre el complot de 1839). Saliendo del Campo de Marzo, las columnas revolucionarias, encuadradas y cortadas en trozos por la Gardia nacional, desfilan abromadas por la multitud delante del Hotel de Ville, defendido por los 24 batallones de la Guardia móvil, bien entrenados desde el 26 de febrero por el general Duvivier. Entonces volvería probablemente el orden, si no fuera por la pusilanimidad de Lamartine y de Ledru-Rollin, atemorizados por su propia audacia y temiendo sobre todo que se les considere como enemigos del pueblo. El 20 de abril, cinco regimientos de línea, después de desfilar, se quedan en París. El 23, los electores (7.835.000 votantes de un total de 9.393.035 inscritos) designan 880 diputados, entre los cuales 100 monárquicos legitimistas, 200 orleanistas, 500 moderados, de tendencia «National», y menos de 100 radicales, con pocos socialistas y comunistas. En París, rechazan a Barbés, Raspail, Blanqui, Sobrier, Pierre Leroux y Vidal. A pesar de este fracaso, la opinión sigue inquieta.

Esta República social, ¿no se dispone a la guerra? ¿A una guerra ideológica, «girondina», la guerra para la Revolución europea? Encargado de los Asuntos Exteriores durante dos meses en el gobierno provisional y también en la Comisión ejecutiva de los Cinco (Arago, Garnier-Pagès, Marie, Ledru-Rollin y él mismo), designada el 4 de mayo, Lamartine se empeña en contener la impaciencia de los 15.000 a 20.000 refugiados extranjeros en París y de sus Clubs (Clubs de los Emigrados italianos, Club de la Emigración polaca, Sociedad suiza de Grütli, Club democrático ibérico, Sociedad patriótica belga, Sociedad democrática alemana). Diplomático de carrera, comprende la necesidad de tranquilizar a las potencias. Por eso dirige a los embajadores esta carta el 27 de febrero: «La Monarquía y la República no son... unos principios absolutos combatiéndose a muerte, sino acontecimientos que contrastan entre sí pero que pueden convivir entendiéndose y respetándose... pues la República francesa no se lanzará a ninguna guerra contra nadie...» Una circular del 4 de marzo confirma que Francia sólo hará respetar el principio de no-injerencia en Suiza y en Italia.

Pero los exaltados ya franquean las fronteras. En el Norte, una «Legión belga» de 2.000 hombres, equipada con la connivencia de Ledru-Rollin y de Caussidière, apoyada en Lille por Delescluze, es detenida al bajar del tren. La población, casi satisfecha por la reducción del censo que otorga el derecho de voto a 79.000 personas en marzo (en vez de 46.000), no se deja arrastrar por los cabecillas de la Asociación democrática (Karl Marx, entonces en Bruselas, y el polaco Lelewel). Otros guerrilleros pretenden intervenir en Suiza y en Italia, y desde Lyon marchan hacia Chambéry. Más tarde, el 25 de abril, Georg Herwegh y Bornstedt cruzan el Rin con una «Legión alemana» de 15.000 hombres. Obligado a soltar lastre, Lamartine difunde otra circular, amenazando con «armarse para proteger los movimientos legítimos», que le merece críticas de lord Normanby y luego una dura protesta del irascible representante de Su Graciosa Majestad contra las demostraciones de los irlandeses y la simpatía que encuentran en Francia. ¿Se puede soplar la revuelta en casa de terceros sin tolerarla en la suya? No obstante, el nuevo régimen se encontraría completamente aislado en el caso de perder la amistad británica. Lamartine se empeña en frenar el empuje de los liberta-

dores de los pueblos. «Es necesario que estos pueblos compren y cimenten con su propia sangre sus instituciones libres». Por otra parte, es lo que pretende hacer el Piamonte. Y si se refuerza con 30.000 a 60.000 hombres el Ejército de facción en los Alpes, Lamartine entiende no sólo proteger la casa de Saboya de un posible aplastamiento por Austria, sino también impedir que realice en bloque y en provecho suyo la unidad italiana (preferiría que se organice la península formando una Confederación). En cuanto a Polonia, declara en la Asamblea: «Podríamos alinear 88.000 hombres... pero este ejército encontraría a 500.000 alemanes sobre sus flancos... antes de enfrentarse con 250.000 rusos, en un país destruido». ¡Sería una locura!

Sin embargo, se pretende salvar a Polonia (en realidad se trata de forzar la disolución de la Cámara), cuando se fomenta otra «jornada», el 15 de mayo. A iniciativa del Comité centralizador de los Clubs, que dirige el sospechoso Huber, secundado por Sobrier, Laviron, Flotte, Quentin, Degré y Blum, con el apoyo de Blanqui, Albert, Raspail y Barbés (pero sin el concurso de Louis Blanc ni de Proudhon). Aprovechándose de la flaqueza (o de la connivencia) del general Courtois al mando del servicio de orden, una multitud de 150.000 manifestantes, abriéndose paso a través de las líneas de los guardias nacionales y móviles, invade el Palais-Bourbon, donde Huber dispersa la Asamblea y marcha al Hotel de Ville para proclamar allí un nuevo gobierno provisional. Pero la tropa y la Guardia nacional de París y de sus afueras, llamadas desde el Luxemburgo por Garnier-Pagès y Clément Thomas, cerca a los 3.000 revoltosos de esta «Comuna» naciente. Cuatrocientos revolucionarios (entre los cuales la mayoría de los cabecillas) detenidos, serán juzgados el 7 de marzo por una Alta Corte de Justicia con sede en Bourges. Louis Blanc huye a Inglaterra, como Caussidière, que, declarándose «enfermo» durante la «jornada», tiene que dimitir de la Prefectura de Policía. Queda descabezada el ala extremista de la Revolución y cerrados sus Clubs; el 7 de junio Marrast pide la aprobación de una ley prohibiendo los grupos tumultuosos en la vía pública.

La República social, ruina de la Economía

Pero no se sale del marasmo, y la República social aparece ante la opinión como sinónimo de ruina de las finanzas y del negocio. Reina la más descabellada demagogia: «¡en período de paz, los impuestos de una República no llegan a la décima parte de los de la Monarquía!» («Ami du Peuple» del 19 de marzo de 1848). ¡Lo que queda por ver! Ministro de Hacienda el banquero judío Goudchaux, que, al reclamar el pago de los impuestos, el 29 de febrero, se comprometió imprudentemente en liquidar el semestre de las rentas en marzo, dimite el 4 de marzo porque el gobierno decidió suprimir el timbre sobre los periódicos. Le sucede Garnier-Pagès, tan incapaz e inhábil como grandilocuente y vanidoso. Lo embrollará todo. Aunque la situación no es desesperada: quedan en caja 192,5 millones. Y las existencias del Banco de Francia, 226 millones, casi cubren el volumen de billetes. Pero, al tratar de cargar indebidamente al régimen de julio, el ministro propaga el pánico, recurriendo el 10 de mayo a las más locas medidas: adjudicación de los diamantes de la Corona, de 100 millones de

bosques, disminución de salarios de los funcionarios (que Ledru-Rollin pretende depurar y triturar, en sus circulares de los días 8 y 12 de marzo), llamada a donativos patrióticos, emisión de un empréstito «nacional» (que aportará una «miseria», 400.000 ó 500.000 francos), tasación de 45 céntimos adicionales (190 millones) el 16 de marzo, proyecto de impuesto progresivo sobre la renta (Ledru-Rollin, el 8 de abril), una tasa del 1 % sobre los créditos hipotecarios, de un impuesto sobre las rentas mobiliarias (60 millones al 2 % sobre 3.000 millones, anulado el 24 de enero de 1849), secuestro del ferrocarril de Orléans y del Centro (4 de abril de 1848), intención de rescatar los ferrocarriles (¿con qué dinero?, se necesitarían 623 millones, los interesados piden 1.000) el 12 de abril, a la que renunciará el 3 de julio, como se debió aplazar el 13 de junio la nacionalización de los seguros. Todo esto acompañado por medidas demagógicas: abolición del impuesto sobre los licores (103,6 millones, el 31 de marzo) —tienen sed los amotinados, los electores, los cabecillas, los dioses del régimen—, abolición del impuesto sobre la sal, siempre impopular (71,5 millones, el 15 de abril). O de insolente derroche: en el Interior, bajo Ledru-Rollin, unos gastos de Policía duplicados; alcalde de París Armand Marrast, tiene la suya, que vigila a la primera, así como la actuación de los Clubs; mientras que el Club de los Clubs recibe subvenciones para sus delegados en provincias, verdaderos «representantes en misión» (tal como Emmanuel Arago en Lyon, tomando la iniciativa de duplicar los impuestos). No obstante, se notan unas innovaciones felices: por ejemplo, la creación, los días 7 y 24 de marzo, de unos «Comptoirs d'Escompte» (Cajas de Descuento) en las grandes ciudades con capitales provistos por el Estado, los municipios y los suscriptores (por tercera parte, 60 millones); serán 44 en 1848, 67 en 1849; la creación de Sub-Cajas de los Empresarios; la apertura, el 21 de marzo, de «Almacenes generales» para la consignación de mercancías.

Pero la confianza no resiste a tal régimen. «El dinero se aparta y se esconde», reconoce Ledru-Rollin en un banquete, el 22 de septiembre. Entonces «hay que buscarlo donde esté», o más académicamente: «¡Deben existir medios financieros para encontrarlo!» ¡Aquellos politicastros ignorantes, tajando de todo! Por cierto, el dinero se apartó de las Cajas de Ahorros: quedan 65 millones líquidos de un total de 355 millones de depósitos (aunque el interés haya sido aumentado al 5 % el 7 de marzo y que los reembolsos hayan sido limitados a 100 francos, el 9)... como los Bonos del Tesoro (se debe aplazar a seis meses una cantidad de 318,2 millones o cambiarla por certificados del empréstito nacional, el 16 de marzo)... y también del Banco de Francia, cuyas existencias en caja se ven reducidas a 59 millones (el 15 de marzo). Entonces se decreta la circulación forzosa de los billetes (16 y 25 de marzo) con un techo de emisión de 452 millones, siendo el capital del Banco incrementado a 85,5 millones (los días 27 de abril y 2 de mayo) (por vía de fusión con nueve bancos departamentales) y las cantidades avanzadas al Estado siempre creciendo (50 millones el 31 de marzo, 30 el 5 de mayo y 150 el 4 de junio)... como de la Bolsa, cayendo el 5 % de 116 a 89 el 6 de marzo y a 50 el 7 de abril, y el 3 % de 73,95 a 56, y luego a 32,50, y bajando las acciones del Banco de 3.180 a 950 y las del ferrocarril de Orléans de 1.180 a 385. En estas circunstancias, ¿Garnier-Pagès piensa colocar (¡a la paridad!) otro trozo del empréstito Rothschild? ¡Aberrante ilusión!

La recesión casi total de los negocios conduce al paro y a la miseria. Para combatirlos, el abogado Marie y el ingeniero Emile Thomas mandan abrir el 27 de febrero unos «talleres nacionales», muy capaces de desacreditar para siempre las cooperativas de producción deseadas por Louis Blanc. En estos talleres de obras se alistan 14.000, luego 40.000 al final de marzo y hasta más de 100.000 hombres al final de mayo. No constituyen un ejército de reserva para el gobierno provisional, sino, todo lo contrario, una seria ayuda para los amotinados: entre ellos, 14.000 participan en la «jornada» del 15 de mayo. En este abismo, 15 millones han sido engullidos. Es el momento para la Asamblea de reaccionar contra la flaqueza de la Comisión Ejecutiva de los Cinco, buscando una espada capaz de restablecer el orden (a un Cavaignac o a un Changarnier), Goudchaux, preparándose a volver como ministro de Hacienda, exige su disolución. Pero cuando se toma la decisión (el 21 de junio) de incorporar en el Ejército a los más jóvenes (entre dieciocho y veinticinco años) y de rechazar a los otros hacia sus provincias de origen, Pujol arma una sublevación: manifestaciones entre el Panteón y la Bastilla los días 22 y 23 de junio, con construcción de barricadas, disturbios que agrava la defección de las VIII, IX y XII Legiones de la Guardia nacional. Para reprimir la sedición, el general Eugène Cavaignac dispone de 29.000 soldados, de 12.000 guardias móviles y del resto de la Guardia nacional. La lucha, porfiada y sin cuartel, perdurará tres días, del 24 al 26 de junio. Siendo la mayoría de los jefes encarcelados o desterrados, ¿quién maneja esta «seudo reacción obrera espontánea»? Los historiadores no han resuelto la cuestión. Aunque la ausencia de los grandes líderes en las barricadas sea una tradición revolucionaria constante, siendo dirigidas las operaciones por un comité de acción especial en cada «jornada». En junio de 1848, lo que se puede interpretar como un índice, es que las barricadas de cada sector han sido edificadas y defendidas por distintos gremios (como las manifestaciones del 28 de febrero) y en primera fila por los bronceros y otros artesanos que integraron, veinte años más tarde, el núcleo de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Entre los cabecillas del movimiento, Legénissel, Benjamín, Laroque, Voisemberg, el teniente de navío Cournet (adheridos a la «Sociedad de los Derechos del Hombre») se encuentra también un bonapartista «de izquierdas», el albañil Lahr.

Luis-Napoleón, un pretendiente en reserva

Eso se explica porque Luis-Napoleón juega un doble juego. Cuidadosamente mantenido en reserva por Palmerston y por las sectas, declaró a su prima María de Baden en Londres: «No me pertenezco, debo esperar que toque mi hora». Sus amigos del «National», Thiers y Marrast, inclinados a «dar una lección», no trataron de prevenir la sublevación. Para los liberales, tan ferozmente opuestos a una reconstitución corporativa, los conflictos sociales se arreglan con matanzas periódicas en las barricadas y la represión consecutiva, sin piedad. Más de 12.000 muertos, millares de heridos, 25.000 detenidos (entre los cuales 11.000 sentenciados a cárcel, 4.348 desterrados, 1.500 fusilados), así se establece el balance de las «jornadas» de junio. Han perecido varios generales, Duvivier, Négrier, Bréa (asesinado al parlamentar con los insurrectos), el arzobispo de París, Mgr. Affre (también

al tratar de interponerse entre los combatientes en la Bastilla). En la capital, 80.000 soldados embargan 100.000 fusiles y quitan las armas a las unidades de la Guardia nacional que no cumplieron con su deber. El 29 de junio, Cavaignac, ex-gobernador de Argelia, apoyado por el «National», se encarga del poder ejecutivo, secundado por Sénard en el Interior, Goudchaux en Hacienda, Bastide en Asuntos Exteriores, Carnot en la Enseñanza, Lamoricière en Guerra, mientras Changarnier manda la Guardia nacional. Son disueltos los «talleres nacionales» el 3 de julio, el 9 dos decretos yugulan la prensa, se prohíbe a los clubs, estrechamente vigilados, toda afiliación común. La Asamblea, de tendencia monárquica, elegida el 17 de septiembre, anula el derecho al trabajo en la Constitución adoptada el 4 de noviembre, que instituye una Cámara única de 750 diputados, elegidos por sufragio universal y con escrutinio de lista, para tres años. A instigación de Lamartine, que todavía se cree profeta, decreta el 9 de octubre que el presidente de la República sería elegido el 10 de diciembre, por sufragio universal directo y para cuatro años, y que no será reelegible.

Así, con increíble ceguera, se abre el camino a Luis-Napoleón. Ahora que Cavaignac asumió la responsabilidad de esta cruel represión, puede presentarse con las manos limpias. Unos muy potentes comanditarios apoyan su candidatura. Principal accionista del «National» el riquísimo duque Karl von Brunswick, que vive en Londres, le adelantó 150.000 francos en junio de 1845, por el intermediario de Orsi, y de Smith (representante de Slingy-Ducombe y de Dorsay), en Ham, mediante el compromiso de obrar en favor de la unificación de Alemania. Sus banqueros en Londres, Baring, Tarquhar, los Rothschild, y hasta su amiga Elisabeth Ann Haryett, le apoyan con su dinero, y después de heredar 1,2 millones de francos del Louis (Bonaparte), muerto el 25 de septiembre de 1846, no carece precisamente de medios. Espera en la sombra a que se le llame. Ahora bien, los franceses, tales como las ranas pidiendo un rey —porque les falta el valor cívico necesario para dirigir ellos mismos sus asuntos, según el consejo de Proudhon—, otra vez buscan a quien les salve de sus apuros. Un personaje con un nombre —real o falso— y con una fama —merecida o publicitaria—. ¿No es el caso de Luis-Napoleón? este «Bonaparte» cuya paternidad desautorizó Luis, rey de Holanda, lo que poca gente sabe? Pero la dinastía que representa ¿no es sinónima de prestigio, de gloria, de grandeza? ¿No se presenta como un árbitro, un conciliador, un garante de paz, de progreso y de prosperidad? Que su mirada sea un tanto deslucida, su gesto un poquitín torcido, su voz marcada por este acento «platdeutsch» de su larga estancia en Suiza, todo esto añade más bien a su encanto y tranquiliza a los políticos (un Thiers, por ejemplo, que le considera como un monigote cuyas cuerdecillas podría manejar). Después de elegirle en cuatro departamentos (el 4 de junio) y en cinco (los días 17 y 18 de septiembre), al pueblo francés le plebiscita (los 10 y 11 de diciembre de 1848) por 5.434.226 votos contra 1.418.107 a Cavaignac y... 17.910 a Lamártine. Para él es un triunfo y por el momento, para Francia, una pausa en la Revolución.

* *

Lord Minto, agitador en Italia... secundado por los judíos

Mientras tanto, en el resto de Europa, prosigue la tormenta. En Italia, Palmerston mandó a su suegro lord Minto para dirigir el movimiento. Las metas finales de su acción son: la ruina del poder temporal del papa, la constitución de la unidad italiana y la eliminación de las influencias francesa y austríaca en la península. En el año 1847 visita Torino, Roma y Nápoles. Siendo la persona más adecuada para realizar su programa Carlos-Alberto de Saboya. Cuando era príncipe de Carignan, afiliado a los «carbonari», participó activamente en la insurrección de 1821. Desde 1840 mantiene relaciones continuas con muchos conspiradores aristocráticos (Casale, Borromeo, Martini, Zarelli, Dominis, d'Adda, Ficolmi, Lechi y otros). En cualquiera de sus gobiernos participa un progresista, encargado de enlazar con los «patriotas»: los condes Pralormo y Galliera, el marqués Alfieri, además de Cavour. En el otoño de 1845, el marqués Mazzimo d'Azeglio (que no tardará en escribir, en un folleto dedicado a la «Emancipación cívica de los judíos», en 1847-48, que «la regeneración de los judíos queda estrechamente ligada a la de Italia»), vino especialmente a Italia para conseguirle la adhesión de los republicanos y amigos de Mazzini. Pues se preparaban graves acontecimientos. En la novena sesión del Congreso científico que reúne cada año, desde 1839, en Pisa a los dirigentes del «Risorgimento», el príncipe Charles-Lucien Bonaparte (fundador de este organismo muy útil para los conjurados) profetiza: «¡Hemos terminado la novena; el año que viene celebraremos la fiesta!» Entonces importa mucho que Charles-Albert, completamente adherido al movimiento, dé el ejemplo de las reformas (promulga el 4 de marzo de 1848 la Constitución reclamada por los manifestantes de Torino el 27 de febrero), que actúe en favor de los judíos, reagrupados en sus ghettos en 1815 (les concede los derechos cívicos al final de marzo y en junio, los derechos políticos) y que intervenga militarmente contra Austria —lo hará el 23 de marzo—, sin pedir la ayuda francesa: «Italia fara da se!» Por su parte, pues, el enviado de Palmerston obtuvo satisfacción.

En Roma, donde la elección de Pío IX, considerado como liberal, fue en general bien acogida, el nuevo papa tomó la iniciativa de las reformas, otorgó una amplia amnistía, convocó una «consulta» de 24 notables (19 de agosto de 1846 y ley del 15 de octubre de 1847) y secularizó en cierta medida su administración. Se atrevió a proponer la destrucción de las murallas del ghetto, lo que provocó casi un pogrom en julio de 1847, pero intervino el cabecilla de los clubs Cicevacchio, y todo terminó con abrazos. Ahora bien, alentados por el noble lord, emisario de Palmerston, los agitadores multiplican las manifestaciones en la calle hasta obtener el 7 de julio de 1847 la creación de una guardia cívica, que los revolucionarios no tardan en encabezar. Por fin el soberano pontífice promulga, el 14 de marzo de 1848, una Constitución, creando un Alto Consejo, designado por él, y una Cámara elegida por sufragio censitario.

Conseguidas estas primeras ventajas, lord Minto visita Nápoles, para dar prueba de su solicitud hacia los «patriotas» y en particular hacia los de Sicilia, a los que se interesa especialmente Su Graciosa Majestad, dada la importancia estratégica de la isla en el Mediterráneo. Allí cuenta con nume-

rosos aliados, ex-colaboradores del rey Francisco mantenidos por Fernando VII, ex-carbonari, como el marqués Pietra-Castella, presidente del Consejo, el marqués del Canetto, ministro de la Policía, el marqués Fortunato, y el más fanático, el arzobispo de Patras, Mgr. Cocle, confesor del rey. De manera que basta con un motín en Sicilia el 12 de enero de 1848 para que Ferdinando otorgue la Constitución de 1812. No obstante la mediación, propuesta al comité revolucionario de Palermo por el misionario de Palmerston, a través del cónsul G. Godwin, no tiene éxito en junio.

Entonces el movimiento se extiende pronto a toda la península, aunque los campesinos, en su mayoría, no participan en él. Los judíos lo encabezan en Toscana. Dominan el comercio de la factoria de Liorna y son poderosos en Florencia y Pisa, donde, si no tienen acceso a las funciones públicas ni al foro, conservaron casi todos los derechos otorgados bajo el régimen francés (como en Parma bajo María-Luisa). Ahora arrastran al país detrás de los republicanos Guerrazzi, Montanelli y Mazzini. El 17 de febrero, el duque Leopoldo II concede una Constitución, lo que implica para ellos, como pronto en Módena, la igualdad de derechos. Pasa lo mismo en Venecia, donde, aunque hayan sido detenidos el 18 de enero Daniel Manin y Tomaseo, alborotos estudiantiles en Padua el 18 de febrero provocan la insurrección y la proclamación de la República de San Marco el 22 de marzo. En el gobierno, bajo la autoridad de Manin, otros dos son ministros: Isaac Mourogonato en Hacienda, León Pincherlé en Comercio y ocho tienen escaño en la asamblea. En Milán, al aprender la revuelta de Viena, estalla el 18 de marzo la sublevación al mando de Cattaneo, contra los austríacos. La lucha, muy dura, les cuesta 350 muertos a los insurrectos. Pero, al fin del quinto día, Radetzky evacua la ciudad y retira sus tropas en el cuadrilátero Mantua-Legnano-Peschiera-Verona. Saliendo al socorro de la victoria, los piamonteses intervienen el 23 de marzo y consiguen apoderarse de Peschiera el 30 de mayo. Entonces Charles-Albert anexiona Plasencia el 10 de mayo, el Milanés (después de un plebiscito) el 29. Pero no se atreve a ocupar la Venecia, aunque se lo proponga el 4 de julio.

El orden restablecido, en el Norte por Austria, y en Roma por Francia

Ya que Radetzki contraataca desde los días 11 y 12 de junio, ocupando Vicenza y Trevisa (el 13) y derrotando en Custozza, el 23 de julio, a las tropas italianas. Entre los peninsulares reina la división: los piamonteses desprecian a sus auxiliares de los otros estados y miran con recelo a los voluntarios revolucionarios de Mazzini o de Garibaldi; se disputan los jefes políticos, entre federalistas y unitarios, realistas y republicanos, liberales y radicales, conservadores y «rojos», favorables y hostiles a la intervención francesa, etcétera; y los grandes Estados, Piamonte, Santa Sede, Nápoles, mantienen sus rivalidades. Obligado a abandonar Milán (donde no ha querido que se edifiquen barricadas) (el 5 de agosto), Charles-Albert pide una mediación franco-británica y solicita un armisticio, el 9 de agosto. En Nápoles, Ferdinando II consigue restablecer su autoridad, sublevando a su pueblo contra los aristócratas y burgueses reformistas (15 de mayo de 1848). Y como

Lord Minto, agitador en Italia... secundado por los judíos

Mientras tanto, en el resto de Europa, prosigue la tormenta. En Italia, Palmerston mandó a su suegro lord Minto para dirigir el movimiento. Las metas finales de su acción son: la ruina del poder temporal del papa, la constitución de la unidad italiana y la eliminación de las influencias francesa y austríaca en la península. En el año 1847 visita Torino, Roma y Nápoles. Siendo la persona más adecuada para realizar su programa Carlos-Alberto de Saboya. Cuando era príncipe de Carignan, afiliado a los «carbonari», participó activamente en la insurrección de 1821. Desde 1840 mantiene relaciones continuas con muchos conspiradores aristocráticos (Casale, Borromeo, Martini, Zarelli, Dominis, d'Adda, Ficolmi, Lechi y otros). En cualquiera de sus gobiernos participa un progresista, encargado de enlazar con los «patriotas»: los condes Pralormo y Galliera, el marqués Alfieri, además de Cavour. En el otoño de 1845, el marqués Mazzimo d'Azeglio (que no tardará en escribir, en un folleto dedicado a la «Emancipación cívica de los judíos», en 1847-48, que «la regeneración de los judíos queda estrechamente ligada a la de Italia»), vino especialmente a Italia para conseguirle la adhesión de los republicanos y amigos de Mazzini. Pues se preparaban graves acontecimientos. En la novena sesión del Congreso científico que reúne cada año, desde 1839, en Pisa a los dirigentes del «Risorgimento», el príncipe Charles-Lucien Bonaparte (fundador de este organismo muy útil para los conjurados) profetiza: «¡Hemos terminado la novena; el año que viene celebraremos la fiesta!» Entonces importa mucho que Charles-Albert, completamente adherido al movimiento, dé el ejemplo de las reformas (promulga el 4 de marzo de 1848 la Constitución reclamada por los manifestantes de Torino el 27 de febrero), que actúe en favor de los judíos, reagrupados en sus ghettos en 1815 (les concede los derechos cívicos al final de marzo y en junio, los derechos políticos) y que intervenga militarmente contra Austria —lo hará el 23 de marzo—, sin pedir la ayuda francesa: «Italia fara da se!» Por su parte, pues, el enviado de Palmerston obtuvo satisfacción.

En Roma, donde la elección de Pío IX, considerado como liberal, fue en general bien acogida, el nuevo papa tomó la iniciativa de las reformas, otorgó una amplia amnistía, convocó una «consulta» de 24 notables (19 de agosto de 1846 y ley del 15 de octubre de 1847) y secularizó en cierta medida su administración. Se atrevió a proponer la destrucción de las murallas del ghetto, lo que provocó casi un pogrom en julio de 1847, pero intervino el cabecilla de los clubs Cicevacchio, y todo terminó con abrazos. Ahora bien, alentados por el noble lord, emisario de Palmerston, los agitadores multiplican las manifestaciones en la calle hasta obtener el 7 de julio de 1847 la creación de una guardia cívica, que los revolucionarios no tardan en encabezar. Por fin el soberano pontífice promulga, el 14 de marzo de 1848, una Constitución, creando un Alto Consejo, designado por él, y una Cámara elegida por sufragio censitario.

Conseguidas estas primeras ventajas, lord Minto visita Nápoles, para dar prueba de su solicitud hacia los «patriotas» y en particular hacia los de Sicilia, a los que se interesa especialmente Su Graciosa Majestad, dada la importancia estratégica de la isla en el Mediterráneo. Allí cuenta con nume-

rosos aliados, ex-colaboradores del rey Francisco mantenidos por Fernando VII, ex-carbonari, como el marqués Pietra-Castella, presidente del Consejo, el marqués del Canetto, ministro de la Policía, el marqués Fortunato, y el más fanático, el arzobispo de Patras, Mgr. Cocle, confesor del rey. De manera que basta con un motín en Sicilia el 12 de enero de 1848 para que Ferdinando otorgue la Constitución de 1812. No obstante la mediación, propuesta al comité revolucionario de Palermo por el misionario de Palmerston, a través del cónsul G. Godwin, no tiene éxito en junio.

Entonces el movimiento se extiende pronto a toda la península, aunque los campesinos, en su mayoría, no participan en él. Los judíos lo encabezan en Toscana. Dominan el comercio de la factoria de Liorna y son poderosos en Florencia y Pisa, donde, si no tienen acceso a las funciones públicas ni al foro, conservaron casi todos los derechos otorgados bajo el régimen francés (como en Parma bajo María-Luisa). Ahora arrastran al país detrás de los republicanos Guerrazzi, Montanelli y Mazzini. El 17 de febrero, el duque Leopoldo II concede una Constitución, lo que implica para ellos, como pronto en Módena, la igualdad de derechos. Pasa lo mismo en Venecia, donde, aunque hayan sido detenidos el 18 de enero Daniel Manin y Tomaseo, alborotos estudiantiles en Padua el 18 de febrero provocan la insurrección y la proclamación de la República de San Marco el 22 de marzo. En el gobierno, bajo la autoridad de Manin, otros dos son ministros: Isaac Mourogonato en Hacienda, León Pincherlé en Comercio y ocho tienen escaño en la asamblea. En Milán, al aprender la revuelta de Viena, estalla el 18 de marzo la sublevación al mando de Cattaneo, contra los austríacos. La lucha, muy dura, les cuesta 350 muertos a los insurrectos. Pero, al fin del quinto día, Radetzky evacua la ciudad y retira sus tropas en el cuadrilátero Mantua-Legnano-Peschiera-Verona. Saliendo al socorro de la victoria, los piamonteses intervienen el 23 de marzo y consiguen apoderarse de Peschiera el 30 de mayo. Entonces Charles-Albert anexiona Plasencia el 10 de mayo, el Milanés (después de un plebiscito) el 29. Pero no se atreve a ocupar la Venecia, aunque se lo proponga el 4 de julio.

El orden restablecido, en el Norte por Austria, y en Roma por Francia

Ya que Radetzki contraataca desde los días 11 y 12 de junio, ocupando Vicenza y Trevisa (el 13) y derrotando en Custozza, el 23 de julio, a las tropas italianas. Entre los peninsulares reina la división: los piamonteses desprecian a sus auxiliares de los otros estados y miran con recelo a los voluntarios revolucionarios de Mazzini o de Garibaldi; se disputan los jefes políticos, entre federalistas y unitarios, realistas y republicanos, liberales y radicales, conservadores y «rojos», favorables y hostiles a la intervención francesa, etcétera; y los grandes Estados, Piamonte, Santa Sede, Nápoles, mantienen sus rivalidades. Obligado a abandonar Milán (donde no ha querido que se edifiquen barricadas) (el 5 de agosto), Charles-Albert pide una mediación franco-británica y solicita un armisticio, el 9 de agosto. En Nápoles, Ferdinando II consigue restablecer su autoridad, sublevando a su pueblo contra los aristócratas y burgueses reformistas (15 de mayo de 1848). Y como

fracasó Córdova (del 13 de agosto de 1848 al 23 de enero de 1849), apoyado por suministros de armas británicas, en su intento de apoderarse de los bienes de la Iglesia para operar una reforma agraria en Sicilia, el Ejército real reocupa Palermo el 15 de mayo de 1849.

En cuanto al Papa, a pesar de las amplias concesiones que hizo, provocó una tremenda tormenta al negarse a unirse con el Piamonte para declarar la guerra a Austria. Un motín llevó al poder al conde Mamiani, con Galetti en Policía, apoyado por el doctor Sterbini y por el monje apóstata Gavazzi. Cuando el soberano pontífice intentó aprovecharse del reflujo de la Revolución durante el verano para llamar al gobierno a un federalista moderado, el conde Pellegrino Rossi (ex-colaborador de Murat y naturalizado francés), este último, considerado como renegado y sentenciado a muerte por el «Gobierno Científico» de Torino, cayó apuñalado en los escalones del Parlamento el 15 de noviembre por un fanático, que, protegido por unos amigos, consiguió escapar. Y tuvo que refugiarse Pío IX en Gaëta. Entonces, el príncipe Bonaparte-Canino y Mamiani, unitarios, le destituyeron (el 8 de febrero de 1849) y proclamaron la República romana. Se formó un triunvirato con Mazzini, el abogado Armelloni y Salicetti (hijo del abogado de Córcega, regicida, que había sido el ángel negro de José Bonaparte y de Murat). Integraban su Estado Mayor unos «patriotas italianos» que se llamaban: Hang, Steward, Laviron, Gabet, Besson, López, Fopfer, Isensmid, Dobrowoleski, Maslovichi... i tutti quanti: ¡una pandilla de agitadores cosmopolitas! ¿Van a tolerar las potencias católicas que ahoguen la voz del pontífice romano? De acuerdo con el cardenal Antonelli, España propone el 21 de diciembre la convocación de una conferencia para determinar los modos de su intervención. Cavaignac ya decidió en Francia que su delegado de Cornelles iría acompañado por 3.500 hombres, iniciativa que la Asamblea aprobó por 480 votos contra 63, el 30 de noviembre. Para no fastidiar a Palmerston, el príncipe-presidente Louis-Napoleón, muy molesto, desearía obtener primero el acuerdo de Charles-Emmanuel. Pero este último tuvo la desdichada idea de reemprender la campaña el 12 de marzo de 1849, así que Radetzki aplastó su ejército en Novare el 23 de marzo. Quedó fuera de juego y su hijo Vittorio-Emmanuele llamó al gobierno al moderado d'Azeglio. Entonces, a iniciativa de Falloux y de Buffet, la Asamblea francesa decidió la intervención.

Desembarcado el 24 de abril, el mariscal Oudinot ocupó Civita-Vecchia el día siguiente, pero tardó en marchar a Roma, donde se le recibió a tiros (porque los 35.000 partidarios del papa han sido desalentados por la actitud ambigua de París), hasta que entre a viva fuerza el 3 de julio. Continuando su doble juego, Luis-Napoleón mandó allí a un pariente de los Bonaparte, un «hermano» llamado Ferdinand de Lesseps, que, traspasando sus instrucciones, firmó una convención con el gobierno republicano para mantener a las tropas francesas fuera de la ciudad. Fue desautorizado y mandado volver a Francia. Pero reincidió el príncipe-presidente, pidiendo en una carta al teniente coronel Edgar Ney (18 de agosto de 1849) que se exija del papa la amnistía, la introducción del Código de Napoleón y la secularización de su gobierno. El general Rostolan, al mando de las tropas, decidió «ignorar» estas instrucciones paralelas que apoyaban intrigas de la «Fratellenza» masónica dentro del Ejército. Le costará a Oudinot su bastón de mariscal, pero

la intriga fracasó. Cayó la República romana el 1 de julio y Pío IX restableció su autoridad en la Ciudad Eterna. Por todas partes queda derrotada la Revolución. Los austríacos reocuparon la Toscana el 28 de julio de 1849 y devolvieron a Leopoldo su corona ducal. En Brescia, la represión fue muy dura. Ultimo baluarte de la resistencia «popular», Venecia capituló el 23 de agosto. A excepción de Piamonte, por todas partes, los judíos, «que participaron con entusiasmo al movimiento, tanto en las filas de los liberasles moderados como de los radicales demócratas», volvieron a sus ghettos (Delio Cantinori, «1848 dans le Monde»).

Los judíos alemanes, emancipados

Su papel en los acontecimientos de Alemania no fue menor. Allí los estados del Sur-Oeste y la Renania fueron los primeros en dar pruebas de liberalismo. Constituciones instaurando dos Cámaras y reconociendo las libertades esenciales fueron otorgadas por el rey de Baviera y el gran duque de Baden en 1818, por el rey de Würtemberg en 1819, por el príncipe de Hesse-Darmstadt en 1820. Pero el asesinato en Mannheim, el 23 de marzo de 1819, del agente diplomático ruso Kotzebue por el estudiante Sand, provocó disturbios antijudíos en Wurzbourg y Bamberg, en Baviera el 2 de agosto, en Karlsruhe, Heidelberg, Mannheim y luego Francfort, el 10 de agosto, y hasta Hamburgo, del 21 al 24 de agosto. Así se encontraron bloqueadas las reivindicaciones de las comunidades judías. En Baviera, donde residían 50.000 a 60.000, la Constitución de 1818 les mantenía excluidos de las asambleas, pero el rey Maximiliano-José les autorizó a conservar a dos representantes en el municipio de Fürth en 1819; proyectos de reforma fueron introducidos en el Landtag en mayo y recogidos por el gobierno en julio; más tarde nuevas peticiones, apoyadas por el Landtag el 5 de noviembre de 1831, no llevaron resultados, por falta de acuerdo entre ellos mismos, y nuevos esfuerzos chocaron contra la oposición de Döllinger (al final de 1845-46). El Landtag de Baden se mostró favorable en junio de 1831 a la emancipación de los 20.000 que residían en su territorio, con la sola condición de que renunciaran a considerarse como formando una «nación», pero la cuestión se aplazó y no fue reanudada hasta 1846. Más felices, los 20.000 del gran ducado de Hesse-Cassel gozaban no sólo de la igualdad de derechos, reconocida por el Landtag en 1832, sino hasta del privilegio del libre acceso a las funciones públicas, desde octubre de 1833. En cuanto a Würtemberg, después de la intervención de Wolfgang Menzel en mayo de 1836, y de las dos Cámaras en 1845, no esperaba más que el plazo de veinte años previsto por la ley «de corrección» de 1828 para otorgar derechos análogos a sus 11.000 judíos.

En Prusia, su número aumentó de 124.000 en 1816 a 206.000 en 1847, después de la anexión de Posnania (donde vivían 80.000). Y como estos últimos, poco desarrollados, parecían difíciles de asimilar, el berlinés Streckfuss pretendió clasificarlos en julio de 1833 dentro de dos categorías, lo que suscitó las protestas del periodista Gabriel Riesser, del historiador Jost y del radical Johann Jacobi. Protestaron también en 1840, cuando el nuevo rey Federico-Guillermo IV quiso considerarlos como «un cuerpo autónomo», Riesser y Philippson, este último invocando su «patriotismo prusiano». Ahora bien, los intelectuales reformistas se inclinaban más y más

hacia la asimilación, y a veces hasta la conversión. En 1843, cediendo a los argumentos de la prensa liberal, Streckfuss se adhirió a la emancipación, cuyo principio acordaron el Landtag de Renania (entre el verano de 1843 y marzo de 1845) y después los otros (con excepción del de Sajonia). En la primavera de 1847 el Bundestag de Berlín confirmó esta posición, gracias a los liberales Kamphausen y Auerswald, y a pesar de la oposición de los ministros Eichhorn y Thiele. De manera que una ley del 23 de junio de 1847 no mantenía otras restricciones que el acceso a funciones judiciales, policíacas, administrativas o de oficiales en el Ejército, y el mantenimiento de las solas escuelas religiosas. En el estilo del «Sanhedrín» de París, unos congresos agruparon en Brunswick (12-19 de junio de 1844), Francfort (15-28 de julio de 1845), Breslau, (13-20 de julio de 1846) a los dirigentes reformistas (Geiger de Breslau, Philippson de Magdeburgo, Fränkerl de Dresden, Stein de Francfort). Allí se interpretó el mesianismo en el sentido más amplio de una fusión de todos los pueblos en una sola familia. Y se fundó una «Asociación para la Cultura y la Ciencia judías», alrededor de Zunz, Gans, Moïses Moser, Luis Marcus y del joven Henri Heine, donde se trató probablemente de los acontecimientos que se preparaban.

A la noticia del estallido de la revolución en París a final de febrero y principio de marzo, los gobiernos de Würtemberg de Baden, de Hesse, de Sajonia y de Baviera (donde Luis I, comprometido por sus relaciones con Lola Montes y víctima de manifestaciones hostiles debió ceder el trono a principio de 1846 a Maximiliano II) reaccionaron aceptando las reivindicaciones de los liberales, para evitar los disturbios. Pero en Prusia, Federico-Guillermo IV, muy enfriado con los progresistas desde que escapó de un atentado en 1844, si bien convocó el Landtag entre el 11 de abril y el 26 de junio de 1847, para autorizar un empréstito para la construcción de los ferrocarriles, no habló nada de reformas. No obstante, cuando una junta de siete miembros o «Vor Parlament», integrada por Henri von Gagern, Welcker, Heckert, Struve... se reunió en Heidelberg el 5 de marzo de 1848 para preparar la creación de un Parlamento en Francfort, con la aprobación de Würtemberg, de Baden y de Sajonia, el rey de Prusia concedió el 6 la periodicidad del Landtag, el 8 una ley de prensa más liberal y la convocación del Landtag para el 14-27 de abril, mientras los monarcas decidían encontrarse en Dresden el 25 de marzo para concertar las medidas que deberían tomar.

Al frente de los motines y de las Asambleas

Entonces las manifestaciones liberales que tenían lugar desde el 10 de marzo, provocan graves alborotos en Berlín: el 15, en la plaza del castillo, con los uhlanos, y los días 18 y 19 con el Ejército, que dispara y mata a 183 revoltosos. Entre ellos cinco judíos, cuyo elogio pronuncian Sax y Zunz, el 22 de marzo, y numerosos heridos. El Landtag, reunido el 6 de abril, concede a los judíos la igualdad de derechos, a propuesta de Rüdolf Kamphausen. Les será confirmada por la Asamblea nacional, en la cual, de mayo a noviembre, Johann Jacobi y otros dos ocupan un escaño, y por el rey, en la Constitución otorgada el 5 de diciembre de 1848, aunque desde noviem-

bre, el gobierno haya disuelto la milicia cívica, cerrando los clubs, antes de disolver la Asamblea el 5 de diciembre.

Entre los 600 diputados de la Asamblea nacional de Francfort (18 de mayo de 1848) son pocos los judíos, pero ocupan los primeros sitios. El presidente, Eduardo Simons, es un judío converso de Königsberg; más tarde será el presidente del Reichstag de la Alemania del Norte. El periodista Gabriel Riesser, de Hamburgo, que fue miembro del «Vor Parlament», es vicepresidente de la Asamblea, donde tienen escaño Veit de Berlín y el republicano Robert Blum. Riesser será uno de los encargados de ofrecer la corona imperial a Federico-Guillermo IV, que, prudentemente, se negará a recibirla, de manera que el 28 de junio de 1848 el archiduque Juan será designado como jefe provisional del Reich. El 4 de julio, la Asamblea de Francfort concede a todos los alemanes las libertades esenciales y reconoce sus derechos fundamentales. Pero los Estados se resisten a abandonar su autoridad, sobre todo en materia militar. En cuanto a las fronteras de la Gran Alemania, la eventual anexión de los ducados daneses y la exclusión de los países no alemanes dependientes del Imperio austríaco, reclamados por el historiador Dahlmann (27 de octubre de 1848), plantean problemas insolubles. Mientras tanto, después de restablecer Schwarzenberg el orden en Viena, el joven emperador Franz-Josef es entronizado el 2 de diciembre. Nuevo presidente del Parlamento, von Gagern entabla negociaciones con Austria (15 de enero de 1849), y Federico-Guillermo IV, que se niega a recibir su corona de la voluntad popular, sigue su ejemplo. La Constitución, adoptada en Francfort, los días 3-28 de abril, que establecía el sufragio universal, admitía el voto suspensivo y creaba dos Asambleas, la primera representativa del pueblo y la segunda federal de los Estados, nunca saldrá a la luz, pues el Parlamento ha sido disuelto el 18 de junio de 1849. Una tentativa prusiana de invadir la Hesse-Cassel en octubre de 1850, choca con un ultimátum de Viena, que moviliza cuatro cuerpos de ejército, y apoyado por los reyes de Baviera y de Würtemberg (en Bregenz, el 12 de octubre) y también por el zar (después de una entrevista entre Franz-Josef y Nicolás I en Varsovia), obliga a Berlín a ceder, el 26 de noviembre. El 29 de noviembre, en Olmütz, el príncipe Schwarzenberg (morirá dieciocho meses más tarde) rechaza el proyecto de Unión de los Estados alemanes propuesto por Prusia, y el conde von Manteuffel tiene que inclinarse. Con este grave fracaso, se aplaza «sine die» la constitución de un gran Reich democrático y pangermanista, que hubiera formado, desde esta época, un bloque de 70 millones de habitantes en el centro de Europa. Pero, como Piamonte en Italia, Prusia, potencia militar, masónica, acogedora para los judíos, se ha declarado el campeón de la unidad alemana.

Fautores de la insurrección en Austria

A expensas de la Austria católica, que, verdadera marquetería de pueblos, quedará hondamente quebrantada por la sacudida revolucionaria. Pues la insurrección estalló en Viena al mismo tiempo que en Berlín, casi el mismo día. Y como lo afirma Doubnov (t. II, p. 57): «Aquí, como en todas partes, en las primeras filas del movimiento, se encontraban... los judíos». Aunque la capital no contaba más (oficialmente, porque vivían allí muchos

clandestinos) que 5.000 «tolerados», el Imperio de los Habsburg albergaba a un millón, entre los cuales 400.000 en Galicia y 262.000 en Hungría. Fueron ellos los que manejaron el juego: el cervecero Schutzer, el escritor Bauernfeld y sobre todo el joven médico Adolf Fischhof (1816-1893). Encabeza a los estudiantes que desfilan y atacan el Landhaus (La Dieta) el 13 de marzo; les arenga y les lee una alocución de Lajos Kossuth (doctrinario de origen eslovaco) del 3 de marzo. Una delegación remite a la Hofburg una petición exigiendo la dimisión de Metternich y la creación de una guardia nacional. Pero como los manifestantes, entre los cuales numerosos obreros (que Wilhelm Weitling se empeñaba en organizar desde 1834-36), toman una actitud amenazadora, la tropa, al mando del archiduque Albrecht, dispara para despejar el palacio y caen 10 víctimas. En el entierro, el rabino de Viena, Mannheimer, trata en su discurso de disuadir a sus correligionarios de presentar unas reivindicaciones particulares. Pues la Corte está dividida, siendo el archiduque Luis y la archiduquesa Sofía, satisfechos con la salida de Metternich, dispuestos a hacer concesiones, mientras el príncipe Windischgraetz, al mando de Ejército, está decidido a resistir. Por otra parte, la milicia cívica, organizada por el conde Hoyos, y la guardia nacional quieren poner fin a los excesos de algunos obreros que incendiaron unas fábricas. Y no se movió la provincia. Así conviene la prudencia. Sin embargo, entre los 29 firmantes del «Manifiesto de los escritores de Viena» del 15 de marzo, se encuentran ocho judíos.

El gobierno, formado por Pillersdorf, por el conde Kolowrat (cuyos lazos con los Iluminados conocemos), anda con rodeos. El 25 de abril el emperador Ferdinando I promulga una Constitución moderada (de tipo belga), reconociendo a los judíos, en principio, la igualdad de derechos, que les será otorgada, por «vía legislativa». (Como se saben impopulares, esto no les satisface mucho.) Vuelven a producirse manifestaciones más y más amenazadoras, el 2 de mayo contra el censo (quedará abolido el 9, con excepción de algunos obreros y domésticos), el 15 de mayo (siempre bajo la dirección de Fischhof), contra la dispersión de la junta central de la guardia nacional (ocurrida el día anterior), otra vez, entre el 26 y el 29, edificándose barricadas en protesta contra la disolución de la «Legión académica». Otorgando el sufragio universal y la creación de una sola Cámara legislativa, la Corte soltó lastre. Se constituye otro gabinete, con Wessenberg, Doblhof y el abogado Alejandro Bach, pero la salida del emperador hacia Innsbrück, el 17 de mayo, asusta a la población de la capital y la revuelve en contra de los agitadores.

Durante el verano, la insurrección se transforma en guerra civil. Entonces Fischhof actúa de presidente de la «Junta de Salvación Nacional». En julio se sienta con él en el Reichstag constituyente el rabino Mannheimer, Goldmarck, el periodista radical y reformista Ignacio Kuranda y Hartmann (estos dos últimos también delegados al Parlamento de Francfort). Al final de agosto, Karl Marx, a pesar de presentarse como doctrinario, sigue de cerca los acontecimientos. Y, de golpe, el asunto se agrava. Decidida el 19, la reducción de los salarios pagados a los sin trabajo en los talleres «nacionales» provoca un enfrentamiento en el Prater entre obreros y guardia nacional, el 23 de agosto. En septiembre, la Constituyente otorga a los judíos la igualdad de derechos. El 5 de octubre, aprueba la abolición de las tasas

especiales, pedida por Mannheimer. Pero el 6, los disturbios se reproducen, con más violencia que nunca. Tratando de oponerse a la salida de las tropas encargadas de reprimir la insurrección húngara, los revoltosos ahorcan al ministro de la Guerra, La Tour, y se apoderan del arsenal de la Renngasse, el día siguiente. Caen 15 muertos y 95 heridos. La Corte busca refugio en Olmütz, bajo la protección del ejército de Windischgraetz, 70.000 hombres (con 200 cañones), dispuestos a reconquistar la capital, defendida por las fuerzas revolucionarias, Guardia nacional, «Legión académica» y guardia móvil obrera, 30.000 a 40.000 hombres en total. Resisten del 23 al 31 de octubre, pero las fuerzas del orden reocupan Viena, donde la represión se salda con 2.400 detenciones, entre las cuales 460 mantenidas, y 72 sentencias a muerte, entre las cuales 25 serán ejecutadas. Robert Blum ha sido muerto. Sentenciado a muerte, Goldmark consiguió marchar a América. En cuanto a Fischhof, sólo perderá sus derechos cívicos.

Mientras quedan prohibidas las sociedades populares, el príncipe Félix von Schwarzenberg, cuñado de Windischgraetz, forma gobierno el 21 de noviembre con el conde Stadion en el Interior y colaboradores de primer rango, que emprenden la reforma de la administración, de la justicia (con la introducción por Schmerling de jurados y debates públicos), la economía (hacia la unificación aduanera realizada por Brück) y la agricultura, con la abolición de las últimas huellas de prestación servil, el acceso de 2.872.000 campesinos a la propiedad (al coste de 564 millones de indemnización), y la creación de municipios rurales (17 de marzo de 1849). Esta obra social, muy importante, será un éxito y dará prueba de que el gobierno austríaco supo sacar la lección de los disturbios. Ahora, después de la abdicación de Ferdinando el 2 de diciembre de 1848, reina el joven emperador Franz-Josef. En cuanto a los judíos, la Constitución del 4 de marzo de 1849 (rectificada el 31 de diciembre para que sean los ministros responsables solamente ante el monarca) les otorgaba en principio la igualdad de derechos, según la fórmula alemana: el derecho de residir, de comprar inmuebles, de acceder a la Universidad y al foro.

El nacionalismo magiar, aplastado

Tiene el movimiento en Hungría un carácter muy distinto del de Austria. Antes de revolucionario, es nacional y reivindica la autonomía de un pueblo tan valeroso como particularista. Los húngaros conservan su dirección. Por ésta razón, y también porque no quiere debilitar demasiado a Austria, cuya ayuda necesita como contrapeso a Rusia en los Balcanes, Palmerston vacila en apoyarle, hasta el punto de negarse a recibir a su delegado Laszlo Szalay. Sin embargo, sus jefes son de tendencia liberal, sobre todo el abogado Lajos Kossuth, protegido del conde Luis Batthyani, que consiguió (en este país que cuenta 680.000 nobles de un total de 12 millones de habitantes) apartar al moderado Francisco Deak, representante de los hidalgos medianos terratenientes. En general, sus asambleas se mostraron mejor dispuestas cerca de los judíos que las austríacas. A iniciativa de la Dieta de Pest (en 1839), la Cámara de los Magnates aceptó (el 31 de marzo de 1840) abolir la tasa de tolerancia y (en 1842) abrir las puertas de los ghettos. Pero la jactancia de los rabinos, declarando en Presburgo que no tenían otra patria sino Palestina,

neutralizó los esfuerzos de su campeón, el barón Eöteös y les cerró el camino de las reformas (1844). Fue abolida únicamente la tasa de tolerancia, rescatada por el pago de 1.200.000 florines, en un plazo de cinco años, en julio de 1846. Pues el mismo Kossuth se manifestaba hostil a su total emancipación.

Así andaban las cosas, cuando, contestando al manifiesto lanzado por este último el 3 de marzo de 1848, la Cámara baja de la Dieta de Presburgo pidió a Viena reformas de carácter autonomista y reconoció a los judíos, el 14 de marzo, el derecho de sufragio y de eligibilidad. ¡Iniciativa fatal! Al llegar a Pest (el 17 de marzo) para imponer su autoridad en una ciudad donde el poeta eslovaco Petöfi había presentado, en una campaña de banquetes, un programa radical de doce puntos, creado una «Junta de Salvación Nacional» y organizado una guardia nacional, la Asamblea chocó con una feroz resistencia popular en contra de los judíos que se habían infiltrado en la Junta y en la guardia nacional. Se produjeron, en Presburgo los días 19 y 20 de marzo y en Pest el 19 de abril, incidentes de tal gravedad que, por temor a un pogrom, los judíos volvieron a sus ghettos y el gobierno renunció a las reformas en su favor. Tenía ya el conde Batthyani, por otra parte, bastantes problemas que resolver. Aceptado por Viena, negociaba con Austria, que quería conservar su autoridad sobre el Ejército y la Hacienda... con los rumanos de Transylvania, dispuestos a pedir su anexión... con los enviados servios de la Asamblea reunida el 13 de mayo en Karlovtsi, profundamente hostiles a la preponderancia húngara, exigiendo, al contrario, su propia autonomía. Por fin, Batthyani, acorralado en un callejón sin salida, dimitió.

Aprovechándose de estas disensiones, Austria arrojó a los croatas del ban Yelatchith contra los húngaros (el 11 de septiembre), mientras Kossuth intentaba reunir 42 millones de florines y 200.000 hombres para contener el ataque —en Pokozd, en octubre— y emprender una marcha hacia Viena, bloqueada en Schwechat. En enero de 1849, después de liberar Viena, el ejército de Windischgraetz ocupó Buda-Pest. Acarreando la derrota la discordia, el general húngaro Görgey, suplantado por el polaco Dembinsky, se volvió contra Kossuth. Después de una vana tentativa para reocupar Buda (amenazada por un ejército ruso que se había apoderado de Cracovia el 1 de mayo), sucedió a su jefe (el 11 de agosto) sólo para ser derrotado en Vilagos (el 13 de agosto) y negociar con Paskievitch una capitulación. Refugiada primero en Debreczen y luego en Szegedin, la Asamblea magiar (diezmada por defecciones) proclamó el 14 de abril de 1849 la destitución de los Habsburg y la independencia de Hungría: vana manifestación. El general austríaco Haynau reprimió la revuelta sin piedad: Batthyani sentenciado a muerte, 13 generales ahorcados (el 6 de octubre), 400 oficiales encarcelados (entre los cuales 280 conmutados). Para castigar su participación en la revolución y en la última fase de la guerra civil (con los voluntarios de Leopoldo Loew), el príncipe Windischgraetz impuso a los judíos de Pest una multa de 10.000 florines en febrero de 1849. Por fin, el general Haynau les obligó a pagar una contribución de dos millones de florines, destinada a abrir para ellos escuelas alemanas.

En Bohemia, donde la población desconfiaba de los judíos (acusados de apoyar a los alemanes contra los checos), la revolución abortó. Después de

dirigir dos peticiones a Viena (los días 19 y 29 de marzo), un gobierno provisional de ocho miembros se formó el 29 de mayo, bajo el conde de Thun. A iniciativa de los eslovacos y de los croatas, se reunió en Praga, el 2 de junio, un Congreso de los Eslavos. El 12, estudiantes y obreros se sublevaron, pero, al cabo de cinco días, las tropas de Windischgraetz restablecieron el orden. Renunciando a la lucha, los checos se negaron a ayudar a los húngaros en septiembre.

* * *

En conclusión, si la tormenta revolucionaria de 1846-49 consiguió encender en toda Europa las llamas de los nacionalismos, no pudo barrer a los soberanos en ningún país, ni siquiera en Francia, donde se estableció un usurpador. Cuando se apagó, con excepción de la amenaza de la hegemonía prusiana en Alemania y piamontesa en Italia, y la infiltración creciente de los políticos judíos en los gobiernos y los gabinetes de ministros, aparentemente nada había cambiado.

Armada en frío, fracasó la Revolución. Aunque generalizada, cuando se enfrentó con las fuerzas intactas de gobiernos decididos a defenderse, fue rechazada o aplastada. No se olvidarán de esta lección los que manejan el juego. De aquí en adelante la guerra extranjera precederá la guerra civil como en una ofensiva bien montada la preparación de artillería precede el asalto. Sucesivamente Napoleón III y Bismarck serán los instrumentos de esta política, hasta que una vez más Francia sea convertida en campo de experiencia para los revolucionarios de la Comuna.

CAPITULO XXII

EL BINOMIO GUERRA-REVOLUCION

Vinculando a las sociedades secretas y a Inglaterra que le llevaron al poder, Luis-Napoleón plebiscitado presidente, trata de dar prendas a todo el mundo y se encamina hacia la Dictadura con la máxima cautela.

El príncipe-presidente, contra una Asamblea dividida

Contando con pocos amigos seguros entre los más prominentes políticos, descarta a Thiers (visto por los socialistas con tan malos ojos que trataron dos veces de saquear su hotel, en junio de 1848 y en enero de 1849) como eminencia gris y rechaza el manifiesto preparado por él. Se encargaron su secretario Mocquard, Abbatucci y Crémieux de redactar otro, tranquilizador a la vez para los san-simonianos del «Globe» (con los cuales Vieillard le sirve de enlace desde 1834), gracias a la promesa de «leyes industriales», y para los católicos y los moderados del Comité de la calle de Poitiers, los Molé, los Montalembert, porque se compromete a restablecer la libertad de enseñanza. Anteriormente, escuchó a todos, desde el socialista Proudhon hasta el legitimista Berryer. Bajo la dirección de Odilon Barrot, de la logia «los Trinósofos», instigador de la campaña de los banquetes, y con excepción del legitimista Falloux en la Enseñanza, su primer gabinete se compone de una mayoría de orleanistas (que se consultan entre sí antes de toda decisión importante, por temor a las maniobras y embrollos del jefe del Estado). Amigo de Thiers, Mallevile no tardará en abandonar el Interior porque está demasiado independiente para comunicar todos los despachos. Muy cuidadoso de su popularidad, el príncipe-presidente indulta a la mayor parte de los desterrados, reduciendo su número de 12.000 a 1.200. Lo que no le impide vigilar los clubs, cuya disolución no obtuvo de la Asamblea, el 27 de enero de 1849, y las Sociedades de oposición, del tipo «Solidadridad republicana» (deteniendo a 27 de sus miembros dos días más tarde, al mismo tiempo que son disueltos trece —de un total de veinticinco batallones de la guardia móvil, «trabajados» por esta organización —24 de enero—). Se llama al general Changarnier al mando de la Guardia nacional y de la división de París.

Y como este general propone dos veces a Luis-Napoleón, el 29 de enero y el 13 de mayo de 1849 (antes y después de las elecciones), recurrir a un golpe de Estado, es de prever que el régimen presidencial que está probando Francia no tardará en desembocar en una dictadura. Tanto más cuanto que el escrutinio manda una mayoría monárquica en la Cámara: 200 legitimistas, 200 orleanistas, 30 católicos, frente a unos 50 bonapartistas, 70 republicanos moderados y 200 «montañeros», demócratas-socialistas (cuyo programa ha sido muy criticado por Karl Marx, porque preconiza la armonía en vez de la lucha de clases). Aunque la participación no pasó del 60 %, este escrutinio es el que refleja mejor la fisonomía política de Francia en este período. Pero Luis-Napoleón se enfrenta a una Asamblea hostil, que le obliga a andar con rodeos, a la vez que trata de desacreditarla delante de la opinión.

Al exigir una intervención francesa en Roma para proteger al papa, la Asamblea mete al presidente en apuros. Al recurrir a unos medios «paralelos» para «doblar» su diplomacia oficial, este último pierde la confianza de los católicos. Y se ridiculiza el Comité demócrata-socialista de Ledru-Rollin al protestar por una manifestación, que termina con un motín, un encierro en el Conservatoire des Arts et Métiers, la intervención del Ejército y la huida de los cabecillas, Victor-Considérant, Guinard y otros, que buscan refugio en Bélgica o en Inglaterra. Pero dos días más tarde, en Lyon, se trata de una insurrección mucho más grave en la Croix-Rousse: 150 víctimas entre los amotinados, 80 entre los soldados y 1.500 detenidos. El príncipe-presidente se aprovecha de esta oportunidad para formar un gabinete (entre «Amigos del Elíseo»), manejado por el duque de Morny (su medio hermano, heredero de Talleyrand por el general De Flahaut), presidido por el general d'Hautpoul, con Achille Fould (su comanditario) en Hacienda, Ferdinand Barrot (hermano de Odilon) en el Interior y Rouher en Justicia (28 de octubre de 1849).

Pero maniobra para que la impopularidad de la represión recaiga sobre la Asamblea, atemorizada por el espectro rojo, por la penetración de las sociedades secretas en el campo («los Hombres libres» en Bresse, «los Boncousins» en el Franco Condado, «la Mariana de los Campos» en el macizo central, «la Nueva Montaña» en el Sureste), por la contaminación de los campesinos y de los soldados por la propaganda socialista, por los éxitos en las elecciones complementarias de Flotte (un insurrecto de junio), de Vidal, compañero de Louis Blanc (el 10 de marzo de 1850 y del plutócrata demagogo Eugène Sue (el 28 de abril). Animada por la Comisión de los «Burgraves», la Cámara adopta más y más restricciones. Reduce el cuerpo electoral de 9.618.000 a 6.800.000, exigiendo tres años en vez de seis meses de residencia (ley del 31 de mayo de 1850). Reprime la actividad de los clubs, prohibidos con la primera infracción (6 y 8 de junio), y castiga no sólo a las sociedades secretas, como «la Némesis» (diciembre de 1850) o «el Tribunal revolucionario», sino también la «Unión de Asociaciones obreras», fundada por Jean Deroin, calle Michel Le Comte (entre el 23 de agosto y el 22 de noviembre de 1849), para reanudar la experiencia de Robert Owen (bonos de intercambio sustituidos al numerario; crédito mutual sin interés), cerrada por la Policía el 29 de mayo de 1850. Reduce la libertad de la Prensa, aplastándola bajo fianzas duplicadas, derechos de timbre, multas, de tal manera que desaparecerá «La Reforma», por ejemplo (16 de julio). Amo-

nesta a los funcionarios de tendencia socialista, peculiarmente a los maestros, entre los cuales 20.000, de un total de 60.000, quedan sancionados por los prefectos.

Frente a esta Asamblea que se proclama reaccionaria, Luis-Napoleón tiene el juego fácil. Pues, la mayoría monárquica no ofrece ninguna alternativa, siendo legitimistas y orleanistas perfectamente incapaces de entenderse. Por un lado, el conde de Chambord, visitado en Wiesbaden por Berryer y 36 diputados en agosto, mantiene con firmeza sus principios. Por el otro, la duquesa de Orléans y la reina Luisa de Bélgica no se dejan atraer por un acuerdo que no otorgaría al conde de París más que la sucesión del conde de Chambord. Y, mucho más allá de la susceptibilidad dinástica, un obstáculo mucho más grave se opone a la unión entre los dos grupos: su actitud frente a la oligarquía financiera ascendente. El jefe de la Casa de Francia (al que reprocha Guizot en 1850-51 «sus alianzas con las facciones anárquicas») escribirá en 1863: «Al proclamar la Revolución la libertad del trabajo, destruyó por el mismo golpe la libertad de asociación. Así fue víctima el individuo de una competición sin freno. Al mismo tiempo se constituyó una manera de privilegio industrial, llevando en sus manos la vida de los obreros, cuya dominación podía llegar a ser opresiva». Fiel a la tradición monárquica, Berryer desea la reconstitución de un régimen corporativo modernizado. Pues, ¿cuántos orleanistas, dispuestos a toda clase de palinodias políticas para mantener los privilegios de las «dinastías burguesas», se emparentan más con los medios de negocios judíos y masónicos que con sus lejanos primos monárquicos? Estos están dispuestos a prolongar los poderes del príncipe-presidente. Este último, muy listo en practicar un juego de balance, aparta a d'Hilliers, llama en el gabinete a su agente Persigny (9 de enero de 1851),pero ofrece una cartera a Eugène Schneider del Creusot (24 de enero). Empuja sus ventajas con botes rápidos, que siguen unos lentos retrocesos tranquilizadores. Si León Faucher propone revisar la Constitución para permitir su reelección (10 de abril de 1851), Víctor de Broglie y 233 representantes están dispuestos a seguirle (31 de mayo). Pero, mientras una petición reúne más de un millón de firmas el 1 de julio, no consiguen el 18 de julio, con 446 votos contra 278, la mayoría de los dos tercios necesarias para su propósito, de manera que Luis-Napoleón no puede mantenerse en el poder por vía legal.

Un golpe de Estado sin rebabas

Ahora bien, dispone de demasiados apoyos para marcharse. En los talleres masónicos, desde noviembre de 1848, el hermano Redarés, ex-consejero del Gran Oriente, distribuye folletos en su favor. Su influencia se extiende sobre la Prensa, después del «National», «Le Constitutionnel» de Véron (octubre de 1849) le apoya. Cuida de su popularidad en todo el país distribuyendo buenas palabras y abrazos durante innumerables giras de propaganda. La «Sociedad del 10 de diciembre», la «del 15 de agosto», animadas por el general Piat, el doctor Conneau, Abbatucci, etc., proporcionan la pandilla de alabarderos, los «bravi» asalariados (50.000 a 100.000), los ejecutores, los gorilas, la brigada de aclamadores. Si la Asamblea se asusta, se

finge desbandar los «décembraillards» (el 8 de noviembre), antes de la declaración tranquilizadora del 12 de noviembre de 1850. Hay más: acaricia al Ejército, viste el uniforme de general de la Guardia nacional, pasa revistas, durante las cuales se le aclama, al mando, con gritos de: «¡Viva Napoleón! ¡Viva el emperador!» En Satory, el 10 de octubre de 1850, es tal el escándalo, que la comisión permanente de la Asamblea exige la dimisión del ministro de la Guerra, d'Hautpoul. Y como al futuro emperador le hace falta una «espada», el conde Fleury recluta en Argelia al general de Saint-Arnaud, ex-protegido por Bugeaud, aventurero sin escrúpulos, que gracias a un ascenso relámpago se encuentra ministro el 27 de octubre de 1851. Al rechazar, por 400 votos contra 300, el derecho para su cuestores de requerir al Ejército en caso de peligro, la Asamblea se condena ella misma a la impotencia (17 de noviembre). Proclamando antes del 24 de enero de 1851 «¡El Imperio, ya está hecho!», Thiers sólo se anticipa unos meses sobre los acontecimientos: todo está dispuesto para el golpe de Estado.

La primera noticia, como es natural, la recibió de la boca misma del príncipe el embajador de Inglaterra, lord Normanby: «Las cosas no seguirán un curso normal». Reunidos en Saint-Cloud, el 11 de agosto de 1851, el duque de Morny, Persigny, Rouher y Carlie, prefecto de Policía, lo preveían primero para el 17 o el 22 de septiembre, pero, para no dejar nada al azar, se esperó la vuelta del general de Saint-Arnaud en Guerra y el apuntamiento de Maupas (otro ambicioso sin escrúpulos) en la Prefectura de Policía, el 21 de octubre, para reestudiar el proyecto. ¿No se corría el riesgo de que los orleanistas y Thiers, aprovechándose del desembarco del príncipe de Joinville en Ostende para reunirse con su hermano d'Aumale (de vuelta de Italia), tomen la delantera? Lo temía Palmerston. Finalmente, se escogió la fecha del 2 de diciembre. Encargado de su ejecución, Morny lo hizo con una perfección digna de Sieyes o de Fouché. Nada de esta improvisación, de estos peligrosos miramientos, de cualquier cuidado de respetar la legalidad, que fueron a punto de comprometer el éxito del 18 de Brumaire. Todo al contrario: un guión concebido y ejecutado de manera impecable. La policía disciplinada, cogiendo en sus camas a los jefes de la oposición, capaces de organizar una cualquiera resistencia: 78 notables, entre los cuales 16 parlamentarios, desde Thiers hasta los jefes de las sociedades secretas, incluidos los generales Cavaignac, Changarnier, Lamoricière, Bedeau, sin ninguna detención inútil. El ejército en su puesto, ocupando todos los puntos estratégicos de la capital, avisado por el general Magnan, al mando de la guarnición, desde el 26 de noviembre: «Obedecerán mis órdenes ciegamente... Debemos salvar a Francia... Serán cubiertos por mi responsabilidad». Con gran calma, Morny se establece en el ministerio del Interior. Ya se colgó en las paredes de París un manifiesto, decretando el estado de sitio y declarando disueltos la Asamblea y el Consejo de Estado, pero restableciendo, con gran habilidad, el sufragio universal. Así, disfrazado de dictador del pueblo, Napoleón puede caracolear en los bulevares.

En París la reacción parlamentaria ha sido nula: después de remolinar en la ciudad para reagruparse, finalmente en casa de Daru, calle de Lille, unos 250 representantes, expulsados de la Alcaldía del X.º distrito por los Cazadores de Vincennes, son encarcelados en el cuartel d'Orsay. Muy lenta, la reacción popular no se produce antes del día 4, cuando unos 1.200

amotinados edifican 70 barricadas. En el bulevar Montmartre la tropa dispara, produciendo 215 civiles y 26 militares muertos y 119 y 184 heridos, respectivamente. La resistencia se revela más violenta en unos veinte departamentos, particularmente en el sureste, muy «trabajado», como lo hemos notado, por las sociedades secretas, estrechamente federadas, en los Alpes bajos, alrededor de Draguignan, y en el Herault (Béziers), en la Nièvre (Clamecy), en el Loiret (en Bédarieux), en el Gers (en Auch), en el Lot-et-Garona. Esta concretización del espectro rojo sirve más bien la propaganda oficial, suministrando una excusa al golpe de Estado, antes de que sea legalizado por el plebiscito de los días 22 y 29 de diciembre, por 7.145.000 «sí» contra 592.000 «no» ¿No se justifican así las medidas de excepción, decreto del 8 de diciembre, autorizando la deportación de miembros de sociedades secretas e institución de comisiones departamentales mixtas integradas por un general, el prefecto y el fiscal de la República, que van a funcionar entre el 3 de febrero y el 27 de marzo de 1852? Serán detenidos 4.000 en París, cerca de 20.000 en las provincias, entre los cuales serán deportados 239 a Cayenne, 9.530 a Argelia; 2.804 internados; 1.545 expulsados o alejados; 247 comparecerán ante un Consejo de Guerra y 639 ante un Tribunal correccional. Queda rota la oposición, sea de derecha o de izquierda (Changarnier, Lamoricière, Bedeau, Thiers, Girardin y Edgar Quinet cuentan entre los alejados). Quedan prohibidos los clubs, las asociaciones obreras creadas desde 1848 y la Guardia nacional, disueltas; el derecho de reunión limitado, la prensa amordazada (17 de febrero), sometida a un régimen de autorización previa, de fianza, de suspensión después de dos avisos, de persecución delante del Tribunal correccional, de tal manera que sólo consiguieron subsistir cinco o seis grandes periódicos, bien nutridos por su publicidad.

Un sultán manejado por sus «visires»

Luis-Napoleón dispone de extensos poderes. La República presidencialista, instaurada por la Constitución del 15 de enero de 1852, ha sido cortada a medida para él. Elegido por diez años, designa a sus ministros, sus dependientes, sus escribas, sometidos a su voluntad; detiene la iniciativa de las leyes, el derecho de disolver la Asamblea, disponiendo de un plazo de seis meses para convocar nuevas elecciones; los funcionarios le prestan juramento. Un Senado, compuesto primero por 72 dignatarios escogidos por el presidente (más cuatro cardenales y ocho mariscales), el 26 de enero de 1852, y más tarde por 150 miembros vitalicios, «conservador de la Constitución», dispone de la vaga autoridad de proponer proyectos y de debatir del bien del Estado, como una Academia. El cuerpo legislativo, elegido el 29 de febrero, se compone de 260 diputados (uno por cada 35.000 electores), escogidos para seis años, entre los cuales sólo ocho oponentes, entre monárquicos y republicanos, pues bajo la batuta de Persigny en el Interior (desde el 23 de enero), la candidatura oficial ha sido empleada sin freno. El papel de estos «incondicionales» se reduce a dirigir «mensajes», sin debate, y a examinar los textos legislativos y los presupuestos, que no pueden ni enmendar ni modificar, con los consejeros de Estado por eso designados, en ausencia de los ministros: ¡así se trata de verdaderos «mudos del serrallo!».

Secundado por su «diván», integrado por 34 consejeros de Estado, el «Sultán» ejerce la dictadura tantas veces anunciada por Proudhon. Podría justificarse si se tratara de un régimen de autoridad, necesario para salvar al estado y hacer frente a serios peligros interiores o exteriores, para el bien de todos. Pero por desgracia se trata —por primera vez, pero no será la última— de entregar el país a la explotación extranjera y de utilizar sus medios en unas empresas ideológicas, no sólo ajenas, sino contrarias a sus propios intereses.

Porque, si en derecho el Sultán concentra en sus manos todos los poderes, de hecho le asesoran sus visires. Unos visires más potentes que él. De su abuela criolla, Josefina, Luis-Napoleón heredó una insuperable indolencia en la gestión de los negocios de su función, y por otra parte un afán inagotable de lujo y de goce. Siempre plagado de deudas, ¿cuántas veces se enfrentó con la Asamblea, que le disputaba sus fondos? En marzo de 1849, pidió la duplicación de su sueldo de presidente (600.000 francos) por unos tantos gastos de representación. En junio de 1850, recibió a título excepcional 2.110.000 francos. El 3 de febrero de 1851, volvió a pedir 1.800.000 francos que se le negaron. Entonces pidió prestados 500.000 francos al general Narváez, en la misma forma que había recibido 200.000 de Rapallo en 1849 y 200.000 de miss Howard. Y ¿cuánto de sus banqueros: de los Baring (a los cuales reembolsó 814.000 francos en 1852, de los Rothschild, de los Fould, de los Koenigswater? Antes del golpe de Estado, Emile de Girardin estimaba sus deudas en cinco o seis millones de francos. Por su parte, Morny, para montar la empresa, sacó mucho del bolsillo de su amante, Mme. Le Hon, hija del banquero Mosselmann (al cual debía todavía 3,5 millones en 1857). Hombre ligado a las sociedades secretas, Luis-Napoleón debe también mucho a la Alta Finanza cosmopolita.

De manera que, con él, sus comanditarios se van a instalar en el poder. Esto explica, quizá... cuando termina su gira triunfal a través del país (del 14 de septiembre al 16 de octubre de 1852), en la cual proclamó en Burdeos, el 9 de octubre, «¡el Imperio es la Paz!»... cuando, a iniciativa del Senado (por unanimidad de sus 87 miembros, a excepción de su ex-preceptor Vieillard), el 4 de noviembre, un plebiscito le aclama como emperador el 1 de diciembre, por 7.824.000 «sí» contra 253.000 «no» y 2.062.798 abstenciones... porque el primer gesto del «Imperator», general a título personal (era capitán de artillería en el Ejército suizo) que no obtuvo otras victorias que publicitarias... su primer gesto será declarar la economía y las finanzas como su coto reservado (6 de diciembre) y el segundo designar a Achille Fould en el nuevo gabinete (11 de enero de 1853) como ministro de Estado y más tarde de Hacienda, con Persigny en el Interior y Drouin de Lhuys en Asuntos Exteriores. Lo que equivalía a decir que hacía de él (ministro de la Casa Imperial el 14 de diciembre de 1852) su gran visir, dueño de los tratados de comercio, de las obras de utilidad pública, de las empresas de interés general y de un presupuesto votado en bloque por ministerio, con posibilidad de giro de un capítulo a otro, de todo lo que dependerá sólo de allí en adelante del «bon plaisir» del rey, cuya lista civil se incrementa de 12 a 25 millones (12 de diciembre de 1852).

* * *

Relevo de los Rothschild por Fould y los Pereira

En conclusión, como lo observa Proudhon, gracias a la Revolución del 48: «Francia no hizo más que cambiar de judíos». Se encuentra «entregada al monopolio de las compañías», a un «nuevo régimen feudal» (Carnets, 4 de septiembre de 1848). Así como lo afirmaba «El Rebato de los Trabajadores», en agosto de 1848, «el Judío, rey de nuestra época, conserva su trono». Después de todo, el equipo san-simoniano releva a los judíos de Corte. Los Rothschild deben ceder a sus rivales un puesto. Sin embargo, James, banquero de Luis-Felipe como del rey Leopoldo de Bélgica, no descuidó tomar una contra-seguridad cerca de los republicanos, de los ministros Garnier-Pagès y Goudchaux (redactor financiero del «National»), o de los generales Cavaignac y Changarnier (tan asiduo con su esposa Betty). Pero no apostó sobre el buen caballo y no conseguirá recobrar parte de su influencia hasta el matrimonio del emperador con Eugenia de Montijo, los días 29-30 de enero de 1853. Descendiente de la noble cuna de los Guzmán andaluces, la nueva emperatriz, condesa de Teba, por cierto, una católica sincera, pertenece, sin embargo, por su padre, que sirvió en el Ejército napoleónico, a una rama menor de los Montijo, una de las primeras familias masónicas de España, ligada al duque de Alba (Fitzjames, duque de Berwick), que se casó con su hermana «Paca». Por otra parte, tiene muchos lazos con la Alta Finanza. Sobrina del banquero Cabarrus (el padre de la señora Tallien), está emparentada por su madre con hombres de negocios irlandeses, su mejor amiga, la marquesa de las Marismas, es la esposa del banquero Aguado, este judío converso establecido en París, y su confesor, Bernard Bauer (que bailó con ella antes de hacerse Carma, y luego obispo), este «rabino de Budapest» como le apodaba irreverentemente la princesa Matilda, que colgó sus hábitos, una vez terminado su papel después de la derrota del Imperio, es el propio hermano del representante de los Rothschild en Madrid. Intima amiga de James, cuyo hijo fue uno de sus adoradores, aparecerá de su brazo en el día de su triunfo, en el baile de las Tuileries, el 12 de enero de 1853.

Pero está Luis-Napoleón tan fuertemente ligado, desde demasiado tiempo, con Achille Fould (que actuara de oficial del estado civil en su matrimonio), como para sacudir su influencia. No obstante, como en un cuento oriental, este gran visir había salido de la nada. De muy joven su padre, en Nancy, limpiaba botas cuando Cerfbeer se interesó en él, le recogió y le adelantó, tres veces, 30.000 francos para montar un banco... y quebrar pronto. Luego se asoció con su hermano Benoit, casado con una Oppenheimer de Colonia, así que sus dos hijos, Luis y Achille, conocieron la fortuna. Ahora ellos y los sefarditas del equipo san-simoniano, los hermanos Pereire y el aventurero Mirés, se encontraban en posición de controlar la economía francesa.

Recogiendo una vieja idea, que había sido la de Law, Isaac y Emilio Pereire crearon, con el concurso de Benoit Fould, d'Eichtal, de Cahen de Amberes, y también de Mallet, Seillière, Torlonia y del duque de Morny, un Instituto bancario capaz de arrastrar todos los capitales disponibles, hasta los mínimos ahorros, con el fin de controlar el máximo de empresas industriales y comerciales. Fue el «Crédit Mobilier» (Crédito mobiliario), fun-

dado el 18 de noviembre de 1852, con un capital de 60 millones. La Casa se desarrolló con rapidez, sus acciones, llevando un dividendo de 178,50, cotizaron hasta 1.892,50 en 1856. Su cartera se extendía en Francia y en el extranjero, a compañías de gas, seguros (la Paternelle, la Confiance, el Fénix español), de ferrocarriles (Saint-Germain, Nord, Cie. du Midi, en 1852; el Norte español, el Córdova-Sevilla), de canales (el del Ebro), bancos (los Créditos mobiliarios español e italiano, oriundo en 1863 de la Caja de Torino, la Sociedad general holandesa, el Banco de comercio y de Industria, en Darmstadt, el Banco Imperial Otomano). Pero se enfrentó con la hostilidad perseverante de los Rothschild. Le opusieron trabas en el Banco de Francia, en el cual Alfonso de Rothschild entró como regente, el 25 de enero de 1855. Primero limitadas en 1853, sus emisiones privadas de obligaciones fueron prohibidas por una decisión de 1855, confirmada por una ley del 17 de julio de 1856; más tarde, para defender su monopolio, el Instituto de Emisión rescató (a final de octubre de 1865) el Banco de Saboya, cuyo capital había sido incrementado (de 4 a 40 millones) en septiembre de 1863, por el Crédito mobiliario. Además se empeñaron en suscitarle competidores. Un primer intento de formar un sindicato, la «Reunión financiera», agrupando gracias a su apoyo a final de 1855 la mayoría de sus rivales en la construcción de ferrocarriles, los Talabot, Bartholony, Blount y las casas Vernes, Duvillier, Marcuard y Schneider, con el fin de fundar un «Comptoir Impérial des Travaux Publics, du Commerce et de l'Industrie», terminó con un fracaso, el 12 de diciembre de 1856. Pero otro llegó a la creación en 1864 de la «Sociéte Générale pour favoriser le Développement du Commerce et de l'Industrie» (la Sociedad general) con el capital, enorme para la época, de 120 millones. Aunque el «Crédit Mobilier» duplicará el suyo hasta llevarlo a la misma cantidad en enero de 1866, apurado por el fracaso de su empréstito mejicano, comprometido en las especulaciones infelices de su filial la Compañía inmobiliaria de París (sobre terrenos en la Joliette, en Marsella, rescatados a Mirès en 1866-67), y abandonado por el «Crédit Foncier» y de Frémy, se hundió en abril de 1867 (con sus acciones caídas a 133,75) y fue liquidado en 1871.

En cuanto a Julio Mirès (1809-1871), dependiente de corredor de cambio y periodista, como Isaac Pereire, redactor del «Temps» y de los «Débats», había comprado con Moïse Milhaud, antes de la Revolución del 48, «Le Journal des Chemins de Fer» (El Diario de los Ferrocarriles), y fundado en 1856 una «Caja general de los Ferrocarriles», que controló la construcción de líneas en Portugal, en los Estados romanos y en España, entre Pamplona y Zaragoza. Disponiendo de grandes medios, se había apoderado de los periódicos «El Constitucional» y «El País», cuando fue condenado por estafa a cinco años de cárcel y 3.000 francos de multa por haber traficado en Bolsa con títulos depositados por sus clientes, en 1861: así desapareció de la plaza.

Prosperidad sansimoniana

Los Institutos especializados creados en este período (siempre según las ideas sansimonianas), conocieron una mejor fortuna. Inspirándose de las

Cajas hipotecarias (Landschaften) de Federico II y del ejemplo más reciente del Banco Deleuze (1818), modificada dos años más en «Caja hipotecaria» y liquidada en 1847, el «Crédit Foncier» (territorial) abrió sus ventanillas, el 28 de febrero de 1852, bajo la dirección de Charles Laurent y de Wolowski. Creado primero en París, luego en Marsella y Nevers (con un capital de 25 millones), se transformó el 10 de diciembre en «Crédit Foncier de France» y recibió una subvención de 10 millones sobre los bienes de la familia de Orléans, que Luis-Napoleón tuvo la inelegancia de confiscar (el 23 de enero de 1852), atribuyendo (con espíritu demagógico) otros 10 a las Sociedades de Socorro mutual, 10 a la construcción de viviendas y cinco a las pensiones del Clero. El 5 de julio de 1854 se confió la gestión del nuevo Instituto (según el modelo del Banco de Francia) a un gobernador, asistido por dos subgobernadores, designados por el Estado. Gracias a su intervención, bajó el interés del 5 al 4 %; en cuanto al volumen de sus préstamos, aumentó de 60 millones en 1854, a 85 en 1858 y a 188 en 1861. Desdichadamente, de esta cantidad, los propietarios de inmuebles se llevaban 120 millones, en detrimento de los agricultores. Lo que obligó a crear, en favor de estos últimos, otro Instituto especializado, el «Crédito agrícola».

Un intento de creación de un «Crédito popular», por Proudhon, bajo el nombre de «Banque du Peuple» (con un capital de cinco millones) en 1848 no tuvo éxito... porque se encarceló a su autor, acusado de un delito de prensa, el 12 de abril de 1849. Inspirándose de Robert Owen, en su «Organización del Crédito» y apoyándose sobre una organización centralizada de la producción y del consumo, el líder sindicalista pretendía sustituir el numerario por una moneda fiduciaria interior (efectivamente serán emitidos unos cuantos adornados con el triángulo masónico y, si no suprimir, al menos reducir la tasa de interés, descontado al 1 % letras con dos firmas, comunicando empresas y asociaciones cooperativas y concediendo al pequeño comercio y al artesanado adelantos (con garantía o hipoteca) y hasta descubiertos en blanco. El fracaso de esta interesante experiencia aplazó durante medio siglo la creación de bancos populares en Francia, hasta que, procedentes de Alemania, volverían a ponerse de moda.

Más felices los «Comptoirs d'Escompte» (de Descuento), probados por primera vez en París después de la revolución de 1830 y bajo la presión de las circunstancias en 1848 (con la quiebra de numerosos bancos privados: Caisse générale du Commerce et de l'Industrie de Laffitte, Comptoir général du Commerce, Caisse Centrale du Commerce et des Chemins de Fer) y respondiendo a una necesidad patente, recibieron la más favorable acogida. Entre mayo de 1848 y principio de 1849 su número pasó de 44 a 67, y su volumen de negocios de 138,9 millones en 1850-51 a 397,5 en 1853-54, para llegar a más de 3.000 millones en 1896; siendo su capital elevado de 30 millones en 1853 a 40 en 1857 y a 100 en 1866. Por decreto del 24 de julio de 1854, su Casamadre, el «Comptoir d'Escompte de Paris» se transformó en un establecimiento privado.

Su éxito alentó el florecimiento de muchos bancos de depósitos: el «Crédit Industriel et Commercial» del marqués de Audiffret, senador, en 1859, completado por una red de bancos regionales, el «Crédit lyonnais» de Henri Germain (yerno de Vuitry, del P. L. M., gobernador del Banco de

Francia) en 1863, con numerosas sucursales, «Société générale» de Eugène Schneider (vicepresidente del cuerpo legislativo en 1864), «Société Marseillaise de Crédit», en 1865. De estos hombres de negocios, con otro pie en la política, el capitalismo anónimo moderno recibió un impulso decisivo: la ley de los días 23-29 de mayo de 1863 abolió la autorización necesaria para la creación de sociedades por acciones, y la del 24 de julio de 1867 favoreció la concentración de capitales y autorizó a los bancos a participar en el lanzamiento de nuevas empresas.

Mostrando su confianza en la recuperación económica —que confirma el aumento del volumen de descuento del Banco de Francia, reducido en 1850 a la mitad de la cifra de 1847, para reelevarse a 1.847 millones en 1852, 2.944 en 1854 y 3.762 en 1855—, la Bolsa acogió la noticia del golpe de Estado del 2 de diciembre con un alza espectacular de los valores. La renta al 5 %, caída a 71 a final de 1848, se restablecía a 91,45 el 29 de noviembre de 1851, a 96,50 el 6 de diciembre, y pasaba de la paridad, cotizándose a 106,50 el 7 de enero de 1852. Paralelamente el 3 %, caído a 48,10, llegaba a 68 el 8 de marzo. El dinero, abundante, se volvía también barato, bajando el Banco de Francia su tasa de descuento del 4 al 3 % el 3 de marzo. Aprovechándose de circunstancias tan favorables y sin esperar la convocación de una asamblea (pronta a oponerse en defensa de los intereses de los portadores), se decretó, el 14 de marzo de 1852, la conversión de la renta en 4,1/2 %. Apoyada a la vez por el Banco de Francia, la Caja de Depósitos, los recaudadores y la Alta Banca de los Pereire y de los Rothschild (demasiado contentos con la perspectiva de hincharse con valores en alza, y por una vez reconciliados), la operación (abarcando un capital de 3.586,9 millones) se saldó con el reembolso de 78,5 millones de rentas y la conversión efectiva de 175,5 millones en 158 millones de 4,5 %, ahorrando cerca de 16 millones al Tesoro. El 27 de abril, se cambiaron 4,4 millones de rentas al 3 % por 4,475 al 4,5 %.

Unas finanzas de facilidades

Pero, por lo tanto, no se restablecieron las finanzas públicas. En su conjunto, la catastrófica gestión de la II República se saldaba con un incremento de la Deuda de 48,7 millones en intereses (1.308 de rentas del empréstito nacional, más 44.000 de diferencia entre la cotización de 80 y la paridad); 21 millones de reembolsos a los depositarios en las Cajas de Ahorros, bajo forma de 19,6 millones de rentas 5 % al 80 (17 de julio de 1848) y 13,8 millones de reembolsos a los portadores de Bonos del Tesoro por la inscripción de 15,6 millones de 3 %; 13,131 millones de la emisión, el 24 de julio, de rentas 5 % a 75,25, abierta a los suscriptores no liberados (sólo se habían pagado 82 de un total de 250 millones) del empréstito 3 % de 1847; 6,8 millones para la Compañía de Lyon (rescate y empréstito), 210.000 para la consolidación de tontinas al 5 %, o sea, un total de 56.705.602 (menos ocho millones de rentas al 4 % de las Cajas de Ahorros, anuladas).

Para ganarse los favores de los «Nantis» (enriquecidos), Achille Fould, ministro de Hacienda, el 1 de noviembre de 1849, se apresuró a retirar el proyecto de empréstito sobre la renta (60 millones, bajo la forma de un

aumento de la contribución personal); en compensación restableció, el 20 de diciembre, la tasa sobre las bebidas, aplazó la amortización manteniendo hasta 1852 los descuentos sobre los sueldos de los funcionarios (pesadilla de los revolucionarios del 48), disminuyendo los créditos de Guerra y de Marina, y amortiguando, casi por la mitad, el ritmo de las grandes obras (de manera que, en vez de 618 millones en los tres años 1845, 46 y 47, sólo se gastaron 317 millones para los ferrocarriles durante el período 1849, 50 y 51). A pesar de estas medidas, no se consiguió equilibrar el presupuesto hasta 1854. Se saldaron los anteriores con déficit: 193,6 millones en 1849 (1.619,6 de gastos y 1.426 de ingresos), 41 millones en 1850 (1.472 y 1.431), 63 millones en 1851 (1.434 y 1.371), 53,6 millones en 1852 (1.503 y 1.449,4) y 123,1 millones en 1853 (1.525,6 y 1.518). En 1854, los ingresos equilibraron los gastos. Y se mantuvo favorable la situación hasta 1860, con cuatro millones de excedente en 1855 (1.566 de ingresos y 1.562 de gastos), 112,9 en 1856 (2.307,9 y 2.195), 38,9 en 1857 (1.911,4 y 1.872,5), 20 en 1858 (1.737 y 1.717), 2,9 en 1859 (2.210,5 y 2.207,6) y sólo 0,9 en 1860 (1.825,8 y 1.824,9). Para volver el déficit en 1861 (2.170,9 de gastos y 2.006 de ingresos, o sea, 164 millones), lo que alarmó a la vez al mundo político y al de los negocios.

¿Qué había ocurrido? Sencillamente que, los medios del mercado financiero mostrándose inagotables, se había recurrido al empréstito, bajo todas las formas, sin freno. Al reembolsar con rentas los depositarios de las Cajas de Ahorros, tanto como los poseedores de Bonos del Tesoro, se habían popularizado los fondos de Estado entre las manos de pequeños o medianos capitalistas. Hasta el punto de que el número de portadores subió de 291.808 el 1 de enero de 1848, a 823.790, el 1 de enero de 1850, para retroceder a 664.000, antes de la guerra de Crimea, y pasar de 900.000 en 1855. A cada llamada respondían con tal afán que ofrecieron en vez de 500 millones, 2.175, y en vez de 750, 3.652 para las emisiones del 31 de diciembre de 1854 y del 11 de julio de 1855, cuando por otra parte suscribían 2.472 millones en acciones y 2.097 en obligaciones de ferrocarriles, y que se les solicitaba para varios préstamos locales. Como, para financiar la guerra de Crimea, no se ponían de acuerdo Rothschild y los Péreire, Mirés propuso dirigirse directamente al ahorro. Entonces, para una suscripción de 260 millones, el 8 de marzo de 1854, sea en 4,5 % a 92,50, sea en 3 % a 65,25, con pago de una décima parte, y el resto en quince meses: 99,224 suscriptores ofrecieron 468 millones, entre los cuales 308 en 3 %. Luego, el 31 de diciembre de 1854, para 500 millones a 92 y 65,25, 180.480 ofrecieron 2.175 millones, entre los cuales 1.806 en 3 %, que subió a 66,80... y por fin el 11 de julio de 1855, para 750 millones, 316.684 ofrecieron 3.652 millones. Para cubrir los gastos de la guerra de Italia, se emitieron, el 2 de mayo de 1860, 500 millones, sea en 4,5 % a 91 (bajó de 96 a 88), sea en 3 % a 60,50 (de 68 retrocedió a 60,90), y 690.190 suscriptores ofrecieron 2.509 millones. Así, la Deuda pasaba a 1.580 millones en 1855. Más 679 millones en 1853 de Deuda flotante (entre los cuales 118 recuperables sobre los ferrocarriles). Más 250 millones de Bonos del Tesoro en 1855; cuando el descubierto aumentaba de 839 millones en 1856 a 913 en 1858.

Entonces, para cubrir los intereses de tan creciente carga (72 millones de más para la guerra de Crimea y 25,7 para la de Italia) no hubo más remedio que recurrir al impuesto (por lo que se debía empezar): votar un segundo

décimo (52 millones en 1856), incrementar en 11 millones los derechos sobre el alcohol, en 7 millones las tarifas de ferrocarriles, y sustituir al segundo décimo en 1858, tasas sobre los valores mobiliarios, estimadas en más de 14 millones. Estas medidas permitieron reanudar la amortización (40 millones) en 1859, reducir el descubierto a 808, y luego a 750 millones y disminuir el volumen de los Bonos de 311 millones (el 1 de enero de 1858) a 195 (el 1 de enero de 1859). Fuertemente sentado, el Banco de Francia aguantó la crisis de la Revolución del 48 y consiguió satisfacer las necesidades incrementando de 452 a 525 millones el volumen de circulación de billetes en 1850. Prorrogado su privilegio en junio de 1857, su capital fue duplicado y elevado a 100 millones por la emisión de 91.250 acciones privilegiadas. En compensación se comprometió a adelantar 80 millones al Estado de manera permanente. Su cifra de negocios alcanzaba 5.000 millones. Y no le quebrantó el contragolpe de la crisis, que, en este mismo año 1857, obligó a 32 de los 33 bancos norteamericanos a suspender sus pagos, crisis que se hizo sentir duramente en Inglaterra y Escocia.

Intervención de los especuladores cosmopolitas...

El gobierno imperial no dio prueba de más prudencia en materia de inversiones y de obras públicas que en su gestión presupuestaria. En este coto reservado al Sultán y a sus visires, extendido por el Senado-consulto del 25 de diciembre de 1854, a «todas las empresas de interés general», siempre quedará enfeudado a la Alta Banca cosmopolita. Todavía, el 13 de mayo de 1851 la construcción de la línea «Versalles-Rennes» se pone en adjudicación (a la Compañía inglesa Stokes-Geach, Fox y Henderson) para noventa y nueve años, con garantía de 4 % contra 55 millones. Pero el año siguiente —el gran año de los ferrocarriles— se conceden, sin más subasta y sólo por decisión del príncipe: el 3 de enero de 1852, a Genissieu, Boignes, el inglés Blount y Talabot (apoyados por los Rothschild), Lyon-Avignon, Avignon-Marsella y Marsella-Toulon (sobre la base de 49 millones de subvención y de 30 de garantía)... el 5 de enero de 1852, a Ernest André, Barthelony, Seillière, Rothschild y el inglés Baring, París-Lyon... y el 12 de febrero, a los mismos, la línea Dijon-Besançon (sobre la base de una garantía de 200 millones a 4 % para cincuenta años, con reembolso de 114 millones en cuatro años)... el 8 de julio, a Benoist d'Azy, Duchastel y el inglés Blount la línea París-Cherbourg... el 24 de agosto a Ernest André, Bischoffsheim, d'Eichtal, Ezpeleta, Emilio e Isaac Pereire, etcétera, las líneas del Mediodía, Bordeaux-Sète y Bordeaux-Bayona (los judíos de Burdeos, muy interesados en el enlace con Marsella, puerta de Oriente, inauguran solemnemente la línea en Tolosa, como la de Irún, en presencia de la reina de España). En el año 1852 se conceden así 3.496 kilómetros de vías y 2.134 en 1853, que cuestan al Estado (deduciendo los reembolsos) en vez de 102.482 francos por kilómetro bajo Luis-Felipe, 102.061 en 1852. Se abren al servicio: 890 kilómetros en 1855, 963 en 1856, 1.263 en 1857 y 1.199 en 1858. En conclusión, para 6.500 kilómetros explotados y 4.750 en construcción en 1 de enero de 1857, el Estado pagó 661 millones y las compañías 2.419. Se acelera entonces el equipamiento de Francia que se encontraba en el tercer rango de Europa en 1852, detrás de Inglaterra (11.000 kilómetros), Alemania (8.000), con 3.000, cuando Bélgica disponía de 850.

Simultáneamente, las grandes redes se organizan. Se señala el año 1854 no sólo por la concesión de la línea París-Orléans, el 27 de marzo, para noventa y nueve años, al ginebrés Barthelony (coaligado con el grupo Talabot-Rothschild) con garantía de 50 millones en cincuenta años, sino por la fusión de las líneas Creil-Saint-Quentin y Amiens-Boulogne, el 19 de febrero, con la Compañía del Norte (bajo control de los Rothschild), fusión facilitada por la ley de 8 de julio, que permitirá la constitución de la red del Oeste en 1855 y, en 1857, la del París-Lyon-Mediterránea, terminado en 1856 (Talabot-Rothschild). A pesar del fracaso del Gran Central (915 kilómetros) de los Pereire, apoyados por el duque de Morny y unos ingleses, entre 1853 y 1857 quedan las grandes líneas repartidas entre seis grandes redes. Pero de un programa total de 15.956 kilómetros al 31 de diciembre de 1857, más de la mitad, 9.498 kilómetros, quedan por terminar. Se trata de vías secundarias, menos rentables, de un coste de 3.085 millones. Entonces, para aliviar la carga de los concesionarios, la convención-tope del 11 de junio de 1859, les ofrece para cincuenta años, desde el 1 de enero de 1864, una garantía de intereses de 4 %, con un reparto de beneficios desde 1872, medidas en vano criticadas por Darimon y Emilio Ollivier.

Pues los ferrocarriles, todavía más que los empréstitos, dan lugar, sobre todo después de 1856, a especulaciones tan desenfrenadas que Oscar de Vallée las denuncia en su «Manejadores de Dinero» y que el mismo gobierno y la magistratura, asustándose, limitan las comanditas por acciones por la ley del 17 de julio de 1856. Las acciones del Norte (que producen un dividendo de 50,50 en 1854 y de 61 francos en 1855), emitidas por debajo de la paridad de 500 francos, cotizan hasta 795 en 1856, las del Mediodía 876, las del Este 922, las del Lyon hasta 1.600. Tal es el afán del público que los bancos emiten más de 3,8 millones de obligaciones al 3 %. Pero como el rendimiento de las vías secundarias resulta netamente inferior, la tendencia cambia de sentido. En 1857 las acciones del Norte retroceden a 637, las del Mediodía a 512, las del Este a 607, las del Lyon a 1.190. Ahora, ¿qué importa? La Alta Banca y los concesionarios se aprovecharon del «boom», ahora les toca a los pequeños portadores soportar las consecuencias de la baja.

Después de los ferrocarriles, la empresa más espectacular y también la más escandalosa de la época es la urbanización de París por el prefecto Haussmann, judío, procedente de Burdeos, con su colaborador Alphand, el 1 de julio de 1853 en el Hotel de Ville de la capital. Las obras, destinadas a despejar los mayores edificios, los accesos a las estaciones, y a dar paso a unos grandes bulevares (muy útiles para facilitar la represión de disturbios por las fuerzas del orden), se efectuaron en varias fases. La primera fue alimentada por los arbitrios (aumentados de 39,3 millones en 1852 a 54 en 1859), por subvenciones estatales (47 millones entre 1853 y 1857) y por un empréstito de la ciudad (60 millones, el 2 de mayo de 1855). En la segunda, se preveía una participación por una tercera parte del Estado, que no debía pasar de 50 millones. Pero con la ampliación constante del programa, los presupuestos se hincharon de 180 millones (mencionados por la convención del 28 de mayo de 1858) a 410 millones. En la tercera, la ciudad asumió una carga de 300 millones. Y con la anexión de once municipios suburbanos (el 16 de junio de 1859) debió pagar entre 1.237 millones y 2.000. Endeudada por 1.000 millones (y por 465 millones más al Crédito Hipotecario), debió

emitir otro empréstito, el 6 de marzo de 1869. Así, la obra magnífica pero tan costosa (y tan profitable para los agiotadores) de Haussmann se mereció duras críticas, no sólo de Thiers, sino también de Rouher, aunque sea este último uno de los más decididos apoyos del régimen. Se le reprochaba también el haber ensanchado el foso entre las clases sociales (que hasta entonces vivían en pisos vecinos en la misma casa), apartando de los barrios de moda cosmopolitas (cuyos alquileres se duplicaron) a los económicamente débiles, obligados a vivir en suburbios sórdidos.

...y de los exportadores británicos

Desde 1861, por otra parte, se dirigen más y más críticas contra la gestión de la economía por el Sultán y sus «visires». Perjudicados en sus más legítimos intereses por la política de «libre cambio» practicada por el gobierno, empresarios y hombres de negocios protestaban a quien más contra los «firmanes» que les molestaban. Bajo el pretexto de acelerar la construcción de los ferrocarriles, se abrieron las barreras aduaneras para dar paso a los rieles británicos (5 de noviembre de 1855 y 27 de febrero de 1856). Pero se resistió el cuerpo legislativo a un proyecto más amplio presentado el 9 de junio de 1856. Bajo el pretexto de reducir el coste de la vida y de ganar el apoyo de la Gran Bretaña a la anexión de Niza y de la Saboya, y a iniciativa del sansimoniano Michel Chevalier, se trataba nada menos que de la adhesión de Francia a la zona de libre cambio patrocinada por Richard Cobden y la escuela de Manchester. De vuelta de los Estados Unidos en 1840, Michel Chevalier se había encontrado con Cobden en Inglaterra durante el verano de 1859, y devolviendo esta visita, a final de año pasa negociar, acompañado por su embajador lord Cowley Cobden vino a Francia, y por Persigny, embajador en Londres, con el emperador, asistido por sus inseparables Fould y Rouher, con la connivencia de Baroche (ministro encargado de las relaciones con el cuerpo legislativo); un «golpe forrado» que estalló con una carta del emperador a Fould (5 y 15 de enero de 1860). Demasiado tarde para que la Asamblea pueda oponerse al tratado, firmado el 23 de enero y publicado el 10 de febrero.

Reunidos en París, 400 empresarios protestaron en vano, no les hicieron caso. Mediante unas mínimas concesiones (reducción de derechos de 5 a 3 shillings sobre los artículos de París, de seda, vinos), Francia consentía en abolir las tasas a la importación de lana o de algodón, a reducirlas sobre los tejados, los hierros, los rieles y las máquinas, primero al 30 % y luego al 25 % «ad valorem» el 1 de octubre de 1864, a disminuirlas en la mitad sobre el carbón y en más de la mitad sobre el azúcar, el café, el cacao y el té (19 de mayo). Otras dos convenciones, firmadas los días 12 de octubre y 16 de noviembre de 1860, agravaron estas condiciones, reduciendo todavía las tarifas entre 10 y 20 %. Y siguiendo el mismo camino otros acuerdos análogos se firmaron con Bélgica en 1861, España y el «Zollverein» alemán en 1862, Italia en 1864 y los Países Bajos en 1865: por sí sola, Francia se convertía en un «mercado común» de Europa.

Inflación del presupuesto y de la Deuda

Pero he aquí que, al reducir los derechos de aduana, se disminuyen los ingresos del Tesoro. En un mal momento, por otra parte: la expedición a China, la ocupación de Roma, la anexión de Niza y de la Saboya cargaban el presupuesto con 200 millones de créditos suplementarios y el aumento de los gastos militares (158,7 millones), al hinchar los efectivos de 392.000 a 464.700 hombres. Ahora bien, el tratado de libre cambio cavaba un hueco de 95 millones, no compensado por un alza de 24 millones de tasas sobre el alcohol. La oposición no podía dejar escapar tan buena oportunidad. En febrero de 1861, Casimir Perier publica una verdadera requisitoria contra las Finanzas del Segundo Imperio: la carga de la Deuda incrementada durante once años en 11 millones (comparando con 12,27 en los dieciocho años de la Monarquía de julio), cuando las grandes obras no absorbieron más que 508 millones entre 1852 y 1859 (958, entre 1841 y 1847); inflación tan excesiva de créditos extraordinarios que se establece en término medio en 336 (2.365,7 millones) en el período 1852-58, en vez de 81 millones (1.468,8 millones) en período 1830-48. Sin olvidar la lista civil y la dotación de la Asamblea, hinchadas en desenfrenadas proporciones: ¿no se callan mejor bocas bien llenas?

No obstante el éxito de una emisión, el 2 de julio, a 440 francos, de 300.000 obligaciones de ferrocarriles (132 millones de capital), la coyuntura no tardó en confirmar los temores del ex-presidente del Consejo de Luis-Felipe, reforzados por la publicación por Forcade en la «Revue des Deux-Mondes» del 15 de octubre de 1861 de una verdadera reprimenda. El descubierto está a punto de llegar a 1.000 millones. Con sus existencias reducidas a 304 millones, el Banco de Francia ha tenido que elevar su tipo de descuento al 6 % (por causa de una mala cosecha, ha sido necesario importar cereales por un valor de 250 millones). El mismo Fould pronuncia la palabra de crisis en un memorándum dirigido al emperador el 29 de septiembre, y publicado el 14 de noviembre de 1861. Encargado otra vez de la cartera de Hacienda el 12 de noviembre, obtiene el derecho de veto sobre los gastos de los ministerios (presentados a la Asamblea en 59 secciones, aun conservando el derecho de transferencia con el acuerdo del Consejo de Estado, por el Senado-consulto del 31 de diciembre de 1861), incrementa los impuestos sobre la sal y el azúcar, reduce a 400.000 hombres los efectivos del Ejército, y como la renta 4,5 % cotiza entonces 99 y la 3 %, 71, propone a los portadores, el 8 de febrero de 1862, la conversión facultativa de sus títulos, mediante un saldo. Así se cambiaron en 4 % 133,6 millones (de los 173 al 4,5 % subsistieron 39,6) y 1,6 millones de 3 % (de un total de 2,1 subsistieron 0,47), cuya cotización, caída a 68, se alzará pronto a 71.

En cuanto al presupuesto, hinchado hasta llegar casi a un segundo billón (1.974 millones de ingresos y 1.969 de gastos en 1862), imaginó dividirlo en varios trozos: ordinario (1.729,9 de ingresos), especial (217,9) (al que se añadirán pronto «servicios especiales»), extraordinario (121,1) y rectificativo (25), llegándose al mismo resultado, es decir, en el ejercicio 1863, a un déficit de 95 millones (entre 2.212,8 millones de gastos reales y 2.117,8 de ingresos). Pasa lo mismo en 1864, añadiéndose a 2.205 millones un rectificativo de 137 millones; en 1865, 51,7 de déficit, más 82,9 millones de rectifica-

tivo; en 1866, 2.188,7 millones + 85,5; y en 1867 (2.086,3 millones de gastos + 113 de rectificativo + 158,6 de créditos militares), 189 millones de déficit. Así se establece el balance de la gestión de Fould, al marcharse de Hacienda, el 19 de enero de 1867.

En 1864 la Deuda flotante subió otra vez a 973 millones. A consecuencia de la expedición a Méjico, que drena sin cesar los recursos del Tesoro (25, luego 37,9 millones en 1863, 67 en enero de 1865, etc., en total 363 millones, de los cuales serán reembolsados 62). Participando en el 30 % de los negocios del banquero suizo Jecker, preocupado por la recuperación de sus creencias dudosas (75 millones de bonos emitidos por el general Miramon en 1859), Morny, presidente de la Asamblea a final de 1854, empujó a la aventura mejicana, apoyado por los banqueros, muy esperanzados con la perspectiva de lanzar empréstitos. El 12 de enero de 1864, para un capital de 300 millones de renta 3 %, emitida a 66,30, los suscriptores ofrecen 4.847 millones. La convención de Miramar (11 de abril de 1864, imponiendo el pago de una indemnización de 270 millones a un país que necesitaría, al contrario, un aporte de 150 a 200 millones de dinero líquido para poner en marcha su administración y su economía deterioradas, cubre nuevas emisiones. Una primera de 95,7 millones de capital en renta 6 % repartida en Francia (de los cuales Glynn y otros prestamistas ingleses de un préstamo de 1851 sacarán 23,6 millones, conservando a su disposición el gobierno francés 66). Luego, una segunda, de 500.000 obligaciones a 6 % en loterías, ofrecidas a 340 francos, por un sindicato de banqueros, Pinard, Blount, Hottinguer, Seillière, Erlanger, etc., cálidamente apoyada, por entusiastas intervenciones de Fould, Rouher y Corta en el cuerpo legislativo (10 de abril de 1865). Lástima que, de los 170 millones recogidos, aparte de 12,6 pagados a Jecker (el 15 de septiembre de 1865), el emperador Maximiliano no recibió más que 97, ya que los otros se perdieron en el camino. Y como la aventura terminó mal, para reembolsar a los portadores no hubo más remedio que emitir (el 23 de julio de 1869) cuatro millones de renta (por un capital de 93 millones).

Tan catastrófica política, naturalmente, la oposición la denuncia, con tal que tenga la palabra. Soltando lastre, el decreto del 24 de noviembre de 1860 restableció el «mensaje», autorizó la reproducción de los debates y la presentación de algunas enmiendas, además de nombrar un ministro sin cartera (Baroche y luego Rouher) encargado de las relaciones con el cuerpo legislativo. Aprovechándose de una petición de 93 millones de créditos suplementarios presentada (el 8 de enero de 1864) al mismo tiempo que la autorización de lanzar el empréstito de 300 millones (arriba mencionado), Berryer estigmatiza los aberrantes métodos del régimen, resultando en un endeudamiento de 3.144 millones (menos 787 dedicados a obras públicas) en doce años, la emisión de 2.057 millones de empréstitos desde 1852, la inflación de la Deuda flotante (de 614 millones en enero de 1852 a 971 en 1864), el recurso a toda clase de préstamos disfrazados (100 millones de la augmentación de capital del Banco de Francia, 116 sacados de la Caja del Ejército, 290 procedentes de obligaciones trentenarias, 157 de saldo de la conversión), el exceso de créditos adicionales (2.400 millones entre 1851 y 1858 —de los cuales 1.350 para la guerra de Oriente—, 83 en 1859, 115 en 1860, 200 en 1861, etc.). El 11 de enero, asociándose a estas críticas, Thiers exige para la Asamblea el derecho de ejercer su control sobre la gestión del gobierno.

Cuando Fould, después de intentar reducir la Deuda flotante (de 934 a 760 millones en enero de 1866), tuvo que dejar su cartera a Rouher y luego a Magne; estos dos ministros se empeñaron en reconstituir la Caja de Amortización (11 de junio de 1867), dotándola de nuevos recursos (75 millones procedentes de los bosques, de los ferrocarriles y de los beneficios de la Caja de Depósito). De este modo consiguieron reducirla (aunque subió otra vez a 902 millones el 31 de julio de 1868) a 727 millones en 1869 y 785 en 1870. Pero los presupuestos seguían muy pesados: 2.139,4 millones de gastos, más 58,4 en 1868 (entre los cuales 75,2 para la amortización); 2.170,8 en 1869 —76,1), y como la política extranjera del Imperio resultó en el aislamiento de Francia, frente a una Alemania en plena expansión, dominada por la Prusia de Bismarck, fue necesario recurrir otra vez al empréstito para modernizar el armamento (emitiendo 19,5 millones de renta 3 % a 69,25, el 1 de agosto de 1868, para disponer de 162 millones de un total de 429 de capital, para cubrir gastos militares). Menos mal que el Banco de Francia había reconstituido sus existencias (1.150 millones en abril de 1868), aunque haya bajado su tipo de descuento al 2 y al 2,5 %. No obstante, en 1867 su volumen de descuento bajó de 6.656 a 5.723 millones, pero subió otra vez a 6.676 en 1869. Pero contra el despilfarro de las finanzas del Imperio, más y más voces se alzaban: el economista Horn, Allain-Targé, Boudon, Merlier: un libro se titulaba «El tercer billón», techo que el presupuesto (incluidos los gastos locales) alcanzará pronto. Enfeudado al Dinero, Luis-Napoleón hizo de su dominio «reservado» el coto de caza de la Alta Banca internacional.

* * *

Vasallaje hacia Londres en Crimea...

«Maniatado en las redes de las sectas» (así lo describía Metternich a Apponyi, su embajador cerca de Luis-Felipe, el 21 de junio de 1832), instrumento dócil del gabinete de Saint-James, convertirá Francia en soldado de Inglaterra, y dilapidará sus hombres y sus recursos al servicio de empresas ideológicas que se revolverán contra ella. Seguro de la fidelidad de este aliado sumiso, el príncipe consorte Alberto, esposo de la reina Victoria, no vacilaba en comentar: «Francia está dispuesta a hacer todo lo que queramos, ¡la guerra o la paz!», y Palmerston se atrevía a añadir, dirigiéndose a los Comunes: «Los dos países no tienen más que un solo gabinete, cuyos miembros viven, unos a orilla del Sena, y los otros, a orilla del Támesis». Ni siquiera un Dominio. ¡El «Anschluss»!

Pues, unos meses más tarde, Gran Bretaña arrastraba a Francia en su guerra contra Rusia; mejor dicho, la empujaba delante: siendo la nota de París del 27 de marzo de 1854 y la de Londres del 28. ¿Cuáles eran entonces las quejas de Francia? Quizá sus privilegios sobre los Santos Lugares (reconocidos en 1740) habían sido disminuidos por un «firman» del sultán (el 9 de febrero de 1852), mientras que Rusia, protectora de los súbditos griegos, había conservado los suyos (el 4 de mayo) dos días después de una vigorosa protesta del almirante Menchikof cerca de la «Puerta» turca. ¡Pero qué pretexto menos válido! ¿Por qué no quejarse más bien a Turquía? Para

Inglaterra, la razón era otra: ¡nada menos que prohibir a Rusia la ruta de Istambul! Asustado por unas discretas «aberturas» del zar Nicolás I al embajador sir Hamilton Saymour, a propósito del «país enfermo», Turquía (el 9 de enero de 1853), señalando el interés que tendría Egipto para Inglaterra (20 de febrero), el nuevo gabinete Aberdeen, en el cual la autoridad de Palmerston, ministro del Interior, desbordaba la de sir John Russell, su colega del «Foreign Office», empujaba a Turquía a resistir. A instancia de lord Stratford, embajador de su Graciosa Majestad, la Puerta negó al Kremlin firmar un tratado bilateral sobre las minorías (18 de mayo), rechazó el 17 de junio una nota conminatoria de Nesselrode del 31 de mayo, repelió (por boca de Rachid bajá) un proyecto franco-austríaco de arreglo, aceptado por Rusia (27 de julio) y, alentado por los ulemas (doctores musulmanes de la Fe), decidió sacar la cimitarra (26 de septiembre).

Aunque no rechazó la oferta de buenos servicios de Austria, propuesta por Franz-Josef en Olmütz (25-28 de septiembre), el zar mandó sus tropas avanzar y ocupar las provincias del Danubio. El 30 de noviembre su flota atacó y destruyó en Sinopa una escuadra turca que llevaba armas para fomentar una insurrección en el Cáucaso. Aceptando el desafío, el 3 de enero de 1854, una armada franco-británica se adelantó en el Mar Negro con el fin de bloquear los puertos rusos y de reconocer sus defensas (se encontraba el 6 de enero frente a Sebastopol). El 27 de febrero se exigió del zar por un ultimátum que evacue los principados y, un mes más tarde, se declaró la guerra. Para nutrirla, gracias a Napoleón III, Inglaterra disponía de un ejército concentrado en Gallípoli: 30.000 y luego 40.000 franceses, al mando de Saint-Arnaud, reforzados por los 25.000 británicos de lord Raglan. Pero, ¿dónde entablar la lucha, pues los beligerantes no tenían ninguna frontera común? En los Balcanes, en país búlgaro, pensaron primero los estrategas, o mejor, los fomentadores de revolución que, para castigar la intervención decisiva de Nicolás I en 1848, aconsejaban desde el 12 de marzo de 1849 según el diario romano de los «Carbonari» (en las Memorias de Menueci I, 85) una alianza entre Inglaterra, Francia y Turquía (será concluida el 12 de marzo de 1854) para quebrantar el trono del autócrata de todas las Rusias. Disponían naturalmente del apoyo de la Alta Finanza. Aunque poco dispuestos hasta entonces a comprometerse en asuntos de Europa oriental, los Rothschild prometieron, el 4 de marzo, cargarse con un empréstito inglés de 16 millones de libras, participar en otro francés de 750 millones en septiembre, y hasta consentir un préstamo a Turquía. El plan de los «enterados», aprobado por el príncipe Napoleón (hijo de Jérôme y fogoso agitador), Mazzini y Kossuth, era de rechazar a los rusos de los principados del Danubio hacia el Norte para provocar la insurrección de Hungría y de Polonia. Furriel de esta sublevación, Félix Orsini, desde y vía Torino, se infiltró en Hermanstadt (Transilvania), bajo el nombre de Georg Harwagh, pero le cogieron los austríacos y le mantuvieron durante unos meses en la sombra de una cárcel de Mantua. Ahora bien, el adversario (ruso) levantó el asedio de Silistria (durante la noche del 22 al 23 de junio de 1854) y evacuó los principados, y como los austríacos (siguiendo los consejos de Metternich al conde Ferdinand Buol-Schaunstein) persistían en mantenerse neutrales, hubo que renunciar a este ambicioso proyecto de subversión y abandonar los pantanos de la Dobrudja, donde los aliados dejaban 5.000 de los suyos, víctimas del cólera, mientras su base de Varna era presa

de las llamas. Hondamente decepcionado, el príncipe Napoleón tuvo que aceptar, en el consejo de guerra del 18 de julio, el nuevo teatro de operaciones «made in England» (propuesto a Napoleón III en Biarritz por el enviado de Palmerston, sir John Burgoyne), con objetivo el arsenal ruso de Sebastopol.

Fue así como (entre el 14 y el 18 de septiembre) 30.000 franceses, 21.000 ingleses y 7.000 turcos desembarcaron en Crimea, donde les esperaban 40.000 soldados y 20.000 marineros rusos. Después de forzar Saint-Arnaud el cruce del Alma se cercó a la ciudad. Iniciado el 3 de octubre, el sitio conoció varias fases: violentos empujes de 100.000 rusos contra las posiciones inglesas en la meseta de Inkermann, rechazados con numerosas pérdidas, gracias a la intervención del general Bosquet (5 de noviembre), intensivos bombardeos de los reductos avanzados edificados por el ingeniero ruso Todleben, ataque victorioso contra el «Cerro verde» (6-7 de junio de 1855), y primer fracaso contra Malakof (los días 17-18 de junio), vanos contraataques de 60.000 rusos contra los franceses y cerdeños en el puente de Traktir (16 de agosto), y asalto final, consiguiendo, gracias al ímpetu y tenacidad de las tropas de Mac Mahon, la ocupación de la posición dominante de Malakof (8 de septiembre), mientras los ingleses, una vez más, pataleaban frente al gran Redan. Esta vez Gortchakof decidió evacuar la ciudad, después de destruir su arsenal y sus fortificaciones.

Entonces, ¿qué hacer? ¿Continuar la lucha, con 200.000 hombres en dirección a Simferopol, intentar sublevar a Polonia (como lo sugería Napoleón III a final de octubre al barón de Pfordten), o bien, como lo deseaban unos ingleses, destruir la rada de Cronstadt, en el Báltico, como se había aniquilado la de Sebastopol? Si no, concluir la paz (aunque la fortaleza turca de Kars, defendida por el general inglés Williams, haya capitulado el 27 de noviembre). En la guerra, 300.000 vidas se habían perdido: 110.000 rusos, 95.000 franceses (entre los cuales 20.000 en la lucha, los otros víctimas del tifus o del cólera), 30.000 turcos, 20.000 ingleses (entre los cuales 4.000 en la lucha) y 2.000 cerdeños (28 en la lucha). En dinero le costaba a Inglaterra 1.750 millones de francos (con sólo 1.000 millones pedidos prestados) y a Francia 1.650 millones (añadiéndose 1.538 a la Deuda pública). Balance poco satisfactorio el del general Bosquet: «En esta guerra Francia no recogerá más que un poco de gloria; perdiendo a sus mejores soldados, es decir, sus medios de resistir a una invasión ruso-alemana, quedándose entonces sola, abandonada por Inglaterra, cuyos intereses, a pesar de la alianza, son distintos de los nuestros».

Un poco de gloria: se iban a reunir en París los diplomáticos... que habían negociado sin cesar. Después de rechazar las propuestas preparadas (a iniciativa del conde de Buol-Schaunstein, ex-embajador en San Petersburgo, sucesor de Schwarzenberg) por los diplomáticos reunidos en Viena (el 8 de agosto de 1854), en forma de cuatro puntos: protectorado de las potencias (austríaco de hecho) sobre los principados del Danubio; libertad de navegación sobre el Danubio; independencia del Imperio otomano; renuncia de Rusia al monopolio de protección de los cristianos... se volvió a discutirlas. Cediendo a la presión de Prusia (que se había negado a ir más allá de la declaración del 20 de abril de 1854 exigiendo la evacuación de las provincias

danubianas, mientras Austria, después del fracaso de su mediación se había asociado con las otras potencias). Rusia aceptó, el 7 de enero de 1855, el principio de esta evacuación. Entonces la caída del gabinete Aberdeen (el 26 de enero de 1855), la muerte del zar Nicolás I (el 2 de marzo) y su sustitución por Alejandro II, de tendencia más liberal, permitieron reanudar la negociación en Viena (del 6 de abril al 4 de junio). Sin éxito, al principio: Buol no consiguió de Gortchakof la limitación de las fuerzas navales, no se atrevió a proponerle la neutralización del mar Negro, pero se negó a adherirse a los aliados, por lo cual Londres y París le desautorizaron. No obstante, Alejandro II aceptó finalmente las propuestas del conde Esterhazy (el 16 de enero de 1856) y firmó preliminares en Viena (el 1 de febrero). Entonces, convocado en París (el 25 de febrero) el Congreso (en el cual se admitió a Cavour, gracias al concurso de los 13.000 hombres del cuerpo piamontés de La Marmora, prestado a los aliados, el 26 de enero de 1855) concluyó sus debates el 30 de marzo y proclamó: la neutralización del mar Negro, la libertad de navegación en el Danubio; los principios que un bloqueo debe ser efectivo y que el pabellón cubre la carga (así obtenía Inglaterra lo que quería). Por fin, Turquía admitía la autonomía de los principados del Danubio y la libertad de culto en favor de las comunidades cristianas (no podía conceder menos, pues había sido el pretexto de la intervención francesa).

...y en China

Intervención por la cual no recogerá más que ingratitud. A pesar de asociarse al bombardeo de Cantón, en 1857, que permitió la firma del tratado de Tien-Tsin (el 27 de junio de 1858)... luego,con pocos efectivos, a la expedición de China, al desembarco del almirante Hope en la desembocadura del Pei-ho (1 de agosto de 1859), al asalto a los fuertes de Takou (21-22 de agosto), a la entrada en Tien-Tsin (el 24), a la derrota de los tártaros y al forzamiento del puente de Palikao (el 21 de septiembre), precediendo la ocupación y el incendio del Palacio de Verano (ordenado por lord Elgin el 18 de octubre) y a la firma del tratado de los días 24-25 de octubre de 1859, que abría a los occidentales seis nuevos puertos, además de los cinco anteriores... ¡cuando los intereses ingleses (tráfico del opio, etc.) no se podían comparar con los franceses, o sea, poco más que la protección de los misioneros!

Sin embargo, cuando el año siguiente Francia tuvo que cumplir en serio su papel de protectora de los maronitas, diezmados en el Líbano por los druzos y los bachi-bouzouks irregulares turcos (los días 27 de abril, 16, 25 y 29 de mayo de 1860) en Beyrut, Saïda, Hasbaya, Zahlé, Daïr-el-Kamar (21 de junio) —cayendo 6.000 víctimas— y en Damasco (el 9 de julio), donde 130.000 musulmanes de Siria atacaron a 20.000 cristianos —matando a 5.000—, el embajador de choque de Palmerston, sir Henry Bulwer, sucesor de lord Stratford, embajador en Istambul, se apresuró en defensa de los druzos e invocó la dura represión de Fuad bajá en septiembre (111 ejecutados, entre los cuales el gobernador de la provincia, 57 ahorcados, 83 sentenciados a muerte, fugitivos, 325 al presidio, 145 al destierro), para pedir el

reembarco del cuerpo expedicionario al mando del general Beaufort (3 de agosto) (después de una gestión del embajador lord Cowley cerca del ministro de Asuntos Exteriores Thouvenel, el 10 de enero de 1861), que tuvo lugar el 5 de junio, sin obtener reparación para los cristianos, y sin otra garantía para el futuro que el apuntamiento de un gobernador armenio, Daoud bajá (9 de junio de 1861).

Al servicio de la unidad italiana

De manera que, siendo Francia así burlada, parece que el único beneficiario de la guerra de Crimea —aparte de Inglaterra— fue Cavour (el que tenía la menor puesta). Aprovechándose de visitas a París (el 23 de noviembre, acompañando a Vittorio-Emmanuel y a d'Azeglio), a Londres y otra vez a París, el 7 de diciembre, presiona a los dos gobiernos, y especialmente a Napoleón III, seducido por el encanto de la condesa de Castiglione, que consiente en establecer un enlace continuo (a través de su amigo el doctor Conneau y del conde Arese) con sus amigos italianos. En el Congreso de París, delante de las potencias reunidas, el hábil diplomático exalta la unidad italiana. El secretario del Congreso Benedetti recibe en sus manos más y más quejas e informes: de Minghetti de Bolonia contra el gobierno pontifical (el 10 de marzo), un memorándum al conde Walewski (11 y 12 de marzo), una nota oficial (el 27), un debate (el 8 de abril), para terminar con una requisitoria, muy violenta, del representante inglés, lord Clarendon (el 16 de abril). ¿No dio prueba Piamonte de mucho celo para ganarse los favores de Londres? Contra el Clero, las medidas se sucedían: abolición, el 9 de abril de 1852, después de vanas discusiones con el cardenal Spinola y Siccardi, de las inmunidades eclesiásticas reconocidas por el Concordato, detención y destierro, después de un incidente en Santa Rosa de los arzobispos de Torino y Cagliari tres años más tarde; de acuerdo con Rattazzi (ex-miembro de la «Joven Italia», presidente de la Cámara en 1852 y ministro en 1854), secularización de los bienes de 600 comunidades religiosas, bajo el pretexto de aumentar los sueldos del bajo Clero (9 de enero-2 de marzo de 1855), cuando los prelados ofrecían descontar de sus dotaciones las cantidades necesarias (26 de abril). Fingiendo la intención de dimitir, Cavour volvió al poder y obtuvo la adopción de «su» ley, el 28 de mayo de 1855.

Ex-animador del periódico «El Resorgimento» en 1847, diputado en junio de 1848, ministro de Agricultura en 1850, llamado a suceder a d'Azeglio y a Cesare Balbo, el 4 de noviembre de 1852, Camillo Benso, conde de Cavour (1810-1861) mantiene la mejor amistad con el embajador británico, sir James Hudson, y multiplica las propuestas atractivas a la «City». Proclama la libertad de comercio y concierta la construcción de la línea Torino-Génova con Londres. Se revela más duro cuando se trata de empréstitos, critica al banquero Nigra (por haber reservado a los italianos sólo ocho millones de francos de los 62 de la indemnización de guerra a Austria, impuesta por la paz de Milán, el 6 de agosto de 1850), le quita la cartera de Hacienda, cuando propone confiar a Rothschild («este judío que nos estrangula») las dos terceras partes de una segunda emisión de seis millones de

rentas (120 millones de francos en capital) y deja un déficit de 68 millones, toma él mismo su cartera en abril de 1851, y concluye la operación (3,6 millones de libras), obteniendo mejores condiciones del danés Hambro, de Londres, con gran disgusto de sus competidores, cuyas maniobras contra las rentas cerdeñas fracasan en enero de 1852. Pero por lo tanto, no les elimina concediendo a James la última tercera parte (dos millones a 94,50) y negocia con Alfonso (a principio de marzo de 1853), utilizando la competición de Fould y del Crédito mobiliario. Para escapar de las condiciones draconianas de los lobos de la Finanza, ofrece en totalidad a los italianos un empréstito de 50 millones en el momento de enfrentarse con Austria, pero sigue acogiendo en su propio gabinete a auténticos judíos, como el joven abogado Isaac Antom, aunque desconfíe de él (diciendo: «no acabo de pronunciar una palabra que, antes de salir de mi despacho, me traiciona»). (Se trata de un abuelo de Profumo, el inglés del escándalo Christine Keeler.)

Son prendas necesarias para ganarse el apoyo de los miembros moderados de las Altas Ventas y de las Logias, que consideran la unidad italiana más importante que la Revolución. Siguiendo el ejemplo de Rattazzi, el marqués Pallavicini, Manin (el judío de Venecia) y el siciliano La Farina, ex-adepto de la «Joven Italia», se le adhieren y forman el triunvirato dirigente de la «Società Nazionale» en abril de 1857. Instrumento principal de la penetración cerdeña, difunde la propaganda, transmite las consignas y fomenta alborotos en los varios estados de la península, oportunos si no espontáneos. Después de unos contactos del marqués Migliorati, en los estados romanos en 1856, con los jefes de los «Carbonari» y de la «Liga de la Sangre», Garibaldi y Mazzini prometen también su concurso, en mayo-junio de 1857. ¿No tienen todos un solo enemigo, Austria, que sabiéndose amenazada, da prueba de mucha paciencia y moderación? Visitando Italia, a final de 1856, el emperador Franz-Josef manifiesta su benevolencia, otorgando una amnistía y anunciando en Milán la próxima llegada (el 15 de enero de 1857) de un virrey conocido por sus disposicioes liberales, el archiduque Maximiliano (futuro emperador de Méjico). Vanos esfuerzos de conciliación.

Pues ya se pronunció la sentencia: «Delenda est Austria», escribió Mazzini en sus Instrucciones de 1851 («Journal des Débats», 16 de mayo de 1851). Claro que para ejecutarla será necesario llamar al «bras séculier» (la autoridad política). En una primera fase, se encargará Napoleón III de expulsar a las tropas austríacas de la península, hasta que Bismarck llegue a derribar la corona imperial de la frente de los Habsburg. Ahora bien, Mazzini, fiel a sus métodos, continúa su acción terrorista en Itala (asesinato del duque Carlos III de Parma, el 23 de marzo de 1854, de Milano en 1856; golpe de mano fracasado sobre Génova, el 29 de junio de 1857), la formación de sus juntas de subversión en Londres (Junta central europea; «Comuna revolucionaria» —ya— con Félix Piat; Junta revolucionaria universal, integrada por Garibaldi, Herzen, Bakunin, Kossuth, Türr y Klapka en 1858)... y sus atentados en Francia, con vista a sacudir la negligencia de Luis-Napoleón y a recordarle sus compromisos de «carbonaro» (Foliet, en la noche del 8 al 9 de junio de 1853; el belga de Meren, en el Opéra-Comique, el 5 de julio de 1853; el italiano Pianori en los Campos Elíseos, el 28 de 1855; otro italiano, Tibaldi, detenido con dos acólitos, el 6 de agosto de 1857), y coronándolo

todo, las bombas de Orsini y de sus tres cómplices, estallando delante de la Opera, el 14 de enero de 1858, causando 156 víctimas, entre las cuales ocho muertos. Esta vez pasa del límite. Nombrado ministro del Interior, el general Espinasse aplica sin miramientos la ley de Seguridad general adoptada el 19 de febrero, detiene a 400 personas y destierra a 300 reincidentes. Y por su parte, el conde Walewski, ministro de Asuntos Exteriores, dirige a Londres, desde donde proceden, a través de Bélgica en la mayoría de los casos, terroristas y bombas «made in England» —ocho en seis años— el 20 de enero una protesta formal. Criticado en los Comunes porque no se dignó contestar, cuando la discusión del «Alien Bill» (ley sobre los extranjeros) el 19 de febrero, Palmerston se retira. Le sucede un gabinete conservador, con lord Derby, lord Malmesbury, flanqueados por el elegante «dandy» judío Benjamín Disraëli. Para poco tiempo, pues siéndoles desfavorable el escrutinio de mayo de 1859 (en el cual Kossuth asumió un papel desconcertante), dimitirán también y volverá Palmerston a los mandos el 10 de julio de 1859. Pero —¡qué escándalo!— el 17 de abril, el jurado británico disculpa al refugiado francés Bernard, el verdadero instigador del complot. Quizá ¿no sería inútil notar que, el mismo día en que se produjo el atentado de Orsini, Ferdinand de Lesseps, protegido del Elíseo, daba el primer azadón de pico al canal de Suez? ¿Sería una advertencia dirigida a Luis-Napoleón, siempre apasionado de proyectos interoceánicos (lo que le honraba) desde el tiempo (en el fuerte de Ham), en el que intentaba interesar a los Rothschild en la apertura de un canal en Nicaragua?

Sin embargo, ignorando todas estas pruebas de ingratitud, el emperador seguía mostrando la mejor voluntad hacia Inglaterra. Confiando al príncipe Alberto, en Osborne, en agosto de 1857, buena parte de sus proyectos y de sus quejas contra Austria, empeñándose en mantener, contra malos vientos y mareas, el cable que le enlazaba con su Graciosa Majestad, mandando a Londres, como embajador, al mariscal Pélissier, acogiendo en Cherburgo, el 4 de agosto de 1858, a los soberanos británicos. Como hacía Italia, porque si habla poco de la independencia italiana, piensa siempre en ella, y a veces confiesa, como al embajador piamontés, el 3 de diciembre de 1852: «vendrá un momento en el cual nuestros dos países serán compañeros de armas para la noble causa de Italia», o bien al conde Arese (8 de febrero-20 de marzo de 1853), al precisar que sería conveniente esperar una amenaza de Austria al Piamonte para imponer una mediación francesa. Y hacia el mismo Orsini manda al prefecto Pietri que le visite en su cárcel, con el fin de convencerle de la pureza de sus intenciones. Desearía indultarlo, pero a eso la opinión pública se opone y el emperador debe tener en cuenta el éxito del partido católico en las elecciones del 15 de noviembre de 1857, de manera que Orsini y Pieri serán ejecutados el 13 de marzo. Pero recogerá su testamento (21 de febrero): «Libere Italia» y cesarán los atentados (9 de marzo); este testamento que Jules Favre, defensor de los terroristas, leerá en la Cámara y que publicará, el 31 de marzo, la «Gaceta oficial del Piamonte».

Entonces, como los más altos dignatarios de las sectas acaban de confirmarle su misión (que debe cumplir en el plazo de dos años). Luis-Napoleón manda en seguida sus dos emisarios: el doctor Conneau y el prefecto de Policía Pietri a Torino, en junio de 1858, para pedir a Cavour que se reúna con él en Plombières (tiene que «doblar» a su diplomacia oficial,

para no desagradar a la mayoría católica y conservadora que pretende representar en el poder). La entrevista tiene lugar el 21 de julio: se precisa que el pretexto a la guerra contra Austria será una insurrección en Módena, pidiendo la anexión al Piamonte, y se conviene que el enlace del príncipe Napoleón con la princesa Clotilda, hija de Vittorio-Emmanuele (el matrimonio será celebrado el 30 de enero de 1859), sellará la alianza que se concluirá en diciembre entre los dos países. Convención cuidadosamente disimulada al gabinete francés, pero que Palmerston, acompañado por lord Clarendon, aprobará cálidamente a final de noviembre, en Compiègne.

Sin embargo, en el último momento, el gabinete «tory» vacila. Asustado por las reticencias de Rusia, lord Malmesbury manda a lord Cowley proponer sus buenos servicios a París y a Viena (28 de febrero de 1859). Y las potencias no se atreven a rechazar la reunión de un Congreso. Pero Cavour no se deja intimidar, continúa sus preparativos, emite un empréstito de 50 millones, moviliza al ejército piamontés (9 de marzo), permite a Garibaldi reclutar cuerpos francos (17 de marzo). Sabe que puede contar con el «emperador de los franceses», cuya prensa, a través de la pluma de Edmont About, en «Le Moniteur», combate al gobierno pontifical, hace hincapié del escándalo del niño judío Edgar Mortara de Módena, raptado por gendarmes pontificales y bautizado en Bolonia en junio de 1851, y difunde el folleto «Napoleón III y Italia», elogiando el principio de las nacionalidades. No toma en serio los rayos mojados del conde Walewski, que exige oficialmente el 18 de abril el desarme de Piamonte. Pero se apresura a rechazar el ultimátum austríaco del 23 de abril, y Francia declara la guerra, el 3 de mayo.

Dos días antes Giulay, que dispone para maniobrar de un cuerpo de 105.000 hombres (de un total de 200.000 austríacos), cruza el Tessino. Pero, timorato, no se atreve a empujar hacia Torino y, por la lentitud de sus movimientos, permite que se concentraran sus adversarios (50.000) sardos y 100.000 franceses, procediendo dos cuerpos de Suza y otros dos de Génova), sin intentar vencerlos por separado. Entonces, los franceses rechazan de Montebello (el 20 de mayo) a 22.000 austríacos en misión de reconocimiento sobre la orilla derecha del Pô, y los sardos despejan Palestro, el 30. Se ocupa Novara el 1 de junio, y, el 4, una batalla confusa se entabla para cruzar los dos fosos del Tessino (el canal y el río), detrás del cual se retiraron los austríacos. Cuando sólo la mitad del ejército llegó a tiempo y se encuentran en peligro de verse envueltos los primeros ocupantes de los puentes, los ataques convergentes y encarnizados de Mac Mahon, apoderándose del pueblo de Magenta, permiten una victoria que abre a los franceses las puertas de Milán (el 8), así como el camino de Brescia, ocupada el 18. El ejército austríaco, que cuenta todavía con 160.000 hombres, se retira de la orilla derecha del Pô y de la Romana para reconstituirse detrás del Mincio. Acaba de reocupar los altos de Castiglione, cuando el 24 de junio los franco-sardos vienen a chocar con ella en un frente de 16 kilómetros,entre el lago de Gardia y Medole. Mientras, en el Norte patalean los piamonteses, los franceses, asaltando la torre de Solferino, se apoderan de una posición dominante en el centro, y la llegada de refuerzos al mando de Canrobert salva en el llano el cuerpo de Niel, muy maltratado por los contraataques de Wimpfen. Pero la victoria ha sido cara :13.000 muertos o heridos, 9.000 desaparecidos entre

los austríacos; 3.100 muertos o desaparecidos y 8.500 heridos franceses; 1.900 y 3.500 sardos. Además, el ejército francés sufre de tifus, tiene 25.000 enfermos y sus pérdidas totales son de 20.000 hombres, entre los cuales 5.500 en la lucha.

Ahora bien, asombrando a sus contemporáneos, Napoleón III renuncia a sacar beneficio de sus ventajas y manda un ayudante de campo, el general Fleury, a Verona para pedir a Franz-Josef una entrevista que tendrá lugar en Villafranca, el 11 de julio. Allí se concluye un armisticio que estipula la cesión de la Lombardía a Francia, cesión que confirmará el tratado de Zürich, el 10 de noviembre. ¿A qué razones pudo obedecer el emperador? ¿Cansancio, temor de una concentración prusiana en el Rhin o preocupación de no trabajar, él mismo, a formar un estado demasiado potente en los Alpes, realizando la unitad italiana en beneficio de la Casa de Saboya, cuando preferiría una solución federativa que respetando los intereses del papa, permitiría instalar al príncipe Napoleón en Florencia y al príncipe Murat en Nápoles? Si tenía estos proyectos, debió abandonarlos e inclinarse, frente a la oposición de Manin (de regreso del congreso de Ginebra) en París, y a la de Palmerston, flanqueado por lord John Russell, de vuelta en el poder en Londres, el 10 de julio de 1859.

Sin otro beneficio...

Pero en el fondo, ni Palmerston, que no quería que Francia domine la península, imponiendo su influencia a unos estados vasallos, ni el mismo Cavour, aunque haya expresado ruidosamente su indignación y dimitido en la mañana de Villafranca, tenían algo que lamentar en esta decisión del emperador. Eliminando al ejército austríaco, ¿no había cumplido su misión esencial? Después de limpiar el terreno, ¿no era preferible que él también se retirara? Antes de entablar la lucha, ¿no se había examinado tal eventualidad? «En el caso de que Austria, después de perder el Milanés, aceptase abandonarlo, entonces se podría concluir la paz con ella», decían (según el príncipe Napoleón y el general polaco en el exilio Mierolawski) las instrucciones comunicadas (el 7 de diciembre de 1858) al húngaro Daniel Irangy, compañero de Kossuth, encargado de incitar a la deserción (en favor de la Legión de Kapka) de los magiares al servicio de Austria.

Ahora, seguros de la bendición de Palmerston y de la benévola neutralidad de Luis-Napoleón, Cavour y su «Società Nazionale» tienen las manos libres. Puede empezar la segunda fase de la operación: zapar y desmantelar los estados para atraerlos u obligarlos a aceptar su anexión al Piamonte. Al firmar del tratado de Zürich sólo la cláusula de cesión de la Lombardía a Francia, Vittorio-Emanuele cuidó mucho de no comprometerse en respetar la integridad de los estados centrales o meridionales de la península. Protegidos por un gabinete moderado, constituido por el general La Marmora, con Dabormida en Asuntos Exteriores, los comisarios sardos, apoyados por emisarios secretos, los dirigentes nacionalistas, beneficiando de la connivencia de las autoridades locales, extienden por todas partes su actividad. En Florencia, Buoncompagni, secundado por Carletti, Riocasoli y otros, concentran grupos que se apoderan de los monumentos públicos, quedándose el

ejército cara a cara con los austríacos; de tal manera que una asamblea toscana, elegida bajo el control del nuevo poder, declara el 16 de agosto la destitución del duque de Lorena y proclama, el 20, la anexión a Piamonte. En Parma, Cantelli, Pallieri, al mando del romañol Farini, actúan en la misma forma, mientras el general Trotti consigna a las tropas en la ciudadela. En Módena, al huir el duque Francisco IV, Zini y Carbonnieri llaman a Farini como gobernador y para eludir las demandas de Luis-Napoleón pidiendo que se retiren los comisarios sardos, se organiza una manifestación para que se quede Farini... y termina el asunto. Entonces, el 15 de septiembre los representantes de los dos ducados piden su anexión al gobierno de Torino. Por su parte Palmerston, invocando la no intervención, protege la intriga de Piamonte.

Pero, ¿será tan fácil la operación en los estados pontificales? Le toca el turno a Bolonia agitarse. Antes de marcharse, Maxime d'Azeglio concentró fuerzas allí, pero el 24 de septiembre los diputados de la Romana proclaman en Monza su voluntad de realizar la unidad italiana. No se puede dudar de los sentimientos íntimos de Napoleón III en este caso: acoge sus delegados en París, el 3 de agosto, acompañado por Arese, con buenas palabras. Aprueba el folleto de su «director de la Librería», amo de la censura, el vizconde de La Guéronnière, «El papa y el Congreso», publicada a final de 1859, y otra titulada «Francia, Roma e Italia», difundida poco después. Pero tropieza con la oposición violenta de los católicos franceses, Mgr. Dupanloup, Mgr. Pie, Louis Veuillot (cuyo periódico, «L'Univers», será suprimido el 30 de enero de 1861), y de los grupos liberales, reagrupados por Falloux, Albert de Broglie y Cochin, alrededor del «Correspondant» (creado en enero de 1843). Entonces se le ocurre la idea de sugerir al papa de tomar él mismo la iniciativa de las concesiones, proclamando «motu proprio» la autonomía de las provincias sublevadas, la Romaña y las Legaciones, y de consentir un arreglo capaz de salvaguardar aparentemente la soberanía del Vaticano (carta del 30 de diciembre de 1859, publicada en Francia el 11 de enero de 1860, mencionada por Thouvenel el 12 de febrero de 1860, y señalada por Cavour a la Cámara de Piamonte, el 25 de mayo de 1960). Pío IX, naturalmente, la rechaza y mantiene sus posiciones, el 19 de enero en una encíclica, mientras en París, el emperador sustituye al conde Walewski por Thouvenel, más dócil (4 de enero de 1860), y Vittorio-Emanuele, por su parte, llama otra vez a Cavour al gobierno, el 20.

...que Niza y Saboya

Pues, antes de seguir más allá, se deben cumplir las promesas hechas a Napoleón III para obtener su ayuda. El periódico «La Patria» (los días 25 y 27 de enero), una manifestación en Chambéry (el 29), una comunicación al cuerpo legislativo (el 1 de marzo), seguida por una nota del 13 que remite el embajador Benedetti a Torino (el 20), piden la anexión a Francia del condado de Niza y de Saboya. Fiel a la palabra que dio en Plombières, Cavour se inclina y firma el 24 de marzo el tratado de cesión, que confirma un plebiscito los días 15 y 20 de abril. Por su parte, a consecuencia de gestiones de Nigra, el 8 de febrero, y de Arese (el 20), el emperador accede a que un

príncipe de Saboya se encargue de Toscana (en realidad, después de una consulta electoral el 15 de marzo el Piamonte la anexiona). Mientras tanto, el asunto romano queda marginado, después del fracaso de una manifestación organizada por Carletti (el 9 de marzo) en la Ciudad Eterna (los emigrados de Roma se reagrupan en Florencia).

Entonces la ofensiva se extiende al Napolitano, con carácter algo distinto. Pues las intrigas del representante piamontés, Villamarina, comprando a los generales, no pueden conseguir el éxito y el rey Vittorio-Emanuele no se atreve a declarar la guerra a Francisco II, sólo porque se niega a la «unión» con Piamonte. Ya se produjo un incidente en 1858, al «recoger» las autoridades napolitanas a un agitador republicano, Pisacane, que acababa de desembarcar del buque inglés «Cagliari». Para el éxito de la operación se necesita tanto el concurso activo de los revolucionarios de Mazzini y de los partisanos de Garibaldi como de la protección del gobierno y de la flota de su Graciosa Majestad. Sicilia da la señal de la insurrección en Palermo y Messina. Allí las «sociedades obreras» (creadas por Mazzini después de 1848, y bajo la influencia de Bakunin, y que cuentan unos 111.000 adheridos en toda la península) constituyen unos focos de revuelta. Para volar en su ayuda, basta con reclutar, entre los 25.000 voluntarios concentrados en la Italia central, los elementos de un cuerpo expedicionario al mando de Garibaldi. Para disipar las sospechas de Thouvenel (que no ve con buenos ojos esta empresa napolitana), el condottiere escribe a Vittorio-Emanuele una carta protestando de su independencia, y mantiene a sus partidarios en su campo, mientras un regimiento regular (aparte de su coronel, el coclérigo apóstata Nicotera), vestido de la camisa roja, embarca en Liorna. Cuentan con el apoyo total de Piamonte: Vittorio-Emanuele y Cavour financian la empresa; el general Médici y Ricardi, yerno de Farini, compran los navíos, armas y municiones, procedentes del fuerte Talamore, etc. Y con el de Gran Bretaña, todavía más.

Salida de Génova, en la noche del 5 al 6 de mayo, la escuadra llevando los «Mil» se presenta delante de Mársala el 11. Dos navíos napolitanos, que la esperaban, fingen oponerse al desembarco. Entonces, dos navíos ingleses (entre los cuales el «Argus»), encontrándose allí por casualidad, se interponen y los neutralizan. Sin más trabas, Garibaldi rechaza en Calatafami, el 15 de mayo, a las tropas napolitanas y entra en Palermo el 27. Como es natural, el general Lanza firma un armisticio, el 30 de mayo, a bordo del navío británico «Annibal», y después de una nueva derrota napolitana en Milazzo, delante de Messina, el 20 de julio, cuando Thouvenel propone que una flota franco-británica corte el estrecho para proteger la costa de Nápoles, entonces Lord Russell se opone a esta iniciativa. Por fin, Vittorio-Emanuele se alarma, manda a La Farina y 2.000 hombres al mando del general Médici para controlar Sicilia (pero Garibaldi les aleja), confía al almirante Persano, comandante de su flota, la tarea de apoyar en Nápoles un movimiento capaz de oponerse a los exaltados, pero el ejército napolitano se desbanda frente a las camisas rojas, que ocupan Nápoles el 6 de septiembre. Entonces, mientras Garibaldi se dedica a la «dolce vita» con lady White, y reagrupa cerca de él todo el estado mayor de la Internacional, Mazzini, Saffi, Mordini y Mario, ante el espectro de la República que se va a proclamar en todo el Mediodía, Vittorio-Emanuele se atemoriza. A cualquier precio, sus tropas

deben cruzar la barrera de los Estados pontificios para contener la revolución en las Dos-Sicilias. Para obtener el acuerdo tácito de Napoleón, Cavour manda a Farini, al general Cialdini y luego al conde Arese a Chambéry, el 28 de agosto. «Actúen, pero actúen pronto», contesta a tal Pilato el emperador, que, eludiendo sus responsabilidades, embarca en Marsella para proclamar en Argelia «¡el imperio árabe!»

Sin perder un minuto, el 8 de septiembre, La Farina fomenta alborotos en la Umbría y las Marcas. El 11, Cavour exige la dispersión de los efectivos extranjeros al servicio del papa (los «zuavos» pontificales del general Lamoricière; organizados desde el 1 de abril de 1860 disponen de 14.000 hombres, entre los cuales la mitad combatientes, que ocupan Ancôna) y pisando los talones a tres columnas de partisanos marchando hacia Perusa, Urbino y Pesaro, 33.000 piamonteses invaden los estados pontificios, con Della Rocea en Umbría y Cialdini en las Marcas. Este último, tratando de cortar el camino de la costa a los pontificiales, replegándose hacia Ancona, ocupa los altos de Castelfidardo (17-18 de septiembre). Durante la refriega un sardo, infiltrado en las filas de los «zuavos», Biambilla, mata fríamente al general De Puimodan. Engañados por un despacho del embajador De Gramont al cónsul (11-12 de septiembre) y esperando una pronta intervención francesa (que la superioridad no examina), 4.000 «zuavos» prolongan su resistencia hasta el 28 de septiembre. Ahora, Napoleón puede volver de Argelia: el camino de Nápoles queda abierto a los piamonteses. El 2 de noviembre, Capua capitula, el 7 Vittorio-Emanuele entra en Nápoles, donde designa a Farini como su teniente general; Garibaldi se retira a Cabrera y Francisco II busca refugio en Gaëta, donde una escuadra francesa le protege hasta que una protesta de lord John Russell (25 de diciembre) la obligue a apartarse (el 18 de enero de 1861). Entonces, la flota del almirante Persano bombardea la ciudad, que capitula el 13 de febrero. Por cierto, cuando desaparece Cavour (el 5 de junio de 1861) la Casa de Saboya ha avanzado mucho en el camino de la unidad italiana, pero la unión de los corazones queda todavía por realizar. Sobre todo en el Napolitano, donde persiste muy vivo el espíritu de independencia y donde los representantes de Piamonte, Farini, secundado por Carletti, Nigra y todavía más Cialdini, actúan con mano dura: unos pueblos saqueados e incendiados, 18.000 fusilados o matados, 30.000 desterrados, 14.000 encarcelados en un solo año, 80.000 depurados. Parece que los libertadores no han sido acogidos sólo por aclamaciones, ni por parte de los tradicionalistas, ni de los revolucionarios.

Remolinos masónicos a propósito de Roma

Antes de reanudar el debate sobre la cuestión pontifical («Roma, declaró Cavour, será la capital de Italia») Vittorio-Emanuele tiene que dirigir sus conquistas, organizar, alrededor de Florencia, su reino de Italia, y después de otorgar a los judíos, como donativo de entronización, la igualdad de derechos, reorganiza su Francmasonería. Aunque numerosas antiguas logias se habían adherido al principio a varias obediencias extranjeras (como las de Génova y Liborna al Supremo Consejo de París), la logia «Ausonia» de Torino (fundada con representantes de Bolonia y de Reggio, a final de 1859)

asumió el papel de Madre-Logia de la Masonería italiana, reagrupando a la mayoría de los talleres. Habiéndose negado varias veces Nigra a aceptar esta alta dignidad, Córdova fue designado como Gran Maestre por el Convento del 26 de diciembre de 1861. Dos años más tarde le sucederá Garibaldi, proclamado «Primer Masón de Italia» y Gran Comendador del rito escocés. La Orden cuenta entonces con 67 logias en la península y 10 en el extranjero. Antes de morir en Pisa (el 11 de marzo de 1872), Mazzini, abandonado sucesivamente por sus amigos adheridos a la Casa de Saboya y por los adeptos de la Internacional, intentará recobrar alguna influencia (en 1867-68) mandando a Moriundo infiltrarse en algunos talleres (por ejemplo, la logia «Dante Alighieri» de Torino) y de incitar a otros a unirse al Gran Oriente de Palermo para que prevalezca el programa de la «Alianza republicana universal», su última creación en Nueva York (en enero de 1867).

En Francia también la campaña en favor de la unidad italiana provocó varios remolinos en las altas esferas de la Masonería, reconstituida en 1852. He aquí que el príncipe Murat (Gran Maestre desde el 9 de enero de 1852), decepcionado en sus ambiciones sobre el Napolitano, vota en el Senado en favor del poder pontifical, provocando tal escándalo que sus hermanos «se cubren» la cabeza y le obligan a dimitir del Gran Oriente en 1860. Naturalmente, el príncipe Napoleón (iniciado en «los Amigos de la Patria» en 1848), Gran Comendador del Supremo Consejo, ambiciona sucederle, pero Napoleón III, deseoso de destacar a su demasiado fogoso primo, designa por decreto del 11 de enero de 1862 al mariscal Magnan, después de conferirle en un solo día los 33 grados que supone esta dignidad suprema. Por otra parte, en este momento, Persigny considera la posibilidad de oficializar completamente la Masonería (1). Al mismo tiempo que denuncia la actividad de la «Sociedad de Saint-Vincent de Paul» (fundada por Ozanam en 1833) y desencadena contra ella una campaña de los periódicos masónicos, «Le Siècle» (El Siglo), «La Presse», «L'Opinion nationale», y exige (el 18 de octubre) la disolución de los Consejos provinciales y del Consejo supremo de la Sociedad que se reunieron en Lusignan el 22 de septiembre de 1861. Para quitar pretexto a esta ola repentina de anticlericalismo, se disuelven el 22 de noviembre.

Es que una violenta polémica opone en París a los defensores y los adversarios del Papado. El 1 de marzo de 1861, el príncipe Napoleón fulmina durante tres horas en el Senado contra La Rochejacquelein y sus «chuans», contra los Borbones, contra el papa, hasta el punto de que el duque de Aumale le dirige una réplica muy dura el 13 de abril. El 13 de marzo, el orador católico Keller critica en una moción oficial una frase indiscriminando al papa y «su resistencia a entender buenas advertencias». El 13 de abril, el príncipe Napoleón recibe la misión de proponer a Cavour la retirada de las tropas francesas, mediante un compromiso de no atacar al papa. Pero Napoleón elude las peticiones de Riccasoli (el demasiado angló-filo y seco sucesor de Cavour), presentadas por Arese el 30 de junio de 1861,

(1) La Asamblea rechaza esta propuesta, el 9 de junio de 1863, por 123 votos contra 64. Entonces, las logias están retrocediendo, disminuyendo su número de 330 (más 130 capítulos y 27 consejos) en 1852 a 169 (más 62 capítulos y 13 consejos) en 1858.

insistiendo para que se ponga fin a la ocupación. Sin embargo, se reanuda el diálogo entre los dos nuevos embajadores de las Tuileries, muy favorables a la unidad italiana, La Valette y el cardenal Antonelli en el Vaticano, y en Torino, Benedetti y el nuevo jefe de gobierno piamontés. Rattazzi, de carácter muy insinuante, que trata de ganar al emperador a su causa en Compiègne, a principio de marzo de 1862. Deseoso de no precipitar los acontecimientos, Vittorio-Emanuele no vacila en cerrar el camino de Aspromonte a Garibaldi, que amenaza la Ciudad Entera (el 29 de agosto de 1862). Herido, el condottiere rojo cae prisionero.

La insurrección polaca, ahogada

Ahora bien, esto no quiere decir que el nuevo rey de Italia se vuelva contra los revolucionarios. Todo lo contrario, porque si debe dar prueba de prudencia en Roma y en Venecia, alienta sus empresas dirigidas contra Austria y Rusia. Bajo la mesa, claro. A través del ingeniero Diamilla Muller toma contacto con Mazzini en 1863 y negocia en Londres en mayo de 1864 el suministro de armas y subsidios al coronel Zega en Serbia, a Klapka y a Türr, que preparan una sublevación en Hungría, y al coronel Grygezi en Moldavia, pero el príncipe Cuza, alertado por Napoleón III, detiene a Grygezi en septiembre de 1864 y los activistas italianos descubren la trama, al tratar de impedir la salida de sus jefes. La intriga aborta. A excepción de Galicia, donde los italianos aceptaron apoyar al general Bulewski y al Centro revolucionario polaco. Pues en la desdichada Polonia se vuelve a encender la revuelta. Primero con manifestaciones, el 25 de febrero de 1861, aniversario de la victoria de Grochov (participan numerosos judíos, respondiendo a la llamada de Beruscz Laisels y de Marcus Jastrov). Caen 40 víctimas, y dos días después, 10 muertos y 60 heridos; el 2 de marzo, 100.000 personas presencian las exequias. Y otra vez, a pesar de la promulgación de reformas (creación de un Consejo de Estado, de Consejos municipales y de asambleas locales), y porque el mismo «oukase» del 26 de marzo disuelve la «Sociedad agrícola» del conde Zamoyski, los días 7 y 8 de abril los manifestantes desfilan, cantando el himno de Dombrowski (caen 50 muertos y más de 100 heridos). Y una tercera vez, el 15 de octubre de 1861, conmemoración de la muerte de Kosciusko, la tropa penetra el día siguiente dentro de las iglesias y detiene a 2.000 personas. Entonces, aunque el gran duque Constantino, nuevo virrey, considerado como liberal, haya otorgado al marqués Wielopolski (el 24 de mayo de 1862) el derecho para los judíos de comprar bienes raíces y de establecerse en las ciudades, se producen nuevos disturbios. Se destierra al conde Zamoyski. Pára escapar de la conscripción los jóvenes forman pandillas de rebeldes, y de una amplia redada en la noche del 14 al 15 de enero de 1862 sale una nueva insurrección. Convocados por un manifiesto del Comité nacional, forman tres principales grupos de 2.000, 3.000 y 8.000 hombres.

Esta vez, las potencias se asustan. Pero para ganarse el favor de Rusia, Bismarck acepta firmar una convención facilitando la represión en la frontera (Alvensleben, el 8 de febrero), y no se asocia al envío de notas separadas, pero análogas, dirigidas el 17 de abril a San Petersburgo a iniciativa de

lord John Russell, que protestó ya enérgicamente por su cuenta el 20 de febrero. Contestando en la misma forma, el 26 de abril, Gortchakof denuncia «las instigaciones permanentes a la revolución cosmopolita». Naturalmente, le príncipe Napoleón jugó en la orquesta su parte habitual, interviniendo en el Senado fogosamente. Sin embargo, las cancillerías intentan interponerse, dirigiendo a Rusia (los días 17-18 de junio) propuestas en seis puntos que Gortchakof rechaza, como también la sugerencia de Napoleón III de reunir, sea una conferencia general (13 de julio), sea un congreso (5 de noviembre). Reprimida con gran crueldad por Mouraviev en Lituania (donde los judíos se habían quedado apartados del movimiento), matados sus jefes, la insurrección está aplastada; se salda al 1 de enero de 1864 con 33.800 muertos, 1.468 ahorcados, 18.622 desterrados. ¡Una vez más, «reina el orden en Varsovia»!

En beneficio de los acreedores de Méjico

En todo este asunto, Francia, cuyo aislamiento aumenta, jugó un papel muy discreto. Está ocupada muy lejos. Cuando Bismarck se prepara a tomar la iniciativa contra Austria, Napoleón III se ha dejado agarrar en un verdadero avispero, en Méjico. No obstante, al principio, la aventura en la que se dejó arrastrar, no pasaba de una demostración internacional, en beneficio de acreedores en peligro de no ser pagados. Desde que Santa Ana se marchó de la Vera Cruz, el 14 de agosto de 1855, la anarquía reinaba en esta antigua posesión española, presa de las codicias e intrigas de su vecino yanqui. Hasta el punto de que unos filibusteros —esta vez norteamericanos— intentaban poner el pie en la América central, Walker, por ejemplo, en Nicaragua, y el «rey de Sonora», el conde de Raousset-Boulbon en el litoral mejicano. Después de expulsar a Santa Ana, las pandillas revolucionarias del abogado indio Juárez, asaltando las iglesias y las haciendas de los terratenientes, habían secularizado los bienes del Clero (por valor de 300 millones de pesos), adoptado una Constitución liberal (el 11 de marzo de 1857) y obligado a dimitir y exiliarse al presidente Comoforte (elegido en septiembre de 1857) por haber intentado frenar el desorden, apoyándose sobre el ejército. Después se sublevaron en Guadalajara contra los generales Zuloaga y Miramon. Fuertemente apoyado por la Masonería del rito de York, Juárez trató de negociar los tratados de McLane-Ocampo, de práctica rendición a los Estados Unidos (donde había buscado refugio en 1853), Juárez, predicando la «Reforma», marchó sobre México desde la Vera Cruz, derramando la sangre por doquier; eliminó a Miramon (el 24 de diciembre de 1860) y entró en la capital el 11 de enero de 1861, mientras los generales Márquez y Mejía seguían resistiendo. Continuaron las exacciones: después de apoderarse de un convoy inglés de plata en Tampico, en septiembre de 1860, el nuevo amo de Méjico suspendió (el 17 de julio de 1861) el pago de las indemnizaciones previstas por las convenciones firmadas con Inglaterra (1842, 1851), Francia (1853, 1858) y España (1853, 1859), expulsando al ministro español Pacheco, al nuncio y al representante de Guatemala.

Deseoso a la vez de prevenir una intervención independiente de España (ya considerada el 6 de septiembre por el ministro de Asuntos Exteriores,

Calderón Collantes) y de no asustar a los Estados Unidos (que ofrecían garantizar la Deuda mejicana), lord John Russell, a pesar de su adhesión a las ideas liberales y al principio de la no intervención, aceptó finalmente una acción común de las potencias, limitada a la defensa de los intereses económicos extranjeros y al embargo sobre las aduanas de Tampico y la Vera Cruz (convención de Londres del 31 de octubre). Conforme con este acuerdo, 6.000 españoles desembarcaron en este último puerto en la mitad de diciembre de 1860, seguidos al principio de enero por 2.500 franceses y 700 ingleses. Pero cada uno de ellos obedece a muy distintos móviles. Con sus efectivos simbólicos, los británicos no nutren más preocupaciones que mercantiles. Mientras el comandante español, general Prim, alto dignatario masónico, parece al principio acariciar proyectos personales, controla su propia prensa, aparta a Miramon en la Habana y considera como un rival posible al general Almonte, desembarcado el 5 de marzo con 4.000 franceses de refuerzo. Luego renuncia, sea porque la empresa le parece vana, o bien porque obedece a consignas superiores, y, apoyado, por sir Charles Wyke, negocia con Doblado la convención de la Soledad (19 de febrero de 1862), que reconoce la independencia de Méjico y tolera la presencia de efectivos extranjeros, fuera de la zona caliente del litoral, alrededor de Córdova y de Orizaba, en espera de la evacuación de los cuerpos británico y español, concertada en Orizaba, el 9 de abril.

La aventura de Maximiliano...

Ahora bien, ¿cuál será la actitud de los franceses, que se negaron a avalar estos acuerdos? El almirante Jurien de la Gravière, el general Lorencez (que dispone de 6.000 y al final de noviembre de 27.000 hombres después de la llegada del general Forey) y sobre todo el ministro Dubois de Saligny, muy impresionado por la anarquía reinante, que aboga cerca del ministro Thouvenel y del emperador, en pro de la política de intervención, que los refugiados Gutiérrez de Estrada, el general Almonte, el arzobispo de México, Labastida, y el ministro José Hidalgo suplican a la emperatriz de patrocinar. Dejándose arrastrar en esta aventura, ¿cede Napoleón III a su antiguo sueño, de 1846, de abrir un canal interoceánico, sea en Nicaragua, sea en otra parte, a la presión de los hombres de negocios (Morny y su asociado Jecker), al encanto de Eugenia o al deseo de ofrecer a los católicos, tan descontentos con su política italiana, una satisfacción lejana (que cree poco costosa), o bien a la necesidad de salir de su aislamiento, acercándose a Austria, o sólo a una ilusión de prestigio y de grandeza? Ahora bien, Viena debe ser satisfecha por la oferta de un trono al archiduque Maximiliano, un napoleónide (hijo supuesto del duque de Reichstadt y de Sofía de Baviera), medio hermanos, que Franz-Josef, envidiándole por sus éxitos y temiéndole por sus tendencias liberales, desea apartar de la Hofburg. Además, la lucha entablada entre el Norte y el Sur, la guerra de Secesión, que paraliza a los Estados Unidos, ¿no ofrece una oportunidad muy favorable a una intervención europea?

Aunque una mano extranjera no puede propiciar el apaciguamiento de una contienda civil, sin embargo, no faltan los concursos. El 16 de abril de

1862, el general Almonte constituye un gobierno provisional. Como tiene talento, el 20 de abril, los generales Mejía y Márquez se adhieren a él. Pero las columnas francesas se enfrentan con una resistencia encarnizada en Puebla (del 5 al 8 de mayo), en el Cerro de Guadalupe, Zaragoza, y sus 12.000 hombres rechazan sus asaltos. Vuelven a Orizaba, donde dispersan a los mejicanos que intentan sorprenderlos. Se reanudan el asedio de Puebla (el 17 de marzo de 1863), ferozmente defendida por Ortega (para conquistar los fuertes, los conventos, las manzanas, o sea, unos tantos bastiones, caen 1.100 asaltantes), que no cede la plaza, el 17 de mayo, hasta que la columna de socorro mandada por Comonfort haya sido derrotada por Bazaine en San Lorenzo, el 8 de mayo. El 7 de junio, México acoge a los franceses como a libertadores, buen augurio, que facilita la formación de un triunvirato integrado por el general Almonte, el general Salas, el arzobispo Labastida. Una asamblea de 250 notables ofrece el trono al archiduque Maximiliano, de tendencias liberales y perteneciente a la masonería escocesa (3 de octubre de 1863).

Para que este último pueda vencer, haría falta un apoyo total de Francia. Pero en el mismo momento en el cual le compromete en la empresa, vacila, y en plena carrera, cambia de yunta. Sucesor de Thouvenel en Asuntos Exteriores, Drouyn de Lhuys no descarta una posible negociación con los mejicanos; el poco seguro Montholon reemplaza a Saligny y el sospechoso Bazaine al general Forey, nombrado mariscal (1 de octubre de 1863). Y la convención de Miramar, del 10 de abril de 1864, sostiene al nuevo emperador como una cuerda que le estrangula, reduciendo el cuerpo expedicionario de 34.000 a 25.000 y luego a 20.000 hombres, en 1867 (siendo mantenida sólo la Legión extranjera durante seis años) e imponiendo al gobierno mejicano abrumadoras cargas, evaluadas no en proporción a sus posibilidades, sino en función de la publicidad necesitada por los banqueros para atraer a los «bobos». Haría falta también que Maximiliano (llegado a la Vera Cruz el 28 de marzo y a México el 12 de junio) no se deje obnubilar por su ideal «liberal» y por los consejos de sus hermanos masones escoceses y se dé cuenta de las condiciones del país que se le ha confiado. Ahora bien, indispone a sus amigos, decepciona a los católicos, se pelea con el nuncio, no consigue concluir un Concordato y pretende decidir del futuro de los bienes secularizados. Y, naturalmente, no tienen eco sus ofertas a radicales más o menos disidentes. De manera que se sienta entre dos sillas y no consigue implantar su autoridad ni formar un ejército fuerte, capaz de relevar los contingentes extranjeros que le apoyan (1.500 hombres de la Legión belga y 6.000 austríacos, además de los franceses) cuando se marcharan. Sin embargo, los juaristas, rechazados de Guadalajara el 5 de enero de 1864, arrinconados en el Norte en la frontera norteamiercana, y vencidos en el Sur, en Oaxaca (donde Porfirio Díaz resistió valientemente del 15 de enero al 9 de febrero de 1865), parecen aplastados.

...se hunde con la derrota sudista

Pero ya cambió la coyuntura internacional favorable. La derrota de los sudistas, la caída de Richmond (el 6 de abril de 1865), la capitulación del

general Lee, el 9, seguida por la de Johnston, tocan la agonía de Maximiliano. Desde Londres ya armas norteamericanas han sido enviadas por Howell y Zirman a las pandillas de Juárez. Ahora, son refugiados sudistas procediendo de Texas, de Brownsville, los que refuerzan en armas, municiones y hombres a Escobedo, bloqueando Matamoros (en octubre de 1865), donde Mejía seguirá resistiendo hasta el 23 de junio de 1866. Entonces, después de la negativa de los Estados Unidos a reconocer el Imperio de México, mediante la retirada de las tropas francesas, Napoleón III, asustado por la evolución de la coyuntura de Europa, se preocupa antes de todo de la necesidad de retirar su apuesta lo más pronto posible; anuncia su decisión a las Cámaras el 22 de enero de 1866, publica en el «Moniteur» el 5 de abril su programa de evacuación en tres fases (del otoño de 1866 al otoño de 1867), exigiendo por otra parte (a instancias de Fould) el pago de la mitad del producto de las aduanas y el reembolso anticipado del empréstito. De aquí en adelante, nadie puede flexibilizar su posición, ni el fracaso del barón Seillard en convencer a Maximiliano que se retire, ni una suprema gestión del general Almonte, ni la desesperación y la crisis de locura de la emperatriz Carlota de Bélgica (8 de julio de 1866) durante su estancia en París del 1 al 23 de agosto. Todo al contrario, manda a su ayudante de campo el general De Castelnau con el encargo de llevar con él al archiduque. Este último vacila, abandona su residencia de Chapultepec para Orizaba (21-27 de octubre), pero cambia de parecer en la conferencia del 26 de noviembre y decide volver a México (el 5 de enero de 1867); en vano Castelnau le suplica de renunciar en Puebla (el 22 de diciembre). Bazaine, jugando un doble juego, primero le alentó en resistir, luego le aconseja abdicar 9el 6 de enero); rompe con su gobierno y le abandona (el 28 de eenro), destruyendo sus municiones y vendiendo sus caballos, despojando de la nacionalidad francesa a los voluntarios que querían quedarse (de manera que más tarde serán fusilados), antes de embarcarse con sus tropas (los días 5 de febrero y 11 de marzo).

Pisando los talones a los contingentes extranjeros en retirada, los juaristas han reocupado Tampico en julio, y luego Tuxpan, Guadalajara (el 12 de diciembre), San Luis de Potosí (el 23). Procediendo del Sur, como Porfirio Díaz, que entrará en Puebla en abril de 1867, o del Norte, como Escobedo, o del Oeste, como Corona; los lugartenientes de Juárez convergen ahora hacia el centro del país. Maximiliano, que se ha reunido con Mejía, Miramón y Méndez en Querétaro el 19 de febrero, se deja cercar allí con 10.000 hombres, mientras Márquez marcha a México con la caballería para intentar resistir a Porfirio Díaz. Cuando se preparaba un intento de salida para el día siguiente, el coronel López, en el cual el emperador había puesto equivocadamente su confianza, introduce al enemigo en la plaza (15 de mayo). Entonces Juárez entra en México el 15 de julio de 1867 y ejerce una venganza implacable. Desconociendo las intervenciones de los diplomáticos, el ministro de Prusia, Magnus, el príncipe de Salm-Salm y otros, Escobedo reúne un simulacro de Corte marcial el 13 de junio, y obedeciendo las órdenes de su jefe, manda matar el 19 por una escuadra de ejecución a Maximiliano, Miramón y Mejía. Luego le costó grandes esfuerzos al almirante austríaco Tegethoff recuperar el cadáver del desdichado archiduque, cuyas exequias tendrán lugar el 18 de enero de 1868. Triste desenlace de una empresa muy turbia, de la que Napoleón III no salió con ventaja.

...Austria, sacrificada...

Entretanto, se arregló la suerte de Austria, sin que intervenga Francia. Aunque esta ruptura de equilibrio en el centro de Europa implique para el país un peligro mortal, el emperador de los franceses lo mira con ojos deslucidos e indiferentes, no se despierta más su antigua fibra de «carbonaro» que para asegurar a Italia la devolución de Venecia. Porque era el «hombre de las sectas» derramó la sangre francesa, más allá de los Alpes para realizar la unidad de un vecino ingrato y molesto, y porque es «el hombre de las sectas» obra con sus propias manos para completar, más allá del Rhin, la unidad de una Alemania pronto sellada, en la derrota, por la sangre de los franceses. Para él, la ascensión de Prusia queda inscrita en la tradición revolucionaria y corresponde al sentido de la historia. Cuando prisionero en Ham recibió los subsidios del riquísimo duque de Brunswick, ¿no se comprometió a ofrecer su apoyo a esta «gran obra» en caso de llegar al poder (durante la entrevista Dorsay-Smith, emisario de Slingby-Ducombe en 1845)? Desdichadamente, como emperador de los franceses, queda fiel a su palabra. Multiplica los consejos. Apenas asume el príncipe Guillermo de Prusia la regencia en nombre de su hermano Federico-Guillermo IV, el 9 de octubre de 1858, confiando al príncipe Karl-Anton de Hohenzollern la sucesión del barón de Manteuffel en el gobierno... Napoleón II manda al marqués Pepoli (enviado de Cavour y cuñado del canciller alemán) remitir una nota al gabinete de Berlín, para disuadirle de dar su garantía a Austria en Italia, dejándole esperar el apoyo de Francia no sólo para permitirle equilibrar la influencia austríaca en Alemania, sino también para realizar «el gran destino que le espera» (diciembre de 1858). «No faltaré de aprovecharme de todas las posibilidades para engrandecer a Prusia», le contesta en seguida el príncipe (26 de diciembre)... Multiplica las atenciones: a propósito del principado de Neutchâtel, en el Congreso de París, de 1856, o del ducado de Baden (en junio de 1860) en Compiègne, donde Guillermo, antes de ceñir la corona el 2 de enero de 1861, le paga una visita, acompañado por Bismarck, su embajador en París. Se deja atraer por los suaves modos del embajador von der Goltz, que sabe escuchar con deferencia las visiones, más confusas que profundas, que el emperador envejecido se complace en exponer sobre la evolución del mundo. ¡Lástima que no tenga la penetración, el buen juicio, el sentido práctico, la perseverancia en los designios, es decir, las dotes de estadista de un Cavour o de un Bismarck! En Compiègne, como en Biarritz (del 4 al 11 de octubre de 1865), el nuevo canciller alemán se da cuenta de repente de que una sola causa importa al emperador: la suerte de Venecia, entonces deja en su bolsillo las ofertas de compensación destinadas a pagar la neutralidad de Francia.

Pues el hidalgo pomerano, llamado por la confianza de su soberano a la cancillería (el 24 de septiembre de 1862), disimula, detrás de una brutalidad aparente, la agudeza y la cautela de su colega italiano. Encargado por Guillermo I de imponer su ley al Landtag (ya disuelto el 11 de marzo de 1862, por haberse negado a votar los cuatro millones de thalers que necesitaba el general von Moltke para aumentar el contingente anual de 40.000 a 63.000 hombres, Bismarck, convencido de que «las grandes cuestiones de nuestra época se resolverán... por la espada y la sangre» (30 de septiembre), y de que «la fuerza se antepone al derecho», no vacila en disolver otra vez

(el 27 de mayo de 1863) la asamblea elegida el 6 de mayo del año anterior, así como la siguiente (elegida el 28 de octubre de 1863) el 25 de enero de 1864, y a no tomar en consideración los sucesivos rechazos de los créditos militares, con mayoría de 250 votos, en julio de 1863, de 275, el 22 de enero de 1864 y, todavía, de 258, en mayo de 1865). ¡Qué importa! La Asamblea, como la Fortuna, es mujer: después de Sadowa le acordará finiquito de todas sus irregularidades presupuestarias, por 230 votos contra 75, en agosto de 1866. Ahora bien, si el canciller, con mano dura, revoca a un millar de funcionarios en cuatro años, sabe también dar prendas a los poderosos de la época. Criado por una madre, discípula de Swedenborg y de Messmer, nutrido por Espinoza, Voltaire, Hegel, Feuerbach y Strauss, no se deja detener, ni por sus convicciones religiosas, ni tampoco por escrúpulos políticos; escéptico y cínico, haciendo «poco caso de la doctrina» (en el Reichstag, en 1871), aboga en 1860 en favor del plan Radowitz que condenaba diez años antes, elogia el sufragio universal delante del conde Bernsdorf, ministro de Asuntos Exteriores (el 8 de octubre de 1863 y el 19 de abril de 1866), y busca cualquier apoyo que estime necesario al éxito de su «Real-politik».

Su prensa la controlan unos judíos de Hamburgo. Su partido en el Parlamento, el grupo nacional-liberal, lo preside un converso, Eduardo Lasker. Sus colaboradores, sus apoyos políticos, los escoge con frecuencia entre los agitadores pangermanistas del 48, judíos o no, el doctor Loewe, Ludwig Bamberger, o los Becker, Bennigsen, Miquel, Gervinus, Gneist, Seydel. Este último, presidente del «Verein Deutscher Freimaurer», que reagrupa desde 1861 bajo una sola dirección las varias obediencias, le trae el apoyo de toda la Masonería alemana. Mantiene buenas relaciones con los socialistas, se encuentra con su jefe, el judío avergonzado Ferdinand Lassalle, durante el invierno de 1863-64 y, si no se pone de acuerdo con él sobre la institución inmediata del sufragio universal o la creación de cooperativas de producción subvencionadas por el gobierno, escoge, como secretario personal, a Lothar Bucher, futuro ejecutor testamentario del maestro del socialismo de Estado. Con excepción del reticente Frotscher, los cabecillas del partido, Dammer y sobre todo Schweitzer apoyarán a Prusia en sus designios pangermanistas (según Bebel, el 26 de septiembre de 1878). Se atreve a establecer contactos con Mazzini, al que dirige en 1867 (contestando a una nota del 17 de noviembre de 1866) un memorándum exponiendo la comunidad de intereses entre Italia, rival de Francia en Túnez y en el dominio del Mediterráneo, y Prusia, cuyas ambiciones van orientadas hacia el Báltico o el Rhin.

«Delenda est Austria», escribió Mazzini, «Vengar la vergüenza de Olmütz» y «aplastar a Austria», como lo declara Bismarck al húngaro Scheer-Thosz en octubre de 1862, destituir del Imperio a los Habsburg para volverse luego contra Francia, han sido siempre las «metas» del canciller prusiano, desde que representaba a su país en la Dieta de Francfort en 1851, antes de desempeñar las funciones de embajador, primero en San Petersburgo y luego en París. Pero sabe dominar sus sentimientos y colaborar con Viena en el asunto de los Ducados, sólo para dar prueba delante de los otros estados de la Confederación y de su propio soberano, Guillermo I, de que esta cooperación no es posible. Aunque la convención de Londres (del 8 de mayo de 1852) haya prometido la sucesión de Dinamarca al príncipe Christian de

Glücksbourg, y que el príncipe de Augustemburg (el padre) haya renunciado a sus derechos mediante una indemnización de 1,5 millones, cuando murió el rey Federico VII (el 15 de noviembre de 1863) la Dieta alemana admitió las pretensiones del hijo de Augustemburg, y mando efectivos de Sajonia a Hanover a ocupar los ducados de Holstein y Lauenburg (bajo el pretexto de que quedaban ligados a la Confederación a pesar del estatuto de autonomía otorgado por Dinamarca, el 13 de marzo de 1863). Entonces, Bismarck, después de obtener el visto bueno de lord Wodehouse (el 12 de diciembre), lanzó un ultimátum a Copenhague (el 16 de enero de 1864) y mandó el 30 a los 60.000 austro-prusianos del general Wrangel invadir primero el Holstein y luego el Jutland. Con la mitad de efectivos, los daneses resistieron con valor en Düppel hasta el 18 de abril, pero el 28 cayó Federicia, y abandonaron los ducados de tierra firme el 14 de julio.

Entonces, como Inglaterra vacilaba antes de utilizar su flota, una conferencia difícilmente prolongada en Londres entre el 25 de abril y el 25 de junio, se limitó a recomendar la línea de la Slei como futura frontera, y, después de firmar un armisticio y preliminares de paz los días 18 de julio y el 1 de agosto, el tratado de Viena impuso al duque Federico de Augustemburg como rey de una Dinamarca amputada de los ducados; sometidos a un condominio austro-prusiano. Mientras los síndicos de la Corona seguían proclamando los derechos de Christian de Glücksburg y la Dieta de Francfort recomendando (por nueve votos contra seis el 6 de abril de 1865) la devolución de los ducados al duque de Augustemburg (llamado por unos manifestantes en Altona el 23 de enero de 1866), se concluyó en Gastein (el 14 de agosto de 1865) una convención de partición, concediendo el Holstein a Austria y el Schleswig y el Lauenburg (mediante 12,5 millones de francos) a Prusia, incluyendo la rada de Kiel y el control del canal del Báltico.

...a la ambición de Bismarck

Pero Bismarck, después de clausurar la sesión de las Cámaras (el 22 de febrero de 1866) y de obtener el 28 —gracias a von Moltke, a Manteuffel (procediendo de los ducados) y a von der Goltz (de París) y a pesar de la oposición del príncipe real— la adhesión del Consejo, prepara activamente «su» guerra. No tiene dificultad en atraer a Italia en su juego: Napoleón se la lleva. Al conocer por La Marmora las primeras aperturas del embajador prusiano Usedom, y la firma de un tratado de comercio, el emperador no reacciona (4 de agosto de 1865). Pero hay más, cuando el ministro italiano propone a Viena, a través del conde Malagazzi (el 9 de octubre de 1865), la compra de Venecia, mediante 1.000 millones, o, a través de Nigra, en París, una compensación en las provincias danubianas (que se sublevaron contra el príncipe Cuza, el 17 de marzo), o cuando Austria misma ofrece (el 12 de junio de 1866) pagar la neutralidad de Francia con la promesa de Venecia a Italia, se hace el sordo. Lo que desea, lo que aconseja al conde Arese el 30 de marzo y lo que ayuda a realizar es la alianza entre Italia y Prusia, negociada en marzo por el general Govone en Berlín y firmada, sólo para tres meses, el 8 de abril de 1866. Basta la influencia maléfica del príncipe Napoleón y de Benedetti para neutralizar los avisos de Drouyn de Lhuys.

Tampoco sirve la violenta filípica de Thiers, calurosamente aclamado por el cuerpo legislativo el 3 de mayo. Proponer la panacea habitual de un Congreso, es todo lo que consiente el 26 de mayo.

Entonces Manteuffel ocupa Kiel el 8 de junio y el Holstein el 10. El mismo día Bismarck exige con brusquedad la reforma de la Confederación germánica, la expulsión de Austria y la elección de una Asamblea por sufragio universal. Como se niega la Dieta, por nueve votos (de Baviera, Hanover, Sajonia, Würtemberg, las dos Hesse, los ducados de Baden y de Brunswick-Nassau) contra seis, lanza un ultimátum a Hanover y Sajonia y desencadena, el 16 de junio, una campaña relámpago. Sabiendo que no tiene nada que temer de Francia, Moltke ha desguarnecido las provincias del Rhin, así se arregla pronto la suerte de los estados de Alemania del Norte: vencidos en Langensalza, los hanoverianos capitulan (17-19 de junio); Cassel y Dresden son ocupadas el 18. El 23, 250.000 prusianos, articulados en tres cuerpos, entre el Elba y Silesia, convergen hacia Bohemia. El 3 de julio, en Sadowa, los 200.000 austríacos de Benedek, dominados por el tiro más rápido de la infantería prusiana (2) y desbordados en su flanco derecho por el príncipe real de Prusia, empiezan, bajo la protección de su artillería, una retirada que terminará en derrota (31.424 perdidos, y sólo 9.172 prusianos, más 20.000 prisioneros). Praga es ocupada. Entretanto el ejército italiano ha sido aplastado en Custozza, sobre el Mincio (el 24 de junio), por el archiduque Alberto, hijo del famoso archiduque Carlos, pero ha cumplido con su misión, fijando en la península fuerzas austríacas cuya ausencia en el campo de batalla ha sido fatal.

Al contrario, el ejército francés no tuvo ningún papel en los acontecimientos. Cuando, el 5 de julio, la emperatriz, Drouyn de Lhuys y el mariscal Randón trataban de convencer, muy tardíamente, a Napoleón III de la conveniencia de concentrar 80.000 hombres sobre el Rhin para imponer su mediación armada, se presentó en el Consejo (sin ser convocado) La Valette, un alto dignatario masónico, cuya intervención bastó para que el emperador no se moviera. Por su parte, el mismo día, el príncipe Napoleón aconseja a Bismarck, a través del magiar Scheer-Thosz, no cesar demasiado pronto las hostilidades. Aviso inútil, pues el canciller de Hierro amenaza a Austria con una insurrección en Budapest. «¡Si somos vencedores, Hungría será libre!», había prometido a un emisario húngaro, desde octubre de 1862. Ahora bien, alienta a unos notables que intentan desde 1861 reconstituir las logias (Eduard Karoly, Stefan Esterhazy, Julián Teleki, Bele Bay, Comarony, los condes Teodoro y Coloman Czaki), manda von Bernhardi al general Türr, que fundó en Italia, en 1863, un Gran Oriente con Kossuth, como G. M. honorario, recibe a uno de los condes Czaki en Berlín, en junio de 1866, y presta su apoyo a la Legión organizada en Italia por el general Türr, y en territorio prusiano por el general Klapka.

---

(2) Bajo la influencia de los radicales alemanes, Austria acaba de reducir sus gastos militares en el 10 %, aunque fueran inferiores a los de las otras potencias (19,6 % del presupuesto de 1862, comparando con 23,4 % en Inglaterra, 25,7 en Francia, 27 en Prusia y 36,4 en Rusia).

Pero como Viena se inclinó, no hizo falta recurrir a la insurrección. Deseando ante todo desligar a Austria de Alemania para convertirla en un brillante asociado, más bien que aplastarla, haciendo de ella un enemigo, Bismarck cede a instancia de Benedetti los días 11 y 12 de julio y concede una tregua, el 22, confirmada el 26 por los preliminares de Nikolsburg y, el 23 de agosto, por el tratado de Praga, y se contentará con imponer a los Habsburg una indemnización de 40 millones de thalers (pronto reducida a la mitad), sin ningún abandono territorial (a excepción de los ducados daneses).

Para mayor provecho de los francmasones y de los judíos

Sin embargo, la derrota de Sadowa será una victoria para los «hermanos» masones húngaros y austríacos: el 6 de octubre de 1868, una logia abre sus puertas en Pest (en 1848, la logia de Luis Kossuth había sido muy efímera) y en adelante dos obediencias compartirán la dirección de la masonería húngara: una gran logia «johanita», creada en 1870, reunirá, cuatro años más tarde, 20 talleres bajo el G. M. Joannovics, ministro de los Cultos, mientras 18 logias escocesas se reagruparán en 1873, bajo la autoridad del general Türr y de Teodoro Czaki. En las próximas décadas, la diplomacia alemana encontrará siempre, entre ellos, unos fieles aliados. Obligados a más prudencia, aunque el ministro, sajón, Beust haya abolido el 19 de enero de 1868 el juramento por el cual los funcionarios atestaban su no pertenencia a una sociedad secreta, los hermanos austríacos (creando la logia «San José» en Viena en 1848, el profesor Lewis les había enseñado el camino) escogieron la ciudad de Neudorf, en territorio húngaro, como centro de sus actividades y para burlar la ley, constituyeron en 1872, en vez de talleres declarados, unas hermandades (en número de 10 en 1874) reagrupadas bajo la denominación de «Humanitas» y otra sociedad llamada «Círculo internacional de los Francmasones».

Ahora, Bismarck tiene las manos libres para organizar Alemania según su voluntad. Era difícil para Francia, que no había puesto condiciones a su neutralidad, pedir ahora compensaciones. Sin embargo, lo intenta Napoleón III. Obteniendo como única satisfacción (a pesar de la derrota infligida en Lissa a la flota del almirante Persano, el 20 de julio de 1866) la cesión de Venecia, que le importaba tanto. Sin que lo agradezca mucho Italia, humillada por sus fracasos. Pero se ignoran cortésmente sus tímidas peticiones, por ejemplo, Maguncia y su territorio (23 de julio al 7 de agosto, negada a Benedetti), o bien la constitución de un Estado-tapón, neutral (como no se escucha a su emisario el danés Hansen, Drouyn de Lhuys dimitió), o sencillamente una rectificación de frontera, con Landau, Sarrelouis, Sarrebrück, Luxembourg y unos distritos en Bélgica. En este caso se aprovecha Bismarck de la torpeza de Benedetti, que le deja una nota escrita para negar toda propina a Francia en detrimento del Reich alemán, utiliza las indiscreciones del «Siècle» (9 de agosto) para nutrir una violenta campaña contra su vecina, arma un lío tal en las cancillerías que el zar renuncia a convocar cualquier Congreso (18 de agosto), de manera que por fin Napoleón III, enfrentado con una actitud hostil de Gran Bretaña, debe contentarse con una satisfac-

ción moral: la evacuación de la ciudadela de Luxembourg por las tropas prusianas (8 de abril de 1867) y la neutralización del Gran Ducado (7-11 de mayo de 1867). Además, Bismarck se vale de las pretensiones francesas como de un espantajo para desmantelar la resistencia de Sajonia y de los estados del Sur y ganar al pangermanismo a los alemanes más reticentes a la hegemonía prusiana. Así resulta más fácil la anexión de Hanover, de Hesse, de Nassau y de la ciudad libre de Francfort (que el tratado de Praga reconoce) y la firma (los días 13, 17 y 22 de agosto) de tratados de alianza con los reinos de Baviera, de Würtemberg y el Gran Ducado de Baden. Maravilloso resultado, del cual se enorgullece La Valette, en su sectarismo inconsciente, abogando en favor del principio de las nacionalidades, tan querido por el emperador, en una circular del 16 de septiembre.

* * *

Napoleón III, comprometido en el asunto romano

La oposición, felizmente, no comparte esta ceguera. Jugando el papel de Casandre, Thiers advierte a la Asamblea «que no queda un error por cometer» (14 de marzo de 1867). Sin embargo, Napoleón III, descuartizado entre dos tendencias contradictorias, la de los exaltados (casi sin sesos, el príncipe Napoleón, La Valette y otros) y la de los moderados (De Moustier, nuevo ministro de Asuntos Exteriores y el mariscal Niel, sucesor de Randon en Guerra), anda con rodeos en el asunto romano. Después de conversaciones entre Persigny y Maxime d'Azeglio en Italia (marzo de 1865) con vista a instituir en Roma un municipio libre, bajo el señorío pontifical, el general Fleury visita Florencia el 15 de noviembre de 1866, para preparar la evacuación de la ciudad por las tropas francesas (11 de diciembre de 1866). Aunque una legión de un millar de voluntarios, creada en Antibes, haya reforzado los 8.000 ó 9.000 hombres de las tropas pontificales, el 22 de septiembre de 1866, Garibaldi piensa aprovecharse de esta oportunidad. Y no renuncia a sus designios porque el primer ministro Ricasoli (por haber intentado cubrir el déficit pidiendo al Clero que pague en cuatro años 600 millones sobre sus bienes) ha sido sustituido en la primavera de 1867 por el moderado Rattazi. De vuelta de Caprera, a final de febrero de 1867, se titula «gobernador de Roma» y manda a doscientos de sus «camisas rojas» atacar Terni el 20 de junio. Pero se le detiene y expulsa otra vez a Caprera, por sus violencias y excesos de lenguaje, sus declaraciones de guerra al papa y a los tiranos en el Congreso de la Paz, en Ginebra, con Bakunin, los días 8 y 9 de septiembre. Ahora bien, como Nigra no consigue flexibilizar a Napoleón III en Bayona, el 11 de octubre, Rattazzi, a su vez, dimite dejando su puesto a los generales Cialdini y Manabrea (el 7), ya desbordados por los acontecimientos, pues Garibaldi, de vuelta en Florencia el 20, no renuncia a su empresa. Entonces, el emperador vacila, manda órdenes y contraórdenes, prepara el embarque de un cuerpo expedicionario el 17, lo aplaza el 18 y el 21, lo efectúa el 24, manda zarpar durante la noche del 25 al 26 y renuncia el 26, hasta que el almirante de Gueydon, rebasado, sale del puerto y desembarca las tropas en Civita Vecchia, el 29. Pero entretanto los garibaldinos se infiltraron en la ciudad, donde hicieron volar unos cuarteles el 22,

ocuparon Monte Rotondo el 26, y en número de 9.000 avanzaron hasta el Tíber. Los días 3 y 4 de noviembre, 3.000 pontificales y 2.000 franceses les expulsan de Mentana (con un millar de pérdidas, bajo el fuego de sus fusiles «chassepots»). Así terminó la aventura. El ejército piamontés, listo para intervenir, no insiste y se retira, el 5 de noviembre.

Aislado ante Prusia

Contestando a Thiers, el 4 de diciembre, Rouher, el «vice-emperador», ostenta demasiado optimismo al afirmar que «nunca Italia se apoderará de Roma», pero por el momento el gobierno imperial, que se aprovechó del asunto para descartar a La Valette de la cartera del Interior, beneficia de una pausa. Pero tiene otras preocupaciones, y de mucha mayor importancia. En primer lugar, la insuficiencia de su ejército, que se mostró incapaz de alinear 80.000 hombres sobre el Rhin, cuando el prusiano daba prueba de su superioridad en Sadowa. En el caso de conflicto, ¿qué podría oponer Francia sola, aislada en Europa, al nuevo ejército alemán en formación? Un ejército de profesionales, heredado de la ley Soult del 21 de marzo de 1832, nutrido por un contingente anual incrementado de 80.000 a 100.000 hombres, cumpliendo un servicio de siete años, frente a un ejército nacional de un millón de hombres, reclutado por distritos territoriales e hinchado por las amplias reservas de la «landwehr». Proyectos y estudios se multiplican. El «Moniteur» del 12 de diciembre de 1866 fija el objetivo que se debe conseguir: 800.000 hombres de efectivos, más unos elementos de Guardia móvil. En marzo de 1867, el Consejo de Estado precisa el programa gubernamental: cinco años de servicio en activo y cuatro en la reserva. Pero, al votar la ley, el 14 de enero de 1868, el cuerpo legislativo no aceptó más que cortos períodos de entrenamiento para la «Guardia móvil».

Mientras el general Trochu se da a conocer con su libro «El Ejército francés en 1867», la oposición radical se señala por opiniones tan ineptas como elementales sobre la cuestión. Jules Simon, fiel a sus orígenes (se llama en realidad Schweitzer) preconiza naturalmente el sistema de las milicias suizas (19 de diciembre de 1867). Pero... ¡los otros! Soñando en los voluntarios del 93, estos demagogos casi podrían pretender, que el pueblo se revela tanto más temible, ¡cuanto menos armado y equipado! ¿Por qué dedicar 162 millones del empréstito del 1 de agosto de 1866, para modernizar la artillería y fabricar ametralladoras? «¿El material... los hombres? Los tendrían de un día a la mañana», declara Garnier-Pagès. Y Jules Ferry, casi en el día de estallar el conflicto, el 30 de junio de 1870: «¡Organizarse en tiempo de paz para una gran guerra, sería mera locura!» Preso de demagogia declarada, el cuerpo legislativo reduce los créditos de 14 a 5 millones, retrasa la constitución de la guardia móvil y otorga tan liberalmente los permisos de larga duración que los efectivos caen en una tercera parte en 1868. Una ola de pacifismo se derrama sobre el país: dentro de la «Liga Internacional de la Paz», creada por Jean Dollfus, Michel Chevalier y Federico Passy, militan en 1868-69 —¡ya!— pastores, ministros protestantes y rabinos, en compañía del abad Deguerry y del padre Hyacinthe. Este último, Carma, apóstol del Antiguo Testamento y del acercamiento entre las

religiones, imprudentemente encargado por Mgr. Darboy de predicar en Nuestra Señora, colgará los hábitos el 20 de septiembre de 1869. (Un siglo más tarde se le hubiera consagrado obispo y hubiera lanzado su cayado, en vez de culata en los aires... ¡como el arzobispo de Ruan, Martin, o el obispo de Metz!). Mejor inspirado, Michel Chevalier sugiere la idea de una Federación europea.

Frente a una oposición en auge

Se debe notar también que, en los últimos años, pulularon las Alianzas universales y las Internacionales de todo tipo, cuyo desarrollo estudiaremos en siguientes capítulos. Están de moda el anticlericalismo y la lucha de clases. En la Asamblea, la oposición levanta otra vez cabeza. Si las elecciones de los días 30-31 de mayo de 1863, controladas por Persigny, introdujeron 200 candidatos oficiales en el cuerpo legislativo, el abogado Marie ha sido elegido en provincias y en París, aumentó el número de sus elegidos de cinco a 18 (entre los cuales Jules Simon, el joven abogado Ernest Picard, y hasta 20 con Garnier-Pagès y Carnot, vencedores en un escrutinio complementario, el 21 de marzo de 1864. El resbalón hacia la izquierda resulta todavía más notable en el escrutinio de los días 23-24 de mayo de 1869; gana el centro izquierda 20 escaños, la izquierda democrática obtiene 30 (Garnier-Pagès, Jules Simon, Ernest Picard, Jules Favre, Eugène Pelletan) y seis diputados del relevo radical (Leon Gambetta, Jules Ferry, Raspail, Bancel) representan la extrema izquierda. El gabinete perdió 900.000 votos. Ganó la oposición 1.400.000. Consciente de este movimiento de opinión, el gobierno imperial flexibiliza sus métodos. El 23 de junio de 1863, descarta a Persigny del ministerio del Interior y designa como interlocutor con la Asamblea un ministro de Estado (primero Billaut, luego Rouher, el 18 de octubre). Otorga a las Cámaras, el 19 de enero de 1867, el derecho de interpelación y de escuchar a todos los ministros y, el 12 de julio de 1869, respondiendo a un manifiesto firmado por 116 diputados, el derecho para el cuerpo legislativo de elegir su mesa, de definir su reglamento, de presentar enmiendas, de votar el presupuesto por capítulos y de discutir de las tarifas aduaneras, y al Senado de deliberar de los asuntos públicos como lo hacía la Cámara de los Pares (4-20 de abril de 1870). El 6 de septiembre de 1869, un Senado-consulto consagra el nacimiento del «Imperio liberal», que representa el gabinete formado por Emile Ollivier, el 2 de enero de 1870. El 8 de mayo de 1870, un plebiscito confirma estas nuevas disposiciones constituyentes, por 7.358.736 «sí», pero la oposición recoge 1.571.939 «no» (sobre todo en París y en las grandes ciudades) y hay 1.894.681 abstenciones.

Claramente, la opinión se manifiesta más y más reacia. Ha sido relajado el severo control de la prensa, una nueva ley, adoptada el 9 de marzo de 1868, sustituye a la autorización previa una sencilla declaración, pero mantiene la fianza y la amenaza de una serie de avisos, si bien reduce el derecho de timbre de seis a cinco céntimos en París y a dos en provincias. La oposición, primero reducida al «Siècle» de M. Havin y a los artículos prudentes, pero con gracia, de Prévost-Paradol en el «Journal des Débats», ahora se refuerza con «La Presse», «Le Temps» de Nefftzer (25 de abril de

1861) y «L'Opinion Nationale» de Guéroult (socialista, en septiembre de 1859). También florecen cantidad de hojas de lucha política (140 en unos meses, 900 en 1869): «L'Avenir National» de Peyrat, «La Tribune» de Pelletán, «L'Electeur Libre» de Picard, «La Réforme» de Vermorel, «Le Rappel», situado bajo los auspicios de Victor Hugo (4 de mayo de 1869, con una tirada de 40.000), «Le Réveil» del revolucionario Delescluze, «Le Réfractaire» de Jules Vallès, «Le Pilori» de Salmon, apodado Victor Noir, «Le Père Duchêne» de Vermesch (procedente de una familia judía de Amsterdam), «Le Diable à Quatre» de Edouard Lockroy, «La Lanterne» del marqués Henri de Rochefort-Luçay (30 de mayo de 1868, con una tirada de 40.000), subvencionada por Villemessant, director del «Figaro», sustituida en 1869 por «La Marsellaise», con Flourens, Millière y Rigault (con una tirada de 50.000). De manera que, en resumen, la prensa gubernamental tiene 42.000 lectores y la de la oposición, 128.000.

Preparativos revolucionarios

La agitación social se reanima. En esta materia, el Segundo Imperio se empeña en controlar las sociedades de socorro mutual (porque teme que paguen unas indemnizaciones de paro a los huelguistas), cuyos presidentes designa (decreto del 26 de marzo de 1852), así como los presidentes y vicepresidentes de los Consejos de Hombres Buenos (ley del 1 de junio de 1853). Además, exige de los productores, y de los mismos artesanos en casa, la posesión de un carnet (ley del 22 de junio de 1854). Gracias a la intervención del príncipe Jérôme Napoleón, que mantiene contactos con la Internacional, a través del periodista Armand Lévy, Tolain ha obtenido la elección de delegados a la Exposición de Londres (1861-62). Pero no fue oída su llamada del 17 de octubre de 1861: «Porque no decirnos más bien, estáis libres de organizaros y de arreglar vuestros propios asuntos; no oponemos trabas a eso». O muy poco. Estudiada por Morny con la ayuda de Emile Ollivier, la ley de 25 de mayo de 1864 modifica los artículos 414 al 416 del Código penal y tolera las «coaliciones», a excepción de violencias o maniobras fraudulentas para influir sobre los salarios u oponerse a la libertad del trabajo, pero se olvida de instituir un proceso obligatorio de conciliación y no satisface a nadie: la izquierda votará en contra. Sin embargo, se van creando cooperativas: 12 de consumo (entre 1864 y 1866) y 35 de producción (entre 1863 y 1867). Y se constituyen cámaras sindicales obreras, reconocidas el 30 de marzo de 1868, 67 entre 1868 y 1870.

Pero se multiplican los conflictos del trabajo, a veces con carácter revolucionario. Huelgas de los mineros, de los tipógrafos (8 de abril de 1860, 17 de mayo de 1861), en el textil en Roubaix (marzo de 1867), de los broncistas (obtienen 25 % de aumento), de los curtidores de pieles (noviembre-diciembre de 1869). Una manifestación en favor de Baudin, conduce a la detención de los Gaillard (padre e hijo), de Quentin, Abel Peyrouton y Delescluze y los abogados Gambetta, Arago y Crémieux se aprovechan del pleito para dirigir una violenta requisitoria contra el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1852. Una demostración conmemorativa de Manin (2-4 de noviembre de 1867) permite la condenación de los quince miembros de la

junta parisina de la Internacional (20 de marzo de 1868) con la consecuencia que serán sustituidos por fanáticos revolucionarios, pero antiestadistas (el encuadrador Varlin, el tintorero Benoit-Malon y otros). Alborotos en París, después del fracaso de Rochefort en las elecciones (del 7 al 11 de junio de 1869), que se aprovechan para operar 1.200 detenciones. Huelgas sangrientas: en Saint-Etienne, los días 15 y 16 de junio de 1869 (10 muertos), en Aubin, los días 7 y 8 de octubre (14 muertos y 20 heridos), en el Creusot (el 19 de enero de 1870). Desfile asombroso (80.000 a 100.000 personas) en las exequias del judío Salmon, apodado Victor Noir, muerto por el príncipe Pierre Bonaparte (tercer hijo de Lucien), comprometido en un duelo con Rochefort. Flourens intenta provocar un motín y reanuda la agitación entre los días 7 y 10 de febrero, después de la condena a seis meses de cárcel (el 22 de enero) del virulento polemista de «La Marsellaise».

Desde que la ley del 25 de marzo de 1868 restableció la libertad de reunión (con precauciones poco eficaces: declaración, presencia de un representante oficial, prohibición de discusiones políticas o religiosas, etc.), los clubs reanudaron su actividad. En el Pré aux Clercs, Vieux Chêne, VauxHall, la Redoute, en las salas «Molière» de la Revolución y de la calle de París, los futuros cabecillas de la «Comuna» prueban su voz: Napoleón Gaillard, Abel Peyrouton, Ferré, Duval, Briosne, Ranvier, Raul Rigault. Hasta ahora esqueléticos («se apartaba la masa obrera», reconocía Fribourg, amigo de Tolain y de Eugène Varlin), los efectivos de la Internacional (llamada «de los Trabajadores») se hinchan de un golpe con revolucionarios de todo tipo, miembros de las sociedades secretas republicanas, cuando se infiltran en su estado mayor intelectuales a la Blanqui, profesionales de la subversión. Muy oportunamente, Tridon pone de moda otra vez «Hébert et l'hébertisme» (o sea, los «rabiosos» de la Revolución) en 1865. En el momento escogido por sus dirigentes para lanzar un manifiesto en contra del plebiscito (24 de abril de 1870) reprimido, el 5 de julio, con 34 condenas (entre las cuales las de Varlin, Malon, Murat, Johanard, Pindy, Gombault, Heligon a un año de cárcel), la Internacional cuenta en Francia con 245.000 adheridos. Lo que llama la atención, en su nueva organización (en la primavera de 1870) es que renunció al cuadro profesional de los gremios para adoptar un dispositivo insurreccional por barrios, lo que permite una movilización y concentración más rápida de los sublevados. Y también que las sociedades de resistencia armada, agrupadas por comunas, se federan alrededor de los grandes centros urbanos, París, Ruan, Lyon, Marsella, como para constituir, en el momento escogido, una Federación nacional. Todo así cuidadosamente preparado y listo, parece que no se espera más que la guerra y la derrota para desencadenar la revolución y proclamar la «Comuna». Aunque la iniciativa revolucionaria debe salir de Francia —decían las instrucciones difundidas el *1 de enero de 1870* por Eugène Dupont, secretario para Francia del Consejo general de la Internacional—, sólo Inglaterra, añadía como buen marxista, puede constituir la base de una revolución verdaderamente económica». ¿Se podía ignorar que en España el secretario personal de Bismarck, Lothar Bucher, discípulo de Lassalle, exmiembro de la Internacional, estaba activándose precisamente para encender el fuego?

* * *

Maquinación de la candidatura Hohenzollern

¿Por cuál decreto del Destino se condenaba al Segundo Imperio en decadencia a arrojarse, sin mirar el peligro y bajo un pretexto fútil, en un conflicto fatal? Ahora bien, desde Sadowa, se hacía sentir sobre el país la amenaza del pangermanismo. En vano el agregado militar coronel Stoffel, atento al desarrollo de un ejército de un millón de hombres, fuertemente encuadrado y dotado del material más moderno, multiplicaba sus advertencias. Pero, ¿era «inevitable» la guerra, como lo escribía el brillante periodista Prévost-Paradol en «La France Nouvelle», durante el verano de 1868? Al contrario, todo aconsejaba evitarla: tanto el desequilibrio de las fuerzas como el aislamiento de Francia.

Minado en casa por preparativos revolucionarios, amenazado en sus fronteras por las nuevas potencias (que tanto contribuyó a instalar), Napoleón III, acorralado, busca desesperadamente un aliado. Pero ya terminó su papel y no tiene más utilidad para los amos del juego. Ahora, «el hombre de las sectas» es Bismarck. La misma Inglaterra abandona al que fue antaño su «Pretendiente» y durante tanto tiempo su fiel servidor. Desde que, ignorando los avisos de Lamartine, se atrevió a atacar con el pico un punto crucial (Suez) en el camino de la India, Londres sólo piensa en bloquear la empresa, suscitándole dificultades, sea comprometiéndole (después del atentado de Orsini) en la campaña de Italia, sea reanimando (por la población de un libro del doctor Berchtol-Beaupré en 1859) la oposición masónica, o bien favoreciendo los manejos de la Internacional naciente. He aquí que diez años más tarde, como estaba previsto, la emperatriz Eugenia (flanqueada como siempre de su rabino de confesor, Bauer), inaugura ahora, con gran solemnidad el canal de Suez (16 al 24 de noviembre de 1869).

¿No se presenta la candidatura Hohenzollern al trono de España, pretexto a una guerra franco-alemana, en el instante preciso para borrar tal afrenta a S. M. la emperatriz de las Indias? Interrumpidas durante algún tiempo, bajo los gobiernos del general Narváez (1847-1851) y de Bravo Murillo (16 de enero de 1851-13 de diciembre de 1853), se reanudaron lucha intestinas en España, con su cortejo habitual de rivalidades entre obediencias masónicas, de sublevaciones militares (28 de junio de 1854, 22 de junio de 1866), de alborotos (17 de julio de 1854, 8-10 de abril de 1865), de excesos anticlericales y hasta disturbios sociales en Andalucía (La Loja, a final de junio de 1861). En fin de cuentas, como las tropas gubernamentales se habían desmandado en el puente de Alcolea, camino de Córdoba (el 28 de septiembre de 1868), la reina Isabel II no tuvo más remedio que buscar refugio en Pau, y el general Prim, apoyado por el general Serrano, formó el 8 de octubre un gobierno provisional de coalición masónica con Manuel Ruiz Zorrilla (uno de los lugartenientes del gran comendador Mañan y Clark, a la cabeza de la Masonería reconstituida) y Práxedes Mateo Sagasta (procedente del «Oriente lusitano», la obediencia portuguesa). Pero, como el escrutinio de enero de 1869 envió a las Cortes una mayoría monárquica y como su candidato preferido, el duque de Montpensier, había sido desterrado después de matar en duelo a su cuñado el infante don Enrique (el 12 de marzo de 1869), estos «unionistas» buscaban a otro rey.

Algunos miraban a Ferdinand de Portugal, un Coburg. Entonces, Bismarck concibió la maquinación que le serviría de pretexto al conflicto que buscaba con Francia: la candidatura al trono de España de un Hohenzollern católico, Leopold de Sigmaringen, emparentado con los Beauharnais y los Murat, casado desde 1862 con Antoinette de Bragance-Bourbon (hermana de Luis I de Portugal), hermano de Carlos I de Rumania. Desde marzo de 1869, se suceden los contactos: visitas a Bismarck (dos veces durante este mes) del ex-embajador español en Berlín, Rances y Villanueva, misión a Madrid en abril del general von Bernhardi cerca del influyente diputado a Cortes Eusebio Salazar y Mazzaredo, ex-secretario de embajada en Berlín. Este último, no obstante la actitud poco favorable del general Prim (que encontró en Vichy en septiembre), cumplió una gestión en Sigmaringen (el 5 de octubre) en compañía del barón von Werthern, ex-embajador prusiano en España, que da cuenta de su resultado a Bismarck, en Varzin, dos días más tarde. Entonces, el general Prim ofrece oficialmente la corona a Leopold, el 17 de febrero de 1870. Pero ni los eventuales candidatos, Leopold y Frederic, ni su padre Anton, llamados por Guillermo I a conferenciar con él en Berlín, se manifiestan muy dispuestos a aceptar tal propuesta (15-25 de marzo de 1870). Decepcionado, Bismarck manda a su secretario privado Lothar Bucher a España para reanudar la negociación, el 6 de mayo, y luego cerca del Kronprinz y de Leopold —que no mantiene su negativa—, el 23 de mayo, y de nuevo a Madrid, el 7 de junio, para decidir de la maniobra y llevar a Salazar con él a Sigmaringen el 14, para obtener el 19 el acuerdo del reticente candidato. De vuelta el 28, Salazar notifica esta aceptación a Rivero, ministro del Interior, y a Ruiz Zorrilla, presidente de las Cortes.

Al difundirse en Madrid la noticia de esta trama, se produce un tremendo jaleo. Considerando esta tentativa de reconstituir el imperio de Carlos V en provecho de Prusia como una provocación, el gobierno imperial reacciona con el máximo vigor. Por boca de su embajador cerca de Prim, el 2 de julio, del primer secretario de embajada en Berlín cerca del subsecretario de Estado von Thiele, los días 4 y 6, y por la voz del duque de Gramont, ministro de Asuntos Exteriores, con tajante declaración en el cuerpo legislativo. Frente a tan categórica oposición, mientras Benedetti pide en Ems (los días 9 y 11 de julio) la intervención de Guillermo I cerca de su primo para inducirle a renunciar, el gabinete español manda al general Domínguez, con misión análoga cerca de Leopold (el 10 por la noche), y, en la mañana del 12, el príncipe Anton, padre del candidato, dirige al general Prim la contestación esperada, anulando su aceptación (con una copia para Olózaga, embajador español en París). Entonces, ¿queda arreglado el incidente? Nada de eso, pues rebota por culpa de unos belicistas que, en París, pretenden salvar el Imperio con una victoria: unos cortesanos del entorno de la emperatriz, Gramont (ex-embajador en Viena deseoso de sacar venganza de Sadowa), unos 80 a 90 exaltados del cuerpo legislativo, unos periodistas como Clément Duvernois, del «Figaro», Girardin, de «La Liberté», Edmond About, del «Soir», los del «Pays» y de «La Patrie», exaltando el patriotismo popular. La camarilla de Saint-Cloud pretende «exigir» garantías de Berlín, y sin esperar la decisión del gabinete, remite al embajador von Werther un esquema de contestación para que lo presente a su soberano. De esta intimación se enfada Guillermo I, que recibiendo a Benedetti (el 13) se contenta con comunicarle que tuvo conocimiento de la renuncia de

Leopoldo y que la aprueba. Esta respuesta le basta a Bismarck para que la disfrace en negativa absoluta, con el fin de que su «despacho de Ems» produzca «sobre el toro galo el efecto de un trapo rojo».

De cabeza a la guerra...

Efectivamente, el toro empuja con una ceguera total. El 14 de julio, en las Tuileries, el presumido general Leboeuf (que sucedió a Niel, fallecido en agosto de 1869) obtiene el acuerdo del Consejo para la movilización; en Saint-Cloud, a las seis, se habla todavía de convocar un Congreso, pero a las once se decide la guerra. Al día siguiente, en la Asamblea, Thiers critica esta ruptura «sobre una cuestión de susceptibilidades» y pide comunicación de los despachos intercambiados. Le apoyan Buffet y Jules Favre. Pero Emile Ollivier concluye con ligereza: «¡Aceptamos nuestra responsabilidad con ánimo relajado!» Se adopta entonces un primer crédito de 50 millones, y el 18 de julio otro de 500, y el 19 se notifica a Berlín la declaración de guerra.

Por lo menos, ¿se habrá asegurado Francia de alguna alianza? No, no se pasó de veleidades. Intentó acercarse a Viena: en Salzburgo (el 17 de agosto de 1867), Napoleón III encontró a Franz-Josef, que, vía Nancy, devolvió esta visita en París, el 23 de octubre. Rouher tuvo un contacto en 1869 con el canciller Beust (un sajón protestante, muy hostil a Bismarck), pero cuya prensa está en parte controlada por Berlín y que teme mucho las reacciones del canciller ruso Gortchakof. Nombrado para el ministerio de Asuntos Exteriores en mayo de 1870, el duque de Gramont, ex-embajador en Austria, se adelantó más: vino el archiduque Albert a París (en marzo de 1870) y se fue a Viena el general Lebrun (entre el 6 y el 30 de junio), para estudiar unos ambiciosos planes estratégicos (diversión sobre Dinamarca, penetración en Europa central) cuyos medios de ejecución faltaban por completo. Mandado a Petersburgo a final de 1869, el general Fleury se enfrentó a la estrecha colaboración existente entre rusos y prusianos. En Florencia, Vitorio-Emanuele exigió como pago de su neutralidad la posesión de Roma, que los franceses se disponían a evacuar. En cuanto a Londres, La Valette no sacó de lord Clarendon (1 de febrero de 1870) más que una gestión plantónica de lord Loftus en Berlín, con vista a frenar la carrera de armamentos, luego falleció el secretario del Foreign Office (2 de julio) y en el último momento, la publicación por el «Times» de la nota Benedetti sobre Bélgica acentuó la hostilidad de la opinión británica (25 de julio). Lo que significaba que Francia se encontraba reducida a sus propias fuerzas, frente a un adversario que había incrementado las suyas sin cesar.

Desde el 15 de diciembre de 1866, Bismarck organizó la Confederación de la Alemania del Norte, a base de un Reichstag, elegido por sufragio universal, y de un Bundesrat, en el cual, de 43 delegados Prusia contaba 17. En julio de 1867, apretó los lazos del «Zollverein», de la Unión aduanera, extendida a los estados del Sur, e instituyó un Parlamento aduanero. Y si alguna resistencia se manifestó en Baviera (donde, después de unas elecciones autonomistas, a final de 1869, el príncipe de Hohenlohe debió ceder su puesto al conde de Bray) y en Würtemberg (donde se marchó el ministro de

la Guerra), los estados del Sur, aliados de Prusia, aceptaron poner bajo mando del kromprinz sus contingentes respectivos, el ducado de Baden, el 16 de julio, Baviera, el 19, y Würtemberg el 21. De manera que dos cuerpos bávaros y un cuerpo mixto bades y wurtemburgués reforzaron la Guardia y los 12 cuerpos prusianos, y formaron un ejército alemán de 519.000 hombres (y 1584 piezas de artillería), apoyado por una reserva de 300.000, mantenidos en los cuarteles y los depósitos. Esta multitud, cuya movilización resulta bastante lenta y termina el 26 de julio, queda escalonada en profundidad: el I ejército del mariscal Steinmetz (60.000 hombres) en la derecha, alrededor de Treveris, el II (194.000 hombres) bajo el príncipe Frederick-Karl en el centro, y el III del kronprinz (130.000 hombres) en la izquierda, cerca de Landau, constituyendo la primera línea; mientras se concentraban tres cuerpos alrededor de Maguncia, dispuestos a bloquear un empuje francés hacia Stuttgart, que von Moltke esperaba... y que no se produjo.

...con un ejército insuficientemente preparado

Pues ¿qué pasa entonces? Sin completar ni sus efectivos ni su material, el ejército activo francés (200.000 hombres) se apresura en avanzar hacia la frontera. Concentrada en el máximo desorden, falta de todo (aparte de los famosos botones de polainas del mariscal Leboeuf., de artillería primero y de estados mayores, de intendencia, de servicio sanitario, etc. Mal articuladas y alineadas sin profundidad sus unidades (22 divisiones, siete cuerpos de ejército), son incapaces de una ofensiva seria. En Alsacia, bajo Mac Mahon, intentando avanzar hacia el Norte, son maltratadas en Wissembourg (el 4 de agosto) y en Froeschwiller (el 6), a pesar de la actitud valiente de las tropas bajo fuego, por fuerzas muy superiores en hombres y cañones (8.000 contra 30.000; 40.000 contra 100.000), y pierden 20.000 hombres. En Lorena, Bazaine, después de amenazar Sarrebrück, incapaz de fijar en Forbach a un adversario en mala posición, se retira hasta el Nied con 160.000 hombres (6-7 de agosto)delante de Metz. Cruzando la Mosela, aguas arriba, el 11 de agosto, el II ejército alemán ocupa Pont-à-Mousson, el 13, y amenaza con desbordarle. Napoleón le ordena retirarse hacia Verdun, pero no se atreve a empujar a fondo el 14 contra von der Goltz en la meseta de Borny, evacua el 15 la orilla derecha, y como no sabe aprovecharse de su superioridad de medios para avalanzarse hacia adelante, en vez de defender su retaguardia en Gravelotte, se deja cortar la carretera de Verdun, el 16, por un audaz bote de Alvensleben, la de Mars-la-Tour en una incoherente batalla en Rezonville (donde el sacrificio de su caballería salva a 90.000 alemanes opuestos a 140.000 franceses), la de Conflans, el 17, por una retirada inútil cuando podría aprovecharse de la temeridad de von Manstein, y la última, la de Briey, el 18, porque en Saint-Privat o Roncourt, donde la Guardia prusiana ha sido diezmada, deja aplastar a Canrobert antes de mandar en su ayuda a Bourbaki y la Guardia imperial, de manera que el 19 se encuentra cercado en Mertz.

Quizá este incorregible intrigante obedece a otras preocupaciones que el interés de Francia (como le escribe Moltke a Stiehle, el 5 de septiembre), «acariciando la esperanza que un ejército francés intacto podría restablecer el orden y... contribuir a instaurar un poder normal y legal, con el cual se podrían reanudar relaciones» (su nota del 10 de octubre de 1870). Pero en

sus gestiones, sus emisarios fracasan, tanto Régnier (en Inglaterra el 14 de septiembre y de nuevo el 8 de octubre, cerca de la Emperatriz), que «doblando» a Jules Favre (negociando en Ferrières el 20 de septiembre) sólo llega a fortalecer el juego de Bismarck... que el general Bourbaki (que, al volver de Chislehurst, el 2 de octubre, se encuentra retenido por Frederic-Karl)... o al general Boyer (recibido por Bismarck los días 14 y 15 de octubre y luego por la emperatriz en Chislehurst el 22), que trata en vano de ofrecer (a través del hijo de Théophile Gautier, el 24, y del embajador Bernstorf cerca de Bismarck, el 25) la neutralización de Alsacia, la cesión de Indochina y una indemnización de 2.000 millones. Decidido a bloquear totalmente la plaza de Metz, el canciller rechaza estas propuestas el 25, así como el rey Guillermo el 26. Entonces no le queda más salida a Bazaine que capitular el 27, con sus 173.000 hombres. (Sentenciado a muerte el 8 de diciembre de 1873, y conmutada su condena en deportación, se evadirá de la isla de Santa Margarita el 10 de agosto de 1874).

Entretanto Moltke, dejando la tarea de sitiar Metz al ejército del príncipe Frederic-Karl, había reanudado su marcha hacia París, en un frente de 75 kilómetros, con dos ejércitos, el II del kronprinz en la izquierda (118.000 de a pie, 20.000 de a caballo, 525 cañones), y el IV, recientemente formado en la Mosa, bajo mando del príncipe de Sajonia (70.000 peones, 16.000 jinetes y 288 cañones) en la derecha. Ahora bien, sólo un ejército de valor muy desigual (cerca de 120.000 hombres, las dos terceras partes de activo —nueve divisiones retiradas de Alsacia— y 470 cañones), reconstituido en el campo de Châlons por Mac Mahon, que tomó el mando el 17 de agosto, protege la capital, donde la emperatriz asume la regencia y se opone a la vuelta de Napoleón III, mientras el conde de Palikao sucede a Emile Ollivier en el gobierno y que, a instancia del príncipe Napoleón, se confía al general Trochu la defensa del campo fortificado de París (con 10.000 tropas regulares, 14.000 guardias móviles y luego 80.000 guardias nacionales). Pero ¿cuál será la misión del ejército de Châlons, suprema esperanza del Imperio? Procediendo de Palikao o de Rouher se suceden órdenes y contraórdenes, con las siguientes marchas y contramarchas. De Reims, donde recobró al VII cuerpo, Mac Mahon primero debe replegarse sobre la capital (el 21 de agosto), pero el 23 se le manda a Montmédy, en dirección a Metz, y cuando se le informa de la reunión de los dos ejércitos alemanes y de la inacción de Bazaine, y Palikao le ordena cruzar la Mosa, decide el 28 replegarse hacia Mézières. Demadiado tarde. Avisado por un despacho de Londres del movimiento de los franceses, Moltke manda cortar en Stenay la carretera de Montmédy y ocupar por los sajones, el 30 de agosto, Beaumont. Entonces el ejército francés cruza difícilmente el puente de Mouzon y se retira hacia Sedan, donde se deja cercar porque no supo ocupar los altos ni tampoco volar los puentes, y sobre todo porque siendo herido Mac Mahon, sus lugartenientes no se pusieron de acuerdo, insistiendo Ducrot para tratar de escapar durante la noche, hacia Mézières, mientras Wimpfen, que produce una carta de mando de Palikao, se empeña en abrirse paso hacia Montmédy. Pero, como el III ejército alemán completó en el sur y en el oeste el cerco de la plaza, iniciado por el IV en el este, 200.000 hombres y 400 cañones aplastan toda resistencia. Perdieron los alemanes 9.000 hombres y los franceses 17.000 (entre los cuales 3.000 muertos) y 21.000 prisioneros. Napoleón III y Wimpfen capitularon con 83.000 hombres, el 1 de septiembre de 1870.

La República, nacida de la derrota...

«Han sido vencidos los ejércitos del Imperio». Esta noticia tan esperada, la celebra como un triunfo la oposición republicana que, desde hace meses, se reúne «en sinagoga» en casa del abogado Adolphe Crémieux, calle de la Sourdière (en el sitio de los ex-Jacobinos). Allí se reagrupan todos los «Julios» Favre, Schweizer, apodado Simon, Grévy, Ferry y, a veces, Blanqui y Delescluze. En la noche del 3 a 14 de septiembre, mientras Thiers propone la formación de una Junta de Defensa nacional, Jules Favre presenta una moción de destitución. Para forzar esta solución, una jornada se organiza el día siguiente. Al mando del servicio de orden el general Caussade retira a la tropa, a los municipales y a la policía que protegen el cuerpo legislativo, cuyo presidente Eugène Schneider confió a Palikao el cargo de teniente-general y la Regencia a una comisión de cinco miembros. Entonces, unos guardias nacionales, especialmente reclutados en Montmartre y Belleville por Blanqui, Delescluze. Millière y Feliz Pyat, infiltrándose entre sus colegas, abren paso entre sus líneas a unos 700 clubistas, que irrumpen dentro de la Asamblea. Lo que permite a Gambetta proclamar la República mientras Ernest Picard intenta calmar los espíritus, y Jules Favre arrastra a todos en el tradicional cortejo hacia el Hotel de Ville, donde Flourens y los otros cabecillas les esperan. Del breve coloquio que tienen sale un gobierno provisional, «de Defensa nacional», presidido por el general Trochu e integrado por los Diputados de París, con Gambetta en el Interior, Crémieux en Justicia, Picard en Hacienda, y también Garnier-Pages y Grévy a los que se les ofrece un asiento para que se callaran (venían con otros seis diputados a presentar la propuesta de Thiers, aprobada por 200 diputados). De Keratry ocupa la prefectura de Policía y Etienne Arago la alcaldía. Nombrado ministro de Asuntos Exteriores, Jules Favre quita a Thiers de un medio mandándole en una gira de cancillerías, que le conduce a Londres (del 9 al 13 de septiembre) cerca de Gladstone, a Viena el 21 (donde Franz-Josef lloró al enterarse de las derrotas francesas), a Petersburgo el 27, de nuevo a Viena el 11 de octubre y a Florencia el 13 (entretanto los piamonteses ocuparon Roma el 22 de septiembre). Pero, nadie se interesa por el futuro de Francia, y observando la más estricta indiferencia, la «Liga de los Neutrales» no considera posible una medicación. Resulta un fracaso.

...agrava sus consecuencias...

El 19 de septiembre de 1870, los prusianos están delante de París, cercándolo. No hay más remedio que negociar. Lo sabe muy bien Jules Favre, que se presenta los días 18 y 19 de febrero en el castillo de los Rothschild en Ferrières, que sirve de cuartel general a Bismarck. Recibe una acogida glacial. Entonces, ¿qué hacer? ¿Continuar la lucha? ¿Organizar la resistencia en las provincias? (23 de septiembre). Manteniéndose en París (lo que parece ser un error), el gobierno delega en Tours (donde Crémieux se estableció el 10 de septiembre) a Gambetta, acompañado por Spüller y el politécnico Freycinet, encargándoles de reunir las tropas disponibles, de organizar 80.000 guardias móviles y de reclutar otros 250.000. ¿Con qué medios? El Banco de Francia se niega a imprimir billetes sin garantía (el 12 de agosto ha

sido declarada la circulación forzosa, pero queda limitada a 2.400 millones), pero consiente adelantar 415 millones sobre los 959 de créditos abiertos (entre el 4 de septiembre de 1870 y el 20 de febrero de 1871), más 400 a 3 %, puestos a disposición de los departamentos por el tratado del 22 de enero de 1871. Por otra parte se pagan los suministros y se reembolsan los depositadores de las Cajas de Ahorros, obligatoriamente, con Bonos del Tesoro. Pero hace falta recurrir al empréstito. Ya se emitieron el 23 de agosto 800 millones por 750 al 60,60. Ahora, el Banco Morgan consiente, el 25 de octubre, un préstamo de 208,9 millones al tipo real de 7,42 %. Muchos de estos recursos serán despilfarrados por las comisiones de la Defensa nacional; faltarán las justificaciones de 75 millones de gastos y se llegará a comprar, entre los desperdicios, unos cañones, de la guerra de Secesión (Billing, Saint-Laurent: informe de la Corte de Cuentas del 31 de agosto de 1876).

Sin embargo, las conversaciones con vista a un armisticio se reanudaron después de la vuelta de Thiers en Tours, el 21 de octubre. Habló en Versalles (del 1 al 4 de noviembre) con Bismarck, que naturalmente reclamó Alsacia (donde nombró a un gobernador general, el conde de Bismarck-Bohlen, el 14 de agosto), pero sólo una parte de Lorena («Trataré de devolverles Metz») y una indemnización de 3.000 millones. No obstante, la negociación abortó, pues en París, la situación empeoraba. Para organizar la resistencia, el general Trochu disponía de 68.000 hombres de tropa (entre los cuales 18.000 que el general Vinoy condujo desde Sedán), de 60.000 marineros y otros contingentes militarizados, de unos 100.000 «móviles» y de una masa hinchada de 90.000 a 384.000 guardias nacionales (incluidos unos 10.000 ex-condenados), fácilmente infiltrada por los cabecillas de la revolución. En cada distrito (arrondissement) se formaban unos Comités de Vigilancia encabezados luego por un Comité central. El 31 de octubre, Flourens, Delescluze y Blanqui conducen una manifestación al Hotel de Ville gritando «¡Viva la Comuna!» El gobierno provisional consigue escapar, gracias a la intervención de unas unidades burguesas de la guardia nacional, llamadas por Ernest Picard, pero el peligro ha sido grande. El 3 de noviembre un plebiscito aprueba el movimiento por 557.976 «sí» contra 68.639 «no»; es cierto que hubo muchas abstenciones, pero unos artesanos y pequeños burgueses aportaron sus votos a los extremistas; los alcaldes de distrito, elegidos el 6, en la misma ola de opinión, pertenecen también a tendencias muy avanzadas.

Mientras tanto, en todo el territorio nacional, la situación militar parece desesperada. A pesar de la calidad de los jefes y del valor de los combatientes, los ejércitos improvisados por el gobierno de la Defensa nacional no pueden resistir el empuje de un enemigo muy superior. El de la Loira, el más numeroso (70.000 y luego 160.000 hombres), bajo d'Aurelles de Paladine, se apodera de Orléans el 10 de noviembre, pero con 180.000 hombres el príncipe Frederic-Karl le vence en Beaune-la-Rolande el 28, le rechaza de Fontainebleau, los días 1 y 2 de diciembre, y reocupa Orléans, el 4. Las hazañas de Chanzy, de Bourbaki y de Faidherbe se saldan también con fracasos. Así como las tentativas de salida de la guarnición de París, hacia Champagny, los días 30 de noviembre y 3 de diciembre, hacia Le Bourget, el 21 de diciembre, y, el 19 de enero de 1871, la avalancha «torrencial» de 50.000 hombres hacia Buzenval, tan ruidosamente anunciada, en la que se

pierde la fama de «hombre fuerte» del general Trochu, sustituido por el más discreto y más eficaz general Vinoy. De manera que la prolongación de la resistencia no sirvió sino para acentuar la derrota y endurecer las condiciones del enemigo. Entonces, el balance definitivo de la lucha es el siguiente: 135.000 muertos, 143.000 heridos, 400.000 prisioneros en Alemania, 100.000 internados en Suiza y alrededor de 250.000 hombres dispersados, frente a 800.000 alemanes. Parece inútil continuar la matanza y las privaciones, resultando del cerco de la capital.

Del 23 al 28 de enero, Jules Favre pide en Versalles un armisticio no sólo para París, sino para todo el territorio, y como para negociar hace falta un gobierno legítimo, se llama a los electores para designar, el 8 de febrero de 1871, una Asamblea convocada el 13 de febrero en Burdeos, donde la delegación de Tours se replegó desde el 8 de diciembre. Mientras Gambetta, ultrancista, atacado por Jules Simon, se retira el 16 de febrero (sin embargo, será elegido en 10 departamentos), el cuerpo electoral se manifiesta en favor de los que trataron de evitar la guerra: elegido en 26 departamentos, Thiers aparece como un hombre providencial. El 17 de febrero, la Asamblea (aunque sea en mayoría monárquica, con 200 legitimistas y 200 orleanistas, de un total de 768 diputados, entre los cuales 675 presentes) le concede el insólito título de «jefe del Poder Ejecutivo de la República francesa». Para reforzar su autoridad constituye un gabinete de coalición en el cual toda la oposición tiene representación, encontrándose Jules Favre, Jules Simon y Ernest Picard al lado de dos militares, de dos antiguos orleanistas, Dufaure y Lambrecht, un legitimista y un bonapartista arrepentido, mientras el cauteloso Jules Grévy («No quiero que la República provoque miedo», había dicho en 1848) preside la Asamblea. Luego, el 21 de febrero, se enfrenta con Bismarck. Este último, temiendo que la Conferencia convocada en Londres (después de la denuncia por Rusia de la cláusula del tratado de París neutralizando el mar Negro) se transforme en Congreso, maniobró para prohibir en ella la participación de Jules Favre. Defendiéndose pie a pie contra las exigencias de Bismarck, Thiers obtiene conservar Belfort, y mediante una entrada simbólica en París, tan deseada por Guillermo I, y gracias al apoyo de Alphonse de Rothschild contra Bleichröder y Henckel de Donnersmarck, consigue la reducción de la indemnización de 6.000 a 5.000 millones. Pero tuvo que abandonar Metz. Sobre estas bases se firman el 26 de febrero los preliminares que la Asamblea ratifica, el 1 de marzo (por 546 votos contra 107), antes de transferirse, el 10, de Burdeos a Versalles.

...desemboca en los excesos de la Comuna...

Herida en su orgullo por esta descoronación («Esto alentaría a París a darse un gobierno propio», advirtió Louis Blanc), la capital resentía también la mala acogida reservada por la Asamblea a los diputados socialistas de la Sena: Rochefort, Delescluze, Tridon, Malon, Millière, Pyat... y Garibaldi, «maculados por la sangre de las guerras civiles». A estas decepciones se añaden los sufrimientos de cinco meses de cerco, la humillación de la derrota, concretizada por el desfile de 30.000 prusianos en los Campos Elíseos (y su presencia entre el 1 y el 3 de marzo hasta la plaza de la Concorde) y el temor de una restauración monárquica (que Thiers trata de

disipar, aconsejando al duque de Aumale y al príncipe de Joinville de no ocupar su escaño en la Asamblea y prometiendo «de no preparar una solución exclusiva, que lamentarían los otros partidos», el 10 de marzo). Y se añaden también otras preocupaciones más concretas. El mismo 10 de marzo, la Asamblea, mal inspirada, decidió abrogar el moratorio sobre las letras y los alquileres (adoptado los días 13 de agosto y 13 de noviembre de 1870), lo que provocó, entre los días 13 y 17 de marzo, 150.000 protestos. Y de cesar el pago del sueldo de 30 sous al día, a los guardias nacionales que no producirían un certificado de indigencia.

Aprovechándose de estas circunstancias tan turbias, los revolucionarios tienen la tarea fácil: exacerbar estos rencores y explotar las privaciones de productores que viven en covachas y cuyos salarios sólo fueron aumentados en el 30 % entre 1858 y 1870, mientras los precios subían en el 45 %. El ejército, en proceso de desmovilización, no cuenta más de 30.000 hombres, y 250.000 soldados y «móviles» están en la calle. Mientras 100.000 guardias nacionales, de los más acomodados (y de un total de 350.000), abandonan la capital, desembarcan en la estación del Este «camisas rojas» de Garibaldi y se infiltran en esta milicia unos 10.000 a 12.000 ex-condenados y toda clase de refugiados extranjeros. Se constituye un arsenal de 2.000 cañones, 450.000 fusiles, depósitos de bombas (se descubren 12.000 el 22 de enero en la alcaldía de Montmartre). Aunque Jules Favre se haya negado a desarmarlos, como lo pedía Bismarck, 200 batallones de esta milicia, temiendo ser licenciados, forman una federación el 15 de febrero, designan un Comité central, se manifiestan en la noche del 24 al 25 de febrero y los días siguientes, en el Vauxhall, en la Bastilla y se apoderan de los cañones disponibles en Passy o en la plaza de Wagram que transportan, los primeros al parque de Montceau y los otros (227) a Montmartre y Belleville.

¿Quién dirige estos preparativos de insurrección? ¿Los guardias federados? ¿Los agitadores jacobinos profesionales? ¿La Internacional? Se ha debatido mucho la cuestión. Pero, ¿por qué buscar la prueba de una unión oficial , si cohabitan desde el 5 de septiembre? Su cuartel general común se encuentra en el barrio del Temple, plaza de la Corderie, número 6. Concluyen un acuerdo el 10 de marzo. Los federados, los «30 sous», son los primeros en entrar en acción. El 15 de marzo, sus 215 batallones nombran un nuevo Comité central, integrado por 26 extremistas. De vuelta en París este mismo día, Thiers manda al general Lecomte, el 18, recuperar en Montmartre los cañones sustraídos. Al principio la operación procede con normalidad, siendo recobradas 70 piezas, pero como faltan yuntas de caballos, el resto queda bajo guardia de tropas de línea que fraternizan con los revoltosos. Entonces empieza el drama. Al mando del capitán Simón Mayer, una escuadra de rebeldes rapta al general Lecomte y el general Clément-Thomas (ex-comandante de la Guardia nacional, entonces de paisano), les secuestra en el Comité militar del XVIII distrito, y fríamente, les fusila. ¿Se trata de una provocación calculada como para hacer inevitable la guerra civil? El mismo agitador blande la bandera roja, cuando se dispara el 22 contra una manifestación de los «Amigos del Orden», en la que caen 15 muertos y numerosos heridos. Entonces, no es de extrañar que Jules Favre conteste a una primera delegación en la misma noche y a Clemenceau y a otros dos alcaldes-diputados, el 21: «No se puede discutir con asesinos», y que la

Asamblea, el 23, descarte a los alcaldes de París, dispuestos a interponerse para evitar el conflicto.

Mientras se producen motines, pronto reprimidos por el ejército en Lyon (del 22 al 25 de marzo), Saint-Etienne (del 24 al 27), Marsella, instigados por Gaston Crémieux (del 23 de marzo al 4 de abril), y en Limoges (el 4 de abril), los dirigentes del Comité central dominan la capital —desde que Thiers decidió (el 18 por la noche) retirar las tropas (10.000 a 15.000 hombres) para tomarlas en mejor mano (evacuando los últimos elementos el Hotel de Ville, con Jules Favre el 19 y el Luxembourg el 23)— ... y convocan a los electores el 26 de marzo para designar a sus representantes en la Comuna. Esta vez, la mayoría se abstiene: de un total de 485.000 inscritos, sólo 229.990 participan en el escrutinio, de manera que, con excepción de unos 15 moderados y de siete radicales que no se atreven a ocupar sus escaños, los extremistas, a los que se adhirió la Internacional el 23 de marzo, dominan el Consejo. Se reagrupan allí 32 «jacobinos», 13 miembros del Comité central, 17 de la Internacional y unos socialistas. «Le tocó el turno al proletariado», titula el 21 de marzo el «Diario Oficial». Estos «proletarios» ¿quiénes son? Muchos de los agitadores encarcelados después del motín del 31 de octubre, ahora liberados. El siniestro Blanqui, el millonario Tridon, Gustave Flourens, profesor en el Colegio de Francia, revolucionario maníaco, el eternal conspirador Félix Pyat, el agitador impenitente Charles Delescluze, el inspirado insurrecto Jules Vallés, el filósofo marxista Edouard Vaillant, el sombrerero clubista Arthur Arnould, el tendero Emile Clément, el verdugo cínico y sádico Raoul Rigault.En esta lista sólo figuran 25 obreros, entre los cuales el encuadernador Eugène Varlin, el cincelador Thiesz, el tintorero Benoit-Malon, el fundidor Duval, el contador Jourde, y bastantes extranjeros, hasta entre los cuadros del ejército federado.

Al mando del «general» Duval, la Guardia nacional popular, formada por unos 160.000 hombres, tiene como jefe a un ex-capitán, Gustave Cluseret, americano de origen francés, perteneciente a la Internacional, asistido como jefe de estado mayor por un auténtico resistente, ultrancista, el joven politécnico Louis Rossel, capitán de Ingenieros, y por un ex-suboficial, el «general» Bergeret. Conducen una ofensiva contra Versalles el 3 de abril —demasiado tarde para sorprender al ejército, ya reorganizado por Mac Mahon, con 120.000 y luego 140.000 hombres y 53 baterías (gracias a la llegada de 100.000 prisioneros liberados por Alemania), articulado en cuatro cuerpos, bajo Ladmirault, Cissey, Félix Douay y Clinchant—. De las dos columnas que atacan, la del Norte (15.000 hombres con Bergeret), después de ocupar Courbevoie con 3.000 hombres, intenta avanzar hacia Rueil, cuando la dispersa la metralla del Mont Valérien (ocupado de nuevo por el general Vinoy, después de la evacuación errónea de los fuertes, ordenada por Thiers, el 18 de marzo) y Flourens, su segundo jefe, muere de un sablazo en la vanguardia. En el centro, los 20.000 hombres de Eudes (un asistente de farmacéutico, lleno de rencores) se mantienen durante un día frente a Meudon, antes de replegarse hacia los fuertes de Issy y de Vanves, mientras, más al Sur, en la meseta de Chatillon, los 3.000 hombres de Duval se desbandan y él muere fusilado. Es un fracaso. Courbevoie está ocupado. Entonces, el mando pasa a Rossel, asistido por extranjeros: en la derecha, en Neuilly, el general Dombrowski, veterano de las revoluciones europeas con

su hermano, jefe de su estado mayor; en el centro, en Issy y Vanves, el italiano De Cecilia y, en la izquierda, en Montrouge, Bicêtre e Yvry, otro polaco, Wroblevski. Intentan «desnatar», sus efectivos para formar unas «compañías de marcha» con 80.000 hombres, pero lo mismo que durante el cerco era difícil reclutar a 6.500 voluntarios entre tantos aficionados a las tabernas, ahora apenas unos 20.000 defienden las líneas del campo fortificado. Entonces Thiers, que no está desprovisto de espíritu militar, escoge del 3 de abril al 24 de mayo el emplazamiento de las baterías para apoderarse de los fuertes: Issy el 9 de mayo, Vanves el 14, ocupados por Vinoy y Cissey.

Muy prudentes, los directivos de la Internacional esperaron que los federados dominasen la capital para tomar la palanca en sus manos. Leo Frankel, un judío húngaro (descendiente de Abrabanel, y muy amigo de Karl Marx) en Trabajo y Comercio, Theisz en el Correo, Varlin y Jourde en Hacienda y Suministros. Para mantenerse, exigieron del Banco de Francia un millón, más 9,4 (que se debían al Ayuntamiento, y 7,29 millones adelantados). Alphonse Rothschild les otorgó 500.000 francos, de manera que los más violentos de los revoltosos respetaron los 150 inmuebles que poseía en París, mientras saquearon el hotel de Thiers. Pero su obra social no existe: anulación de tres plazos de alquileres, prorrogación de vencimientos, techo de sueldos fijado en 6.000 francos, abolición del trabajo nocturno en las panaderías. Estos socialistas tienen cara de moderados, frente a los jacobinos a los que dejan las riendas el 1 de mayo, cuando su situación parece definitivamente comprometida.

Aunque la prensa haya sido amordazada desde el principio y luego guillotinada en varias carretas, los días 19 de abril, 11 y 18 de mayo, y prácticamente reducida al «Cri du Peuple» de Vallès (100.000) y al «Père Duchesne» de Vermersch (60.000), se nota el desafecto de la población en varias elecciones complementarias, en once distritos, el 18 de abril: de un total de 258.000 electores, 53.000 votantes. El 2 de mayo se constituye un Comité de Salvación Pública de cinco miembros: Antoine Arnaud, Léo Meillet, Ranvier, Charles Gérardin, Félix Pyat. Se trata de furiosos, que secundan Delescluze, dictador de la milicia, sustituyó a Rossel el 9 de mayo, y Raoul Rigault, «prefecto» de Policía. Este último, que no se contenta con las medidas anticlericales decretadas por la Comuna (separación de la Iglesia y del Estado, el 1 de abril, supresión del presupuesto de los cultos, prohibición de la enseñanza libre, confiscación de bienes), se hace la mano deteniendo al muy liberal Mgr. Darboy y a unos rehenes (entre los cuales unos cien sacerdotes) (a instigación de Simon Dacosta) los días 4 y 5 de abril. Procurador de la Comuna, imitando como un mono a Fouquier-Tinville, luego les decreta de acusación (el 19 de mayo) y se dispone a fusilarlos (incluido el pacifista abad Degeurry). En vano la Masonería, dándose cuenta de que la empresa está perdida, intenta salvar su ala activa revolucionaria. En vano propone sus buenos servicios la «Liga republicana para los Derechos de París», el 25 de abril. En vano, después de una manifestación de adhesión a la Comuna de 2.000 «hermanos» reunidos el 27 de abril en Châtelet por Floquet y Thirifocq, un cortejo de 6.000 adeptos de las logias clava en la muralla los estandartes de 55 talleres para solicitar un cese el fuego, los días 29 y 30 de abril.

...y su sangrienta represión

Thiers, antes del último asalto, negoció ya con las más altas instancias masónicas, cuando la liquidación de la revuelta en Lyon, sobre la base de las manos libres para la represión, mediante el mantenimiento de la República. Y tendrá la mano dura para limpiar el absceso. Infiltrados en la ciudad el 21 de mayo a través de la puerta de Saint-Cloud, 70.000 soldados penetran lentamente, para evitar trampas y minas, hasta el centro y se enfrentan el 23 a 500 barricadas y a una resistencia feroz, organizada por barrios. Mientras escapan la mayor parte de los cabecillas (de 79, sólo ocho perderán la vida), mientras Rigault y Ferré mandan fusilar a 480 rehenes (entre los cuales Mgr. Darboy y el banquero Jecker) y el general De Gallifet hace lo mismo con los federados presos con armas en la mano, se entabla una lucha despiadada, que no terminará hasta el fin del 29, después de la caída de los últimos reductos de Belleville, de la alcaldía del XI distrito y del cementerio del Pére-Lachaise, por la capitulación del fuerte de Vincennes. Como en una gran noche de Apocalipsis, abrasando las noches de los días 23, 24 y 25 de mayo, arde París. Presos por una rabia destructora de volar y poner fuego por doquier, los Bergeret, Eudes, Ranvier, Ferré, entregan a las llamas las Tuileries, el Consejo de Estado, la Corte de Cuentas, el Palacio de la Legión de Honor, el Arca de Agua, el Hotel de Ville. Cuando, bajo mangas de agua, amanece, lívido, el día del 27, y por fin se callan las armas, el 29, el balance de la matanza se establece así: 17.000 a 20.000 víctimas, 35.800 prisioneros conducidos a Versalles o hacia los puertos, cerca de 47.000 detenciones, 13.000 condenas (de las cuales 200 a muerte y 26 ejecuciones), 3.417 deportaciones, 1.169 sentencias a presidio, 251 a trabajos forzados. Por su parte, el ejército perdió tres generales, 83 oficiales y 977 soldados muertos o desaparecidos, 439 oficiales y 6.024 soldados heridos.

La conclusión la sacó en forma inesperada en Le Havre (el 18 de abril) Gambetta, este tribuno demagogo: «¡La cuestión social no existe!» Efectivamente, se aplazará durante medio siglo el progreso social en Francia. Mientras un oficial de Versalles, Albert de Mun, trastornado por el espectáculo, juraba dedicar su vida a evitar que semejantes horrores llegaran a reproducirse.

Pero, al fin y al cabo, de las dos derrotas sufridas por Francia, la militar y la social, se aprovecharán a la vez los financieros cosmopolitas, los judíos de Europa central y los discípulos de Karl Marx, mientras los promotores del World Revolutionary Movement, Giuseppe Mazzini y su homólogo norteamericano, general Albert Pike (3), en su carta del 15 de agosto de 1871, al primero, ya tratan el esquema del trinomio «Crisis-Guerra-Revolución», de las tres guerras mundiales, seguidas por tres mayores revoluciones, que deben marcar el siglo XX.

---

(3) Nacido en Boston en 1809, educado en Harvard, Albert Pike, gobernador de los territorios indios y brigadier de los auxiliares indios del Ejército de la Confederación (pronto desbandados como saqueadores), alto dignatario masónico (33 grado, soberano gran comendador del rito escocés del Sur), creó nuevo rito «luciferiano», bajo el título de «New and Reformed Palladian Rite», para inspirar y apoyar el movimiento revolucionario mundial, con tres supremos Consejos en Charleston (S. C.), Roma y Berlín y 23 consejos subordinados (enlazados ya por comunicaciones radio, σ 7 «Arcula Mystica», entre Charleston, Roma —con Lemmi Berlín, Washington, Montevideo, Nápoles y Calcuta).

IV PARTE

DEL CAPITALISMO DE ESTADO AL COMUNISMO TOTALITARIO

CAPITULO XXIII

LA VICTORIA BISMARCKIANA, TRIUNFO DEL JUDAISMO

Los Rothschild extienden sus tentáculos

La elección del castillo de Ferrières para las negociaciones que pusieron fin al conflicto franco-alemán de 1870 tiene un valor de símbolo. En el momento en que se hundía la potencia competidora del «Crédito Mobiliario», Napoleón III y su inseparable Fould se habían dirigido allí, como en Canossa, con el pretexto de cazar y para evitar el ser la presa. Y la enorme influencia de los Rothschild había continuado ejerciéndose, inexorablemente, en el sentido de la historia y siguiendo la línea general de la política británica, antes de apoyar a fondo a Bismarck, contra Austria primero, y contra Francia, por medio de terceras personas, después.

Amenazado en la capital autríaca por las peligrosas empresas de sus rivales, Anselmo se había defendido panza arriba. Había sucedido a su padre Salomón, fallecido en 1849, en tanto que, de los hijos de Charles, muerto el 10 de marzo de 1855, el primogénito Meyer Charles relevaba en Francfort a Amschel Meyer (desaparecido sin dejar heredero el 6 de diciembre de 1855) y el menor, Adolfo, reemplaza a su padre en Nápoles. Fue entonces cuando, aliándose con los barones Georges Sina, Daniel Eskeles y Louis Pereira, el «Crédito Mobiliario» de los Pereire, apoyado por Adolphe Fould, Mallet, Eichtal y el duque de Morny, consiguió el 1 de enero de 1855 hacerse por 200 millones de francos con la concesión de una parte de la Staatsbahn, enlazando Viena, Praga y Budapest. La línea del sur, desde Viena hasta Raab, pertenecía ya al grupo Sina: ¿se verían los Rothschild reducidos a controlar únicamente la red del Norte? A fin de combatir al adversario en su propio terreno, Anselmo, gracias al apoyo de Kübeck, del viejo Metternich, de los príncipes Fürstenberg y Schwarzenberg y a la colaboración de Lämel, había montado, bajo el nombre de «Kreditanstalt», un establecimiento de tipo análogo, con un capital de 200.000 acciones de 200 florines. Lo que le permitió, a favor del Congreso de París, participar con el inglés Talabot y el duque de Galliera, francés, en la red lombardo-veneciana por la módica suma de 100 millones de liras austríacas (14 de enero de 1856), en espera de

hacerse atribuir la «Südbahn» Viena-Trieste y de proyectar la prolongación por Bucarest hasta el mar Negro de las líneas transilvanas de los *Siebenburgen* (septiembre de 1856).

Provocando provisionalmente la caída de los valores de Estado franceses, que descendieron de 68 a mediados de abril a 60 el 3 de mayo de 1859, la campaña de Italia había inquietado lógicamente a James en París, donde se había desgañitado aconsejando prudencia. Solicitados a la vez para unos empréstitos por Cavour, como hemos visto anteriormente, y por su amigo el sajón Beust, consintieron, terminada la guerra, en participar con 25 millones en la emisión de 200 millones de florines lanzada por el gobierno austríaco, pero le negaron al rey Francisco de las Dos Sicilias, refugiado en Gaeta (6 de septiembre de 1860), los 500.000 ducados de créditos que solicitaba, y retiraron a Adolphe de Nápoles. De modo que su casa se encontró reducida teóricamente a cuatro oficinas principales: Londres, con Lionel (1836-1879) y luego Nathaniel; París, con James; Viena, con Anselmo, desde 1849, y luego con Albert, su tercer hijo, desde 1874 a 1892, y Francfort, con Meyer Charles, luego Wilhelm, y a su muerte, en 1901, en forma de agencia confiada a un Goldsmidt, casado con una Rothschild en 1871. Pero, por sus alianzas de familia, con el banquero Lambert de Bruselas, Ephrussi, el rey del trigo, el riquísimo judío de Bagdad Sassoon, por ejemplo, así como por sus corresponsales y asociados, extendieron sus redes más allá de los límites de Europa. Les representan también en Bruselas Hirsch (nieto de un banquero de Munich establecido en Bélgica, ennoblecido por Leopoldo II, que rescató Langrand-Dumonceau en 1868 antes de amasar, especialmente en los ferrocarriles turcos, una fortuna de 300 millones de francos) y Richtenberger; en París, Erlanger, Camondo, Reinach; en Amberes, Bischoffheim y Cahen; en Amsterdam, Lippmann y Rosenthal; en Madrid, Bauer y Weisweiller; en Trieste, Morpurgo; en Viena, Oppenheim; en Petersburgo, Guinzburg; en Nueva York, Schoemberg, llamado Belmont; en Hamburgo, Heine, y en Berlín, Bleichroeder, Mendelsohn, Warschauer y sus asociados, que poseen o poseerán la mayoría en el Reichsbank. A través de aquellos intermediarios alemanes, se vuelven ahora hacia la estrella ascendente de Bismarck.

Bismarck: utilizar los judíos, sin dejarse dominar por ellos

¿No es ya amigo suyo el canciller de hierro? ¿No se alojaba acaso en la mansión de Amschel-Meyer cuando sólo era ministro de Prusia en la Dieta de Francfort? ¿Acaso no se rodea de judíos: el doctor Cohen, su médico; el doctor Philip, su consejero jurídico; Behrend, concesionario de su fábrica de papel de Varzin (al que procura pedidos del Estado); Meyer Cohn, su banquero, que con la ayuda del barón von Holstein especulará para él sobre los títulos rusos, y su amigo Bleichroeder, que le entrega un interés del 18 % sobre sus depósitos? Pero, si bien recurre a ellos de buena gana, en privado, a sus servicios (1), y colabora con ellos como hombre público, no está más

(1) Sus cordiales relaciones con los judíos le valieron foribundos ataques de varios periódicos, especialmente del conservador «Kreuzzeitung» y del «Reichsglocke».

dispuesto que Cavour a convertirse en instrumento de ellos. Al contrario, mantiene las distancias y más tarde se explicará en estos términos: «No hay que dejarse dominar por los judíos, ni colocarse bajo su dependencia financiera, como por desgracia han hecho numerosos países. En las relaciones que mantengo en mi calidad de ministro con la alta finanza israelita, siempre he procurado eludir todo tipo de compromiso». Desde el primer momento, los Rothschild han aprendido a su costa que saldrían malparados si pretendían oponerse a su política. Por haber otorgado un anticipo de 60.000 florines sobre un empréstito de 260.000 florines aprobados por la Dieta el 7 de enero de 1852 para atender a las necesidades de la flota federal, a pesar del veto —por otra parte abusivo— del primer ministro de Prusia, Manteuffel, y de su representante en Viena, Amschel-Meyer incurrió en la cólera de Bismarck, el cual amenazó con eliminarle y recurrir a su competidor, Moritz von Bethmann. Pero a instancias del presidente de la «Seehandlung», Bloch, que hizo valer su participación en las emisiones de 1850 y 1852 y la importancia de los depósitos que le estaban confiados, Manteuffel decidió perdonar aquel pecado y continuar manteniendo relaciones con ellos, y apaciguado el conflicto, a raíz de la negativa de la Dieta a conceder la igualdad cívica a los judíos de Francfort (5 de agosto de 1852) y del llamamiento al representante de Austria, conde Thun (a mediados de noviembre), les recompensó incluso, de acuerdo con Bismarck, con el envidiado título de banqueros de la Corte de Prusia (12 de febrero de 1853).

Con ocasión de la guerra de Crimea, el ministro de Finanzas Bodelschwing, que se había declarado hostil a aquel halagador nombramiento, interrumpió las negociaciones entabladas por Niebuhr, en Heidelberg, con Meyer-Charles, Nathaniel y James, en la primavera de 1854, y luego en Hannover, el 8 de junio, con vistas a un empréstito al $4^1/_2$ % de 15 millones de táleros, dado que los Rothschild se negaban a aumentar su oferta de 90 a 93. En consecuencia, fueron descartados de aquella emisión, lo mismo que de las de 1855 y 1856. Pero Bismarck, después de su salida de Francfort para ocupar la embajada de San Petersburgo, el 29 de enero de 1859, obtuvo de von Patow, nombrado para las Finanzas en noviembre de aquel mismo año, que recurriera de nuevo a ellos, a fin de contribuir a difundir los títulos prusianos, en detrimento de los de Austria, en los estados de la Alemania del sur. Y, convertido en canciller, estudió con Gerson von Bleichroeder, su banquero y representante del consorcio Rothschild, las medidas financieras preparatorias para su conflicto con Austria.

Hijo de Samuel, fundador de la casa en 1803, Gerson había prestado ya muchos servicios al gobierno prusiano, haciéndose cargo de una sexta parte del empréstito de 30 millones de táleros emitido en 1853, a raíz del conflicto franco-austríaco en Italia, concediendo unos anticipos para la campaña en Dinamarca en 1864, cuando la Dieta acababa de denegar la emisión de un empréstito de 12 millones de táleros. Y como las disposiciones de la Asamblea no cambiaron, sugirió y realizó (no sin provecho) el rescate al Estado de la línea Colonia-Minden por la compañía explotadora, por 13 millones de táleros, obtenidos gracias a una ampliación de capital. Así no hubo necesidad de empréstito. Temiendo las repercusiones bursátiles de una nueva guerra, los Rothschild de Londres y de París se inclinan más bien, con lord Clarendon, por un arreglo que comportaría la cesión de Venecia a Italia por

40 millones de libras esterlinas. Y uno de los últimos gestos de James, antes de morir, con una fortuna de dos mil millones, el 15 de noviembre de 1868, será el de prestar su apoyo al nuevo canciller, el sajón Beust, viejo amigo de su familia, para mantener la cotización de los valores austríacos. Pero, adoptadas aquellas precauciones, el grupo Rothschild se apresuró a fusionarse, en Berlín, con su corresponsal Bleichroeder, el cual apoyaba cada vez más resueltamente a Bismarck.

De modo que el heredero de James, Alphonse, se convirtió en el mejor agente de información de Berlín en la capital francesa y que, fracasadas las gestiones realizadas por sus parientes Lionel y Nathaniel, y por él mismo, a petición de Napoleón III, cerca de Gladstone (5-6 de julio de 1870) para conseguir que el gobierno británico se opusiera a la candidatura de un Hohenzollern al trono de España, advirtió de lo inminente de la guerra a su primo Anselmo de Viena y a su socio Bleichroeder, que se apresuró a liquidar unos títulos del Estado en Londres, por mediación de Worms (11 de julio). Nada tiene de extraño, pues, que el rey Guillermo, Bismarck, Moltke y su estado mayor, derrotados los ejércitos del Imperio, se instalaran en Ferrières, el 19 de septiembre de 1870, para colocar a París en estado de sitio. Ni es de extrañar que Alphonse, llamado por Thiers, se encontrara en presencia de su propio corresponsal, Bleichroeder, para discutir en Versalles, los días 25 y 26 de febrero, la indemnización impuesta por Alemania a Francia. Mil millones, se había limitado a proponer Bleichroeder a Bismarck, muy descontento por aquel exceso de moderación. Pero Henckel de Donnersmark (descendiente de los Thurzo-Gugger y amante de la Païva) predominó sobre su colega, estableciéndose finalmente la cifra de cinco mil millones.

Gracias a Thiers, la indemnización engorda a la Alta Finanza

Los enormes beneficios obtenidos por él en la liquidación de aquella suma indemnizaron ampliamente a Alphonse de los desaires sufridos por su intendente de Ferrières y de las asperezas de Bismarck, enojado por la afectación con que aquel antiguo súbdito alemán se empeñaba en hablar francés. En todas las operaciones financieras que siguieron, se reservó la parte del león. La contribución de guerra impuesta a la ciudad de París era de 200 millones. Para permitir su pago inmediato, el Banco de Francia anticipó por seis meses 210 millones (con un interés rebajado del 6 al 3 %), y un consorcio bancario —en el cual Rothschild tenía un 40 % y sus otros seis socios, Fould, Seillière, Hottinguer, Mallet, André y Marcuard, Pillet-Will, el 10 % cada uno, con exclusión de todo establecimiento de crédito— asumió el suministro del numerario y de las asignaciones necesarias.

A continuación vino el gran bocado de los cinco mil millones, pagaderos primeramente en los siguientes plazos: 500 millones, treinta días después del restablecimiento del orden en París; mil millones, en el curso de 1871, 500 millones, el 1 de mayo de 1872, y los tres mil millones restantes, cargados con un interés del 5 %, antes del 2 de marzo de 1874. La reducción del cuerpo de ocupación de 500.000 hombres estaba ligada a aquellas estipulacio-

nes, de modo que los efectivos serían rebajados progresivamente a 150.000 hombres después de la entrega de 500 millones, y a 50.000 después del pago de dos mil millones (convención del 11 de marzo de 1871, que dejó en suspenso el tratado de Francfort del 10 de mayo). Se comprende, pues, la prisa de Thiers por hacer lo más rápida posible la liberación del territorio. Se comprende también su espanto ante la importancia de las pérdidas acarreadas por las hostilidades, valoradas en ocho mil millones de gastos de guerra (según Thiers, el 20 de junio), y a cerca de 700 millones de daños (a una suma de 9 a 12 mil millones, según Marion, e incluso a más de 15 mil millones, según Hanotaux), en comparación de los mil millones y medio (378,7 millones de táleros) para Alemania. Y se comprende su preocupacion ante las dificultades de transferencia de una indemnización tan enorme para la época. Pero, al margen de sus errores de apreciación sobre los recursos del ahorro francés, resulta difícil perdonarle el hecho de haber invitado a la alta banca cosmopolita al saqueo escandaloso de que iban a ser ocasión y pretexto aquellos arreglos internacionales.

Una primera emisión de rentas al 5 % tuvo lugar el 27 de junio de 1871. Para un capital de 2.225 millones, 331.906 suscriptores ofrecieron 4.897 millones. Una respuesta más que estimulante. Entonces, ¿por qué consentir, en tales condiciones, una tasa de lanzamiento de 82,50 en vez de 87 o de 88, generalmente admitida como posible (la cotización de 93 se alcanzaría a finales de diciembre de 1871)? ¿Por qué conceder el monopolio de la emisión al sindicato constituido por Rothschild? ¿Y por qué recompensarle con una comisión de garantía que afectaba a mil millones —cuando aquella «garantía» resultaba completamente inútil— (añadida a la comisión de endoso, rebajada la tasa de la renta para los banqueros privilegiados a 77,50)? Ventajas a las cuales se añadieron los beneficios obtenidos: por el suministro de 800 millones en numerario y 4.200 millones en letras de cambio (para el conjunto de las operaciones), sobre el alza de las cotizaciones y sobre los arbitrajes en Bolsa, entre el 3 y el 5 %. Contra aquellos métodos abusivos, el 8 de agosto de 1871, un grupo de establecimientos de crédito, encabezados por el Banco de París, el *Crédit Foncier*, la Oficina de Descuento, el Banco de los Países Bajos, el Crédito Industrial y Comercial y el Crédito Lyonés (ligada por Talabot a los Rothschild, la *Societé Générale* se abstuvo), protestó cerca del ministro de Finanzas, Pouyer-Quertier, que el 15 de agosto les condeció a título de consuelo, el suministro de 212 millones en letras de cambio.

Pero, en la segunda tanda de tres mil millones —exactamente de 3.498,7 millones—, emitida el 15 de julio de 1872 al 5 % y al tipo de interés real de 6,17, fue necesario hacer sitio a aquel segundo grupo. Sin embargo, se cometieron los mismos errores. También en este caso, el volumen de las suscripciones superó todas las esperanzas: 934.276 suscriptores ofrecieron 43.826 millones (26 de ellos procedentes del extranjero, 9 de Bélgica, 7 de Inglaterra, 4,5 de Alemania, etc.). El tipo de emisión, 84,50, permaneció muy inferior a la cotización practicada —89,50— el 31 de julio. Y la comisión de «garantía», que seguía pesando sobre mil millones, engordó ininterrumpida e indebidamente a los financieros, entre ellos 55 banqueros europeos, para el cambio de 700 millones (27 de julio). Historiador de las Finanzas de Francia, Mr. Marion no ha vacilado en escribir acerca de aquel

emprésito: «Fue el triunfo de la especulación internacional, a la cual el ahorro francés pagó un tributo realmente exagerado», al adquirir a buen precio los títulos acaparados por los grandes suscriptores cosmopolitas. Al frente de estos últimos, por otra parte, volvían a encontrarse los Rothschild y su grupo (tres extranjeros, Lionel de Londres, Baring y Bleichroeder, y once franceses, Alphonse de Rothschild, Fould, Sellière, Hottinguer, Mallet, André y Marcuard, Pillet-Will, Vernes, Périer, Mirabeau-Paccard, Abaroa), que recibían el 64,2 % del pastel (64,28 millones de garantía; 450 millones de letras sobre un total de 700 a suministrar al Tesoro); el resto iba a parar al grupo Paribas. Recientemente, Mr. Bouvier ha calculado en 75 millones de francos los beneficios obtenidos por los Rothschild sólo en aquellas operaciones de 1871-72, que representaban para Francia una carga real de 10.550 millones (Hanoteaux). Gracias a la complicidad de su amigo, el economista León y Say, entonces prefecto del Sena, se atribuyeron asimismo el suministro de 12 millones sobre los 41 de anticipos reclamados por el Ayuntamiento de París el 1 de julio de 1871, en espera del emprésito de 350 millones que había emitido al 3 % el 6 de septiembre de 1871 y que fue cubierto quince veces.

El éxito de aquellos diversos empréstitos permitió anticipar los pagos y, en consecuencia, acelerar la liberación del territorio. Así, habiendo sido entregados 500 millones en Estrasburgo entre el 1 de junio y el 31 de julio de 1871, la evacuación de los departamentos normandos empezó el 22 de julio, y liquidados 1.500 millones a finales de septiembre, sólo permanecían ocupados doce departamentos. Pouyer-Quertier pudo negociar con Bismarck, satisfecho por su acercamiento a Austria, la convención del 12 de octubre de 1871, que permitía liquidar anticipadamente el cuarto plazo de 500 millones, cuya entrega no estaba prevista hasta el 1 de mayo de 1872, con lo cual se encontraron liberados otros seis departamentos. Pero Guillermo I y Bismarck, inquietos por la rapidez con que Francia se recuperaba y reorganizaba su ejército (la ley militar de 1872 estableció el servicio de cinco años), no tardaron en endurecer su actitud. Primo del canciller, el embajador en París, con sus intrigas contra el gobierno de Mr. Thiers, no hacía nada por mejorar las relaciones entre los dos países. De modo que Mr. de Gontaut-Biron, nuevo embajador en Berlín, y Mr. de Saint-Vallier, acreditado cerca del general de Manteuffel, jefe del ejército de ocupación, necesitaron de toda su habilidad y todo su tacto para obtener, el 29 de junio de 1872, un nuevo escalonamiento de los plazos: 500 millones, dos meses después de la ratificación, seguidos de la evacuación del Marne y del Alto Marne en un plazo de quince días; otros 500 millones el 1 de febrero de 1873, mil millones el 1 de marzo de 1874, con evacuación de las Ardenas y de los Vosgos, y los últimos mil millones el 1 de marzo de 1875, seguidos de la retirada de las últimas tropas alemanas.

«Nuevo Constantino», Bismarck emancipa a los judíos

Entretanto, el maná de la indemnización se esparcía más allá del Rhin, para mayor provecho no sólo de los socios, sino también de los congéneres de los Rothschild.

Constituidos en «Unión de las Comunidades israelitas de Alemania» en Leipzig, el 29 de junio de 1869 (en presencia de 80 delegados, bajo la dirección del filósofo Moritz Lazarus y de Geiger de Berlín, de Leopold Wertheimer de Viena, del húngaro Leopold Loew y del gran rabino belga Astruc), cuando se reunieron de nuevo en sínodo en Augsburgo, el mes de julio de 1871, acogiendo como su propio triunfo la proclamación del Imperio de Alemania. Guillermo I (francmasón desde 1840 y «protector» de las logias de Prusia) había recibido la corona en Versalles, el 18 de enero de 1871, de manos de uno de los suyos, un judío converso, Edouard Simons de Koenigsberg, presidente del Reichstag, en tanto que otro, Edouard Lasker, se había encargado de redactar el mensaje de presentación de Bismarck al acceder a la Cancillería. Y habían hecho suyas sus victorias... Los días 25-26 de abril de 1860, la Cámara prusiana, tomando en consideración las peticiones de Abraham Sutro, de Munster, y de 226 comunidades, presentadas por Philippson, les había concedido el acceso a las funciones públicas y judiciales, así como a las asambleas locales. Después de Sadowa, los 60.000 judíos de los estados anexionados a Prusia se habían beneficiado de las mismas ventajas. El número de los judíos que vivían bajo el régimen prusiano aumentó así a 313.000, para llegar a 360.000 en 1860.

Aprovechando las buenas disposiciones del Reichstag liberal elegido en marzo de 1867, Eduard Lasker, respondiendo a una nueva petición de 412 comunidades de la Alemania del Norte, había obtenido para ellos en noviembre la libertad de desplazarse, de escoger un oficio y de comprar inmuebles. Y ante el disgusto de Mecklembourg por la aplicación de aquellas medidas que Sajonia había aprobado en 1868, Guillermo I, por el decreto del 3 de julio de 1869, había derogado en favor suyo todas las restricciones cívicas y políticas en el marco de la Confederación de la Alemania del Norte. Aquel régimen se extendió en 1872 a los Estados del Sur que por otra parte habían seguido el movimiento: el reino de Wurtemberg los derechos cívicos en 1861 y la igualdad completa en 1864, y Baviera, por iniciativa del ministro liberal Schenck, la supresión de matrícula, es decir, la libertad de circulación, el 10 de noviembre de 1861.

Las derrotas de Austria, que contaba con 800.000 judíos en 1840 y 1.373.000 en 1869 (1.643.000 en 1880, de los cuales Viena albergaba 5.000 en 1848, 40.000 en 1860 y 73.000 en 1880), habían sido sus victorias. Después de Solferino, habían recuperado en febrero de 1860 el derecho (excepto en los Alpes y en Galitzia) a comprar inmuebles, del que habían sido desposeídos por el decreto del 1 de octubre de 1853. Después de Sadowa, derogado el Concordato con Roma y anuladas las restricciones religiosas, el régimen constitucional de 1868 les había concedido, al menos en principio, la igualdad de derechos; dos o tres de los suyos ocupaban un escaño en el Parlamento, y otros incluso, los barones Koenigswater y Rothschild, en la Cámara de los Señores. En Hungría, François Deak había impuesto en el Parlamento las mismas ventajas en favor suyo en la Constitución de febrero de 1868, pero sus 220 delegados, convocados por Eötvös en el Congreso del Pest del 14 de diciembre de 1868 al 24 de febrero de 1869 para discutir acerca de la refundición de sus comunidades, divididas en dos clanes opuestos, se entregaron a una lucha a muerte entre ortodoxos (Moses Sofer y su hijo) y reformistas, dirigidos por Leopold Loew, lo que lo estropeó todo.

Dueños de las estructuras bancarias de la Europa central

Conquistada así la igualdad de derechos en la Europa central, gracias a los éxitos de Bismarck, en quien, según el «Journal des Débats» del 5 de noviembre de 1879, saludaban a un «nuevo Constantino», he aquí que ahora discurren entre sus manos los cinco mil millones del tributo del «wehrgeld» impuesto a la Francia vencida. Ya que ellos son los primeros beneficiarios. ¿No son acaso los dueños de las estructuras financieras alemanas, puestas en pie al igual que las de Francia desde 1848 por discípulos de Saint-Simon? El mismo año de la revolución europea, un adepto alemán de la secta, Gustav Mevissen, ha fundado en Colonia la «Schaafhausens'cher Bankverein», y luego, en 1853, en Darmstadt, con la colaboración de Salomon Oppenheim de Colonia, el socio de Fould, la «Bank für Handel und Industrie» (un banco de negocios), y, en 1858, con el apoyo de Mendelssohn, Bleichroeder, Robert Warshauer y Schöckler, la «Berliner Handelgeselchaft», otro banco de negocios al cual Karl von Fürstemberg dará un gran impulso en 1887, en la capital prusiana donde, desde 1851, el antiguo ministro de Finanzas David Hansemann, secundado por su segundo hijo Adolph, había montado ya por su parte la «Diskonto-gesellschaft» (destinada en principio a ayudar al artesanado, pero que amplió su actividad al lanzamiento de empresas industriales y a la emisión de empréstitos rusos, austríacos, rumanos y chilenos, absorbiendo a la casa Rothschild de Francfort a la muerte de Willy en 1901 y a la banca Oppenheim de Brema). Surgida de la casa Michael Kaskel, y creada por iniciativa de Eugène Gutman en 1872, con el apoyo del «Anglo-Deutsche Bank», la «Dresdner Bank», después de haber absorbido a la casa Erlanger, desempeñará el papel de banco de depósito de numerosas sucursales y, concentrando el redescuento del crédito cooperativo, controlará en 1904 alrededor de 1.200 bancos populares. (En efecto, más afortunado que Proudhon, Hermann Schulze-Delitsch consiguió entre 1848 y el Consejo de Weimar de los días 14-16 de junio de 1859 poner en pie una organización que contaba con 1.600 oficinas y un volumen de negocios de 100 millones de táleros en 1866). A aquella presión invasora de las cuatro «D» sólo resistió la casa Mendelssohn, fundada en 1795, y que desde 1850 se había especializado en empréstitos internacionales, sobre todo empréstitos rusos.

El conjunto de aquel sistema estaba coronado por el «Deutsche Bank» (que había sustituido al Banco de Prusia, heredero a su vez en 1848 del «Banco real» de Federico II). El nuevo Instituto, creado en marzo de 1870, es decir, en vísperas de la guerra franco-alemana, era obra de Adalbert Delbrück y de Ludwig Bamberger; Georg von Siemens, Hermann Wallich, Max Steinhal y Rudolph Koch tomaron una parte eminente en su dirección. Lo que equivale a decir el papel preponderante desempeñado por los financieros judíos más importantes de Europa en aquella organización bancaria, reforzada por toda una serie de medidas legislativas impuestas desde 1867: ley del 11 de junio de 1870, dispensando de la autorización previa a las sociedades por acciones (su número aumentó de 41 a 504 en 1872), ley del 4 de diciembre de 1871 unificando las monedas bajo un régimen de monometalismo oro y repartiendo 120 millones de Bonos de caja entre los 33 bancos, nueve de ellos prusianos (sólo eran 10 en 1851 y se vieron reducidos a 17 en 1880 y a cuatro en 1906), autorizados para emitir billetes, siempre que cubrieran la tercera parte de su circulación, en espera de que la ley del

14 de marzo de 1875 funde el «Reichsbank», con un techo de emisión de 296 millones.

Las quiebras de Berlín y de Viena les enajenan las poblaciones

Sobre un mantillo tan feraz y tan ávido de provechosas cosechas, el rocío de los cinco mil millones provoca, como un impulso primaveral —poéticamente designado bajo el nombre de «Gründertum»—, un florecimiento inaudito de sociedades de todo tipo (sembrar sociedades, ¿no equivale acaso a recolectar comisiones?), en la atmósfera febril de especulaciones sin freno. En tanto que una fina lluvia de títulos nobiliarios desciende sobre los banqueros Gerson Bleichroeder, Adolph Hansemann, Wilhelm Krause, Mendelssohn, Metzler, Grumelius y Rudolph Kolch, los halcones más auténticos se hunden en el barro grasiento de la finanza, los diputados trafican más y mejor (Edouard Lasker denunciará personalmente a 105 de ellos de un total de 382, el 7 de febrero de 1873) y la buena burguesía alemana, creyendo enriquecerse, compromete su fortuna en los arriesgados juegos de la Bolsa.

«Se empezaron a fundar toda clase de sociedades por acciones, a construir ferrocarriles, a comprar y a vender valores; la especulación en Bolsa adquirió proporciones extraordinarias», escribe Doubnov (II, 230). «Y toda aquella danza de millones desembocó en el crak financiero de (mayo) 1873, que arruinó a un gran número de tenedores de acciones pertenecientes a la clase media». Treinta y siete compañías de ferrocarriles fueron declaradas en quiebra y numerosos bancos corrieron la misma suerte. Entonces se vio que «la rápida multiplicación de los grandes almacenes, propiedad de judíos, que compraban y revendían a buen precio grandes cantidades de artículos de uso, eliminaba totalmente la competencia de los pequeños tenderos y de los pequeños productores» (Doubnov, II, 231). Se vio que en Renania, en Hesse, en el ducado de Baden, en parte de Baviera y de Wurtemberg, los campesinos se encontraban reducidos por los usureros a un verdadero estado de servidumbre por deudas. Y se vio también que los periódicos liberales más influyentes («Berliner Tageblatt», «Frankfurter Zeitung», etc.) eran editados por judíos o tenían colaboradores judíos. Y que los médicos, abogados y profesores judíos invadían las profesiones liberales y las administraciones. Y Alemania conoció una nueva ola de antisemitismo.

Los judíos celebran como una revancha la «Kulturkampf»

Al parecer, los judíos se habían refocilado demasiado pronto del desencadenamiento de la «Kulturkampf», en la cual veían «la realización de una justicia inmanente ejerciéndose contra los antiguos perseguidores del judaísmo» (Doubnov). Al entablar la lucha por la supremacía del Estado en materia de culto y de enseñanza, Bismarck había dado luz verde a una ofensiva masónica extendida a todo el Occidente de tradición cristiana. Con la fuerza de sus 42.000 miembros activos repartidos en 436 talleres controlados por ocho grandes logias (según su «Almanaque» publicado en Leipzig en

1880), protegida por el emperador y por el kronprinz Federico, la poderosa masonería alemana le apoyaba con todos sus medios.

Al introducir la enseñanza obligatoria en Baviera en 1807, el Iluminado Montgelas había abierto ya el camino. Aprovechando que desde 1818 más de la mitad de los 8.200 estudiantes inscritos en las 21 Universidades alemanas (seis católicas, una mixta y 14 protestantes) pertenecían a las sociedades secretas, el ministro prusiano von Alkenstein, alto dignatario de la Masonería, había puesto en práctica bajo Federico-Guillermo IV, en el terreno de la enseñanza y en la elección de los libros de texto que imponía a los alumnos, un anticatolicismo, por no decir un anticristianismo insidioso, velando celosamente por la pureza laica de la formación impartida por los seminarios o escuelas normales de maestros. «Dejadnos las escuelas —decía a los representantes de la jerarquía— y os dejaremos de buena gana las pompas de vuestro culto» (según el padre Pachtler en «Der Goetze der Humanität»). ¡Naturalmente! Aislados así, ¿no se hundirían acaso por sí mismos? Cálculo digno de Weishaupt, cuyas consignas seguía fielmente la masonería, reservando a los pastores y a los profesores un lugar preponderante en sus altos grados. Aquella acción se extendió a Austria, donde las manifestaciones anticlericales y racionalistas de los maestros de escuela, reunidos en Congreso en Viena del 5 al 7 de septiembre de 1867, produjeron escándalo, y donde el sajón Beust, masón, favorecía la infiltración de profesores anticristianos en la Universidad.

Las resistencias suscitadas por el Concilio del Vaticano proporcionaron a Bismarck el pretexto para intervenir, dando alas a la constitución de una iglesia nacional alemana, dócil a las sugerencias del Estado. Aquella Iglesia nacional de la que Charles-Théodore de Dalberg (fallecido en 1817) soñó antaño en ser primado. Luego, las cosas se habían arreglado con Roma. Se firmaron Concordatos con Baviera en 1818, con Prusia en 1821 (a raíz de unas negociaciones conducidas por el historiador Niebuhr y por el cardenal Consalvi, asistido del redentorista Clément Hofbauer). Desde luego, se habían producido tropiezos: el Vaticano tuvo que reaccionar contra los 39 artículos de Francfort, contra las tendencias a la independencia de las cinco diócesis renanas, contra la legislación prusiana declarando protestantes a los niños nacidos de matrimonios mixtos (breve «Litteris» del 27 de marzo de 1830). A pesar de la intervención en Roma del ministro prusiano von Bunsen —apóstol de la unificación de las Iglesias— y la buena voluntad del arzobispo de Colonia, monseñor von Spiegel, a pesar de la conferencia de Coblenza en 1834, aquella última cuestión se había envenenado hasta el punto de que monseñor Zu Droste-Vischering, nombrado para la sede de Colonia en 1835, había sido internado en Minden el 20 de noviembre de 1837, en tanto que su colega el arzobispo de Gnesen-Posen era encarcelado en una fortaleza. Afortunadamente, ambos habían sido liberados, en un gesto de apaciguamiento, por Federico-Guillermo IV, en ocasión de su advenimiento al trono en 1840. De modo que los católicos, habiendo reaccionado victoriosamente por boca del ex jacobino converso Görres contra las teorías estatales del kantiano George Hermes, profesor en Bonn, y por las gestiones de monseñor Ketteler contra las pretensiones de los Estados del sur, de Wurtemberg y de los ducados de Baden y de Hesse de regentar al clero, controlar los seminarios y nombrar los párrocos, la Constitución

concedida a Prusia por Federico-Guillermo IV, al final de la crisis de 1848, les había reconocido el estatuto de una comunidad autónoma, gozando de la libertad de asociación y de enseñanza. Así pudieron celebrar un congreso en Maguncia en octubre de 1848 y una reunión de obispos en Wurzburgo.

¿Era conveniente reasumir y extender aquellas garantías a toda Alemania, en la Constitución del nuevo Imperio, en 1871? Dominados por la francmasonería, dirigida por judíos, los partidos liberal y nacional-liberal, sobre los cuales apoyaba entonces Bismarck su poder, se negaron a ello en redondo. Una tentativa efectuada cerca del cardenal Antonelli para obtener del Vaticano que desautorizara a los partidos confesionales, tipo «Zentrum», creado en 1860 y que agrupaba a unos sesenta diputados, tanto en el Landtag como en el Reichstag, bien recibida al principio, había fracasado finalmente, el 23 de junio de 1871. Entonces, como represalia contre el Papado, representado por el jurista Bruntschli como deseoso de imponer su voluntad al mundo, puesto que reivindicaba la infalibilidad, se decidió apoyar a los adversarios del Concilio, sobre todo a aquellos (tales como el canónigo Joseph Ignace Döllinger, antiguo jacobino convertido entre 1824 y 1827) que parecían permeables a la idea de una Iglesia nacional, y estimular todas las disidencias.

Vigorosa reacción de Pío IX y del Concilio del Vaticano

Amenazado a la vez en su independencia temporal por los Garibaldi y otros jefes del «Risorgimento» que pretendían hacer de Roma no sólo ahora la capital de Italia, sino también de la Masonería, desde que Albert Pike la escogió como segunda sede de su «Palladian Rite», antes de designar a Adriano Lemmi, G. M. de la Masonería italiana, como su propio sucesor (murió en 1891) en la dirección de los Supremos Consejos escoceses (que será transferida en 1894 de Charleston a Roma), y en su autoridad espiritual por las osadías de algunos teólogos, la indisciplina de numerosos miembros del clero y la creciente difusión de las nuevas ideas, el «liberal» cardenal Mastaï, elegido a la muerte de Gregorio XVI (1 de junio de 1846) bajo el nombre de Pío IX, no tardó en reaccionar con energía y perseverancia. Su predecesor había tenido ya que acabar con Lamennais, fundador del «Avenir» (16 de octubre de 1830), que se había dejado arrastrar por el «ángel guardián» de Lamartine, el judío danés converso, barón de Eckstein, a preconizar la Iglesia libre en el Estado libre y la tesis de la soberanía del pueblo: «Donde está el pueblo, allí está Cristo» (encíclica «Mirari Vos» del 15 de agosto de 1832 y «Singulari Vos», condenando las «Palabras de un creyente»). Siguiendo aquel ejemplo, Pío IX amonesta a su vez a los abates Gioberti, Rosmini e incluso el padre Ventura. Y, en todos los terrenos, restablece la disciplina, llama a los obispos «ad limina», reúne a doscientos de ellos el 8 de diciembre de 1854 para proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, y a quinientos del 20 de junio al 1 de julio de 1867, con ocasión del XVIII centenario de San Pedro, controla muy de cerca los seminarios extranjeros de Roma, unifica la liturgia según dom Guéranguer, confía a los jesuitas la redacción de la revista «Civilta Cattolica» (1861) y del periódico «L'Osservatore Romano», órganos de transmisión de su pensamiento y de sus consignas, y deseoso de mantener la ortodoxia más estricta,

acompaña la encíclica «Quanta Cura», publicada el 8 de diciembre de 1864, de un catálogo de los errores modernos o «Syllabus» en 80 fórmulas, reclamado desde 1849 por monseñor Pecci, arzobispo de Perusa (futuro León XIII) y cuidadosamente establecido por dos comisiones, que han trabajado en él por espacio de diez años. La claridad y el vigor con que condena el racionalismo, el naturalismo, el panteísmo, el utilitarismo, el galicismo, el estatismo, el socialismo, el comunismo y, en numerosos puntos, el liberalismo: la soberanía del pueblo como ley suprema, la independencia absoluta del poder civil, el Estado laico, la libertad de cultos, reivindicando el derecho a formar a la juventud y afirmando la autoridad pontificia, incluso en los terrenos que no afectan al dogma, a la fe y a las costumbres, no dejan de provocar la oposición de los gobiernos en Francia, en Italia y en Alemania, la consternación entre los católicos liberales: el cardenal Newman (1801-1890), hijo de un banquero de ascendencia judía, que, gracias al movimiento de Oxford, iniciado en 1833, reconstituye la Iglesia de Inglaterra con el cardenal Wiseman en 1850, Montalembert, defensor de la libertad de enseñanza y portavoz de los católicos franceses, que se ha pasado del «Avenir» a Louis Veuillot; monseñor von Ketteler, apóstol del movimiento social en Alemania, y los temores de los oportunistas, del cardenal Antonelli, lo mismo que de monseñor Dupanloup, que anticipándose a la reacción del adversario publica, a finales de enero de 1865, un opúsculo interpretativo destinado a apaciguar los espíritus.

Pueden suponerse las resistencias con que tropezará el valiente pontífice cuando el Concilio reunido en el Vaticano el 8 de diciembre de 1869 (por primera vez fuera de la presencia de los príncipes) repetirá aquellas condenas en el esquema «de Fide catholica» y proclamará el 18 de julio de 1870, de acuerdo con el esquema «de Summo Pontifice», aprobado el 13, el dogma de la infalibilidad pontificia por 533 votos de un total de 535 presentes, y sobre un total de 764 padres conciliares. En Francia, aparte del padre Graty, restaurador de la Orden del Oratorio, en sus «Cartas públicas», de Montalembert en su artículo «El ídolo del Vaticano», publicado por «La Gazette de France» el 7 de marzo de 1870, y de la rebeldía, llevada hasta la apostasía del padre Hyacinthe Loison, aquella doctrina suscita más reservas que hostilidad declarada (reservas de monseñor Maret, decano de la Facultad de Teología de París, en torno al «Concilio general», del equipo del «Correspondant» —Albert de Broglie, Agustin Cochin y Falloux— que, al igual que monseñor Dupanloup y monseñor Darboy, consideran inoportuna aquella proclamación). Oficialmente, el conde Daru, ministro de Asuntos Exteriores del gabinete Emile Ollivier —2 de enero de 1870—, dirige un memorándum a las potencias, a fin de que se concrete que la infabilidad quedará limitada al terreno del dogma. En ese punto obtendrá satisfacción, puesto que la infalibilidad le será reconocida al papa «hablando "ex cathedra" para definir la doctrina sobre la fe o sobre las costumbres». Pero, ¿y en Alemania? Tomando la delantera, el canónigo Döllinger, que no ha sido consultado, ha publicado en julio de 1869 su obra «El papa y el Concilio», treinta profesores y abogados reunidos en Coblenza y trece obispos en Fulda han formulado sus críticas, y monseñor von Ketteler, de Maguncia, serias reservas, lo mismo que el cardenal Strossmayer de Praga, el cardenal Raucher de Viena, el obispo Hefele, el croata Strossmayer, húngaro Haynald. Desde luego, aparte de Döllinger y su movimiento de los «Viejos católicos»,

que agrupará alrededor de 50.000 adeptos en Alemania y unos 100.000 en todo el mundo, la mayoría se inclinaron.

Pero la ocasión es que ni pintada para que Bismarck y la masonería alemana metan en cintura a un clero cuya obediencia a Roma acaba de ser sometida a tan dura prueba. Su embajador en el Vaticano, d'Arnim, ha recibido ya órdenes en el sentido de estimular a los disidentes por todos los medios a su alcance. En diciembre de 1870, se prohíbe el hacer públicas en Alemania las decisiones del Concilio del Vaticano. En julio de 1871, con el pretexto de que todos los autonomistas polacos, hanoverianos, alsacianos y loreneses se apoyan en el «Centro», se suprime la sección católica en el ministerio de los Cultos. En septiembre, el Congreso liberal protesta contra la excomunión de Döllinger En julio de 1872, un secretario, el doctor Falk, pasa a desempeñar aquella cartera y se desencadena la «Kulturkampf».

Una ley aprobada por el Landtag prusiano elimina de la inspección de las escuelas a los representantes del Clero, católicos o protestantes (lo que provoca las protestas de la «Kreuzzeitung» conservadora), amenaza a los sacerdotes que se atrevan a atacar las instituciones del Estado con sanciones penales (dos años de cárcel), proscribe las Ordenes religiosas, en particular a los Lazaristas, a las Damas del Sagrado Corazón y, desde luego, a los Jesuitas, aunque su número ha quedado reducido a doscientos (los extranjeros son expulsados; a los alemanes se les prohíbe toda actividad). A continuación se escalonan en tres años las «leyes de mayo». En 1873, supresión de los pequeños seminarios, obligación para los futuros sacerdotes de seguir los cursos de un instituto o liceo alemán, de estudiar la teología en una Universidad (escapando durante tres años a la vida del seminario) y de pasar un examen ante una comisión nombrada por el ministro de los Cultos, antes de que su nombramiento sea presentado al presidente de la provincia o prefecto, que dispone de un plazo de treinta días para vetarlo eventualmente. Se concede autorización a los sacerdotes sancionados con penas canónicas para que apelen a un Tribunal de Estado, llamado de los Asuntos Eclesiásticos. En 1874, secularización del matrimonio y del estado civil. Derecho del Estado a suspender las asignaciones, a destituir y desterrar a los sacerdotes refractarios, considerados indignos. Supresión del crédito para la representación en el Vaticano (5 de diciembre). En 1875, expulsión de 914 congregaciones (con excepción de aquellas consagradas al cuidado de los enfermos) y gestión de los bienes de la Iglesia por unos consejos de laicos.

Resistencia de los católicos alemanes

Los católicos, respondiendo al llamamiento de los obispos prusianos reunidos en conferencia en Fulda del 29 de abril al 2 de mayo de 1872, se resisten con todas sus fuerzas a la aplicación de aquellas medidas de excepción. Pío IX les estimula a ello con sus protestas (a partir del 23 de diciembre de 1871), con su negativa a aceptar como embajador al cardenal príncipe de Hohenlohe, con un intercambio de cartas muy poco amables con el emperador Guillermo I (7 de agosto y finales de octubre de 1873) y con la encíclica del 5 de febrero de 1875 declarando nulas las leyes de mayo.

Entonces empieza la persecución. Monseñor Ledochowski, obispo de Posen, es encarcelado, luego expulsado (15 de abril de 1874), y Pío IX le eleva a la dignidad de cardenal. El arzobispo de Colonia, monseñor Melchers, emprende la huida, los obispos de Paderborn y de Munster son detenidos; de doce obispados hay ocho vacantes y 400 parroquias se han quedado sin ecónomo. Sin embargo, los católicos resisten. Y no sólo eso: en las elecciones de enero de 1874, su partido, el «Centro», gana treinta y siete escaños, cuando únicamente contaba con 57 de los 397 del Reichstag en 1871. Signo de los tiempos: en diciembre de 1874, la Asamblea se niega a suspender la inmunidad diplomática del abate Majunke, diputado. Desde luego, buena parte del éxito se debe a la habilidad y la elocuencia de su jefe, Luis Windhorst (1812-1891), tan agudo en la réplica, una especie de gnomo sajón que ha hecho carrera en Hannover. Pero el secreto de su cohesión y de su influencia reside en una acción más profunda y eficaz, pacientemente ejercida por ellos desde 1848.

Pioneros del progreso social

En el terreno social han sido unos pioneros. En octubre de 1848, Lenning planteaba el problema ante 400 delegados reunidos en Maguncia. Siguieron numerosos congresos de laicos, estimulados por el obispo de Spire. E iniciativas prácticas de organización obrera. Llamado por el cardenal Geissel a Colonia, un verdadero sacerdote-obrero, un zapatero, Adolph Kolping (1814-1865), se dedica desde noviembre de 1846 a agrupar a los artesanos en hermandades que cuentan con 12.000 miembros en 1855 y con más de 100.000 diez años más tarde. Por su parte, el barón Burghard von Schorlemer-Alst (1825-1895) constituye en 1862 unas uniones de campesinos que no tardarán en disponer de sus bancos cooperativos, de sus organismos de seguros y de suministros de abonos. Y el abate barón Emmanuel von Ketteler (1811-1877), antiguo miembro del Parlamento de Francfort, elevado a la dignidad episcopal, autor en 1846 de una obra sobre «La cuestión obrera y el cristianismo», denuncia, tres años antes de «Das Kapital», «el mercado de esclavos que nos ofrece la Europa liberal», con su concepto de «trabajo-mercancía», se hace apóstol del sindicalismo, preconiza la organización de asociaciones obreras y ofrece a los obispos alemanes, en 1869, un programa constructivo que incluye la implantación de un salario mínimo, la reglamentación de las condiciones de trabajo, la instauración de la participación en los beneficios, la creación de institutos de crédito, de hogares, de oficinas de colocación, de sociedades inmobiliarias de construcción. En torno al «gran precursor» de León XIII, inspirador de las leyes sociales alemanas de 1878, se forma un grupo animado por Karl von Vogelsang (1818-1890), prusiano de Mecklembourg, convertido en Viena, y sus amigos el príncipe de Lichstentein, von Blome, von Kufstein, que desarrollan en la revista «Das Vaterland» sus ideas sobre la organización vertical de la profesión, la responsabilidad social inherente a la propiedad, la participación obrera en los beneficios, los seguros sociales, etc.

Aquella implantación naciente, pero ya sólida, permitirá al «Centro» no sólo resistir el asalto masónico, sino incluso dar un vuelco a la situación en favor suyo, el día cercano en que el gobierno buscará apoyos capaces de

ayudarle a luchar contra los manejos revolucionarios y a poner un dique a la marea en ascenso del socialismo marxista. En 1875, por otra parte, Bismarck cambia de rumbo y expulsa del partido nacional-liberal a sus dos más brillantes dirigentes judíos, Edouard Lasker, que se deslizará hacia los progresistas, y Luis Bamberger que, después de haber amasado una bonita fortuna, se erigirá en defensor del libre cambio y combatirá la política proteccionista del canciller (8 de mayo de 1879) destinada a sostener, gracias a las tarifas votadas el 12 de julio de 1879, el desarrollo de la industria alemana, cuyos progresos serán espectaculares entre 1880 y 1898. La retirada de aquellos dos jefes enfrió un poco el celo masónico del grupo liberal. De modo que el mensaje dirigido por León XIII, a raíz de su elección, al emperador Guillermo I, fue acogido como un síntoma de distensión. Y que Bismarck, a pesar de que estuvo a punto de ser víctima, en Bad Kissingen, el 13 de julio de 1874, de un tiro de pistola disparado por un miembro del «Centro», el tonelero Kuhlmann, no vaciló, llegado el momento, en entrevistarse con Windhorst y volver a establecer contacto con él.

Bismarck necesita el apoyo de los católicos

¿Qué había pasado, pues? Simplemente esto: se habían cometido otros dos atentados, esta vez contra el emperador. El 11 de mayo de 1878, el hojalatero Max Hödel disparó contra él dos tiros de pistola, y el 2 de junio, Karl Nobiling, doctor en ciencias políticas, le hirió de gravedad. Aquel toque de alarma resonó fuertemente en Berlín. ¿Iba a extenderse a Alemania la ola de terrorismo nihilista que enlutaba a Rusia? Bismarck reaccionó inmediatamente, reclamó una ley de excepción contra los manejos revolucionarios y disolvió el Reichstag, que la había rechazado, por 241 votos contra 57. Los nacional-liberales habían desertado. En las elecciones del 30 de julio de 1878 perdieron 32 escaños y se quedaron con sólo 107; los progresistas perdieron 10 y quedaron reducidos a 27; al lado de 36 autonomistas, güelfos, polacos y alsacianos, y de 14 demócratas, los conservadores alinean 115 diputados y el «Centro» 94. El apoyo de este partido, pues, le resulta necesario a Bismarck para obtener los poderes indispensables para restringir la libertad de prensa, el derecho de reunión y decretar el estado de sitio (en Hamburgo y en Leipzig). A raíz de lo cual son prohibidos 600 periódicos, 200 asociaciones, se decretan 67 expulsiones de Berlín y se reparten un millar de años de prisión entre 1.500 inculpados. El apoyo del «Centro» es necesario, además, para la aprobación de los créditos de la Defensa Nacional, sobre la base de unos efectivos de paz de 400.000 hombres. En abril de 1874, los liberales habían rechazado el principio de una dotación permanente y sólo consintieron en unas previsiones establecidas para siete años, renovables. El 14 de enero de 1887, Bismarck reclamó el aumento de sus efectivos, de 427.000 a 468.000 hombres, pero quedó en minoría (186 votos contra 154) ante una coalición del «Centro» de Windhorst y de los progresistas del judío Richter, que pretendían rebajar a tres años la periodicidad del crédito. Después de la disolución del Reichstag y de la derrota de la izquierda en las elecciones del 21 de febrero de 1887, se renovó el septenato por 223 votos contra 40. ¿Qué significaba ese cambio de actitud? Una intervención del canciller cerca de monseñor Jacobini, secretario de Estado, motivó que los diputados del «Centro» —excepto siete que

votaron a favor— se abstuvieran, en número de 83, lo que bastó para asegurar el éxito de la propuesta.

Dado que no podía utilizarse a los católicos (que no tardaron en agruparse, a partir de 1890-92, en un «Volksverein» que reunía a más de un millón de afiliados en 1910) como mayoría de recambio y al mismo tiempo continuar persiguiéndoles, la renuncia a la «Kulturkampf» y el restablecimiento de las relaciones con Roma se encontraban ahora dentro de la lógica de los acontecimientos. Realista como siempre, Bismarck adapta su política a la nueva situación. Sacrifica al sectario doctor Falk en julio de 1879; prepara unas entrevistas en Gastein, en el otoño, entre monseñor Masella y el cardenal Jacobini de Viena; se hace otorgar poderes, el 30 de octubre de 1879, por 206 votos contra 202, para no forzar la aplicación de las leyes en todo su rigor; anuncia en el Reichstag en 1881 su intención de nombrar un representante imperial en el Vaticano; reanuda el pago de las asignaciones eclesiásticas, renuncia a los exámenes para los seminaristas, en 1882, y luego a la presentación de los futuros párrocos a la autoridad civil en 1883. A partir de la primavera de 1886, las leyes de mayo son progresivamente revisadas: 1.500 párrocos expulsados se reintegran a sus parroquias (sólo los obispos de Posen y de Colonia dimiten para facilitar el acercamiento), hasta el punto de que en 1887 únicamente subsisten, de las leyes de mayo, la obligación del matrimonio civil, la inspección laica de las escuelas y la expulsión de los jesuitas. En una visita a Roma en 1883, el kronprinz va a saludar al soberano pontífice, al cual Guillermo III visitará en tres ocasiones, en 1888, 1893 y 1903.

El antisemitismo reduce al silencio a judíos y socialistas en Alemani

En resumen, al saludar la «Kulturkampf» como victoria suya, los judíos se habían precipitado un poco. Ya que ahora estaban abocados a una actitud de defensa. La opinión pública se erguía cada vez más contra ellos, preocupada por la invasión que hizo aumentar la población judía en Berlín de 36.000 en 1871 a 106.000 en 1900, y la del conjunto de Alemania de 512.000 en 1871 (incluidos los 30.000 de Alsacia) a 562.000 en 1882 y 587.000 en 1900 (a pesar del freno que representó el aumento de la emigración a los Estados Unidos y la limitación de la inmigración procedente de Rusia entre 1880 y 1890). La opinión pública —despertada por la prensa conservadora (la «Kreuzzeitung» y la «Germania»)—, alertada contra la corrupción reinante por los sermones del pastor de la Corte, Adolph Stocker, fundador en 1878 del «Partido obrero cristiano-social» —*Christlich-Soziale Arbeiter Partei*—, elegido diputado para el Landtag en 1879 y para el Reichstag en 1881, excitada por los panfletos de un judío converso, Wilhelm Marr («Der Sieg des Judentum über das Germanentum», victoria del judaísmo sobre el germanismo), fundador de la «Liga antisemita» en 1879, advertida a finales de 1879 por los documentados artículos del profesor de la Universidad de Berlín, Henri Treichke, en los «Preussische Jahrbücher» y, al año siguiente, con su libro «Ein Wort über unser Judentum», denunciando su convencimiento de pertenecer a una raza superior, su pretensión de conservar su

nacionalidad (lo que implicaría la fundación por ellos de un Estado en el extranjero), la hostilidad del historiador Graetz respecto a los grandes hombres del germanismo, el acaparamiento por ellos de la prensa y el peligro de una inmigración en masa procedente de Polonia y de Rusia, y puesta en guardia contra su aspiración a dominar el mundo por otra obra, escrita por un ex profesor de la Universidad de Berlín, Eugène Dühring («La cuestión judía... cuestión de raza, de moral, de cultura», 1880)... la opinión pública, en una palabra, se conmovió hasta el punto de que una petición destinada a apartar a los judíos de las funciones públicas y de la enseñanza y a limitar su inmigración, reunió más de 300.000 firmas durante el invierno 1880-81. Cuando la petición fue presentada, en marzo de 1881, la réplica llegó en forma —que iba a convertirse en clásica— de un «manifiesto de intelectuales»; de 76 escritores y notables, encabezados por Mommsen y Droysein, seguido de una protesta de la Federación de Comunidades judías y de una interpelación del progresista Hänel, apoyado por el doctor Virchow, en el Landtag, contra Stöcker (20-22 de noviembre).

Pero Bismarck no reacciona. Desde luego, continúa favoreciendo a los financieros, contrata, cuando la deuda había desaparecido prácticamente en 1877, unos empréstitos al 3 %, emitidos a 84,80, y cuyo importe ascenderá a 2.732 millones de marcos en 1890, y procede a un oneroso rescate de los ferrocarriles (los especuladores compraron a la baja antes de la operación y se embolsaron 500 millones de beneficios sobre un total de 1.200) que afectó a 8.000 kilómetros desde 1884, de modo que en 1887, de los 39.157 kilómetros existentes, 22.690 pertenecerán al Estado prusiano, 11.704 al Imperio y a los otros Estados, y sólo 4.763 a las compañías privadas. Pero no hace nada para desalentar la campaña antisemita. Incluso se producen disturbios en Brandeburgo y en Pomerania, provocando en Neustettin el incendio de la sinagoga (18 de febrero de 1881), y el 19 de julio un *pogrom*, que se extiende a Hammerstein, Konitz, Dublitz y Lastrov, sin que el gobierno intervenga para nada.

Sin embargo, las elecciones del verano y del otoño de 1881, desfavorables a los conservadores, abren las puertas del Reichstag a ocho diputados judíos, y las de 1884 a cinco. Pero no se atreven a levantar la voz para defender a sus correligionarios, como no se atrevieron a hacerlo Lasker (que murió en 1884) y Bamberger. ¿Cómo se explica eso? En primer lugar, porque en 1885 conservadores y nacional-liberales consiguen dominar el Landtag de Prusia, en el que sólo tiene escaño un judío, progresista. Y también porque, periódicamente, aparecen nuevas obras que les denuncian: «El Judaísmo, su presente y su pasado», del filósofo Edouard Hartmann, que exige de ellos que renuncien, si quieren beneficiarse de la igualdad de derechos, a su espíritu de tribu y a su vocación de dominar el mundo; «Weltherschaft» (1885); los panfletos de Ahlwart («Lucha de los pueblos arios contra los judíos», 1890), inspector de la Enseñanza en Berlín, que ataca también los escándalos del capitalismo, las intrigas de Bleichroeder y del canciller Caprivi, los suministros de fusiles (supuestamente saboteados), efectuados por el diputado Löwe; las obras de Nietzche, con las que se alimentan los jóvenes estudiantes, los cuales expulsan de sus asociaciones a los judíos, incluso a los conversos, y los dos volúmenes de Houston Stewart Chamber-

lain, «Die Grundlagen des XIX Jahrhunderts» —el Génesis del siglo XIX—, oponiendo la pureza de la raza aria a la corrupción semítica (1892).

Ocurre también que el fallecimiento del emperador Federico III, después de un efímero reinado de tres meses (9 de marzo-15 de junio de 1888) se ha llevado sus más caras esperanzas. Recibido solemnemente masón por su padre, el 5 de noviembre de 1853, promovido en 1861 al rango de «protector» de las logias prusianas (Union, 23 de octubre de 1882), el kromprinz Federico, liberal, casado con una inglesa, había calificado de «vergonzosa» la hostilidad que la opinión pública demostraba a los judíos. Pero su hijo y sucesor, Guillermo II, imbuido de su autoridad, no comparte ni mucho menos aquellos sentimientos... Y existe, finalmente, la creciente amenaza del «Antisemitsche Volkspartei», Partido Popular Antisemita, fundado en Hesse por Otto Böckel y transformado, a raíz del Congreso de Bochum (1889), en «Deutschsoziale Partei», Partido alemán-social, que, sin dejar de cargar el acento en una avanzada política de progreso social, se propone retirar a los judíos la elegibilidad, restringir para ellos el ejercicio de las profesiones liberales que sólo podrán aplicar con sus correligionarios y dispensarles, previo pago de una cantidad, del servicio militar, del cual se les considera indignos. Y aquel partido obtuvo cinco y luego nueve escaños en el Reichstag en 1890, y 16 en 1893, reuniendo 250.000 votos. En cambio, para ejercer alguna acción sobre el gobierno, sus amigos del grupo de los «Librepensadores» —«Freisinnige» se encuentran paradójicamente reducidos a ponerse de acuerdo con el «Zentrum» católico.

De modo que la consigna es la prudencia. En tanto que Moritz Lazarum («Die Ethik des Judenstums») y Herman Cohen predican la asimilación y que numerosos judíos, nuevos «marranos nacionales», hacen gala de su patriotismo alemán, la «Asociación para la lucha contra el antisemitismo», fundada en 1890 por el jurista Rudolph Gueist y presidida a partir de 1895 por Henri Riekert, jefe de la oposición en el Reichstag, sólo actúa con la mayor circunspección. También los socialdemócratas se muestran muy discretos. Sin embargo, sus progresos electorales son continuos (437.000 votos en 1878, 312.000 en 1881, 550.000 en 1884, 1.427.000 en 1890 y 2,1 millones sobre un total de siete millones y medio de electores en 1898), a pesar de las leyes sociales anunciadas por Guillermo I en su mensaje del 17 de noviembre de 1881 sobre el seguro de enfermedad y el seguro de accidentes, la ley sobre los accidentes de trabajo del 6 de julio de 1884 y las del seguro de vejez y de invalidez, introducidas por Guillermo II los días 25 de junio y 22 de noviembre de 1888. Pero, aunque admiten a judíos como candidatos, evitan en ese aspecto toda toma de posición peligrosa, precisamente porque sus dirigentes son judíos, así como su principal comanditario, el millonario Singer, verdadero blanco de elección para el adversario. Para eludir mejor la cuestión, sus jefes, lo mismo Bebel que su colega austríaco Victor Adler, en el Congreso internacional de Bruselas de 1891, por ejemplo, prefieren tratarla con el desdén: «Las luchas de razas no existen para la clase obrera», y en 1894 con el desprecio: «El antisemitismo es el socialismo de los imbéciles». Lo peor de todo, en efecto, sería dejar traslucir la *entente* entre los promotores del capitalismo y los del socialismo revolucionario, denunciada por el pastor Stöcker en el Congreso antisemita reunido en Dresde en

septiembre de 1882 para tratar de oponer a la «Alianza Israelita Universal» de Crémieux una «Alianza Cristiana Universal».

Lucha en Austria contra los ministros judaizantes

De los trescientos delegados presentes, aparte de algunos rusos, el mayor número eran alemanes y austríacos. Ya que Austria, amenazada más directamente aún que Alemania por la gran invasión procedente de las inmensas «reservas» de Polonia y de Rusia, reaccionó del mismo modo. En Cisleitania, el número de judios aumentó de 1.005.000 en 1880 a 1.843.000 en 1890 y a 2.225.000 en 1900, y en Hungría, en las mismas fechas, de 638.000 a 725.000 y a 850.000. En cuanto a la capital, la riada la sumergió: 40.000 en 1869, 73.000 en 1880, 118.000 en 1890, 147.000 en 1900. Doubnov escribe (II, 299): «El lugar ocupado por los judíos en la gran prensa cotidiana (especialmente en la "Neue Freie Presse") no era menos importante en Viena que en Berlín»; y «el crak financiero que estalló simultáneamente en las dos capitales (el 8 de mayo de 1873) fue imputado a los judíos» (ibid. pág. 300). Anselmo de Rothschild, de la casa de Viena, supo escapar a él, dicho sea de paso.

Las mismas causas producen los mismos efectos, de modo que se desencadenó una campaña contra ellos, alimentada por la obra de un profesor de la Universidad de Praga, Auguste Robling, «Der Talmud Jude» («El judío del Talmud», 1871), sostenida por la prensa conservadora, la «Wiener Kirchenzeitung» y la «Vaterland», y desarrollada por las arengas de Franz Holubek. Se entablaron unos procesos contra este último, absuelto el 29 de octubre de 1882, Georg von Schönerer, socialista cristiano y jefe del partido pangermanista, editor de una hoja que desde 1882 combatía a la vez a los judíos y a los eslavos, llevó la lucha al terreno político; algunos diputados antisemitas en 1884 y 13 en 1891 (entre ellos Schönerer, adepto de las tradiciones teutónicas paganas, el abogado Pataî, el príncipe de Lichtenstein y Schneider), entraron en el Reichsrath; la mayor parte de ellos tenían escaño también en el Landtag de la Baja Austria. Pero la propaganda de la «Asociación de Artesanos cristianos» y del «Partido de las Reformas» dio sus mejores frutos en Viena. Karl Lueger, apóstol del socialismo cristiano, enemigo de los hombres de negocios cosmopolitas, obtuvo 35 escaños en el Consejo municipal en 1890 y, con el apoyo de los nacionales alemanes, fue elegido burgomaestre en septiembre de 1895.

Entonces tropezó con la hostilidad no sólo del gobierno (como su predecesor el conde Taafe, de origen irlandés, canciller desde 1879 a 1892, el conde Casimir Badeni, ministro-presidente desde 1894 a 1900, no podía negar nada a la alta finanza), sino también del emperador. ¿Por aversión a todo desorden, cualquiera, que fuese su procedencia, o por temor a que la agitación pangermanista rompiera el frágil equilibrio entre las razas tan diversas administradas por la Doble Monarquía? Lo cierto es que Francisco-José vetó la elección de Lueger (8 de noviembre) e impuso la disolución de la asamblea antes de inclinarse ante la voluntad persistente de los vieneses, expresada nuevamente en marzo de 1896, y aceptar un compromiso que permitió a Lueger ocupar el cargo de vice-burgomaestre y luego, en 1897, el de burgomaestre de la capital. Estimulado por aquel

apoyo oficial (el gobierno se limitó a prohibir la constitución de una Federación de las comunidades judías, «Gemendebund»), el diputado Joseph Bloch, líder de los judíos austríacos, levantó la cabeza hasta el punto de adoptar una posición francamente nacionalista (judía), lo mismo en la revista «Oesterreichische Wochenschrift», creada por él en octubre de 1884, que en el seno de la Unión Israelita Austríaca, «Oesterreich Israelistische Unión», fundada en abril de 1886, y de la «Asociación para la lucha contra el antisemitismo», constituida en 1891 por el barón y la baronesa Suttner (famosa por su antimilitarismo), el médico Nothnagel y el ex rector judío de la Universidad, Edouard Suess. Mientras que él apoyaba, con los fondos del *nabab* Maurice Hirsch, enriquecido con los ferrocarriles turcos, la acción reformista y cultural desarrollada en Galitzia por la Alianza Israelita de Viena, separada de la Alianza Universal en 1873, y orientaba en sentido sionista la asociación de los estudiantes judíos, dirigida por Smolenski.

Las masas judías de Galitzia y de la Bukovina (700.000 en 1880, 900.000 en 1900), poco evolucionadas, tropezaban en efecto con la hostilidad de los polacos pobres que, considerándose explotados por ellos, se levantaron en junio de 1898 a la voz del jesuita Stojanowski y se entregaron a *pogroms* en unos treinta pueblos de la zona oriental del país. Tan mal vistos de los alemanes como de los checos, descontentos y sublevados a raíz de la caída del conde Badeni, que se había mostrado dispuesto a tolerar el empleo oficial de su idioma, en 1897, sus congéneres de Bohemia (95.000) y de Moravia (45.000) sufrieron igualmente *pogroms* en Nachod, en Melnik, y procesos por muerte ritual, tales como el de Hilsner, condenado en Pilna en septiembre de 1899, y luego, por segunda vez, tras interponer recurso de casación, en Pizek, en diciembre de 1900. En este proceso llamó la atención por sus protestas Thomas Masaryk, nombrado para la nueva Universidad de Praga, futuro presidente del Consejo checo. En cuanto a los de Hungría (638.000 en 1880, 725.000 en 1890), detestados por una gran parte de la población, hasta el punto de que, en 1880, Istoczy, Onody y Simony habían formado cerca de 80 grupos antisemitas, produciéndose disturbios contra ellos los días 28 y 29 de septiembre de 1882, en Presburgo, gozaban de la protección activa del ministerio liberal de Koloman Tisza. Cuando la francmasonería húngara, oficialmente organizada, había abierto el 30 de enero de 1870 una logia-madre johanita en Pest, con François Pulsky, director del Museo Nacional, como Gran Maestre, la logia-madre escocesa que la coronó tenía como Gran Maestre al secretario de Estado en el Ministerio de los Cultos, Joanovics. Además, Tisza, al igual que sus colegas de Austria, no negaba nada a los financieros, llegando a recompensar con un asiento en la Corte los servicios de Albert de Rotschild (tercer hijo de Anselmo, al que sucedió desde julio de 1874 hasta marzo de 1897), y que, en doce años, consiguió triplicar los gastos y septuplicar la deuda de Hungría (los gastos: 169,1 millones de florines en 1873, 487,1 en 1885; la deuda: 221 millones contra 1.461, a los cuales hay que añadir la parte del país en la deuda del Imperio, aumentada de 700 a 975 millones). Sarcásticamente, los antisemitas, que han logrado hacer elegir a 17 de los suyos en 1884, designan a la capital magiar con el nombre de «Judapest». Pero Tisza no cede: decreta severas medidas contra el antisemitismo y provoca, en el mismo sentido, la intervención de las autoridades eclesiásticas, en espera de que el gobierno de Weckerlé reclame para los judíos la igualdad religiosa en 1893, y para

imponer su ley quiebra la resistencia de la Cámara de los Magnates introduciendo en aquella asamblea una nueva hornada de dignatarios dóciles.

Crémieux prepara la emancipación en el Cercano Oriente

Después de la creación de la «Alianza Israelita Universal» (agosto de 1860), sucediendo a la abolición de los ghettos, la apertura de los «mellahs» está a la orden del día. El abogado Adolphe Crémieux (hijo de un tal David Crémieux, delfinés, ex girondino pasado al jacobinismo), recibido francmasón en Nimes en 1818 y tránsfuga en 1860 del Gran Oriente de rito escocés, era fundador de aquella nueva Internacional, que pretendía agrupar a todas las ramas dispersas del judaísmo («Judíos de Oriente y de Occidente, judíos del Norte y del Mediodía, somos un haz que mantiene un lazo sagrado, indestructibles», dirá el 12 de mayo de 1872). Más tarde (8 de marzo de 1869) le fue conferida la alta dignidad de Gran Comendador del Supremo Consejo de Francia. Ministro de Justicia en 1848, asumió las mismas funciones en septiembre de 1870 en el gobierno de la Defensa Nacional y se reveló como «uno de los colaboradores más enérgicos de Gambetta» (Doubnov, II, 169). Vicepresidente del Consistorio central de París, había intervenido desde 1840 en favor de los judíos del Cercano Oriente, súbditos del Imperio otomano. Estos últimos, víctimas de *pogroms* en Morea y en Odesa (19 de junio de 1821) a raíz del asesinato por unos jenízaros del patriarca griego de Constantinopla, Gregorio, y de las exacciones de las tropas egipcias en Palestina en 1834 (especialmente en Jerusalén, Hebrón y Saged), eran acusados entonces, los de Damasco, en número aproximado de 20.000, de la desaparición de un capuchino, el padre Thomas, ocurrida el 5 de febrero de 1840, y los de Rodas de la muerte ritual de un niño griego. A consecuencia de lo cual habían sido saqueadas unas casas judías en Esmirna, en Beyrut y en los suburbios de Damasco.

Habiéndose negado Thiers, a pesar de una interpelación de Fould en la Cámara de los Diputados, el 2 de junio, a desautorizar al cónsul de Francia en Damasco, culpable de complicidad con las autoridades egipcias en sus métodos de investigación un poco bruscos, Adolphe Crémieux, seguro del apoyo de los Rothschild y de Palmerston, se había dirigido primeramente a un mitin de protesta en Londres, y luego, en compañía del riquísimo banquero Moïses Montefiore, a El Cairo en agosto para protestar cerca de Méhémet Ali y hacer poner en libertad a los inculpados (28 de agosto), y finalmente a Constantinopla, donde el sultán Abdul-Medjid no tuvo inconveniente en confirmar, el 6 de noviembre, un «firman» anterior por el cual, a su advenimiento en 1839, había garantizado las personas y los bienes de los no musulmanes de su imperio. La buena voluntad de este último se vio recompensada por otra parte con el retorno de Siria, en octubre, a la dependencia directa de la Puerta (de todo lo cual sacó provecho Inglaterra, puesto que Méhémet Ali, protegido de Francia, se encontró eliminado del país).

Con tales antecedentes, nadie mejor situado que Crémieux para asumir la jefatura de la «Alianza Israelita Universal». Dirigiendo un Comité Central

de cuarenta, y luego de sesenta miembros designados por la asamblea, su estado mayor comprendía al abogado Narcisse Leven, su secretario, luego su jefe de gabinete al mismo tiempo que secretario general de la delegación de Tours en 1870-71, muy ligado a Jules Ferry y a Brisson, más tarde uno de los fundadores de la «Sociedad de Educación republicana», presidente de la Alianza en 1898 y dirigente de la «Jewish Colonisation Organization», al comerciante de Estrasburgo Charles Netter, creador de la «Sociedad de Estudios Judíos» con James de Rothschild e Isidore Loeb, y de la «Unión Escolar», en cuyo domicilio habían tenido lugar las reuniones preparatorias, a los rabinos Aristide Astruc, Isidore Kahn, director de los «Archivos Israelitas», y a su hijo Zadoc; al ingeniero Jules Carvalho, profesor de la Escuela Politécnica, a Eugène Manuel, profesor de la Universidad, etc.

Triunfa en Argelia

Aprovechando su influencia sobre el gobierno de la Defensa Nacional para precipitar la realización de un proyecto que el gabinete de Emile Ollivier había accedido a estudiar en marzo de 1870, Crémieux, para festejar el advenimiento del nuevo régimen, se apresuró a decretar, el 24 de octubre de 1870, la naturalización de los 33.000 judíos argelinos. Sin importarle las resistencias administrativas: la del comisario civil extraordinario Lambert (1 de marzo de 1871), la del gobernador, almirante de Gueydon (1 de mayo de 1871), ni siquiera la propuesta de derogación presentada por Lambrecht, ministro del Interior, el 21 de julio de 1871; sobre aquellos altos funcionarios no faltan los medios de presión y, para hacerse admitir mejor, en Orán y en Constantina, las comunidades israelitas no vacilan en votar en «moderado». Y le tiene igualmente sin cuidado que los musulmanes, descontentos ya al ver que los judíos indígenas se entremetían con demasiada frecuencia entre ellos y la administración (como había observado tan a menudo Bugeaud), despreciaran a los franceses por su complicidad con aquellos seres corrompidos y corruptos a los que consideraban como sus inferiores, y celosos de la preferencia que se les otorgaba al concederles la ciudadanía y el derecho a figurar en los jurados llamados a juzgarles, se sublevaron en Kabylia a la llamada de El Mokrani.

El resto de Africa no es olvidado, por otra parte. A raíz de un viaje efectuado por Joseph Halévy en 1861, sir Moses Montefiore y la «Anglo-Jewish Association» intervienen junto a él en Marruecos en 1864 y de nuevo, diez años más tarde, en el advenimiento de Muley Hassan. Pero la Alianza, presidida por Crémieux desde 1863 hasta 1880, vuelve ahora su atención de un modo especial hacia los Balcanes. Hacia Servia, que en conjunto se muestra bastante tolerante con los 5.000 judíos que viven en ella y respeta las prescripciones del tratado de París de 1856, pero que será objeto de la exigencia de nuevas garantías, por boca de sir Francis Goldsmid en la Cámara de los Comunes y del embajador británico en Constantinopla lord Lyons, cuando en 1867 exigirá la evacuación de Belgrado.

Fracasa en Rumania

Y sobre todo hacia Rumania, que se muestra mucho más reticente. Es cierto que, como consecuencia de una importante inmigración de Rusia, su población judía ha pasado a ser de 130.000 a mediados del siglo XIX a 200.000 en 1880. Y que, bajo la ocupación rusa establecida por el tratado de Andrinópolis de 1829, el general Kisselev les ha impuesto un reglamento orgánico que les excluye de las funciones cívicas y de las explotaciones agrícolas. El príncipe Stourdza de Moldavia les ha amenazado incluso de expulsión entre 1830 y 1840 (con la esperanza, pretende Doubnov, de recuperar los pagarés firmados por él a su usurero Michael Daniel). Lo cierto es que, habiendo sido reconocida la independencia de los principados por el tratado de París en 1856, los esfuerzos del coronel-príncipe Alexandre-Jean Couza, venerable de la Logia de Galatz, nombrado *hospodar* de Moldavia el 5 de enero y de Valaquia el 24 de enero de 1859, para hacer imponer por su primer ministro Michail Kolganiceanu la secularización de los bienes de la Iglesia ortodoxa, distribuidos a los tziganes y a los siervos liberados, enajenaron a los boyardos de las Logias y el Parlamento censatario (la Logia de Bucarest fue suspendida en 1862). Disolvió la Cámara en 1864 pero, aunque hizo marcha atrás en la cuestión de los derechos políticos a los judíos, dos años más tarde sus transacciones financieras con los judíos y los armenios le desacreditaron por completo. Fue depuesto por Golescu y los Hermanos disidentes, a los cuales Napoleón III recomendó como soberano a Charles de Hohenzollern-Sigmaringen. Carol I, proclamado el 10 de mayo de 1866, confirmado como jefe de Estado independiente por el tratado de Berlín de 1878 (1).

En 1866 intervino la Alianza. Adolphe Crémieux se dirigió a Bucarest y pronunció un discurso en la Cámara a fin de obtener que la nueva Constitución incluyera en su texto las garantías reclamadas. Pero la población respondió con motines a lo que consideraba una provocación, en Jassy y en la propia capital, donde fue invadido el Parlamento. El nuevo gobierno renunció entonces a su proyecto. Convertido en primer ministro en 1867, Jean Bratiano, aunque jefe del partido liberal, no manifestó ninguna simpatía a los judíos. Al contrario, un grupo de inmigrantes, sucesivamente rechazado por los rumanos y por los turcos, pereció ahogado en el Danubio, en julio de 1867, sin que él moviera un solo dedo. El gabinete conservador que le sucedió en 1868 manifestó quizá una mejor voluntad de imponer la paz

(1) Los primeros iniciados, formados en Francia en 1820 por el Ateneo de los Extranjeros, los tres hermanos Golescu, Vasile Alecsandri, Jon Bratiano, Jon Ghica y el arzobispo de Husí, constituyeron primeramente una «Sociedad filarmónica» en Bucarest en 1825. Su agitación fue reprimida el 7 de junio de 1848 en Moldavia por Michael Stourdza, y los de Valaquia (Alexandre Duca y Georges Bibesco) se refugiaron en Transilvania. Más bien hostiles a la Iglesia ortodoxa, al zar y al emperador de Austria que a los turcos, regresaron después del tratado de París de 1856 y fundaron Logias («La Estrella del Danubio») en Galatz, en Jassy (1856) y Bucarest (1857). El 4 de mayo de 1863, una Logia, «Los Sabios de Heliópolis» (Filipescu, Carol Davila) se adhirió al Gran Oriente francés. Los rumanos fundaron incluso una Logia búlgara en Routschouk en 1865. Las Logias no tardaron en proliferar en Rumania (en Braila, Pitesti, en 1866), donde alcanzaron el número de 32 agrupadas alrededor de una Gran Logia nacional (creada el 28 de septiembre de 1880, reconocida en 1882; más 11 capítulos y un aerópago de rito escocés primitivo en 1881, y dos logias de Swedenborg en 1883; talleres que recibieron una nueva constitución en 1899).

interior, pero se vio rápidamente desbordado. Un *pogrom* acompañado de saqueos y matanzas se desencadenó en Ismailia, en 1871-72.

Forma a los «Jóvenes Turcos»

Crémieux reunió entonces una conferencia en Bruselas; se decidieron unas gestiones conjuntas de los cónsules de las grandes potencias. Los Estados Unidos no sólo tomaron parte, sino que llevaron su celo hasta el extremo de esgrimir la amenaza de hacer volver a los turcos. Los 200.000 judíos del imperio otomano (40.000 en Constantinopla, otros tantos en Salónica, el resto en Andrinópolis, Esmirna, Bagdad y Jerusalén) se beneficiaban, efectivamente, de una verdadera protección de parte de los sultanes. De Abdul-Medjid, en primer lugar, que completó con unas promesas hechas al delegado de los Rothschild, Albert Cohen, las disposiciones del «Hatti-houmayoun» aprobado por el tratado de París en 1856 (aquella reforma, o «Tanzimat», reorganizó el ejército, restauró la Banca otomana y autorizó a los extranjeros a adquirir bienes). Al igual que su sucesor en 1861, Abdul-Aziz, obligado a abdicar el 29 de mayo de 1876 y «suicidado» el 4 de junio por unos afiliados a la «Joven Turquía», fundada el 30 de agosto de 1867 por Mustafá Fazyl pacha, dirigida desde París por Zia Bey, Kemal Bey y el judío Simón Deutsch y sostenida en Constantinopla por un banquero francés de Péra, J. B. Bonnal, y por Khalil pacha, ministro de Asuntos Exteriores. Aquella «juventud abierta a las ideas de progreso y de libertad» (Leven), formada por las escuelas de la «Alianza Israelita» de Salónica (subvencionadas por los Camondo y los Sassoon de Bagdad), impulsada bajo mano por la Inglaterra de Disraeli, lleva al trono a Mourad V, iniciado en la masonería en 1872, como lo habían sido Kemal Bey y Midhat pacha. Cuando aquel vulgar títere entre las manos del Comité «Unión y Progreso» será depuesto, tres meses después, su hermano Abdul-Hamid II, más respetuoso con la religión pero siempre flanqueado de Midhat como gran visir, promulgará el 23 de diciembre de 1876 una Constitución parlamentaria concediendo a los judíos la igualdad de derechos. Así, las comunidades tradicionalistas, presididas por un «haham bachi», equivalente judío del patriarca griego, aprecian la autonomía de que disfrutan, hasta el punto de reaccionar a veces duramente contra las iniciativas de la Alianza, fulminando con el «cherem» —excomunión mayor— a Abraham Camondo por haber fundado una escuela en 1852, o boicoteando la escuela de agricultura «Mikwé Israël», creada por Charles Netter en 1870, por ejemplo.

Por desgracia, aquellos mismos sultanes tienen la mano más bien dura en lo que respecta a los cristianos de los Balcanes que permanecen bajo su yugo (sobre una población total de 28,5 millones en 1875, el imperio otomano cuenta con 9,5 millones de cristianos y, en Europa, sobre 11 millones, 5,5 —o sea, la mitad— de eslavos). Y como aquellas poblaciones turbulentas disponen del apoyo activo, sea de Austria, sea de Rusia, la Puerta se enfrenta con serios disgustos. La agitación, mantenida desde 1867 por el príncipe de Servia Michel Obrénovitch y por la «Omladina», sociedad secreta separada en 1863 de los «Eslavos Unidos», estimulada en Bulgaria por el nuevo exarca ortodoxo (abril de 1870) y luego organizada por Levski y sus 200 comités secretos revolucionarios (1873), culmina, a raíz de un viaje del emperador Francisco-José a Dalmacia en la primavera de 1875, en una

revuelta en Bosnia-Herzegovina (agosto de 1875), que no tarda en extenderse a Bulgaria en la primavera de 1876. Allí desarrolla sus intrigas Simon Deutsch, amigo de Gambetta y de la Internacional y dirigente de la «Joven Turquía». Los insurgentes rechazan los términos del «iradé» del 2 de octubre y del «firman» del 12 de diciembre, así como las propuestas de libertad religiosa, de garantía de empleo de los impuestos y de un nuevo régimen agrario bajo el control de una comisión mixta, formuladas en nombre de los Tres Emperadores por Andrassy, en Pest, el 30 de diciembre de 1875. Dirigida en Montenegro por Dervish pacha y en Bosnia por Mouktar pacha, una represión salvaje inunda Bulgaria de ríos de sangre. «Es preciso que corra la sangre», había dicho Disraeli; está servido: las víctimas se elevan probablemente a 30.000 (20.000 según el inglés Baring).

Hamburger empuja al zar a la guerra...

Entonces, Europa se conmociona. Tanto más por cuanto el 6 de mayo han sido asesinados en Salónica los cónsules de Francia y de Alemania, Bismarck, que se ha entrevistado los días 11 y 12 en Berlín con Andrassy y Gortchakov, propone a las seis potencias, el 13, dirigir un memorándum a Turquía. Disraeli se niega y replica con el envío de una escuadra a la bahía de Besika, en el mar de Mármara. Decepcionados por el servilismo del duque Decazes con respecto a Inglaterra, por la reserva del emperador Guillermo en ocasión de su entrevista con Alejandro en Ems y por la negativa de Bismarck, expresada los días 11 y 13 de octubre por boca de su embajador Schweideritz, a aflojar lo más mínimo la solidaridad germánica y sus lazos con Austria, los rusos se deciden a negociar directamente la neutralidad de Viena, a cambio de la Bosnia-Herzegovina (entrevista Alejandro-Francisco José en Reichstadt, el 8 de julio de 1876, confirmada por un acuerdo firmado el 15 de enero de 1877), y la de Inglaterra, prometiendo dejar el canal de Suez y Egipto fuera de la zona de las hostilidades y discutir un nuevo estatuto de los Estrechos que reemplace al del tratado de París, denunciado por ellos en noviembre de 1870 (entrevista Schuvaloff-Derby en Londres, los días 6 y 30 de mayo de 1876). De modo que tienen las manos libres para entablar solos las hostilidades (a las cuales empujan al zar el general Tchernaiev, una especie de Garibaldi eslavo, y el consejero íntimo de Gortchakov, el judío Hamburger), cuando la conferencia celebrada en Constantinopla por iniciativa de lord Derby —a pesar del golpe de teatro de la proclamación de una Constitución turca el 23 de diciembre de 1876 y de la presencia de lord Salisbury— sólo desemboca en la recusación del ultimátum de las potencias (14 de enero de 1877), seguida de la destitución del gran visir, Midhat pacha, que morirá envenenado en Medina.

... ganada gracias a la intervención rumana

Pero tienen también las manos «vacías», y faltos del apoyo de la alta banca, sólo consiguen por mediación de Bismarck y de Bleichroeder «hacer» a duras penas un empréstito de 100 millones de rublos. Cuando declaran la guerra, el 24 de abril de 1877, Milan de Servia, que ha entablado solo

la lucha el 1 de julio de 1876 y se ha proclamado rey, amenazada su capital, se encuentra ya fuera de combate: el 28 de febrero de 1877 ha tenido que pedir la paz. Turquía, cuya flota acaba de restaurar el inglés Hobart, tiene 160.000 hombres en el Danubio y puede movilizar 600.000. De modo que el ejército ruso, autorizado por Jean Bratiano el 16 de abril a cruzar Rumania, tropieza con una fuerte resistencia. Aparte de la incursión dirigida por Gourko con 15.000 hombres, por Tirnovo, hasta el paso de Chipka (14 de julio), se encuentra rápidamente bloqueada: Zimmermann, que ha cruzado el Danubio en Galatz ante el cuadrilátero Varna-Choumla-Routschouk-Silistria, y el gran duque Nicolás, que ha pasado el río en Sistovo, delante de Plewna, donde, el 20 de julio, Osman pacha ha infligido una severa derrota a Krüdener, que ha perdido 6.000 hombres. Mientras que en Asia, Mouktar pacha, después de haber evacuado Bayazid y Ardahan, consigue desbloquear Kars (10 de julio). Afortunadamente para Alejandro, Rumania, que entra en guerra el 24 de agosto y proclama su independencia los días 27 de agosto-11 de septiembre, le aporta el apoyo de 50.000 hombres. La suerte cambia entonces de signo. Totleben bloquea a Osman en Plewna y le obliga a rendirse con 40.000 hombres (10 de diciembre de 1877), en tanto que Kars, sitiada de nuevo en octubre, capitula en noviembre con su guarnición (20.000 hombres). En los Balcanes, los montenegrinos llegan a Antivari el 10 de enero de 1878 y asedian Scutari, los servios ocupan Nisch, los griegos penetran en Tesalia. Wessel pacha queda rodeado en el monte Chipka con 30.000 hombres, el gran duque Nicolás aplasta a Suleiman pacha en Philippopoli el 15 de enero y el 20 se apodera de Andrinópolis, donde se firma un armisticio el 30 de enero. Los vencedores se inmovilizan sobre las líneas de Tchataldja.

Inglaterra protege a los turcos y los Estrechos

Ya que Gran Bretaña, esta vez, se alarma y se incomoda. Desde Esmirna, su flota pone rumbo de nuevo hacia los Dardanelos para proteger Constantinopla (25 de enero-15 de febrero). Pero, aunque obtiene de Andrassy que se adhiera a su nota de protesta del 15 de enero, a pesar de una oferta de créditos, Viena se niega a movilizar y a servir de soldado a Inglaterra. Y el general Ignatiev impone a los turcos los preliminares de San Stefano (3 de marzo), que sólo les dejan en Europa las cabezas de puente de Constantinopla y de Salónica y constituyen en el centro de los Balcanes una gran Bulgaria. Lord Salisbury, el hombre de Disraeli, pasa entonces a reemplazar en el Foreign Office a lord Derby, al que se considera demasiado conciliador (28 de marzo). A fin de obligar a Rusia a negociar, incita a Francia a negarle todo crédito y se acerca a Bismarck, el cual, evocando la cuestión oriental en el Reichstag, el 19 de febrero, ha declarado que «todo cambio en las estipulaciones de 1856 necesitará la sanción de las potencias signatarias» y que «el asunto está lleno de consecuencias para el futuro», ya que se trata nada menos que de saber «cuál de los dos elementos, el germánico o el eslavo, tiene que dominar el mundo». El zar, deseoso al mismo tiempo de acabar la guerra —ya que sus finanzas están agotadas, su ejército fatigado y la agitación revolucionaria ruge— y de descartar las condiciones del canciller alemán, «que acaba de atacarnos por la espalda no con una espada, sino

con un puñal», dice, antes de atreverse a presentarse ahora como un «honrado agente de comercio» sacrifica al general Ignatiev y confía a Souvaloff la misión de negociar directamente en Londres la convención del 30 de mayo, tras habérselo comunicado a Bismarck en Friederichsruhe. Así le son prometidos Kars y Batoum, pero él consiente en situar la frontera búlgara en la cadena de los Balcanes y en participar en un Congreso, que se reunirá en Berlín del 15 de junio al 13 de julio, para tratar de resolver el conjunto del problema de Oriente. Por su parte, Inglaterra ha hecho pagar su alianza a Turquía con el derecho a ocupar, «a título provisional», la isla de Chipre (4 de junio de 1878).

El Congreso de Berlín sacrifica los cristianos a los judíos

Resueltas así las principales cuestiones entre bastidores —y la divulgación de aquellos acuerdos secretos, al cabo de tres semanas de serias e inútiles sesiones, provocará un escándalo monumental—, a los diplomáticos reunidos en Berlín sólo les queda ratificarlas adoptando unas actitudes ventajosas: Gran Bretaña se permite el lujo de ofrecer a Austria la administración de la Bosnia-Herzegovina y del sandkak de Novibazar, y Francia accede a que Inglaterra ocupe Chipre a cambio de una vaga promesa relacionada con «Cartago», en tanto que Bismarck se permite el maligno placer de humillar a conciencia a su viejo rival Gortchakoff, y de introducir en los arreglos concluidos los gérmenes de discordia necesarios para erguir unos contra otros a los principales Estados y alimentar de pretextos las luchas futuras. Intención deliberada que expone sin rodeos al kronprinz el 2 de noviembre de 1878: «Dejar abierta la embarullada cuestión de los Balcanes, para impedir la unión de las grandes potencias y asegurar nuestra propia paz». Probablemente dentro de ese maquiavélico plan, Rumania tiene que ceder la Besarabia a Rusia a cambio de la Dobrudja, arrancada a una Bulgaria partida en tres trozos: un Estado «libre», pero reducido a dos millones de habitantes, alrededor de Sofía, una zona autónoma «garantizada» en la Rumelia oriental y una provincia «irredenta», que continuará esclavizada, la Macedonia. ¡Qué importa! Al fin y al cabo, se trata de unos simples cristianos...

Disraeli, paladín del mesianismo, con Waddington como escudero

El Congreso no podía perder el tiempo ocupándose de su suerte, ya que su preocupación principal era la de asegurar a los judíos de los Balcanes la emancipación y la igualdad de derechos. Con esa finalidad, la «Alianza Israelita Universal», recibiendo trato de gran potencia, envió a Berlín a Netter, Veneziani y Saeki Kahn. Aparte de Gortchakoff, contaba con el apoyo de las grandes figuras. Benjamín Disraeli, que acaba de ser elevado a la categoría de lord —l. Beaconsfield—, brillante jefe del partido conservador, estaba allí en persona. Aquel sefardita, aunque converso, conservó el orgullo de su origen. Cuatro años antes de que se desencadenara la revolución de 1848, escribió en «Coningsby»: «Esta poderosa revolución que ac-

tualmente se prepara y se cuece en Alemania, donde será de hecho una segunda Reforma más importante que la primera, se desarrolla por completo bajo los auspicios de los judíos, que casi han monopolizado las cátedras en Alemania». Y extrayendo conclusiones de una gira que acaba de efectuar por Europa (cerca de Cancrin, ministro de Finanzas en Rusia, de Arnim en Prusia, de Soul en Francia y de Mendizábal en España), escribe: «El mundo está gobernado por unos personajes muy distintos de los que imaginan aquellos cuya mirada no penetra entre bastidores». Unos años más tarde, el 25 de mayo de 1854, Disraeli intervenía en los Comunes —como antes lo había hecho sir John Russell— en favor de una reforma de la fórmula del juramento que permitiera a los judíos elegidos ocupar sus escaños en la asamblea. Lionel de Rothschild, elegido por primera vez por la City en 1847, y de nuevo en 1850-51, sólo pudo ocupar su escaño a partir de 1858. David Salomons, lord-alcalde de Londres (donde vivían la mitad de los 63.000 judíos de las Islas Británicas en 1880; los otros vivían en Manchester, Liverpool o Glasgow), expulsado del Parlamento una primera vez «manu militari» el 18 de julio de 1851, no fue readmitido hasta el 26 de junio de 1858. Y Disraeli habló en tono de desafío: «Soy partidario de la igualdad civil de los judíos, porque considero que la raza judía es una de las que han aportado más beneficios a la humanidad... Se trata de un pueblo viejo, glorioso, vivaz, que tarde o temprano *alcanzará su objetivo*. Espero que el Parlamento inglés subsistirá eternamente, pero permitidme que os recuerde que los judíos han sobrevivido a los reyes de Asiria, a los Faraones de Egipto, a los Césares de Roma y a los Califas árabes». Animado de tales convicciones, Disraeli, primer ministro de Su Majestad desde febrero de 1874, partidario de una «spirited foreign policy», de una política exterior vigorosa a lo Palmerston, haciendo oídos sordos a las intervenciones de Gladstone y los oradores de los mítines celebrados en Londres a favor de los cristianos de Oriente, no podía dejar de apoyar a fondo la causa de los judíos de los Balcanes.

Pero, seguro del apoyo de Bismarck, prefirió actuar por medio de una tercera persona, el encargado de presentar el asunto fue el representante de Francia. En tanto que el Quai d'Orsay había renunciado a representar un papel en la crisis, que las gestiones de Gortchakoff cerca del general Fleury el 6 de julio de 1870, del general Le Fló el 25 de enero de 1875, y de Gontaut-Biron, con vistas a una acción naval, el 13 de mayo de 1876, habían sido ignoradas, que el duque Decazes, fiel a las tradiciones masónicas de su familia, a instancias de Alphonse de Rothschild y del príncipe de Gales, renunció a toda iniciativa y ordenó a principios de agosto de 1877 a su embajador, el marqués de Harcourt (casado con una Rothschild), que se limitara a mantener «una estrecha entente» con el gabinete de Londres, y que en vísperas del Congreso el gobierno francés llegó al extremo de prohibir la defensa de sus propios intereses al formular los días 4 y 7 de junio unas reservas, excluyendo de las discusiones los lugares santos, Siria y Egipto. Waddington sólo intervino en Berlín en favor de los poseedores de títulos de la Deuda otomana y de los judíos orientales. Ya que la diplomacia francesa se encontraba en manos de un protestante de origen británico, que tenía un tío en Londres y un cuñado prusiano, el ex embajador en Roma, desde 1831 a 1838, y luego en Londres. Bunsen, aquel apóstol y precursor del judeo-cristianismo que ya conocemos. «Nuestro Waddington», como le

llamará Crémieux, agradeciendo a aquel ministro, tan poco francés, el haber hecho incluir en el tratado de Berlín el famoso artículo 44, que imponía a los nuevos Estados balcánicos la concesión de la igualdad de derechos a los judíos, como condición previa para su entrada en el concierto de las naciones. Servia y Bulgaria (ésta en 1879) se inclinaron. Pero Rumania se opuso. A pesar de las fuertes presiones de que era objeto, sólo aceptó una naturalización progresiva, que el Parlamento transformó en merced individual, de la cual se beneficiaron únicamente unos cuantos ex combatientes judíos (alrededor de 800). Sus hombres de Estado encontraron por otra parte un apoyo bajo mano en Alemania, donde Bleichroeder y Hansemann se preocupaban más de recuperar los capitales invertidos desde hacía doce años en los ferrocarriles rumanos que de la suerte de sus correligionarios.

La estrella del sionismo asciende en el cielo

Lo cierto es que aquella participación oficial de sus delegados en un gran Congreso europeo abrió a la Alianza las más amplias perspectivas. La emancipación de los judíos del Imperio otomano, ¿no sería acaso el preludio de la restauración de un Estado judío en Palestina? En Alemania, el inspirador de Carlos Marx, Moïse Hess, alimenta la esperanza de aquella resurrección y, concretando la idea mesiánica del galitziano Nachman Krochmal (1785-1840), anuncia «la transformación progresiva del Dios nacional del antiguo Israel en Dios universal, en «espíritu absoluto», y la transformación de Israel de nación puramente política... en una nación espiritual, guardiana de la verdad religiosa que tiene como misión difundir en el mundo» («Guía para los contemporáneos extraviados», publicada por Zunz en 1851).

Geiger comparte esos puntos de vista: «la tarea del judaísmo consiste en instaurar en el mundo el monoteísmo absoluto», y está próximo el día del cumplimiento de aquella misión («Das Judentum und seine Geschichte», 3 volúmenes, 1871). Lo mismo que en Francia Joseph Salvador (1796-1873). Amigo y discípulo del historiador Graetz, está convencido de que los judíos no tienen que renunciar, para desempeñar su papel religioso, a ser una nación. Para él, «los judíos forman ante todo una nación cuya historia se desarrolla, a través de los milenios, paralelamente a la historia de la humanidad; esta nación, antaño factor espiritual de la renovación social del mundo (?), tiene derecho a celebrar su resurrección en la época en que nos encontramos y que es la conclusión inminente del proceso histórico de regeneración de los pueblos civilizados» («Roma y Jerusalén», 1862). En su libro «París, Roma y Jerusalén», aparecido en 1860, designa a la ciudad de Salomón como «la capital espiritual del mundo regenerado». Nada más y nada menos. «Cuando Israel y su culto sean admitidos en todas partes y mejor conocidos de los pueblos, la luz, la verdad, la conciencia del mundo hará el resto. Una alianza religiosa universal se impondrá, no tardará entonces en rodear a toda la humanidad con un lazo espiritual imperecedero», proclama asimismo, S. Bloch en «El Universo Israelita» de abril de 1860.

Pero, aunque ya en 1841-1842 un tal coronel Churchill, cónsul británico en Damasco, propuso a Moses Montefiore la organización de un «Hogar nacional del pueblo judío» en Palestina, los tiempos no eran aún lo sufi-

cientemente propicios. De momento, la Alianza Israelita, teniendo que hacer frente a los ataques de Brafmann en Rusia, que la acusaba a partir de 1870 de constituir un «Kahal universal», debilitada además por la disidencia relativa y por el particularismo de los judíos alemanes, poco deseosos de integrarse en un organismo cuya sede se encontraba en París, pareció limitar sus ambiciones a su obra de emancipación, de formación cultural y de asistencia a los judíos perseguidos.

Y no había sonado todavía la hora de lanzar la fórmula del judeocristianismo.

La tarea más importante e inmediata era la de debilitar en la medida de lo posible la jerarquía católica, aislándola al mismo tiempo de la juventud, para lo cual debían arruinarse previamente sus instituciones de enseñanza. En 1861, en los «Archivos Israelitas» (pág. 72), Isidore Kahn trazó en estos términos la tarea de aquella «Kilturkampf», que no tardaría en extenderse a toda la Europa occidental:

Los edificios levantados por el fanatismo no se derrumban como unos castillos de naipes. ¿Cómo destruirlo o, al menos, cómo arruinarlos?»

CAPITULO XXIV

EUROPA EN LA HORA DE LA *KULTURKAMPF*

En todas partes, la Francmasonería dedicará sus mejores esfuerzos a aquella gran obra.

La Francmasonería belga en vanguardia...

Dieciocho años antes del desancadenamiento de la «Kulturkampf», los Hermanos de Bélgica habían abierto ya el camino. Bajo la autoridad de un príncipe, Leopoldo de Sajonia-Coburgo Gotha, él mismo caballero Kadosch y cuya familia había protegido antaño a Weishaupt, católicos y liberales —léase radicales— habían recorrido al principio un buen trecho juntos. La Constitución de 1831, inspirándose en un amplio espíritu de tolerancia, había concedido a los católicos las libertades fundamentales, a costa, es cierto, de la separación de la Iglesia y el Estado y de la igualdad entre las religiones. Lo habían aprovechado para fundar dos famosas Universidades, la de Malinas en 1834 y la de Lovaina en 1835. Pero las relaciones con el papado habían sido de corta duración: Gregorio XVI no había enviado un primer nuncio hasta 1841 y el segundo, monseñor Pecci (futuro León XIII), había sido retirado en 1845. Dos años más tarde los católicos rompían con los liberales, perdían su influencia sobre el gobierno y quedaban expuestos a los ataques de las logias.

Estas, reorganizadas después de 1815 por dos antiguos agentes de Napoleón, el apóstata de Saint-Martín, establecido en Lieja, y Teste, ex ministro concusionario de Luis-Felipe, inspiran, encuadran y dirigen el partido liberal cuyos jefes son altos dignatarios de la masonería: el presidente del Tribunal de Casación, Defacqz, mezclado en 1844 a las intrigas mazzinianas, es Gran Maestre. Para las elecciones del 5 de enero de 1855 un Gran Comité masónico designa los candidatos y, el 1 de marzo de 1856, una circular del Gran Oriente da las instrucciones siguientes: «Las logias tienen el deber de vigilar los actos de la vida pública de aquellos de sus miembros que han sido situados por ellas en las funciones políticas». «La organización de las fuerzas liberales sólo pueden ser llevada a cabo por la Masonería... es esencial que

ella dirija esa obra», concretará Bergé, instalado como Gran Maestre el 23 de agosto de 1875. De hecho, los liberales ocuparán el poder desde 1847 hasta 1852, y luego desde 1857 hasta 1870; desde 1850, tratan de convertir en estatal la enseñanza secundaria.

Naturalmente, aquella influencia de las logias se ejerce en el sentido más radical. En Lieja, en 1855, el hermano Goffin, asimismo miembro de la logia de los «Filadelfos», del rito de Memphis, de Londres, presenta un programa casi idéntico al que Gambetta desarrollará en Belleville, el 5 de mayo de 1869: abolición de los ejércitos permanentes, supresión de las asignaciones del clero, del Banco Nacional, de la magistratura inamovible, abolición de la pena de muerte, establecimiento de la instrucción obligatoria, creación de asociaciones de trabajadores. Por prudencia, Verhaegen, convertido en Gran Maestre, le desautoriza en tanto que las masonerías inglesa y alemana, asustadas, establecen distancias con los talleres belgas; en lo que respecta a Alemania, las relaciones no serán reanudadas hasta 1874, por iniciativa de Bluntschli, Gran Maestre de la Gran Logia de Bayreuth y consejero de Bismarck en la «Kulturkampf».

... de la subversión estudiantil...

También en Lieja, un Congreso de estudiantes reunido en 1865 provoca un gran escándalo. Han acudido más de mil para discutir el problema de la enseñanza, puesto en el orden del día desde abril de 1860 por el Gran Oriente, cuyos trabajos preliminares han desembocado en la redacción, desde 1863 a 1865, de un proyecto de ley en 23 artículos sobre la instrucción obligatoria. Para apoyar el movimiento, acaba de ser creada, el 16 de febrero de 1865, la Liga de la Enseñanza belga. En el Congreso estallan discursos incendiarios: «¡Yo no tengo patria! ¡Ubi libertas, ubi patria! ¡Es preciso que el capital sea siervo del trabajo! ¡Queremos, para el aniquilamiento de todo prejuicio de religión y de Iglesia, llegar a la negación de Dios y al libre examen!» (Fontaine, de Bruselas). E imprecaciones: «¡Guerra a Dios! ¡Odio a Dios!» (conclusión de Lafargue). En Bruselas, el año siguiente, los espiritualistas a lo Victor Cousin no se atreven a aparecer. Las llamadas a la revolución de Felix Pyat han sido escuchadas; sólo se oyen gritos de: «¡Odio a la burguesía! ¡Odio al capital! ¡Guerra a la superstición! ¡Viva la Revolución social!»

Tal es el espíritu con el cual se inicia una campaña, que culmina el 7 de mayo de 1876 con la aprobación por una asamblea general masónica de un programa de enseñanza laica, gratuita y obligatoria. Pero las elecciones no son favorables al partido liberal, que sólo dos años más tarde llega al poder. El ex Gran Maestre Van Humbeck es nombrado inmediatamente para la Instrucción Pública (recibido masón el 28 de junio de 1857, ha sido venerable de los «Amigos filántropos», presidente de la Asociación liberal y Gran Comendador del Supremo Consejo; en Amberes, el 26 de diciembre de 1864, hablaba de «echar a la fosa» el cadáver del catolicismo). Aquel sectario presentó el 21 de enero de 1879 un proyecto —promulgado el 1 de julio— que proscribe de las escuelas toda enseñanza religiosa. Pero los católicos

reaccionan vivamente; el episcopado esgrime la excomunión y amenaza con abrir escuelas libres. Una circular del 20 de septiembre atenúa los rigores de la ley. Las dos principales obediencias masónicas, el Supremo Consejo escocés y el Gran Oriente deciden reunir sus esfuerzos, el 5 de marzo de 1880, y festejan juntos, los días 23 y 24 de agosto, el cincuentenario de la independencia belga. Y mientras se extiende por el país el movimiento de los «Solidarios», en favor de los entierros civiles, Goblet de Aviella, perteneciente también a los «Amigos filántropos», se entrega en 1882 a nuevos ataques contra el clero y propone la supresión de 442 vicarios, la abolición de la asignación de los canónigos y la derogación de la exención del servicio militar de que se beneficiaban los eclesiásticos. Sin embargo, gracias a su cohesión, los católicos agrupados en una Federación de Círculos, sometida a la autoridad de un Comité central, obtienen 70 escaños en las elecciones de 1884, por 52 de los liberales. De modo que acceden al poder por treinta años, libres de hacer votar una nueva ley escolar y de restablecer las relaciones con el Vaticano.

... seguida de las Logias de los Países Bajos

En el celo antirreligioso, la Francmasonería holandesa (abiertamente estimulada por la dinastía de Orange: el príncipe heredero Alejandro será su Gran Maestre en 1878) no tiene nada que envidiar a su vecina de Bélgica. Incluso tomará la delantera. También allí los católicos, representando las dos quintas partes de la población, gozaban desde 1848 de una Constitución liberal, que había roto con la política «joseísta» desarrollada por Guillermo I desde 1815 hasta 1830. Pero una logia independiente, «Post Nubila Lux», creada en unas condiciones bastante curiosas en Amsterdam en 1850, no tarda en difundir en los talleres de Europa (en conexión en Alemania con Ronge, del movimiento de las «comunas libres»), e incluso en los Estados Unidos, el ateísmo, del cual su venerable, el Hermano Ablaing, se ha hecho apóstol en su revista «Dageraod» (El Alba), creada en agosto de 1855, y en el seno de una asociación que él mismo ha fundado el 8 de octubre de 1856 y que, al año siguiente, el 4 de octubre de 1857, reúne en Congreso a los Librepensadores. Entonces, la logia «Post Nubila Lux», anticipándose al Gran Oriente de Francia, renuncia al Gran Arquitecto del Universo. Y la acción anticlerical se desarrolla con ardor. El 13 de agosto de 1857 una ley establece el principio de la neutralidad escolar. Con el apoyo del ministro del Interior Geertsema y de A. Kerdift, israelita converso, el profesor P. Harting y el pastor menonita D. Harting crean una Liga de las Escuelas, «Schollverband», que se fusiona con la Asociación para la enseñanza nacional y, a propuesta de la Sociedad del Bien Público (organismo masónico fundado en 1874 por otro pastor menonita, Jean Nieuwenhysen) y bajo la presión de aquellos grupos, una ley decreta el 18 de julio de 1878 el laicismo de la enseñanza. El 17 de agosto, otra ley obliga a las comunas a mantener una escuela laica.

* * *

En la península ibérica, desgarrada por las luchas de clan en aquel siglo de anarquía y de miseria para ella, la Francmasonería no se limita a prepa-

rar en la sombra unas medidas anticlericales, sino que suscita atentados, «pronunciamientos», motines y revoluciones que ensangrientan el país.

Terror rojo en Portugal

En Portugal, el regreso de don Pedro del Brasil y sus éxitos delante de Oporto, delante de Lisboa y cerca de Evora en 1834, han puesto fin, con el apoyo militar de Inglaterra, a la regencia «reaccionaria» instaurada en 1826 por su hermano don Miguel. Entonces, la masonería, decapitada ya por la ejecución de su Gran Maestre, el general Fómez-Freire de Andrade, el 17 de octubre de 1817, y prudentemente reformada a partir de 1824, se venga de las penas de azotes y de las 40.000 sentencias de destierro pronunciadas contra sus miembros y sus aliados. Sucediendo al terror blanco, el terror rojo está marcado por el exilio de los jesuitas (vueltos en 1829, expulsados en 1833), la confiscación de los bienes del clero y toda clase de exacciones y de desbordamientos. Los talleres se reconstruyen, pero se fragmentan entre nueve obediencias distintas en 1840. La reunificación emprendida por el conde de Paraty, en 1859 desembocará después de diez años de esfuerzos en la fusión del Gran Oriente lusitano (reconocido por el Gran Oriente de Francia en 1863) con la Confederación portuguesa del marqués de Loulé, el Supremo Consejo Escocés, la Gran Logia de Irlanda y el Gran Oriente de Portugal de Mendès Leal (10 de agosto de 1869: 56 logias, de ellas 20 en España en 1870). En tanto que la Francmasonería ha penetrado incluso en las cofradías y que las relaciones del clero con el Vaticano han quedado completamente rotas desde 1838 a 1852, el marqués de Loulé, presidente del Consejo, apoyado por el extremista Mendès Leal, retira a las congregaciones el derecho a enseñar y las seculariza casi todas, incluyendo a las Hermanas de la Caridad (11 de marzo de 1862). Naturalmente, las protestas de Pío IX resultan inútiles (8 de julio). Más tarde, el gobierno propone sistemáticamente al Vaticano el nombramiento para el episcopado de candidatos absolutamente inaceptables, tales como el abate Ayres de Gouveia, notoriamente masón, en 1879, y otros cinco en 1882, que León XIII se negará a entronizar.

Mendizábal despoja al Clero español

En España, hemos visto al judío converso Mendizábal dirigir el ataque contra el clero, suprimiendo las congregaciones masculinas (salvo las de enseñanza), reduciendo el número de las femeninas (5 y 9 de marzo de 1836) y liquidando sus bienes. El preámbulo del decreto del 19 de febrero de 1836, concebido dentro de las mejores tradiciones de los Puritanos de rCromwell, expresaba sin ambages la intención de «crear una numerosa familia de propietarios, cuyos ingresos y cuya existencia se apoyen principalmente sobre el triunfo completo de las instituciones actuales», es decir, una clase de adquirentes de «bienes nacionales» interesados en sostener al régimen. Luego le tocó el turno a los bienes del clero secular y la sustitución de los diezmos por una contribución para el mantenimiento del culto (29 de julio de 1837). Mientras, el ministro de Justicia, don Alvaro Gómez Becerra, se encargaba de meter en cintura a la jerarquía alejando a los ocho metropolitanos y a la mayoría de los obispos de sus sedes, remplazándolos por

vicarios escogidos por el gobierno y pretendía limitar a su antojo el reclutamiento del clero (11 de octubre de 1835; 10 de octubre de 1836). Desde las primeras manifestaciones de aquella ofensiva en 1835, el nuncio había abandonado España.

Hubo que esperar a que Narváez pusiera en fuga a Espartero (23 de julio de 1843), la llegada al poder de los moderados con Luis González Bravo y Narváez (2 de mayo de 1844) y la aprobación de la constitución liberal de 1845 para que se produjera una distensión, señalada por la reapertura del Tribunal de la Rota, el 20 de febrero de 1844, la reanudación de las ordenaciones y luego de las contribuciones a Roma, la restitución de los bienes seculares que no habían sido vendidos (3 de abril de 1845) y, aunque Gregorio XVI se negó a reconocer a la reina Isabel, el nombramiento por Pío IX de un delegado apostólico, Monseñor Brunelli, que no tardó en ser elevado a la dignidad de nuncio (1847-48), el consentimiento del Papa a entronizar de nuevo a los obispos y finalmente la firma, el 16 de marzo de 1851, de un Concordato negociado por don Pedro José Pidal, jefe de los católicos en las Cortes, autor, en 1845, de un nuevo programa de estudios para las Universidades.

Distensión que duró muy poco, por desgracia. Aprovechada en un terreno muy distinto, el de la economía, por Bravo Murillo, ministro de Comercio y de Obras Públicas (1847-49) antes de asumir la presidencia del Consejo del 16 de enero de 1851 al 13 de diciembre de 1852 para alimentar Madrid de agua por medio del canal Isabel II (11 de agosto de 1851) y para construir, cumpliendo con la ley del 28 de enero de 1848, los primeros ferrocarriles (Barcelona-Mataró, Madrid-Aranjuez, con el apoyo del financiero Salamanca), y hacer adoptar el plan de las líneas de Córdoba, de Valladolid y de Zaragoza, el 28 de enero de 1852 (y ley del 3 de junio de 1856). Pero las Cortes provocan su dimisión al elegir como presidente, el 1 de diciembre de 1852, al masón radical Martínez de la Rosa y al rechazar sus proyectos de revisión de la Constitución. Llamado a sucederle el 18 de septiembre de 1853, el conde de San Luis, otro moderado, no consigue dominar la oposición de los generales Dulce y O'Donnell, que tratan de sublevar contra él la caballería del «Campo de Guardias» y a los amotinados de Canillejas, cerca de Madrid (28-30 de junio de 1854), publican un manifiesto (redactado por Cánovas del Castillo) el 7 de julio en Manzanares y provocan disturbios en la capital, del 17 al 19 de julio.

Los Hermanos progresistas Espartero y O'Donnell en el poder

La repetición de las algaradas obliga a la reina Isabel a ceder. Jefe del movimiento en Zaragoza, el general Espartero efectúa una entrada triunfal en Madrid, el 28 de julio de 1854, y mientras las logias reanudan alegremente sus tareas, forma con O'Donnell un gobierno progresista que durará dos años, hasta el 14 de julio de 1856. El general San Miguel es nombrado capitán general de Madrid. El 28 de agosto, la reina madre se exilia. El nuncio no puede hacer otra cosa que reclamar sus pasaportes ya que, a instigación de los progresistas Joaquín Aguirre y Pi y Margall, se repite la

expulsión de los jesuitas, la abolición de los bienes de mano-muerta (1 de mayo de 1855), la prohibición de las procesiones, el destierro de los obispos de Urgel y de Osma, etc. Pero aquel delirio anticlerical va acompañado de nuevos disturbios, que enfrentan en la capital a 20.000 milicianos con 6.000 soldados de las tropas gubernamentales (14-15 de julio de 1856). Convertido en primer ministro, O'Donnell disuelve la milicia y las Cortes y simula volver a la Constitución de 1845, revistiéndola de un «Acta adicional». Pero al negarse la reina a aprobar una nueva confiscación de los bienes del clero, presenta la dimisión el 12 de octubre, cediendo el puesto a un gabinete Narváez, que ejecuta aquel mismo programa constitucional, el 17 de julio de 1847, hace aprobar una ley que confiere a los municipios, a las provincias y al Estado el control de la enseñanza (1857), pero compromete su crédito con los empréstitos contraídos con Mirès, con el tráfico de cereales en el extranjero y sobre todo por la cueldad con que reprime los disturbios de Andalucía. Entonces con el apoyo de la «Unión liberal», que se extiende desde Bravo Murillo hasta Olózaga, vuelve O'Donnell (30 de junio de 1858-2 de marzo de 1863), al cual suceden el marqués de Miraflores hasta el 17 de enero de 1864 y de nuevo Narváez (16 de septiembre de 1864) y O'Donnell (21 de junio de 1865), y otra vez Narváez (del 10 de julio de 1866 hasta su muerte, ocurrida el 23 de abril de 1868). Es un nuevo período de distensión: se restablece el Concordato, se deroga la ley de abolición de los bienes de mano-muerta del 1 de mayo de 1855; por la convención del 4 de abril de 1860, la Iglesia puede de nuevo adquirir bienes; sin embargo, el general Narváez niega el «pase regio» a la encíclica «Quanta Cura» y al «Syllabus».

Atentados, sublevaciones y motines

La oposición, sin embargo, no ha depuesto las armas. Se manifiesta con unos atentados contra la reina, culpable de frenar las medidas anticlericales; disparos del joven abogado Angel La Riva, en la calle Alcalá, el 4 de mayo de 1847; puñaladas del renegado Martín Merino, el 2 de febrero de 1852; tentantiva de Saturnino Rebollo, el 16 de abril de 1867. Con unas sublevaciones populares en Andalucía, preparadas desde Gibraltar por medio de la propaganda de las «sociedades bíblicas» de Mr. Bull y montadas por el Oriente lusitano, la masonería portuguesa; los días 29 y 30 de junio de 1861 se reúnen en La Loja 5.000 hombres, a los que el general Serrano deja escapar. Con demostraciones estudiantiles que acaban en motín: un profesor, Emilio Castelar, ha denunciado en su periódico «La Democracia» el ofrecimiento de Narváez de vender unos bienes patrimoniales de la corona para cubrir 600 millones de déficit del Tesoro, sin recurrir al empréstito (20 de febrero de 1865); el rector de la Universidad de Madrid, don Juan Montalván, y sus amigos Nicolás Salmerón y Miguel Morayta, prefieren dimitir a abrir una encuesta contra su colega; sus alumnos hacen causa común con ellos; pero las manifestaciones del 8 de abril de 1865 degeneran el 10 en escaramuzas sangrientas en la Puerta del Sol; la noche de San Daniel les cuesta 9 muertos y 100 heridos. Con levantamientos militares: respondiendo al llamamiento del general Prim, que ya ha lanzado sin éxito un primer manifiesto el 29 de octubre de 1864, los regimientos de caballería de Calatrava y Bailén se sublevan en Villarejo, el 2 de enero de 1866, pero

habiendo anticipado un día la fecha prevista masones portugueses y carbonarios, las otras unidades conjuradas no intervienen; el asunto fracasa, con 58 militares y 2 paisanos fusilados. Los jefes huyen, don Juan Prim a Portugal, Sagasta, Castelar y Martos a diversos países. Sólo el jefe de los carbonarios, Nicolás María Rivero, permanece en Madrid. En los dos casos, el nervio de la guerra ha sido suministrado por el «Banco de Propietarios», montado por los Ilustres Hermanos Manuel Ruiz Zorrilla, Joaquín Aguirre y otros. El 22 de junio de 1866, los artilleros del cuartel de San Gil, en número de 1.200, se amotinan contra sus oficiales; los generales O'Donnell y Serrano reprimen duramente aquella revuelta: 100 muertos, 500 heridos, 66 fusilados. Los clubs, las sociedades secretas dirigidas por Rivero y Martos, «La Tertulia Progresista», «Los Amigos de los Pobres», «El Ateneo» (fundado en 1856) estaban preparados para explotar el movimiento. Y también el general Prim que, ante aquel nuevo fracaso, se refugia en Francia. Pero la intriga continúa. Reunidos en Ostende, el 16 de agosto de 1867, los jefes revolucionarios, los generales Prim y Milans, los altos dignatarios masónicos Sagasta y Ruiz Zorrilla, Aguirre y medio centenar de progresistas, Martos y sus demócratas, en conexión con Pi y Margall y Castelar en París, confían a un centro establecido en Londres la tarea de preparar un nuevo movimiento.

Con Prim, triunfan carbonarios y Hermanos portugueses

Las precauciones adoptadas por González Bravo, convertido en jefe del gobierno a la muerte del general Narváez, el 23 de abril de 1868, el destierro a las Canarias de los generales Serrano, Dulce y otros (7 de julio), la expulsión del duque de Montpensier (al que los «unionistas» pretendían situar en el puesto de la reina), no bastan para desarmar la conjura. La sublevación de la Marina en Cádiz los días 18 y 19 de agosto permite el regreso de los generales desterrados (14 de septiembre). Mientras Prim desembarca en Cartagena, Andalucía se levanta respondiendo al llamamiento de Serrano y, desertando en el puente de Alcolea, a 12 kilómetros al norte de Córdoba el 28 de septiembre, las tropas gubernamentales dejan abierto el camino hacia Madrid. El 30, Isabel II huye a Francia. Un comité revolucionario, con Rivero, se instala en la capital. Los vencedores, por otra parte, están divididos. Las masonerías «ibérica» y portuguesa y los carbonarios detrás del general Prim, piensan en un régimen transitorio, con un príncipe de Coburgo (Fernando) o de Saboya, preparando los caminos a la República, en tanto que la Masonería regular, detrás del general Serrano, duque de la Torre, apoya la candidatura al trono del duque de Montpensier. Aunque Serrano es nombrado regente, acaban por prevalecer los puntos de vista de Prim, presidente del Consejo y encargado además de la cartera de Guerra, con Topete en la Marina (8 de octubre).

Anticlericalismo y anarquía

Para el país no ha llegado aún la República, pero sí la anarquía. Con los desbordamientos anticlericales acostumbrados en Huesca, el destierro del

obispo (6 de octubre) en Valladolid, la transformación de una iglesia en Club y la destrucción de las campanas en Sevilla, la quema de 57 iglesias y conventos en el espacio de quince días en Madrid, la de tres iglesias y varios conventos en Cataluña, mientras la Junta, al tiempo que deja destruir o expropiar los lugares de culto, legisla, instituye la libertad religiosa (29 de octubre), expulsa a los Jesuitas, prohíbe toda demostración exterior del culto, procediéndose a celebrar matrimonios civiles en Reus y entierros civiles en la provincia de Gerona. Posteriormente, en Madrid, el del «brigadier» Escalante (29 de agosto de 1869) y el del infante don Enrique, víctima de su duelo con el duque de Montpensier, dieron lugar a unas manifestaciones masónicas monstruo. El ministro de Justicia, don Antonio Romero Ortiz, disuelve las Congregaciones y embarga los fondos de la Sociedad de San Vicente de Paúl. El ministro de Fomento, don Manuel Ruiz Zorrilla, del que depende la Instrucción pública, decreta la libertad de enseñanza a todos los niveles y, naturalmente, reintegra a la Universidad de Madrid (donde las Facultades serán centralizadas el 7 de junio de 1873) a los profesores destituidos en 1865, discípulos de don Julián Sanz del Río (1814-1869), el cual, después de haberse hecho masón en Granada, se trasladó en 1843 a Heidelberg para estudiar allí la filosofía panteísta de Krause, otro masón, cuyas doctrinas difundió en España con la colaboración de su colega, profesor de Derecho Internacional en Madrid desde 1866, don Francisco Giner de los Ríos (1837-1915).

La Francmasonería, reconstituida en septiembre de 1868 (el Supremo Consejo había suspendido sus trabajos en 1864), elige como Gran Comendador a don Carlos Celestino Mañan y Clark, al cual sucederá, el 20 de julio de 1870, don Manuel Ruiz Zorrilla, más tarde miembro del Supremo Consejo ibérico del rito de Memphis y de Misraïm. Dos principales obediencias se reparten las logias: el «Gran Oriente Nacional» (reconocido por el Gran Oriente de Francia), fundado por don Ramón María Calatrava, presidido a continuación por el marqués de Seoane, hijo, que agrupará 95 talleres en 1883 y 207 el 4 de febrero de 1888, y el «Gran Oriente de España» llamado «Ibero» o «Hispano» (reconocido por el Supremo Consejo de los Estados Unidos), que reúne 162 talleres y 30 capítulos de Rosa-Cruz en 1883 y 247, más 4 Consejos de Kadosch y 53 capítulos en 1888, y cuyos Grandes Maestres serán sucesivamente don Práxedes Mateo Sagasta, don Antonio Romero Ortiz, gobernador del Banco de España, y don Manuel Becerra (15 de agosto de 1884).

Pero hay disidentes. Cuando, preparando la Restauración, la masonería militar presidida por don Juan de la Somera se esfuerza en depurar las logias (15 de abril de 1874), cierto número de dirigentes masónicos, que han permanecido insensibles a las seguridades dadas por la Gran Logia de Inglaterra, se reagrupan en torno a don Jacobo de Oreiro, don Francisco Panzano y don Juan Antonio Pérez; en febrero de 1880, crean la Gran Logia Simbólica independiente y reúnen 18 logias. Otras ocho logias han permanecido independientes. El «Gran Oriente lusitano unido», de Portugal, conserva 8 talleres. El Supremo Consejo de Francia tiene 2, el Gran Oriente de Francia 1; en ultramar, en 1883, existen 75 talleres afiliados a la Gran Logia unida de Colombia y Cuba. En total, la Francmasonería española contaba con 399 logias en 1883, con unos efectivos aproximados de 25.000 masones. Contará

con 600 en 1888 cuando, después de dos años de discusiones entre las obediencias, don Miguel Morayta y Sagrario, profesor de la Universidad de Madrid, reagrupará a 200 de ellas. Dos años más tarde dotará a la masonería de una creación original: una sociedad anónima cooperativa de crédito: «Kadosch y Cía.», cuyo animador será el hombre de negocios más importante de Cataluña, don José Alejandro March.

Aprovechando la situación revolucionaria que se ha creado, la Orden inicia en favor del programa de acción anticlerical interrumpido en octubre de 1868 una ardiente campaña en sus periódicos, «La Reforma», «La República Ibérica», «La Libertad del Pensamiento», y reúne en septiembre de 1869 en Tortosa un Consistorio de los Librepensadores. Entretanto, las Cortes han sido convocadas, el 11 de febrero de 1869, tribuna en la que los más sectarios de los masones escupen blasfemias: «La fe, el cielo, Dios, son ideas caducas», proclama el alcalde revolucionario de Barcelona, Dr. Suñer y Capdevila. «Dios es el producto de la razón», declara, sentencioso, Pi y Margall, discípulo de Hegel. «La libertad y la fe son incompatibles», afirma Emilio Castelar, que pasa por ser de origen judío. La Constitución aprobada el 5 de junio, si bien exige el juramento de los sacerdotes, los cuales se niegan a prestarlo en gran número, no se atreve a proclamar la separación de la Iglesia y del Estado; se limita a decretar la libertad de cultos. En efecto, la mayoría católica del país se ha manifestado con una petición avalada por tres millones y medio de firmas.

Sería poco prudente pasar más allá, pero la pequeña guerra continúa. Sospechoso de simpatías carlistas, el alto clero se ve particularmente afectado por una circular de Zorrilla, ministro de Justicia, el 5 de agosto; el cardenal de Santiago, los obispos de Urgel, de Osma y otros trece son objeto de procedimientos judiciales; Martos, ministro de Estado, niega pasaportes a los treinta prelados que desean asistir al Concilio del Vaticano; Echegaray, ministro de Fomento, pretende reducir a la mitad la dotación del clero, suprime 4 sedes metropolitanas y 10 obispados (22 de marzo de 1870). Montero Ríos llegará más allá, el 13 de junio de 1872, al limitar el presupuesto del culto a 31 millones de pesetas, y Ruiz Zorrilla tratará de conferir la dignidad episcopal a unos clérigos liberales del grupo de «La Harmonía». Una ley del 27 de mayo de 1870 seculariza el matrimonio y hace laica la enseñanza. El 1 de agosto de 1873 los federalistas presentarán un proyecto de separación de la Iglesia y el Estado.

Asesinato de Prim, fracaso de la Restauración

Pero la situación política continúa deteriorándose. El desorden impera por doquier. Después del fracaso de la candidatura Hohenzollern a pesar de la oposición de Castelar y de Pi y Margall, Prim ha conseguido hacer aprobar, por 191 votos contra 67, el advenimiento al trono del duque de Aosta (16 de noviembre de 1870). Al obrar así, ha despreciado las amenazas de Paul y Angulo, presidente del «Tiro Nacional» (grupo de partisanos de tendencias socializantes»), en «El Combate». Imprudentemente, ya que aquella misma noche del 16 de noviembre es condenado. Y el 27 de diciembre, al salir de las Cortes después de haber asistido a una ceremonia en el

Gran Oriente, cae bajo los disparos de los asesinos que acechaban su paso y sucumbe el 30 de diciembre. A su llegada a Madrid, el 2 de enero de 1871, Amadeo de Saboya sólo podrá saludar su cadáver. Considerado como un intruso, aquel soberano extranjero se revela absolutamente incapaz de dominar la situación. El radical Ruiz Zorrilla, que ha ido a buscarle a Florencia, convertido en jefe del gobierno el 24 de julio de 1871, no logra mantenerse en el cargo, después del fracaso de su candidato, el carbonario Rivero, a la presidencia de las Cortes. Los «constitucionales» ganan la partida y forman un gabinete con Sagasta (22 de enero de 1872). Disolución; elecciones en el curso de las cuales los católicos reclaman la libertad de asociación (2 de abril de 1872). Pero Sagasta, acusado de haber utilizado 2 millones de reales de la Caja de Ultramar para costear los gastos electorales, dimite a su vez, el 22 de mayo.

Los financieros afilan sus garras

A decir verdad, se trata de un simple escándalo más, ya que desde 1858 imperan los «enjuagues» de ese tipo. El déficit del Tesoro se ha elevado de 700 millones a 970 en 1870. La finanza internacional aprovecha la ocasión. El clan Pereire, que en 1856 ha montado un crédito mobiliario español y ha empezado la construcción de las líneas Madrid-Irún y Córdoba-Sevilla en los años siguientes, controla negocios de gas, de carbón y de seguros. En frente de aquellos rivales, los Rothschild siguen manteniendo sus posiciones. James, que financia la construcción del Madrid-Zaragoza-Alicante (cuyo administrador es León Say), sólo concede un empréstito de 100 millones de francos, haciéndose cargo con su hijo Alphonse de las tres cuartas partes (23 de noviembre de 1868), a cambio de una subvención de 30 millones, otorgada por el ministro de Hacienda Figuerola a la red en cuestión y al Norte-España (2.927 kilómetros, para los cuales el total de las subvenciones ascenderá a 58 millones de francos entre 1857 y 1895; en el Consejo de Administración figuran en aquella fecha un Rothschild y el marqués de Urquijo). En marzo de 1870, en garantía de un anticipo de 42 millones de pesetas hecho al Tesoro, adquirirán la exclusiva de la venta del mercurio de Almadén (es decir, dado que poseen también las minas de Idria, el monopolio real de aquel producto, necesario para refinar el oro y la plata; el contrato será renovado en 1896, para un período de 34 años, a contar desde 1900, contra un préstamo de 3 millones y medio de libras esterlinas). En marzo de 1873, los Rothschild de Londres aportan fondos a la firma Matheson, que compra por 3.000.000 libras esterlinas las piritas de cobre de Río Tinto, explotadas por el Estado español, desde 1845 hasta 1872. Más tarde, en octubre de 1881, los de París constituirán la Sociedad de Peñarroya (con un capital de 5 millones, ampliado a 73 en 1917 y a 309 en 1935), para la producción de plomo, zinc, carbón y fosfato. La compañía, en la que Robert de Rothschild y su representante en Madrid, Bauer, se codean con Cohen de Amberes, Mirabaud, de Wendel y el famoso conde de Romanones, montará negocios en Francia, en Túnez, en Cerdeña, en Yugoslavia, en Grecia y hasta en Argentina. Pero otras aves de presa planean sobre las finanzas españolas. Desde 1866 hasta 1868, bancos privados, de negocios o de depósitos, franceses se desviven por anticipar fondos a unos tipos de interés usuarios que varían entre el 12 y el 18 % a los «rojos» de Madrid (Benoit

Fould, Mallet, Hottinguer, Marcuard, Pillet-Will, la *Societé Générale*, el Crédito Lyonés, la Oficina de Descuento). En enero de 1872, el Banco de París y de los Países Bajos, Fould, Camondo, Oppenheim, Seillière, la *Societé Générale* y el Crédito Lyonés se agrupan en un sindicato, que disputa en mayo a los Rothschild y obtiene el 12 de septiembre (a pesar de que estos últimos han liquidado el mes anterior unas letras de cambio españolas en Londres) la concesión del «Banco Hipotecario», incluido el arriendo de los impuestos. Concesión sin futuro, puesto que no sobrevivirá al desorden y a la anarquía consecutivos a la proclamación de la República. Por su parte, el municipio de Madrid, que ha derrochado 98,7 millones de reales desde el inicio de la revolución, se ha visto obligado a pedir prestado a la banca de Erlanger a un interés real usurario del 25 %. Los progresistas en el poder no tienen nada de progresistas: pretenden reducir la dotación del clero, y dilapidar por otro lado las Cajas públicas, nombran 36 generales más y no encuentran ya dinero para completar el desarrollo del país; desde 1845 a 1855 sólo se habían construido en España 475 quilómetros de vías férreas, contra 4.899 en el curso de los trece años siguientes; sin embargo, en el período revolucionario de 1868 a 1876, en ocho años, se construyeron únicamente 382 quilómetros, una miseria.

Impotencia gubernamental, desintegración del país

La inestabilidad política es absoluta. Los ministerios suceden a los ministerios, con Sagasta, Topete, luego Serrano y de nuevo Ruiz Zorrilla, después de una disolución y unas elecciones que han señalado el fracaso de los «constitucionales». La autoridad del gobierno es escarnecida abiertamente por el cuerpo de oficiales de artillería, que finalmente acaba por ser disuelto, tras muchas vacilaciones. Reconociendo su impotencia, Amadeo I de Saboya, que ha escapado de un atentado el 18 de julio de 1872, abdica el 11 de febrero de 1873. Pero la proclamación de la República no hace más que exacerbar las luchas de clanes y las tendencias centrífugas de ciertas provincias a la autonomía. Apenas Figueras ha constituido un gobierno de coalición, las reivindicaciones catalanas provocan una nueva disolución, y la convocatoria de Cortes constituyentes (1 de junio de 1873) Pi y Margall, catalán y federalista, se hace cargo del poder (del 11 de junio al 18 de julio de 1973). Y es la propia España que se disuelve la que, con el movimiento «cantonalista» —forma ibérica de la Comuna francesa—, ve renacer en Cádiz, en Sevilla, en Málaga, en Cartagena, los antiguos reinos de «taifas» de la anarquía musulmana de la Edad Media. Iglesias y conventos son destruidos o utilizados para otros fines; en Granada, un Comité de Salvación Pública decreta la separación de la Iglesia y el Estado (21 de julio de 1873). Radical, pero defensor de la unidad nacional, Nicolás Salmerón encarga a los generales que repriman aquellos excesos; el ejército se apodera de Chinchilla, cerca de Albacete, el 10 de agosto, y el 13 de enero de 1874 reduce Cartagena, último reducto de los «cantonalistas». En el intervalo, Salmerón, al que repugnan las ejecuciones necesarias, ha pasado la mano a Emilio Castelar (7 de septiembre de 1873), el cual queda en minoría el 3 de enero de 1874. Entonces, el capitán general de Madrid, don Manuel Pavía y Lacy, disuelve las Cortes y apela una vez más al general Serrano, duque de la

Torre. Apenas instaurada, la República ha vivido, víctima de las rivalidades personales, la fiebre particularista, la deshonestidad administrativa, el sectarismo y la miseria.

Al mismo tiempo que estallan nuevas revueltas sociales en Jerez de la Frontera y en Antequera, en Andalucía, suscitadas por la sección española de la Internacional, fundada en septiembre de 1868 por los agentes de Bakunin, los italianos José Fanelli y Carlo Caffiero, la *Vendée* carlista se había despertado en el norte. Por un momento, sin embargo, después del fracaso del capitán general de las Baleares, Ortega, y del general Elio, caídos en una verdadera emboscada al tratar de desembarcar en San Carlos de la Rápita (Tarragona), del 1 al 18 de abril de 1860 (Madrid había sido advertido de aquel proyecto por agentes de Napoleón III los días 7 de enero y 5 de marzo), después de la muerte repentina en Trieste del conde de Montemolin, de su hermano Fernando, de don Carlos y de su esposa (1-13 de enero de 1861), la causa de la monarquía tradicionalista había parecido perdida.

Reacción carlista y regreso de los moderados

Pero la persecución religiosa y la anarquía que desgarraba al país habían empujado a los partidarios carlistas —que obtuvieron 79 escaños en las elecciones de 1871, para volver a perder parte de ellos en 1872— a empuñar de nuevo las armas por el pretendiente don Carlos VII, a favor del cual don Juan, de tendencias democráticas, había resignado el 3 de octubre de 1868. La derrota del general Rada en Oroquieta y la firma de la convención de Amorabieta interrumpieron provisionalmente las hostilidades en el país vasco, pero Alfonso de Borbón y su esposa María de las Nieves, hija de don Miguel de Portugal, habían continuado la campaña en Cataluña, por lo que la lucha se reavivó en todas partes, hasta el punto de que don Carlos logró hacerse coronar el 25 de diciembre de 1873, organizar un gobierno en Estella y reanudar el asedio de Bilbao en febrero de 1874. Sin embargo, al frente de las tropas liberales, el general Serrano consiguió forzar el bloqueo, el 2 de mayo de 1874, en tanto que su colega Concha encontraba la muerte durante el ataque a las líneas de Estella (Navarra), el 27 de junio.

¿Cómo poner fin a la guerra civil y a la anarquía que arruinan a España? No queda más camino que una restauración de la dinastía isabelina y un retorno al poder de los moderados...

El 29 de diciembre de 1874, en Sagunto, el general Martínez Campos proclama rey a Alfonso XII, el general Jovellos, jefe del ejército del Centro, le apoya, así como el capitán general de Madrid, Primo de Rivera; Serrano busca refugio en Francia el 31 de diciembre. Como consecuencia de un pacto concluido en Cannes en 1872, concediendo la regencia al duque de Montpensier, el conservador Cánovas del Castillo asume la dirección del movimiento, el 4 de agosto de 1873. Ahora es él quien se hace cargo del poder, en tanto que Alfonso, que ha hecho su entrada en Madrid el 14 de enero de 1875, contrae matrimonio con la hija del duque de Montpensier. La burguesía comerciante tiene motivos para sentirse tranquilizada, en tanto que los liberales esperan conservar, gracias a aquel compromiso, una parte

al menos de las ventajas adquiridas. En franca regresión, los carlistas pierden Seo de Urgel, el 26 de agosto de 1875, su última ciudadela, Estella, cae a su vez el 28 de febrero de 1876, y don Carlos cruza la frontera francesa.

La restauración se organiza. La Constitución del 30 de junio de 1876 declara al catolicismo religión del Estado, pero reconoce la libertad de creencias, ya que no de cultos, concede las libertades fundamentales, aunque recortadas por algunas restricciones, instituye, como contrapeso a las Cortes, elegidas a razón de un diputado por 50.000 habitantes, un Senado, en el cual una parte de sus miembros tiene asiento de derecho, otra es nombrada a título vitalicio y la tercera, o sea la mitad (180) es elegida por diversas corporaciones y autoridades locales. Como sanción por su fidelidad al carlismo, las provincias vascas son castigadas a una revisión de sus costumbres en materia de servicio militar y de impuestos, de modo especial.

Parlamentarismo a la inglesa

Aquel régimen de liberalismo político y de conservadurismo social (escaldada por unas amenazas de huelga en 1854-55, deseosa de hacer prevalecer una tarifa proteccionista, la industria catalana soporta ahora de mejor grado la autoridad de Madrid) se esfuerza en funcionar hasta finales de siglo, a la inglesa, alternando dos principales partidos en el poder, conservadores o moderados por una parte, fusionistas (constitucionales unidos a los centralistas) por otra. Cánovas del Castillo, que gobierna hasta el 10 de febrero de 1881, representado a los primeros, y el ingeniero don Práxedes Mateo Sagasta, que le sucede hasta el 13 de octubre de 1883, a los segundos. Cuando Alfonso XII, enfermo de tuberculosis, muere el 25 de noviembre de 1885, el general Martínez Campos les induce a los dos a aceptar, por el pacto de El Pardo, la regencia de María Cristina de Habsburgo-Lorena, segunda esposa del soberano, que dará a luz un heredero póstumo, Alfonso XIII, el 17 de mayo de 1886. En cumplimiento del acuerdo concluido, el general Martínez Campos accede a la presidencia del Senado, en tanto que la de la Cámara pasa a ser ocupada por Cánovas del Castillo, que ha dimitido y cede la presidencia del Consejo a Sagasta. Con éste alternará sus funciones hasta el 8 de agosto de 1897 en que caerá bajo las balas de un anarquista italiano. Sagasta volverá a ocupar la presidencia del Consejo desde el 4 de octubre de 1897 al 20 de marzo de 1899, en que será relevado por un nuevo jefe conservador, don Francisco Silvela, y posteriormente por el general Azcárraga (22 de octubre de 1900), antes de volver a ocupar el cargo, el 5 de marzo de 1901, en espera de que se produzca la mayoría de edad de Alfonso XIII, proclamada a los dieciséis años, el 17 de mayo de 1902.

Aquella muy relativa estabilidad política —con demasiada frecuencia adquirida a costa de una descarada presión electoral de los *caciques* locales, cuando se establezca el sufragio universal, el 26 de junio de 1890— está plagada por otra parte de importantes concesiones al capitalismo judío y de una evidente complicidad con la masonería. Al lado de los Rothschild, que han recuperado su predominio asegurándose un empréstito de 218 millones de francos en 1878, de los Bauer, de los Aguado, de los Pereire, Abraham Camondo, de París, tiene un verdadero feudo en los años 1880 en España,

donde controla los fosfatos de Cáceres, el Banco Hipotecario, la Compañía de los Ferrocarriles andaluces y la vía férrea Madrid-Lisboa. El salón del corresponsal de los Rothschild, Bauer, es uno de los más frecuentados por los políticos. Y el gobierno multiplica los gestos de buena voluntad hacia los judíos. En 1881, el rey Alfonso XII interviene en favor de los de Rusia, ofreciéndoles un refugio en España. Centros de inmigración para los sefarditas de Turquía son abiertos en 1886 por el abogado Isidoro López Lapuja y en 1887 por Emilio Castelar, a raiz de una invitación que les ha dirigido el 11 de febrero en las Cortes el presidente del Consejo, Sagasta.

Gran Maestre de una de las obediencias más importantes, este último representa en el poder a la Francmasonería, en favor de la cual se ejercen altas intervenciones cerca de Alfonso XII. El marqués don Manuel Orovio, ministro, reclamó de los profesores de la Universidad de Madrid, al igual que en 1865, una declaración de fidelidad al rey: la mayoría de los «krausistas», encabezados por don Gumersindo de Azcárate, se negaron a prestarla. Apenas llegado a Cádiz, don Francisco Giner de los Ríos estableció contacto con el cónsul británico, que le ofreció la creación en Gibraltar de una «Universidad española libre». Pero no fue necesario recurrir a aquel extremo. Bastó con fundar, el 16 de agosto de 1876, sobre el modelo de la Universidad libre de Bruselas (famosa por el ardor revolucionario de sus estudiantes), con unos estatutos del tipo sociedad de socorros mutuos, la «Institución Libre de Enseñanza», destinada a desempeñar, como el «Ateneo» de Madrid (creado en 1856), paralelamente a la masonería, en la evolución política de España, un papel tan importante como el de la «Liga de la Enseñanza» en Francia. Presidían sus destinos don Eugenio Montero Ríos como rector. Figuerola, Azcárate y Linares, todos grandes dignatarios de la Francmasonería, como miembros del Comité directivo. Accediendo en parte a los deseos expresados por el príncipe de Gales, que había ido a visitarle en abril de 1876, y más tarde por el rey Oscar II de Suecia, en 1884, en favor de un reconocimiento oficial de la secta, el rey Alfonso XII, aunque atrincherándose tras de la encíclica «Humanum Genus» de León XIII e invocando las convicciones de la mayoría de sus súbditos, consintió en que la Orden se beneficiara de la ley muy liberal sobre las asociaciones promulgada el 30 de julio de 1887.

Universidad masónica

A pesar de esas complacencias, la Restauración española no supo ganar a su causa a los intelectuales; en su libro «Desde Cánovas a la República», García Escudero se lo reprocha justamente. Pero, lo que es peor aún, le ha faltado «sentido social», lo mismo que a los orleanistas franceses. En tanto que la agitación mantenida desde París en el ejército por Ruiz Zorrilla y su «Asociación republicana» no conducían más que a unas tentativas sin envergadura, cerca de Cartagena, los días 10 y 11 de enero de 1886, y en Madrid el 19 de septiembre de aquel mismo año, la enfermedad social no cesaba de agravarse. Pero, aparte del Padre Antonio Vicent, ¿quién se preocupaba de ella? Después de haber creado un primer círculo en Manresa en 1865, y establecido contacto con Francia en 1871, aquel jesuita había recomendado la formación de «gremios mixtos» y publicado un libro, «Socialismo y

anarquismo», en 1893, antes de conducir a Roma una peregrinación de 18.500 fieles al año siguiente y de crear un «Consejo Nacional de las Corporaciones Católicas» en 1896 y, en 1902, un organismo de crédito, llamado «Banco de León XIII», mientras que por su parte el cardenal Monescillio, arzobispo de Toledo, denunciaba en 1895 la tiranía del dinero.

Falta de sentido social

Sin embargo, allí como en todas partes, la supresión de los gremios, disueltos el 6 de diciembre de 1836, acompañada de la abolición de los bienes de mano-muerta, que afectaba tanto a los dominios de los municipios y de las asociaciones como a los del clero, aislando a los trabajadores y privándoles de todo apoyo eficaz, dejó el campo libre a la propaganda de los agentes de Bakunin (Fanelli, etc.) y de Marx (su yerno Lafargue), cuya actuación estudiaremos más adelante, con más detalle. Los problemas del período revolucionario de 1868 a 1875 facilitaban su tarea. Y también la debilidad de la intervención gubernamental en materia social; una ley creando un asilo para los Inválidos del Trabajo, el 11 de enero de 1888, otra sobre la protección contra los accidentes de trabajo, el 10 de enero de 1900, y una tercera, reglamentando el trabajo de las mujeres y de los niños. Balance realmente irrisorio.

* * *

Victor Manuel ocupa Roma y libera a los judíos

En tanto que la ofensiva anticlerical revestía en la península ibérica aquel aspecto de guerra civil, Italia sólo había tenido que aprovechar la ocasión inesperada ofrecida por la derrota de Francia para expulsar de Roma al Sumo Pontífice y tratar de apagar en su mismo centro el fuego sagrado del catolicismo.

Las relaciones entre el Vaticano y el gobierno de Florencia dejaban ya mucho que desear: en el verano de 1867, el anticlerical Rattazzi había abolido las congregaciones y secularizado los bienes del clero; un centenar de sedes episcopales permanecían vacantes en la península. Abandonada el 4 de agosto de 1870 por las tropas francesas, defendida únicamente por 12.000 guardias pontificios, Roma era una presa fácil y Victor Manuel se apresuró a tomarla. Cincuenta mil hombres, concentrados a las órdenes del general Cadorna, entraron el 20 de spetiembre en la Ciudad Eterna que un plebiscito, el 2 de octubre, unió al reino de Italia.

Liberados de su ghetto por la entrada de los piamonteses, los 4.800 judíos de Roma (eran de 35.000 a 40.000 en todo el reino) obtuvieron por decreto del 13 de octubre, confirmado el 15 de diciembre por la Cámara —antes incluso de la promulgación de la nueva constitución— la igualdad cívica y política. Los lazos de sus comunidades se relajaron y, arrastrados hacia la

asimilación por una corriente muy fuerte, se precipitaron en la política. Muy pronto, de cinco a quince de ellos ocuparon escaños en la Cámara y en el Senado; varios obtuvieron carteras ministeriales; elegido alcalde de Roma, Ernesto Nathan, hijo natural de Mazzini, se distinguió por su celo anticlerical. El arreglo propuesto por la dinastía de Saboya, la ley del 13 de mayo de 1871, garantizando la inviolabilidad del Vaticano, de Letrán, etc., la libertad de los concilios y de los cónclaves, así como la entrega de una asignación anual de 3.225.000 liras, fue rechazada dos días más tarde por el Santo Padre, que replicó con una excomunión, a decir verdad impersonal, del gobierno italiano (encíclica «Ubi Nos»). Esto dio a la Francmasonería un excelente pretexto para atacar a la Santa Sede.

Reorganizada, la Francmasonería dirige a Italia

Desde junio de 1865 continuaba teniendo al frente a Garibaldi, al cual Petroni no sucedió como Gran Maestre hasta junio de 1882. Pero, reunificada el 28 de abril de 1872, trasladó inmediatamente su sede a Roma. Obedeciendo a la consigna general, la logia «Concordia» de Florencia hizo adoptar por un Congreso reunido en noviembre de 1875 el programa que desarrollaba en Francia la «Liga de la Enseñanza» y constituyó, entre 1877 y 1879, unos grupos en las ciudades en las que estaba más arraigada: Bolonia, Mantua, Ferrara, Verona, Milán y Turín. Así reforzadas, las logias, reunidas en congreso nacional en Milán, del 28 de septiembre al 3 de octubre de 1881, concibieron el proyecto de lanzar un reto al Papado convocando para el mes de abril de 1883 un Congreso internacional masónico en la Ciudad Eterna. León XIII, que ya había condenado a la masonería en la encíclica «Humanum Genús», replicó duramente. Dirigiéndose a los obispos italianos, el 15 de febrero de 1882, denunció en los siguientes términos la maniobra contra la Iglesia:

«Una secta perniciosa... después de haber declarado la guerra a Jesucristo, se esfuerza en despojar al pueblo de las instituciones cristianas». «Suprimidas las casas religiosas, confiscados los bienes de la Iglesia, uniones conyugales formadas al margen de las leyes y de los ritos católicos, el papel de la autoridad religiosa borrado de la educación de la juventud». Y he aquí que ahora, en Roma, «los jefes de la secta más encarnizada contra el catolicismo... se han dado cita para una solemne asamblea». «Quieren, con esta ultrajante provocación, acercar un poco más sus teas incendiarias al Pontificado romano, atacándolo en su misma sede». Y eleva de nuevo, el 17 de octubre de 1882, una enérgica protesta. El Congreso masónico de Roma no llegó a celebrarse.

En cuanto a los católicos, siguieron tan bien la consigna dada por la Santa Sede («Non expedit») de boicotear las elecciones, que en el escrutinio de 1871 la mitad del censo se abstuvo. Pero se reagruparon en un gran movimiento de Congreso, organizado por el periodista Carlo Cazzani, a partir de 1871, en diversas capitales: Venecia en 1874, Florencia en 1875, Bolonia en 1876. También el proyecto de la ley autorizando las actuaciones judiciales contra los sacerdotes culpables de «ofensas al Estado» tropezó en 1877 con una seria oposición.

Suiza mantiene a raya a los católicos

Al mismo tiempo, la ofensiva masónica se desarrollaba en Suiza, e incluso en Austria. Por haber publicado las decisiones del Concilio Vaticano, contra el parecer de la conferencia diocesana de Basilea, el obispo había sido expulsado de Soleure. En el Jura bernés, la autoridad civil fulminó la «interdicción» contra los sacerdotes contestatarios y pretendió escoger a los párrocos y suprimir las tres cuartas partes de las parroquias. En Ginebra, donde monseñor Marilley había permanecido en prisión ocho años después de 1848, se sancionó con la «interdicción» primero (agosto de 1872) y se expulso a continuación a monseñor Mermillod (1824-1892), cuya actividad y energía proporcionaban muchos quebraderos de cabeza a sus adversarios. También allí el Gran Consejo trató de imponer párrocos «elegidos» y reemplazar a una treintena de sacerdotes detenidos o desterrados con «viejos católicos» o rebeldes tipo Hyacinthe Loison (1876). Los católicos reaccionaron reagrupándose en el «Piusverein» del canónigo Schorderet, pero la Constitución de 1874 instauró a pesar de todo un régimen hostil a las congregaciones —incluso a las Hermanas de la Caridad y a las Hermanitas de los Pobres—, prohibiendo toda nueva creación.

Austria se seculariza

En Austria, la proclamación del dogma de la infalibilidad pontificia había provocado graves remolinos en el clero y, bajo la influencia del canciller Beust, masón, endurecido claramente la actitud del Estado en lo que respecta a la Iglesia. En 1869, una ley escolar había impuesto el control público de todos los establecimientos privados, incluidos los pequeños seminarios. Siguieron otras leyes confesionales limitando la influencia del clero. Se secularizaron las Universidades. Y, como réplica al Concilio, dado que la autoridad pontificia había cambiado de carácter, se declaró caducado el Concordato de 1855 y se nombró apresuradamente un embajador en el Quirinal, cerca de la dinastía «expoliadora».

Así pues, la ola de anticlericalismo se derramaba sobre todo el continente e incluso, al otro lado del Atlántico, sobre los Estados Unidos del presidente Grant, el Méjico de Juárez (que separó la Iglesia del Estado en 1875) y casi toda la América del Sur (excepto Perú y Ecuador hasta el asesinato de García Moreno en 1875).

Pero su triunfo dependía del éxito de sus intrigas en Francia, primogénita de la Iglesia y única nación susceptible de reagrupar eventualmente en torno a ella a la oposición católica a la «Kulturkampf» en Europa.

CAPITULO XXV

LA FALSA DEMOCRACIA MASONICA EN FRANCIA: ANTICLERICALISMO, CORRUPCION Y ESCANDALOS

La República, concebida para dividir y aislar a Francia

Francia, por desgracia, nación vencida por las armas, sin cesar humillada, aislada por su vencedor y dividida contra sí misma. Cuando los cañones enmudecieron y se apagaron los incendios de la Comuna, cuando la situación se estabilizó un poco, un Congreso masónico, celebrado en Locarno, del 29 al 31 de octubre de 1872, deliberó sobre su suerte. A aquella reunión asistieron naturalmente los jefes italianos de las diversas obediencias. Ph. Cordova de Roma, André Giovanelli de Florencia, Albert Mario de Turín. Quadrio de Génova, Tronchi de Nápoles, Vaccara de Palermo, y los representantes de Prusia, el general Etzel, de Suiza, Klapka, de Hungría, Kossuth, y de Francia, Félix Pyat («Univers», 19 de noviembre de 1872). Allí se decidió trabajar para la constitución de un gobierno republicano bajo la autoridad de Gambetta, gracias al apoyo de los radicales franceses y al suministro de fondos prusianos.

Así, la República será el envenenado regalo de Bismarck a Francia. En numerosas ocasiones, el canciller lo ha explicado con toda claridad a sus embajadores en París. «Nuestro deber no es ciertamente el de ayudar a que Francia recobre su poderío consolidando su situación interior y estableciendo una monarquía en regla —le escribe a d'Arnim—. El régimen que servirá mejor los intereses de Prusia será el régimen republicano». Y, por su parte, su ministro de Balan al mismo d'Arnim: «Bajo ningún concepto podemos ponernos de parte de legitimistas, teniendo en cuenta que se pondrán siempre del lado del Papa». «El partido bonapartista —¿es acaso un recuerdo de la negociación de Bazaine?— es quizá el único que podría servir para mantener unas razonables relaciones con Alemania».

Los obispos franceses protestan el 13 de enero de 1874 contra la «Kulturkampf». Bismarck convoca inmediatamente a Gontaut-Biron, embajador de Francia, y trata de intimidarle a base de amenazas: «Nos veremos obligados

a declararos la guerra antes de que el partido clerical, apoderándose del gobierno, la declare a Alemania en nombre de la Iglesia perseguida». Y hace eco a aquellas palabras con una violenta campaña en la «Gaceta de la Alemania del Norte». Con el príncipe de Hohenlohe, sucesor de d'Arnim al que ha destituido para someterle a un proceso, Bismarck se muestra aún más concreto: «Una república y discordias civiles serían una garantía de paz», la confía el 2 de mayo de 1874. Y, habiendo sido disuelta la Cámara francesa, redacta las siguientes instrucciones, el 22 de enero de 1877: «Considero como tarea principal nuestra la de ejercer con nuestra actitud una influencia sobre las elecciones y hacer fracasar, si es posible, el proyectado golpe de Estado». Producido el fracaso, von Bulow se congratula de ello en una circular de septiembre de 1877 y declara: «El presidente del Consejo, Mr. Waddington, posee toda nuestra confianza» (¡Desde luego, un protestante inglés, medio alemán!). Finalmente, cuando el marqués de Voguë intenta una gestión monárquica cerca del príncipe de Reuss, embajador, el 18 de noviembre de 1883, corta de raíz todas sus ilusiones: «Considero útiles —le replica— las repercusiones que puede tener sobre nosotros la desintegración progresiva del Estado francés, a causa de la República». No puede pedirse más claridad.

Entregada por Gambetta a los judíos alemanes infiltrados

En cambio, olvidando la actitud de resistencia a ultranza del jefe del gobierno de la Defensa nacional, no vacilará en acercarse a Gambetta. Y para no comprometerle renunciará, el 28 de diciembre, a la entrevista preparada para el 30 de abril, y luego para el 17 de octubre de 1878 por su amigo el conde Henckel de Donnersmarck (amante de la judía Teresa Lachman, casada, sucesivamente con un sastre polaco, con el pianista Herz y con el marqués de Païva). Ya que el jefe radical es su aliado más seguro en la lucha anticlerical. Y sus relaciones sólo se verán entibiadas por el enfriamiento producido entre la masonería (tres Grandes Logias prusianas, y las logias de Inglaterra, de Francia y de Italia) y el canciller, culpable de haber declarado que resultaba más difícil negociar con la masonería que con los jesuitas (junio-octubre de 1880, «Mundo Masónico» de septiembre de 1880). A consecuencia de lo cual, Gambetta pronunciará en Cherburgo un discurso casi amenazador, a pesar de que Bismarck ha dado nuevas garantías excluyendo del Landtag a los miembros del «Zentrum». Pero Gambetta es el «elegido» de la asamblea de Locarno, la gran esperanza de la masonería en Francia. Gambetta había nacido en Cahors el 3 de abril de 1838, pero era nieto de un judío wurtemburgués, A. Gamberlé, emigrado y casado en Génova con una joven judía. Abogado sin causas, fue luego secretario de Crémieux, el cual le protegió y se lo llevó con él a Austria, y después a Constantinopla, antes de que el tribuno de cabellera leonina se impusiera en el gobierno de la Defensa Nacional.

Gambetta, el amigo del comunero Ranc y de Garnier-Pagès (miembro de los gobiernos provisionales de 1848 y 1870), cuyos colaboradores se llaman Eugène Spüller (protestante badense), pero también Joseph Reinach (1856-1921), Levi-Crémieux, Jean David (director del Crédito Nacional, procesado por una estafa de tres millones), David-Raynal (agente de tránsito en Bur-

deos que, convertido en ministro, cubrirá las irregularidades de Lévy Bing, banquero en quiebra, suegro de su hermano), Strauss Dreyfus (alemán), Thomson (inglés), Etienne (austríaco), Veil-Picard (éste de Besançon), Gambetta, jefe del partido radical, cuyos dirigentes se llaman, el 1873, al lado de los Crémieux, Millaud, Naquet, Beaucaire, judíos provenzales: Brunswig, Cahen, Francfort, Elie, Bimon, Guesdon, Schwaab, Schwob, Trèves, Wimpfen. En resumen, un surtido ramillete de aquellos judíos alemanes que, mientras los coraceros blancos desfilaban por los Campos Elíseos, se infiltraban subrepticiamente a través del bosque de Bondy del Bois de Boulogne y llegaban al barrio del Temple antes de situarse, unos en el Palais-Bourbon, otros en la Bolsa, otros en la prensa.

Thiers da a luz la República

Pero, de momento, no había sonado aún la hora de Gambetta. Y aunque Mr. Thiers, pensando en el Imperio, afirmará juiciosamente, el 22 de mayo de 1872, que «un país debe aprender que no hay que darse nunca a un hombre», el día de la derrota era él quien encarnaba a Francia. Y también el salvador con el cual se contará para instaurar la República. Heredero de Talleyrand, artesano de las jornadas de julio de 1830, el 17 de enero de 1848 se había declarado «del partido de la revolución». Y, decepcionado por Luis-Napoleón, había combatido al Imperio. Antes de reprimir la Comuna, había negociado con las logias y con las comisiones municipales de las grandes ciudades, formadas por ellas a favor del 4 de septiembre, y de un modo especial con Hénon, alcalde de Lyon, la abstención, si no el apoyo de la Francmasonería (Baïaut en la Asamblea) en abril de 1871, a cambio del establecimiento de la República.

«Vosotros no estáis comprometidos —confesará a la comisión de Audiffret de Kerdrel, el 29 de noviembre de 1872—, pero yo sí lo estoy». Y nunca dejará de estarlo. Recordando que en 1820 fue carbonario y caballero Kadosch, lo estará primeramente al prestar ayuda al publicitario Rochefort, desterrado en la Guayana, y al favorecer la huida de varios jefes comuneros, entre ellos el «general» Bergeret y Félix Pyat, revolucionario pertinaz e ilustre representante de Francia en la Asamblea de Locarno, que no tardaría en reanudar impunemente en la capital y en provincias sus idas y venidas y sus intrigas (1).

Nombrado en Burdeos, el 16 de abril de 1871, no jefe del Estado, cosa que no comprometería a nada, sino, para dar garantías y gracias a la complicidad de su amigo Cl. River, presidente «de la República», por tres años primero y, el 31 de agosto, por la duración del mandato de la Asamblea, declarada constituyente, no desaprovecha ninguna ocasión de elogiar los méritos del régimen del cual es el guía. En ese sentido avanza paso a paso, con prudencia. Tras haber anunciado el 10 de marzo: «Esta reorganización (del país), si la logramos, se llevará a cabo bajo la forma de la República»,

(1) En 1873, la Francmasonería francesa contaba con 270 talleres (de ellos, 11 en Argelia, 9 en las Colonias, 26 en el extranjero), 42 capítulos y 12 consejos.

declara los días 17 y 18 de mayo al conde de Haussonville, primo de Broglia y delegado de los príncipes de Orleans: «La forma republicana me parece la mejor, en estos momentos». Y mientras las leyes de exilio, son derogadas, el 8 de junio, por 472 votos contra 97, precisa que «un ensayo leal de la República es necesario, antes de instaurar de nuevo la monarquía, so pena de lanzar a Francia a una guerra civil inmediata». Y, apelando a sus partidarios para rechazar el impuesto sobre los ingresos, repite aquella fórmula comprometiéndose personalmente: «Vosotros queréis hacer un ensayo leal de la República, y tenéis razón». El 12 de julio de 1872 da un paso más y considera al régimen como un hecho consumado: «Caballeros, nos habéis dado una forma de gobierno que se llama la República». En su mensaje del 13 de noviembre, hace de actuario: «Caballeros, los acontecimientos han fundado la República. Ella es el gobierno legal del país. Querer otra cosa sería una nueva revolución». Pero se apresura a mostrarse tranquilizador: «La República será conservadora, o no será». Su opinión íntima la concreta en los siguientes términos: «Ni sobre el impuesto, ni sobre el ejército, ni sobre la organización de la República, pienso como ellos (los más moderados). Pero se me aplaude porque repito hasta la saciedad que en los momentos actuales no existe para Francia más gobierno posible que la República conservadora».

La Asamblea monárquica, descalificada

Sus actos confirman por otra parte sus palabras. Tendiendo a minimizar, a descalificar, a reducir a la impotencia a una mayoría monárquica (180 legitimistas, más 220 orleanistas sobre un total de 627 diputados), conducida por él a un papel de oposición, favorece con todas sus fuerzas al ascenso de los republicanos. Admitiendo en el ministerio a Jules Favre en Asuntos Exteriores, a Ernest Picard en el Interior, a su consejero Jules Simon en la Instrucción pública, renovando a los prefectos, nombrando alcaldes progresistas en las ciudades de más de 20.000 habitantes, tolerando la campaña de folletos y de panfletos que se desencadena sobre Francia, favoreciendo la constitución de un grupo de centro-izquierda (con Casimir Périer, Rémusat, Dufaure, León Say, Christophle, Félix Renault y su fiel lugarteniente Rivet), que será el eje de la maniobra republicana, y apoyando abiertamente, por mediación de su secretario Barthélemy Saint Hilaire, a los candidatos de las izquierdas en las elecciones (incluso a los más extremistas, como Testelin, radical y masón, por ejemplo). En tales condiciones, en cada consulta los izquierdistas ganan escaños, 112 sobre 117 en las elecciones complementarias del 2 de julio de 1871; en las «cantonales» del 8 de octubre, de un total de 2.860 consejeros, las dos terceras partes son republicanos moderados (de modo que el 23 de octubre habrá 56 conservadores, 18 republicanos y 12 radicales en la presidencia de los 86 Consejos generales); en las elecciones parciales, del 7 de enero de 1872; un republicano moderado en París y, de 16 en provincias, 11 republicanos, 4 monárquicos y 1 bonapartista; y el 9 de junio, 3 radicales (entre ellos Paul Bert) en París, 1 bonapartista en Córcega; el 27 de abril de 1873, en provincias, 3 republicanos de un total de 7 (entre ellos Edouard Simon, llamado Lockroy, judío, en las Bocas del Ródano), y 3 de un total de 4, finalmente, el 11 de mayo.

En el intervalo, el crédito de Thiers se ha agotado. Viejo autoritario y cascarrabias, soñando con hacerse plebiscitar, cada vez que entró en conflicto con la Asamblea —a propósito del impuesto sobre los ingresos, de las tasas sobre las materias primas, mal terreno para restablecer el proteccionismo (rechazadas por 367 votos contra 297, el 18 de enero de 1872), de la elevación de la tarifa aduanera (26 de julio de 1872) o de la ley militar (chocando con la Asamblea, que quería reducir a tres años la duración del servicio, en tanto que él deseaba mantener los siete años del régimen de 1832, tuvo que consentir en un compromiso: para la mitad del contingente, cinco años en activo, más cuatro en la reserva, cinco en la territorial y seis en la segunda reserva; y, para la otra mitad, un solo año de servicio)—, jugó como una gran coqueta con la amenaza de dimitir y todo el mundo se cansó de él, hasta el punto de que la Comisión de los Treinta, encargada del estudio de los proyectos constitucionales, le retiró el 13 de marzo el derecho a intervenir en la Asamblea de otro modo que por vía de «mensaje».

En cuanto a la república «conservadora», parecía singularmente comprometida por dos elecciones recientes que causaron escándalo, la de Barodet en París, el 27 de abril, y la de Ranc en Lyon, el 11 de mayo de 1873. En su afán de sostener a los republicanos, Mr. Thiers, desbordado por sus tropas, abría la puerta a los revolucionarios. Contra Mr. de Rémusat, ministro de Asuntos Exteriores, resobrino de Vergennes y nieto de Lafayette, candidato oficial, que sólo había reunido 136.000 votos, se impuso Barodet con 180.000 sufragios, apoyándose en el trampolín: disolución, Cámara única, elección de los alcaldes. ¿Barodet? Un maestro de escuela destituido en 1849, acusado de haber traficado con el banquero Tournier en Argel, convertido en Lyon en el alma maldita del «Venerable» alcalde Hénon, famoso por su ardor anticlerical. El «Siècle», órgano masónico financiado por el judío italiano Cernuschi, había apoyado aquella candidatura en la capital, en tanto que Ranc, antaño intermediario entre Gambetta y la Comuna, pasaba a Lyon. A pesar de que Thiers modificó el gabinete Dufaure, alejando a los hermanos Jules Favre y Jules Simon, y llamando a Casimir Périer, 300 diputados de la mayoría, reagrupados en torno al centro-derecha, reclamaron una política «resueltamente conservadora», un régimen «de orden moral». Rechazado su proyecto de constitución el 19 de mayo de 1873, Thiers, puesto en minoría el 24 de mayo por 360 votos contra 344, se vio obligado a dimitir.

Mac Mahon y la Unión de las derechas cierran el paso a la Restauración

Autor principal de aquel fracaso, el duque Albert de Broglie, que a su regreso de Londres (7 de mayo de 1872), a donde Thiers le había mandado como embajador el 19 de febrero de 1872, había conseguido reagrupar a la mayoría derechista, lleva inmediatamente a la presidencia, por 390 votos, a su pariente el mariscal Mac Mahon y constituye el 25 de mayo un gabinete de coalición, en el cual están representados orleanistas (Dosseiligny, yerno de Schneider, Beulé), legitimistas (la Bonillerie, Ernoul) y bonapartistas (general du Barail y Magne, que reemplaza a Leon Say en las Finanzas).

Aquella unión de las derechas, ¿desmentirá la desdeñosa observación de Thiers ante la comisión Audiffret de Kerdrel, el 22 de noviembre de 1872, sobre «la monarquía imposible puesto que hay tres dinastías para un solo trono» ¿Será el preludio de una fusión monárquica y de una restauración?

Creerlo equivaldría a no conocer a los tres duques, que, viejos zorros de la política, han sabido imponerse como jefes a la multitud honrada pero desprovista de experiencia de los diputados de las derechas en la Asamblea de Burdeos, campesinos en su mayor parte. Los tres, moderados, de tendencias liberales, conservadores sociales ante todo, son en efecto moderadamente monárquicos. Albert de Broglie, católico por parte de su padre, Victor, y que pertenece al equipo del «Correspondant», tiene otra cara protestante, que procede de su madre Albertine, hija de Mme. de Staël y de Benjamín Constant: su liberalismo religioso, pues, es hereditario. Aquel frío retórico, «maquiavelo de pasillos», dirá de él Gambetta, parece compartir en política los «Puntos de vista sobre el gobierno de Francia» redactados por su padre en 1861 y publicados en 1870, cuya línea maestra es que el liberalismo de las instituciones tiene más importancia que la forma del régimen, si hemos de creer en las fórmulas siguientes: «Una República afín a la monarquía constitucional... ¡Toda otra República es la Convención!» «Una monarquía constitucional afín a la República... ¡Toda otra monarquía es el Imperio!» «¡La peor de las revoluciones es una restauración!» Ideas que acusan la influencia de Alexis de Tocqueville, anunciando el advenimiento de la democracia, en su «Democracia en América», publicada en 1835, y que coinciden singularmente con las expuestas por Laboulaye en 1863 en «El Partido Liberal», y sobre todo, por Prevost-Paradol en «La Nueva Francia», en 1868: «Nosotros buscamos aquí unas instituciones que puedan acomodarse igualmente a la forma monárquica y a la forma republicana, que tengan como único objeto asegurar la libertad de la democracia», dejando a la Asamblea la última palabra para el control del presupuesto, la aprobación de las leyes y la renovación de los ministerios».

El ideal de los tres duques: ¡un gobierno que no gobierne!

Lo ideal, para esas personas, es un gobierno que gobierne lo menos posible. En este punto coinciden con Jules Ferry, que ha declarado bajo el Imperio: «Francia necesita un gobierno débil», e incluso con Proudhon, que entrevé el progreso «en el sentido de la disminución del Estado». Con mayor motivo es ese el objetivo del duque de Audiffret-Pasquier, sobrino del marqués, fundador de la Sociedad General en 1859, cuñado de Casimir Périer hijo y uno de los más bellos florones de la oligarquía financiera, de la «gentry» francesa. Dispuesto a todos los compromisos, a todas las palinodias para salvar la preponderancia de los «nantis», le veremos continuar en el seno de las comisiones y en los pasillos de la Asamblea su obra hipócrita de sepulturero del Estado.

En cuanto al tercero, Louis Decazes hijo, es el digno heredero de una línea de altos dignatarios masónicos (recibido «lowton», lobato, en la «Avenir» de Burdeos, el 22 de septiembre de 1829). Además, asociado a los

Péreire bajo el Imperio, está emparentado por parte de la madre de la duquesa, madame de Lowenthal, con un banquero judío, amigo íntimo del barón de Hirsch. Enviado primeramente por Thiers a la embajada de Londres, aquel hombre secreto conspiró ampliamente en el mismo sentido que sus compadres del triunvirato, por el duque de Aumale, por la presidencia de Mac Mahon —de la que «datará la fundación de la República en Francia»— y por la unión de los Centros, antes de que Broglie le confíe, el 26 de noviembre de 1873, el ministerio de Asuntos Exteriores, en el que será mantenido sucesivamente por el general de Cissey, el 22 de mayo de 1874, por Buffet, el 11 de marzo de 1875, por Dufaure, el 10 de marzo de 1876, y de nuevo por Broglie, el 18 de mayo de 1876. En sus manos, la diplomacia francesa se mostrará dócil hacia Londres, humilde ante Berlín, generalmente borrada en Europa y en el mundo.

Naturalmente hostil a las maniobras clericales, toma o finge tomar al pie de la letra las tentativas de intimidación de Bismarck («El fino gascón no se dejaba engañar siempre por los pánicos que se esforzaba en difundir». Hanotaux, II, 82). A las representaciones del conde Harry d'Arnim a Broglie (16 de octubre de 1873), a propósito de una carta pastoral del obispo de Nancy y de los rumores de «fusión monárquica» («Si la restauración se convirtiera en la señal del derrocamiento de la obra de los diez últimos años, la cuestión asumiría un carácter internacional»), a las amenazas del canciller alemán en Gontaut-Biron, citadas anteriormente (13 de enero de 1874), sin llegar al extremo de conceder procedimientos judiciales reclamados contra los obispos, responde con apaciguamientos, con una circular de Fortou prohibiendo las críticas a los gobiernos extranjeros, con una suspensión de «El Universo» por dos meses, con una declaración en la Asamblea el 20 de enero: «Francia protege la autoridad espiritual, la independencia y la dignidad del Santo Padre... Pero mantendrá con Italia, tal como la han hecho las circunstancias, relaciones pacíficas». También en España da garantías, «apacigua» a Madrid, que ha protestado contra la adhesión del conde de Chambord al manifiesto carlista del 16 de julio de 1874, enviando a Chaudordy a la capital de España y, aunque se niega a suspender de nuevo «El Universo» y a reconocer al gobierno Serrano, como deseaba Bismarck (6 de agosto), presta bajo mano todo su apoyo a la restauración del príncipe de Asturias Alfonso, hijo de Isabel II (28 de noviembre-29 de diciembre de 1874).

Una diplomacia sometida entrega Suez a Londres

Cuando se produce una crisis más grave, provocada por el rearme general en Europa (ukase del zar, 1-13 de enero de 1874, instituyendo el servicio militar de quince años, seis de ellos en activo; medidas defensivas de Suiza, adoptadas por referéndum el 19 de abril de 1874; organización de dos ejércitos defensivos por Bélgica; asignación de 152 millones al general Ricciotti por Italia para fortificaciones y armamento; ley alemana Bennigsen del 20 de abril de 1874, aumentando el contingente a 400.000 hombres; leyes francesas de los días 27 de julio de 1872 y 24 de julio de 1873, creando 19 cuerpos de ejército y seis de caballería, ley del 17 de julio de 1874, reconstituyendo la Escuela Superior de Guerra y dedicando 88,5 millones al plan

Séré de Rivière de refuerzo de las fortificaciones, ley de los cuadros y de los efectivos del 13 de marzo de 1875, previendo la formación de un cuarto batallón), Decazes, temiendo que Bismarck, bajo la amenaza de una nueva guerra, le imponga la limitación de los armamentos de Francia, busca naturalmente apoyos en el extranjero.

Y los encuentra, en primer lugar cerca de los rusos. Cuando el emperador Francisco-José se encontraba de visita en San Petersburgo (11-25 de febrero de 1874), Gorschakoff había declarado ya a Gontaut-Biron: «Bismarck no podría hacer la guerra, ya que tendría a la opinión moral de Europa contra él». Y el propio Schuvaloff había dicho en París el 4 de diciembre: «No tenéis nada que temer de ellos (de los alemanes), con tal de que no les proporcionéis pretextos para su animosidad». Cuando a raíz de una visita de Francisco-José a Victor-Manuel en Venecia, el 2 de abril de 1875, la prensa alemana «oficial» se desencadenó (el «Post» de Berlín proclamando, el 9 de abril, que la guerra sería segura si el conde Andrassy abandonaba el poder y si se formaba una alianza entre Austria, Italia y Francia, proclama que recogieron, al día siguiente, la «Gaceta de Colonia» y la «Gaceta de la Alemania del Norte»), el general Le Flô obtuvo nuevas seguridades de Gortschakoff y de Alejandro II: «Si algún día estuvierais seriamente amenazados... lo sabríais por mí» (10 de abril), seguridades solemnemente confirmadas el 29, tras un comunicado informando de las afirmaciones amenazadoras contra Francia de Rakovitz. Y, como la amenaza subsiste, mantenida por Hohenlohe, en el momento de despedirse del ministro francés (4 de mayo), «von Bülow quiere creer que Francia no tiene en este momento intenciones hostiles», pero el Estado Mayor alemán considera que el objetivo final de los armamentos de Francia es la guerra contra Alemania, Decazes, aprovechando la publicación por el «Times», el 6 de mayo, de un artículo de su corresponsal en París, von Blowitz, sobre las inquietudes francesas, obtiene de lord Derby que amotine a Viena y a Roma. Inmediatamente, Bismarck hace marcha atrás. «Ha querido tantear a la opinión y ya tiene su respuesta», comenta el jefe del Foreign Office. La prensa alemana, entre los días 12 y 15 de abril, ha empezado a frenar su campaña. El 15, el emperador Guillermo ha confiado a Polignac: «Han querido liarnos; ahora, todo ha terminado». También Alejandro II, en su visita a Berlín el 10 de mayo, recibe todas las seguridades. Pero, mientras Gortschakoff proclama, triunfante, en una circular del 14 de mayo: «Ahora, la paz está asegurada», el zar dirige a Gontaut-Biron las aperturas siguientes: «Espero que nuestras relaciones serán cada vez más cordiales; tenemos intereses comunes; debemos permanecer unidos».

¿Por qué, pues, Decazes acoge aquellos avances encogiéndose de hombros? Hasta entonces ha podido, sin duda, alardear de prudencia; Francia, dividida, no había rehecho aún sus fuerzas. Pero, en adelante, ¿por qué abdicar de toda iniciativa en la cuestión de Oriente, hacer oídos sordos a la invitación del zar al general Le Flô: «Sería muy deseable que el gobierno francés se asociara a esta acción... de las potencias contra Turquía» (13 de agosto de 1875)? ¿Por qué rechazar el papel de árbitro entre Rusia y Austria que un ministro más osado y más libre no habría vacilado en desempeñar, como en la época de la expedición a Morea? En vez de dejarle el papel a Bismarck... ¿Y por qué, finalmente, comportarse como un lacayo en lo que

respecta a Inglaterra en el asunto de Suez? Sin embargo, Decazes estaba perfectamente advertido de las intenciones de Londres. Sabía que la compañía del canal se hallaba endeudada —ya que había tenido que pedir prestados 432,8 millones en vez de 200 para terminar la obra—, obligada a buscar una veintena de millones en 1872, obligada asimismo, a aceptar la modificación de sus tarifas impuesta a Lesseps por la Conferencia de Constantinopla. La propuesta presentada a la City por Daniel Lange —constituir un consorcio— fue rechazada por Turquía y el propio Lange escribió, el 6 de mayo de 1874, que Inglaterra hablaba de «expropiación del canal en forma de rescate».

Al igual que el sultán de Constantinopla, que se declararía en quiebra en octubre de 1875, el khedive Ismail se encontraba impotente para hacer frente a los vencimientos acumulados de diciembre de 1875 y enero de 1876. Los banqueros internacionales, los «nababs» Marcuard y Dervieu de París, los Frühling y Goschen de Londres, los Oppenheim de Colonia y de París, le cubrieron (en 1862, 1864, 1865, 1866, 1867, 1868, 1870, 1873) con mil setecientos millones de francos de empréstitos que ahora le ahogan. Habiendo agotado ya los recursos del crédito a corto plazo (el Crédit Foncier le ha concedido 160 millones de francos de anticipos), se encuentra atrapado. Entonces, Edouard Dervieu, de Alejandría, trata de negociar en París los títulos del Canal que posee el khedive, sobre los cuales ha tomado opción a principios de septiembre de 1875. Pero tropieza con la oposición del barón Soubeyran, del Crédit Foncier —deseoso ante todo de garantizar sus propios reembolsos— y con la indiferencia de la Société Générale y del Crédit Lyonnais (16 de noviembre). Y Decazes, lo mismo que Leon Say, su ministro de Finanzas, vasallo de los Rothschild, se niega a hacer nada sin el acuerdo previo de Londres.

Naturalmente, el gobierno británico opone una negativa categórica a la pregunta ingenuamente formulada de «si Inglaterra toleraría la compra por una compañía francesa», y Decazes se inclinó humildemente. Disraeli, advertido por las oportunas indiscreciones de Henry Oppenheim al publicista Frederic Greenwood, de la «Pall Mall Gazette», transmitidas a lord Derby, goza pues de completa libertad para comprometer a su gobierno, de acuerdo con el ministro de las Indias, lord Salisbury, y el canciller del Tesoro, para hacerse anticipar por Lionel de Rothschild los 100 millones de francos necesarios (a noventa y seis días, con 3.827.000 francos de comisión) y dar al mayor Staunton la orden de concluir con Sadik Pacha, el 25 de noviembre, la compra de las 176.602 acciones del khedive... ¡que valdrán 800 millones y producirán de un 16 a un 17 % de interés a principio del siglo XX¡ ¡Bonita manera de defender, en verdad, los intereses de Francia! El escándalo es de tal magnitud que «La República Francesa», el órgano de Gambetta, escribe: «El ministro ha dado pruebas... de una ceguera cuyo equivalente sólo se encuentra en los días más tristes de la diplomacia imperial» (la de Napoleón III, desde luego). Y el 4 de diciembre, imprime: «El duque Decazes no ha presentado aan su dimisión».

Los orleanistas descartan a la dinastía legítima

En el terreno de la política interior, el fracaso de los tres compadres es también total. Sus tortuosas intrigas no hacen más que desbrozarle el camino a la República radical y anticlerical querida y preparada por la Francmasonería.

Concluido el pacto de Burdeos, los orleanistas entablan negociaciones con Thiers. Este, celoso del duque de Aumale, al que considera como un posible rival para la presidencia, les hace pagar la derogación de las leyes de exilio (2 de junio de 1871) y la restitución de los bienes confiscados el 22 de enero de 1852 a la familia de Orleans (alrededor de 40 millones), el 21 de diciembre de 1872, con una nueva consolidación de su poder: su nombramiento para la Presidencia de la República, por tres años primero (2 de junio), y lugo por la duración del mandato de la Asamblea. ¿No se trata de ganar tiempo y de descartar la sorpresa de una restauración precipitada? Con el fin de neutralizar a los 60 «caballos-ligeros» de la extrema derecha, se organiza un encuentro entre seis orleanistas auténticos y seis seudolegitimistas, cuatro de los cuales son amigos y representantes de Mr. de Falloux («Fallax» —falaz— como le llamaba François Veuillot), más bien que del conde de Chambord. Por otra parte, resulta fácil esgrimir la amenaza del coco —Bismarck o el espantajo de la resistencia republicana, del levantamiento del Midi, con el apoyo de los cuerpos de ejército XI° (Lyon), XV° (Nimes), XVI° (Marsella) y XVII° (Montpellier), organizado por el general Bordone en connivencia con Gambetta por mediación de Ordinaire, ex ayuda de campo Garibaldi—, en caso de restauración monárquica.

Levantar la hipoteca legitimista para hacer sitio a su candidato, tal es la segunda fase de la maniobra orleanista. Tras haberse entrevistado, en el momento de las elecciones del 2 de julio de 1871, con su representante en París Mr. de la Ferté (yerno de Molé) y con monseñor Dupanloup, el conde de Chambord había publicado el 6 un manifiesto exponiendo su programa: sufragio universal, dos Cámaras controlando al gobierno, descentralización, franquicias locales..., acompañado de esta significativa observación: «Las clases trabajadoras son las que más han sufrido las consecuencias del desorden social». Malsonante a los oídos de los financieros, el programa es calificado inmediatamente de «anticuado» por el «Journal des Débats» y otros muchos órganos de prensa. Rechazando el papel de «Presidente de la República hereditaria» (según la frase de Thiers), el Pretendiente desaprobó por otra parte, el 15 de octubre, la intención de llevar a la Presidencia al duque de Aumale, en favor del cual los duques Audiffret-Pasquier y Decazes intentarán nuevas gestiones a principios de mayo de 1873, antes de que la candidatura de Mac Mahon sea presentada oficialmente por Broglie. «No abdicaré nunca», le había contestado el 25 de enero de 1872 a Mr. de Falloux, que el día 3 le había propuesto la designación del hijo de Luis-Felipe.

En consencuencia, lo único que podía hacerse era negociar. Recomendada por Villemesant del «Fígaro» en febrero de 1872 y por el conde de Haussonville en julio de 1873, preparada por Alain de Kerdrel y Dampierre (ambos amigos de Falloux), la visita del conde de París al conde de Cham-

bord tuvo lugar en Frohsdorf el 5 de agosto de 1873. La víspera, el candidato de la rama segundona consintió en reconocer «el principio del que es representante el pretendiente». Hubo, pues, reconciliación, pero cada uno permaneció en sus posiciones. La conclusión de la entrevista fue la de que «el heredero del trono (el conde de París) puede tener sus ideas, como el rey las suyas (el conde de Chambord)». Esto no se acomodaba a los deseos de los orleanistas, cuyos conciliábulos se multiplicaron y que, finalmente, plantearon la cuestión de la bandera.

En su manifiesto, el conde de Chambord había evocado «la bandera de Enrique IV»; en una nota al ministro legitimista Ernoul, confirmando su programa, precisa el 13 de septiembre de 1873 que «se reserva el derecho a su regreso de arreglar la cuestión de la bandera con el ejército». Y mantiene esta posición cuando Chesnelong, después de una reunión de los cuatro grupos de derecha celebrada el 4 de octubre por iniciativa de Decazes, y de la aprobación por la Comisión de los Nueve, el 6, a propuesta de Audiffret y de Falloux, del mantenimiento de la bandera tricolor, se esfuerza en convencerle en Salzburgo, el 14 de octubre, de que, sin una concesión en ese punto, «la empresa monárquica no sería bien acogida por el ejército, ni apoyada por el país, ni secundada por el gobierno (el mariscal dimitiría, los ministros Magne y du Barail se retirarían), ni votada por la mayoría» (sólo 159 diputados, en vez de los 300 previstos, se habían declarado partidarios de una restauración inmediata, en ocasión de la gestión de Ernoul cerca del conde de Chambord en Amberes el 17 de febrero de 1872). Ya que para él no se trataba de un emblema, sino de un principio. Lejos de considerar a la bandera tricolor como «un emblema de la concordia y de la unión», según las palabras del duque de Aumale a raíz de la discusión de la ley militar, el 28 de mayo de 1872, ve en ella, al igual que su consejero monseñor Pie, «una bandera irremediablemente revolucionaria... (que) significa la soberanía popular o no significa nada». Y rechaza todo compromiso del tipo de las soluciones propuestas por monseñor Dupanloup, a finales de enero de 1873, teniendo en cuenta que el pendón real era blanco bajo el antiguo régimen, en tanto que los estandartes de los regimientos llevaban una cruz blanca y que la bandera blanca sólo ha sido el emblema de la nación durante los quince años de la Restauración. Porque se niega a desempeñar el papel «de un rey disminuido... de un rey impotente». «Es inútil llamarme —escribe— si sólo se quiere una monarquía de circunstancia, destinada a legalizar las corrientes revolucionarias y a ponerles un dique temporal, que la primera generación derribará».

La Unión de los Centros y Mac Mahon arraigan la República...

De hecho, ¿se trata de otra cosa? Para forzar una salida o atraerse un mentís, Audiffret presenta a la Comisión de los Nueve, encargada del estudio de las cuestiones constitucionales, el 17 de octubre y al día siguiente de una reunión de los cuatro grupos de las derechas, una verdadera carta, otorgando la responsabilidad ministerial, manteniendo la bandera tricolor, y deja incluir en el acta de la reunión de centro-derecha que él preside el 22 de octubre, entre otras inexactitudes, el párrafo siguiente redactado por Savary y aprobado por Haussonville: «El rey está dispuesto de antemano a la

más completa armonía con los miembros más liberales de la Asamblea». Enojado por las cuchufletas que no le escatiman ni Le Gaulois», ni «Le Rappel», ni «La République Française», sobre su supuesto repliegue, el conde de Chambord opone a aquellas afirmaciones un mentís categórico y, en una carta dirigida a Chesnelong el 27 de octubre, rechaza el papel de «rey legítimo de la Revolución» que se le reserva. Los conjurados tienen así el camino libre. («El duque de Broglie ha ayudado caritativamente al conde de Chambord a suicidarse», comentará Duprat, el 13 de enero de 1874). Sólo les queda, puesto que vacilan en proclamar al duque de Aumale teniente-general, o al conde de París regente del reino, esperar la muerte del conde de Chambord, del mismo modo que los bonapartistas esperan la mayoría de edad del príncipe imperial (16 de marzo de 1874) y, a falta de algo mejor, conservar a Mac Mahon, prolongando la duración de sus poderes. Es lo que los grupos de derecha reunidos bajo la presidencia de Changarnier dedicen hacer, el 1 de noviembre.

En un mensaje del 5, el mariscal propone «agrupar, como hoy, en torno al poder a todos los amigos del orden, sin distinción de partido», al tiempo que se refuerza ese poder, que no tiene «ni la estabilidad ni la autoridad suficientes». Elude la entrevista que el conde de Chambord, llegado el 9 de noviembre para intentar una última gestión en París y en Versalles, solicita de él. Y mientras la Asamblea niega a Dufaure, por 362 votos contra 348, «el organizar definitivamente la República», Changarnier y 237 diputados reclaman que la duración de su mandato sea aumentada a diez años. El 19 de noviembre, 387 diputados contra 310 aprueban el septenado de Mac Mahon, aunque sin añadir la declaración republicana deseada por Decazes y Audiffret. Pero nadie se deja engañar. Según la frase de Rouher, la Asamblea monárquica ha fundado la República. Queda por instalar el nuevo régimen. Designada entre el 26 de noviembre y el 4 de diciembre, la Comisión de los Treinta se encarga de esa tarea. Eliminada la autoridad real, se trata ahora de conferir al presidente, apoyado sobre una segunda Cámara, unos poderes tales que constituyan una barrera eficaz contra la presión demagógica. Es la teoría de los frenos tan del agrado de Dufaure. Esto supone acuñar una segunda Cámara, gracias al entendimiento entre los dos centros, centro-derecha orleanista y centro-izquierda esencialmente compuesto de representantes de la finanza (Casimir Périer, de Rémusat, Dufaure y Leon Say, hombre de confianza de Rothschild, administrador de la Compañía del Norte, yerno de Bertin, director de los «Débats», apoyados por Henri Germain, del Crédit Lyonnais, yerno de Vuitry, del P. L. M., Garin, hijo del banquero, Dessoilligny, yerno de Schneider, etc.), partidarios de la «República conservadora» (título de una obra publicada por Dupont-White, suegro de Sadi-Carnot, durante el invierno de 1872) y de la «economía acaparada» (según la frase de Mr. Beau de Loménie).

Mientras Decazes platica junto al mariscal, cuyo oído ha sabido ganarse, preconizando la *entente* de los centros, Broglie, presidente del Consejo desde el 26 de noviembre de 1873, se muestra muy poco liberal y multiplica las medidas de restricción y de desconfianza. El 20 de enero de 1874, en términos despreciativos, reserva al gobierno hasta en las cabezas de partido y a los prefectos en los municipios, el nombramiento de los alcaldes, que se han mostrado con demasiada frecuencia indignos por «su incapacidad, sus

antecedentes o sus vicios». Vuelve a adoptar como ley electoral un proyecto de Dufaure, que aumenta a veinticinco años la edad electoral, y a treinta la de la elegibilidad, impone la obligación de tres años de residencia y establece el escrutinio de distrito. Y se esfuerza en hacer prevalecer la creación de un Gran Consejo de Notables, compuesto por una tercera parte (ciento cincuenta) de miembros de derecho, miembros vitalicios, designados por el presidente y los ministros, y de miembros elegidos por las asambleas locales, donde, so pretexto de «representación de los intereses» —en realidad, de privilegios a los «nantis»—, los contribuyentes más impuestos en la rústica dispondrían de las 2/6 partes de los escaños, quedando reservada otra sexta parte a los de la patente. Pero, apenas esbozados, aquellos «diques» son derribados. Una parte de la derecha, rechazada a la oposición, añade sus votos a los de la izquierda: se deniega la prioridad a la ley electoral sobre la ley municipal, por 381 votos contra 317, y Broglie, puesto en minoría, dimite (16 de mayo de 1873).

El 22 de mayo le sucede el general de Cissey. Mientras que el conde de Haussonville rompe con el centro-derecha al preconizar el sufragio universal, la Asamblea fija el 7 de julio, por 452 votos contra 228, la edad electoral en veintiún años, adopta la sufragio universal, pero rechaza, el 29 de julio, por 374 votos contra 333, una enmienda de Auguste Casimir Périer, concebida en estos términos: «El gobierno de la República francesa se compone de dos Cámaras y de un Presidente». Sin embargo, los jefes políticos reclaman ahora aquella República. Audiffret la recomienda: «Hay que acercarse a las izquierdas y consentir en la República por seis años». Broglie se resigna: «Si la República es aprobada, si el principio se convierte en ley, todo el mundo tendrá que someterse a ella». Dufaure la llama: «Hay que hacer la República». En la izquierda, Jules Simon la exige: «Necesitamos saber si tenemos una República, sí o no» (6 de enero de 1875), y Jules Favre, el 21 de enero: «Dejad sitio de una vez a la soberanía nacional».

De hecho, desde el 8 de febrero de 1871 al 15 de septiembre de 1874, de 158 escaños vacantes, los electores han concedido 126 a los republicanos, 22 a los realistas, 10 a los bonapartistas. El 4 de octubre de 1874, 666 consejeros generales son republicanos, 605 monárquicos, 156 bonapartistas, y la mitad de los presidentes, 43 de 86, son republicanos. Entre centro-derecha y centro-izquierda se multiplican los conciliábulos y las confabulaciones secretas con vistas a ligar el reconocimiento de la República a la institución de un Senado. Sin embargo, una enmienda de Laboulaye (político de doble cara que se acomodaría perfectamente a una República que gozara de las garantías de la monarquía constitucional y que evoca con frecuencia el ejemplo norteamericano), redactada en los siguientes términos: «El gobierno de la República se compone de dos Cámaras», es rechazada también el 30 de enero por 359 votos contra 336. Pero se produce un pacto entre el grupo Target-Haussonville, del centro-derecha, y el equipo Dufaure-Leon Say, del centro-izquierda, y la enmienda Wallon —«el Presidente de la República es elegido por el Senado y por la Cámara»— es finalmente adoptada, por un voto de mayoría (353 contra 352), el 30 de enero de 1875. Con el fin de desvanecer los escrúpulos de la derecha, se reconoce al Presidente el derecho a disolver la Cámara previa conformidad del Senado, el 1 de febrero,

por 425 votos contra 243, e incluso el derecho de revisión ampliado a la forma del régimen, incluso en la Constitución.

... y entregan el país a la izquierda masónica

Garantías ilusorias, completamente incapaces de «oponer al partido revolucionario una barrera suficiente para que no pueda apoderarse legalmente del poder», como deseaba Lefèvre-Portalis. Tan mal concebidas que, dejando a la Cámara la iniciativa de los gastos, quedaba la puerta abierta para los fraudes, ya que el móvil de las democracias no es «la virtud» según Montesquieu, sino la envidia, los celos, la satisfacción de los apetitos y la corrupción. Tan ineficaces, que el arma de la disolución se romperá en manos de Mac Mahon al ser utilizada por primera vez. ¿Diques? En modo alguno. ¿Frenos? Apenas. A lo sumo, pobres recursos parlamentarios para que los asuntos languidezcan interminablemente entre la Cámara y el Senado. Se vio claramente, en cuanto se entabló la batalla sobre la constitución de la segunda asamblea.

La aprobación, por 366 votos contra 235, los días 11-12 de febrero de 1875, de una enmienda Duprat (afortunadamente rechazada en tercera lectura por 368 votos contra 345), declarando que los senadores serían elegidos en escrutinio de lista por departamento, estuvo a punto de comprometer toda la maniobra. El toque de atención había sido resonante y en los medios allegados al mariscal se había pensado ya en hacer marcha atrás, reagrupando a las derechas, bonapartistas incluidos. Pero Decazes y Leon Renault, prefecto de policía, se opusieron a ello, y Broglie aconsejó que se recurriera a Buffet, dispuesto a ceder en la cuestión del nombramiento de los inamovibles, a cambio de la renuncia a la elección de los otros por medio del sufragio universal. Cuñados y vecinos —viviendo en unos hotelitos gemelos—, Casimir Périer y Audiffret se pusieron de acuerdo. Finalmente, habiendo obtenido Decazes del mariscal que renunciara en favor de la Asamblea nacional al nombramiento de los 75 senadores vitalicios, se decidió, por 425 votos contra 254 (del 18 al 25 de febrero), que los otros 225, de una edad superior a los cuarenta años, serían nombrados por unos colegios agrupando alrededor de 42.000 electos locales y que, elegidos para nueve años, serían renovados por tercios. De hecho, negociada por Rochette y Jules Simon una *entente* entre la extrema derecha y la izquierda contra los orleanistas, los 75 inamovibles, designados del 9 al 21 de diciembre de 1875, se compusieron de 60 republicanos (27 centro-izquierda, 25 de izquierda, ocho de extrema izquierda), 10 legitimistas y cinco de centro-derecha. Y los otros 225, elegidos el 30 de enero de 1876, comprendieron a 132 conservadores y 93 republicanos, con lo que resultó que, de un total de 300 senadores, los conservadores sólo disponían de un escaño más (151, 40 de ellos bonapartistas). Una pobre «mayoría».

Con las elecciones legislativas llegó la derrota. De acuerdo con el régimen establecido por la ley del 2 de agosto de 1875 (aprobada por 533 votos contra 72), los diputados eran elegidos para cuatro años, a razón de un representante por cada 70.000 habitantes, en sufragio universal por los electores que justificaran seis meses de residencia, y en escrutinio de distrito (precisaba la

ley del 13 de noviembre de 1875, adoptada por 357 votos contra 326). Entre las dos vueltas de escrutinio de los días 20 de febrero y 5 de marzo (ya que se produjeron 105 empates), de un total de 533 diputados fueron elegidos 340 republicanos (98 de ellos radicales), por 177 conservadores y moderados (22 constitucionales, 55 centro-derecha, 75 bonapartistas y 25 legitimistas). Decididamente, la República pasaba a manos de los republicanos. La Francmasonería tenía motivos para sentirse satisfecha. Había alcanzado su primer objetivo. Dirigida al final del Imperio por el general Mallinet, Gran Maestre, y a partir de 1869 por un presidente del Gran Consejo de la Orden, que contaba ya con unos 50.000 adeptos, se había aprovechado del 4 de septiembre para apoderarse de una gran parte de los mandos de la nación. Temiendo la fusión y la restauración monárquica, había organizado la resistencia, la unión Republicana de Gambetta con sus comisiones centralizadas en París, calle de la Sourdière (17 de octubre de 1873), la izquierda republicana y el centro-izquierda, con sus comités de acción (24 de octubre). Se había desarrollado asimismo, una intensa campaña en todo el país, con gran lujo de folletos y de octavillas, amenazando con el retorno al régimen del feudalismo, de los diezmos, de la servidumbre, etc. Adornada con el espectro de la guerra civil y de la guerra extranjera, aquella burda propaganda se había impuesto, como lo demostraban los resultados de las elecciones, y las logias consiguieron extender su influencia hasta los medios rurales (en octubre de 1875, los republicanos obtuvieron la mayoría en 7.000 comunas). Así parecía justificado el anuncio hecho por Gambetta, el 26 de septiembre de 1878 en Grenoble, del advenimiento «de un nuevo personal político electoral» y «la llegada... a la política de una nueva capa social», formada por «los trabajadores de las ciudades y de las campiñas», a los cuales «pertenece el futuro».

Jules Simon aclimata el régimen

Pero, en el último esfuerzo conducente a la conquista del Estado, la consigna de prudencia de las logias era formal. Escuchando el consejo de Thiers, pues el tribuno añadía: «El partido republicano está imbuido... de un gran espíritu de conciliación y de concordia». Y seguirá conformándose a él, reconociendo el poder constituyente de la Asamblea, el 1 de julio de 1874, adhiriéndose (después de haberse opuesto a ello el 25 de enero de 1875) a la institución de un Senado, al cual Gambetta calificará en Ménilmontant, el 23 de abril, de «¡Gran Consejo de las Comunas Francesas!», proponiendo —demasiado tarde, por otra parte, el 30 de noviembre de 1875, para salvar el escrutinio de lista (estimagtizado por Lamartine como un régimen de mentira, de intriga y de azar)— una curiosa solución de compromiso, a base de listas «de unión» entre rivales y adversarios, que habría dejado al cuerpo electoral un simple papel de espectador pasivo. En las elecciones de 1876 siguió la consigna de Jules Ferry: «¡Aclimatemos la República!», declarando juiciosamente en Belleville, el día 5 de febrero: «Se nos exigirá... la prueba de que conocemos los asuntos públicos, de que podemos y sabemos gobernar».

Pura táctica, por otra parte, ya que no pierde de vista su objetivo. Del mismo modo que en Saint-Julien, el 20 de octubre de 1872, sin dejar de predicar la conciliación y la concordia, había denunciado por primera vez a

«un partido... que es enemigo... de toda claridad... de todo lo que hay de beneficioso en las sociedades modernas. Este enemigo es el clericalismo», declarará ahora, en Lille: «Es preciso que el candidato republicano sea "liberal"... pero a su manera, es decir, dispuesto a no tolerar que un clero cualquiera se convierta, dentro del Estado, en un partido político». Y añadirá, ampliando el tema: «El peligro está ahora, no sólo el peligro francés, sino el peligro europeo». ¡El peligro mundial! «En Inglaterra, Gladstone ha lanzado un grito de alarma. En los Estados Unidos lo ha hecho el presidente Grant. Y lo mismo puede decirse de Alemania, de Italia, de España, de todo el norte de Europa, de Rusia...» «Francia no debe ser representada como el último refugio del espíritu retrógrado del Vaticano» y adopta el programa de Laurent-Pichat: amnistía de los últimos comuneros, supresión del estado de sitio, libertades completas, instrucción primaria gratuita, laica y obligatoria, defensa contra «la invasión clerical», separación de la Iglesia y del Estado, servicio militar universal, elección de los alcaldes, revisión de los impuestos. Su famoso «oportunismo» consiste únicamente en prever la realización del programa en etapas sucesivas.

En tales condiciones, no es de extrañar que la principal preocupación del mariscal, a pesar del éxito de las izquierdas en las elecciones, sea la de descartarle personalmente del gobierno. Con Armand Dufaure, abogado del foro de Burdeos, en la presidencia del Consejo y Leon Say en las Finanzas, «las antiguas clases dirigentes y la alta banca velarán por los primeros pasos de la joven República» (G. Hanotaux, III, 553) (10 de marzo de 1876). Jules Grévy ocupa la presidencia de la Cámara y Gambetta se contenta con la de la comisión del presupuesto (3 de abril). En tanto que el gobierno consiente en levantar el estado de sitio (24 de marzo-3 de abril) y en eliminar a los 26 prefectos más inclinados a la derecha (nueve de ellos destituidos, cuatro jubilados y tres colocados en situación de disponibles entre los días 21-22 de marzo y 14-15 de abril), tras varios debates sobre la amnistía de los comuneros (los días 11, 17 y 19 de mayo), los ataques de Clemenceau provocan su caída, el 1 de diciembre de 1876.

¿Habrá, pues, que llamar a Gambetta? Antes que aceptar de manos de este último «un ministerio del cual sería el patrono, el presidente oculto, Mac Mahon prefiere buscarle un rival y, a pesar de su aversión por quien le atacó duramente el 18 de noviembre de 1873, entenderse con Jules Schweitzer, llamado Simon, judío y masón iniciado el 3 de julio de 1870 en la logia «Despertar masónico», el cual accede a mantener en el ministerio de la Guerra al general Berthaut, culpable de haberse opuesto a que se rindieran honores militares en caso de entierro civil. Ya que las izquierdas están desencadenadas. Los proyectos de ley anticlericales llueven sobre la oficina de la Asamblea: del masón Paul Bert, el 20 de marzo, sobre las elecciones para los consejos departamentales de la Instrucción pública; de Henri de Lacretelle (de origen judío), el 4 de abril, sobre el principio de la enseñanza primaria gratuita, obligatoria y laica; otra vez de Paul Bert, el 1 de junio, sobre el reclutamiento de los maestros; del judío Naquet, el 6 de junio, sobre el restablecimiento del divorcio; del protestante Waddington y de Eugene Spüller, el 23 de marzo, para la derogación de la ley del 12 de julio de 1875 sobre la libertad de la enseñanza superior (adoptada en Cámara el 7 de junio, por 357 votos contra 123); de Ratier, contra la exención del

servicio militar de que disfrutaban los seminaristas, y de Benjamín Raspail, el 22 de enero de 1877, sobre el matrimonio de los religiosos; de Waddington, el 29 de enero, sobre la extensión de la gratuidad a 3.545 escuelas primarias, y del mismo, el 1 de marzo, sobre la creación de una Caja de las Escuelas, dotada de 120 millones. Hay que subrayar que, de un total de 67 propuestas, 47 dormían aún, esperando el nombramiento de un ponente, al producirse la caída de Jules Simon. Se acerca el momento en que la Asamblea del Gran Oriente de 1876, imponiéndose por 110 votos contra 65 a las conclusiones de su comisión, propondrá abolir la obligación que tenían sus adeptos de creer en Dios y en la inmortalidad del alma; en la asamblea siguiente (junio de 1877), a propuesta del pastor protestante Desmons, adoptará el principio de la libertad absoluta de creer o de no creer (14 de septiembre de 1877). Lo cual provocará la ruptura de relaciones con la Gran Logia de Irlanda el 27 de noviembre de 1877, con la de Inglaterra en diciembre, y luego con las de Suecia, Dinamarca y Estados Unidos. Entretanto, continúa la depuración prefectoral. El 3 de diciembre de 1875, los tres grupos de izquierda han decidido «poner al personal administrativo y judicial en armonía con el espíritu de la mayoría». Charles Floquet, venerable de «La Justicia», lo expresa con más crudeza: «Los republicanos, en los cargos; los principios, en las leyes». ¡Los cargos para nosotros, inmediatamente! Dócil, Jules Simon, que ha conservado los mismos ministros asumiendo él la cartera del Interior, revoca el 6 de enero a ocho prefectos bonapartistas y hace saltar, el 22 de febrero, a 153 altos funcionarios departamentales. El 19 de marzo, con el pretexto de negociar un tratado comercial, se dirige a Roma con Leon Say, y su visita al Quirinal es recibida como un afrenta por el Vaticano, que acaba de protestar contra la ley Mancini autorizando los procedimientos judiciales contra el clero.

Especialista en piruetas circenses —«Soy profundamente republicano», mirando a la izquierda. «Soy profundamente conservador», mirando a la derecha—, aquel acróbata ha restablecido, por otra parte, algunos créditos de los cultos (discípulo de Philon, es personalmente más bien liberal en materia religiosa) y ha consentido en defender los derechos del Senado. Pero la agitación es demasiado fuerte para continuar mucho tiempo con aquella clase de ejercicios. Mientras el gobierno trata de prohibir una asamblea general de los Comités católicos en París, Chesnelong, el 3 de abril, lanza una petición en favor del Papado. A una interpelación de Albert de Mun, Gambetta responde el 4 de mayo con su famosas consigna: «¡El clericalismo, he aquí al enemigo!» Una orden del día de los tres grupos de izquierda, reclamando que «las manifestaciones ultramontanas capaces de comprometer la seguridad interior y exterior del país sean reprimidas como una flagrante violación de los derechos del Estado», reúne en la Cámara 346 votos contra 114. Jules Simon se inclina. Del mismo modo que acepta la publicidad de las deliberaciones de los Consejos municipales. Del mismo modo que vuelve a inclinarse, a pesar de la decisión en contra del Consejo de Ministros, ante la derogación de la ley sobre la prensa de 1875 (remitiendo de nuevo los delitos al tribunal correccional), aprobada los días 9-15 de mayo de 1877, por 377 votos contra 55.

El mariscal, abocado a renunciar

Esta vez, los remolinos son demasiado fuertes y Jules Simon pierde el equilibrio. La paciencia del jefe del Estado se agota. Temiendo que le impongan la reestructuración del alto mando del ejército, el mariscal saca el genio, obliga a Simon a dimitir (16 de mayo), reagrupa las derechas partidarias de una Presidencia vitalicia y forma, con Broglie en Justicia. Bardy de Fortou en el Interior y el vizconde de Meaux, un gabinete de combate que obtiene del Senado, por 149 votos contra 130, la disolución de la Cámara (22-26 de junio). ¿Es hábil esta actitud? ¿Cambiarán de opinión los electores, apenas transcurridos catorce meses? Laboulaye advierte de lo contrario: «No conseguiréis lo que os proponéis y habréis colocado al mariscal entre una humillación y una abdicación». Pero, ¿hay que dejar que continúe la depuración? Ya que esto es lo que exigen los tres grupos de izquierda: «la modificación radical de todas nuestras grandes instituciones administrativas, judiciales, financieras y militares. Una limpieza general (18 de mayo). En ese sentido su manifiesto reúne las firmas de 363 diputados y de 107 senadores. «Volveremos 400», anuncia Gambetta. Thiers se ve ya repuesto triunfalmente en la Presidencia (el 7 de junio); morirá de congestión —o de emoción— el 3 de septiembre. Jules Ferry acusa al mariscal de haber violado (¿en qué?) la Constitución y amenaza: «Sabremos demostrar a los funcionarios, 21 trasladados, lo mismo que 226 funcionarios de prefecturas. Y desenmascara el «oportunismo»: «No es ya el radicalismo corregido, suavizado, aquel desencadenamiento, Fortou replica con una contradepuración: 25 prefectos revocados, 10 puestos en situación de disponibles, tres dimisionarios, 21 trasladados, lo mismo que 226 funcionarios de prefecturas. Y desenmascara el «oportunismo»: «No es ya el radicalismo corregido, suavizado, transigente... ¡no! Es el radicalismo paciente... oculto... que alimenta la esperanza de sorprender al país tras haberle adormecido». Del lado gubernamental, la presión oficial es absoluta: 314 clubs o logias cerrados, 613 consejos municipales disueltos, 1.385 funcionarios destituidos, 4.779 trasladados.

Entre las izquierdas, Gambetta, según su costumbre, esgrime los rayos exteriores: «¡La disolución es el prefacio de la guerra!» «¡Los manejos clericales sólo pueden conducirnos a la guerra!» (17 de mayo). Como para concretar aquella amenaza. Crispi, sumo sacerdote del anticlericalismo en Italia, se dirige a París, donde se entrevista con Gambetta el 30 de agosto y con Thiers el 31, antes de ir a visitar a Bismarck en Gastein, el 17 de septiembre. El canciller alemán le hace espejear ya Niza, Córcega, Túnez y Albania como presas posibles en caso de conflicto con Francia. Temiendo una «coalición blanca» y un acercamiento franco-ruso en caso de éxito de las derechas francesas, apoya a sus aliados radicales con una violenta campaña de prensa, que va «in crescendo» hasta las elecciones. «Las negociaciones entre Italia y Alemania —imprime la «Gaceta de la Alemania del Norte» el 11 de octubre— tienden a un concierto recíproco en el caso de que, después de las elecciones generales, las dos naciones tengan que encontrarse frente a una Francia clerical, y consiguientemente agresiva».

Semejante martilleo de artillería germano-italiana, destinado a abrirles el acceso al poder, no tiene mucho que envidiar a los radicales, en relación

con los «atizadores del extranjero» de la Restauración. Aquel añadido no era inútil, probablemente, ya que su éxito en las elecciones del 14 de octubre no resultó el triunfo que se daba por descontado. De 363 que eran, no subieron a 400, sino que bajaron a 315; exactamente, después de la segunda vuelta del 28 de octubre: 326 contra 207. Pero seguían disponiendo de una cómoda mayoría, y esto era suficiente. Desde luego, el mariscal no «dimite», pero Jules Grévy se dispone a sucederle recogiendo 299 votos de un total de 460 para la presidencia de la Cámara (10 de noviembre), Broglie se retira, el 19 de noviembre, y Dufaure, que le sucede el 13 de diciembre, constituye libremente su gabinete escogiendo él mismo sus colaboradores, entre ellos el indispensable León Say, el ojo de los Rothschild, en las Finanzas y «el extranjero» Waddington en el Quai d'Orsay: la alta finanza está satisfecha, lo mismo que las potencias protectoras. Saint-Vallier reemplaza a Gontaut-Biron como embajador en Berlín. Gambetta, en la primera quincena de enero, devuelve a los italianos su cortesía, entrevistándose con el rey Víctor-Manuel, con el príncipe Humberto, con el alto dignatario Crispi y con el excéptico Depretis. Bismarck, en el Reichstag, el 19 de febrero, consiente en ampliar su amistad «a todos los Estados europeos», incluida Francia.

Se vegeta así un año, mientras se reanuda la depuración. En las prefecturas, se produce una hecatombe: el 19 de diciembre, 46 prefectos son destituidos, siete colocados en situación de disponibles, 27 dimiten. Tras lo cual, el éxito de 66 republicanos contra 16 monárquicos para la renovación de un tercio de los senadores, el 5 de enero de 1879, asegurando también allí a las izquierdas una cómoda mayoría de unos cincuenta escaños, expulsa a Audiffret de su sillón presidencial por 153 votos contra 81. Toda esperanza de reconquistar el poder se desvanece así para los moderados. Los radicales tienen ahora las manos libres. Pueden quitarse la careta y emprender la realización integral de su programa. Para empezar, la amnistía, aprobada en primera lectura el 17 de enero de 1879, liberaría a los últimos comuneros detenidos (en número de 1.067, de ellos 891 en Cayena), si a pesar de Naquet y de Lockroy no quedara limitada por Le Royer en febrero. Y la depuración se extiende. Asumiendo la jefatura de la mayoría, Jules Ferry hace aprobar por la Cámara (por 208 votos contra 116) una orden del día en ese sentido (15-16 de enero de 1879). Ministro de la Guerra, el general Gresley, alto dignatario masónico, pretende relevar de su mando a cinco comandantes de cuerpo de ejército (28 de enero). Negándose a asociarse a una medida que perjudica a sus antiguos compañeros de armas, el mariscal Mac Mahon presenta su dimisión al Consejo. Con él desaparece el último «dique».

Con Jules Grévy, la Masonería se instala en el poder

Jules Grévy, elegido por 563 votos de un total de 713, el 30 de enero de 1879, le reemplaza inmediatamente en la presidencia. El 4 de febrero, Waddington, elevado a la presidencia del Consejo, constituye un ministerio protestante (seis ministros de un total de diez) y masónico, con Jules Ferry en la Instrucción pública, Elie Le Royer como Guardasellos, el general Gresley en la Guerra (más Goblet y Lapère, subsecretarios de Estado) y Freycinet en Obras Públicas, en tanto que Gambetta, que continúa inspi-

rando miedo, se ve relegado a la presidencia de la Cámara, el 31 de enero. La Francmasonería es ahora, en Francia, dueña del Estado. Bajo el cetro de Jules Grévy, cuyo programa queda reflejado en la profesión de fe: «Para mí, la política es un negocio» (¡y mucho más aún para los que le rodean!), «el mundo de la finanza gobierna en París», «el dinero es rey» (escribe en 1878 el embajador de Alemania).

En todas partes, la depuración limpia el terreno. En el Consejo de Estado, en las prefecturas, en las tesorerías... También en el ejército, en el que se producen las vacantes de hasta ocho mandos de cuerpo de ejército. Las logias pueden dedicarse a descristianizar Francia.

Hacia el monopolio de la Enseñanza

Desde hace mucho tiempo su plan está preparado. Mientras Persigny reclamaba el reconocimiento oficial de la Francmasonería y perseguía con sus rayos a la Sociedad de San Vicente de Paul, en las horas difíciles que señalaron los últimos años del Segundo Imperio, Eugenio Sué, que ya se había distinguido contra los jesuitas en su folletín «El judío errante», publicado por «Le Constitutionel», había preconizado ya en 1859 en «Le National» la institución de escuelas ateas, dirigidas por diplomados de la Universidad laica, encargados de sustituir con una enseñanza «moral» a la enseñanza religiosa y de «desarrollar las virtudes que deben constituir un día al buen ciudadano», alimentado únicamente del «catecismo cívico». Aunque actuando con más reserva, la administración de la Instrucción pública, confiada a Victor Duruy, no dejaba de ejercer su influencia en un sentido resueltamente laico. Para hacerlo, por otra parte, le bastaba con inspirarse en la memoria confidencial redactada en abril de 1861 por Mr. Rouland, ministro de los Cultos, con vistas a reducir la influencia del clero, a limitar los poderes de los nuncios y de los concilios provinciales, a controlar la elección de los obispos, a prohibir nuevas congregaciones masculinas, a limitar las autorizaciones concedidas a las femeninas, a esforzarse en reducir las donaciones, a apoyar la enseñanza del Estado y los consejos municipales, a fin de mantener la enseñanza primaria laica, y a combatir a la prensa religiosa («L'Univers» no tardará en acusarlo).

No contento con seguir esas consignas desaconsejando a los funcionarios el enviar a sus hijos a las instituciones religiosas, Duruy hace la vista gorda, de acuerdo con sus colegas del Interior, sobre los «cursos públicos» organizados en la calle de la Paix por los redactores del «Siècle» (periódico masónico que no tardará en tirar 45.000 ejemplares), en la Asociación Politécnica fundada en 1830, en la calle Cadet, en la misma sede del Gran Oriente, y en la Asociación Filotécnica, igualmente masónica, fundada en 1848. Estimula la «Revue Bibliographique», del rebelde Jules Vallès, la campaña desarrollada a través de innumerables folletos (los de La Gueronnière contra el papa —24 de diciembre de 1859 y 15 de febrero de 1861—, más tarde, en 1874, «La Confession», con una tirada de 300.000 ejemplares en tres meses), redactados hacia 1865 por estudiantes materialistas tales como Protot, Tridon y Vermorel (que participarán en el Congreso de Lieja), y de pequeños periódicos («L'Ecole», «La Libre Conscience», «L'Horizon», «Le Refractaire», «La Solidarité») recomendados por la

prensa de las logias, «Le Siècle», «L'Opinion Nationale», «Le Monde Maçonnique».

Su colaborador más próximo. Charles Robert, director general de sus servicios, participa abiertamente en la fundación de la Liga de la Enseñanza (15 de octubre de 1866). Al crear aquel organismo, Jean Macé, de la logia «Alsacia-Lorena», instalada en París por Adolphe Crémieux, seguía con un año de retraso el ejemplo de Bélgica. Ferviente adepto del ateísmo, se hizo su apóstol en el Congreso de Metz de 1869, antes de asociarse a la iniciativa de Massol y de Ranc, destinada a borrar de los estatutos del Gran Oriente la creencia en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma (junio de 1877). La Francmasonería apoya naturalmente con todo su poder a aquella institución-hermana, surgida de su seno. Una circular del general Mellinet, Gran Maestre, la recomienda a los hermanos, ya que «trabaja por una sociedad nueva, basada únicamente en la ciencia y en la instrucción» («Mundo masónico», abril y mayo de 1867). Otra, del Gran Maestre Babaud-Laribière (4 de julio de 1870) —a partir del 1 de agosto de 1871 se intitulará presidente del Consejo de la Orden—, reclama un programa de instrucción gratuita, obligatoria y laica. Estimulada así, la Liga, a la que se adhieren 111 logias corporativamente, contará a finales de 1877 con 400 círculos repartidos por todo el país, y hasta 500, con 80.000 miembros. Secundada por las «Sociedades republicanas de instrucción» y, el 19 de agosto de 1880, por la «Sociedad de propaganda democrática y anticlerical» (presidente, el senador Schoelcher, vicepresidente, Paul Bert); se encuentra, pues, con todos sus efectivos a punto cuando se desencadena la ofensiva anticlerical en el terreno legislativo.

Ante todo, se trata de desposeer a los católicos de las ventajas que, de mejor o peor grado, los gobiernos de julio y del Segundo Imperio han tenido que concederles, especialmente en materia escolar. A pesar de ser protestante, Guizot les había otorgado en 1833 la libertad de abrir escuelas primarias (discutida al principio por la autoridad pública, que había hecho cerrar la primera, creada por el equipo de «L'Avenir», el 9 de mayo de 1831), intentando, tres años después, extender aquel régimen a las instituciones secundarias, pero había tenido que retirar su proyecto, ante la oposición del «Journal des Débats», del «Courrier Français» y de los maestros de la Universidad sectarios (Michelet, Quinet) o escépticos (tales como Victor Cousin), Montalembert, Louis Veullot (ingresado en l'Univers en febrero de 1840) y el abate Dupanloup habían iniciado una campaña, con el apoyo de 56 obispos, entre ellos monseñor Affre, contra un nuevo proyecto del ministro Villemain en 1844, prohibiendo la enseñanza a los congregantes y exigiendo a los maestros títulos universitarios. El comité para la defensa religiosa «Dios y mi derecho» había lanzado una petición que reunió 300.000 firmas, y obtenido de 144 el compromiso de defender la libertad de la enseñanza. Pero el ministro Salvandy mantuvo las exigencias de su predecesor y hubo de esperar la Constitución de 1848 para ver reconocido el derecho a la libertad.

Del príncipe-presidente, deseoso de conciliarse a católicos y conservadores para asentar mejor su régimen, Alfred de Falloux, católico liberal, había logrado obtener la aprobación de la ley sobre la enseñanza del 15 de marzo

de 1850. Bajo el control del Estado, de Consejos superiores y de Consejos académicos, en los que figurarían representantes de los obispos y, en las comunas, del alcalde y del párroco, se concedían la libertad de enseñar a las «asociaciones» y, en las instituciones secundarias, sólo se exigían títulos universitarios a los directores. Aprovechando aquellas disposiciones, en cuatro años vieron la luz 1.081 establecimientos, que no tardaron en contar con 250.000 alumnos. En un cuarto de siglo, a partir de 1851, el presupuesto de los cultos se elevó de 39 a 48 millones de francos, el número de sacerdotes llegó a 55.000 en 1876 (las tres cuartas partes de origen humilde), el de los miembros de las 228 congregaciones pasó de 3.000 a 30.000 (incluidas las no autorizadas), el de las religiosas de 34.000 a 128.000 en 1878, y el de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de 1.800 a casi 10.000. Aunque las vocaciones disminuyen, los seminarios cuentan aún con 11.666 alumnos. De un total de 4.950.000 niños, 2.200.000 reciben instrucción en 19.574 establecimientos religiosos. En materia de enseñanza superior, a informe de Laboulaye y a pesar de los esfuerzos de monseñor Dupanloup, violentamente combatido por Paul Bert, Challemel-Lacour y Jules Ferry (3-21 de diciembre de 1874), el Estado se ha reservado la colación de los grados (12 de julio de 1875), pero se fundan Universidades libres en París, Lille, Angers, Lyon y Toulouse (noviembre de 1875). Esto hace que los anticlericales redoblen sus esfuerzos contra aquel apremiante peligro.

Por otra parte, tienen asegurada la colaboración de los intelectuales más influyentes sobre aquella generación universitaria, trátese del ecléctico Victor Cousin, de un Renan o de un Augusto Comte. A ejemplo de David Frederic Strauss (1808-1874), profesor de Tubingen, que en 1835 había descartado los milagros de la vida de Cristo, Ernesto Renan (1823-1892), basándose en la «Vida de Jesús» de Joseph Salvador, publicó en 1863 una biografía (con un éxito enorme: 50.000 ejemplares vendidos en seis meses), en la que se esforzaba en despojar al Salvador de su carácter divino y en rehabilitar a los profetas. Aquel ex seminarista, que había huido de San Sulpicio en 1845, se disponía a vaticinar en una conferencia presidida por Alphonse de Rothschild (Archivos israelitas, 31 de mayo de 1883), en términos rabínicos que anunciaban ya a Darmestetter, que «el futuro pertenece al judaísmo. La humanidad se adherirá a esa religión, ya que sólo ella asegurará el reinado de la justicia, ese ideal tan soberbiamente descrito por los grandes profetas de Israel». «La ciencia es una religión», había escrito en 1848 en su «Futuro de la Ciencia», que no se publicó hasta 1890. En esta última obra se hacía eco de los dogmas masónicos y coincidía con el politécnico Augusto Comte (1798-1857), más práctico, que en su «Curso de filosofía positiva», profesado en el Ateneo de la calle de Saint-Jacques desde 1835 a 1842, lo mismo que en su «Sistema de filosofía positiva» (1851-54) y en su «Catecismo positivista» (1852) representaba a la humanidad como habiendo superado las épocas teológicas y metafísicas para acceder finalmente a la era científica. Su discípulo Emile Littré (1801-1881) no tardaría en recibir la iniciación masónica, en compañía de Jules Ferry y de Wyroubof, con una solemnidad excepcional, en la logia «La Clemente Amistad», la más encumbrada de París, el 9 de julio de 1875, en presencia de Charles Cousin, inspector de la Compañía del Norte, vicepresidente del Consejo de la Orden del Gran Oriente, y de una numerosa asistencia (3.000 personas en el interior, otras tantas fuera).

La ruptura con la Iglesia

Entronizado por aquella santa unción, Jules Ferry, el nuevo paladín de las logias, se lanza al ruedo parlamentario. Defiende en él una noble causa: ¡la instrucción del pueblo! Por desgracia, no se trata sólo de eso. Si no, ¿por qué la oposición de las izquierdas al proyecto de extensión de la enseñanza primaria presentado por el legitimista Ernoul, ministro de Justicia? (24 de mayo de 1873 a 1875). Crear nuevas escuelas, gobernadas por Asociaciones, libres de dirigirse a unos maestros congregantes, asegurar su gratuidad mediante la distribución de bonos a los indigentes, no les interesaba en modo alguno. Su objetivo principal era el de adoctrinar en los bancos de la escuela a los futuros electores. «Quien tiene las escuelas lo tiene todo», iba a declarar Jean Macé, parafraseando a Pascal, en el Congreso de la Liga de la Enseñanza, en 1882. Feroz ponente de la propuesta sobre la enseñanza laica presentada por Lacretelle, Paul Bert no había disimulado sus intenciones, el 23 de enero de 1878. «Se trata —dijo— de enseñar a los niños a odiar el fanatismo y a despreciar la tiranía». Nada de neutralidad, pues, sino de una escuela de odio y de combate. Nada de libertad, tampoco. Jules Simon, que persistía en defender el principio de libertad, vio cómo le cerraban la puerta ante las narices en el Gran Oriente en julio de 1879 y, por iniciativa de los «Hospitalarios de Saint-Ouen», sus adversarios en el seno del Supremo Consejo Escocés, Andrieux, Lepère y Duhamel (venerable de «La Fraternidad de los Pueblos», miembro del Consejo del Gran Oriente, jefe de gabinete de Grévy), fundaron, con 12 talleres, una obediencia disidente, la «Gran Logia simbólica escocesa», más revolucionaria y más sectaria todavía. Nada, pues, de libertad, de «cierta libertad», como proclamó Gambetta, haciendo un juego de palabras, en el congreso de la Liga de la Enseñanza, el 21 de abril de 1881, sino de la «verdadera libertad», entiéndase monopolio del Estado. ¿No resulta simbólico que el revolucionario profesional Blanquí, elegido en Burdeos pero invalidado el 13 de junio de 1879, escogiera precisamente aquel momento para lanzar su periódico con el título «Ni Dios, ni amo», antes de morir en 1881?

De acuerdo con el nuevo orden de cosas, según el cual «La Francmasonería prepara las soluciones que la democracia hace triunfar» (Camile Dreyfus, del Consejo de la Orden del Gran Oriente, en la inauguración de un grupo escolar en Ivry, en octubre de 1882), los textos, previamente estudiados por las logias, «funcionando como verdaderas comisiones» (Chastenet, II, 17), están preparados (lo mismo que el mapa de los establecimientos no autorizados, dibujado por «Los Amigos Benefactores», el 17 de julio de 1879, y la separación de la Iglesia y el Estado, preparada en mayo de 1882 por «La Amistad»). Presentadas las propuestas desde hacía mucho tiempo, puesto que se disponía de la mayoría, sólo faltaba aprobarlas. De ello se encarga Jules Ferry, ministro de Instrucción Pública, el 15 de marzo de 1879. Aquella primera tanda incluye: la eliminación de los representantes del clero del Consejo superior y de los Consejos académicos, el monopolio del Estado en la colación de los grados universitarios y la prohibición de enseñar a las congregaciones no autorizadas. La segunda, presentada el 19 de mayo, suprime la «carta de obediencia» del obispo, precisa las condiciones de los diplomas exigidos a los profesores y crea escuelas normales de maestros y de maestras (ley del 9 de agosto de 1879). La Cámara ha aprobado

estos textos el 9 de julio, por 347 votos contra 143, lo mismo que había aprobado la ley de Alfred Naquet restableciendo el divorcio, el 27 de mayo (será promulgada el 22 de julio).

Continuando en su impulso, Jules Ferry, el 22 de febrero de 1880, señala ya el próximo objetivo: «Hay que llegar hasta el final... y proclamar resueltamente la separación de la Iglesia y del Estado». Pero en el intervalo, el Guardasellos Le Royer ha dimitido (a propósito de los últimos 830 condenados de la Comuna, asesinos e incendiarios, cuyo indulto persisten en reclamar Edouard Simon, llamado Lockroy, y Clemenceau), arrastrando al gabinete en su caída (27 de diciembre de 1879), y al día siguiente Freycinet forma el nuevo gobierno que incluye a los Hermanos Jules Cazot (Justicia), Albert Constans (Interior), Jules Ferry (Instrucción Pública), Tirard (Agricultura) y Daniel Wilson (subsecretario de Finanzas). Rechazada de nuevo por la Cámara el 12 de febrero, la amnistía plena y total no será promulgada hasta el 11 de julio. El Senado, sensible a los argumentos de Jules Simon: «Si el Estado tiene derecho a excluir a aquellos cuyas doctrinas considera peligrosas... no existe libertad de enseñanza», y al ejemplo invocado por él, de «la gran Inglaterra» y de la «república de los Estados Unidos», rechaza el artículo 7 por 148 votos contra 129 (9 de marzo de 1880). ¿Quedará bloqueada la ofensiva anticlerical? No. La Cámara, por 324 votos contra 125, decide el 16 de marzo «aplicar las leyes relativas a las asociaciones no autorizadas»; la ley sobre la enseñanza superior —menos el artículo 7— es promulgada dos días más tarde; los decretos de los días 29 y 30 de marzo conceden tres meses a los jesuitas para retirarse y tres meses a las otras congregaciones para ponerse en regla (son 500 y agrupan a 22.000 religiosos). El 4 de julio, los jesuitas son expulsados; en señal de protesta, 400 magistrados presentan la dimisión.

Sin embargo, Freycinet manifiesta cierta benignidad y, hablando en Montauban, el 18 de agosto, deja entrever la esperanza de una ley más flexible para las asociaciones. Se han establecido contactos indirectos con el Vaticano. Autor de dos cartas sobre «las armonías de la Iglesia y de la civilización» (16 de febrero de 1877, 10 de febrero de 1878), el cardenal Pecci, elegido papa bajo el nombre de León XIII (20 de febrero de 1878), se inclina más bien a la conciliación. «Ese italiano, más diplomático que sacerdote —escribe de él Gambetta el 20 de febrero de 1878—, ha pasado a través de todas las intrigas de los jesuitas; el nombre que ha escogido me parece del mejor augurio, y si no muere demasiado pronto podemos esperar un matrimonio de conveniencia con la Iglesia». De hecho, el nuevo pontífice se dedica a moderar el celo de monseñor Pie y del cardenal Bonnechose, establece contacto con Jules Simon, escribe a Gambetta y, secundado por su nuncio en París, monseñor Czachi, aconseja a las congregaciones que se pongan en regla solicitando la autorización impuesta. Pero la masonería vela; necesita gente dócil. Descontentas ya del presidente del Consejo —aunque su padre haya sido venerable—, que hace oídos sordos a una gestión de unos dignatarios del rito escocés que le han pedido que se afilie a la Orden, las logias se apresuran a reaccionar. Jules Ferry y los amigos de Gambetta, Constans (de los «Corazones reunidos», de Toulouse), Cazot (de «La Estrella de los Cévennes»), el general Favre, protestan y presentan la dimisión (19 de septiembre). El ministerio se desintegra.

Jules Ferry dispersa a los religiosos

Conservando la cartera de Instrucción Pública, Jules Ferry asume la presidencia del Consejo (23 de septiembre de 1880). Secundado por un jefe de gabinete, Alfred Rambaud, que pertenece como él mismo a la logia «La Clemente Amistad», flanqueado del sectario Fernand Buisson (co-fundador de la «Liga de Derechos del Hombre»), director en el ministerio, de Jules Steeg, inspector general de la Enseñanza primaria, y del fanático Paul Bert, ponente de la comisión, del 30 de octubre al 6 de noviembre, aplica sin contemplaciones los decretos sobre las congregaciones, dispersando 261 comunidades y 5.613 religiosos. Por iniciativa de Camille Sée, profesor de la Escuela de Medicina (15 de diciembre de 1879), y con el fin de «conquistar a la mujer, última fortaleza que el espíritu oscurantista opone al progreso humano» (según de Heredia, venerable de «La estrella polar», 20 de abril de 1878), obtiene de la Cámara la creación de Colegios de señoritas (21 de diciembre de 1880). Luego aborda la reorganización de la enseñanza primaria. La ley, formulando el principio de la gratuidad, aprobada por la Cámara el 29 de noviembre de 1880, por 356 votos contra 120, y confirmada por el Senado el 17 de mayo de 1881, es promulgada el 16 de junio de 1881. Implica 40 millones de gastos, que serán cubiertos por las comunas, gracias a unos impuestos adicionales (16,9 millones) y a subvenciones del Estado. Así, como observa monseñor Freppel, los católicos pagarán dos veces. Llegan a continuación las disposiciones legislativas imponiendo la obligación de asistir a la escuela para los niños de ambos sexos, de seis a trece años, bajo la responsabilidad de los padres, e instituyendo el laicismo al proscribir de los establecimientos —en beneficio de la «moral universal» tan del agrado de Paul Bert— toda instrucción religiosa. Presentadas el 20 de enero de 1880, serán aprobadas por 329 votos contra 134 en la Cámara el 24 de diciembre, pero, habiendo retenido el Senado una enmienda de Jules Simon, no serán promulgadas definitivamente hasta el 28 de marzo de 1882. La institución de la Escuela normal de Sévres, destinada a formar a los profesores de los Colegios de señoritas (26 de julio de 1881), y la creación de escuelas maternales (29 de julio de 1881), completan aquella organización de la enseñanza pública. En ese terreno, el Consejo municipal de París, presidido por Clemenceau, no ha cesado de dar ejemplo de sectarismo, aplicando aquellas diversas medidas con seis meses de anticipación y reclamando la secularización de los hospitales. Hérold, prefecto del Sena y masón, se dedica a quitar los crucifijos de las escuelas. La ley Labuze impone el servicio militar a los seminaristas (28 de mayo de 1881). Entretanto, Henry Brisson aprovecha la discusión del presupuesto de 1881 para tratar de someter al control del fisco los bienes de las congregaciones y ordenar una encuesta sobre los bienes del clero regular, con vistas a futuras confiscaciones.

Los éxitos obtenidos por los republicanos en las elecciones no cesan de estimularles en aquel camino. En agosto de 1880, se aseguran 1.906 escaños, en vez de 1.607, en los Consejos generales; de los 1.393 conservadores salientes no vuelven más que un millar. En las legislativas, los días 24 de agosto-4 de septiembre de 1881, de 557 escaños ganan 457, contra 40 realistas, 40 bonapartistas y 20 conservadores. Pero, seguros de la mayoría, se dividen en clanes rivales. Entre los 46 de la extrema izquierda, Clemenceau y sus «intransigentes» provocan la caída de Jules Ferry, a pesar de que la «iz-

quierda republicana» de este último cuenta con 168 diputados y dispone, con el apoyo de 39 miembros del centro-izquierda, de 207 votos, a propósito de los escándalos financieros de Túnez (5-10 de noviembre).

Gambetta —que ha regresado de Alemania el 13 de octubre—, apoyado por los 204 miembros de la «Unión republicana», consigue finalmente romper la exclusión de que le hace objeto Jules Grévy. Querría constituir un «gran gabinete» de personalidades, pero los antiguos «premiers» Jules Ferry y Freycinet le niegan su colaboración, e incluso León Say, al que asusta el proyecto de rescate de la Compania de Orléans. Se ve reducido a formar, el 14 de diciembre de 1881, con algunos elementos de segundo plano y Waldeck-Rousseau en el Interior —los Hermanos Jules Cazot (Justicia), Allain-Targé (Finanzas), Paul Bert (Instrucción Pública), David Raynal (Obras Públicas), Maurice Rouvier (Comercio), Paul Devés (Agricultura), y los subsecretarios de Estado Eugène Spüller, Lelièvre y Félix Faure, o sea, con él, 10 francmasones—, una combinación precaria. Ya que corre de fracaso en fracaso. El 29 de mayo de 1881, en Cahors, trata de negociar el escrutinio de lista a cambio de su renuncia a revisar la Constitución. Pero la Cámara, habiendo negado a Clemenceau, dos días más tarde, por 245 votos contra 184, la supresión del Senado, la Alta Asamblea no vacila en rechazar, el 9 de junio, por 148 votos contra 114, aquel sistema de escrutinio. Y al proponer una revisión parcial, implicando la supresión de los 75 senadores inamovibles, y, una vez más, su querido escrutinio, se encuentra en minoría, el 14 de enero de 1882, por 268 votos contra 218, y se ve obligado a dimitir, el 26 (por otra parte, su fin estaba próximo: murió repentinamente el 31 de diciembre).

Freycinet tomó el relevo, el 27 de enero de 1882 —con los Hermanos René Globet (Interior), Gustave Humbert (Justicia), León Say (Finanzas). Jules Ferry (Instrucción Pública), Tirard (Comercio) y de Mahy (Agricultura)—. Le sucedieron Duclerc (en agosto, con cuatro Hermanos) y luego Armand Fallières (29 de enero de 1883). Jules Ferry (21 de febrero de 1883) —flanqueado de los Hermanos Rouvier, Méline, Tirard, David Raynal, Hérisson y Félix Faure—, que hizo aprobar la ley municipal del 5 de abril de 1884 situando a las comunas bajo la tutela de los prefectos, pero devolviendo a los Consejos la elección de los alcaldes y que, tras una modificación de su gabinete, obtuvo de las Cámaras el 14 de agosto de 1884 una revisión parcial de la Constitución, imponiendo nuevas elecciones en el plazo de dos meses en caso de disolución, excluyendo de la presidencia a los miembros de las familias que hubiesen reinado en Francia, prohibiendo toda revisión susceptible de afertar desfavorablemente al régimen republicano, y, el 9 de diciembre, repartiendo los 75 escaños de los senadores inamovibles suprimidos entre los departamentos más poblados. Los republicanos, con 67 elegidos sobre 87 renovables, en enero de 1885, consolidaban por otra parte sus posiciones en la Alta Asamblea.

Y su éxito no cesaba de afirmarse en las elecciones legislativas. Salvo un leve retroceso en las de 4-18 de octubre de 1885 —a pesar de que tuvieron lugar bajo la autoridad de un gabinete de concentración formado el 6 de abril del mismo año por uno de los mayores pontífices de la Masonería, Henri Brisson (Gran Orador de la Gran Logia escocesa en 1872), con los

Hermanos Allain-Targé, Goblet y Cavaignac—, las izquierdas se habían presentado a las elecciones en orden disperso. Hasta el punto de que las derechas, con más de tres millones y medio de votos, volvían a encontrar su cifra de 1877, a pesar de que en 1881 sólo habían reunido 1.800.000 sufragios, ocupaban 202 escaños (de ellos, 73 monárquicos y 65 bonapartistas), contra los 420 representantes de las izquierdas (de ellos, 110 radicales y una docena de socialistas dirigidos por Jean Jaurès). Lo que había vuelto a llevar a Freycinet al poder, el 7 de enero de 1886 —con los Hermanos Goblet, Millaud, Lockroy, Granet y Bernard—, seguido de René Goblet, el 11 de diciembre —con los Hermanos Flourens, Berthelot, Lockroy y Granet—, de Rouvier, el 30 de mayo de 1887 —con los Hermanos Flourens, Spüller, de Heredia y Eugène Etienne— (caído el 19 de noviembre a consecuencia del escándalo Daniel Wilson, que provocó el 2 de diciembre la dimisión de su suegro Jules Grévy), de Tirard, el 12 de diciembre —con los Hermanos Flourens, de Mahy y Félix Faure—, de Charles Floquet, el 30 de marzo de 1888 —con los Hermanos Goblet, Lockroy, Deluns-Montaud y León Bourgeois—, y otra vez Tirard, el 22 de febrero de 1899 —con los Hermanos Constans, Bourgeois, Spüller, Rouvier, Eugène Etienne, Yves Guyot y Marius Thévenet—. Con sólo el 53 % de los sufragios, ya que el escrutinio de distrito les favorecía, los republicanos obtuvieron 366 escaños (de ellos 10 elegidos obreros) contra 172 conservadores y 38 boulangistas, entre las dos vueltas de los días 24 de septiembre y 6 de octubre de 1889.

Para las derechas, no obstante, aquello no era más que un rellano en una pendiente continua. Mientras que a Tirard, dimitido el 13 de marzo de 1890, sucedía Freycinet, el 17 (hasta el 18 de febrero de 1892) —con cinco Hermanos—, y luego Emile Loubet, el 27 de febrero de 1892 —con cuatro Hermanos—, Ribot, el 5 de diciembre de 1892 —con cuatro, y luego cinco Hermanos, entre ellos Albert Viger y Theophile Delcassé—, y Charles Dupuy, el 4 de abril de 1893, las elecciones del 20 de agosto de 1893, en las cuales participaron solamente 7.500.000 electores, de un total de 10,5 millones de inscritos, rebajaron sus efectivos a 76 monárquicos y 27 derechistas (en total 103) y llevaron a la Cámara 279 republicanos y 143 radicales, flanqueados por 41 socialistas con 600.000 votos (en lugar de 12 y 90.000 votos en 1889). Una verdadera marea roja. Abandonado por sus tres colegas radicales, Dupuy tuvo que ceder provisionalmente el puesto a Casimir Perier (1 de diciembre de 1893-30 de mayo de 1894) —con los Hermanos Antonin Dubost, David Raynal y Viger—, para volver a continuación hasta el 15 de enero de 1895 —con cuatro Hermanos, entre ellos Delcassé—. Y el tiovivo continúa girando. A Alexandre Ribot (27 de enero-28 de octubre de 1895 —con los Hermanos Antoine Gadaud, Emile Chautemps y André Lebon— le sucede un gabinete radical presidido por León Bourgeois: verdadero Consejo de la Orden en el que, de diez ministros, ocho eran masones —Paul Doumer (Finanzas), Cavaignac (Guerra), Lockroy (Marina), Emile Combes (Instrucción Pública), Gustave Mesureur (Comercio), Viger (Agricultura) y Paul Guyesse—. Menos sectario (a pesar de que fue orador adjunto de la logia «La Escuela Mutua» en 1869), especialista en cuestiones aduaneras y agrícolas, Jules Méline asumió a continuación la dirección de los asuntos públicos, a partir del 29 de abril de 1896 —con los Hermanos J. B. Darlan (Justicia), padre del futuro almirante, Alphonse Turrel (Obras Públicas) y André Lebon (Colonias)—. Pero presentó su dimisión el 14 de junio de 1898, ya que

los elegidos en el escrutinio de los días 8 y 22 de mayo de 1898 exigieron la constitución de un ministerio «exclusivamente republicano», formado por el pontífice Henri Brisson, el 28 de junio —con los Hermanos Delcassé (Asuntos Exteriores), Viger, Cavaignac y Bourgeois—. La nueva Cámara contaba, en efecto, con 250 progresistas, 170 radicales y radical-socialistas y 50 socialistas, contra 45 diputados de derecha y 20 revisionistas (nacionalistas antisemitas, entre ellos Edouard Drumont). Abandonado Brisson por su ministro de la Guerra, el 25 de octubre, Charles Dupuy volvió a formar gobierno desde el 1 de noviembre de 1898 hasta el 22 de junio de 1899 —con los Hermanos Delcassé (Asuntos Exteriores), Lockroy y Viger—. A continuación, la llegada al poder del abogado Waldeck-Rousseau -flanqueado de los Hermanos Ernest Monis, Delcassé, de Lanessan, Pierre Baudin y Alexandre Millerand—, la victoria del bloque de las izquierdas en las elecciones de los días 25 de abril y 11 de mayo de 1902 (350 diputados, 95 de ellos inscritos en la «Alianza Democrática», 110 radicales, 100 radical-socialistas y 45 socialistas, contra 225 moderados, 50 de ellos conservadores, 60 nacionalistas y 115 republicanos progresistas, más seis socialistas disidentes), y la constitución del gabinete Combes —con los Hermanos Delcassé (Asuntos Exteriores), Rouvier (Finanzas), Berteaux (Guerra), Camille Pelletan (Marina), Gaston Doumergue (Colonias) y Alexandre Bérard (subsecretario)—, el 15 de junio, por aquella Cámara del sectarismo masónico, desencadenaron, a favor del caso Dreyfuss, un nuevo huracán de anticlericalismo perseguidor.

Los «liberales», contra el esfuerzo social de Albert de Mun

¿Cómo había podido llegarse a aquel extremo en un país que contaba aún en 1872 con un 98 % de católicos declarados en el registro civil? ¿En tanto que, en Alemania, una minoría de fieles había sabido resistir a la «Kulturkampf» y, finalmente, imponerse en el Reichstag? ¿Falta de espíritu político, insuficiencia de cohesión, carencia de sentido social, o las tres cosas a la vez? Sin embargo, las iniciativas y los esfuerzos no habían faltado. Contra los ataques de que el papado y el clero eran víctimas en Alemania y en Italia, haciendo eco a la encíclica «Etsi multa luctuosa», del 21 de noviembre de 1873, los obispos, tales como el de Nancy, fulminaban cartas pastorales, los párrocos tronaban en los púlpitos —lo cual se aprovechaba para tildarles de belicistas—, la Obra de los Congresos y la de las Peregrinaciones, creadas en 1872, reunían multitudes —20.000 en Chartres, entre ellos 140 diputados, los días 27-28 de mayo de 1873, otros tantos en Paray le Monial, el 20 de junio de 1873—, la declaración de utilidad pública, necesaria para la expropiación de los terrenos de Montmartre donde se proyectaba erigir la basílica del Sagrado Corazón, era concedida en la Cámara, el 24 de julio de 1873, por 394 votos contra 146. Pero la tentativa de Chesnelong de convocar en París, el 3 de abril de 1877, una asamblea de los Comités católicos, había tropezado con la prohibición gubernamental.

Y la acción más profunda, emprendida por Augusto Cochin en 1864, y reasumida por Albert de Mun en abril de 1872 en los medios obreros, no había logrado imponerse. Ambos oficiales del ejército, Albert de Mun (1841-1914) y su amigo René de la Tour du Pin (1834-1925), prisioneros en Alemania, habían sido inducidos por el padre jesuita Eck y el diputado

Lingens a interesarse por el movimiento social dirigido por monseñor von Ketteler y por el abate Kolping. Más tarde, la Tour du Pin, agregado militar en Viena, había entrado en contacto con Karl von Vogelsang, el teórico del corporativismo, de la responsabilidad social unida a la idea de propiedad, adversario encarnizado de lo que él llamaba la «plutocracia». Aquellas ideas sobre la organización profesional en gremios, asociaciones y corporaciones, sobre el salario «natural» (incluyendo la cobertura de los riesgos), sobre la mejora de las condiciones de trabajo, la contrata, el arbitraje de los conflictos, los seguros, la enseñanza técnica, etc., las difundió en sus dos obras: «Hacia un orden social cristiano» (1882-1907) y «Aforismo de política social» (1909).

Entretanto, Albert de Mun, encargado por el gobierno militar de París de un informe sobre los orígenes y las causas de la Comuna, conocía a Maurice Maignen, fundador de los «Hijos de San Vicente de Paul», creador del periódico «L'Ouvrier» y de un círculo en Montparnasse, y más tarde a León Harmel (1829-1915), fabricante de tejidos en «Val des Bois», cerca de Reims, partidario de la institución de cooperativas, de mutuas, de consejos mixtos e incluso de sindicatos obreros autónomos, autor de un «Manual de la Corporación» (1894). De su colaboración surgió «La obra de los Círculos obreros», que consiguió reunir 18.000 afiliados a finales de 1875, y hasta 50.000 miembros hacia 1891. Tímido ensayo de acción social, que apenas superaba la fase del patronazgo. Pero se veía ya en él un embrión de futuros sindicatos. Y la audacia de Albert de Mun, atreviéndose a reclamar en Chartres, en agosto de 1878, el renacimiento del corporativismo en forma de asociaciones profesionales, bastó para amotinar a la tropa de los eternos sajones liberales, inveterados conservadores sociales.

En un artículo del «Correspondant» intitulado «De la Contrarevolución» (25 de agosto de 1878), Mr. de Falloux, siempre él, el ex colaborador de Thiers en 1850, se apresuró a agitar el espectro de la reacción, lo que le valió una amenaza de excomunión de monseñor Keller. En tanto que monseñor Freppel, La Cour Grandmaison, Thellier de Poncheville, apoyan la acción del conde de Mun, proponen la creación de cajas de seguridad social en 1886, votan, desde 1884 a 1898, todas las leyes sociales presentadas, que un delfinés, Hyacinthe de Gaillard-Bancel, monta los primeros sindicatos agrícolas mixtos en 1882-84 (completados con obras asistenciales, de enseñanza y con las cajas rurales del padre Aurensan), que el primer sindicato cristiano francés ve la luz en 1884 entre los obreros de las sederías de Lyon, seguido en 1887 del de los Empleados del Comercio y de la Industria, formado por el Hermano Hiéron, de las Escuelas Cristianas, y un empleado, Zirnheld, que León Harmel conduce a Roma en 1887 una peregrinación de 10.000 trabajadores franceses y que un congreso obrero reúne en Ruan, en 1896, a 600 delegados, otro liberal ciego e impenitente, el conde de Haussonville, denuncia en la «Revue des Deux Mondes», en 1885, aquellos esfuerzos susceptibles de «comprometer a la Iglesia en unas cuestiones ajenas a su ministerio». Paralizada en gran parte por aquellos ataques, la Obra de los Círculos conoce un desarrollo limitado. En cuanto a su jefe, Albert de Mun, la Cámara, para ahogar su voz, no vacila en invalidarle, con el pretexto de que el obispo de Vannes le había recomendado a los electores en marzo de 1876. Por una curiosa ironía del destino, cinco años más tarde,

en 1881, el titular de aquella misma sede episcopal pretenderá prohibir a sus ovejas que asistan a una conferencia del conde.

La «fusión» divide a los moderados

Ya que en el intervalo, para colmo de amargura, León XIII, el papa social, se dispone a asumir en Francia una postura intransigente en favor de la fusión. Él, que en su segunda encíclica, en diciembre de 1878, ha condenado «el socialismo, el comunismo, el nihilismo», y que en 1884, en la encíclica «Humanun Genus» ha denunciado a los francmasones como a los «verdaderos fautores del mal en nuestra época». Que ha concedido su apoyo a «La Obra de los Congresos en Italia (aunque prescribiendo a los fieles que boicoteen las elecciones por medio de la bula «non expedit» de 1871), a los partidos católicos belga y suizo, así como al «Centro alemán, cuyo nuevo jefe Lieber, sucesor de Windhorst, es ante todo un patriota, e incluso a los jefes de los católicos austríacos, al príncipe Aloys de Lichtenstein y al alcalde de Viena, Lueger, notoriamente antisemitas. Que ha tomado prestada su doctrina social de monseñor von Ketteler y de la Universidad católica de Friburgo. Él, que ha reprendido a los carlistas en España, porque se exponían a dividir a los católicos al considerarse, con respecto a los alfonsinos, como los únicos defensores verdaderos de la religión. ¿Cómo puede negarse, pues, apoyar a Albert de Mun —al tiempo que le cubre de alabanzas y de halagadoras condecoraciones—, cuando éste le propone en 1885 crear en Francia un partido católico, teniendo en cuenta que la Obra de los Círculos será la primera en aplaudir la promulgación de la encíclica «Rerum Novarum» (15 de mayo de 1891), cuya doctrina no ha dejado nunca de profesar? ¿Por el deseo de no conceder el monopolio de una etiqueta a un partido restringido, en el seno de una población mayoritariamente —en teoría— católica? Esto sería juicioso, a condición de dejar en completa libertad a los diversos grupos políticos que aceptan los dogmas de la Iglesia. Pero se produce todo lo contrario. No sólo las encíclicas «Nobilisima Gallorum Gens», del 8 de febrero de 1884, e «Inmortale Dei», de 1885, recomiendan la fusión —lo cual podría ser una táctica destinada a desarmar al gobierno—, sino que el Vaticano reclama la disolución de la «Unión para la Francia cristiana» de Chesnelong, patrocina la constitución de un «Comité central de la derecha republicana», agrupando en torno del príncipe de Arenberg y de Jacques Piou a un puñado de «fusionados», y replica en tono cortante con una nueva encíclica, «En medio de las solicitudes», a los cinco cardenales metropolitanos, que han declarado que «la República se ha mostrado siempre en oposición con la fe católica», con el argumento de que «¡todos los poderes vienen de Dios!» ¡Verdad más allá de los Alpes, error más acá, donde la consigna es la de boicotear al Quirinal!

Verdad, absolutamente controvertida por los hechos (¡se juzga al árbol por sus frutos!). En el momento en que el cardenal Lavigerie, a su regreso de Roma, dedica un brindis sensacional a la República, a los oficiales de la escuadra de visita en Argel, el 12 de noviembre de 1890, 195 republicanos se unen en la Cámara para reclamar la supresión de la embajada cerca del Vaticano.

En 1892, los católicos, divididos, pierden 181 escaños de consejeros generales y el control de 3.000 municipios. Las elecciones de agosto de 1893 constituyen un rotundo fracaso para los moderados (Piou en cabeza muerde el polvo). ¿Son ésos los amargos frutos de la fusión? Al menos, ¿quedará atenuado con ello el sectarismo masónico? «¡No se puede ser al mismo tiempo católico y republicano!», proclamaba el profesor Courdavaux, de la Facultad de Douai, en «La Estrella del Norte», de Lille, el 9 de mayo de 1880. Siendo la República la masonería al descubierto, según la frase del Hermano Gordaud en la asamblea del Gran Oriente de 1894, ¿se dejará engatusar el gobierno por las maniobras y las concesiones de la más alta jerarquía? ¡Ni pensarlo! La desautorización por el Vaticano, en enero de 1900, de la posición adoptada por los Padres Asuncionistas y su órgano «La Croix» en el caso Dreyfus, no pondrá coto a las investigaciones y a las actuaciones judiciales incoadas contra ellos, ni a la nueva ofensiva anticlerical, preparada para desencadenarse en aquella ocasión.

Emile Combes persigue a las Congregaciones

Waldeck-Rousseau, jefe del gobierno de «Defensa republicana», ha señalado claramente el objetivo en Toulouse, el 28 de octubre de 1899, al apetito de los sectarios: «Los mil millones de las Congregaciones». Una nueva ley, sometida a discusión el 15 de enero y promulgada el 1 de julio de 1901, excluye del beneficio de la libertad de asociación a las congregaciones, a las cuales no se concederá en adelante la autorización más que por vía legislativa y por decreto. Todas aquellas que no estén autorizadas perderán naturalmente el derecho a enseñar, lo cual permitirá devolver al redil laico los 91.000 alumnos (contra 86.000 en liceos e institutos) que persisten en frecuentar los establecimientos secundarios religiosos. De las 753 comprometidas, 607 tratan de ponerse en regla. Llegan entonces las elecciones de los días 25 de abril-11 de mayo de 1902, y la instalación en el poder de Emile Combes, antiguo seminarista convertido en médico, anticlerical obstinado a los Homais, en quien el sectarismo es una monomanía. Ministro del Interior y de los Cultos, decreta la clausura de 125 instituciones abiertas después del 1 de julio de 1901, y de otras 3.000, antiguamente autorizadas (con el pretexto de que no han respetado el plazo de ocho días previstos), obtiene de la Cámara que rechace en bloque, el 28 de marzo de 1903 (por 304 votos contra 246), y de nuevo en junio todas las peticiones de autorización (excepto cinco, que afectan a los Trapenses, a los Hermanos de San Juan de Dios, a los Cistercienses de Lérins, a los Padres de las Misiones africanas y a los Padres blancos: al parecer, las consignas de Gambetta, «el anticlericalismo no es un artículo de exportación», son respetadas). Mientras 3.000 religiosos emprenden el camino del exilio, 1.716 establecimientos se ven obligados a cerrar sus puertas al iniciarse el curso, no sin disturbios, en Bretaña. En octubre de 1903 serán 10.000, de los cuales volverán a abrirse la mitad. Un millón y medio de niños están en la calle. Después de haber cortado, hay que recoser y, como no se ha creado nada nuevo, sino únicamente trasladado a los alumnos y «desplazado el gasto aumentándolo» (Levasseur, «Cuestiones obreras»), hay que encontrar el dinero necesario para volver a colocarles y pagar a sus nuevos maestros: El presupuesto de la enseñanza primaria pública absorbe ya en 1902 (incluida Argelia) 236,6

millones, en vez de los 61 de 1870 y los 94,3 en 1877 (en 1905, habrá más de 851.000 alumnos). Entonces, en el Senado, el 27 de junio de 1903, Waldeck-Rousseau se niega a solidarizarse con su sucesor en aquella cuestión de créditos.

Pero el «padrecito» Combes no deja por ello de continuar su obra de demolición. He aquí que ahora la emprende con los 8.200 establecimientos de las congregaciones autorizadas (18 de diciembre). Aprobada en marzo de 1904, por 316 votos contra 269, la ley que los clausura es promulgada el 5 de julio de 1904. Confiada a unos Hermanos de confianza, especialmente escogidos por las logias, la «liquidación» en el sentido estricto de la palabra de todos aquellos bienes sólo aporta 35 millones a las arcas del tesoro. ¡Se está muy lejos de los mil millones! Es cierto que aquel saqueo desvergonzado ha aportado a los liquidadores, tales como Duez, encargado de ocuparse de las propiedades de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, unos ingresos extraordinarios por los que se entabló proceso en julio de 1911. En todos los terrenos, impera el anticlericalismo. A propósito del nombramiento de los obispos, por ejemplo, en el que Pío X consiente en abandonar el «nobis» de la fórmula «nobis nominavit», pero mantiene, en marzo de 1904, la necesidad de un acuerdo previo. O de las medidas vejatorias, tales como la prohibición a los soldados de frecuentar los círculos católicos, la percepción del derecho de los pobres sobre las ceremonias religiosas lo mismo que sobre los espectáculos, los procedimientos judiciales incoados a los religiosos «secularizados», etc. A raíz de la visita del presidente Loubet al Quirinal en abril, y de la convocatoria a Roma de dos obispos, Nordex y Geay, que muestran un excesivo celo hacia el gobierno, el 29 de julio de 1904, la Cámara, por una mayoría rara vez alcanzada de 427 votos contra 95, decide el cierre de la embajada cerca del Vaticano.

Un régimen de delación, calificado de «abyecto» por Ribot y Millerand, el 29 de noviembre de 1904, se instala en la Marina, en la que Camille Pelletan destroza la disciplina, atacando a los almirantes, así como en el Ejército, en el que el general político André comunica al Gran Oriente los cuadros de ascenso y de la Legión de Honor, y encarga a unos Pernot, pasante de abogado en Besoul («Los Corazones unidos»), unos Reynaud, abogado en Montelimar («Adelante»), a unos Gouttière-Vernolle, abogado en Nancy (venerable de «San Juan de Jerusalén»), que establezcan unas fichas de los oficiales. El Hermano Bidegain, subjefe del secretariado del Gran Oriente, vende por 40.000 francos al diputado Guyot de Villeneuve la prueba de que el capitán Mollien (yerno de Anatole France) y el Hermano Vadécard han reunido 25.000 fichas, y estalla el escándalo en el Parlamento. Con Clemenceau, masones notorios, tales como Paul Doumer (que se retira de las logias) y Millerand (iniciado en «La Amistad» el 21 de mayo de 1883, que será excluido el 15 de febrero de 1905), protestan, en tanto que Louis Lefferre, presidente del Consejo de la Orden, cubre a sus Hermanos que, para él, han ejercido no sólo un «derecho legítimo», sino «el más estricto de los deberes». (Hay que hacer notar que los jefes de las otras Obediencias, Raymond, Gran Comendador del Supremo Consejo escocés, y los de la Gran Logia de Francia, consideran útil mantenerse a distancia.) En el hemiciclo, Bienvenu-Martín dirige a sus 220 colegas y hermanos una señal de petición de ayuda (a la cual se negaron a contestar 35, votando contra el gobierno).

Gabriel Syveton, que ha abofeteado en plena sesión a André, aquel militar sin honor, provocando su dimisión, el 15 de noviembre, detenido, es encontrado muerto en su celda el 8 de diciembre, la víspera de su comparecencia ante el Tribunal. La *Sûreté* no carece de celo cuando se trata de cubrir a los hijos de la Viuda. Tampoco la Asamblea, que en su veleidad mantiene aún, por 265 votos contra 240, aquel gabinete de «Defensa republicana». No por mucho tiempo, por otra parte, ya que el 10 de enero de 1905 aparta a Henri Brisson de su sillón presidencial, al concederle únicamente 240 votos contra 265 a Paul Doumer, y obliga a Emile Combes a retirarse (18 de enero de 1905).

Rouvier separa a la Iglesia del Estado

Sin interrumpir por ello la ofensiva anticlerical, cuyo último objetivo, la separación de la Iglesia y del Estado, es alcanzado por Rouvier, presidente del Consejo —con los Hermanos Delcassé, Etienne, Bienvenu-Martín, Dubief y Alexandre Bérard—, el 3 de julio de 1905 (por 341 votos contra 233) en la Cámara y el 9 de diciembre en el Senado. Hábil y elocuente, el ponente de la ley Aristide Briand, ha hecho valer la institución de «asociaciones culturales» como un medio práctico de garantizar los bienes del clero secular. Pero León XIII ha muerto, y su sucesor Pío X (el cardenal Sartre, patriarca de Venecia, sacerdote de origen humilde, ignorante de los recovecos de la política y de una firmeza a toda prueba) no está dispuesto a hacer nuevas concesiones. En las encíclicas «Vehementer Nos» y «Gravissimo Officio» de los días 11 de febrero y 15 de agosto de 1906, condena la separación, rechaza los cultuales y los compromisos de las asociaciones canónico-legales, propuestas por monseñor Fulbert-Petit y monseñor Fuzet, arzobispo de Ruán, y prohíbe a los sacerdotes, «una vez más», someterse a la declaración exigida de ellos por el gobierno. Extrayendo la conclusión lógica de la separación, no vacila en nombrar, «proprio motu», catorce obispos.

Entonces, los inventarios dan lugar a tan graves algaradas —a veces sangrientas— y provocan tanta resistencia que, puesto en minoría Rouvier por 267 votos contra 224, el 7 de marzo de 1906, Briand, que permanece en su puesto en el ministerio formado por Ferdinand Sarrien, el 14 de marzo —flanqueado de los Hermanos León Bourgeois, Eugène Etienne, Albert Sarraut y Alexandre Bérard—, da pruebas de cierto espíritu de conciliación, renunciando a continuar aquellas operaciones inicuas. Sin embargo, obispados y seminarios son expropiados, y las iglesias son dejadas de modo precario a disposición del culto. En su obstinado sectarismo, la Cámara aplaude aquella lucha fratricida de las dos Francias, que sólo aprovecha al extranjero que la mantiene, y en noviembre de 1906 aprueba la publicación de una arenga de René Viviani, ministro de Trabajo, que celebra en aquel estilo ampuloso tan característico de la elocuencia parlamentaria el triunfo masónico: «¡Hemos apagado en el cielo unas luces que no volverán a encenderse jamás!»

Leon Say controla las Finanzas para los Rothschild

Para los políticos corrompidos y los hombres de negocios cosmopolitas, la agitación anticlerical constituye el mejor medio de distraer la atención popular de los problemas sociales y fiscales, y sobre todo de los escándalos financieros que son la llaga purulenta del régimen.

Thiers, como ya hemos visto, había pagado muy cara la colaboración de la alta banca con el fin de asegurar lo antes posible la liquidación de los gastos de la guerra y el pago de la indemnización. Y si consiguió que la Asamblea rechazara la amenaza del impuesto sobre los ingresos que, a ejemplo de Inglaterra en 1842, Wolowski, apoyado por Leroy-Beaulieu y el «Journal des Débats», trataba de introducir en Francia, a riesgos de crear dobles empleos, no logró imponer su política de retorno al proteccionismo. La Asamblea le autorizó, el 2 de febrero de 1872, a instituir una sobretasa de pabellón (30 de enero de 1872-28 de julio de 1873) y a denunciar, el 15 de marzo, el tratado comercial de 1860 con Inglaterra —cuyo resultado más claro había sido el de reducir la media de crecimiento anual de las exportaciones francesas de 121 millones para el período 1849-1859 a 56 entre 1860 y 1869—, pero se resistió al impuesto propuesto sobre la importación de materias primas textiles, y la modificación de la tarifa aduanera, decidida el 26 de julio de 1872 previendo unos ingresos fiscales del orden de 94 millones, tuvo que ser derogada el 25 de julio de 1873, ante la oposición de las naciones extranjeras.

Con el fin de colmar importantes déficit —425,5 millones para el ejercicio de 1872, 277 para 1873—, y no pudiendo introducir en Francia la tasa sobre las ventas (cifra de negocios), adoptada por los americanos después de la Guerra de Secesión, había tenido que admitir la imposición (muy provisional: del 28 de junio al 20 de diciembre de 1872) de los ingresos de los créditos hipotecarios y, el 29 de junio de 1872, el establecimiento de una tasa del 3 % sobre el ingreso de los valores inmobiliarios (que reportó al Tesoro 31,7 millones en 1873, y 48,2 en 1883). Pero, una vez más, los impuestos indirectos proporcionaron lo esencial de los recursos necesarios: sobre los géneros coloniales, los alcoholes (8 de julio de 1871), el registro, el timbre (23 de agosto), las tasas postales (24 de agosto), las bebidas (1 de septiembre), en total 366,3 millones, más 125 millones de sobretasas diversas en 1872. Seguro por la presencia del hugonote León Say en las Finanzas (del 30 de noviembre de 1872 al 24 de mayo de 1873) del apoyo de los Rothschild, lo que le permitió sobrevivir seis meses más a la oposición de la Asamblea, no experimentó apenas dificultades para restablecer el equilibrio presupuestario, hasta el punto de que el déficit quedó reducido a 64 millones en 1874 (2.582,5 millones de gastos reales, contra 2.518 de ingresos).

Sucesor de León Say, dispuesto a imponer unos céntimos adicionales sobre las contribuciones rústica y personal, Magne reclamó otros 120 millones a las tasas indirectas y preparó sin gran éxito, aparte de la producción de una iguala de 66,8 millones, la conversión del empréstito Morgan (31 de mayo de 1875) a 640 por 500, en 14,5 millones de renta al 3 % facilitados por la Caja de Depósitos (la cotización de la renta al 3 % había aumentado de 53 en junio de 1871 a 64 en 1875). Gracias a la progresión de los ingresos,

superando ampliamente las previsiones, los presupuestos de 1875 y de 1876 se saldaron con unos superávit de 78,5 y de casi 100 millones. Magne quería utilizarlos para aumentar el reembolso de sus anticipos a la banca (1), pero la Asamblea pretendía reducir la operación a 150 millones y Magne dimitió. El indispensable León Say volvió a hacerse cargo de las Finanzas —por cuenta de los Rothschild —sucesivamente en los ministerios de Buffet (11 de marzo de 1875), Dufauré (10 de marzo de 1876), Jules Simon (13 de diciembre de 1876), Broglie (18 de mayo de 1877) y nuevamente Dufaure (13 de diciembre de 1877).

¡Adelante con los empréstitos!

Después de las elecciones de los días 14-28 de octubre de 1877, los republicanos son, sin duda, los amos del poder... ¡Pero cuánto más aún los financieros! En adelante, «la República pide mucho prestado y reparte ampliamente las comisiones bancarias» (Hanotaux, IV, 584). Las emisiones suceden a las emisiones. Mientras que, en el presupuesto de rearme (4-31 de diciembre de 1875), se dedican 150 millones a Guerra y 20,5 a Marina, unas obligaciones a seis años cubren la primera cuenta de liquidación del conflicto (829,3 millones) y la segunda (270). En total, 1.416 millones irán a Guerra y 80 a Marina. Y también con obligaciones de 500 francos al 3 % se prepara la financiación del «plan Freycinet». Presidente de la Comisión de Finanzas, Gambetta, que vacila en instaurar el impuesto sobre los ingresos y en convertir la renta al 5 % (a pesar de que su cotización varía, no ya entre 92,05 y 100,5 como en 1874, sino entre 115,35 y 120,85 en 1880), se lanza sin medida en aquel grandioso proyecto —concebido por el politécnico Freycinet, ingeniero de la Compañía del Midi, delegado en la Guerra del gobierno de la Defensa Nacional antes de convertirse en Ministro de Obras Públicas—, que debe aumentar la red ferroviaria de Francia de 18.000 kilómetros en 1870 y 24.456 en 1878, a 38.000. Por desgracia, aquel programa, estudiado primeramente por la Comisión de los 33 (nombrada el 15 de diciembre de 1877) y por seis comisiones regionales (2 de enero de 1878), adoptado por la Cámara el 5 de marzo y por el Senado el 16 de marzo de 1878, en vez de los 3.000 millones previstos en diez años para los ferrocarriles, más mil millones para las vías navegables, absorberá finalmente más de 9.000 millones. Ya que no se ha cesado de incluir añadidos al primer tramo de 4.500 kilómetros aprobado por el Consejo Superior de Puentes y Caminos: 8.860 kilómetros de líneas secundarias, el 17 de julio de 1879, 1.659 kilómetros de ferrocarriles argelinos el 18 de julio, 326 millones para el acondicionamiento de 76 puertos, el 20, 830 millones para los ríos y los canales, el 5 de agosto.

El escándalo de los ferrocarriles

A esto hay que añadir el proyecto de rescate de la red del Oeste y de diez compañías secundarias del Centro (18 de mayo de 1878), pretexto para la

---

(1) Cuyo activo, descendido a 550 millones en junio de 1871, reconstituido entonces a 1.546 millones, permitió la reducción de la tarifa del descuento del 6 al 4 %, en tanto que los depósitos de las Cajas de Ahorro, reducidos a 711 millones de 1869, aumentaban a 1.200 millones en 1880.

millones de 4 1/2 % 1852, a 80,50 con iguala (la cotización era de 82), se salda con un semifracaso: sólo se convierten 28,8 millones. La deuda alcanza 31.865 millones, 37.000 millones con las anualidades de las escuelas, de los canales y de los ferrocarriles, y la deuda flotante 4.300 millones. Con el fin de reembolsar las obligaciones, los Bonos del Tesoro y los Bonos de Liquidación que han vencido, hay que recurrir a la emisión de 869,5 millones de renta 3 % a 92,55 el 2 de enero de 1891.

Crisis, demagogia y déficit

Pero a la República de los duques y de los Comités ha sucedido la República de los camaradas. La demagogia campa a sus anchas. Desde 1885 reina la crisis, acompañada de problemas agrícolas, paro industrial, minusvalías de los ingresos, desde 1886 a 1889, baja de las cotizaciones (del 3 %, que ha subido de 75,5 en 1878 a 83,92, vuelve a caer a 75,75 en 1887, para subir de nuevo a 100,45, el 15 de junio de 1892 —a raíz de la alianza rusa—, y el 4 1/2 % de 110 a 105. En comparación, los valores alemanes han experimentado un retroceso de 4 puntos, los italianos de 12,25, los austríacos de 16). Y este es el momento que recoge Jaurès para hacer aprobar la franquicia de las bebidas —«¡Las tabernas con nosotros!»—, que cuesta 170 millones al Tesoro. Al año siguiente (abril de 1888), lanzará como un reto: «¡Viva el déficit!», mientras que los sueldos de los funcionarios están amenazados de una vana tentativa de reducción. Pero, no importa. Lo que interesa a los parlamentarios es sobre todo aumentar la masa de recursos de que disponen para satisfacer a su clientela.

Las izquierdas lanzan repetidos asaltos para la instauración del impuesto global y progresivo sobre los ingresos (intervenciones de Jaurès, 9-10 de julio de 1894; campaña de Léon Bourgeois, aprobación de principio por la Cámara del proyecto Paul Doumer en 1896; proyectos Caillaux de 1900 y 1907: siete cédulas a la inglesa y tasa complementaria a la alemana, 694 millones sustituyendo a 690 de contribuciones antiguas, votado por la Cámara el 9 de marzo de 1908, aunque no será adoptado definitivamente hasta el 2 de julio de 1914). Los diputados no se olvidan tampoco del negocio y se reparten el plato de mantequilla: el 23 de diciembre de 1906, como regalo de Navidad, se conceden por aclamación un aumento sustancial de su paga, subiéndola de golpe de 9.000 a 15.000 francos. Los electores no acogen con agrado la medida y en las elecciones siguientes harán morder el polvo a 230 de aquellos diputados. Conscientes de ser los más impuestos de Europa (73,30, luego 99,50 *per capita,* en comparación con 61,80 en Inglaterra, 44 en Austria, 30,50 en Alemania, reconoce Antonin Dubost, presidente del Senado, en mayo de 1900), los contribuyentes han constituido una Liga en 1899 y hacen campaña con Jules Roche —sin ninguna posibilidad de éxito, por otra parte—, para la supresión de la iniciativa parlamentaria en materia de gastos (proyecto Berthelot).

En aquel régimen, en el cual el equilibrio depende únicamente de plusvalías de ingresos hipotéticos, el déficit, confesado o no, se instala de modo casi permanente: 84,5 millones en 1893, 21 en 1894, 18,1 en 1895, 8,7 en 1896; se interrumpe en 1897, +4,5; en 1898, +82,4; en 1899, +67,4; en

1900, +74,8, para volver acrecentado en 1901, 134,7 millones; en 1902, 116,99; se interrumpe de nuevo en 1903, +70,22 (gracias a 139 millones de plusvalías); en 1904, +100,5 (174 de plusvalías); en 1905, +59,5 (143 de plusvalías); reaparece en 1906, −15; 1907, −100; 1908, −54; 1909, −45; 1910, −48, y retrocede ante unas plusvalías importantes, +141 en 1911 (302), +114 en 1912 (359). El 2 de abril de 1914, en el Senado, el ponente de la Comisión de Finanzas, Aimond, valora el déficit real en 800 millones. Cierto que las cargas sociales han aumentado desde 1904: asistencia a los ancianos (80 millones en 1908, 104 en 1913), retiro obrero (23 de febrero de 1906 y 5 de abril de 1910), y que la carrera de los armamentos ha acrecentado sensiblemente los gastos militares (servicio de tres años, 21 de marzo de 1905, mantenimiento de la clase, 1910, restablecimiento de la ley de tres años, 7 de julio-9 de agosto de 1912). Pero, en contrapartida, la masa presupuestaria se ha hinchado en ingresos, de 1.738 millones en 1870 a 2.334 en 1872, 2.796 en 1878, 3.037 en 1883, 3.528 en 1897, 3.966 en 1908, 4.140 en 1909 y 5.192 en 1914. Esto corresponde a un movimiento general (en comparación con la Gran Bretaña: 80 millones de libras esterlinas en 1877-78, 195 en 1912-13; con Alemania: 1.222 millones de marcos en 1892-93 y 3.286 en 1913; con Rusia: 802 millones de rublos en 1884 y 2.846 en 1911). Por desgracia, las plusvalías han sido derrochadas sistemáticamente con fines electorales, de modo particularmente galopante a partir de 1910. De modo que, a pesar del aumento continuo de los recursos, la deuda ha pasado, en período normal, sin conflictos, sin esfuerzos especiales de desarrollo, de 13.000 millones el 1 de enero de 1870 a 30.000 millones el 1 de enero de 1900 (22 de consolidada, 7 a plazo, 1 flotante), y a 31, con 1.526 de deuda flotante en 1913, más 200 millones de bonos del Tesoro. También se han perdido los beneficios de la doble conversión de 305 millones de renta al 4 1/2 % 1883 primero, en 237,6 millones al 3 1/2 en enero de 1894, y luego en 203,47 millones al 3 %, el 9 de julio de 1902. Después de haber emitido, siempre al 3 %, 54 millones en obligaciones a corto plazo en 1908, hubo que volver al tipo de interés de 3 1/2 para obtener, el 20 de junio de 1913, a 91 (la cotización del 3 % había caído de 85,25 en febrero a 83,45), los 805 millones necesarios para rearmar «in extremis» en vísperas del conflicto mundial. Lo cual autoriza al historiador de las finanzas francesas, Marcel Marion, a concluir: «En 1914, Francia entró en la guerra en pleno desorden financiero».

El Dinero domina a los Comités

Aquel régimen de dilapidación de los caudales públicos es también un régimen de corrupción. Encuadrada —aparte de la francmasonería— por unos Comités que responden a coaliciones de intereses económicos. Comité republicano del Comercio, de la Industria y de la Agricultura o «Comité Mascuraud», creado en 1898, alianza republicana democrática de Adolphe Carnot, fundada en mayo de 1901 con el apoyo de la prensa de provincias, Partido republicano radical y radical-socialista, federando a un millar de grupos y de comités (Congreso del 23 de junio de 1901), Federación republicana moderada, constituida dos años más tarde, aquella democracia parlamentaria inorgánica no es más que una plutocracia disfrazada. Los financieros cosmopolitas dominan a los diputados del mismo modo que dominan a

la prensa y, a través de ella, a la opinión. Son reyes, y su poder no tiene contrapeso.

Fracaso contra el monopolio de la Finanza

Un establecimiento de influencia católica, puesto por el marqués de Ploeuc bajo el patrocinio del soberano pontífice y del conde de Chambord, tratará de luchar contra el monopolio de hecho de la finanza judía y hugonote. El 3 de junio de 1878 se constituye el «Banco de la Unión General», con un capital inicial de 25 millones, ampliado a 50 el 29 de abril de 1879, a 100 en noviembre de 1880 y a 150 en diciembre de 1881. El ahorro se ha apresurado a responder a su llamada. Su director, Eugène Bontoux, estuvo empleado como ingeniero con Paulin Talabot (el cual, con el apoyo de los Rothschild y la colaboración de Gallière, tránsfuga del grupo de los Péreire, llevó a cabo, desde 1856 hasta 1858, la construcción de las líneas ferroviarias de Lombardía y de la Italia central), antes de dirigir, hasta principios de 1878, la «Südbahn», la compañía austríaca Viena-Trieste y su red, por cuenta de los Rothschild (éstos, con Bartholony, se habían asegurado el control de las vías de enlace Saboya-Italia a través de Suiza, por los túneles de Mont-Cenis y de San Gotardo en 1869-1870). Gracias a sus relaciones en Viena y al apoyo del conde Taaffe, canciller de espíritu tradicionalista, Bontoux obtuvo la emisión de obligaciones de los ferrocarriles del Nordeste, y del príncipe Rodolfo, del Dominio húngaro, de la Deuda austriaca, e incluso logró crear, en el otoño de 1880, el *Oesterreichische Landerbank*, o Banco de las Provincias, con un capital de 100 millones, que no tardó en duplicarse. Los beneficios de la Unión General ascendieron a 11 millones en 1879. Sus acciones, de un valor nominal de 500 francos, se cotizaban a 750 a finales de 1879, a 930 a finales de 1880, a 2.993 a finales de 1881 y a 3.040 el 5 de enero de 1882. Dieron lugar, especialmente en Lyon, a una intensa especulación.

Súbitamente, el 12 de enero, cayeron a 1.850 para hundirse en 425 en febrero. ¿Qué había pasado? Bontoux, secundado más o menos fielmente por Feder (que más tarde se establecerá como banquero en Berlín), por Rappoport y por varios empleados judíos a los que escogió en Viena, había tenido la desgracia de tropezar no sólo con los Rothschild y con la Kreditanstalt (contra los cuales había intentado inútilmente arrastrar al Crédit Lyonnais en 1874-75 para recapitalizar el «Wienerbankverein»), sino con la *Stattsbahn* controlada por los Péreire, y luego por Camondo y el grupo Paribas-Crédit Lyonnais, en sus proyectos de llevar a cabo en la primavera de 1881 el enlace ferroviario Viena-Budapest-Belgrado, con los ferrocarriles turcos, explotados por el barón Hirsch desde el período 1869-1875. Era crearse muchos enemigos a la vez.

El sindicato adversario lanzó al mercado numerosos títulos y el banco, para sostener su cotización, tuvo que rescatarlos por valor de un centenar de millones. Para aclarar la situación bastaría probablemente una ampliación de capital de 25 millones o un simple plazo de algunos días. Pero los agentes judíos se han apoderado de unos 120 millones de créditos. Y mientras Henri Germain, director del Crédit Lyonnais, bloquea los créditos, el gobernador

del Banco de Francia, Joseph Magnin, manipulado por los regentes Rothschild, Mallet, Hottinger y Vernes, y obedeciendo instrucciones del ministro de Finanzas León Say, completamente adicto a los Rothschild, se niega categóricamente a intervenir. Entonces, el francmasón Humbert, Guardasellos en el nuevo ministerio que ha reemplazado a Gambetta (eliminado en enero de 1882 porque era partidario de la nacionalización de los ferrocarriles), se apresura a poner en marcha el aparato judicial. El 1 de febrero de 1882, Bontoux y Feder, obligados a cerrar sus taquillas el 28 de enero, son acusados de abuso de confianza y detenidos, antes de ser declarados en quiebra y condenados a cinco años de prisión y 3.000 francos de multa. ¿Qué importan las consecuencias sociales de aquel ajuste de cuentas, típico de los procedimientos en uso en los bajos fondos, en la jungla bancaria? La caída del 3 % de 85 a 78 francos, la liquidación del Banco de Lyon y del Loira, la ruina de los agentes de cambios de París, obligados a empeñarse en 80 millones, y de la mitad de los de Lyon, deudores de 65, los apuros de una multitud de ahorradores, la ruina de numerosos comerciantes, en beneficio de los grandes almacenes. ¡Qué importa, si la alta banca judía reina ahora sin competencia posible!

En un caso semejante, en 1889, Rouvier y el Banco de Francia no vacilaron en conceder un anticipo de 140 millones para recapitalizar la Oficina de Descuento, cuyo director Denfert-Rochereau acaba de suicidarse, el 5 de marzo, a raíz de unas desdichadas especulaciones con los cobres de su cliente, la Sociedad de los Metales. Es cierto que Alphonse de Rothschild participó en la operación y en la constitución de la Oficina Nacional de Descuento. Y, en los grandes escándalos que se preparan, ni los ministros, ni los magistrados de la Tercera República manifestarán tanto celo... Como no sea para cubrir a sus Hermanos en apuros. ¡La política es un negocio! No sólo para Jules Grévy, expulsado muy pronto de la presidencia por los tráficos de influencia sobre las condecoraciones a que se entrega su yerno y jefe de gabinete Daniel Wilson (5 de noviembre-2 de diciembre de 1877). Numerosos presidentes del Consejo, ministros o simples políticos están estrechamente relacionados con la Finanza. León Say, como hemos visto, hombre de confianza de los Rothschild, Freycinet, ligado a los altos bancarios, Jules Ferry, el «tunecino», el «tonkinés», combatido en la Cámara, no sólo porque sus empresas coloniales amenazan con apartar la atención del Rin y de la revancha, sino también porque con demasiada frecuencia se encuentran ligados a los más sórdidos intereses.

Jules Ferry y el asunto colonial tunecino

«No podéis dejar Cartago en manos de los bárbaros», había susurrado lord Salisbury, tentador, a oídos de Waddington, en la Conferencia de Berlín (7 de julio de 1878). Ni siquiera y sobre todo en manos de los italianos, pensaba en su fuero interno: dueños de Sicilia, de Cerdeña y de Bizerta, controlarían las dos cuencas del Mediterráneo. «¡Quieren clavarnos a Italia en la espalda!», había comentado Mac Mahon, sin el menor entusiasmo por aquel regalo púnico. Pero no por ello había dejado de hacer confirmar la postura británica por su embajador d'Harcourt (22 de julio-7 de agosto de 1878). Por su parte, Bismarck, tan deseoso como su colega inglés de oponer

Francia a Italia en el Mediterráneo, aseguró al embajador Saint-Vallier que, llegado el momento, no pondría «ningún obstáculo» a la empresa, e «incluso a la anexión». El barón de Courcel, director de los Asuntos políticos en el Quai d'Orsay, consiguió la adhesión de Gambetta, por lo que Jules Ferry no tuvo ninguna dificultad en hacer aprobar por la Cámara, el 8 de abril de 1881, los seis millones de créditos necesarios para el envío de un cuerpo expedicionario, encargado de poner coto a las incursiones de los Khroumirs en Argelia (30-31 de marzo).

Explotada descaradamente desde hacía más de veinte años por los comerciantes, los usureros y los banqueros, con la complicidad de sus tesoreros, el antiguo esclavo griego Mustafá el Khasnadar (desde 1837 hasta 1873, bajo los beys Achmed, Mohamed y su hermano Mohamed Sadock, desde el 23 de septiembre de 1859), Khéredinne y Mustafá ben Ismaël, Túnez estaba en las últimas. «El más poderoso de los agentes de destrucción es el empréstito», como observa Hanotaux (IV, 644). Y, en este caso particular, por 160 millones se habían descontado 20 por año de intereses. Una comisión europea que actuó de 1869 a 1875, rebajó aquella deuda de 350 millones en total a 125 en capital y 6,25 de intereses (23 de marzo de 1870): Sin embargo, las potencias se disputaban vivamente la concesión de obras públicas. Llegado de Beyruth en diciembre de 1874, el cónsul de Francia Roustan, tras eliminar del juego a su colega inglés Wood, tropezó con el italiano Maccio, que obtuvo la adjudicación de la línea La Goleta-Túnez, en tanto que la construcción de las vías que enlazaban Bône-Guelma, Túnez-Bizerta y Túnez-Sousse, además de las obras del puerto de Túnez, eran adjudicadas a Francia.

Y, detrás de aquellas empresas oficiales, se agitaban unos intereses más o menos confesables. Se reprocha al cónsul Roustan el haberse encariñado con una judía, Elia Mussali; a Jules Ferri, el haber apoyado los tráficos sobre los terrenos de Mustafá ben Ismaïl, de la Sociedad Inmobiliaria tunecina (24 de marzo de 1885), con la ayuda de Volterra, de Alfred Naquet y de Floquet, así como las maniobras a la baja de las obligaciones tunecinas, a las cuales se entregó su hermano Charles Ferry, ex empleado de la casa Watel, organizador con Marc Levy-Crémieux y Edgar May, del Banco Franco-Egipcio, con veinte millones de capital. Se observa que Bleichroeder ha impulsado a la expedición y que el general Lambert, que mandará en Túnez, es un judío aliado de los Rothschild. Bajo los ataques de Rochefort en «L'Independant» y los de Clemenceau en la Cámara, Jules Ferry dimite el 10 de noviembre de 1881. Pero la convención del Bardo, del 12 de mayo, no deja por ello de ser ratificada definitivamente (reanudada y terminada la conquista, momentáneamente comprometida por una retirada prematura de las tropas), gracias a la intervención de Gambetta, el 12 de diciembre de 1881, por 355 votos contra 68. Deseosa de proteger el flanco oriental de Argelia, Francia conserva el protectorado sobre Túnez, confirmado por el tratado de la Marsa del 8 de junio de 1883.

La discutida empresa del Tonkin

En cuanto a Tonkin, ocurre casi lo mismo, después de que Jules Ferry ha vuelto a la presidencia del Consejo, el 21 de febrero de 1883. Los

hombres de negocios, tentados por las riquezas mineras del país, se muestran hostiles a la creación de una zona neutral, cubriendo del lado de China a Annam, colocado bajo protectorado francés por los diversos tratados de Hué (25 de agosto de 1883-6 de junio de 1884), sucesivamente reconocidos por el Imperio del Centro (convención del 11 de mayo de 1884, confirmada en Tien-Tsin el 9 de junio de 1885). Por desgracia, en el intervalo, Langson ha tenido que ser abandonado con pérdidas (en 1884), luego vuelto a ocupar, el 13 de febrero de 1885, y de nuevo abandonado, el 29 de marzo. Para obligar a Pekin a ceder, ha sido preciso bombardear Foutcheou los días 23 y 24 de agosto de 1884. Clemenceau, que ha fracasado en un primer ataque contra el ministerio, arrastra entonces a la Cámara a rechazar, por 306 votos contra 149, un crédito de 200 millones y el envío de 10.000 hombres de refuerzo, y Jules Ferry se retira (29 de marzo de 1885). Con sus concesiones de terrenos al Banco de Indochina (29 de enero de 1875) y por sus connivencias y las de su hermano con los judíos Gunzbourg, Ulmann y Ernest Lévy, dedicados ya a la explotación del país, el primer ministro había dado pie, una vez más, a las censuras de las dos oposiciones, unidas en sus ataques.

El escándalo de los escándalos: ¡Panamá!

Apenas habían sido archivados aquellos asuntos cuando estalló el gran escándalo del régimen: Panamá. Tras haber sido aprobado por un congreso internacional, el 29 de mayo de 1879, el proyecto de canal presentado por Lesseps, una Compañía, constituida para su construcción en 1880, había abierto los días 6 y 7 de agosto una suscripción pública para procurarse los primeros fondos (800.000 acciones de 500 francos), o sea, 400 millones. Agotados aquellos recursos, notoriamente insuficientes, en 1884, la Cámara autorizó, el 9 de junio de 1888, la emisión por la Sociedad de 600 millones de obligaciones en lotes (3). Sin embargo, la Compañía suspendió sus pagos a finales de diciembre. El 2 de febrero de 1889 se encontraba en liquidación. En junio de 1890, Le Provost de Launay presentó una demanda, en nombre de los accionistas, y la justicia, después de muchas reticencias, no se decidió a entablar procedimientos contra Lesseps y Eiffel hasta junio de 1882.

¿Adónde han ido a parar los fondos? ¿Los 1.335 millones entregados por los suscriptores, de los cuales la Compañía, en vez de 720 millones, sólo ha recibido 254, gravados con 60 de gastos? Se sabrá en parte, en septiembre de 1892, por las revelaciones del dirigente antisemita Edouard Drumont en «La Libre Parole» y por el periódico «La Cocarde» de Paul Déroulède. Siete emisiones han costado a la Compañía 83 millones, 20 de ellos en «publicidad». Un miembro de la Comisión de Finanzas ha recibido 200.000 francos de propina, a raíz de la autorización del empréstito. Floquet (presidente del Consejo en 1888) ha exigido 300.000 francos de subvención para alimentar la campaña antiboulangista de cinco periodistas (según las indicaciones facilitadas por el administrador Cottu al ex ministro del Interior Constans). De las revelaciones de los judíos Aarón, llamado Arton, Jacques de Reinach, y

(3) Los promotores de aquel empréstito se llamaban: Seligman, Jacob Landau, Bleichroeder, Mamberger, Péreire, Ephrussi, Camondo, Lebaudy, Heine, Erlanger (cf. A. Chirac, «L'Agiotage sous la IIª República», 1888, t. II, pp. 302-303).

de una nota de este último traída de Londres por Andrieux el 22 de septiembre de 1893, se desprende que 1.300.000 francos han servido para «gratificar» a 104 diputados. Reinach muere repentinamente el 20 de noviembre de 1892, al día siguiente de haberse iniciado la incoacción de los procedimientos, no sin que su sobrino Joseph haya destruido sus papeles. Cornelius Herz, alma maldita de Clemenceau y comanditario de su periódico («La Justice»), que posee la lista de aquellos parlamentarios, huye a Londres, donde morirá en 1898. Se trata de un judío alemán, pasado a los Estados Unidos, médico (lo mismo que Clemenceau, que a título de tal ha participado con los nordistas en la Guerra de Secesión, en 1865), cuyo papel puede haber consistido en «cebar» a la Compañía francesa para entregarla a unas manos norteamericanas.

El 21 de noviembre de 1892, Jules Delahaye denuncia 150 «trapicheos» parlamentarios; se nombra una comisión de encuesta de 33 miembros, bajo la presidencia del «venerable» Henri Brisson; comprobará que de 500 a 600 personas han sido «untadas» (5 de diciembre), pero se esforzará en circunscribir «los daños». Las sanciones serán más que limitadas. El 28 de noviembre, Emile Loubet se retira y cede la presidencia del Consejo a Paul Ribot. A raíz del descubrimiento, en casa del banquero Thierrés, de 26 cheques extendidos por Reinach (tres millones y medio), en beneficio, entre otros, de Cornelius Herz, de Albert Grévy (hermano del ex presidente), de León Renault y de un hombre de paja de Rouvier, éste dimite a su vez de las Finanzas. Por haber reclamado a la Compañía, con Clemenceau, unos fondos para Reinach y Herz, Freycinet tiene que hacer otro tanto, y Loubet le sigue, el 10 de enero de 1893, en tanto que Floquet se ve descartado de la presidencia de la Cámara, que ocupa Casimir Périer. Después de la detención de Lesseps y de Marius Fontanes, el 16, el 20 de diciembre de 1892, cinco diputados (Rouvier, Emmanuel Arène, Jules Roche, Proust, Dugué de la Franconnière) y cinco senadores (León Renault, Albert Grévy, Devés, Thevenet y Béral), directamente comprometidos, son sometidos a unos procedimientos que no prosperan. Un proceso por estafa, y otro por corrupción, se inician el 8 de marzo de 1893. ¿Con qué resultados? Una absolución general, el 21 de mayo, aparte de Lesseps, Blondin y el ex ministro de Obras Públicas (en 1885) Beihaut, a propósito del cual Lesseps ha revelado que había cobrado 375.000 francos de la Compañía por presentar el proyecto de ley sobre el canal y que se ve condenado porque ha sido lo bastante ingenuo como para confesar. La solidaridad masónica y ministerial se ha ejercido a fondo. Y la justicia ha sabido mostrarse discreta. Se ha echado tierra al asunto. Tanto peor para los 850.000 ahorradores engañados. La nueva Compañía de Panamá venderá el canal a los norteamericanos en 1898.

Los franceses tiene muy mala memoria: el 20 de agosto de 1893 volverán a elegir a Rouvier, a Arène, a Joseph Reinach (hermanos de Jacques)... ¡y a Daniel Wilson! Y harán perder su escaño a Jules Delahaye... Sin embargo, de diez millones de electores, se abstendrán tres millones. ¿Por aversión a las costumbres parlamentarias? ¿O porque tienen consciencia de la inutilidad de su gesto, en un régimen en el que las logias y los Comités, que designan y financian a los candidatos, no dejan más elección a los ciudadanos «soberanos», en el mercado electoral, que entre unos productos de la

politiquería, de presentación y de colores distintos, desde luego, pero igualmente podridos y echados a perder?

Reagrupamiento nacionalista: Déroulède, Boulanger

Pero no todos doblan el espinazo. Los hay que se rebelan contra los corruptores. Desde la quiebra de la «Unión General», la alta finanza simbolizada por los Rothschild y —por extensión— los 150.000 judíos que viven bajo pabellón francés (50.000 de ellos en Argelia), son objeto de la vindicta pública.

Unos periódicos modestos les atacan: «L'Anti-Juif», «L'Antisemitisme» (1882-83), en tanto que Renan, en una conferencia, se apresura a socorrerles (1883). Entonces, se realizan esfuerzos para derivar hacia el nacionalismo el descontento popular. Fundada por Paul Déroulède en 1882, y con 200.000 afiliados, la «Liga de los Patriotas» reúne en culto a la revancha a descontentos y oponentes de todo pelaje. Un extremista como Rochefort, el propio judío Alfred Naquet, el más avanzado de los radicales (aunque amigo del príncipe Napoleón), apoyan su acción contra el clan Reinach-Jules Ferry. El general Georges Boulanger, popularizado por la revista de Longchamp y las canciones de Paulus, es «el hombre fuerte» de sus esperanzas. Gracias a Clemenceau se ha convertido en ministro de la Guerra en el gabinete Freycinet, y continúa siéndolo con Goblet el 11 de diciembre siguiente. Pero, a pesar de que ha dado garantías eliminando de los puestos de mando a los príncipes, preocupa a los hombres que están en el poder y Rouvier (orador de «La Reforma» de Marsella en 1869) le aparta de su nuevo equipo ministerial, el 30 de mayo de 1887. La hostilidad de Bismarck, señalada por el aumento de los efectivos en Alemania, el incidente provocado por el rapto del comisario Schnoebelé (20 de abril de 1887), el desencadenamiento en Francia del escándalo Wilson (septiembre), y la dimisión de Jules Grévy (2 de diciembre), no hace más que aumentar su popularidad. Una manifestación ha tratado de oponerse, el 8 de julio, a su salida hacia Clermont-Ferrand, para hacerse cargo del mando del XIII Cuerpo de Ejército, para el que ha sido nombrado. Retirado del servicio activo, el 17 de marzo de 1888, se hace plebiscitar en las elecciones parciales, el 8 de abril, de Dordogne, el 15 de abril en el Norte, el 19 de agosto (después de haber sido herido en duelo por Floquet, presidente del Consejo, el 12 de julio) en Charente, en el Somme y el Norte y, el 27 de enero de 1889, en París. Pero vacila y deja pasar su oportunidad, negándose a que sus partidarios le lleven al Eliseo.

Los que están en entredicho, por su parte, reaccionan con vigor. En el terreno popular, ya el año anterior, Clemenceau, que se ha vuelto contra el movimiento, ha fundado con el apoyo de las logias y la colaboración de Ranc y de Joffrin la «Liga de los Derechos del Hombre», que opone a la «Liga de los Patriotas». En el terreno parlamentario, el 13 de febrero de 1889 la Cámara aprueba la vuelta al escrutinio de distrito, al tiempo que rechaza la elección del Senado por medio del sufragio universal (14 de febrero), lo que provoca la dimisión de Charles Floquet. Y, finalmente, en el terreno judicial, el nuevo ministro del Interior del gabinete Tirard (ex venerable de «La Escuela Mutua»), formado el 22 de febrero, Ernest Cons-

tans (antiguo miembro de las logias, inscrito en los «Corazones reunidos» de Toulouse desde 1857), hombre dispuesto a todo, venal y sin escrúpulos, persigue a la «Liga de los Patriotas» (Déroulède, Laguerre, Naquet), amenaza con detener a Boulanger y hacerle comparecer ante el Tribunal Supremo, con Rochefort y Dillon, el 14 de agosto de 1889, lo cual es suficiente para ponerle en fuga. Refugiado el 1 de abril en Bruselas, con Mme. de Bonnemains, y luego en Londres, el general se suicidará sobre la tumba de su amiga, el 30 de septiembre de 1891. Sólo 38 «revisionistas» consiguieron hacerse elegir en los escrutinios de los días 26 de septiembre-6 de octubre de 1889. La aventura del general había fracasado lamentablemente. Un movimiento tan heterogéneo como el suyo, ¿tenía posibilidades de desembocar en algo más que en envenenar las relaciones entre Francia y Alemania? Muy pronto, Boulanger, suscitado por las izquierdas —a título de contraseguro en la eventulidad de un hundimiento del régimen—, se había aproximado a la Unión de las Derechas, al barón de Mackau, a G. Thibaud y al príncipe Jerónimo Napoleón. Hasta el punto de que, bajo la vigilancia del conde Dillon, se encontró financiado a la vez por la duquesa de Uzès (tre millones), por Arthur Meyer, del «Gaulois», y por el barón Hirsch (dos millones y medio). Flanqueado de Alfred Naquet y severamente controlado, sólo hubiese servido, en caso de éxito, para canalizar sobre una vía muerta el movimiento nacionalista. Con su fracaso, comprometió un poco más la causa monárquica y fortaleció el bloque republicano.

Antisemitismo social: Edouard Drumont

Sin que la oposición antisemita quedara desarmada por ello. La obra del periodista Edouard Drumont (1844-1917) «La Francia judía», publicada en 1886, conoció un gran éxito (a pesar de la negativa de las «Messageries Hachette» a distribuirla, se hicieron 20 reediciones). Aunque la parte histórica era un poco débil, al menos denunciaba con talento, en un estilo periodístico muy del agrado del público, la penetración judía en el país, especialmente a partir del Segundo Imperio. No tardó en constituirse una «Liga antisemita» y un grupo de diputados presentó incluso en 1891 un proyecto de ley que tendía a la expulsión de los judíos. Drumont fundó entonces, el 20 de abril de 1892, un órgano de combate, «La Libre Parole», que desencadenó el escándalo de Panamá y persiguió sin tregua a los diputados que se dejaban sobornar.

Lo mismo que Alemania y que Austria, aunque más débilmente, Francia reaccionaba ante la invasión que alcanzaba a todos sus centros vitales. La política, en la que secundada por sus auxiliares francmasones y protestantes, la influencia judía se ejercía de un modo preponderante. La magistratura, en la que, gracias a la depuración, los Millaud y los Naquet habían logrado introducir a los Beer, Alphandery, Eliacin Naquet, Léon-Bloch, Katz, Pontremols, Rosenfeld, Anspach, Sommer, Dalenberg, Durand, etc. La economía, en la que, por citar un solo ejemplo, Michel Ephrussi había sucedido a Moïse Friedländer como rey del trigo. La finanza, naturalmente, dominada por los dos clanes rivales de los Rothschild y de los Péreire, y por un tercer ladrón que, sustituyendo a estos últimos, se creó una posición al frente del

sindicato de los establecimientos de crédito, en los empréstitos consecutivos a la derrota, el Banco de París y de los Países Bajos.

Desarrollo de la Banca en París

El conde Adien de Germiny, encargado por el gobierno de la Defensa Nacional de negociar en Londres, en noviembre de 1870, un empréstito de 250 millones, que suscribió finalmente la banca Morgan de Nueva York, apadrinó la fusión en 1872 de sus dos elementos de origen (Banco de París y Banco de Crédito y de Depósitos de los Países Bajos), con F. Fould, Henri Bamberger, E. Gouin y J. H. Thors como principales accionistas. Su director, Henri Cernuschi, judío italiano comprometido en Milán y en Roma en los motines de 1848, se había refugiado en Francia, donde había ingresado en el Crédito mobiliario, al tiempo que colaboraba en el periódico masónico «Le Siècle». Expulsado en abril de 1870, por haber concedido una subvención de 100.000 francos al «Comité antiplebiscitario», sólo se había nacionalizado francés después de la caída del Imperio.

El nuevo banco conoció una gran prosperidad, participó no solamente en la movilización de la segunda tanda de tres mil millones de la indemnización de guerra, sino también en la consolidación de la deuda flotante española, en la adjudicación de empréstitos austríacos, en el suministro de créditos a la América del Sur (Minas Geraes, Sao Paulo, Bahía, en el Brasil; ferrocarriles argentinos), lanzó, con el apoyo de la Oficina de Descuento y del Crédito Industrial y Comercial, el Banco de Indochina en 1875, concurrió, con el Crédit Lyonnais y Hottinguer, al empréstito consecutivo a la guerra chino-japonesa, garantizado con las aduanas chinas y avalado por Rusia. Y desempeñó un papel tan decisivo en la conclusión en 1906 del primero de los empréstitos rusos, del que se reservaron a Francia 1.200 millones, que uno de sus administradores, Noetzlin, fue acusado de haber cobrado una comisión del 2 % en el negocio. Al año siguiente, después de haber delegado a uno de sus directores, Dupasseur, a la Conferencia de Algeciras, se encargó de crear, como una verdadera filial, el Banco de Estado de Marruecos, lo que le permitió controlar el desarrollo económico del futuro protectorado. Muy por debajo de aquellos altos y poderosos señores de la Finanza, un usurero listo, Neuburger, multiplicó tan bien sus taquillas en los barrios de la capital, que en memoria de un ilustre emperador romano sus oficinas fueron designadas con el nombre de «neuburgianas».

Penetración en la Prensa

Naturalmente, la prensa y todos los medios que contribuyeron a formar la opinión escapan cada vez menos a la influencia judía. Como periodistas, gerentes, comanditarios, empresarios de periódicos de gran tirada o directores de agencias, los judíos se introducen en los órganos de todas las tendencias. El «Gaulois», pasado del bonapartismo al realismo, fundado en 1867 por Edmond Tarbé des Sablons (cuyo abuelo era «carbonario») y que tiraba 28.000 ejemplares en 1870, está en manos de Arthur Meyer (ex inspector de

ventas del «Petit Journal» de Moïse Millaud) desde 1881: su segundo es un judío ruso, Elie de Cyon El «Fígaro», resucitado por quinta vez el 2 de abril de 1854 por J. Hippolyte Cartier, llamado de Villemesant (1812-1879), y convertido en diario político el 28 de mayo de 1867 (con una tirada de 28.000 ejemplares en 1870), cuenta entre sus principales colaboradores a Abraham, llamado Albert Wolff, de Colonia (llevado allí por Kugelmann) y se alineará en el bando dreyfusista. Otro periódico conservador, «L'Echo de París», tiene por fundador en 1883 a Valentín Simon, cuyos hijos Henry y Paul continuarán la obra paterna. El más antiguo de los periódicos moderados, el «Journal des Débats» de los hermanos Bertín, que ha recuperado su título el 3 de abril de 1814 y tiraba 13.000 ejemplares en 1824, puesto bajo la dirección de Edouard Bertín, hijo (con Silvestre de Sacy y Prevost-Paradol), ha reunido el centro-derecha, representado por Saint Marc Girardin, y el centro-izquierda, con John Lemoine (nacido en Londres), bajo la égida de León Say, de Raffalovitch y de los Rothschild.

Entre los órganos republicanos, el más serio y el más aburrido, «Le Temps», segunda versión (la primera de Jacques Coste y de Guizot sólo vivió desde octubre de 1829 a 1842), es un periódico protestante, fundado por un antiguo gerente de «La Presse», Auguste Nefftzer, de Colmar, el 25 de abril de 1861, y dirigido desde 1867 por el gascón Adrien Hébrard, con el apoyo financiero del duque de Penthièvre (Orléans) y la colaboración de Dolfus, Schérer, Francisque Sarcey, Jules Claretie y la de políticos tales como Charles Floquet y Jules Ferry. Más caracterizados aún como periódicos masónicos vienen a continuación «Le Constitutionnel» (heredero de «L'Independant», creado en 1815 por Antoine Jay, el intérprete de Fouché), el de mayor tirada de los periódicos de la oposición en 1824 (16.250, e incluso 20.000 en 1826), caído a 6.200 abonados en 1838 y remontado a 50.000 en 1848, después de haberse hecho cargo de él Thiers, Etienne y el doctor Véron. A continuación fue rescatado por Moïse Millaud, que en 1859 volvió a venderlo al judío bordelés Félix Solar, socio de Jules Mirès. «Le Siècle», lanzado por Armand Dutacq, el 1 de julio de 1836, con Havin y Huson como redactores, tiraba 40.000 ejemplares al término del Segundo Imperio; Jean Dupuy, que lo había comprado a Philippe Jourde, se deshará de él en 1887. En «L'Opinion Nationale», fundado en septiembre de 1859, Adolphe Guirault, antiguo sansimoniano, ha desarrollado unas feroces campañas anticlericales, que le han valido el favor del príncipe Jerónimo Bonaparte. Desde 1857 hasta 1859, Guirault había sido director de «La Presse», un periódico barato (40 francos la suscripción anual), lanzado por Emile de Girardin (1806-1881) el mismo día que su rival «Le Siècle», el 1 de julio de 1836. La fórmula, aunque no era original, puesto que acababa de ser ensayada cuatro meses antes por Léonce de Lavergne con su «Journal général de France», a 48 francos, iba a revolucionar el mundo de los periódicos, eliminando poco a poco los órganos de opinión (sometidos al timbre de 6, y luego de 5 céntimos en 1868) y reemplazándolos por diarios de gran tirada alimentados por la publicidad, atrayendo al gran público con sus titulares sensacionalistas y sus folletones populares más que por la calidad de sus artículos. Bastardo ambicioso y cínico, peligroso espadachín (mató en duelo, el 22 de julio de 1836, a Armand Carrel), alardeando de ser uno de los amantes de la Païva, Girardin no teme al escándalo ni al alboroto. Aquel comerciante en papel, que ha servido y traicionado a todos los gobiernos y dejará al morir

una fortuna de ocho millones, tendrá numerosos émulos en su tráfico vulgar (Louis Blanc *dixit)*, en el que subvenciones y propinas aumentan los recursos confesados de la publicidad. En aquella época, la Sociedad General de los Anuncios, fundada en 1845 por el abogado Charles Duvergier, sansimoniano apoyado por los Péreire, alimenta a la vez a «Les Débats», «Le Constitutionnel» y «La Presse».

De aquellos grandes empresarios de prensa, el más famoso será un judío bordelés, Moïse Milliaud (1813-1871). Para escapar a la fianza, que gravita pesadamente sobre los diarios, se le ocurre la idea de crear en París, en 1836, tres bisemanarios; luego monta un minibanco en 1838, una hoja financiera, «Le Negociateur» (patrocinada, en compañía de Crémieux, de Odilon Barrot y de Royer-Collard, por el duque de Doudeauville y el editor Victor Dalloz) y una hoja judicial, «L'Audience» (con Léo Lespés, llamado Timothée Trimm), que fusiona con «La Nation» (creada en febrero de 1843 por el abate Genou o Genoude), lo que le asegura 6.000 abonados. Entonces trafica con periódicos, rescata, con su congénere Jules Mirès, «Le Journal des Chemins de Fer», controla «Le Conseiller du Peuple» de Lamartine, desde 1847 a 1850 (35.000 abonados), compra «Le Pays» y «Le Constitutionnel», que confía al vizconde de la Guéromière, se aprovecha de los apuros de «La Presse» (puesta a subasta judicial en 1839, rescatada, pero obligada a aumentar su precio de suscripción de 40 a 48 francos antes de acrecentar su tirada, caída a 20.000 en 1849, a 63.000) para comprar por 825.000 francos la parte de Girardin (que a pesar de los avatares de su periódico se ha embolsado entre 1839 y 1857 la mitad de 2.833.000 francos de beneficios), que revende dos años más tarde, a principios de 1858, después del atentado de Orsini, así como «Le Constitutionnel», a Félix Solar, mencionado anteriormente, en tanto que Girardin se hace cargo de «La Liberté» de Dutacq, diario que costaba un sueldo y tiraba 100.000 ejemplares a finales de 1848, pero caído a 6.000 (que él elevará a 40.000 con la ayuda de Persigny), y revenderá en un millón a su sobrino Léonce Detroyat, en junio de 1870. Enriquecido con sus tráficos. Moïse Millaud, que ahora se hace llamar Polydore, lanza el 1 de febrero de 1863 «Le Petit Journal», a un sueldo (en vez de cuatro), que explotando a fondo los sucesos, con Timothée Trimm y más tarde Thomas Grimm, tira 200.000 ejemplares que, gracias a los crímenes de Tropmann, llegan a 476.000 en septiembre de 1869, para alcanzar poco después casi el millón. Un periódico ilustrado y un almanaque completan el diario, cuya sede se adorna con un verdadero bazar, una feria permanente. La postura antidreyfusista, adoptada más tarde por Ernest Judet en las columnas del «Petit Journal», le hará perder cerca de 600.000 lectores, en beneficio de sus competidores, y especialmente del «Petit Parisien», que ha permanecido neutral en el caso, a pesar de su tendencia boulangista.

Ya que el ejemplo de Moïse Millaud no ha caído en saco roto. Creado por Louis Andrieux y Jules Roche, del «Siècle», el 15 de octubre de 1876, «Le Petit Parisien», cuya tirada pasará de 300.000 a 1.100.000 en 1902 y 1.300.000 en 1904, publicado primeramente por la Sociedad de Ediciones Jean Piégu, será manejado, a la muerte de este último, por Jean Dupuy (18 de agosto de 1888), que el año anterior se había desecho del «Siècle». Aquel nuevo magnate de la prensa había quedado impresionado, en el curso de sus viajes a los Estados Unidos, por el atractivo que ejercen los concursos sobre

los lectores: introdujo la moda en Francia. Estimulado por sus éxitos, extendió su influencia sosteniendo «Le Temps» de Adrien Hébrard y adquiriendo una participación en el «Matin», otro órgano de información creado el 25 de febrero de 1884 por el inglés Alfred Edwards, especialista en reportajes financieros, con la colaboración de Jules Simon, y rescatado en 1897 por el financiero Poidatz, asociado con el agente de Bolsa Maurice Bunau-Varilla, cuyo hermano era ingeniero de la «Panamá». En sus columnas, cuya redacción controlaba Stéphane Lauzanne, Charles Laurent denunciará el escándalo de las fichas, el 25 de septiembre de 1904. Un último competidor ha surgido, el 28 de septiembre de 1892 (que tira 200.000 ejemplares): «Le Journal», fundado por Fernand Xau —encargado de la publicidad de «L'Echo de París», al mismo tiempo que traficante—, antes de pasar a manos del belga Eugène Letellier; numerosos escritores le prestan su colaboración.

Al lado de aquellos mastodontes de la prensa de masas, los diarios políticos hacen el ridículo. Sin embargo, encontramos en ellos a numerosos judíos. Entre ellos, «La République Française» de Gambetta (1871) tiene un lugar aparte: con Challemel-Lacour, el badense Eugène Spüller, Arthur Ranc, Joseph Reinach, Charles Floquet, Paul Bert, Charles de Freycinet, Maurice Rouvier y Gaston Thompson, es un vivero de ministros. Edmond About, anticlerical igualmente muy distinguido, preside los destinos del «XIXéme Siècle», creado unos meses más tarde. En el «Rappel», fundado por el hijo de Victor Hugo el 4 de mayo de 1869. Paul Maurier tiene como segundos, con Camille Pelletan, a Edouard Simon llamado Lockroy, a un judío de Turín y a Ernest Blum, de París. En el «Clairon», encontramos a Armand Levy, llamado «Yvel». En «La Lanterne», segunda versión (no es la de Rochefort), a Eugène Meyer. En «París», a Weil-Picard. En «La Justice» (1880) de Clemenceau, que ha empezado en «L'Aurore» de Ernest Vaughan, a Cornelius Herz. Ocurre lo mismo, con mayor motivo, en los diarios socialistas: «Le Citoyen» (1881), «La Bataille» (1882), «Le Petit Soir» (sostenido por el inglés Edwards —2 de septiembre de 1900-17 de julio de 1914—). En espera de que —eliminado «La Petite République» dreyfusista, que no ha podido sobrevivir al escándalo del tráfico «de los cien mil paletós» (Urbain Gohier)—, el equipo formado por Jean Jaurès funde «L'Humanité», con el apoyo de un grupo de banqueros judíos y de agentes de cambio (de los 400.000 francos reunidos por la primera Sociedad, las tres cuartas partes procedían de tres principales suscriptores: Salomón Reinach, hermano de Joseph, el profesor Lévy-Brhul y el periodista Léon Picard, llamado Le Pic). Estos dos últimos, lo mismo que el Dr. Lévi-Brahms, Jaurès, Briand, de Pressensé, Rouanet y Rouf, intervinieron con los 300.000 francos entregados por los agentes de cambio para hacer cesar la campaña desarrollada contra ellos por «La Petite République». Más tarde se añadieron: una participación de 20.000 francos del banquero Louis Dreyfus, una subvención de Bebel y de los socialistas alemanes de 25.000 francos, el 12 de octubre de 1906, y nuevas aportaciones, a raíz de la formación de la nueva Sociedad,con un capital de 125.000 francos, especialmente las de Léon Blum y de los Rothschild —las dos quintas partes del total—, bajo los nombres supuestos de Achille y de Hélène Rosnoblet.

Monopolio de las Agencias

Financiar la prensa, controlar su redacción, tenía su importancia. Pero, el mejor medio para dominarla por completo era el detentar el monopolio de las noticias que la alimentaban y de los anuncios de los cuales vivía. La idea se le ocurrió muy pronto a Charles-Louis Havas (1783-1858). De origen húngaro o portugués, casado en Portugal en 1808, banquero en París, proveedor de fondos de «La Gazette de France», fue declarado en quiebra a finales de 1815. Pero, a raíz de unos viajes efectuados a principios de 1832, logró súbitamente rehacer su situación. En agosto de aquel mismo año abrió una «oficina Havas» de traducciones de la prensa extranjera, absorbió la oficina de un demócrata alemán refugiado, Bornstein, y montó, a finales de 1835, la «agencia Havas», que suministraba sus despachos primero a «La Presse» de Girardin y al «Siècle» de Dutacq y, a favor de la revolución de 1848, a los innumerables periódicos que proliferaron en aquella época (200 en cuatro meses, 1.000 en tres años). El negocio adquirió entonces categoría internacional, gracias a la colaboración de otros emigrantes alemanes recogidos por Havas: Sigismond Englander, pero sobre todo el médico Bernard Wolff, hijo de un banquero que abriría en Berlín, con la colaboración de Werner Siemens, una agencia similar, y Paul Jules Reuter, hijo de un rabino de Cassel, editor en Berlín, que desde Aix-la-Chapelle perfeccionó la red de información utilizando palomas mensajeras, antes de instalarse en Inglaterra, en julio de 1851, para establecer allí una «Telegrafic Office». Los tres compadres concluyen entre ellos un acuerdo en julio de 1859, que vendrá a completar en 1875 un contrato con la «Associated Press», constituida en los Estados Unidos por un grupo de periódicos en 1848. Aquel monopolio mundial de las noticias no tarda en ir acompañado, en Francia, de un semimonopolio de la publicidad. En 1852, Havas se asegura el control del «Bulletin de París», creado en 1850 por un abogado liberal, Mathieu Laffitte (que seguirá apareciendo hasta 1870), y se asocia a Louis Bullier (cuya «Correspondance» se interrumpirá en 1857). Luego se fusiona con Lagrange-Cerf, la Oficina Duport y la Compañía Panis-Bigot, para constituir la Sociedad General de los Anuncios, en la que entran sus hijos en 1857. Una nueva Sociedad, fundada por Auguste Havas en septiembre de 1865, se transformó en 1879 en sociedad anónima de la «Agencia Havas», con un capital de ocho millones y medio.

Sojuzgada así la prensa —cuando apenas acababa de conquistar su libertad—, se multiplican las casas editoras judías: Picard, Bernheim, Ollendorff (de Rawicz, en Posnania), Alcan, Calmann-Lévy. Después del periódico, el libro y también los espectáculos. Los judíos suministran al teatro comanditarios, Godchaux, David Cerf, directores, Carvalho, Koscing, Simon, Mayer, Maurice Bernhart, Samuel, autores, Halévy, Millaud, Hector Crémieux, Decourcelles, Dreyfus, Blum, Wolff y, naturalmente, artistas, tales como Rachel, favorecida por una enorme publicidad. Los grandes conciertos están en manos de los Colonne, Maurice Strakesch, Bernard Ulmann, Mayer, de Londres, Schurmann sin olvidar a Wolfgang, rebautizado, más poéticamente, Pasdeloup. En la *belle époque*, ellos son los reyes de la vida parisiense, los dueños de las casas de costura, de las carreras, de las loterías, de los garitos... La aristocracia del bulevard Saint-Germain alterna con los altos hampones de la finanza cosmopolita. El pueblo, que no se engaña acerca de

ellos, les llama ahora «los tipos de arriba», el equivalente de la «gentry» británica, amancebada con las potencias del dinero. Los blasones de Francia frecuentan la casa de los Rothschild: el príncipe de Ligne, el príncipe Murat, los duques de la Tremouille, de la Rochefoucauld-Bisaccia, los Montmorency, los Fitz-James, la duquesa de Maillé, los condes de Turena y de Clermont Tonnerre, el vizconde de Harcourt; entre los políticos, los Broglie y los Buffet. El riquísimo barón Maurice de Hirsch (1831-1896), emparentado con los Wertheimer de Francfort por su madre Carolina y con los Bischoffsheim por su esposa Clara, socio de los Goldschmidt de Bruselas, acoge en sus salones a las duquesas Decazes y de Castries, a la marquesa de Beuvoir, a la condesa de La Ferronays, etc. Las hijas de los banqueros pasan a compartir el lecho con los hijos de una nobleza más o menos auténtica, unas Heine en casa de un duque de Richelieu (1875) y de un la Moscowa; una Rothschild en casa de un duque de Gramont (1878); unas Sinan en casa de un Wimpfen y de un Castries; una Mirès en casa de un Polignac; una Erard en casa de un marqués de Rochechouart; una Ephrussi en casa de un Faucigny-Lucinge; una Haber de Colonia en casa de un Grouchy. Y, recíprocamente, una Persigny en casa de un cervecero de Praga, Friedman.

El caso Dreyfus quebranta la resistencia del Ejército

Sólo el ejército resiste aún la penetración judía. De ahí el drama del caso Dreyfus. Los trescientos (más o menos) oficiales judíos, en efecto, son muy mal vistos por sus colegas. Uno de ellos, llamado Mayer, ha resultado muerto en un duelo con el marqués de Morés, uno de los jefes de la «Liga antisemita». Entonces es cuando «La Libre Parole», el 29 de octubre de 1894, ataca abiertamente al capitán de artillería Alfred Dreyfus, acusado de espionaje el 25 de septiembre. Desde hacía algún tiempo, la embajada de Alemania había logrado procurarse documentos secretos; descubiertos, dos traidores, Boutonet y Greiner, habían sido condenados. Esta vez, una nota recogida en el cesto de los papeles del agregado militar, había revelado la comunicación de cinco documentos, tres de ellos relacionados con la artillería. Confirmadas por una similitud de escritura, las sospechas habían recaído sobre el politécnico Dreyfus, a pesar de que aquel judío alsaciano, casado con la hija de un millonario, no pasaba apuros monetarios. En vez de tratar de cogerle en la trampa, para confirmar su culpabilidad, el gabinete Casimir Périer-Dupuy, a propuesta del general Mercier, ministro de la Guerra, decidió detenerle (10-14 de octubre), y su superior jerárquico, el teniente coronel Henry, comunicó la noticia a Drumont. Después de lo cual, a pesar de un mentís de la embajada de Alemania, el Consejo de Guerra, tras haber sido informado del contenido de una nota secreta del agregado militar alemán a su colega italiano, condenó a Dreyfus a ser degradado, el 19 de diciembre, y deportado a Saint-Martín de Ré (5 de enero de 1895). Una parte de la prensa nacionalista, que había sido boulangista, «La Patrie» de Millevoye y «L'Autorité», fundado en 1886 por los hermanos Granier de Cassagnac, órganos bonapartistas, «La Croix», creado por el Padre Vincent de Bailly y los Padres Asuncionistas en 1880, y sobre todo «L'Intransigeant», lanzado el 14 de julio de 1880 por Henri Rochefort (con una tirada de 200.000 ejemplares), apoyó a «La Libre Parole» en su campaña.

Pero el bando adversario, apoyado por la alta banca y por una izquierda cada vez más antimilitarista, deseoso de aprovechar la ocasión para desmantelar al Estado Mayor y su servicio de Información, estimulado bajo mano por Inglaterra, dispuesta a apoderarse de Egipto y, por consiguiente, ávida por neutralizar a Francia alimentando sus divisiones internas, no tarda en recoger el guante. Mathieu Dreyfus, el hermano, multiplica las gestiones. El anarquizante Bernard Lazare publica un folleto, «La verdad sobre el caso Dreyfus» (1886). Llamado a suceder al coronel Sandherr, el coronel Picquart, considerando apócrifos los documentos suministrados al Consejo de Guerra, enfoca sus sospechas sobre el comandante Esterhazy, un húngaro cargado de deudas, probablemente un doble agente, en cuyo poder se encuentra un telegrama del alemán Schwartzkoppen, con el cual, según el cuaderno de notas de este último, habría entrado en contacto el 10 de julio de 1894. ¿Procesarán a Esterhazy? El general de Boisdeffre prefiere cubrir el expediente sustituyendo a Picquart por el coronel Henri (14 de noviembre de 1895). Pero el clan dreyfusista, animado por Bernard Lazare, Gabriel Monod y Lucien Herr (bibliotecario marxista de la Escuela Normal Superior), se agita y une a su causa no sólo a Léon Blum y Daniel Halévy, sino también a André Gide, a Charles Péguy e incluso al católico Denys Cochin, al bonapartista Paul de Cassagnac y a los periódicos «Le Rappel», «L'Autorité» y «Le Fígaro». El senador alsaciano y protestante Scheurer-Kestner intervino cerca del presidente Félix Faure (29 de octubre de 1896) y del primer ministro Méline (3 de noviembre), y escribió una carta a Roma que publicó «Le Temps» (14 de noviembre). En resumen: Esterhazy compareció el 10 de enero de 1898 ente el Consejo de Guerra, que al día siguiente le absolvió, en tanto que el coronel Picquart era arrestado.

Entonces, «L'Aurore», de Clemenceau, verdadero jefe político de los dreyfusistas, deseoso de borrar aquel fracaso, lanza la bomba antimilitarista de Emile Zola: «Yo acuso» (14 de enero de 1898). El autor, que ya en 1892 ha publicado un libro intitulado «Por los judíos», procesado por difamación, es condenado a un año de prisión y 3.000 francos de multa (7 de febrero de 1898). Y los dos bandos se enfrentan de un modo definitivo, sin que ninguno de los dos pueda retroceder. Drumont y Rochefort organizan manifestaciones antisemitas en París, Burdeos, Marsella, Nantes, Lyon, Nancy y Argel (donde ya se habían producido disturbios durante tres días en julio de 1884 y en junio de 1885), donde el profesor Lévy es expulsado de la Universidad en 1897, en Orán y en Mostaganem (mayo de 1897), donde los motines se convierten en *pogrom*. Detenido, el animador de aquel movimiento, Max Régis, es absuelto, el diputado de Argel, Samary, reclama en la Cámara la derogación de la ley Crémieux. En las elecciones de los días 8-22 de mayo de 1898 son elegidos veinte diputados, revisionistas, antisemitas, encabezados por Drumont. Unos duelos enfrentan a Clemenceau y Drumont, y a los coroneles Henry y Picquart. Méline dimite el 14 de junio. Por muy pontífice masónico que sea, y partidario de la revisión, su sucesor Henri Brisson tiene que confiar la cartera de Guerra a un antidreyfusista, Godefroy Cavaignac. A raíz de una manifestación de la «Liga de los Patriotas» y de la dimisión del general Chourcine, sucesor de Cavaignac, tiene que ceder finalmente el puesto, el 25 de octubre, al moderado Charles Dupuy, que el 1 de noviembre forma el nuevo gabinete.

Entretanto, el caso Dreyfus ha vuelto a cobrar actualidad. No olvidemos, en efecto, que el capitán Marchand ha llegado a Fachoda en julio, que el *sirdar* Herbert Kitchener se reunirá con él poco después, y que el desenlace del otro asunto —el de Egipto—, el único que importa, se producirá el 27, con el ultimátum británico exigiendo la retirada francesa (17 de noviembre). A pesar de la opinión desfavorable de la comisión administrativa consultada, del general Boisdeffre y del ministro Godefroy Cavaignac, que dimiten el 4 de septiembre, la revisión del proceso Dreyfus es decidida el 14 de septiembre, basándose en unas declaraciones del capitán Cuignet (13 de agosto), tildando de falso el billete «Alexandrine» dirigido por el agregado militar Panizzardi a su colega alemán y comprometiendo a Dreyfus; falsificación «patriótica», con la que el coronel Henri confiesa que ha tenido que sustituir a un documento imposible de presentar por motivos diplomáticos. Encarcelado en Mont Valerian, este último es encontrado en su celda, el 31 de agosto, degollado. Esterhazy se refugia en el extranjero.

La oportuna muerte del presidente Félix Faure (6 de febrero de 1890), antidreyfusista, en una juerga galante con Mme. Stanheil, seguida de la elección, con el apoyo de Clemenceau, de Emile Loubet, uno de los más celosos encubridores del escándalo de Panamá, el 18 de febrero, rematando la campaña de la «Liga de los Derechos del Hombre», del «Fígaro», del «Temps», de «L'Aurore», de «La Petite République» (socialista) de Millerand, abre el camino a la revisión del proceso Dreyfus. En vano Déroulède intenta la descabellada empresa de arrastrar al ejército sobre el Eliseo, en ocasión de los funerales de Félix Faure, el 23 de febrero. El 3 de junio, el Tribunal de Casación liberó al coronel Picquart y ordenó la comparecencia de Dreyfus ante un nuevo Consejo de Guerra; el 22 de junio, Waldeck-Rousseau, radical frío y dócil, relevó al moderado Dupuy en el gobierno; su ministro de la Guerra, el general de Galliffet, se apresuró a «reorganizar» el ejército, destituyendo a tres miembros del Consejo superior de la guerra, suprimiendo los inspectores de armas y aboliendo las comisiones de clasificación. [Su sucesor, el tristemente famoso André (28 de mayo de 1900), notorio masón, se las arreglará para completar aquella obra de demolición, aceptando la limitación de las atribuciones del Servicio de Información en beneficio de la Sûreté, elaborando fichas de los oficiales, provocando numerosas dimisiones y, para terminar, reduciendo a dos años la duración del servicio militar.)

El nuevo Consejo de Guerra, celebrado en Rennes, confirma por cinco votos contra dos, el 7 de agosto, la culpabilidad de Dreyfus, aunque reduciendo su pena a diez años de detención. Pero el gobierno de Defensa republicana pasa por encima de aquella decisión, haciendo decretar el indulto del inculpado por el presidente de la República. En cuanto a su inocencia, el Tribunal de Casación, extralimitándose en sus poderes, se encargará de proclamarla por su cuenta el 12 de julio de 1906.

Una nueva y oportuna ola de anticlericalismo

Entretanto, el gobierno había hecho comparecer ante los jueces, acusándoles de atentar contra la seguridad del Estado, a los quince jefes principa-

les de las Ligas: Paul Déroulède, de la Liga de los Patriotas, y André Buffet, de las Juventudes realistas, condenados a diez años de destierro; Jules Guérin, de la Liga antisemita (el cual, atrincherado en la calle Chabrol, hizo frente por espacio de treinta y ocho días a la policía), a diez años de prisión, etcétera (otoño de 1899). A aquellas medidas de rigor, París replicó en las elecciones municipales de 1900 votando por los candidatos de aquellas mismas Ligas y llevando a un antisemita a la presidencia de su Consejo municipal.

Entonces, una vez más, la alta banca y la francmasonería ahogaron la cólera popular bajo una nueva ola de anticlericalismo. Un medio clásico ya de distraer a la opinión pública de los escándalos del régimen y de enterrar discretamente las reivindicaciones sociales, «gran caballo de batalla para eludir las reformas», como había afirmado monseñor Keller en la Asamblea, el 4 de julio de 1879.

CAPITULO XXVI

¡NI DIOS, NI AMO! MARX CONTRA JESUS

Ya que el progreso social constituye la menor de las preocupaciones de la plutocracia reinante. Para ella, la represión salvaje de la insurrección parisiense por Thiers ha retrasado en medio siglo el acometimiento de aquellas reformas. Para Carlos Marx, el triunfo de Bismarck ha borrado el fracaso de la Comuna; él no ha quedado desacreditado. Sin embargo, Léo Franckel ha seguido fielmente sus instrucciones. Desde luego, «La Internacional» sólo es intervenida con suma prudencia, dejando a los Federados el honor de conquistar la plaza, y a los revolucionarios blanquistas la misión de sacrificio de la última resistencia. Así ha logrado eludir sus propias responsabilidades. Pero, en el intervalo, ¿qué ha hecho del poder que detentaba? Ha girado en el vacío, sin crear nada, sin instituir nada, sin realizar nada que valga la pena. Y sus dirigentes locales han sido condenados por esa carencia. Su jefe supremo ha escapado y con ello ha visto fortalecida su posición. ¿Por qué? Porque la victoria de Bismarck, colmando sus esperanzas, le ha desembarazado de sus rivales y ha asegurado al mismo tiempo su preponderancia.

Oficialmente, desde luego, se había pronunciado en favor de la paz, vaticinando en el manifiesto del Consejo general de Londres, el 23 de julio de 1870, que «la alianza de las clases obreras de todos los países terminará por matar a la guerra». Pero en privado, tres días antes, sus confidencias a Engels no dejaban planear ninguna duda sobre su pensamiento íntimo, expresado en estos términos: «Los franceses tienen que ser derrotados. Si los prusianos resultan victoriosos, la centralización del poder del Estado será útil para la centralización de la clase obrera alemana... La preponderancia sobre el escenario del mundo del proletariado alemán sobre el proletariado francés será al mismo tiempo la preponderancia de nuestra teoría sobre la de Proudhon». A lo cual respondió Engels el 31 de julio: «Bismarck, en este momento como en 1866, trabaja por nosotros a su manera».

Carlos Marx, vencedor de Proudhon, gracias a Bismarck

Sucede que, hasta entonces, el «herr Doktor» no ha logrado imponerse en las sesiones de la «Asociación Internacional de los Trabajadores», fundada por J. G. Eccarius, en el Saint Martin's Hall de Londres, el 28 de septiembre de 1864. Sin embargo, ha participado, con el maziniano Luigi Wolff y John Weston (jefe de la «Land and Labour Leagne» en 1869) en la redacción de una proclama y de los estatutos presentados el 2 de noviembre, y sus amigos W. Liebknecht y J. B. Schweitzer le han ofrecido incluso la presidencia. Pero, en el primer Congreso, celebrado en Ginebra del 3 al 8 de septiembre de 1866, en presencia de George Odger, Eccarius, Heinrich, Bauer, Moll, etcétera, los delegados franceses han llevado su irreverencia hasta el extremo de reclamar la exclusión de los «trabajadores del pensamiento» (propuesta rechazada por 25 votos contra 20), en tanto que Marx se había esforzado en incluir en el orden del día unos puntos permitiendo «una acción concertada inmediata de los trabajadores, que responden de un modo directo a las necesidades de la lucha de clases» (al Dr. Kugelmann, 9 de noviembre de 1866), tales como la jornada de ocho horas y la limitación del trabajo de las mujeres y de los niños. En Lausana, el 2 de septiembre de 1867, si bien los alemanes, los escasos ingleses presentes y los belgas, con César de Paepe, se habían mostrado favorables al colectivismo, los franceses y los italianos habían señalado su preferencia por las tesis de Proudhon.

Al año siguiente, en Bruselas (del 6 al 13 de septiembre), donde 18 franceses, 11 ingleses, ocho suizos, cinco alemanes, un italiano y un catalán se habían reunido con 54 belgas, César de Paepe había expresado el deseo de que se organizara en todo el mundo el intercambio de los productos al precio de coste, sugiriendo que se contestara a una guerra eventual con el desencadenamiento de la huelga general, pero los delegados franceses, seguidos por la mayoría, se habían declarado a la vez «colectivistas» y antiestatales. La misma tendencia había triunfado en Basilea (del 6 al 12 de septiembre de 1869) —«El gobierno será reemplazado por los consejos de los gremios», había propuesto Pindy—, ante una asamblea mucho más numerosa (25 franceses, 24 suizos, 11 alemanes, entre ellos Liebknecht, cinco ingleses, entre ellos Applegarth, de la «Junta», cinco belgas con de Paepe, cuatro españoles, tres italianos, entre ellos Bakunin, cuatro representantes del Consejo general, Eccarius, Jung, Lercraft y Lessner, e incluso un emisario de la «National Labor Union» norteamericana), a pesar de la aprobación, por 54 votos contra cuatro, de una moción de Paepe en favor de la socialización del suelo, y de la tentativa de hacer pasar otra para la supresión absoluta de la herencia (que reunió 32 votos favorables, contra 27 hostiles y 17 abstenciones), o para la restricción de ese derecho (propuesta por Eccarius, rechazada por 37 votos contra 19). Todo aquello no favorecía a Marx, amenazado en sus ambiciones, a la vez por la influencia de Proudhon y por las maniobras de Bakunin. La derrota de Francia, hasta cierto punto, descartaba a Proudhon. En el Congreso de La Haya (del 2 al 7 de septiembre de 1872), se encontró una mayoría para excluir a Bakunin y a James Guillaume y decidir el traslado del Consejo general de la Internacional a Nueva York, donde Mazzini había instalado la sede de su «Alianza democrática universal» desde 1867 (antes de ser sustituido a su muerte, en 1872, en la dirección del «World revolutionary Movement» por Adriano Lemmi, futuro

G. M. de la masonería italiana), y a donde F. A. Sorge, secretario del Consejo federal, se había dirigido en el mes de marzo (6 de septiembre). Finalmente, Carlos Marx se imponía a sus rivales.

Un filósofo anticristiano, extraviado en la economía

Su estatua de profeta de los tiempos nuevos podría alzarse ahora, sin discusión, sobre el zócalo preparado por la victoria bismarckiana. En vano le había puesto en guardia Proudhon, el 17 de mayo de 1846: «No nos convirtamos en apóstoles de una nueva religión.» Él, Marx, filósofo llegado tardíamente (a los veintiséis años, en 1844) al estudio de los problemas económicos, alimentado de Hegel y de su contrapié Feuerbach, penetrado de que el Hombre debe ser «el único Dios para el hombre» («Homo homini Deus», Feuerbach, «Esencia del cristianismo», trad. Roy, pág. 27), e impregnado de un «materialismo dialéctico» (es decir, evolucionista, «en el sentido del encadenamiento que le es propio») basado en el concepto de «la generación espontánea... única refutación práctica de la teoría de la creación» (Marx, «Economía y filosofía, Obras filosóficas, Costes», VI, 38), y en la teoría de la selección natural de Darwin, «base biológica de la lucha de las clases en la historia» (le escribirá a Lasalle en 1861 —en «Correspondencia» publicada por Mayer, pág. 346—), animado por «la misma locura de los sistemas y la misma suficiencia insaciable», él, Marx, nuevo Mesías, anunciado por Moisés Hess —su San Juan Bautista y su iniciador en la doctrina comunista (1)—, que ha reconocido en él a «el único filósofo... que dará el golpe de gracia a la religión», sólo vive para el cumplimiento de la misión que ha recibido.

Mantenido por el trabajo de los demás

Sin embargo, aquel apóstol no predica con el ejemplo: estudiante malgastador, excluido prontamente de la Universidad como profesor, incapaz de subvenir con su trabajo a sus necesidades (exceptuando el breve período de 1853-54, en el que Charles Vane y Albert Brisbane, que le habían conocido en Colonia durante el verano de 1848, le ofrecieron colaborar en el «New-York Daily Tribune»), depende primeramente de los subsidios de sus amigos Jung y Claesen y de las colectas organizadas por ellos en Colonia y en Elberfeld. Y a continuación vivirá a costa de su amigo Engels, industrial de Manchester, que incluso le entregará, a partir de 1869, una pensión regular de 7.000 marcos (o sea, 350 libras esterlinas anuales, con numerosos suplementos, de modo que el total sobrepasará los 150.000 marcos), cuando haya vendido a su socio Ermen su participación en la empresa. Alimentado así directamente por el «sweating system», se beneficiará de una serie de herencias (6.000 francos, a título de anticipo de su madre sobre la herencia de su padre, a principios de 1858; 5.000 marcos de la de su madre Henny en 1856; 3.000 en mayo de 1861 de su tío, el banquero holandés Leon Philips —abuelo del fundador de la firma del mismo nombre—, al que ha pedido

(1) Desarrollada en sus primeras obras, «Historia santa de la Humanidad», «Triarquía europea», etc. (1837-1841).

dinero prestado en varias ocasiones, lo mismo que a Lasalle y a Ludmila Assin; 14.000 marcos, en el verano de 1864, procedentes de la fortuna de su madre, más 16.000, como legatario de su amigo Wilhelm Wolff, fallecido en Manchester). Con ese dinero, sin echar cuentas, compra casas cómodas... y vuelve a encontrarse sin recursos. O especula en la Bolsa y, muy orgulloso, se vanagloria ante su tío Philips de haber ganado 400 libras (¡).

Profeta, en todo caso, ¿cuál es su mensaje? Aquí está, tal como lo definió él mismo, en una carta a Weimeyer del 5 de marzo de 1852 («Morceaux choisis», N. R. F., págs. 198-99): «Lo que yo he hecho de nuevo (cuando los economistas burgueses habían señalado ya la lucha de clases) consiste en la demostración siguiente: 1.°, la existencia de las clases... (empeñadas en unas luchas) ligadas al desarrollo de la producción; 2.°, la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; 3.°, esa dictadura constituye en sí misma únicamente el período de transición hacia la supresión de todas las clases y hacia una sociedad sin clases». En otras palabras, su objetivo es de suscitar una mística revolucionaria, alimentada por el mito de una sociedad nueva, que traerá el paraíso sobre la tierra. Y, concibiendo su obra como una demostración, ha formulado sus conclusiones en premisas. Es decir, que la ha construido al revés. Pero ha querido darle una apariencia científica y, al hacerlo, sólo ha conseguido hacer más pesados sus oscuros razonamientos y sus fórmulas atiborradas de sutiles análisis de talmudista, de interpretaciones tendenciosas de acontecimientos históricos y de hechos económicos, de datos estadísticos mal digeridos y de seudoecuaciones matemáticas, que hacen que su lectura resulte tan decepcionante como penosa. Los errores de composición y de exposición de su obra principal, «Das Kapital», concebida en 1858, son tan patentes que en momento de encargar a Joseph Roy, traductor de Feuerbach, la versión francesa del Libro Primero, aparecido en Alemania a principios de septiembre de 1867, decidió modificar el texto (la segunda edición alemana es del 24 de enero de 1873), de modo que su publicación en Francia se escalonará de agosto de 1872 a mayo de 1875, y en Inglaterra no tendrá lugar hasta 1887. Sin embargo, su redacción había sido tan lenta que Marx no había podido aprovechar unas ofertas de Franz Duneker, editor de «Capital y Trabajo», de Lasalle (en 1858 y 1863), ni las de Meissner de Hamburgo en 1865. Sufriendo desde hacía mucho tiempo forunculosis y trastornos hepáticos, enfermo del cerebro en 1873, tendrá que abandonar durante una decena de años todo esfuerzo intelectual; atacado de una verdadera bulimia de lectura, se revela entonces prácticamente impotente para escribir; su amigo Engels y sus herederos, su yerno Paul Lafargue en cabeza, se encargaron de publicar el 3.° (1883) y el 4.° (1890) de los libros de «El Capital», después de su muerte, ocurrida el 14 de marzo de 1883.

Mensajero de la Revolución, la lucha de clases como principio y como fin

La resonancia de su doctrina, explotada con poderosos medios con unos fines políticos, no guarda la menor relación con la valía de su obra. Puesto que se trata de predicar la rebelión y de dar a las masas una conciencia

revolucionaria, la lucha de clases es evidentemente el primer punto de su demostración. El economista liberal David Ricardo (1772-1823), hijo de un judío holandés, autor en Inglaterra de un «Ensayo sobre la renta rústica» (1816) y de unos «Principios de Economía Política», había cargado ya el acento sobre «el antagonismo de los intereses de clase» y «la oposición entre salario y beneficio, beneficio y renta». Marx, pues, hace suyos aquellos argumentos, aunque para darles más fuerza, ligándolos a sus temas filosóficos favoritos, monta toda una teoría, la del «materialismo histórico»: «Las relaciones jurídicas y las formas políticas... toman sus raíces —escribe— en las condiciones de la vida material». «La estructura económica de la sociedad (es) la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que responden unas formas sociales determinadas de conciencia». «Cuando las 'relaciones de producción', que constituían antaño las formas del desarrollo de las fuerzas productivas, se convierten en obstáculo para estas últimas, nace una época de revolución social» (Marx, «Contribución a la crítica de la Economía Política», trad. Remy, París, 1899, III a VII).

Su esquema elemental no descubre, por otra parte, ni las grandes eras que, gracias al empleo de formas de energía cada vez más perfeccionadas (el esclavo, el caballo, el vapor, la electricidad, etc.), han señalado la evolución del mundo y liberado al hombre multiplicando su poder sobre las cosas, ni los ciclos ternarios de anarquía, de organización y de esclerosis del poder político, de iniciativa privada, de estatización y de asfixia financiera que rigen las grandes sociedades de la historia (y que el antiguo Egipto, en el curso de dos milenios, desarrolló dos veces). Limitándose a constatar que la necesidad de la expansión económica, en el lindero del mundo moderno, rompió los cuadros sociales de la Edad Media en beneficio de la burguesía comerciante e industrial y creó una masa proletaria desheredada, llega a la conclusión, no de que aquella desorganización es la causa del mal, sino de que «la historia de toda sociedad hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases» (2), invoca en mezcolanza las sublevaciones de esclavos de los tiempos de Espartaco, el movimiento de las comunas medievales (fenómeno al contrario de integración social), y la rebelión de las víctimas del «sweating system», no estudia en detalle, en los orígenes del capitalismo desde el siglo XVI, más que la expropiación progresiva del campesinado inglés por la «gentry» (3), olvidando extrañamente y velando con pudibundez la formación y el papel de las potencias del dinero, del capital usurario, especulativo y bursátil en el control de la economía (4), y reduce arbitrariamente las clases a «dos grandes bandos enemigos que se enfrentan directamente, la burguesía y el proletariado» (5), siendo así que las categorías intermedias son numerosas, puesto que entre los «capitalistas» existe una

---

(2) «Manifiesto comunista», *Obras económicas*, edit. Gallimard, 1963, pág. 160.

(3) «El Capital», libro 1.º, sección 8.ª, «La acumulación primitiva», págs. 1173 a 1190, *ibidem*.

(4) «En nuestro análisis del capital, sus formas más populares y, por así decirlo, más antediluvianas, el capital comercial (de las grandes compañías de comercio, sin duda) y el capital usurario, serán dejadas provisionalmente al margen» («El Capital», Gallimard, 711, sección 2.ª: «La transformación del dinero en capital»). ¡No todas las verdades resultan agradables de decir!

(5) «Manifiesto comunista», Gallimard, pág. 162.

plutocracia bancaria por una parte y unos industriales, unos comerciantes y unos «empresarios» por otra, y del lado de los asalariados, unos cuadros administrativos o técnicos, unos artesanos y unos obreros cualificados, y no sólo peones de albañil y jornaleros. Para él sólo existen explotadores y explotados, puesto que su papel consiste en azuzar a los segundos contra los primeros, teniendo como objetivo final el aplastamiento de las empresas privadas y de las clases medias.

La «plusvalía», noción incompleta y simplista

La causa teórica de aquella explotación la descubre en la «plusvalía» capitalista. Mas, para establecer su argumentación, hay que revisar primero la noción corriente del valor de las mercancías y de los servicios, y hacerla reposar sobre un solo elemento: el trabajo. En esto no hay nada de original. Sin remontarnos a Aristóteles, toda una estirpe de economistas le han precedido en ese camino. Boisguilbert, aquel enemigo de las potencias del dinero, declaró en «Le detail de la France», en 1697, que el «justo valor» equivale al tiempo de trabajo. Esta definición, es cierto, huele demasiado a escolástica para que su perfume «moral» pueda ser del agrado de Carlos Marx. Pero he aquí a Locke, a los fisiócratas, y he aquí a Benjamín Franklin, a la búsqueda de una medida del valor, distinta de los metales preciosos, y que la descubre en el trabajo: «Dado que el comercio en general no es otra cosa que un intercambio de trabajo por trabajo, por medio del trabajo se estima más exactamente el valor de todas las cosas» (edit. Sparks, 1836, II, 267). Y lo mismo Sismondi, en 1819, y el irlandés Thomson, en 1824, y John Gray, que en 1831 expone la tesis «del tiempo de trabajo, unidad de medida inmediata a la moneda». Y Rodbertus, Fourier, Louis Blanc, Proudhon. E incluso unos liberales, Adam Smith y sobre todo Ricardo, que determina el valor de todas las mercancías, incluso del oro y de la plata, por la cantidad de trabajo que se encuentra materializado en ellas. «El valor de una mercancía depende de la cantidad relativa de trabajo necesaria para su producción». Por tanto, Marx no tiene ninguna dificultad, ni ningún mérito, al utilizar aquella noción como único eje de su razonamiento. En cambio, demuestra cierta valentía al hacerlo, después del fracaso de Robert Owen y de su Bolsa de intercambio de trabajo entre corporaciones, y el más limitado y más realista de la Banca efímera de Proudhon en 1847. Pero, ¿qué importa la experiencia? Aunque quiere dárselas de tal, Carlos Marx no tiene nada de científico, es un teórico, un filósofo que desprecia profundamente a los socialistas, «que no cesan de experimentar sus utopías», los Saint-Simon, los Owen, los Fourier, las estaciones tipo «New Harmony» o falansterio, las encuestas a lo La Play, las monografías, los sondeos, e incluso el estudio de programas a los que tilda despectivamente de «recetas» (6). Para él, que lo ignora todo de los métodos de estudio de la economía política, todos los escritores, incluso socialistas, que «rechazan toda acción política y sobre todo toda acción revolucionaria», no son más que unos «utópicos». En su jerga, en efecto, «científico» significa «revolucionario». Simple cuestión de entenderse sobre el significado de las palabras.

---

(6) «'La Revue Positiviste' me ha reprochado, escribe Marx, el haber hecho economía política metafísica, el haberme limitado a un simple análisis crítico... en vez de formular unas recetas», Gallimard, 555.

El valor-trabajo: petición de principio

Dedicado, pues, a definir el valor por el trabajo, lo hace en los siguientes términos. En su «Crítica de la Economía Política» (1859): «Para comprender la medición del valor de cambio por el tiempo de trabajo... el trabajo se reduce a trabajo simple, trabajo social, trabajo general abstracto» (Gallimard, 281). Con una corrección un poco forzada: «Es falso afirmar que el trabajo que crea los valores de uso es la única fuente de la riqueza que produce... existe la materia como condición necesaria» (idea mejor expresada por el economista inglés William Petty: «En la mercancía, el trabajo es el padre y la tierra la madre»). En cambio, continúa, «el trabajo que crea el valor de cambio es una forma específicamente social del trabajo» (sin duda, la fuerza de trabajo necesaria para la reproducción de la mercancía...). En «Salario, precio y plusvalía» (1865), ¿aclarará Marx su pensamiento? «Una mercancía tiene un valor porque es una cristalización del trabajo social», expone. «El tamaño de su valor... depende de la mayor o menor cantidad de... masa relativa de trabajo necesaria para su producción» (*ibid.*, 501), «incluido el trabajo anteriormente incorporado a la materia prima y a los instrumentos de producción» (503). «Los valores de las mercancías están en razón directa del tiempo de trabajo empleado en su producción, y en razón inversa de las fuerzas productivas del trabajo empleado» (505). Conclusión: «El precio del mercado expresa únicamente *la cantidad media de trabajo social* necesario... para suministrar al mercado... un determinado artículo» (506). El trabajo no es, pues, únicamente la esencia, sino también la medida del valor.

En «El Capital» (libro 1.º, «Desarrollo de la producción capitalista», sección 1.ª, «Mercancía y medida»), Marx no añade nada a esa noción vaga e inconcreta. «Es, pues, únicamente el *quantum* de trabajo o el tiempo de trabajo necesario, en una sociedad determinada, para la producción de un artículo, lo que determina la cantidad de valor». Pero hay trabajo y trabajo... ¿Cómo apreciar su calidad? La objeción no escapa a Marx, que la elude con esta vaga fórmula: «El trabajo complejo (se refiere al trabajo cualificado) no es más que una potencia de trabajo simple» (determinada arbitrariamente, ¿por quién y cómo?).

Planteado esto, aunque bastante mal, Marx extrae como consecuencia su teoría de la plusvalía. Siguiendo al fisiócrata Le Trosne («Interés social», 1797), a Ricardo y a Rodbertus (1805-1875), y tomando una vieja idea de Thomas Hobbes en el «Leviathan», observa que «lo que el obrero vende» al empresario capitalista es «su fuerza de trabajo» (Arbeitskraft) y que «el valor de la fuerza de trabajo está determinado por el trabajo necesario para su mantenimiento o su reproducción (en «Salario, precio y plusvalía», 1865, Gallimard, pág. 509), valor que equivale por ejemplo, para un obrero textil, a seis horas de trabajo por día (pág. 511), pero, de hecho, más allá de las seis horas que le son necesarias para producir el equivalente de su salario o el valor de su fuerza de trabajo, el obrero tendrá que trabajar otras seis horas, que Marx llama horas de «sobretrabajo»; ese sobretrabajo se realiza en una plusvalía y un superproducto (pág. 512). «La plusvalía... es lo que yo llamo beneficio». Una parte, en forma de interés, vuelve al capitalista prestador de dinero, que ha permitido la adquisición de los medios, de los instrumentos

de trabajo. «La renta, el interés y el beneficio industrial no son más que nombres distintos de la plusvalía... o del trabajo no pagado» (pág. 516). Desposeído así por el capitalista de una parte importante del producto de su trabajo (Arbeitsprodukt), al obrero no le queda más que un recurso, la revuelta para «la abolición del salariado» (pág. 532).

En «El Capital» (Gallimard, pág. 719), Carlos Marx insiste en esas ideas, precisando que «la fuerza de trabajo tiene el valor de los medios de subsistencia necesarios para el que la pone en juego» (en consecuencia, es una especie de salario mínimo vital), formulando en múltiples ecuaciones la tasa de la plusvalía (7), distinguiendo entre capital constante («la parte del capital que se transforma en medios de producción... materias primas, materias auxiliares e instrumentos de trabajo) y capital variable («la parte del capital transformada en fuerza de trabajo... (que) reproduce su propia equivalencia y, además, un excedente, una plusvalía, que puede variar»), y distingue aún entre «plusvalía absoluta» («la plusvalía producida por la simple prolongación de la jornada de trabajo») y «plusvalía relativa» («que procede por el contrario de la abreviación del tiempo de trabajo necesario... y de la prolongación correspondiente del sobretrabajo»). Para llegar a la conclusión de que «en el sistema capitalista... el objetivo determinante de la producción es la plusvalía (pág. 1002, sección 5.ª), de que «toda plusvalía... beneficio industrial, interés, ganancia comercial, etc., es en sustancia la materialización de un trabajo no remunerado» (pág. 1027, sección 6.ª, y 1076, sección 7.ª). Por consiguiente, «el capital es trabajo muerto que, semejante al vampiro, sólo se anima chupando el trabajo vivo, y cuanto más chupa más alegre es su vida» («El Capital», edit. Social. 1229).

La ley del capitalismo, pues, «al capitalizar la plusvalía» (pág. 1082, sección 7.ª), es la de «acumular por acumular, producir por producir» (pág. 1099, sección 7.ª). «El desarrollo de la producción capitalista necesita una ampliación continua del capital colocado en una empresa» (pág. 1096). Con una tendencia al «aumento progresivo de su parte constante, a costa de su parte variable»... (pág. 1134), «desembolsada en salarios» (ha precisado, siguiendo a Sismondi y a Ricardo, en «Salarios, precios y plusvalía», Gallimard, 531-532). «Esa parte del capital constante, que se anticipa en forma de utillaje y que Adam Smith ha llamado "capital fijo", funciona siempre por entero en los procesos de producción periódicos, mientras que, por el contrario, al utilizarse poco a poco, sólo transmite su valor por fracciones a las mercancías que ayuda a confeccionar sucesivamente» (pág. 1115). Existe, pues, una tendencia «a rechazar más o menos el valor del trabajo hacia su límite mínimo» (ídem Sismondi, Ricardo).

(7)

$$\text{Tasa de la plusvalía} = \frac{\text{tiempo de trabajo extra}}{\text{tiempo de trabajo necesario}} = \frac{\text{sobretrabajo}}{\text{trabajo necesario}} =$$

$$= \frac{\text{plusvalía}}{\text{valor fuerza de trabajo}} = \frac{\text{plusvalía}}{\text{capital variable}} \quad (1009)$$

sin resolver por ello la petición de principio: valor de una jornada de trabajo de doce horas = doce horas de trabajo.

Una contraverdad: maquinismo = baja de los salarios

Así, según Marx, los obreros serían las primeras víctimas del maquinismo. En virtud de una «ley que establece una correlación fatal entre la acumulación del capital, la acumulación de la miseria» (pág. 1163) y «el aumento del proletariado» (pág. 1123). Ya que, dice, «sea cual sea la tasa de los salarios, alta o baja, la condición del trabajador debe empeorar a medida que el capital se acumula» (?) (pág. 1163). En el Manifiesto comunista ha multiplicado ya las afirmaciones de ese tipo, que la evolución de los hechos económicos no cesaría de desmentir: «En la misma medida en que se desarrolla el capital vemos desarrollarse el proletariado, la clase de los trabajadores modernos... obligados a venderse... como una mercancía» (de acuerdo, hasta una determinada época). Pero, a continuación, «el productor se convierte en un simple accesorio de la máquina», su salario baja, reducido al «costo de los víveres que necesita para subsistir». «A medida que el maquinismo y la división del trabajo (su bestia negra) aumentan, la suma de labor aumenta» (?) (pág. 168). «Cuanto más se desarrolla la industria moderna... menos habilidad y fuerza exige el trabajo manual» (pág. 169). «Las situaciones se nivelan cada vez más en el seno del proletariado, a medida que el maquinismo... lleva el salario a un nivel igualmente bajo» (?) (pág. 173). Resulta difícil acumular tantos errores de visión en tan pocas palabras, ignorar que las nuevas fuentes de energía alivian la fatiga de los hombres, poniendo a su servicio esclavos naturales, que las máquinas convierten al peón en obrero cualificado, permiten la reducción de la jornada de trabajo, acarrean la baja de los precios, preparan el alza de los salarios, etc. ¿Era realmente Marx tan corto de vista —él, que en libro 1.º de «El Capital» (edit. Social, I, pág. 289), elogiará sin reservas el «maravilloso desarrollo» de la legislación social en Inglaterra y «el renacimiento físico y moral de los obreros» que resulta de ella—, o sólo se preocupaba, en lo inmediato, de reclutar entre los destructores de máquinas adeptos de la revolución proletaria?

No es más afortunado, por otra parte, cuando estudia las repercusiones del desarrollo del maquinismo, del aumento del «capital constante» y de la disminución del «capital variable» sobre los propios capitalistas. Sus contradicciones llegan al colmo. Ya que llega a escribir: «Como lo único que tiene valor es el trabajo realizado... la masa total de valor, incluida la plusvalía que un capitalista realiza, está determinada exclusivamente por el número de obreros que explota» («El Capital», I, trad. Roy, edit. Social, I, pág. 300). Es decir, que al recurrir al maquinismo, ese capitalista va a reducir su beneficio hasta el punto de condenarse a sí mismo, a la larga... ¿Al razonar así, Marx no se deja obnubilar por la preocupación de demostrar lo ineluctable de la caída del capitalismo, que es en efecto el segundo punto de su demostración? Para escapar de esa «contradicción evidente con toda experiencia basada en las apariencias» —que él sólo señala para eludirla en el libro 1.º de «El Capital» (pág. 300)—, se dedica en su último libro a elaborar penosamente una teoría muy complicada y que no tiene nada de convincente.

Desde luego, tiene que reconocer que una empresa mecanizada, al reducir su costo de producción total, realiza, en relación con el precio de

mercado medio, un «superbeneficio» (8). «Una disminución de la masa de trabajo... aparece incluso (escribe en «El Capital», libro III, cap. IX, ed. Costes, X, pág. 52), en determinadas condiciones, como fuente primera del aumento del beneficio, al menos para el capital aislado». Pero no por ello deja de mantener que, para el conjunto, el beneficio «es el resultado de la explotación general del trabajo por el capital total» (pág. 52), haciendo intervenir, por su parte, el fenómeno de la emigración de los capitales hacia las empresas más ventajosas y, por otra parte, la «ley» de «la baja tendencial de la tasa del beneficio» (9), que él expresa así: «Dado que la masa de trabajo vivo empleado disminuye siempre con relación a la masa del trabajo realizado puesto en movimiento, es decir, la masa de los medios de producción consumidos productivamente, se deduce de ello que la parte de ese trabajo vivo no pagado y realizado en plusvalía, se encuentra siempre en disminución con relación a la importancia del capital total empleado... La tasa de beneficio, pues... debe bajar continuamente» («El Capital», libro III, cap. 13, Molitor, X, pág. 123). (¡Lo que se concibe bien se enuncia con claridad!) No basándose en ningún dato válido, esos puntos de vista no han dejado de ser rebatidos por los hechos, incluso en vida de Marx, ya que el enorme aumento del capital fijo de las empresas no ha provocado, ni reducción de beneficios, ni baja de los salarios. La afirmación del «Manifiesto comunista»: «El obrero moderno, lejos de elevarse con el progreso de la industria... cae cada vez más bajo», no ha tenido confirmación (ed. Gallimard, pág. 178). Unas páginas más adelante, por otra parte, un párrafo del mismo texto la desmentía ya, al constatar que «en los países en los que se ha desarrollado la civilización moderna, se ha formado una nueva capa de pequeños burgueses, que se constituyen sin cesar» (*ibid.* pág. 185). (¿Es posible?)

La concentración capitalista y la guerra preparan la colectivización

Nuestro filósofo extraviado en la economía continúa imperturbablemente su demostración. A fin de «desquitarse» sobre la cantidad («El Capital», III, Costes, X, págs. 154-55), el empresario, obligado a producir más, provoca unas crisis, «una epidemia de superproducción», dice el «Manifiesto comunista» (pág. 167), que quebrantan al sistema capitalista. La baja de la tasa de beneficio... «favorece la superproducción, la especulación, las crisis, el capital en excedente y la superpoblación» («El Capital», III, Costes, X, pág. 173), la «formación de un ejército industrial de reserva (*ibid.* pág. 76). «El subconsumo de las masas... desemboca en crisis», confirma Fr. Engels

(8) Los elementos, capital constante, capital variable y plusvalía, estableciéndose por ejemplo en: 70 + 30 + 30 = 130 para una empresa artesanal, y en 90 + 10 + 10 = 110 para una empresa mecanizada, o sea, un «superbeneficio» de 10, sobre un precio medio de mercado de 120.

(9) Es decir, volviendo al ejemplo anterior, de un precio de mercado de 120 (80 + + 20 + 20), esa tasa ($\frac{\text{plusvalía}}{\text{capital constante + capital variable}}$) se establecería en 20 %

$\frac{20}{80 + 20}$ o en $\frac{20}{100 + 20}$ = 16,66 %, si el capital constante se eleva a 100.

(Anti-Dühring, pág. 326). Pero una causa más profunda y más constante determina la tranformación progresiva del capitalismo, abriendo los caminos al colectivismo: la concentración de la economía. En ese terreno, ampliamente explorado antes que él por Sismondi, Louis Blanc, Pecqueur, Considerant y Proudhon («la competencia matará a la competencia»), Marx pisa un suelo más sólido, en el que la propia alta finanza se encarga de allanarle el camino. «Las leyes inmanentes de la producción capitalista... desembocan en la concentración de capitales» («El Capital», edit. Gallimard, libro I, pág. 1239): «A medida que la acumulación y la producción capitalista se expansionan, la competencia y el crédito, los agentes más poderosos de la centralización, inician su desarrollo» (*ibid.*, pág. 1138). La constitución de sociedades por acciones proporciona los medios necesarios, añade (*ibid.*, pág. 1140). «En una sociedad determinada... (esa centralización no alcanzará) su último límite hasta el momento en que todo el capital nacional forme un solo capital en manos de un solo capitalista o de una sola compañía de capitalistas» (pág. 1139). Pero, a aquella forma dominante de la burguesía, opone la fuerza revolucionaria del proletariado. «A medida que disminuye el número de los potentados del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de ese período de evolución social, aumentan la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación, pero también la resistencia de la clase obrera... unida y organizada... El monopolio del capital se convierte en una traba... La (envoltura) capitalista se rompe en pedazos. La hora de la propiedad capitalista ha sonado. Los expropiadores son a su vez expropiados» («El Capital», I, cap. 32, edic. Social, pág. 203).

¿Sólo por el juego de las leyes económicas, de la concentración de los capitales y de la «pauperación creciente», precursora de la «catástrofe final», como exponía Engels en los «Anales franco-alemanes», en 1844, como esperaba firmemente Marx a raíz de las crisis de 1857 y de 1864? ¿O por la destrucción, «por medio de la violencia del antiguo orden social», predicada por el «Manifiesto comunista» (trad. Molitor, págs. 81 y 119), y expresada en la consigna final: «¡Proletarios de todos los países, uníos!»? La violencia, comadrona de la sociedad en gestación, como dice Engels (Anti-Dühring, pág. 216), en otras palabras, por medio de la acción política, revolucionaria, de acuerdo con el voto emitido por la Internacional en Londres en 1871, acción llevada a cabo por todos los medios, conflictos sindicales, huelgas de contenido social, alianzas provisionales, incluso con partidos demócratas burgueses, en el plano político, motines y, si es necesario, actos de terrorismo, en el plano revolucionario («Nouvelle Gazette rhénane», M. C., pág. 197, 7 de noviembre de 1848, a raíz del encarcelamiento del doctor Andreas Gottschalk en Colonia, el 26 de septiembre), sin olvidar, en el plano internacional, la guerra (otra gran engendradora de revoluciones), en 1849, en 1871 y en 1877, con ocasión del conflicto ruso-turco. Entre esas diversas tácticas, las contradicciones no son más que aparentes, todas son buenas, con tal de que resulten eficaces y contribuyan al resultado final, la abolición de la propiedad, la colectivización de los bienes, la instauración de la dictadura del proletariado, anunciada, mucho antes que por Marx, por Henri Heine (1842) y por Blanqui (1848).

Un profeta que falla a menudo

¿Quiere esto decir que Marx, en el terreno táctico, no ha multiplicado los errores de apreciación y las consignas contradictorias? Todo lo contrario. En 1848, en su «Manifiesto», preconiza la alianza de los comunistas, en Francia con el partido demócrata-socialista, en Suiza con los radicales, en Polonia con los agrarios, sublevados en Cracovia en 1846, en Alemania, un frente común con la burguesía, cuya revuelta contra la monarquía absoluta «será indiscutiblemente el preludio inmediato de la revolución proletaria». Su decepción, en Alemania, es tan grande, que llega a preconizar el terrorismo y a predicar en abril de 1850 «la revolución permanente» en la «Liga de los comunistas», reorganizados gracias a una alianza con los blanquistas Adam y Vidil y el cartista Harney, pero que será disuelta el 17 de noviembre de 1852. En Francia, el 28 de julio de 1870, expresa a su yerno Paul Lafargue la esperanza de que «la derrota de Bonaparte provocará... la revolución», pero, deseoso de enmascarar la responsabilidad de su representante Léo Franckel... y la suya, en el fracaso de la Comuna, escribe en «La guerra civil en Francia», en 1871: «Si unas asociaciones cooperativas unidas deben regular la producción nacional en un plano común... ¿qué será esto, sino un muy posible comunismo?» (Bureau d'Editions, 1933, pág. 81). ¿Olvida, pues, por las necesidades de la causa, que en 1856 rompió con Lasalle precisamente porque rechazaba el proyecto de este último de cooperativas obreras financiadas por el Estado, con esta tajante afirmación: «La clase obrera es revolucionaria, o no es nada»? (Chronol., edit. Gall., CXXV).

A partir de 1871 espera con impaciencia el conflicto germano-ruso, cuya inminencia ha vaticinado, el 28 de febrero de 1867, en la Asociación de los obreros alemanes en Londres: sin pasar por la etapa del movimiento burgués, el proletariado alemán «se verá obligado a declarar la guerra a la barbarie oriental», ahí está su vocación. El 5 de septiembre de 1870, ante el Comité social-demócrata alemán, declara fatal aquella guerra, que «emancipará a Europa de la dictadura moscovita» y que ayudará al desencadenamiento de la revolución rusa. A partir de aquella época, en efecto, la Rusia de los zares es el blanco número uno de los que dirigen el juego. Pero, lo mismo para Engels que para él, aquellos proyectos no coinciden con el esquema teórico de la catástrofe ineluctable del capitalismo burgués. La vocación particular del país de las estepas por el comunismo escapa por completo a Engels, que escribe en marzo-abril de 1875, en «La cuestión social en Rusia»: «El que pretenda que esta revolución podría ser realizada más fácilmente en aquel país, porque no tiene proletariado ni burguesía, demuestra que no ha comprendido en absoluto el socialismo. Se necesita nada menos que la insistencia de su traductor y corresponsal Danielson (p. XLIII) y, sobre todo (p. XLVIII), las afirmaciones reiteradas de Véra Zassoulitch: «La comuna (rural, el «mir») es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia» (8 de marzo de 1881, p. CLXXII), para quebrantar sobre ese punto las ideas de Carlos Marx, que empezó febrilmente a estudiar el ruso en 1870, esperando de la guerra ruso-turca «una revolución en Rusia» (al doctor Freund, 27 de enero de 1877, p. XLCII) y «el hundimiento de la sociedad rusa... en plena descomposición» (carta a Sorge, el 27 de septiembre de 1877). Entonces corrige el prefacio de la edición de 1882 del «Manifiesto comunista», admitiendo que «si la revolución rusa da la

señal de una revolución obrera en Occidente, y las dos se complementan, la propiedad común actual de Rusia podrá servir de punto de partida para una evolución comunista» (editorial Social, 1945, pág. 8).

En cambio, los dos padres espirituales del comunismo esperaban del movimiento cartista el desencadenamiento de la era de las revoluciones en Europa. «En ninguna parte la profecía resulta tan fácil como en Inglaterra (¿de veras?). La Revolución tiene que llegar», anunciaba Federico Engels en 1845. («La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra», edit. Costes, 1933, II, págs. 278 y 280). Para ellos, «la palanca de (su) revolución será la violencia», exceptuando quizá a América, Inglaterra y Holanda (p. CLII), es decir, los países más industrializados, en los que la instauración del comunismo podría ser el resultado de la evolución económica.

Un mito más: ¿sociedad sin clases, o socialismo de Estado?

Prever los acontecimientos es, en efecto, más difícil que difundir entre el pueblo un mito más, y en este aspecto, Carlos Marx fue realmente profeta. En el «Manifiesto» de 1848, señaló como primer objetivo «la conquista del poder político por el proletariado» (edit. Gal., pág. 174), «única clase revolucionaria que no posee nada propio, nada que salvaguardar» (págs. 171-172), a fin de desembocar en «la abolición de la propiedad privada» (pág. 174) y en la centralización de «todos los instrumentos de trabajo en manos del Estado». La primera fase de la revolución será, pues, colectivista (en toda la acepción de la palabra). En su opúsculo de 1850 sobre «La lucha de clases en Francia», señala el camino a seguir para alcanzarlo: «El socialismo revolucionario... el comunismo por el cual la propia burguesía ha inventado el nombre de Blanqui... es la declaración de la revolución permanente, la dictadura de clase de la revolución, la dictadura de clase del proletariado, como punto de transición necesario para llegar a la supresión de las diferencias de clase en general, a la supresión de todo régimen de producción sobre el cual reposan». Dictadura, porque «es completamente absurdo hablar de un Estado popular libre, cuando el proletariado necesita todavía al Estado ...para reprimir a sus adversarios. Y, el día en que resulta posible hablar de libertad, el Estado deja de existir como tal» (Carlos Marx y Federico Engels, en su «Crítica del programa de Gotha», marzo de 1875, edit. Social, 1950, pág. 34).

Lo que será el régimen de aquella sociedad comunista, «tal como acaba de salir de la sociedad capitalista», los dos jefes del marxismo lo han señalado un poco antes (págs. 23-25), en estos términos: «El productor recibe... individualmente —una vez realizadas las deducciones—, el equivalente exacto de lo que él ha dado a la sociedad... Recibe de la sociedad un bono certificando que ha suministrado tanto trabajo (deducción hecha del trabajo efectuado para los fondos colectivos) y, con ese bono, retira de los almacenes sociales artículos de consumo por valor de una cantidad igual a su trabajo». «Pero un individuo es superior física o moralmente a otro... (En consecuencia, recibirá más). Ese derecho igual es, pues, un derecho desigual para un trabajo desigual... Es, pues, un derecho basado en la desigualdad como todo derecho... (Es todavía) un derecho burgués»... Lo

que equivale a decir que, en lo inmediato, la moneda será reemplazada por bonos de trabajo, según la receta condenada ya por el fracaso de Robert Owen, que la plusvalía será disfrazada de «deducciones», que las distinciones sociales —si no las clases— subsistirán en forma de categorías superiores de asalariados, pero que el Estado-patrono sustituirá la explotación privada de los jefes de empresas por su omnipotencia. ¡Triste perspectiva, en verdad! Y que justifica plenamente el epíteto de «filosofía de la miseria» lanzado por Proudhon al sistema marxista.

Aunque su objetivo real fuese el de reconstruir un Estado faraónico, en el cual José ocuparía el trono del soberano de Egipto... nuestros profetas no podrían entusiasmar a las multitudes con semejante programa, sin ofrecerles el espejismo de una sociedad nueva, pariente cercana de la «Utopía» o de la «Ciudad del Sol» (10). En su réplica a Proudhon, «Miseria de la Filosofía», en 1847, verdadera discusión bizantina sobre Hegel y las categorías económicas, en la que se encuentra esta perla: «Lo que caracteriza a la división del trabajo en el taller mecánico, es que el trabajo ha perdido en él todo carácter de especialidad» (pág. 108). Marx no deja de hacer espejear aquella esperanza: «La clase trabajadora sustituirá, en el curso de su desarrollo, a la antigua sociedad civil por una asociación que excluirá las clases y sus antagonismos (lo mismo que el antagonismo de las naciones, Manifiesto, pág. 174), y no existirá ya poder político propiamente dicho, puesto que el poder político es precisamente el resumen oficial del antagonismo de la sociedad civil (Gal., pág. 136). En el mismo estilo, Federico Engels lanzará la célebre fórmula: «El gobierno de las personas deja el puesto a la administración de las cosas y a la dirección de las operaciones de producción» (en «Socialismo utópico y socialismo científico» y en el Anti-Dühring, 319-320). En cuanto a los trabajadores, se abrirá para ellos una era idílica, descrita así por Carlos Marx en la «Crítica del programa de Gotha» (pág. 25): «En una fase superior de la sociedad comunista, cuando hayan desaparecido la servil subordinación de los individuos a la división del trabajo y, con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y manual, cuando el trabajo no sea únicamente un medio de vida, sino que se convierta en una primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo múltiple de los individuos, las fuerzas productoras aumentaran igualmente, y todas las fuentes de la riqueza colectiva manaran con abundancia, solamente entonces el estrecho horizonte del derecho burgués podrá ser completamente superable y la sociedad podrá inscribir en sus banderas: '¡De cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades!'». ¿A qué lado están los utópicos y los visionarios?

El socialismo alemán, desde Rodbertus, pasando por Lasalle, hasta Bebel

Por aquel mensaje, Carlos Marx, rival de Jesús, nuevo Mesías, no tardó en verse elevado a la categoría de los dioses. Según la mejor tradición, los

(10) Según el Génesis (45: f. 55 a 57 y 13 a 22), José había procedido como sigue: «Cuando el territorio de Egipto y el país de Canaán se encontraban agotados por el hambre... a cambio del grano... José recogió todo el dinero... (luego) condujeron sus rebaños... y José adquirió todo el suelo de Egipto... Así, la tierra continuó siendo propiedad del Faraón, y el pueblo quedó reducido a la esclavitud», con la única excepción del Clero.

sacerdotes de la nueva religión se reclutaron sobre todo en su familia y en su tribu. A fin de asentar mejor su influencia sobre los partidos hermanos, supo casar a dos de sus tres hijas con franceses, Laura con Paul Lafargue (2 de abril de 1868) y Jenny con Charles Longuet (había tenido, además, con su criada Helen Demuth, un hijo, llamado Federico, la tercera, Eleanor, viviendo maritalmente con un inglés, Eduard Aveling, que se burlaba de ella. En cuanto al partido socialista alemán, no había dejado de estar en manos de sus hermanos de raza.

A decir verdad, sus comienzos habían sido difíciles. En 1848, la aventura renana de la «Liga de los Comunistas» (surgida del Congreso de Londres en junio de 1847 y de la Asociación democrática, nacida en Bruselas el 27 de septiembre de 1847) terminó en fracaso. Precedidos, a finales de marzo de 1848, de unas instrucciones intituladas «Reivindicaciones del partido comunista en Alemania», Marx y Engels se habían dirigido en abril a Colonia para lanzar un periódico, la «Neue Rheinische Zeitung», que apareció en junio y fue prohibida del 26 de septiembre al 12 de octubre. En una asamblea general celebrada en julio, discutieron violentamente con sus amigos, el doctor Andreas Gottschalk, deseoso de boicotear las elecciones, y W. Weitling, un sastre que desde 1838 desarrollaba una acción socialista secreta, al modo de los «Iluminados» y de los «carbonarios», ambos partidarios de un Estado fuerte. A finales de septiembre, Gottschalk fue detenido, y el 16 de mayo de 1840, Carlos Marx fue expulsado de Alemania; dos días más tarde, su periódico quedó prohibido.

Reorganizada momentáneamente en abril de 1850, la «Liga de los Comunistas» no había podido sobrevivir a la detención de sus miembros en Colonia en mayo y junio de 1851, y se había disuelto, el 17 de noviembre de 1852. Detenido, absuelto una primera vez en agosto de 1848, reencarcelado y condenado a seis meses de prisión en octubre, uno de sus dirigentes, Federico Lassalle, bullicioso abogado, reanudó la agitación en 1863, publicando un «programa obrero». En relaciones epistolares desde 1849 con Marx, había conocido al «profeta» en Londres en julio de 1861 pero, a raíz de una segunda visita, en 1862, había tenido la desgracia de no reconocer la infalibilidad de su interlocutor, y sus relaciones se habían enfriado. Por mediación de su colaborador Lothar Bucher, hombre muy activo al que podemos encontrar en el centro de numerosas intrigas, establece contacto, el mismo año, con Rodbertus Jagetzov (1805-1875), terrateniente de ideas avanzadas, diputado del centro-izquierda en el Parlamento de 1848, autor en 1842 de una obra, «Zur Erkenntniss unserer staatswirtschaflichen Zustände», de tres cartas sociales en 1850-51, y de una cuarta, intitulada «Das Kapital», en 1852, doctrinario de un socialismo de Estado con tendencia a suprimir la «renta» y a «constituir el valor» haciéndolo coincidir con la cantidad de trabajo incorporado al producto, y a encontrar un compromiso entre el trabajo y la propiedad del suelo y del capital, encargando al Estado de adaptar la producción a las necesidades y de repartir entre los trabajadores lo que les correspondiera en «unidades de trabajo», en forma de bonos que dieran acceso a los almacenes públicos, Rodbertus, que tildaba de «cabriolas» las reivindicaciones prácticas inmediatas, opinaba además que el salario mínimo vital al que se encontraban reducidos los obreros entrañaba un subconsumo constante, engendrador de crisis.

Judío vergonzoso y comunista vergonzoso, manteniendo siempre por mediación de Lothar Bucher, en aquella época, contactos permanentes con Bismarck, y poco deseoso de «espantar» a sus oyentes, Lassalle se apropió de aquella idea de Ricardo, para lanzar la célebre fórmula de la «ley de bronce de los salarios», convirtiéndola en el *leit-motiv* de su propaganda. «Si se trabaja para la abolición de la propiedad en un plazo de uno o dos siglos —le escribió a Rodbertus—, no se puede desvelar al gran público el objetivo final de una agitación semejante» (carta a Rodbertus, publicada en 1878, páginas 44 y 46). Rodbertus, por otra parte, se negó a seguir al tribuno socialista en la vehemente campaña que emprendió, constituyendo en Leipzig, en 1863, la «Asociación general de los trabajadores alemanes» —*Allgemeiner Deutscher Arbeitsverein*— y tomando como blanco —él, partidario de cooperativas de producción a lo Louis Blanc, controladas por el Estado (lo que le valió ásperas críticas de Marx)— a los peligrosos competidores que para el socialismo constituían los verdaderos creadores, no sólo de las cooperativas de consumo, sino de las asociaciones de productores que eran Schultze-Delitsch y sus émulos cristiano-sociales. Mortalmente herido en duelo por la bala de un rival, prometido de una joven a la que él amaba, Lassalle desapareció el 31 de agosto de 1864, abandonando la dirección de su grupo a J. B. Schweitzer, muy amigo de Bismarck, y cuyo primer acto fue el de trasladar la sede a Berlín.

Cinco años más tarde, en Eisenach (Sajonia), los más fieles discípulos de Marx (aunque éste les reprochara sus tendencias federalistas), W. Lichknecht y Bebel, elegidos en el Reichstag de la Alemania del norte en 1867, trataron de hacerse con la dirección del movimiento. Con un programa esencialmente colectivista, fundaron el «Socialdemocratisch Azbeiterpartei» y, después de haber cumplido una condena de dos años de cárcel por alta traición (1872-74), se fusionaron en el congreso de Gotha (22-27 de mayo de 1875) con los partidarios de Lassalle. De aquella fusión surgió la «Sozialisticher Arbeiterverein», dirigida por un directorio de cinco miembros y disponiendo de un periódico, el «Vorwärts». Ante un gobierno decidido a desarrollar con energía su propia política social, unos y otros veíanse obligados a apretar las filas.

En lucha contra la escuela «histórica» y los cristiano-sociales

Decididos a ampliar a aquel terreno la autoridad del Estado, Bismarck y el emperador, rompiendo con los liberales, habían encontrado un valioso apoyo en los universitarios. Los maestros alemanes de la escuela histórica, G. Roscher (1817-1894), Karl Knies (1821-1883) y Bruno Hildebrand (1812-1878), consideraban —justamente, por otra parte— que los sistemas económicos sólo tienen un valor relativo y deben adaptarse a los diversos estadios de desarrollo de los Estados (una industria naciente necesita cierta protección, en tanto que una en plena expansión reclama el libre cambio). ¿Cabe imaginar que en una Escuela de Guerra se enseñe en estrategia un solo sistema defensivo u ofensivo que no tenga en cuenta ni situaciones, ni circunstancias, ni medios disponibles? Numerosos profesores, pues, habían llegado a la conclusión de que era necesaria la intervención del Estado. De entre aquellos «socialistas de cátedra», Schmoeller, en el congreso de Eise-

nach, en 1872, había lanzado un vigoroso manifiesto contra la escuela de Manchester y creado una «Verein für Sozialpolitik». Partidarios de una reorganización de las profesiones, su colega Brentano y él eran por otra parte, muy moderados, ya que se declararon hostiles al rescate de los ferrocarriles prusianos en 1879, pero un segundo grupo, representado por Rudolf Meyer y Adolf Wagner, era decididamente estatal. Autor de un libro, «Fundamentos de la Economía política», aparecido en 1876, Wagner atribuía al Estado la función de mantener la justicia, controlando beneficios y salarios y actuando por vía fiscal para restablecer el equilibrio social; en su opinión, los bancos de emisión, los ferrocarriles, las carreteras, los canales, lo mismo que las aguas y los bosques, pertenecían al dominio del Estado; las concesiones de agua y de gas al de los municipios, etc. Por su parte, Albert Schaeffle se dedicaba al estudio biológico del cuerpo social («La quintaesencia del socialismo», 1875; «Bau und Leben des socialen Körpus», 1875-78).

La puesta en práctica de aquella doctrina oficial, la acción en profundidad de los cristiano-sociales, las leyes de represión que, a partir de 1878, frenaban el desarrollo de los sindicatos, interrumpieron en sus comienzos el desarrollo del marxismo en Alemania. En un plano más general, por otra parte, la pretensión de Carlos Marx de dominar la Internacional sólo había conducido a aplastarla bajo su peso y a dispersar a sus miembros. Al depurar a todos sus rivales, al imponer a las secciones la autoridad de un Consejo general (en Londres en 1871), autoridad reforzada (en La Haya en 1872) con plenos poderes para disolver a los recalcitrantes, al excluir a Bakunin, al trasladar a Nueva York la sede de la organización, sólo había conseguido provocar el aislamiento de los ingleses en su autonomía, la retirada de Vaillant y de los blanquistas franceses, así como la de los latinos, y la dispersión de los más resueltos de los agitadores en algunos núcleos extremistas constituidos en la Bélgica valona, en el Jura bernés (bakuninistas), en Montpellier (con Jules Guesde), en España y en Italia (otros bakuninistas). Después de unas reuniones fantasmas en Ginebra (1873), Bruselas (1874), Berna (1876) y Verviers (1877), un congreso reunido en Gante, el 9 de septiembre de 1877, fracasó en una suprema tentativa de reensamblar los fragmentos dispersos de la I Internacional, disuelta en la conferencia de Filadelfia en 1876 y prácticamente reducida a su sección alemana.

Marx había muerto hacía seis años (14 de marzo de 1883) cuando con ocasión de la Exposición universal destinada a celebrar el Centenario de la Revolución de 1789, y a raíz de una antigua sugerencia de los proudhonianos, emitida en Lyon en 1878 y renovada en el curso de una reunión preliminar celebrada en Londres en 1888, la II Internacional nació de las cenizas de la primera. Moderados «posibilistas» y revolucionarios celebraron, pues, dos congresos, simultáneos pero separados, en París, en 1889. Las estrellas más brillantes del marxismo, que participaron en el segundo, Bebel, Liebknecht, Anseele, W. Morris, Lavrov y Plekhanov, eclipsaron totalmente a las pobres luminarias del primero.

Descartando los errores de Marx, progresa con Bernstein

Reorganizado en Halle, en 1890, el partido socialdemócrata alemán definió en 1891, en Erfurt, su programa en unos términos en los que dominaba

la influencia marxista, que debía triunfar igualmente, aquel mismo año, cerca de los 362 delegados del Congreso de la Internacional convocados en Bruselas. A partir de aquel momento, los progresos electorales del partido, mantenidos con la campaña para la jornada de trabajo de ocho horas y la mejora de las condiciones de trabajo, se afirman de un modo resonante: 102.000 votos, un solo diputado en 1871; 493 votos, seis diputados en 1877; 550.000 votos, siete diputados en 1884; 763.000 votos, 11 diputados en 1887; 1.427.000 votos, 24 diputados en 1890; 1.786.000 votos, 44 diputados en 1893; 2.107.000 votos, 56 diputados en 1890; más de tres millones de votos, 79 diputados en 1903; 3.258.000 votos, en 1907. Los afiliados a los sindicatos («Gewerkschaften»), organizados por Hirsch en 1868, aumentaron en la misma proporción: 50.000 en 1878, 80.000 en 1885 y 278.000 en 1891; constituida una federación en el congreso de Halbertstadt en 1892, alcanzó los 329.000 afiliados en 1896, 412.000 en 1897, casi 500.000 en 1898, 600.000 en 1899 y 680.000 en 1900.

A pesar de su etiqueta marxista, los socialdemócratas alemanes no son, en conjunto, unos revolucionarios. Disciplinados y prácticos, se interesan más por las reformas sociales que por la perspectiva del «gran día». Algunos de sus dirigentes tienen demasiado sentido común para no poner en cuarentena las teorías con las que Marx estaba más encariñado... y que eran también las peor establecidas. Discípulo fiel del maestro, editor del libro cuarto de «El Capital», Karl Kautsky se esfuerza en defender la ortodoxia. Ha tenido que intervenir en Austria, en apoyo del Dr. Adler, que prepara la fusión en los congresos de Heinfeld (30-31 de diciembre de 1888 y 17 de enero de 1889), autor del periódico «La Igualdad», «Die Gleichheit», de los lassallianos de la Unión General de Trabajadores («Allgemeiner Arbeiterverein»), de la Federación de las Sociedades obreras («Selbsthilfe Zentralverein»), unidas en el programa de Eisenach de 1869, y de las otras tendencias, con vistas a la constitución en Brunn, en 1899, de un organismo federal controlando seis grupos étnicos, alemán, checo, polaco, italiano, esloveno y ruteno.

En la propia Alemania, tiene que enfrentarse con los más clarividentes de los reformistas. En el congreso de 1899, hace condenar a Eugen Bernstein, que acaba de poner en cuarentena en las «Premisas del socialismo» —*Die Voratsetzungen des Sozialismus*— casi todas las tesis originales de Marx, el valor-trabajo, el materialismo exclusivo, la concentración industrial (los nuevos inventos, ¿no hacen surgir acaso muchas pequeñas industrias, muchos pequeños comercios? La democratización de las acciones, ¿no modifica acaso el carácter mismo del capital?, etc.), que carga el acento sobre el desarrollo de las asociaciones de productores («toda la cuestión se centra en... la potencia económica de las cooperativas»), sobre la expansión de la pequeña propiedad rural y se niega a admitir, por el hecho de que existan algunas industrias agrícolas, la posibilidad de industrializar la agricultura. Sobre este punto particular, otro socialista alemán, E. David, insistirá a su vez, en «Socialismo y agricultura», en el hecho de que el cultivo de la tierra constituye un mundo aparte, sometido a unas influencias biológicas, más bien que mecánicas, en el que la división del trabajo apenas existe, un mundo en el cual pequeños explotadores y cooperativas deben ser apoyados;

como el socialista bávaro había ya reclamado, en Francfort en 1894 y en Breslau en 1895, alzándose contra el programa de Erfurt.

* * *

Proudhon, hijo de sus obras, antítesis de Marx

Si la doctrina del profeta apenas desaparecido se encuentra así discutida por sus congéneres y compatriotas de Alemania, con mayor motivo debe serlo por los socialistas franceses, en la medida en que Proudhon (1809-1865) les ha marcado con su imprenta. Proudhon, la bestia negra de Marx. Hijo de un cervecero que se arruinó por no vender por encima del precio de costo, obligado hasta los doce años a trabajar como pastor, pero decidido a continuar sus estudios secundarios, empezados en 1820 en Besançon, interrumpidos en 1828 y terminados en mayo de 1838, cuando trabajaba como corrector de imprenta y, más tarde, en Lyon, como agente de la empresa de transporte fluvial de los hermanos Gauthier (desde septiembre de 1843 hasta octubre de 1847), aquel autodidacta, que frecuenta en París al cuñado de Blanqui y a Wolowski, el secretario de la Sociedad de Economía política Garnier, y que publica el editor Guillemin, no es para él más que un incorregible «pequeño burgués».

Sin embargo, cuando le conoció en París (del 24 de septiembre de 1844 a la primavera de 1845), no regateó elogios a aquel amigo de Arnold Ruge, de Fichte hijo, de Karl Grün y de Bakunin, comparando (en «La Sagrada Familia») su folleto «¿Qué es la propiedad?» nada menos que con el panfleto de Sièyes «¿Qué es el Tercer Estado?». Pero el humilde artesano, hijo de sus obras, se ha negado a apoyar al profeta en su querella contra Karl Grün, el 17 de mayo de 1846, en términos tales que la ruptura ha sido tan súbita como definitiva. «No nos hagamos jefes de una nueva intolerancia; no nos convirtamos en apóstoles de una nueva religión». «No debemos plantear la acción revolucionaria como un medio de reforma social. Nuestros proletarios están tan sedientos de ciencia, que seríamos muy mal acogidos por ellos si sólo le diéramos a beber sangre». Palabras lúcidas, pero impías. Proudhon merece ser excomulgado.

Fusión de las clases, sindicalismo, papel reducido del Estado

Proudhon, que a pesar de Hegel admite como necesarias las contradicciones económicas («Sistema de las Contradicciones económicas, o Filosofía de la Miseria», 1846), que «no imagina nada mejor que retrotraernos al cofrade, o en el mejor de los casos al maestro artesano de la Edad Media» (Marx, «Miseria de la Filosofía», 15 de junio de 1847, edit. Gal., pág. 109), que se atreve a escribir que «el objeto de la emulación industrial es necesariamente el beneficio» (*ibid.*, pág. 110), que opone al concepto de la lucha de clases y de la dictadura del proletariado el del «equilibrio de las fuerzas naturales» («Revolución demostrada por el golpe de Estado», pág. 43), esas fuerzas económicas que se trata de «equilibrar unas con otras» («Justicia», t. I, 256-66 y 302-303): «La división del trabajo, la fuerza colectiva, la compe-

tencia, el intercambio, el crédito, la propiedad misma y la libertad... (a las cuales añadirá más tarde la asociación y la mutualidad), he aquí las verdaderas fuerzas económicas, principios inmateriales de toda riqueza, que, sin encadenar el hombre al hombre, dejan al productor la más completa libertad, alivian el trabajo, lo apasionan, duplican su producto, crean entre los hombres una solidaridad que no tiene nada de personal» («Idea general de la Revolución en el siglo XIX», pág. 95).

Proudhon, autor, es cierto, de la sandez: «La propiedad es un robo» («¿Qué es la propiedad?», 1840), no piensa en modo alguno, por medio de su supresión, en una nueva «alienación del hombre», con su esclavización total en beneficio del Estado, al modo marxista, sino en su liberación de la renta sin trabajo y de la carga del interés. «Queremos la propiedad para todo el mundo. Queremos la propiedad menos la usura», escribe «Suprimid la propiedad conservando la posesión» («Primera Memoria sobre la propiedad», 1840, pág. 242, y «Le Peuple», 2 de septiembre de 1849). En el bien entendido de que «esa reforma, completamente fiscal, debe tener lugar sin violencia, sin expoliación, sin desposesión y con la indemnización previa» («Resumen de la cuestión social», pág. 27). ¡Cuán lejos estamos del trastorno marxista! Aunque no pudo realizar el ideal del crédito gratuito, ni —de acuerdo con la fórmula de J. B. Say: «Los productos se intercambian con otros productos»— «La teoría de la mutualidad... del intercambio en especie... síntesis de las dos ideas de propiedad y de comunidad» («Contradicciones», t. II, pág. 114), al menos dio nacimiento, a pesar del fracaso de los «bonos de circulación» emitidos por su banco entre el 15 de febrero y el 28 de marzo de 1849, a la institución realmente fecunda del crédito mutualista.

No cabe duda de que se encuentra en los antípodas de Marx. Lo mismo en sus métodos que en sus objetivos. «No debemos plantear la acción revolucionaria como medio de reforma social», le ha replicado a Marx, el 17 de mayo de 1846 («Correspondencia», t. II, pág. 199). Y cuando proclama en 1863 (en «Algunas verdades sobre las elecciones de París»), «la cámara sindical obrera será, en el orden económico, la institución-madre de todos los progresos, futuros», ¿cuál de los dos entrevé más claramente el porvenir? El que trabaja, paralelamente con la alta finanza internacional, para destruir las estructuras sociales y proletarizar el mundo, o el que declara: «Disolver la burguesía y el proletariado en la clase media, la clase que vive de su renta y la que vive de su salario en la clase que, propiamente hablando, no tiene ni renta, ni salario, pero que inventa, que emprende, que hace valer, que produce, que intercambia, que constituye por sí sola la economía de la sociedad... tal es la verdadera cuestión de Febrero» («Revolución demostrada por el golpe de Estado», pág. 135), y que, inspirándose en Saint-Simon, proclama que conviene «fundir, sumergir y hacer desaparecer el sistema político en el sistema económico, reduciendo, simplificando, descentralizando, suprimiendo unos tras otros todos los engranajes de esa gran máquina que tiene por nombre el gobierno del Estado» («Idea general de la Revolución», págs. 136 y sigs.).

Paul Lafargue, yerno de Marx, convierte a Jules Guesde

Pero, ¿qué le importan a Marx el respeto a la personalidad humana y la fusión de todas las clases con vistas al progreso común? Para realizar el gran proyecto del cual es misionero —el ideal mesiánico de los profetas— y hundir de nuevo a la sociedad en la servidumbre, según la fórmula del antiguo régimen de los Faraones, ¿no es preciso ante todo destruir sus cuadros y sus estructuras? En esa tarea, en Francia, el socialista Proudhon es para él un enemigo, más peligroso aún que Le Play. Sus aliados naturales son los revolucionarios profesionales a lo Blanqui, que, por instigación de Bakunin, se habían dado la mano en Lyon en septiembre de 1870, antes de desempeñar un papel preponderante en la Comuna. Al morir su jefe, en 1881, su Comité revolucionario central se dividió, unos, como Rochefort (fundador de «La Lanterne», el 22 de abril de 1877), para unirse al movimiento boulangista, otros, como el Dr. Vaillant, para dedicarse al terrorismo. En 1898, aquel Comité se transformó en Partido Socialista Revolucionario. Pero el núcleo del partido socialista se reconstituyó en torno a los yernos de Marx. Paul Lafargue convirtió a la doctrina de su suegro, en Inglaterra, a Jules Basile, llamado Jules Guesde, refugiado primeramente en Suiza, donde había establecido, gracias a Hirsch, contactos con Bebel y Liebknecht. De regreso en París en 1876, Guesde fundó el 18 de noviembre de 1877 un periódico, «L'Egalité», e intentó aprovechar la Exposición Internacional para reunir en París un congreso obrero en 1878. Pero, habiendo sido detenidos 38 delegados el 15 de septiembre, una condena a seis meses de prisión vino a interrumpir su actividad.

Un primer congreso, convocado en París para los días 2-10 de octubre de 1876, a iniciativa del periódico «La Réforme» y financiado por Crémieux, había sido ya prohibido. Después de la cruel represión de la Comuna, el gobierno de Mr. Thiers, así como el del «orden moral», practicaban un inmovilismo absoluto en materia social. Sólo puede incluirse en su activo la ley del 19 de mayo de 1874 sobre la protección del trabajo de los niños (seis horas antes de los doce años y doce después de cumplir esa edad) y el nombramiento de quince inspectores divisionarios del trabajo. Aquellos liberales, obstinados conservadores, se mostraban tan sordos a las recomendaciones de Le Play como a los llamamientos de Albert de Mun. Politécnico, ingeniero de minas, consejero de Estado, Frédéric Le Play (1806-1882) había preconizado en su «Reforma social», publicada en 1864, una reconstitución de la sociedad en torno a sus células naturales, la familia, el gremio (en el que patrones y obreros eran solidarios), el municipio (en el que puede ejercerse razonablemente la democracia directa) y la provincia (en la que encuentran su puesto los notables). A los especialistas de los estudios sociales les había enseñado el método práctico y fecundo de las encuestas, de las monografías, de las estadísticas. Un hombre de Estado hubiese podido encontrar en su doctrina en Francia —como ocurría en Alemania— la inspiración para una política de acuerdo con las tradiciones nacionales. Pero a lo máximo que se llegó fue al nombramiento de una comisión —a propuesta del duque de Audiffret, el 24 de abril de 1872—, cuyos trabajos se prolongaron por espacio de más de tres años (3 de mayo de 1873-27 de diciembre de 1875), encargada de realizar una amplia encuesta social. Y se apresuraron a enterrar las propuestas de su ponente, Tallon, partidario del movimiento de

cooperación, para concluir, con el conde de Melun (sobre la situación de los trabajadores, el 27 de julio de 1875) y sobre todo con Ducarre (sobre los salarios y las relaciones con la patronal, el 2 de agosto) con el mantenimiento de la sacrosanta ley Le Chapelier de 1791.

Apenas toleradas por las autoridades, que se oponían a toda tentativa de federación y disolvieron el 28 de agosto de 1872 la primera Unión constituida, las cámaras sindicales obreras extienden no obstante su acción: en número de 23 en 1872, ascienden a 400 y agrupan alrededor de 50.000 miembros en 1879. Aunque se sitúan en un terreno puramente profesional y las reivindicaciones presentadas en los congresos obreros de París (2-10 de octubre de 1876; 300 delegados) y de Lyon (28 de enero de 1878) —limitación a ocho horas de trabajo de las mujeres y de los niños, enseñanza profesional— son notablemente moderadas, el gobierno les niega obstinadamente la existencia legal (que ha concedido a las cámaras patronales en 1864). La Asamblea se opone al proyecto presentado el 4 de julio de 1876 por Edouard Lockroy, en nombre de la «Unión republicana»; el asunto languidece, las cámaras sindicales se resisten a presentar, además de sus estatutos y del número de sus afiliados, la lista completa de éstos (contraproyecto del 1 de julio de 1878). La ley promulgada por Waldeck-Rousseau, ministro del Interior del segundo gabinete Jules Ferry, el 22 de marzo de 1884, mantiene, sin embargo, aquella exigencia, así como la prohibición de toda federación. (Según el informe de Allain-Targé, existían en aquella fecha 138 asociaciones patronales con 15.000 miembros, y 500 cámaras sindicales agrupando a 60.000 afiliados).

En tales condiciones, los agitadores tienen el terreno abonado para atraer una vez más a los descontentos al camino revolucionario. En el congreso celebrado en Marsella, el 23 de octubre de 1879, se infiltran unos amigos de Jules Guesde, representantes de círculos marxistas y de los anarcosindicalistas; resultado: mociones en favor de la colectivización de los medios de producción, una posición decidida por la lucha de clases. En la primavera siguiente, Guesde prepara con Marx, en Londres, el programa que se dispone a hacer aceptar, en el Havre, entre los días 14 y 22 de noviembre de 1880. Pero la unión, llegado el momento, se revela imposible. Estalla la división, provocando escisiones en cadena. Se separan sucesivamente los moderados mutualistas, los reformistas «posibilistas» del Dr. Paul Brousse, que forman en Saint-Etienne, los días 23-30 de septiembre de 1882, la «Federación de los Trabajadores Socialistas de Francia» —que los socialistas ortodoxos agrupados por Jean Allemane, sobre todo en el Este, abandonan a su vez en Châtellerault, los días 9-15 de octubre de 1890, para constituirse en «Partido Obrero Socialista Revolucionario»—, los políticos de la «Alianza socialista republicana» y, finalmente, los anarquistas, Jules Guesde se ve obligado a fundar, a causa de aquella disidencias, el «Partido Obrero Francés», con el apoyo de los elementos del Norte y del Macizo Central.

En el intervalo, el clima social se ha deteriorado. Sin embargo, desde 1873 hasta 1880 la coyuntura había sido buena. El índice del poder adquisitivo —100 en 1900— se había elevado progresivamente de 63 en 1860 a 74,5 en 1880; un aumento del 16 % de los salarios, seguido de una relativa estabilidad hasta 1890, se encontró acentuado por una baja de los precios al

detalle de un 7 %, aproximadamente, entre 1879 y 1893. Pero, a partir de 1880, el paro obrero, consecuencia de la crisis mundial, hizo su aparición. Se suceden las huelgas: en Anzin, a pesar de las disposiciones bastante paternalistas de la dirección; en Blanzy, en Montceau-les-Mines, en agosto de 1882; de nuevo en Anzin en 1884 (42.000 mineros interrumpen el trabajo durante cuarenta y seis días), en Decazeville, en el Aveyron, en 1886, donde una huelga de ciento ocho días es ensangrentada por la muerte de un subdirector, Watrin, acusado de recibir del administrador Léon Say un porcentaje del 10 % sobre las reducciones de salarios. Por otra parte, en octubre de 1882, ha estallado una bomba en un teatro, en Lyon. Jules Guesde aprovecha todo eso para intensificar su propaganda; en abril de 1883, realiza una gira por el Allier, acompañada de los inflamados artículos del «Cri du Peuple», y se distingue por sus violentos ataques contra la alta finanza: «La República sólo existirá el día en que Rothschild se encuentre en Mazas o ante un pelotón de ejecución», escribió en 1885 en la «Revue socialiste».

Reticencia de los sindicalistas de Pelloutier

Pero los sindicalistas, por instinto, desconfían de las maniobras de los políticos y buscan unos medios de acción que les sean propios. Apenas constituida en el Congreso de Lyon, el 11 de octubre de 1886, la Federación de los Sindicatos adopta la sugerencia de un tonelero, Joseph Tortelier, de los carpinteros del Sena, de recurrir a la huelga general como supremo medio de presión contra los gobiernos. Tras alguna vacilación en 1887, los congresos siguientes perseveran en aquel camino: la conferencia del Bouscat (28 de octubre-4 de noviembre de 1888), a raíz de una huelga de los desmontistas del Sena, el 31 de julio; el congreso de Burdeos en 1889; el de Calais de 1890 —aunque limitando a los trabajadores del subsuelo la huelga internacional planeada para la conquista de la jornada de ocho horas en las minas—; el de Marsella (19-22 de octubre de 1892), y el de Nantes, el sexto (17-22 de septiembre de 1894). Estos dos últimos congresos revisten una importancia especial, por el ardiente llamamiento de Aristide Briand en favor de la huelga general, y por la gran influencia ejercida por los representantes de las Bolsas del Trabajo. Estas organizaciones puramente sindicales, la primera de las cuales había sido creada en París el 3 de febrero de 1887, existen en número de catorce cuando se federan en Saint-Etienne, el 7 de febrero de 1892.

Celosas de su independencia, reconocen como jefe a Fernand Pelloutier, estudiante republicano aunque de familia monárquica, colaborador de Aristide Briand en la «Democratie de l'Ouest» en 1885, aliado momentáneamente a los guesdistas en Saint-Nazaire en enero de 1892, antes de separarse de ellos al año siguiente. Nombrado secretario general del movimiento en la primavera de 1895, Pelloutier forma, con Emile Pouget (condenado a tres años de prisión por haber intentado liberar a Louise Michel, detenida por la policía, el 8 de marzo de 1883, exiliado en Londres desde febrero de 1894 a octubre de 1896, redactor de «La Voix du Peuple» de la C. G. T. el 1 de diciembre de 1900 y secretario adjunto de aquel organismo), Paul Delesalle, de tendencia más bien anarquista, el blanquista Victor Griffuelhes y Bour-

deron, un equipo que está muy lejos de la ortodoxia marxista. Sin dejar de lado la extensión a los medios rurales de la influencia sindicalista, agrupando a los artesanos de las campiñas, trabaja desde el congreso de Toulouse de 1893 en la puesta en marcha de una Confederación de sindicatos. Pero cuando en Limoges, en septiembre de 1895, por iniciativa de la Federación del Libro (cuyo secretario Kaufer quiere seguir el ejemplo de las «Trade-Unions» para la conquista de las ocho horas) y de la de los Ferrocarriles, se constituye la Confederación General del Trabajo, las Bolsas, que entonces suman 56, no responden a la invitación que les es dirigida y se mantienen al margen. Limitada a la adhesión de 31 sindicatos miembros, la nueva Confederación languidece hasta el momento en que, desaparecido Pelloutier el 13 de marzo de 1901, en el momento en que va a publicarse su «Historia del sindicalismo» (1902), su sucesor Niel acepta en Niza (17-21 de septiembre de 1901) y en Argel (1902), fusionar las dos organizaciones en una sola Confederación (cuyas dos secciones no desaparecerán hasta 1918). Sin embargo, la nueva Confederación sólo agrupa en Montpellier (22-26 de septiembre de 1902) 122.000 miembros, es decir, una sexta parte de los 614.000 sindicados de la época, sobre un total de 3.285.000 obreros y 5,7 millones de asalariados. O sea, que cualquier otra organización del sindicalismo, en el terreno profesional, hubiese sido posible en Francia.

A pesar de esas divergencias y de esas rivalidades de tendencias, la agitación a favor de la jornada de ocho horas, estimulada esta vez por los guesdistas, se manifiesta con fuerza con ocasión del 1 de mayo de 1891. Por desgracia, aquella jornada es ensangrentada en Fourmies por un tiroteo, que causa cuatro muertos y 60 heridos. Entonces se multiplican las huelgas: 313 en 1890, 267 en 1891, 201 en 1892 (una de ellas de tres meses, en las cristalerías de Carmaux, provocada por el despido de un delegado socialista), 634 en 1893 (en las cuales están involucrados 170.000 obreros). Y los atentados anarquistas, los perpetrados por Koenigstein, alias «Ravachol», asesino ya de dos hombres y de tres mujeres, los días 11, 18 y 29 de marzo de 1892, otro el 5 de noviembre de 1892, la bomba lanzada en la Cámara, el 9 de diciembre de 1893, por Auguste Vaillant (condenado el 10 de enero, ejecutado el 7 de febrero de 1894), seguida de otra serie, los días 13 y 20 de febrero y 5 de abril y, como remate, el 24 de junio, el asesinato del presidente Sadi Carnot, apuñalado en Lyon por el italiano Sauto Caserio.

Proliferación, luego unidad de los grupos socialistas: Jaurès

En medio de todos aquellos desórdenes, mientras el sindicalismo toma finalmente impulso y agrupa a 139.000 afiliados en 1890, 400.000 en 1893, 588.000 en 1901 (de ellos, 100.000 de la C. G. T.), 836.000 en 1906 (de ellos, 300.000 de la C. G. T.) y más de un millón en 1911 (de ellos, unos 500.000 de la C. G. T.), el partido socialista trata de reagruparse en torno a 150 Bolsas del Trabajo. Primero en la Cámara, donde una unión efímera reúne a sus diputados entre 1893 y 1899. Después en el país, donde el fraccionamiento de las tendencias es tal, que 1.200 grupos están representados por 800 delegados en el congreso nacional de las organizaciones socialistas francesas que, precedido de un desfile de 200.000 manifestantes con una gavanza roja en la solapa en la plaza de la Nación, el 19 de noviembre, celebra sus sesiones en

París, del 3 al 8 de diciembre de 1899. Los grandes temas sobre los cuales batallan los congresistas son, naturalmente, el de la huelga general y también la cuestión planteada más recientemente de la participación ministerial. Sobre este punto, los congresos de la II Internacional ya han tomado posición. El de París, en 1899, se había inspirado en el ejemplo de la «American Federation of Labor» (reunida en Saint-Louis en diciembre de 1888) para inaugurar en 1890 la costumbre de la jornada reivindicativa del Primero de Mayo (fiesta judía de la primavera, celebrada por los «niveladores» puritanos), Fiesta del Trabajo. El segundo, en Bruselas (16-23 de agosto de 1891), por los alemanes, en número de 42 contra 23 ingleses y unos franceses divididos, había eliminado a los anarquistas de sus sesiones. El tercero, en Zurich, en agosto de 1893, se había mostrado partidario de la acción política, y el reunido en Londres, el 27 de julio de 1896, se había pronunciado en el mismo sentido, a pesar de la opinión en contrario de los franceses Pelloutier y Keufer, de Tom Mann y del holandés Danela Nieuwenhuis, por 18 votos de nacionalidades contra 2, aun reconociendo que la acción política y la acción sindical deberían permanecer disociadas. El caso de Alexandre Millerand llevó la cuestión de la participación en el gobierno al primer plano de la actualidad.

Fundador del partido radical-socialista y del periódico «La Petite République» en 1892, Millerand había desarrollado en el banquete de Saint-Mandé en mayo de 1896 un programa social moderado, digno de los laboristas ingleses. Luego había aceptado la cartera de Comercio en el gabinete formado por Waldeck-Rousseau, el 22 de junio de 1899. En el Congreso de la Internacional, reunido en París en 1900, Jules Guesde, que en julio de 1896 había admitido, en Lille, la acción parlamentaria, se mostró hostil a la participación ministerial. Kautsky no se definió claramente. Y el congreso del partido socialista francés aprobó en Lyon, al año siguiente, la alianza con los radicales, a pesar de la persistente oposición de los marxistas-guesdistas del «Partido obrero francés», de los blanquistas —disidentes del «Partido socialista de Francia»— y de los comunistas. Pero el asunto volvió a plantearse en el congreso de la II Internacional de Amsterdam, el 4 de agosto de 1904. El austríaco Adler y el belga Vandervelde, partidarios de un nuevo compromiso a los Kautsky, se encontraron desbordados y puestos en minoría con una moción aprobada en Dresde por los alemanes, apoyada por Bebel, Vaillant y Guesde contra Jaurès, condenado a Bernstein y al reformismo bajo todas sus formas. Rechazando a la vez a sus elementos más moderados, que formaron el grupo de los socialistas independientes, y los más revolucionarios, más o menos anarquizantes, los dos principales partidos socialistas, bajo la autoridad de Jaurès y de Guesde, no dejaron por ello de fusionarse, en abril de 1905, bajo el nombre de «Sección francesa de la Internacional obrera». La unidad restablecida fortaleció singularmente su posición parlamentaria: 12 diputados en 1889 (y 90.000 votos), 41 en 1893 (con 600.000 votos), 45 en 1904, 59 (más 20 independientes) y 830.000 votos en 1906, 74 (más 28 independientes) y 1.110.000 votos en 1910, 102 (y 1.140.000 votos) en 1914.

El movimiento sindical, como hemos visto, registra durante el mismo período unos progresos del mismo orden. A fin de escapar a las divisiones internas y a los remolinos de los partidos, el congreso de la Confederación

General del Trabajo, que celebró sus sesiones en Amiens, del 11 al 13 de octubre de 1906, proclamó la neutralidad de la organización en materia política. ¿Limitaría, pues, su acción a la defensa exclusiva de los intereses profesionales? No, hubiese sido demasiado juicioso. Reteniendo como objetivo esencial «la desaparición del salariado y de la patronal», dispuesta a acoger todas las tendencias, continúa siendo marxista de nombre y revolucionaria por convicción. Es cierto que Benoit-Malon, fundador de la «Revue socialiste» en 1885, podó la doctrina de las tesis más discutidas de Carlos Marx sobre el valor y el materialismo histórico, pero los redactores de la Carta de Amiens (13 de octubre de 1906), Pouget, el blanquista Griffuelhes, Delesalle, L. Noël y Morizet, inspirándose sobre todo en las ideas de Fernand Pelloutier, y un poco en el primer libro de Georges Sorel, «El futuro socialista de los sindicatos», aparecido en 1897 («La descomposición del marxismo» no verá la luz hasta 1908, y las «Reflexiones sobre la violencia» hasta 1909), no renunciaban, en la lucha social entablada, a ninguno de los «medios de lucha que son del dominio exclusivo de la clase trabajadora», ni siquiera a los más destructores, desde el contrato colectivo al sabotaje, pasando por la huelga.

Clemenceau rompe las huelgas

No tardó en comprobarse con el recrudecimiento de la agitación obrera en el curso de los años siguientes. El 1.° de Mayo de 1906, celebrado con una manifestación monstruo de 180.000 huelguistas, obligó al gobierno a concentrar a 45.000 soldados y a detener a Victor Griffuelhes, secretario general de la C. G. T. desde 1901, y a sus lugartenientes Alphonse Merrheim, Emile Pouget, Georges Yvetot, Paul Delesalle y Pierre Monatte. Durante el año se produjeron 1.309 huelgas, en las que participaron 438.000 obreros, siendo de destacar la de 70.000 mineros, provocada el 10 de marzo en Courrières por una catástrofe que causó 1.100 víctimas y entrañó serios disturbios en Lens y la muerte de un oficial, en el mes de abril.

Ministro del Interior desde el 14 de marzo de 1906 y presidente del Consejo el 23 de octubre, Clemenceau (con los Hermanos Stephen Pichon, Gaston Doumergue, Henri Chéron y René Viviani en el ministerio de Trabajo, de nueva creación), un extremista que había sentado la cabeza, se enfrentó a los disturbios revolucionarios con una singular energía. En el Pas de Calais, en Fougères, donde se produjo un *lock-out* de la industria del calzado (noviembre de 1906-enero de 1907), en Nantes contra los obreros portuarios en marzo de 1907, y sobre todo, llamando a los contingentes de Ingenieros para «romper» la huelga de los electricistas de París, el 8 de marzo de 1907, destituyendo a los dirigentes del sindicato de maestros, que pretendían afiliarse a la C. G. T. (6-7 de abril de 1907) y haciendo condenar a dos años de prisión, el 7 de junio, a dos dirigentes de la C. G. T., Bousquet y Lévy, culpables de incitación a la insurrección, en ocasión del 1 de mayo. Por 323 votos contra 205, la Cámara aprobó aquella política de firmeza, en un debate de una semana de duración (del 7 al 14 de mayo), en el curso del cual Briand, demagogo en zapatillas, ministro de Instrucción Pública, se atrajo de Jaurès la famosa réplica: «¡Eso no, o Vd. no!» Pero no se atrevió a abordar la cuestión del arbitraje obligatorio (una primera sen-

tencia, arbitral había puesto fin, el 6 de octubre de 1899, a la huelga de 9.000 obreros de la casa Schneider en Creusot), ni la del derecho a la huelga de los funcionarios y agentes de los servicios públicos. Sin embargo, Clemenceau no vaciló en encarcelar a los dirigentes de la C. G. T. Estos, habiendo transformado una huelga en los arenales de Draveil-Villeneuve Saint-Georges, que había ya causado la muerte de dos obreros el 1 de junio de 1908, en un motín con barricadas que produjo cuatro muertos y 50 heridos el 30 de julio, se encontraron al día siguiente entre rejas. El llamamiento a la huelga general, lanzado el 3 de agosto, fracasó lamentablemente. Clemenceau consiguió romper la ola revolucionaria, pero actuó con mano dura: el balance de la represión se estableció en 20 muertos, 667 heridos, 104 años de prisión y 392 destituciones de funcionarios de correos por su huelga del 11 al 20 de abril de 1906, y 200 por la de mayo de 1907; 800 nuevas destituciones fueron la conclusión de otro conflicto, surgido entre el subsecretario de Estado en los P. T. T., Symian (sacrificado el 20 de julio con ocasión de un reajuste ministerial) y sus agentes (del 12 al 22 de marzo de 1909).

En el intervalo, en un discurso a Bandol, el 8 de octubre de 1908, Clemenceau fustiga duramente a los creadores de disturbios de la C. G. T., pero también a los agitadores antimilitaristas y antipatriotas del Partido socialista unificado por los discursos pronunciados en el congreso de Nancy (11-14 de agosto de 1907) por los Gustave Hervé (el hombre de «la bandera en el estercolero») y los Jaurès, que había preconizado, para el caso de que estallara una guerra sin arbitraje internacional, retener los fusiles «para derribar revolucionariamente a los gobiernos de crimen». Actitud de principio, de hostilidad a la guerra, que honraba a los socialistas, si se quiere, pero tanto menos admisible de hecho por cuanto contrastaba absolutamente con la de sus colegas alemanes. En visita a Berlín (donde había sido establecida la central sindical en 1902), en el momento del asunto de Agadir, el 16 de enero de 1906, Victor Griffuelhes había recibido una acogida muy reservada de Bebel y más fría aún de Karl Logien, secretario general de los sindicatos desde 1903, y del comanditario de los social-demócratas, Singer, En Stuttgart, en agosto de 1907, Bebel confirmaría su postura, y Noske la superaría con una profesión de fe patriótica en el Reichstag, el 23 de febrero de 1911.

Ceguera antimilitarista de Jaurès y antirreformista de Merrheim

En tales condiciones, Jaurès iba a incurrir en una grave responsabilidad al sabotear la ley de tres años en vísperas de la guerra, sin oponerle más que un irrisorio contraproyecto de organización de milicias (20 de junio de 1913). En el plano social, se trata de una actitud tan negativa como la adoptada en 1892 en Lille, y luego en París, en 1904, por Alphonse Merrheim, estudioso secretario de la Federación Metalúrgica y uno de los dirigentes más influyentes de la C. G. T., al combatir sistemáticamente los proyectos Millerand, que tendían a la creación de delegados de empresas, a la negociación de contratos de trabajo (2 de julio de 1906), a la institución del arbitraje obligatorio y a la instauración de la participación en los beneficios. Muy al corriente de las intrigas internacionales, presintiendo, el 5 de

enero de 1909, «la guerra que se acerca», escribiendo en «La Vie ouvrière» del 5 de enero de 1911: «Nos encontramos en vísperas de un gigantesco conflicto europeo», aquel futuro interlocutor de Trotski (a quien le presentará Martov, en el congreso de Berna, del 25 al 27 de marzo de 1913), y de Lenin (en Zimmerwald, del 5 al 8 de septiembre de 1913), estimuló a más y mejor, contra Niel y Guérard, la propaganda antimilitarista, en Amiens y en Marsella (los días 9 y 10 de octubre de 1908), y a los 6.000 maestros cegetistas (de un total de 100.000) que alimentaron aquella campaña crean en Chambery, en agosto de 1912, la obra del «Sueldo del Soldado». En perfecto marxista, Merrheim (por otra parte excluido temporalmente de la Unión de Metalúrgicos del Sena por unos elementos más moderados desde el 11 de marzo de 1914) preconiza en efecto —como lo hara Jaurès en el congreso socialista de París, el 16 de julio de 1914—, responder «a la declaración de guerra con una declaración de huelga general revolucionaria» y, en su fuero interno, espera que la guerra traiga la revolución.

Briand se aprovecha de las divergencias de la C. G. T. y de la decepción de sus tropas

Seguro de que le apoya la opinión pública, Clemenceau defiende la autoridad del Estado contra aquellos excesos, con todo el vigor de un jacobino, pero, cuando se presenta la ocasión de disolver a la C. G. T. después de la negativa de esta última a nombrar estatutariamente a sus dirigentes para la representación proporcional (23 de octubre de 1908), vacila, del mismo modo que permite que se hunda en el pantano parlamentario, a raíz de las huelgas de los funcionarios de correos, los días 19-26 de marzo y 11-13 de mayo de 1909, el proyecto de estatuto de los funcionarios y de los agentes de los servicios públicos. Aristide Briand (su primer gabinete incluirá a los Hermanos Stephen Pichon, René Viviani, René Renault y Henri Chéron, y el segundo a Stephen Pichon, Lucien Klotz, Maurice Faure, J. Louis Puech y Antoine Lefferre), que le sucede en el gobierno, el 24 de julio de 1909, dispone en su violoncelo de cuerdas muy distintas a aquella energía brutal. En el interior de la C. G. T., sabe utilizar la corrupción a veces, como con Métivier, el halago a menudo, como con Latapie (a propósito de los contratos colectivos), y siempre la intriga, como en el conflicto que enfrenta al tesorero Lévy con el secretario general Victor Griffuelhes y provoca la dimisión de este último, el 2 de febrero de 1909. Cuando se produce la huelga de los ferroviarios de la Compañía del Norte, del 10 al 18 de octubre de 1910, acordándose de su antigua amistad, de la época de «La Lanterne», con los Péreire, se apresura, de acuerdo con los Rothschild (que están representados en los consejos de administración de todas las redes, excepto la del Oeste), a movilizar a los reservistas y a dividir a los dirigentes para poner fin al conflicto. En aquel régimen, la afición al trabajo, el celo sindicalista, el ardor revolucionario, se debilitaban rápidamente. A ejemplo de su nuevo secretario general Léon Jouhaux, nombrado el 12 de julio de 1909, la C. G. T. engorda y se aburguesa.

La masa de los trabajadores, cansada de agitar banderas rojas durante cuarenta años, en la espera de un «gran día» que retrocede delante de ella como un espejismo, tiene motivos más que sobrados para sentirse decepcio-

nada. Cuarenta años de incoherencia, de división y de desorden... ¿y cuáles son los resultados concretos? Una mejora, desde luego, de las condiciones de vida (gracias en gran parte a aquella división del trabajo y a aquella mecanización repudiadas por Marx), comparable a la de los grandes países industrializados. Un aumento de los salarios del 10 % en el Sena, el 7 % en provincias, de 1893 a 1906, acompañado de una ligera baja de los precios al detalle en 1893, seguida de una lenta elevación a partir de 1907: el índice del poder adquisitivo (100 en 1900), señalando la progresión siguiente: 63 en 1860, 74,5 en 1880, 100 en 1900, 106 en 1910, en tanto que las cifras equivalentes (aunque en índices simples de salarios) se establecían en las mismas fechas, en Inglaterra, en 63, 80, 99 y 93; en Alemania, en 74, 84, 97 y 96, y en los Estados Unidos, en 72, 92, 102 y 104. Pero, en el campo de la legislación social, la República francesa, tan roja cuando se trataba de «comerse a los curas», marchaba muy atrás, con medio siglo de retraso sobre el Imperio de Alemania. El balance de su obra es breve: ley de 7 de julio de 1890, instituyendo los delegados para la seguridad de los mineros; creación de una Oficina del Trabajo, embrión de un futuro ministerio (20 de julio de 1891); reducción de doce a once horas de la duración máxima del trabajo para las mujeres y los niños (2 de noviembre de 1892); subvenciones concedidas a las Cajas de Crédito agrícola (1894); reglamentación de las sociedades de socorros mutuos y reconocimiento de la responsabilidad de los empresarios en materia de accidentes de trabajo (abril de 1898); institución de retiros obreros obligatorios, sobre el modelo alemán, aprobados por la Cámara el 24 de febrero de 1906, pero promulgados cuatro años más tarde, el 5 de abril de 1910, después de que el Senado rebajara la carga del Estado de 312 millones al principio y 425 a continuación, a 52 y 150 respectivamente, y aumentara de sesenta a setenta y cinco años la edad de la jubilación (un reglamento del 21 de marzo de 1911 autoriza a los patronos a descontar de los salarios el importe de las cotizaciones obreras). Eso es todo. Hay que ver en esos pobres resultados el motivo de la lucha de clases, de aquellos motines, de aquellos atentados, de aquellos ataques a la autoridad del Estado que, lejos de «asustar a los burgueses, estimulaban la resistencia de los patronos. Y de aquellas amenazas a las clases medias que, reforzadas con una nueva aportación de técnicos y de obreros cualificados, contrariamente al esquema marxista, se negaban a dejarse proletarizar y contribuían a alejar a la opinión pública de los revolucionarios...

* * *

Bakunin, paneslavista, judaizante y anarquista

En los otros países latinos, por desgracia, el balance del desorden era todavía peor. En ellos, al desintegrarse la I Internacional, se habían impuesto las tesis de Bakunin.

Curioso e inquietante personaje aquel paneslavista, apóstol de la anarquía. Nacido en 1814 en el seno de una familia patriarcal de Premoukhino (gobierno de Tver), pero primo, por parte de su madre, de Alexandre y de Michel Muravief, antiguos dirigentes de «La Unión de la Salvación», Miguel Bakunin, cadete de la Escuela de Artillería, fracasa en sus exámenes de

cuarto año y abandona el ejército, ya que arde en deseos de reunirse en Moscú, en marzo de 1835, con sus amigos de la «intelligentzia»: Nicolás Stankevitch (del que su hermana Liubova está enamorada), las jóvenes Beer, Alejandra y Natalia, y el crítico Wisarion Bielinsky, que no tarda en convertirse en su rival, ya que está enamorado de su hermana Tatiana por la que el propio Bakunin experimenta un afecto muy turbio. En pleno embrollo de sentimientos más o menos rechazados o equívocos, toda aquella gente se alimenta ávidamente de las obras de Jean-Paul Richter, de Bettina von Arnim, de Fichte y de Hegel. En septiembre de 1839, Bakunin conoce a Alexandre Herzen, que acaba de regresar del exilio con Ogaref y que le procura los medios de reunirse con Bielinsky en San Petersburgo. Allí, un violento altercado le enfrenta con el nacionalista Katkof, el cual le abofetea, a pesar de que Bákunin es de gigantesca estatura, y le tilda de impotente; ante lo débil de su reacción, sus amigos le vuelven la espalda. Se dirige a Berlín, el 9 de julio de 1840, y luego a Zurich, donde Georg Herwegh le pone en contacto con Moïse Hess, el inspirador de Marx y de Engels, que le inicia a su vez en la doctrina comunista, con el viejo sastre revolucionario Weiling y con los hermanos Peseantini, mazinianos. Pero el gobierno zarista se inquieta por aquellas andanzas y le conmina a regresar a Rusia inmediatamente, bajo la amenaza de borrarle de la lista de la nobleza y de condenarle a trabajos forzados. En febrero de 1844 huye a Bruselas, donde se une a Lelewel, el dirigente judío de la insurrección polaca. En julio se encuentra en París, donde se le reunirá Herzen tres años más tarde. Colabora en la revista de Arnold Rüge, luego en el «Vorwärts» de Bernstein, se pone a los pies de George Sand, discute interminablemente con Proudhon y se adhiere a lo esencial de sus ideas, hostiles a la dictadura marxista (11), sin dejar de predicar la acción directa (12) y la unión de los pueblos eslavos por medio de la revolución (13).

Aquel celo y aquellos extremismos le señalan a la atención del conde Kisselef, embajador de Rusia, que reclama su expulsión en 1847, presentándole... como un agente secreto que se ha hecho molesto. Aunque George Sand escribe a Marx, el 20 de julio de 1848, para defenderle, nunca conseguirá lavarse del todo de aquella mancha. Por el contrario, Golowine le acusa en 1848 de ser amigo del conde Jacques Tolstoï, su denunciante. Más tarde, David Urquart en 1863 y Moïse Hess en 1869 volverán a perseguirle con sus sospechas. Si no es agente del zar, lo es con toda seguridad del

(11) «Ellos sostienen que sólo una dictadura —la suya, naturalmente— puede crear la voluntad del pueblo, cuando... ninguna dictadura puede tener otro objetivo que el de perpetuarse y no puede engendrar más que la esclavitud en el pueblo que la tolera». «Concentrarán todos los poderes del gobierno... Crearán un solo banco estatal, concentrando en sus manos toda la actividad comercial, industrial, agrícola e incluso científica, y dividirán la masa popular en dos ejércitos —ejército industrial y ejército agrícola—, bajo el mando directo de los ingenieros del Estado, que constituirán la nueva clase político-científica privilegiada» (R., I, págs. 293-94 y 298). «En el interior habrá esclavitud, en el exterior la guerra sin tregua, a menos de que todos los pueblos de las razas inferiores, latina y eslava, la primera fatigada de la civilización burguesa, la segunda casi ignorándola..., se resignen a sufrir el yugo de una nación esencialmente burguesa y de un Estado tanto más despótico por cuanto se llamará Estado popular» (F., IV, págs. 381-385).

(12) «La pasión de la destrucción es una pasión creadora», escribirá en los «Anales franco-alemanes», bajo el seudónimo de Jules Elizard.

(13) Resulta imprescindible, ante todo... «preservar a los eslavos de toda dominación germánica», mediante la constitución de un poderoso super-Estado eslavo.

paneslavismo y, por este hecho, enojoso hasta cierto punto para los doctores judeo-alemanes del marxismo. De regreso a París, después de las jornadas de febrero de 1848, aparece en Praga en junio, esforzándose inútilmente en hacer adoptar por el congreso de los eslavos del Danubio (que en su mayoría permanecen leales a los Habsburgo) las tesis que acaba de exponer en un folleto. «Los fundamentos de la nueva política eslava», e intentando crear una sociedad secreta, en tanto que, el 12 de junio, del «Albergue de la Estrella Azul» en el que se aloja, parte un motín estudiantil que fracasará. Expulsado de Prusia y de Sajonia en septiembre de 1848, refugiado en Anhalt, piensa en presentar sus proyectos a Nicolás I, luego renuncia a ello para dirigirse a Dresde, donde se prepara una insurrección (principios de 1849). Disuelta la Cámara por el primer ministro Beust, la multitud ocupa el Ayuntamiento, el 1 de mayo, y proclama un gobierno provisional, el 5. Al día siguiente llegan las tropas prusianas y se produce la desbandada. Detenido con Heubner en Chemnitz, Bakunin va de las fortalezas prusianas de Altenburg y de Kõnigstein a los calabozos austríacos (julio de 1850) de Praga y de Olmutz.

Conmutadas sus dos condenas a muerte por reclusión perpetua, he aquí que el 11 de mayo de 1851 se encuentra en San Petersburgo, en la fortaleza Pedro y Pablo. Nicolás I, que ha obtenido su extradición, le envía al conde Orloff, jefe del servicio de Información, para reclamar su «confesión como un hijo a su padre espiritual». Bakunin obedece, aprovecha la ocasión para exponer sus planes y firma humildemente «El pecador arrepentido». A pesar de lo cual permanece en la fortaleza dos años y medio, antes de ser trasladado a Schlusselburgo en la primavera de 1854. El zar responde a sus solicitudes deportándole a Siberia. Llega a Tomsk el 23 de marzo de 1857, y tiene la suerte de quedar bajo la benévola autoridad de un primo suyo, el conde Muravief-Amoursky, gobernador de la Siberia oriental en Irkutzk, que le trata como a un miembro de la familia, le encuentra empleos (primero en una compañía de navegación del Amur, luego en unas minas de oro), le casa con una polaca muy joven (a la cual sus discípulos se encargarán más tarde de hacer tres niños), y le deja una libertad tan amplia... que el 5 de junio de 1861 se traslada a Nicolaiewsk para embarcar en el clipper «Strelok» el buque norteamericano «Vickers». Vía Hakodaté (Japón) y San Francisco, en octubre, desembarca en Londres, donde le esperan sus amigos Herzen y Ogaref, el 14 de diciembre.

Instalado en Italia, mezclado en la Comuna de Lyon y de Marsella

Su primer gesto es entonces el de dirigir al zar Alejandro II, en el cual querría ver «el zar de los campesinos», un ardiente llamamiento intitulado: «La obra popular: ¿Romanov, Pugatchef o Pestel?». A continuación, gracias al apoyo de la logia de los *Filadelfos,* del rito de Memphis, de Londres, se traslada a Italia, visita a Garibaldi en Caprera en enero de 1864, establece contacto con las logias de Florencia, donde monta una sociedad secreta. «La Fraternidad Internacional» o los «Hermanos internacionales» (14), que se

(14) Cuyos estatutos, después de la reorganización, publicados por el «Reichsbote» de Berlín y la «Vaterland» de Viena en marzo de 1880, han sido reproducidos *in extenso* por

esfuerza en infiltrarse en las cámaras sindicales obreras. En septiembre, vía Estocolmo, regresa a Londres, donde Marx, deseoso de combatir a Mazzini, cuya fórmula, «Dios y el Pueblo», le fastidia (dada la conveniencia de acabar con los últimos restos de «alienación» deísta), le propone alistar en la Internacional naciente las tropas que reclutará en Italia. Esta vez se instala en Nápoles (1865), y luego en Casamicciola, en la isla de Ischia, rodeado de sus discípulos, los italianos Fanelli, Soverio Frisch, Carlo Gambuzzi (el amante de su esposa), Alberto Tucci, dos polacos y la princesa Zoé Obolensky, esposa del gobernador civil de Moscú, que no tardará en ser la compañera del polaco Mroczkovsky. El congreso de la Paz, que reúne a los extremistas en Ginebra el 9 de septiembre de 1867, le trae a Suiza, donde es acogido, no sin cierta desconfianza, por los dirigentes de la «Liga de la Paz y de la Libertad», Hugo, Louis Blanc, Garibaldi y Stuart Mill. Al año siguiente, en Berna, Eliseo Reclus y Victor Juclard se unen a él.

Funda entonces una asociación oficial: la «Alianza internacional de la Democracia social», cuyos miembros sólo son admitidos por la Internacional a título individual. En el congreso de Basilea (6-12 de septiembre de 1869), Bakunin se pronuncia naturalmente en favor de la abolición de la herencia, pero opone al comunismo de Estado lo que él llama el «colectivismo», de hecho una federación de comunas libres inspirada en Proudhon, cuyo advenimiento en Lyon prepara con unos contactos con Albert Richard y André Bastelica en Marsella, en 1868, y con una visita, en compañía de James Guillaume, en noviembre de 1869. Habiéndose proclamado en la ciudad un Comité de Salvación Pública, a raíz de la caída del Imperio, el 4 de septiembre de 1870, Bakunin llega allí el 14 y, con la colaboración de Cluseret que llega el 17, prepara el 19 en la Rotonda un plan de insurrección. Proclamada la Federación Revolucionaria de las Comunas el 25. Saignes consigue ocupar el Ayuntamiento, el 28. Pero el alcalde y la guardia nacional le desalojan de allí y detienen a Bakunin, que logra escapar y huir a Marsella al día siguiente, para refugiarse después en Génova, el 24 de octubre. Tras una estancia en Locarno, y luego en Zurich en 1872, se deja instalar cómodamente por Carlos Cafiero, uno de sus ricos discípulos, en Locarno, en compañía de Fanelli, Pofladino y Emilio Malatesta. Ya que Bakunin tiene de común con Marx el dejarse mantener por sus amigos. Pero lo hace a la rusa, con tanta prodigalidad que Cafiero terminará por hartarse en 1875. En el intervalo, en el congreso de La Haya (2-7 de septiembre de 1872), Carlos Marx ha aprovechado una reclamación de la Alianza —que exigía una verdadera autonomía para todas las secciones de la Internacional— para expulsarla y condenar a su jefe. Desde entonces, sus partidarios se diluyen en grupúsculos (Saint-Jurier, el 15 de septiembre de 1872). Se celebran unas conferencias en Bruselas en 1874, en Berna en 1876, en Verviers en 1877. Desde agosto de 1877 hasta octubre de 1880, la federación jurasiana se reúne periódicamente en la Chaux-de-Fonds. Eliseo Reclus, el príncipe Pedro Kropotkine, James Guillaume y Enrico Malatesta, a los que no tardan en unirse Jean Grave (de los zapateros) y Emile Pouget, asumen la

---

Claudio Jannet (T. III., pág. 621). «Hermanos internacionales» y «Hermanos nacionales» dirigen unas Federaciones nacionales. En Francia, un comité de treinta miembros (del que forman parte Jules Guesde, Benoit-Malon, Allemane, etc.) ejerce su autoridad sobre seis comités regionales.

dirección del movimiento. Disponen para su propaganda de tres periódicos en Francia: «L'Avant Garde», «Le Revolté» y «La Révolte», y en Londres de una gaceta en alemán, «Die Freiheit» —«La Libertad»— y otra en ruso, «Korokol» —«La Campana»—, de Alexandre Herzen. En la capital británica, en 1881, Eliseo Reclus, Johann Most y Enrico Malatesta tratan de reagrupar sus tropas creando una «Alianza internacional obrera», llamada «negra». Los marxistas les habían birlado su etiqueta de «colectivistas» en 1876, por lo que ahora se llamaban anarquistas. Al morir Bakunin en Lugano el 1 de julio de aquel mismo año, su influencia se ejercía principalmente en Italia, en España y en Rusia.

Labriola, marxista, controla el partido obrero

En la península italiana, una suprema tentativa insurreccional, preparada por él en Bolonia y en Florencia, y por Malatesta en Sicilia, se había saldado con un rotundo fracaso (finales de 1875). Pero subsistían diversos focos de agitación, más o menos ligados a los bandidos de la «camorra» en Nápoles y de la «maffia» en Sicilia. La miseria del Sur, donde la excesiva fragmentación de los bienes de las congregaciones expropiados en 1866-67 y los tráficos de los especuladores habían provocado el fracaso de la reforma agraria, y que no recogía, en créditos para bienes de equipo, más que las migajas de las otras regiones (ejemplo: 266,9 millones de liras invertidas en el norte en obras hidráulicas desde 1868 hasta 1896, y 187,8 en el centro, contra 1,6 en el mediodía y 1,3 en Sicilia), empujaba a su población desheredada, sea a la emigración, sea a la revuelta. En el Norte, en Bolonia, donde Andreas Costa había fundado en 1871 un «Fascio operaio», los extremistas italianos, reunidos en congreso del 15 al 18 de marzo de 1875, habían empezado proclamándose por el «colectivismo» y la anarquía. Pero su jefe, encarcelado desde 1874, hasta 1876 en Italia y, más tarde (del 27 de marzo de 1878 a 1879), en Francia, donde se había refugiado, había tenido ocasión de leer en la cárcel las obras de Carlos Marx y se había convertido a su doctrina.

El partido obrero que creó en 1880 le siguió por aquel camino. En aquella falsa democracia masónica, en la que la proporción de los electores con relación a la población sólo es del 1,92 % en 1860, del 2,10 % en 1874 y del 9,57 % en 1892, su propaganda contra los gobiernos Crispi y Giolitti se encuentra singularmente facilitada por la serie de crisis que acompañaron a la amarga derrota de Abisinia: crisis financiera —con un déficit creciente de 16 millones de liras en 1882 a 491 en 1889—; crisis bancaria —señalada por 1.306 quiebras en 1887 y 2.180 en 1888—; crisis agrícola y escándalos, que condujeron a la detención del director general del Banco de Roma, el senador Taulonga. Gracias a los fondos electorales puestos a disposición de Cavalotti y de sus amigos de la extrema izquierda por Cernuschi, del Banco de París y de los Países Bajos, los socialistas, que sólo tenían un diputado en el Parlamento en 1882, Andreas Costa, contaron con 16 en 1879 y con 33 el 3 de junio de 1900. En el intervalo, el partido (con 10.000 miembros en 1891 y 36.000 en 1906) había decidido en Bolonia, en 1888, admitir en su seno a los intelectuales. El napolitano Antonio Labriola, profesor de la Universidad de Roma, relacionado con Engels desde 1890, no tardó en ejercer una gran

influencia sobre sus destinos. Diversos órganos contribuyeron a extender la influencia marxista en sus organizaciones: la revista «Crítica soziale», creada en Milán en 1891 por Filippo Turatti y su compañera Anna Koulischova, y el semanario «Lotte di classe», en espera de que viera la luz, en 1896, el periódico «Avanti», dirigido por Leonida Bissolati. Hasta el punto de que los congresos celebrados en Milán y en Génova en 1891 y 1892 se pronunciaron por la exclusión de los anarquistas.

Estos últimos, por su parte, no permanecen inactivos. Ora se manifiestan por medio de atentados: el ayudante de cocina Passanate hiere con un puñal al rey Humberto I y, de más gravedad aún, al presidente del Consejo, Benedetto Cairoli, el 17 de noviembre de 1878; unas semanas después, estallan unas bombas en Florencia y en Pisa; el año 1894 se señala por un recrudecimiento de los asaltos a mano armada; el 10 de septiembre de 1898, un italiano asesina en Ginebra a la emperatriz Elisabeth de Austria y, como remate, el 29 de julio de 1900, Bresci, un italiano llegado exprofeso de los Estados Unidos, asesina al rey Humberto I disparándole cuatro tiros de revólver, en Monza, cerca de Milán. Ora fomentan disturbios: se esfuerzan en infiltrarse en las asociaciones de trabajadores constituidas en Palermo en mayo de 1892 por el catanés De Felice y el Dr. Barbato para luchar contra los abusos de los «latifundia», desencadenan motines en la región de Carrara en 1893, luego en las Marcas, la Romaña y los Pouilles, en 1898; otros movimientos, que provocan tiroteos en Florencia y en Pavia y culminan en la insurrección de Milán (que se prolonga del 6 al 9 de mayo y se salda con un centenar de muertos). Entretanto, las huelgas se multiplican. Se producen 553 en el período 1870-1879; 752 desde 1880 a 1889; 1.698 desde 1890 a 1899 y 1.400 en un solo año: 1901. En septiembre de 1904, 45.000 obreros de Milán se esfuerzan en provocar una huelga general. La opinión pública se amotina. En noviembre, los electores se vuelven hacia la derecha. Fue preciso aquel toque de atención para que en Italia se iniciara el movimiento mutualista y cooperativista.

El anarquismo prevalece en España

Por desgracia para España, el anarcosindicalismo iba a hundir en ella unas raíces más profundas. Lo mismo que la masonería y el carbonarismo, se extendió al principio como un nuevo «mal de Nápoles». Ya que fueron los emisarios italianos de Bakunin, Enrico Fanelli y Carlo Caffiero los que, aprovechando los desórdenes revolucionarios de 1868, lo introdujeron en la península ibérica. El año anterior, por instigación del profesor catalán Francisco Pi y Margall, masón, «comunero de Castilla», «Gran Primo» de las asambleas de carbonarios, discípulo de Proudhon, autor de una obra federalista. «Las Nacionalidades», y animador de los disturbios de Benaján (verano de 1857, 100 rebeldes fusilados) y de Izájar-La Loja (27 de junio-5 de julio de 1863), que reunieron a 2.500 insurrectos, a las órdenes del veterinario Rafael Pérez del Alamo, en Andalucía, la «Legión Ibérica» de Barcelona (donde había sido creada una sección de la Alianza, el 2 de mayo) había dirigido un mensaje al congreso de la Internacional reunido en Lausana (septiembre de 1867). Bajo el nombre supuesto de «Sarro Magallán», un mecánico de Barcelona, Antonio Marsall Anglora, representa a España en el

congreso siguiente. Poco después, los delegados de Bakunin, recibidos por el federalista José Rubén Donadeu, establecían contactos en Madrid con el obrero tipógrafo Anselmo Lorenzo Asperilla, antiguo discípulo de Pi y Margall en el «Fomento de las Artes» (finales de 1847), más tarde masón (18.º grado y creador de la logia «Los Hijos del Trabajo» de Barcelona), y sus amigos Tomás González Morago, José Fernández Neira y Francisco Mora Méndez (futuro fundador de la «Unión General de Trabajadores») y, en Barcelona, con otro tipógrafo, Rafael Farga Pellicer, del «Ateneo Obrero», y con los representantes de la «Unión Manufacturera», en tanto que Eliseo Reclus y Arístide Rey celebran un mitin en Sabadell, con la colaboración del Hermano Fernando Garrido, furierista. Cuando se marcharon, en diciembre, la «Federación obrera regional española», afiliada a la Internacional y dirigida por un comité de 21 miembros, completó su organización y sus medios de propaganda. Rafael Farga Pellicer y el Dr. Gaspar Sentiñón la representaron en el congreso de Basilea, el 6 de septiembre de 1869; el 19 de junio de 1870, celebró en Barcelona su propio congreso nacional. Disponía entonces de tres periódicos: «La Federación», en Barcelona, que vivió desde el 1 de agosto de 1869 hasta el 3 de enero de 1874; «La Solidaridad», en Madrid (enero de 1870) y «El Obrero», en Palma de Mallorca, dirigido por Francisco Tomás.

Brutalmente dispersados por la irrupción de un grupo de «guardias de la porra» en el café «Internacional» de la calle Alcalá, de Madrid, en el que estaban reunidos, el 2 de mayo de 1872, sus dirigentes (excepto Angel Mora) huyeron a Portugal, y a su regreso entraron en la clandestinidad. A raíz de un viaje a París y a Londres decidido por el congreso de Valencia de septiembre de 1871, Anselmo Lorenzo, asqueado por la actividad «pontificante» de Carlos Marx, separó a su organización de la Internacional, en el preciso instante en que el yerno del profeta, Paul Lafargue (nacido en Santiago de Cuba), viajaba por España, desde diciembre de 1871 hasta julio de 1872, celebraba un congreso en Zaragoza, a principios de abril —antes de la disidencia de Lorenzo— y reclutaba a otro tipógrafo, Pablo Iglesias Posse, como secretario general del «Partido Socialista Obrero Español» (que no será fundado oficialmente hasta el 2 de mayo de 1879). Mientras la Federación marxista, llamada de los «Nueve», celebraba un congreso en Toledo, el 25 de mayo de 1873, antes de ser disuelta, con las Cortes, por el general Pavía, el 3 de enero de 1874, Anselmo Lorenzo reunía su congreso anarquista en Córdoba, el 25 de diciembre de 1872, en presencia de 54 delegados (representando a 236 federaciones locales, 484 secciones, en total 849 organismos y 7.286 militantes), y trasladaba su secretariado general de Valencia a Alcoy, donde tenía también su sede su Comisión federal.

Enciende la guerra civil

Habiendo tomado esas disposiciones, se dirige a Barcelona, dispuesto a aprovechar la proclamación de la República (11 de febrero de 1873) y el acceso al poder de su maestro Pi y Margall, el 11 de junio, para desencadenar la insurrección «cantonalista». A primero de julio se amotinan unas tropas en Murcia y Archidona, el 8 los sublevados asaltan e incendian la alcaldía de Alcoy, fusilan al alcalde y saquean la ciudad, antes de huir, el

13, ante la llegada del ejército. Unos Comités de Salvación Pública se instalan en Sanlúcar de Barrameda (donde se procede a 72 detenciones) y en Granada (el 21 de julio). Sevilla se proclama independiente. Se producen disturbios en Cádiz, respondiendo al llamamiento de Fermín Salvoechea, en Málaga, Murcia, Valencia, Castellón de la Plana y, naturalmente, en Barcelona, donde el Dr. García Viñas y sus «descamisados» atacan el Ayuntamiento. Pero, en la capital catalana, la reacción es enérgica, el «Ateneo Obrero» es clausurado y el periódico «La Federación» suprimido. Ocupados sus últimos bastiones —Chinchilla, cerca de Albacete, y Cartagena— el 10 de agosto de 1873 y el 13 de enero de 1874, los dirigentes anarquistas vuelven a la clandestinidad y, reunidos en conferencia, el 18 de junio de 1874, deciden constituir unos «grupos de acción directa», del tipo de aquel «Núcleo vengador ejecutivo», al cual es recomendado especialmente el capitán general de Cádiz, culpable de haber resistido a sus presiones.

En el congreso de Verviers, en septiembre de 1877, sus representantes Morago y el Dr. Viñas combaten las tendencias comunistizantes del príncipe Kropotkine y de Paul Brousse. Anarquistas puros, sus afiliados pasan a la acción. Incendiar unos cortijos en las provincias de Cádiz y de Sevilla en 1878. Cometen atentados: Juan Oliva Moncasi, en Tarragona, efectúa dos disparos contra Alfonso XII cuando paseaba a caballo por la calle Mayor, el 25 de octubre de 1878; un gallego, Francisco Otero González, toma asimismo, por blanco a la pareja real, al regresar de la Casa de Campo, en diciembre de 1879. Pero, aunque arrastran aún a 110 delegados de un total de 140 en el congreso autonomista de Barcelona, celebrado el 24 de septiembre de 1881, por el camino de la anarquía y (en Valencia) hacia la constitución de asociaciones de productores libres, sufren graves disensiones internas: el número de sus federaciones disminuye (sólo quedaban 37 en septiembre de 1887; su IV congreso en Madrid reunirá únicamente a 16 delegados en 1887), se ha producido la expulsión, el 7 de febrero de 1881, de Anselmo Lorenzo y varios de sus amigos y la «Federación regional» ha cambiado su título por el de «Federación de Trabajadores de la Región española», antes de adoptar en Valencia, en 1888, el más resueltamente extremista de «Organización Anarquista de la Región española».

Después de la llegada al poder de Sagasta (en masonería, «hermano Paz») en febrero de 1881, sus tropas se reforman, en efecto —en número de alrededor de 50.000—, en la clandestinidad y con vistas a la acción directa. El italiano Alfredo Bucharini, agitador profesional, que ha podido apreciar, el 12 de febrero de 1873, en Montilla (Córdoba), el ardor en la revuelta de los pobres jornaleros de Andalucía, los somete a la autoridad de un comité directivo secreto, en el que figuran diez miembros de la A. I. T. o «Núcleo Popular», junto con un «Tribunal Popular» que señala a las víctimas. La organización firma sus atentados con una «mano negra», de ahí su nombre. El hecho de que la «Asociación General de Trabajadores» (A. I. T.) haya sido puesta fuera de la ley justifica a sus ojos el recurso al terrorismo, «por el fuego, el hierro y el veneno». Así, después de los congresos de Sevilla y de Cádiz, en 1881 y 1882, los incendios (que han empezado a finales de 1878) y los asesinatos ensangrientan la región de Jerez de la Frontera; severamente reprimidos, aquellas violencias provocan un proceso contra el maestro Juan Ruiz, Pedro y Francisco Corbacho y quince cómplices. Aunque el congreso-

de Valencia, en 1883, ha tomado la precaución de desolidarizarse con aquellos métodos, una insurrección todavía más grave, probablemente preparada, esta vez, por el italiano Enrico Malatesta (que se encontraba allí el día 10), estallará en Jerez en enero de 1892. El ejército la sofocará rápidamente y ejecutará, el 10 de febrero, a los cuatro dirigentes principales, que actuaban en connivencia con Fermín Salvoechea, que en aquellas fechas estaba en la cárcel.

Menos temerarios, los dirigentes barceloneses habían preferido recurrir en primer lugar a la huelga: huelga de 3.200 carpinteros, el 10 de julio de 1881, seguida el 12 de julio de una huelga de los obreros de la construcción. Diez años más tarde, haciendo eco a la campaña lanzada a iniciativa de los Estados Unidos por la Internacional renaciente en el congreso de París de 1889, los diversos grupos catalanes extremistas (lo mismo los disidentes del «Pacto de Unión y Solidaridad», constituidos en 1888, que el Estado Mayor del periódico «El Productor», fundado en 1887: Anselmo López, Gaspar Sentinon, Rafael Farga Pellicer y Juan Montseny Canet, llamado *Federico Urales*, masón y librepensador de origen judío, redactor también del semanario «Tierra y Libertad», posteriormente convertido en periódico en Madrid», después de una primera repetición, el 2 de mayo de 1890, se pusieron de acuerdo en Madrid en marzo de 1891 para desencadenar una huelga general en Barcelona con ocasión del 1 de mayo. El asunto terminó en fracaso, y siguiendo las instrucciones del ex zapatero italiano Alfredo Bucherini se volvió a la acción directa.

Los atentados suceden entonces a los atentados. En el curso de un desfile militar, el 24 de septiembre de 1893, Paulino Pallás Latorre, amigo de Malatesta, arroja una bomba debajo de las patas del caballo del capitán general Martínez Campos. El 7 de noviembre del mismo año, Santiago Salvador Frech hace estallar dos en el Gran Teatro del Liceo, que siegan una hilera de butacas de platea; el 7 de junio de 1896, otras bombas producen seis muertos y 42 heridos en una procesión, en la calle de Cambios Nuevos; Ramón Sempau dispara contra el teniente de la Guardia Civil Portas. En tanto que las leyes del 10 de julio de 1894 y del 2 de septiembre de 1896 se aplican a reprimir aquellos excesos, 87 anarquistas comparecen ante los jueces y Tomás Ascherini y tres cómplices pagan con la vida sus crímenes.

A continuación, el proceso de Montjuich sirve de pretexto para los ataques de determinada prensa francesa, alertada por uno de los comparsas, puesto en libertad, Fernando Tarrida del Mármol, y por Francisco Ferrer y Guardia, «hermano Cero» en masonería y grado 32.° del Gran Oriente de Francia, refugiado en París. En el preciso instante en que el jefe del gobierno de Madrid, don Antonio Cánovas del Castillo, que apoya con su autoridad la represión dirigida por el general Weyler contra la insurrección cubana, cae, muy oportunamente para los Estados Unidos, el 20 de agosto de 1897 bajo los disparos del tipógrafo anarquista Miguel «Angiolillo», llamado Emilio Rinaldi (reclutado, a instancias de Carenzo, cómplice de Bresci en el asesinato de Humberto I, por Lorenzo Portet en Marsella, y trasladado por cuenta suya, como corresponsal de su periódico «Il Popolo», a aguas de Santa Agueda), la jauría norteamericana de París, ligada al cubano Dr. Betances, «L'Aurore», «La Justice», «La Petite République», «L'Intransi-

geant» e incluso «L'Echo de Paris», secundada por la prensa socialista mundial y el equipo de los Clemenceau, Briand, Naquet, Henri Rochefort —los mismos que prestan señalados servicios a los Estados Unidos en la agitación boulangista y en el asunto de Panamá—, se desencadena a fondo contra España. La campaña revisionista, que se prolonga desde 1897 hasta 1900, desemboca bajo el ministerio Sagasta en la puesta en libertad de los detenidos y el perdón a los desterrados.

En el curso de los años siguientes, la agitación reviste la forma de propaganda autonomista en Barcelona, dirigida por el alcalde, Dr. Robert, de disturbios en varias ciudades (en mayo de 1898), en Zaragoza, en Valencia (finales de junio-julio de 1899), en Barcelona (el número de parados llegó a ser de 60.000 en Cataluña), de huelga general en El Ferrol (23 de septiembre). El año 1899 se señala por otra parte por el atentado fallido del anarquista Sépido contra el príncipe de Gales en Bruselas, el 5 de abril. En 1900, con ocasión de la boda de don Carlos de Borbón con la princesa de Asturias, el nuncio es acogido a pedradas (el 14 de febrero); en Zaragoza se producen algaradas. En 1901, motines en Barcelona, prolongados del 1 al 5 de mayo y que provocan la proclamación de la ley marcial. Los jornaleros de la provincia de Badajoz se declaran en huelga, lo mismo que los obreros portuarios de El Ferrol y de La Coruña. Y los metalúrgicos de Barcelona en 1902 y 1903; y también los portuarios de Gijón. A raíz de la huelga de los herederos de Sevilla en 1901, los agitadores catalanes predican la revuelta en Andalucía: Teresa Claramunt en 1902, Federico Urales y Soledad Gustavo en 1903. Al otro lado de las verjas de Gibraltar, los obreros de La Línea proclaman la huelga general en 1902.

Fracasa el asalto contra la monarquía

Pero he aquí que se reanuda el asalto contra la monarquía. Por medio de atentados, primero: el 5 de abril de 1904, José Miguel Artal, formado por el «Centro de Estudios Sociales», hiere de una puñalada a don Antonio Maura, jefe del gobierno, que ha llegado a Barcelona acompañando al rey Alfonso XIII. En París, a finales de mayo, el rey de España, al salir de la Opera, escapa a una bomba en la calle Rohan y a un disparo en el Palais-Royal. Almereyda, Malato y Vallina, unos comparsas, son detenidos, pero el autor principal de aquella tentativa de regicidio, un tal «Farrás», se desliza entre las redes, de mallas bastante amplias, de la policía parisiense... (Se trata de Jesús Navarro Botella, del grupo «Tierra y Libertad», más tarde empleado en la casa, Garnier, amigo de los anarquistas internacionales Pedro Vallina, Harwey Caussanel —italianos—, Federico Stockelberg y Alfred Naquet). En Madrid, el 31 de mayo de 1906, el cortejo nupcial de Alfonso XIII y de Victoria Eugenia (Ena de Battemberg) está a punto de ser alcanzado por una bomba lanzada desde una casa de la calle Mayor por el anarquista Mateo Morral. Al igual que Artal, el criminal ha sido reclutado por Francisco Ferrer y Guardia y su amante, Soledad Villafranca. Era profesor de la «Escuela Moderna», fundada en 1901, con la casa editora contigua, por Francisco Ferrer, antiguo ferroviario, afiliado a la logia «Verdad», encargado desde 1884 del enlace con Manuel Ruiz Zorrilla, el alto dignatario masónico (hermano «Cavour»), refugiado en Francia. Establecido

en París, enriquecido gracias a la fortuna de su compañera Ernestina Meunier, subvencionando centros y periódicos anarquistas, afiliado al Gran Oriente de Francia en 1902 y promovido a grado 33.° en 1909, Ferrer será llamado a desempeñar un papel mucho más importante todavía en el ataque que las altas esferas masónicas se disponen a dirigir contra los tronos de Portugal y de España, en el curso del congreso celebrado en París en 1908.

En previsión de aquellos acontecimientos, se constituyen en Barcelona, el 3 de agosto de 1907, el grupo «Solidaridad obrera» (con Antonio Colomé, Angel Badia Matamala, Jaime Bisbe, Ramón Lostau, Avelino Sánchez, Enrique Farrés y Martín Martí). De acuerdo con los radicales de Alejandro Lerroux y del periódico «El Progreso», los anarquistas se infiltran en los sindicatos y en las sociedades republicanas (especialmente en La Coruña, en Galicia). Ferrer intenta reunir a los dirigentes del movimiento en una logia común. «Los siete Amigos», inspirada en las «Nueve Hermanas». En tanto que el gobierno Maura se esfuerza en combatir al terrorismo reclamando el derecho a cerrar los clubs, a prohibir los periódicos y a expulsar a los agitadores (24 de enero-23 de junio de 1908), y que el asesinato del rey Carlos de Braganza y del príncipe Luis en Lisboa (17 de febrero) preludia la revolución que triunfa en Portugal, las explosiones se multiplican en las calles de Barcelona, en un mercado (en junio), en las Ramblas, delante de un banco (4 de agosto), en el Paralelo. Del 5 al 7 de septiembre de 1908, los conjurados, en número de 200, se reúnen en un congreso, al que asisten republicanos de José Anglès, socialistas de Fabra Ribas y anarquistas de Rodríguez Romero. El bloque anticlerical así formado con la bendición otorgada en París por Clemenceau a Segismundo Moret (hermano «Cobden»), aprovecha la ocasión suministrada por el envío de 20.000 hombres de refuerzo a Marruecos por el gabinete Maura (el 11 de julio de 1909), para pasar a la acción. El 2 de junio, dos bombas explotan en unos teatros, el lunes estalla la huelga en Barcelona y en Sabadell y, a pesar de la proclamación del estado de sitio, el 26 de julio, se levantan barricadas. En el curso de la «Semana Trágica», 17 iglesias, 23 conventos, cuatro asilos y 16 colegios serán saqueados e incendiados por los amotinados. Cuatro dirigentes, dos de ellos francmasones, y Francisco Ferrer (fusilado el 13 de octubre de 1909) pagan con la vida aquellas atrocidades. Ante aquella noticia, los habituales heraldos de la conciencia internacional hacen resonar sus vehementes protestas. Con tanto estrépito, que Antonio Maura tiene que ceder la presidencia del Consejo a Segismundo Moret.

La U. G. T. marxista y la C. N. T. anarquista

Pero la revolución ha fracasado: la monarquía se mantiene en su puesto. Los dirigentes extremistas, encabezados por Anselmo Lorenzo, que morirá el 30 de noviembre de 1914, se esfuerzan entonces en aumentar su influencia en los medios sindicalistas. A la «Unión General de Trabajadores», oficialmente creada en Barcelona en 1888 por el socialista Pablo Iglesias, que ha participado muy a regañadientes en los últimos acontecimientos, deciden, el 30 de octubre de 1910, oponer (con la colaboración de los grupos «4 de mayo» y «Tierra y Libertad») otra organización, que al celebrar su primer congreso al año siguiente (8-10 de septiembre de 1911) adoptará el nombre

de «Confederación Nacional del Trabajo». Su doctrina pretende inspirarse en Proudhon y en Emile-Pouget, y no proceder a la expropiación de la burguesía, por medio de la huelga general revolucionaria, hasta que la clase obrera haya podido formar y educar sus propios cuadros (objetivo de la «Escuela Moderna», cuya dirección ha legado Ferrer a Lorenzo Portet). Pero, en la partida, aunque la C. N. T. permanece fiel al principio federalista, no sabe quedarse al margen de la política (en julio de 1917 se aliará con los socialistas y los republicanos en una nueva intentona revolucionaria) y la acción directa reviste inmediatamente, en sus 30.000 afiliados, la forma del terrorismo, lo que le vale ser disuelta rápidamente por el gobierno.

Apenas constituida, en efecto, antes incluso de haber trasladado su centro a Zaragoza, su secretario general, José Negre, iniciado en el extranjero en la Francmasonería, en contacto con París y Londres a través de Lorenzo Portet y, esta vez, con el apoyo de Pablo Iglesias, distribuye consignas de huelgas, a los campesinos de Jerez, en mayo, a los albañiles de Madrid, donde se producen algaradas en junio, a los portuarios de Bilbao y de Sevilla, a los obreros de Zaragoza, donde la huelga general, proclamada del 11 al 14 de julio, se repite en septiembre y provoca el 16 un tiroteo, y naturalmente en Barcelona, donde el 17 son detenidos cinco miembros del comité de huelga. Resulta difícil no ver en todo ello el resultado de intrigas urdidas a la vez en la asamblea masónica internacional celebrada en Roma en 1911, y en los congresos anarquistas reunidos en Nueva York (en presencia de Miranda y Trujillo) en la primavera y en Londres, del 10 al 20 de noviembre (con la colaboración del italiano Malatesta, del judío ruso Schapiro y del catalán Lorenzo Portet).

Con la huelga de los ferrocarriles, declarada el 10 de septiembre de 1912, efectiva el 25, y que algunos banqueros apoyan bajo mano, vuelve a abrirse la era de los atentados. Amenazado de represalias por Pablo Iglesias en el Parlamento, Antonio Maura es herido por un anarquista, Manuel Posseu, en Barcelona. Aunque masón (vivamente apoyado por la Gran Logia Catalano-Balear), don José Canalejas y Méndez, presidente del Consejo desde el 9 de febrero de 1910, culpable a la vez de haber roto la huelga al movilizar a los ferroviarios y entablado procedimientos judiciales contra Pablo Iglesias (muy hostil a un arreglo con Francia en Marruecos) y sus lugarteniente Barrio, Mora, Rodríguez Carnicero, y de haber disuelto la U. G. T. (1 de agosto de 1912) como federación (sus 360 organizaciones afiliadas continuaron encuadrando a sus 127.000 adheridos), Canalejas, pues, es asesinado de dos tiros de revólver el 12 de noviembre de 1912, cuando se dirigía al ministerio del Interior, en la Puerta del Sol. El asesino se suicida; se trata de Manuel Pardiñas, reclutado en Tampa, Estados Unidos, en compañía del español Francisco Martínez y del cubano Manuel Salinas, siguiendo instrucciones de Malatesta, por Pedro Esteve. Llevados a Burdeos en septiembre, y luego a Marsella, donde el 3 de octubre se ultimaron los detalles del complot. Pardiñas fue «puesto en condición y calentado al blanco» por Soledad Villafranca. A pesar de su atentado fallido contra Alfonso XIII, sobre el cual el anarquista catalán Rafael Sancho Alegre disparó dos tiros al regreso de un desfile militar, el 13 de abril de 1913, el conde de Romanones proclamó una amnistía, en julio de 1914, y la C. N. T., de nuevo autorizada y sucesivamente dirigida por José Negre, Francisco Miranda y Francisco

Jordán (muerto en 1920), reanudó a la vez sus actividades sindicales y terroristas, de las cuales iban a ser víctimas más obreros díscolos que patronos de choque en el curso de los años siguientes (32 contra 12, en 1915-1916).

Alejandro II, el zar de las reformas

Sin embargo, la verdadera tierra de elección del terrorismo era la propia patria de Bakunin, la Santa Rusia, convertida en blanco, desde el fracaso de 1848, de todos los revolucionarios del mundo.

A pesar de que, inmediatamente después de la guerra de Crimea, el zar Alejandro II (1818-1881) se había dedicado a realizar un amplio programa de reformas. Reforma agraria, en primer lugar. Sacando la conclusión de las tareas de un comité secreto creado en enero de 1857 «para el mejoramiento de la situación de los campesinos» y de un informe redactado por Rostovtsev, Miliutin, el príncipe Tcherkowski y Yuri Samarin, un manifiesto del 18 de febrero de 1861 había emancipado a 47 millones de siervos (20 millones de la corona, cinco de las tierras del Estado y 21 de los dominios señoriales, más un millón y medio de criados). Siguiendo los consejos del gran duque Constantino, el estatuto del 19 de febrero (3 de marzo de 1861) sólo desposeyó a la nobleza de la tercera parte de sus dominios, mediante una indemnización pagada en sus cuatro quintas partes por el Estado (o sea, 2.500 millones de rublos), en tanto que la quinta parte restante debía ser reembolsada, al 6 %, en cuarenta y nueve años (el canon variaba, para 16 categorías distintas de tierras, de ocho a nueve rublos por término medio). Pero, aparte de su isba y su cercado, «dvor», los campesinos no se convertían en propietarios de sus campos. A fin de mantenerlos en la gleba y con el pretexto de reanimar una antigua tradición eslava, se había resucitado una comunidad fiscal que se remontaba a la época de los tártaros o al reinado de Iván III el Grande (1462-1505), el «mir», y se había encargado a aquella comuna rural el reparto (por un período que variaba de dos a quince años) de las parcelas distribuidas a los campesinos y, al mismo tiempo, la tarea de asegurar la administración, la policía y la justicia en la comunidad. ¿Quién le había «soplado» al zar la institución, en la base de sus reformas, de aquella célula semicomunista? ¿Su preceptor Speranski (cuyo papel deletereo en los medios intelectuales y eclesiásticos de Rusia ya hemos señalado) que, con el humanista Joukovski, había formado su juventud y continuaba ejerciendo sobre él una gran influencia? ¿O aquel inquietante Hamburger, aquel judío que a la sombra del canciller Gortchukov jugaba a las eminencias grises, al modo de Lothar Bucher cerca de Bismarck? Sería interesante poder precisarlo.

Lo cierto es que Alejandro II no tardó en completar aquella reforma —sin precedente por su amplitud— con la creación de asambleas locales o «sobranié» de distrito *(uiezd)* y de provincia *(gubernia)*, presididas por los mariscales de la nobleza, y de asambleas territoriales, o «zemstvos», facultadas para tratar los asuntos de policía urbana, escuelas, hospitales, seguros agrícolas, etc. En las ciudades, los comerciantes y los artesanos de las corporaciones fueron admitidos en la elección de una «duma» municipal, dotada de una junta (uprava) y de una alcaldía (golova). Así, el pueblo ruso

iba a aprender a administrar en la base sus propios asuntos; en tanto que la reforma judicial le otorgaba numerosas garantías, a la occidental: institución de jueces de paz, elegidos por los propietarios rurales de cada cantón, y de jurados criminales; control de la magistratura por el Senado, llamado a desempeñar el papel de Tribunal de Casación.

Protector de los judíos

En cierta medida, los judíos se beneficiaron también de la solicitud del zar liberal. Como una especie de venganza por los repartos de Polonia, las masas judías anexionadas, las más atrasadas, las más estrechamente vinculadas a sus comunidades, a sus *kahals*, a sus rabinos, a sus *hassidim*, habían aparecido casi inmediatamente como una amenaza para la Rusia conquistadora. Escuchando las quejas de los comerciantes de Smolensko y de Moscú (febrero de 1790), Catalina II no había encontrado mejor solución, para contener la amenazadora invasión, que fijarles en sus provincias de origen, en la Rusia blanca, después del primer reparto (ukase del 23 de diciembre de 1791), en la Pequeña Rusia (Minsk, Kiev, la Podolia), después del segundo (ukase del 23 de junio de 1794), y en Lituania, después del tercero, en 1795. Así se encontró delimitada una «zona de residencia» que comprendía quince gobiernos.

Diversas tentativas para rechazarles de los pueblos hacia las ciudades, en la Pequeña Rusia en 1795, y para restringir las atribuciones de los *kahals* —a pesar de lo útiles que resultaban para el cobro de los impuestos—, habían fracasado cuando el zar Alejandro I, lleno de buenas intenciones, decidió «reformarlos», al modo de José II y de Federico II. Elaborando, tras un informe del senador Derjavine (Vitebsk, otoño de 1800), por una comisión compuesta en noviembre de 1802 por el príncipe Kotchoubey, ministro del Interior. Derjavine, ministro de Justicia, el príncipe Czartoryski, adjunto de Asuntos Exteriores, y el senador Severine Potocki, después de consultar a los delegados de los *kahals* convocados en Petersburgo a principios de 1803 (y de unas gestiones del comerciante Nota Schklover, alias Nothkine, y del empresario Abraham Peretz), el Estatuto sobre la situación de los judíos del 9 de diciembre de 1904, exonerando a industriales y artesanos del impuesto, doble del de los cristianos, al que estaban sometidos, «toleraba» a comerciantes y burgueses, concedía a esas dos categorías el acceso al interior de Rusia, aceptaba la elección de los rabinos (aunque privándoles del derecho a excomulgar) y de los *kahals*, responsables de la recaudación de los impuestos, abría a los jóvenes la enseñanza rusa en todos los grados, a condición de renunciar a su jerga, pero prohibía a los judíos la venta de bebidas, una de sus principales ocupaciones en los pueblos.

Temiendo el efecto moral de la convocatoria del Sanedrín por Napoleón, y recelando que en el curso de la inminente invasión los judíos se comportaran con los franceses como se habían comportado con demasiada frecuencia con los turcos en la Europa central, informándoles y aprovisionándoles, el gobierno ruso decidió no obstante, por dos veces, en febrero de 1807 y a principios de 1812, dejar en suspenso las medidas de expulsión de 60.000 judíos, cuya aplicación había sido inicialmente prevista para el 1 de enero

de 1807 y 1808, y a continuación, por tercios, en tres etapas, en 1808, 1809 y 1810. En realidad, los judíos permanecieron fieles, en conjunto, al zar, que retuvo en su cuartel general, durante las hostilidades, a la vez como abastecedores de los ejércitos y representantes de los *kahals*, a Sundel, Sonnenberg, de Grodno, y a Leiser Dillon, de Neswicz. El mismo Sonnenberg presidirá una delegación judía, con sede en Petersburgo desde 1818 hasta 1825, en tanto que Abraham Peretz, yerno del acaudalado Josua Zeirlin, antiguo abastecedor del ejército de Potemkin contra los turcos (retirado en Schklov), acogerá en su casa como preceptor al reformista Mendel Lévine, hasta entonces protegido del príncipe Adam Czartoryski, en Petersburgo.

En un solo punto las concesiones importantes de Alejandro I se encontraron reducidas en su aplicación: la participación de los judíos en los consejos municipales, limitada al tercio en 1802, denegada en Lituania ante las protestas de los cristianos, en 1803. Más autoritario, Nicolás I iba a mostrarse, en lo que a ellos respecta, mucho más severo. Obligándoles al servicio militar (de una duración de veinticinco años), el 26 de agosto de 1827, y haciendo responsables del reclutamiento a los hombres de confianza de los *kahals*. Rechazándoles de los pueblos, en el gobierno de Grodno (2 de diciembre de 1827), expulsándoles de la ciudad de Kiev, luego de las orillas del Báltico y del Mar Negro (1820) y de los pueblos del gobierno de Kiev (1830). Manteniendo en un nuevo Reglamento de abril de 1835 la zona de residencia, recortada en una franja de 50 verstas en la frontera del Oeste, pero ampliada en los pueblos del gobierno de Kiev y de la Nueva Rusia (las orillas del Mar Negro, excepto Nicolaïev y Sebastopol), donde unos ensayos de colonización agrícola, que afectaban a unas 10.000 personas, habían tenido lugar en el gobierno de Kherson, desde 1807 hasta 1810. Colocando las escuelas judías bajo el control del gobierno (22 de junio de 1842) y pretendiendo reservar, en un plazo de veinte años, el monopolio del reclutamiento de los rabinos y de la enseñanza a las dos escuelas rabínicas y a las escuelas oficiales, creadas el 13 de noviembre de 1844. En ese terreno, la actividad reformista del judío bávaro Lilienthal, en Riga y cerca de sus colegas de Odesa y de Kichinev, había sido estimulada por el ministro de Instrucción Pública, Ouvarov, aunque Lilienthal, en relaciones epistolares constantes con los grandes jefes del judaísmo internacional, Philippsohn, Geiger, Crémieux y Montefiore, prefirió abandonar Rusia en 1845 para trasladarse a los Estados Unidos, donde asumió las funciones de gran rabino de Cincinnati hasta su muerte, en 1883.

Decidido a acabar con la autonomía de las comunidades, el gobierno ruso pretendía en efecto, suprimir los *kahals* (19 de diciembre de 1844), como ya había intentado hacer en Polonia (20 de diciembre de 1821-1 de enero de 1822); prohibir la vestimenta tradicional (1 de mayo de 1850, para el 1 de enero de 1851); y, endureciendo su actitud, dictaba medidas rigurosísimas contra los prófugos, sus familiares y los *kahals*, que debían reemplazar a cada uno de aquéllos por tres nuevos reclutas (diciembre de 1850), y se veían abocados a participar por sí mismos la localización y la caza del hombre (22 de octubre de 1851). Aquellas restricciones, así como el problema mucho más grave planteado por el considerable aumento de la población judía de Rusia, que había pasado de 1.250.000 a 1.600.000 en 1825 y a 2.350.000 en 1850, para alcanzar los cuatro millones en 1880, no dejaban de

preocupar a los dirigentes del judaísmo. Así, sir Moses Montefiore, con una recomendación de la reina Victoria, realizó una encuesta en la zona de residencia y fue recibido por el zar en marzo de 1846, a la vez que un negociante de Marsella, Isaac Altaras, introducido por Guizot, estudiaba en octubre de aquel mismo año la posiblidad de organizar la emigración de judíos rusos a Argelia, con el apoyo financiero de los Rothschild.

Así estaban las cosas cuando Alejandro II, en su afán reformista, extendió a los judíos los efectos de su benevolencia. Sin llegar a «dejar que los judíos se desarrollaran libremente, como preconizaba Speranski, suavizó el régimen a que estaban sometidos y se adhirió a las veleidades de asimilación del conde Kísselev, ex presidente del comité de los Asuntos judíos, estimuladas por los judíos pudientes, tales como Josel Guinzbourg, banquero-arredentista de Petersburgo. El 26 de agosto de 1856, derogó las normas especiales de reclutamiento, que les afectaban de un modo especial, autorizó el 16 de marzo de 1859 a los comerciantes de la periferia a establecerse en los gobiernos del interior, admitió a todas las funciones públicas, el 27 de noviembre de 1861, a los judíos diplomados por la Universidad, concedió a los de los pueblos el derecho a comprar tierras a los propietarios cuya situación con respecto a los campesinos emancipados sería liquidada (en 1862, excepto en Polonia, donde, después de la insurrección, ese derecho les será retirado en 1864), permite a los de Polonia, el 24 de mayo de 1862, establecerse en las ciudades, comprar inmuebles y testar en justicia, abrió la barrera de la zona, el 28 de junio de 1865, a los artesanos, a los mecánicos y aprendices, a los destiladores y, en 1867, a los soldados licenciados, y acogió a los judíos, en 1864, en los *zemstvos* y en el foro, ya que no en la magistratura. En la enseñanza, después de haber ejercido una estrecha vigilancia sobre las escuelas —*cheders*— y sobre sus maestros —*melameds*— en 1855-56, y mantenido en 1857 la obligación de escoger los rabinos entre los laureados de las escuelas oficiales, había renunciado finalmente, en 1873, incluso a conservar estos últimos establecimientos.

Por desgracia, todas aquellas buenas intenciones se vieron muy mal recompensadas. Las reformas provocaron graves trastornos en la sociedad rusa. La nobleza, cuyos dominios descendieron de 105 millones de deciáreas a 78 en 1861, por el hecho de la emancipación de los siervos, y a 52 en 1891, como consecuencia de las ventas en beneficio de los campesinos, a 97.000 fincas —las dos quintas partes de sus tierras— hipotecadas en 1892. A fin de acudir en su ayuda y de librarla de las garras de los usureros, el embrión de sistema bancario que poseía entonces Rusia —un primer banco hipotecario de la Nobleza, creado en 1797, prestando a veinticinco años de plazo, en forma de bonos al 5 % que circulaban como asignados; unas Cajas de Depósitos, cuyas disponibilidades eran utilizadas por otras Cajas de Préstamos con garantías; unas Oficinas de Descuento, transformadas en Banco Comercial del Estado en 1817— da nacimiento en 1860 a un Banco del Estado, surgido de la Banca comercial, y encargado de la emisión de billetes, en vez de la Tesorería, a nuevos bancos hipotecarios de la nobleza y a unas mutuas de crédito agrícola en 1861.

Grandes beneficiados de la modernización

Ya que interesa también conceder a los campesinos facilidades de crédito a fin de permitirles comprar las tierras. Para un millón y medio de ellos, que aún no están liberados, el rescate se ha hecho obligatorio en 1881. Apenas emancipados de los señores, entran en contacto directo con los judíos, aquellos judíos que, hasta entonces, se habían encargado, a menudo por cuenta de los propietarios, de dar salida al trigo, de explotar molino y establo, de controlar la pesca, de suministrar herramientas y útiles de explotación. Y la supresión del monopolio de las bebidas en 1861 hace que dispongan de considerables capitales. Muy pronto, escribe Doubnov (II, 126), «se convierten en una gran potencia económica en el país; compran o arriendan fincas, acaparan las fábricas y las factorías, el comercio del trigo de la madera, de las bebidas (informe de la comisión Lobanov-Rostovski, nombrada en diciembre de 1870). Efectivamente, después de haber monopolizado en el Sudoeste el movimiento de intercambio en las ferias de Leipzig y de Koenigsberg, invaden las profesiones liberales, el foro, la medicina, la literatura, la prensa, y entre 1860 y 1870 se lanzan a la banca, a las sociedades por acciones, al gran comercio, a las industrias nacientes y, a medida que afluyen capitales extranjeros a la construcción de ferrocarriles.

Llegada tardíamente a la civilización occidental, parece que Rusia, durante aquel período, quema las etapas del progreso. En un siglo, su población casi se triplica (35 millones en 1801, 57,2 en 1851, 103,4 en 1901). Reducida a 470 kilómetros en 1851, 977 verstas en 1862, una inmensa red ferroviaria está en construcción, que alcanza 10.000 verstas en 1870, y 21.000 en 1878. Unas industrias muy concentradas, estrechamente controladas por el Estado, nacen en un tiempo *record:* la metalúrgica en la cuenca del Donetz, la mecánica en San Petersburgo (Poutilov), la textil alrededor de Moscú, en Bialystock, en Lodz, en Varsovia, el petróleo en el Cáucaso. Una tarifa aduanera, muy liberal en 1857, se ha hecho cada vez más proteccionista, con unos derechos *ad valorem* del 5 % en 1860, duplicados al 10 % en 1881 y aumentados al 40 % en 1891, favorece el crecimiento de aquella joven industria. Para obtener unos resultados tan espectaculares en un país todavía subdesarrollado, Rejtern, que conserva la cartera de Finanzas sin interrupción desde 1862 hasta 1878, ha tenido que recurrir, naturalmente, a numerosas colaboraciones extranjeras.

En cabeza, la de los Péreire, que incluso han intentado crear un Crédito mobiliario en Rusia en noviembre de 1856, y también la de sus competidores los Rothschild, que se habían opuesto con todas sus fuerzas a aquel proyecto. Suplantando muy pronto a sus rivales de Londres, Baring y Hambro, que han colocado algunos empréstitos al 5 % antes de 1870, James y Nathaniel conducen ahora los capitales británicos y franceses hacia aquel país en el que, hasta entonces, se habían abstenido de intervenir. En tanto que su casa de Viena se asegura la financiación de los petróleos de Galitzia, y que la de Londres desbanca a los Nobel, para controlar por sí misma los yacimientos del Cáucaso (Bakú, etc.), emiten una serie de empréstitos rusos al 4 %, unos a 80, en 1862 y 1870, otros a 92,50, en 1871, 1872, 1873 y 1875 (en este último, el público ruso ha desdeñado la parte de suscripción que le estaba reservada). Pero la guerra contra Rusia obliga a los Rothschild de

Londres a interrumpir aquella corriente de negocios y a mantenerse momentáneamente al margen. Un grupo franco-alemán se aprovecha de ello para tomar el relevo. Al lado de Mendelssohn y de sus socios de Berlín, se encuentran el Banco de París y de los Países Bajos, la *Societé générale,* el *Crédit Lyonnais* y la Oficina de Descuento de París, que, para situarse, conceden a Rusia en 1877 un primer crédito de 75 millones de marcos, antes de lanzar un empréstito de 375 millones de francos, emitido a 74 para los bancos y a 79,60 para el público. Director del *Crédit Lynonnais,* Henri Germain aprovecha la ocasión para instalar su establecimiento en San Petersburgo en 1878 y fortalecer su posición cebando con un anticipo al ingeniero judío S. Poliakov, *factotum* de los ferrocarriles (Lazare Poliakov es, por otra parte, director del Banco rural de Moscú).

Alexandre Herzen y Paul Axelrod, inspiradores de la subversión

Pero, a pesar de aquel innegable progreso económico, en todos los medios, el malestar aumenta en Rusia: la nobleza está arruinada, la burguesía comerciante inquieta, el artesanado amenazado, el campesinado abrumado de deudas, a menudo incapaz de mantener el rendimiento de las tierras que, a título precario, le han sido concedidas. Grandes beneficiarios de aquel movimiento de negocios, los judíos manifiestan su impaciencia por desempeñar un papel político. Para servir a aquel objetivo, atizan el malestar e impulsan a la *intelligentzia* a explotarlo con fines revolucionarios, en vez de apoyar las reformas, cuya importancia finge no comprender. Apenas abierta la Universidad a los no-nobles (en tanto que los judíos tenían acceso a ella desde la promulgación del Estatuto de 1804), el virus infesta a los estudiantes. Alimentados con literatura subversiva, con Dobroliubov, con Tchernychevski, colectivista (ligado a Moïse Leib y a Lilienblum [1843-1910] en Odesa), autor de la novela utópica «¿Qué hacer?», de una «Crítica de la Economía política» y de «Cartas», periodista en el «Contemporáneo» del barón de Panaïev, fundador de una sociedad secreta, la «Joven Rusia», en 1861, detenido en 1862 y deportado a Siberia en 1864; con Ivan Turgueniev, formado en Berlín en la filosofía de Hegel desde 1838 hasta 1841, que difunde sus ideas en «Padres e Hijos», en 1861, aquellos jóvenes, atraídos por la acción clandestina —*podpolié*—, se dejan seducir y se alistan en los grupos terroristas. Estos gravitan alrededor de Alexandre Hersen, el cual, después de haber establecido contacto con Carlos Marx, Golowine y Bakunin en Leipzig en 1860, ha tenido que refugiarse en Londres a raíz del fracaso de la sublevación polaca de 1863. En Londres publica su «Kolokol» (La Campana), predice «el final de la Europa burguesa inmediatamente después de una guerra devastadora» y anuncia «el advenimiento del comunismo en el mundo a la señal surgida en Rusia» (Souvarine, *Stalin,* pág. 26), al tiempo que proclama su ideal nihilista: «¡Vivan el caos y la destrucción! ¡Viva la muerte! ¡Paso al futuro!» («De la otra orilla»). La hora de los «nadistas», anunciaba por Joseph de Maistre, ha sonado, pues. En 1863, la organización secreta «Tierra y Libertad» *(Zemlia i Volia)* ve la luz; Paul Axelrod, futuro jefe de los socialdemócratas, figura entre sus dirigentes. La sociedad dispone de un periódico que lleva su nombre y de otros dos

órganos intitulados «El Despertar» *(Probudjenie)* y «¡Adelante!» *(Wpered)*, pero su audiencia entre los campesinos no es demasiado grande.

Entonces se abre la era de los atentados, inaugurada por el estudiante Karakozov, que dispara contra Alejandro II, en abril de 1866. En adelante, ya no habrá tregua. A pesar de la energía de que da muestras, el conde Tolstoï, ministro de Instrucción Pública y procurador general del Santo Sínodo, no consigue restablecer el orden en la Universidad, de la cual los oyentes libres y las muchachas, considerados como estudiantes aficionados y provocadores, han sido excluidos a raíz de unos disturbios de 1861. En 1868, decide nombrar por sí mismo a los profesores, sospechando que algunos son cómplices de sus alumnos, y en 1873, repatriar a los estudiantes que han marchado a «contaminarse» al extranjero, entre ellos Tchaikovski, el príncipe Kropotkine y la Breschkovskaia, medida improcedente que suministra unos mandos a los 2.000 «cruzados del pueblo», a los *narodniki*, y medida tanto más ineficaz por cuanto los estudiantes judíos, estimulados por la Sociedad para la difusión de la instrucción (creada en 1863 por los barones Guinzbourg y L. Rosenthal y unos conversos tales como el profesor Chevolson y el médico de la Corte, Bertenson), afluyen a las Universidades con mucho más ardor, ya que esperan beneficiarse de las desgravaciones previstas en su favor por el ukase de 1874, que ha instituido el servicio militar obligatorio (seis años en activo más nueve en la reserva) y concedido a los judíos la igualdad de trato.

Los círculos nihilistas en Rusia

En 1870, Netchaiev, terrorista, amigo de Bakunin y apóstol del colectivismo del «mir», regresa a Rusia y crea la «Sociedad del Hacha», hace arrancar por la fuerza una letra de cambio a un abogado por un falso gendarme, constituye un fichero de chantaje y hace ejecutar por un camarada al estudiante Ivanof, culpable de querer desligarse de su grupo; condenado a muerte, huye a Suiza, donde más tarde será detenido y morirá en una fortaleza. Los círculos nihilistas se multiplican, especialmente en los medios judíos. En Odesa, donde evolucionan en torno a Tchernichevski, Moïse Leib Lilienblum y Abraham Kowner, se publican diversos periódicos en ruso: «Raszvet» (La Aurora) con Osip Rabinovitch desde 1860, «Sion» en 1861, «Den» (El Día) con Elie Orchanski, 1869-71. En Vilna, donde un grupo de estudiantes judíos, constituido en 1870, es dispersado por la policía en 1875, en tanto que su jefe, Aaron Liebermann, se refugia en Londres. En Ucrania, donde los miembros de «La Comuna de Kiev» *(Kiefski Kroujik)* cometen unos robos, que conducen al procesamiento de 770 personas. Desde 1874 a 1876 se abre otro proceso: 193 acusados, 103 condenados. Desde 1876 a 1879, los grupos terroristas formados por Stepanovitch pasan a la acción. Plekhanov reanima en 1876, con la colaboración de Alexandre Mikliailov y de los miembros del círculo Tchaikovski: Mark Natanson, Sophie Perovskaia, Stepniak y Kropotkine, la organización «Tierra y Libertad» con tres secciones, intelectual, obrera y campesina. De la «Comuna de Kiev» (que dispone de una imprenta) sale la Unión obrera de Mediodía de Rusia, que extiende sus ramificaciones hasta Odesa y Rostov, en el Don, y predica la revuelta en las explotaciones agrícolas, en las fábricas, en el ejército, tra-

tando de ganar para su causa a los «starostes», a los contramaestres, a los suboficiales. Evidentemente, se trata de explotar para la acción revolucionaria el desquiciamiento provocado por la guerra contra Turquía, desencadenada por instigación del general Tchernaieff, una especie de Garibaldi paneslavista, y del consejero íntimo Hamburger, el genio malo de Gortchakov. De aquel conflicto, Rusia sale victoriosa, pero debilitada. El momento parece favorable para las empresas subversivas. En 1877 tiene lugar el proceso de los cincuenta. En 1878, el de los noventa y tres. En aquella ocasión, el general Trepov, gobernador de San Petersburgo, hace azotar a un estudiante que se había negado a descubrirse en su presencia: unos días más tarde, Vera Zassoulitch dispara contra él en su gabinete (4 de enero de 1878). Absuelta, la muchacha huye a Inglaterra, donde Plekhanov se reúne con ella para fundar el grupo «Tcherny Perodiel» (La divisa negra), embrión del partido socialdemócrata. Cinco días después, el rector de la Universidad de Kiev es molido a golpes por los estudiantes; unos días más tarde, en la misma ciudad, un oficial de policía es apuñalado. El 2 de abril, el gobierno decide que los crímenes políticos sean juzgados por los tribunales militares (5 de abril), pero el 15 del mismo mes, el general Mezentsev, jefe de la gendarmería de Petersburgo, es apuñalado por Stepniak. Y la serie de atentados continúa: el príncipe Kropotkine, primo de nihilista y gobernador de Kharkov, resulta herido de un disparo el 21 de febrero de 1879; un coronel de la gendarmería de Odesa, el 7 de marzo, el general Drenteler, sucesor de Mezentsev, en Petersburgo, el 25 de marzo, el conde Tchertkov, gobernador de Kiev, el 5 de abril (en esta ocasión se capturan armas, bombas y octavillas dirigidas a la juventud judía en hebreo y alemán), el jefe de policía de Arkangelsk, apuñalado el 10 de abril, sirven de blanco a los terroristas. Coronándolo todo, Soloviev, delante del palacio, dispara cinco tiros sobre Alejandro II. El gobierno, entonces, actúa sin contemplaciones, varios nihilistas son ejecutados, centenares deportados, millares encarcelados o en situación de libertad vigilada.

Su red en el extranjero

Pero los anarquistas se benefician de extrañas simpatías, en el interior, entre las clases más diversas de la sociedad, aprovechándose a veces de importantes subsidios (por ejemplo: 40.000 rublos, fortuna del juez de paz de Voinaralski; 50.000, tercera parte de la de Lizogoub, que será ahorcado en Odesa en 1879), y en el extranjero, donde disponen de sólidos apoyos. En Londres, el príncipe Kropotkine tiene como colaboradores al químico judío Goldenberg, al Dr. Roussel y a un redactor de la ex «Campana», Jaslokov; además de una imprenta y de un laboratorio para la fabricación de bombas, posee un taller de falsificación de rublos. En París, el coronel Lavrov dirige el periódico «¡Adelante!»; le secundan Krukov, llamado Petruski, y más tarde Mokrowicz, evadido de Suiza en 1881; las reuniones tienen lugar en Sèvres, en casa de un tal Askinasi, o en la calle Bertholet; Taskini, comerciante en paños, difunde la propaganda por medio de mozos de cuerda; otros fabrican mecanismos de relojería para las bombas. En Ginebra se ha establecido un parador y una imprenta, a las órdenes del coronel Sokolov. Aaron Liebermann sirve de enlace entre aquellos grupos. En 1876 ha creado en Londres una «Asociación de socialistas judíos», manteniendo el enlace

con Pierre Lavrov en París. Luego se ha dirigido a Viena, donde bajo el seudónimo de Freimann ha publicado algunos números de un periódico, «Ha'Emeth» (La Verdad), y luego, con Vintchevski, en Koenigsberg en 1878, otro periódico que ha tratado de introducir en Rusia. Detenido en Viena, y sus cómplices en Berlín en 1879, regresará a Inglaterra, antes de emigrar a los Estados Unidos. Los nihilistas refugiados en el extranjero son alrededor de 3.000, de los cuales 2.000 viven en Francia.

Su programa

Su programa no ha variado desde Herzen y el «catecismo revolucionario» inspirado a Bakunin por el estudiante Serge Netchaiev (uno de los personajes de «Los endemoniados» de Dostoievski), digno émulo de Weishaupt que, fingiéndose perseguido por la policía, se ha refugiado una primera vez en Suiza en marzo de 1869. ¡Lo que quieren es la destrucción, la tabla rasa! Verdadero código en 26 artículos, el «Catecismo» inculca al revolucionario profesional los principios siguientes: artículo 3: «Sólo conoce una ciencia, la de la destrucción»; artículo 4: «A sus ojos no hay más moral que lo que contribuye al triunfo de la revolución»; artículo 6: «Todo sentimiento tierno y debilitante de parentesco, de amistad, de amor, de gratitud e incluso de honor debe quedar ahogado en él por la única y fría pasión revolucionaria»; artículo 7: «Debe encarnar, no aquello a que le impulsan sus tendencias personales, sino lo que le prescribe el interés de la Revolución»; artículo 11: «Cuando le suceda una desgracia a algún camarada... tendrá que sopesar de una parte la utilidad que presenta el camarada en cuestión, y de otra el dispendio de fuerzas revolucionarias necesarias para salvarle; tomará su decisión en consecuencia»; artículo 15: «Toda esta sociedad abyecta (a la que hay que destruir) debe ser dividida en varias categorías... la primera de las cuales está condenada a muerte sin demora»; artículo 16: «En primer lugar, los hombres particularmente perniciosos para la organización revolucionaria, así como aquellos cuya muerte violenta y súbita pueda inspirar más terror al gobierno»; artículo 17: «Segunda categoría, los hombres a los cuales se perdona la vida provisionalmente, a fin de que provoquen la revuelta ineludible del pueblo por medio de una serie de actos feroces»; artículo 18: «Tercera categoría, brutos altamente situados y personalidades que... se benefician de la riqueza, de relaciones poderosas, de la influencia y del poder. Hay que explotarlos de todas las maneras...»; artículo 19: «Cuarta categoría, los hombres de Estado ambiciosos y los liberales... (se colabora primero con ellos y luego)... se les sojuzga, apoderándose de sus secretos, comprometiéndoseles...»; artículo 20: «Los doctrinarios... se les empuja a declaraciones peligrosas»; artículo 21: «Las mujeres... se saca partido de ellas del mismo modo»; artículo 22: «El pueblo... la cofradía contribuirá con todas sus fuerzas al desarrollo y a la extensión de los sufrimientos que agotarán la paciencia del pueblo y le empujarán a un levantamiento general»; artículo 23: «Lo único saludable... una revolución que destruirá hasta las raíces del Estado»; artículo 24: «Nuestra obra es una destrucción terrible, total, general e implacable»; artículo 25: «Unámonos a los bandidos osados, que son los únicos verdaderos revolucionarios de Rusia». Su proclama de abril de 1879 reivindica: «La tierra como el bien común de los que la cultivan, y la libertad como un derecho que pertenece

a todos los hombres de ser los únicos dueños de sí mismos». Aunque desean la expropiación de las industrias y la abolición del capital, en aquel país todavía subdesarrollado que es Rusia, prefieren «dejar provisionalmente de lado la cuestión obrera». Y aunque se inspiran en las obras del Dr. Louis Büchner, delegado de la Internacional en el congreso de Lausana de 1867, «Fuerza y materia» y «El hombre según la ciencia», a ejemplo de Pougatchev, de Stenga Razine y de sus discípulos, lo que preparan es la revuelta de los campesinos.

Sus atentados

Y, de momento, se encarnizan con el zar, emancipador de los siervos. Un zar, por otra parte, sensiblemente desalentado por el poco éxito de sus reformas. Decepcionado por el fracaso de la política de «fusión» en la que se ha comprometido, obligado a limitar en un tercio el número de los consejeros judíos en 1870, inducido a renunciar a su programa de enseñanza, a cerrar las escuelas oficiales para los judíos en 1873, alarmado a la vez por las Memorias y por el «Libro del Kahal» (1869-1871) de un judío converso, Jacob Bargmann, que denuncia la persistencia de las comunidades judías autónomas en Rusia y la amenaza de un «Kahal mundial» que representa la Alianza israelita universal de París, y por la obra de Dostoievski sobre «la cuestión judía», acusando al pueblo elegido de constituir un Estado dentro del Estado, preocupado por las reacciones populares, como la que se ha traducido, con ocasión de las fiestas de Pascua en 1871 en Odesa, por instigación de los griegos de la ciudad, en un *pogrom* (tres días de incendios, de saqueos, de violencias, desórdenes en los cuales el gobierno ha creído ver al principio la mano de revolucionarios) y, para terminar, profundamente desanimado por los tráficos de los judíos suministradores de los ejércitos durante la guerra ruso-turca, en resumen, un zar muy de vuelta de sus ilusiones juveniles.

El Comité ejecutivo de la «Narodnia Volia» (La Voluntad del Pueblo) y de la «Narodnia Rasprava» (La Venganza del Pueblo), que dirige las operaciones terroristas desde agosto de 1879 a marzo de 1881, ha condenado a muerte al zar, el 26 de agosto de 1879. El 4 de diciembre de 1879 es publicada la sentencia. Tres días antes, el tren imperial, de regreso de Crimea, ha saltado sobre una mina antes de llegar a Moscú. (Según Goldenberg, el empleo de la dinamita, propuesto en abril, ha sido decidido por el pequeño congreso de Lipetz, en julio de 1879). Sophie Perovskaia, Mikhailov, Hartmann, Vera Figner, Jeliabov y Kibalchich han preparado el atentado. Afortunadamente, Alejandro II ha regresado en un convoy anterior y se ha salvado. Por haber participado en el asunto, un estudiante judío de Viena, Salomon Wittenberg, originario de Nicolaiev, es condenado a muerte en Odesa. Nuevo intento el 17 de febrero de 1880: el carpintero Khaltourine (que ha fundado una «Unión del Norte», réplica de la del Mediodía, y ha organizado unas huelgas revolucionarias en Petersburgo en 1878-79), provoca una explosión monstruo en el comedor del Palacio de Invierno; mueren 60 soldados, pero el zar escapa a sus asesinos. Su reacción está teñida a la vez de severidad y de clemencia. Diecisiete terroristas han sido ejecutados, desde agosto de 1878 a diciembre de 1879. Pero Loris-Melikov, promovido

presidente de la Alta Comisión ejecutiva, con plenos poderes e institución de tribunales especiales —aunque él mismo haya estado a punto de ser víctima del estudiante judío Mlodestski, a primeros de marzo de 1880—, decide poner en libertad a millares de internados y de deportados y reintegrar a numerosos estudiantes. Un gesto inútil. Apenas ha hecho firmar a Alejandro II la propuesta de conceder a su pueblo una constitución, un nuevo atentado tiene lugar, esta vez fatal, en la tarde del 1 de marzo de 1881, al regreso de un desfile militar, cerca del Palacio de Invierno. Una primera bomba, lanzada por Ryssakov, sólo ha producido víctimas entre su escolta; al inclinarse sobre los heridos, el zar cae, alcanzado por la metralla de un segundo artefacto arrojado por Grinevitski. Un tal Kibaltchitch ha fabricado las bombas. Los conjurados se reunían en casa de una judía, Jessa Helfmann. Aparte de esta última, que se encontraba encinta, todos fueron ejecutados (Sophie Pietovskaia, Mikhailov, Jeliabov, etcétera).

Alejandro III: reacción política y pogroms

Contra aquella ola de terrorismo, el gobierno reacciona con vigor, el nuevo zar, Alejandro III, releva a Loris-Melikov y le reemplaza en el ministerio del Interior por el enérgico general Ignatiev (primeros de mayo de 1881). Una nueva policía secreta, la Okhrana, adopta métodos mucho más eficaces que los de la 3.ª sección, que la ha precedido: los atentados disminuyen en número: tres o cuatro en 1881-82. Descubierto a tiempo, un complot contra el soberano abortará el 1 de marzo de 1887, y se saldará con la condena a la horca de cinco estudiantes, entre ellos el hermano mayor del futuro Lenin, Alexandre Ulianov. En agosto de 1881, un reglamento sobre la seguridad del Estado permite deportar por una simple medida administrativa a los sospechosos a Siberia. Por iniciativa de altos dignatarios del Imperio, una «Milicia sagrada» se encarga desde 1881 hasta el otoño de 1882 de la protección del zar. La «Unión del pueblo ruso» constituye unos grupos de acción contrarrevolucionaria, los «Cien negros». El consejero Pobiedonostzev, ex profesor de la Universidad de Moscú, nombrado procurador general del Santo Sínodo, aconseja a Alejandro III la severidad, el rigor. Han terminado las contemplaciones en lo que respecta a los judíos. Los traficantes de la guerra ruso-turca son procesados. Lo mismo en la capital que en provincias, la gran prensa nacionalista, «Novoie Vremia» de Petersburgo, «Vilenski Viestnik», «Kievlinnine», «Novorossiski Telegraf», desencadena una campaña contra los judíos explotadores, fautores de desórdenes y furrieles de la Revolución. La cólera popular se traduce en violencias sin precedentes. Los *pogroms* suceden a los *pogroms*. En Elisabethgrado, con ocasión de la Pascua, del 15 al 17 de abril de 1881 (establecimientos de bebidas y casas atacadas, un judío muerto); en varios pueblos del gobierno de Kherson; en Kiev, en el barrio de Podol y en el distrito Demievka, los días 26-27 de abril (alrededor de 1.000 tiendas, tabernas, casas, saqueadas, sinagogas profanadas, muertos, heridos por decenas, unas veinte violaciones; para poner fin a los disturbios, la tropa dispara); del 27 de abril al 5 de mayo, en medio centenar de pueblos de los gobiernos de Kiev, de Volhynia y de Podolia; del 3 al 5 de mayo, en Odesa, donde viven 100.000 judíos, que intentan defenderse (de un total de 800 detenidos, 150 son judíos). A primeros de julio, nuevos estallidos en el gobierno de Poltava, los días 30 de

junio-1 de julio en Pereiaslav, en Borispol (donde la tropa dispara), en Negine, del 20 al 22 de julio (nuevo tiroteo) y en un centenar de localidades del sur. En las Navidades de 1881, Varsovia, durante tres días, es el escenario de desórdenes suscitados por un pánico en la iglesia de la Santa Cruz (provocado por unos gritos de «¡Fuego!». El movimiento de terror colectivo produce 29 muertos y numerosos heridos), seguido de una reacción brutal, «¡A por los judíos!», de violencias, de saqueo de sinagogas y de unas 1.500 tiendas y casas; la tropa detiene a 3.000 alborotadores y patrulla por las calles para restablecer el orden. Los días 29 y 30 de marzo de 1882, en Balta, Podolia, 5.000 campesinos atacan el barrio turco, saquean 1.250 casas, con un total de 40 judíos muertos de gravedad, 170 heridos leves y 20 violaciones. En Rostov, en el Don, el 10 de mayo de 1883 son saqueadas más de cien tiendas. Los días 20 y 21 de julio del mismo año, en Iekaterinoslav, intervienen los ferroviarios, quinientas familias quedan arruinadas, el ejército dispara, lo cual no impide que se produzcan nuevos disturbios en Novomoskovks, el 4 de septiembre. Incluso fuera de la zona de residencia, en el centro comercial de Nijni-Novgorod, un negociante de Moscú, Daitzchmann, es asesinado, y una sinagoga saqueada, el 7 de junio de 1884. Tras un período de calma de varios años, nueva alarma en Starodarb (Tchernigov), el 27 de septiembre de 1891.

¿Qué hace, pues, el gobierno para poner coto a aquella ola de violencia que, al principio, ha levantado contra los judíos incluso a ciertos medios extremistas, puesto que en agosto de 1881, un manifiesto de la «Narodnia Volia», firmado por Timorichov y Romanenko, incita a la revuelta, a la vez contra los judíos, los señores y el zar? Para restablecer el orden emplea, no sin energía, a la fuerza armada, pero su intervención se hace esperar a menudo durante cuarenta y ocho horas, y cuando los judíos, formando grupos de autodefensa, han tratado de resistir, sufren los rigores de la tropa lo mismo que sus atacantes. Luego, se informa sobre las causas de los disturbios. Encargado de un informe, en julio de 1881, el conde Koutaissov llega a la conclusión de que los judíos han atraído sobre ellos la cólera popular, al comprar o arrendar las grandes propiedades rurales y al acaparar en beneficio suyo el comercio y la industria. Oído lo cual, Alejandro III nombra, el 22 de agosto, 16 comisiones, quince para los gobiernos de la zona de residencia y otra para Kharkov. Mientras que, por su parte, los notables judíos, 15 de la capital y 25 delegados de provincias, se reúnen en San Petersburgo del 8 al 27 de abril de 1882, en presencia del barón Horace Guinzbourg, del Dr. Mandelstamm de Kiev, del rabino Isaac Elkhanan de Kovno, del constructor de ferrocarriles S. Poliakov, del profesor M. Bakst, etcétera, y se declaran hostiles al mismo tiempo a una «deportación» al Asia Central y a una emigración en masa, el gobierno, decidido a acabar con los fautores de *pogroms*, promulga una circular del Senado para organizar su represión, difunde otra circular del conde Dimitri Tolstoi, que el 30 de mayo ha reemplazado al general Ignatiev, haciendo responsables a las autoridades de todo desorden (9 de junio), y castiga con penas que llegan a la de trabajos forzados a los amotinados de Balta.

Medidas restrictivas y éxodo

Pero, al tiempo que ataca así las «causas» del malestar, multiplica las medidas restrictivas en lo que respecta a los judíos. El Reglamento provisional del 3 de mayo de 1882 les impone el respeto del domingo y de las fiestas cristianas, les prohíbe comprar o alquilar inmuebles rurales, les obliga a residir en las ciudades y en los pueblos. Se les expulsa, pues, de las campiñas, en tanto que, en las ciudades, fuera de la zona de residencia, se persigue a los ilegales, en San Petersburgo (donde viven 15.000 privilegiados), en Kiev (de donde serán alejadas 2.000 familias en 1886), en Kharkov, en Orel y más tarde en Moscú (donde, de un total de 30.000, el gran duque Serge Alexandrovitch, nombrado gobernador en febrero de 1891, dará satisfacción al alcalde contra Lazare Poliakov, director del Banco Rural, ordenando la salida de 20.000 de ellos, destiladores, artesanos, mecánicos, técnicos, el 20 de marzo de 1891). Aunque el 4 de febrero de 1883 se había nombrado una comisión para estudiar un nuevo estatuto de los judíos, y aunque su presidente, el ex ministro de Justicia, conde de Pahlen, se inclina más bien a concederles la igualdad de derechos, sin esperar la conclusión de las tareas que continuarán hasta 1888, el conde Tolstoi les impone toda una serie de nuevas restricciones. Clausura de la escuela profesional judía de Jitomir en 1884. Institución de un «numerus clausus», fijado en 10 % en la zona de residencia, en 5 % en el interior y en 3 % en las capitales, para el acceso a la Universidad (julio de 1887). Prohibición de inscribirse en el foro, sin autorización especial del ministro, el 8 de noviembre de 1889 (no se concederá ninguna de 1889 a 1895). En las campiñas, obligación de residir en su pueblo de origen, sin poder salir de él (29 de diciembre de 1887). En el ejército, en el que los judíos no tienen acceso al grado de oficial, imposición de una multa de 3.000 rublos a las familias de los prófugos, que son numerosos (abril de 1886). Sucesor de Tolstoi, Dournovo, nombrado ministro del Interior (en el gabinete Plehve) en 1889, les rechaza, especialmente Besarabia, más allá de la franja de 50 verstas que bordea la frontera. El reglamento municipal de 1892 les priva del derecho de voto y de elegibilidad, y sólo les tolera unos representantes que en ningún caso podrán ser superiores en número a la décima parte del Consejo. El 25 de septiembre de 1892, el gobierno cierra una sinagoga, que acaba de ser inaugurada en Moscú, y otras capillas en 1894. El mismo año, los judíos son expulsados de Yalta, en Crimea.

En tanto que las víctimas de esos rigores son débilmente defendidos por la prensa rusa avanzada, liberal, «Goloss», «Poviadok», o por la revista radical «Zapiski», o incluso por los dirigentes socialdemócratas, Axelrod y su amigo Leon Deutsch, la «conciencia universal» se moviliza en su favor. Sobre todo en Londres, donde el «Times» se distingue por sus vehementes protestas. El 1 de febrero de 1882, en una reunión sostenida en la Mansión House con lord Shaftesbury, las más altas autoridades morales, el arzobispo de Canterbury, el ardiente cardenal Manning, Nathaniel de Rothschild y otros exigen que se lleven a cabo unas gestiones diplomáticas en San Petersburgo. Pero el primer ministro Gladstone responde juiciosamente a sus interpeladores en los Comunes, Simon y Worms, que el gobierno de Su Majestad no puede injerirse en los asuntos internos rusos. En Nueva York, también en febrero, el juez Davis, en el curso de un mitin, se asocia a las

quejas británicas. Una nueva campaña es emprendida en 1890, siempre por instigación del «Times». Pero el lord-alcalde, que precisamente es judío, Henry Isaacs, vacila esta vez en dar la cara. El 10 de diciembre, con el duque de Westminster, su sucesor, Savory celebra otro mitin, en el Guildhall, al cual el cardenal Manning, enfermo, lamenta no poder asistir, y lanza una petición sin gran éxito. ¿Será más eficaz la presión ejercida por el barón Alphonse de Rothschild, que se niega a participar en el empréstito de 500 millones de rubos emitido en París?

El problema no es de fácil solución. ¿Qué hacer con los 5.189.400 judíos de Rusia? (En el censo de 1897: 3.600.000 en la zona, 1.300.000 en Polonia, casi 300.000 en el interior.) En las comunidades estancadas de la zona de residencia, constituyen un Estado dentro del Estado, al mismo tiempo que un peso muerto. Admitidos a disfrutar de la igualdad de derechos en un país desprovisto de cuadros técnicos y de clase media, amenazan con dominar los engranajes de la economía y del Estado. Como decía Tchernichevski, «¿Qué hacer?» Ignatiev respondió en 1882 a los organizadores del mitin de la Mansion House, declarando que los judíos tenían abierta la frontera occidental de Rusia. ¡Podían marcharse! Por otra parte, los judíos piensan en ello seriamente. En Brody, en la frontera austríaca, hay 10.000 que esperan marcharse. Pero, ¿a dónde? El gobierno español hace un gesto, les propone un asilo, pero, ¿qué representa para ellos aquel ofrecimiento puramente moral? Sus miradas se vuelven hacia Palestina o América. El riquísimo barón Hirsch, que ha propuesto al gobierno ruso en 1888 dedicar 50 millones de francos a la creación de escuelas profesionales judías en Rusia y que sólo ha logrado que su primer millón se invierta en escuelas abiertas a todos, estudia ahora un proyecto de emigración de 3.250.000 judíos a la Argentina en veinticinco años. Funda en Londres una «Jewish Colonization Association», envía a un suizo, Löwenthal, a preparar el asunto sobre el terreno, y delega al diputado inglés Arnold White a Rusia para recabar de Pobiedonostzev las autorizaciones necesarias (mayo de 1891). Pero los resultados son decepcionantes. Desde 1892 hasta 1894 sólo llegan a Argentina 6.000 emigrantes, la mitad de los cuales abandonan las colonias agrícolas para instalarse en Buenos Aires.

El grueso del éxodo se dirige hacia los Estados Unidos: de 15.000 a 17.000 por año, desde 1884 a 1886, de 28.000 a 32.000 desde 1887 a 1889, 42.000 en 1891, 76.000 en 1892. En aquel lugar de asilo, se reagrupan instintivamente en torno a sus primeros jefes, los de la I Internacional, que ha venido a morir a Filadelfia (donde quizá había sido concebida), los nihilistas Moïse, Lieb Lilienblum y Aaron Liebermann, y terroristas como Hartmann, alias Mayer (cuya extradición ha denegado el gobierno Freycinet, en marzo de 1880, por su participación en el atentado de septiembre de 1879 contra el tren imperial), y el alemán Most, que organizan unas giras triunfales en Nueva York, en agosto de 1881, en Chicago (el 29 de diciembre de 1882) y en Filadelfia (finales de febrero de 1883). En aquel refugio americano tendrán ocasión de preparar tranquilamente, con Bronstein, llamado Trotsky, la explosión revolucionaria de 1905 y la conquista del poder por Lenin, doce años más tarde, gracias al hundimiento del Imperio de los Zares provocado por la primera guerra mundial. Desmintiendo de un modo apabullante las

tesis de Carlos Marx, será efectivamente en aquella Rusia subdesarrollada donde se establecerá el primer Estado Comunista.

* * *

Nadie es profeta en su tierra

Corroborando aquel mentis, los países anglosajones, los más avanzados en la industrialización, se disponían por el contrario a rechazar el mensaje del Profeta.

En Inglaterra, donde Carlos Marx vivía sus últimos años de senectud mental, sus doctrinas no habían logrado penetrar en las masas y su influencia sólo se ejercía dentro de su círculo familiar y de un cenáculo judío restringido, alcanzando apenas la importancia de nueva secta no conformista, una más... Una vez superada la crisis de crecimiento del cartismo, los trabajadores ingleses, gente práctica, decepcionados por la agitación política, se habían organizado desde hacía mucho tiempo para la defensa de sus intereses profesionales. De 1868 a 1871, el «Trades Union Congress» ha revestido su forma definitiva. La «Trades Union Act», la ley de 1871, ha regularizado el estatuto de los sindicatos. Unos textos complementarios, escalonándose hasta 1875, la «Criminal Law Amendment Act», la «Conspiracy and Protection of Property Act» y la «Employers and Workmen Act», han fijado las relaciones entre patronos y asalariados, prohibido los abusos y los excesos de los piquetes de huelga, las ocupaciones de fábricas, etc. En tanto que Alexandre Mac Donald, dirigente de los mineros, accede a los Comunes en 1874 como diputado liberal, los sindicatos aceptan el arbitraje a cambio de la escala móvil de salarios para los mineros. A raíz de una huelga de cinco meses, dirigida por la «Liga de las Nueve Horas», los obreros de las industrias mecánicas obtienen en 1871 una reducción de la jornada de trabajo.

Las Trades Unions se mantienen cada vez más al margen de la Internacional y desautorizan categóricamente la acción revolucionaria de la Comuna de París. Sus efectivos aumentan rápidamente: 375.000 en 1871; 1.191.000 en 1874 (consecuencia de un período de depresión de los precios y de paro obrero, y de la huelga de los obreros portuarios); 860.000 en 1889, dos millones en 1890, para descender a un millón en 1903 y elevarse de nuevo a dos millones y medio en 1911; 2.250.000 en 1914, cuatro millones y medio en 1918 y hasta seis y medio en 1920. Paralelamente, mientras que el cuerpo electoral pasa de tres millones a cinco en 1884 (tercera reforma electoral), a 7,2 en 1911 (sobre 40 millones de habitantes) y a 34 millones en 1955 (sobre 51 millones), el partido laborista, el «Independent Labour Party», constituido en Bradford a principios de 1893, por George Bernard Shaw, en nombre de la Sociedad Fabiana, James Mac Donald, por la «Social-Democratic Federation», y Aveling, representante de la Liga de las Ocho Horas, cuenta sucesivamente, con cuatro diputados, 29 en 1906 (apoyados por 24 liberales de origen sindical), 42 en 1910, y totaliza un millón de votos en 1910, 2.250.000 en 1918, 4.250.000 en 1922 y cinco millones y medio en 1924, año en que accederá al gobierno con Ramsay Mac Donald.

Su primer presidente, Keir Hardie, dirigente del «Scottish Labour Party», miembro del Parlamento desde 1892 a 1895, reelegido en 1900, rechaza las ideas marxistas, y de un modo especial la doctrina revolucionaria de la lucha de clases. Espera el mejoramiento de la suerte de los trabajadores del ejercicio moral de las libertades democráticas; modificación de los seguros contra los accidentes de trabajo, ampliados a seis millones de beneficiarios (1907), creación de cantinas escolares (1906), jornada de ocho horas y pensiones de vejez concedidas a los mineros a la edad de setenta años (1908), «Trade Boards Act», perfeccionando las condiciones de trabajo, y «National Insurance Act» de 1911, estableciendo el seguro obligatorio de enfermedad y el seguro contra el paro, constitución de comités paritarios (1909) e implantación del salario mínimo en las minas (1912).

En esas condiciones, los marxistas se ven reducidos a crear círculos de estudios, a vulgarizar la doctrina de su profeta y a utilizar para su propaganda los conflictos laborales más graves. En el terreno agrícola, apoyando la campaña iniciada en 1870 por la «Land Tenure Reform Association» (que desemboca en la concesión de garantías de estabilidad y del derecho de compra de antemano a los colonos por la «Land Act» promulgada por Gladstone en 1871), el norteamericano Henry George, aunque partidario de una cooperación entre industriales y obreros, reclama en su obra «Progress and Poverty» (con una tirada de 40.000 ejemplares en 1879) la supresión de la renta innata por vía fiscal. Pero, el mismo año, el congreso de las Trade Unions rechaza una moción en favor de la nacionalización de las tierras, presentada por Adam Weiler, amigo y discípulo de Marx, y a pesar de los esfuerzos de la «Land League» (fundada también en 1879 por Michael Devitt) y de la ampliación de las garantías dadas a los colonos en 1881, el Parlamento deniega en abril de 1885, con el «Home Rule Bill» para Irlanda, la facultad de rescate que les estaba abierta y provoca la caída de Gladstone (la ley no será aprobada hasta 1903).

Hubo que esperar a la primavera de 1881 para que un agente de Bolsa judío, Henry Mayers Hyndman, después de haber leído el año anterior la edición francesa del «Capital» (la traducción inglesa no vio la luz hasta 1887), difundiera un resumen de la doctrina del maestro, bajo el título «England for all. The historical basis of Socialism» (1883) y «Socialism and Slavery» (1885). El autor, que manifiesta en general unas convicciones ortodoxas, anticolonialistas, se distinguió no obstante, por su actitud favorable a la guerra de los Boers (en virtud de instrucciones secretas, ¿de quién?). A ejemplo de su modelo, su intransigencia, su suficiencia y su carácter insoportable no tardaron en indisponerle, a finales de 1884, con sus lugartenientes William Morris y Edward Aveling, que habían colaborado con él en el sueño de la «Social-Democratic Federation» (fundada hacia 1881 y cuyo número de afiliados no sobrepasará los 5.000 en 1895). Aquella Federación se encargó de difundir entre el público, en 100.000 ejemplares, un folleto de vulgarización del marxismo, intitulado «Socialism made plain» (El socialismo al alcance de todos). Morris y Belfort Base publicaron por su parte en 1893 un libro doctrinal, «Socialism, its growth and outcome» (El socialismo, su crecimiento y sus realizaciones).

Ante aquella impotencia para poner en pie un partido político serio, Engels se impacienta (1886). La jornada de protesta contra la detención de

William O'Brien, organizada en Trafalgar Square, el 13 de noviembre de 1887, en presencia de 80.000 manifestantes, sólo había desembocado en una matanza (cuatro muertos y numerosos heridos), que le valió el nombre de «Bloody Sunday» (Domingo Sangriento). Con el fin de concertar la táctica a seguir, en vísperas de la reconstitución de la Internacional, por iniciativa de la «American Federation of Labour» en 1889, Eleanor Marx, la hija del maestro y Edward Aveling se habían trasladado a los Estados Unidos. Con vistas a la campaña para las ocho horas, lanzada con ocasión del 1 de mayo de 1890, los marxistas redoblan su actividad, apoyan la creación de la «Scottish Land and Labour League», por John M. Mahon, del «Scottish Labour Party», por Cunningham y Graham, de la «Irish Democratic Labour Federation» (1890), por Michael Davitt y George Lansbury, se infiltran en los sindicatos de la industria mecánica con John Burns y Fred Hammil, ponen en pie nuevos sindicatos. La Unión del Gas de Will Thorne (1889), los «General and Municipal Workers» y sobre todo la «Transport and General Workers Union», que dominan Tom Mann y John Burns.

Secundado por Eleanor Marx y Ben Tillet, sostenido por unas reservas de 50.000 libras esterlinas, 30.000 de ellas procedentes, como él, de Australia, Tom Mann aprovecha la crisis económica que afecta a Inglaterra desde 1887 para desencadenar una huelga monstruo, en la cual participan 30.000 obreros portuarios, apoyados por la «Miners' Federation» de Ben Pickard, la «Sailors' and Firemen's Union» (65.000 miembros) y la «General Railway Workers' Union». Gracias al arbitraje del cardenal Manning, los huelguistas obtienen, tras una prolongada lucha, un aumento de salarios. La jornada del 1 de mayo de 1890, la primera fiesta del trabajo organizada en Londres (desde los «Niveladores» de la época de Cromwell), reviste una gran amplitud. A raíz de aquel éxito, los sindicatos aumentan sus efectivos de un modo espectacular (860.000 en 1889, como ya hemos dicho, dos millones en 1890). Momentáneamente, los dirigentes marxistas se imponen a sus adversarios, a propósito de la jornada de ocho horas en 1894 y de la nacionalización de las industrias en 1894. Tom Mann consigue incluso ocupar el puesto de secretario del Labour Party en 1894.

Pero aquellos éxitos no tienen continuidad. El final de la gran depresión y la reactivación de los negocios asestan un golpe de gracia a los agitadores. En sus reivindicaciones, los sindicatos sólo cosechan fracasos; contra el patronato del gas, contra los armadores, contra los propietarios de minas (1893), contra la Federación de la Mecánica (1896), a propósito de las ocho horas (a pesar de que Eleanor Marx ha logrado unos subsidios de Alemania en favor de los 17.000 huelguistas de aquella rama), de nuevo contra los propietarios del País de Gales, que imponen a los mineros, después de cinco meses de paro, la escala móvil (1879). Los efectivos se resienten y descienden a un millón en 1903. El partido laborista no obtiene ningún acta de diputado en 1895. John Burns se opone a Tom Mann, puesto en minoría en 1894 en el «Trade Union Council», en el que el antiguo equipo vuelve a instalarse en 1895. Los dirigentes de los sindicatos, altos funcionarios de las *Unions*, ambicionan los escaños parlamentarios, los sillones ministeriales (Thomas Burt, de los Mineros; Broodhurst, de la Construcción, en el gabinete liberal de 1886; John Burns, de los Portuarios, en 1906) y los grandes puestos administrativos (John Burnett). Sólo las capas inferiores de los asalariados,

peones de albañil y otros, constituyen un verdadero proletariado, clientela posible para los revolucionarios. Los obreros cualificados, los especialistas y técnicos de todas clases, cada vez más numerosos, se aburguesan. Lo que les interesa son las ventajas concretas, unos salarios más altos, viviendas, vacaciones, seguros, etc. El socialismo municipal, que se instaura en varias grandes ciudades, colma sus mayores deseos.

Trade-Unions reformistas y socialismo municipal

Unos conservadores inteligentes les estimulan a ello, tales como Joseph Chamberlain, alcalde de Birmingham desde 1876 y partidario de las reformas sociales, que, tras haber roto con Gladstone en 1887, funda su propio partido, el grupo liberal unionista, imperialista en el exterior, progresista en el interior. Al igual que los jefes del *Labour Party* y que los dirigentes de las *Unions*, los nuevos ediles laboristas de Birmingham y de Londres recaban los consejos de los economistas de la «Fabian Society» y de su «oficina de información del gobierno local». Los animadores de aquella sociedad son Sidney Webb que la ha fundado en 1884—, su esposa, nacida Beatrice Potter, y, a partir de 1887, sus amigos Bernard Shaw, Graham Wallas y H. G. Wells. Las obras del matrimonio Webb: «El movimiento corporativo en Gran Bretaña», de miss Potter (1892), la «Historia del Trade-Unionismo» (1894) y sobre todo «Industrial Democracy» (1897-98), de su marido, exponen el programa de aquel socialismo práctico, municipal y legal: estatuto fijando las condiciones del trabajo, convenios colectivos, salario mínimo, seguros sociales, arbitraje de los conflictos.

Las asambleas del laborismo confirman aquella tendencia moderada. La conferencia del «Labour Representation Committee», que reúne el 27 de febrero de 1900 a cuatro representantes del grupo parlamentario, dos del «Trades Union Coucil» (Sam Woods, de los Mineros, y W. C. Steadman, de los Carpinteros), Will Thorne, del Gas (en nombre de la «Social Democratic Federation»), Richard Bell, de los Ferroviarios («Lib. Labour»), Keir Hardie y Ramsay Mac Donald, por el «Independent Labour Party», y los fabianos E. R. Pease y J. B. Shaw, elige como secretario a Macdonald, que se dispone a publicar un libro, «Socialism and Society» (1908), en el cual, aunque antiguo miembro de la «Social Democratic Federation», repudia la lucha de clases. La segunda conferencia, en 1901, rechaza una resolución marxista, presentada por Quelch, lugarteniente de Hyndman, lo que provoca una escisión sin grandes consecuencias y la creación en 1903 de un «Socialist Labour Party» disidente.

Sin embargo, reanimados por el ejemplo de los motines revolucionarios de 1905-1908 en Rusia, que provocan una campaña de simpatía de Theodore Rothstein, con mítines en Londres, Liverpool y Glasgow, Hyndman y sus amigos tratan de aprovecharse del «great unrest», del gran malestar, de la atmósfera de crisis provocada por el aumento del coste de la vida y la congelación de los salarios, en 1908-1909, para imponerse a las masas recalcitrantes. Tom Mann desencadena una nueva ola de huelgas, que llegan a afectar a 385.000 obreros en 1910, 831.000 en 1911 (entre ellos los estibadores) y más de 1.233.000 en 1912 (entre ellos los ferroviarios y los mineros, en

abril). A fin de apoyar el movimiento, Hyndman funda en Manchester de 1911 el «British Socialist Party» y difunde en el país 200.000 folletos. Pero, obedeciendo como de costumbre a unas inspiraciones muy particulares, denuncia el peligro alemán, reclama una «big navy», acepta la guerra inminente (lo mismo en abril de 1911 que en agosto de 1914) y, ante la oposición de Theodore Rothstein y de Zelda Kahan, se ve obligado a dimitir de su cargo de presidente en diciembre de 1912.

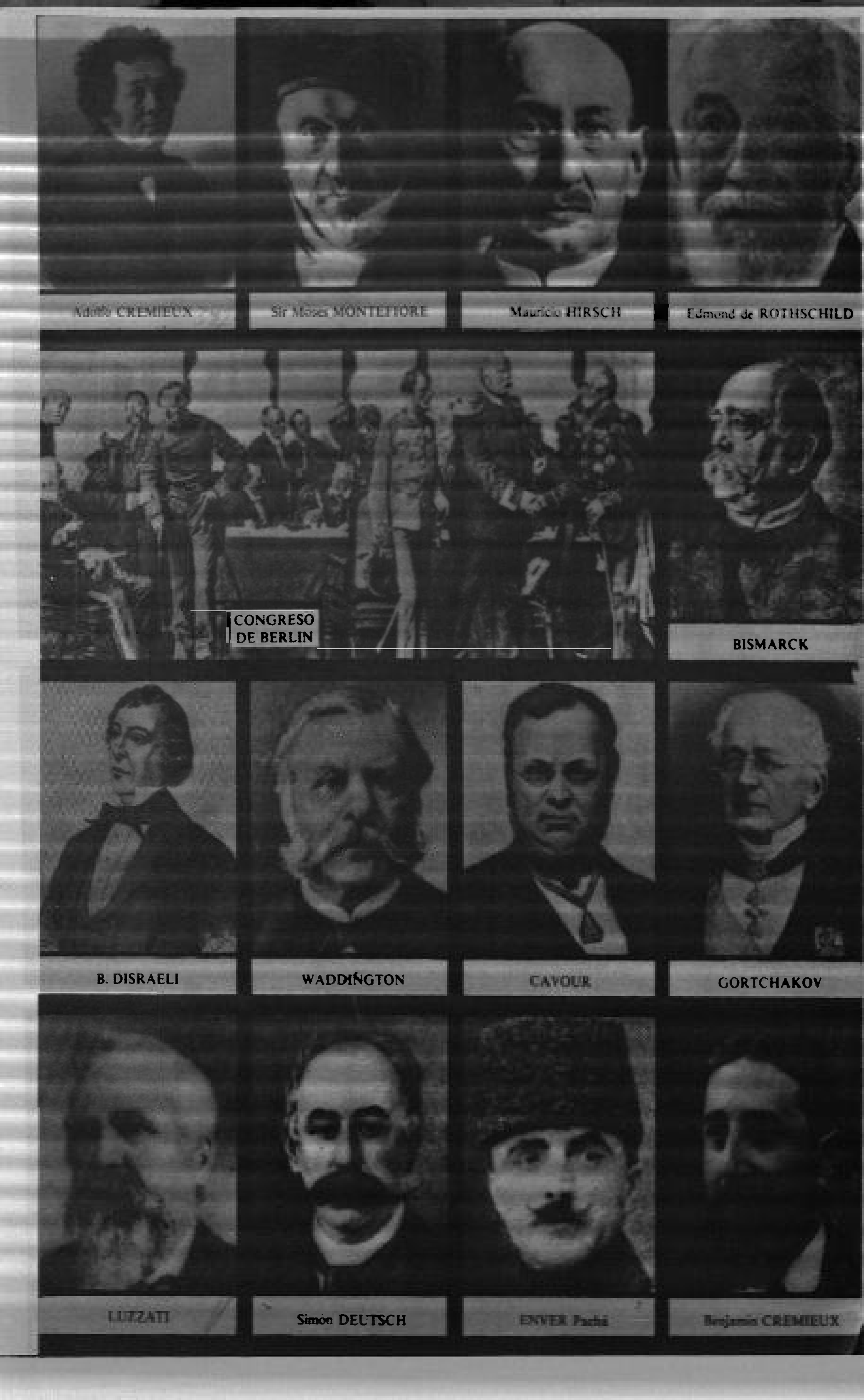
Entretanto se revela en algunos sindicatos una clara tendencia a la autonomía, a arreglar sus asuntos por sí mismos, al margen de los cuadros de las *Unions* o de los políticos del partido, del cual se desconfía. La misma tendencia se refleja entre los fabianos, produciéndose una escisión, dirigida por A. J. Penty, autor de una obra «The Restoration of the Guild System», en favor de un retorno a una organización modernizada, susceptible de preparar el control obrero de las empresas, «self-government in industry». Hostiles al socialismo de Estado, A. R. Orage, S. G. Hobson y sobre todo Bertrand Russell y G. D. H. Cole, se convierten en propagandistas del «Guild Socialism» (que agrupará alrededor de 6.000 adeptos en 1920). En el mismo sentido, al regreso de una estancia en París, donde parece haberse convertido al principio de la huelga general, Tom Mann organiza por su parte, con James Connolly y Will Therne, la «Industrial Syndicalist League», disuelta por las autoridades en 1912.

En vísperas de la guerra, en el momento en que Keir Hardie y Henderson, en nombre del partido laborista, lanzan un último e inútil llamamiento a la paz (1 de agosto de 1914), Inglaterra, patria de elección de Carlos Marx, no parece tener prisa en aplicar su sistema. Nadie es profeta en su tierra. La segunda nación anglosajona, los Estados Unidos, otra gran potencia industrial, tan acogedora para los judíos, tampoco parece muy permeable a sus doctrinas.


Moïses HESS
HEGEL
FEUERBACH
SCHOPENHAUER
Enrique HEINE
RICARDO
Fed. ENGELS
Carlos MARX
WOLHELM WEITLING
Sydney WEBB
BERNSTEIN
Augusto BEBEL
Viktor ADLER
BAKUNIN
PROUDHON
Jules GUESDE
Félix PYAT
DELESCLUZE
FLOURENS
Pablo IGLESIAS



Thomas PAINE
Thomas JEFFERSON
Abraham LINCOLN
Jefferson DAVIS
Judah BENJAMIN
General GRANT
José SELIGMAN
José SELIGMAN
Abraham KUHN
Solomon LOEB
Méyer GUGGENHEIM
Joy GOULD
Georg Jay GOULD
ROCKEFELLER
Henry J. HARRIMAN
KRAUS
Albert PIKE
Samuel GOMPERS
Sydney HILLMAN
Coronel M. HOUSE


CREMIEUX
Sir Moses MONTEFIORE
Mauricio HIRSCH
Edmond de ROTHSCHILD
CONGRESO DE BERLIN
BISMARCK
B. DISRAELI
WADDINGTON
CAVOUR
GORTCHAKOV
LUZZATI
Simón DEUTSCH
ENVER Pachá
Benjamín CREMIEUX



John RUSKIN | Cecil RHODES | EDUARDO VII | Sir Ernest CASSEL | Lord ESHER

Théophile DELCASSE | Raymond POINCARÉ | Conde WITTE | NICOLAS II | ISWOLSKY

FEDERICO III | HOLSTEIN | GUILLERMO II | Albert BALLIN | MAX v. BADEN

Arch. RODOLFO | Conde BERCHTOLD | FRANCISCO JOSE | Conde v. AERENTHAL | Arch. FRANCISCO-FER.

CAPITULO XXVII

AMERICA O LA TIERRA PROMETIDA

Tierra de refugio abierta a todos los heterodoxos, tierra de elección de la Francmasonería en todas sus formas, hasta el punto de que el autor del estudio más completo sobre el tema. Ch. Wright Ferguson, ha podido intitular su libro «Fifty Million Brothers» (Cincuenta millones de Hermanos), en 1937, América, y más especialmente los Estados Unidos, ha sido para los judíos la verdadera Tierra de Promisión.

Tierra de asilo, la ha sido sucesivamente para los no-conformistas y los católicos, refugiados de las Islas Británicas, para los «Caballeros vencidos de las revoluciones de Inglaterra, para los irlandeses despojados de sus tierras y de su libertad, para los insurgentes del cartismo, para los revolucionarios de la Europa Central, decepcionados por el fracaso de la gran empresa de 1848, del mismo modo que ha sido el exutorio del viejo continente excesivamente lleno, de los campesinos sin tierra, del «ejército de reserva de los trabajadores» de todos los hambrientos, de todos los indigentes, reunidos en la esperanza común de rehacer su vida en una tierra virgen, de riquezas aparentemente inagotables.

Tierra bendita de la Democracia, recibió el bautismo masónico casi tan tempranamente como Inglaterra, sea de manos de la primera comunidad judía establecido en Newport (Rhode Island) en 1658 (cuyos miembros le aportaron los tres primeros grados, si hemos de creer a Silcox, «Catholics, Jews and Protestants», páginas 12 y 77), sea más bien de las de George Starkey, alias «Irenée Philatèthe», amigo de sir George Vaughan («Eugenius Philatèthe»), misionero lanzado por los Rosa-Cruz, por aquellas fechas, a la conquista del nuevo continente (cf. t. I, pág. 152).

Tierra prometida, en el curso de tres siglos, lo ha sido cada día más, para los judíos. Su papel en la edificación de América («The Jews in the making of America», Cohen, Boston, 1924) impresionó hasta tal punto a Werner Sombart que llegó a escribir: «Diríase que América sólo fue descubierta para ellos». Celebrando el 250 aniversario de su llegada, Roosevelt confirmaba que «pocas naciones han tenido, directa o indirectamente, más influencia en la formación y la dirección del americanismo de hoy». De

hecho, aquella sociedad en formación, desprovista de cuadros tradicionales, pero dominada por las sectas secretas, y tan completamente extendida hacia el beneficio, la conquista de las riquezas, el Dinero, ofrecía para la reconstrucción del Templo, de la Nueva Jerusalén, unos materiales incomparables.

Los judíos, introductores de los negros

No siendo, por vocación natural, ni pioneros ni roturadores, los judíos esperaron a que otros hubieran acondicionado el lugar antes de instalarse en él cómodamente.

Después de varios fracasos de colonización, registrados por sir Walter Raleigh, heredero del monopolio de Cabot, en 1584, y por las dos «joint stock companies» de Londres y de Plymouth en Virginia, de 1606 a 1624 (cap. Smith), un grupo de 70 comerciantes puritanos de la City, dirigido por sir Edward Sandys y disponiendo de 7.000 libras esterlinas, había conseguido establecer los primeros centros de población en tierra americana: en Virginia, 11 burgos o «boroughs» de alrededor de 4.000 habitantes reunieron a sus notables en Jamestown, el 30 de julio de 1619, antes de constituir una provincia real en 1624, mientras que, más al norte, los «pilgrims» o peregrinos desembarcaban en Plymouth, el 21 de diciembre de 1620, y luego en Salem en 1628, fundaban Boston en 1630 con John Endicott y, bajo la égida de la «Massachusetts Bay Company», dotada de una Carta en 1629, creaban unas comunidades que iban a estar sometidas, durante setenta y un años, a las normas de su «covenant», de su pacto (*Brith*, en hebreo). En 1634, lord Baltimore ofreció a los católicos el Maryland, regido por la «Toleration Act» de 1649, que excluía por otra parte, a los ateos y a los judíos (no serían admitidos a las funciones públicas hasta 1825). En cambio, el Estado de Rhode Island, fundado por Roger Williams en 1636, para albergar a los no-conformistas, sería el primero en acogerlos, en 1658. En conjunto, desde 1620 hasta 1640, alrededor de 20.000 pioneros lograron establecerse en las colonias inglesas, que no tardaron en extenderse a diversas dependencias de Massachusetts: Connecticut, surgido de Rhode Island, y también Maine y New Hampshire, región de pescadores, poblada por los esfuerzos de sir Fernando Georges y del capitán John Mason.

Por su parte, los holandeses de la «Dutch East India Company», durante el mismo período, habían abordado las costas de la América del Norte: con sir Henry Hudson en 1609, fundando Nueva Amsterdam en 1614. En 1621, se había constituido la «Dutch West India Company» y acaudalados comerciantes, tales como el joyero Killiam van Tensselaer y otros, se habían establecido a orillas del Hudson; la ciudad contaba con unos 10.000 habitantes cuando los ingleses se apoderaron de ella en 1664, para convertirla en propiedad del duque de York, que le dio su nombre en 1665, antes de ceder Nueva Jersey a sus amigos, sir George Carteret y sir John Berkeley. Dos acontecimientos capitales —por otra parte, estrechamente ligados el uno al otro— señalaron aquel medio siglo de dominación holandesa: la llegada de los judíos y la introduccón de los negros.

Dueños del mercado de los productos coloniales y controlando con sus capitales las grandes compañías con carta de privilegio, los judíos portugue-

ses y sus herederos de Amsterdam se habían interesado desde hacía mucho tiempo en las provechosas plantaciones de ultramar. En Oriente, en Java, lo mismo que en las Américas, en Surinam (1644). En 1492 se les encuentra en Santo Tomé (Santo Tomás, al este de Puerto Rico), donde montan unas azucareras, que no tardan en dar ocupación a 3.000 esclavos negros (hacia 1550). La reina Juana, en 1511, trata sin gran éxito de restringir su afluencia hacia la América del Sur, pero la ley del 21 de mayo de 1577 levanta para ellos la prohibición de emigrar a las colonias españolas. En el Brasil, el primer gobernador general portugués, Thomé de Souza, uno de los suyos, encargado de organizar el país en 1549, les acoge sin dificultad. Extraían oro, plata, piedras preciosas. La mano de obra, suministrada al principio por dos cargamentos anuales de forzados, permitía también cultivar la caña de azúcar. Habiendo pasado la colonia a manos de Holanda en 1624, 600 notables judíos se instalaron en ella en 1642 y no tardaron en hacerse dueños de todas las grandes plantaciones. Lo mismo puede decirse de las islas: Barbados (donde el cultivo de la caña de azúcar se remonta a 1641 y la exportación de azúcar a 1648) y Jamaica, ocupadas por Inglaterra en 1627 y 1656, respectivamente. Pero he aquí que en 1654 Portugal les expulsa de sus territorios de ultramar. Unos, con Benjamín Dacosta, en número de 900, acompañados de 1.100 esclavos, se trasladan a la Martinica en 1655. Otros llegan a Santo Domingo, donde la caña era cultivada desde 1587. Y otro grupo (dos docenas: a finales del verano de 1654) llama a las puertas de Nueva Amsterdam: el gobernador Peter Stuyvesant se las abre, tras la intervención de los directores de la Compañía de las Indias Occidentales, que no pueden negar nada a sus principales accionistas (1654). Desde allí se extienden hacia Long Island, Newport y, más tarde, Filadelfia, fundada en 1681 por William Penn y sus «cuáqueros».

El Sur, ahora, empieza a poblarse. En 1663, Carlos II ha concedido las «Carolinas» a ocho «landlords», entre ellos Anthony Ashley Cooper, futuro conde de Shaftesbury. Hombre de confianza de este último, John Locke pone a prueba su talento de legislador elaborando para la colonia un estatuto que sus complejidades harán prácticamente inaplicable. De los dos Estados así formados, la Carolina del Norte, donde predomina la ganadería, quedará constituida sobre todo por pequeñas propiedades, en tanto que la del Sur, compuesta de grandes dominios, se dedicará al cultivo del arroz y del añil. Una parte de los colonos proceden de Virginia, donde se desarrollan las grandes plantaciones de tabaco de 5.000 acres de extensión, e incluso mayores. Los otros, de Inglaterra. La mitad son «indentured servants» (criados bajo contrato por una duración media de siete años), cuyos propietarios han pagado el pasaje (de 6 a 10 libras esterlinas) y que les cuestan de 2 a 4 libras esterlinas anuales de mantenimiento. Fundada en 1773 por sir James Oglethorpe, Georgia ofrece la particularidad de estar abierta a los condenados por deudas, que encuentran allí la posibilidad de rehacer sus vidas, bajo el control, durante veintiún años, de fiadores o «trustees».

Suministradores de fondos y traficantes de esclavos

Aquellos estados de economía colonial se vuelven naturalmente, a ejemplo de las islas y del Brasil, hacia la mano de obra negra para la explotación

de sus dominios. Proveedores de esclavos al Occidente en los tiempos lejanos de los merovingios y de Carlomagno, los judíos de Amsterdam y de la City financian de buena gana aquel tráfico tan provechoso de «madera de ébano» que hará la fortuna de Londres y de Liverpool. Desde 1619, en que tuvo lugar en Jamestown la primera venta de esclavos del continente norteamericano, hasta 1660, los «holandeses» detentaron el monopolio (según la edad, la salud y la fuerza del individuo, el precio de compra de un esclavo oscilaba entonces entre 18 y 30 libras esterlinas). Desde 1660 hasta 1698, la «Royal African Company of England» les sucedió en aquel privilegio. Más tarde, el mercado quedó libre y su número aumentó rápidamente: 59.000 en 1714, 263.000 en 1754, 697.000 en 1790.

La población blanca, también, por otra parte, pasando de unos 250.000 en 1700 (de ellos 80.000 en Nueva Inglaterra, 60.000 en Virginia y 30.000 en Maryland) a casi dos millones y medio, en vísperas de la insurrección contra Inglaterra. Entretanto, en el Norte, se ha constituido Vermont, gracias a la concesión de 121 municipios por el gobernador Wenworth. Al oeste de Nueva York, el Piedmont, vertiente oriental de los Alleghanys, ha sido ocupado a partir de 1683 por unos alemanes, unos suizos y unos irlandeses del Ulster. Entre 1700 y la revolución, en efecto, 100.000 alemanes de Palatinado se han instalado en Pennsylvania, y desde 1730 a 1770, casi 500.000 escoceses-irlandeses se han instalado en América. Pero los capitales ingleses invertidos en el continente, alrededor de diez millones de libras esterlinas, apenas alcanzan, entre 1760 y 1770, a la sexta parte de los dedicados a la explotación de los productos coloniales de las «islas» (Barbados, Jamaica, etc.), en las que imperan setenta «sugar Lords» del Parlamento. A través de un sistema de intercambios triangulares, los esclavos de Africa y los productos coloniales de las islas, «el metal que permite alimentar el comercio de la América del Norte, con Inglaterra, afluye de la América central y de la América del sur gracias al comercio judío», escribe Werner Sombert («Los judíos y la vida económica», pág. 62).

Así pues, a pesar de la débil importancia numérica de sus comunidades, los judíos desempeñaban ya, desde el exterior, un papel preponderante en la naciente economía norteamericana (1).

A pesar de su diversidad de origen, las colonias inglesas se habían visto obligadas a agruparse en varias ocasiones para hacer frente a sus vecinos, indios y franceses. Alimentados de racismo bíblico, los puritanos (excep-

---

(1) Uno de los traficantes americanos más célebres y más ricos de la época fue Aaron López, armador de Newport, fallecido en 1782. Tras haberse dedicado al contrabando de té holandés, con Henry Lloyd, de Boston (1756), y haber establecido corresponsales en Charleston (Isaac da Costa) y en Jamaica (Benjamín Wrigth), se asoció en 1764 para la importación de esclavos de Guinea con su cuñado Jacob Rodríguez Rivera (asimismo, de Newport), casado en los años 1740 con Hannah, hija de Samuel Rodríguez Pimentel, de Curaçao, y viuda de Sasportas, y en 1767 con su yerno Abraham Pereira Mendes, de Jamaica. La red familiar, extendida a todo el mar de las Antillas, funcionaba con el apoyo de comanditarios en Inglaterra (Henry Cruger, de Bristol, con aportaciones de varios millares de libras esterlinas, y sobre todo George Haley, de Londres, al cual Aaron López es deudor de 22.000 libras en 1774 y de 22.600 en 1775). Contaba con tan buenas amistades en los dos bandos, que el desencadenamiento de la insurrección americana no interrumpió en lo más mínimo su campaña de pesca de la ballena, en 1775.

tuando a los cuáqueros de Pennsylvania, más humanos y más naturalmente amigos de la paz) solían mantener unas pésimas relaciones con los autóctonos. Los establecimientos ingleses de Plymouth, de Massachussetts, de Connecticut y de New Haven habían formado una Confederación contra los indios en 1643. Contra los franceses, 4.000 milicianos de Nueva Inglaterra habían tomado una primera vez, el 17 de junio de 1745, Louisbourg, que fue restituido por la paz de Aix-la-Chapelle, en 1748. Al desencadenarse la Guerra de los Siete Años, en 1754, un plan de Unión, elaborado por Benjamín Franklin, fue sometido a la aprobación de los representantes de siete colonias, reunidos en congreso en Albany. En el curso del conflicto, del lado canadiense, los judíos (excepto los Gradis de Burdeos, abastecedores del rey de Francia) continuaron estando al margen del territorio (como lo estaban desde 1627 y lo estuvieron hasta la conquista inglesa en 1759). En cambio, del lado anglo-americano, ninguna restricción puso trabas a las transacciones del comisario del ejército de Wolfe, también judío.

Con aquella derrota infligida a Francia, los colonos habían adquirido conciencia de su fuerza. Aspirando a la Unión, alimentaban ya sueños de expansión. Toda una serie de medidas adoptadas imprudentemente por Londres, deseosa de hacer compartir a los americanos los gastos de la guerra, habían contribuido a emponzoñar las relaciones con la Metrópoli, a partir de 1763. Fue necesario hacer marcha atrás. En 1764, la «Sugar Act» había disminuido en la mitad los derechos sobre los azúcares, establecidos por la «Molasses Act» de 1733. En 1765, la «Stamp Act» había suprimido los derechos de timbre, que anteriormente oscilaban entre medio penique y 10 libras esterlinas. Pero la «Quartering Act», imponiendo a las comunidades la obligación de alojar a las guarniciones inglesas, contra la cual se habían pronunciado Samuel Adams en Boston, John Dickinson en Filadelfia y la asamblea de Nueva York, había comprometido el beneficio de aquellas concesiones y provocado nuevos resentimientos. Aunque la tarifa aduanera establecida por las «Townshend Acts» de 1767 fue abolida en 1770, a excepción de una tasa de tres peniques por libra sobre el té (compensada por otra parte con una prima), los intercambios comerciales con la Metrópoli experimentaban frecuentes perturbaciones: de 1.363.000 libras esterlinas en 1768, las exportaciones británicas bajaron a 504.000 libras en 1769, volvieron a subir a 4.200.000 en 1771, para retroceder a 2.590.000 en 1774 y hundirse a 201.000 en 1775. Mal síntoma. Pero había algo peor. Dueña ahora de las pieles canadienses, ¿no obstaculizaba deliberadamente la madre patria el desarrollo de su colonia americana? Una proclama de 1763 establecía en los montes Alleghanys el límite para la población del Oeste, abolía el régimen de concesiones libres otorgadas por los gobernadores, lo reemplazaba por la venta de lotes de terreno en pública subasta y duplicaba el importe de los «quitrents» para aquellas nuevas propiedades. Todos los colonos de la «frontera» estaban en efervescencia.

La Francmasonería, Haym Salomon y Robert Morris en la guerra de Independencia

Ya hemos estudiado anteriormente (t. I, págs. 251-253) el papel decisivo de la Francmasonería —y especialmente de las logias «de ancianos», secun-

dadas desde 1760 hasta 1770 por las misiones metodistas— en la preparación de la insurrección americana. Al igual que Bernard Fay, el historiador Ferguson subraya que Washinton y Franklin hacían reposar su influencia «chiefly, if not solely», esencialmente, si no exclusivamente, sobre las logias (pág. 20). Él mismo informa que la reconquista de Filadelfia por los insurgentes dio lugar a un verdadero «Te Deum» masónico, señala la existencia de talleres militares en los dos bandos en presencia (se conocen once entre los americanos) y no vacila en atribuir a consignas masónicas ciertas lentitudes y maniobras inexplicables de los generales ingleses. Entre la población, por otra parte, la voluntad de luchar contra Inglaterra no era unánime, ni mucho menos: frente a unos 800.000 habitantes ganados para la rebelión, es decir, un tercio aproximado del total, existían unos 250.000 «leales». Se unieron a las tropas inglesas de 30.000 a 50.000 «tories», 15.000 de ellos de Nueva York; 3.000 habitantes abandonaron Filadelfia, evacuada por Clinton en 1778; de 35.000 a 100.000 pasaron al Canadá después de la victoria de los insurgentes. La Francmasonería, pues, fue el motor de la Revolución.

En cuanto al nervio de la guerra, hemos visto anteriormente (t. I. págs. 312-314) que procedía sobre todo del exterior, principalmente de Holanda y de Francia. Sobre el terreno, los que Peter Calisch llama «The Jews who stood by Washington», los judíos que permanecieron al lado de Washington (Cincinnati, 1932), aportaron también su contribución: los Minis, los Cohen de Georgia, sobre todo el banquero Haym Salomon (1740-1785) y el armador Robert Morris, «que ha sido el verdadero financiero de la Revolución», escribe Sombart («Los judíos y la vida económica», pág. 78). Polaco de origen portugués, refugiado en Inglaterra y luego en América tras la partición de 1772, Salomon, detenido una primera vez en Nueva York por los ingleses por su celo revolucionario, liberado posteriormente y utilizado como intérprete cerca del general Heister, comandante de las tropas alemanas, volvió a ser detenido y condenado a muerte por haber incitado a sus hombres a la deserción. Consiguió huir sobornando a sus carceleros, el 11 de agosto de 1778, pasó al servicio del Congreso en Filadelfia y —¡oh, milagro! ¿de dónde procedía el dinero?— se estableció como corredor de Bolsa, se convirtió en uno de los principales accionistas del «Banco de América del Norte», actuó de tesorero-pagador de las tropas francesas que luchaban en América, sirvió de intermediario casi exclusivo para la transferencia de los subsidios de Francia, de España y de Holanda a los insurgentes, prestó al nuevo Estado 658.000 dólares en 75 operaciones desde agosto de 1781 hasta abril de 1784 (211.678 dólares de créditos; 353.729 de obligaciones y 92.600 de bonos), más 20.000 dólares de anticipos sobre la paga de los funcionarios, y murió arruinado en 1785.

Nombrado dictador de las Finanzas por el Congreso, a propuesta de Pelatia Webster y de Alexandre Hamilton, el 20 de febrero de 1781, Robert Morris (1734-1806) tuvo que hacer frente a las peores dificultades. Nacido en Liverpool, de un padre que se instaló en Maryland como exportador de tabaco, estudiante en Filadelfia, luego socio de los armadores Willing, Morris, signatario del acuerdo de boicot a la ley del Timbre en 1765, ligado a los insurgentes después de Lexington, había ocupado sucesivamente los cargos de miembro del Comité de Seguridad (Council of Safety) el 30 de junio de 1775 y del Comité Secreto de Correspondencia, más tarde Comité de los

Asuntos Exteriores y del Comercio, el 30 de enero de 1776. Banquero, encargado de los suministros militares y navales, había sido mantenido en sus funciones, a pesar de las violentas críticas dirigidas contra Silus Deane y contra él por Thomas Paine en enero de 1779. En el momento en que asumió la responsabilidad de las Finanzas, la situación era casi desesperada.

Se calcula en 104 millones de dólares/oro el costo de la guerra. Para hacerles frente, el Congreso decide en primer lugar emitir «bills of credit» por valor de dos millones de dólares, rescatables en «Spanish milled» dólares de los estados (de acuñación española), el 22 de junio de 1775. La confiscación de los bienes de los «leales», decretada en noviembre de 1777, permite la creación de «Continental Loan Certificates». Magros recursos. Se recurre, pues, a la inflación de papel moneda. Muy ampliamente, por otra parte; 191,5 millones de dólares emitidos por la Federación, hasta el 29 de noviembre de 1779, y 243,6 por el conjunto de los estados hasta 1783. Sin la afluencia de créditos y de moneda de oro de Europa, un edificio tan frágil se habría hundido, indiscutiblemente. La aportación de 200.000 dólares en especie por una flota francesa permitió a Robert Morris fundar en Filadelfia en enero de 1782 el «Banco de América del Norte», con un capital de 400.000 dólares, de los cuales el Estado aportaba 250.000. Siguieron otros establecimientos: el «Banco de Nueva York» y el de la «Massachusetts Bay» en Boston, en 1784. Entretanto, el secretario de las Finanzas, con el agua al cuello, había amenazado con dimitir, el 24 de enero de 1783, y sólo se había salvado gracias a la conclusión por John Adams de un nuevo empréstito con los Países Bajos.

Al tiempo que las trece colonias sublevadas definían sus instituciones, promulgaban el 15 de noviembre de 1777 unos «Artículos de Confederación», que no serían ratificados hasta 1781, se daban (después de varios congresos en Filadelfia, en Annapolis en 1786 y, de nuevo, en Filadelfia en 1787) una Constitución instituyendo una Cámara Alta compuesta de dos senadores por estado, una Cámara Baja formada por representantes elegidos en número proporcional a la población, un Tribunal Supremo (árbitro entre los poderes y cumbre del aparato judicial) y nombraban presidente a George Washington (entre el 4 de marzo y el 30 de abril de 1769), echan también los cimientos de su estructura financiera, autorizando al gobierno federal a recaudar los impuestos y a legislar en materia de moneda, de comercio, de protección a la industria y de población de los territorios occidentales.

Habiendo declinado Robert Morris la cartera de Finanza en el gabinete formado por George Washington en 1789, con Thomas Jefferson como secretario de Estado, Alexandre Hamilton asumió las funciones del Tesoro. Él promulgó la tarifa aduanera proteccionista del 4 de julio de 1789 (sucesivamente aumentada en 1790, 1792 y 1794), hizo decidir a la Federación a hacerse cargo de la Deuda y a fusionar sus tres elementos: deuda exterior con Francia, España y Holanda, cifrada en 11. 710.378 dólares; deuda interior al 6 %, o sea, 40.414.086 dólares; y deudas de los Estados, por un importe de 25 millones de dólares; en total 77.124.464 dólares. En 1791 logró instituir, para un período de veinte años, un Banco Nacional con un capital de 10 millones, de los cuales el Estado suministraría dos, y en 1792 definió la moneda norteamericana, sobre la base del dólar «Spanish milled», fijado

en 24,75 «grains» de oro (cada grain equivale a 0,6 gramos), coexistiendo bajo un régimen bimetalista con unas monedas de plata, cuya paridad oficial con el oro se estableció en 1 por 15.

Por desgracia, aquellas juiciosas medidas no sobrevivieron del todo a la oposición de los republicanos, de los intereses del oeste y de los Bancos de los Estados, cuya proliferación —su número pasó de 88 a 246 en cinco años— era tal en 1811 que la circulación fiduciaria había aumentado de 45 a 100 millones de dólares.

Una democracia de propietarios, secundados por ilotas y esclavos

Adquirida la independencia por el tratado de París del 3 de noviembre de 1783, en aquel país democrático (?) en el que únicamente los propietarios —uno de cada cinco habitantes, aproximadamente— gozaban del derecho de voto, la gran tarea era ahora la expansión hacia el norte hasta los grandes lagos y, hacia el oeste, hasta el valle del Mississipi. Las compañías creadas no sólo para la industrialización del país, sino también para la explotación de aquellos territorios, habían velado de un modo especial para que la Constitución y las nuevas instituciones respetasen sus intereses. Los ingleses se habían marchado, los «quitrents» habían sido abolidos, pero ni los grandes dominios ni la manía de especular con las tierras habían desaparecido. Por el contrario, la ordenanza de 1785 entrega hasta cierto punto el dominio público a los manejos de los traficantes. Aquella ordenanza prescribía el establecimiento de un catastro y de una cuadriculación con vistas a la venta, por mitad en distritos comunales —según el sistema adoptado en Nueva Inglaterra—, y por mitad en lotes de 640 acres —según el sistema virginiano—, en pública subasta a un dólar, y luego a dos dólares el acre, en 1796, con crédito de un año. A pesar de la reducción de la superficie de los lotes a 320 acres en 1800, y a 160 en 1804 (pagaderos en cinco años), sólo los especuladores que dispongan de dinero suficiente podrán adquirirlos para revenderlos, lo que equivale a conceder a los antiguos colonos puritanos del Este el privilegio de explotar a los nuevos pioneros, roturadores del Oeste. En cuanto a la organización política de las nuevas provincias, es determinada por la ordenanza de 1787, que limita a tres o como máximo a cinco el número de los Estados a crear y precisa que cada territorio, colocado al principio bajo la autoridad de un gobernador, tendrá derecho a elegir dos asambleas cuando el número de sus habitantes sea superior a 5.000 (el censo para ser elegible se fijaba en 200 acres y, para ser designado como gobernador, en 100), y podrá constituir un Estado cuando llegue a los 60.000.

Después de haber rechazado hacia el interior a los indios, derrotados por el general Wayne cerca de Toledo en 1794, algunos norteamericanos sueñan en aprovecharse de las guerras subsiguientes a la cruzada revolucionaria en Europa para expulsar a Inglaterra del Canadá. Preocupados sobre todo, al principio, por no dejarse arrastrar al conflicto debido a su alianza con Francia, se habían limitado a proclamar su neutralidad (22 de abril de 1793). El *Chief Justice* John Jay se había esforzado incluso en resolver los puntos en litigio con Inglaterra, pero al tratar sobre el «derecho de visita»

de los buques y de las «levas» de marineros para el servicio de Su Majestad, había tropezado con una obstinada intransigencia, que había retrasado hasta el 24 de junio de 1795 la ratificación por el Senado del tratado concluido el 17 de noviembre de 1794. Sin otro deseo que el de explotar las circunstancias para realizar sustanciosos beneficoos, los americanos, durante un primer período que se extiende casi desde 1792 a 1708, desarrollan su marina mercante (cuyo tonelaje se multiplica por ocho: 123.893 toneladas en 1789 contra 981.000 en 1810), inician la construcción de una escuadra en 1798, se dedican al contrabando con Francia, España y Holanda y aumentan su comercio exterior, hasta el punto de que las exportaciones alcanzan 108,3 millones de dólares y las importaciones 130,5 millones en 1807.

Yanquis contra británicos. Monroe: América para los americanos

Pero el embargo decretado por el Congreso en diciembre de 1807 hace descender aquellas cifras a 22,4 y 56,9 millones, respectivamente, en 1808. Nueva Inglaterra protesta por boca de John Quincy Adams y amenaza con la secesión en febrero de 1808. El decreto es derogado el 1 de marzo de 1809. Pero las dificultades inherentes a la guerra franco-inglesa de los bloqueos no han hecho más que empezar. Napoleón acepta el volverse atrás en lo que respecta a sus decretos, el 5 de agosto de 1310, por lo que la «Non intercourse Act», la ley del embargo, sólo se aplica a Inglaterra. La paz está a merced del menor incidente. Se produce en mayo de 1811: una fragata norteamericana, interceptada, replica y obliga a una corbeta inglesa a rendirse. En la primavera de 1812 se aprueba un tercer embargo, y el 18 de junio de aquel mismo año los norteamericanos declaran la guerra a Inglaterra. Los dos adversarios se entregan a la caza de buques: los británicos capturan 1.400 y los «yanquis» 1.300 por un valor de 39 millones de dólares. Las exportaciones se hunden de 61,3 millones en 1811 a 6,9 en 1814, y las importaciones de 53,4 a 12,9.

Entretanto, los anexionistas se imponían en los Estados Unidos. Sucediendo, el 3 de marzo de 1301, a John Adams, federalista, es decir, partidario de un poder central fuerte, presidente desde 1796, Thomas Jefferson, paladín de la independencia de los estados, galo-escocés alimentado con ideas «francesas» (elegido por 73 votos contra 65), había empezado por reducir a la mitad el presupuesto del ejército y de la marina para dedicar el 70 % de los gastos, o sea, siete millones por año, al servicio de la Deuda, y por trasladar la capital de Filadelfia a Washington durante el verano de 1800. Pero antes de ser reelegido en el otoño de 1804, por 162 votos contra 14, había sabido adaptar su ideología a las ambiciones de sus compatriotas, comprando a Francia por 15 millones de dólares (unos 75 millones de francos) el inmenso territorio de la Lousiana (en el cual se formarán hasta once estados más tarde). La designación del republicano James Madison para la presidencia, por 129 votos contra 47, en noviembre de 1808, y sobre todo la elección de Henry Clay, de Kentucky, como presidente de la Cámara de Representantes, en noviembre de 1811, y como presidente de los Estados Unidos en 1812, señalaron el triunfo de los «War Hawks», de los halcones

que empujaban a la guerra, más por el dominio del Oeste y la conquista del Canadá, que por la simple defensa de unos derechos marítimos amenazados.

Al principio, sin embargo, los yanquis sólo obtuvieron éxitos en el mar, en el que sus barcos, en seis meses, vencieron en seis encuentros. En tierra, el general norteamericano William Hull, sitiado en Detroit por los británicos del general Isaac Brocke y los indios de Tecumseh, tuvo que capitular en julio de 1812; los 6.000 milicianos de Stepen van Rensselaer se dejaron desalojar de Queenston el 13 de octubre; y Harrison abandonó su vanguardia en manos de los indios, al tratar de reconquistar Detroit, el 22 de enero de 1813. Pero la suerte cambió. Avanzando por los lagos, los norteamericanos conquistaron Toronto en mayo de 1813 y, reducida a la impotencia por Perry la flotilla inglesa del lago Erie el 10 de septiembre, volvieron a ocupar Detroit e infligieron a los anglo-indios, el 5 de octubre de 1813, una severa derrota en la cual encontró la muerte Tecumseh. Al frente del contingente de Tennessee, el general Andrew Jackson aplastó a los indios en Tallapoose en marzo de 1814 e infligió, con 6.000 hombres, a los 12.000 ingleses de sir Edward Pakenham lanzados contra Nueva Orleans una derrota todavía más humillante, puesto que los británicos dejaron sobre el terreno 2.500 muertos, entre ellos su general, en tanto que los norteamericanos perdían, en total, 11 hombres. Para colmo de desgracias, era el 8 de enero de 1815 ¡Y la paz había sido firmada en Gante, el 24 de diciembre de 1814! Aunque el éxito de los yanquis era evidente, se les escapó su principal objetivo, el Canadá. Sólo consiguieron una victoria completa sobre los indios, perseguidos por Jackson hasta Florida, lo que condujo a la cesión de aquel estado por España, en 1819, por cinco millones de dólares. Virginiano, ex embajador en París (1794-96) y en Londres, James Monroe, republicano, elegido por primera vez para la presidencia por 187 votos contra 34 en 1816 y reelegido sin oponente en 1820, iba a formular en una famosa declaración en el Congreso, el 22 de diciembre de 1823, la pretensión de los Estados Unidos a la hegemonía sobre las Américas.

Andrew Jackson: especulación y desastre

Sin embargo, la guerra había costado cara. Para financiarla, se habían pedido 80 millones de dólares al empréstito y 36,6 millones de Bonos del Tesoro. Reinaba la inflación. Aunque el primer banco nacional, creado por Hamilton en 1791 para veinte años, no había sobrevivido en 1811 a la hostilidad de los republicanos, de la gente del oeste y de los bancos de los Estados, hubo que restablecerlo en 1816, por otro período de veinte años y con un capital de 35 millones de dólares, de los que el gobierno aportaría la quinta parte, reservándose el derecho de nombrar cinco de sus veinticinco directores. Bastante mal dirigido, durante tres años, gobernado por Langhon Cheves desde 1819 a 1823, el nuevo Instituto no resistió mejor que el primero las maniobras de sus adversarios, a pesar de la habilidad de su gobernador para jugar con el espectro del pánico. Mientras que, desde 1801 hasta 1835, el presidente del Tribunal Supremo, John Marshall, se esforzaba en modelar las instituciones norteamericanas, y a raíz del compromiso de Missouri se prohibía la esclavitud al norte del paralelo 36° 30', a pesar de un éxito precario de su rival John Quincy Adams, de Massachusetts, en

1824, el general Andrew Jackson, de Tennessee, había triunfado finalmente sobre sus adversarios Henry Clay, de Kentucky, y William Crawford, de Georgia, unos y otros representando intereses regionales divergentes: plutocracia mercantil de Nueva Inglaterra, plantadores del Sur, pioneros del Oeste. Elegido con el apoyo de los demócratas del Oeste, por 178 votos contra 83 en 1828, Jackson, fogoroso y autoritario, había doblegado la máquina administrativa a su voluntad y, considerando el poder como un botín, destituido a 2.000 funcionarios en 1829 para reemplazarlos por sus partidarios, por derecho de conquista (aquella práctica lamentable subsistirá hasta la reforma del servicio civil promulgada por Theodore Roosevelt en 1881). La ampliación del cuerpo electoral, el nombramiento por él de los administrativos y de los jueces, no hicieron más que aumentar el desorden. Reelegido en 1832, por 219 votos contra 45 de Henry Clay (en aquella ocasión, unas convenciones nacionales designaron por primera vez los candidatos a la presidencia), sin esperar siquiera a que expirase el plazo, Jackson se dedicó a torpedear al Banco nacional, al cual el senador Thomas Benson reprochaba el trabajar sobre todo en provecho de sus accionistas, retirándole el depósito de los fondos pertenecientes al Estado, a pesar de la oposición de dos secretarios del Tesoro sucesivos.

Su asociado a la vicepresidencia, Van Buren, que le sucedió por 170 votos contra 124 en 1836, creó en 1840 una Tesorería independiente (suprimida por los «whigs» en 1841 y restablecida por los demócratas en 1846), que subsistió hasta su fusión con el «Federal Reserve System» (1913-1921). En cuanto a la moneda, la paridad entre el oro y la plata fue rectificada de 15 a 16 en 1834-37, y el contenido de oro fino del dólar reducido a 23,22 «grains». Liquidado el Banco nacional en 1836, y transformado en Banco del Estado de Pennsylvania, mientras los agiotistas hacían subir hasta el 24 % el tipo de interés, los Bancos de los estados proliferaban a su antojo: eran 307 en 1820, 329 en 1829 (con un capital de 102 millones y una circulación de 16,6), serán 718 en 1837 y 1.601 en 1860 (con un capital de 422 millones y una circulación de 207). La especulación sobre las tierras alcanza sus cotas más altas, y las ventas efectuadas por el gobierno, en papel moneda, en vez de 1,8 millones de 1830, se cifran en tres millones en 1834, 14 en 1835 y 24 en 1836. No tarda en llegar el desastre: unas malas cosechas en 1834-35 bastan para provocar una ola de pánico, que una circular de Andrew Jackson, del 11 de julio de 1836, exigiendo que en adelante el pago de las concesiones se realice en especies de oro y plata, agrava singularmente. En mayo de 1837, 600 Bancos cierran sus taquillas, entre ellos los 50 «favoritos» en los que el gobierno deposita sus fondos. Es la crisis. El déficit alcanza 10 millones de dólares. De repente, la circulación queda estrangulada, desciende de 149 millones en 1837 a 58 en 1843, y las ventas de tierras, reducidas a un millón en 1841, rozan el cero. Van Buren, que ha sucedido a Jackson en el momento del desastre, en 1836, solamente reúne 60 votos contra 234 para los «whigs» Harrison y John Tyler, de Virginia, defensores de los derechos de los Estados, en las siguientes elecciones presidenciales (1840).

A pesar de esas vicisitudes, debidas a los abusos de la especulación, la población del «Middle West» continúa a un ritmo acelerado. De 3.900.000 (con 757.000 negros) en 1790, la población de los Estados Unidos pasa a

9.638.000 en 1820 (con 1.771.000 negros), a 17 millones en 1840 (con 2.873.000 negros) y a 31,4 millones en 1860 (con 4,4 millones de negros). La inmigración, bastante débil al principio: 210.000 desde 1790 a 1820 un millón desde 1820 a 1849, aumenta rápidamente. Desde 1820 a 1860 el número de inmigrantes asciende a cinco millones. Casi la mitad proceden de Inglaterra, a raíz del fracaso del movimiento cartista, y sobre todo de Irlanda, donde el hambre provocada por una mala cosecha de patatas en 1845 ha hecho estragos, una tercera parte de Alemania (más de 500.000 en el Noroeste entre 1830 y 1850, un millón hasta 1860), y también de Polonia y Hungría, después del fracaso de las revoluciones de 1848-49. Desde 1845 hasta 1854, el número anual de inmigrantes se ha elevado de 120.000 a 487.000, para descender de nuevo a 153.600 en 1860.

Resistencia masónica a la inmigración católica

Con los irlandeses, el número de los católicos ha aumentado, de 30.000 en 1790 a 318.000 en 1830 y a 1.600.000 en 1850. Beneficiándose, por la Constitución de 1784, de una libertad religiosa teórica, que tardará medio siglo en ser real, poseen desde 1779 un obispo en Baltimore y dos seminarios, en los cuales los profesores sulpicios, enviados por el abate Emery en 1791, han formado a los primeros sacerdotes. Pero los irlandeses, a los que se reprocha el haber introducido en los Estados Unidos en 1836, antes de darle una constitución en 1852, la «Antigua Orden de Hibernian», son a veces objeto de violencias, de atropellos provocados por la «Native American Association», creada antes de 1830 (incendio de un convento en Boston en 1834, disturbios en el barrio de Kensington en 1844) y, más tarde, por los 150.000 «Patriotic Orders' Sons», creados en 1847, u otros miembros de la «American and Foreign Christian Union», fundada en 1853. Aquellos «Know Nothing», ayudados por numerosos francmasones refugiados en América después de 1848, se entregan a excesos y a saqueos, de los cuales son víctimas los católicos, entre 1853 y 1855, tales como el «Domingo Sangriento» de Louisiana, el 5 de agosto de 1855.

Muy activa, como ya hemos dicho, en América, la Francmasonería se ha visto salpicada, a partir de 1826, por un escándalo de primera magnitud. Por haber publicado en 1826 unas revelaciones sobre la Orden. «Illustrations of Masonry», un antiguo compañero de Jackson en Nueva Orleans, recibido «Royal Arch» en Batavia, luego expulsado de las logias y retirado como cervecero en el Canadá en 1821, desaparece, en tanto que su editor, David C. Miller, ve saqueada e incendiada su imprenta y escapa de puro milagro a la «vendetta» de los hermanos... El cadáver de Morgan, el autor, es recogido más tarde a orilla del lago Ontario. Denunciados por una violenta campaña, en la cual participan 130 periódicos en 1830, perseguidos por la «Anti-Masonic League», antes de ser condenados por los concilios católicos nacionales de Boston en 1855 y 1869, las logias pasan por un mal momento. En Illinois y en Vermont los talleres suspenden sus tareas. En Nueva York, sus efectivos caen de 30.000 a 300. En la primera fase de las elecciones presidenciales de 1832. William Wirt, de Maryland, obtiene los votos de Vermont contra Henry Clay y Andrew Jackson, ambos francmasones. John Quincy Adams y Daniel Webster se declaran hostiles a la secta, a la que un libro

intitulado «Freemasonry, a Covenaut with Death» («La Francmasonería, un pacto con la muerte») fustiga aún en 1849. Pero la Orden tiene unas raíces demasiado profundas en el país para no recobrarse rápidamente de aquel apuro.

Los judíos en las palancas de mando: los B'naï B'rith

En cuanto a los judíos, únicamente durante aquel período sus comunidades se desarrollan de veras en los Estados Unidos. En 1825 no son más que una decena de millares, en su mayor parte sefarditas llegados de las islas. Sin embargo, han sido tratados en el país en un plano de igualdad, antes incluso de que la Revolución francesa les emancipara. Han abierto sinagogas en Nueva York en 1728, en Filadelfia, en Savannah, en 1733 (fecha de la llegada de Salzburger), en Newport en 1763; en 1754, son los dueños del comercio de pieles, en Pittsburg. En un mensaje dirigido a sus comunidades, Washington ha confirmado sus derechos en 1790. Unica excepción (con New Hampshire hasta 1877), el Estado, católico en su origen, de Maryland les prohíbe las funciones públicas. Cuando esta restricción está a punto de ser abolida, por iniciativa de Brakenridge (de 1816 a 1825), su defensor puede proclamar justamente en 1818 a los Estados Unidos como «el único país del mundo al que pueden considerar el suyo». El 15 de septiembre de 1825, un iluminado que pretende poseer el don de profecía, Mardochai Manuel Noah, ex cónsul norteamericano en Túnez, inspector del puerto de Nueva York y periodista, les invita a buscar refugio en el dominio que ha adquirido en Gran-Island, cerca de Buffalo, para reconstituir allí «la nación judía», fundado el pueblo de Ararat (por algo se llamaba Noé). La empresa no tiene éxito; en 1844, su promotor se resigna a proponer la resurrección de Palestina. Pero, hacia 1848, su número se había quintuplicado: ahora eran 50.000. Procedentes sobre todo de la Europa Central.

Antes de la gran revolución europea concebida, financiada y organizada por ellos, aquellos «aschkenazim» se apoderan, en los Estados Unidos, de las palancas de mando: con Henry Jones, el 13 de octubre de 1843, otros once judíos alemanes fundan en Nueva York, en el Sinsheimer's Café, «The Independent Order of B'naï B'rith» —la Orden Independiente de los Hijos del Pacto— (Bundes Brüder), masonería racista judía, en la que conviven ortodoxos y reformistas, poderosa estructura del panjudaísmo. Una segunda logia es abierta en Cincinnati en 1849; diez años más tarde serán 17, y 101 en 1867. El número de los «Hijos del Pacto» pasará de 3.000 en 1858 a 20.000 al término de la guerra civil. La Orden no tarda en extenderse al extranjero, a Berlín en 1882, a Inglaterra, a Palestina, a Turquía, a Austria, etc. Paralelamente, asumen la dirección de las grandes comunidades, mantenidas hasta 1840 —a pesar de la preponderancia numérica de los alemanes y de los polacos a partir de 1820—, de acuerdo con el rito sefardí, en una disciplina muy estricta en torno a las sinagogas (en número, Nueva York aparte, de cinco en Filadelfia, cinco en Baltimore, tres en Nueva Orleans, dos en Charleston, dos en Boston, etc., en 1856). El primer rabino reformista de Filadelfia (desde 1830 a 1868), el prusiano Isaac Leeser (fundador de la revista «The Occident» en 1843), y su colega de Cincinnati, el húngaro Isaac Meier Wise (1819-1900), son los inspiradores de la «Alianza israelita univer-

sal» de Crémieux; «The call came from New-York», la llamada llegó de Nueva York, señala el historiador del judaísmo norteamericano, Levinger. Refugiado de Rusia en 1845, Max Lilienthal impone sucesivamente su influencia a la comunidad de Nueva York, y luego a la de Cincinnati (desde 1855 hasta su muerte, en 1882), lo mismo que Samuel Adler en Filadelfia, David Einhorn en Baltimore. Otras «Fraternidades» judías se constituyen, oficialmente dedicadas a obras de beneficencia y de seguros sociales: los «Free Sons of Israel», creados en 1849 y reconstituidos con un comité directivo de diez miembros, en Nueva York, en 1870; los «Brith Abraham», que agrupa, a partir de 1850, a unos reformistas de origen polaco-ruso, reorganizados, a raíz de graves querellas intestinas, el 7 de febrero de 1887, en «Independent Order of B'rith Abraham».

Tráficos sobre los ferrocarriles y las tierras

Acompañando al reflujo de la revolución fallida en Europa, la afluencia de los judíos se acelera en los Estados Unidos, donde hay 200.000 en 1859, 50.000 de ellos en Nueva York, puerta de la inmigración. En el momento en que el país entra en un período de desarrollo sin precedente, ellos están allí, con sus capitales, dispuestos a participar en él. Después de las carreteras, abiertas de acuerdo con las previsiones establecidas por Albert Gallatín, el 4 de abril de 1808, completadas con la gran vía de penetración hacia el Oeste, o «National Pike», he aquí que un ambicioso proyecto de canales entra en realización: 1.270 millas en 1830, 3.320 en 1840, 3.700 en 1850. Aunque los créditos proceden en gran parte de Inglaterra, las deudas de los estados aumentan de un modo enorme (1.279 millones de dólares en 1820, contra 200 millones en 1840) y contribuyen a provocar el pánico financiero de 1837. Paralelamente, la construcción de los ferrocarriles, impulsada a vivo ritmo, absorbe unos fondos considerables: más de 1.250 millones de dólares desde 1830 a 1860, suministrados por empréstitos extranjeros, pero también por los capitalistas de Nueva Inglaterra, por los Estados, que se han endeudado en 90 millones de dólares en quince años, y por las colectividades locales, cuya participación alcanza la quinta parte del total. Después de la de Charleston-Hamburg (Carolina del Sur), 136 millas, en 1833, 14.500 en 1850 y 30.000 millas de vías están abiertas a la circulación en 1860. La Nueva York Central ha sido inaugurada en 1853, y también la Nueva York-Chicago, y otras ocho grandes líneas, desde 1850 hasta la guerra de Secesión.

A fin de ayudar a los estados a hacer frente a aquellos enormes gastos, les han sido concedidas unas franjas de terreno a lo largo de las vías: 2,5 millones de acres a Illinois en 1850; en total, para diez estados, por un valor de 31 millones de dólares en 1861. Así, los estados y las compañías de ferrocarriles están llamados a explotar la colonización de la pradera del «Middle West». Los judíos participan de dos maneras en aquella fiebre de negocios y de especulación. En el Oeste, seducidos como están por el descubrimiento de oro en el valle del Sacramento, en California, en 1848, se lanzan ahora detrás de los colonos. Werner Sombert lo describe de un modo muy gráfico: «La vigésima familia abría una tienda, a fin de poder suministrar, mejor que por medio del comercio ambulante, los objetos de uso más necesarios, que la tierra no producía (General Store). Aquella vigésima

familia empezaba a preocuparse de dar salida a los productos que las otras diecinueve arrancaban a la tierra. Era la que disponía de más dinero líquido y podía, en caso de necesidad, acudir en ayuda de los otros, concediéndoles préstamos. Muy a menudo, la tienda que regentaba se ampliaba a banco de préstamos hipotecarios, y a veces también a agencia de venta de terrenos y otros establecimientos análogos... No hace falta decir que aquella vigésima familia era siempre una familia judía, que se había unido a un grupo de emigrados, antes o después de su establecimiento» («Los judíos y la vida económica», págs. 63 y 64).

La dinastía Seligman

En las ciudades, la odisea de la familia Seligman proporciona un excelente ejemplo de su modo de proceder. El primero de la tribu, Joseph (1819-1880), emigrado de Baiesdorf, en Baviera, en 1837, establecido como contable en casa de Asa Packer en Pennsylvania, llama sucesivamente a su lado a sus siete hermanos. Con los mayores, William y James, abre en Lancaster (Pennsylvania) un pequeño comercio de prendas de vestir en 1839. Jesse llega en 1841, seguido de Henry, de Leopold, de Abraham y de Isaac. Entonces, los mayores montan un negocio de «dry goods» —mercería— en Selma, Alabama, que trasladan al norte (a Watertown, N. Y.) en 1848, después de haber instalado sucursales en otras tres localidades (Greensboro, Eaton y Clinton). Mientras Jesse (1827-1894), acompañando la estampida hacia el oro, se instala con Leopold en San Francisco en 1850, en la única casa de ladrillo de la ciudad (lo que le permitirá escapar al incendio de mayo de 1851), Joseph, William y James montan una tienda de ropas en Nueva York, donde los otros hermanos se les unirán en 1857. La guerra civil es una bendición para ellos. La ayuda que han prestado para la elección de Abraham Lincoln les es devuelta centuplicada. En enero de 1862, el gobierno de la Unión les debe un millón de dólares de uniformes. Al lado de la tienda abren un pequeño banco, que no tarda en tener sucursales (2) en Francfort (donde Henry y Abraham colocarán bonos de la Unión por valor de 200 millones de dólares), Londres, París, San Francisco (con Jesse, que se trasladará a Nueva York en 1857 y sucederá a su hermano en 1880) y en Nueva Orleans, donde el hijo de Joseph Isaac-Newton (1855-1917), vivirá desde 1876 a 1878, antes de casarse con Guta, hija de Salomon Loeb en 1883 y de dirigir la firma a la muerte de su tío Jesse en 1894. Con la tribu de los Seligman, una familia émula de los Rothschild ha nacido en las Américas. Con Abraham Lincoln, su influencia es muy grande en el banco nordista. Con el presidente Grant, será mayor todavía. Al igual que su hermano Jesse, Joseph cuenta con la confianza del general, al cual asesora financieramente. Al producirse el crack y el pánico del 21 de septiembre de 1873, declina el cargo de secretario del Tesoro que le es ofrecido, pero acepta dirigir, con el apoyo de los Rothschild, las operaciones de recapitalización de la firma Jay, Cooke y Cía, declarada en quiebra, y lleva a buen término la conversión del 28 de julio de 1874, que afectaba a 55 millones de dólares,

---

(2) Cuyas razones sociales son las siguientes: «Seligman und Stettheimer» (Francfort); «J. and W. Seligman» (Nueva York); «Seligman brothers» (Londres); «Seligman frères» (París); «Abraham Seligman and Cy», en San Francisco, que se fusionará con el «Anglo-Californian».

y otras cinco operaciones similares, escalonadas entre 1875 y 1879. Jesse se interesa por los ferrocarriles del Sur y del Sudeste, por el canal de Panamá, y figurará en 1891 entre los que avalan los fondos Hirsch. Isaac-Newton, simultáneamente con los negocios de ferrocarriles, se lanzará a los emprésitos en Venezuela, en la América central, en la América del sur y en el Oriente. Los Seligman figuran, pues, entre los máximos beneficiarios de la guerra.

¿Cruzada por la emancipación de los negros, o guerra de tarifas?

Una creciente oposición de intereses había alzado a los 11 estados del Sur contra los otros 22, del Norte y del Oeste, coaligados, y provocado el conflicto en 1860.

Después de la guerra de 1812 (la creación de las primeras fábricas en Waltham por Francis Lowell, de Boston), y sobre todo después de los años treinta, a medida que construye su red de comunicaciones, América se industrializa. Baldwin en 1832, Norris en 1834, Filadelfia, Paterson, Nueva York, Newark, Rochester, Pittsburg, ven nacer las plantas metalúrgicas, los talleres mecánicos, las fábricas textiles. Tras la puesta en servicio de la cosechadora Mac Cormick en 1831 y del arado de acero John Deere en 1837, la agricultura se mecaniza y los colonos del «Middle West» entran en la zona de influencia de Nueva Inglaterra y de los estados situados a orillas del Atlántico. En cambio, el desarrollo del cultivo del algodón, estimulado por los nuevos procedimientos de devanado, ha señalado la decadencia de los agricultores en beneficio de los plantadores de los grandes dominios, volviendo hacia la exportación los intereses del Sur. Proteccionistas los primeros, librecambistas los segundos. A propósito de las tarifas aduaneras, estalla el conflicto.

En tanto que el comercio exterior se restablece, que las exportaciones vuelven a subir de 6,9 millones en 1814 a 93,2 en 1818, para alcanzar 333,7 millones en 1860, y las importaciones, de 12,9 en 1814 a 147,1 en 1816, y que las construcciones navales siguen el movimiento (538.136 toneladas en 1831, 2.496.894 en 1862), las industrias de Nueva Inglaterra, ávidas de protección, no cesan de exigir el aumento de las tarifas, en 1816, en 1824, para llegar bajo la presión de los intereses laneros, a las «abominaciones» de la tarifa de 1828. Hasta el punto de que Carolina del Sur protesta y amenaza ya con la secesión (como había hecho antes que ella Nueva Inglaterra, hostil al conflicto con la madre patria en 1812). Un compromiso apacigua los ánimos en 1832-33, y se vuelve a las tarifas de 1824. Los demócratas controlan la Presidencia durante treinta y dos años, desde la elección de Jackson a la de Lincoln (1828 a 1860), el Tribunal Supremo durante veintidós años, y las inquietudes del Sur se calman. La reducción de la tasa de los derechos —específica hasta entonces— a una media «ad valorem» del 26,50 % por la tarifa William Walker (de Tennessee), el 30 de julio de 1846, seguida de una nueva baja del 5 % en 1857, y la ampliación de la lista de las importaciones libres le dan satisfacción, en parte.

Sin embargo, subsiste la diferencia a propósito de la esclavitud. Una enmienda a la Constitución, prohibiendo su introducción en los nuevos

estados del Oeste, presentada por David Wilmot en 1846, ha sido rechazada. Elegido presidente en 1848 (aunque sólo por 163 votos contra 123 de Lewis Cass, de Michigan), el general Zachary Taylor, vencedor de los mejicanos en Buena Vista, demócrata de Louisiana, concluye en 1850 un acuerdo con Henry Clay: California será un estado «libre»; en cambio, la esclavitud será tolerada en Utah (y Nevada), Nuevo Méjico y Arizona. Pero la prerrogativa concedida a la policía federal de perseguir a los fugitivos, a menudo acogidos por los estados del Norte, provoca incidentes en Boston en 1851 y 1854, y la propaganda antiesclavista encuentra alimento en el libro de Mrs. Harriet Beecher-Stove: «La cabaña del Tío Tom». A propuesta de Douglas, de Illinois, los colonos de Kansas y de Nebraska quedan en libertad para optar por uno u otro régimen (libertad o esclavitud) (23 de enero-30 de mayo de 1854). A pesar de la elección para la presidencia en 1852, por una enorme mayoría de 254 votos contra 42, de un demócrata del Norte, Franklin Pierce, de New Hampshire, la desaparición de los líderes inclinados a la conciliación y su sustitución por unos jefes intransigentes, Seward de Nueva York, Chase de Ohio y Charles Sumner de Massachusetts en el norte y Jefferson Davis de Mississippi en el sur, pone en presencia a unos adversarios cuyas relaciones se emponzoñan peligrosamente. Se llega a las manos en Nebraska, de 1855 a 1858. Por haber pronunciado en la discusión de los días 19-20 de mayo de 1856, en el Senado, un discurso particularmente virulento, Charles Sumner es apaleado brutalmente por su sobrino Butler, de Carolina del Sur. Los propios demócratas, cuyo candidato, James Buchanan, de Pennsylvania, ha sido elegido para la presidencia por 174 votos en 1856, se dividen a propósito de Kansas, donde la convención favorable a la esclavitud adoptada en Lecompton en septiembre de 1857 ha sido desautorizada por los electores a principios de enero de 1858. Prefiguración del «Ku-Klux-Klan», los «Know Nothing» mantienen en el país una peligrosa agitación, y en las elecciones de 1855 triunfan en nueve estados.

Así están las cosas cuando el abogado Abraham Lincoln, a pesar de un primer fracaso en Illinois contra el senador Douglas en 1858, triunfa en las elecciones para la presidencia, en diciembre de 1860, por 180 mandatos (aunque únicamente 1.866.452 votos populares) contra 123 (y 2.815.617 votos populares) de sus tres competidores. Aunque debilitado por la escisión de algunos elementos del Oeste, que buscan una salida a su comercio más bien hacia el Atlántico que hacia Nueva Orleans, el partido demócrata ha reunido no obstante 139.000 votos populares más que sus adversarios y conserva la mayoría en el Congreso. Aquella confusa situación política se convierte rápidamente en explosiva. Con la victoria republicana para la presidencia, el Sur ve desaparecer el último contrapeso a la hegemonía del Norte, el último obstáculo a aquel dominio de la plutocracia de Nueva Inglaterra, que cada día le oprime más, que le estrangula con una deuda de 300 millones de dólares (el conflicto provocará la liquidación de 6.000 firmas nordistas en 1861), que detenta el 90 % de la potencia industrial del país, que controla la marina y los ferrocarriles —a pesar de que los 237 millones necesarios para la construcción de las 9.500 millas de vías férreas locales hayan salido principalmente de sus propias arcas—, y que por consiguiente domina la comercialización y el transporte de sus productos. Aquella ruptura del equilibrio político significa a corto plazo la revisión del acuerdo aduanero de 1833, del que dependen sus salidas exteriores, del acuerdo sobre las tierras

de 1841 (entre nordistas, partidarios de ventas de pequeños lotes a precios elevados, y sudistas, favorables a la adjudicación de grandes dominios a bajo precio), y de los compromisos sobre los negros de 1850 y de 1854. Amenazado con verse relegado al rango de colonia de explotación, el Sur se subleva. Perjudicado en sus negocios, y especialmente en sus exportaciones de algodón por la crisis y el pánico de 1857, se vuelve resueltamente hacia sus clientes europeos, Inglaterra en cabeza, y cree poder contar con su apoyo para sostener su causa.

Secesión del Sur

Por iniciativa de Carolina del Sur, decidida a la secesión desde el 20 de diciembre de 1860, los representantes de siete estados disidentes, reunidos en Montgomery el 4 de febrero de 1861, forman una Confederación independiente, con Jefferson Davis y Hamilton Stephens como presidente y vicepresidente. Cuando el bombardeo del fuerte Sumter, que controla la entrada de la rada de Charleston (12-14 de abril de 1861), da la señal de la revuelta, y el general virginiano Robert E. Lee asume el mando de los Confederados, éstos, a los que se han unido otros cuatro estados, constituyen un bloque de unos 9,5 millones de habitantes (de ellos, cuatro millones de negros), sobre una población total de 31.443.000 (con 4,4 de negros). Decidido a imponer a toda costa la autoridad federal, Abraham Lincoln, que ha inaugurado sus funciones de presidente el 4 de marzo de 1861, y ha rechazado toda transacción, replica el 15 de abril movilizando a 75.000 milicianos para el 4 de julio. Naturalmente, como buen puritano, hábil en disfrazar de móviles de alta moral los intereses más sórdidos, da a la campaña la aureola de una cruzada contra la esclavitud y por la libertad de los negros.

Le tiene sin cuidado que los católicos de Maryland les admitan en sus iglesias, en tanto que sua amigos les rechacen de sus templos y de sus logias (3). Que el estado nordista de Illinois, por ejemplo, venda a los fugitivos hasta 1853, y a continuación les dé un plazo de diez días para que vayan a hacerse colgar a otra parte, en tanto que 262.000 esclavos han sido manumitidos por sus amos «colonialistas», y que muchos pobres blancos, víctimas del «sweating system», en las fábricas de Nueva Inglaterra, llevan una vida más miserable aún que muchos esclavos de las plantaciones. En las filas nordistas al menos, los negros, en número de 50.000 al principio y de más de 100.000 después, serán acogidos con los brazos abiertos... Y también, como buen puritano, hará enarbolar por su ejército una bandera que lleva inscrita una divisa en hebreo: «¡Dios está con nosotros!» En memoria de Cromwell, o en testimonio de reconocimiento a los financieros judíos, que le han apoyado sin reservas en su campaña electoral, los Seligman en cabeza,

(3) Una primera logia negra, creada en Boston en 1775 por el pastor metodista Prince Hall, fue reconocida en 1789 por la Gran Logia de Inglaterra. En 1842 se concedió una dispensa para una logia negra norteamericana de los «Odd Fellows» (ver más adelante). Una orden especial para los hombres y las mujeres de color, los «Good Samaritans» y las «Daughters of Samaria» fue fundada para ellos en 1847. Siguieron la «Grand United Orden of Galilean Fishermen» (Washington, 1851), los «United Brothers of Friendship and Sisters of the Misterious Ten» (Louisville, 1861; 100.000 en 1892); los «Knights and Daughters of Tabor» (Missouri, 1871), y los miembros de la «Independent Order of Twelve».

o su amigo Aaron Burr, «pionero de la democracia», o aquel Abraham Jones, de Quincy, primer Gran Maestre de las logias de Illinois, al cual nombrará «Postmaster general» (administrador general de Correos), o Abraham Kohn, de la alcaldía de Chicago, y tantos otros.

Un judío odiado: Judah Benjamín

La verdad obliga a decir que otros judíos poderosos, «sephardim» en su mayor parte, se encontraban con los sudistas, en primera fila Judah Philip Benjamin, cuyo juego parece bastante turbio. Nacido en las islas, en Santo Tomé, de padres establecidos más tarde en Charleston, ejerce en Nueva Orleans la profesión de abogado, prueba suerte y pierde su inversión en una plantación de caña de azúcar, accede al Senado en 1852, se interesa en la construcción de las líneas del «Jackson Railroad» y del «Illinois Central», y en el proyecto de perforación del istmo del Tehuantepec. Whig, adherido a los demócratas y a Buchanan, empuja a la secesión y se gana la confianza del presidente de la Confederación, Jefferson Davis, que le nombra «Attorney géneral» y comete la imprudencia de llamarle al secretariado de la Guerra el 17 de septiembre de 1861. Allí se distingue por su impericia, por su impotencia para dotar al ejército sudista de las armas y suministros indispensables. Se le imputa criminalmente la pérdida de la isla Roanoke, de los fuertes Henry y Donalson; Pollard le ataca, en el verano de 1862, le amenaza con una comisión de encuesta; entre los Confederados, es «the hated Jew», el judío odiado, detestado. Para evitarle complicaciones judiciales, Jefferson Davis, obcecado, le convierte en su secretario de Estado, en sustitución de R. M. T. Hunter. ¡En mala hora! Sus gestiones diplomáticas no tardan en reducir a su gobierno a un aislamiento casi completo. En enero de 1865, Kenner, al que ha enviado a Londres para ofrecer, «in extremis», la emancipación de los negros, a cambio del levantamiento del bloqueo y de la intervención británica, fracasa en su misión. Los representantes de la Confederación no le perdonan, ni sus concesiones, ni la insistencia con que recomienda el enrolamiento de los negros en el ejército sudista: el 13 de febrero de 1865, le obligan a dimitir con un voto de censura. (Cuando suene la hora de la derrota, huirá a las Islas y encontrará refugio en Inglaterra.)

Ventaja inicial de los Confederados

Sin embargo, los sudistas, con mejores mandos, mejor adiestrados, han conservado la ventaja mientras el equilibrio de las fuerzas no ha sido excesivamente desproporcionado en detrimento suyo. Con 150.000 hombres contra 186.000, han empezado bien la campaña. En el centro, donde las dos capitales, relativamente próximas a la línea de fuego, constituían unos objetivos de elección, Beauregard, con 15.000 hombres reforzados a tiempo por Johnston, ha hecho huir a la desbandada, en el Bull Run, el 21 de julio de 1861, a los 19.000 nordistas de Mac Clellan, que marchaban sobre Richmond: sólo la insuficiencia de su caballería y el obstáculo del Potomac han impedido a los Confederados explotar su éxito. Asustado, el gobierno de la Unión ha lanzado un empresito de 400 millones de dólares, ha pedido 500.000 voluntarios para una campaña de tres meses y ha reclutado una división «extran-

jera», mandada por Blenker, especie de «brigada internacional», de la que Klapka, que pretendía mandarla, ha sido expulsado, pero en la cual los sobrinos del príncipe de Joinville, el duque de Chartres y el conde de París, capitanes, confraternizan con Cluseret (el futuro «general» de la Comuna), que ostenta los galones de coronel, y más tarde, en 1865, con Clemenceau, médico. De modo que en 1862, 918.000 nordistas entran en línea contra 690.000 sudistas.

Más afortunados en el mar, los Federales han bloqueado los puertos de la costa atlántica ocupando las islas Hatteras (Carolina del Norte) en agosto de 1861; Port Royal (Carolina del Sur) el 7 de noviembre; Roanoke el 8 de febrero de 1862 y el fuerte Pulaski, delante de Savannah, el 11 de abril. En el sur, David Ferragut y su flotilla, que ocupa la desembocadura del Mississippi desde febrero, fuerza la barrera de los fuertes de San Felipe y Jackson (antes de que hayan podido botarse unos buques acorazados sudistas), del 18 al 23 de abril. Los 15.000 Confederados del general Lowell abandonan entonces Nueva Orleans, donde el general Butler desembarca el 25 de abril y hace su entrada el 1 de mayo, abucheado por el pueblo (hasta el punto de que amenaza con considerar como prostitutas a las mujeres sudistas desencadenadas). Remontando el río, los yanquis, batidos en julio por las defensas de Vicksburg (terminal de la vía férrea hacia Atlanta), no pueden tender la mano a su ejército del norte, que baja a su encuentro.

En el noroeste, en efecto, los cuatro estados fronterizos (entre ellos Kentucky, e incluso la parte occidental y montañosa de Virginia) han permanecido fieles a la Unión y los Confederados no han podido establecer en Ohio su línea de defensa. Aprovechándose de que los valles de Cumberland y de Tennessee se presentaban más bien como vías de penetración que como obstáculos, el general nordista Ulysses S. Grant (ex coronel de carrera, expulsado del ejército en 1854 por embriaguez), salido de Cairo, afluente del Ohio y del Mississippi, con una flotilla, se ha apoderado de los fuertes Henry y Donelson, situados en la frontera de Kentucky y Tennessee, el 15 de febrero de 1862. Rechazado inicialmente en Corinth con 45.000 hombres, el sudista Albert Johnston ha vuelto a la carga, en Shiloh, el 7 de abril de 1862 (en la orilla derecha del recodo del Tennessee), pero la llegada de su colega Buell ha salvado a Grant, cuyo ejército, aumentado a 90.000 hombres, ha alcanzado el 6 de junio Memphis (cabeza de puente hacia Knoxville). De modo que en el Oeste los Confederados no controlan más que un tramo del Mississippi, desde Port-Hudson hasta Vicksburg.

Entretanto, Mac Clellan ha preparado un nuevo ataque contra Richmond, siempre por mar. Tras un cañoneo de varias horas entre los dos acorazados «Monitor» y «Merrimac», el 9 de marzo, el buque sudista se ha visto obligado a regresar a Norfolk y 100.000 yanquis desembarcan en la península de Virginia (entre los estuarios de los ríos York y James). Un ejército de similar importancia trata de unirse a ellos por el valle del Shenandoah. Pero el sudista Stonewall Jackson, con 20.000 hombres, derrota a Blank en los Blue Ridge el 25 de mayo, obligando a los nordistas a prescindir de 50.000 hombres para cubrir Washington, y se une a su jefe Lee, a tiempo para librar a Mac Clellan, con 80.000 hombres contra 120.000, en «Fair Oaks», la batalla de los Siete Días» (26 de junio-2 de julio de 1862).

Llegados a cinco millas de Richmond, los Federales dan media vuelta y sufren, con su nuevo general Pope, otra derrota en el Bull Run (los días 29 y 30 de agosto). Lee cruza el Potomac el 6 de septiembre y trata de invadir Maryland, estado simpatizante, antes de las elecciones legislativas, pero sus medios son insuficientes y, para colmo de males, sus planos caen el 9 en manos del enemigo. Con 40.000 hombres contra 80.000, entabla una batalla indecisa y sangrienta (20.000 muertos y heridos) en el Antietam (afluente del Potomac), y se ve obligado a retirarse el 17 de septiembre de 1862.

Sin embargo, Mac Clellan no ha podido explotar su ventaja, y sus sucesores republicanos —tan fogosos como poco maniobreros— no son más afortunados en sus ataques frontales. Rechazado del Potomac y atrincherado en Fredericksburg, Burnside, con 120.C00 hombres, pierde 12.000, por 6.000 de un total de 80.000 del adversario, el 13 de diciembre de 1862. Joe Hocker resiste en Chancellorsville, del 2 al 4 de mayo de 1863, hasta el momento en que Jackson (muerto en la batalla) surge por su retaguardia y provoca su derrota. Lee aprovecha la ocasión para volver a cruzar el Potomac a mediados de junio y penetrar en Pennsylvania, en dirección a Harrisburg, a fin de apoyar, con aquella amenaza, las negociaciones que Alexander Stephens, vicepresidente de la Confederación, trata de entablar en Washington, a propósito de un intercambio de prisioneros. Pero los Federales pasan a su vez el río y, rechazados al principio delante de Gettysburg, el 1 de julio, oponen una resistencia encarnizada en la colina del cementerio a la metralla de 140 cañones y a los furiosos asaltos de los virginianos del general Pickett (3 de julio de 1863). Aquella vez, el nordista George Meade queda dueño del terreno. A un precio muy elevado: ha perdido 23.000 hombres de un total de 93.000. Pero Lee ha perdido 28.000 de un total de 70.000 y, para los sudistas, representa una pérdida irreparable. Aplicado por los dos bandos, en abril de 1862 por los Confederados y en marzo de 1863 por los Federales, el reclutamiento obligatorio, más efectivo en el sur, no ha hecho más que aumentar la desproporción de las fuerzas: en marzo de 1865 (a pesar de las numerosas deserciones), el norte contará con 990.000 hombres bajo las armas (de ellos cerca de 200.000 negros), contra sólo 175.000 sudistas.

Implacable invasión de los nordistas

Para estos últimos, el fracaso de Gettysburg va acompañado de una derrota cuyas consecuencias estratégicas son más graves todavía: la caída de Vicksburg en el Mississippi, donde Pemberton capitula con 30.000 hombres el 1 de julio de 1863. Renunciando a atacar la ciudad directamente por el este, Grant se ha decidido a pasar bajo los cañones de la fortaleza, el 3 de mayo, para desembarcar más al sur. Remontando hacia el nordeste, el 22 de mayo, consigue rodearla y obligarla a rendirse después de cuarenta y cuatro días de asedio. A consecuencia de lo cual, su lugarteniente Rosecrans, que había logrado desalojar al general Bragg de sus posiciones de Murfreesboro en el río Stone (31 de diciembre de 1862-2 de enero de 1863), siguiendo la vía férrea de Nashville, entra en Chattanooga, el 9 de septiembre de 1863, en tanto que su colega Burnside ocupa Knoxville, el 3 de septiembre. En el oeste, se abre una llaga en el flanco de la Confederación. Aprovechando la dispersión de las fuerzas enemigas, Bragg, tras una sangrienta batalla en

Chickamanga, los días 19 y 20 de septiembre (28.000 muertos y heridos), consigue encerrar a Rosecrans en Chattanooga, pero Grant, ascendido a teniente general (comandante en jefe) el 15 de noviembre de 1864, envía a Sherman a liberar la ciudad; el 25 de noviembre, los sudistas se retiran.

Entonces, los Estados confederados conocen los horrores de una invasión, en el curso de la cual aquella guerra fratricida reviste el carácter de una venganza bíblica. Partiendo de Chattanooga el 5 de mayo de 1864, Sherman obliga a Johnston a la retirada mediante una serie de desbordamientos sucesivos, en Dalton, en Resaca (14 de mayo), en Cassville, en el puerto de Allatoona; frenado en los montes Kenesaw, da un rodeo y se presenta el 5 de julio, con 60.000 hombres, delante de Atlanta, que el sudista Hood se ve obligado a abandonar el 1 de septiembre. Evacuada a la fuerza su población civil, el 11 de septiembre de 1864, la ciudad arde (de este modo sus industrias no harán más la competencia a las de Nueva Inglaterra), y unas columnas infernales extienden a todo Georgia aquellas destrucciones sistemáticas, vías férreas arrancadas, casas saqueadas e incendiadas, ganado sacrificado, tierra quemada. Sherman aplasta a Hood delante de Nashville el 16 de diciembre, y por doquier se reproducen las mismas escenas; en Savannah, donde incluso los fugitivos son despojados, el 18 de febrero de 1865, en Columbia (capital de Carolina del Sur), en Charleston. A finales de marzo, Sherman, reforzado con 100.000 hombres, se encuentra a 150 millas de Virginia, donde se decidirá la suerte del Sur.

Sesenta mil Confederados se enfrentan a los 120.000 hombres del Ejército del Potomac. Mediante sucesivas embestidas, Grant y Meade se esfuerzan en desbordar al adversario, con el apoyo de la flota, por la orilla del mar (batalla del Desierto, «Wilderness», 5-7 de mayo de 1864; de Spottsylvania, 8-12 de mayo; de Cold Harbor, 3 de junio). A una incursión del general Early, que lleva el pánico hasta Washington, el 11 de julio, Sheridan, encargado de perseguirle, replica devastando el valle del Shenandoa, en tanto que Payne, al que apodan ya «el verdugo de Kentucky», esparce el terror en Tennessee, donde amenaza con confiscar los bienes, con ahorcar y fusilar a las personas. Atrincherados en Richmond, los sudistas infligen aún severas pérdidas a los Federales (7.000 en una hora, el 3 de junio de 1864), pero, tras la explosión de una mina gigante, las defensas de Petersburg (arsenal de los Confederados y coraza de la capital) son perforadas el 2 de abril de 1865. Evacuada, Richmond arde a su vez. Reducido a 8.000 hombres armados y 20.000 apenas equipados, Lee trata en vano de romper el cerco y obtiene de Grant, en Appomatox, el 9 de abril, la capitulación con todos los honores de la guerra (los Confederados obtienen incluso el poder llevarse sus monturas personales). Olvidando sus propias atrocidades, Sherman concede al general Johnston el mantenimiento de las autoridades sudistas, condición inmediatamente desautorizada por su gobierno.

El sur ha perdido la partida. Todas sus esperanzas han quedado defraudadas. El algodón-rey no ha permitido, ni financiar la guerra, ni asegurarse en Europa las alianzas indispensables. Es cierto que ha suministrado la garantía para un empréstito de 15 millones de dólares, emitido por Erlanger a comienzos de 1863. Pero ha habido que colocar casi mil millones de bonos del Tesoro, cuya conversión en títulos al 4 %, a las dos terceras partes del

nominal se ha declarado obligatoria, el 17 de febrero de 1864. En esta fecha, los billetes no representan más que una vigésima parte de su valor. Y el bloqueo ha reducido las exportaciones de algodón, de 1862 a 1864, a la décima parte de su volumen anterior. El gobierno confederado se ha visto obligado a hacerse cargo de la fabricación de los armamentos y a procurarse a buen precio las armas, las municiones, los equipos traídos de contrabando de las Islas, de las Indias occidentales, especialmente de Nassau, capital de las Bahamas. Satisfecha de aquel tráfico que le reporta pingües beneficios, Inglaterra ha pretextado sus necesidades de trigo, provocadas por unas malas cosechas, para no moverse. Tal vez la retenían también unas influencias más secretas... En cuanto a Napoleón III, es incapaz de comprender que la partida tan mal entablada por él en Méjico se juega en realidad en Richmond. Su dentista norteamericano, el Dr. Evans, no experimenta ninguna dificultad para disuadirle de intervenir. Reducido así a sus solas fuerzas, el Sur sólo ha podido prolongar con su encarnizamiento una resistencia sin esperanza.

Sus pérdidas en vidas humanas alcanzan la cifra de 260.000. Las del Norte las de 300.000, sobre unos efectivos totales de dos millones y medio de combatientes. A fin de atraer a los negros a su causa, Lincoln ha proclamado el principio de la abolición de la esclavitud en abril de 1862 y ha hecho aprobar por el Senado, el 17 de julio de 1862, la emancipación de los esclavos... en casa de los demás, es decir, de los rebeldes, lo que no ha provocado ningún levantamiento en el sur. A continuación, el 23 de septiembre, ha prometido la emancipación de los del norte, mediante una indemnización a sus amos, para el 1 de enero de 1863; pero los electores no están de acuerdo con la medida y reducen la mayoría republicana a 20 votos en octubre-noviembre, concediendo a los demócratas de la Unión 75 escaños en vez de 44. Cuando en marzo de 1863 decreta el reclutamiento obligatorio, con facultad de rescate al precio de 300 dólares, se producen violentas reacciones, especialmente en Nueva York, donde el 13 de julio de 1863 numerosos irlandeses se dedican a robar y a ahorcar a los negros (hay que lamentar 1.200 muertos). Lincoln logra fortalecer su situación personal sometiéndose al formulismo de la elección presidencial en 1864 y eliminando, por 213 votos contra 21, a su competidor demócrata el general Mac Clellan, partidario de una paz negociada (que triunfa solamente en Nueva York ciudad, en New Jersey, Delaware y Kentucky). Entonces, la guerra sirve de pretexto para el establecimiento de una dictadura de hecho, que implica la suspensión del «habeas corpus», con su cortejo de tribunales de excepción, detenciones arbitrarias y restricciones a la libertad de prensa. «¡Sic semper tyrannis!», declama el actor John Wilkes Booth, saltando sobre el escenario antes de desaparecer entre bastidores, el 14 de abril de 1865, cuando en el teatro Ford de Washington acaba de herir mortalmente de un tiro de pistola al presidente Lincoln, que se encontraba en su palco, mientras otro simpatizante de los Confederados apuñala al secretario de Estado Seward, uno de los miembros más moderados del gabinete. El asesino pretende al mismo tiempo castigar al déspota, responsable de aquella guerra fatricida, y despejar el camino del vicepresidente Andrew Johnson, «pequeño blanco» de Tennessee, amigo de los «ricos», pero más preocupado por el futuro del Sur.

El Sur, colonia de explotación

Sobre los débiles hombros de aquel personaje gravita la pesada tarea de poner en pie las ruinas tan mostruosamente acumuladas y de liquidar una situación financiera difícil. Y, en primer lugar, ¿qué condiciones imponer para el retorno de los ex Estados confederados? ¿Hay que limitarse a exigir que una décima parte de los ciudadanos presten juramento, como había previsto Lincoln el 8 de diciembre de 1863? ¿O hay que excluir, como querría Johnson, a la vez a los negros y, en compensación, a las personas cuya fortuna sobrepase los 20.000 dólares? (¿por qué?). ¿O se exigirá, como proponía el proyecto de ley Wade-Davis de marzo de 1864, un mínimo del 50 % de los electores, la exclusión de las personalidades comprometidas, la abolición de la esclavitud y el repudio de las deudas de la Confederación? Esta última postura es la del Parlamento-fantoche, reducido a los representantes del norte, cuyo radicalismo y aspereza conducen a un conflicto directo con el presidente-suplente. Proclaman por la 13.ª enmienda (aprobada el 31 de enero y promulgada el 21 de diciembre de 1865) la libertad de los negros, salvo restricciones al derecho de reunión, pero cierran las puertas del Congreso a los delegados de Louisiana, de Arkansas y de Tennessee (a pesar de haber sido designados de acuerdo con las normas establecidas por Lincoln), se oponen a la reconstitución de Virginia y de los siete últimos estados del sur, y denuncian los «códigos negros» elaborados de agosto a octubre por aquellos estados para combatir el vagabundeo de los esclavos emancipados, los cuales, con la vana esperanza de que les distribuyan tierras, se niegan a reanudar el trabajo. Reunidos de nuevo en sesión el 4 de diciembre de 1865, nombran una comisión mixta de reconstrucción, compuesta de seis senadores y de nueve representantes, prorrogan los poderes de la «Oficina de los Liberados» (a pesar del veto de Johnson, el 19 de febrero de 1866), votan el principio de la igualdad civil de los negros (a pesar de un nuevo veto el 17 de marzo de 1866), adoptan la 14.ª enmienda (que precisa que sólo los negros que disfruten del derecho de voto figurarán para el cálculo de la representación de los estados), decretan la anulación de la deuda confederada (junio de 1866) y, dueños de la «máquina» del partido republicano, vencedores en las elecciones del otoño de 1866, que les aseguran más de las dos terceras partes de los escaños en las dos cámaras, por iniciativa de Thaddeus Stevens (de Pennsylvania) (4), de Charles Sumner y de Henry Wilson (de Massachusetts) (5), e inspirándose en el peor período de la dictadura de Cromwell, colocan a diez estados del sur bajo la bota de cinco mayores-generales («Reconstitución Act» del 2 de marzo de 1867), y conceden a los negros la igualdad política por medio de la 15.ª enmienda (marzo de 1869).

A finales del verano de 1868, siete estados son reintegrados a la Unión, pero Mississipi, Virginia y Tejas permanecerán sometidos a un régimen de excepción hasta marzo de 1870. A favor de la ocupación, enjambres de «carpetbaggers», de aventureros famélicos, asolan el país. Habrá que esperar a la ley de amnistía de mayo de 1872 y a la marcha de los últimos contingentes federales en 1876 para eliminar aquellas carroñas. Los grupos secretos

(4) Antiguo miembro de la «Anti-Masonic League».
(5) Afiliado temporalmente al movimiento «Know Nothing».

del «Ku-Klux-Klan», en su origen, se constituyen en la primavera de 1867 para combatir aquellas exacciones y poner un dique a la ola ascendente de los negros que, cuando el Ohio nordista niega aún el acceso a las urnas a sus 50.000 hombres de color, han obtenido la mayoría en Carolina del Sur tras violentos choques entre el K. K. K., los «Caballeros de la Camelia blanca» y las milicias del gobernador Holden (obligado a emprender la huida en noviembre de 1870). Disueltas por sí mismas a principios de 1869, las sociedades secretas del sur serán prohibidas por las leyes del 31 de mayo de 1869 y del 20 de abril de 1871. Pero, poco a poco, los demócratas recuperan el control de Tennessee en 1869, de Virginia en 1870 y de Georgia a finales de 1870. Poco a poco, también, la naturaleza recobra sus derechos; la prosperidad agrícola renace hacia 1880 para el trigo, el maíz, la fruta, los productos agrícolas escogidos... La producción de algodón —cinco millones de balas en 1860— alcanza los ocho millones en los años 1881-82. Pero la aristocracia de los plantadores está arruinada y los negros no ganan nada, por lo que renuncian incluso a votar, ya que los «pequeños blancos» les son mucho más hostiles que sus antiguos amos. En cuanto a los indios, rechazados varias veces, especialmente los Sioux y los Cheyennes, en 1862, 1876 y 1880, y relegados a unas «reservas» por el presidente Grant, no tardarán en ser despojados de una parte de sus tierras, so pretexto de estimular la colonización individual, por la ley Dawes de 1887.

Desbordado, pues, por los radicales en el asunto de la Reconstrucción del Sur, Andrew Johnson ha tenido que hacer frente, por otra parte, a la liquidación de los gastos de guerra, calculados en 1869 por el gobierno federal en 4.771 millones de dólares, más 2.000 de pensiones y 4.825 de daños. En septiembre de 1865, los empréstitos han aumentado la deuda pública hasta un total de 2.486 millones de dólares. Naturalmente, el primer gesto de los «yanquis» («John Cheese» en holandés) ha sido el de aumentar los derechos de aduana en un 25 %, aproximadamente: ¿no era acaso el primero de sus objetivos de guerra? Luego, aumentar las tasas al consumo, sobre los «derechos de aduana». A continuación, en el curso del segundo semestre de 1881, se habían pedido prestados 150 millones de dólares a los Bancos de Boston, de Nueva York y de Filadelfia. Como último recurso, se habían suspendido las liquidaciones de cuentas en especies y, mientras los bancos cerraban sus taquillas en el valle del Mississipi y se registraban 12.000 suspensiones de pagos durante el año 1862, se había tenido que recurrir a la plancha de acuñar billetes. El 25 de febrero de 1862 habían sido emitidos 150 millones de «greenbacks» —billetes de banco—; en total, se pondrán en circulación billetes por valor de 450 millones de dólares.

Secretario del Tesoro hasta junio de 1864, Salomon P. Chase, el más sectario de los miembros del gabinete Lincoln, se dedica a organizar Bancos nacionales. La «National Bank Act», del 25 de febrero de 1863, completada el 3 de junio de 1864, permite a los bancos que justifiquen un capital mínimo de 50.000 a 200.000 dólares, autorizados por el Controlador de la moneda (Comptroller of Currency), emitir billetes garantizados en un 90 % (luego en un 100 % en 1900) por unos valores públicos entregados a la Tesorería Federal. Tienen la obligación, además, de dedicar el 10 % de sus beneficios a la constitución de reservas, hasta equipararlas al 20 % del capital, y de confiar determinado porcentaje de sus depósitos a unos esta-

blecimientos más sólidos, de las dos categorías superiores a los «County Banks»: los «Reserve Cities» y los «Central City Banks». Completando aquellas medidas, la imposición de una tasa del 10 % sobre los billetes de banco de los Estados provoca la disminución de su volumen (1.562 en 1860, 247 en 1868).

Mac Culloch, secretario del Tesoro del presidente Grant, se compromete resueltamente en una política de deflación. En tanto que la decisión adoptada en 1868, de liquidar en oro las deudas de la Unión, favorece a los acreedores del Estado, el rescate sistemático de los empréstitos entraña la disminución de la circulación de billetes, de 433 millones a 356 en 1868, 339 en 1873 e incluso a 126, entre 1886 y 1890. El resultado es una tal carencia de medios de pago que en 1873 estalla una crisis. Preludio del restablecimiento de las liquidaciones en especies, y del patrón oro en 1879, la paridad oficial entre el oro y la plata ha tenido que ser aumentada a 1/16 en 1875, a fin de tomar en cuenta la baja de la plata.

Grant: el hombre de los Seligman, de las Logias y de los aprovechadores

El partido republicano en el poder se revela cada vez más como representante del gran capital.

Bestia negra de los radicales, Johnson ha sido obligado a ceder el puesto. En marzo de 1867, sus adversarios han recortado sus poderes, prohibiéndole destituir a funcionarios públicos sin el consentimiento del Senado y dar órdenes al ejército, excepto a través del general Grant, comandante en jefe. Y por haberse atrevido a destituir a su secretario de la Guerra, Edward Staunton, en agosto de 1867, le hacen comparecer ante el Senado, donde es absuelto por un solo voto de mayoría el 30 de marzo de 1868, y le obligan a dimitir.

Por 214 votos contra 80 del demócrata Seymour, de Nueva York, llevan entonces a la presidencia al general Grant. Este, francmasón sectario, participará en la «Kulturkampf» a su manera y aplicará estrictamente las consignas de la Orden. La Francmasonería, en la cual domina el rito de York de tres o siete grados, cuenta entonces en los Estados Unidos (hacia 1880) con unas 10.000 logias y alrededor de 454.000 miembros activos (los «hermanos» en general son tres veces más numerosos), así como con 135.000 dignatarios de los capítulos de «Royal Arch» y cerca de 100.000 «Templarios», dependientes de «campamentos» de influencia inglesa, fundados en Nueva York en 1851, y hasta entonces poco contaminados por las tendencias revolucionarias de sus homólogos franceses. Partidario convencido de la enseñanza laica, Grant, que sólo concederá a los católicos romanos ocho puestos de misioneros de un total de 72 (podían aspirar a 38), en el «Indian Territory», organizado en 1869-70, y que en un discurso pronunciado el 7 de diciembre de 1876 despotricará contra las exenciones de impuestos de que se benefician algunos religiosos, apoya con toda su influencia la acción de la «Order of the American Union», creada en 1867 para luchar contra el progreso del catolicismo en los Estados Unidos. Gracias a la creciente inmigración de

irlandeses, alemanes, italianos, polacos, etc., el número de católicos pasa en efecto de tres millones y medio en 1870 a 6.260.000 en 1880, para alcanzar los nueve millones en 1890. Siguiendo el ejemplo de sus parientes de Alemania, sus comunidades fundan pequeñas escuelas, luego institutos secundarios, a partir de 1885, y más tarde Universidades, en Georgetown, en Indiana (Notre-Dame), en Washington (Mary Caldwell) en 1889. Creada en 1882, por iniciativa del abate Michael Joseph Mac Gioney, la Orden de los «Knights of Columbus» —Caballeros de Colón— no tarda en agrupar a 230.000 miembros.

Pero, ante todo, el presidente Grant es el hombre de paja de la plutocracia nordista. Intimo amigo de los Seligman —recordemos que ofreció a Joseph, su consejero financiero y jefe de la tribu, el cargo de secretario del Tesoro, en el momento de la crisis (21 de septiembre de 1873)—, se ha apresurado a incluir a dos millonarios en su gabinete. Bajo su administración, en la que florecen los escándalos del «Tweed ring» de los politicastros, de los «bosses» de Nueva York, así mismo con los «rackets» del whisky de San Luis (1875), los que se han aprovechado de la guerra, que componen la «shoddy aristocracy», la aristocracia de pega, amasan su fortuna y se convierten en los reyes de la economía norteamericana. El primer Vanderbilt de la dinastía, que entonces tiene setenta años, Cornelius, se ha reservado la parte del león en las subvenciones de la Unión a las compañías de navegación —varios millones de dólares—, endosando al gobierno, con vistas al ataque a Nueva Orleans en 1862, unos buques de segunda mano, por el doble de su valor. Entre los jóvenes «lobos», John Pierpont Morgan, de veinticuatro años, trafica por mediación de un hombre de paja, Stevens, con carabinas anticuadas, que compra a 3,50 dólares la pieza y revende a 22. Futuro rey del acero, Andrew Carnegie, director-adjunto de Transportes (a los veintiséis años) en el ministerio de la Guerra de Washington, crea unas fábricas para suministrar raíles a su departamento (¡nunca se está bien servido como por uno mismo!). Por su parte, John D. Rockefeller, de veintidós años, socio al principio de una casa de corretaje, tiene la idea de controlar el «oro negro» que ha brotado por primera vez en la granja Drake, de Titusville (Pennsylvania), en 1859, montando unas refinerías, que permitirán a su *Standard Oil*, dueña del mercado, aumentar el precio del barril de 10 centavos a 20 dólares, con lo que sus beneficios (la exportación alcanzará 16 millones en 1865) ascenderán a 80.000 dólares al final del conflicto.

Los judíos alemanes —Guggenheim, Lazard—, dueños de la economía

Sólidamente establecidos en los Estados Unidos, y disponiendo de importantes capitales, los judíos, sobre todo los judíos alemanes, no son naturalmente los últimos en sacar partido de una coyuntura tan favorable. Hemos visto el caso de los Seligman. Tomemos otro ejemplo, el de los Guggenheim. El padre, Meyer (1828-1905), inmigrado de Suiza a los diecinueve años, vende cordones e importa brocados a partir de 1872, al tiempo que regenta una tienda de comestibles en Filadelfia, cuando se convierte en émulo de Carnegie lanzándose al refinado del cobre. En 1881 asocia a cuatro de sus

siete hijos a sus negocios, hace aprender la fundición a los tres más jóvenes (1887), compra acciones por valor de 80.000 dólares de la «Globe Smelter», en la que coloca a su sexto hijo al año siguiente, constituye con Edward R. Holden, de esta última firma, la «Philadelphia Smelting and Refining Cy», construye en Puebla (Colorado) un crisol de 1.250.000 dólares, se establece inmediatamente en Monterrey, donde sus actividades se extienden a la plata y al plomo. Con tanto éxito que, cuando la «American Smelting and Refining Cy» agrupa después de la crisis de 1893 a la mayor parte de sus competidores y, en 1899, a dieciocho de los mayores productores, sin él, hace frente, solo, a todos los demás y los somete a su control, en 1901, a base de dólares, invirtiendo 45 millones de dólares en acciones, ampliando su capital de 65 a 100 millones y comprando títulos por valor de otros seis millones. Su segundo hijo, Daniel (1865-1930), presidirá hasta 1919 los destinos del trust, que se convierte en una potencia internacional, dueña de la «Chile Copper» (1908-1911), de la «Utah Copper», con intereses en Alaska (1912), en los nitratos de Chile, el estaño de Bolivia, el oro del Yukon, los diamantes del Congo y de Angola, etcétera. Por su matrimonio con Florence Schloss, Daniel ha emparentado con una de las familias más rica de California.

En la estampida hacia el oro, en efecto, sus correligionarios han alcanzado a la vanguardia de los pioneros, hasta el punto de que California se ha convertido en una verdadera colonia judía. Al lado de los tres hermanos Lazard —cuya odisea es bien conocida: después de haber trasladado a San Francisco la firma que ha fundado con sus hermanos Simon, Lazare y luego Elie, el 1 de julio de 1843, en Nueva Orleans, Alexandre Lazard (nacido en 1822 de familia moselana) ha montado en París una oficina de importación-exportación (con un capital de poco más de un millón), que ha transformado en Banco (con un capital de 12 millones) el 1 de julio de 1876, con la colaboración de cuatro socios, sus hermanos Simon y Elie, su cuñado Alexandre Weil y su hermanastro David Cahn. Disponiendo, aparte de su sede norteamericana, trasladada a Nueva York, de una sucursal en Londres, la casa cuyo animador en Francia será David Weil (1871-1952), no tarda en especializarse en las transferencias internacionales—, dos inmigrados de Baviera conducen el pelotón de cabeza. Louis Sloss (1823-1902), llegado en 1845 a Kentucky, lanzado a la búsqueda del oro en septiembre de 1849, se ha asociado en un negocio de comestibles al por mayor en Sacramento (1850-1861) con Lewis Gerstle (1824-1902), que empezó siendo comerciante ambulante en Louisville (1845), trasladándose sucesivamente a Nueva Orleans en 1849 y a California en 1850, antes de interesarse por las minas de oro en Georgetown (El Dorado). Juntos, los dos compadres, establecidos como agentes comerciales en San Francisco en 1862, negocian los valores de minas de oro, se hacen admitir en la Bolsa en 1866, participan en la explotación de la plata en Nevada, adquieren derechos en Alaska, montan la «Alaska Commercial Cy» en 1870, se hacen atribuir el monopolio de las pesquerías por veinte años, mientras participan en los negocios de la «Union Iron Works» y trafican en lanas, en pieles y en inmuebles, a partir de 1873. Se han casado con dos hermanas, unas Greenebaum de Filadelfia, Sarah, casada con Sloss en 1855, y Hannah, unida a Gerstle. Por su parte, Adolf Sutro (1830-1898), ingeniero de minas, desembarcado en Baltimore en 1850, llegado a San Francisco en noviembre de 1851, se ha dedicado a la explotación de Nevada

y a la construcción del túnel de Comstock Lode, que ha costado 6,5 millones de dólares y nueve años de esfuerzos (1869-1878). Vuelto a la capital californiana en 1879, Sutro se convertirá en su alcalde en 1894. A su muerte poseía inmuebles por valor de tres millones de dólares. Entre los notables de la ciudad se encuentran también los Glazier, los Wormser. En Los Angeles, los Hellman y los Newmark labran su fortuna. Albert Priest, de Rhode Island, Alber Dyer, de Baltimore, están en las minas de oro con Benjamin Davidson, agente de Rothschild. En los Bancos, el «London, Paris and American» tiene como directores a Sig. Greenebaum y a R. Altschutz, el «Anglo-California» a N. Lilienthal, el «Nevada» a Ignatz Steinhart, etc.

La piratería de los ferrocarriles: Gould, Kuhn-Loeb

A escala del continente, en un tipo de actividad muy diferente, Maurice Friedländer reina sobre el comercio de los trigos. Otros, en fin —no menos señores—, los Gould, la banca Kuhn-Loeb, se han lanzado a fondo en la gran aventura de los ferrocarriles. Más que en ninguna otra parte, en efecto, en aquella tierra bendita de la especulación, la construcción de los ferrocarriles dio lugar a desvergonzados escándalos. En 1860 están abiertas a la circulación 30.625 millas de vías férreas; interrumpida por el conflicto, la colocación de vías se reanuda a un ritmo acelerado: 33.000 millas entre 1867 y 1873, hasta el punto de que la quiebra de Jay, Cooke y Cía., promotores del «Northern Pacific» (1864-1883) provoca en aquel año 1873 una grave crisis; la colaboración de Henry Vilar y de capitales alemanes (reunidos por los Seligman y los Rothschild) salva la situación. Para el «Great Northern», James J. Hill ha obtenido capitales canadienses (1878). Tras haberse inaugurado la primera línea intercontinental, el 10 de mayo de 1869, en Ogden (Utah), por Leland Stanford y Collis P. Huntington, cuatro (en 1890) y a no tardar seis vías se aprestan a enlazar el Atlántico con el Pacífico. Hemos visto anteriormente los apoyos que recibieron, en forma de subvenciones (variando de 16.000 a 48.000 dólares por milla) y de concesiones de terreno del Estado Federal, de los estados y de las ciudades. Gracias a esas aportaciones, la red se amplía rápidamente, cuenta con 93.261 millas de vías en 1880 y con 167.191 en 1890. La crisis financiera de abril de 1893, que afecta a 600 establecimientos bancarios y compañías que representan 48.000 millas de líneas (63.000 quilómetros a finales de año), frena aquel desarrollo hasta 1898. Luego continúa la progresión, para alcanzar 198.964 millas en 1900 y 263.821 en 1920.

Pero, ¡cuántas piraterías, abusos, tráficos, corrupciones de toda especie han marcado aquella empresa gigantesca! En la inmensa selva norteamericana, las grandes fieras se entregan a una lucha sin cuartel. Edna Faber ha descrito perfectamente la situación en su novela «Saratoga». Todos los medios son buenos para estrangular al adversario. Asaltos a mano armada, destrucción de material, amenazas contra las personas: piratería. Construcción de líneas inútiles, adjudicaciones sin apelar a la competencia, constitución de «pools», tarifas arbitrarias, explotación de los usuarios, realización de beneficios exorbitantes (de 40 a 50 millones de dólares por la «Union Pacific»): abusos. Ejemplo de tráfico: para cubrir 58 millones de dólares de gastos de establecimiento de sus líneas, la «Central Pacific» ingresa 120

millones. De corrupción: son innumerables. El Crédito mobiliario reparte acciones a los políticos influyentes (Oakes Ames y el vicepresidente, en 1872). En un año, la Compañía Erie distribuye 700.000 dólares en «propinas». De una deuda total de 7.500 millones de dólares en 1883, 2.000 representan acciones regaladas. En 1887, apenas el 30 % de las acciones reciben dividendos, menos del 50 % en 1890, el 58 % en 1918.

El extranjero, especialmente la Gran Bretaña, detenta en 1907 la cuarta parte de los capitales invertidos, y en 1914 la tercera parte. Con ocasión de la guerra mundial, los Estados Unidos anularon aquellas deudas, como reembolso de sus suministros y de sus créditos. En el interior del país, siete grupos controlan las dos terceras partes de la 228.000 millas de vías férreas que funcionan en 1906. Cornelius Vanderbilt, que ha realizado, en 1853, la fusión de once tramos (entre ellos el Nueva York-Buffalo), para constituir el «New York-Central», y ha tratado de burlar la prohibición de los «pools» creando unos «holdings» para la concentración de las acciones por la «Nothern Securities Cy», desde 1898 hasta 1904, es el rey de una red de 22.500 millas, en el norte. La «Pennsylvania Railroad» explota 20.000 en el oeste (Pittsburg, Fort Wayne, Chicago); John Pierpont Morgan, 18.000 en el sudesde (antes de controlar hasta 70.000); Jay Gould (1836-1892), con 17.000, comparte el dominio del valle del Mississippi con la Compañía de Rock Island, que posee 15.000 (en octubre de 1867, se ha aliado a Daniel Drew para defender a la Erie contra Vanderbilt; dueño de una fortuna de 25 millones, ha adquirido el control de la «Union Pacific» en 1874, luego el de la «Kansas» (1878) y de la «Denver Pacific» (1879), para revender la «Kansas» y conservar la «Missouri Pacific» (1890), el Tejas, el San Louis y el «International Great Northern»); Bill explota 21.000 millas en el noroeste, y el «Harriman System» —apoyado por la banca Kuhn-Loeb y por la «Standard Oil» de Rockefeller— unas líneas transcontinentales del centro y del sur.

Tentativas de organización sindical

Defensor del gran capital, el partido republicano, representado sucesivamente en la presidencia por Grant, reelegido (por 286 votos contra 66) en mayo de 1872, y por el general Rutherford Biccard Hayes (designado por las Cámaras, el 7 de noviembre de 1876, a pesar de que su adversario demócrata, Samuel Jones Tolden, ha obtenido la mayoría de los votos populares), desarrolla inexorablemente su política de deflación, cuyas consecuencias padecen duramente agricultores y obreros.

La inflación practicada durante la guerra civil y los años siguientes había provocado un alza de los precios sin precedente; los de los productos alimenticios se habían duplicado, los de los textiles cuadruplicado. El índice general, que se había disparado desde 100 a 220, de 1860 a 1865, descenderá, es cierto, a 140 en 1870 y a 92 en 1890. Pero los salarios —en aquel país nuevo en el que los artesanos están muy bien pagados—, valorados por término medio en dos chelines diarios de 1630 a 1776, en tres chelines y cuatro peniques en 1776, en 90 centavos en 1800, en 1,25 dólares entre 1818 y 1825 y en un máximo de dos dólares diarios para los obreros cualificados, han seguido un ritmo más lento, alcanzando el índice 170 en

1873, para retroceder a 140 en 1879 y subir de nuevo a 160 en 1890, por una jornada media de trabajo de once a doce horas en 1864 (diez horas en New Hampshire en 1847 y en otros seis estados durante los años 1850), y de diez en 1890. En conjunto, la evolución del salario real en los Estados Unidos queda reflejada en las cifras siguientes (comparadas con el índice de 1900 en Francia): 48 en 1830, 56 en 1840, 52 en 1850, 58 en 1860, 77 en 1870, 85 en 1880, 103 en 1890.

Deseosos de mantener su nivel de vida, los trabajadores norteamericanos se esfuerzan en agruparse. Ya habían intentado hacerlo varias veces. A finales del siglo XVIII, a raíz de unas huelgas (de marineros en Filadelfia en 1779, de zapateros en Nueva York en 1785, de impresores de Filadelfia en 1786 y de albañiles en 1791), habían visto la luz las primeras «Unions»: zapateros de Filadelfia (1794-99), impresores de Nueva York, respectivamente condenados por «coalición» en 1806 y 1815, y los mecánicos de Nueva York, de Albany y de Massachusetts habían fundado sociedades mutualistas. Aquellos tímidos ensayos de agrupación no sobrevivieron a la crisis de 1819-1822. En la estela de la seudodemocracia jacksoniana, cuando la mano de obra había pasado de 200.000 a dos millones entre 1820 y 1825, se vio renacer en 1827, en Filadelfia, una «Mechanics' Union of Trade Associations», que presta su apoyo a los carpinteros en huelga, mientras proliferan clubs y periódicos (68 en 1830) dedicados a la agitación política.

Así nació el «New-York Workingmen Party», animado por un mecánico extremista, Thomas Skidmore, el impresor fourierista George Henry Evans, Robert Dale Owen (hijo) y el escocés, radical a lo Bentham, Francis Wight, que reúne 6.000 votos de un total de 21.000 en las elecciones de 1829, pero cuyo rápido estallido, en diciembre, beneficia sobre todo a Ely Moore y a los demócratas de «Tammany Hall». En Pennsylvania y en Nueva Inglaterra, la «New England Association of Farmers, Mechanics and Workingmen», creada en 1832, sostenía el movimiento de carácter a la vez agrario y obrero. Sobrevinieron los desórdenes financieros, la inflación, el alza de los precios, y las Uniones se reconstituyeron en 1834, en forma de «General Trades Unions» en Nueva York, con Ely Moore, y de trece «Trades Council», agrupando alrededor de 300.000 afiliados, en 1836. Por primera vez, en 1842, la justicia de Massachusetts reconoce la legalidad de las uniones obreras. Pero la crisis de 1837 interrumpe su desarrollo. Sin embargo, George Henry Evans, que se había retirado al campo, vuelve a lanzar el movimiento agrario creando la «National Reform Association» en 1845, en tanto que en Filadelfia se constituye el 4 de julio del mismo año una «Union of Workers» y que los mecánicos se reagrupan a partir de 1853 en una «Order of United American Mechanics», cofradía de forma masónica, con una orden juvenil, «Junior», que reúne cinco veces más miembros que la primera (200.000 en total en 1885).

Al principio de la guerra civil, el mundo del trabajo había acogido bastante mal la «cruzada» de Lincoln. Reunidos en «National Workingmen's Convention» en Filadelfia, 34 dirigentes obreros adoptan el slogan: «Concesión, no Secesión» y se pronuncian a favor del compromiso Grittenden. Durante el conflicto, a ejemplo de la «Brotherhood of Locomotive Engineers» (Hermandad de los mecánicos de locomotoras), una decena de sindi-

catos nacionales vieron la luz entre 1863 y 1866, aumentando su número a 32 alrededor de 1870, y el de las Uniones de 79 a 270, agrupando unos 200.000 miembros. Un fundidor de Filadelfia, William H. Sylvis, simpatizante de la Internacional, trata de reunirlos, convocando a Baltimore, en 1866, un congreso en el que 77 delegados reclaman la jornada de ocho horas y la creacción de cooperativas de producción, pero también la suspensión de la inmigración china y la constitución de uniones separadas para los negros... ya que aquellos internacionalistas son ante todo nacionalistas... e incluso un poco racistas. Cinco congresos sucederán a aquella primera convención, pero el movimiento, transformado en «National Labor Reform Party», a pesar de la alianza con el partido agrario inflacionista, «greenback», y al igual que los «Knights of Saint Crispin», fundados por los zapateros de Milwaukie en 1865 (con 50.000 afiliados, que se dispersan en 1878), no logra sobrevivir a la crisis económica provocada por la deflación, que causa estragos desde 1873 hasta 1880. A fin de evitar la rarefacción de la mano de obra, consecuencia del reclutamiento obligatorio, los industriales de Nueva Inglaterra y los lugartenientes de Lincoln, Chase, Welles, Summer y Beecher, han tomado la precaución de estimular la inmigración. A este fin han creado, el 4 de julio de 1864, la «American emigrant Cy», que recluta obreros en ultramar, reteniendo sobre sus futuros salarios el coste de su pasaje; gracias a esas facilidades, 800.000 inmigrantes entraron en los Estados Unidos durante la guerra civil, reconstituyendo el «ejército de reserva» preconizado por Lassale. Terminada la guerra civil, aquella abundancia de brazos en el mercado del trabajo contribuye a obstaculizar la acción de los sindicatos.

Los «Caballeros del Trabajo»

Más afortunada que sus competidores, la «Noble and Holy Order of the Knights of Labor», que se esfuerza en agrupar a todos los trabajadores —cualificados o no—, resistirá los embates de la crisis. Ayudado por otros ocho obreros de la confección con él, Uria S. Stephens la ha fundado en Filadelfia, el 9 de diciembre de 1869. Baptista, «Odd Fellow» y simpatizante de la Internacional de Londres, Stephens es además masón, afiliado a los «Knights of Pythias», surgidos del «Arion Glee Club» de Washington en 1864, por iniciativa de Justus H. Rathbone, discípulos de los Pitagóricos (aquellos Caballeros, que se dicen «Caucasianos» y excluyen al principio a los judíos de sus filas, tienen entonces como gran-canciller a Joseph T. K. Plank; revestidos de brillanstes uniformes, desfilarán en Cincinnatti detrás de 28 charangas en 1888 y reunirán hasta 450.000 miembros en 1895). Así concebido por sus adeptos de sociedades paramasónicas (con un programa definido en Reading —Pennsylvania— en enero de 1878: jornada de ocho horas, arbitraje en caso de huelga, organización de cooperativas de producción), la Orden de los Caballeros del Trabajo sólo podía ser «secreta». Por desgracia, aquel defecto de constitución en el nacimiento limitó su desarrollo —su reclutamiento— al descartar a los católicos. En 1882, Stephens renunció. Asumida la dirección del movimiento por el irlandés Terence V. Powderly, mecánico, surgido del grupo de la «Industrial Brotherhood» (igualmente secreta, como los «Sovereigns of Industry», 1873-75), la «Improved Order of the Knights of Labor», así mejorada, se benefició del apoyo de

la alta jerarquía católica, de monseñor Gibbons, de monseñor Ireland y de diez arzobispos norteamericanos, de modo que sus efectivos, reducidos a 42.000 miembros, aumentaron a 52.000 en 1883, a 110.000 en 1885, para alcanzar su cota más alta en 1886: 729.000. Sus jefes no habían vacilado en lanzarse a la política: Stephens como candidato «greenback» en las elecciones del otoño de 1878, y su segundo presidente Powderly (lo sería hasta 1893) como alcalde de Scanton.

Descontento de los agricultores

En efecto, en el país aumenta la oposición al partido republicano y a las consecuencias de la deflación a ultranza. Aunque el general Hayes, presidente desde 1876, llama al ministerio del Interior a Carl Schurz, jefe de los Independientes, decididos a llevar a cabo una reforma de las costumbres administrativas y electorales, el partido inflacionista, llamado «greenback», obtiene un millón de votos en 1878, en tanto que una mayoría demócrata entra en las dos Cámaras. Los agricultores, cuyas deudas aumentan sin cesar, están hartos de ser explotados. Sin embargo, durante la guerra civil, la plutocracia de Nueva Inglaterra, deseosa de asegurarse aliados contra el Sur, ha tenido que hacer concesiones a los colonos del «Middle West». Cediendo a las reclamaciones de los pioneros, a pesar del veto opuesto por Buchanan a un primer proyecto presentado en 1860, Lincoln ha firmado el 20 de mayo de 1862 la «Homestead Act», que instaura la gratuidad de los repartos de tierras, a razón de 160 acres por familia, previa justificación de un período de residencia de cinco años. Pero el número de aquellas concesiones quedará limitado, hasta 1890, a 372.659 familias, o sea, la tercera parte de las peticiones formuladas (en total, desde 1862 hasta 1926, 1.391.128 familias se beneficiaron de aquella ley). Y los tráficos continúan bajo una nueva forma: los grupos de especuladores utilizan hombres de paja para procurarse terrenos a buen precio (de 1,25 a 2,30 dólares el acre)., a fin de revenderlos con un saneado beneficio.

Además, las concesiones de terrenos a los constructores de ferrocarriles sitúan a otra categoría de agricultores bajo la estrecha dependencia de aquellas compañías. Las subvenciones indirectas son importantes: del Estado Federal, 200 millones de acres (más tarde reducidos a 137), equivalentes a 64.623.000 dólares de títulos emitidos en segunda hipoteca, más 55 millones de acres de los estados y de las ciudades. Illinois ha sido uno de los primeros estados poblados, colonizados de aquel modo. Explotados por los especuladores, que les han vendido sus tierras a un precio alto con unos créditos demasiado limitados y con unos intereses exorbitantes (de 8 a 16 % en el oeste, en vez de 6 a 7 % en el este), explotados también por los fabricantes de conservas y por los traficantes de cereales, que almacenan y comercializan sus cosechas, castigados por unas tarifas de transporte excesivas y arbitrarias, abrumados por el peso de sus deudas constantemente agravado por la deflación, aquellos agricultores, cuando han pagado sus impuestos, quedan únicamente con lo imprescindible para subsistir.

Hartos de aquella situación, intentan también ellos agruparse, en el seno de la Orden de los «Patrons of Husbandry», fundada por O. H. Kelley y seis

compañeros en 1868, que llega a contar con 268.000 miembros en 1874, para bajar a 100.000 en 1889, o de la «National Farmers' Alliance», constituida en 1880 y absorbida más tarde por el «National People's Party». Y acercándose a asociaciones obreras para entablar una lucha común. Sobre un punto, el de las tarifas de transportes, la agituación de las logias o «granjas» de agricultores desembocará en la instauración de un control en Illinois en 1869-70, que se extenderá a Minnesota, Iowa y Wisconsin, pero la apelación de la reglamentación de principio, prevista por la ley Cleveland de 1887 sobre el «comercio entre los estados», se hará esperar hasta 1896. Pero, endeudados como están por la equivalencia del 30 al 50 % de sus ingresos, la suerte de los agricultores apenas mejorará hasta 1904-1905, y sobre todo gracias a las leyes —muy tardías para un país nuevo— de 1913-1916 sobre los préstamos hipotecarios, de 1923-33 sobre los préstamos a plazo medio, y de 1929 sobre las cooperativas agrícolas de compra y de venta.

En el terreno político, la oposición de los agricultores ha obligado no obstante al gobierno republicano a ponerse a la defensiva. Pasando por encima del veto presidencial, la ley Bland-Adison ha decretado, en 1878, en provecho del oeste y del sur, la libre acuñación de la plata, con un mínimo de dos millones y un máximo de cuatro por mes. Se acuñarán 378 millones de dólares, que contribuirán a paliar la escasez de medios de pago. Ante aquellas resistencias, la propia «máquina» republicana se divide. En la convención del 2 de junio de 1880, los duros o «stalwart» no logran imponer a los «halfbreed» o mestizos una nueva candidatura del general Grant y tienen que aceptar la de un «darkhorse», James Garfield, de Ohio. Elegido por 214 votos contra 155, pero con sólo el 48,3 % de los votos populares, contra el 48,23 de su adversario el general Hancock —partidario de la reforma administrativa reclamada por la «National Civie Service League», fundada en 1880, y de una tarifa moderada, puramente fiscal—, el infortunado presidente, víctima de un primer atentado, el 2 de julio de 1881, cae bajo las balas de un solicitante, el 19 de septiembre. En las elecciones siguientes, en 1884, los demócratas triunfan con Grover Cleveland, ex gobernador de Nueva York, elegido por 219 mandatos contra 182 de Blaine.

Los abusos del régimen son tan escandalosos —propinas exigidas a los candidatos a las funciones públicas, areas electorales alimentadas por toda clase de negociantes y de financieros—, que numerosos republicanos han votado al candidato demócrata. El Congreso, con mayoría demócrata desde 1882, adopta la ley Arthur, que instituye unas oposiciones para el reclutamiento de los funcionarios, y será ratificada al año siguiente, pero el presidente Cleveland entra en conflicto con el Senado, a propósito de la destitución de los agentes del Estado, en 1886, en el momento de la derogación de la ley de 1867 sobre la «tenure of office». Consigue aún hacer promulgar la «Interstate Commerce Act» de 1887, que instituye una comisión de vigilancia de los ferrocarriles, de cinco y luego de 11 miembros, pero cuando trata de introducir, a propuesta de Mills, una reducción del 7 al 8 % de la tarifa aduanera, la oposición del Senado y de los trusts nacientes hace fracasar la medida e impide su reelección, a pesar de 100.000 votos de mayoría popular, en beneficio de Benjamín Harrison, elegido por 233 mandatos contra 168, en 1888.

Durante todo aquel período el malestar ha persistido en los medios obreros. En el terreno mutualista, los trabajadores disponen de Hermandades de forma masónica, al estilo británico. En primera fila, los «Odd Fellows», traídos de Inglaterra a Baltimore por Thomas Wilday en 1819 (en su mayor parte tomados de la Biblia, los más altos grados se intitulan «Grand Sire», «Major General», «Patriarch», «Chief of Encampement», recuerdo de los Templarios y de los «Comuneros»); en número de 400.000 en los Estados Unidos en 1876, cuentan también con la Orden Femenina de las «Rebecas». Junto a ellos no tardan en aparecer la «Ancient Order of United Workmen», nacida en 1868 de una transformación por el padre «Upchurch», masón, de la «Supreme Mechanical Order of the Sun», de Meadville (que contará con casi medio millón de miembros en 1837), el «Royal Archanum», fundado por Darius Wilson en 1877 (que reunirá 180.000 «hermanos» diez años más tarde), y con los «Maccabees», con 184.000 afiliados en 1878.

Crisis de 1873. Motines en Chicago

Pero la crisis de 1873, con su secuela de cierre de empresas, ha aumentado notablemente el paro obrero y provocado disturbios. En Chicago, en Boston, en Cincinnati, en Omaha y sobre todo en Nueva York, donde el 13 de enero de 1874, en la Tompkins Square, la policía carga contra los manifestantes de la Internacional, entre los que se encuentra el joven Samuel Gompers, que en adelante se acordará de desconfiar de los extremistas. En diciembre de 1874, los mineros de Pennsylvania, conducidos por unos irlandeses pertenecientes a los «Hibernians» y a los «Molly Maguires», atacan a los detectives mercenarios que se oponen a su acción; una decena de ellos serán ahorcados por asesinato. Aunque la sección americana de la Internacional ha sido disuelta en 1876, en julio de 1877 la huelga de los ferroviarios, amenazados de una reducción de salarios, se extiende del este al oeste del Mississipi y se acompaña de las peores violencias: en Baltimore, la policía dispara causando 12 muertos y numerosos heridos; en Pittsburg, donde la milicia ha confraternizado al principio con los huelguistas, la tropa mata a 25 revoltosos; animados por miembros del «Workingsmen Party», el asunto se convierte en batalla campal, con saqueos, destrucciones e incendios; tienen que intervenir refuerzos para restablecer el orden. Es el «great upheaval», el gran cataclismo.

El movimiento tiene como animadores a unos escritores: Henry George, autor de la obra «Progress and Povertys» (1879), que ha sido candidato a la alcaldía de Nueva York, Edward Bellamy, padre del libro «Looking Backward» (Mirando atrás) en 1887, los intelectuales Abraham Cohen y el abogado Morris Hilquitt, dirigentes del grupo socialista judío «The Forward», en 1887. Efímeros partidos *obreros* ven la luz: el «Partido de reforma agraria», que presenta candidatos a las elecciones de 1872, antes de fusionarse con el movimiento «greenback» en 1878, el «Partido socialista obrero», lanzado por Daniel de Horn hacia 1880. Se trata de teóricos, de tendencia marxista. Unos refugiados anarquistas logran desbordarlos. Puros nihilistas, conducidos por Johan Most que, apenas llegado a los Estados Unidos en 1882, funda la «International Working People's Association», o «Internacional negra», no tarda en disponer de periódicos «The Alarm», versión ameri-

cana del «Kolokol»; «Die Freiheit» en Nueva York, y también «La Verdad», «La Sociedad Libre», «La Voz Obrera Libre», de 1889 a 1900), consigue controlar la «Central Labor Union» de Chicago y agrupa alrededor de 2.000 extremistas de origen alemán y polaco. En aquella atmósfera tensa, los conflictos sociales se multiplican: 485 huelgas en 1884, 685 en 1885 (una de ellas desencadenada en julio por el impetuoso Joseph Buchanan y sus ferroviarios contra Gould, pródiga en violencias y saldada con un fracaso) y 1572 en 1886. Aprovechando la campaña pro ocho horas prevista para el 1 de mayo de 1886, los anarquistas de Chicago transforman la manifestación de 58.000 huelguistas, el 1 de mayo, en algarada el 3 (la policía dispara) y en motín el 5, en que con ocasión de los funerales de las cuatro víctimas, bombas y tiroteo se replican, en la Haymarket Square: se producen siete muertos y 67 heridos, del lado de la policía, y cuatro muertos y más de 50 heridos, entre los revolucionarios. Cinco condenas a muerte y dos a cadena perpetua sancionan aquellos desórdenes.

Nacimiento de Sindicatos reformistas

Horrorizada por aquellos excesos —contra los cuales se esfuerza en luchar la aprobación de una ley de arbitraje en 1888—, la opinión pública se aparta de todas las organizaciones sospechosas de haber tomado parte en ellos. A pesar de la reticencia con que Powderly ha actuado en el conflicto, los «Knights of Labor» ven volatilizarse sus efectivos a ojos vista: de 729.000 en julio de 1886, pasan a ser 260.000 en 1888, 100.000 en 1890 y 75.000 en 1893. Organizadora oficial de la sangrienta jornada del 1 de mayo, la efímera «Federation of Organized Trade and Labor Unions» tiene que cambiar de piel. A raíz de una primera tentativa de federación, debida a la iniciativa de Abraham Cohen y de Morris Hilquitt, había surgido en Pittsburg en 1881 de unos contactos entre «Knights of Industry» y «Sindicato obrero unido», filial de los «Knights of Labor», y de un acercamiento entre la «International Cigar Makers' Union», reorganizada por Adolf Strasser, Ferdinand Laurrell y Samuel Gompers, y la «Brotherhood of Carpenters», dirigida por el irlandés Mac Guire; pero la hostilidad de las Unions contra los «Knights of Labor» y unas disputas a propósito del reclutamiento de sus afiliados respectivos provocaron la ruptura entre unos y otros, el 18 de mayo de 1886, en Filadelfia. Las Unions, abiertas únicamente a los obreros cualificados, decidieron entonces reconstituirse en Columbus (Ohio), el 8 de diciembre de 1886, bajo la forma de una «American Federation of Labor», decidida a mantenerse al margen de todos los partidos políticos. Bajo la prudente dirección de Samuel Gompers, judío holandés, nacido en Londres en 1850, obrero del tabaco, inmigrado en 1863, del minero John Mitchell (1870-1919) y de Adolfo Strasser, dispuesta a no sacrificar al mito revolucionario y al espejismo de la reforma de la sociedad los intereses prácticos de los trabajadores y la conquista de ventajas concretas, conoció al principio un crecimiento bastante lento: 150.000 miembros al nacer y 250.000 en 1892, pero que se aceleró rápidamente: 548.000 en 1900, dos millones en 1914, más de cuatro en 1920, nueve en 1951.

Creciente inmigración judía

El papel desempeñado por los judíos en la agitación social y revolucionaria en los Estados Unidos, en aquella época, no puede escapar al observador menos advertido. Corresponde a una tal afluencia de inmigrados procedentes de la Europa oriental, a partir de 1880, que la población judía, calculada entonces en unos 300.000 miembros, alcanzará un millón y medio en 1900 y casi cuatro millones en 1914. A pesar de la constricción de los controles de Ellis Island, 248.000 judíos se introducen en América en 1891 y 1892, entre ellos 118.000 de Rusia y 130.000 de Galitzia, Rumania, etc. Con la crisis industrial de 1893 el movimiento se hace más lento y el promedio de las entradas vuelve a ser de 30.000 por año desde 1893 hasta 1900. En tanto que el partido «Bilou» dirige a sus afiliados —con muy poco éxito— hacia Palestina en la primavera de 1882, los grupos formados por «Am Olam» (Pueblo Eterno) en Odesa, en Kiev, en Elisabethgrad, organizan el éxodo hacia América. A la llegada a Nueva York les acogen la «Hebrew Immigrant Aid Society», creada por Michael Heilprin, un judío polaco refugiado en los Estados Unidos después del fracaso de la revolución de 1848 en Hungría, y diversas asociaciones, las «United Hebrew Charities», que tienen muy mala reputación, ya que confían los recién llegados, que constituyen «down town» un verdadero ghetto, a unos fabricantes de prendas de vestir o de cigarros, que les explotan inicuamente, remunerando con la mitad o la tercera parte del salario normal las jornadas de doce a quince horas en unos talleres descritos por Morris Rosenfeld («Der Sweat Shop») con una fuerza de maldición que recuerda a los profetas Amos e Isaías («A Newvé»).

Alrededor de una tercera parte de los inmigrantes permanece en Nueva York. Otros se trasladan a los centros de Chicago, Boston o Filadelfia. Otros, finalmente, son encaminados hacia las colonias agrícolas comunistas que «Am Olam» pretende implantar en tierra americana. Aquellos «Kibbouzim», bautizados con los nombres de «Crémieux», «Montefiore», «Belén» o «Nueva Odesa», instalados en Louisiana, en Dakota y en Oregon, en los que tratan de cultivar cereales o explotar la madera, periclitan y desaparecen en dos años (1883-1885), a pesar del apoyo de Michael Heilprin. Mejor sostenidas por el barón Hirsch, tres colonias del mismo tipo, «Alliance», «Carmel» y «Rosenheim», establecidas en New Jersey en 1882, y sobre todo la de «Woodline», abierta en 1891, resisten más, porque se dedican también a trabajos de lencería. Discípulo de Leon Tolstoi, Jacob Gordine, de Elisabethgrad, contribuye activamente a aquellas experiencias, que se saldan con un fracaso, pero que son tanto más reveladoras de sus planes futuros de organización de la sociedad por cuanto son llevadas a la práctica por los dirigentes judíos en un país en el que sus correligionarios gozan de una libertad completa y de la igualdad de derechos más absoluta.

Pero la vocación revolucionaria está tan profundamente arraigada en los inmigrantes judíos, que apenas transcurrido el período de cinco años de residencia exigido para su naturalización, se lanzan abiertamente a la agitación política y sindical. En Nueva York, donde proliferan las sinagogas, que les reúnen por comunidad de origen, y donde su masa es suficiente para formar entre los dos partidos un «pico» útil, incluso para las elecciones presidenciales, poseen una docena de periódicos en yiddish antes de 1890.

Tienen también diarios en alemán, el «Jüdischer Tagblatt», la «Jüdische Zeitung», unos órganos socialistas, la «Arbeiter Zeitung» (1890-1902), «Der Vorwärts», desde 1897, una revista mensual, «Die Zukunft» (desde 1892 hasta 1897 y, de nuevo, a partir de 1902). Llegados directamente de Rusia o de Londres, a donde habían emigrado primeramente y reconstituido los grupos creados por Liebermann y Johann Most, Morris Wintchevski y Philipp Krans (Rornbro), Abraham Kahan, Lewis Miller (Bandès) y Abraham Liessine (Wald) son los redactores principales de aquellos periódicos.

Revancha demócrata y conflictos sociales

Llega una nueva crisis y la agitación social volverá a intensificarse. Y los Estados Unidos entran precisamente en un período de inestabilidad política, financiera y económica. Elegido en 1888, el republicano Benjamín Harrison registra un primer fracaso, dos años más tarde, con la elección de 225 demócratas contra 88 republicanos para la Cámara de Representantes, en espera de verse desbancar de la presidencia, en 1892, por su competidor Cleveland, designado por 277 mandatos contra 145 (en aquella ocasión, 37 estados adoptaron finalmente el sistema de escrutinio secreto australiano). Se ha visto obligado a echar lastre. En 1890, la ley Sherman, modificando la ley Bland-Adison de 1878, prescribe la compra de un mínimo de 4,5 millones de onzas de plata por mes como contrapartida a la emisión de billetes del Tesoro (155,9 millones de dólares en tres años), y la tarifa Mac Kinley compensa el aumento de los derechos de aduana sobre algunos artículos importantes mediante la abolición de las tasas sobre el café, el té, el azúcar, la melaza y los cueros (en 1893, con la tarifa Wilson, quedará exenta a su vez la lana). Pero he aquí que la situación financiera —aunque satisfactoria desde el punto de vista presupuestario desde hace algunos años (el presupuesto de 1885, de un modo especial, se había saldado con un superávit de ingresos de 400,5 millones de dólares)— se oscurece de repente. La pérdida de 68 millones de dólares de oro exportado, a consecuencia de un crack en la City de Londres, pone en peligro las reservas de oro norteamericanas, que disminuyen hasta quedar por debajo de los 100 millones el 22 de abril de 1893, por debajo de los 60 en noviembre, para caer a 41 millones en febrero de 1895. Para reconstituir el stock, Cleveland, que ha derogado demasiado tarde la ley Sherman, tiene que concluir diversos empréstitos (dos veces 50 millones en enero de 1894, y otra vez en noviembre) y recurrir a Morgan. En 1893, 600 establecimientos bancarios están en descubierto, así como unas compañías de ferrocarriles que controlan 48.000 kilómetros de vías, e incluso 63.000 a finales de año. Los agricultores pasan graves apuros ante la baja de los precios. El número de parados es de tres millones en 1894.

Naturalmente, surgen nuevos conflictos sociales. En la metalurgia primero, en Homestead (Pennsylvania), en la empresa Carnegie, a pesar de que hasta entonces este último se había mostrado poco hostil a las Unions. El 6 de julio de 1892, protestando contra una reducción de los salarios seguida de lock-out, los obreros intercambian disparos, desde las cuatro de la mañana hasta las cinco de la tarde, con 300 policías auxiliares contratados por la dirección, a los que obligan a rendirse esparciendo aceite inflamado alrededor de las barcazas a bordo de las cuales los desdichados trataban de escapar; tres policías y siete alborotadores encuentran la muerte en aquella

algarada. La milicia restablece el orden, el 12 de julio; gracias a la contrata de 2.000 «esquiroles», la huelga termina en noviembre; pero el director de la empresa ha sido asesinado el 23 de julio por el anarquista ruso Alexandre Berkman, amigo de la judía Emman Goldman. La unión de los metalúrgicos tardará cuarenta años en reponerse de aquel duro golpe. Del 21 de junio a finales de julio de 1893, los ferroviarios se declaran en huelga solidarizándose con los empleados de la Compañía Pullman, afectados en mayo por despidos (unos 3.000, de una plantilla de 5.800), y de reducciones de salarios, del 25 al 40 %, otros. Con la fuerza de sus 150.000 afiliados, la «American Railway Union» reacciona contra aquellas medidas. Eugene V. Debs, hijo de un tendero alsaciano de Indiana, secretario de la Hermandad de los Mecánicos de Locomotoras en 1878, ha abandonado sus funciones en 1892 para poner en pie el año siguiente aquella Unión general, agrupando al conjunto de la profesión. Poco después, en Chicago, se producen graves incidentes con 3.400 policías mercenarios, seguidos de destrucción de material, saqueos e incendios: Cleveland, pasando por encima de la opinión del gobernador, ha enviado tropas, del 2 al 20 de julio, para restablecer el orden, y ha hecho detener a Eugene Debs y a otros tres dirigentes, y luego a varios centenares de amotinados. Aquellos repetidos fracasos (que, a pesar de su prudencia, reducen los efectivos de la «American Federation of Labor» de casi un millón a 175.000 en 1897), incitan a los elementos avanzados, lo mismo agricultores que obreros de fábrica, a unirse con vistas a una acción común. Así nace en 1892 el «Populist Party», que reúne un millón de votos en las elecciones de aquel año. Cuatro años más tarde, los votos populares van al demócrata Jeannings Bryan, de Nebraska, partidario del bimetalismo.

Pero su adversario, William Mac Kinley, de Ohio, hostil a la acuñación de la plata, triunfa por 217 mandatos contra 176. Será relegido en 1900, por 292 mandatos contra 155. Disponiendo en el Senado de 46 escaños contra 34 y de 202 contra 130 en la Cámara de Representantes, los republicanos, que por otra parte se han vuelto más juiciosos, se instalan en el poder, permaneciendo en él hasta 1913. El descubrimiento y la explotación del oro del Klondyke, en agosto de 1896 y de Alaska en 1897, llega a punto para permitirles restablecer en 1900 el patrón oro, con constitución de una reserva de 150 millones de dólares, y de estabilizar el volumen de una circulación que en aquella época se compone de 346 millones de «greenbacks», 484 de «certificados», 76 de plata (monedas) y 331 de billetes de los bancos nacionales. La prosperidad renace, y no volverá a ser turbada hasta que se produzca una nueva crisis bancaria en 1907.

Expansionismo yanqui en el Caribe

Los Estados Unidos, cuya población de crecimiento ultrarrápido, de 38 millones y medio en 1870 a 65 y medio en 1890 y a 100 millones en 1914, ha permitido colonizar todo un continente, a través de un desarrollo económico algo caótico, salpicado de frecuentes crisis, se hallan en plena expansión.

Incluso más allá de sus fronteras donde, lanzados a la búsqueda de productos coloniales, de materias primas y de mercados, interpretan ahora

la doctrina de Monroe no sólo como una garantía ofrecida a la América Central y a la América del Sur contra las empresas europeas, sino también como un título para el establecimiento de su hegemonía exclusiva sobre el Nuevo Mundo.

Después de la derrota del general mejicano Santana en Cerro Gordo y de la anexión de Tejas, California, Nuevo Méjico, etc., consagrada por el tratado de Guadalupe Hidalgo, el 2 de febrero de 1848, la presión yanqui no ha dejado de hacerse sentir, lo mismo en la América Central que en el Mar Caribe. La idea de un canal transoceánico está en el aire. Una áspera rivalidad enfrenta en Nicaragua a los Estados Unidos y la Gran Bretaña, y opone a White, a Vanderbilt y a los hombres de negocios norteamericanos al más duro de los diplomáticos de Su Majestad, sir Henry Bulwer-Lytton, nuestro viejo conocido, embajador en Washington desde 1849 hasta octubre de 1851. En 1848, los británios ocupan el islote de San Juan, que domina en el Atlántico la posible desembocadura del canal, lo que fuerza la conclusión de un acuerdo Clayton-Bulwer en abril de 1850. Sin embargo, los yanquis replican unos años más tarde con una incursión de filibusteros contra la capital. Con el pretexto de apoyar al general Castellón, demócrata, William Walker se apodera de Granada y se proclama presidente de Nicaragua en julio de 1856. Entonces, los estados vecinos, Guatemala y Honduras, al norte, y Costa Rica, al sur, intervienen y le expulsan. El capitán norteamericano Davis le recoge; el comodoro Poulding le impide reincidir en diciembre de 1857, pero persiste en su empeño y desembarca en Honduras, donde es finalmente ejecutado en septiembre de 1858. En el intervalo, la república de Panamá se ha separado de Colombia en 1840: los norteamericanos se infiltran en ella, obtienen la libertad de tránsito en 1846 y la concesión de un ferrocarril en 1850. Así se plantan los jalones del futuro canal.

En cuanto al mar de las Antillas, los norteamericanos lo consideran como «Mare nostrum», sintiéndose llamados a él por un «destino manifiesto» (John Fiske, «Manifest Destiny»). La opulenta Cuba les atrae de un modo especial. En diversas ocasiones proponen comprarla: por instigación del senador Lévy, el 22 de diciembre de 1845, y el 15 de agosto de 1848, por mediación de Sanders. España hace oídos sordos, por lo que los yanquis apoyan las tentativas insurreccionales del venezolano Narciso López, el cual, partiendo de Nueva Orleans con un grupo de filibusteros, desembarca una primera vez en la isla el 19 de mayo de 1850 y, de nuevo, tras un primer fracaso, el 12 de agosto de 1851. Aquella descabellada aventura se salda con cincuenta ejecuciones, entre ellas la de López, en septiembre. Entonces, una demostración naval del comodoro Parker (14 de octubre-13 de noviembre) apoya a una intervención diplomática, repleta de consejos políticos a España (26 de septiembre de 1851). La Gran Bretaña ha apoyado aquella gestión; propone a Francia y a los Estados Unidos garantizar conjuntamente la eventual independencia de Cuba (25 de abril de 1852), pero, no queriendo atarse las manos, el norteamericano Fillmore rechaza la propuesta. Pierce, afiliado a la «Joven América» expansionista, encarga al senador Soulé de reanudar las conversaciones con vistas a la adquisición de la isla; a pesar de la negativa de Olózaga, el 18 de diciembre de 1854, Buchanan vuelve a la carga en 1858.

Lo mismo en España que en Cuba, una intensa acción masónica secunda aquella actividad diplomática. Reconstituidas en 1837, las logias de la isla, que han apoyado el levantamiento de López, se reorganizan bajo la autoridad del Supremo Consejo de Charleston y, pretextando el alejamiento de la metrópoli, constituyen en 1860 una obediencia independiente de las delegaciones locales de los dos Grandes Orientes (Gran Oriente de España y Gran Oriente Nacional de España), la Gran Logia unida de Colón y de la isla de Cuba, que reúne, bajo la autoridad del Gran Comendador don Juan Ignacio Zuazo y del Gran Maestre don Antonio Govin, 76 talleres y 4.000 miembros en 1876, y hasta 166 logias en 1883 (de ellas, 80 en La Habana, 26 en Santiago, otras tantas en Matanzas, 20 en Santa Clara, en Puerto Príncipe, y otras cuatro en Puerto Rico). Desvelando poco a poco sus designios, la secta reúne fondos para comprar la complicidad de los políticos españoles en favor de la venta a los Estados Unidos (el general Prim ha sido objeto de una gestión en agosto de 1868), y prepara cuidadosamente el movimiento independentista, que, animado por ella, no tarda en renacer con nuevos bríos.

Un compromiso, sugerido en 1865 por el conde de Pozos Dulces, masón, a base de una integración que habría otorgado a la isla el estatuto de provincia española, fue rechazado imprudentemente por la Metrópoli. Céspedes aprovechó la primera ocasión para lanzar, el 10 de octubre de 1868, el «Grito de Yara», el llamamiento a la revuelta. Le fue suministrada muy oportunamente por la defección de las tropas gubernamentales en el puente de Alcolea, el 28 de septiembre, la caída del régimen isabelino y la anarquía política que, una vez más, neutralizaría a España en el exterior hasta 1874. (No olvidemos que el Gran Oriente Ibérico —adherido también al Supremo Consejo de Charleston, ¿simple coincidencia?— agrupa en aquella época, de un total de 399 logias en España y ultramar, 162 talleres y 30 capítulos de Rosa-Cruz, bajo la maza del Gran Maestre Práxedes Mateo Sagasta.) Reunida en Camagüey en 1869, una asamblea decreta la liberación de los esclavos y proclama la independencia. Siguen diez años de guerra.

Elegido presidente el 10 de abril de 1869. Céspedes y su «Junta Revolucionaria de Cuba y Puerto Rico» se benefician del apoyo de los países aliados ya contra España el 13 de enero de 1866, Ecuador, Bolivia, Perú y Chile (a favor de los cuales una intervención norteamericana ha alejado de Callao, el 2 de mayo de 1866, a la escudra española del almirante Méndez Núñez), y naturalmente de los norteamericanos, que reclutan voluntarios, proporcionan un jefe a los insurgentes, Thomas Jordan, estimulan la revuelta por boca del presidente Grant, en sus mensajes de los días 6 de diciembre de 1869 y 13 de junio de 1870, ejercen vanas presiones sobre los jefes del gobierno de Madrid (el general Prim, Silvela y Becerra), provocan incidentes a raíz de la captura del vapor *Virginius* (31 de octubre de 1873), que transportaba armas y a cuatro jefes rebeldes, que serán ejecutados el 16 de noviembre. Pero, en torno a Cisneros Betancourt, que sucede a Céspedes, muerto en 1873, se hace el vacío; la mayoría de los dirigentes revolucionarios desaparecen y, restablecido el orden en España por la intervención del general Pavía y Lacy, el 3 de enero de 1874, el general Martínez Campos, que ha proclamado rey a Alfonso XII, el 29 de diciembre de 1874, consigue concluir con los rebeldes Luaces y Rodríguez, en febrero de 1878, el

acuerdo del Zanjon, que concede la libertad a los esclavos y abre la puerta de las Cortes a los representantes cubanos.

¿Significará esto la paz? Por desgracia, las ambicione norteamericanas siguen en pie. La importancia de los intereses en juego lo justifica: 50 millones de dólares invertidos en las minas, los ferrocarriles, las plantaciones de tabaco y de caña de azúcar; 100 millones de dólares de intercambios comerciales anuales. Estimulada por los Estados Unidos, la minoría separatista, reformada en 1892 por el poeta José Martí y por Máximo Gómez, con la ayuda de cubanos nacionalizados norteamericanos, responde a las reformas votadas el 13 de febrero de 1895 con un nuevo llamamiento a la revuelta («Grito de Baire», 24 de febrero de 1895, y manifiesto de Montecristo), e intenta unos desembarcos en varios puntos de la isla. Dándose cuenta de la gravedad del conflicto, Cánovas del Castillo envía a Cuba, el 17 de abril, al general Martínez Campos con unos refuerzos que aumentan los efectivos de su ejército de 14.000 a 126.000 hombres, y apoya el general Weyler, que desde enero de 1896 ejerce una represión enérgica aunque tardía y se esfuerza en reagrupar bajo su protección a los campesinos no contaminados por los rebeldes. ¿Harán retroceder los voluntarios a la insurrección? Entonces interviene la diplomacia norteamericana: el 10 de agosto de 1896, el embajador Taylor amenaza al gobierno de Madrid con una ruptura de relaciones; el presidente Cleveland lanza una oferta de autonomía (4 de abril de 1896); y, a pesar de la concesión de ciertas reformas por las autoridades españolas, el Senado de Washington reconoce a los rebeldes como beligerantes y, por boca de Morgan, protesta contra la crueldad de la represión (26 de junio de 1897).

Theodore Roosevelt, ayudado en Cuba por la Francmosonería española

Elegido en 1896, por 271 mandatos contra 176 de William Jennings Bryan, demócrata de Nebraska, William Mac Kinley, republicano de Ohio, entregado a los expansionistas, cuya prensa se ha desencadenado contra España, los Theodore Roosevelt, Henry Cabot Lodge, John Hay y otros, endurece todavía más la actitud de los Estados Unidos. Decidido como está a llegar a los extremos que hagan falta, las concesiones del ex Gran Maestre del Gran Oriente Ibérico (vasallo del Supremo Consejo de Charleston), don Práxedes Mateo Sagasta, llamado a la presidencia del Consejo —después de la muerte, muy oportuna, de Cánovas del Castillo, asesinado por un anarquista el 20 de agosto de 1897— la destitución en septiembre del general Weyler, la concesión de la autonomía (27 de noviembre de 1897) y la constitución de un gobierno cubano el 1 de enero de 1898, por importantes que sean, no podrían detenerle. Por el contrario, el menor incidente es bueno (12 de enero de 1898) para movilizar la flota de los Estados Unidos y colocar a la regente en la disyuntiva de escoger entre la cesión de Cuba por 300 millones de dólares, o la guerra, en febrero, mientras el embajador Woodford ejerce una vigorosa presión sobre el más «comprensivo» de los miembros del gabinete de Madrid, don Segismundo Moret (hermano «Cobden»).

A pesar de la inutilidad de los esfuerzos de León XIII y de las potencias para moderar las exigencias norteamericanas, a pesar también de la debili-

dad de los medios de que dispone, y sobre todo de lo anticuado de su flota, España rechaza con dignidad el ultimátum del 20 de abril de 1898, tras la sospechosa explosión sobre una mina submarina del «Maine» (15 de febrero), un buque enviado a La Habana, donde había sido asaltada una imprenta autonomista, el 5 de enero. Es sabido lo que ocurrió a continuación: el bombardeo de Matanzar, en la costa norte, el 27 de abril, por la flota del almirante Simpson, la destrucción de la escuadra del almirante Cervera, bloqueada en La Habana desde el 19 de mayo, cuando intenta una salida, el 3 de junio, el desembarco de 16.000 yanquis, del 14 al 24 de junio (entre los 200.000 voluntarios reclutados para reforzar a los 28.000 soldados del ejército norteamericano, los judíos que habían constituido una «legión» y formaban la mayoría del regimiento de infantería de Nueva York, se distinguieron por su ardor en vengarse de aquella España que les había expulsado cuatro siglos antes), y la capitulación de Santiago, el 16 de julio de 1898.

En el Pacífico: intervención en las Filipinas

Avidos de extraer el mayor provecho de aquella guerra sin gloria, expulsando a España de todos los océanos para ocupar sus últimas grandes posesiones de ultramar, los Estados Unidos han extendido el conflicto al Pacífico. En las islas Hawai, donde el comodoro Perry ha efectuado ya una demostración en 1854, han obtenido en 1875 la libertad de importación del azúcar y el compromiso de no tratar con ninguna otra potencia, y luego, en 1884, la cesión en arriendo de la rada de Pearl Harbor. En enero-febrero de 1893, a raíz de un conflicto constitucional, han intervenido directamente y han hecho deponer a la reina. Ahora, Mac Kinley se dispone a anexionarse el archipiélago (7 de julio de 1898) y, a no tardar, la isla de Wade. Para la ocupación de las islas Samoa han tenido que consentir un reparto, un condominio con Alemania y la Gran Bretaña (14 de junio de 1889). Gracias a la guerra contra España, las Filipinas quedan al alcance de su mano. El comodoro Dewey penetra en la bahía de Manila, destruye la escuadra española del almirante Montojo, el 1 de mayo, y se apodera del arsenal de Cavite, el 12 de agosto. Al día siguiente, los norteamericanos, secundados por los «tagalos» de Aguinaldo (expulsado a Singapur, después del fracaso de un primer levantamiento alrededor de Cavite, en septiembre de 1896, de acuerdo con el pacto concluido en Biacnabato, el 23 de diciembre de 1897, y transportado en sus calas por los yanquis, el 25 de mayo de 1898), ocupan la capital. Unicamente Alemania, que presta asimismo su apoyo a los Boers del presidente Krüger contra Inglaterra en Africa del Sur, pretende dificultar la operación enviando al campo de operaciones la escuadra del almirante Diedrich, pero Dewey no se deja intimidar.

Obligados a abandonar Cuba, los españoles consienten en negociar. A pesar de las campañas violentamente hostiles de la «jauría americana» de París, Sagasta acepta los buenos oficios de Francia y, mientras los yanquis se apresuran a ocupar Puerto Rico, el 25 de julio, el embajador Cambon, el 26, realiza unas gestiones en Washington que desembocan, el 12 de agosto, en la renuncia por parte de España a sus derechos sobre Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam (el resto de las Marianas y las Carolinas eran

cedidas a Alemania por 25 millones de marcos), mediante la entrega de una indemnización de 20 millones de dólares (preliminares de Washington confirmados por el tratado de París del 10 de diciembre de 1898). Tal es el precio de un siglo de penetración masónica, de divisiones intestinas cuidadosamente alimentadas por las intrigas anglosajonas, y de anarquía interior. ¿Han ganado, al menos, su independencia los Estados hispanizados, surgidos del estallido del Imperio?

Todavía no. De momento, no han hecho más que cambiar de ocupante. Y cuando, más tarde, les sea concedida cierta autonomía, más nominal que real, quedarán sometidos a un estrecho vasallaje económico y financiero. Aguinaldo fue el primero en experimentarlo en las Filipinas. En septiembre de 1898 había constituido un gobierno provisional, e inmediatamente después de firmarse el tratado de París, en enero de 1899, proclamó la República y trató de expulsar a los norteamericanos, asaltados en Manila el 4 de febrero. La réplica fue inmediata y contundente: los yanquis desembarcaron 70.000 hombres que se apoderaron de Malolos, centro de resistencia de los insurgentes, en marzo de 1899. No por ello dejó de actuar la guerrilla y, a pesar de la captura de Aguinaldo en marzo de 1901, continuó en torno a Miguel Malvar hasta abril de 1902. Pero las Filipinas no obtuvieron su independencia hasta el año 1916.

Entretanto, Cuba permanecía ocupada por las tropas del general Brooke, cuyo sucesor Wood organizó unas elecciones, hizo adoptar una Constitución (1901) y confió el poder al presidente Estrada Palmer, el 20 de mayo de 1902, no sin que antes el Senado de «Washington hubiese votado la enmienda Platt (12 de junio de 1901), que establecía un verdadero protectorado sobre el país, prohibiendo al nuevo Estado la conclusión de acuerdos y la concesión de bases a toda potencia extranjera, a excepción de los Estados Unidos, que obtenían en arriendo Guantánamo y la isla de Pinos, y se reservaban el derecho de intervenir de nuevo, en caso necesario, para mantener el orden en la isla. Lo cual hicieron desde 1906 hasta 1908, para apoyar a su protegido, cuya elección (a pesar de la concesión de un préstamo de 35 millones de dólares) había provocado las vehementes protestas de los liberales. Menos afortunado aún, Puerto Rico (aunque exenta de derechos de aduana hasta que se rebajó la tarifa Payne Aldrich de 1909) permaneció bajo la bota de los gobernadores hasta 1947, fecha en la que un elegido local, Muñoz Marín, asumió aquel cargo, en tanto que se reconocía a los habitantes de la isla la ciudadanía norteamericana.

Dueños de Panamá, los Estados Unidos, comanditarios y gendarmes de la América Central...

El impetuoso Theodore Roosevelt, ex subsecretario de Estado en la Marina (6), coronel de caballería en la guerra hispano-norteamericana, vicepre-

(6) Fiel discípulo del almirante Mahan, doctrinario del imperialismo y de la thalassocracia, autor en 1890 de la obra «The Influence of Sea Power upon History» (La influencia del poder marítimo sobre la Historia), que dotará a los Estados Unidos de una red de bases navales y llevará a su flota, de la sexta posición en aquella fecha, con 122.000 toneladas (detrás de la Gran

sidente y sucesor de Mac Kinley —mortalmente herido el 6 de septiembre de 1904 por el anarquista polaco León Gzolgozcz—, elegido presidente titular en 1904, superando ampliamente en su corolario la doctrina de Monroe, había proclamado en efecto el deber de los Estados Unidos de intervenir —con el «big stick» en la mano— en los estados americanos presa del desorden o manifiestamente incapaces de gobernarse. Tal era, probablemente, el caso de Santo Domingo, donde, a pesar del fracaso de las conversaciones entabladas por el general Grant con el presidente Báez con vistas a la cesión del país, los yanquis habían logrado después de 1870 eliminar a sus competidores holandeses y asegurarse el monopolio de las inversiones, fundando la «Santo Domingo Improvement Cy». Sin embargo, a pesar de la buena voluntad de un dictador de nombre prometedor, «Heureux», reemplazado en 1903 por un político más reacio, Wos y Gil, aquellos deudores pagaban mal. La Banca «Kuhn, Loeb» se impacientó y exigió que la deuda de Santo Domingo, por un importe de 20 millones de dólares, quedara garantizada por una incautación de las aduanas. Roosevelt no podía negarle nada. Sin embargo, el asunto se demoró. Inútilmente, el general Morales se apoderó del Estado en 1904: los jefes de los diversos bandos se destrozaban entre ellos hasta el punto de que el arzobispo tuvo que asumir el poder (de diciembre de 1912 a marzo de 1913) y de que los norteamericanos, tras haber intentado sostener a Henríquez y Carbajal, se decidieron a ocupar la isla, de 1916 a 1922. En junio de 1915, la parte occidental, Haití, había corrido la misma suerte: a raíz del asesinato del presidente Guillaume en el curso de un motín, la flota U. S. A. se había presentado delante de Puerto Príncipe; en septiembre de 1916; la República negra tuvo que poner sus aduanas como garantía de un empréstito muy oneroso, contraído en 1912.

En una cuestión de importancia estratégica tan primordial como la perforación del canal de Panamá, Roosevelt no podía evidentemente manifestar menos energía que en la defensa de aquellos vulgares intereses financieros. Descartada la compañía francesa de Lesseps a consecuencia del escándalo que ya hemos comentado, quedaba por levantar la hipoteca británica sobre el control común de un eventual canal, impuesta por el acuerdo Clayton-Bulwer de 1850. La convención Hayes-Pauncefote (18 de noviembre de 1901) se encargó de ello. En presencia de una Colombia previamente debilitada por una insurrección liberal, mantenida durante tres años, de 1899 a 1902, el general Uribe y Uribe, a costa de 30.000 pérdidas humanas, el fogoso presidente actuó sin contemplaciones. Un primer acuerdo para la concesión en préstamo del canal por un período de cien años, mediante la entrega de una indemnización de 100 millones de dólares y de una renta anual de 250.000, negociado por Colombia en enero de 1903, había tropezado en agosto con una negativa de ratificación del Parlamento de Bogotá: el 3 de noviembre, un levantamiento se encargó, bajo protección norteamericana, de expulsar de Panamá a las autoridades colombianas y de constituir el 18 un gobierno «independiente», que se apresuró a enviar a Washington al ingeniero de la Sociedad Francesa del canal, Bunau-Varilla, para negociar allí con Hay la venta de una franja de terreno de diez millas de anchura, llamada «zona del

---

Bretaña con 802.000, Francia con 515.000, Rusia con 246.000, Italia con 203.000 y Alemania con 188.000), a la segunda, en 1907, con 611.000 toneladas, y a la tercera en 1911 con 773.000 (detrás de Alemania, cuya flota había alcanzado las 837.000).

canal». Agradecidos, los Estados Unidos «avalaron» al nuevo estado, el 26 de febrero de 1904. Después de haber rescatado los derechos de la Compañía francesa (de la cual habían eliminado a Bonnardel, el 30 de diciembre de 1899) en abril de 1904, gastaron a su vez 500 millones de dólares para terminar los trabajos de aquella vía de agua interoceánica (29 de junio de 1906-3 de agosto de 1914).

Entratanto, el dólar, en plena expansión (las inversiones en el extranjero habían pasado de 500 millones de dólares en 1900 a 2.500 en 1913), se disponía a dominar el conjunto del nuevo hemisferio. En el propio Canadá, las inversiones yanquis alcanzaron 189,7 millones de dólares en 1897, 697,2 en 1908, 867,2 en 1914, y superaron a las británicas en 1920. En Cuba y en las Antillas, las cifras correspondientes a las mismas fechas son: 49,225 y 336 millones. En Méjico, 200,672 y 836 millones de dólares. En el resto de la América Central: 21, 41 y 93. Y, en América del Sur: 129,7 y 365,7 millones de dólares. Estimulada por James Blaine, secretario de Estado de Harrison (1889-1892), aquella política había encontrado su expresión en los Congresos panamericanos. Agrupando diecinueve Estados, el primero de aquellos Congresos, reunido durante el invierno 1889-90, había discutido la creación de una unión aduanera y monetaria, con establecimiento de una oficina central, la estandarización, los transportes y la construcción de un ferrocarril intercontinental. Siguieron otras reuniones en Méjico en 1901-1902, en Río de Janeiro en 1906, en Buenos Aires en 1910, en Santiago de Chile en 1923, en La Habana en 1928-29.

Aquella penetración económica, cada vez más profunda, iba acompañada desdichadamente de una descarada injerencia en la política de los estados. En Méjico, Porfirio Díaz, rodeado de intelectuales positivistas, impone su autoridad al país desde 1876 hasta 1911 (excepto un intervalo de 1880 a 1884). Laico convencido, severo en lo que respecta a la Iglesia, manifiesta en cambio una tolerancia hacia las compañías norteamericanas e inglesas que, dueñas de las minas de plata de San Luis de Potosí desde 1890, le conceden nuevos préstamos en 1904, pero apetecen las riquezas petrolíferas de la nación. Una serie de levantamientos en las provincias (20 de noviembre de 1910) le obligan a embarcarse en mayo de 1911. Sus sucesores, Reyes y Francisco Madero, que ha restablecido la constitución liberal de 1857 y aceptado la reforma agraria, mueren asesinados (febrero de 1913). Por medio de una demostración naval y de la ocupación de Veracruz, del 15 de julio a noviembre de 1914, los yanquis obligan al general Huerta a dimitir. Pero he aquí que el general Carranza, que les ha apoyado en la convención de Teolocuyan, en febrero, mientras Doroteo Arango (Pancho Villa) dirigía una revuelta en el norte, y al que han reconocido en octubre de 1915, a pesar de que decreta la separación de la Iglesia y el Estado, se vuelve contra ellos, inicia la reforma agraria, estimula la creación de sindicatos y —crimen imperdonable— reivindica para el Estado la propiedad del subsuelo (Constitución de 1917). En mayo de 1916, las tropas del general Pershing penetran en Méjico, pero Pancho Villa las rechaza. Y aunque Carranza cae víctima de un asesino el 21 de mayo de 1920, su sucesor Obregón persiste en denegarle al secretario de Estado Hughes la retirada de aquel absurdo artículo 27. En espera de que las persecuciones religiosas se intensigiquen bajo Calles (1924-1928), de que Obregón sea asesinado por un católico y que, a fin de

cuentas, el general Cárdenas decrete la nacionalización de los petróleos en 1937-1938.

En cuanto a los otros estados de la América central, constituyen el dominio reservado que un autor ha llamado el «Banana Empire» de la «United Fruit Cy» y de las compañías inglesas. En Guatemala, desde 1898 a 1920, el abogado Estrada Cabrera ha gobernado un poco a la manera de Porfirio Díaz, aunque velando, al mismo tiempo que por los de la City y los de Wall Street, por los intereses alemanes. En Nicaragua, donde Santos Zelaya se empeñaba en resistir, los yanquis desembarcaron en 1911 —para defender los intereses de los Bancos «Brown Brothers» y «J. y W. Seligman»—, instalaron a su candidato, Adolfo Díaz, empleado de la Bluefield de la luz, le sostuvieron con préstamos de 15 y luego 3,5 millones de dólares, pero, a cambio, el acuerdo Chamarro-Bryand, concluido en 1914, les reconoció el derecho de abrir un canal en el istmo, previo acuerdo con los ingleses. Sandino, con la ayuda mejicana, organizó unas guerrillas contra ellos, por lo que un cuerpo expedicionario yanqui ocupó el país, del 2 de mayo de 1927 al 2 de enero de 1933 (Sandino murió el 20 de febrero de 1934, a manos del jefe de la guardia nacional, Somoza, que posteriormente asumió el poder en dos ocasiones). San Salvador se mostró más dócil (aunque el general Hernández Martínez, a instancia de la «United Fruit», hará fusilar a varios millares de jornaleros rebeldes en 1932). Pero, en Honduras, Dávila ha caído en 1911 (al mismo tiempo que Zelaya, de Nicaragua), ante un levantamiento organizado por Bonilla, con la colaboración de los «filibusteros» norteamericanos Samuel Dreben, Guy Molony y Lee Chistmas y, en 1924, las tropas yanquis desembarcan para ejercer un control aduanero, como garantía del pago de la deuda. Finalmente, en Costa Rica, donde el dictador Tomás Guardi (1870-1882), así como Rafael Iglesias (1894-1902), han recurrido a los créditos británicos para la construcción de las vías férreas, las plantaciones de café y de plátanos (1872), los norteamericanos, gracias a González Viquez, conquistan un puesto, especialmente en los petróleos, a partir de 1906, y en los empréstitos emitidos bajo la segunda presidencia de Ricardo Giménez (1924-1928).

... y de la América del Sur

La misma presión financiera yanqui, aunque apoyada por unas intervenciones menos deliberadas y menos frecuentes, se ejerce en la América del Sur. Especialmente en Venezuela. A su regreso del exilio en los Estados Unidos (1 de septiembre de 1861), Páez se había visto descartado por los federalistas, en la convención de Coche, en mayo de 1863, en el momento en que preparaba un empréstito de un millón de libras esterlinas en Londres. Más tarde, Guzmán Blanco, presidente varias veces, de abril de 1870 a 1887, se había dedicado sobre todo a secularizar el país, hasta el momento en que un conflicto con Inglaterra le había alejado del poder, conflicto a propósito de la Guayana. Resuelto aquel problema, Crespo (1892-1898) trató de sustraerse a la influencia británica, contratando un empréstito de 50 millones de bolívares en Alemania.

En el Brasil, Souza, barón de Macrá, criado por el inglés Richard Carruther, había fundado un Banco en 1851, apelando a los elementos de la

City para el desarrollo industrial y ferroviario de aquel inmenso país. Abolida la esclavitud por la «Ley áurea», por iniciativa de Rio Branco (que había regresado en 1871), establecido el sufragio universal (1881) y proclamada la República por el mariscal De Fonseca y Benjamin Constant, el 15 de noviembre de 1888, las reformas laicas habituales, inspiradas en la Kulturkampf, habían intervenido. Y la preponderancia económica de Inglaterra había sido consolidada por Campos Salles que, antes de asumir el poder, desde 1892 a 1902, se había dirigido a Londres para concertar allí las medidas financieras a adoptar. Hubo que esperar al golpe de estado nacionalista de 1931 para que Getulio Vargas y su gobierno de tendencia integralista y fascista se atreviera a resistir a las pretensiones del presidente Coolidge.

En Bolivia, donde Simón Patiño reina en solitario sobre el estaño, las concesiones hechas por Saavedra (elegido en 1921) sobre los petróleos a los norteamericanos, a cambio de un oneroso empréstito, en 1924, chocan con la oposición del ejército que, a raíz de la guerra del Chaco (1932), lleva a Busch al poder, en 1937. Por haberse atrevido a nacionalizar el oro negro, aquel presidente demasiado independiente cae, misteriosamente asesinado, en agosto de 1939.

En el Perú, donde aparte un intermedio Billinghurst, de 1912 a 1914, la dictadura militar de Leguía se ha impuesto por dos veces, de 1909 a 1912 y de 1919 a 1930, la influencia inglesa de la «Peruvian Corporation», antigua ya, se ejerce principalmente sobre los ferrocarriles. A consecuencia de unos empréstitos contraídos en Londres por el coronel Balta (1867 a 1872) —12 millones de libras en 1870, 17 en 1872, más 22 de la deuda—, el general Cáceres, incapaz de reembolsar una deuda que asciende a 51 millones de libras esterlinas, se ve obligado en 1880 a entregar las vías férreas como garantía a la compañía, durante sesenta y seis años, y a comprometerse a entregar dos millones de toneladas de guano por año y 80.000 libras por espacio de treinta años. Sin embargo, también allí el capitalismo norteamericano se ha reservado su parte.

Lo mismo puede decirse de Chile, aunque el almirante Jorge Montt, presidente (que gestionó varios empréstitos en Londres por mediación de los Rothschild), tratara de limitar la injerencia de los Estados Unidos, constituyendo el grupo A. B. C. (Argentina, Brasil, Chile) para el arbitraje de los conflictos entre estados sudamericanos.

Sin embargo, la intervención del presidente Garfield y del secretario de Estado Blaine fue la que condujo a la firma de la paz de Ancon (20 de octubre de 1883) y puso fin a la guerra de los nitratos, que enfrentaba a Chile con Bolivia, apoyada por el Perú. Más tarde, a favor de la dictadura del coronel Ibáñez (1925 a 1931) el capitalismo norteamericano consiguió destronar en Chile a su competidor británico. En cuanto a la Argentina, por boca del ministro Luis Drago, bajo la última presidencia del general Roca (1898-1902), había opuesto desde hacía mucho tiempo a las pretensiones norteamericanas el principio de que las intervenciones extranjeras, so pretexto de cobranza de deudas, debían ser prohibidas entre las naciones. Elegido en 1916, el radical Irigoyen no vaciló en nacionalizar los petróleos.

Sin embargo, numerosos lazos ataban al país a Inglaterra, principal cliente para la exportación de la carne; elegido en 1932, el general Justo los reforzó todavía más con unos acuerdos sobre los transportes.

Así, pues, las dos potencias anglosajonas, sin dejar de competir entre ellas, se repartían tranquilamente la explotación de América Central y América del Sur, después de haberse servido de la Francmasonería, durante un siglo, para expulsar de ellas a España.

* * *

Su entente no había tardado en extenderse a otros campos de acción, especialmente a Africa del Sur, donde financieros británicos y yanquis —judíos alemanes en su mayor parte— colaboraron estrechamente para despojar a los Boers. Insensiblemente, a partir de aquella otra guerra sin gloria, digno equivalente de la de Cuba, que señala a la vez el apogeo y el comienzo de la desintegración del Imperio británico, se opera la transferencia de poder; la transmisión del cetro de la finanza de Londres a Nueva York (anunciada por Carlos Marx antes de su muerte en 1883), coronando el largo periplo cuyas sucesivas etapas habían sido Constantinopla, Venecia y Amsterdam.

En los albores del siglo XX, en el momento en que los Estados Unidos se disponen a asumir responsabilidades mundiales, resulta curioso comprobar que las primeras intervenciones diplomáticas oficiales en la vieja Europa se han producido en favor de los judíos, y también que han sido precedidas, desde los años 1840, por numerosas iniciativas judías tomadas en América pero de alcance universal, tales como la creación de los B'nai B'rith (1843), la constitución de la Alianza Israelita Universal (1865), el lanzamiento de la Internacional (al menos de la segunda, si no de la primera) y de las campañas para el 1 de mayo, fiesta del Trabajo, para la reivindicación de la jornada de ocho horas, etc.

Cada vez más en los años siguientes, ¿no será Nueva York la nueva Jerusalén?

CAPITULO XXVIII

LA PELEA DE LAS RAZAS, SUICIDIO DE EUROPA

Israel, como todo el mundo sabe, se enorgullece del privilegio de dotar periódicamente a la humanidad de profetas que la guían por la senda del progreso.

¡Demos gracias al Señor —bendito sea su Nombre—, reverenciemos su poder y temamos su cólera! Ya que hemos sido colmados. ¿Quién se ha atrevido a calificar de «estúpido» al siglo XIX? Nos ha dado a Carlos Marx, filósofo de la Revolución (1818-1883), a James Darmesteter, padre del judeo-cristianismo (1849-1894) y a Henry Pereira Mendes, anunciador de guerras infernales (1854-1937).

En los últimos años de ese «gran siglo» de la era victoriana, en efecto, aquel ilustre descendiente de una familia aliada a Aaron López, jefe de la comunidad sefardita en los Estados Unidos, publicó dos obras susceptibles de otorgarle aquel título. «England and America, the dream of peace» (1897), amplio fresco de aquella paz anglosajona que iba a dominar por algún tiempo, todavía, la política mundial, y una segunda, en 1899, «Looking ahead» —Mirando hacia adelante—, inquietantes visiones del futuro que, según Levinger, «anticipated with astonishing clarity and detail the world war which crashed on the nations some fifteen years later, as well as the resultant opening up of Palestine for the Jews», es decir, que «preveían con una claridad y una precisión asombrosas la guerra mundial que estalló sobre las naciones quince años más tarde, así como la apertura de Palestina a los judíos, que fue su resultado».

Fuese adivino o «Sabio», hay que admirar su singular presciencia.

Dueña de los mares, Inglaterra impone su dominio a favor de las guerras europeas

El largo reinado de la reina Victoria (20 de junio de 1837-22 de enero de 1901) conoce el apogeo de la potencia inglesa. Emula de la «thalassocracia»

púnica, Inglaterra, despertada a las empresas marítimas y coloniales por el pacto concluido entre Cromwell y Manassé ben Israel (1655) y, por ese hecho, heredera de una parte de las posesiones hispano-portuguesas y rival afortunada de Holanda, ha logrado, aprovechando los conflictos continentales que neutralizan a sus principales adversarias, Francia y España, implantar en las encrucijadas de todos los océanos sus escalas y sus almacenes, para constituir finalmente el más poblado y el más rico de los imperios de la tierra.

Las opulentas plantaciones de las «islas» de las Indias occidentales formaron el núcleo central de aquel inmenso dominio; la Barbados (ocupada de 1625 a 1627), Jamaica (conquistada de 1655 a 1660), anexionada por el tratado de Madrid de 1670), el archipiélago de las Bahamas (disputado entre filibusteros desde 1629 a 1648, controlado hacia 1671, organizado entre 1718 y 1728), y algunos establecimientos a orillas del continente en la Guayana (1627-1652, reconstituidos en 1732, amenazados en diversas ocasiones por la vecina colonia de Surinam [holandesa], definitivamente asentados en 1796 y transformados en colonia en 1831), y en Honduras (donde unas factorías instaladas en 1638 recibieron el estatuto de colonia de la corona en 1862). Aquellas posesiones de las Antillas, las guerras de la Revolución y del Imperio permitieron a Inglaterra extenderlas a Trinidad (capturada a España en 1797 y cedida por el tratado de Amiens de 1802), a la Dominica (1805), San Cristóbal, Santa Lucía (1809) y Tobago, anexionadas en virtud del tratado de París de 1814.

En el intervalo, en la América del Norte, la cruzada orangista contra Luis XIV había entregado a los británicos, por el tratado de Utrecht de 1713, los establecimientos de Terranova, de la bahía de Hudson y de la Acadia, y la guerra de los Siete Años, por el tratado de París de 1763, el primer imperio colonial de Francia, es decir, el Canadá, que no tardaría en organizarse en cuatro colonias distintas, Nueva Brunswick, Nueva Escocia, alto y bajo Canadá, pobladas mayoritariamente por escoceses, a excepción de Quebec, y dotadas en 1791 de asambleas elegidas. Mientras que en Asia, la «East India Company» eliminaba casi totalmente a su competidora francesa del «continente» hindú.

Y aprovechando la ocasión suministrada por las guerras europeas, la Gran Bretaña había logrado, por medio de una serie de actos de bandidaje, asegurarse toda una red de bases, necesaria para enlazar entre ellas sus posesiones de ultramar y controlar las grandes rutas oceánicas. En el Mediterráneo, se había incrustado en la roca de Gibraltar, después de la partida en 1711 de las tropas holandesas, desembarcadas el 3 de agosto de 1704 con las suyas, so pretexto de apoyar la candidatura al trono del archiduque Carlos de Austria contra Felipe V, y el tratado de Utrecht de 1713 no había conseguido desalojarla de allí. En Malta, aprovechando una rebelión desencadenada el 2 de septiembre de 1798, había ocupado la isla el 9 de febrero de 1799 y, antes de evacuarla, de acuerdo con el compromiso adquirido por el tratado de Amiens de 1802, había preferido reanudar las hostilidades y esperar la caída del Corso, de modo que el tratado de París de 1814 le había dejado dueña del lugar. Corfú y las islas Jónicas, en las que habían desembarcado tropas en 1809-1810 y en 1814, corrieron la misma suerte, en virtud

de los tratados de Viena de 1815 (en espera de ser devueltas a Grecia por Gladstone el 29 de marzo de 1864). En el otro extremo de Europa, a las puertas del Báltico, despojó a Dinamarca en 1807 de la isla de Heligoland (cedida por el tratado de París de 1814).

Jalonando la ruta de las Indias, sus puestos se escalonan a lo largo de Africa: el antiguo establecimiento de Gambia (1660, confirmado por el tratado de Utrecht de 1713), Sierra Leona (ocupada entre 1787 y 1791, ofrecida a los negros como una tierra libre, de ahí el nombre de su capital, Freetown; colonia en 1808), la isla de Santa Elena (utilizada como escala a partir de 1659-1661 por la «East India Cy») y su dependencia, la isla de la Ascensión (que recibe una guarnición en 1815, a raíz del internamiento de Napoleón), la ciudad de El Cabo (objeto de diversas tentativas infortunadas desde 1795 a 1803, capturada en 1806 por el general Beresford, antes de su lamentable aventura de Buenos Aires), y la isla Mauricio (antigua isla Borbón ocupada en 1810, anexionada en virtud del tratado de París en 1814). En el Océano Indico, Inglaterra ha expulsado a Holanda de Ceilán en 1795 (y por el tratado de Amiens de 1802). En el Pacífico, ha conquistado los puntos de apoyo de Penang y de Singapur, que controlan los Estrechos de la península malaya (respectivamente en 1785-86 y en 1818) y los ha reunido en 1826. En Oceanía, ha establecido presidios en la Australia meridional y oriental, de 1787-88 a 1853, y en Tasmania, de 1804-06 a 1813. Así, cuando la joven reina Victoria se sienta en el trono, Gran Bretaña rodea ya al mundo con el círculo de sus bases.

De todas aquellas posesiones, únicamente las antiguas colonias francesas, Canadá y la India, son objeto de una ocupación territorial prolongada. En tanto que España, la de los «conquistadores», heredera de la tradición romana, ha fundado un Imperio imponiendo su fe, su administración y su idioma a los autóctonos; los británicos, émulos de Tiro y de Cartago, marinos y comerciantes ante todo, al servicio de la City, se interesan más por las factorías, que producen grandes beneficios y cuestan menos de mantener. Desde que los Insurgentes de América han conquistado su independencia, la Metrópoli desconfía de aquellas colonias de población que, apenas adultas, escapan a su control. Disraeli expresa sin rodeos aquella desconfianza: «Las insoportables colonias serán todas independientes dentro de unos años. Son una piedra molar atada a nuestros cuellos».

Pero, a la hora del reparto del mundo, de la misión civilizadora de Europa —del «fardo del hombre blanco», dirá Kipling—, hay que defender a Oceanía contra las empresas francesas, al Canadá contra los pieles rojas, a la India contra las revueltas musulmanas, y proteger, en Africa, a exploradores, misioneros y pioneros. La Inglaterra victoriana se dedica con entusiasmo a aquella tarea, en la que se forja su poderío mundial. Desde 1837 hasta 1867, cinco millones de sus hijos se disponen a expatriarse (tres millones, es cierto, a los Estados Unidos). Obra de elementos avanzados, el demagogo Edouard Gibbon Wakefield (cuya reputación había quedado muy maltrecha tras una condena de tres años de prisión por haber raptado a una rica heredera), autor de un ensayo sobre «El Arte de la Colonización», en 1830, el periodista Robert Rintoul, director del «Spectator», y el yerno de lord Grey, el radical John Lambton, más tarde lord Durham, la propaganda

de la «Sociedad para la Colonización», fundada por ellos en 1830, despierta un gran eco en el país.

Su filial para Australia, creada en 1834, obtiene la abolición de las últimas penitenciarías en 1853 y la apertura del continente a los colonos libres. Estos se apresuran a responder. La industria textil se interesa por la lana australiana, apreciada por su excelente calidad... El descubrimiento de oro en Ballarat provoca, asimismo, un «rush». En resumen, la población blanca, formada en gran parte de irlandeses, que no sobrepasaba las 70.000 almas en 1837, asciende a casi un millón en 1857. Unas asambleas elegidas son instituidas en las cinco provincias autónomas de Nueva Gales, Victoria, Australia meridional, Queensland y Tasmania. La Federación, constituida en 1900, agrupará a dos millones de habitantes. Las dos islas vecinas de Nueva Zelanda conocen un desarrollo paralelo. Declaradas posesión de la Corona en 1840, cuando sir George Grey logró dominar la revuelta de los maoríes, se pueblan poco a poco y en 1853 cuentan con 60.000 colonos, llegados principalmente de la Metrópoli. Terminada la pacificación en 1868, serían 500.000 en 1877 y se harán notar por la avanzada legislación social de que se benefician.

Canadá y la India, dominios imperiales

En el otro extremo del mundo, Canadá experimenta una evolución análoga. Paradójicamente, a pesar de la rebelión de Papineau, presidente de la provincia de Quebec, en 1837, la presencia de un fuerte núcleo de canadienses franceses lo ha preservado de la atracción de los Estados Unidos, a la cual parecía destinado a sucumbir. La ductilidad de lord Durham ha permitido encontrar un «modus vivendi» de cara al futuro. Nombrado gobernador en mayo de 1838, tuvo la desgracia de desagradar al gabinete de Londres, el cual, descontento de sus iniciativas, le destituyó seis meses más tarde, aunque no por ello dejó de hacer prevalecer cerca de lord John Russel, ministro liberal del Interior, el proyecto de un Canadá unificado y autónomo, en el cual el papel del gobernador quedaría reducido al ejercicio de un derecho de veto. Así nació, en 1867, el estatuto de «Dominio». No tardaría en extenderse a Australia y a Nueva Zelanda. Yerno de lord Durham, lord Elgin fue encargado de su aplicación. El descubrimiento de oro en la Columbia británica en 1858 (aquel territorio de la «Hudson Bay Cy», ocupado en 1793 y organizado en diciembre de 1821, quedaría unido a la isla contigua de Vancouver para formar una colonia de la Corona en 1866), estimuló la penetración de los pioneros hacia el oeste y facilitó el que se poblaran los inmensos territorios trigueros de la «pradera», la reunión de la nueva provincia de Príncipe Eduardo y la construcción de un ferrocarril transcontinental, el «Canadian Pacific», inaugurado en 1886. Decididamente, la «*Mayor*-Bretaña», como gustaba de llamarla sir Charles Dilke, ampliaba de día en día su dominio sobre el mundo.

La India no tardaría en consagrar aquella primacía y en permitir a Disraeli, solícito cortesano, el hacer conferir a su soberana en Delhi, por el virrey, el 27 de abril de 1876, la corona imperial. Entre 1815 y 1830, la «Compañía de las Indias orientales» había conseguido imponer su autoridad

a las Mahrattas, a los Radjputas y al Assam. Y en su esfuerzo por conquistar las fronteras naturales del continente, había empujado a sus contingentes hacia las provincias del Nordeste en 1840; pero sufrió un serio revés en el Oeste, en Afghanistán, donde una misión británica había sido víctima de una horrible matanza en Kabul. Sin embargo, logró redondear su dominio, ocupando desde 1843 hasta 1849 los estados de Sind y de Penjab, y anexionándose, desbordando la península al este, en 1849, la Birmania meridional, y Rangún en 1852. Pero, en su ardor por introducir reformas a la occidental, el nuevo gobernador general, lord Dalhousie, nombrado en 1849, no había sabido contemporizar, ni con los privilegios de la casta de los brahmanes, ni con los escrúpulos religiosos de los musulmanes. Su sucesor, el vizconde Canning, recogió los amargos frutos de aquella imprudencia. La distribución de cartuchos a base de grasa de cerdo bastó para provocar en Mirat (al nordeste de Delhi), el 9 de mayo de 1857, el amotinamiento de un cuerpo de caballería que, tras haber degollado a sus oficiales, marchó sobre la capital para restaurar en ella el trono de los Mongoles en la persona de Badahar Shah, descendiente de Tamerlán.

Sometido recientemente, el Audh se sublevó y, respondiendo al llamamiento de Nana Sahib, en Cawnpore, los europeos fueron pasados a cuchillo. Una columna dirigida por sir Henry Havelock consiguió liberar temporalmente la ciudad, así como Lucknow. Sin embargo, las dos aglomeraciones, caídas de nuevo en manos de los rebeldes, no fueron reconquistadas definitivamente hasta el mes de noviembre, gracias al envío de 20.000 hombres de refuerzo, bajo el mando de sir Colin Campbell. Afortunadamente, Bengala había permanecido en calma, y los Sikhs, enemigos tradicionales de la dinastía mongol, ayudaron a reprimir la insurrección. Una columna de 4.000 hombres, de la que formaban parte, se abrió paso hasta el interior de Delhi, el 4 de septiembre, y degolló (menos a Badahur Shah) a los pretendientes al trono. Limpios de rebeldes Audh, Radjputana y la India Central, la calma renació en 1858. Pero la «East India Cy» no sobrevivió a la «sublevación de los cipayos». Obligada a restablecer el orden con sus propias tropas, la Corona, por iniciativa del tory lord Derby, la disolvió en 1859 y confió al «Indian Civil Service» la tarea de administrar, bajo la autoridad de un secretario de Estado y de un virrey asistido por un Consejo, y el apoyo de un ejército compuesto de 70.000 europeos y alrededor de 140.000 indígenas, aquel conglomerado de pueblos, en el cual los estados de los rajás representaban la tercera parte, aproximadamente, de un territorio poblado por una enorme cantidad de habitantes. Funcionarios de elección, aquellos agentes cumplieron su tarea con distinción, aunque no sin altivez y sin cierto desdén hacia sus administrados. Como la mayoría de ocupaciones extranjeras, cuyas iniciativas más juiciosas suelen ser mal interpretadas, la paz inglesa, tan provechosa a la vez para los colonizadores (India representaría muy pronto el 40 % del comercio colonizal británico) y para los colonizados, no podía escapar al defecto de cristalizar al país hasta cierto punto en sus instituciones, en vez de facilitar su evolución armónica. En 1885, apenas diez años después de la proclamación del Imperio, el partido llamado del Congreso se fijaba como objetivo la reconquista de la independencia.

Extremo Oriente: China, minada por las sociedades secretas

Mientras la India acababa de organizarse, Inglaterra reforzaba en torno a ella sus posiciones marítimas, a la vez en el Océano Indico y en la ruta de Extremo Oriente. Controlando las desembocaduras del Mar Rojo y del Golfo Pérsico, Aden era ocupado en 1839, una parte del litoral de Somalia (Zeila y Berbera, primero al amparo de Egipto en 1875, luego directamente en 1884), y más al sur, a lo largo de Africa, enfrente de Tanganika, un protectorado establecido en la gran isla de Zanzíbar, en 1881. En China, donde hasta 1833 la Compañía de las Indias se había limitado a intercambios oficiales con la Co-Hong, oficina china de compras, la parte de Inglaterra en el comercio exterior del país, efectuado sobre todo por Cantón, alcanzaba no obstante el 60 %, en 1840, contra el 25 % para los Estados Unidos. Entonces fue cuando Palmerston desencadenó la «guerra del opio». Defensor de los intereses de los Sassoon, ricos judíos de Bagdad, todopoderosos en la India (productora de la droga) y ligados a sus correligionarios de Hong-Kong y de Shangai, el primer ministro británico no ignoraba nada de las dificultades entre las cuales se debatía la dinastía manchú.

País de antigua civilización, comparable a Egipto, el Celeste Imperio ha manifestado siempre una enojosa propensión a entregarse en materia de finanzas al reino de la facilidad y de la corrupción. Ha conocido la moneda simbólica veinticinco siglos antes de Jesucristo, luego ha utilizado especies y, a partir del siglo XII (a. de J.), una moneda fiduciaria en forma de trozos de tela. Bajo los Tong, en el siglo IX de nuestra Era, ha establecido un Banco de Estado y reemplazado a finales del siglo X, bajo los Song, los papeles de los comerciantes por una moneda de hierro oficial, cubierta en principio en sus 3/7 partes. Pero el techo fijado no ha sido respetado, y una inflación galopante ha arrastrado al régimen y favorecido la invasión mongol. Con un rigor completamente militar, la nueva dinastía ha instituido en 1260 una moneda metálica y puesto en circulación billetes de seda, garantizados por un sello del Estado. Sin embargo, una insurrección nacionalista la ha derrocado en 1360. La revuelta había sido fomentada por la sociedad secreta del «Loto o del Nenúfar blanco», a la cual pertenecía su jefe, fundador de la dinastía de los Ming. Aquella secta, implanttada en el norte del país desde el siglo XII, profesaba una mezcla de doctrinas budistas (el Mesías: Meitreya), taoístas («La Anciana Madre increada») y maniqueas de origen persa.

De acuerdo con la mejor tradición china, aquellos Ming no tardaron en prohibir la circulación de las especies de oro y de plata, en practicar el curso obligatorio en 1436 y en recurrir de nuevo a una inflación tal, que el régimen se hundirá en el desorden en 1612. Esta vez, los beneficiarios del cambio de reino, de la «ruptura de mandato», según la expresión china, eran manchúes. Para luchar contra aquellos amos extranjeros, aborrecidos, que les obligaban a llevar la trenza por instinto, los chinos se volvieron una vez más hacia las sociedades secretas, que fomentaron disturbios bajo el emperador Kang-xi, segundo de la familia (1662-1723), en 1774, y de 1794 a 1803.

Minado así desde dentro, el gobierno de Pekín se atrevió no obstante a rechazar el ultimátum de Palmerston, del 19 de marzo de 1840, exigiendo la

libertad de acceso a los puertos del imperio. Pero al cuerpo expedicionario británico le bastó con rechazar en Ningpo, el 23 de marzo de 1842, a 8.000 manchúes, para que se volatizara el ejército, compuesto por unos (teóricos) 300.000 hombres, y con mayor motivo las milicias chinas, de una importancia numérica similar. Firmado el 29 de agosto de 1842, el tratado de Nankín consintió en la apertura de Sanghai, Ningpo, Amoy, Funchú y Cantón, en la cesión de Hong-Kong y en la reducción de la tasa de los derechos de aduana al 5 %. Francia y los Estados Unidos obtuvieron, por las convenciones de Whampoa (24 de octubre de 1844) y de Wanghia (3 de julio de 1844), unas ventajas análogas, además de garantías en favor de las misiones.

Ascendido al trono en 1850, el emperador Hieng-Feng, enemigo jurado de los extranjeros, trató de resistir con todas sus fuerzas a aquellas «capitulaciones». Pero una revuelta generalizada no tardó en minar su autoridad. Una vez más, las sociedades secretas pasaban a la acción, al grito de: «¡Derroquemos a los Qing (manchúes), restablezcamos a los Ming (chinos)!». Se produjo la revuelta de los Taiping. Aquellos «hijos de Hong» se decían pertenecientes a la «Triada», antaño fundada en Muyang, en el «Mercado de la Gran Paz» (Taiping), por cinco monjes del convento de Shaolin (en el Fujian), escapados a finales del siglo XVII de la venganza de los manchúes. Aquellos adeptos a la tradición oral, popular, hostil a la dinastía maldita, profesaban una amalgama de confucionismo, de taoísmo (el maestro de la Montaña), de creencia en la magia y los números sagrados e incluso, entre los «Adoradores de Dios», fundados en 1845, en la Biblia y en el Evangelio. Atados por la absorción de un brebaje compuesto de vino y de su propia sangre, poseían diversas señales de reconocimiento, y los conjurados se comprometían a una lucha global contra el Estado execrado; llevaban los cabellos largos en señal de protesta contra la trenza, practicaban una especie de comunismo agrario (predicando la instauración de graneros «celestes»), robaban a los ricos y atacaban los convoyes desde 1838. El movimiento, que reunía a los jornaleros agrícolas, bateleros, soldados licenciados o desertores, y que contaba con mujeres entre sus jefes, partiendo de Kuangsi en 1850, dirigió sus «grandes compañías» contra el Yangtsé medio y se apoderó de Nankín, que conservó en su poder desde 1851 hasta 1864. Uno de sus jefes, Tian-de (Virtud celeste), supuesto descendiente de los Ming, había muerto en 1850, por lo que su colega Hung-Xiuquan, de los «Adoradores de Dios», se proclamó emperador bajo el nombre de Tiang-wang (Rey celeste) y, al mismo tiempo, «hermano menor de Jesucristo».

Actuando por su propia cuenta, pero animada también por la Triada, la Sociedad del Pequeño Cuchillo (Xian-dao-hui), dirigida por Liu Liuchuan, algo intérprete y médico, y por el agente comercial Li, sin más, se apoderó de Shanghai y de Amoy en 1853 y se mantuvo allí dos años (hasta el 17 de febrero de 1855). En Tchekiang, la Sociedad de la Moneda de Oro (Jian-jian-hui), emanación de los «Ocho diagramas» (Ba gua), que habían intentado asaltar el palacio imperial de Pekín en 1813, desarrolló, a partir de 1858, una implacable campaña contra los propietarios rurales, antes de ser absorbida por los Taiping en 1861-62. Con estos últimos cooperaban también, en la gran llanura del norte, en los confines de Shandong, de Chansi, de Anhui y de Honan, los «Nian» (surgidos del Loto blanco hacia 1797), bandidos justicieros que «robaban a los ricos para ayudar a los pobres».

jinetes mandados por un descarriado, ex contrabandista, y asimismo las «Cinco Banderas», especialmente la Bandera negra, en Shandong y en Honan.

Subyugada por la guerra del opio

Tal era el panorama que ofrecía China, en el momento de la segunda guerra del opio (1856) que acompañó a una insurrección de la Triada de Cantón, y que concluyó con el tratado de Pekín, el 25 de octubre de 1860, que estipulaba la apertura de once nuevos puertos, entre ellos Tientsín y Nankín, y el derecho de navegación por el Yantgsé hasta Hankeou. A cambio, a partir de 1862, Palmerston prestó su ayuda al emperador contra los Taiping, cuyo movimiento se hundió en julio de 1864. A pesar de la opinión del barón Gros, ministro de Francia, lord Elgin, embajador de Inglaterra, había pensado en apoyarlos. La descomposición interna, provocando el desmantelamiento de las estructuras bancarias chinas (bancos del Shangsí, esparcidos de los siglos XVII al XVIII, especializados por oficios, asegurando las transferencias interurbanas y el servicio del Tesoro, o bancos locales, Tsien-tchuang, que desde 1842 se encargan, sea de cambiar únicamente para la tercera clase, sea, para las dos primeras, de depósitos y de anticipos), ¿no debaja acaso el terreno despejado para los establecimientos extranjeros, como la «Hong-Kong and Shanghai Banking Corporation», constituida en 1867? Sea como fuere, las inversiones británicas en China ascendieron a 40 millones de libras en 1856, y la City no tardó en tener una parte suculenta (el 85 %) en el comercio exterior de aquel país.

El Japón, abierto al Occidente

En el Japón, la táctica había sido la misma, con la diferencia de que allí empuñaban la batuta los Estados Unidos. En efecto, la escuadra norteamericana del comodoro Perry, enviada en julio de 1853, había obtenido la apertura de los puertos, aparte de Nagasaki, por el tratado de Kanawaya, el 31 de marzo de 1854, y de otros cinco, entre ellos Yokohama, en 1858. A remolque de ellos, Inglaterra, Rusia, Francia y Holanda se habían beneficiado del mismo trato. Considerado como responsable de aquellas concesiones, el «Chôgoun», o generalísimo de Yedo (especie de alcalde del Palacio, cuya autoridad había sido impuesta al emperador —de Kyoto— por la poderosa familia Togukawa, dueña de la isla de Hondo), levantó contra él una violenta reacción popular. El emperador la aprovechó para decretar «la expulsión de los bárbaros» (5-25 de junio de 1858). Una demostración naval norteamericana en Kagoshima, seguida de otra, franco-británica, en Simonoseki, le obligó sin embargo a retractarse de su decisión, el 30 de septiembre de 1863, y a ratificar, el 24 de noviembre de 1864, las convenciones de 1858. Conscientes de la inferioridad de su país, los cuadros militares de la nación (287 daimios y 500.000 samurais) supieron extraer la lección de los acontecimientos. El emperador Mutsuhito llevaba apenas un año en el trono (30 de enero de 1867) cuando un golpe de Estado, desencadenado el 3 de enero de 1868, puso fin al reinado del Chôgoun y abrió el camino a la

modernización. Unos samurais «ilustrados», Okubo, Saigo, Goto, se encargaron de las reformas, con el éxito que todo el mundo sabe.

Suez, llave de las rutas imperiales

Pero, cuanto más se imponían los intereses anglosajones en las Indias, en Oceanía y en Extremo Oriente, más necesario les resultaba controlar completamente la ruta marítima más corta, abierta por el canal de Suez, en diciembre de 1869. Y eliminar de ella a los otros, es decir, a los franceses, culpables de haberlo construido. Ya hemos visto lo fácil que había sido para Disraeli, gracias al apoyo de los Rothschild, a la complicidad de Leon Say y a la abulia del duque Decazes, entrar en la plaza y asegurarse una tercera parte de los miembros del Consejo de Administración comprando las acciones del Khedive. La segunda fase de la operación consistirá en expulsar a los compañeros indeseables de lo que era, en realidad, un condominio... A raíz de un nuevo desfallecimiento de las Finanzas egipcias, cuyo servicio de la Deuda absorbía las 7/8 partes de los recursos, había sido creada una Caja especial para administrarlo, el 8 de abril de 1876. Víctimas de recortes practicados en el presupuesto, 2.500 oficiales reducidos a medio sueldo apoyaron la reacción nacionalista del coronel Arabi Pacha, protestando contra la injerencia de las potencias, cuando éstas, reunidas en conferencia en Constantinopla, obligaron al Khedive Ismail a abdicar en favor de su hijo Tewfik y, por una nota común austro-germano-italiana, pidieron a Turquía, el 2 de febrero de 1882, que mantuviera el «statu quo». Siguió un protocolo de «desistimiento», el 25 de junio de 1882. Pero, con ocasión de una demostración naval franco-británica, delante de la ciudad, se produjeron disturbios en Alejandría, de los que fueron víctimas 62 europeos, en su mayor parte griegos. El 11 de julio, los ingleses replicaron por su cuenta, bombardeando los fuertes. ¿Y los franceses? Contra el consejo formulado por Gambetta: «No rompáis nunca la alianza inglesa», por una vez útil de seguir (y que provocó su caída en diciembre de 1881), Clemenceau, interviniendo con vehemencia en el debate que se prolongó del 19 al 29 de julio, arrastró a la Cámara a negar, por 417 votos contra 75, todo crédito para una intervención eventual. Esto equivalía a dejar el campo libre a los ingleses. Explotando rápidamente aquella oportunidad, Wolseley desembarcó 14.000 hombres en Port Said, con los cuales ocupó Ismailia y derrotó en Tell-el-Kebir, el 14 de septiembre, a los contingentes de Arabi Pacha. Por la estupidez de los políticos franceses, Inglaterra (a pesar de la vaga promesa de retirada de sus tropas contenida en la convención Drumond-Wolf de 1887 con Turquía) quedó de hecho dueña de Egipto. En 1888, el canal recibió un estatuto internacional: la ruta de la India quedaba libre; la ocupación «provisional» de la isla de Chipre, pagada con los buenos oficios de Disraeli hacia Turquía en el congreso de Berlín de 1878, acabó de consolidar la posición británica en el Mediterráneo oriental.

En Africa: la parte del león

La agitación musulmana no tardó en obligar a los ingleses a extender su protectorado al Sudán. Fanatizando a las poblaciones, Mohamed Ahmed,

nuevo profeta que se presentaba como el «Mahdi», logró levantar al país hacia 1880. Una tropa egipcia, enviada para restablecer el orden y mandada por Hicks pacha, un británico, pereció en una emboscada en 1883. Para proteger Kartum, la capital, lord Huntington, ministro de la Guerra, jugándose la dimisión en el envite, envió allí al coronel Ch. Gordon, antiguo oficial de ingenieros, que se encontró bloqueado a principios de 1884 y fue asesinado el 26 de enero de 1885, ya que la columna de socorro del general Wolseley llegó dos días después: demasiado tarde para evitar la rendición de la ciudad. Transcurrieron trece años antes de que un cuerpo de ejército, a las órdenes de lord Herbert Kitchener, reanudara la campaña en 1893 y vengara en Omdurman, con la sangre de 20.000 derviches, aquel doloroso fracaso (2 de septiembre de 1898). Llegado a Fachoda con 25.000 hombres, el 25 de septiembre, el general británico tropezó con los senegaleses del comandante Marchand, salidos de Loango, en el Congo, en marzo de 1897 y que, remontando el Ubangui y franqueando el Bahr-el-Gazal, el 10 de julio de 1898, habían plantado la bandera francesa en aquella encrucijada del alto Nilo. Un conflicto de los más graves enfrentaba a París y Londres en Africa. Al aparecer, la conferencia celebrada en Berlín desde noviembre de 1884 hasta febrero de 1885, para el reparto del continente negro entre las grandes potencias europeas, no había logrado apaciguar todas las rivalidades latentes.

En medio de la indiferencia de una opinión generalmente poco inclinada a interesarse por las cosas de ultramar, Francia había intentado volver a convertirse en una potencia colonial y reconstituir su marina. Tal como ha demostrado Jacques Chastenet en su historia de la III República, la iniciatiba surgió de grupos limitados, sometidos en su mayor parte a la influencia masónica: cenáculo de geógrafos y de exploradores del café de «La Petite Vache», miembros de la Sociedad Geográfica de París, diputados de las colonias, Eugène Etienne, Gaston Thomson, de Argelia, François de Mahy, de la Reunión, ligados a los gambettitas Eugène Spüller, Arthur Ranc, Paul Bert, diplomáticos deseosos de no dejar a Francia al margen de los repartos que se preparaban, medios de negocios en busca de mercados, apoyados por Jules Ferry y más tarde por Delcassé, sostenidos por la prensa liberal. «L'Economiste Français», de Paul Leroy Beaulieu, «Les Débats», «Le Temps». Resultado o no de consignas formales, lo cierto es que la penetración del continente africano por una multitud de exploradores y de misioneros laicos encargados de abrirlo a la civilización, estaba de moda.

Tras una estancia de dos años en Bechauanaland (8 de diciembre de 1840 a 1842), el pastor escocés David Livingstone (1813-1873), partiendo de Mabotsu, en el Limpopo, llegó al lago Ngami (1847-1849), alcanzó el Zambeze a finales de junio de 1851 y recaló en El Cabo, en abril de 1852. Una segunda campaña, iniciada el 20 de febrero de 1854, le condujo a Loanda el 31 de mayo y hasta el lago Dololo, alcanzado el 13 de junio de 1855. Desde allí, descendió por el Zambeze hasta las cataratas Victoria y, a finales de 1856, regresó a Inglaterra. En el curso de una tercera expedición, partiendo del Zambeze, el 14 de mayo de 1858, descubrió el lago Nyassa (agosto a noviembre). Vuelto a Inglaterra el 23 de julio de 1864, salió un año y medio más tarde para Zanzíbar, para combatir allí la esclavitud, franqueó el Loangwa el 14 de diciembre de 1866 y, lanzado a la búsqueda de las fuentes del Nilo, se dirigió hacia el lago Tanganika (31 de marzo de 1867) y el 14 de marzo de

1869 se encontraba en Ujiji. Allí se le unió, en noviembre del mismo año, el periodista John Rowland (1841-1904), hijo natural del norteamericano Morton Stanley, desembarcado en Zanzíbar el 6 de enero de 1871 para tratar de encontrarle. Juntos, recorrieron la región. Regresado sólo en mayo de 1872, Stanley, de nuevo en Zanzíbar el 11 de noviembre de 1874, emprendió el reconocimiento del lago Nyasa, del lago Tanganika y, con la ayuda de los árabes de Tippou Tib, en 1876, por el Loulaba, descendió hasta el mar, el 12 de agosto de 1877. Luego, de agosto de 1879 a junio de 1884, se puso al servicio del rey Leopoldo II de Bélgica, por cuenta del cual exploró a fondo la cuenca del Congo y plantó en Loango la bandera azul estrellada de la Asociación internacional africana, fundada por el soberano en 1876. Menos afortunado que él, Verney Lovett Cameron (1844-1894), lanzado también en 1872 a la búsqueda de Livingstone, sólo había encontrado su convoy fúnebre; recorrió el sur de Tanganika, siguió el curso de los ríos Luguka y Lualaba, descubrió las fuentes del Zambeze y llegó al mar de Benguela, en la Angola portuguesa, el 7 de noviembre de 1875.

El resto para Francia

Emulo de aquellos pioneros británicos (Cameron será el primero en lanzar la idea de la vía imperial desde El Cabo hasta El Cairo, en su libro «Across Africa», publicado en 1877), el alférez de navío Savorgnan de Brazza, a pesar de la pobreza de sus medios, reconoció el curso del Ogoue, partiendo de Gabón, y la orilla derecha del Congo inferior (1875). En el curso de su segunda expedición, terminada en junio de 1882, logró obtener del rey Makoko la concesión a Francia de los territorios situados entre el Ubanghi y la «Stanley Pool», núcleo del Africa Ecuatorial francesa. En Loango, a raíz de una tercera misión, de la que esta vez había sido encargado oficialmente, el 25 de abril de 1883, tropezó con Stanley y con los británicos, a los cuales tuvo que ceder el lugar. Punta Negra y más tarde Brazzaville sirvieron de capital al Congo Medio, cuya unión con el Chad no quedó asegurada hasta 1900. En el intervalo se constituía lentamente el Africa Occidental francesa. Tomando como bases los antiguos puestos comerciales, algunos militares osados, apoyados por Jules Ferry, que había vuelto a hacerse cargo del poder desde febrero de 1883 hasta abril de 1885, y por Eugène Etienne, habían emprendido la exploración y la conquista del interior, persiguiendo a los jefes musulmanes traficantes de exclavos. Gobernador del Senegal de 1854 a 1865, Faidherbe había combatido a Hadj Omar y extendido su autoridad sobre el país. Mientras que, en el alto Níger, Bafoulabé y Bamako eran alcanzados, en el Sudán, Gallieni, hecho prisionero al principio por el sultán Ahmadou, que aterrorizaba la orilla derecha del Níger, reeemprendió la lucha contra él. Su sucesor, el coronel Archinard, le persiguió hasta Sokoto, cerca del bajo Níger, y obligó a su émulo Samory, que ejercía sus rapiñas en la orilla izquierda del río, a buscar refugio en el Fouta Djalon y en la Costa de Marfil, donde fue capturado en 1898. Pero la construcción de los ferrocarriles, iniciada en 1880, muy lenta para el Saint Louis-Dakar (54 kilómetros de un total de 264), apenas puesta en marcha para el Kayes-Bamako y para el Senegal-Nigeria (16 kilómetros de un total de 550), frenaba la penetración. En la costa sólo existían unas factorías, la de los Verdier de la Rochela, en la Costa de Marfil, y unos

puntos de apoyo en Dahomey, Cotonou y Porto Novo, cedidos respectivamente en 1878 y 1883. En todas partes, las posiciones ocupadas por los ingleses eran las mejores.

Las migajas para Alemania

Llegados tardíamente a las empresas coloniales, los alemanes se encontraban, con mayor motivo, en el mismo caso. Aunque muy reticente en la materia, Bismarck, arrastrado al movimiento por la *Kolonial Verein,* tuvo que apoyar la ocupación del puerto de Angra Pequeña, en el sudoeste africano, por sus compatriotas conducidos por el comerciante de Bremen Luderitz en 1883, las empresas del explorador Nachtingal en el Camerún y en Togo, que desembocaron en el establecimiento de protectorados, y la instalación de una compañía privada en el Este africano, enfrente de Zanzíbar, cuya presencia irritó particularmente a Inglaterra. Tomando como pretexto el acuerdo concluido por Londres con Lisboa para obstaculizar a Brazza en el Congo Medio, en febrero de 1884, Bismarck se negó el 29 de abril a ratificar aquel instrumento diplomático y se esforzó en alzar a las potencias, Francia, Italia, España y los Países Bajos , contra las pretensiones británicas a la hegemonía. Después de una visita a París efectuada por su hijo Herbert, en octubre, y por iniciativa de Portugal, convocó en Berlín para el 15 de noviembre de 1884 una conferencia internacional sobre las cuestiones africanas. En aquel reparto del continente negro, Inglaterra se reservó la parte del león. Las regiones más ricas entraban en su zona de influencia: el Bajo-Níger (donde la «United African Cy», establecida en 1879, había sido dotada dos años más tarde de una Carta bajo el nombre de «Royal Niger Cy»), el Alto-Zambeze, Kenia, Uganda (artículo general del 25 de febrero de 1885). La Asociación internacional africana, a la que los Estados Unidos se habían apresurado a conceder, el 22 de abril de 1844, un estatuto de estado autónomo, ve mantenidos sus derechos a colonizar la cuenca del Congo, con acceso al Océano, y concluye, el 5 de febrero de 1885, un acuerdo particular con París. Alemania obtiene la confirmación de las fronteras del sudoeste africano explorado por Karl Peters y la cesión de Heligoland, por la convención de 14 de junio de 1890, a cambio del reconocimiento del protectorado inglés sobre la isla de Zanzíbar. Con aquella misma condición, Francia hace admitir por Londres la ocupación, ya iniciada, de Madagascar, el 5 de agosto de 1890, y a cambio del reconocimiento de los derechos ingleses sobre Nigeria, la ampliación de la zona francesa del Sudán hasta una línea que se extiende desde Say, en el Níger hasta Barrua, en el lago Chad.

Fricción con París, borrada por el conciliador Hermano Delcassé

Por iniciativa de Mahy, el almirante Pierre había intervenido en Madagascar a comienzos de 1883 para apoyar a los Sakalaves de la costa oeste contra la reina Ranavalo II y la preponderancia de los Hovas. Fueron ocupados sucesivamente los puertos de Majunga y Tamatave, así como la bahía de Diego Suárez, en diciembre. Pero Jules Ferry, tras haber obtenido

un crédito de cinco millones en julio de 1884 para cubrir los gastos de la expedición, se encontró con que la Cámara le negaba, el 25 de mayo de 1885, los 12 millones necesarios para dominar el interior de la isla, y presentó la dimisión, el 6 de abril. Sin embargo, el 17 de diciembre, el gobierno de Tananarive aceptó la cesión de Diego Suárez y el control por Francia de su política exterior. Con las manos libres gracias a su acuerdo con Inglaterra, y habiendo obtenido 65 millones de créditos en septiembre de 1894, el gobierno de París dirigió en marzo de 1895 contra la reina Ranavalo II una expedición de 20.000 hombres, que se apoderó de Tananarive el 30 de septiembre y al día siguiente obligó a la reina a aceptar el protectorado francés. Completamente pacificada el 18 de enero de 1896, Madagascar será anexionada por Francia el 6 de agosto siguiente.

Queda por aprovechar la autorización obtenida de Su Majestad para ocupar el Níger alto y medio, autorización acompañada, por otra parte, de un despreciativo comentario de lord Salisbury en los Comunes: «Al gallo galo le gusta escarbar en la arena». Eugène Etienne, subsecretario de Estado para la Marina, encargado de las colonias en el gabinete Rouvier (30 de mayo-8 de diciembre de 1887) y, de nuevo, después de la caída de este último desde marzo de 1889 hasta febrero de 1892, se dedicó a ello inmediatamente, con el apoyo del Comité del Africa francesa, presidido por el príncipe de Arenberg, y de un grupo de parlamentarios «coloniales». El teniente Binger penetró en Bamako, en el Níger, llegando hasta Bassam, desde 1887 hasta 1889 y preparó la constitución de la Costa de Marfil en colonia en 1893. Explorado desde 1888 a 1890 el macizo de Fouta Djalon, Guinea, separada del Senegal, forma otra colonia autónoma. En Dahomey, el coronel Dodds acaba con la encarnizada resistencia de Béhanzin, que ha atacado varias veces los establecimientos de la costa en 1887 y 1889-90 y se apodera de Abomey en 1892. (El acuerdo del 23 de julio de 1897 con Alemania fijará las fronteras del país con Togo). En el Sudán, finalmente, el capitán Monteil, salido de Kayes en octubre de 1891, llega a Say en agosto de 1891 y a Barrua en 1892. Por su parte, procedente de Gabón, Paul Crampel ha subido hacia el norte en dirección a Chad, pero ha sido asesinado por los senussistas, en mayo de 1891; Gentil llegará hasta el lago unos años más tarde, y la ocupación de Tombuctú a finales de 1893 consolidará las posiciones francesas en el Africa central. Una convención con Inglaterra delimitará las fronteras en el Níger, el 14 de junio de 1898.

Sin embargo, los puntos de fricción entre los dos países se multiplican en todo el mundo. En la desembocadura del Mar Rojo en el Océano Indico, enfrente de Aden, cuando Inglaterra estimula a los italianos en sus ambiciones contra la Abisinia de Menelik, que desembocaron en el fracaso de Adua en marzo de 1896, el agente francés Léonce Lagarde ha conseguido, a pesar de la amenaza de una intervención egipcia, hacer valer los derechos de Francia sobre el fondeadero de Obok y crear en Djibuti (1888) una escala útil en la ruta de Indochina. Al año siguiente, en el Pacífico, el establecimiento de un condominio ha puesto fin a las diferencias que enfrentaban a París y Londres a propósito de las Nuevas Hébridas, consideradas por los franceses como dependencias de Nueva Caledonia y por los ingleses como pertenecientes a Australia. En Indochina, donde el Laos cae poco a poco bajo la influencia francesa, mientras los ingleses se establecen en Birmania

(1886), Francia se ha atrevido a exigir del Siam, mediante una demostración naval delante de Bangkok en mayo de 1893, la evacuación de la orilla izquierda del Mekong; lord Rosebery, indignado, se ha visto reducido a aceptar la confirmación de aquel estado de cosas por el tratado franco-siamés del 3 de octubre de 1893. Las relaciones entre el Foreign Office y el Quai d'Orsay, pues, son más bien tensas cuando Kitchener y Marchand se enfrentan en Fachoda, el 25 de septiembre de 1898.

Pero, desde el 30 de junio de 1898, la cartera de Asuntos Exteriores, en Francia, ha cambiado de manos. A Gabriel Hanotaux, dimisionario con el gabinete Méline, ha sucedido, en el gobierno presidido por Henri Brisson, el Hermano de «La Fraternité Latine» de Foix, Théophile Delcassé. Discípulo de Gambetta, redactor de «La République Française» bajo la dirección de Challemel-Lacour, el nuevo titular del ministerio se interesa vivamente por las cuestiones coloniales. Elogia la acción civilizadora de las «grandes naciones de la Europa moderna... en progreso continuo hacia el más alto grado de luz y justicia», y comprende la importancia de «la cuestión de los mercados exteriores». Ponente del presupuesto de las colonias (30 de noviembre de 1891), y a no tardar subsecretario de Estado especializado en el gabinete Ribot (5 de diciembre de 1892), inspirándose en Jules Ferry ha protegido la iniciativa privada, practicado y defendido una política de «concesiones» y estimulado las inversiones en ultramar, «cuando los capitales franceses se invierten a menudo a la ligera en el extranjero», según sus propias palabras (por desgracia, patrocinará con el mismo ardor los empréstitos rusos en sus intervenciones del 4 de febrero de 1893 y 2 de marzo de 1895). Ha reclamado una política marítima (12 de diciembre de 1896, 1 de febrero de 1898) y, en diversas ocasiones, especialmente el 6 de noviembre de 1890, a propósito del acuerdo de 5 de agosto del mismo año y de la conversión de la Deuda egipcia, consentida sin que se fijara un plazo a la ocupación inglesa, se ha alzado contra los regalos hechos «a Inglaterra, que nunca hace concesiones gratuitas», e incluso contra la *Entente cordiale*, «que sólo ha sido provechosa para Inglaterra». En consecuencia, ¿será hostil a un acuerdo? Ni mucho menos, y los que lo creen yerran de medio a medio, ya que ha permanecido fiel a su maestro Gambetta. Pero pretende practicar, en la discusión, el método del toma-y-daca. Para empezar, por otra parte, cede: ante la moratoria del embajador de Su Majestad, sir Edmund Monson (octubre de 1898) se inclina, y por mediación de lord Salisbury, telegrafía a Marchand, que lo ocupaba desde el 10 de julio, la orden de evacuar Fachoda (3 de noviembre), orden que será cumplimentada cuatro días después. A cambio de unas vagas promesas de rectificación de fronteras en el norte y al este de Chad, Francia renuncia en Londres, el 21 de marzo de 1899, a sus pretensiones sobre Bahr-el-Ghazal. Obnubilado por la idea de la revancha, Delcassé (cuyo primer gesto de diputado había sido el de ir a visitar Westminster, en 1889) embarca a Francia a remolque de Inglaterra.

El oro y los diamantes del Transvaal...

Sin embargo, Gran Bretaña acaba de erguir contra ella a casi toda la opinión europea, al desencadenar en Africa del Sur, por la conquista de minas de oro y de diamantes, la más «sucia» de las guerras contra los Boers.

Tras una primera tentativa de ocupar El Cabo, «para el príncipe de Orange», que había durado desde septiembre de 1795 hasta 1801, ya hemos visto cómo el general Beresford (antes de hacerse rechazar de Buenos Aires, el 12 de agosto de 1806), se había apoderado de la ciudad en los primeros meses del año. El envío de 20.000 colonos británicos en 1820 no bastó para «anegar» a los primeros ocupantes, hugonotes holandeses y franceses, en número de 15.000 en 1795. «Hartos de las vejaciones a que eran sometidos, estos últimos se habían trasladado hacia el norte en 1836 y habían fundado tres estados: Natal, Orange y Transvaal (Chastenet, «Le siècle de Victoria», pág. 179). Lanzados en persecución de los zulús, los ingleses no tardaron en ocupar Natal, pero reconocieron la independencia de las otras dos repúblicas. Sin embargo, en 1850 solamente eran 12.000 en El Cabo y 8.000 en Natal y, en 1880, 320.000 blancos, de ellos menos de 100.000 ingleses, se encontraban en presencia de tres millones de negros en Africa del Sur.

El descubrimiento de diamantes (de 1867 a 1869 por van Wiekerk, en el límite de El Cabo y Orange; en 1869 en el lecho del río Váal; en 1870, en terrenos de la granja Dutoitspan, en la «vieja de Beers» y en Kumberley) vino a turbar la paz rural de aquellas regiones y provocó la irrupción en el territorio de los mulatos Griques (a 1.200 kilómetros de El Cabo y a 1.800 metros de altitud) de una avalancha de prospectores, 5.000 en 1870, 35.000 en 1871. Contra las pretensiones del jefe de la tribu, el mestizo Waterboer, el Estado de Orange ha tratado inútilmente de hacer valer sus derechos a la propiedad del subsuelo, pero ha tropezado con la intervención del gobernador de El Cabo, apoyado por el Colonial Office. A aquellos aventureros llegados en busca de fortuna se une, en octubre de 1871, Cecil Rhodes (1853-1902), desembarcado en Durban el 1 de septiembre de 1870 para ayudar a su hermano mayor Herbert en sus pruebas de cultivo del algodón. En el pueblo de tiendas de campaña que es entonces Kimberley, explota varias concesiones, «claims», compra otras, con su amigo C. D. Rudd, en la «vieja de Beers». De regreso de una breve estancia en Inglaterra (1873-74), en el curso de la cual es iniciado en la Francmasonería, trata de aumentar su influencia sobre sus rivales ejerciendo un monopolio de bombeo; intenta un primer acercamiento con Barnett Isaacs, llamado Barney Barnato, nieto de un rabino de Whitechapel, y su hermano, llegados hace un año a Kimberley, regresa a terminar sus estudios a Oxford, de 1876 a 1878 (no obtendrá su diploma hasta 1881), aprovecha la ocasión para asegurarse el apoyo de financieros de Londres (los Rothschild y Oppenheim, al que ya hemos encontrado en los asuntos de Egipto), prepara a su regreso a Kimberley con su secretario Pickering a su socio Alfred Beit (1853-1906), hijo de un comerciante judío de Hamburgo, la concentración del mercado de los diamentes (1879), que realizará gracias a una primera *entente* con Beit en 1887 contra los «independent diamond buyers», los compradores clandestinos, e induciendo a Barnato, bajo la presión de los Rothschild, a aceptar su monopolio ingresando al año siguiente en la «De Beers Consolidated Mines Ltd». El asunto ha sido arreglado en casa del Dr. Jameson, que reemplaza como secretario de Rhodes a Pickering, fallecido repentinamente (Beit se asociará a Wernher en 1889 y se hará naturalizar inglés en 1898). Entretanto, en 1885, se ha descubierto oro en Transvaal, donde el hermano de Cecil, Herbert Rhodes, lo buscaba desde 1873. Aquellos yacimientos, situados en el Witwatersrand, donde va a «brotar» Johannesburgo, deben ser tratados al cianuro.

Cecil Rhodes los compra creando, en 1887, con la colaboración del indispensable Beit, de John Porges y de su socio Robinson, la «Goldfields of South Africa Ltd», que no tardará en producir unos beneficios de 400.000 libras anuales. Dueño además, a los treinta y cinco años, del mercado de diamantes, con una participación del 90 %, Rhodes, elegido el 19 de abril de 1881 para el Parlamento de El Cabo (autónomo desde 1872), en una circunscripción holandesa, posee ahora sin disputa la palanca que considera necesaria (de acuerdo con las mejores lecciones de su maestro John Ruskin (1819-1900), discípulo de Plato, cuya *República* colectivista, autoritaria y federativa la clase dirigente inglesa tenía —según él— vocación de establecer y de imponer «to the non-English masses throughout the world», a las masas no-británicas en el mundo entero.

Para realizar este sueño de su juventud, «yo pensaba que los ingleses debían gobernar el mundo», Cecil Rhodes posee ahora la palanca que consideraba necesaria: El Dinero. Entonces, agrupó en marzo de 1891 los más devotos discípulo de Ruskin, en Oxford (Arnold Toynbee, Alfred, más tarde lord Milner, Arthur Glazebrook, George, más tarde sir Parkin, Philip Littleton Gell y Henry, más tarde sir Birdeenough) y en Cambridge, alrededor del periodista William T. Stead (1840-1912) (Reginald Baliol Brett —lord Esher—, sir John B. Seely, Albert, lord Grey y Edmund Garrett) en una sociedad secreta, bajo la autoridad de un «executive committee» (Stead, Brett y Milner), secundados por unos «iniciados especiales» (Arthur lord Balfour, Henry Johnston, lord Rothschild, Albert lord Grey, etc.), controlando la actividad de una Asociación de Auxiliares, «Association of Helpers», círculo exterior que Milner (de vuelta de alto comisario en Africa del Sur de 1897 a 1905) reorganizó de 1909 a 1913 en «Round Table Organization» (Mesa Redonda). Este grupo, apoyado por la Midland Bank, los Lazard y los Morgan, alojado en «Chatham House» (sede del «Royal Institute of International Affairs», fundado en 1919), sostenido por el «Rhodes Trust» y el «Rhodesian Institute», dispuso en noviembre de 1910 de una revista, «Round Table» (que se mantuvo hasta 1916), cuyo editor fue Isaac Kerr, más tarde lord Lothian (ex secretario de Lloyd Georges, delegado en Versalles y luego embajador en Washington en 1939-40), secretario general del movimiento entre 1925 y 1939 (1).

...robados por Cecil Rhodes a los Boers

Constituir una federación del Sur y empujar hacia el Norte, en dirección a los grandes lagos, antes de que las posesiones portuguesas (Angola-Mozambique) y alemanas (Sudoeste y Este africano) se consoliden y cierren el paso a la expansión británica: tales son sus objetivos inmediatos. El primero no es alcanzado, pues si bien el presidente del Estado de Orange, Brandt, se muestra dispuesto a aceptar al menos una unión aduanera, el del Transvaal, Paul Kruger, elegido en 1833, es decidido adversario de ella. Empeñados en una expedición contra los zulúes, los ingleses han invadido

(1) Sucedieron a lord Milner, Lionel Curtiss (entre 1925 y 1955), luego Robert H., lord Brand, cuñado de lady Astor y administrador del Banco Lazard (entre 1955 y 1963), y desde entonces, Adam Massic, hijo de William, asimismo del Banco Lazard.

ya ese último estado en 1877 y se lo han anexionado, aunque prometiéndole la autonomía, Secretario de Estado para las Colonias, lord Carnavon piensa, en efecto, extender al Africa del Sur el estatuto que acaba de ser concedido al Canadá. Pero el destino le es adverso; los holandeses del Cabo y del Transvaal rechazan aquella solución y, aprovechando el humillante fracaso de lord Chelmsford, que se ha dejado rodear por los zulúes y ha perdido 1.500 hombres (hacia 1879), para sublevarse, los Boers del general Joubert, en número de 10.000, infligen a su vez, en Majuba Hill, en Natal, el 27 de febrero de 1881, una sangrienta derrota a las tropas de Su Magestad, mandadas por Wolseley, que acaban de castigar a los jefes zulúes. Obedeciendo a los escrúpulos de su conciencia, Gladstone reconoce en Pretoria, el 3 de agosto de 1881, la independencia de la República del Transvaal (salvo algunas restricciones en lo que respecta a la política exterior y a las relaciones con los indígenas, que la convención del 27 de febrero de 1884 suprimirá). Aquella generosidad, por otra parte, se ve muy mal recompensada; al año siguiente, precisamente, aparecen en el país los primeros filones auríferos. Concierto de lamentaciones de los financieros... Si lo hubiesen sabido... Avalancha de Johannesburgo: 3.000 habitantes en 1887, más de 100.000 en 1896, aventureros de todas las procedencias y de todos los pelajes, ingleses, americanos, alemanes, y sobre todo judíos, que han venido incluso desde Lituania. Aquellos extranjeros, aquellos «uitlanders», aquellos intrusos, amenazan con sumergir, desde dentro, la república campesina de Kruger, que Cecil Rhodes, desde el exterior, se dispone a desbordar.

Ya que Rhodes continúa a vivo ritmo la ejecución de su plan, exterminados los zulúes, Basutolandia es anexionada por El Cabo. En Bechuanalandia, tras la negativa de Kruger de conceder a Rhodes un pasillo de acceso hacia el Norte, unos contingentes británicos expulsan a sus comandos; el país es declarado protectorado británico hasta el paralelo 22 (1885). Más allá, los Matabeles, rechazados por los holandeses en 1837 al sur del Zambeze, simulan negociar con los Boers, a finales de 1887, cuando una misión británica dirigida por Moffat (un compañero de Livingstone) apremia a su rey, Lo Bangula, a firmar un pacto de amistad (11 de febrero de 1888), seguido, el 30 de octubre, de un acuerdo para la concesión de minas, negociado por Rudd, Maguire y Thompson en Bulawayo. Al cabo de seis meses de gestiones en Londres, y gracias a una generosa distribución de propinas (10.000 libras, por ejemplo, al irlandés Parnell), se constituye una compañía dotada de Carta para la explotación de aquellas regiones (29 de octubre de 1889). Los duques de Aberncorn y de Fife, así como George Grey, adornan con su decorativa presencia el Consejo de Administración de aquella «British South African Cy», más conocida por el nombre de «Chartered», cuyo capital de un millón de libras ha sido suministrado en gran parte por la De Beers (300.000 libras), la Goldfields, Rhodes y sus socios. Un primer convoy de pioneros, escoltado por Johnson, expedido el 27 de junio de 1890, llega a Salisbury el 11 de septiembre. Hacia los grandes lagos, un pasillo entre Nyasa y Tanganika es concedido en 1890 por Alemania y Portugal, que en junio de 1891 consienten asimismo en la construcción de una línea de ferrocarril entre Salisbury y el puerto de Beira, en Mozambique. En 1892, el Dr. Jameson toma pretexto de las incursiones que realizan los Matabeles para diezmar a sus guerreros en Bulawayo; la ciudad no tardará en enlazar con Mafeking por el telégrafo y por una línea de ferrocarril,

terminada en 1897. Parece que nada podrá detener la ambición de Cecil Rhodes, primer ministro de El Cabo desde 1890, cuando su lugarteniente Johnson, con su temeridad, amenaza con comprometerlo todo.

Kruger, que ha reforzado su posición por medio de una alianza defensiva con el estado de Orange en 1889, persiste en denegar la igualdad de derechos a los «uitlanders»; la Constitución de 1890 les prohibe el acceso al «Volkraad» e incluso a las escuelas; Cecil Rhodes le reprocha las tasas con que grava los productos británicos de importación, el favorecer la construcción de las vías férreas portuguesas, el ejercer un verdadero monopolio sobre la venta de dinamita y de cianuro, indispensables para los prospectores, y, como su familia es alemana, el buscar un apoyo en su país de origen. Una entrevista entre los dos personajes en Pretoria, en 1894, no arregla nada. El «viejo zorro» se mantiene en sus posiciones. Los «Reformers», revisionistas, agrupados en la «Unión nacional», preparan, por instigación de un judío, Lionel Philips, que no tardará en ser condenado a muerte, un levantamiento en Johannesburgo para la Navidad en 1895, pero en el último momento renuncian a él. Demasiado tarde. A pesar de los vanos esfuerzos de Cecil Rhodes para evitarlo, Jameson, que debía secundar su acción, reclutando 1.500 jinetes y concentrándolos en la franja concedida al ferrocarril junto al Transvaal, se lanza solo, el 30 de diciembre, con unos 700 hombres, contra la ciudad. Dos mil boers que le cercan en una emboscada en Doornkop, el 2 de enero de 1896, le causan 65 muertos y 35 heridos, y le hacen prisionero con el resto de la tropa. Liberado a cambio de un rescate, será condenado a dieciocho meses de prisión en Inglaterra. Kruger impone a los «Reformers» una multa de 25.000 libras. En cuanto a Rhodes, se ve obligado a dimitir simultáneamente de sus cargos de primer ministro de El Cabo y de presidente de la «Chartered», aunque su influencia sigue siendo tan grande que el 13 de octubre de 1896 logra apaciguar una revuelta de los Matabeles que en número de 15.000 rodeaban Bulawayo desde el 26 de marzo. Asimismo, cuando comparece en Londres ante una comisión de encuesta en 1897, puede estar seguro de la indulgencia de sus compatriotas.

La posición de Kruger, reelegido para un período de cinco años en febrero de 1898, se ha visto fortalecida por la elección de su amigo Stein para la presidencia del estado de Orange. Pero el gesto espectacular de Guillermo II, que le ha dirigido un telegrama de felicitación por el fracaso de la incursión de Jameson (el secretario para los Asuntos Exteriores, von Biberstein, y el director de las Colonias, Paul Kayser, preconizaban incluso un desembarco en la bahía de Delagoa, en Lourenço-Marques), lejos de aportarle un apoyo, ha servido para enajenarle las simpatías francesas y para empeñar más a Inglaterra contra la obstinación de los Boers, presentados ahora por determinada prensa como «los opresores de los negros» (la conciencia puritana queda así tranquilizada). Con su inestabilidad habitual, el emperador germano, que ha recibido cordialmente a Cecil Rhodes cuando éste le ha visitado para solicitar autorización para hacer pasar su línea telegráfica de Tanganika a través del territorio del Este africano, se ha dejado neutralizar, en efecto, por una oferta de reparto de las colonias portuguesas (acuerdo secreto Hatzfeld-Balfour del 30 de agosto de 1898, prometiéndole Angola, vecina del Sudoeste africano). En cuanto a Francia, está demasiado dividida por el caso Dreyfus para que su voz pueda hacerse

oír en el mundo. De modo que Kruger se encuentra completamente aislado ante su nuevo adversario, sir Alfred Milner, gobernador de El Cabo, alto comisario en Africa del Sur, tan decidido como Cecil Rhodes a imponer la voluntad británica.

Una entrevista entre los dos hombres, en Bloemfontein, en junio de 1898, a propósito del plazo de residencia a exigir a los «uitlanders» para que les sea concedido el derecho de voto (¿cinco años, o siete años?), no desemboca en ningún acuerdo. La asamblea del Transvaal rechazará incluso una propuesta de Kruger que tendía a eximirles de la fórmula: «creyentes en la Biblia», presentada en 1899. Kruger reclama entonces un arbitraje internacional, que Milner rechaza. El 9 de octubre de 1899 exige el cese de las concentraciones de tropas a las cuales proceden los británicos: el 12, Inglaterra replica con una declaración de guerra. Robert Cecil, marqués de Salisbury, presidente del Consejo, demasiado viejo para correr aventuras, se ha dejado arrastrar al conflicto por los «unionistas» de su gabinete, lord Hartington y sobre todo el imperialista Joseph Chamberlain. Los liberales están divididos: Henry Campbell-Bannerman, jefe del partido, y Lloyd George se muestran reticentes, en tanto que Archibald Philip Primrose, conde Rosebery, antiguo titular del Foreign Office, marido de una Rothschild, incita a la acción. Entre los laboristas, James Keir Hardie, hostil, se opone al rico marxista Hyndman, judío, agente de Bolsa y «colonialista» de circunstancias.

Sin esperar el ataque, los Boers, con sus 50.000 hombres, resistentes, excelentes tiradores, montados en su mayor parte, pero sabiendo utilizar trincheras y alambradas, toman la iniciativa de las operaciones, rodean a White en Ladysmith, al este, en Natal, a Baden-Powell en Mafeking, al oeste, en Bechauanalandia, ponen sitio a Kimberley, al norte del estado de El Cabo y deshacen, en diciembre, las tres columnas de socorro enviadas para liberar aquellas ciudades: la de lord Methuen, 7.000 hombres, en Magersfontein, la de Gatacre, 4.000, en Stormberg, y la de sir Redvers Buller, 20.000 hombres, en el Tugela. Sometido a la prueba del fuego, el ejército inglés, a pesar de la reforma de Caldwell (bajo Gladstone, que suprimió la venta de los grados y redujo la duración de los compromisos a unos períodos de tres a diez años, en vez de doce a veinte), se ha mostrado absolutamente inferior a sus adversarios, mejor mandados por el general Joubert, Cronje, Botha, Delarey, De Wet y Smuts.

Aplastados e internados en campos de concentración

Humillado en su orgullo, el chauvinismo británico se despierta; agrupa sus fuerzas y moviliza todos los recursos de su Imperio. Colocados al frente de 150.000 hombres de refuerzo, vestidos por primera vez de kaki, los jefes más prestigiosos, el mariscal lord Roberts, vencedor del Afghanistán, y lord Kitchener, de Kartum, consiguen romper el cerco de Kimberley (el 15 de febrero de 1900, por medio de una carga de caballería de French) y de las otras dos ciudades situadas, obligan a Cronje y a Prinsloo a capitular en Paardeberg el 27 de febrero, ocupan Ladysmith en 28 de febreró. Bloemfontein el 13 de marzo, Mafeking el 17 de mayo, Johannesburgo el 31 de mayo y

Pretoria el 5 de junio. Incapaces ahora de enfrentarse al enemigo en una batalla formal, ¿se entregarán los Boers? Ni pensarlo. Sin aceptar la anexión decretada el 25 de octubre de 1900, sus guerrillas continúan la lucha, no sin éxito a veces (por ejemplo, cuando Delarey logró cercar a las tropas de lord Methuen). Muerto Joubert el 28 de marzo, y Cronje prisionero en Santa Elena, Botha y De Wet siguen combatiendo, en tanto que el viejo Kruger ha huido a finales de marzo por Lourenço Marques y recorre desesperadamente Europa, en busca de hipotéticos apoyos (Guillermo II se niega a recibirle, condecora a lord Roberts y prodiga los consejos militares a su tío, el príncipe de Gales). Fracasada una propuesta de mediación presentada por Mouraviev en marzo, a Delcassé no se le ocurre nada mejor que meter a los Estados Unidos en el asunto.

Furiosa por haber sido mantenida en jaque de aquel modo, la City y sus generales alimentados con la Biblia reaccionan al estilo de Cromwell contra los irlandeses, utilizando el procedimiento de la tierra quemada, destruyendo las granjas, incendiando las cosechas, degollando al ganado y encerrando a las mujeres y a los hijos de los combatientes en campos de concentración (hay doce de ellos en Transvaal en mayo de 1901), donde los desdichados mueren a millares. El principal responsable de aquellos «métodos bárbaros», según los definen los propios Campbell-Bannerman y Lloyd George, el 14 de junio de 1901, es sir Alfred Milner, el alto comisario en El Cabo. Pero la frase de Paul Bourget, «Nuestros actos nos siguen», es tan válida para los pueblos como para los individuos: aquella innovación inhumana, extendida a escala mundia por los profetas del comunismo, se volverá un día contra sus autores. Sin embargo, la guerra le cuesta cara a Londres: casi dos millones de libras por semana, con un total de 250 millones de libras; 21.942 muertos, de ellos 5.774 en combate, y 22.829 heridos sobre un total de 448.725 soldados, 200.000 de ellos llegados de todos los rincones del Imperio... ¡contra 60.000 Boers! Inglaterra está fatigada y, además, no tiene la conciencia demasiado limpia. Los más implacables de los imperialistas, lord Rosebery y Asquith, renuncian a «liquidar» a los Boers, que deponen las armas en Vereeniging, el 25 de marzo de 1902 (víspera de la muerte de Cecil Rhodes). Unos preliminares son firmados el 15 de mayo y una paz honrosa concluida en Pretoria, el 31. A fin de cuentas, los partidarios de cierta generosidad se han impuesto: se asigna una indemnización de reconstrucción de tres millones de libras a los Afrikanders arruinados, cuyos generales supervivientes, De Wet, Botha, Delarey y Smuts, reciben en Londres una acogida muy deportiva. A cambio de la igualdad de derechos «para todos los hombres civilizados al sur del Zambeze», según la fórmula de Cecil Rhodes (por otra parte partidario de una evolución paralela en la segregación, en otras palabras, del «apartheid»), se concede una amplia autonomía a los estados de Orange y de Transvaal en el seno de la Unión sudafricana, que el 20 de septiembre de 1901 obtendrá el estatuto de Dominio.

El «clan sudafricano» sella la solidaridad anglo-norteamericana

En aquella fecha se establecen en el país 50.000 judíos, de ellos 20.000 en El Cabo y 15.000 en Transvaal. Las logias «B'nai B'rith», que proliferan

rápidamente en la Unión, crean en ella nuevos lazos con los Estados Unidos. Mientras que, de la colaboración de Wall Street y de la City nace en Londres, frente al clan «orangista» tradicional, un clan «sudafricano», en el que dominan los judíos alemanes, a menudo teledirigidos por Norteamérica. Decididamente, el «Sueño de la Paz» de Henry Pereira Mendes toma cuerpo. Compartiendo la misma visión, Joseph Chamberlain expresaba en 1895, cuando un arbitraje acababa de poner fin a una seria querella entre lord Salisbury y el presidente Grover Cleveland a propósito de Venezuela, la esperanza de «ver en el futuro los dos emblemas (bandera estrellada y Union Jack)... ondear juntos para la defensa de una causa común, que será la de la humanidad y de la justicia». Elevado pensamiento, nobles palabras, en verdad... Lástima que las «potencias del bien», como dirá Churchill, inaugurasen su cruzada con unos conflictos tan manifiestamente inmorales y sórdidos como la guerra de Cuba para la una y la del Transvaal para la otra.

Pereira Mendes, profeta de las guerras infernales

En espera de las guerras infernales, segunda tabla, del díptico presentado por Pereira Mendes. En ese punto, Cecil Rhodes, perfectamente informado, coincide curiosamente con nuestro profeta. «El futuro es una alianza de Francia, de Rusia y de Inglaterra», declaró sin rodeos a Gabriel Hanotaux, en París, en 1899, el mismo año de la publicación de «Looking ahead». Contra Alemania, desde luego. Triple Entente contra Triple Alianza. El enfrentamiento de los dos bloques, que conducirá a Europa a su perdición, está decididamente en el aire.

Hasta entonces, Bismarck en Berlín y Hanotaux en París han trabajado precisamente en mantener el equilibrio europeo, antaño tan buscado por Metternich. Tejiendo una complicada trama de alianzas y de contra-seguros, calculada para situar a Francia en la imposibilidad de buscar algún día la revancha, el canciller de hierro no ha perdido de vista aquella preocupación. Le hemos visto atraer a la alianza alemana contra la Francia clerical a Andrassy y a Crispi, pero también constituir, en mayo-junio de 1873, una especie de nueva Santa Alianza, por medio de un acuerdo entre los tres emperadores. Después de las entrevistas de los soberanos Francisco José y Alejandro II con Guillermo I, en Berlín, los días 8 y 9 de septiembre de 1872, una convención defensiva germano-rusa, previendo la intervención de 200.000 hombres en caso de ataque, ha sido firmada el 6 de mayo de 1873, un acuerdo de consulta autro-rusa le ha seguido el 6 de junio, con la adhesión de Alemania el 22 de octubre. Es cierto que las relaciones con Petersburgo se han enfriado cuando Bismarck ha llevado demasiado lejos su política de intimidación con respecto a Francia en 1875, y sobre todo cuando ha frenado en el congreso de Berlín de 1878 las ambiciones paneslavistas en los Balkanes, y concluido con Austria, el 7 de octubre de 1879, una alianza defensiva en la cual Rusia, a pesar del deseo de Guillermo I, ha sido mencionada como adversario eventual. Pero el zar, preocupado por su aislamiento y por las conversaciones entabladas por la Wilhemtrasse en Londres, el 16 de septiembre de 1880, ha renovado el contacto el 29 por medio de Sabourof, y el sucesor de Andrassy, intimidado por su parte, ha sido asimismo inducido por Bismarck a renovar, el 18 de junio de 1881, la

entente de los tres emperadores. En aquellos acuerdos se establecía que Rusia permanecería neutral en caso de conflicto entre Alemania y Francia, y los otros dos estados, en caso de conflicto ruso con Inglaterra, y, además, en los Balkanes, que Austria podría anexionarse la Bosnia-Herzegovina, y Rusia incorporar la Rumelia a Bulgaria.

Poco después, aprovechando el descontento suscitado contra Francia en Italia por la ocupación de Túnez, el canciller alemán lograba deshelar las relaciones austro-italianas, convencer al rey Humberto para que se detuviera en Viena y visitara al emperador Francisco José antes de dirigirse a Berlín. Sellando aquella reconciliación, el tratado del 20 de mayo de 1882, concluido por cinco años, constituyó la «Triplice». A raíz de su reconducción, el 20 de febrero de 1887, a cambio de concesiones a Austria en los Balkanes, Italia recibió una promesa de apoyo alemán en Tripolitania. Y Bismarck fue lo bastante hábil para inducir a lord Salisbury a negociar con sus dos socios para el mantenimiento del «statu quo» en el Mediterráneo (intercambio de cartas del 12 de febrero de 1887, sobre la base Egipto a cambio de Tripolitania, al cual se asociaron Austria y España, los días 24 de marzo y 4 de mayo). Para el canciller, aquella negociación no es más que el preludio de una tentativa de acercamiento con Inglaterra, iniciada por Herbert von Bismarck y el jefe conservador (primer ministro desde julio de 1886) de enero a marzo de 1889, que desembocará en el arreglo de las diferencias entre los dos países en Africa y en la cesión a Alemania de la base de Heligoland por la convención del 14 de junio de 1890.

En aquel concierto europeo, del que Birmarck se ha convertido en jefe de orquesta, procura no olvidar a Rusia: cuando el zar Alejandro III se muestra poco dispuesto a reconducir la entente de los tres emperadores, se contenta, el 18 de junio de 1887, con un simple contra-seguro, en forma de una convención de neutralidad recíproca. El advenimiento de Guillermo II, el 15 de junio de 1888, es sobre este punto precisamente (y también sobre la política social, más atrevida, del soberano, inspirada por su preceptor, el calvinista Hinzpeter, pero sobre todo, en 1887, por el general von Waldersee y el Pastor de la Corte Stoecker) que versa el desacuerdo que provoca, el 18 de marzo de 1890, la dimisión del canciller, muy apartado ya de los asuntos públicos, a propósito de agravios secundarios (para Bismarck: no-comunicación previa de proyectos ministeriales, con desprecio de la orden de gabinete del 8 de septiembre de 1852; para que el emperador: entrevista privada del jefe del gobierno con Windhorst, el 14 de marzo de 1890, y no-comunicación de despachos relativos a unas concentraciones rusas). Temiendo el ascendiente del general von Waldersee sobre su soberano, el barón Fritz von Holstein (que, tras haber suministrado a Bismarck los medios para desacreditar a su jefe de misión, Arnim, en París, acaba de proporcionar a Guillermo II los pretextos necesarios para librarse del canciller) y su amigo el conde Philip von Eulenburg consiguen apartarle del poder, en beneficio del general von Caprivi. Por instigación de aquellos malos consejeros, el Kaiser, olvidando la promesa hecha a su padre en su lecho de muerte «de permanecer en buenas relaciones con Rusia», no vacila en romper aquel lazo, por débil que sea. Primer error, y error capital, que no tarda en comprometer el frágil equilibrio del edificio diplomático pacientemente construido por Bismarck.

Acercamiento franco-ruso

En efecto, Francia ve en ello el medio para salir de su aislamiento. La guerra ruso-turca y la campaña antijudía, al descartar la competencia de los Rothschild, han proporcionado ya a sus banqueros la ocasión de introducirse en Rusia en octubre de 1880, como ya hemos explicado anteriormente; el cierre del mercado financiero de Berlín, en el curso del otoño de 1887, ha permitido el lanzamiento de un empréstito de 125 millones de rublos-oro, emitido al 88 %, a finales de 1888, y de otro, al 93 %, en enero de 1889. Al lado de aquellos hombres de negocios (de los cuales se separa, en la circunstancia, el economista Leroy-Beaulieu), los revanchistas a ultranza, el general Boulanger, miembro del gabinete Goblet en 1887, Paul Déroulède y su «Liga de los Patriotas» (que replica a una visita amistosa de la madre de Guillermo II a París con una manifestación hostil, el 18 de febrero de 1890), el salón político de Juliette Adam, apoyados por una prensa fácil de influenciar, empujan con todas sus fuerzas a la alianza rusa. Ministro de Asuntos Exteriores del gabinete Freycinet, Alexandre Ribot pone los primeros jalones: visita del gran duque Nicolás, en mayo de 1890, misión del general De Boulanger, miembro del gabinete Goblet en 1887, Paul Déroulède y su «Liga embargo, en Petersburgo, el homólogo del ministro francés, De Giers, yerno de Gortchakoff, aunque de origen judío, más bien germanófilo, se ha mostrado muy reticente. Pero, a raíz de la renovación anticipada de la «Triplice» (6 de mayo de 1891), la alusión hecha por Italia, el 29 de junio, a los acuerdos mediterráneos concluidos en 1887, le inquietan. Responde a ellas, el 18 de julio, mostrándose mucho más amable con el embajador de Francia, Laboulaye, invitando a la escuadra francesa a fondear en Cronstadt (23 de julio-5 de agosto), y con un intercambio de cartas, comportando el compromiso de consultarse en caso de crisis.

Titular del Quai d'Orsay también con Emile Loubet, Ribot conduce la negociación en el terreno militar. Desbrozado el camino por una misión de Jules Hanssen en Copenhague y por una nota del jefe de Estado Mayor, general de Méribel, Alejandro III aprueba las conversaciones del general De Boisdeffre con el general Obroutchef: el acuerdo concluido el 18 de agosto de 1892 prevé que a una movilización de la Tripe Alianza respondería automáticamente la de 1.300.000 franceses y de 700.000 a 800.000 rusos, pero que Francia no intervendría efectivamente más que en el caso de que Alemania apoyara a Austria contra Rusia. Sin embargo, la ratificación de aquella convención por el zar se hizo esperar dieciséis meses. El escándalo de Panamá (que provocó la caída de Loubet y de Ribot) incitó a Petersburgo a la prudencia. Fue preciso que sus relaciones con Alemania se emponzoñaran un poco más, que una barrera proteccionista, levantada por Berlín en 1890, perjudicara sus exportaciones agrícolas, que la adopción del plan Schlieffen, previendo una guerra en dos frentes, y el aumento subsiguiente de los efectivos alemanes en 84.000 hombres en julio, suscitaran en él nuevos temores, para que Alejandro III se decidiera finalmente, el 27 de diciembre de 1893, a dar su firma (Francia ratificó la convención el 4 de enero siguiente). El 13 de octubre de 1893, la escuadra rusa fue recibida en Tolón. La entente se confirmaba y se concretaba. Pero conservaba su flexibilidad.

Los apoyos del equilibrio desaparecen

Tanto más por cuanto, sobre el escenario diplomático, van cambiando los protagonistas. El 30 de mayo de 1894, Gabriel Hanotaux entra en el Quai d'Orsay, en el gabinete Charles Dupuy y se mantendrá en él, bajo Alexandre Ribot el 27 de enero de 1895 (salvo un breve eclipse, el 1 de noviembre de 1895 al 29 de abril de 1896), con Méline, hasta el 11 de junio de 1898. El 1 de noviembre, en la Wilhemstrasse, el príncipe Clovis von Hohenlohe reemplaza a Caprivi (2) y, el 20 de octubre de 1894, Nicolás II sucede a Alejandro III (3) y llama a Lobanoff a los Asuntos Exteriores, desde 1895 hasta 1898. En Londres, Robert Cecil, marqués de Salisbury, flanqueado de los unionistas e imperialistas lord Hartington y Joseph Chamberlain, asume el poder en junio de 1895. Entre aquellos diversos compañeros de juego, habrá que barajar de nuevo los naipes antes de reanudar la partida. Los múltiples arreglos coloniales concluidos en aquella época implican muchos giros y unos acercamientos sin futuro, especialmente entre Francia e Inglaterra, por una parte, y Alemania, por otra. Salido, como la mayoría de los políticos de su época, de las salas de redacción, de «La République française», ex jefe de gabinete de Jules Ferry, Gabriel Hanotaux posee una formación histórica demasiado sólida para dejarse colocar unos anteojos de corto alcance. Mantiene firmemente la entente con Rusia (a la que se han concedido ya más de 6.560 millones de préstamos), habla incluso de alianza en junio de 1895, acoge a Nicolás II en Cherburgo, París y Châlon, después del 5 de octubre de 1895, acompaña al presidente Félix Faure a Cronstadt, Petersburgo y Krasnoie-Selo el 23 de abril de 1896, aunque sin descuidar por ello sus relaciones con Alemania, autoriza a una escuadra a participar en la inauguración del canal de Kiel (18-22 de junio de 1895), resuelve con el príncipe de Hohenlohe (que en enero de 1896 ha hecho unas aperturas de colaboración colonial a Francia) la cuestión de las fronteras de Dahomey y de Togo (23 de julio de 1897). Aquella actitud le permite hacer frente en majores condiciones a las pretensiones británicas. Por no haber seguido aquella norma de conducta, su sustituto provisional Marcelin Berthelot, colaborador de Leon Bourgeois, el 28 de octubre de 1895, tendrá que dimitir el 28 de marzo de 1896 y arrastrará con él al ministerio, el 29 de abril. Motivo: contra la opinión del presidente y de Rusia, ha aceptado una carta de apaciguamiento de lord Salisbury, subsiguiente a una petición británica de anticipo de la Caja de la Deuda egipcia para sofocar en el Sudán la insurrección del Mahdi.

Delcassé refuerza la alianza rusa y separa a Roma de Berlín

La entrada de Delcassé en el Quai d'Orsay, bajo el pontífice radical Henri Brisson, el 28 de junio de 1898, imprime por el contrario a la diplomacia francesa una rigidez peligrosa. Sectario de formación, obstinado de carácter, ardiente en apoyar a los financieros comprometidos en los empréstitos rusos (no ha vacilado en escribir en «París», de Arthur Ranc, el

(1) En disentimiento, a propósito de los proyectos navales, con Holstein y la camarilla de la «Mesa redonda de Liebenberg»: Eulenburg, Moltke, Hohenau.
(3) Quien murió de un medicamento recetado por su médico judío Zakkarin (así como lo reveló Edgar Saltus en «The Imperial Orgy», Nueva York, págs. 212 a 214).

5 de noviembre de 1888, un artículo ditirámbico sobre un viaje del zar al Cáucaso, en el cual se lee que «Rusia ha duplicado sus fuerzas», y que ha levantado una tempestad en la prensa alemana, y, siempre con la idea de tranquilizar a los inversores franceses, en presentar el atentado terrorista contra Alejandro II como un simple accidente de ferrocarril). En cambio, aquel hombre de una sola pieza, dedicado únicamente a la idea de la revancha, se muestra de una frialdad glacial en sus relaciones con Berlín, Ignora la propuesta de Bülow a Hanotaux de apoyar a los Boers (junio de 1898), lo que ofende a Guillermo II y le incita a buscar una compensación en las colonias portuguesas (30 de agosto de 1898). Se olvida de invitar al emperador a la inauguración de la Exposición Universal de París (abierta antes de que esté terminada, el 14 de abril de 1900), a pesar de que Alemania está representada en ella con un notable pabellón. En cambio, ofrece sus buenos oficios a los Estados Unidos, encarga a Jules Cambon que prepare en Washington el arreglo de su conflicto con España y sugiere a Mouraviev que les incluya en la lista de las potencias que el ministro ruso propone reunir para arbitrar el conflicto del Transvaal. Pero la mayor parte de sus esfuerzos están dedicados a la conclusión de una entente con Londres, ya que, convencido como está de que la guerra ha de estallar próxima e inevitablemente, desde su llegada al poder se consagra a prepararla, trabajando en el cerco sistemático de Alemania.

Trazadas las líneas maestras de su plan, con sus consejeros habituales, los universitarios Ernest Lavisse y Victor Bérard, convoca en febrero de 1899 a sus embajadores, Paul Cambon, un amigo de Jules Ferry, al que ha nombrado inmediatamente para el puesto-clave de Londres, Jules Cambon, hermano del primero, entonces en Washington, Camille Barrère, en Roma, y Nisard, director de los Asuntos políticos, para poner a punto su aplicación. En primer lugar, reforzar la alianza rusa, lo que no presenta ninguna dificultad. En julio-agosto de 1899, Delcassé, de acuerdo con Loubet y Waldeck-Rousseau, devuelve en Petersburgo al conde Muraviev, adjunto del conde Lansdorf, ministro de Asuntos Exteriores desde 1898, la visita que el diplomático ruso le había hecho en París en octubre de 1898. Hay prolongadas entrevistas con el zar Nicolás II y el ministro de Finanzas de Witte, en Peterhof. El intercambio de cartas del 9 de agosto de 1899, que es su conclusión, tendrá sobre el futuro de Europa las consecuencias más graves, ya que amplía los acuerdos defensivos de 1892 a los intereses rusos en los Balcanes, campo de batalla del pangermanismo y el paneslavismo, dejados tan maquiavélicamente en presencia por el congreso de Berlín, fuerzas raciales elementales, animadas tanto por Bismarck y Gortchakoff como por Marx y Bakunin, y que, liberadas por el principio de las nacionalidades, tienden «a hacer degenerar las luchas de los pueblos en exterminios de razas», según la fórmula de Renan (en la «Revue des Deux Mondes», en 1870), de acuerdo en este punto con Proudhon. Así, por los desvelos de Delcassé, el detonador de la próxima guerra infernal está colocado, el mismo año en que aparecen las siniestras previsiones de Pereira Mendes («Looking Ahead»).

Aflojar a continuación los lazos de Italia con la «Triplice». Las circunstancias son favorables. El fracaso de la empresa etíope, sellado por el desastre de Adua en marzo de 1896, ha implicado la caída de Crispi, fiel aliado de Bismarck. Concentrando sus apetencias en la Tripolitania, más

próxima, el rey Víctor Manuel III y su presidente del Consejo, Zanardelli, se vuelven hacia Francia, cuyo consentimiento desean obtener, al mismo tiempo que el apoyo de la plaza de París para la conversión de sus rentas. En tales condiciones, un primer acuerdo sobre Túnez es concluido por Barrère, el 21 de noviembre de 1898. Sigue un intercambio de cartas, el 4 de enero de 1901, por el cual los dos países se conceden mutuamente la libertad de acción, Italia en Tripolitania y Francia en Marruecos. Los días 1 y 2 de noviembre, finalmente, se concede una especie de contra-garantía a Roma, enfrentada con Viena a propósito de Albania; en compensación, Prinetti ha dado al pacto de la Triple Alianza, renovado el 28 de junio de 1902, una interpretación restringida al solo caso de un ataque, no provocado, por parte de Francia. La visita de la escuadra italiana a Tolón, en abril de 1901, la concesión de un préstamo de 400 millones a Italia, en noviembre de 1902, las estancias del rey Víctor Manuel III en París en octubre de 1903 (señalada por la firma de una convención de arbitraje), y del presidente Loubet en Roma, en agosto de 1904, mantienen entre las dos potencias latinas la amistad recobrada.

Ayuda a Eduardo VII, primo hermano de sir Ernest Cassel...

Finalmente, y sobre todo, liquidar los litigios pendientes con Inglaterra, sin la cual, como todo el mundo sabe, ninguna coalición es viable en Europa. La retirada de Francia en Fachoda ha hecho posible aquel acuerdo. La muerte de la reina Victoria, el 22 de enero de 1901, y el advenimiento de Eduardo VII, proclamado el 27 de enero, facilitan singularmente su negociación. Centro de la intriga que se entreteje, el viejo príncipe de Gales lleva con él al trono a un mundo equívoco, que hace de su reinado un digno equivalente del Segundo Imperio en Francia. Nacimiento, por parte de su padre, el príncipe consorte, dudoso. Se dice que en el momento de casarse con la joven reina Victoria (hija del duque de Kent y de una princesa de Sajonia-Coburgo Saalfeld, hermana de Leopoldo II de Bélgica), su primo hermano Alberto de Sajonia-Coburgo Gotha, que le gustaba mucho, sólo fue aceptado después de una discreta investigación que demostró que había escapado a una enfermedad hereditaria entre los Coburgo (enfermedad que los Battenberg transmitieron a varias dinastías europeas), simplemente porque, según Mr. Jacques Chastenet, su madre «había otorgado sus favores a un israelita ennoblecido y convertido en chambelán» (intendente de la duquesa de Sajonia). Aquellas gotas de «sangre verde» que circulaban por sus venas, ¿bastan para explicar sus aficiones? Lo cierto es que se reveló muy pronto como un sibarita, más inclinado a los tráficos de Bolsa, los caballos, el champán y las mujeres que al estudio y las tareas de gobierno. Hasta el punto de que la reina, su madre, le tenía por un «estúpido», aunque no carecía de talento.

Privado de dinero desde su juventud, se resarcía con sus invitaciones a sus amigos Rothschild, los tres hijos de Lionel, Alfredo, Leopoldo (del cual será testigo de boda) y Nathaniel. Agradecido, estimula a lord Rosebery a ingresar en la familia por medio del matrimonio. En Carlton House, visita con frecuencia a lady Waldegrave, hija de un cantante judío, la cual, casada tres veces, ha conservado el nombre de su primer marido. Más tarde, en su casa, en Marlborough House, los Rothschild se reúnen con los Sassoon,

descendientes de un gran rabino de Bagdad, cuyos establecimientos se escalonan en Asia, desde Alejandría hasta Hong-Kong, los Bischoffsheim, los Erlanger, etc.

El riquísimo barón Maurice de Hirsch, cuñado de Luis Bischoffsheim, que ha invitado a Eduardo en diciembre de 1886 a sus cacerías en Hungría en compañía de su «protegido» el archiduque heredero Rodolfo de Habsburgo, se impondrá (en París en marzo-abril de 1890) sobre sus rivales para subvenir (hasta su muerte el 21 de abril de 1896) a las necesidades del príncipe. Le sucederá en la confianza de éste en 1897, introducido, por él, sir Ernest Cassel, el hombre con el cual el rey permanecerá más unido hasta el final de su vida. Hijo de un usurero de Colonia, colaborador de Bischoffsheim y de Goldschmidt en la City, aquel financiero consiguió, gracias a la protección de lord Cromer, amasar una fortuna en Egipto, y luego en Uruguay y en Marruecos. Hecho baronet y consejero privado, será el amigo más intimo, el confidente de Eduardo VI, el último que hablará con él en su lecho de muerte. ¿Llamada de la sangre? Es posible. Ya que aquel otro Morny, descendiente legítimo del ilustre chambelán, verdadero abuelo del soberano, era, a fin de cuentas, su primo hermano.

Aparte de aquellos magnates de la alta finanza, a los cuales se unen los Arthur Faget, corredores de apuestas del príncipe e intermediarios suyos en la Bolsa, el banquero yanqui Chauncey Depew, el embajador y hombre de negocios Whitlaw Reid, etc., el cortejo del emperador de las Indias, nabab moderno, se compone, a guisa de «men at arms», de los «paladines» del clan sudafricano cantados por Hilaire Belloc, los Abu, Beit, Eckstein, Oppenheim, Wernher y otros. Vienen a continuación las damas de la Corte: «professional beauties» (no nos equivoquemos, se trata de mujeres de mundo), ricas norteamericanas, casadas con lord Tankerville y lord Yarmouth, lady Paget, Daisy de Pless, casada con un príncipe alemán. Mme. Maddington, esposa del embajador de Francia; buenas amigas de París, Mme. Edmond de Pourtalès, Mme. de Mouchy, nacida Murat, la baronesa Alphonse de Rothschild, la princesa de Sagan, hija del banquero Seillière; artistas y *demimondaines*, Sarah Bernhard, Adelina Patti, Anna Deslions, la Païva, Hortense Schneider, y sobre todo su «maharani» escocesa, Mrs. George Keppel, Alice, que goza de toda la confianza de sir Ernest. Ya que la camarilla que rodea a Eduardo VII vela para que no se ejerza sobre él ninguna influencia nociva: cuando lady Warwick se aventura a censurar el acercamiento a Francia, recibe una amonestación de lord Esher, que «le ruega que no vuelva a hablar a Su Majestad de política». Después de sir Ernest, que tiene acceso al soberano a cualquier hora del día, amasa a la sombra del trono (mientras construye el Metro de Londres) una inmensa fortuna (valorada en ocho millones de libras, a su muerte, en 1921) y se dispone a entrar en la familia real casando a su nieta con el príncipe Louis de Battenberg (lord Mountbatten, futuro virrey de la India), el amigo más íntimo de Eduardo es en efecto aquel lord Esher, nacido de madre francesa, espíritu delicado aunque sin grandes luces, que recibe de sir Ernest Cassel (hasta junio de 1904) una pensión anual de 5.000 libras y una participación del 10 % en sus especulaciones en Bolsa, y controla las actividades del cenáculo que trabaja activamente en la conclusión de la «entente cordiale» (sir John Fisher en el Almirantazgo, sir Charles Harding en el Foreign

Office, lord Knollys y el germanófobo Luis de Soveral, ministro de Portugal en Londres).

...a concluir la «Entente cordiale»

El momento no está mal escogido. Una veleidad de acercamiento a Alemania acaba de fracasar. La firma del acuerdo secreto del 30 de agosto de 1898 sobre el reparto de las colonias portuguesas, privando al presidente Kruger del apoyo germano, había estimulado a Joseph Chamberlain a iniciarlo por medio de un discurso el 29 de noviembre de 1899. Cambiando completamente su postura de 1896, Guillermo II, a su regreso de Palestina en octubre de 1898, había previsto incluso la posibilidad de prestar su apoyo a Inglaterra contra Francia. En los funerales de la reina Victoria, su abuela, su actitud recogida y sus atenciones habían producido una excelente impresión sobre los ingleses. Pero su atractivo no produjo el menor efecto en Eduardo VII, en su visita a Alemania, a principios de 1901. Y las sugerencias en Londres de su consejero de embajada von Eckardstein, casado con la hija de un gran industrial británico, con vistas a la conclusión de un acuerdo defensivo, en mayo de 1901, encontraron escaso eco en Salisbury, y una sorda hostilidad por parte de su sucesor en el Foreign Office, Lord Lansdowne (nieto del general de Flahaut). Una nueva entrevista entre los soberanos, en Hamburgo (agosto de 1901), no condujo a ningún resultado positivo; por el contrario, sus segundos, Bernard von Bülow, secretario de Estado para los Asuntos Exteriores desde 1897, convertido en canciller gracias al apoyo de Eulenburg, en octubre de 1900, y Chamberlain intercambiaron unos comentarios a propósito de los Boers y, por inadvertencia, Eduardo VII cometió el error de entregar al Kaiser una memoria confidencial de lord Landsdowne para su uso personal. Rechazado en diciembre el ofrecimiento hecho a Inglaterra de ingresar en la Triple Alianza —«todo o nada», hasta cierto punto—, se produjo la ruptura. Bernard von Bulow, que veía en el entendimiento con París, en 1896, el medio de presionar a Londres, se congratula de ello. Consejero íntimo del emperador, Holstein (que domina a Bülow por la correspondencia amorosa de su mujer, la princesa italiana María de Camporeale, con el pianista Karl Tausig), no se molesta por tanto: tilda de «farsa» la entente franco-británica y considera imposible un acercamiento anglo-ruso.

Aparte de las relaciones poco amistosas entre Eduardo VII (vejado por haber tenido que cederle su dormitorio de lujo en Viena) y su «ilustre sobrino» y «valeroso poltrón» Guillermo II, el cual le califica a su vez de «viejo pavo real», motivos más profundos se oponían a un acuerdo duradero entre sus dos países. Alemania, en plena expansión demográfica (51 millones de habitantes en 1893, 67,8 en 1914), industrial (en 1900, su producción de acero alcanzó 7.311.000 toneladas, contra 5.489.000 de Inglaterra), comercial (1.300 millones de marcos con el extranjero en 1870, 7.683 en 1890, 10.796 en 1900, 22.500 en 1913) y marítima (tonelaje de la marina mercante triplicado en treinta años), se revelaba en todos los mercados una competidora peligrosa: en Europa, con exportaciones de 3.700 millones de marcos en 1900, contra 3.100 de Inglaterra, y 6.100 contra 4.500 en 1911, y también en América del Sur, donde gracias a unos créditos de dieciocho meses había

pasado a conquistar el comercio del Brasil, de la Argentina y de Chile. En conjunto, en 1913, el comercio exterior británico se cifra en 35.000 millones de francos (se ha duplicado desde 1875), en tanto que el de Alemania, con 24.000 millones se ha cuadruplicado y supera al de los Estados Unidos: 21.000 millones. ¿Iba a disputar también la supremacía naval a la Gran Bretaña? La frase de Guillermo II: «El futuro de Alemania está en las aguas», pronunciada en 1896 ante la Sociedad Colonial (filial de la Liga pangermanista «Alldeutscher Verband», fundada en Berlín por el explorador Karl Peters en abril de 1891, y dirigida desde 1893 por un profesor de Leipzig, Ernst Hasse, que en 1905 escribirá un libro intitulado «Deutsche Politik»), había sido interpretada como un desplante, pero, temiendo tardíamente la vecindad de una poderosa Unión Sudafricana dominada por Inglaterra para sus colonias limítrofes, he aquí que aquellos mismos medios estimulaban la puesta en marcha de un programa naval destinado a alcanzar en 1912 nada menos que las dos terceras partes de la «Royal Navy»... La primera fase, presentada por el almirante von Tirpitz el 14 de abril de 1898, debía aumentar a 50, en vez de 22, el 14 de junio de 1900, el número de las grandes unidades alemanas, contra 147 británicas. Y las construcciones continuarían, al ritmo de cuatro buques por año, hasta mayo de 1906-noviembre de 1907, y de dos a partir de entonces. Ante aquella amenaza, Inglaterra reaccionó buscando nuevas alianzas, empeñándose ella misma en la carrera de armamentos, mientras se esforzaba en interrumpirla por medio de negociaciones, destruyendo en fin la flota rival antes de que fuera demasiado tarde.

Habiendo adquirido conciencia de su debilidad militar en la guerra del Transvaal, la colaboración de Francia le parecía indispensable. Si bien es cierto que lord Lansdowne preparaba ya un acercamiento, antes del advenimiento de Eduardo VII, con Delcassé y Cambon, el nuevo rey (amigo ya de Gambetta, y luego de Waldeck-Rousseau y de Loubèt, así como de los marqueses del Lau y de Breteuil) desempeñó un papel primordial en la negociación del acuerdo. Recibido solemnemente Gran Maestre del Rito escocés en el Albert Hall, cuando sólo era príncipe de Gales, había esperado la llegada al poder de su amigo lord Rosebery para empezar a interesarse en los asuntos públicos. Sin embargo, esta vez fueron él mismo y sus colaboradores más directos los que se ocuparon de la cuestión, precedidas por unas entrevistas en Marienbad, entre Mme. Letellier (amiga de Clemenceau y esposa del propietario del «Matin») y el soberano, y una conversación entre Joseph Chamberlain y Paul Cambon, con ocasión de una cena en Marlborough House, el 28 de febrero de 1902, se entablan unas negociaciones con lord Landsdowne y sir Arthur Balfour sobre el Siam, las intrigas de Mac Lean en Marruecos, la neutralidad de Tánger, el mantenimiento de la puerta abierta en la eventualidad de un protectorado francés, etc. (los días 6 de agosto, 22 de octubre y 2 de diciembre de 1902). Obtenido un acuerdo sobre el principio de la negociación el 8 de abril de 1903, por orden del rey, una escuadra británica hace escala en Argel. Acompañado de sus inseparables Esher y Hardinge, Eduardo VII emprende un crucero hacia Lisboa y Nápoles, visita el Vaticano y, desde allí, se dirige a París (30 de abril-1 de mayo de 1903). Aunque la acogida oficial de Loubet, Brisson y Delcassé es naturalmente muy calurosa, la de la multitud no puede ser más hostil a su llegada. Pero unos halagos a Jeanne Granier, en la *Comedie Française* (muy

lógicos en un viejo frecuentador de los bastidores teatrales) y unas amabilidades protocolarias en el Ayuntamiento: «Me siento encantado al volver a París, donde me encuentro siempre como en mi propia casa», hábilmente difundidos por una prensa servil, bastan para que los papanatas cambien de actitud: a su partida, los parisienses aclaman en Eduardo VII al príncipe de Gales de antaño. La jugada está hecha. El 7 de junio, Emile Loubet es recibido calurosamente en Londres. Activada por Georges Gogordan, director de los Asuntos Políticos, y lord Cromer, que tiene prisa en ver levantada la hipoteca francesa sobre Egipto, la negociación oficial, reanudada el 7 de julio de 1903, desemboca el 8 de abril de 1904 en la conclusión de dos declaraciones relativas a Marruecos (manos libres para la gran Bretaña en Egipto y para Francia en Marruecos, y concesión de una zona a España, enfrente de Gibraltar) y al Siam, y de dos convenciones, que implican la renuncia al privilegio de la pesca en Terranova y la instauración de un condominio sobre las Nuevas Hébridas. De este modo Francia se encuentra ligada a Inglaterra para lo mejor y, sobre todo, para lo peor.

* * *

El Japón moderno, en plena expansión

Entretanto, las hostilidades han estallado entre Rusia y Japón: los nipones, de acuerdo con la mejor tradición de sus maestros ingleses, han atacado, por una simple ruptura de relaciones diplomáticas, a la flota rusa fondeada en Tchemoulpo, en la noche del 7 al 8 de febrero de 1904. Gran Bretaña, que no puede mantener a la vez relaciones hostiles con Rusia, malas con Alemania e inciertas con Francia, ha salido de su aislamiento concluyendo con el Japón, el 12 de febrero de 1902, un tratado de alianza.

El Imperio del Sol Naciente, saliendo de su letargo, se ha convertido, en menos de un cuarto de siglo, en una gran potencia moderna. Posee un ejército: 240.000 hombres, reclutados, de acuerdo con la ley del 10 de enero de 1873, en servicio obligatorio, organizado por oficiales alemanes; una flota, construida al principio (1869) por unos astilleros ingleses y, a partir de 1886, por unos astilleros nipones, bajo la dirección de Emile Bertin; una joven industria en pleno desarrollo, cuyas necesidades de mano de obra han permitido renunciar a la limitación de los nacimientos; en consecuencia, la población ha aumentado de 30 millones de almas en 1893 a 55 en 1914. El Estado, es decir, el emperador, en favor del cual los «daimios» han renunciado a sus feudos en 1871, ha puesto en marcha unos planes de desarrollo nacional y dirigido, sin trabas, con la colaboración de 2.382 europeos, de ellos 1.094 ingleses en 1883, aquella transformación sin precedente. En materia de finanzas, ha suprimido los billetes de los Chogoun y de los daimios, instaurado el mono-metalismo-plata en 1871, fundando bancos nacionales de tipo norteamericano (justificando unas reservas-oro del 40 % al principio, reducidas al 25 % en 1876, y una cartera complementaria de valores del Estado) y, por iniciativa del conde Matsukata, ministro de Finanzas en 1882, instituido sobre el modelo belga un Banco central, que se beneficia de un monopolio de emisión. La creación del «Yokohama Specie Bank», encargado de la Tesorería, y de bancos especializados, hipotecarios,

industriales y comerciales (incluidos para el exterior los del Hokkaido, Chosen-Corea y de Taiwan-Formosa) ha dotado al país de las estructuras necesarias para su desarrollo.

Por desgracia, en el terreno económico, la tendencia de los directores de fábricas a transmitir sus funciones a sus descendientes y el empuje de ciertos clanes comerciantes particularmente coherentes condujeron a la formación de un nuevo feudalismo. Pañeros de origen, pero también fundadores de la Bolsa, los Mitsui poseen un banco con un capital de 100 millones de yens. Su grupo, financiador de China y de Manchuria, controlará el 40 % de la producción de cereales, el 57 % de la hulla, el 40 % de las máquinas, el 85 % de la importación de lanas; la fortuna del clan será valorada en 7.000 millones de francos-oro en 1934; la del grupo, en 26.000 millones. En política, son tradicionalistas. Sus rivales liberales, los Mitsubishi, son más modestos. 50 millones de yens de capital nominal, 15.000 millones de fortuna (también en 1934). Aparte de otros muchos sectores, se interesan especialmente en los seguros, en el petróleo, en los bosques, en la industria aeronáutica. Muy atrás vienen los Sumitomo: 70 millones de capital, mil millones de fortuna; los Yasuda, etc. La institución de un Parlamento a lo occidental, de una Dieta, por el emperador Mutsuhito, el 11 de febrero de 1889, lejos de molestar a aquellos potentados les sirve más bien de cómodo biombo.

Resulta normal que en la estrechez de sus islas, aquel pueblo activo e ingenioso haya adquirido rápidamente conciencia, a ejemplo de la Gran Bretaña (de la que es hasta cierto punto equivalente en Asia), de su vocación industrial, comercial y marítima. Apenas modernizado, ha ocupado en el Pacífico lo que quedaba aún por tomar: las islas Bonin (Ogasawara) en 1873, las Riu-Kiu en 1875 (anexionadas en 1879), las Kuriles en 1875 (mediante la renuncia a su parte de un condominio establecido con Rusia sobre Sajalin en 1867). Luego ha concluido con Corea, en febrero de 1876, un tratado comercial que le da acceso a tres puertos, y fallido un golpe de Estado en Seul, en 1884, ha sabido esperar pacientemente hasta que, seguro de sus fuerzas, ha desembarcado en julio de 1894 en la península y, más tarde, en Chantong y en Formosa. Terminada la ocupación de Corea y Manchuria en marzo de 1895, ha obligado a China, por el tratado de Shimonoseki, en abril, a cederle aquellos territorios, más las islas Pescadores e incluso la península del Liaotung. Allí ha tropezado con las protestas de Rusia, apoyada por las otras potencias occidentales, que han hecho pagar su acuerdo con nuevas concesiones por parte de China: Port Arthur para Rusia. Kiao-tcheou para Alemania, Kuang-tcheou-wan, al sur de Cantón, el ferrocarril de Yunnan para Francia, y Wei-hai-wei para la Gran Bretaña.

Japón tropieza con el Imperio de los zares, explotando la anarquía de las sociedades secretas chinas

En adelante, el imperio de los zares se encuentra frente a frente no sólo con Inglaterra, sino también con el Japón en Asia, hacia la cual se dirige toda su fuerza de expansión. Desde 1860, los rusos han alcanzado Vladivostok y han avanzado por vía terrestre en Mongolia, Urga y Kalgan, en direc-

ción a Pekín. La construcción del Transiberiano, iniciada en 1892, no quedará terminada hasta finales de 1904, e incluso en 1906 para el tramo del lago Baikal. Procedentes del Turquestán, donde se han hecho dueños de la provincia de Kulga en 1873, penetran en 1881, por el valle del Ili, hacia el lago Balkasch. Y, ocupado en febrero de 1884 el oasis de Merv, amenazan el Afghanistán, donde un protectorado inglés ha tratado de establecerse en mayo de 1879 (tratado de Gandmax), instalan a un nuevo emir, conducen tres expediciones hasta abril de 1893. Franqueando el Kutch, se han apoderado de Pendjeh el 30 de marzo de 1885 y, al no haberse dejado intimidar por una demostración de la Royal Navy delante de Vladivostok, han logrado mantenerse allí con el asentimiento de la Gran Bretaña, el 10 de diciembre. Mientras el zar asume la iniciativa, el 30 de agosto de 1898, de una conferencia en La Haya para la limitación de los armamentos y la institución del arbitraje entre las naciones, y se esfuerza en poner fin al conflicto del Transvaal, el gobierno de Petersburgo, con el intercambio de cartas Mouraviev-Delcassé del 9 de agosto de 1899, estrecha sus lazos con Francia, que le ha anticipado 400 millones de francos-oro por la cesión en arriendo de Port Arthur en 1898.

Misiones y visitas se suceden en Petersburgo: la del general Delanne, que obtiene del general Sajarov el compromiso de llevar a cabo la movilización rusa en Europa en un plazo de catorce días (19 de junio-2 de julio de 1900), la del general Pendezec, jefe de Estado Mayor interino, el 12 de febrero de 1901, seguida de la promesa de una concentración de 300.000 hombres en la frontera afghana, en caso de conflicto franco-británico (23 de febrero de 1901), la de Delcassé, finalmente, a invitación del zar, el 21 de abril de 1901. El ministro francés de Asuntos Exteriores reclama la construcción de dos líneas estratégicas susceptibles de facilitar la concentración de los ejércitos rusos en el oeste, y tropieza con la oposición del ministro de Finanzas, Witte, cuando recomienda la participación de Rusia en la construcción del ferrocarril de Bagdad (desde Konieh al Golfo Pérsico), cuyos promotores son el Deutsche Bank y la Banca Otomana; aconseja un arreglo en Manchuria; concede al Consejo de Ministros, en el que es recibido el 25 de abril, un crédito de 425 millones de francos-oro, destinados a las vías férreas del Turquestán. (Para la terminación del Transiberiano, se han concedido otros 145 millones en 1899, lo que eleva el total de los anticipos franceses a Rusia a la friolera de 8.000 millones de francos-oro). El gobierno francés declara, no obstante, que conservará la neutralidad en caso de hostilidades, sea entre Rusia e Inglaterra (en Turquía y en Armenia), sea entre Rusia y Austria (en Macedonia o en Creta). Entretanto, la diplomacia alemana no permanece inactiva y se esfuerza en embrollar los naipes: invita a Metz al embajador ruso en Berlín y al emperador Nicolás II a las maniobras de Leipzig en junio de 1901 (la réplica de Delcassé consistirá en invitarle también a Dunquerque, Compiegne y Reims, y a una revista militar en Bétheny, en espera de que el presidente Loubet se dirija a Petersburgo y a Tsarzkoie-Selo, a finales de mayo de 1903).

Por un instante, la revuelta de los boxers, que ensangrienta China, rehace entre las potencias occidentales una solidaridad suficiente para que Guillermo II, furioso por el asesinato de varios misioneros en Chantung en noviembre de 1897, así como el de su embajador von Ketteler, denuncia el

«peligro amarillo», amenaza a los chinos con sangrientas represalias en Bremerhaven, el 27 de junio de 1900, confía a su fiel general von Waldersee el mando de la columna internacional encargada de liberar las legaciones de Pekín, y exige que el príncipe Tchoun acuda a Postdam a presentar sus disculpas. A decir verdad, la agitación suscitada por las sociedades secretas apenas se ha interrumpido. Pero ha revestido un aspecto cada vez más xenófobo. Participan en ella especialmente en la Mongolia interior y en el Nordeste (Jehol, Habei), la «Sociedad de la Observancia» (Zai-li-hui), fundada en 1866, que agrupa a los «hermanos de la verdad y de la belleza», racionalistas, portadores de un cinturón blanco. En Manchuria, en 1891, colaboran contra los rusos con los «Barbas rojas» (Hong-hu-si), cuyas bandas, llamadas «montañas», han instituido la «República de Jeltuga» y dirigido, durante el invierno de 1900, el ataque contra la vía férrea del Este chino (Irkutsk a Vladivostok). En el centro (Chantung, Honan, Anhui), la «Sociedad de los Cuchillos Largos» (Da-dao-hui) ataca a los blancos y a los misioneros. En Tientsin, el cónsul de Francia y 20 religiosos han sido víctimas de los fanáticos en 1870. El «Loto blanco» se ha mezclado de nuevo en unos disturbios en Nankín y en Shanghai, en 1876. Emparentada con la triade, la «Sociedad de los Mayores y de los Ancianos» (Ge-lao-hui) se ha infiltrado en el ejército encargado de reprimir la revuelta de los Taiping en el Yangtsé medio (Hunan, Hubei, Ghizhu, Sichuan); más tarde desempeñará un gran papel en la revolución de 1911, e incluso en el seno del movimiento comunista. De momento, los emperadores Tong-shi (1860-1875) y Guang-xu, durante sus primeros años de reinado (1875-1908), se han esforzado en restablecer el orden. Incluso han logrado separar del «Loto blanco», tradicionalmente devoto de los Ming, y unir hasta cierto punto a ellos, desde 1897 hasta 1900, a los famosos *Boxers*, para lanzarlos contra los extranjeros. Aquellos «Puños de Justicia y de Concordia» (Yi-hequan), inspirados por médiums, se entregan al boxeo sagrado, de ahí su nombre. Sus jefes, Zang De-cheng, un batelero, y Cao-Fu-tian, un soldado desertor, les conducen al saqueo, al rapto, al sabotaje de las vías férreas, del telégrafo, de los barcos, a la destrucción de las iglesias, etc. Unas muchachas, «Linternas rojas o azules» les secundan en sus hazañas. Su túnica blanca con cinturón rojo recuerda curiosamente el atavío de los *Asesinos* musulmanes y de sus hermanos cristianos, los Templarios. En 1900, ocupan Pekín, asedian las legaciones, tanto que la Corte busca refugio en Chantung, en el Oeste. En agosto, llega la columna de socorro. En Shantung, el nuevo gobernador, Yuan Shi-kai, al que volveremos a encontrar más tarde, les acosa y finalmente les reduce. Pero las potencias imponen al gobierno chino en 1901 el pago de una indemnización de 450 millones de taëls y la percepción del ingreso de las aduanas, a partir de aquel momento, por los bancos occidentales.

Para apoderarse de Manchuria...

Rusia ha aprovechado aquellos acontecimientos para ocupar tres provincias manchúes. Pacífico, el conde Witte promete evacuarlas en abril de 1902. Sin embargo, en 1903 está decidido a aplazar la ejecución de aquel compromiso, como consecuencia de las intrigas del hombre de negocios. Bezobrazof, que explota los bosques del Yalu, y del almirante Alexeief, que manda la base de Port Arthur.

Grave imprudencia por parte de Rusia, sobre la cual planea una nueva tormenta. Por su origen, su proceso y sus consecuencias recuerda, aunque en más grave, la borrasca de la guerra balcánica de 1875-77, que había sido objeto de las esperanzas de Carlos Marx. Los mismos agentes provocadores en las altas esferas gubernamentales, salvo que el papel de Hamburger y del general Tchernaief es desempeñado ahora por el ex ministro judío de Giers, entonces ministro en Pekín, y su colega de Tokio, Alexandre Iswolski, que hacen todo lo posible por añadir leña al fuego. Los mismos apoyos financieros extranjeros negados a Rusia, pero concedidos a sus adversarios. Ex presidente del Consejo Japonés, el marqués Ito, llegado a París en noviembre de 1901, ha recorrido toda Europa en busca de apoyos. Sus gestiones, y las del embajador Hayashi cerca de lord Lansdowne, han desembocado, en el terreno diplomático, en la alianza anglo-japonesa, concluida el 12 de febrero de 1902. En el terreno financiero, el origen de los fondos puestos a disposición del Japón es aún más revelador: una parte no desdeñable, 200 millones de dólares, ha sido suministrada por Jacob Schiff (1847-1920), con el confesado objetivo de derrocar el régimen zarista.

...la Finanza judía empuja a la guerra

Nacido en Francfort, en una casa contigua a la de los Rothschild, aquel financiero, desembarcado en los Estados Unidos el 6 de agosto de 1865, ha ejercido primeramente en Nueva York la profesión de agente comercial (21 de noviembre de 1866), solo o asociado con Budge, hasta 1872. Aunque se ha naturalizado norteamericano en septiembre de 1870, regresa a Hamburgo y a Francfort por cuenta del «London and Hanseatic Bank». Allí ha podido establecer estrechas y útiles relaciones con sir Ernest Cassel, sir Robert Fleming (primero en Dundee, luego en Londres), y también con Edouard Noetzlin, del Banco de París y de los Países Bajos. Abraham Kuhn, que aprecia sus talentos, le invita en enero de 1875 a ingresar en la firma neoyorquina fundada por su familia y le casa el mismo año con Thérëse Loeb, hija de su socio Salomón. Prospera tanto, que en 1885 es él quien dirige la banca judía más importante de los Estados Unidos. La firma se ha ocupado siempre de ferrocarriles de Pennsylvania, de Louisville, de Nashville, etc.), ha reorganizado el «Baltimore and Ohio Railroad», de 1896 a 1899; aliada de Edward H. Harriman (Union Pacific), ha entablado la lucha contra James Hill y J. P. Morgan (Great Northern) por el control de «Northern Pacific», pero la legalidad de su «holding» (Northern Securities Cy) ha sido discutida, lo que provoca un pánico, el 9 de mayo de 1901. Además, posee intereses en la «American Smelting and Refining Association», de la que ya hemos hablado, la «Westinghouse Electric», la «Western Union Telegraph», en compañías de seguros, en los ferrocarriles de Méjico, etc. Aunque haya roto sus lazos con el «National City Bank», al promulgarse la «Federal Reserve Act», su superficie es tal que representa casi la tercera parte del sistema bancario norteamericano. Tanto en 1905 como en 1917, será la principal comanditaria de la revolución rusa.

Esta, como antaño la Comuna, no ha esperado el desencadenamiento de las hostilidades para montar su dispositivo de guerra civil. A la muerte de Alejandro III, el 20 de octubre de 1894, el nuevo zar Nicolás II ha conser-

vado en las Finanzas hasta 1903 al conde Witte, ministro desde 1892, que ha continuado, con el apoyo de los capitales extranjeros, la industrialización del país (mecánica en torno a Petersburgo, textiles cerca de Moscú, en Lodz, en Byalystock, metalurgia en el Donetz), y protegido la producción nacional por medio de unos derechos que alcanzan los 2/5 del valor de las importaciones, a partir de 1891. Pero el malestar es general. Endeudados, los campesinos se revelan a menudo incapaces de mantener el rendimiento de las tierras que les han sido cedidas; como consecuencia se producen carestías, especialmente en 1891-92, 1895-96, 1897, 1898 y 1901. Los obreros se quejan de sus salarios (que una ley del 3 de junio de 1886 ha obligado a los patronos pagar en metálico), que siguen siendo inferiores a los de Occidente, para unas jornadas de trabajo muy prolongadas (limitadas a once horas y media por una ley del 2 de junio de 1897). Reducidos a una situación precaria, los artesanos miran con malos ojos a los judíos, considerados responsables de la competencia de las fábricas y del comercio modernos, que les arruinan. En cuanto a los judíos, en número de 5.200.000 en 1897 (de ellos, 3.600.000 en la zona de residencia, 1.300.000 en Polonia y 300.000 en el interior), 250.000 de ellos han tenido que abandonar en 1898 las tabernas que explotaban, a raíz de la instauración de un monopolio estatal sobre las bebidas en 1894, y un 17 % viven sin una ocupación determinada. Dado que tienen tendencia a invadir las profesiones liberales, las puertas de la Universidad sólo se entreabren para ellos; de 1901 a 1908, el general Vannovski rebaja su contingente del 3 al 2 % en la capital, del 5 al 3 % en las ciudades del interior y del 10 al 7 % en la zona de residencia (circular del 26 de mayo de 1901). Su participación cada vez más activa en los disturbios que sacuden al país en los últimos años del siglo no es ajena a aquellas medidas de rigor.

El malestar ruso, aprovechado para reagrupar a los clanes subversivos

Momentáneamente desmantelada, la organización revolucionaria no tarda en reconstituirse. Los grupos clandestinos de «Liberación del Trabajo», formados en Ginebra en 1883 por los exilados G. Plejanov, traductor del «Manifiesto comunista» en 1882, y Vera Zassoulitch, se disponen a dar nacimiento al partido socialdemócrata. Sus principales animadores son judíos: Jules Zederbaum, llamado Martov (que difunde un folleto y pronuncia un discurso en Vilna, viejo centro nihilista judío, en mayo de 1895), y Paul Axelrod. Se celebran conversaciones en Petersburgo, a principios de año, en Suiza, a finales de abril, en París, donde volvemos a encontrar e Steklov y a Paul Lafargue, yerno de Marx, y finalmente en Berlín, en agosto. Aparte de los antiguos dirigentes ya mencionados, toman parte ocasionalmente Pierre Struve, Potressov y sobre todo Vladimir Ulianov, el futuro Lenin. Nacido en Simbirsk, el 22 de abril de 1870, de un padre inspector de enseñanza (descendiente de kalmukos por parte materna) y de una madre, María Blank, hija de un médico de Perm y de Kazán, de familia probablemente judía conversa de Odesa (según sus biógrafos L. Fischer, V. Alekseiev y A. Shver, Leningrado, 925; y David N. Shub, Nueva York, 1948; cf. «Novy Journal», volumen 61, 1960, y 63, y «Novoye Russkoie Slovo», 23 de abril de 1961), este último, que en su juventud se divertía redactando, con sus

hermanos y hermanas, una revista curiosamente intitulada «Sabbath», se hizo expulsar de la Universidad de Kazán, el 5 de diciembre de 1887, por sus actividades revolucionarias. Gracias a los ingresos de la finca comprada por su madre en el gobierno de Samara, y gracias también a la benevolencia de las autoridades, pudo terminar sus estudios en San Petesburgo en 1891 y graduarse como abogado en julio de 1892; desde el 3 de septiembre de 1893 fue colaborador del abogado judío Wilkenstein. Luego viajó por el extranjero. De nuevo en Rusia a finales de septiembre de 1895, Ulianov consiguió entenderse con los populistas, «narodniki» (núcleo del partido socialista revolucionario fundado en 1901 por Michel Gotz, Guerchuny y Natanson), para la publicación de un periódico el 6 de diciembre de 1896; tres días más tarde, el 9, es detenido y deportado por tres años a Siberia (Krasnoiarsk y Chuchenskoe, 14 de febrero de 1897-29 de enero de 1900); transcurrido un mes le llega el turno a Martov, dirigente de la «Unión de lucha para la liberación obrera». Cuando nueve delegados, tres de ellos pertenecientes al «Bund», creado el año anterior (Moutnik, Kremer, Kosovski), se reúnen en Minsk, el 1 de marzo de 1898, para fundar el partido socialdemócrata (cuyo manifiesto redacta Struve) y nombrar los tres miembros de su primer Comité Central (Radchenko, Kremer, Eidelman), son igualmente detenidos.

Admitido en aquella formación, a título de grupo autónomo, el Bund (Allgemeiner jüdischer Arbeiter Bund in Russland und in Polen), la Unión judía, es su núcleo más sólido, especialmente en la zona de residencia, en Lituania (Vilna), en Polonia y en la Rusia blanca (Minsk). Dispone de periódicos en *yiddish* en Ginebra e incluso en el interior del Imperio («Jüdischer Arbeiter», «Die Arbeiterstimme»). Celebra reuniones en Vilna, en septiembre de 1897, fomenta huelgas, revueltas agrarias (54 en el gobierno de Poltava en 1902). Huelgas: en Orekhovo-Zuievo, cerca de Moscú, en 1885 (8.000 obreros), en los textiles, en Lodz y en Petersburgo (1896-97); motines acompañados de tiroteos, en Jeroslaw en 1895, Dombrowa, 1897, Riga y Mariopol, 1899, Petersburgo, en mayo de 1901 (seis muertos, ocho heridos). La agitación no tarda en extenderse a la Rusia meridional: entre los ferroviarios de Tiflis, el 1 de mayo y en octubre de 1901 (1.500 detenciones), entre los petroleros de los Rothschild, en Batum, en febrero de 1902 (10 muertos, 10 heridos); entre los ferroviarios de Rostov y en Tikhorestskaia, en noviembre de 1902 (11 muertos, 29 heridos graves); en Zlatoost, en marzo de 1903 (69 muertos, 100 heridos); en Kostroma, en la industria textil, en mayo. En julio, el movimiento se hace más amplio, afecta a 240.000 obreros, en Odesa y en el Cáucaso, se transforma en huelga general por las ocho horas; el balance de la represión se alarga: 36 muertos en Tiflis, 15 muertos y 200 heridos en Kiev, 24 muertos en Iekaterinoslav, un muerto en Nicolaiev, etc.

Pero las facciones rivales luchan entre sí y se disputan la dirección del movimiento revolucionario. A propósito de los judíos: la alianza con el Bund, propuesta por Lalaiantz de Samara, es rechazada en Smolensko (6 de mayo de 1898); el tercer congreso de Kovno rechaza asimismo la reivindicación judía de una emanciapación «nacional», el de Byalystock, en 1901, les reconoce únicamente la igualdad de derechos. Lenin, inspirándose en opiniones expresadas por el blanquista Pierre Tkatchev en su periódico «Nabat» en 1875 y en los métodos de Most y de Hasselmann, concibe el partido

como «una organización militar», centralizada, jerarquizada, esencialmente compuesta de revolucionarios profesionales (una decena de miles) remunerados, que consagran su vida exclusivamente a la «causa» (cf. el núm. 1 del «Iskra» y el folleto «¿Qué hacer?», publicado en 1902). Estima que la clase obrera, que «librada a sus propias fuerzas... sólo puede llegar a la conciencia trade-unionista), es decir, a la defensa de sus intereses profesionales, no puede ser conducida a la revolución más que por unos intelectuales, socialistas. En estos puntos se opone a Struve, jefe de los marxistas «legalistas», al moderado Plejanov y al «blando» Martov. Sin embargo, se llega a un acuerdo para la publicación del periódico «Iskra» (La Chispa), cuyo proyecto ha sido adoptado en Pskov, en mayor de 1900, y que aparece el 24 de diciembre. Está redactado en Munich (donde los jóvenes, Lenin, Martov y Petressov, encuentran a los veteranos Plejanov, Axelrod y Vera Zassoulitch), bajo el control del secretario Semidovitch-Lehmann, y en Ginebra, impreso en Leipzig, reimpreso en Kichivev y en Baku (con la colaboración de Joseph Djugachvili, futuro Stalin, y del ingeniero Krassin), en espera de emigrar a Londres, el 30 de marzo de 1902, y a Suiza, en la primavera de 1903.

Pero las diferencias subsisten. En Zurich, el 4 de octubre de 1900, los jefes de los clanes opuestos se han reunido, sin resultados positivos. El 30 de marzo de 1902, en Samara, la policía ha efectuado una «razzia» entre los «unionistas», que persistían en buscar una base de entendimiento. En Londres, a finales de marzo, se reúnen Lenin, Martov (Zederbaum), unos delegados de los socialdemócratas de Peterburgo, un grupo de judíos evadidos de la prisión de Kiev (Baumann, Krojmal, Blumenfeld, Vallach (futuro Litvinov), Tarsis y, en octubre, Leon Bronstein. Hijo de un judío emigrado del gobierno de Poltava, establecido en 1879 en Yanovka (Kherson) en una colonia agrícola, donde llegó a explotar una estensión de 300 deciatinas (200 de ellas alquiladas), el joven Bronstein, nacido probablemente en 1877, estudió siete años en la escuela alemana de Saint Paul, de Odesa, bajo la vigilancia de un primo suyo, Spenzer, antes de inscribirse en la Universidad de Nikolaiev en 1896. Convertido a las doctrinas de Marx (y más tarde a las de Darwin) por una amiga seis años mayor que él, Alexandra Sokolovskaia, fue detenido el 26 de enero de 1898, con otros doscientos revolucionarios, comprometidos en un asunto de la «Unión del Sur». Encarcelado por espacio de seis meses en Moscú y condenado con otros tres alborotadores a cuatro años de deportación, fue enviado primeramente a Usti-Kul (Ir-Kutsk) y luego a Verkholensk, en compañía de Dzerjinski y de Uritski. De allí escapó con un pasaporte falso (a nombre de Trotsky), se trasladó a Samara, visitó Kharkov, Poltava y Kiev, se reunió con Victor Adler en Viena y luego con Axelrod en Zurich. Este último le envió a Londres.

Preparado por unas entrevistas entre Lenin y Victor Tchernov, jefe de los socialistas revolucionarios, cuya creciente influencia sobre los campesinos preocupaba a los socialdemócratas, en Suiza, primero, luego en París en febrero-marzo de 1903, un congreso de estos últimos reunió en Bruselas, el 30 de julio de 1903, 58 delegados (de los cuales únicamente cuatro eran obreros). En Londres, donde se celebran las siguientes sesiones, debido a la actitud intemperante de la policía belga, estallan las divergencias. Por 28 votos contra 23, los «blandos» de Martov logran una primera victoria. El programa del partido incluirá la convocatoria de una asamblea constituyente

elegida por sufragio universal, la concesión de las libertades fundamentales y el derecho de huelga. Pero la marcha de los cinco representantes del «Bund», cuya adhesión en bloque ha sido rechazada por el congreso, temiendo que sus 30.000 miembros aplasten con su masa a las otras tendencias, debilita a los moderados. Lenin, convencido de que «nuestra tarea es la de agrupar un círculo clandestino de dirigentes y poner en movimiento la mayor masa posible», aprovecha la ocasión para hacer prevalecer su voluntad centralizadora y autoritaria. Por 19 votos contra 17 y tres abstenciones, el Comité del «Iskra» queda reducido a tres miembros. Despechado, Martov retira su colaboración y sus partidarios se niegan a tomar parte en el nombramiento de los miembros del Comité Central (Krahizhonovski, Legnik y Noskov), encargados, de acuerdo con los planes de Lenin, de nombrar a todos los jerarcas. Los «bolcheviques» (mayoristarios), por otra parte, sólo consiguen una vitoria pírrica contra los «mencheviques» (minoritarios), el 23 de agosto de 1903. Su mayoría no tarda en convertirse en minoría. En sus «Tareas políticas», Trosky denuncia aquellos métodos que tienden a que «la organización del Partido sustituya al Partido, el Comité Central a la organización y la Dictadura al Comité Central», y en su «Diario de un socialdemócrata», Plejanov predice que «en último término, todo girará en torno a un solo hombre que, *ex-providentia*, reunirá en él todos los poderes». Aunque es apoyado por la «Liga de los Emigrados», Lenin queda eliminado del comité de redacción del periódico, reconstituido por Plejanov con Martov, Zassoulitch, Potressov y Trotsky. A continuación, en junio-julio de 1904, se ve obligado a abandonar el consejo y pierde el control del Comité Central. Su implacable intransigencia le ha condenado finalmente al aislamiento. Pero los judíos continúan suministrando a todos los grupos revolucionarios sus principales miembros; entre los socialdemócratas: Martov (Zederbaum), Axelrod, Trotsky, Dan (Gurvitch); entre los socialistas revolucionarios: Guerchuny, Gotz y otros.

En los atentados, apenas intervienen de momento (Hersch Lekert, por ejemplo, ahorcado por haber disparado contra el gobernador de Vilna, von Wahl), aunque una nueva ola terrorista acompaña al recrudecimiento de las huelgas. Bogoliepov, ministro de Instrucción pública, asesinado por el estudiante judío Karpovitch, en 1901; Sipiaguine, ministro del Interior, en 1902; y su sucesor, el ex jefe de la Seguridad, Plehve, muerto al estallar una bomba que había colocado en su carruaje Igor Sazonov, el 23 de julio de 1904, han sido sucesivamente sus víctimas. A aquellos crímenes, a aquella agitación revolucionaria responden, como de costumbre, unos *pogroms*. Capital de la Besarabia, donde 50.000 judíos conviven con 60.000 cristianos, Kichinev, en las fiestas de Pascua de 1903 (6 de abril), es el escenario de sangrientos disturbios (45 muertos, 86 heridos graves, 500 leves; 1.500 casas y tiendas saqueadas). El gobernador, von Raaban, no ha llamado a la tropa hasta el tercer día. Acusado de ser el instigador del desorden, un funcionario de las Finanzas, Kruchavan, escapa por muy poco en Petersburgo al puñal de Pinhas Dachevski (4 de junio), que pagará con cinco años de trabajos forzados su gesto vengador. Mientras una circular de Plehve (24 de junio) reprime las actividades sionistas, en Gomel (Rusia Blanca), el 29 de agosto, después del asesinato de un paísano, se entabla una batalla campal entre ferroviarios y judíos, que han organizado unos grupos de autodefensa; la tropa dispara: 12 judíos y ocho cristianos caen para siempre y hay nume-

rosos heridos; 250 viviendas y tiendas son saqueadas. A finales del verano, se producen otros incidentes de menor importancia en el Sur, el 22 de agosto en Smiela (Kiev), en Rovno (Volhynia), en Alexandría (Kherson), y también, los días 6 y 7 de septiembre, contra una sinagoga en Mohilev, y el 10 de octubre, en Vitebsk, a causa de haber sido movilizados unos reservistas.

Desencadenar una lucha ruso-juría

Ya que las hostilidades desencadenadas por el Japón, pretexto para una agitación política y unos disturbios sociales crecientes, degeneran muy pronto, en el interior, en una verdadera guerra ruso-judía. Concesiones gubernamentales y jornadas revolucionarias enmarcan ahora cada derrota. El congreso de los Zemstvos, reunido en Petersburgo en noviembre de 1904 por el ministro del Interior, Sviatopolk-Mirski, ex gobernador general de Vilna, de tendencias liberales, nombrado a primeros de septiembre, la promesa de reformas en favor de los campesinos, de los obreros (seguros) y de los alógenos, formuladas por el conde Witte el 12 de diciembre, van acompañadas de una campaña de banquetes llevada a cabo por los liberales, de manifestaciones en Petersburgo y en Moscú (28 de noviembre, 5 y 6 de diciembre); de mítines en Saratov (3 de diciembre) y en Byalystock (11 de diciembre); de huelgas en Riga (del 21 al 27) y en Baku (del 26 de diciembre de 1904 al 18 de enero de 1905), donde se ha producido una colisión el 7 de enero. Entre el 20 de diciembre y el 2 de enero, Port Arthur ha capitulado. El movimiento se extiende. Provocada por el despido de cuatro obreros de la empresa Poutilov (el 3), la huelga afecta, el 9, a 12.000 obreros, es secundada el 20 por la industria textil y la de construcciones navales y lanza a la calle a 140.000 trabajadores. El domingo, 22 de enero, cuatro grupos de manifestantes que reúnen 200.000 personas convergen hacia el Palacio de Invierno para entregar una petición reclamando la jornada de ocho horas y la convocatoria de una constituyente. Mandado por el gran duque Vladimir y compuesta de elementos del «Preobrajenski», el servicio de orden, previo un toque de atención, dispara hacia el jardín de Alexandre y provoca una hecatombre: 900 muertos, 5.000 heridos. El pope progresista Georges Gapone, que por instigación del socialista-revolucionario Rutemberg ha asumido, con Máximo Gorki, la presidencia de la manifestación, consigue escapar y se marcha a Ginebra (a su regreso, el mismo Rutemberg, su genio malo, le ahorcará, en una casa de campo de Finlandia, como supuesto agente provocador). Pero ante la noticia de la matanza, se producen huelgas de protesta en 122 localidades, en la cuenca del Donetz, en los ferrocarriles y hasta en el Cáucaso, involucrando a casi un millón de obreros. El enérgico Bulyguine sustituye en el ministerio del Interior al liberal Sviatopolk. Pero los atentados continúan; el 9 de octubre de 1904, en Odesa, el obrero judío Stilmann ha herido ya al jefe de policía; otro le ha imitado en Mohilev; el 17 de febrero de 1905 muere el gran duque Serge Alexandrovitch, gobernador de Moscú, víctima de la bomba que le ha lanzado Kaliaiev. Sin embargo, el conde Witte, casado con una judía, se esfuerza en disculpar a los judíos y se inclina por las concesiones. El 18 de febrero, el gobierno del zar promete convocar una «Duma» consultiva.

Entonces llueven las peticiones de las comunidades judías: «Reivindicamos la igualdad absoluta... como ciudadanos conscientes de un Estado li-

bre». «Reivindicamos el derecho de libre disposición, desde el punto de vista nacional y cultural, con el mismo título que todas las otras naciones que forman parte del Estado ruso», declara el grupo de Vilna, donde, precisamente, a finales de marzo, se reúne un Congreso que crea una «Asociación por los derechos del pueblo judío en Rusia» y nombra los 22 miembros de un comité central, con sede en San Petersburgo (M. Vinaver, H. Sliozberg, Sch. Levine, B. Goldberg, S. Dubnov, L. Bramson, M. Ratner, etc.). Lo que se reclama, con el sufragio universal, la representación de las minorías nacionales, etc., lo que se exige, provocando la dimisión de los representantes judíos nombrados en los consejos municipales, es la institución en Rusia de lo que ahora se llamaría un «Jewish Power». «Aquello —comenta Doubnov— fue la primera tentativa de reivindicar para los judíos como nación, y no para tal o cual categoría de judíos, o para los judíos como simple grupo religioso, dispuesto a fundirse con la nación dominante, como se había hecho en los países de la Europa occidental».

¿Cabe asombrarse, pues, de que semejante pretensión provocara, bajo la influencia de la «Unión del pueblo ruso» de Dubrovin, de los «Cien Negros» y otras agrupaciones nacionalistas, unos *pogroms?* Por parte de los cosacos en Byalystok (9-10 de abril), en Doussiati (Kovno), en Melitopol (18-19 de abril), en Simferopol (22 de abril), en Jitomir (15 judíos muertos, cerca de 100 heridos, del 23 al 25 de abril) y en Troianov (10 muertos). O por parte de los soldados: en Minsk (26 de mayo), Brest-Litovsk (29-31 de mayo), Lodz (9 de junio), Byalystok (50 muertos, el 30 de julio), Kutels (31 de julio). Los judíos respondían a ellos «haciendo cada vez más aguda y encarnizada la lucha revolucionaria» (Doubnov, II, 684-688). Los reveses sufridos en todas partes por los ejércitos rusos contribuían a estimularles: en el Yalu, el ejército ha sido rechazado el 1 de mayo de 1904, la escuadra de Vladivostok ha sido destruida el 10 de agosto; tres ejércitos japoneses han desbordado las posiciones de Kuropatkhine en Leao-yang, el 17 de agosto, y le han rechazado sobre Mukden; contenida por las trincheras, las alambradas y las ametralladoras de los nipones, una contraofensiva rusa ha sido neutralizada en Cha-ho, entre los días 10 y 18 de octubre. Privado así de socorros, Port Arthur ha capitulado el 2 de enero de 1905. En torno a Mukden, una batalla decisiva que opone de una y otra parte alrededor de 250.000 hombres se ha librado del 25 de febrero al 11 de marzo de 1905: ha sido ganada por los japoneses. El 27 de mayo, la escuadra rusa procedente de Europa ha disipado en Tsoushima las últimas esperanzas de Petersburgo. La derrota abre el camino a la revolución.

Preludio de una revolución fallida

Explotando aquella serie de fracasos, se constituye la Unión panrusa de los campesinos, el 31 de mayo. El 25 de junio, la tripulación del «Potemkin» se amotina en Odesa, arrastrando dos días más tarde a la flota del Mar Negro y a la infantería de marina de Riga y también de Cronstadt. El gobierno prepara la convocatoria de la Duma. En su primer proyecto, Bulyguine había descartado de ella a los judíos, pero a instancias del príncipe Trubetskoi y del ministro de Finanzas Kokotsev son finalmente admiti-

dos (6 de agosto). Sin embargo, cuando se anuncia oficialmente en un manifiesto (17-30 de octubre), el desorden reina por doquier. Los periódicos están en huelga desde el 2-18 de octubre; los tipógrafos forman un soviet en Moscú, el 3; otro se constituye en Petersburgo (el 13), con 562 delegados a mediados de noviembre, 362 de ellos metalúrgicos; otro en Odesa. Se levantan barricadas en Lodz, en Varsovia (100 muertos, un millar de heridos). Más tarde, 500 muertos en Lodz. Algaradas en Kharkov. Los ferroviarios interrumpen el trabajo el 10 de octubre, el 17 los huelguistas ascienden a casi un millón. Mientras que, del 18 al 25 de octubre, estallan *pogroms* en 50 ciudades, en Odesa (donde habrán 300 muertos y varios millares de heridos), en Kiev, Kichinev, Kalarasch, Iekaterinoslav, Kamenetz-Podolsk, Elisabetgrad, etc., un segundo Congreso judío celebra sus sesiones en San Petersburgo, del 22 al 25 de noviembre, y reclama la convocatoria (inspirada por los «Seimistas» de Chaim Schitlovski, en Londres en 1892) de una «Constituyente judía», con la misión de establecer, de acuerdo con la voluntad de toda la población judía, las formas y los principios de su autodeterminación nacional (Doubnov, II, 695-96). La guerra ruso-judía está en su apogeo.

Creyendo llegada su hora y próxima la caída del régimen, los dirigentes regresan del exilio. Aconsejado por el joven economista Alexandre Bogdanov (autor de un «Manual de la Ciencia Económica») y apoyado financieramente por Gorki (el 70 % de sus derechos de autor para la Caja del partido; 4.000 rublos por año al «Iskra» desde octubre de 1902), Lenin, sostenido por una conferencia de 22 delegados (cuyo acuerdo ha sido transmitido por Rosalind Zalkind a Máximo Litvinov en Riga) y por la adhesión de 13 comités, ha logrado hacer convocar en Londres el III Congreso socialdemócrata. Aunque el 12 de febrero todos los miembros del comité central (salvo Krassin y otros dos) han sido detenidos en Rusia, las reuniones de delegados tienen lugar, el 25 de abril de 1905, en Londres, para 20 comités, y en Ginebra para los otros nueve, mencheviques; un comité central de cinco miembros (entre ellos Rykov, hostil a Lenin) es nombrado para dirigir el movimiento revolucionario. Del 6 al 21 de octubre, una huelga general es desencadenada por los obreros de la industria textil en Petersburgo, donde los tipógrafos, en huelga desde el 14, publican a partir del 17 el periódico «Izvestia». Martov, Dan, Trotsky (que ha regrasado a finales de septiembre de Finlandia, donde, amenazado de detención, se había refugiado en julio) y Lenin (llegado el 8 de noviembre) se dirigen entonces a la capital para convocar un congreso para el 10 de diciembre. Pero el gobierno se adelanta a ellos; Trepov detiene sucesivamente al presidente del Soviet (16-26 de noviembre), elegido por iniciativa del menchevique Zorovski, al abogado Khroustalev-Nassar (3 de diciembre), a su sustituto Trotsky (el cual, tras quince meses de encarcelamiento en la fortaleza de Pedro y Pablo, condenado a la deportación el 19 de septiembre de 1906, escapará a medio camino de Soberve, en Boregor, el 12 de febrero de 1907, recorrerá 700 kilómetros en trineo hacia el Ural, llegará a Helsinforgs y, por Estocolmo, se dirigirá a Londres) y a sus 30 adjuntos del Comité ejecutivo, y, el 5, al resto de sus 230 miembros situados en la «Sociedad Económica». En Moscú, el 14 de noviembre, la junta de la «Unión de los Campesinos» ha corrido la misma suerte. Los jefes, refugiados en Tammersfors, en Finlandia, discursean (el futuro Stalin, antidemócrata por naturaleza, se hace notar en diciembre por su negativa a tomar parte en

las elecciones para la Duma). Mientras la insurrección desencadenada en provincias (por un desfile de soldados cantando la Marsellesa los días 2-3 de diciembre, seguido de una huelga el 7 y de barricadas —2.000 miembros—, el 9, en Moscú; el 8 en Novorossisk y en Krasnoiarsk, el 12 en Kharkov, Nikolaiev, Nijni-Novgorod), abandonada a sus propias fuerzas, acaba por fracasar, el regimiento de la Guardia Semionovski, llegado de Petersburgo, reduce del 15 al 18 de diciembre el levantamiento de Moscú. En total, la guerra ruso-judía cuesta a los revolucionarios en 1905: 15.000 muertos, 18.000 heridos y 70.000 encarcelados, y a los judíos, en los *pogroms* de octubre que ensangrentaron un centenar de localidades: 4.000 muertos y 10.000 heridos. Aproximados por la derrota, Lenin y Martov se reconciliaron en el IV Congreso celebrado en Estocolmo en abril de 1906. En el seno del nuevo Comité Central, siete puestos recaen en los 62 delegados mencheviques y tres a los bolcheviques, representando respectivamente a 18.000 y 13.000 miembros (serán respectivamente 43.000 y 33.000 un año más tarde, en Londres, mayo-junio de 1907). Y siendo bien acogida, dadas las circunstancias, toda colaboración, esta vez se acepta a los 33.000 judíos del Bund (el grupo más numeroso del conjunto), más bien menchevique, y a los 26.000 polacos y 14.000 letones, más bien bolcheviques, de las «nacionalidades».

Sus reformas cuestan la vida a Stolypin

En el mismo momento, el 27 de abril (10 de mayo) de 1906, la primera Duma, elegida por sufragio restringido, abría sus puertas a 476 diputados, 78 K. D. (constitucionales demócratas), 94 laboristas («troudoviki», ex socialistas-revolucionarios), 17 socialdemócratas y representantes de las minorías. Entre ellos, doce judíos, Vinaver (presidente de la Asociación nacional, que ha celebrado un III Congreso antes de las elecciones, del 10 al 13 de febrero) y otros siete K. D.; el Dr. Schemaria Lefine, sionista; L. Bramson y otros dos laboristas, Rusia, dominada su revolución, ¿se adentrará por el camino parlamentario, si no demócrata, a lo occidental? Desgraciadamente, la guerra ruso-judía no ha terminado: «No habrá paz en el país mientras mantengáis en él la esclavitud civil», ha dicho Vinaver, dirigiéndose a Stolypin. Del 23 al 26 de junio, las intervenciones de los diputados judíos se suceden en la Duma, cuando, el 1 de julio, al asesinato del jefe de policía de Byalystok responden dos jornadas de disturbios antijudíos, con un balance de 80 muertos y varios centenares de heridos. La Duma protesta el 7 de julio; al día siguiente es disuelta. Stolypin, a pesar de que ha sido objeto de un atentado el 12 de agosto, que ha causado doce muertos en su quinta, promete ciertas reformas en una circular del 24 de agosto, pero un nuevo *pogrom*, los días 27-28 de agosto, en Sjedlce, produce 30 muertos y 150 heridos. Por su parte, los revolucionarios no ceden, provocan algaradas, dan golpes de mano, cometen atracos, dirigidos por la troika Lenin, Bogdanov, Krassin (que recoge fondos del hilador S. Morozov, por ejemplo, y dirige la fabricación de las bombas). Pilsudski, que se ha trasladado a Tokio para obtener una subvención del Japón, y sus «Bojowcy» llevan a cabo un centenar de asaltos en Polonia (el último, a un tren correo en Bezdany, el 27 de septiembre de 1908, ha reportado 2.400.000 rublos). En Moscú, en marzo de 1906, los socialistas-revolucionarios atracan un banco privado y se llevan 875.000 rublos; en Petersburgo, los maximalistas asaltan una sociedad de

créditos mutualistas; el 26 de junio de 1907, «Kamo», el futuro Stalin, dirige en Tiflis (en Georgia, un tren correo ha sido asaltado en Tchiaturi en noviembre de 1906, y en marzo de 1907, en Dudut, el botín asciende a 315.000 rublos), con sus «boieviki», diez hombres y dos mujeres, el ataque con bombas a un convoy que transportaba 341.000 rublos al Banco del Estado, y que Wallach-Finkelstein, futuro Litvinov, se encargará de hacer pasar en París. Se han recogido tres muertos y más de 50 heridos. Aquella ola de atentados cuesta la vida a 2.000 agentes del Estado en dieciocho meses. Luego a otros 2.118, en cuatro meses.

El gobierno zarista no deja por ello de continuar su tarea y, deseoso de apoyar sus reformas, en aquel país tan cruelmente desprovisto de clase media, en los campesinos acomodados, trata de corregir, aunque tardíamente, por desgracia, los errores cometidos por Alejandro II en su reforma agraria, renovando el «mir». Volviendo sobre una idea del conde Witte, Stolypin promulga el ukase del 9 de noviembre de 1906, que autoriza a los «kulacs» a adquirir en absoluta propiedad las parcelas de tierra que cultivan. Aquella medida, de importancia considerable, completada en 1911, permitirá la instalación de colonos libres; al principio tres millones, serán cinco millones en 1914. La inmensa Rusia de las estepas, ¿se occidentalizará por fin? La experiencia que lleva a cabo del sistema parlamentario es bastante decepcionante. Una nueva Duma, elegida en febrero de 1907, será disuelta el 3 de julio, a consecuencia del complot socialdemócrata. Incluía a 133 K. D., 97 laboristas y 83 socialistas de diversas tendencias, pero solamente a tres judíos (los otros habían sido eliminados como signatarios del llamamiento de Vyborg). En la asamblea siguiente, elegida en noviembre (con un nuevo sistema de escrutinio y que incluye, de un total de 442 diputados, a 171 nacionalistas, 113 liberales-decembristas, 101 K. D. y únicamente 13 laboristas y 18 socialdemócratas), no serán más que dos (Friedmann y Nisselovitch). Aunque una nueva ley ha restringido el colegio electoral, Lenin ha preconizado a los 105 bolcheviques y 97 mencheviques presentes en el V congreso de Londres (30 de abril de 1907) y en la conferencia de Vyborg, en julio, que no recomienden la abstención. En cuanto a la «Asociación del Pueblo judío», disuelta en 1907, sólo es reconstituida para dividirse en cuatro grupúsculos: sionistas, populistas (Vinaver, Sliosberg), Partido del Pueblo (Doubnov, Kreinin) y demócratas (Bramson), entre los cuales una federación se esfuerza en mantener el enlace. No sólo se mantiene la zona de residencia en 1908, sino que, en la primavera de 1910, 1.200 familias serán expulsadas de Kiev. Además, el «numerus clausus» es restablecido en septiembre de 1908 (se fija, según las zonas, del 3,5 al 10 % en la Universidad; del 5 al 15 % en los Institutos).

Los judíos han perdido la primera manga. Se vengan en Stolypin, su bestia negra, cuyas reformas tienden a comprometer sus maquinaciones. En septiembre de 1911, uno de los suyos, Dimitri Bogrov, hiere mortalmente al ministro en el teatro de Kiev. Y la partida no ha terminado: la guerra mundial que se prepara permitirá en 1917 reanudarla y ganarla.

* * *

El acercamiento anglo-ruso, amenaza de cerco contra Alemania

La derrota aplastante y la profunda sacudida revolucionaria experimentadas por Rusia apenas han interrumpido, en efecto, la constitución del bloque de la Triple Entente. Temiendo la debilitación de su aliada, Delcassé había tratado inútilmente de mediar entre ella y el Japón, en enero de 1904, y a continuación se había esforzado en localizar el conflicto. Lord Landsdowne, por el contrario, había atizado el fuego: ¿no sería más fácil, llegado el momento, discutir con un adversario depauperado? En cuanto a Alemania, había intentado ensanchar el foso. Volviendo sobre un primer proyecto, descartado el 29 de octubre de 1904, Guillermo II, en una visita a Bjorkoe, logró hacer firmar por Nicolás II, el 24 de julio de 1905, un protocolo de alianza defensiva, válido únicamente en caso de ataque por una potencia europea, en Europa (lo que provocó vivas censuras y una amenaza de dimisión del canciller Bülow, los días 10-12 de agosto). Sin embargo, aquel instrumento diplomático, del cual se sentía tan orgulloso el Kaiser, no sirvió para nada. Aunque quedó abierto a Francia, a partir de su entrada en vigor, una vez concluida la paz con el Japón, el zar, bajo la influencia de Lansdorf, lógicamente prudente, y de Witte, inquieto por sus empréstitos parisienses (en 1904 se había lanzado una nueva tanda de 800 millones), pidió que fuese comunicado a su aliada, el 10 de octubre, y finalmente lo anuló, el 26 de noviembre.

También las negociaciones iniciadas con vistas a un acercamiento anglo-ruso habían seguido su curso. Bajo la inspiración de su amigo portugués, el marqués de Soveral (que asediará igualmente con sus proyectos, en París, al presidente Loubet), Eduardo VII, activamente secundado por Delcassé en el otoño de 1903, les dedica personalmente todos sus esfuerzos. En el curso de un viaje a Kiel, el 25 de junio de 1904, habla en Copenhague con el ministro de Rusia, Alexandre Iswolski, al que considera «el diplomático ruso más capacitado», y el más permeable a sus puntos de vista. Estalla un incidente cuando, en la noche del 21 al 22 de octubre de 1904, a lo largo del Dogger Bank, la escuadra rusa del Báltico, a las órdenes del almirante Roschestvenski, abre el fuego por error sobre una flotilla de pesca británica. Eduardo VII se encarga de tranquilizar a la opinión pública de su país y arregla la cuestión aceptando que una comisión de encuesta, reunida en París, determine la indemnización debida a las víctimas. El es quien, con Decalssé, sugiere a Iswolski, llamado a relevar al conde Lansdorf como ministro de Asuntos Exteriores de Rusia en mayo de 1906, el nombramiento como embajador en Londres del conde Benchendorf, que sabe dócil a sus deseos, con el fin de iniciar la negociación. El es también quien nombra a sir Arthur Nicholson para negociar en Petersburgo el acuerdo final entre «el elefante y la ballena», concluido el 30 de agosto de 1907 sobre la base de un reparto de influencia en Asia (el norte de Persia para el primero, el Tíbet, Afghanistán y el sur de Persia para la segunda), y sellado con el ofrecimiento de un empréstito en Londres, por un equivalente de 10 millones de libras. El, finalmente, quien a pesar de la hostilidad de su pueblo consagra aquella entente con una visita oficial a Nicolás II en Reval, el 7 de junio de 1908, en el curso de la cual se hace abogado de los judíos rusos.

Naturalmente, Alemania se apresura a explotar las derrotas rusas para tratar de romper el cerco con que la amenaza Inglaterra, preocupada por su

competencia industrial y comercial, y sobre todo por sus ambiciones navales. La visita de Eduardo VII a Kiel, el 25 de junio de 1904, no ha mejorado en nada las relaciones entre las dos potencias; por el contrario, la presencia de Luis de Battenberg, jefe de la «Intelligence» naval, y del conde de Gleichen 'un Hohenlohe), ha molestado a sus anfitriones. Para embrollar las cartas, ¿qué mejor pretexto que Marruecos? La Wilhemstrasse se apresura a aprovecharlo.

Sin embargo, la diplomacia alemana había sido informada de las intenciones de Francia en lo que respecta a aquel país. El 23 de marzo de 1904, Delcassé le había hablado de ellas al embajador, príncipe Radolin. Tras aquella comunicación, el canciller von Bülow respondió personalmente declarando en el Reichstag, el 13 de abril: «No tenemos el menor motivo para temer que nuestros intereses puedan ser ignorados en Marruecos». Pero Guillermo II, de visita en Nápoles, se ha molestado por no haber encontrado allí al presidente Loubet, que se había dirigido a Roma. Y, sucesivamente el anuncio de la concesión de un préstamo francés a Marruecos, de la creación de un Banco estatal (a instancias de Banco de París y a los Países Bajos), de la concesión de vías férreas a construir, del envío de instructores militares, y la noticia de la adhesión de España, obtenida por Jules Cambon el 3 de octubre de 1904, al acuerdo franco-británico, han venido a concretar la inminencia de la intervención francesa.

La crisis marroquí, resuelta

Cuando el embajador Béhourd, tras un largo silencio, aborda el tema con el subsecretario de Estado von Richtofen, encuentra un rostro hermético. Súbitamente, el 31 de marzo de 1905, después de un fragoroso discurso en Brema («Somos la sal de la tierra. Dios nos ha hecho para civilizar al mundo»), Guillermo II desembarca en Tánger y se declara protector de la independencia del sultán, aunque sin prometer su apoyo militar, y proclamando el principio de la puerta abierta, a fin de atraerse la simpatía de los Estados Unidos (poco inclinado a correr el riesgo de montar un caballo desconocido y a servir de blanco a los anarquistas españoles, se ha limitado a seguir las instrucciones de Holstein y de Bülow [25 de marzo], organizadores de aquel golpe de teatro). En el Reichstag, el canciller anuncia que el gobierno alemán se pondrá en contacto con el sultán «para salvaguardar los intereses económicos de Alemania», repentinamente amenazados, e invoca la Conferencia de Madrid de 1880 para reclamar la convocatoria de una conferencia internacional. A su regreso, el 6 de abril, el Kaiser se entrevista en Nápoles con el rey de Italia. Una peligrosa tormenta apunta en el horizonte. Albión enarbola ya sus rayos. Jefe del Foreign Office en el gabinete presidido por sir Arthur Balfour, lord Lansdowne encarga a su subsecretario de Estado, sir Francis Bertie, nombrado embajador en París (22 de abril), que declara: «Estamos dispuestos a unirnos al gobierno francés para presentar una fuerte oposición» y a «conferenciar con él sobre las medidas que podrían ser adoptadas para hacer frente a la situación, si ésta se hiciera más inquietante», le concretará a Paul Cambon, el 25 de mayo. Vivamente censurado en la Cámara por Jaurès y Deschanel a raíz del debate presupuestario, el 19 de abril, Delcassé ofrece su dimisión dos días más tarde, para

retirarla después, ya que Eduardo VII ha hecho telegrafiar desde Argel que deseaba que continuara en el puesto, antes de confirmar en París, el 1 de mayo, que era hostil a la cesión eventual de Mogador. Por su parte, Guillermo II ha hecho aconsejar al sultán por su enviado en Fez, conde Tattembarch, ministro en Lisboa (11 de mayo), que someta a una conferencia internacional prevista en Tánger para el 31 de mayo (aunque España se ha opuesto a ella) los proyectos de reforma presentados por Francia.

La hora de la Alta Finanza no ha sonado aún.

¿Estallará el conflicto? Todavía no. La alta finanza ha decidido otra cosa. En Londres, Nathaniel de Rothschild «no tiene la intención de continuar financiando la guerra» japonesa, escribe Guillermo II a von Bülow, el 11 de marzo de 1905. Sir Ernest Cassel tiene aún demasiados intereses en Alemania para empujar en aquella dirección (en febrero de 1909 insistirá para que Eduardo VII vaya a visitar a Guillermo II, a fin de provocar una distensión). En Berlín, Bleichroeder, en Hamburgo, Albert Ballin, el poderoso director de la Hamburg-Amerika, cuyo capital se ha decuplicado en diez años (pasando de 18,7 millones de francos a 187), que paga las deudas del Kaiser y que le sirve de intermediario, así como a Bülow, cerca de sir Ernest Cassel, no desean tampoco cortar los puentes. El presidente del Consejo, Rouvier, siempre sensible a las presiones de las potencias del dinero, es objeto de múltiples gestiones. En el curso de la primera semana de mayo, el banquero berlinés Bertsold se dirige a París; el barón von Holstein le ha precedido; Henckel von Donnersmarck le sigue. El ministro italiano Luzzati, judío, informa que el embajador de Alemania en Roma ha hablado en tonos muy duros contra Delcassé. Es evidente que la ofensiva diplomática de Berlín tiene por objetivo inmediato la eliminación de aquel político, agente activo del cerco de Alemania, y «desacreditarle como europeo», escribe Bülow a su soberano, el 27 de marzo de 1905. En el Consejo de Ministros francés del 6 de junio, el asunto se discute. La oferta inglesa de alianza de lord Lansdowne a Paul Cambon (25 de mayo), presentada por Delcassé, es rechazada unánimemente por el gabinete. «La alianza inglesa, en estos momentos, equivale a la guerra», ha declarado Rouvier. A pesar de sus sentimientos favorables a la entente, el presidente Loubet ha permanecido obstinadamente mudo. Al día siguiente, Delcassé dimite.

Satisfecho, y recompensado con el título de príncipe, von Bülow se muestra más conciliador. Mientras el gobierno del zar restablece el orden en Rusia, la atmósfera internacional, momentáneamente, se aclara. Aconsejando a Rouvier que acepte la reunión de una conferencia sobre Marruecos (26 de junio), Théodore Roosevelt ha contribuido a ello. Actúa también de honesto intermediario entre Rusia y Japón. Precedida de entrevistas entre el ministro ruso Cassini y el secretario de Estado Hay (finales de diciembre de 1904), su mediación, propuesta el 1 de junio, desemboca en la negociación por el conde Witte en Portsmouth (Estados Unidos), del 5 de agosto al 5 de septiembre de 1905, de un tratado por el cual Rusia abandona al Japón Port Arthur, el sur de Manchuria, la isla de Sajalin, y reconoce el protectorado nipón sobre Corea. Casado con una judía, el plenipotenciario ruso aprovechará su estancia para tratar de llegar a un acuerdo con Jacob Schiff y los

B'nai B'rith, a propósito de sus correligionarios de Rusia, en el curso de dos entrevistas casi secretas en las cuales participarán el banquero Seligman, el embajador Oscar Strauss y el Gran Maestre del I. O. B. B. (Conde Witte, «Memorias», t. I, pp. 394-95, Berlín, 1920).

En la conferencia (previamente aceptada por un intercambio de cartas entre Francia y Alemania, el 28 de septiembre) que reúne en Algeciras, del 26 de enero al 7 de abril de 1906, a los participantes en el tratado de Madrid de 1880 (Gran Bretaña, Francia, España, Italia, Alemania, Austria, los Países Bajos y los Estados Unidos), la intervención norteamericana inducirá a Alemania a ceder en la cuestión de la policía de los puertos, confiada a Francia y a España. No sólo España e Italia han apoyado las reivindicaciones francesas, sino también Austria (cuyo ministro de Asuntos Exteriores, conde Goluchowski, casado con la princesa Murat, no tardará en verse apartado del poder, por haber manifestado a Alemania que no consideraba el asunto marroquí como un «casus foederis»). En cuanto a Rusia, aunque aliada, hace pagar cara su colaboración, con un préstamo de 267 millones en diciembre de 1905, seguido de un empréstito de 1.200 millones (que permitirá la destitución de Witte). En esos dos asuntos, los Estados Unidos se han impuesto por primera vez como potencia mundial, a favor del conflicto que enfrentaba a los dos bloques.

Pero la rivalidad naval anglo-alemana se acentúa

Pero las diferencias más serias subsisten. En primer plano, la rivalidad naval entre Inglaterra y Alemania. Antes de extenderla a Rusia, la primera preocupación de Eduardo VII es la de reforzar la alianza francesa. Mutuas visitas visitas de escuadras han tenido lugar, en Brest, en julio, y en Spithead, en agosto de 1905. Y, aunque el gabinete, laboriosamente formado por el liberal sir Campbell-Bannerman, en el otoño de 1905, se muestre algo reticente durante la conferencia de Algeciras, las conversaciones de estado mayor, al principio interrumpidas, son reanudadas a petición de Cambon por sir Edward Grey, secretario del Foreign Office, no sólo con Francia, sino también con Bélgica (16 de mayo de 1907). En el ministerio de la Guerra, su colega, lord Haldane, crea un Estado Mayor (Robertson, H. Wilson, Douglas Haig), constituye un cuerpo expedicionario de siete divisiones, una de ellas de caballería, reforzado por un ejército territorial de 300.000 voluntarios, y prepara para 1910 un proyecto de servicio militar obligatorio, al tiempo que ahorra dos millones de libras en el presupuesto del Ejército. En cuanto a la flota, Eduardo VII, temiendo las reacciones alemanas a la institución de la tarifa proteccionista imperial por Joseph Chamberlain, ha dado órdenes al almirante sir John Fisher y al almirante May, en Gibraltar, para llevar a cabo la concentración. Ballin, que facilita esas informaciones a Berlín, a raíz de una entrevista que ha celebrado en Londres con el «sudafricano» Beit, estima que el peligro de guerra procede sobre todo «de las construcciones navales alemanas» (carta de Bülow al emperador del 15 de julio de 1908). El canciller comparte sus temores: «Si los ingleses han adquirido la convicción de que los armamentos van a continuar así "ad infinitum", considero la guerra como muy posible», escribe el 26 de agosto de 1908. Y añade, buen profeta: «Si Francia es arrastrada a las hostilidades, significa

que tendremos la guerra en tres frentes». Conclusión: «Si rechazamos todo acuerdo a propósito de las construcciones navales... el peligro de guerra se convertirá entonces en muy real».

Ferviente aficionado a los deportes náuticos, alimentado con las doctrinas de Mahan («Influence of sea power on history») y de Houston Stewart Chamberlain (con el cual mantiene una correspondencia regular), Guillermo II, nieto de la reina Victoria, puede estar afectado de un complejo de celos en lo que respecta a la Royal Navy, muy orgulloso de su título de almirante británico, y empujado en el país por la creciente influencia de una poderosa «Liga naval» (creada en 1898 y que cuenta con 1.250.000 miembros en 1909 y con cuatro millones en 1914). ¿Se da cuenta del peligro a que se expone al disputar a Albión el «tridente de Neptuno»? Tal vez, puesto que se esfuerza en disipar los temores británicos, aunque sus intervenciones son particularmente infortunadas: una carta dirigida por él al Primer Lord del Almirantazgo, lord Tweedmouth, es publicada por el «Times», el 6 de marzo de 1908; una entrevista concedida al «Daily Telegraph», el 18 de octubre de 1908, en la cual confiesa que «contrariamente a la mayoría de su pueblo, él quiere a Inglaterra», levanta una tempestad en el Reichstag, el 10 de noviembre, y más tarde, a propósito de la negativa de la asamblea a aprobar un impuesto sobre la sucesión, el 24 de junio de 1909, provoca la dimisión de Bülow (13 de julio), acusado de no haber puesto en guardia al emperador, dejando a sus servicios la tarea de revisar el texto de aquella malhadada declaración.

Aquel desagradable incidente contribuye a cuartear en la opinión pública el prestigio de una corona salpicada ya dos años antes por otro escándalo. Aprovechando el desacuerdo, en ocasión de la conferencia de Algeciras, entre Eulenburg, más inclinado a las concesiones, y Holstein, Bülow había logrado, el 16 de enero de 1906, librarse de aquel inquietante personaje que, desde el fondo de su antro de la Wilhemstrasse, al tiempo que informaba a los banqueros con los cuales jugaba a la Bolsa, llevaba de cabeza incluso a los cancilleres con la amenaza de sus fichas y de sus «dossiers». La venganza del barón fue fulgurante: el 17 de noviembre de 1906, en la «Zukunft» (en la que Bismarck en desgracia había vertido también antaño su bilis), el panfletario judío Isidore Witkowski, llamado Maximilien Harden, desvelaba las costumbres especiales de la «camarilla» Eulenburg, Kuno von Moltke, Hohenau; advertido de aquella campaña por el Kronprinz, en mayo de 1907, el emperador había llevado a su antiguo consejero Eulenburg ante los tribunales. Pero Bülow apenas sobrevivió a su temible adversario. Con aquel hábil, cortés y clarividente canciller, se esfumaba otra posibilidad de paz (14 de julio de 1909). Flanqueado por otro amigo de Holstein y de Eulenburg, el «dandy» Kinderlen-Waechter, en los Asuntos Exteriores, su sucesor, el secretario de Estado para el Interior Bethmann-Holweg, funcionario dócil, carecía de talla para hacer frente a las acechanzas de los fautores de guerra.

De momento, por otra parte, Ballin, que ha visitado Londres el 6 de julio de 1908, ha informado a Guillermo II de que la City era hostil a un conflicto y estaba descontenta de las «ententes urdidas por el rey Eduardo». (Este no tarda en declarar a Paul Cambon: «Hemos hecho la *entente*

cordiale para que se convierta en una alianza», añadiendo esta consigna: «Cread una marina poderosa, construid barcos, si no queréis que se tema, al acudir a vosotros, tener que llevar una carga demasiado pesada». Delcassé, a quien el soberano ha recibido en el mayor secreto, con lord Hardinge, en ocasión de la visita del presidente Fallières a Londres en mayo de 1908, se encargará de ello como ministro de Marina en los gabinetes Morris, 2 de marzo de 1911, y Caillaux, 1 de julio de 1911, y lanzará el programa naval del 30 de marzo de 1912. De hecho, sir Ernest Cassel emplea toda su influencia sobre el rey para incitarle a dirigirse, en compañía de lord Hardinge, a Hamburgo, el 11 de agosto de 1908, a proponer la interrupción de las construcciones navales, y luego a Berlín, en febrero de 1909, de donde regresará en muy malas condiciones físicas. Su muerte, producida el 6 de mayo de 1910, era esperada con impaciencia por Alemania. Bülow había escrito, el 15 de julio de 1908: «Un elemento perturbador desaparecerá del reloj que marca los destinos de Inglaterra cuando el rey, que empieza a envejecer, deje de existir». (Berlín no le perdonaba, entre otras cosas, sus reiteradas gestiones en Marienbad en 1904, en Ischl en agosto de 1905, 1907 y 1908, cerca de Francisco José, para separarle de la alianza alemana).

Vana esperanza, por desgracia, ya que la fuerza de las cosas arrastra a los dos países a la carrera de armamentos. Alemania (donde había sido disuelto el Reichstag, el 13 de abril de 1906, por haberse opuesto al programa presentado por el canciller), iba a ser dotada por una tercera ley naval, aprobada por el Reichstag en 1908, de 13 grandes acorazados en 1912, y quizá de 23 en 1914. Su presupuesto naval aumentará, de seis millones de libras en 1898 a 20 en 1909 y a 28 en 1913. Inglaterra, reducida a no oponerle más de 16 buques modernos de igual valía sobre 59, replica inmediatamente iniciando la construcción de ocho «dreadnoughts», propuesta por lord Fisher (3 de marzo de 1909). Nombrado Primer Lord del Almirantazgo en octubre de 1911 (después de haber desempeñado los cargos de subsecretario de Estado para las Colonias en el gabinete liberal de 1905, de secretario en la Board of Trade con Asquith en agosto de 1908 y de ministro del Interior en diciembre de 1910), Winston Churchill descarta el viejo equipo de los «lores del mar» en noviembre, apoya a fondo al almirante Fisher, crea un estado mayor de la Marina y establece un estrecho contacto con el ejército. Por última vez, a remolque de sir Ernest Cassel, despedido por Guillermo II un mes antes, lord Haldane se dirige a Berlín en febrero de 1912 para tratar de llegar a un acuerdo de limitación de las construcciones navales. Bethmann-Holweg pone como condición que Gran Bretaña se comprometa a concluir un pacto de no agresión, condición que no es aceptada (22 de marzo de 1912). El 18 de marzo de 1912, Churchill ha hecho adoptar ya un nuevo programa naval. Dos meses más tarde, Alemania, a pesar de las reiteradas advertencias de sus embajadores en Londres, Wolff Metternich (sustituido a la muerte de Eduardo VII). Bibenstein, y ahora el príncipe Lichnovski, sigue su ejemplo. Semejante política lleva de cabeza al conflicto. Churchill, que ha tenido la lucidez de proclamar, a raíz de la dimisión de Arthur Balfour, en agosto de 1903, que una guerra europea sólo podría terminar con la ruina total del vencido y la desorganización económica del vencedor, ha cambiado, pues, de opinión, lo mismo que su amigo Lloyd George, que admite entonces la eventualidad de aquella guerra. Pero,

¿podrá arrastarse a Francia y a Rusia a hacer suya la querella británica, a defender los intereses de la City y la supremacía naval de Su Majestad?

¿Hacia un arreglo franco-alemán?

Por otra parte, parece que París, olfateando el peligro, se orienta más bien hacia una colaboración económica con Alemania, en Marruecos (incluso bajo un gabinete Clemenceau, 25 de octubre de 1906, con Stephen Pichon en los Asuntos Exteriores y Caillaux en las Finanzas). El acuerdo del 9 de febrero de 1909, concluido por Jules Cambon, prevé una explotación conjunta. Sir Edward Grey se preocupa por ello. Pero los grupos industriales de los dos países no llegan a entenderse, ni sobre los ferrocarriles, ni sobre las minas, ni sobre el N'Goko Sangha, en el Africa Ecuatorial. Sin embargo, la potencia cherifiana, quebrantada por la revuelta de Muley Hafid, califa de Marrakech, que proclama la guerra santa y obliga a abdicar a su hermano Abd el Aziz (7 de junio de 1908), cede poco a poco a la penetración francesa. Obligado a aceptar instructores franceses y un préstamo de 63 millones (4 de marzo de 1910), el nuevo sultán, amenazado en marzo de 1911 por la revuelta de las tribus del *rogui* Bou Amara, solicita el 18 de abril el apoyo de Francia. El general Moinier libera Fez el 21 de mayo; Meknes y Rabat son ocupadas. Por su parte, las tropas españolas entran en Larache y en El Ksar el Kabir (Alcazarquivir). Alemania, con la cual se han producido ya incidentes en Casablanca, a propósito de los desertores de la Legión (el 25 de septiembre de 1908) y de las sospechosas actividades de los hermanos Mannesmann en el Sous, provoca una nueva crisis, el 1 de julio de 1911, con el envío de un cañonero a Agadir. ¿Qué reclama? El subsecretario de Estado Kiderlen-Waechter, que ilusionado en hacer aceptar por Londres la concesión de Mogador ha empujado al emperador a aquel gesto espectacular, se lo ha explicado al embajador Jules Cambon, el 21 de junio; una compensación, con preferencia por medio de un intercambio del Congo francés contra Togo, precisa los días 7 y 16 de julio.

El general Wilson, llegado a París para conferenciar contra el general Dubail, firma un acuerdo militar, el 20 de julio, en tanto que Joseph Caillaux, que tras la dimisión, el 23 de junio, de Ernest Morris (4) (herido en el curso de la demostración aérea de Issy-les-Molineaux, en la que encontró la muerte su ministro de la Guerra, Berteaux, el 21 de mayo), ha formado el 27 de junio el nuevo gabinete (5), conduce personalmente la negociación, a partir del 25 de julio, a través de Lancken, consejero en París. Obtiene un arreglo razonable, firmado en Berlín el 4 de noviembre de 1911, por el cual Francia paga su libertad de acción en Marruecos con una rectificación de frontera en beneficio del Camerún (con una salida al mar) y la cesión del N'Goko Sangha en el Congo. Ratificado por la Cámara, el 20 de diciembre de 1911, el texto de aquel acuerdo pasa a ser discutido

(4) Cuyo gabinete incluía, con él, a los francmasones Hermanos Delcassé, Steeg, Charles Dumont, Alfred Massé, Jules Pams y Charles Chaumet.

(5) Con los Hermanos Delcassé, Klotz, Messimy, Steeg, Augagneur, Pams, René Renoult, René Besnard y Charles Chaumet.

ante la comisión de Asuntos Exteriores del Senado; allí es donde Clemenceau, el «derrocador de ministerios», espera a su rival, partidario de una política de distensión con Alemania: acusando al presidente del Consejo de haber actuado a espaldas de su ministro de Asuntos Exteriores, provoca la dimisión de De Selves y la caída del gabinete (10-11 de enero de 1912), lo que por otra parte no impedirá la ratificación del acuerdo por la Alta Asamblea, el 10 de febrero de 1912.

Raymond Poincaré, ponente de la Comisión, forma el nuevo gabinete (13 de enero de 1912 (6)) y mantiene a Delcassé en el ministerio de la Marina: el 20 de marzo, bajo el impulso del almirante Lacaze, se decide la ampliación del programa de construcciones navales de 1909 (dos acorazados de 23.000 toneladas, más otros dos en astilleros a fin de constituir tres escuadras de seis acorazados y una división ligera, el 1 de agosto), y se acuerda con Inglaterra que en caso de conflicto el grueso de la flota francesa asumirá la defensa del Mediterráneo y que los dos estados mayores permanecerán en contacto permanente (intercambio de cartas de los días 22-23 de noviembre de 1912). Entretanto, el tratado de los nueve artículos, firmado en Fez con Muley Hafid el 30 de marzo de 1912, establece el protectorado de Francia sobre Marruecos. El gran visir El Mokri introduce las reformas solicitadas, entre ellas en favor de los 100.000 descendientes de los judíos refugiados de España, amontonados en las «mellahs» de Fez, de Marrakech, de Mogador y de Tánger (reformas reclamadas en ocasión de la conferencia de Madrid, en 1880, por los delegados de la Alianza, Netter y Véneziani, vivamente apoyados por el general norteamericano Fairchild, y, de nuevo, en Algeciras, en 1906, por sir Henri White, por el duque de Almodóvar del Río, ministro español de Asuntos Exteriores, y por el embajador norteamericano en Roma). Al año siguiente, en 1907, los partidarios de Muley Hafid habían contestado a aquellas peticiones con un *pogrom* en Casablanca. Esta vez se producen disturbios en Fez, del 17 al 19 de abril, en el curso de los cuales son asesinados 63 franceses y 100 judíos. El general Lyautey, ex lugarteniente de Gallieni en Madagascar, pacificador de los confines argelino-marroquíes, los reprime. Nombrado residente general, el 28 de abril, entra en Fez el 24 de mayo (coronel Gouraud), luego en Rabat, depone a Muley Hafid y le reemplaza por su hermano Muley Yussef (18 de agosto), envía al coronel Mangin a Marrakech contra El Hiba, el 7 de septiembre, concluye, el 17 de noviembre, un acuerdo con España, se atrae a Si el Hadj Thami el Glaoui, agrupa a sus tribus bereberes, antes de reducir la «mancha de Taza» en mayo de 1914. Gracias a sus excepcionales cualidades de «virrey», sabrá convertir a Marruecos, en pocos años, en un país moderno.

Poincaré y el incidente de Agadir se oponen a ello

Aunque el asunto se haya resuelto sin demasiadas dificultades, el incidente de Agadir, aumentado desmesuradamente por la prensa, lo mismo en Francia que en Alemania (donde la ratificación del acuerdo por el Reichstag ha provocado vehementes protestas de los pangermanistas, de los agrarios y

(6) Con los Hermanos Steeg, Klotz, Fernand David, Pams, Bourgeois, Morel, Besnard y Chaumet.

del Kronprinz), ha dejado en la opinión pública de los dos países la impresión de que un conflicto de mayores proporciones, allí o en otra parte, es ya inevitable. ¿Acaso no se enciende ya en los Balcanes, donde pangermanismo y paneslavismo se enfrentan desde que Bismarck depositó astutamente los gérmenes de los conflictos futuros? En una primera época, orientados los dos ejes de penetración en sentido casi paralelo —el germánico hacia Salónica, y el eslavo hacia Constantinopla—, tal vez habrían podido evitar los conflictos de mayor entidad. Pero, poco a poco, desaparecido Schwarzenberg (en 1852), Austria se había dejado meter en el engranaje balcánico por Bismarck y su sucesores, apoyados por sus hermanos masones de Hungría, los Andrassy y otros, y también por la casi totalidad de los judíos de la Doble Monarquía. Así, reconocido el principio del dualismo después de Sadowa, el 18 de febrero de 1867, Andrassy, llamado a finales de 1871 a reemplazar al sajón Beust (a raíz de las entrevistas de Guillermo I y de Francisco José en Ischl, Gastein y Salzburgo, en el curso del verano de 1871), había aprovechado la guerra ruso-turca para concluir en Reichstadt, el 15 de enero de 1877, un acuerdo de reparto de influencia reconociendo a Rusia la Besarabia y el protectorado sobre Bulgaria, a cambio de la Bosnia-Herzegovina para Austria. Aquellas disposiciones habían sido confirmadas por el Congreso de Berlín. Y, por el tratado secreto del 7 de octubre de 1879 (que no será publicado hasta 1888), antes de abandonar el poder, el mismo Andrassy había encadenado a Austria al carro de Alemania.

Aerenthal emponzoña las querellas balcánicas

Aparentemente, en el plano internacional, la ocupación de Bosnia, llevada a cabo pacíficamente, había sido un éxito para Austria. Pero al aumentar el número de los eslavos sometidos a su autoridad, no había hecho más que acrecentar sus problemas y sus dificultades de organización interna. Desde que Viena había renunciado al sistema de centralización burocrática, con preponderancia del alemán (impuesto como único idioma administrativo), el ex radical Alexandre Bach (1852-1869) había tratado de implantar las reformas propuestas por Anton von Schmerling (patente del 21 de febrero de 1862) —creación de una Cámara de los Señores y de una Cámara de diputados, incluyendo a 343 representantes nombrados por las Dietas provinciales, con severas restricciones para los eslavos—, reformas acogidas con una tempestad de huelgas electorales en Hungría, en Transylvania, en Croacia y en Venecia, y con una huelga parlamentaria en Bohemia, para desembocar, después de Sadowa (tras la sustitución del conde checo Belcredi, ministro desde la primavera de 1865 hasta el 1 de febrero de 1867, por el barón sajón Beust, y gracias a los contactos establecidos por el emperador en Budapest con Ferenc Deak y Julius Andrassy), en la implantación del dualismo, es decir, de un reparto de poder con Hungría, en el cual la persona del soberano constituía el único lazo del Imperio. La diplomacia, la defensa nacional, las aduanas, eran los únicos asuntos que seguían siendo comunes. Con Andrassy, hombre de paja de Bismarck, llamado a la cancillería el 14 de noviembre de 1871, a raíz de la revuelta de los servios de Voivodina, el 8 de octubre (que entrañó la caída en desgracia de Hohenwart y del economista Schäffer, partidario del sufragio universal y de concesiones a los autonomistas checos), los magiares habían impuesto su política exterior

a la Doble Monarquía, su dominación sin límite a los diversos grupos étnicos de su incumbencia (únicamente los croatas obtuvieron un ministerio especial en Budapest), y habían cerrado el paso a todo ensayo de organización federalista, única solución susceptible de garantizar la paz y el equilibrio entre las razas, los pueblos, las religiones, a los cuales sólo la unidad geográfica representada por la cuenca del Danubio obligaba a vivir juntos.

Unica solución, en opinión de cuerdos y de locos. De cuerdos, empezando por el emperador y por su segundo sucesor designado, el archiduqe Francisco-Fernando, y de locos, como el desdichado archiduque Rodolfo. Reemplazado Andrassy en el gobierno, el 12 de septiembre de 1879, por el conde Taaffe al frente de un equipo de funcionarios, para un período de quince años (hasta el 11 de noviembre de 1893), Francisco-José ha otorgado a los checos algunas concesiones: establecimiento del bilingüismo (exigido ya a los funcionarios) en Bohemia y en Moravia, mayoría de escaños, 176 contra 75, en el Landtag de Praga (mientras que en 1885, en el Reichsrath, de un total de 353 diputados, los eslavos sólo contaban con 114). Convertido en primer ministro en 1894, el conde polaco Casimir Badeni intentó incluso introducir el bilingüismo en las escuelas, pero a causa de la obstrucción sistemática del partido alemán-liberal y de disturbios que entrañaron la proclamación del estado de sitio, tuvo que derogar sus ordenanzas en 1897 y retirarse el 28 de noviembre. La instauración del sufragio universal, preconizada, así como una serie de medidas sociales, por el barón Steinbach, ministro de Finanzas, activada tal vez por el temor de ver extenderse las insurrecciones que ensangrentaban a Rusia, ¿introduciría una nueva sangre en los órganos complejos de la Doble Monarquía, dotada de un Parlamento común, compuesto de dos delegaciones, alemana y magiar, de dos cámaras en Austria (Señores y representantes) y de dos en Hungría (Magnates y diputados), y de diecisiete Dietas provinciales (Landtag), sólo para la Cisleithania austríaca? (A pesar de una tradición parlamentaria que se remontaba a la «Bula de Oro» de Andrés II en 1222, casi tan antigua como la Gran Carta de Inglaterra otorgada en 1215, los partidos húngaros, lo mismo el «partido del pueblo», tradicionalista, de los poderosos magnates, condes Fernand Zichy y Nicolás Esterhazy, que el «partido de la independencia» de Kossuth, de extrema izquierda, que exigía de los electores que supieran leer y escribir en magiar, se mostraban tan poco liberales los unos como los otros en lo que respecta a las «nacionalidades», (aparte de la judía). La ley del 26 de enero de 1907, propuesta por Vladimir Beck (sucesor de Ernst von Koerber, 1900-1904, y del barón Lexa von Aerenthal), de 1906 a 1909, preveía en efecto la institución en Austria de ocho «curias» o colegios electorales, correspondientes a otras tantas «nacionalidades» distintas: alemanes, checos, polacos, rutenos, eslovenos, servo-croatas, italianos y rumanos. Las elecciones que siguieron llevaron al Reichsrath de Viena, bajo la presidencia de Richard Weiskirchner, un amigo de Lueger, en junio de 1907, a 257 diputados alemanes e italianos por 255 eslavos.

¿Y los judíos? Neutralizada la expansión demográfica por una intensa emigración a los Estados Unidos, su número ascenderá a 2.200.000 en todo el Imperio en 1914. En aquella asamblea austríaca, se dividen entre «nacionalistas» y asimilados. Los primeros, en número de cuatro, lo que no les impide formar un «club» aparte (sionistas, socialistas polacos disidentes y

miembros del «partido nacional judío»), siguiendo las directrices del galitziano Natham Birnbaum, alias Mathias Acher, fundador de la Asociación «Kadimah» en 1882, colaborador de Herzl en el congreso de Basilea, que afirma que la «diáspora» debe ser organizada y unificada con vistas a una existencia nacional común (el «Jewish Power»); debe constituirse en una verdadera Internacional judía, administrada por un organismo central, en el seno del cual los judíos de todos los países tendrían sus representantes (Doubnov, II, pág. 637). Su discípulo, el historiador Martin Philipson, ha aplicado sus consignas en Alemania, convocando en 1901 una Dieta judía, «Judentag», y creando con Eugen Fuchs, en 1906, la Asociación de los judíos de Alemania («Verband der Deutscher Juden») que celebra su primer congreso al año siguiente. (Al fundar la Federación «Agudas Israel», el congreso judío ortodoxo de Katowice, reuniendo delegados de Francfort, de Viena, de Varsovia y de Jerusalén, hará suyas aquellas pretensiones universales). Los otros diez son «asimilados», como Kouranda en Viena y Lowestein en Galitzia, donde, cogidos entre tres millones de polacos y otros tantos rutenos, apoyan al partido «pan-polaco» y a los demócratas populares (la reelección de Lowenstein provoca, el 19 de junio de 1911, en Drohobycz, unos motines que causan 20 muertos y numerosos heridos). Sin embargo, los polacos combaten su influencia creando cooperativas rurales de consumo y estableciendo el monopolio de la sal y de las bebidas, en 1911. En Bukovina, aunque son 100.000, han rechazado la «curia», el colegio electoral especial que les ofrecía el Landtag. Y lo mismo ocurre en Bohemia y en Moravia, donde Mazaryk ha estimulado no obstante sus reivindicaciones nacionales; pero, apretados entre los checos y los alemanes, no se atreven a moverse. En Hungría, donde su número es de 800.000 a 900.000, 170.000 de ellos en Budapest, sus representantes, variando de 10 a 15, pertenecen al partido húngaro «de la Independencia», que les había emancipado; debido a la oposición entre la mayoría ortodoxa, muy magiarizada, que se atrinchera en el terreno religioso, y el pequeño grupo modernista y nacionalista, dos congresos celebrados en 1912, no desembocan en ningún resultado práctico. Considerada como tierra del Imperio y beneficiándose de un estatuto que reposa sobre las cuatro comunidades religiosas del país, la Bosnia-Herzegovina, donde son 12.000, les ofrece en 1910 dos escaños en el Landtag, con colegio especial.

La anexión de aquella provincia, realizada del modo más provocador, el 5 de octubre de 1908 (en tanto que su ocupación por Austria no había dado lugar a ningún incidente desde 1878), vuelve a abrir la era de los conflictos, antes de suministrar un pretexto para la conflagración mundial. Sin embargo, los dos rivales, germánico y eslavo, respetando al principio sus zonas de influencia, habían logrado entenderse, mientras el conde Goluchowski permaneció en la Ballplatz (1895-1906). A raíz de una visita de Nicolás II a Viena, en agosto de 1896, devuelta por Francisco-José a Petersburgo, en la primavera de 1897, Goluchowski y Mouraviev, de acuerdo para mantener el «statu quo», habían incluso redactado, el 29 de abril de 1897, unas instrucciones comunes para sus embajadores en Constantinopla. Precedida de una entrevista Goluchowski-Lansdorf sobre las reformas a realizar en Macedonia, en diciembre de 1902, una nueva entente había sido concluida en Mürsteg (Styria) en septiembre de 1903.

Y luego, los unos habían empezado a andar sobre las marcas de los otros, los satélites servio y búlgaro se hallaron intercambiados, los ejes de penetración, concretados por las vías férreas, se entrecruzaron, lo que condujo a las dos potencias a un choque fatal. En Belgrado, donde desde 1882 su padre Milan Obrenovitch se había colocado a remolque de Austria, el rey Alejandro y la reina Draga habían perecido, en la noche del 11 al 12 de junio de 1903, a consecuencia de una conjura militar montada por la «mano negra», sociedad secreta paramasónica, de tipo «carbonario», surgida de la «Narodna Obrana» (Dimitrievitch, que organizará como coronel el atentado de Sarajevo, tomará parte en ella como capitán). Con el nuevo rey, Pedro Karageorgevitch, secundado por el ministro radical Pachitch, la influencia rusa se había impuesto en el país y la propaganda paneslavista había empezado a establecer contactos con los croatas y los eslovenos, en octubre de 1905. Austria replicó primeramente con represalias económicas. Pero he aquí que en Petersburgo, lo mismo que en Viena y a no tardar en Berlín, los protagonistas cambian, el inquietante Iswolsky reemplaza al timorato Landsdorf (mayo de 1906), el provocador y temerario barón judío, Aloys von Aerenthal (sustituto de Ernst von Koerber en la cancillería desde 1904 hasta 1906, titular de la cartera de Asuntos Exteriores bajo Wladimir Beck en 1906), al prudente Goluchowski (22 de octubre de 1906) y el demasiado dócil Bethmann-Holweg al hábil Bülow (14 de julio de 1909); entre aquellas manos, la paz de Europa no tarda en estar en peligro.

El 15 de septiembre de 1908, Aerenthal se entrevista con Iswolsky en Buchlau (en casa de Berchtold, que le ha sucedido como embajador en Petersburgo), para hablar de las medidas a adoptar en Macedonia y de la eventualidad de la anexión oficial de Bosnia, a cambio de buenos oficios con vistas a la apertura de los Estrechos a Rusia. Cabe pensar que aprovecharía la ocasión para borrar la inquietud producida por su proyecto de vía férrea Sarajevo-Mitrovitza, por Novi-Bazar, en dirección a Uskub y Salónica (adoptado el 27 de enero de 1908), cuando los rusos, por su parte, proyectaban la construcción de una línea que uniera el Danubio con el Adriático. El emperador Francisco-José le había escogido como canciller, precisamente porque en su calidad de antiguo diplomático en Petesburgo parecía mejor calificado que nadie para mejorar las relaciones con Rusia... Por desgracia, está resentido con los rusos por la acogida que le han dispensado y no lo disimula. Utilizando como medio de chantaje la amenaza de las reformas macedónicas, obtiene de la Puerta la concesión ferroviaria deseada. Y sin previo aviso, sin advertir a nadie, sin preocuparse del resultado desfavorable de las gestiones efectuadas en Londres por el embajador Bakendorf y por el propio Iswolsky a propósito de los Estrechos (la propia Alemania se adhería al régimen de apertura total, en beneficio de todas las potencias), he aquí que proclama oficialmente, el 5 de octubre de 1908, la anexión de Bosnia (atenuada únicamente por la evacuación del *sandjak* de Novi-Bazar) y que, para colmar la medida, Fernando de Coburgo, favorable a Austria, que ha sustituido a Alejandro de Battenberg, protegido de Rusia, se proclama al mismo tiempo zar de una Bulgaria independiente (5 de octubre de 1908). Imposible llevar con más deliberación la antorcha a los Balcanes. La hoguera, por otra parte, se enciende por doquier. Furiosa, Rusia amenaza con movilizar. Francia e Inglaterra la retienen (gestión de Stephen Pichon, ministro de Asuntos Exteriores, del 25 de febrero de 1909). Alemania deplora

la iniciativa intempestiva de Aerenthal que desbarata sus planes en Turquía (desbordando ahora las ambiciones austríacas, apunta a Bagdad con su vía férrea concedida, a raíz de la visita de Guillermo II a Abdul Hamid, el 18 de octubre de 1898, a la compañía alemana de los ferrocarriles de Anatolia y al representante del Deutsche Bank, Gwinner, el 5 de marzo de 1903. En consecuencia, trata con miramiento a la Puerta, se niega a participar en la organización de una gendarmería internacional en Macedonia y no tarda en verse recompensada con el nombramiento del general Liman von Sanders para el mando del Cuerpo de Ejército de Constantinopla). Sin embargo, interviene en favor de su aliada, induce a Turquía a reconocer el hecho consumado (26 de febrero de 1909) y ejerce presión sobre Rusia (gestión del embajador Pourtalès del 23 de marzo) para que renuncié a apoyar a fondo a Servia. Esta vez, la guerra entre los «grandes» no tendrá lugar. Se trata de un simple ensayo general.

Intrigas sionistas cerca de los Jóvenes Turcos

Pero, entre los «pequeños», no tarda en encenderse para no apagarse ya. Los proyectos de reforma para Macedonia, sometidos por Eduardo VII a Nicolás II en Reval, han provocado en Salónica, respondiendo al llamamiento del albanés Niazi y de Enver, una nueva insurrección «joven turca» (19 de julio de 1908). Abdul Hamid sale del paso prometiendo una constitución y la igualdad civil, luegó hace asesinar a Niazi, aleja a Enver nombrándole agregado en Berlín. Los sefarditas de Salónica, que han apoyado activamente a sus amigos de siempre del Comité «Unión y progreso», envían al Parlamento reunido en noviembre a cuatro diputados de su partido como representantes de Constantinopla, Salónica (Emmanuel Carasso), Esmirna (Missine Mazliach) y Bagdad. Los sionistas del Congreso de Colonia y Max Nordau han alimentado incluso la esperanza de iniciar la creación de un «Hogar judío» en Palestina, pero han quedado prontamente decepcionados. Nacionalistas, los Jóvenes Turcos se revelan inmediatamente hostiles a todos los alógenos, griegos, armenios, árabes y judíos (a los que sugieren una vaga esperanza de establecimiento en Mesopotamia). Prudentes, los dirigentes judíos no insisten, bien se trate de Haim Nahoum, nombrado «Haham Bachi», de los diputados, del ministro de Finanzas Djavid bey, musulmán de fachada, pero descendiente de los sectarios de Sabbatai Zevi, o, con mayor motivo, de Enver bey, igualmente de origen judío, pero asimilado. Hasta el punto de que, atrapados entre los miembros de la «Unión y Progreso» y sus rivales de la «Unión liberal» federalista, expuestos a severos ataques de los griegos, los judíos se ven reducidos, durante la campaña electoral del otoño de 1912, a reagruparse en una «Alianza judía otomana». Son entonces 200.000 en la Turquía europea, 45.000 en Bulgaria, 7.000 en Servia, otros tantos en Grecia. En el intervalo, el 13 de abril de 1909, Abdul Hamid, apoyado por la guarnición de la capital, ha tratado de aprovechar la anexión de Bosnia por Austria para anular sus concesiones y restablecer el absolutismo. Sublevados de nuevo en Macedonia y en Salónica, los Jóvenes Turcos Mahmoud Shevket y Enver replican apoderándose de Estambul el 24 de abril, deponen al sultán y le reemplazan por su hermano Mehemet V, el 27, y forman un gabinete en el cual Djavid, ministro de Finanzas, se apresura a pedir prestados 500 millones en Londres y en París, en tanto que Enver

apela a la colaboración de la misión militar alemana del general von der Goltz. Para protestar contra el reparto de zonas de influencia del 19 de agosto de 1911 entre Alemania (Anatolia-Mesopotamia) y Rusia (Armenia-Irán), los Jóvenes Turcos expulsan al gabinete Kiamila y asesinan al gran visir Mahmoud Sevket, para constituir un triunvirato Enver-Talaat-Djemal.

Pero, mientras la agitación se reproduce en Macedonia en 1910, Italia aprovecha el quebranto del Imperio otomano para desembarcar en Tripolitania el 29 de septiembre de 1911. Inmediatamente se desencadena el conflicto en los Balcanes. Estimulados por Kokotsev, presidente del Consejo desde el asesinato de Stolypin, y su ministro de Asuntos Exteriores Serge Sazonov (que han procurado no advertir a Francia), los búlgaros concluyen una alianza con los servios (por instigación del ministro ruso en Belgrado, Hartwig) el 13 de marzo de 1912, y luego con los griegos y los montenegrinos, el 29 de mayo. Estos últimos, el 8 de octubre, inician las hostilidades; el 17, les siguen los otros. En tanto que la Puerta se apresura a firmar la paz con Italia, cediéndole en Lausana, el 15 de octubre de 1912, Tripolitania y Cirenaica, los servios entran en Durazzo, en Uskub y en Monastir, y los búlgaros ocupan Mustapha, Stroutmitza, Cavala, Serres y Drama y asedian Adrianópolis; los griegos penetran en Salónica el 19 de noviembre, ante el espanto de los 70.000 judíos de la ciudad, que el rey George y Venizelos tienen que tomar urgentemente bajo su protección. El 3 de diciembre, Turquía solicita un armisticio y se ve obligada a evacuar Adrianópolis. En Londres, donde por iniciativa de Poincaré los diplomáticos se han reunido en conferencia desde noviembre, las negociaciones, interrumpidas por la negativa de los turcos a entregar la ciudad, el 3 de febrero, y reanudadas el 16 de abril, desembocan en la firma de unos preliminares de paz, el 30 de mayo de 1913.

Los «Grandes» apaciguan el conflicto...

Ante aquellos éxitos, obtenidos con el apoyo de Rusia, Austria se inquieta. El indolente y versátil Berchtold, que ha sucedido a Aerenthal, fallecido el 17 de febrero de 1912, y al que su estancia en Petersburgo no ha hecho más rusófilo que su predecesor, se opone a la fusión de Serbia y Montenegro, es decir, a la creación de una «gran Servia», con fachada al Adriático, obtiene en Londres la designación del príncipe de Wied (30 de noviembre) como soberano de Albania y, volcando la mesa de juego con la esperanza de restablecer la partida, empuja a Bulgaria contra sus aliados. Se desencadena una guerra fratricida (25 de junio de 1913). Servios, griegos y rumanos atacan a los búlgaros, ocupan Silistria, mientras los turcos, aprovechando el desorden, se vuelven a apoderar de Adrianópolis (con sus 19.000 judíos). Alemania e Italia han contenido a Austria, que en julio ha manifestado su intención de intervenir contra Servia. El 10 de agosto de 1913, el tratado de Bucarest restablece una paz precaria y provisional. La Gran Bulgaria no sobrevive, sólo conserva Demotika y Kirk-Kilissé, con unos 11.000 judíos, cuando tenía 24.000 en 1887 y 33.000 en 1900; en Sofia, Rutschuk, Philippopoli y Varna, bien tratados por Alejandro de Battenberg y Fernando de Coburgo. Servia toma otro trozo de Macedonia,con Monastir y Uskub (englobando así a unos 10.000 judíos, en lugar de los 6.000 de antes, 4.000 de

ellos en Belgrado). Agrandada con Salónica, Ianina, Serres y Drama, Grecia absorbe 80.000. En cuanto a Rumania, que se anexiona la Nueva Dobrudja (Silistria), estimulada por la «Liga de la Cultura» y unas manifestaciones estudiantiles,continúa oponiéndose con la misma decisión a la emancipación de sus judíos (269.000 en 1899, que no tardarán en ser 300.000). Los hermanos Joan y Demeter Bratiano que, pese a ser «liberales», comparten la hostilidad general de las clases medias contra ellos, les someten a un régimen análogo al de la Rusia de los zares (prohibición de determinados comercios, bebidas, tabaco, farmacia, corretaje, arriendo de impuestos en 1881 y, a pesar de la obligación del servicio militar en 1882, «numerus clausus» en las escuelas en 1887 y 1893 y en las Universidades en 1898; expulsión del profesor Moises Gaster en 1885; *pogroms* en Bucarest y en Galatz en noviembre de 1897 y, en mayo de 1899, en Jassy (donde hay, como en la capital, 45.000). Allí, como en otras partes, el jefe del partido socialista es un judío, Nahoum Katz, llamado Dobrodjeanu Gers.

...pero se preparan para la guerra

Una vez más, Europa ha rozado muy de cerca la guerra. Se producen todavía algunas concesiones mutuas; asentimiento de Nicolás II en Postdam (4 de noviembre de 1910) para la prolongación de la línea de Bagdad hacia Persia (ratificado por Inglaterra y Turquía en julio de 1914), arreglos sobre Marruecos en 1911, participación francesa en los carbones del Ruhr, nuevo ofrecimiento británico de reparto de las colonias portuguesas, que Alemania declina y que levanta una protesta francesa (20 de octubre 1913). Pero el fracaso de la misión de lord Haldane en Berlín (febrero de 1912) ha reactivado la carrera de armamentos. Alemania aumenta sus efectivos en activo de 621.000 hombres a 761.000, que no tardarán en ser 820.000 (ley del 3 de julio de 1913). Francia replica estableciendo el servicio militar de tres años, que debe permitirle alinear 750.000 hombres, reforzados por tropas coloniales (ley del 7 de agosto de 1913). Rusia decide en marzo aumentar su ejército de 1.200.000 a 1.420.000 hombres, y hasta 1.800.000 en 1917. Con el temor suscitado por los preparativos del vecino, el convencimiento de que la guerra es inevitable penetra en la mente de los hombres de Estado. En consecuencia, cada uno se esfuerza en prepararla, poniendo de su parte el máximo de posibilidades.

Oigámosles: «Una paz a toda costa constituiría una humillación que un gran país como el nuestro no podría soportar» (Lloyd George, canciller del Tesoro, tras el incidente de Agadir, 21 de julio de 1911, en el Guildhall). Clemenceau y Pichon en el Senado, a raíz de la ratificación del acuerdo, el 10 de febrero de 1912: «Queremos la paz... Pero, si se nos impone la guerra, nos encontrarán». Poincaré, presidente del Consejo desde el 13 de enero de 1912, a su regreso de Rusia, en Nantes, el 27 de octubre de 1912: «Debemos conservar todo el orgullo de un pueblo que no quiere la guerra, pero que tampoco la teme». Al otro lado de la barricada, Guillermo II confía al rey Alberto II de Bélgica, de visita en Postdam, el 5 de noviembre de 1913, que en presencia de los preparativos franceses, «nosotros no deseamos la guerra, pero la haremos para terminar de una vez». Estas palabras, transmitidas por el barón Beyens a Jules Cambon, son comunicadas por este último a Ray-

mond Poincaré, Gaston Doumergue y Alexandre Ribot. De hecho, el Estado Mayor alemán aconseja prevenir el amenazador aumento de los efectivos rusos, si hay que llegar a las manos. En semejantes disposiciones de ánimo, es evidente que en el caso de que prenda de nuevo la chispa del conflicto balcánico no habrá que contar, ni con Francia para contener a Rusia, ni con Alemania para frenar a Austria.

Muy al contrario. Poincaré, que en la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, de la que es ponente general, ha apoyado la operación Clemenceau contra Caillaux inmediatamente después de Agadir (aunque en el fondo era partidario de ratificar el acuerdo), aparece entonces ante los franceses como el símbolo del honor nacional amenazado. Lorenés de Bar-le-Duc, marcado en su juventud por la ocupación prusiana, su patriotismo es intransigente. Positivista, luego bergsoniano, habitual de las veladas de Adrien Bernheim y del salón ateo de Mme. Albert Leroy, se sitúa de buena gana en la línea del Decano Dufaure, liberal quizá, pero hasta tal punto deseoso de laicismo que en presencia del desencadenamiento anticlerical de Combes y de Clemenceau, apenas tendrá el valor de abstenerse y abandonar aquella Cámara, en la que ocupa un escaño como diputado por Commercy desde el 31 de julio de 1885, por el Senado, en 1903, y sólo se atreverá a comprometerse en favor de Dreyfus, desmintiendo ante la Asamblea, el 28 de noviembre de 1898, que se hubiesen comunicado al ministerio del que formaba parte en 1894 unos documentos secretos. Se separa entonces de Jules Méline, progresista, para formar su propio grupo de «republicanos de izquierda» (9 de febrero de 1899). Político, es un republicano ligado desde hace mucho tiempo al Bloque de las izquierdas. Abogado, salido del gabinete de M. Du Buit, ha puesto su talento al servicio de los autores, de los artistas, del Sindicato de la Prensa, pero también de los industriales (la *Societé de Saint-Gobain)* y de los financieros, y ha procurado siempre, en su profesión, no tropezar con los Rothschild.

La intransigencia de Poincaré

Su participación en la fundación del grupo de la Alianza democrática, presidido por Adolphe Carnot, en mayo de 1901 (a ese grupo pertenecen también Rouvier, presidente del Banco para el Comercio y la Industria, controlado por el grupo Paribas, Christophle, gobernador del *Crédit Foncier* en 1878, el coronel Etienne —los tres comprometidos en el escándalo de la Compañía del Ferrocarril del Sur en 1894—, el judío Raynal, Siegfried, Jonnart, su amigo Barthou— mezclado en 1895, como ministro de Obras Públicas , en el escándalo de las garantías de intereses—, Chautemps, Bonnefoy-Sibour, etc.), constituye para él un lazo más con las potencias del dinero, cuyos intereses ha sabido defender hábilmente como ponente general del presupuesto, en 1892, y sobre todo como ministro de Finanzas en el gabinete Sarrien, formado el 14 de marzo de 1906, bloqueando los proyectos de impuesto sobre los ingresos. Y también con los magnates de la prensa: los senadores Jean Dupuy, del «Petit Parisien» (tirada, 1.600.000 ejemplares). Prevet, del «Petit Journal» (un millón), Letellier, del «Journal» (800.000), Bunau-Varilla, del «Matin» (800.000), Adrien Hébrard, del «Temps», Simon, del «Echo de Paris», etc., de aquella prensa generosamente tratada, en

apoyo de los empréstitos, por los distribuidores de valores rusos al frente de los cuales figura Arthur Raffalovitch... ¡Gran Oficial de la Legión de Honor! (gratificaciones que varían de 250 a 5.000 francos mensuales para la mayoría de los cotidianos, a primeros de marzo de 1905; 15.000 francos para el «Petit Journal» y el «Petit Parisien»). Al igual que Delcassé, al que se parece en tantos rasgos, Poincaré es absolutamente honrado y de carácter entero, pero también tímido, lo que le hace distante, encerrado en sí mismo y poco dúctil. Por sus relaciones y sus cualidades, puestas al servicio del espíritu de revancha, los dos hombres son la gran reserva del régimen, en las horas sombrías de los escándalos parlamentarios y de los peligros exteriores.

Después de seis años de no figurar en política, la gran prensa, a la que hace eco la opinión pública, le lleva a formar, el 13 de enero de 1912, un gran ministerio de reactivación nacional, con el sectario Steeg en el Interior, el flexible Briand en la Justicia, el fogoso Millerand en la Guerra, el enérgico Delcassé en la Marina, el negociante judío Klotz en las Finanzas y el inevitable Dupuy en las Obras Públicas. Poincaré se ha reservado el Quai d'Orsay, en el que impone una férrea disciplina, nombra a su condiscípulo de Louis-le-Grand, Maurice Paléologue, director de los Asuntos políticos para controlar mejor la casa; releva a Crozier, embajador en Viena, lo bastante ingenuo como para proponer que los empréstitos austríacos sean cotizados en la bolsa de París, y le sustituye por Dumaine... Inmediatamente, se dedica a fortalecer el bloque de la *Triple Entente*. Tantea el terreno con Inglaterra con vistas a un acuerdo, que, si la neutralidad belga se encontrara amenazada, autorizaría la entrada de las tropas francesas en Bélgica (propuesta que Londres y Bruselas rechazan los días 21 y 22 de marzo), obtiene por un intercambio de cartas de los días 21-22 de noviembre que, en caso de complicaciones internacionales se lleven a cabo consultas de Estado Mayor entre los dos países, y que la colaboración de la Royal Navy en la Mancha permita la concentración de la flota francesa en el Mediterráneo (convención naval de marzo de 1913). Se acerca a Iswolsky, reemplazado por Sazonov en los Asuntos Exteriores y nombrado embajador en París en mayo de 1910, y, temiendo una distensión germano-rusa realiza personalmente una gira por Rusia, desembarca el 13 de julio en Crondstadt, negocia en San Petersburgo el desdoblamiento de las vías férreas estratégicas, el desencadenamiento de una ofensiva doce días después de la movilización, así como un acuerdo naval (16 de julio), preside un imponente desfile en Krasnoie-Selo y a su regreso, en noviembre, promete apoyar a Rusia, incluso militarmente, en el caso de que Alemania apoye a Austria en los Balcanes. Lo que equivale a meterse deliberadamente en un engranaje fatal.

Su candidatura para la sucesión de Armand Fallières en la Presidencia de la República reviste un carácter de plebiscito nacional. Sabemos ya que cuenta con el apoyo de la gran prensa. Aunque combatida por su enemigo Caillaux y por su rival Clemenceau, resulta triunfante, gracias al apoyo del conde de Mun (molesto, para un laico como él) y sobre todo de Briand, y gracias también a los votos de Deschanel y de Ribot, en la Asamblea nacional. Sus 483 votos casi duplican los 296 del oscuro Pams, designado primeramente en reunión preparatoria (17 de enero de 1913). En el «Echo de París», Albert de Mun comenta aquel éxito sobre un fondo de tormenta: «Europa entera, insegura y preocupada, se prepara para una guerra inevita-

ble... que avanza hacia ella con la implacable seguridad del destino». El barón Guillaume, embajador de Bélgica, no se equivoca al interpretar la elección como «una manifestación del viejo chauvinismo francés». El nuevo presidente concibe su papel con un orgullo especial; lo ha definido en un párrafo de «Lo que pide la Ciudad», publicado el anterior por Hachette: «Los acuerdos militares, las alianzas que afectan realmente a la seguridad y a la defensa del país sólo dependen de él (del Presidente). Los acuerdos que nos unen con Rusia no se han publicado nunca». Agradecido a Briand por su apoyo, Poincaré le encarga la formación del nuevo gabinete (24 de enero), con Jonnart en los Asuntos Exteriores, y los Hermanos Klotz, Steeg, Etienne, P. Baudin, Fernand David, Morel, René Besnard y Charles Chaumet. Cuando los socialistas provocan su caída, rechazando el restablecimiento del servicio militar de tres años, llama a su amigo Barthou (20 de marzo de 1913), flanqueado por Stephen Pichon, el hombre de paja de Clemenceau, en el Quai d'Orsay (y también de los hermanos Klotz, Etienne, Morel, H. Chéron, Ch. Dumont, P. Baudin y Alfred Massé). Pero el «elegido de Agadir» sigue considerando la diplomacia como terreno de su exclusiva competencia (Maurice Paléologue le tiene al corriente de todo).

A raíz de su primer Consejo, el 20 de febrero, se ha apresurado a relevar a George Louis, considerado como un «tibio», y a reemplazarle en la embajada de Petersburgo por Delcassé en persona, al que aleja así al mismo tiempo del gabinete y de la asamblea. La visita de Nicolás II a Berlín (del 22 al 24 de mayo de 1913), mientras que, protestando contra la prolongación de su permanencia en filas, algunos contingentes se amotinaban en Toul, y los ofrecimientos de la finanza anglo-alemana de participar en la ampliación de las fábricas Putilov, no dejaban de preocuparle. Pero su plenipotenciario no permanecía con los brazos cruzados. Delcassé logró apresurar la puesta en funcionamiento de 5.300 kilómetros de vías estratégicas (correspondientes a la convención del 17 de agosto de 1892, ratificada el 9 de septiembre de 1913); llegado a París en octubre, el presidente del Consejo Kokotsev aprovecha la ocasión para reclamar un nuevo préstamo de 500 millones anuales durante cinco años, con vistas a la construcción en cuatro años de 11.000 kilómetros de ferrocarriles. El general Joffre se entiende con el jefe de Estado Mayor, general Gilinski, para un aumento de los efectivos rusos de 90.000 hombres anuales durante tres años. Finalmente, se decide que únicamente Creuzot (con la colaboración del Banco de la Unión de París) cubrirá la ampliación de capital de las fábricas Poutilov (de 16 a 25 millones de rublos). Obtenidos estos resultados, Delcassé regresa a París en febrero de 1914.

En el intervalo, Poincaré se ha entrevistado sucesivamente con los reyes de Grecia, de Inglaterra, de los belgas y con Alfonso XIII (en mayo de 1913 en París y a finales de septiembre en Madrid), ya que la neutralidad de España es indispensable para el transporte de las tropas de Africa a lo largo de las Baleares, y también con Alberto I de Bélgica. Pero, ante la eventualidad de una guerra, los medios dirigentes de San Petersburgo permanecen divididos. Bajo la creciente influencia de Rasputín (aconsejado por su secretario judío Aaron Simanovitch), Goremykin es llamado para reemplazar a Kokovtsev en la presidencia del Consejo, en febrero de 1914; Sazonov es partidario de la conciliación; hombre corrompido, el general Sukhomlinov, ministro de la Guerra, no merece la menor confianza. Aunque él mismo, su

jefe de Estado Mayor, ciertos generales y algunos altos funcionarios se inclinan a ver en la guerra un preventivo de la revolución, unos estadistas mejor informados, el ex ministro del Interior Durnovo, en febrero de 1914, el conde Witte, en marzo, no cesan de poner en guardia a Nicolás II contra los riesgos de semejante aventura. Entonces, Poincaré, considerando inevitable la guerra (al menos desde enero de 1913), decide galvanizar las energías visitando personalmente al zar. Embarca en el «France» el 16 de julio, llega a Cronstadt el 20 y habla en un tono «tan firme» el 22, en el almuerzo que sigue al desfile de Krasnoie-Selo, que al lado del débil soberano el «autócrata» parece él (según su embajador y amigo Maurice Paléologue) (7).

A pesar de la falta de preparación de Francia

Mientras que, en tales condiciones, Francia, en plena incoherencia política (dirigida sucesivamente por un gabinete Doumergue, el 9 de diciembre de 1913 —con los Hermanos Bienvenu-Martin, René Renoult, Monis, René-Viviani, Fernand David y Paul Jacquier—, por un gabinete Ribot, el 9 de junio de 1914 —con los Hermanos Delcassé, Leon Bourgeois y Emile Chautemps—, y desde el 14 de junio de 1914 por un presidente del Consejo socialista, Viviani, rodeado de otros nueve Hermanos: Doumergue, Bienvenu-Martin, Messimy, René Renoult, Augagneur, Fernand David, Paul Jacquier y Albert Dalimier, a los que se une Marcel Sembat el 26 de agosto, mal apoyada por una Cámara generalmente inclinada a la izquierda y profundamente dividida), financiera (la negativa a aceptar el impuesto sobre los ingresos, por parte de las potencias del dinero, la había obligado a concluir dos acuerdos con el Banco de Francia para el caso de movilización, el 11 de noviembre de 1911, previendo un anticipo de 2.900 millones, de los cuales sería reclamada una primera tanda de 500 millones el 5 de agosto de 1914, y a lanzar el 20 de junio un empréstito al 3,5 % de 805 millones) y militar (los efectos de la ley de los tres años de agosto de 1913 no habían tenido tiempo de hacerse notar aumentando el ejército activo en 157.000 hombres), lanza con ligereza a una juventud ardiente al sacrificio para borrar la humillación de 1870, Alemania prepara metódicamente sus elementos bélicos.

«En 1914 estaremos preparados», había declarado a Barrère en 1905 el embajador alemán en Roma, de Monts. Esperar el aumento de los efectivos franceses y al fortalecimiento del ejército ruso, en 1917, sería una locura, opina en Berlín el Gran Estado Mayor. Así, todas las medidas han sido adoptadas a tiempo (2.295 millones gastados en la Defensa Nacional desde 1900, contra 1.119 millones en Francia) para asegurar la superioridad de los medios de la Wehrmacht, desde principios de 1913 capaz de oponer 850.000 en activo, más 4.370.000 reservistas, a 480.000 más 3.978.000 franceses. También, en el plan financiero la movilización ha sido minuciosamente preparada, bajo la «dictadura» del «mariscal» Havenstein: el Reichsbank, cuyas reservas-oro pasarán de 1.856 millones el 31 de julio de 1914 a 2.533 el 15 de

(7) Hijo de un judío búlgaro, intendente de una rica familia húngara antes de establecerse en Constantinopla, donde el sultán le autorizó a llevar aquel nombre, correspondiente a una famosa dinastía de Bizancio (A. Fabre-Luce, «Veinticinco años de libertad», tomo I, página 310.

junio de 1917, ha calculado las necesidades de guerra, valoradas en 5.760 millones de marcos anuales para dos millones y medio de hombres en línea, constituyendo en enero de 1913 una reserva de billetes y creando, a ejemplo de Prusia en 1848, 1866 y 1870, aunque en una escala mucho mayor, 99 cajas de «préstamos de guerra», susceptibles de mantener la economía en marcha anticipando sobre los empréstitos el 75 y hasta el 85 % de su importe, a partir de febrero de 1917 (el crédito de 5.000 millones abierto por el Reichstag será cubierto por el empréstito, hasta un equivalente de 4.460 millones, en septiembre de 1914; en diciembre, otros 5.000 millones serán suministrados en Bonos del Tesoro). En Alemania, lo mismo que en Francia, la prensa mantiene a la opinión en una psicosis de guerra. Desencadenada el 2 de marzo de 1914 por la Gaceta de Colonia», que preconiza abiertamente una guerra preventiva, una violenta campaña es secundada por todos los periódicos del otro lado del Rin.

La ceguera de Austria

La prensa austríaca le hace coro. No olvidemos que se encuentra en la proporción del 75 % en Austria y del 90 % en Hungría, en manos de los judíos. El archiduque Francisco-Fernando decía que en toda la monarquía (aparte su propio periódico, el «Reichpost») sólo había «infectos periódicos de judíos y de francmasones». En cabeza, los tres hermanos Singer, hijos de un mozo de cuerda moravo en 1870, el mayor de los cuales, Emmanuel, primero corresponsal en París, se ha convertido en director de la «Neue Freie Presse», el hombre más influyente del Imperio, íntimo del conde Stürgkh, presidente del Consejo de Austria en 1914, y que le deben muchos favores. Mientras vivió el archiduque Rodolfo, príncipe heredero, aquellos individuos, pacientemente, esperaban su hora. Descendiente degenerado de los Wittelbasch, tan extravagante como su romántica madre, la emperatriz Elisabeth, aficionado a todos los paraísos artificiales, a las mujeres, al alcohol, a la morfina, proclamándose federalista y liberal, anticlerical y francmasón (muy ligado, desde 1882 hasta 1888, al judío Moritz Szeps, fundador del «Neue Wierner Tagblatt», amigo también de Catherina Schratt, la fiel amante de Francisco-José, es posible que conociera en Viena, en diciembre 1886, a Georges Clemenceau, cuyo hermano Paul, ingeniero, se había casado con la hermana de Szeps, Sophie), declarándose el «paladín del trabajo contra el capital», cuando era íntimo de los banqueros judíos y del barón Hirsch, que pagaba sus deudas, el archiduque había mantenido sus esperanzas hasta el drama de Mayerling, ocurrido en la noche del 30 de enero de 1889, tras una reprimenda de Francisco-José y del descubrimiento de sus intrigas con la oposición, con ocasión de una visita del príncipe de Gales. El hecho de que asociara en sus sueños sus proyectos de expansión en Oriente, sus designios federalistas y su germanofobia (llevada hasta el extremo de decir de Guillermo II en 1888: «Es probable que no tarde en poner a nuestra vieja Europa a sangre y fuego»), demuestra que, si a veces podía ser lúcido, la lógica no era su fuerte.

Más equilibrado y más razonable, Francisco-Fernando, hijo del segundo hermano de Francisco-José, Carlos-Luis, y de su segunda esposa, María-Anunziata de Borbón-Sicilia, comparte los sentimientos católicos de su ma-

dre, su hostilidad a la casa de Saboya e incluso su deseo de ver restablecido el poder temporal de los Papas. Hostil a Aerenthal y a su política, se ha indispuesto con el canciller Beck, con el que le unían una buena amistad, y ha provocado su caída en 1909, a propósito de la renovación decenal del acuerdo con Hungría, reprochándole el «buscar sus apoyos entre los socialdemócratas, los judíos, los francmasones y los húngaros» (8). Hungría, judaizada, mucho más que Austria, dirigida por el conde Tisza, calvinista, le es profundamente antipática. Partidario de una reforma federalista, que dividiría a Bohemia en dos regiones y a Hungría en cuatro, trabaja para la transformación del dualismo en un trialismo que haría sitio a los eslavos en el interior del Imperio, pero teme sobre aquellas poblaciones la influencia centrífuga de una «gran Servia». Preocupado por el porvenir de sus dos hijos, que —a causa de su matrimonio morganático con Sophie Chotek, de buena familia checa (más tarde princesa y duquesa de Hohenberg), han sido excluidos de todo derecho a la corona, en Austria, el 28 de junio de 1900—, le ofrecen para ellos unos proyectos de establecimiento, sea en Transylvania, sea en Yugoslavia. Sensible a la acogida que le ha dispensado Guillermo II, a pesar de aquella boda desigual, sin ser germanófilo a fondo (de buena gana aceptaría el retorno a la alianza de los Tres Emperadores), se da cuenta de que Austria necesita el apoyo de Alemania contra las intrigas de Rusia en los Balcanes. Nombrado inspector general del ejército, con el asentimiento del Kaiser, en 1906, ha tenido la debilidad de apoyar el nombramiento del general Conrad von Hoetzendorf como jefe de Estado Mayor, en sustitución del general Beck, y más tarde de volverle a llamar (tras haber sido destituido por Francisco-José el 1 de diciembre de 1911, por haberse mostrado partidario, el 15 de noviembre, de atacar a Italia), después de la caída en desgracia, por un motivo baladí, del general Aufenberg, ministro de la Guerra, en agosto de 1913. El 12 de junio de 1914, en Konopischt, celebró con Guillermo II y el almirante von Tirpitz una entrevista cuyo secreto no ha trascendido (y que tal vez explique la exclamación del Kaiser, ante la noticia de su asesinato: «Hay que volver a empezar de nuevo»).

Sea como fuere, el centro de las intrigas belicistas en Viena hay que buscarlo cerca del embajador alemán, von Tzchirschky, y en el Ballplatz. Desde que Aerenthal ha ocupado el ministerio de Asuntos Exteriores, sus servicios llevan a cabo una guerra sorda contra Servia: proceso de Agram contra 50 croatas (en 1908), proceso de los servios contra el Dr. Heinrich Friedjung (9), acusaciones publicadas por la «Neue Freie Presse» de los Singer, contra el gobierno servio, con ayuda de documentos falsificados por el conde Forgash en la legación de Austria en Belgrado (Mazaryk y Spalaikovith se encargan de la defensa de los servios); recusación de una gestión propuesta por la Cámara de Comercio de Belgrado en Viena, en noviembre de 1912; denegación de una entrevista solicitada por Pachitch a Berchtold, por mediación de Mazaryk, en diciembre, y de otra pedida por el rey Pedro de Servia, sin informar siquiera de ello a Francisco-José. A espaldas del emperador, el 24 de junio de 1914, la Ballplatz elabora contra Servia un proyecto de Liga balcánica, sobre la base de un acercamiento entre Bulgaria

(8) A. R. von Biegeleben, 28 de junio de 1907.

(9) Historiador judío, ex signatario con Victor Adler, jefe del partido socialdemócrata del programa de Linz, en 1882.

y Turquia; puesto al corriente por una carta enviada por el conde Hoyos, el 5 de julio, Guillermo II la aprueba y promete su apoyo.

El drama de Sarajevo...

Entretanto, Francico-Fernando, al término de las maniobras de Bosnia, ha cometido la imprudencia de dirigirse, a instancias de su esposa, a Sarajevo, el día aniversario de la derrota servia de Kossovo en 1389, cuando el gobernador Potiorek ha montado un servicio de orden insuficiente, con el pretexto de que sus tropas no poseían uniformes de gala (28 de junio de 1914). En el trayecto hacia el Ayuntamiento, una primera bomba, lanzada por Tchabrinovitch, se desliza debajo del automóvil. Ileso, el archiduque se dirige al hospital para visitar a los heridos. Pero el burgomaestre se ha equivocado de itinerario, y su coche se para unos instantes: los suficientes para que otros dos conjurados, Gavrilo Prinzip y Nedjelko Cabrinovitch se acerquen y asesinen a tiros a la principesca pareja. Tuberculosos ambos, secundados por cuatro cómplices (tres de ellos, bosnianos, menores de edad, escaparán de la pena capital), afiliados a la «Mlada Bosna», creada en 1911, los asesinos, reclutados por la mano negra, la «Narodna Obrana», el servicio del coronel Dimitrievitch, jefe del Servicio de Información servio, adiestrados en el tiro por Tsiganovitch (un amigo de Pachitch), han sido enviados anticipadamente a Bosnia, donde un «corresponsal» local, Malobabic, se ha encargado de proporcionarles armas. El atentado ha sido cuidadosamente preparado por unos medios que se benefician de numerosas ramificaciones internacionales. «Es una lástima que esté condenado; morirá en la antesala del trono», ha declarado un dirigente de la Francmasonería italiana, según monseñor Jouin (en la «Revue internationale des Sociétés secretes», el 15 de septiembre de 1912), declaración confirmada por el interrogatorio de sus asesinos, entre ellos Cabrinovitch que manifiesta, el 19 de octubre de 1914: «Desde hacía dos años, los masones le habían condenado a muerte». Amigo del mayor Tankositch, que ha suministrado las armas del crimen, otro masón, el estudiante Casimirovitch, se ha dirigido a Budapest, a Francia y a Rusia en busca de instrucciones. Gavrilo Prinzip niega ser masón, pero confirma aquellos testimonios. En la propia América, una llamada al asesinato había sido lanzada por el órgano de los emigrados servios de Chicago, el «Srbobran», el 3 de diciembre de 1913: «El presunto heredero ha anunciado su intención de dirigirse a Sarajevo a principios del año próximo... ¡Caiga sobre él la santa venganza! ¡Muerte a la dinastía de los Habsburgo y gloria eterna a los héroes que levantarán la mano contra ella!» (Seton-Watson, «Historia de los Rumanos», Cambridge, 1934, págs. 468-469). El atentado ha sido organizado con el previo acuerdo del agregado militar ruso Artamanov (que se ha marchado de vacaciones el 19 de junio). Viejo zorro (ex terrorista comprometido en otro tiempo en el atentado contra Milan Obranovitch), destituido momentáneamente por el rey Pedro en mayo de 1914, pero vuelto a llamar inmediatamente por el regente Alejandro, el presidente del Consejo Pachitch ha obedecido las instrucciones del ministro ruso Hartwig (muerto de una crisis cardíaca en casa de su colega austríaco, el general Giesl), pero ha tratado de cubrirse, advirtiendo por medio de otro conjurado, Jovan Jovanovitch, su ministro en Viena, de la posibilidad de un atentado contra el archiduque, no al presidente del Consejo Berchtold, sino

al ministro de Finanzas de Austria, un polaco, Bilinski, que se ha reservado la información. Tras lo cual, Pachitch, como si buscara una coartada, se ha trasladado a Salónica.

No es el único, por otra parte, que considera conveniente ausentarse. Guillermo II (cuyos íntimos juegan a la baja en la Bolsa de Berlín, desde hace tres semanas) emprende un crucero a aguas noruegas del 6 al 27 de julio, su ministro de Asuntos Exteriores, el pacífico von Jagow, que ha sucedido a Kiderlen, sale en viaje de luna de miel, y su colega de la Guerra, von Falkenhayn, se toma unas vacaciones, en tanto que Poincaré y Viviani navegan hacia Cronstadt. Colocada la máquina infernal, en espera de la explosión, todo el mundo se aleja. Se quedan, para prender la mecha, algunos embajadores, como Iswolsky en París, von Tschirschky en Viena... y los conjurados de la Ballplatz, el conde Forgash, jefe de sección, y el húngaro Kania, jefe del servicio de Prensa. Reunidos en Consejo, el 7 de julio, bajo la presidencia de Berchtold, al que su «donjuanismo ecléctico» (Saint-Aulaire, Francisco-José) expone a muchos chantajes, los ministros de la Guerra y de Finanzas, von Krobatin y Bilinski, el jefe de Estado Mayor von Hoetzendorf, los presidentes del Consejo austríaco, conde Stürgkh (el hombre de los Singer), y húngaro, conde Tisza, estudian los medios para imponer a Servia la guerra como única salida. Sólo el ministro magiar, hostil a la absorción de nuevos eslavos, formula reservas. El emperador Francisco-José, hombre sencillo, bonachón, concienzudo (¿no es acaso el primer funcionario de una administración modélica?) y pacífico, que ha recomendado a Berchtold, después del atentado, que procure llegar a una solución amistosa con Servia, es mantenido al margen de aquellas deliberaciones, que no conocerá en detalle hasta el 16 de agosto. Entretanto, el conde Forgash (el ex ministro en Belgrado, al que ya conocemos) redacta cuidadosamente, en colaboración con von Tschirschky, el 19 de julio, el ultimátum a Servia, que tras haber sido sometido al emperador en Ischl no será entregado hasta el 23 de julio, a fin de dar tiempo a Poincaré a abandonar Rusia, ya que aún se confía en localizar el conflicto y se temen los consejos de firmeza del lorenés al zar.

La complicidad del gobierno servio, de Pachitch y de su Servicio de Información en el atentado es del todo evidente, por lo que Austria exige, además de la expurgación de los manuales escolares y de la disolución de la «Narodna Obrana», el 6.º punto, la participación de uno de sus representantes en la encuesta. Pero ésta es la única condición que el gabinete de Belgrado, invocando su independencia nacional, rechaza en su respuesta (cuya paternidad se atribuye a Philippe Berthelot, nombrado director de los Asuntos políticos en el Quai d'Orsay), el 25 de julio. Sin embargo, Guillermo II parece quedar satisfecho: «Todo motivo de guerra desaparece», le dice a von Jagow, y temiendo que «nuestra lealtad con Austria nos conduzca a la destrucción política y económica», aconseja la conciliación y recomienda a Viena, el 28, que acepte la conferencia propuesta dos días antes por la Gran Bretaña, en tanto que Betmann-Holweg precisa en Viena: «Estamos dispuestos a cumplir con nuestras obligaciones de alianza, pero nos negamos a dejarnos arrastrar a la ligera, y sin que nuestros consejos sean escuchados, a una conflagración universal».

...transformado, por la pusilanimidad del zar, en catástrofe suicida

¿Por qué, pues, no adopta Poincaré la misma actitud con respecto a Rusia, que no ha tenido inconveniente en hacer saber a Francia, a propósito de Marruecos y por boca de Iswolsky, que el zar sólo se movería para la defensa de sus intereses vitales (7 de septiembre de 1911)? ¿Acaso el asunto servio tiene un interés vital para Francia? Podría creerse, por cuanto aprovecha su viaje para decidir «defender la soberanía servia y confirmar solemnemente las obligaciones de la alianza» (según sir George Buchanan, embajador de Gran Bretaña). El, que ha anunciado a Messimy, a raíz de su nombramiento: «El estado de Europa es tal, que la guerra se encuentra quizá más próxima de lo que el gran público supone», apenas llegar a la estación de Saint Lazare, el 29 de julio, declara a René Renoult, ministro de Obras Públicas, que «la cosa no tiene arreglo». La actitud del Quai d'Orsay, prudente durante la interinidad de Bienvenu-Martin, que había recibido el 24 al embajador alemán von Schoen, que había ido a proponerle la localización del conflicto, se endurece inmediatamente.

En Viena, el gobierno retira a su ministro en Belgrado, von Giesl, el 28, y moviliza ocho cuerpos de ejército contra Servia, usurpando la firma de Francisco-José para difundir en la prensa falsas noticias, tales como la de la matanza de 400 soldados austríacos. Simultáneamente, en Alemania, la agencia Wolf lanza el bulo de una revolución en París, como réplica al asesinato de Jaurès, y la acusación contra los franceses de haber envenenado las aguas de Metz. Y el «Lokalanzeiger» de Berlín anuncia dos días demasiado pronto, el 30 de julio, la movilización alemana, noticia falsa que tendrá como efecto el desencadenar la movilización rusa. En todas partes, las agencias, la prensa judía, intensifican su tendenciosa actividad. La alta finanza, cuya intervención ha bastado, en diversas ocasiones (en 1905, 1908 y 1911), para evitar el conflicto, se hace notar, esta vez, por su mutismo: quien calla, otorga. Ante aquella abstención absoluta de los verdaderos amos del poder, es evidente que, ni la misión del coronel House, enviado el 1 de junio a Berlín, el 9 a París y el 17 a Londres para tratar de detener la carrera de armamentos por su jefe el presidente Woodrow Wilson, elegido el 5 de noviembre de 1912, sobre un programa de paz y de no intervención de los Estados Unidos en caso de conflicto, ni con mayor motivo el llamamiento a la humanidad y a la cordura, lanzado «in extremis» por el Papa Pío X, el 2 de agosto de 1914, en su «Exhortación a los católicos del mundo entero», casi en vísperas de su muerte (20 de agosto de 1914), tienen la menor posibilidad de ser atendidos.

En adelante, las veleidades de los soberanos o las supremas tentativas de los diplomáticos, retrocediendo al borde del precipicio, importan poco. Ahora tienen la palabra los militares. En vano, Gran Bretaña propone el 26 convocar una conferencia; en vano, Rusia ofrece al día siguiente «conversar» con Austria. A la movilización austríaca de ocho cuerpos de ejército y a la declaración de guerra de Viena a Servia, el 28, Nicolás II se esfuerza aún en no contestar más que con una concentración limitada a 13 cuerpos de ejército, el 29, pero su Estado Mayor objeta que aquello implica una movilización general. Seguro del apoyo de Francia (en un telegrama de Sazonof, el 27, Poincaré ha ratificado su decisión de «secundar enteramente... la acción

del gobierno imperial»), accede a ello; luego, impresionado por un despacho de Guillermo II, trata de hacer marcha atrás, el 30. Entonces le hacen ver que, tras haber sido confirmado el acuerdo de París por una gestión del agregado militar, coronel Ignatieff, retroceder equivaldría a defraudar a su aliada francesa y a faltar a sus compromisos hacia ella. Nicolás II cede (30 de julio).

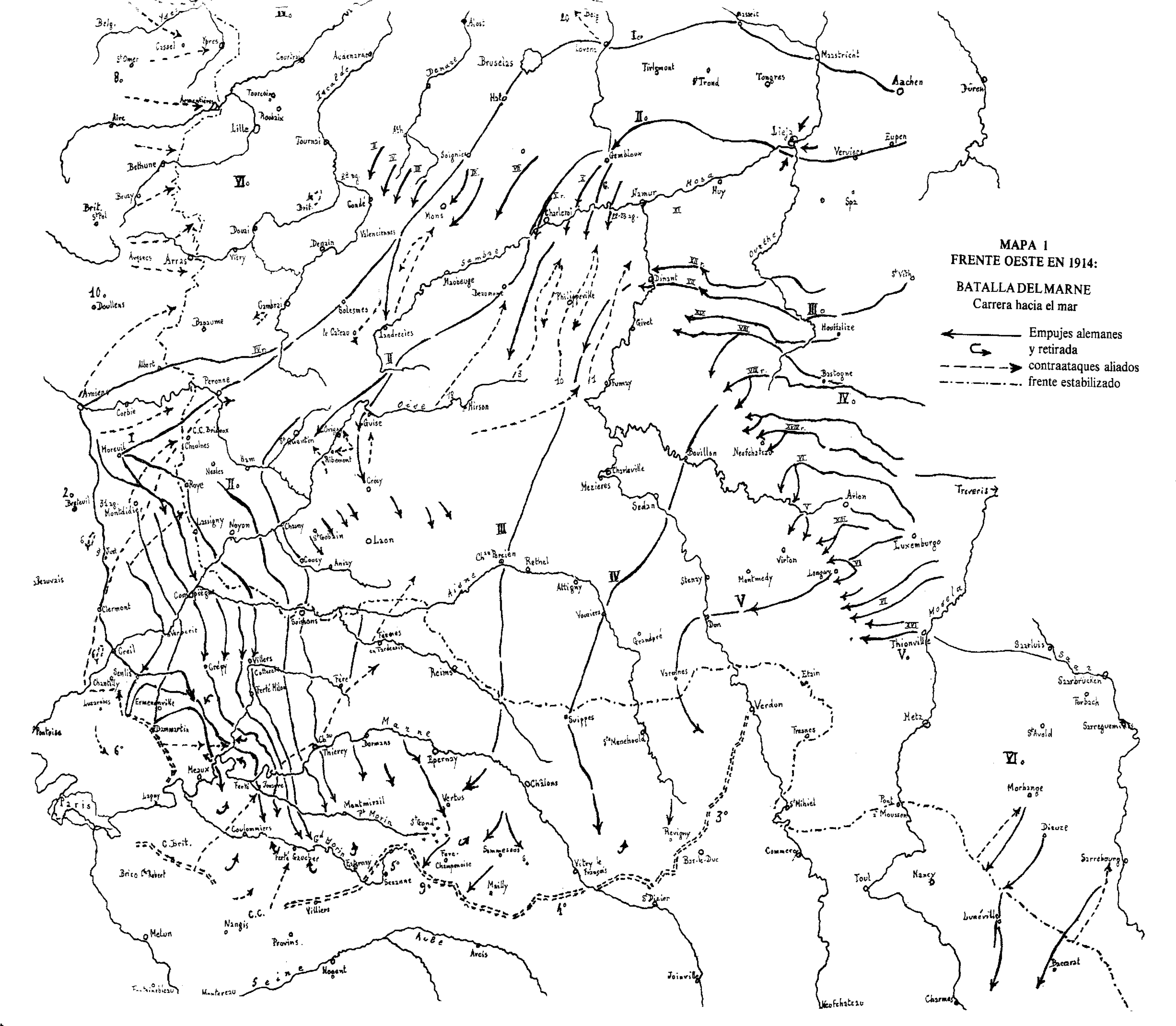
La noche siguiente, 30 a 31 de julio, Austria moviliza, aunque acepta todavía, el 1 de agosto a las diez de la mañana, una conferencia internacional (propuesta hecha por sir Edward Grey, misteriosamente transmitida por Berlín a Viena con doce horas de retraso), a condición de que Rusia interrumpa sus preparativos. El 31, Alemania decreta el estado de peligro de guerra y notifica a París, a las 19 horas, que exige la desmovilización rusa en un plazo de doce horas (cuarenta y ocho). Al día siguiente, 1 de agosto, moviliza a su vez y declara, por la tarde, la guerra a Rusia, primero, y dos días después, el 3 por la tarde, a Francia, que también ha movilizado el 1 de agosto. En la noche del 2 al 3 de agosto, Berlín ha lanzado su ultimátum a Bélgica, cuya invasión empieza a las ocho de la mañana. A pesar de las reticencias de una parte de la City —al contener a su gobierno, evitando que adoptara una actitud definida, los altos barones de la finanza judía alemana de Londres, ¿no estimulaban acaso a Guillermo II, convencido de la neutralidad británica, a lanzarse a la ventura?—, del «Manchester Guardian» y de algunos políticos (entre ellos Lloyd George), del radical lord Morley, del sindicalista John Burn y de sir Charles Trevelyan, que dimiten del gabinete, Gran Bretaña, cuyo soberano se ha negado a asumir el compromiso que Poincaré había solicitado de él por carta, en la madrugada del 31 de julio, se ve arrastrada a su vez a la guerra, el 4 de agosto, a las once de la noche, a raíz de la decisión de defender la neutralidad belga, aprobada el 3 por la tarde por los Comunes, seguida por la noche de dos gestiones en Berlín y de la entrega al canciller Bethmann-Holweg de un ultimátum exigiendo la evacuación de Bélgica. Conviene señalar, por otra parte, que la *Home Fleet*, en maniobras y prácticamente movilizada por los cuidados de Churchill, Primer Lord del Armirantazgo, y del primer lord marítimo, el almirante Louis de Battenberg, desde el 24 de julio, anclada en Portland el 28, se ha trasladado a su base de operaciones de Scapa Flow, al norte de Escocia, en la noche del 29 al 30 de julio (cuando únicamente Austria había llevado a cabo su movilización parcial), y que sir Edward Grey declaró a Francia que asumiría la defensa de la Mancha, el 2 de agosto.

* * *

Entonces empezó la mayor hecatombe de los tiempos modernos. «Religio depopulata», la divisa atribuida por la profecía de Malaquías al reinado de Benedicto XV, queda plenamente justificada, por desgracia. Elegido el 3 de septiembre de 1914, aquel Papa no tardará en denunciar la guerra como un acto de «suicidio de Europa».

En aquella catástrofe mundial desembocaron el racismo bíblico convertido por Lutero y sus herederos en pangermanismo, y el principio masónico de las nacionalidades, introducido por la Revolución Francesa, difundido por Napoleón III y Bismarck, y tan oportunamente atacado por Proudhon.

Penetradas poco a poco por un ciego chauvinismo, tan contrario a sus ideas tradicionales de orden y de equilibrio, las derechas se precipitan a un conflicto en el que sólo pueden autodestruirse. Y las izquierdas, que se dicen y se creen pacifistas, se dejan arrastrar por su engañosa Internacional, los alemanes contra la autocracia rusa y los franceses contra el militarismo prusiano. Discípulos de Hegel, convencidos de que la guerra es la gran comadrona de las revoluciones, sus amos marxistas saben adónde les conducen: los iniciados se preparan ya para transformar la guerra exterior en lucha civil generalizada.


MAPA 1
FRENTE OESTE EN 1914:
BATALLA DEL MARNE
Carrera hacia el mar
Empujes alemanes
y retirada
contraataques aliados
frente estabilizado
Bruselas
Aachen
Maastricht
Tirlemont
Tongres
Lieja
Verviers
Eupen
Gembloux
Namur
Huy
Charleroi
Mons
Dinant
Givet
Philippeville
Maubeuge
Houffalize
Bastogne
Neufchateau
Arlon
Luxemburgo
Longwy
Virton
Montmedy
Thionville
Metz
Saarlouis
Saarbrücken
Forbach
Sarreguemines
Morhange
Dieuze
Sarrebourg
Lunéville
Nancy
Toul
Baccarat
Charmes
Commercy
St Mihiel
Verdun
Etain
Stenay
Sedan
Mezieres
Charleville
Bouillon
Rethel
Attigny
Vouziers
Grandpré
Varennes
Ste Menehould
Revigny
Bar-le-Duc
St Dizier
Vitry le François
Joinville
Châlons
Reims
Epernay
Vertus
Sommesous
Mailly
Fere-Champenoise
Sezanne
Montmirail
Dormans
Ch. Thierry
Meaux
Coulommiers
Lagny
Paris
Melun
Nangis
Provins
Nogent
Arcis
Montereau
Seine
Aube
Marne
Aisne
Oise
Sambre
Mosa
Mosela
Soissons
Compiègne
Noyon
Laon
Chauny
St Gobain
Coucy
Anizy
Guise
Origny
Ribemont
Crécy
St Quentin
Ham
Peronne
Amiens
Corbie
Albert
Bapaume
Cambrai
Arras
Douai
Vitry
Lille
Roubaix
Tourcoing
Armentières
Ypres
Cassel
St Omer
Aire
Bethune
Bruay
Doullens
Avesnes
Tournai
Courtrai
Audenarde
Aalst
Denain
Valenciennes
Condé
Soignies
Halo
Le Cateau
Landrecies
Solesmes
Hirson
Fumay
Montdidier
Moreuil
Roye
Nesles
Chaulnes
Lassigny
Breteuil
St Just
Beauvais
Clermont
Verberie
Creil
Senlis
Chantilly
Luzarches
Pontoise
Ermenonville
Dammartin
Crépy
Villers Cotterets
Ferté Milon
Fère
Fismes en Tardenois
Ferté Jouarre
Ferté Gaucher
Esternay
Gd Morin
Pt Morin
St Gond
Villiers
Brie Cte Robert
G. Brit.
C.C.
Chateau Porcien
Suippes
Traveris
Sarre
Ourthe
St Vith
Spa
St Trond
Düren
Lovaina
St Avold
Pont à Mousson
Neufchateau

CAPITULO XXIX

LA CAIDA DE LOS TRONOS: ¡LOS SOVIETS POR DOQUIER!

¡Drang nach Osten! ¡Nach Paris! ¡A Berlín! ¡Sink the German Navy! ¡Na Constantinopolis! Con estos gritos de guerra, Europa, volviendo la espalda a la civilización, retrocede en unos cuantos días a los instintos primitivos de las hordas bárbaras.

Unas hordas que se precipitan unas contra otras.

Victoriosa en las fronteras, la ofensiva alemana es detenida en el Marne

De acuerdo con el plan de envolvimiento de los ejércitos franceses por Bélgica, concebido por von Schlieffen y tímidamente aplicado por Moltke (el sobrino), el grueso de las fuerzas alemanas (3.750.000 hombres, 67 D. I., 23 de ellas de reserva, y 10 D. C., articuladas en siete ejércitos —sobre un total de 88, 31 de ellos de reserva y 6 de repuesto, más 11 D. C., formando 26 cuerpos de ejército en activo, reforzado con 13 y $^1/_2$ de reserva—, cuya aparición en primera línea será una sorpresa) se ha concentrado en el Oeste. Su ala derecha llega a Lieja el 6 de agosto, se apodera de la ciudad el 16, entra en Bruselas el 20 de agosto, pone sitio a Namur y rechaza a los restos del ejército belga (110.000 hombres, componiendo 6 D. I. y 1 D. C.) en el campo atrincherado de Amberes. Con 1.900.000 combatientes, de un total de 3.580.000 movilizados, 175.000 de ellos traídos de Africa, el ejército francés opone a los invasores (sobre un total de 72 D. I., de ellas 25 de reserva, y 10 D. C.) 55 D. I. y 10 D. C. Pero pierde la batalla de las fronteras: en el Este, la ofensiva de sus tres cuerpos de derecha (emprendida para cumplir las promesas hechas a Rusia), Pau hacia Mulhouse, ocupada momentáneamente, Dubail hacia Sarreburg y Castelnau hacia Morhange, fracasa con grandes pérdidas (23-25 de agosto); en el Norte, donde se ha colocado delante de los ejércitos alemanes I, II y III (700.000 hombres), en Bélgica, con unos efectivos que ascienden a la mitad de los adversarios, su ala izquierda (el V ejército de Lanrezac, reforzado con ingleses delante de Mons) sufre en torno

a Charleroi, del 22 al 24 de agosto, una severa derrota contra el II ejército de Bülow, que ha franqueado ya el Sambre.

¿A quién imputar esos fracasos? Al Estado Mayor, sin duda. El 28 de julio de 1911, Messimy se decidió a darle un jefe y, habiendo rechazado el cargo el general Pau, porque le denegaban la elección de sus comandantes de ejército, fue nombrado en su lugar el politécnico Joffre, oficial de ingenieros (inscrito en la logia «Alsacia-Lorena» cuando era capitán). Aunque el plan Schlieffen era conocido por Francia en sus grandes líneas desde marzo de 1904, y aunque el general Michel lo tuvo en cuenta en sus proyectos de movilización, Joffre, llamado a sucederle, cometió el error inicial de limitar al Mosa la concentración prevista por su plan XVII. Además, sus Instrucciones de 1913, emanadas de un entorno de brillantes diplomados, obsesos de la ofensiva a toda costa, ignoraron sistemáticamente la potencia de fuego de los ejércitos modernos, ampliamente demostrada, no obstante, por la experiencia de las recientes campañas de Manchuria y de los Balcanes. A los gobiernos y a las Asambleas, a continuación, que comprometieron al país en la guerra sin dotarlo de los armamentos necesarios: casi sin ametralladoras, una artillería pesada insuficiente (280 piezas contra 848 de Alemania), sin morteros de cuerpos de ejército (los alemanes poseían 52 por gran unidad), un stock de municiones irrisorio, etc.

En el momento en que el cuerpo expedicionario británico (118.000 hombres, es decir, 5 D. I., en vez de las 6 prometidas, y 1 D. C.), desembarcado entre el 8 y el 22 de agosto entre Dunquerque y El Havre, se une en Mons al ejército francés, la situación parece peligrosamente comprometida y la retirada va a empezar. Su jefe, sir John French, extrae un poco apresuradamente la conclusión de que es el momento de refluir hacia París, incluso de pensar en el reembarco. Sin embargo, un contraataque local, desencadenado al sur de Guisa, en el recodo del Oise, los días 29 y 30 de agosto, en el flanco de von Klück y contra el II ejército de Bülow, por el V ejército de Lanzerac (el que más ha sufrido en Charleroi), basta para entorpecer el avance alemán. Desde su cuartel general, excesivamente lejano, de Aix-la-Chapelle, trasladado el 30 de agosto a Luxemburgo, Moltke, el sobrino, enfermo, dirige sus operaciones con mano vacilante. Habiendo ya debilitado la masa de choque prevista por Schlieffen, hinchando inútilmente su ala izquierda con tres cuerpos de ejército y medio (o sea, alrededor de 150.000 hombres), he aquí que prescinde además, en la noche del 25 de agosto, de dos cuerpos de ejército y una D. C., apresuradamente enviada como refuerzo a la Prusia oriental, sin reemplazarlas a tiempo con otras grandes unidades sacadas de su centro (en el que llega a imaginar incluso que podrá perforar el frente en dirección a Verdún), o de su izquierda. Errores en cadena, errores fatales. Insuficientemente reforzada, el ala derecha alemana, el I ejército de von Klück, que debía desbordar la izquierda francesa, se desvía y se alarga hacia el oeste para proteger su flanco, sobre el cual planea la amenaza del VI ejército de Maunoury (formado por 8 D. I., traídas del este de París, y de unidades de Africa), cuya concentración sobre el Somme fue impedida por el paso del río por los alemanes, el 28 de agosto.

Con aquella maniobra, la brecha abierta en Guisa entre los ejércitos I y II alemanes, se amplía en forma de cono, cuyo vacío se esfuerza en disimu-

lar el cuerpo de caballería de von Marwitz, en la base. Llegado a Montdidier y a Senlis, el 2 de septiembre, von Klück se da cuenta del peligro de su posición. Renunciando a desbordar París por el oeste, Moltke le ordena, el 30 por la noche, que curve hacia el sur su eje de marcha. Franquea el Marne en Château-Thierry el 3, prestando el flanco a un ataque procedente de la capital francesa. Para remediarlo, el 5, Moltke ordena a sus dos ejércitos de derecha que se encaren al sur. Demasiado tarde. Avisado, por un reconocimiento de la aviación, el 3, del cambio de marcha de von Klück, cuyas unidades desfilan delante de él, Gallieni, gobernador militar de París desde el 25 de agosto (liberado de la presencia del gobierno y del Parlamento, que han ido a refugiarse a Burdeos el 2 de septiembre), multiplica el 4 las entrevistas con Joffre, Maunoury y French (vuelto al combate por una intervención de lord Kitchener, el 5), y hace decidir para el 6 (plazo solicitado por Franchet d'Esperey para terminar los preparativos del V ejército) una contraofensiva decisiva.

De hecho, la batalla se inició la víspera, con un reconocimiento de caballería de von Gronau sobre el Ourcq, donde, para contener al VI ejército de Maunoury, von Klück tiene que reforzar su derecha con uno, y luego con dos cuerpos de ejército, el 6, y con dos más el 7, en que, por la noche, interviene una división de refuerzo traída por Gallieni con 700 taxis. Con aquella maniobra, vuelve a abrir una brecha de 35 kilómetros entre Bülow y él; impotente para llenarla, la caballería de von Marwitz y de Richtofen se ve obligada a repasar el Marne por el norte. Atacado de frente por el V ejército de Franchet d'Esperey y por la izquierda de Foch, cuyo IX ejército (formado por 4 D. I. traídas de Lorena y por dos cuerpos de Langle de Cary) resiste difícilmente al II de von Hausen y se encuentra separado de Langle de Cary por un vacío de 20 kilómetros, Bülow, obligado a replegar su ala derecha el 8, y amenazado de una infiltración de los ingleses sobre su flanco descubierto, al oeste de Château-Therry, obedeciendo a las instrucciones verbales del teniente coronel Hentsch, del Mando Supremo, se retira también detrás del Marne, arrastrando con él al I ejército y provocando, el 10 de septiembre, una retirada alemana general sobre la línea Compiègne-Soissons-Reims-Verdún. Traídos demasiado tarde por Moltke sobre Saint-Quentin, los refuerzos procedentes de los ejércitos VI y VII de Lorena no han podido intervenir en la batalla, de modo que 40 divisiones alemanas han chocado con 56 divisiones enemigas e incluso, en el punto más amenazado, 10 contra 24. Sólo el agotamiento de su caballería, la falta de municiones y el desgaste de los tubos de sus cañones paralizan la persecución del ejército francés. Se ha producido el milagro del Marne. Por haber rectificado a tiempo su error de concentración, extrayendo de su derecha, gracias a unas buenas líneas de ferrocarril paralelas al frente, las unidades necesarias, Joffre, de carácter plácido pero firme en sus decisiones, ha sido el vencedor.

En el este, el ejército alemán desarticula la ofensiva rusa y salva a su aliada austríaca

Entretanto, el rodillo ruso (que alineaba a 4.500.000 hombres, formando 114 D. I., 35 de ellas de reserva, más 29 D. C.) ha amenazado con aplastar a

la Prusia oriental. Asaltado por unos efectivos dos veces superiores a los suyos (30 divisiones contra 9 D. I., 3 de ellas de reserva, más 1 D. C. y diversos elementos de un valor total alrededor de 14 divisiones: unos 220.000 hombres), el VIII ejército alemán de von Prittwitz ha logrado contener, del 19 al 20 de agosto, entre Gumbinnen y Goldap, a los cuatro cuerpos del ejército ruso del norte, el I de Rennenkampf, pero, amenazado con verse rechazado al sur por los cinco cuerpos del II ejército de Sansonov y más de nueve divisiones de caballería, su jefe planeaba ya repasar el Vístula cuando ha sido relevado por Moltke el 21, y reemplazado por el tándem Hindenburg-Ludendorff, el 23 de agosto. Aprovechando que un intervalo de 150 kilómetros separa a las masas adversarias, aquellos dos jefes logran «fijar» a Sansonov en Tannenberg, del 23 al 26, y, cubiertos por los lagos Mazures, desbordarle por el norte, cercarle del 28 al 30 de agosto y obligarle a capitular con los restos de su ejército, 90.000 hombres y 350 cañones (desesperado, el general ruso se suicida). Reforzado con los dos cuerpos de ejército y la división de caballería traídos del frente occidental, Hindenburg se vuelve entonces contra Rennenkampf, que avanzaba sobre Koenigsberg, le amenaza con envolverle mediante unos ataques simultáneos al norte (4 cuerpos de ejército) y al sur de los lagos (2 cuerpos de ejército y 2 D. C.), el 7 de septiembre, pero el general ruso logra despegarse el 14, abandonando 45.000 prisioneros y 150 cañones, y se retira detrás del Niemen, desde Grodno hasta Kovno.

Afortunadamente para los rusos, los austríacos no son un adversario tan temible. Sin embargo, bien dirigidos por Conrad von Hoetzendorf, y dotados de una excelente artillería pesada (de morteros de 350), han movilizado 46 D. I. (pronto 49 $^{1}/_{2}$) y 11 D. C., repartidas en seis ejércitos; pero aquellos efectivos están tarados con numerosos alógenos de espíritu poco combativo. Sorprendidos por la rapidez de la concentración rusa, han tenido que sacar uno de sus tres ejércitos del frente servio, el II, para llevarlo a Galitzia. Empeñado contra las 12 divisiones del IV ejército ruso, su I ejército, avanzando el 23 de agosto hacia el norte, ha tenido que detenerse a una jornada de Lublin; el IV ha logrado rechazar al V ejército ruso hacia el Bug, del 25 de agosto al 1 de septiembre, pero el III, reforzado con la agrupación Kövess, amenazado al norte por el III y al sur por el VIII rusos, rechazado de Zloczov, ha perdido Lemberg el 3 de septiembre, y el IV (Auffenberg), el III y el II han tenido que interrumpir los contraataques iniciados desde el norte el 8 de septiembre para liberar la ciudad, a fin de no encontrarse cogidos de revés por los elementos del V ejército ruso; en la noche del 11 al 12 de septiembre, los austríacos se han replegado detrás del San, y luego sobre el Dunaiets y el Biala, mientras que su II ejército protegía los desfiladeros de los Cárpatos y Przemysl quedaba sitiado, el 19 de septiembre. Habían perdido cerca de 100.000 prisioneros.

Por fortuna para ellos, una contraofensiva del IX ejército alemán (formado por Falkenhayn el 16 de septiembre), desencadenada el 28, alcanzó el San el 9 de octubre y liberó Przemysl, en tanto que el VIII ejército, al norte, avanzaba hasta las afueras de Ivangorod y de los fuertes al sur de Varsovia. Pero, sobre la orilla derecha del Vístula, en masas profundas, 60 divisiones rusas, agrupadas en cinco ejércitos, se lanzaban contra el I ejército autríaco de Dankl, conquistaban los puentes del río, rechazaban todo

contraataque, obligaban a su adversario a la retirada, el 27 de octubre, ocupaban Radom el 28, Lodz el 30, rompían el frente el 2 de noviembre, en Kielce, y volvían a poner cerco a Przemysl. Una vez más, el aliado alemán salvó la situación. El general Rousski se disponía ya a invadir la Silesia cuando Mackensen, saliendo de Thorn, cayó sobre su flanco norte, con 5 cuerpos de ejército y 2 cuerpos de caballería, el 11 de noviembre, alcanzó Lodz el 17 y, rechazando un contrataque ruso procedente de Varsovia, los días 24-25 de noviembre, se apoderó de la ciudad, el 6 de diciembre. Un éxito obtenido en Limanova, al sur de Cracovia, por los ejércitos I y IV austríacos, el 12 de diciembre, cerró la campaña. El frente oriental, en el que los alemanes disponían de 17 divisiones a finales de agosto y de 37 en diciembre, se estabilizó. Al sur, frente a Servia, el año terminó mal para Austria. Los ejércitos V y VI de Potiorek, tras una primera derrota sobre las crestas del Tser, al este del Drina (16-24 de agosto), que les costó 50.000 prisioneros, habían reanudado su avance el 7 de septiembre y ocupado Belgrado el 2 de diciembre. Pero las 11 divisiones del voivoda Putnik, concentradas en el macizo de Rudnik, al sur de la capital, contraatacaron el 3 de diciembre y volvieron a entrar en Belgrado el 13, tras haber capturado 40.000 prisioneros.

«Carrera en el mar» y carrera de las Alianzas

Entretanto, en el oeste, los dos adversarios, ampliando su frente, se entregaban a lo que se ha llamado «carrera en el mar». Para los aliados, se trata a la vez de desbordar el flanco derecho del adversario en retirada (acción del II ejército de Castelnau, detenida en Compiègne, los días 17 y 18 de septiembre, reanudada en el Somme, del 17 al 30; del X, de Maud'huy, formado sobre el Scarpa a principios de octubre, contra el VI alemán del kronprinz Rupprecht de Baviera, al nordeste de Cambrai, entre el Oise y el Bassée, en torno a Arras, hasta el 9 de octubre; y del cuerpo británico, transportado a Flandes del 5 al 18 de octubre, contra el ejército del duque de Wurtenberg en dirección a Lille, ocupada el 13 de ocubre por el VI), de proteger el litoral de la Mancha y las líneas de comunicación más cortas con Inglaterra (el mar será alcanzado el 7 de octubre, y una contraofensiva alemana, entre Dunquerque, Calais y Boulogne, frenada en el Lys, el 16) y de recoger los restos de las seis divisiones belgas (obligadas a evacuar el campo atrincherado de Amberes el 10, a pesar del refuerzo de 8.000 fusileros de la Marina británica y de una tentativa espectacular de Winston Churchill de galvanizar la resistencia con su presencia, el 4, abandonando solamente 5.000 prisioneros y 28.000 hombres que pasarán a Holanda), a fin de organizar con ellas una línea de resistencia en Flandes (batalla del Yser, del 16 al 31 de octubre, ganada gracias a la inundación, y batalla de Ypres, en la que se ilustraron los fusileros del almirante Ronarch, del 30 de octubre al 15 de noviembre). Y, también allí, los frentes se estabilizan, las tropas se entierran en las trincheras y la guerra se atasca.

Entonces, los diplomáticos, reasumiendo la iniciativa, entablan la «carrera de las alianzas», que no cesará de extender el conflicto. A favor de un reajuste ministerial permitido por la dimisión de Viviani y de la constitución en Francia de un gabinete llamado de Unión Nacional (del que forman

parte dos socialistas, Marcel Sembat y Jules Guesde, al lado de Ribot en las Finanzas, Millerand en la Guerra, Briand en la Justicia, etc.), pero del cual quedan excluidos el centro y la derecha, el 26 de agosto, Delcassé reaparece en los Asuntos Exteriores, en los que despliega una actividad algo embrolladora. En Londres, primeramente, los aliados sellan su entente con un compromiso solemne de no concluir una paz separada (4-5 de septiembre). Interpretado inmediatamente de un modo bastante elástico, aquel acuerdo no les impide entablar negociaciones particulares, sobre unos puntos tan importantes como los objetivos de guerra de Rusia, por ejemplo. Así, el 17 de noviembre, sin consultar a Francia, Gran Bretaña declara a Sazonov que acepta en principio las pretensiones rusas sobre Constantinopla y los Estrechos. A pesar de la objeciones de Delcassé y de Paléologue, que desearían aplazar la cuestión hasta la victoria, aquella declaración no tarda en ser confimada por el rey Jorge V al embajador Beckendorf, y más oficialmente todavía, a cambio de la extensión de la zona de influencia británica en el Irán a la zona central del país, hasta entonces neutral, mediante la aceptación formal por sir George Buchanan, embajador en Petrogrado, de un memorándum de Sazonov del 12 de marzo de 1915 (20 de marzo). Aunque de mala gana, Francia ratifica el 11 de abril aquellas promesas imprudentes, de las que la diplomacia británica tratará de zafarse, más imprudentemente todavía, prestando su apoyo a la primera fase de la revolución rusa, en marzo de 1917. Promesas debidas a la cólera de Londres contra Turquía, su antigua protegida, que ha acogido a los dos cruceros alemanes «Goeben» y «Breslau», refugiados en Constantinopla contra los 19 acorazados y los 14 cruceros franceses y 11 británicos, lanzados en su persecución (10 de agosto). Ligado a Alemania desde el 2 de agosto por un acuerdo secreto, el Comité «Unión y Progreso» los ha hecho comprar por la Puerta, que no tarda en quitarse la máscara, bloquea a Rusia proclamando el cierre de los Estrechos, el 26 de septiembre, y declara finalmente la guerra a los aliados, el 2 de noviembre.

Las hostilidades, interrumpidas de hecho en el oeste (donde las ofensivas desarrolladas en Champagne desde mediados de febrero hasta mediados de marzo, contra Saint Mihiel y las orillas del Mosa en abril, y en Artois en junio, se han saldado con otros tantos fracasos (en aquella ocasión, los alemanes han utilizado por primera vez los gases asfixiantes, el 22 de abril), lo mismo que en el este (donde los rusos han sido rechazados de los Cárpatos, derrotados cerca de Augustovo y sitiados en Vilna el 6 de septiembre), ¿se extenderán a los Balcanes? Estimulado por el general Franchet d'Esperey, Briand, en el momento oportuno, había pensado en explotar la victoria obtenida por los servios y abrir un tercer frente en aquella región, pero Delcassé se había negado a seguirle por aquel camino.

Fracaso contra los Dardanelos

En cuanto a los ingleses, preocupados por el bloqueo marítimo que amenazaba con asfixiar a Rusia (Enver pacha habla, el 20 de octubre, de bombardear los puertos del Mar Negro), deciden, por instigación de Churchill y en contra de la opinión del almirante Fisher, lanzar una operación naval contra los Dardanelos, en la cual colaboran 14 buques británicos y

cuatro franceses, reducen al silencio los fuertes del gollete de Seddul-Bahr, del 19 al 25 de febrero, tratan de forzar el estrecho los días 2 y 3 de marzo, pero tropiezan, del 16 al 18, con las defensas del paso de Tchanak, pierden un crucero francés y dos ingleses, hundidos por las minas, y renuncian a la empresa. Advertidos así del peligro, los turcos se preparan para recibir a los asaltantes: 28.000 ingleses, 35.000 australianos y neozelandeses y 17.000 franceses, a las órdenes del general sir John Hamilton, que, reunidos en Ramlah, cerca de Alejandría, desembarcan penosamente el 25 de abril, al sur, en el cabo Hellès, en el mismo extremo de la península de Gallípoli, y, más al norte, en la playa de Ari Burnu, donde son rechazados del circo de colinas de Chonuk Bair por una vigorosa reacción de la 19.ª división de infantería de Mustapha Kemal y los contraataques realizados por Liman von Sanders, los días 18 y 19 de mayo. Esforzándose en extender su cabeza de puente hacia el norte, dos cuerpos de 16.000 y 25.000 australianos ponen pie en la noche del 6 de agosto en las playas de Krithia y de la bahía interior de Souvla, pero, perdiendo dos días en reagruparse, son rechazados de las alturas el 9, incluso del espolón de Lone Pené (cota 305), conquistado primeramente por los neozelandeses y batido por error por el fuego de la artillería naval, antes de ser definitivamente perdido por los británicos llegados para asegurar el relevo (a pesar del sacrificio de 2.000 muertos para los primeros y de 10.000 soldados y 375 oficiales para los segundos). Fracasadas otras tentativas los días 21-22 de agosto y en septiembre-octubre, cansados de la costosa ocupación de una franja costera de 25 a 30 kilómetros, los asaltantes logran despegarse por sorpresa y reembarcar 30.000 hombres (británicos de Souvla, del 31 de diciembre al 8 de enero de 1916, y franceses del cabo Hellès, el 9), en tanto que Mustapha Kemal se ve recompensado por su clara visión y su tenacidad con el título de pacha (general) y el mando del cuerpo de ejército. Considerado responsable de aquella descabellada aventura, Churchill se ve temporalmente apartado del poder (reducido al cargo honorífico de canciller del ducado de Lancaster, el 26 de mayo, dimite el 13 de noviembre para marchar al frente y ponerse al mando de un batallón escocés hasta finales de mayo de 1916).

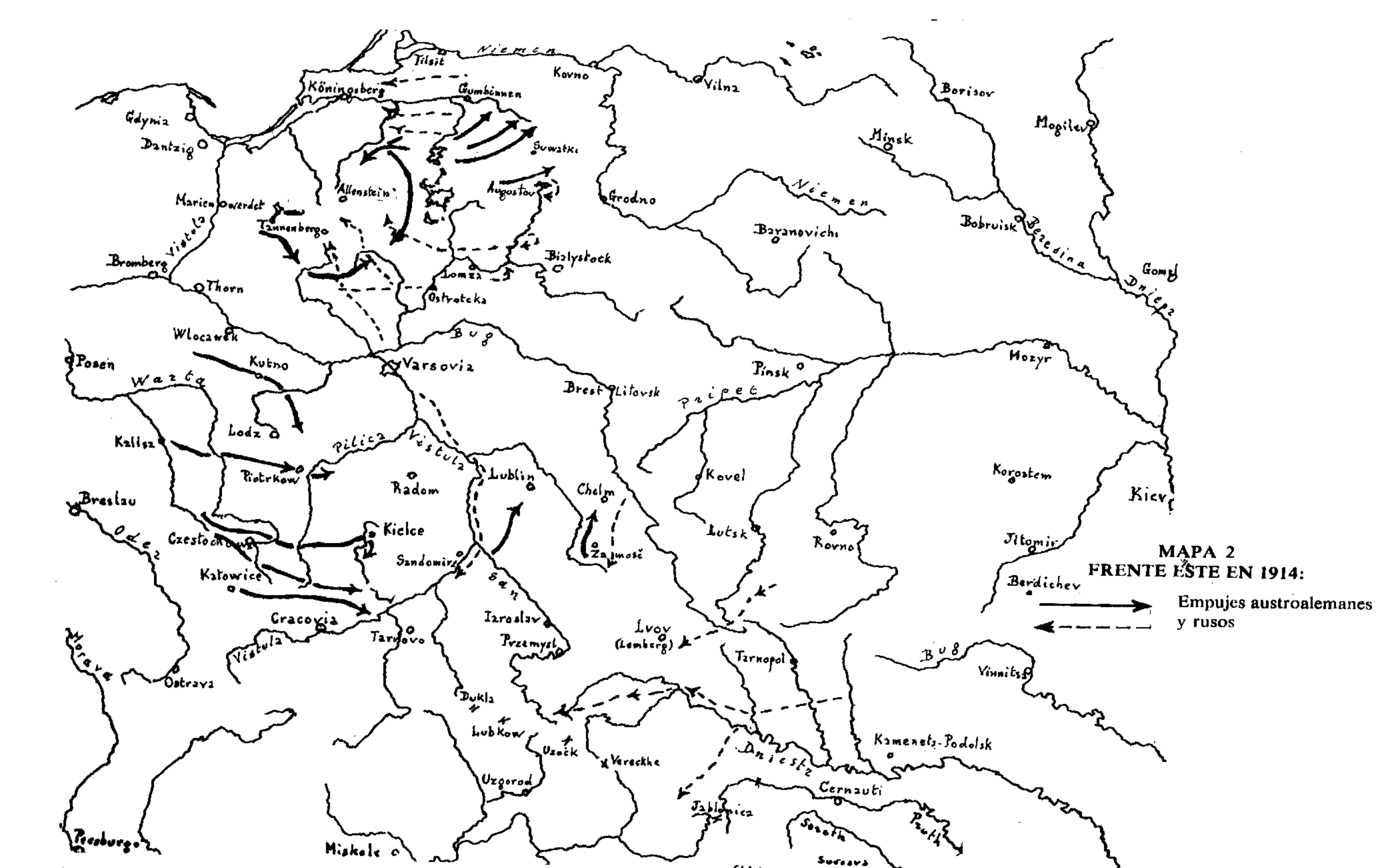
Italia, arrastrada al conflicto

La entrada en guerra de Italia, al lado de los aliados, el 22 de mayo de 1915, compensa aquel fracaso, reteniendo en un nuevo frente, con sus 37 divisiones de infantería, más las de caballería, a una treintena de divisiones austríacas, húngaras y alemanas. Hasta entonces, el gobierno de Roma, que no estaba obligado a intervenir al lado de Alemania —de acuerdo con las estipulaciones del tratado de la Triple Alianza— más que en caso de que aquélla fuese atacada directamente, había observado la más estricta neutralidad (declaración del 3 de agosto de 1914). A continuación, Antonio Salandra y su patrono el barón Sonnino (sucesor en noviembre del marqués de San Giuliano, muerto el 16 de octubre), entablaron negociaciones con los dos adversarios (en Viena, desde el 9 de diciembre; en Londres, desde el 4 de marzo de 1915), a fin de extraer de aquel regateo el mayor provecho posible. En marzo de 1915, escuchan aún las propuestas de cesión del Trentino que les somete, en nombre de Austria, el ex canciller alemán von Bülow, acompañado del líder del Centro católico, Erzberger. Pero, en abril,

se muestran sensibles a la puja de la Entente, que ofrece añadir el Alto Adigio, una parte de Istria y la costa dálmata, con Valona. Sin embargo, el pueblo italiano, en conjunto, no es favorable a una intervención, que sólo reclaman los nacionalistas «irredentistas», animados por el poeta Gabrielle d'Anunzio, los garibaldinos de tradición (Camillo Marabini) y algunos socialistas disidentes (Bissolati). Su portavoz, Benito Mussolini (Benito, en honor a Juárez, nacido el 29 de julio de 1883), maestro de la Romagna que ha abandonado las aulas, sucesivamente expulsado de Suiza (donde ha frecuentado los medios anarquistas de Ginebra y de Lausana y ha tenido por amante a la nihilista Angélica Balabanova, desde marzo de 1904 hasta agosto de 1905) y del Trentino (donde ha colaborado con Cesare Battisti en la redacción del periódico irredentista «Il Popolo di Trento» hasta el 26 de septiembre de 1909), encarcelado el 14 de octubre de 1911 con Pietro Nenni por haber fomentado una huelga en Forli contra la guerra «colonial» de Tripolitania.

Adversario de los reformistas Leonida Bissolati y Bonomi, a los que ha hecho expulsar del partido en el congreso de Reggio (7-10 de julio de 1910), Mussolini, brillante director, desde el 1 de diciembre de 1912, del principal órgano socialista «Avanti» de Milán (cuya tirada ha hecho aumentar de 20.000 a 90.000 ejemplares), animador con Pietro Nenni de los disturbios de la «senama roja» de Ancona (7 de junio de 1914), de Ravena y de Milán (donde una tentativa de huelga general fracasa los días 10-11 de junio), partidario el 18 de octubre de una «neutralidad beligerante», en realidad de una «guerra revolucionaria» al lado de los aliados (lo que le vale ser condenado en el congreso de Bolonia el 20 de octubre y expulsado del partido el 24 de noviembre), Mussolini acaba de fundar, el 15 de noviembre, su propio periódico intervencionista, «Il Popolo d'Italia». ¿De dónde procede el dinero? De un ventajoso contrato publicitario con la firma Haasenstein y Vogler, aportado por Filippo Naldi, de subvenciones de las compañías Ansaldo y Fiat, de sumas remitidas a principios de noviembre, gracias al apoyo del embajador de Francia, Barrère, por... Marcel Cachin, por cuenta de Marcel Sembat... y también por Julien Luchaire, del Instituto francés de Milán, sin excluir el apoyo de los fondos secretos de los ministros italianos del Interior y de Asuntos Extranjeros. No es de extrañar, pues, que aquel órgano alcance también una tirada de 90.000 ejemplares en febrero de 1915, mientras Mussolini crea su propio partido, fusionando los «Fascios de Acción Revolucionaria» lanzados por Alceste de Ambris, Michel Bianchi y Cesare Rossi, el 5 de octubre de 1914, constitudos el 24 de enero de 1915 y esparcidos en Milán, Génova y Roma, con la «Avan Guardia», dirigida por el joven nacionalista Corradini que lleva a cabo desde el 1 de marzo de 1911, con Luigo Federzoni, en la «Idea Nazionale», la lucha irredentista.

La victoria del Marne, sembrando la duda acerca del potencial real de los Imperios centrales, ha permitido el desarrollo de aquella campaña, cuyo éxito culmina en los discursos pronunciados por Gabrielle d'Annunzio, el 5 de mayo de 1915, en Quarto, cerca de Génova, y el 12 en Roma, aunque Mussolini sea acogido el 13 en Milán con una demostración hostil, que provoca un muerto y 18 heridos. Pasando por encima de la oposición de unos 300 diputados y de 100 senadores, partidarios con Giolitti del mantenimiento de la neutralidad (contra unos sesenta intervencionistas), el rey, a raíz de aquellas manifestaciones, estimuladas por el «Corriere de la Sera»

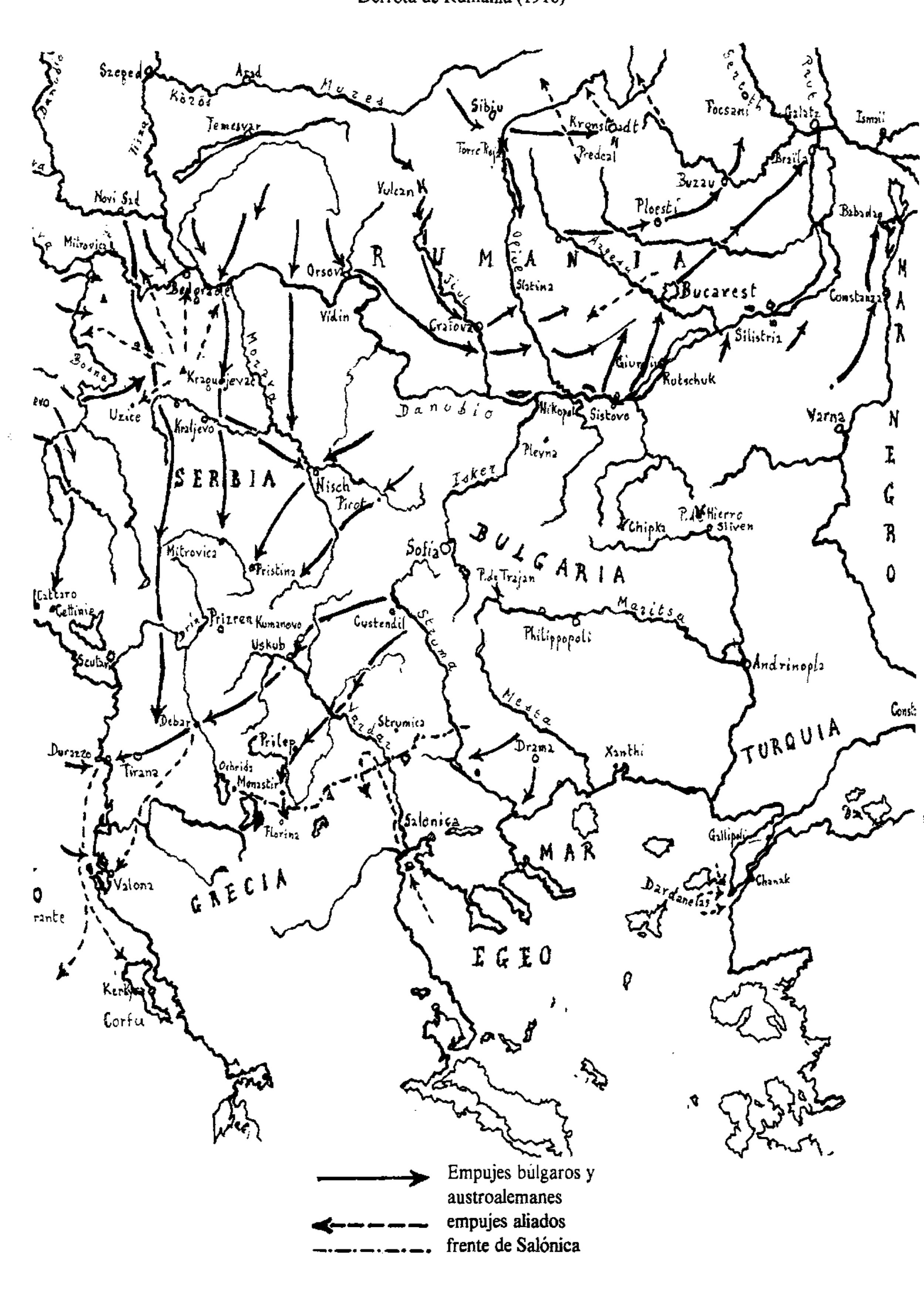


MAPA 2
FRENTE ESTE EN 1914:
Empujes austroalemanes
y rusos
Niemen
Tilsit
Kovno
Vilna
Königsberg
Gumbinnen
Borisov
Gdynia
Dantzig
Minsk
Mogilev
Suwalki
Augustov
Allenstein
Grodno
Marienwerdet
Tannenberg
Baranovichi
Bobruisk
Berezina
Bromberg
Vistula
Bialystock
Thorn
Lomza
Ostroleka
Dniepr
Wlocawek
Bug
Posen
Kutno
Varsovia
Pinsk
Mozyr
Warta
Brest Litovsk
Pripet
Lodz
Kalisz
Pilica
Piotrkow
Radom
Lublin
Chelm
Kovel
Korostem
Kiev
Breslau
Kielce
Lutsk
Rovno
Oder
Czestochowa
Sandomirz
Zamosc
Jitomir
Katowice
San
Berdichev
Gracovia
Tarnovo
Jaroslav
Przemysl
Lvov
(Lemberg)
Tarnopol
Vistula
Ostrava
Vinnitsa
Morava
Dukla
Lubkow
Uzock
Vereckhe
Kamenets-Podolsk
Dniestr
Uzgorod
Cernauti
Jablonica
Sereth
Pruth
Pressburgo
Miskolc
Suceava

MAPA 3

GUERRA EN LOS BALCANES

Hundimiento de Servia (1915)
Derrota de Rumania (1916)



del barón Sonnino (hijo de un judío converso y de una galesa), obedeciendo a la presión de la industria pesada (Fiat, Ansaldo, Breda, grupo Ilva) y de la Banca (Banco de Roma, Crédito Italiano, Banco de Descuento), no vacila en ratificar los acuerdos concluidos en Londres, el 26 de abril, mediante un préstamo de 50 millones de libras, por el barón Sidney Sonnino; acuerdos en los cuales el negociador a tenido la precaución de deslizar una cláusula excluyendo a la Santa Sede de las futuras conversaciones de paz. Luego rechaza la dimisión de Antonio Salandra (primer ministro desde noviembre de 1913), ofrecida el 13 de mayo, provoca, mediante presiones de todo tipo, un espectacular cambio de opinión de la Cámara, que aprueba el 20 de mayo, por 407 votos contra 74, los créditos necesarios, y declara la guerra, *únicamente a Austria*, el 23 de mayo de 1915.

Promesas irreflexivas de Delcassé

Las promesas hechas irreflexivamente por Delcassé para pagar la intervención italiana hipotecan gravemente el futuro (implicando el desmembramiento de Austria, impedirán la conclusión de una paz de compromiso en 1917) y enrarecen peligrosamente, en lo inmediato, la atmósfera de los Balcanes, cargada ya de nubes. A fin de indemnizar a los servios, decepcionados, Poincaré debe entenderse con el zar para que les sea ofrecida la Croacia, a cambio de que renuncien al banato de Tamesvar que, con la Transylvania, debe servir de cebo para atraer a los rumanos al conflicto, gracias a la colaboración de Bratiano y de Take Jonesco, cuya influencia domina al rey Fernando de Hohenzollern, sucesor de Carol, fallecido el 10 de octubre de 1914 (entrevista Delcassé-Asquith en Calais, el 6 de julio de 1915). Paralelamente, sir Edward Grey se esfuerza en convencer a Grecia, a pesar de la hostilidad del rey Constantino, fiel a sus lazos de familia, con el apoyo del cretense Venizelos, pero prometiéndole Esmirna a costa de los turcos, cuando Delcassé desearía más bien que Gran Bretaña renunciara a Chipre en favor de Grecia. Los helenos, por otra parte, subordinan su entrada en guerra al refuerzo de 150.000 servios (22 de septiembre de 1915). Delcassé trata incluso de engolosinar a los búlgaros con una rectificación de frontera en Macedonia. Por desgracia, las duras realidades militares ponen fin a aquel embrollo diplomático.

Fracasos aliados en el Oeste y derrota rusa en Polonia

En el oeste, las ofensivas de los Aliados se han saldado con severos fracasos en Champagne (de mediados de febrero a mediados de marzo), contra Saint Mihiel y los altos de Mosa, en abril, y en Artois, en junio. Del 25 al 29 de septiembre de 1915, un nuevo ataque francés en Champagne se ha estrellado contra la segunda posición alemana, reforzada con cuatro cuerpos del ejército traídos del este. El 14 de octubre, los aliados han sido rechazados de la cresta de Vimy en Artois. En aquellas operaciones sin resultado, los franceses han perdido 130.000 hombres, y los ingleses 60.000. Al sur, los italianos se mueven a un ritmo bastante lento, ya que han entrado en el conflicto sin convicción, sin cuadros formados, sin material y sin artillería pesada, a costa de grandes pérdidas (60.000 muertos, 180.000 heri-

dos, 300.000 soldados a la desbandada en siete meses), en su pequeña guerra privada contra Austria, en el frente restringido y bien definido del Isonzo. En cuanto a los rusos, que multiplican las embestidas sobre el frente oriental, la campaña de 1915 se salda para ellos con un balance catastrófico. Después de haber lanzado 500.000 hombres contra unos efectivos austríacos muy inferiores (casi la mitad), han tratado de ocupar las salidas de los Cárpatos, los puertos de Dukla y de Uzock, al sudoeste y al sudeste de Przemysl, de la que se han apoderado el 22 de marzo, haciendo 40.000 prisioneros y liberando a 200.000 hombres que asediaban el lugar. La llegada de tres divisiones alemanas de refuerzo con el general von Marwitz ha bastado, sin embargo, para frenar su impulso. Ya que sus asuntos, en el norte, habían adquirido un giro muy desfavorable. Cogido en tenaza, el 7 de febrero, entre el X ejército, avanzando al norte hacia Kalvariia, y el VIII, al sur, hacia Augustovo, habían dejado en manos de los alemanes, el 22 de febrero, en una nueva batalla de invierno de los lagos Mazures, 110.000 prisioneros y 300 cañones. Pero las cosas iban a empeorar para ellos. En Galitzia, al este de Cracovia, Mackensen, secundado por el general von Seeckt, partiendo de Gorlice-Tarnovo, rompía por dos lugares su frente, el 2 de mayo, con poderosas fuerzas (el IX ejército, compuesto de cuatro cuerpos alemanes, otro cuerpo y una D. C. austríacos, por una parte y el IV ejército austríaco, por otra), y obligaba al gran duque Nicolás a evacuar los Cárpatos, a retroceder sobre el San, a evacuar Przemysl (30 de mayo) y a llamar en su ayuda a 150.000 hombres concentrados ya en Odesa para atacar Constantinopla. Más tarde, la ofensiva germana se desarrollaba hacia el norte: el 13 de julio, Gallwitz avanzó al noroeste de Varsovia, franqueó el Narev el 24 de julio, luego el Vístula, entre Ivangorod y Varsovia. Interviniendo de nuevo, el 15 de julio, Mackensen remontó hacia el norte, en dirección a Brest-Litovsk. Y, como remate, en los últimos días de agosto, Hindenburg iniciaba desde el noroeste hacia Vilna, con los ejércitos VIII, X y XII, una maniobra de desbordamiento (cuya envergadura quedó reducida debido a la impericia de Falkenhayn) que permitió la ocupación de Vilna, el 18 de septiembre. Para evitar el quedar atrapados en aquella enorme bolsa, los rusos tuvieron que evacuar en los últimos días de julio Kovno, Grodno, Varsovia y Brest-Litovsk, para retirarse detrás de las marismas de Pinsk, dejando 750.000 prisioneros en manos del enemigo. Habían perdido en el embate la mitad de sus efectivos combatientes. Entonces, los austríacos, aunque importunados por la intervención italiana, capturaron Dubno, ocuparon la Galitzia y una parte de Volhynia.

Intervención búlgara, hundimento servio. Los anglo-franceses en Salónica

Consecuencia inmediata de aquellos fracasos, el rey Fernando de Bulgaria, que ha contratado un empréstito en Berlín en febrero de 1915 y concluido un acuerdo secreto el 17 de julio, se une oficialmente al bando de los Imperios centrales, el 5 de septiembre, moviliza 350.000 hombres del 21 al 24 y entra en campaña el 14 de octubre contra 250.000 servios. Descoyuntado por los ataques de dos ejércitos búlgaros, al este (el I, al norte, en enlace con los austro-alemanes por el Timok, sobre dos ejes, alcanza Nich y el Morava el 1 de noviembre y, por otra parte, corta la vía

férrea de Salónica a Vrania el 17 de octubre y ocupa Pirot el 30, en tanto que el II, más al sur, igualmente en dos columnas, se apodera de Uskub el 30 de octubre y, por otra parte, de Istip sobre el Vardar medio, de Veles (el 18) y de Monastir (el 2 de diciembre), y de los ejércitos de Mackensen, al norte (el XI ejército alemán de Gallwitz, 120.000 hombres, avanzando contra el arsenal de Kragouievatz, ocupado el 31 de octubre, y hacia Mitrovitsa, el 16 de noviembre; y el II ejército austríaco de Kōwess, 130.000 hombres, alcanzando Novi-Bazar, el 22 de noviembre, para penetrar en Albania), el ejército servio, cortada su retirada en Prizrend el 1 de diciembre y en Monastir el 2, se ve obligado, para escapar al aniquilamiento, a ganar los montes de Montenegro y de Albania y a refugiarse alrededor de Scutari, del 25 de noviembre al 6 de diciembre. Desde allí, 150.000 fugitivos serán transportados por las marinas aliadas a la isla de Corfú para reorganizarse. Ocupado el monte Lovcen el 11 de enero de 1916, los austríacos entran en Cettinié (capital de Montenegro) el 14, en Tirana (capital de Albania) el 12 de febrero y en Durazzo el 26. Rodeada de enemigos, Rumania no se atreve a moverse.

¿Se perderá toda la península balcánica para los Aliados, culpables de no haber socorrido a tiempo a Servia? Ante la amenaza búlgara, Grecia juega con dos barajas. Partidario de la Entente, el cretense Venizelos ha sido expulsado una vez del poder por el rey Constantino en 1915, en marzo, para volver a ser llamado el 17 de agosto. Pero el 5 de octubre es obligado de nuevo a presentar la dimisión, a fin de que su soberano pueda denunciar a la alianza servio-helénica de mayo de 1913. Su sucesor Zaïmis rechaza el ofrecimiento de Chipre, arrancado por Delcassé a los británicos para engolosinar a los griegos. Entonces, el general Hamilton se decide a desembarcar tropas en Salónica. Salidos el 16 de octubre, unos franceses, a las órdenes del general Sarrail, llegan el 6 de noviembre a Vardar, donde los británicos se unen a ellos para tratar de recoger a los servios. Los aliados retienen Damir-Kapou hasta el 8 de diciembre y luego se atrincheran al norte de Salónica en número de 150.000, de ellos 30.000 franceses. Sólo aquella cabeza de puente ha podido ser mantenida en los Balcanes. Delcassé no sobrevive a aquel fracaso. Mientras que, contra toda evidencia, el idealista Viviani afirma aún el 12 de octubre, que el acuerdo reina entre los miembros de su gabinete, e incluso entre los Aliados, su ministro de Asuntos Exteriores, cuyo hijo acaba de ser hecho prisionero, dimite, arrastrando con él al ministerio.

Encargado, el 30 de octubre, de formar nuevo gobierno, Aristide Briand recoge su sucesión en el Quai d'Orsay; es secundado, en la Guerra, por el general Gallieni (reemplazando a Millerand, sacrificado a las intrigas del clan Doumer-Clemenceau) y, en las Finanzas, por Alexandre Ribot; un grupo de ministros de Estado le rodea, simbolizando la unión nacional, desde el derechista Denys Cochin al socialista Jules Guesde, pasando por el centrista de Freycinet y por los radicalsocialistas Emile Combes y Leon Bourgeois (1). Aunque la Cámara ha renunciado, el 4 de agosto de 1915, a imitar a la Revolución nombrando comisarios en los ejércitos, y aunque la censura, implantada el 5 de agosto de 1914, somete a la prensa al control de

---

(1) Su gabinete incluye a los Hermanos Viviani, Sembat, Méline, Doumergue, Bourgeois, Combes, Dalimier y Besnard.

izquierdistas de confianza (el radical judío Klotz, otro radical, Bourély, luego el socialista Alexandre Varenne y unos funcionarios, el ministro plenipotenciario Dard y el profesor Jules Gautier, colaborador del gabinete Combes en 1902), el gobierno no deja de verse acosado por las comisiones parlamentarias, y las indiscreciones, en las altas esferas, son numerosas. Como de costumbre, Georges Clemenceau se distingue por sus críticas acerbas, sus artículos en «L'Homme enchaîné», heredero de «L'Homme libre», suspendido por la censura, sus intervenciones en la comisión del Ejército del Senado, que preside. Ante la prueba de fuego de la guerra, en efecto, estallan los vicios del régimen: no pudiendo mejorarlo, existe un tácito acuerdo para adormilarlo, para limitar las discusiones peligrosas a los cenáculos de las comisiones, en espera de que las asambleas se reúnan a puerta cerrada, en «comités secretos» (en total, ocho para la Cámara, del 16 de junio de 1916 al 10 de octubre de 1917, y, cuatro para el Senado, del 9 de julio de 1916 al 21 de julio de 1917).

Más sagaz, más flexible y, para decirlo todo, más inteligente que sus predecesores inmediatos, Briand comprende que, para conducir la guerra, es preciso por una parte abarcar el conjunto de los teatros de operaciones y, por otra parte, manejar de frente acción militar y actividad diplomática, ya que las hostilidades no deben tener más objetivo que la conclusión de una paz justa y honrosa. En este sentido decide, a fin de restablecer la situación en Oriente, el envío a Salónica, a pesar de las reticencias de lord Kitchener, de un cuerpo expedicionario de 65.000 franceses y 15.000 ingleses (cuyo mando es confiado, por desgracia, a un general, Sarrail, más jacobino que hombre de guerra), encarga, por decreto del 2 de diciembre de 1915, la dirección general de las operaciones en todos los frentes al general Joffre (embrión de mando único) y provoca la reunión, en el Cuartel General de Chantilly, del 6 al 8 de diciembre de 1915, de una conferencia interaliada, que se esforzará en sincronizar las ofensivas previstas para el año 1916, en el oeste (donde el ejército británico, a las órdenes del escocés sir Douglas Haig, sustituto de sir John French desde mediados de diciembre, dispone de 35 divisiones, cuyo número espera duplicar muy pronto), en el sur (donde Italia alinea ahora 45) y en el este (donde el gran duque Nicolás, relevado de su mando a finales de agosto, ha sido reemplazado por el general Alexeiev, de hecho, y nominalmente por el zar, aislado así de su pueblo y de las intrigas de su corte).

Los Aliados, ganados por mano por la presión alemana sobre Verdún

Los estados mayores de las potencias centrales, más prestos al ataque, no darán tiempo a los aliados para poner en ejecución aquellos planes. En el Gran Cuartel General de Mézières, contra la opinión —de una estrategia infinitamente más correcta— de los que preconizan terminar primero con el adversario más débil, es decir, Rusia, el general von Falkenhayn, llevado al Mando Supremo después de la derrota del Marne, ha hecho prevalecer cerca de Guillermo II la idea de un ataque en masa de ruptura del frente del oeste. El objetivo, el saliente de Verdún, no está mal escogido. El sector ha sido imprudentemente desguarnecido por Joffre (el 16 de diciembre,

Gallieni había señalado las lagunas de la defensa). El 21 de febrero de 1916, el ejército del kronprinz se lanza al asalto y se apodera del fuerte de Douaumont el 25, pero Castelnau resiste. Llamado el 26, Pétain reorganiza la plaza fuerte y, por la «vía sagrada», consigue alimentar con constantes relevos la resistencia. «¡No pasarán!» El encuentro, marcado por la caída del fuerte de Vaux el 7 de junio y por el ataque de Thiaumont, el 23, se transforma en una batalla de desgaste y se salda con una carnicería sin precedente: 190.000 franceses muertos o desaparecidos, 270.000 heridos; casi otros tantos entre los alemanes. Nombrados en sustitución de Falkenhayn, el 27 de agosto, Hindenburg y Ludendorff interrumpen la matanza. Una potente contraofensiva sobre el Somme, lanzada el 1 de julio y prolongada hasta principios de octubre, descongestiona Verdún y desplaza la batalla, pero sin aportar ninguna decisión. Ejecutada por medio de saltos sucesivos y, por primera vez, con el apoyo de «tanques», el 15 de septiembre, queda bloqueada delante de Bapaume por los británicos y delante de Péronne por los franceses, que sufren grandes pérdidas (40.000 para los primeros; 140.000 muertos y 210.000 heridos para los segundos). Actuando como un absceso de fijación, como máximo ha permitido recuperar Douaumont y Vaux, los días 24 de octubre y 2 de noviembre. Todo ello a costa de enormes sacrificios: 750.000 hombres para los aliados, 500.000 para los alemanes...

Entretando, los austríacos de Conrad von Hoetzendorf han atracado el 5 de mayo en el Adigio, tomado Asiago y capturado 30.000 prisioneros italianos, tras lo cual su avance se ha interrumpido e incluso han perdido Goritz, el 9 de agosto. Ya que han tenido que hacer frente, en el este, a una ofensiva rusa de gran envergadura, desencadenada el 4 de junio. En un frente de 350 kilómetros, entre las marismas del Pripet y la frontera rumana, pasando por Loustzk y Tarnopol, el general Brussilov ha lanzado cuatro ejércitos en dirección a Kovel, a Lemberg y a Beranovici. Aunque no alcanza ninguna de esas ciudades, al menos ocupa la Bucovina, invade una parte de Galitzia y captura 400.000 prisioneros.

Rumania, víctima de su temeridad

Estimulados por aquellos éxitos, los rumanos (2) han entrado en guerra, el 27 de agosto, con 15 divisiones (alrededor de 500.000 hombres, aunque insuficientemente organizados y armados). Ocupando siete puertos de los Cárpatos, han penetrado en Transylvania, tomado Crondstadt (30 de agosto-1 de septiembre), amenazado Hermanstadt (el 3 de septiembre), Orsova y las Puertas de Hierro (el 5). Pero su intervención tardía (detenida ya la ofensiva rusa) sólo les ha valido un éxito efímero. Contraatacando a finales de septiembre, con 22 D. I. y 4 D. C. austro-alemanas, Falkenhayn ha reconquistado Hermanstadt el 26, Cronstadt el 7 de octubre. Saliendo a la vez del desfiladero de la Torre Roja (hacia el sur, luego hacia el este, en dirección a

(2) Fallecido repentinamente el rey Carol, su sobrino Fernando I, casado con una inglesa, ha dejado el campo libre a los políticos pro-aliados, tales como Take Jonescu y Nicolas Filipesco, masones. Sin embargo, las Logias permanecerán cerradas hasta que Tran Pangal las reorganice en 1922, bajo la égida de Bernard Weilhof, del Gran Oriente francés, en Gran Oriente rumano, con un Gran Consejo, instalados en julio de 1925 y en 1926.

los campos petrolíferos de Ploesti y de Focsani), de los puertos de Vulcan y de Pradeal, derrota al ejército rumano en Targu Jiu (del 14 al 16 de noviembre) y, haciendo converger un tercer ejército, avanzando por Orsova y las Puertas de Hierro hacia Craiova, alcanza esta ciudad el 21 de noviembre y continúa su progresión hasta Galatz, en el bajo Danubio. Cogidos de revés en Dobrudja, a primeros de septiembre, por Mackensen que procedente de Bulgaria, penetra en Constanza a finales de octubre tras haber alcanzado el Danubio en Tourtokaia el 6 de septiembre y en Silistria el 8, los rumanos —privados de los 200.000 hombres de refuerzo prometidos por Rusia, atacados de nuevo por Mackensen que, franqueando el Danubio entre Nikopoli y Sistovo, en lo alto de Routschouk, los días 25-26 de octubre, les derrota en el Argesch el 23 de noviembre, entra en Bucarest el 6 de diciembre y ocupa la región de Braïla y de Focsani hasta el Sereth— no tardan en quedar neutralizados.

Ultima posibilidad de Europa: los ofrecimientos de paz de Carlos I, enterrados por la Francmasonería

Después de dos años y medio de conflicto, toda aquella sangre vertida para nada, aquellas pruebas, aquellas privaciones, aquellas ruinas, aquellas pérdidas financieras y económicas acumuladas no han dejado de provocar en la mayor parte de los beligerantes decepción, cansancio, desaliento. No sólo entre los marxistas, atentos a hacer degenerar la lucha en crisis revolucionaria. También entre muchos hombres de Estado responsables, cuyos ojos, por fin, empiezan a ver claro. Del lado de los Imperios centrales, Austria da señales de fatiga. Arrastrado contra su voluntad al conflicto, el viejo emperador Francisco-José tiene como preocupación esencial la de salir de él. Incluso en el momento de las derrotas rusas en 1915, en que preconizaba ya el restablecimiento de una Polonia independiente (5 de abril de 1915). Con mayor motivo después de que su pueblo, durante el invierno 1915-1916, ha empezado a conocer las privaciones. El asesinato del presidente del Consejo austríaco, conde Sturgkh, por el socialista revolucionario Frédéric Adler (hijo de Victor, jefe del partido socialdemócrata), el 21 de octubre de 1916, ¿no constituye acaso una temible advertencia? Unos días más tarde, el 21 de noviembre, el emperador muere. En tanto que el conde Karoly asume, en Hungría, la jefatura del movimiento pacifista, el joven emperador Carlos I se apresura a iniciar unas negociaciones (5 de diciembre). Aliado leal, habla en primer lugar con Alemania, que tiene ya a dos millones de hombres fuera de combate. El 12 de diciembre de 1916, el canciller Bethmann-Holweg dirige a los neutrales, Estados Unidos, España, Suecia y Suiza, unas aperturas de paz. A raíz de lo cual, el presidente Wilson ruega a los Aliados que den a conocer sus objetivos de guerra, el 18 de diciembre, y Berlín propone la reunión de una conferencia internacional, el 26. A aquellas aperturas, la Cámara francesa, por 314 votos contra 165, responde al día siguiente con un no categórico, al cual se asocian los demás aliados el 30 de diciembre. Sin embargo, el 10 de enero de 1917 dirigen a los Estados Unidos una nota precisando sus reivindicaciones. Por su parte, el diputado del Centro alemán, Mathias Erzberger, ha pedido al Vaticano que intervenga.

Sin dejarse amilanar por aquel fracaso, el emperador Carlos planea entonces una acción separada, prescinde de los más germanófilos de sus colaboradores, el barón Burian, al que reemplaza en los Asuntos Exteriores el conde Ottokar Czernin, checo, el 23 de diciembre de 1916, el archiduque Federico, ex generalísimo (el 12 de febrero de 1917), el príncipe Montenuovo, el conde Forbach, el financiero Sieghardt, etc., utiliza sus lazos de familia con los príncipes Sixto y Javier de Borbón-Parma, hermanos de la emperatriz Zita, para entrar en contacto secreto con el presidente Poincaré. Presentados por Freycinet a Briand, presidente del Consejo, el 27 de octubre, y, el 9 de noviembre, a William Martin, secretario de la Presidencia y a Jules Cambon; los príncipes conferenciaron con aquel diplomático (que sería promovido a secretario general del Quai d'Orsay el 18 de diciembre) el 23 de noviembre, después de la muerte de Francisco-José. A continuación visitaron, del 28 al 30 de enero de 1917, a su madre, la duquesa de Parma, en Neuchatel, donde entraron en contacto, el 13 de febrero, en casa de Boy de la Tour, con un emisario del emperador, el conde Thomas Erdödy, al cual entregaron un proyecto de convención. La respuesta, elaborada por el conde Czernin, llegó el 21. Redactada en términos ambiguos, es del todo insuficiente, aunque por fortuna corregida por unas anotaciones de puño y letra de Carlos I. Los príncipes la comunican el 5 de marzo de 1917 a Poincaré, que al parecer acoge favorablemente aquellas aperturas (menos hostil a Austria que a Alemania (¿no ve acaso en ellas el preludio de una derrota de esta última?). Sin embargo, respetuoso con la legalidad, se atrinchera detrás de la autoridad de su presidente del Consejo (Briand), que no tarda en ser puesto al corriente, pero promete, además de guardar el secreto, informar al zar, al rey de Inglaterra y a su primer ministro, Lloyd George. En el curso de una nueva entrevista, el 8, hace solicitar a Austria que retrase su ofensiva contra Italia. Tras lo cual, los príncipes salen para Ginebra el 18 de marzo; el conde Erdödy les acompaña a Viena, donde celebran dos entrevistas con el emperador, su hermana la emperatriz y el conde Czernin, bastante frío y reticente como de costumbre, en Laxenburg, los días 23 y 24 de marzo de 1917. Se acuerda entonces que Austria planteará a Alemania la necesidad de cesar las hostilidades (de hecho, reunidos los dos gobiernos en Hamburgo el 3 de abril para concertar su actitud con respecto a los Estados Unidos, Carlos I, que ya había denegado a Guillermo II la ruptura con la República norteamericana, el 13 de febrero, en Viena, hace saber a su aliado que no podrá continuar la lucha más allá del 11 de noviembre de 1917), que Bélgica será restablecida (incluida en su colonia del Congo), que Alsacia y Lorena serán restituidas a Francia en sus fronteras de 1814, que una Polonia independiente será reconstituida, que una Servia engrandecida formará un estado autónomo, es decir, independiente bajo una dinastía distinta de los Karageorgevitch, y a condición de que sean suprimidas las sociedades secretas de tipo «Narodna Obrana», que será mantenido el «statu quo» para Rumania, y que dada la nueva situación creada en Rusia por la caída del régimen zarista, la cuestión de Constantinopla quedará en suspenso. Francia e Inglaterra harán presión sobre Italia para inducirla a contentarse con la anexión del Trentino (de ser posible mediante una compensación colonial) y con la creación de un puerto franco en Trieste. Concretadas en una carta autógrafa del emperador (fechada el 24), aquellas propuestas son comunicadas a Poincaré y a Jules Cambon el 31 de marzo de 1917.

Desgraciadamente, en el intervalo, la Presidencia del Consejo, en Francia, ha cambiado de manos. Nombrado ministro de la Guerra a raíz de un reajuste de su gabinete por Briand, el 13 de diciembre de 1916, el general Lyautey ha desatado contra él las iras de los parlamentarios al negarse «a exponer a la Defensa nacional a unos riesgos» por una discusión en sesión pública, el 14 de marzo. Su dimisión entraña la del gabinete, el 17, y el presidente de la República llama a su acólito de siempre, Alexandre Ribot (el hombre de la alianza rusa), para que forme gobierno, con el laico Painlevé asistido del judío Heibronn en la Guerra, el sectario Steeg en la Instrucción Pública y el radical Leon Bourgeois en el Trabajo (3). En su declaración ministerial, el nuevo presidente del Consejo ha precisado los objetivos de guerra de Francia: la Alsacia-Lorena, la cuenca hullera del Sarre, la constitución de la orilla izquierda del Rin en Estado-tampón. Poincaré ha insistido incluso para que suprima la fórmula de una paz «sin espíritu de conquista». Cada vez más decidido a luchar hasta las últimas consecuencias —«Hasta la liberación europea», ha dicho al hacer entrega de la medalla militar a Joffre, al que ha reemplazado por Nivelle, el 15 de diciembre, ascendiéndole a mariscal el 27 de diciembre de 1916—, el presidente de la República necesita un gabinete combativo.

De todos modos, las propuestas del emperador Carlos son comunicadas a Londres, donde el líder liberal Asquith, el 7 de diciembre de 1916 (4), ásperamente censurado por Aitken y lord Beaverbrook, ha tenido que ceder las riendas a su rival Lloyd George, que se ha encargado personalmente del Tesoro y ha constituido un gabinete de guerra restringido, del que forman parte lord Curzon, ex virrey de la India, lord Milner, Bonar Law (los tres estrechamente relacionados con la finanza judía) y el laborista Arthur Henderson. La primera reacción de Lloyd George, puesto al corriente de la oferta austríaca por Ribot, en Folkestone, el 11 de abril, no es hostil. La transmite al rey George V y al Comité de Guerra. El pueblo inglés, en efecto, no está de acuerdo con el servicio militar obligatorio, impuesto el 2 de enero de 1916 a los solteros de dieciocho a cuarenta y cinco años, extendido en mayo a los casados. Irlanda «se mueve»: durante la semana de Pascua, la insurrección del «Sinn Fein» ha ensangrentado Dublín. Por instigación del rey Jorge V, se ha establecido contacto en febrero de 1917, a través de su amigo sir Francis Hopwood, con el conde Mensdorff, ex embajador de Austria en Londres, en Copenhague; se renovaron en noviembre, en Ginebra, por mediación del general sudafricano Smuts. Uno de los más ardientes artífices de la *Entente Cordiale*, el conservador lord Lansdowne, advierte a sus conciudadanos, en el muy oficial «Daily Telegraph», órgano habitual del Foreign Office, que «la prolongación de la guerra puede entrañar la ruina del mundo civilizado».

---

(3) Aquel gabinete incluye a los Hermanos Viviani, Steeg, Maurice Viollette, Fernand David, Leon Bourgeois, Besnard, Dumesnil y Dalimier.

(4) Para descartar a Asquith, la prensa liberal se valió del escándalo del «Glass Club», club de las «Mil y una noches» para diversión de oficiales de permiso, realzado por la participación de damas de la más alta sociedad... donde por desgracia un destacado miembro del gabinete encontró a su esposa en una situación comprometedora. Entonces una nota de noviembre de 1916, un libro «negro», etc., explotaron el asunto, subrayando el riesgo de utilización de un tal club a fines de espionaje... y Asquith tuvo que dmitir.

Por desgracia, aquellas palabras llenas de sentido común cuentan con escasas posibilidades. Las «potencias del bien» son lo bastante fuertes como para imponer su voluntad. Estimulado en sus reticencias por la declaración de guerra norteamericana, producida el 6 de abril, Alexandre Ribot, que se ha hecho el huidizo en la primera entrevista del 31 de marzo, y sólo hablará con el príncipe Sixto el 12 de abril, en casa de Poincaré, multiplica las asechanzas. El mejor modo de hacer fracasar una conciliación en un proceso, ¿no estriba acaso en encontrar terceros en discordia? Los otros beneficiarios de las promesas irreflexivas de Delcassé, servios y rumanos, se encuentran fuera de juego; por tanto, aquel papel solamente puede atribuirse a los italianos. En vez de discutir previamente entre franco-británicos y austríacos para hacer presión después sobre Italia, a fin de que acepte el acuerdo proyectado, Ribot convence a Lloyd George en Folkestone para que sea invitado el representante de Roma (sin hablar para nada del emperador Carlos) a una reunión entre aliados, que se celebrará el 19 de abril, y trata de disuadir al príncipe Sixto de su prevista visita al Premier británico, a su paso por París, en el hotel Crillon, la víspera de la conferencia. En Saint-Jean de Maurienne, presta un oído cómplice a la bravata de Sonnino, que exige la cesión del Trentino, de Trieste, de Dalmacia y de las islas, y se dice amenazado con verse desbordado por una república ultrancista, en caso de negativa, cuando todo el mundo sabe que su país no aspira más que a la paz. Y mientras Lloyd George, el 20 de abril, alega la mala impresión que produciría la cesión del Trentino y de las islas Dálmatas, Ribot elude una nueva entrevista directa, pretende que habría al menos que soltar Trieste y zanja la cuestión declarando que no hay nada que hacer. Llevada por Jules Cambon el 22 de abril, y entregada al conde Erdödy el 25 en Zug (Suiza), aquella respuesta sorprende mucho al emperador Carlos, que se entrevista de nuevo con el príncipe Sixto en Laxenburg, el 8 de mayo. La posición de Sonnino se encuentra, en efecto, en oposición formal con las gestiones efectuadas, en nombre de Victor-Manuel III y del general Cadorna (que se comporta en el ejército como un verdadero dictador) el 12 de abril, en Zurich y en Berna, cerca de los diplomáticos alemanes y austríacos por el agregado militar, coronel Buccalo, y el consejero Montechio Parenzo, sobre la base de la cesión exclusiva del Trentino. Carlos I, que ha recibido por otra parte unas propuestas del príncipe Lvov (el cual ha establecido contacto, a su vez, del 26 al 28 de marzo, con Erzberger y Bethmann-Holweg, por mediación, en Suecia, del liberal Kolyscko, casado con una alemana), no ha dado continuación a aquella apertura, para no perjudicar las conversaciones entabladas con Francia, y ahora es demasiado tarde para reanudarla, como le aconseja su cuñado. Expresa, pues, la intención de ceder, sin plebiscito, el Trentino, aunque conservando Goritz, acceso ferroviario de Trieste, donde podría abrirse un puerto franco, y propone designar a su amigo el príncipe Krinski, cuñado de Czernin, para discutir con un representante calificado de la Entente. Una nueva carta del emperador, fechada el 9 de mayo, acompañada de una nota de Czernin, reclamando de Italia una compensación colonial de principio (¿Eritrea, Somalia?) y el reconocimiento de la integridad del Imperio federalista, es entregada a Poincaré el 20 de mayo.

Interviene Ribot, que acumula las objeciones: «No podemos inducir a Italia a renunciar a lo que le hemos prometido», y que se niega a creer en la

propuesta Cadorna (¿impulsado tal vez por su jefe de Estado Mayor, Porro?). Poincaré se calla. En la Cámara, el 22 de mayo, el siniestro anciano que preside su Consejo de ministros, contestando a Bethmann-Holweg, interpelado por Scheidemann el 15 de mayo, se labra un éxito fácil al declarar, no sin jactancia: «¿La paz? Ellos vendrán a pedirla, no hipócritamente como hoy, por unos medios sucios y tortuosos, sino abiertamente». En caso contrario, «sabremos imponerla». «La paz sólo puede salir de la victoria», añadirá el 5 de junio. «Nada de diplomacia secreta. En adelante, es preciso que la justicia tenga como garantía esa Liga de Naciones que se organiza» (lo que la Cámara aprobará por 467 votos contra 52). Y al día siguiente, en el Senado: «No queremos la paz, ni de los socialistas, ni de los católicos». Por fin se ha pronunciado la gran palabra. En efecto, del 28 al 30 de junio de 1917, un Congreso internacional masónico reúne en París a representantes de los países aliados y neutrales, que envían un mensaje a Wilson. Inmediatamente, tal como declara el presidente del Consejo del Gran Oriente, André Debey, en la asamblea (acta, página 84): «La Sociedad de Naciones se convierte en el objetivo mismo de la guerra». A fin de imponer aquellas consignas de la Francmasonería y del judaísmo, aquel viejo sectario acepta el mancharse las manos con la sangre de 300.000 franceses de más. Mientras su compadre Sonnino se opone a un encuentro de los soberanos y de los hombres de Estado, aceptado por Jorge V y por Lloyd George, y proclama, el 3 de junio, sin advertir a sus aliados y en detrimento de Servia, un protectorado italiano sobre Albania (incluido Durazzo), Alexandre Ribot no dará ninguna respuesta oficial al ofrecimiento de paz austríaco y aprovechará la conferencia interaliada celebrada finalmente en el Quai d'Orsay, del 25 al 27 de julio, para revelar a su cómplice, con desprecio de la palabra empeñada, el contenido de las cartas del emperador Carlos. «Delenda est Austria»: la antigua consigna de Mazzini continúa siendo la de la Francmasonería internacional. Wickham Steed, el famoso periodista del «Times», es su heraldo en Inglaterra; Georges Clemenceau, Philippe Berthelot (entonces director-adjunto de los Asuntos políticos en el Quai d'Orsay) y el profesor Ernest Denis, sus agentes activos en Francia; y el presidente Wilson, sometido a la influencia del coronel Mandel-House, del judío Edouard Benes, del alto dignatario Masaryk, del ingeniero eslovaco Stefanik, y a la presión de la poderosa emigración checa en los Estados Unidos, su paladín a escala mundial. La monarquía dualista debe ser borrada del mapa de Europa.

Petain borra las desastrosas consecuencias de la ofensiva Poincaré-Nivelle

Para enterrar unas conversaciones de paz, el medio más seguro es el de reanimar la guerra con una poderosa ofensiva... Consecuente consigo mismo, el presidente Poincaré sale de su reserva constitucional para imponerla a un Estado Mayor reticente. Para la primavera de 1917, una conferencia reunida en Chantilly el 18 de noviembre de 1916 ha previsto una acción británica en el Somme, y francesa en el Aisne. En un consejo de guerra celebrado el 6 de abril de 1917, el general Nivelle, comandante en jefe desde el 16 de diciembre de 1916, hace prevalecer (bajo amenaza de dimisión y gracias al apoyo del presidente de la República), a pesar de las críticas del general Petain y de cuatro comandantes de grupos de ejércitos,

el plan de una embestida en masa, asestada sin preparación previa, y sin una sincronización suficiente con los otros frentes, italiano, balcánico y ruso. Por desgracia, el efecto de sorpresa previsto no se produce. Al contrario, los alemanes, que entonces disponen solamente de 154 divisiones contra 190 en el frente occidental, han acortado su frente y reforzado sus posiciones replegándose sobre las líneas Sigfrido (de Arras a Soissons), Hindenburg y Michel (entre el Mosa y el Mosela), el 25 de febrero, evacuando, del 16 de marzo al 5 de mayo, los salientes de Noyon y de Saint Mihiel, enseñando a sus tropas a recurrir a una «defensa elástica» en profundidad. Dotada de medios artilleros insuficientes, desprovista de las reservas necesarias para explotar una eventual ruptura (para ello habrían sido necesarios 50.000 hombres), la ofensiva fracasa: del 6 al 19 de abril, los ingleses, atacando sobre las dos orillas del Scarpa, en dirección a Arras, son rechazados de Vimy, el 9 de abril, y los franceses, con 65 divisiones, del 16 al 25 de abril, en el camino de las Damas, con graves pérdidas (60.000 muertos para los últimos), que unos posteriores ataques parciales, del 30 de abril al 5 de mayo, aumentan inútilmente.

Como consecuencia de tal desastre, de una temeridad tan culpable de los jefes, estallan motines: el 20 de mayo, en Soissons, dos regimientos están a punto de marchar sobre París; el 28, la mitad de los efectivos de la 5.ª D. I. y unos elementos de la 6.ª chaquetean; la artillería del III Cuerpo de Ejército se niega a marchar al frente, los días 2 y 3 de junio; una división del XXI Cuerpo de Ejército y otra del VII provocan disturbios en el momento de asegurar el relevo en las trincheras; 54 divisiones están afectadas, 41 contaminadas. Hay que restablecer los tribunales marciales, que pronuncian 150 condenas a muerte, de las cuales sólo se ejecutarán 23, y apelar a los generales Debeney y Petain, el cual, de acuerdo con Foch, ha declarado: «Esperaré a los norteamericanos y a los carros de asalto para hacerme con los hombres y restablecer su moral». Debido a la defección rusa, en efecto (la última ofensiva, lanzada por Brussilov el 1 de julio, al norte del Dniester, en dirección a Lemberg, con unas unidades semidescompuestas, ha costado 160.000 hombres, de ellos 47.000 prisioneros, y ha terminado en desbandada), los alemanes, contraatacando el 19 de julio, han perforado las líneas rusas hacia Tarnopol, rompiendo el frente enemigo entre el Dniester y los Cárpatos, tomando Cernovitz, ocupando el resto de la Galitzia y de la Bucovina a principios de agosto y avanzando 150 kilómetros. En consecuencia, podrán permitirse llevar la mitad de las 80 divisiones hasta entonces retenidas en el este al frente occidental, a fin de concentrar en él 200 divisiones contra las 106 francesas, 62 británicas, 5 belgas, 2 portuguesas y 2 norteamericanas que les oponen los Aliados. La prudencia, pues, aconseja resistir hasta la llegada de los refuerzos del otro lado del Atlántico.

El hundimiento ruso induce al Estado Mayor alemán a rechazar la paz

O reanudar las negociaciones de paz, última posibilidad para Europa de arreglar sus asuntos por sí misma. En aquellas apremiantes circunstancias, la actitud de los jefes responsables del Estado Mayor francés, los generales Foch y Petain, y de diplomáticos expertos tales como Jules Cambon, cons-

cientes del peligro e interesados únicamente en la defensa de los intereses de su patria, contrasta singularmente con la locura homicida de los ideólogos impenitentes de la política, del tipo Alexandre Ribot («¡Los ideólogos, esa plaga!», decía Napoleón). Por iniciativa de Czernin, a finales de mayo, un diplomático austriaco, el conde Nicolás Revertera, se dirige a Suiza, donde «conversa» con un amigo francés, el conde Armand, comandante del «Deuxième Bureau» (Servicio de Información Militar). Consultado por Painlevé, ministro de la Guerra, Ribot califica —naturalmente— de «inútil» la conversación. Pero Czernin, al que la caída en desgracia de Bethmann-Holweg, en Berlín, lleva a la idea de una paz separada, vuelve a la carga enviando a Ginebra, el 5 de julio, al príncipe Colloredo-Mansfeld y, el 10 de julio, al barón Gunther. El general Foch da entonces como consigna a Armand el «mantener la conversación con Revertera», y se declara «favorable al principio de la Unidad del Imperio austro-húngaro» (24 de julio). Redactada el 3 de agosto, una nota concreta de modo notable el pensamiento del Estado Mayor: no sólo respetar el Imperio de los Habsburgo, sino incluso agrandarlo en forma de una federación danubiana ampliada a Polonia, reconstituida en sus fronteras de 1772, a Silesia y a Baviera, a fin de oponer un contrapeso suficiente a la influencia prusiana en la Europa central y, de momento, aislar a Alemania de los Balcanes y de sus recursos petrolíferos en los Cárpatos, mediante un acuerdo con Austria. Apremiado por Painlevé, y preocupado al mismo tiempo por el fracaso de Paschendaele y por la descomposición del ejército ruso, Ribot se ve obligado a autorizar un «sondeo», que Lloyd George, consultado el 5 de agosto, aprueba por su parte. Por orden de su jefe, el coronel Goubet, el conde Armand se entrevista de nuevo con su interlocutor en Suiza, el 7, y luego el 22 de agosto. Pero la última nota entregada en aquella fecha, revisada por Painlevé, ha sido hinchada por Ribot con unas condiciones más duras (la Alsacia-Lorena de 1814; Servia independiente, englobando a Montenegro, con un puerto en el Adriático; la Rumania de antes de 1913; cláusulas financieras, de indemnizaciones y reparaciones; abandono de Heligoland; cesión de Trieste a Italia, mediante una situación privilegiada a Austria) y Czernin, vacilante y tortuoso como de costumbre, reacio en el fondo a negociar a espaldas de su aliado germano, deja desviar la negociación en el sentido de buenos oficios con respecto a Alemania y, al obrar así, la condena al fracaso. El emperador Carlos estima, en efecto, el 19 de septiembre, que no puede transmitir aquellas condiciones a Berlín, y su ofrecimiento de una entrevista Czernin-Painlevé, en Vaduz, en el principado de Liechstenstein, no es aceptado. En los días más sombríos que precedieron al segundo Marne, el 10 de junio de 1918, el propio mariscal Joffre expresó en los siguientes términos a un diplomático extranjero su pesar por aquel fracaso: «De haber negociado el año pasado con Austria, se habría traído al ejército al Mosa. Entonces, Alemania se hubiese visto obligada a ceder».

Por desgracia, el hundimiento de Rusia fortaleció en el Estado Mayor alemán el convencimiento de una próxima victoria. Sin embargo, la propia Alemania mostraba síntomas de cansancio. La disminución de las raciones de pan, establecidas en febrero de 1915, había provocado la huelga de 100.000 obreros en Berlín, en abril de 1917; la jornada del 1 de mayo se había señalado por graves disturbios. Cediendo a los consejos de Bethmann-Holweg, Guillermo II, para apaciguar a la opinión, había prome-

tido restablecer el sufragio universal en Prusia al término de las hostilidades. A instancias de Czernin (16 de marzo de 1917), el canciller estudió incluso un reglamento transaccional para Alsacia, sobre la base de un intercambio (Thann y Altkirch contra la cuenca de Briey), propuesta insuficiente, discutida en Kreuznach, el 23 de abril, por los representantes de los imperios centrales, al mismo tiempo que un programa de paz en el este, con preponderancia austríaca sobre Polonia (reconocida independiente en noviembre de 1916, a raíz de un acuerdo concluido por el católico bávaro Richard von Kühlmann, el 22 de octubre), y preponderancia alemana en Rumania. Pero Ludendorff vela y no quiere oír hablar de devolver la Lorena. El 13 de julio, Bethmann-Holweg, obligado a dimitir, es reemplazado por el blando Georg Michaelis, dócil servidor de las voluntades del Mando Supremo. «No podemos hacer un nuevo ofrecimiento de paz», declara en el Reichstag el nuevo canciller, el 19 de julio. Católicos (Erzberger) y socialistas (Fehrenbach), no obstante, insisten y aprueban, por 214 votos contra 116, una moción en favor de una paz «sin anexiones ni indemnizaciones». Ganado por Ludendorff, el Kaiser recibe al día siguiente a los jefes de partido, les arenga y les amonesta; en cambio, el kronprinz, antaño tan belicoso, tal vez impresionado por la carnicería de Verdún, se inclina por la moderación, al menos de junio a septiembre de 1917, hasta el punto de que el emperador Carlos se dirige a él (20 de agosto), significándole que Turquía y Bulgaria están agotadas y que Austria desea la paz. Entonces, el Papa Benedicto XV dirige a los beligerantes una nota redactada el 1 de agosto y entregada el 14 de agosto de 1917. Preparada por una comisión especial, creada en septiembre de 1915, precedida de contactos entre el cardenal Gasparri, secretario de Estado, y monseñor Baudrillart, rector del Instituto Católico de París, por una parte, y de monseñor Pacelli, nuncio en Munich con Erzberger y el conde Czernin, por otra, propone una paz basada en el reconocimiento de la independencia belga, un arreglo en la cuestión de Alsacia y la cesión del Trentino. Pero aquella nota será ignorada, lo mismo que la invitación del barón de Lacken, ex consejero de embajada en París, a Briand, el 22 de septiembre, para una entrevista en Suiza. Denunciada como una trampa por Clemenceau, en «L'Homme Enchainé», el 15 de octubre, y por Bokanovski en la Cámara, aquella gestión tropieza con la oposición formal de Alexandre Ribot y de Poincaré.

Y se intercambiaron nuevos retos. ¿Concesiones sobre Alsacia? «¡No, jamás!», proclama en el Reichstag, el 9 de octubre, el secretario de Estado von Kühlmann. A lo que Ribot replica, el 12: «Ayer era Austria la que se declaraba dispuesta a hacer la paz, pero dejando voluntariamente de lado a Italia... Nosotros no accedimos». Y, precisamente, el ejército italiano, tras haber fallado su ofensiva del 19 de agosto (de diez ataques precedentes, sólo uno, en agosto de 1916, había desembocado en la toma de Goritzia), estaba a punto de sufrir, los días 25 y 26 de octubre en Caporetto, el mayor desastre militar de su historia: contraatacado por 55 divisiones (las ocho del XIV ejército alemán de von Below y el ejército austríaco), hundido su frente, había sido rechazada en desorden sobre el Piave, abandonando al enemigo 293.000 prisioneros y la mitad de su artillería. Sólo la intervención de ocho, y luego 12 divisiones franco-británicas (decidida el 4 de noviembre por Painlevé, Lloyd George y los generales Foch y Roberston, reunidos en conferencia en Italia), logró bloquear el avance del invasor (10 de noviem-

bre). Disipadas así las baladronadas de Sonnino (que peroraba aún el 4 de agosto, en el Queen's Hall de Londres, a raíz de una anterior conferencia interaliada, los días 7 y 8 de agosto), Austria tratará de nuevo de reanudar —esta vez en posición de fuerza— las conversaciones del conde Revertera con el conde Armand (10 de noviembre). Tres días más tarde, Painlevé, presidente del Consejo desde el 13 de septiembre de 1917 (5), presentaba la dimisión.

Clemenceau y la guerra a ultranza

A pesar de los violentos ataques de Laval, el 19 de octubre, Poincaré le había mantenido el 22 de octubre y, obligado a prescindir de Ribot, le había reemplazado por su amigo íntimo Louis Barthou. Esta vez, en su deseo de cortar en seco toda veleidad de negociación, el presidente de la República, olvidando sus enemistades personales, encargó a Clemenceau la formación de gobierno, el 16 de noviembre (6). Dos días después, el 18, el nuevo presidente del Consejo daba como consigna al «Deuxième Bureau» la de «escuchar y callar». Las entrevistas que tuvieron lugar los días 1-3 de febrero y 23-25 de febrero de 1918, sobre la base del «statu quo ante», no tenían por otra parte ninguna posibilidad de desembocar en algo positivo. Dirigiéndose, el 6 de diciembre de 1917, a la delegación húngara, el conde Czernin se había declarado solidario de Berlín: «Estamos unidos a Alemania —había dicho—. Luchamos por la Alsacia-Lorena, del mismo modo que Alemania ha luchado por Lemberg y por Trieste». Aquella era su respuesta a Wilson que, empujado por Masaryk, acababa de anunciar en el Congreso, el 4 de diciembre, su intención de declarar la guerra a Austria (cosa que haría el 7), «vasalla del gobierno alemán», dejando de lado, de momento, a Turquía y a Bulgaria, consideradas como «simples herramientas, que no se encuentran aún a través de nuestra acción necesaria». Una inútil polémica, imprudentemente provocada por una declaración intempestiva de Czernin, ante el Consejo municipal de Viena, el 2 de abril de 1918 —«Mr. Clemenceau... me hizo preguntar si estaba dispuesto a entrar en negociaciones»—, no hizo más que envenenar las cosas. No podía arañarse impunemente al «Tigre». Empujado por Georges Mandel, tras haber replicado: «El conde Czernin ha mentido», y de haber amenazado en términos velados con ser más explícito, el 6 de abril, Clemenceau, que al igual que su predecesor Painlevé había ignorado hasta entonces la existencia de las cartas del emperador Carlos, cuidadosamente ocultada por Alexandre Ribot, no vaciló en publicarlas «in extenso», faltando a los compromisos contraídos, el 12 de abril. Aquello equivalía a echar deliberadamente a Austria en brazos de Alemania: el 18 de abril, el emperador Carlos destituía al conde Czernin y volvía a llamar al barón Burian a los Asuntos Exteriores.

La suerte estaba echada. La defección de Rusia, por una parte, y la espera de una pronta llegada del refuerzo norteamericano, por la otra, habían endurecido la postura de los dos bandos. Obedeciendo a alguna

(5) Con los Hermanos Steeg, Klotz, Bourgeois, David, Besnard, Chaumet, Dumesnil, Dalimier y Francklin-Bouillon.
(6) Con los Hermanos Stephen Pichon, Klotz, Pams, Dumesnil, Béranger, Diagne y Roy.

consigna, los propios socialistas, en Francia, pusieron sordina a su pacifismo cuando la Cámara otorgó la confianza a Painlevé, por 313 votos, el 17 de octubre de 1917: en número de 187, se abstuvieron. Sólo uno de ellos, Mayèras, pronunció estas proféticas palabras: «¡Esos, que no piensan más que en la paz, son los que harán para Francia una paz nociva, que no será una paz francesa!» Por desgracia, la doble revolución rusa tuvo como consecuencia inmediata el dejar a Europa a merced de la pluto-democracia norteamericana.

* * *

El conflicto, prueba demasiado fuerte para un zarismo sin autoridad

Sostener una guerra prolongada somete a ruda prueba, en nuestros días, a los estados más sólidamente constituidos y más modernos. En pocos meses, su derrota ante el Japón había bastado para conducir a Rusia, en 1905, al borde del abismo. Exponer de nuevo aquel imperio inmenso, apenas evolucionado económicamente, desprovisto de estructuras sociales y políticas consolidadas, a los avatares de un conflicto mundial, nueve años más tarde, era pura demencia.

Durante algunos meses, es cierto, el impulso patriótico, allí como en otras partes, había puesto sordina a las intrigas subversivas. Pero el considerable esfuerzo militar exigido a aquel pueblo —15 millones de movilizados sobre 150 millones de habitantes— y los sacrificios requeridos —cinco millones y medio de hombres fuera de combate, de ellos dos millones y medio muertos—, no tardaron en aparecer desproporcionados con los resultados obtenidos. Bastante mal dirigido, peor equipado, con escasa artillería, a menudo desprovisto de municiones e incluso de fusiles, el ejército ruso, derrotado por los alemanes en casi todas las batallas, sólo había conocido algunos éxitos parciales contra el adversario austríaco de contingentes heterogéneos.

Aislada prácticamente del exterior —aparte de los puertos de Murmansk y de Arkangelsk en el Mar Blanco, únicos accesibles durante los meses de invierno—, debido al bloqueo del Báltico y del Sund por Alemania, y del Mar Negro y los estrechos por Turquía, Rusia, hasta entonces dependiente del extranjero para equiparse industrialmente, se veía, más aún que durante la guerra contra el Japón, reducida a sus solas fuerzas. Las medidas dictadas por el gobierno, encargando a las Uniones de Zemstvos y de las ciudades, creadas al principio de las hostilidades, que aseguraran el abastecimiento, y de los Comités de las Industrias de Guerra, instituidas en la primavera de 1915 para controlar la producción, si bien fortalecían la influencia ejercida por la burguesía a través de la Duma, se revelaron impotentes en 1916 para abastecer sin intermitencias a la población y mantener el buen funcionamiento de los transportes, en los que el desgaste del material era tal que el 50 % de las locomotoras se encontraban fuera de servicio. Impotentes también para yugular la inflación y el alza de los precios y para reprimir los excesos de los estraperlistas, cuyos beneficios escandalosos alcanzaban a

veces el 75 % e incluso el 111 % (la Compañía textil Riabuchinski y la manufactura de Tver, por ejemplo). Las consecuencias fueron la desmoralización del frente, y la carestía, el cansancio y el recrudecimiento de la agitación revolucionaria en el interior.

Circunstancia agravante, en la cumbre, la falta de autoridad. Lejos de ser un autócrata, un zar indeciso, débil, místico (sometido a la influencia de los «magos» Papus, de 1901 a 1905, y de Philippe Nizin, oriundo de Lyon), lleno de buenas intenciones pero resignado hasta el punto de aparecer como indiferente ante lo inevitable («Soy el destino fatal de Rusia», le confiará un día a la doncella de confianza Vyrubova), secundado por su esposa, Alice de Hesse-Darmstadt, Alexandra-Fedorovna por su bautismo ortodoxo, princesa alemana educada a la inglesa (¿no es acaso nieta de la reina Victoria?), de carácter más firme y más autoritario, es cierto, pero atormentada por la obsesión del mal hereditario de su familia, mujer desconsolada que ya ha perdido, víctimas de la hemofilia, a su tío, el duque de Albany, a su hermano, el príncipe Federico-Guillermo de Hesse, y a dos sobrinos, hijos de su hermana Irene y del príncipe Enrique de Prusia, y madre inquieta, que ha vivido durante diez años con la esperanza de dar un heredero a la corona, el zarevitch Alexis, nacido el 30 de julio de 1904, y a partir de entonces en el constante temor de perderlo. Zarina que, lejos de fortalecer la corona, va a entregarla a la vergonzosa influencia de Rasputín. Habiéndole conocido en una peregrinación al convento de Saint-Michel de Kiev, las grandes duquesas montenegrinas Anastasia, esposa del gran duque Nicolás, y su hermana Militza, casada con el gran duque Pedro, quizá impresionadas por su mirada de acero cargada de un intenso magnetismo, habían presentado en la Corte, el día 1 de noviembre de 1905, a aquel Gregory Efimovitch Novij, alias Rasputín («rasputny», en ruso, significa libidinoso), nacido en Prokovskoie (Tobolsk), monje afiliado a la secta «khlysty», exorcista a través de la lujuria, libertino, borracho, pero conocido también como «Gricha el vidente», dos veces peregrino a Jerusalén (a pie), al que ellas consideran como un santo varón, «staretz», susceptible de sanar con sus plegarias y con sus dones la enfermedad del heredero del trono. Engañados por sus demostraciones de fe ardiente, el obispo Theophanes, rector de la Academia de Teología y confesor de la zarina, y su colega Hermógenes, contribuyen a acreditar la fama de Rasputín, acrecentada por el éxito de sus intervenciones en las crisis que padece el zarevitch (éxito real, en los que respecta al fluido que desprende el curandero, simulado en la medida en que la ingenua Vyrobova le señala el momento favorable del reflujo del mal).

A través del «staretz», «las fuerzas oscuras» denunciadas en la Duma a finales de 1916 por el diputado derechista Purichkievitch no tuvieron la menor dificultad en hacer penetrar su influencia en la Corte. Destituido el 29 de enero de 1914, el antiguo ministro de Finanzas V. N. Kokovtsev, que había sucedido como presidente del Consejo a Stolypin, asesinado en septiembre de 1911, había incurrido ya en el disfavor del zar por haberle señalado la maleficencia del personaje, que en una primera visita que tuvo lugar el 15 de febrero de 1912 le había producido muy mala impresión. En torno al «curandero» no tardó en organizarse una verdadera camarilla que, realizando su propia política, hace y deshace a los ministros y desacredita al


CARLOS I — Pr. Sixto de BORBON — Conde Czernin — BENEDICTO XV — H. Alejandro RIBOT

Pablo STOLYPIN — Alejandro HERZEN — LENIN — KAMENEV — ZINOVIEV

RASPUTIN — Mauricio PALEOLOGUE — Principe LVOV — George N. BUCHANAN — KERENSKI

LENIN — TROTSKI — Jacob SCHIFF — JOFFE Y TROTSKI en Brest-Litovsk

emperador. Dos judíos, Aaron Simanovitch, secretario, intendente y alma maldita de Rasputín, y Manassevitch-Manouilev, son los inspiradores de aquella pandilla. Escuchemos al primero, hablando del segundo: «Por sugerencia suya... (habiéndose jubilado Goremykin), Stürmer se convirtió en presidente del Consejo» (en febrero de 1916, con Manuilev como secretario). Nos lo presenta como «un viejo ladrón y un charlatán, que garantizó que Stürmer daría satisfacción a todas nuestras peticiones». En aquel momento, la emperatriz había conseguido ya eliminar, en septiembre de 1915, a los ministros hostiles a Rasputín, nombrados en julio, a raíz de las derrotas de Galitzia y de Polonia (el general Polianov en la Guerra, Chtcherbatov en el Interior, Chtchglovitov, etc.) y, aprovechando una breve estancia de Nicolás II, llegado del Gran Cuartel General de Mohilev, había depurado el Santo Sínodo de los obispos mal vistos del metropolitano Pitirin. En cuanto a Simanovitch, había obtenido el nombramiento como ministro de Justicia de su consejero jurídico personal, Dobrovoski, que «amaba al dinero por encima de todo». Juntos, en el otoño de 1916, los dos compadres llevaron al Interior (por recomendación del mago Badmayev, del que era cliente) a Protopopoff, vicepresidente de la Duma, supuesto liberal, un tipo ambiguo que explotaba una fábrica de paños en Moscú. En aquellos nombramientos, nos confía Simanovitch (el cual, después de la muerte del «staretz» consiguió todavía, gracias al crédito de la zarina, hacer confiar carteras de ministro a personalidades de su elección): «nos guiaban dos consideraciones... (aquellos hombres) podían ayudarnos a concluir la paz con Alemania y a mejorar la lamentable suerte de los judíos».

La segunda consideración había conducido a nuestros consejeros secretos, protegidos a la vez por la policía imperial y por los esbirros de los socialistas-revolucionarios, «que comprendían que Rasputín trabajaba para ellos» (escribe el preceptor suizo del zarevitch, Gilliard), a provocar la destitución del generalísimo, el gran duque Nicolás Nikolaievitch, relegado al mando del ejército del Cáucaso (finales de agosto de 1915), y la expulsión de Petrogrado del gran duque Nicolás Mikhailovitch, el 1 de enero de 1917. El comandante en jefe y su jefe de Estado Mayor habían incurrido en la cólera de Israel por haber tratado duramente, al considerarles como poco seguros y sospechosos de concomitancias con los alemanes, a los judíos de la zona de residencia, convertida en zona de operaciones, reteniendo a rabinos y notables como rehenes, expulsando a las comunidades de los gobiernos fronterizos de Radom, Louga y Lublin en agosto y septiembre de 1914, de Varsovia, donde se habían refugiado 80.000, a finales de año, y a otros 200.000 de las regiones abandonadas a raíz de las derrotas de la primavera de 1915. Sometidos, a partir de agosto de 1915, durante tres años en Lituania, en Polonia y en la Rusia Blanca a la ocupación germano-austríaca, los que se quedaron apenas tuvieron más motivo de queja que las requisas. Deseosos de presentarse como liberador de los judíos, Guillermo II multiplicaba los «gestos» en favor suyo, visitó la sinagoga de Lodz («Il Templo», 11-VII-1915), admitió quince representantes judíos en el consejo municipal de Varsovia, creó para ellos dos Universidades, en Varsovia y en Vilna (André Spire, «Los judíos y la guerra», páginas 63, 97, 98 y 117). En cuanto a los que refluyeron hacia el interior de Rusia, vieron abrirse para ellos las barreras de la zona de residencia, hasta entonces infranqueables: sus tribulaciones, pues, comportaban alguna compensación.

El asesinato de Rasputín desbarata la intriga pacifista

El primer objetivo de Rasputín, concluir la paz con Alemania, iba a costarle la vida. Hostil a la guerra, lo había sido siempre e incluso se jactaba, a mediados de 1916, de que habría sido capaz de evitarla si, gravemente herido de una puñalada en el vientre por la Gousseva, por instigación de Iliodore, no hubiese estado retenido en su lecho de dolor, en Prokowskoie (Tioumen), lejos del zar, el cual sólo podía dirigir consejos por telegrama. No se equivocaba al escribir, un poco más tarde: «Los que quieren la guerra, no comprenden que es nuestra perdición». Aquella opinión estaba cada vez más arraigada en él ante el espectáculo de los sinsabores, de los sufrimientos y de las revueltas amenazadoras, y no cesaba de repetirle al zar: «Hay que acabar con la guerra». Animado de las mismas disposiciones de ánimo, su protegido Protopopoff prestó, pues, un oído complaciente a los primeros ofrecimientos alemanes de una paz «blanca» y, al regresar de una gira cerca de las potencias occidentales durante el verano de 1916, consintió en entrevistarse en Estocolmo, a través de su corresponsal Aaschberg, con el banquero alemán Max Warburg, al que encontraremos más tarde, con sus hermanos, socios de la banca Kuhn-Loeb de Nueva York, dirigida por Jacob Schiff, estrechamente relacionados con la segunda fase, bolchevique, de la revolución rusa. De momento, Max Warburg utiliza también a su cuñado, el rico banquero Guinzburg, casado con su hermana, para entrar en contacto con Stürmer. Decididos a presionar a los Aliados con vistas a unas negociaciones de paz, y a colocarles, en caso de negativa, ante el hecho consumado de la neutralidad rusa, los conjurados, Rasputín, Manassevitch-Manouirov, Stürmer, Protopopoff y el metropolitano Pitirin, estaban dispuestos a pasar por encima, en caso necesario, de la oposición del zar y a aprovechar su creciente debilidad mental (estimulada tal vez por los remedios y las hierbas «milagrosas» del mago tibetano Badmayev) para proclamar regente en su puesto, a la Emperatriz.

Sus intrigas, denunciadas en la Duma, el 14 de noviembre de 1916, por el jefe de los K. D. (constitucionales-demócratas) Miliukov y por el diputado derechista Purichkievitch, no podían dejar indiferentes a los embajadores de Francia y de Inglaterra, Maurice Paléologue y sir George Buchanan. El primero, amigo de Goutchkov y de la princesa Paley, esposa morganática del gran duque Pablo, contaba con el apoyo de aquel tío del zar que, en el curso de una entrevista en Tsarskoie-Selo, el 3 de diciembre, se esforzó en hacer ver a su sobrino los peligros de su política y reclamó, para el 6 de diciembre, la promulgación de una constitución y la destitución de los ministros involucrados. Por desgracia, sus recomendaciones resultaron inútiles. Entonces, el gran duque Dimitri, hijo de Pablo, y el diputado Purichkievitch, que ha regresado del frente, se ponen de acuerdo con el joven príncipe Yossupoff (esposo de Irene, prima del gran duque) para tender una emboscada a Rasputín. A pesar de las advertencias de Simanovitch, que olfatea el peligro, el «staretz» se dirige, el 17 de diciembre» a casa del príncipe, que le ha invitado. Resiste al veneno que le administran y, acribillado a balazos, se incorpora para huir: los conjurados le rematan a tiros en el jardín.

Sancionado con la deportación de Dimitri a Persia, el 23 de diciembre, aquel atentado no modifica en absoluto la situación política. Al contrario,

Nicolás II, ante el testimonio de Paléologue y del antiguo presidente del Consejo Kokovtsev, que le visitan los días 7 y 17 de enero de 1917, se muestra cada vez más abatido, casi alucinado. Encerrada en su resentimiento, la zarina se convierte en ejecutora de las últimas voluntades del desaparecido, apoya a fondo a Protopopoff, del cual pretende hacer un dictador en el gobierno y en los abastecimientos, y prepara la disolución de la Unión de los Zemstvos y de la Duma, puntos de apoyo de los liberales en el estado. Siempre sometido a su influencia, Nicolás II, en una última entrevista con Rodzianko, el 10 (23) de febrero de 1917, rechaza las sugerencias del presidente de la Duma. Este le recuerda que, en 1915, le había concedido la dimisión de Maklakov, entonces ministro del Interior, ahora encargado de preparar el manifiesto de disolución de la asamblea, y, al despedirse de él le advierte que, por culpa suya, dentro de tres semanas a lo sumo, tendrá que hacer frente a una revolución.

La revolución masónica del príncipe Lvov, fomentada por el grupo de la «Round Table»

El zar no reacciona, y la Revolución será fiel a la cita. Abandonado de todos, de su familia, de su Corte, de sus altos funcionarios, de los jefes de su ejército (Gourko, en el Cuartel General de Mohilev, le negará el 21 de febrero (6 de marzo) los refuerzos solicitados para defender la capital según el plan establecido por Tchebykin a mediados de enero: cuatro regimientos de la Guardia, y sólo enviará tres compañías de marineros), de la burguesía y del pueblo, Nicolás II se retira al Gran Cuartel el 22 de febrero (17 de marzo), donde no podrá ejercer ya ninguna influencia sobre los acontecimientos. Sir George Buchanan, embajador de Inglaterra, y su equipo «liberal» y masónico, desde el gran duque Miguel y el príncipe Lvov, presidente de los Zemstvos (de tinte cada vez más popular), hasta los elementos progresistas y radicales de la Duma, tienen el campo libre: pueden descubrir sus cartas. En aquella primera fase de la Revolución rusa (según el testimonio del general Janin, en su «Diario», 7 de abril de 1917, y del general Arsène de Goulevitch, en «Czarism and Revolution»), interviene detrás del embajador sir Alfred Milner, fundador del grupo secreto de la «Round Table» (en el que lord Rosebery representa a su suegro Rothschild), que trabaja para la realización del sueño de Cecil Rhodes de un gobierno mundial sometido a la hegemonía anglosajona (marzo de 1891). La contribución financiera de aquel grupo al movimiento revolucionario habría superado los 21 millones de rublos (7).

La agitación se desarrolla de acuerdo con las normas de costumbre. En 1916 se habían producido ya algunos disturbios: algaradas en Moscú en mayo, provocadas por la escasez, huelgas de los empleados de la industria

---

(7) Como lo hemos apuntado al principio de este párrafo, los suministros de armamento a Rusia fueron sistemáticamente frenados y saboteados. Por ejemplo, en Inglaterra los de la «Vickers-Maxim» (controlada por sir Ernest Cassel y por el banco Kuhn-Loeb), y los de la fábrica química de sir Frederick Nathan, Brunner y sir Alfred Mond (que estalló en Silvertown). Y cuando lord Kitchener decidió remediar este estado de cosas y fortalecer el ejército zarista, ocurrió que el «HMS Hampshire», en el que viajaba a Rusia, se rompió en unas rocas y se hundió el 5 de junio de 1916 (¿porqué quizá su compás había sido manipulado?).

textil en Kostroma, el 5 de junio, motines con muertos en Ivanovo-Voznesensk, el 10 de agosto. Aunque desorganizados por la detención de sus parlamentarios, los bolcheviques han aprovechado la ocasión para restablecer sus enlaces; en noviembre, unos obreros han tenido que ser enviados al frente. Luego, el coste de la vida ha seguido aumentando, a causa de la inflación; las huelgas se han extendido, englobando a 150.000 obreros en Petrogrado el 9 de enero de 1917, en las fábricas Putilov, el 8 de febrero, y 90.000 al abrirse la Duma, el 14 de febrero. La penuria se agrava; el 16 de febrero se implantan las cartillas de racionamiento de pan; el 19 se producen aglomeraciones delante de las panaderías. Una delegación de las fábricas Putilov es recibida por Goutchkov, ministro de la Guerra, y por los diputados socialdemócratas, el 22; al día siguiente se desencadena la huelga de los obreros textiles de Vyborg, dirigidos por Kaiourov; afectará a 90.000 trabajadores al principio, y a 240.000 el 25.

A partir de entonces, siguiendo un plan preestablecido que ha impresionado a Ludovic Naudeau, enviado especial de «Temps» desde el 18, los acontecimientos se precipitan. Los días 23 y 24, son asesinados 28 policías. El 25, desfilan unas manifestaciones, dispersadas por la policía a caballo y los dragones (que disparan, causando tres muertos y 10 heridos) y, con menos energía, por los cosacos. Vuelven a formarse inmediatamente, hasta el punto de que por la noche la multitud continúa ocupando las calles. Síntomas inquietantes: un oficial de la policía ha sido linchado; otro ha sido muerto por un cosaco. El 26, lejos de apaciguarse, la agitación aumenta y los cosacos desertan (sin embargo, se producirán otros 48 muertos e igual número de heridos). Aquella misma noche, el general Khabalov, que dispone para mantener el orden de unos 10.000 hombres, 3.500 de ellos policías, de los alumnos suboficiales, 14 batallones de restos de la Guardia y de dos regimientos de cosacos del Don, hace detener a cinco miembros del Comité bolchevique y a cierto número de dirigentes. Eso basta para que los responsables vacilen, no sólo los socialistas, Kerenski, Tchkheidze y Skobelev, sino también los bolcheviques, Chliapnikov, representante del Comité central, Zalousky y Molotov, e incluso los extremistas de Vyborg, que han neutralizado en su zona a la policía. Piensan ya en suspender la huelga, cuando la iniciativa pasa a los militares.

Reunido por la noche en casa del príncipe Golytsin, primer ministro, el gobierno se asusta y entrega por la mañana a Rodzienko, presidente de la Duma, un ukase preparado de antemano ordenando a la Asamblea que suspenda sus deliberaciones. Esto equivale a provocar el incendio, sin disponer de bomberos para apagarlo. El ejército se adhiere inmediatamente a la Duma. Mientras que, por su parte, Kaïourov y 40 delegados deciden continuar la huelga, el lunes 27, a las ocho de la mañana, los Volhynski se alinean detrás de las verjas del Palacio de Tauride donde está reunida la Asamblea, los Pavlovski, con la banda de música al frente, ocupan el Palacio de Invierno; los zapadores de la Guardia, los Preobrajenski y los lituanos se unen a ellos, luego los moscovitas y, más recientes, los Seminovski y los cazadores que liberan a los Ismaïlovski arrestados; bajo la amenaza de los autos blindados, los más reacios siguen el movimiento (secciones de autos y de caballería) de grado o por fuerza, o son duramente castigados (50 muertos al día siguiente en el cuartel del 2.º regimiento del

Báltico). Los oficiales que han intentado resistir a sus hombres han sido fríamente asesinados. Desde los tejados, la policía dispara sobre los cosacos sublevados.

Por la noche, el gran duque Michel asume la iniciativa de telegrafiar al zar, a Mohilev, para proponerle su propia candidatura a la regencia y la del príncipe Lvov como jefe del gobierno. Inmediatamente, Nicolás II, comprendiendo por fin la gravedad de los acontecimientos, ordena al general Ivanov (que en 1905 ha reprimido la revuelta de Cronstadt) que reagrupe Caballeros de San Jorge y unidades de la Guardia, a fin de proteger a la emperatriz en Tsarskoie-Selo, pero sólo llegará el 1 de marzo para desandar el camino, ante la actitud hostil de los elementos privilegiados, si no de élite, encargados en principio de proteger a los soberanos, pasados (aparte del 4.º), a ejemplo de los artilleros y del 1.º de tiradores, incluida la escolta imperial, a la revolución, en la noche del 27.

Entretando, la capital se halla en manos de los revoltosos, cuyo Estado Mayor se ha instalado en el Palacio de Tauride. El 27, han conquistado la prisión de Kresty, liberando a los miembros del Comité bolchevique, el Arsenal; han negociado la rendición de la fortaleza Pedro y Pablo, incendiando el Palacio de Justicia y, bajo la dirección de Tchugorin, las comisarías y, el 28, la prisión de Litowski-Zamok. Aquel mismo 28 de febrero (13 de marzo), el gobierno, descartado Protopopoff, refugiado con el general Khabalov en el Almirantazgo, bajo la protección de los últimos elementos leales, dimite y se rinde, a fin de evitar la destrucción del edificio (el 1 de marzo, Sukhomlinov, ex ministro de la Guerra, y Protopopoff en persona se entregaron a la Duma). Con una diferencia de dos días, Moscú, a instigación de Mouralov, de la Compañía de autos, y de Dzerjinski, liberado de la cárcel, sigue el ejemplo de Petrogrado. A partir del 27 se producen huelgas, que el 1 de marzo se transforman en huelga general, en tanto que las tropas secundan a los insurgentes; bombardeado, el Ayuntamiento arde; dos días después, los locales de la Okhrana y de la Seguridad son invadidos y saqueados, Zubatov se suicida, policías y perros son indistintamente detenidos y asesinados. El sábado siguiente, una manifestación monstruo de 40.000 hombres desfila por la Plaza Roja, celebrando la victoria de la revolución, que apenas ha causado 1.500 víctimas, heridos incluidos. A partir del 1 de marzo se producen motines en Tver, Nijni-Novgorod, Samara, Saratov y Kharkov.

Entretanto, el 29 de febrero, el príncipe Georges Lvov ha constituido un gobierno masónico, más precario aún que provisional, el 1 de marzo, que reúne en torno a él, centrista (presidente con su adjunto Basil Wirubov de la Unión general de los Zemstvos), a Paul Miliukof, progresista (fundador, con Basile Maklakov, del partido K. D., constitucional-demócrata o de la Libertad popular), en Asuntos Exteriores, a Goutchkov, liberal (ex presidente de la Duma, presidente de las Industrias de Guerra en 1915, amigo del general Polivanov y muy hostil a Nicolás II), en la Guerra, a Terechtchenko (presidente del Comité de las Industrias de Guerra de Kiev, con una fortuna personal de 80 millones de rublos-oro) en las Finanzas, y en la Justicia al abogado Alexandre Kerensky (apellido de su suegro, ya que él es tan judío por su verdadero padre, Kirvis, como por su madre, nacida Adler). Pasado

del partido socialista revolucionario al partido laborista, este último tiene al mismo tiempo un pie en el gabinete y otro en el Soviet de Petrogrado, del cual es vicepresidente, en espera de suplantar en él como presidente al georgiano Tcheidze. Inmediatamente se pone de manifiesto que aquel gabinete de parlamentarios pudientes sólo representa la sombra del poder: su primer acto oficial, el *prikase* número 1, decreta el 3 de marzo la formación de comités de soldados que, en los cuerpos de tropa, elegirán a los oficiales, y la iniciativa, sin duda alguna, no pertenece a Gouchtkov, sino al Soviet.

De aquel ejército, ya en plena descomposición en la retaguardia, de aquel gobierno impotente, superado por los acontecimientos, desbordado por las fuerzas revolucionarias que han liberado, los Aliados esperan un esfuerzo decuplicado contra Alemania, esfuerzo que estimulan con la apertura de nuevos créditos... ¡Qué aberración! Para convencerse de ello, basta con escuchar, el 23 de marzo, a sir George Buchanan celebrar en una conferencia de prensa la victoria de la Revolución, «su victoria»: «El viento de la libertad ha derribado al antiguo régimen ruso y ha hecho desaparecer el último obstáculo que impedía el acercamiento de los dos pueblos, de los rusos y de los ingleses». Esta breve muestra de una elocuencia delirante, digna de los poetas románticos Byron y Lamartine, extraviados en la política, basta para juzgar el espíritu crítico del embajador. Aquel mismo día, los funerales de las 184 víctimas (51 de ellas de Vyborg) de las jornadas de febrero (las fuerzas del orden habían tenido que lamentar 867 muertos y heridos, entre ellos 60 oficiales, de un total de 1.143), primer entierro civil que conocía la santa Rusia, dio lugar a una manifestación monstruo de un millón de personas. Envueltos en estameña roja, los cadáveres expuestos en el Campo de Marte son inhumados por una delicada atención en el parque de Tsarkoie-Selo, donde el ex zar se encuentra ahora en calidad de prisionero.

Completamente al margen, hasta entonces, de los disturbios de Petrogrado, Nicolás II había abandonado el Cuartel General de Mohilev el 28 de febrero a las ocho de la mañana para dirigirse a aquella residencia imperial, en la que se encontraba su familia. No había contado con el general Lomonosov, director de los Transportes, ni con la Unión de los Ferroviarios, que bloquearon el tren en la estación de Malaya-Vichera; se hizo marcha atrás; en Bologoie, el 1 de marzo, el primer convoy, que incluía la *suite* del soberano, esperó al segundo y juntos se dirigieron hacia Pskov, cuartel general del frente norte, ya que Rodzianko había puesto disco verde para los ferrocarriles. Allí, el general Rouski, tras establecer contacto con el generalísimo Alexeiev y los otros cinco comandantes de los frentes, hizo ver a Nicolás II la necesidad de abdicar. El zar consintió, primero en favor de su hijo Alexis, luego de su hermano el gran duque Miguel (el 2/15 de marzo, a las 15 horas), entregó los documentos, por la noche, a su enemigo Goutchkov y al diputado derechista Chulguin, representantes de la Duma, y nombró al príncipe Lvov como presidente del Consejo y al gran duque Nicolás como generalísimo (el gran duque Miguel renunció al trono al día siguiente, 3 de marzo, en Petrogrado y abandonó el Palacio de Invierno). En Mohilev, a donde habían regresado el 3 de marzo para despedirse de la emperatriz-madre y de sus oficiales, otros cuatro delegados de la Duma (Gribuchin, Kalinin, Bublikov y Verchini, que le acompañará más tarde a Tobolsk

cuando se querrá alejarle de los centros revolucionarios), le detienen, de acuerdo con una decisión adoptada el 7, y le trasladan a Tsarskoie-Selo, donde es muy mal acogido el 9/22, a pesar de las promesas hechas al gran duque Pablo, por sus tropas de la Guardia, ahora transformadas en vigilantes, que tienen que hacerse perdonar sus antiguos privilegios. El 3 de marzo, el gobierno, que desea vivamente desambarazarse de la persona del zar, ha preguntado a sir George Buchanan si el gabinete de Londres estaría dispuesto a concederle asilo.

Un gabinete sin poder, desbordado por el Soviet, los amotinados y los soldados en desbandada

Pero, ¿hasta qué punto gobierna el gobierno de Petrogrado? Desde luego, asume todavía la responsabilidad oficial, pero, ¿quién manda entre bastidores? Su autoridad está mediatizada por la del Comité ejecutivo provisional del Soviet, creado el 27 de febrero en el Palacio de Tauride por los mencheviques Tcheidze y Skobelev, con unos miembros del Comité de las Industrias de Guerra liberados, unos representantes de los sindicatos, de las cooperativas (en su mayor parte mencheviques) y de todos los grupos socialistas, incluidos los bolcheviques, y sobre todo de los delegados de los regimientos sublevados, de tendencia más bien socialista-revolucionaria (ya que los soldados, verdaderos autores de la revolución, son campesinos). Estos últimos, a pesar de que en la capital hay cuatro veces más obreros que soldados (en número de 150.000), tienen en el Soviet cinco escaños por dos solamente los trabajadores; la proporción en su favor es aún mayor en los Soviets de provincias, que a finales de marzo delegarán al Comité ejecutivo 16 representantes todavía más moderados. Aquella asamblea heterogénea no manifiesta, al principio, en lo que al gobierno respecta, unas exigencias extraordinarias. Sus representantes, demócratas bastante pequeños burgueses, con poca confianza en sí mismos, Tcheidze, Stieklop y Sukhanov, declaran a Miliukov, apenas investido del poder por Rodzianko, el 1 de marzo, que están dispuestos a reconocerle, a cambio únicamente de la libertad de agitación. Sin embargo, controlan las tropas, los ferrocarriles, las Obras Públicas, el Banco de Estado, la Tesorería, la Moneda y se hacen cargo de los abastecimientos, es decir, la realidad del poder.

Si no se muestran más osados, es porque no son más que unos subalternos. Capaces como mucho de conducir un motín, aquellos agitadores de segunda fila carecen de la personalidad de los jefes. Y no hay revolución sin jefes. Trotsky, teórico de la revolución permanente, ha escrito, a ese propósito, que en sociología «la generación espontánea está más fuera de lugar aún que en las ciencias naturales». Indiscutiblemente, estaba bien situado para saberlo: mucho mejor que algunos universitarios, que creen o fingen creer que las «ideas» andan solas y que «el viento de la historia» basta para levantar «al pueblo» con su soplo. Había que esperar el regreso de aquellos jefes —neutralizados en su mayor parte y expulsados antes de la guerra por el zarismo— para reemprender la marcha hacia adelante. Ya que la policía zarista, la Okhrana, había conseguido decapitar prácticamente los diversos movimientos subversivos. Tras el fracaso de la intentona revolucionaria de 1905, los principales dirigentes se habían reagrupado en el extranjero. Pro-

visto de un apreciable viático de 200.000 rublos, procedentes de un legado de Nicolás Schmidt (hijo de un comerciante de muebles, multimillonario, heredero de Morozov, el industrial textil, que había albergado al estado mayor de los insurgentes en diciembre de 1905), Lenin se había instalado en Ginebra, en compañía de Bogdanov y de Dubrovinsky (20 de enero de 1908). Secundado por Gregori Zinoviev (Apfelbaum) y por Lev Kamenev (Rosenfeld), presentes como él en el V Congreso de Londres, el 30 de abril de 1907, se había reconciliado con Martov en el curso de una conferencia de tres días en París (3 de enero de 1910) y se había dedicado a reorganizar la prensa bolchevique en 1910: la redacción del «Socialdemócrata» quedó asegurada por Martov, Dan, Zinoviev y el propio Lenin, y la de la «Pravda» de Viena (bimensual a partir de octubre de 1908) por Trotsky (refugiado desde octubre de 1907 en la capital austríaca) y Kamenev, en tanto que Kautsky, Mehring y Clara Zetkin se hacían cargo de la caja del partido.

En la propia Rusia, en efecto, los revolucionarios profesionales estaban reducidos a la impotencia, o poco menos; en cuanto se movían, la policía se hacía con ellos. Detuvieron a Rykov, que había regresado para preparar una conferencia, y, en diversas ocasiones, a Joseph Djugachvili. Nacido en Gori, Georgia, en 1879, el futuro Stalin siguió hasta los catorce años, en Tiflis, los cursos de un curioso seminario, periódicamente perturbado por disturbios revolucionarios y nacionalistas (en 1873, luego en 1883 en que un alumno, Djibladze, se lió a mamporros con un profesor ruso, y en 1886, en que otro, de diecinueve años, apuñaló al rector). Aprovechando aquellas lecciones, el joven «Sosso» ayudó a Djibladze y a Tchkeidze a agrupar en «círculos» en 1898 a los ferroviarios de Baku-Batum, que se habían declarado en huelga en 1896, y a fomentar disturbios en Tiflis el 1 de mayo de 1901. Expulsado por calumniar a su «veterano» del seminario, montó en Batum, en febrero de 1902, bajo el seudónimo de «Koba», el ataque a la prisión, que fracasó. Encarcelado el 17 de junio de 1902, al cabo de dieciocho meses de prisión fue deportado a Novaia Duda (Irkutsk), pero se evadió en enero de 1904. A raíz de la primera revolución, detenido en la prisión Bailov en marzo de 1908, fue colocado bajo vigilancia por espacio de dos años en Solvytchegodsk (Vologda), el 29 de septiembre de 1908, fugándose de nuevo en la primavera de 1911, para unirse a Ordjonikidze, llegado de París a su provincia natal; capturado por la Okhrana, el 10 de septiembre de 1911, aparece a finales de año en Petrogrado, donde se las arregla para publicar, el 22 de abril, una edición rusa de la «Pravda». Encarcelado el 8 de junio y deportado por tres años a la región de Narim (Tomsk), vuelve a fugarse el 1/13 de septiembre siguiente. En diciembre, se reúne con Lenin en Cracovia. Tales hazañas merecen una recompensa: la conferencia reunida en Praga por Lenin para nombrar a los siete miembros de un Comité central bolchevique (entre ellos Ordjonikidze), a finales de enero de 1912, le «repesca» en compañía de Sverdlov. Colabora en la «Pravda» y estudia, en Viena, el problema de las nacionalidades. Pero, apenas regresa a Rusia, en febrero de 1913, la policía le detiene y le envía (en unión de Sverdlov, judío de padre y de madre), esta vez más allá del círculo polar, a Turukhansk-Kureika, lugar de exilio de Martov, de donde sólo logrará sacarle la revolución.

La Okhrana, por otra parte, no se limita a perseguir a los conjurados, a encerrarles o a obligarles al exilio. En el seno de las organizaciones subver-

sivas posee no sólo confidentes, sino también agentes susceptibles de manejar aquellos grupos de acuerdo con sus directrices (Malinovski, Jitomirsky, Romanov, Lebov, Tchernomazov). Los socialistas-revolucionarios han sido sus víctimas, con el agente doble Azev, que durante mucho tiempo logró ganarse su confianza. Encargado del servicio de información de los bolcheviques, Vladimir Burtzev consiguió finalmente desenmascararle, lo mismo que al doctor Jitomirsky. Pero, si bien pudo evitar que fuese nombrado adjunto, a pesar de las sospechas de Bukharin, no pudo reunir pruebas suficientes para desembarazarse de Malinovski (del sindicato de la metalurgia), vicepresidente del grupo parlamentario socialista, teledirigido por el policía Bieletski y por su sucesor, el general Djunkovski. De modo que aquel diputado, elegido el 16 de septiembre de 1912 con otros cinco bolcheviques y siete mencheviques, encontró la manera de provocar una escisión entre aquellas dos fracciones (25 de octubre-6 de noviembre de 1913) y de dimitir (en junio de 1914). Declarada la guerra, sus colegas, entre ellos Kamenev, serán detenidos alrededor del 15 de noviembre, los miembros del Comité central deportados y la «Pravda», prohibida en Rusia.

El propio Lenin fue detenido el 7 de agosto en Viena, a donde se había dirigido para reunir a sus amigos, al margen del Congreso de la II Internacional, que se celebraba entonces (en Basilea, en 1912, se había abstenido de aparecer en sus sesiones). Defendido por Frédéric Adler hijo, fue puesto en libertad doce días más tarde y regresó a Berna, el 5 de septiembre. Indignado por la actitud patriótica de los socialistas alemanes, de Guesde y de Sembat en Francia y de Vandervelde en Bélgica, adoptó inmediatamente una postura resueltamente pacifista, a fin de preparar la transformación del conflicto en crisis revolucionaria. «La clase obrera —escribe el 26 de julio de 1915 en su periódico, "El Socialdemócrata"— no puede solamente desear la derrota de su gobierno, sino que debe contribuir a ella». Tal será la conclusión de un folleto publicado al año siguiente, «El Imperialismo, estadio supremo del Capitalismo», en el que, inspirándose en el británico Hobson («El Imperialismo», 1902), en el austríaco Hilferding («El capital financiero, 1908), en los alemanes Karl Kautsky («El socialismo y la política colonial», 1907) y Rosa Luxemburgo («De la acumulación del capital», 1913), estima que en el curso de este período, caracterizado por la dominación del capital financiero (pág. 43) y por la de los monopolios, las uniones capitalistas internacionales, ávidas de materias primas y de mercados extranjeros, incurrirán en roces, en choques y, finalmente, en una ruptura fatal. Apartándose de Marx y de su teoría de la catástrofe económica inevitable, prepara deliberadamente desde 1902 la revolución política (cuando publica en 1904, por ejemplo, en el periódico extremista de Bogdanov, «Vperiod», los consejos de Cluseret sobre la insurrección), revolución que sólo puede dirigir un partido de vanguardia, «un movimiento sólido, bajo una organización de dirigentes estable... compuesta principalmente de hombres que tengan como profesión la actividad revolucionaria» («¿Qué hacer?», Obras Escogidas, 1276), partido dirigido por unos intelectuales, no proletarios, que sepan maniobrar («Páginas escogidas», 104 a 106), e incluso hacer equilibrios entre los grupos de todas las tendencias (añadirá más tarde, a propósito de los alemanes, en 1920, en «La enfermedad infantil del comunismo», Obras escogidas II, 728, 737, 768), si no se quiere que la masa obrera, pronta a

aceptar las ventajas que le ofrece el capitalismo putrefactor, se deje arrastrar hacia el reformismo.

Regreso de Lenin, provisto de fondos germano-norteamericanos

Dado que ya no cree, con Marx, en una crisis económica monstruo capaz de engullir a los países más industrializados, sino que espera de una derrota militar la oportunidad de una revolución, resulta que el país más débil y el menos desarrollado será la fruta madura que se dispone a recoger. Y ese país es el suyo, Rusia, primer objetivo de los que dirigen el juego. «Al proletariado ruso le ha correspondido la gran misión de iniciar una serie de revoluciones... no por sus dones especiales, sino a causa del estado primitivo de Rusia», escribirá a los obreros norteamericanos en 1918. Y Stalin precisa, en «La revolución de octubre»: «La ruptura del frente capitalista mundial... tiene más posibilidades de producirse en los puntos más débiles». En aquellas condiciones, una nueva táctica se impone para la acción revolucionaria, y también en este aspecto, Lenin, aprendiéndose la lección, lo mismo que Stalin, del fracaso de 1905, se aleja de Marx. El esfuerzo propagandístico de los bolcheviques no debe apuntar exclusivamente a los obreros, sino también —y fundamentalmente— a los campesinos. A los dos millones y medio de «kulaks», beneficiarios de la ley Stolypin del 9 de noviembre de 1906, propietarios de 17 millones de deciatinas el 1 de enero de 1916, y a los otros dos millones, que reclamaban 14, hay que oponer «los campesinos más pobres», los cinco millones de proletarios del campo, dependientes de los 30.000 terratenientes, que explotan tantas tierras como 10 millones de agricultores. En total fueron movilizados 10 millones de mujiks. Ningún slogan es más susceptible de impresionar y de levantar a aquella masa desmoralizada de campesinos y de soldados que las palabras mágicas: «¡La Paz y la Tierra!». Con certero instinto revolucionario, Lenin lo comprenderá perfectamente.

«¡La Paz!» Después de diez meses de guerra, un grupo de socialistas alemanes, Kautsky, Bernstein, Haase y Liebknecht, la reclaman abiertamente. En Francia, el secretario de la Federación Metalúrgica, Alphonse Merrheim, que se ha entrevistado con Trotsky a finales de 1914, actúa en el mismo sentido, lo mismo que Jean Longuet, nieto de Marx. Preparada por unas entrevistas entre el suizo Robert Grimm y Trotsky, el judío polaco-alemán Karl Radek y el italiano Morgari, una conferencia reunió en Zimmerwald, el 4 de septiembre de 1915, a 38 delegados. Como de costumbre, los pacifistas se despachan a su gusto: apoyado por 22 moderados (entre ellos el alemán Adolf Hoffmann y el francés Bourderon), el germano Ledebour increpa a Lenin y a su grupo de ocho extremistas en términos violentos: «Resulta muy cómodo lanzar llamamientos revolucionarios a las masas después de haberse refugiado en el extranjero...» Trotsky y los mencheviques Axelrod y Martov, ayudados por el rumano Rakovski, se interponen y redactan un manifiesto de compromiso, que Lenin se resigna a firmar, aunque permaneciendo al margen de la Comisión social internacional de cuatro miembros nombrada por el Congreso. En Zurich, se acerca al suizo Fritz Platten y a Willy Münzenberg, de la Internacional de la Juventud. Una

nueva conferencia, en la cual toman parte, en Kienthal, el 24 de abril de 1916, 43 delegados, entre ellos 12 extremistas, se muestra algo más atrevida (con la ayuda de H. Guilbeaux y varios socialistas franceses) y reclama una paz «sin anexión ni indemnización».

La noticia del hundimiento del zarismo sorprende a Lenin, el 15 de marzo de 1917, en su estudioso retiro. Su primera reacción es la de redactar, en forma de once tesis y de cartas, unas consignas para la preparación de la segunda fase de la revolución: constitución de Soviets, creación de milicias obreras, infiltración en el ejército, servicio obligatorio del trabajo; empuja a Kerenski a entrar en el gobierno provisional y secunda a Gorki en su propaganda a favor de la paz, con denuncia de los tratados y no reconocimiento de las deudas, precisa en una cuarta carta, fechada el 25 de marzo. Pero, ¿cómo salir de su ratonera actual para regresar a Rusia, donde sus partidarios, dirigidos por Chliapnikov, del Comité central, que ha hecho reaparecer la «Pravda» el 5 de marzo, con la ayuda de Stalin, de Kamenev (llegados el 10 y el 23 de marzo a Petrogrado), seguidos de Molotov y de Zalouski, tropiezan en su campaña pacifista (manifiesto del 14 de marzo), no sólo con Plekhanov (que ha regresado el 31 de marzo), con Zassoulitch y con Deutsch, del partido de la Unidad (Edinstvo), resignados a una entente con la burguesía, y con los colaboradores del partido laborista (Tchaikovski, más tarde apoyado por Churchill), sino también con los mencheviques de la «Gironda georgiana», Tseretelli (que ha regresado al 19 de marzo) y Tcheidze, y a no tardar con el socialista-revolucionario Tchernov (liberado por los ingleses y llegado a Rusia el 7-20 de abril)?

No existe más solución que la de cruzar Alemania, como propone Martov. Los suizos Robert Grimm y Fritz Platten negocian el tránsito, que tendrá lugar sobre la base de un intercambio con prisioneros alemanes y austríacos, en un vagón precintado (4 de abril-22 de marzo). A pesar de la «garantía internacional» ofrecida por los franceses Guilbeaux y Loriot, el alemán Paul Levy, el polaco Bronski y unos escandinavos (7 de abril-27 de marzo), el convoy, bajo la rechifla de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios, y acompañado por Platten, parte el 9 de abril (27 de marzo), transportando a Lenin, a su esposa Krupskaia y a 31 de sus compañeros, entre ellos Zinoviev, Abramovitch, Linde Rosenblum, Ines Armand, Sokolnikov y Radek (seguirá un segundo contingente de 250 revolucionarios, en mayo). ¿Con qué compromisos ha pagado la autorización de la Wilhemstrasse el judío Israel Helphand, alias «Parvus»? Puesto en contacto en enero de 1915 con el embajador alemán en Constantinopla, al cual había remitido un memorándum, el 9 de marzo, aquel «Parvus» había sido recibido en junio en Copenhague, por el ministro Brockdorff-Randzau, y finalmente, el 29 de diciembre, en Berlín, por Zimmermann y Hellferich; también el estoniano Keskula, después de entrevistarse en Zurich con Lenin, se había dirigido a Estocolmo para conversar con los alemanes, antes de entregar una nota a Romberg, en julio de 1915.

¿Qué fondos han sido prometidos por Berlín, durante la parada, del 11 al 13 de abril, en Estocolmo, donde Ganetzki aporta las últimas noticias de Rusia, antes de tomar el barco hacia el Neva? En sus Memorias, Ludendorff los estima en unos 40 millones, los unos transferidos de Alemania por el

judío Solmssen, los otros suministrados a Trotsky por el capital mundial (Volkwarte, del 15 de febrero de 1931). Los tres volúmenes de «Papers relating to the Foreign Relations of the U. S.» en 1918, publicados en 1931, suministran dos pruebas formales: un despacho de Svensen, de Copenhague, del 18 de junio de 1917, avisando a Ruffner, de Helsingforgs, de la transferencia de 315.000 marcos por la «Diskonto Gesellschaft» a Lenin, en Cronstadt, y otro, del mismo Svensen, a Fursen, también en Crondstadt, anunciando el envío de 207 marcos a Lenin (6 de septiembre de 1917).

Recibido a su llegada a la estación de Petrogrado, el 2/15 de abril, por Tcheidze y Skobelev, el jefe de la Revolución es aclamado con delirio por sus partidarios en todo el trayecto que le conduce al hotelito de la Kschesinskaia (bailarina que en otro tiempo había compartido, con la actriz Lavorenska, los favores del futuro Nicolás II, entonces zarevitch), sede del Comité central de los bolcheviques. Pero la conferencia panrusa de los Soviets, a la cual se dirige en el Palacio de Tauride, y el Soviet de Petrogrado, en el que los mencheviques disponen de una mayoría aplastante (47 miembros de un total de 60), escuchan con frialdad sus arengas ultrancistas y rechazan los once puntos de su programa del 4 de abril, publicado por la «Pravda» del 7, bajo su exclusiva responsabilidad personal: 1) no habrá «defensa nacional» revolucionaria, sin ruptura previa con el capital; 2) conquista del poder por el proletariado y el campesinado; 3) denegación de apoyo al gobierno provisional, sospechoso de seguir siendo partidario de las «anexiones»; 4) todo el poder para los Soviets; 5) no habrá república parlamentaria: los Soviets sustituirán a la administración, a la policía y al ejército; 6) confiscación de los dominios agrícolas; 7) control por los Soviets de los bancos, reducidos a un solo banco nacional; 8) control de la producción y del reparto de los bienes; 9) reunión de un congreso para fundar el partido comunista; 10) reajuste de la Internacional. Ante el enunciado de aquellas exigencias delirantes, Dan, Plekhanov y Goldenberg (alias Mechkoviski, un «duro» de 1905) le toman por loco. Se le niega incluso el intercambio de prisioneros alemanes, con los cuales ha pagado su tránsito por Alemania. Lenin abandona la sala con sus amigos, los cuales, permaneciéndole fieles, le permiten recuperar la «Pravda», gracias a Stalin, y le eligen presidente de su conferencia, que reúne en Petrogrado a 57 delegados, representando a 15.000 bolcheviques (el partido cuenta entonces con un total de 80.000 miembros, aproximadamente).

Aparte de aquel círculo restringido, la opinión se yergue contra él: los Volynski (que han desempeñado un papel decisivo en febrero) exigen el 10 de abril su detención; los días 14-15 de abril, los marineros quieren lincharle; el 17 de abril, los mutilados desfilan en manifestación de protesta; sir George Buchanan exige a Miliukov que le ponga «fuera de la circulación». El ministro de Asuntos Exteriores —estimulado por las visitas de los socialistas ingleses Sanders, O'Grady, Thorn, y de los franceses Marcel Cachin, Ernest Lafond (de familia rusa) y Marius Moutet, en marzo, y de Albert Thomas en abril, y ayudado por el aumento de los suministros aliados y las promesas norteamericanas (75 millones de dólares para la próxima ofensiva)—, toma abiertamente posición en una nota del 18 de abril a los Aliados, publicada el 20, por la continuación del esfuerzo de guerra y mantiene al general Alexeiev como comandante en jefe. ¿Logrará consoli-

darse, pues, el gobierno provisional? En las fábricas, tras la concesión por los industriales de la jornada de ocho horas y la institución de comités obreros el 10 de marzo, el trabajo se ha reanudado en Petrogrado el 5 de marzo, en Moscú el 21, en abril en provincias. En las zonas rurales, ¿serán capaces los pequeños propietarios de sostener a la burguesía en el poder, como temía Lenin el 14 de abril?

¡No! La descomposición del ejército ha progresado demasiado. En Cronstadt, los marineros han asesinado al almirante Viren y encarcelado a numerosos oficiales; la autoridad del comandante de la flota, el almirante Nepenin, ya no es reconocida. Unos comisarios del Comité ejecutivo realizan su propaganda en las unidades de tierra. Los efectos son rápidos: del 7 al 10 de abril, en Minsk, los delegados del frente oeste proclaman casi por unanimidad (810 contra ocho) su deseo de paz y de confraternización. Comandante del frente sudoeste, el general Brussilov fracasa en su tentativa de formar unos batallones de choque. Por instigación de Linde Rosenblaum, en Petrogrado, unos 30.000 soldados de los regimientos de Finlandia, moscovita, Pavlovski, marineros y obreros de Vyborg intentan manifestarse en la plaza del Palacio Maria; el general Kornylov, jefe del distrito, consigue disuadirles de su propósito; a una nueva demostración, el 21 de abril, replica una contramanifestación patriótica; se intercambian disparos entre cadetes (junkers) y bolcheviques; simple escaramuza destinada a calcular la resistencia gubernamental; el comité ejecutivo retiene a sus tropas y el orden queda aparentemente restablecido. Pero, a favor de aquellas jornadas, el Comité ejecutivo ha aceptado la participación, por 41 votos contra 18, el 1 de mayo, y el gabinete se reajusta a fin de que los socialistas puedan tener en él seis carteras, de un total de 15. El joven y rico ingeniero Terechtchenko, amigo de sir George Buchanan, reemplaza a Miliukov en los Asuntos Exteriores, Kerenski se hace cargo de la Guerra, Tchernov de la Agricultura, Tseretelli de las Obras Públicas y Skobelev del Trabajo. El general Kornylov es alejado de la capital (5 de mayo). Aunque se trata todavía de socialistas moderados, aquello, para los rojos, significa un primer paso hacia el poder.

Trotsky vuelve a entrar en escena

La llegada de Trotsky a Petrogrado, aquel mismo día, fortalecerá singularmente la acción de Lenin y la propaganda extremista. Aquel veterano de la revolución de 1905 ha seguido, desde septiembre de 1912, las hostilidades en los Balcanes como corresponsal de guerra de la «Kievskaia Mysl». Ha extraído de ello un embrión de experiencia militar y ha entablado amistad con un rico búlgaro, el judío Christian G. Rakovsky, comanditario y organizador en 1913 del partido socialista rumano. Al declararse la guerra, Trotsky ha regresado a Zurich, desde donde ha marchado a París, el 19 de noviembre de 1914, siempre por cuenta de su periódico. Allí se ha hecho cargo del «Goloss», que ha transformado en diario extremista para consumo de los emigrados, el «Nache Slovo» (Nuestra Palabra), pero, habiendo provocado en Tolón un motín en la tripulación del crucero *Askold* y, en Marsella, unos incidentes en el curso de los cuales un coronel ha sido muerto a pedradas, ha sido expulsado de Francia en septiembre de 1916, y poco después de España, el 9 de noviembre. Desde este último país se ha dirigido a los

Estados Unidos, donde se ha reunido con Jacob Schiff, los redactores del periódico socialista judío «Forward» y los del «Novyi Mir», Bukharin, Colodarsky y Tchudonovski, y ha reclutado a un equipo de agitadores, cuidadosamente escogidos.

Todo aquel personal ha embarcado, el 27 de marzo de 1917, en el buque noruego «Christiania Fjord» y ha navegado en primer lugar hacia el Canadá. Entonces se produce un desagradable contratiempo. A pesar de que el propio Kerenski ha solicitado del gobierno británico que autorice el regreso del jefe revolucionario, el «Intelligence Service» (alertado por sir George Buchanan, que teme el fortalecimiento de la propaganda derrotista en Rusia) localiza a nuestros personajes en Halifax (Nueva Escocia) el 3 de abril (Trotsky, Tchudonovsky, Melnitchansky, Mukhin, Fichelev, Romantchenco, etcétera), les obliga a desembarcar, les recluye en el campo de Amshert, en compañía de 500 marineros alemanes sobre un total de 800 internados, y sólo les suelta al cabo de cuatro semanas, el 29 de abril (después de la caída de Miliukov), por la intervención del coronel Mandel-House y la de sir William Wiseman, futuro socio, en nombre de la poderosa banca Kuhn-Loeb, que amenaza con cortar sus créditos a los Aliados. Los Jerome H. Hanauer, los Guggenheim, los Max Breitung, que desde febrero de 1916 preparaban la revolución en Rusia (Informe de los Servicios Secretos norteamericanos, párrafo I), y sobre todo Jacob Schiff que, según su nieto, Mortimer Schiff, dedicará personalmente casi 20 millones de dólares a aquella obra (opinión recogida por Ch. Knickerbocker en el «New-York American Journal» del 3 de febrero de 1949), ¿podían tolerar que se osara detener a sus agentes? Debido a aquellos incidentes, Trotsky no llegó a Rusia hasta el 5 de mayo.

En cuanto a los fondos, seguirán un camino análogo al utilizado por Lenin: la banca Max Warburg de Hamburgo (Felix Warburg es el yerno de Jacob Schiff, con cuya cuñada se ha casado Paul Warburg; los dos hermanos son socios de la banca Kuhn), la banca Olaf Aschberg y la Nye Banken de Estocolmo, e intermediarios más modestos a la llegada. Dos documentos, oficialmente publicados por los Estados Unidos (como los citados anteriormente) dan fe de ello: el número 9 (t. I, págs. 375 y 376), despacho de J. Furstenberg a Raphael Scholnicken de Haparanda, anunciando la apertura de una cuenta en casa del Warburg alemán, y el envío de armas de Loulea y Vardoe a la oficina de Essen and Son (de acuerdo con el sindicato carbonífero óestfalo-renano del barón Kirdorf y Jivotovski (cuya hija se casará con Trotsky), y el número 10, del mismo origen, indicando que «la petición de Trotsky ha sido atendida». Este último despacho es del 2 de octubre de 1917. Jacob Schiff ha esperado, para alimentar directamente a Trotsky, a que éste se haya acercado definitivamente a Lenin, después del fracaso del motín del 4 de julio de 1917 (8).

---

(8) En reembolso (según el general Gulevitch y Bakhmetiev, último embajador ruso en Washington, desde 1918 a 1922), el gobierno bolchevique transferirá 600 millones de rublos en oro a la Banca Kuhn-Loeb.

La insurrección bolchevique, aplastada al principio

El envío de aquel oportuno maná permite a los bolcheviques intensificar su propaganda («Sin dinero no hay sermón», decía Cromwell). En Petrogrado, donde el número de parados, estacionario en 9.000 desde marzo, se elevará a 38.000 en junio y a 48.000 en julio, en tanto que el Comité ejecutivo prepara la nacionalización de la industria (16 de mayo), el sastre judío Volodarsky, uno de los peregrinos de América, «trabaja» a los 40.000 obreros de las fábricas Putilov y en un par de meses les inclina a favor de su partido. En junio, de un total de 421 delegados en los comités de fábrica, 335 siguen las consignas de Lenin. Aquellos comités organizan una milicia roja, que efectúa registros, requisas y detenciones ilegales, y suplanta a la administración en los asuntos de abastecimiento desde mayo; los distritos de Vyborg, Vassilievsky, Ostrov y Narva se encuentran bajo su control. En Cronstadt, el 13 de mayo, el Soviet sustituye a los funcionarios legítimos y decreta la detención de 80 oficiales, que Trotsky pondrá en libertad el 27. En las zonas rurales, la agitación se convierte en pillaje. En vano, el Congreso panruso de los campesinos, reunido en Petrogrado a principios de mayo, ha reclamado la nacionalización de las tierras, como Lenin le ha pedido el 20 de mayo, a la vez que la prohibición de las tomas de posesión ilegales hasta la convocatoria de la Asamblea nacional, prevista en principio para el 30 de septiembre. Los mujiks tratan de expulsar a los propietarios por medio de compras simbólicas, y los agricultores libres resisten como pueden a la expoliación con que les amenazan los «misioneros» bolcheviques (entre los cuales figuran marinos de Cronstadt), los soviets de jornaleros agrícolas establecidos en los países bálticos y en otras partes y los comités agrarios preconizados por Lenin «en favor de los campesinos más pobres». Inaugurando el sistema, Kaligaiev, futuro comisario del Pueblo para la agricultura, procede ya a reajustes y a transferencias de tierras en el gobierno de Kazan. En el ejército, ante el anuncio de una próxima ofensiva (que será desencadenada el 16 de junio en el frente sudoeste, y del 7 al 9 de julio en los otros frentes) y del restablecimiento de las penas disciplinarias, los casos de insurrección se multiplican: el 1.er regimiento de ametralladoras (aumentado hasta 10.000 hombres), especialmente «calentado» por otro dirigente judío americano, Bleichmann, se niega a trasladarse a Oranienbaum y a salir para el frente el 21 de junio, y, el 2 de julio, en presencia de Trotsky y de Lunatcharsky, dos divisiones siberianas, contaminadas, tienen que ser disueltas; se producen motines en el V ejército, en el que 37 oficiales y 12.725 soldados son encartados por indisciplina. En Cronstadt y en Helsingfors, Antonov-Ovseenko (veterano de 1906, refugiado en París con Trotsky) predica la revuelta a los marinos del Báltico.

En todas partes, los comunistas se esfuerzan por imponerse en los Soviets: en Moscú, el 1 de junio, los delegados bolcheviques son 206, contra 172 mencheviques y 110 socialistas-revolucionarios. Aunque son mayoría en Vyborg (37 contra 22 mencheviques y socialistas-revolucionarios y cuatro K. D.), en conjunto las elecciones para las Dumas municipales son más bien favorables a los moderados y, en el primer Congreso panruso de los Soviets, reunido en Petrogrado del 3 al 22 de junio, sólo figuran en tercera posición (de un total de 777 delegados: 285 socialistas-revolucionarios, 248 mencheviques y únicamente 105 bolcheviques).

Por su parte, la contrarrevolución trata de organizarse. El 1 de julio debe celebrarse un congreso panruso de los propietarios rurales. La Unión de las tropas cosacas celebra el suyo hacia el 10 de junio. La Unión de los Oficiales, que agrupa 100.000 miembros, tiene su sede en el Cuartel General, en Mohilev. El gobierno se esfuerza en tener a manos tropas leales y en alejar a las otras. Entre los extremistas reina tal agitación, que el choque parece inevitable. Es evitado por muy poco el 10 de junio, cuando una «jornada» destinada a intimidar al Congreso de los Soviets, que celebrará sus sesiones hasta el 24, reclamada y preparada por el subteniente Semachko, de ametralladoras, Smilga (del comité militar) y el obrero Rakhia, es desautorizada por el Comité central bolchevique y transformada, el 18 de acuerdo con el Congreso, en una manifestación monstruo de 400.000 a 500.000 personas, en la que las consignas comunistas —«¡Todo el poder a los Soviets!»— dominan hasta tal punto que al día siguiente se organiza una contramanifestación patriótica como réplica. Aquel mismo 11 de junio, Tseretelli reclama el desarme de los bolcheviques. Pero un choque mucho más violento se produce los días 4 y 5 de julio. Pasando por encima de las advertencias de Nevski (del Comité militar), que trata de retenerles, Bleichmann y Semachko montan unas ametralladoras sobre unos camiones, el 3, excitan a los obreros de Putilov e inducen el 4 a los ametralladores, engrosados con el regimiento moscovita y otras siete unidades (granaderos, Pavlovski, etc.) a manifestarse delante del hotelito de la Kschesinskaia y el Palacio de Tauride, donde el Comité central ejecutivo del Soviet (llamado por 276 votos a asumir el poder, pero deseoso de esperar el fracaso de la ofensiva para actuar), retenido por Tcheidze, Dan y Abramovitch, vacila en apoyarles. Una multitud de 500.000 personas desfila por la Perspectiva Nevski, provocando algarada y tiroteos (29 muertos y 11 heridos, casi a partes iguales entre los dos bandos). En la mañana del 5, mientras Volodarski (del Comité de Petrogrado), Podvoisky y Nevsky (del Comité Militar) tratan de canalizar el motín hacia una demostración pacífica, Trotsky libera a Tchernov y Zinoviev a Tseretelli, de las manos de los obreros de Putilov desencadenados, los extremistas vuelven a amotinar, Raskolnikov a 10.000 hombres de Cronstadt (recibidos por Sverdlov y Lunatcharsky), y Levinson y Medvedev al 17.° regimiento de infantería de Tsarskoie-Selo. Desde los tejados disparan contra ellos. En la Perspectiva Liteiny se produce una colisión con los cosacos: siete muertos y 19 heridos del lado de las fuerzas del orden; seis y 20 entre los amotinados. La noche cubre escaramuzas, saqueos, exacciones contra los judíos; los Junkers realizan varios golpes de mano. Viendo fallido el asunto, el Comité central da la orden de repliegue. A las cuatro de la mañana, Dan recibe los contingentes leales llamados por el gobierno (Preobrajensky, Semenovsky e Ismailovsky, cuya intervención decisiva había permitido la detención de Trotsky, el 3 de diciembre de 1905) y, el 6 de julio, refuerzos del frente: dos divisiones, regimientos de caballería y de los Cosacos del Don. Ultimo reducto de la insurrección, el hotelito de la Kschesinskaia (sede del Comité central, del Comité de Petrogrado y del Comité militar), aunque defendido por las ametralladoras y los autos blindados, se rinde el 7 por la mañana, así como la fortaleza Pedro y Pablo, en la que se ha refugiado la marinería. En Moscú, en respuesta al llamamiento de Bubnov, un solo regimiento, el Davidovsky, ha tomado las armas, e Ivanovo-Voznessensk ha asistido a un desfile de 40.000 manifestantes. En resumen, el asunto no ha tenido eco en provincias.

Kerenski la salva

Habitualmente, en política, ese tipo de fracaso no perdona. Desilusionado, Lenin declara: «Ahora, nos fusilarán a todos». Las jornadas de julio, ¿acabarán con el partido bolchevique, le condenarán a la suerte de la Comuna de París? La sincronización entre el movimiento insurreccional y el fracaso de la ofensiva no ha dejado de impresionar a los espíritus. Ha hecho planear graves sospechas sobre los bolcheviques y ha retenido al lado del gobierno a los regimientos neutrales. El 6 de julio, en efecto, los alemanes han roto el frente sudoeste en Tarnopol. La reacción es muy intensa. El 5, la imprenta de la «Pravda» ha sido arrasada. Pero Kerenski está allí para cerrarle el camino a aquella reacción. De regreso del frente el 6 por la noche, aprovecha la dimisión del príncipe Lvov, privado del apoyo de los cuatro ministros K. D., que se han retirado el 2 de julio para protestar contra el reconocimiento de la «Rada», la asamblea autónoma de Ucrania, para formar bajo su presidencia un gobierno con predominio socialista (18 de julio). Más aún, frena los procedimientos entablados por Tseretelli y Pereversev, nuevos ministros, mencheviques, del Interior y de Justicia, que lanzan el 19 unos mandatos de detención contra los dirigentes bolcheviques. Gracias a la complicidad de Tcheidze, Stalin consigue incluso que se prohibía a los periódicos la difusión de las acusaciones formuladas contra Lenin por el ex extremista Alexinski. Sin embargo, un periódico de segunda fila, el «Jivoie Slovo» (La Palabra Viviente) las publica. El escándalo es mayúsculo. Resulta que Ermolenko, agente del contraespionaje ruso enviado a Alemania como prisionero el 25 de abril, ha denunciado a Lenin como agente alemán en un informe que ha sido comunicado el 16 de mayo por el general Denikin a Kerenski, y que, por otra parte, Burnstein ha revelado los acuerdos establecidos en Estocolmo por el socialdemócrata «Parvus» (Helphand), judío alemán de origen ruso, con los intermediarios polacos de Lenin, Ganetzki y el abogado Koslovski. Lenin se oculta, con Stalin, en casa del futuro suegro de Sverdlov, Alliliouev, escapa de Petrogrado el 7, y cruza con Zinoviev la frontera finlandesa (11-12 de agosto). A finales de aquel mismo mes se encuentra en Helsingfors, donde da los últimos toques a su obra «El Estado y la Revolución» (septiembre), básicamente destinada a expurgar la mente de los socialistas moderados del esquema marxista clásico, a enseñarles que no hay que esperar que en Rusia se desarrolle normalmente la fase burguesa, sino que conviene precipitar las cosas e instaurar inmediatamente la dictadura del proletariado. Menos afortunados que él, sus colegas Trostky, Lunatcharsky e incluso Krilenko, en el frente, son detenidos. De los jefes del movimiento, el único que sigue en su puesto es Stalin.

El desastre del partido comunista induce a los moderados a reaccionar. Los generales conferencian entre ellos. En nombre suyo, Kornilov, que el 21 será nombrado generalísimo, presenta sus reclamaciones al gobierno (16 de julio). Ante aquella creciente oposición, Kerenski manifiesta su intención de dimitir (23-24 de julio). Finalmente, reajusta su gabinete, confiere a su ministro del Interior la facultad de suprimir los periódicos, de prohibir las reuniones, de efectuar detenciones preventivas, y permite a Boris Savinkov, ministro de la Guerra, que restablezca los consejos de guerra y la pena de muerte. El 6 de agosto, la Unión de los Cosacos, la Unión de los Oficiales,

los Caballeros de San Jorge y la conferencia de la Derecha deciden apoyar a Kornilov. La Iglesia ortodoxa celebra un largo concilio. El gobierno aplaza hasta el 28 de septiembre la convocatoria de la Asamblea nacional y entretanto reúne en conferencia de Estado en Moscú, del 13 al 15 de agosto, unos Estados-generales en los que participan 2.500 representantes de las fuerzas vivas del país, los cuales son arengados por los generales Kornilov, Alexeiev y Kaledin. Los sindicatos replican, el 12 de agosto, con una huelga, seguida en Petrogrado por 400.000 trabajadores, que no tarda en extenderse a Kiev, Kostroma y Tsarytsine.

Poco después llega la noticia de la ocupación de Riga por los alemanes (21 de agosto). El ejército, desintegrado, ya no quiere luchar, el frente se ha derrumbado. Savinkov, ministro de la Guerra, pide la proclamación del estado de sitio, el fortalecimiento de la disciplina y el envío de un cuerpo de caballería de refuerzo. Kornilov, que ha concentrado desde primeros de mes, con el III Cuerpo, la división «salvaje» caucasiana y una división de Cosacos, ordena al general Krymov que haga converger hacia la capital tres grandes unidades por el norte y otra por el sur. Entonces empieza, en la cumbre, un embrollo fatal. El 25 de agosto, Kerenski, histrión sin personalidad, de elocuencia histérica, hace detener al príncipe Lvov, que acaba de advertirle que el general Kornilov reclamaba la dictadura. Al día siguiente, los ministros K. D. se retiran del gabinete. Kerenski, el 27, encarga a Savinkov, el mismo que hasta cierto punto lo ha provocado, que evite el «putsch» y obliga a Kornilov a abandonar su mando. Aquel intrépito cosaco del Turquestán, tan valiente como desprovisto de iniciativa y de cualidades de estratega, enfermo de malaria, permanece sin reaccionar en su cuartel general de Mohilev. Sus tropas se han desvanecido. La división «salvaje» de Bagration se ha dejado adoctrinar por unos musulmanes. Otra se encuentra en Louga el 28, bloqueada por la guarnición y por el Vikjel (sindicato de los ferroviarios), que se las ha arreglado para dispersar en todas direcciones a los trenes de tropas. Preocupados por las consecuencias de aquella aventura, sir George Buchanan y Miliukov proponen su mediación, sugieren el nombre del general Alexeiv a fin de restablecer la autoridad del gobierno. Kerenski le acepta como jefe de Estado Mayor, pero se proclama a sí mismo «generalísimo». Por desgracia, las decisiones que adopta son improcedentes y contradictorias: el 28, confía la guardia del Palacio de Invierno a unos marinos de los más rojos; rechaza por la noche la colaboración del Comité ejecutivo de los Soviets, reforzado la víspera con bolcheviques, pero hace llamar a los marineros de Cronstadt, que llegan el 29, tras haber fusilado a su paso por Vyborg al general comandante del distrito y a varios oficiales de marina, y se entregan inmediatamente a sangrientas represalias; detiene a los lugartenientes de Kornilov (el general Krymov se suicida), al tiempo que solicita el apoyo de sus partidarios contra los bolcheviques, etc. Aislado, desbordado, desamparado, ha servido en bandeja el régimen a los comunistas.

Reorganizados, los bolcheviques ganan por sorpresa

Temporalmente perseguidos, acosados, neutralizados, los bolcheviques han aprovechado inmediatamente la inesperada oportunidad ofrecida por la división y la indecisión de sus adversarios. Su organización militar posee

ahora en la capital —a las órdenes de los judíos Sverdlov y Dzerjinski— 40.000 guardias rojos armados de fusiles, de 30.000 revólveres, provistos de 100 cañones fabricados en las industrias Putilov. La aventura de Kornilov parece haber borrado de las mentes la «traición» de Lenin. Marchan viento en popa y aumentan su influencia en todas partes: en Petrogrado, donde obtienen casi la tercera parte de los votos en las elecciones para la Duma municipal (20 de agosto) y en los Soviets; en Cronstadt, naturalmente; en Kiev, donde 161 consejeros contra 35 votan sus mociones; en Ivanovo-Voznessensk, donde consiguen la mayoría; en Helsingfors, en Finlandia, donde domina Scheinmann, futuro director del Banco de Estado (30 de agosto); en el Ural (Tsarytsine al frente), donde el 18 de agosto 66 de los suyos ocupan escaños en presencia de 40 socialistas-revolucionarios y de 23 mencheviques, en el congreso regional (y donde se inicia ya la bolchevización en la economía); en Petrogrado, disponen de 279 votos contra 115, el 1 de septiembre. Tseretelli y Tcheidze, puestos en minoría el 9 por 519 votos contra 414, se retiran, cediendo el puesto a Trotsky, rodeado, el 25, de 13 bolcheviques, seis socialistas-revolucionarios y tres mencheviques. Lo mismo ocurre en Moscú (355 contra 254) el 5 de septiembre; en Krasnoiarsk, Siberia; en Kiev (130 contra 66), el 8 de septiembre. ¿Lograrán, pues, conquistar el poder pacíficamente, o incluso, en caso necesario, por medio de un acuerdo con los conciliadores? Estos tratan de oponer a los Soviets una Conferencia democrática de los Zemstvos y de los cooperadores (20 millones de miembros), que reúne, el 14 de septiembre, a 1.775 delegados, entre los cuales sólo hay 150 bolcheviques. Pero sus resoluciones son contradictorias: un día, 766 votos contra 688 se expresan por la coalición; al día siguiente, 595 contra 493 se oponen a la participación de los K. D. Veinticuatro horas más tarde, Tseretelli reúne 129 contra 106. Liberado el 4 de septiembre. Trotsky opina que hay que boicotear aquellas sesiones (20 de septiembre); Lenin también, el 23, aunque por un momento, a finales de agosto, se inclinara a prestarse a aquella táctica, ahora superada por los acontecimientos.

Sin embargo, los efectivos del partido bolchevique son aún muy modestos: 176.000 miembros a finales de julio, 240.000 en octubre. Pero su estado mayor se ha reforzado. Dominado ahora por Lenin, su VI Congreso, llamado de unificación (26 de julio-6 de agosto), ha admitido a Trotsky (con Joffé, Uritsky y Sokolnikov) en el Comité central, junto a Sverdlov, Bukharin, Kamenev, Zinoviev, Stalin, Rykov, Smilga, Dzerjinski, Berzin, Noguin, Miliutin, Lernov, la Kollontai, Artens, etc. Son los jefes, que preparan febrilmente la segunda fase de la revolución, la conquista del poder. Gracias a los fondos de Jacob Schiff, su propaganda se desarrolla en las zonas rurales, contra los 30.000 terratenientes que poseen 70 millones de deciatinas, contra los 600.000 kulaks que explotan hasta 50 deciatinas, contra los cooperadores. Desde abril de 1917 hasta enero de 1918, 1.395 agitadores obreros de Petrogrado y de Moscú, en su mayor parte, recorren las zonas rurales, eficazmente secundados, y desbordados, por un tropel de desertores, que tienen mucha prisa en servirse por sí mismos. Unicamente las provincias balcánicas han organizado soviets de jornaleros agrícolas. Pero en la Gran Rusia, en la cuenca del Volga, en la región de las estepas, en Transcaucasia, en Siberia, las exacciones se multiplican en septiembre y en octubre: se roba, se destruye, se quema.

Las «nacionalidades» se agitan. ¿No agrupa acaso el Imperio, alrededor de 70 millones de rusos, a 90 millones de alógenos? Los judíos han obtenido inmediatamente de Kerenski, el 4 de abril de 1917, la igualdad absoluta de derechos, y son prácticamente dueños de todos los movimientos revolucionarios. Pero los otros refunfuñan y manifiestan tendencias separatistas. La «Seim», la Dieta finlandesa, ha entrado en conflicto con los socialdemócratas; obligará a Kerenski, el 23 de octubre, a reconocer su autonomía (salvo en lo que respecta a la Defensa Nacional y a los Asuntos Exteriores). En Ucrania, región de civilización más antigua y socialmente más evolucionada, la «Rada», o Asamblea Nacional, ha reunido en junio un congreso de soldados y resistirá el 19 de octubre a las admoniciones del gobierno central. Los musulmanes de las regiones colonizadas, reunidos también en Moscú a finales de junio, esperan la asamblea constituyente para presentar sus reivindicaciones. En manos del débil Kerenski, el Imperio amenaza con desintegrarse.

El gabinete, reajustado el 25 de septiembre, sólo incluye ahora a seis ministros burgueses (entre otros, Terechtchenco, azucarero de Kiev, Smirnov, del Comité de las Industrias de Guerra, Tritiakov, de la Bolsa de Moscú, y Konovalov, comanditario en Korny), contra diez socialistas moderados. En espera de que tengan lugar las elecciones para la asamblea constituyente, cuya convocatoria ha sido aplazada, no dispone de otro apoyo político que el de la Conferencia «democrática», que ha reunido 1.400 delegados, por iniciativa del Soviet, del 14 al 20 de septiembre, llamados a elegir un Consejo, el cual ha designado por su parte, el 23 de septiembre, un Consejo provicional de la República, o «Preparlamento», que abre sus sesiones en el Palacio María, el 7 de octubre: 120 socialistas revolucionarios, 60 mencheviques y 156 moderados (en su mayoría cooperadores), enfrentados a 66 bolcheviques... Reducidos a la impotencia en aquel recinto, estos últimos, encabezados por Trotsky, abandonan la sala.

Sus triunfos están en otra parte. En el momento en que se acerca la prueba de fuerza, el gobierno sólo cuenta, para defender la capital, con unos 6.000 Junkers (cadetes-alumnos-oficiales), tres regimientos de cosacos, una división de autos blindados y un batallón motorizado. Roído por la indisciplina, entregado a la confraternización, reducido por las deserciones, el ejército sólo aspira a la paz. La última gira de Eugenia Bosch por el frente ha sido fructífera: el V ejército, el más coherente, se ha unido a los bolcheviques, lo mismo que 23 regimientos siberianos y letones del XII, lo mismo que las tripulaciones del Báltico (8 de septiembre) y las del Mar Negro, (11 de septiembre). Considerando que ha llegado el momento de actuar. Lenin, en su refugio finlandés, se impacienta, bombardea con cartas al Comité central (15 de septiembre) y con instrucciones a Smilga (27 de septiembre), escribe el 29 en la «Pravda» que «la crisis está madura», regresa el 3 de octubre, se oculta en Vyborg y convoca el 11, en casa de Mme. Soukhanov, una reunión del Comité central en la que, contra la opinión de Zinoviev y de Kamenev, se decide la preparación de la insurrección. «¡Contemporizar equivale a morir!», le ha hecho decir al congreso regional de los Soviets del norte. «¡Todo el poder para los Soviets!», reclaman a su vez los congresos de Kiev, de Siberia, el 15, de Minsk, el 16, de Petrogrado, el 18, del Ural y de los comités de fábricas, el 19, de Ivanovo-Voznessensk, el 20. El 24, Lenin

da la señal: «¡Es preciso, a toda costa, detener al gobierno esta tarde, esta noche!».

El Estado Mayor de cinco miembros del Centro militar —Sverdlov, Stalin, Bubnov, Uritsky y Dzerjinsky— está en su puesto. Secundado más particularmente por Sverdlov, Podvoiski, Antonov-Ovseenko y Nevsky, Trotsky, jefe del comité revolucionario militar, flanqueado por el estudiante Prznansky y por el marinero Markin, procede a los últimos preparativos, gana para su causa al regimiento Seminovsky, crea un Comité de Defensa, encargado de oponerse al envío al frente de las tropas de la capital trabajadas por sus agitadores (9 de octubre), y una Conferencia permanente de la guarnición, cuyos delegados, reunidos el 18, se declaran dispuestos a colaborar (a excepción de los representantes de los Junkers, del 9.º de caballería, de los autos blindados y de la fortaleza de Pedro y Pablo). Se distribuyen armas ligeras a los guardias rojos (una fábrica ha suministrado 5.000) y los 100.000 fusiles del Arsenal son colocados bajo una severa vigilancia. Lenin y Stalin, que han hecho aplazar del 20 al 25 de octubre la reunión del Congreso de los Soviets, se reúnen en el Instituto Smolny, cuartel general de los bolcheviques, con Trotsky y Sverdlov, que dirigen las operaciones con la ayuda de la radio del crucero «Aurora», fondeado en el Neva. Engañado por falsas alarmas, en la noche del 16 al 17, y luego en la del 20 al 21, el gobierno ha relajado un poco su vigilancia; se limita a perseguir al Comité militar, en la noche del 23 al 24, busca a Lenin en Vyborg, efectúa un registro en la redacción de «Pravda», procura proteger las estaciones y cortar los puentes giratorios, sobre el río.

En la noche del 24 al 25 de octubre se desencadena la insurrección: a las dos de la madrugada, con bastante desorden, unos pequeños destacamentos ocupan las estaciones, la central eléctrica, Correos, el Banco de Estado, los arsenales. Apenas encuentran resistencia: Junkers e insurgentes se dedican más a observarse que a intercambiar disparos. En el Palacio María el Preparlamento es disuelto. Sede del Gobierno, defendido por Caballeros de San Jorge, Cosacos del Ural, Junkers de artillería y un batallón femenino (un total de 1.500 a 2.000 fusiles), el Palacio de Invierno, rodeado con mucho retraso el 25 a la una de la tarde por los guardias rojos de Podvoisky, de Antonov-Ovseenko y de Tchudnovsky (traído de América por Trotsky), abandonado a las nueve de la noche por algunos Junkers y Cosacos, es invadido alrededor de las dos de la madrugada del 26, tras la esperada intervención de los marinos de Cronstadt. Dieciocho ministros, detenidos, son encerrados en la fortaleza Pedro y Pablo. Kerenski, disfrazado de mujer, se ha escapado en un automóvil de la embajada británica. En Moscú, bajo la dirección vacilante del agrónomo Muralov, de los autos blindados, la sangrienta lucha contra los Junkers atrincherados en el Kremlin y en la Escuela Militar Alexandre se prolongará una semana.

En medio de la descomposición general (el número de desertores del ejército se eleva entonces a dos millones), un simple golpe de Estado insurrecional ha bastado para derrocar al gobierno menchevique. Lenin, con una gran visión, ha conquistado el poder en el momento oportuno. Pero tendrá que mantenerse en él, imponer y luego extender su autoridad. Problema de voluntad y de hipocresía, de flexibilidad y de fuerza, a la medida

de aquel «prestidigitador cínico» (Gorki *dixit*). Consciente de su relativa debilidad, amenazado con un retorno de los Junkers, expulsados de las Escuelas militares por los marinos de Cronstadt, con una contraofensiva de los cosacos del general Krasnov, que han deshecho a los milicianos de Podvoisky en el primer encuentro, apoderándose de Gotchina y marchando sobre Tsarskoie-Selo, y de las tropas que Kerenski se esfuerza en reunir, paralizado por la huelga de los funcionarios, de los bancos (27 de octubre) y por un ultimátum del Vykjel de los ferroviarios (29-30 de octubre), exigiendo la formación de un gobierno democrático, suelta lastre y se entrega a la demagogia más desvergonzada.

«¡La Paz, la Tierra, la Fábrica, la Autonomía!» ¡Palabras!

Desde el 26 de octubre, preside el Consejo de los Comisarios del Pueblo, con Trotsky en los Asuntos Exteriores, Rykov en el Interior, la troika Antonov Ovseenko-Krilenko-Dybenko en la Defensa Nacional, Skvortsov en las Finanzas, Chliapnikov en el Trabajo, Noguin en el Comercio, Lunatcharsky en la Instrucción Pública y Stalin en las Nacionalidades (de un total de 16 comisarios, 11 son intelectuales) y prodiga las seguridades a todo el mundo. El 4 de noviembre, arenga al Congreso de los Sovierts, en el que ahora, de un total de 629 delegados, hay 390 bolcheviques, 80 mencheviques y 159 socialistas-revolucionarios, que designan un comité ejecutivo de 101 miembros, 62 de ellos bolcheviques. Promete *la paz a los soldados*, invitados el 28 de octubre a confraternizar localmente con el enemigo, destituye al generalísimo Dukhonin, que el 3 de noviembre se ha negado a solicitar un armisticio, y le reemplaza por el aspirante Krylenko, que el 9 de noviembre da la orden de alto el fuego, tras lo cual, habiendo aceptado Alemania la apertura de negociaciones, el 19 de noviembre, un primer armisticio, válido desde el 29 de noviembre hasta el 4 de diciembre, es concluido en Brest-Litovsk. *La tierra a los campesinos*, a los que ha autorizado por el decreto del 25 de octubre a apropiarse de las tierras de los «grandes», de los «pomiechtchiki», sin precisar el régimen futuro de aquellos «bienes de la nación», confiscados sin rescate, salvo en lo que respecta a los campesinos pobres y a los cosacos de categoría; de momento, es preferible «dirigir nuestra política agraria en el sentido que desean los campesinos», «tolerar sus ilusiones de pequeño propietario al mujik, cubrirse con una piel de oveja para mejor devorar al rebaño; simular que se adopta, el 14 de noviembre, el programa de los socialistas-revolucionarios de izquierda, que cuentan —110 delegados de un total de 160, frente a 60 bolcheviques— con la mayoría en el Congreso de los Campesinos reunidos el 10 de noviembre y, de acuerdo con el viejo Natanson y el joven Karelin, admitir a 108 representantes de los campesinos en el seno del Comité ejecutivo de los Soviets, aumentado así a 209 miembros. *La fábrica a los obreros*, que el 1 de noviembre han obtenido el derecho a controlar la gestión de las empresas. Y *el derecho a disponer de sí mismos a los alógenos* de las «nacionalidades», oficialmente reconocido el 2 de noviembre. En lo que respecta a los judíos, que forman los cuadros del nuevo régimen, en la proporción del 80 al 90 %, se disponen incluso a disponer de los demás.

Aquella concesiones provisionalmente necesarias —polvos en los ojos y propaganda— no comprometen a nada. En cambio, en el terreno político

que priva sobre el resto, Lenin, dictador por temperamento, no transige. En el Comité ejecutivo de los Soviets, seguro del apoyo de nueve miembros del Comité central, conmina a los eternos vacilantes (Kamenev, presidente del Comité ejecutivo central, Zinoviev, que dirige la «Pravda», Rykov, Miliutin y Noguin) para que cesen su coqueteo con el menchevique Tchernov, y su maniobra con vistas a la formación de gobierno «democrático» (2-3 de noviembre), obligándoles a dimitir del Comité central. Dada la coyuntura, ya que sólo ha ganado por dos votos (25 contra 23), tiene que tolerar, e incluso hacer ver que reclama, la convocatoria de la Asamblea constituyente. Pero, ante el resultado desfavorable de las elecciones que se desarrollan del 12 al 14 de noviembre (los socialistas-revolucionarios han obtenido 20 millones de votos de un total de 36, y los bolcheviques solamente 9,5), considera prudente aplazar la convocatoria, del 28 de noviembre de 1917 al 5 de enero de 1918, y apoyado en el Comité ejecutivo de los Soviets, el 1 de diciembre, por 150 votos contra los 98 de Steinberg y sus amigos, se libra de la asamblea con un nuevo golpe de Estado. Apenas la Constituyente ha tenido tiempo de elegir a Tchernov como presidente (por 244 votos contra 151), y de rechazar por 237 votos contra 146 la «Declaración de los Derechos» presentada por Lenin cuando, el 6 de enero, al amanecer, Jelynyakov y sus marineros, punta de lanza de la revolución, dispersan sin miramiento a los diputados y, más tarde, con la ayuda de los guardias rojos, reciben a tiros a los socialistas-revolucionarios y otros reaccionarios que se atreven a manifestar su desaprobación. Obedeciendo a la voluntad popular así expresada claramente, el Consejo de los Comisarios del Pueblo se apresura a disolver la Asamblea y a expulsar del mismo modo a los delegados del Congreso Campesino, el 10 de enero. En lo inmediato, aquel acto de autoridad vale a los bolcheviques ganar 163 escaños contra 125 de sus adversarios en el seno del nuevo Comité ejecutivo elegido por el III Congreso de los Soviets. Les vale también algunos disgustos entre ellos atentados, y dos años de la más sangrienta de las guerras civiles.

Hundimiento militar

En efecto, en todos los terrenos surgen obstáculos. La paz se demora. No todos los revolucionarios están dispuestos a pagarla a cualquier precio. Existen todavía, detrás de Bukharin y de los comités de Moscú y de Petrogrado, partidarios de la guerra revolucionaria girondina, que exclaman: «¡Abajo la sucia paz!» En la conferencia del 8 de enero, sólo 15 votos de un total de 63 se pronuncian por Lenin. Doctor de la revolución permanente, en el tiempo y en el espacio, Trotsky, convencido de que «o la revolución rusa desencadenará un movimiento revolucionario en Europa, o las potencias occidentales aplastarán la revolución rusa», oponiéndose a Stalin, que no cree en ello, alimenta la ilusión de próximos disturbios en Alemania. En espera de que se produzcan, conviene ganar tiempo; por nueve votos contra siete, el Comité central ratifica su consigna: «Detener la guerra, no firmar la paz». Encargada de aplicarla personalmente, a su llegada a Brest-Litovsk, el 30 de diciembre, endurece la actitud de la delegación soviética, hasta entonces dirigida por su cuñado Kamenev, Prokovsky y, sobre todo Noel Joffé, prohíbe a sus miembros aquellas promiscuidades de bar y de restaurante más propicias que el tapete verde a las confidencias y a los compromisos con

el adversario; resiste a las pretensiones germanas y declara, el 10 de febrero, que no puede suscribirlas. Los jefes de la delegación de Berlín, el subsecretario de Estado von Kuhlmann y el general Hoffmann, se impacientan, rompen las negociaciones y tratan separadamente con Ucrania, el 9 de febrero.

Las hostilidades se reanudan el 15. El ejército alemán, que había roto el frente ruso en Smorgoni y alcanzado Smolensko en octubre, ataca esta vez en todas las direcciones, ocupa al norte Dvinsk en Letonia, la capital, Reval, y Narva en Estonia, avanza hasta 150 quilómetros de Petrogrado, cortando la vía férrea hacia Moscú, penetra en Pskov, y en el centro, en Minsk, capital de la Rusia blanca, en tanto que al sur entra en Kiev, capital de Ucrania, donde es acogido como libertador. ¿Qué ayuda pueden ofrecer los Aliados a Trotsky que, al recibir al nuevo embajador francés, Noulens, el 5 de diciembre, tuvo el descaro de prohibir a las misiones francesas el acceso al interior del país, y que ahora solicita el apoyo del conde de Lubersac y del capitán Sadoul, comunista? No hay más remedio que aceptar las exigencias alemanas, reconocer la independencia de Polonia, de Lituania (un segundo tratado consagrará, el 23 de agosto, la independencia de Ucrania, de los países bálticos, de Finlandia —liberada por los generales Mannerheim y von der Goltz, vencedores en Tavastehus, el 20 de abril— y la de Georgia), devolver Kars y Batum a Turquía y prometer entregar una indemnización de 6.000 millones de rublos-oro. El Comité central en primer lugar (por siete votos a Lenin, contra cuatro a Bukharin y cuatro abstenciones), y el Comité ejecutivo a continuación (por 116 votos a Lenin, 85 a Isaac Steinberg y 26 abstenciones), se resignan a capitular. Con la cabeza baja, el 1 de marzo, los plenipotenciarios soviéticos reaparecen en Brest-Litovsk, y dos días más tarde, el 3 de marzo, Tchitcherin (un antiguo colaborador del «Nache Slovo», liberado de los presidios británicos) firma la «vergonzosa paz», que el Reichstag ratifica el 8 de marzo. Trotsky ha abandonado su cartera. En medio de la anarquía general, el Consejo de los Comisarios del «Sovnarkom», huyendo de la amenaza alemana, se refugia los días 10-12 de marzo al abrigo de las murallas del Kremlin.

Dictadura y terror

Derrota y desorden engendran dictadura y terror. «Una autocracia de salvajes», dirá Gorki. Ya que numerosos revolucionarios, a ejemplo de Kautsky, Bebel y Rosa Luxemburgo, en Alemania, censuran la expulsión del Parlamento y del Congreso de los Campesinos; la abolición de la libertad de prensa (en mayo), del derecho de reunión, del sufragio universal; la exclusión de los Soviets de los partidos llamados «antisoviéticos», en junio; la institución de la Comisión extraordinaria o «Tcheka», a las órdenes del ingeniero polaco Dzerjinski (judío, tres veces deportado, tres veces evadido), el 7 de diciembre de 1917 (instalada en el inmueble de Seguros número 14 de la Gran Luhianka); el decreto del 14 de noviembre de 1917, reduciendo el control obrero de las fábricas a simples cuestiones de higiene y de organización interna, y preparando la nacionalización de las industrias, de las minas y de los bancos, que el Consejo de Economía o «Sovnarkoz» se esforzará en realizar en el curso del año 1918; el decreto de nacionalización

MAPA 4
DERROTA DE RUSIA (1916-17)

Memel
Niemen
Tilsit
X
Kovno
Vilna
Königsberg
Borisov
Molodechno
Minsk
Mogilev
Allenstein
VIII
Augustovo
Grodno
Tannenberg
Bobruisk
Berezina
Baranovichi
Bialystok
Narew
XII
Gomel
Dnieper
Bug
Varsovia
Pripet
Pinsk
Brest-Litovsk
Lodz
IX
Wieprz
3
Radom
Lublin
Kovel
Korostem
Kiev
Warta
Chelm
8
Kielce
Lutsk
Sandomiercz
Rovno
Jitomir
Zamosc
Vistula
I.
Dubno
Berdichev
Cracovia
Tarnow
Jaroslav
Brody
Lemberg
IV
11
Przemysl
Tarnopol
Vinnitsa
VI
Dukla
Borislav
Bug
Stryj
7
Presov
Lubkow
Uzok
III
9
Kamenetz-Podolsk
Verecke
Uzgorod
Khotin
Dniestr
Prut
II
VII
Cernauti
Chust
Tisza
Delatina
Seret
Stipl
Keller
Budapest
Debreczin
Borga
Oradea

Empujes austroalemanes
contraataques rusos

de principio de las tierras, del 19 de febrero de 1918, y sobre todo las exacciones de las brigadas obreras encargadas, previa denuncia de los «comités de pobres», creados el 11 de junio, de practicar la requisa de los productos que excedan de lo necesario para el consumo familiar de los dos millones de ricos kulaks y de los tres millones de agricultores semipudientes, que cultivan la tierra rusa, en competencia con 10 millones de campesinos pobres.

El asesinato de Volodarski por unos socialistas-revolucionarios de derecha, en Petrogrado, en junio, seguido de la detención de rehenes por la Tcheka, ¿no es acaso el preludio de ajustes de cuentas implacables entre revolucionarios? En tanto que los efectivos del partido, que en adelante se llamará «partido comunista», descienden de 400.000 a 300.000, el V Congreso de los Soviets, al que asisten, el 4 de julio de 1918, 673 bolcheviques sobre un total de 1.164 delegados, se ve turbado por violentos incidentes. Verdes de odio, los jefes judíos de la Revolución, verdaderos escapados del Infierno, se insultan, se maldicen y se amenazan de muerte. Contra Trotsky, astuto y diabólico, Dzerjinski, delgado e implacable, Everdlov, de nariz ganchuda, la más desenfrenada es la histérica Spiridonova, reseca de fanatismo. En aquella atmósfera sobrecargada, la primera Constitución de los Soviets, preparada por Sverdlov, es aprobada y promulgada el 10 de julio de 1918 (precedida de una Declaración del Pueblo trabajador, reserva el derecho de sufragio a los obreros, soldados y campesinos, con escrutinio público, de dos grados para los obreros y de tres para los campesinos). Pero, fieles a su tradición terrorista, los socialistas-revolucionarios multiplican los atentados. El 6 de julio, en Moscú, el conde Mirbach, embajador de Alemania, y el 29 de julio, en Kiev, el general von Eichorn, caen bajo las balas de provocadores, en una vana tentativa de reanudar las hostilidades. En el seno de la Tcheka, Alexandrovitch y el marinero Popov, comandante de la milicia, detienen a sus jefes Dzerjinski y su adjunto, el letón Lazys, y atacan el Kremlin, donde no tardan en verse amenazados de bombardeo por unos artilleros leales, mientras el coronel Vatsetys y su brigada letona intervienen a tiempo para liberar a Lenin y a su equipo de comisarios. En las veinticuatro horas que siguen, detenciones y ejecuciones diezman al estado mayor socialista-revolucionario. El turno de los anarquistas, perseguidos ya en abril, llegará un poco más tarde. Detenida momentáneamente, Spiridinova ha sido puesta en libertad. Grave imprudencia: el 30 de agosto, una de sus amigas, judía, Dora Roid-Kaplan, dispara contra Lenin cuando éste sale de una fábrica y le hiere en el cuello y en el antebrazo. La ejecución de cuatro ex ministros del zar, entre ellos Protopopoff, sirve de sacrificio expiatorio. Al día siguiente, Uritsky, comisario del Interior de Petrogrado, es asesinado por otro judío, Leonide Kannegiesser; en represalia, Zinoviev fusila a 512 supuestos «blancos»; caen otros tantos en Cronstadt y un centenar en Moscú.

Reacción de los Azules y de los Blancos: guerra civil

Al terror y a la ley marcial, proclamada el 5 de septiembre, responde la guerra civil. Mientras en Moscú se producen aún levantamientos esporádicos, la resistencia a la opresión de los bolcheviques concentra sus fuerzas en las regiones periféricas del país. Para acabar con ella, Trotsky, nombrado

Comisario de la Guerra el 13 de marzo, organiza el ejército rojo, el ejército «socialista voluntario», creado el 23 de febrero, compuesto al principio de afiliados, obreros, campesinos y desertores, y a partir del 9 de junio de contingentes suministrados por el servicio militar obligatorio, a pesar del gran número de prófugos (especialmente en las provincias centrales de Riazan, Kaluga y Voronej). Para las tareas administrativas y de abastecimiento, descansa en su adjunto el médico militar Slanšky, y no vacila en rodearse de consejeros militares de carrera, tales como el coronel letón Vatsetys, el subteniente de la Guardia Tukhatchevsky e incluso el general Brussilov, que no le niega su colaboración, y en recurrir a los oficiales del antiguo ejército para encuadrar a sus milicianos. En cuanto a él, situado en posición central, se decide a utilizar, para facilitar sus desplazamientos, a partir del 7 de agosto de 1918, un tren blindado que le sirve de Puesto de Mando móvil, enlazado por hilo directo con Moscú, protegido por una unidad de choque, vestida de cuero, dotada de un parque automovilista, de una cisterna de gasolina, con los instructores, el material y las municiones necesarios para reforzar en caso de urgencia la defensa de cualquier punto débil dei inmenso frente de 8.000 kilómetros, en el cual no tarden en combatir 16 ejércitos rojos, cuyos efectivos pasarán de 100.000 a dos y hasta a tres millones de hombres. Veteranos bolcheviques de toda confianza se reparten la dirección de aquellas grandes unidades: Dzerjinski, Piatakov, Smilga, Sokolnikov, Chliapnikov, Vorochilov y Stalin.

Las regiones cosacas han servido a los «blancos» y a los «azules» de primeras zonas de reagrupamiento, en torno al general Kaledin en el Don, a Denikin en Kuban, a Krasnov en el bajo Volga, a Dutov en el Ural. En tanto que los aliados franco-británicos conservan todavía, de julio a octubre de 1918, en el extremo norte, las salidas marítimas de Murmansk y Arkhangelsk, y avanzan hacia Vologda, por instigación de Savinkov, ex ministro de la Guerra de Kerenski, socialistas-revolucionarios y cadetes de la Escuela militar de Iaroslav, al nordeste de Moscú, se hacen matar tratando de tender la mano a los «azules» que, apoyados por las tropas checas formadas en Legiones por Stefanik y el general Janin el 7 de febrero de 1918 en Samara, antes de entrar en Nijini-Novgorod, se han hecho dueños de Simbirsk, el 22 de julio, y de Kazan, en el alto Volga, el 10 de agosto. El 7 de agosto, Trotsky se encuentra en Soiask, delante de la ciudad, donde el V ejército rojo (de 25.000 a 30.000 hombres) está paralizado por la traición. Su tren es bombardeado por unos aviones; para impedir la huida del Estado Mayor de Ivan Smirnov, el marinero Moskin tiene que apoderarse de su vapor en el río; comisario y comandante son pasados por las armas; el ingeniero-piloto Akrachev recibe la misión de crear un embrión de aviación roja. El 28 de agosto, unos furiosos ataques de los «azules» del coronel Kappel logran cortar la vía férrea y sólo son rechazados tras ocho horas de combate. Pero una flotilla de cuatro torpederos consigue abrirse paso. Llegan refuerzos del II ejército del cosaco Azin, y la intervención del I, a las órdenes de Tukhatchevsky, permite a los rojos reconquistar Kazan (aunque demasiado tarde para apoderarse del oro del Banco de Rusia), el 10 de septiembre, y Simbirsk el 12. Durante ese tiempo, en el bajo Volga, Vorochilov, con los 50.000 hombres del X ejército, defiende Tsarytsine contra los ataques del general Krasnov, atamán de los cosacos del Don, que posee unos efectivos equivalentes. Su comisario político, Stalin, afloja las bridas de la Tcheka y se

entrega a tales excesos que Trotsky reclama su destitución (algo que el vengativo georgiano no le perdonará nunca), seguido del traslado de Vorochilov (acusado con Dybenko de dilapidación de material); Chlipianikov toma el mando de aquella unidad. Al nordeste, en el Ural, los partidarios de Blücher enlazan con el III ejército, en Perm, cuya pérdida va a motivar una encuesta, confiada a Stalin y a Dzerkinsky. En siete meses de lucha, después de haber rechazado los primeros asaltos de sus adversarios, los rojos han logrado someter a su control la zona central de Rusia, con unos 40.000.000 de habitantes.

Pero la guerra civil continúa y no alcanzará su punto álgido hasta el verano de 1919, cuando Moscú se verá amenazado de tres ataques concéntricos, procedentes del Sudoeste, del Noroeste y del Este. En el Sur, alrededor del bajo Donetz y del Don, el general Denikin y sus cosacos habían formado un ejército de 40.000 voluntarios, ocupando Novotcherkask, cerca de Rostov, el 26 de agosto, y poniendo sitio, al norte del Cáucaso, a Iekaterinodar, donde los generales Kornilov (el 13 de abril) y Alexeiev (en octubre) encontraron la muerte. Entretanto, en Transcaucasia, los mencheviques de Georgia, tras haberse apoderado del arsenal de Tiflis, han proclamado una república federal y pedido ayuda a los Aliados. Los ingleses han aprovechado la ocasión para desembarcar una división, el 14 de agosto de 1918, que evacuará Baku y Tiflis en 1919, pero que se mantendrá en Batum hasta 1920 (allí están en juego los intereses de los Rothschild); seguirán ayudando a los «Basmatchi» de Turquestán hasta 1922. Reanudando sus operaciones en la primavera de 1919, el ejército de Denikin, que cuenta con unos 150.000 hombres, se ha dirigido hacia Ucrania donde, después de la retirada alemana, reina la anarquía más completa. Allí se han refugiado cerca de dos millones de judíos. Al principio, bajo el régimen autonomista de la «Rada» de Kiev, cuyo secretariado general asumen Winnitchenko y Petliura, han estado representados en el ministerio de Asuntos Exteriores por Silberfeld y W. Latzky-Bertold, y han contado hasta con 50 representantes en los diversos partidos de la asamblea. Aparte de los *pogroms* a que se han entregado los rojos, en Gluchov y Nogorod-Seversk, en la provincia de Tchernigov, en marzo-abril de 1918, no han sufrido demasiado, aunque los consejos de comunidades y el «Ze-Waad» (Consejo central de Federaciones) de Moscú hayan sido suprimidos en julio de 1917, y el «Bund» disuelto en las filas del partido bolchevique. Pero a la administración del *hetman* Skoropadski, instalada en mayo de 1918 por los alemanes, con la intención de favorecer la constitución de una Federación panrusa de Estados, ha sucedido, en el momento de la retirada de los ocupantes, en diciembre de 1918, el «directorio» del *hetman* Petliura, señalado por una serie de *pogroms* en Kiev, Ovrutch, Berditchev, Jitomir, etc., en febrero de 1919, por las exacciones de los atamanes y las atrocidades de los anarquistas agrarios de Makhno, de los «Haidamaks» o bandidos y de los «verdes» desertores (al asesinar a Petliura en París, el 25 de mayo de 1926, Schalom Schwarzbart pretenderá vengar aquellas matanzas).

Luego llegó el turno de los bolcheviques que, disponiéndose a poner sitio a Kiev a principios de febrero de 1919, pasaron a cuchillo en Podilia a 1.200 judíos en Prokurov (15 de febrero) y a 50 en Felstine. Entonces intervino el ejército blanco del general Denikin, que se apoderó de Kharkov y de Kiev,

Comisario de la Guerra el 13 de marzo, organiza el ejército rojo, el ejército «socialista voluntario», creado el 23 de febrero, compuesto al principio de afiliados, obreros, campesinos y desertores, y a partir del 9 de junio de contingentes suministrados por el servicio militar obligatorio, a pesar del gran número de prófugos (especialmente en las provincias centrales de Riazan, Kaluga y Voronej). Para las tareas administrativas y de abastecimiento, descansa en su adjunto el médico militar Slansky, y no vacila en rodearse de consejeros militares de carrera, tales como el coronel letón Vatsetys, el subteniente de la Guardia Tukhatchevsky e incluso el general Brussilov, que no le niega su colaboración, y en recurrir a los oficiales del antiguo ejército para encuadrar a sus milicianos. En cuanto a él, situado en posición central, se decide a utilizar, para facilitar sus desplazamientos, a partir del 7 de agosto de 1918, un tren blindado que le sirve de Puesto de Mando móvil, enlazado por hilo directo con Moscú, protegido por una unidad de choque, vestida de cuero, dotada de un parque automovilista, de una cisterna de gasolina, con los instructores, el material y las municiones necesarios para reforzar en caso de urgencia la defensa de cualquier punto débil del inmenso frente de 8.000 kilómetros, en el cual no tarden en combatir 16 ejércitos rojos, cuyos efectivos pasarán de 100.000 a dos y hasta a tres millones de hombres. Veteranos bolcheviques de toda confianza se reparten la dirección de aquellas grandes unidades: Dzerjinski, Piatakov, Smilga, Sokolnikov, Chliapnikov, Vorochilov y Stalin.

Las regiones cosacas han servido a los «blancos» y a los «azules» de primeras zonas de reagrupamiento, en torno al general Kaledin en el Don, a Denikin en Kuban, a Krasnov en el bajo Volga, a Dutov en el Ural. En tanto que los aliados franco-británicos conservan todavía, de julio a octubre de 1918, en el extremo norte, las salidas marítimas de Murmansk y Arkhangelsk, y avanzan hacia Vologda, por instigación de Savinkov, ex ministro de la Guerra de Kerenski, socialistas-revolucionarios y cadetes de la Escuela militar de Iaroslav, al nordeste de Moscú, se hacen matar tratando de tender la mano a los «azules» que, apoyados por las tropas checas formadas en Legiones por Stefanik y el general Janin el 7 de febrero de 1918 en Samara, antes de entrar en Nijini-Novgorod, se han hecho dueños de Simbirsk, el 22 de julio, y de Kazan, en el alto Volga, el 10 de agosto. El 7 de agosto, Trotsky se encuentra en Soiask, delante de la ciudad, donde el V ejército rojo (de 25.000 a 30.000 hombres) está paralizado por la traición. Su tren es bombardeado por unos aviones; para impedir la huida del Estado Mayor de Ivan Smirnov, el marinero Moskin tiene que apoderarse de su vapor en el río; comisario y comandante son pasados por las armas; el ingeniero-piloto Akrachev recibe la misión de crear un embrión de aviación roja. El 28 de agosto, unos furiosos ataques de los «azules» del coronel Kappel logran cortar la vía férrea y sólo son rechazados tras ocho horas de combate. Pero una flotilla de cuatro torpederos consigue abrirse paso. Llegan refuerzos del II ejército del cosaco Azin, y la intervención del I, a las órdenes de Tukhatchevsky, permite a los rojos reconquistar Kazan (aunque demasiado tarde para apoderarse del oro del Banco de Rusia), el 10 de septiembre, y Simbirsk el 12. Durante ese tiempo, en el bajo Volga, Vorochilov, con los 50.000 hombres del X ejército, defiende Tsarytsine contra los ataques del general Krasnov, atamán de los cosacos del Don, que posee unos efectivos equivalentes. Su comisario político, Stalin, afloja las bridas de la Tcheka y se

entrega a tales excesos que Trotsky reclama su destitución (algo que el vengativo georgiano no le perdonará nunca), seguido del traslado de Vorochilov (acusado con Dybenko de dilapidación de material); Chlipianikov toma el mando de aquella unidad. Al nordeste, en el Ural, los partidarios de Blücher enlazan con el III ejército, en Perm, cuya pérdida va a motivar una encuesta, confiada a Stalin y a Dzerkinsky. En siete meses de lucha, después de haber rechazado los primeros asaltos de sus adversarios, los rojos han logrado someter a su control la zona central de Rusia, con unos 40.000.000 de habitantes.

Pero la guerra civil continúa y no alcanzará su punto álgido hasta el verano de 1919, cuando Moscú se verá amenazado de tres ataques concéntricos, procedentes del Sudoeste, del Noroeste y del Este. En el Sur, alrededor del bajo Donetz y del Don, el general Denikin y sus cosacos habían formado un ejército de 40.000 voluntarios, ocupando Novotcherkask, cerca de Rostov, el 26 de agosto, y poniendo sitio, al norte del Cáucaso, a Iekaterinodar, donde los generales Kornilov (el 13 de abril) y Alexeiev (en octubre) encontraron la muerte. Entretanto, en Transcaucasia, los mencheviques de Georgia, tras haberse apoderado del arsenal de Tiflis, han proclamado una república federal y pedido ayuda a los Aliados. Los ingleses han aprovechado la ocasión para desembarcar una división, el 14 de agosto de 1918, que evacuará Baku y Tiflis en 1919, pero que se mantendrá en Batum hasta 1920 (allí están en juego los intereses de los Rothschild); seguirán ayudando a los «Basmatchi» de Turquestán hasta 1922. Reanudando sus operaciones en la primavera de 1919, el ejército de Denikin, que cuenta con unos 150.000 hombres, se ha dirigido hacia Ucrania donde, después de la retirada alemana, reina la anarquía más completa. Allí se han refugiado cerca de dos millones de judíos. Al principio, bajo el régimen autonomista de la «Rada» de Kiev, cuyo secretariado general asumen Winnitchenko y Petliura, han estado representados en el ministerio de Asuntos Exteriores por Silberfeld y W. Latzky-Bertold, y han contado hasta con 50 representantes en los diversos partidos de la asamblea. Aparte de los *pogroms* a que se han entregado los rojos, en Gluchov y Nogorod-Seversk, en la provincia de Tchernigov, en marzo-abril de 1918, no han sufrido demasiado, aunque los consejos de comunidades y el «Ze-Waad» (Consejo central de Federaciones) de Moscú hayan sido suprimidos en julio de 1917, y el «Bund» disuelto en las filas del partido bolchevique. Pero a la administración del *hetman* Skoropadski, instalada en mayo de 1918 por los alemanes, con la intención de favorecer la constitución de una Federación panrusa de Estados, ha sucedido, en el momento de la retirada de los ocupantes, en diciembre de 1918, el «directorio» del *hetman* Petliura, señalado por una serie de *pogroms* en Kiev, Ovrutch, Berditchev, Jitomir, etc., en febrero de 1919, por las exacciones de los atamanes y las atrocidades de los anarquistas agrarios de Makhno, de los «Haidamaks» o bandidos y de los «verdes» desertores (al asesinar a Petliura en París, el 25 de mayo de 1926, Schalom Schwarzbart pretenderá vengar aquellas matanzas).

Luego llegó el turno de los bolcheviques que, disponiéndose a poner sitio a Kiev a principios de febrero de 1919, pasaron a cuchillo en Podilia a 1.200 judíos en Prokurov (15 de febrero) y a 50 en Felstine. Entonces intervino el ejército blanco del general Denikin, que se apoderó de Kharkov y de Kiev,

ocupó durante tres meses la Podilia y lanzó su caballería hasta Orel y los alrededores de Tula, arsenal de los rojos, a 300 y 220 kilómetros, respectivamente, al sudoeste de Moscú. Nuevas calamidades se abatieron sobre los judíos, a las cuales no puso fin el retorno de los rojos del bigotudo cosaco Budienny, contraatacando el 17 de octubre, sino todo lo contrario, ya que los *pogroms* persistieron hasta abril de 1921 (desde diciembre de 1918, habían causado un total de 60.000 muertos y otros tantos mutilados y heridos). El desacuerdo entre los jefes —Denikin, demócrata, apoyado por los ingleses, terminó por ceder el mando a Wrangel, monárquico, sostenido por los franceses, en marzo de 1920— y la defección de numerosos elementos cosacos provocaron el repliegue del ejército antibolchevique del sur, cuyos restos, reducidos a unos 35.000 hombres, refluyeron hacia Crimea, desde donde fueron evacuados hacia occidente, en noviembre, 135.000 refugiados.

Tras haber amenazado seriamente Petrogrado, el ejército del norte, que sólo contaba con los 25.000 hombres perfectamente equipados del general Iudenitch, había conocido un fracaso semejante en octubre de 1919. Conquistando Luga el 13 de octubre y Krasnoie-Selo el 14, había alcanzado Gotchina, amenazando cortar el enlace ferroviario con Moscú. Zinoviev y Lenin dudaban ya del final del asunto, cuando Trotsky, ayudado por Krestinsky y por Stalin, consiguió galvanizar las unidades desfallecientes del VII ejército (traicionado por su jefe de estado mayor, el coronel Linquist), consolidar las defensas al sur de la ex capital, amotinar la caballería de los Bachkirs y traer refuerzos del XV ejército, de modo que los asaltantes quedaron clavados en las alturas de Pulkovo tras unos encarnizados combates librados del 21 al 23 de octubre de 1919, para ser contrataacados quince días más tarde y obligados a retroceder hasta Estonia, donde fueron desarmados.

Procedente del alto Volga y del Ural, la tercera ofensiva contra los rojos había abortado ya. Obligados a evacuar Kazan, los «azules» habían constituido en Samara, mientras los obreros del Ural y los campesinos de Siberia se levantaban, un Comité de la Asamblea constituyente y un gobierno panruso o Directorio que, bajo la presión de los rojos —expulsados al principio de Ekaterinenburg, el 6-19 de julio—, había tenido que replegarse sucesivamente sobre Ufa, y luego sobre Omsk, antes de ser derrocado, el 18 de noviembre de 1918, por las fuerzas «blancas» del almirante Koltchak. Protegida su retaguardia por los japoneses, desembarcados en Vladivostock en el verano de 1918, reconocido por Denikin y, a la vez, por los gobiernos inglés y francés, el almirante había desencadenado sus ataques, en marzo de 1919, en el Ural, en dirección al Volga. Pero, mal apoyado por los checos (tras una primera negativa de Sirovy), vio cómo éstos mandados por «Gayda» (el aventurero Rudolf Geidl), dejaban su flanco derecho al descubierto; metiéndose por aquella brecha el 15 de abril, los rojos de Tukhatchevsky reconquistaron Pern y Tcheliabinsk a finales de junio. Koltchak tuvo que retroceder, evacuar Tobolsk el 3 de noviembre y Omsk el 15. En Irkutsk, cortada la retirada, los checos negociaron su paso entregándole con sus leales al pelotón de ejecución (5 y 7 de febrero de 1920) y repartiéndose el dinero del Banco con los rojos. Provistos así de 20 millones de rublos (más ocho millones robados) y cargados con la Caja local (lo que les permitió constituir a su regreso el «Banco de los Legionarios», con un capital de 70

millones de coronas), aquellos peligrosos auxiliares llegaron con el Transiberiano a Vladivostock y desde allí regresaron a su patria.

Indiferencia anglosajona hacia la familia imperial y la contrarrevolución

La Revolución se había salvado por los pelos. «Durante el verano de 1919, los Aliados habrían podido aplastarnos en unas semanas», confesó Lenin. Desde luego, si las fuerzas hostiles a los rojos no hubiesen estado divididas en «azules» y «blancos»; si, partiendo de bases alejadas unas de otras un millar de quilómetros, como mínimo, hubiesen obedecido a un mando único, capaz de coordinar sus movimientos; si hubiesen sabido arrastrar con ellas a la gran masa de los campesinos, engañados por las falaces promesas de Lenin; si los propios Aliados, en fin, hubiesen deseado realmente aquel resultado. Pero, si bien Clemenceau, estimulado por una opinión pública en la que abundaban los poseedores de valores rusos, amenazados de ruina, daba muestras de un decidido anticomunismo, no ocurría lo mismo con la Inglaterra de Lloyd George, dominada por la City, dócil a las consignas de la Finanza internacional y todavía menos con la América de Wilson, el cual, para salvar la puesta de la Alta Banca judía, no vacilará en prohibir toda intervención: «¡Hands off Russia!» (declaración de los Aliados del 23 de enero de 1919).

La actitud de Gran Bretaña había quedado suficientemente evidenciada cuando se había jugado la suerte de la familia imperial. Tras haber respondido favorablemente a la petición de asilo formulada por Miliukov, los días 6-19 de marzo de 1917, el Foreign Office había decidido el 10 de abril «no insistir» en su ofrecimiento, que había retirado el 28 de marzo (11 de abril), por un despacho en que se encomendaba al embajador, sir George Buchanan, la tarea de hacer recaer la culpa de su negativa (supuestamente motivada por temor a reacciones laboristas) sobre el propio gobierno de Petrogrado, con lo cual se añadía la falta de elegancia a la cobardía. Después de haber vacilado sobre Crimea (donde se encontraban ya la emperatriz viuda y varios de sus parientes), Kerenski había escogido un rincón del Ural, alejado de toda aglomeración importante, Tobolsk, a donde salido de Tsarskoie-Selo en la noche del 1 de agosto, el zar, tomando el vapor en Tiumen el 5, había llegado el 6 de agosto, instalándose en la residencia del gobernador. Sobrevino la revolución y, mientras el teniente Goloviev, yerno de Rasputín, establecido en Tiumen, interceptaba y denunciaba a la Tcheka a los monárquicos lo bastante locos como para intentar salvar a la familia imperial, la ola roja se extendía como una mancha de aceite y los primeros destacamentos bolcheviques hacían su aparición en Tobolsk: el del comisario Dutzman, procedente de Omsk (el 11-24 de marzo de 1918), seguido de otros dos de Ekaterinenburg, con Avdeev y el marino Hokriakov, que se proclamó presidente del Soviet local, y Zaslavski. El 9-22 de abril se presentó por fin un emisario especial de Moscú (Comité central ejecutivo de los Soviets), el ex oficial de marina Yakovlav, escoltado por 150 hombres, que rogó muy correctamente al zar que le siguiera, solo (¿para ser juzgado en el Kremlin?). De hecho, la zarina, su hija María, el príncipe Dolgoruki, el Dr. Botkin y tres criados le acompañaron al día siguiente,

13-26 de abril, separándole de las grandes duquesas (princesas alemanas en favor de las cuales el conde Mirbach había efectuado una gestión el 11-24 de abril, y por consiguiente susceptibles de ser utilizadas por prenda en las negociaciones de Brest-Litovsk). Salido de Tiumen en la noche del 14, el tren tomó la dirección de Omsk al día siguiente, para dar la vuelta de pronto hacia Ekaterinenburg, donde llegó el 17 por la mañana, y donde no tardó en encontrarse reunida toda la familia, en la casa Ipatiev. ¿Qué había ocurrido, quién justificaba aquellas órdenes y contraórdenes? El 15, el Comité ejecutivo del Soviet del Ural, presidido por Bioloborodov (único ruso implicado en el asunto), había reclamado por boca de su vicepresidente Safarov, de Kiev, y de Golostchekin (de Vitebsk, miembro del Comité central bolchevique desde 1912), ambos judíos, regresados de Suiza con Lenin en el tren especial, la condena a muerte del zar, que sus cinco miembros votaron el 23 de junio-6 de julio. Amigo de Sverdlov y de Krestinski, Golostchekin se encargo de informar, el 30 de junio-12 de julio, del acuerdo del Kremlin. Desde el 21 de junio-4 de julio, el judío Yurovski (relojero, enfermero, jefe de la Tcheka de Ekaterinenburg) y su equipo de diez asesinos (letones, desertores alemanes y húngaros) había relevado al zafio Avdeev y sus diecinueve descamisados locales en la guardia de los prisioneros, asegurada en el exterior por otro destacamento de 54 hombres. En la noche del 3 al 4 (16 al 17 de julio), el zar, la zarina, el zarevitch, las cuatro grandes duquesas, el Dr. Botkin y tres criados fueron asesinados a sangre fría a tiros de revólver, en el sótano. Un camión se llevó los cadáveres, que fueron despedazados a hachazos antes de quemarlos con 190 kilogramos de ácido sulfúrico suministrados por el judío Voikov (comisario general de abastecimientos) y echarlos a un pozo de mina de la fábrica de Verkh-Isset, en la carretera de Koptierki. Infortunadas víctimas, entre millones de inocentes, en primera fila de los cuales los otros Romanov: el gran duque Miguel, hermano del zar, el liberal de la familia, raptado en la noche del 12 al 13 (25 al 26) de junio, en un hotel de Perm, por el chequista Miasnikov, y otros parientes lejanos, atrapados en Moscú. Tchitcherin no confesó hasta el 24 de septiembre la... desaparición de la familia imperial.

Las amenazas proferidas contra el zar y los suyos por Jacob Schiff, a raíz de la visita del conde Witte, en 1905, se habían traducido en aquella horrible matanza. El, comanditario de la Revolución, no había esperado a ver satisfecho de aquel modo siniestro su amor propio para dirigir, el 23 de marzo de 1918, a la convención encargada de conmemorar el aniversario del levantamiento de marzo de 1917, un vibrante telegrama, celebrando «el triunfo tan esperado, por el cual hemos trabajado durante tantos años» («New York Times», 24 de marzo de 1918). Y gastado 20 millones de dólares de nuestra fortuna personal, hubiese podido añadir... Singular aliado aquel plutócrata-demagogo, que se felicitaba del hundimiento de Rusia en el momento en que su patria de adopción entraba en guerra contra Alemania.

* * *

Abusos de los «Trusts». Agitación obrera y marxista

Ya que los Estados Unidos habían esperado precisamente a aquel desfallecimiento para aportar su ayuda total a los Aliados.

Tras un largo eclipse, los demócratas volvieron al poder en Washington en 1913, pero si bien el «big business» sufrió con ello un retroceso, la alta banca judía, en cambio, vio aumentada su influencia sobre el gobierno.

Reelegido en 1900, por 292 mandatos contra 155 de su adversario William Jennings Bryan, el republicano Mac Kinley, víctima el 6 de septiembre de 1901 de un anarquista polaco, Leon Czolgosz, había sucumbido a sus heridas el 14, y su vicepresidente Theodoro Roosevelt había asumido la interinidad, antes de ser llevado él mismo a la Presidencia, en 1904, por 336 mandatos contra 140 del juez Parker. La elección de su sucesor William Taft, en 1908 (por 321 mandatos contra 162 de Bryan), había sido más difícil. Dos años más tarde, en 1910, los republicanos perdieron la mayoría en el Congreso, en el que sólo contaron con 163 representantes, por 227 demócratas. Decididamente, la rueda giraba.

El país se quejaba de las fechorías de los trusts. En el último cuarto del siglo XIX, y sobre todo después del final de la guerra de Cuba, los monopolios no habían cesado de desarrollarse. Lo mismo si se trataba de Grandes Almacenes (Alexandre Stewart en Nueva York; John Wanmaker en Filadelfia; Marshall Field en Chicago; de las casas de venta por correspondencia, Montgomery Ward, 1872, Sears Roebuck y sus sucursales, en 1895; o de las cadenas de Woolworth y de los «Five and Ten» desde 1879), o de concentraciones industriales, escapando cada vez más a los «empresarios», fabricantes e ingenieros, para encontrarse sometidas al control de financieros sin competencia particular, fundadores de «holdings», de sociedades de inversión, reyes de los ferrocarriles, de los aceros, de los metales, de los petróleos, de las materias primas, cuya ascensión ya hemos seguido. Amos de los precios, abusan de su posición: tal es el caso de «Pennsylvania Railway», por ejemplo, que vende a seis dólares la tonelada de antracita que le cuesta dos. La ley sobre el comercio entre estados de 1887 y la ley Sherman antitrust de 1890, reforzadas por la ley Hepburn, que ampliaba la autoridad de las comisiones de vigilancia, tenían por objeto combatir aquellos excesos; pero eran aplicadas con excesiva indulgencia. Además, frecuentes escándalos salpicaban a la administración municipal: Lincoln Steffens dedicó su libro, «La vergüenza de las ciudades», a denunciarlos en 1904. Y si, en conjunto, la población se enriquecía, si la riqueza nacional iba casi a duplicarse entre 1900 (88.500 millones de dólares) y 1914, en cambio el aumento de los salarios estaba lejos de seguir el movimiento (únicamente los obreros especializados se beneficiaron de una leve subida: los otros tendrían que esperar hasta 1917 para alcanzar una situación equivalente a la de 1897). Y la legislación social, en aquel país que blasonaba de «democrático», iba muy a la zaga de la vieja Europa (sobre el trabajo de los niños, se extenderá a 36 estados solamente en 1912; sobre el de las mujeres, a 28; sobre las indemnizaciones por accidentes de trabajo, a 35 en 1915). Las reivincicaciones presentadas por la «American Federation of Labour» fueron ignoradas por el Congreso en 1906. La ley de ocho horas para las empresas beneficiarias de contratos públicos sería aprobada por los demócratas en 1910...

Descontentos, los obreros se declaran en huelga: 145.000 mineros en Pennsylvania, dirigidos por John Mitchell, durante cinco meses, del 9 de mayo de 1902 al 23 de octubre (el 3 de octubre de 1902, Roosevelt obligó a

las compañías a admitir un arbitraje, y un aumento del 10 % el 21 de marzo de 1903); 45.000 obreros de las conservas de carne de Chicago, en julio de 1904; y 24.000 obreros de la industria textil de Massachusetts, hasta enero de 1905. Para defenderse mejor, se sindicaban: el número de afiliados de la A. F. L. aumenta de 868.500 en 1900 a más de dos millones en 1904, para descender a 1.562.000 en 1910, pero sus objetivos se limitan a mejorar las condiciones de vida. Por la inmensa mayoría de 11.282 votos contra 2.147, el congreso de la A. F. L. rechaza en 1903 una moción en favor de la apropiación por el Estado de los medios de producción. Se dedican a obtener la garantía de que la ley Sherman contra los trusts no podrá ser utilizada por los tribunales para condenar a las uniones obreras, consideradas como coaliciones, garantías que la ley Clayton no les concederá hasta 1914. Entre ellos, los revolucionarios son una ínfima minoría. Una reunión secreta celebrada en Chicago en 1905, intenta agrupar bajo el ambicioso nombre de «Industrial Workers of the World» a los elementos marxistas del «Socialist Labor Party» (heredero del «Workingmen's Party» de Daniel de León), a los disidentes de 1900, constituidos en «Socialist Party» con Eugene Debs (prontamente encarcelado por su hostilidad a la guerra), al intelectual A. M. Simmons de la «International Socialist Review», de los sindicalistas violentos, los de la «Western Federation of Miners» (retirada de la A. F. L. en 1897 y que durante trece meses se ha entregado a una orgía de destrucciones, explosiones y asesinatos en la región de Cripple Creek en el Colorado), los de la «Western Labor Union» (cuyo jefe, William D. Haywood será procesado con otros 84 al principio de la guerra, en virtud de la «Sedition and Espionage Act», y se refugiará en 1917 entre los Soviets), de la «American Labor Union» de P. Hagerty, de los «United Metal Workers» (de William E. Trautmann, partidario de la huelga general y de la acción directa) y de una anciana excitada de sesenta y cinco años, la «madre Jones». Pero, fracasadas sus tentativas para atraer a la mano de obra no cualificada y a los jornaleros del Oeste, sus efectivos no pasaron nunca de los 60.000 afiliados.

Los republicanos, divididos, derrotados por Wilson, «inspirado» por el coronel Mandel-House y el especulador Bernard Baruch

Samuel Gompers y los dirigentes de la A. F. L. prefieren la vía democrática de la acción política al recurso de la violencia. Se alían, pues, con los agricultores, a los que la ley Aldrich-Vreeland de 1908 concede algunas facilidades de crédito locales, en tanto que el gobierno, preocupado por los métodos de explotación a ultranza que han agotado los suelos y destruido los bosques en una proporción de 4/5 partes (a pesar de las advertencias de John Mesley Powell en 1870, de Frederic Haynes Newell después de 1890 y de las disposiciones de las leyes Carey de 1894 y Newlands de 1902), tiene que convocar, por instigación de Gifford Pinchot, a los gobernadores de los Estados en 1908 para decidir unas medidas de urgencia. Apoyan a los demócratas y a los progresistas, que han provocado una escisión en el interior del partido republicano. El senador Robert La Follette se encuentra en el origen de aquella disidencia, iniciada en 1909. En su estado de Wisconsin, entre 1900 y 1905, ha multiplicado las iniciativas osadas en materia social, reforzado el control sobre las compañías ferroviarias, instituido el impuesto sobre la renta en 1911. La Liga nacional progresista republicana,

fundada por él en enero de 1911, desarrolla una campaña para el saneamiento de las costumbres políticas, para la elección de los senadores por la población de los estados, reclama un referéndum. Theodore Roosevelt apoya su acción en la convención republicana de Chicago, el 5 de agosto de 1912, y se presenta con Hiram Johnson, de California, en competencia con William Taft, candidato oficial del partido. Contra aquellos adversarios divididos, Woodrow Wilson triunfa en noviembre de 1912, por 435 mandatos contra 88 de Roosevelt y ocho de Taft. Mayoría aplastante al parecer, que desmienten los resultados de los votos populares (6.690.818 para Wilson; 4.123.206 para Roosevelt; 3.484.529 para Taft; 898.296 para el socialista Debs), pero que confirman las elecciones para el Senado y para la Cámara de Representantes, en las que dominan los demócratas.

Flanquado como secretario de Estado por el veterano William Jennings Bryan, de Nebraska, candidato sin suerte a la Casa Blanca desde 1896, el nuevo presidente, nacido el 18 de diciembre de 1856 en el seno de una familia presbiteriana (su padre era Pastor) originaria de Escocia, estudiante en Princeton en 1875, abogado sin causas en Atlanta en 1882, es un «intelectual» puro. Profesor, luego rector de la Universidad de Princeton desde el 9 de junio de 1902, es un ideólogo liberal (radical), imbuido de los principios masónicos (será uno de los 27 presidentes, de un total de 36 en la época de Roosevelt, que pertenece a la secta). Si bien el coronel George Harvey, representante de los financieros de Wall Street, le ha hecho elegir gobernador de Nueva Jersey el 8 de noviembre de 1910, debe su fulgurante carrera, fundamentalmente, al coronel Edward M. House (Mendel), autor de un libro, «Philip Dru, administrator», en el cual preconiza el socialismo soñado por Marx (1912). En la convención demócrata de Baltimore, en junio de 1812, el coronel House es quien, a través de sus acuerdos con Bryan, ha obtenido su nombramiento contra los hombres de «Tammany Hall», en la cuadragésima sexta vuelta del escrutinio, antes de asegurar su elección, el 5 de noviembre de 1912, con el programa de la «New Freedom», de una nueva Era de Libertad (propuesto por el abogado de Boston, Louis David Brandeis, nacido en 1856 de una familia judía checa, brillante estudiante en Harvard, amigo suyo desde el 28 de agosto de 1912. Con Jacob Schiff, Henry Morgenthau, Thomas Fortune Ryan. Adolphe Ochs (del «New York Times») y Morgan, Bernard Mannes Baruch ha sido el principal suministrador de fondos para su campaña electoral.

A partir de entonces y hasta su muerte, ocurrida el 20 de junio de 1965, aquel intrigante, que prefiere permanecer entre bastidores, desempeñará el papel de presidente oculto de los Estados Unidos. Nacido en 1870 en Carolina del Sur, de un padre refugiado de Polonia en 1853 y de una madre, Belle Wolfe, nacida Rodríguez Marhues, de origen portugués, hizo sus estudios en Nueva York, ciudad a la que llegó a los once años. Dotado de un innato instinto de especulador, entró como agente en la casa de corretaje Honsman, en la que, a pesar de haber perdido en la Bolsa sus primeros 10.000 dólares prestados por su padre, no tardó en hacerse notar por sus cualidades. Hasta el punto de que le interesaron en los beneficios, atribuyéndole una octava parte, que aumentó a sexta en 1896; permaneció en la firma hasta mayo de 1903, aunque siguió jugando por su cuenta. En 1897 realizó su primer golpe maestro, obteniendo, con una puesta de 200 dólares,

una ganancia de 40.000 sobre el azúcar. A los treinta años había ganado y perdido más de un millón de dólares. Sobrevino la gran especulación sobre los cobres, alimentada por los préstamos sobre fianza de los bancos, seguida del crack de 1907: el 16 de octubre, la cotización de la «American Smelting» cayó de 73,5 a 69 dólares; el 20, una coalición bancaria aplastó a Otto Heinze y C. Morse, que habían traficado con la «United Copper» (procesados, el último será condenado a quince años de prisión, el primero será absuelto en mayo de 1910); el 21, el «National Bank of Commerce» se niega a representar a la «Knickerbocker Trust Cy», provocando al día siguiente un pánico y el suicidio del director de la sociedad, Barney. Las repercusiones de aquel crack se extendieron a las Bolsas de Rotterdam, de Londres y de Berlín. La administración republicana, entonces en el poder, acusó los efectos del golpe. Obligado a llamar en su ayuda a John Pierpont Morgan, Theodore Roosevelt tuvo que tolerarle, a cambio, la fusión de la «Tennessee Coal Iron» con el trust del acero. El viejo banquero, que entonces tenía setenta años, tenía las riendas bien sujetas; en 1895, había colocado en veinte minutos 62 millones de dólares de empréstitos extranjeros, había negociado con Alemania, en 1899, 80 millones de Bonos del Tesoro, y rescatado el trust del acero a Andrew Carnegie por 447 millones de dólares en 1901, después de haber financiado a Inglaterra en el curso de la guerra del Transvaal, en 1900. Para sacar de apuros al gobierno, reunió apresuradamente 25 millones de dólares, extraídos del numerario de sus filiales. Un llamamiento a los bancos, que consintieron en aceptar unos «Clearing House Certificates», es decir, unos certificados de compensación como billetes, la importación de dos millones de libras esterlinas de oro y el apoyo del Banco de Francia, permitieron salvar al dólar. Pero la sacudida había sido muy violenta y el partido republicano no podía dejar de acusar sus efectos. Wilson tenía que agradecerle a Bernard Baruch aquel braceo en las aguas turbias del Wall Street, cuyo secreto guardaba celosamente.

Paul Warburg, padre del «Federal Reserve System»

A fin de evitar la repetición de semejantes sacudidas, el gobierno autorizó, por la ley Aldrich-Vreeland del 30 de mayo de 1908, la formación entre establecimientos de crédito de una «National Currency Association» para el apoyo de la moneda, y solicitó los consejos del gobernador del Banco de Francia, Pallain, con vistas a la restauración de un Banco central. A la administración Wilson correspondió la realización de aquel proyecto, cuya preparación fue confiada por la mayoría demócrata, en colaboración con el senador Aldrich, a un auténtico representante de la Banca Kuhn-Loeb, Paul Moritz Warburg (1868-1932), llamado por su parte a una carrera fulgurante. Heredero de una dinastía, fundada en Hamburgo en 1798, cuyo ilustre representante en Alemania era su hermano Max, Paul, hijo de Moritz Warburg y de Charlotte Oppenheim (hija de un joyero de Francfort), había cursado estudios en Londres y en París antes de casarse, en 1895, con Nina Loeb, hija de Salomón. Simultáneamente, su suegro le asoció a la firma, de la que era co-director. Recién naturalizado, en 1911, la administración norteamericana le confió la tarea de reorganizar sus estructuras bancarias. Su hermano Félix vivía en Francfort desde 1888 cuando conoció a la hija de Jacob Schiff, Frieda, de viaje en Alemania. Se casó con ella en marzo de

1895 e ingresó también en la gran casa judía de Nueva York en 1897. Naturalizado en 1900, se convirtió en miembro del «Board of Education», del Consejo de Instrucción Pública, sólo dos años más tarde. Al casar a su hija Carola con Walter M. Rothschild contribuiría a anudar nuevos lazos de familia entre aquellos príncipes de la «aristocracia verde» que sólo se alían entre ellos para repartirse mejor las riquezas de este mundo.

Perfectamente enterado de la inminencia de la crisis europea —por su hermano Max y también por el fracaso de la gira efectuada por las capitales del viejo continente por el coronel House, y especialmente de sus esfuerzos cerca del Kaiser para inducirle a renunciar a la carrera de armamentos navales asociándole al condominio anglo-americano sobre el mundo tan grato a Pereira Mendes (mayo de 1914)—, el propio Warburg ha declarado: «Creé aquella banca en previsión del conflicto mundial». El proyecto, establecido en 1911, en el curso de entrevistas en Jekyl Island, en Georgia, entre Aldrich, Paul Warburg, Frank A. Vanderlip (del National City Bank de Rockefeller), Henry P. Dawson y Benjamín Strong (estos dos últimos representantes de Morgan), tropezó no obstante con la oposición decidida de las asambleas a una centralización absoluta. El Congreso lo modificó, exigiendo el mantenimiento de los bancos regionales, y no lo aprobó hasta el 23 de diciembre de 1913 (por 298 votos contra 60 en la Cámara y 43 contra 25 en el Senado). Doce bancos regionales de Reserva Federal agrupan, pues, al conjunto de los bancos nacionales (en número de 7.525 en 1914, con un volumen medio de capital y de reservas de 400.000 dólares en 1929) y a la mayor parte de los Bancos de Estado (14.512 —volvieron a proliferar después de 1900—, volumen medio 135.000 dólares) y a unas ricas «trust Cies» (1.564, volumen medio 1.500.000 dólares). Los bancos privados (1.064, menos de 50.000 dólares) quedan al margen del sistema, cuyos miembros quedan obligados, ya que se trata de bancos nacionales, a suscribir el capital de los bancos de Reserva, por una equivalencia del 6 % de sus recursos, y, para el conjunto, a depositar una fianza correspondiente al 7 %, al 10 % o al 13 % de sus recursos, según se trate de «Non Reserve Cities», de «Reserve Cities» o de «Central Reserve Cities». Sin embargo, una novedad: los bancos son autorizados a descontar las letras y a prestar a plazo medio (cinco años) sobre garantías inmobiliarias. Garantizados los billetes federales en una proporción del 40 % para el oro y del 60 % para los efectos, será inútil recurrir al curso obligatorio (21 de junio de 1917). En la cúspide, el «Federal Reserve Board» se compone de ocho miembros, entre ellos el secretario del Tesoro, el Controlador de la Circulación Monetaria y otros seis nombrados para un período de cuatro años por el presidente y el Senado. Uno de ellos es naturalmente Paul Warburg, que ha aceptado de buena gana las modificaciones aportadas a su plan (15 de junio de 1914); convertido en presidente del «International Acceptance Bank» (Banco de aceptación internacional), renunciará sin embargo a la renovación de ese mandato.

Préstamos y suministros a los aliados, Control de la Economía por el Estado

Fortalecidas así sus estructuras financieras, América, que ha proclamado su neutralidad el 4 de agosto de 1914, se dispone a aprovecharse de la

guerra. Desde octubre de 1914, autoriza suministros y préstamos a los beligerantes (de hecho, sobre todo a los Aliados), les otorga préstamos (cubiertos en una proporción del 85 % por la Banca Morgan), concede un empréstito francobritánico de 500 millones de dólares en octubre de 1915 y, en noviembre de 1916, un empréstito inglés en la casa Morgan y francés en la casa Kuhn-Loeb, de modo que antes de entrar en guerra habrá anticipado ya a los Aliados 2.500 millones de dólares contra 45 a Alemania (según Bailey, en abril de 1917, 2.300 millones de dólares a la Entente: Gran Bretaña, 1.065; Francia, 694; Rusia, 136; contra 27 a Alemania). Con ello, anula alrededor de 2.000 millones de dólares de obligaciones contraídas en Europa (sobre un total de 4.500 a 5.000), principalmente para sus planes ferroviarios, desarrolla su comercio exterior en unas proporciones jamás conocidas (2.329,7 millones de dólares de exportaciones en 1914, 4.272 en 1916, 8.080,5 en 1920; 1.839,9 de importaciones en 1914 y 5.278,5 en 1920), reemplaza a Gran Bretaña y a Alemania en los mercados de Asia y de América del Sur (814 millones de dólares en 1913, 2.332 en 1919), afirma su dominación en el Caribe y, en una palabra, traslada de Londres a Nueva York el cetro de la finanza internacional.

Paralelamente, el control de aquella misma finanza sobre la economía norteamericana se concreta y se hace más intenso. Cuando en el curso del año 1916 se prepara ya la intervención, Bernard Baruch, la eminencia gris de Wilson, reclama la movilización industrial. La dimisión del secretario de la Guerra, Garrison, descontento de las disposiciones militares insuficientes de la ley Hay (3 de junio de 1916), facilita la ocasión de crear, el 29 de agosto, un Comité marítimo y un Consejo de la Defensa Nacional, compuesto el 11 de octubre de un comité restringido de seis ministros y de una comisión consultiva de siete expertos para la producción de guerra, en la que ocupan un puesto, entre otros, Bernard Baruch, Julius Rosenwald (de los almacenes Sears Roebuck de Chicago, hombre de paja de Jacob Schiff), Daniel Willard (del Baltimore-Ohio), Samuel Gompers (de la A. F. L.), bajo la presidencia de Walter S. Gifford (de la Compañía de Teléfonos). Una Comisión de las Industrias de Guerra (War Industries Board), disponiendo de 57 oficinas de expertos, deriva prontamente de ella (28 de julio de 1917); Bernard Baruch es uno de sus miembros; el 5 de marzo de 1918, Wilson le nombrará presidente de la Comisión, y responsable ante él. Encargado en particular de la distribución de las materias primas, de los metales, de los minerales, y de las compras por cuenta de los Aliados, se convierte en auténtico dictador de la economía, él, vulgar especulador en Bolsa sin competencia especial. Se elevan voces de protesta, las de Walter Gifford, de almirantes, de generales, que, en el desierto, se apagan inmediatamente. Resultado: algunos de los negocios controlados por Baruch obtuvieron beneficios del 33 al 200 %. Se calculará su fortuna, debida a Wilson, como la de los Seligman a Grant, en 37,5 millones de dólares. Lo que le permitirá declarar con desdén: «No acierto a comprender por qué la gente habla con tanta admiración de Paul Warburg... Después de todo, no es tan rico» (*He is not so very rich, after all!*).

Mientras que, apoyado por el Presidente, Louis Brandeis es elevado al Tribunal Supremo, el dirigismo extiende sus tentáculos sobre casi todas las actividades económicas. Sobre los productos alimenticios (ley Lever del 10

de agosto de 1917), aunque Herbert Hoover, que los controla, no tenga un poder absoluto para fijar los precios. Sobre los combustibles, cuyas restricciones manipula Harry A. Garfield. Sobre el trabajo, sometido al principio a una comisión de arbitraje, instituida también en agosto de 1917 (en el curso de aquel año, 4.450 huelgas afectaron a casi un millón de obreros), y luego, en abril de 1918, a una Comisión nacional (National War Labor Board), cuya presidencia asumen Robert Taft y Frank Walsh hasta que su transformación en «War Labor Policies Board» permite introducir en ella como subdirector a Félix Frankfürter, profesor de Harvard, que más tarde, bajo Franklin Roosevelt, será uno de los promotores más activos del «New Deal». Gracias a la acción de aquellas comisiones, los sindicados, cada vez más numerosos (2.272.700 en 1916, 4.125.200 en 1919), cuyos salarios, sobre la base 100 en 1913, han caído primero a 89,9 en 1917, para elevarse de nuevo a 112,2 en 1920, obtendrán la jornada de ocho horas y el derecho a negociar contratos colectivos. Sobre los ferrocarriles, en muy mala situación en 1915 (puesto que la administración de la sexta parte de las redes, 67.500 kilómetros, se hallaba confiada a unos síndicos), molestos por la aplicación de las ocho horas (ley Adamson, 1916), reglamentados por la ley Esch de 1917, colocados bajo el control del Estado por las leyes del 26 de diciembre de 1917 y del 21 de marzo de 1918, repartidos en siete regiones y gobernados por un comité de guerra de cinco miembros, bajo la autoridad de William G. Mac Adoo. Sobre las líneas telegráficas y telefónicas, a partir de julio de 1918. Pero sobre todo, quizá, sobre la marina mercante.

Ya que toda aquella prosperidad ocasional, artificial, debida al conflicto en el cual las potencias europeas se arruinan y se destruyen entre ellas, reposa sobre el mantenimiento de las comunicaciones marítimas entre los dos continentes. Ello exige un esfuerzo naval importante: un programa presentado en abril de 1916, aprobado el 29 de agosto, completando el de 1913 (15 acorazados, 250 destructores, 36 submarinos), prevé la botadura, en tres años, de 10 acorazados, seis cruceros de batalla, seis ligeros, 50 destructores y 100 submarinos. Por la «Shipping Act» del 7 de septiembre de 1916, el Estado se hace cargo de la marina mercante; en abril de 1917, 50 millones de dólares son puestos a disposición de un consorcio de construcciones de urgencia (Emergency Fleet Corporation), que explotará también las 600.000 toneladas de barcos alemanes requisados al declararse la guerra, y gastará 3.000 millones de dólares hasta el 30 de junio de 1920 para poner a flote 9.358.000 toneladas de buques. El conjunto es colocado bajo la autoridad de Franklin Delano Roosevelt, nombrado adjunto del secretario de la Marina Joseph Daniels, en marzo de 1913, por Wilson (siendo de lejano origen judío, aquel Roosevelt, cuya esposa Eleanor, nacida Rebeca Hall, es también medio judía, le ha apoyado, lo mismo que Henry Morgenthau senior y la Banca Kuhn-Loeb, en el congreso de Baltimore). Poco a poco, los incidentes derivados del bloqueo británico de Alemania y de la guerra submarina a ultranza, han ido deslizando a los Estados Unidos en el conflicto.

Muy inferior en número a la Royal Navy, de la cual no alcanza ni la mitad del tonelaje (1.054.000 toneladas contra 2.224.000), la marina de guerra alemana, retenida en parte en el Báltico por la escuadra rusa con base en Reval, no pudiendo aventurar su cuerpo de batalla contra la «Home Fleet» del almirante Jellicoe, se ha visto reducida a protegerla con minas en la rada

de Kiel, al igual que su aliada Austria en la base de Pola, al fondo del Adriático. Sin embargo, no permanece inactiva, colocando minas a lo largo de las costas británicas, hundiendo con sus submarinos, los días 22 de septiembre, 15 de octubre y 31 de diciembre, siete barcos de guerra enemigos, bombardeando incluso tres puertos ingleses el 16 de diciembre con los cruceros rápidos del almirante Hipper, que, entablando combate cerca del Dogger Bank, el 24 de enero de 1915, con la escuadra del almirante Beatty, sólo perdió uno de sus navíos, el «Blücher». Pero, a pesar de las hazañas de los corsarios aislados (trasatlánticos armados como cruceros auxiliares, o cruceros rápidos cuya carrera más larga, la del «Kronprinz», no duró más de siete meses en el Atlántico; odisea del «Emden», del capitán Muller, en las costas indias), o de la escuadra del Pacífico del almirante von Spee (dos cruceros grandes y cuatro pequeños, con base en las Carolinas) que, después de haber bombardeado Tahití, hundió dos cruceros acorazados del almirante Cradock, delante de las costas de Chile, el 1 de noviembre, antes de sucumbir honrosamente en las Falklands, el 8 de diciembre, ante la escuadra muy superior en número de Sturdes, no podía pensar en disputar a Inglaterra y a sus aliados el dominio de los mares. Habiendo perdido la tercera parte de su flota mercante, e incluso las tres quintas partes, si se tienen en cuenta los buques inmovilizados en los puertos neutrales, por haber creído en la neutralidad británica al comienzo del conflicto, lo máximo que podía hacer era combatir el bloqueo de que era víctima con el arma submarina, arma peligrosa, que el canciller Bethman-Holweg, temiendo justamente la reacción norteamericana, logró retener en su empleo a ultranza durante dos años y medio (con tanta más facilidad por cuanto el éxito de la operación requería —dado el retraso de los Imperios centrales en aquel terreno— la construcción previa de una flotilla suficientemente importante para resultar eficaz).

Perjudicados en su comercio por el bloqueo decretado por la Gran Bretaña contra los puertos alemanes y los puertos neutrales contiguos al mar del Norte los días 29 de octubre y 4 de noviembre de 1914, los Estados Unidos habían protestado (el 31 de diciembre), defendiendo los derechos de los neutrales contra la pretensión de los ingleses (órdenes en Consejo de los días 20 de agosto y 30 de septiembre) de incluir los productos alimenticios en el «contrabando de guerra» y de revisar los barcos en sus propios puertos, con menosprecio de la convención de París de 1856 reconociendo el principio de que «el pabellón cubre la mercancía» y de que únicamente los productos «útiles para la guerra» pueden ser requisados (declaración de Londres de 1909). Alemania replicó el 4 de febrero de 1915 declarando zona de guerra las aguas de Inglaterra, de Irlanda y de la Mancha, y amenazando con hundir en ella a los barcos neutrales, a partir del 18 de febrero, con lo que se emponzoñaron las relaciones: una primera protesta norteamericana fue entregada el 12 al embajador conde Bernsdorff. Después del torpedeo del «Lusitania», el 7 de mayo, que costó la vida a 1.100 civiles (114 de ellos norteamericanos), la situación empeoró. Pero en tanto que en Washington dimitía el secretario de Estado Bryan, en junio, para no involucrar a su país en un engranaje fatal y se veía reemplazado por Lensing, partidario de la Entente, en Berlín soltaban lastre. El almirante Alfred von Tirpitz caía en desgracia, hasta producirse la explicación con el Kaiser en el castillo de Pless, el 13 de septiembre de 1915; se prometía, el 27 de agosto, no hundir

más barcos sin previo aviso y, en febrero de 1916, pagar una indemnización a las víctimas del «Lusitania». Sin embargo, los incidentes no tardaron en multiplicarse y en adquirir un cariz más grave. Decepcionados por no haber podido lograr que se decretara el embargo sobre los suministros de guerra, los agentes de los Imperios centrales realizaron actos de sabotaje en la Bethlehen Steel y en el Middle West, colocaron bombas en los buques de transporte, fomentaron huelgas en las fábricas, lo que motivó la expulsión del embajador austríaco Dumba y de los agregados militares en septiembre de 1915. En febrero de 1916, Guillermo II aceptó intensificar la guerra submarina, reemplazó a Tirpitz por el almirante Buchsel, el 8 de marzo de 1916, y tomó la decisión, en Pless, el 9 de enero de 1917, de desencadenar una ofensiva sin cuartel, a partir del 1 de febrero. De modo que tras una amenaza de ruptura de las relaciones diplomáticas, el 18 de abril de 1916, seguida de una distensión de nueve meses (facilitada por unas instrucciones del Departamento a los bancos —en respuesta a la publicación por la Gran Bretaña, en julio de 1916, de una «lista negra» de 85 firmas que trabajaban para Alemania— en el sentido de que no concedieran créditos para suministros a los beligerantes si las garantías no eran «a toda prueba»), impuesta por la espera de la reelección de Wilson, se estaba de nuevo al borde del abismo.

Aquel año 1916, el presidente de los Estados Unidos lo había dedicado a mejorar los ejércitos (programa naval en abril, ley militar Hay, el 3 de junio, destinada a aumentar los efectivos del ejército regular en cinco años, de 75.000 hombres en 1912 a 175.000, y la guardia nacional de 120.000 a 475.000), a movilizar la industria y a caldear los ánimos. Tenemos que «estar preparados», había dado como consigna en un mensaje de diciembre de 1915. Luego había efectuado una gira por el «Middle West», donde los alemanes de origen eran numerosos (cuatro millones), al lado de otros tantos irlandeses. Se iniciaba una campaña propagandística, financiada por la Banca Morgan y destinada a arrastrar a la opinión. Ch. William Eliot, antiguo rector de Harvard, la desarrollaba en el «New York Times»; otro profesor, Johnston, de Columbia, replicaba a los intelectuales alemanes con un «Manifiesto de los Quinientos»; apoyados por la «Liga para la Seguridad Nacional», el general Wood y el ex presidente Roosevelt reclamaban el aumento de las fuerzas militares. Haciendo suyos los lemas de la «League to enforce Peace» (Liga para imponer la Paz), creada en Filadelfia en junio de 1915, Wilson proponía en Omaha, en el otoño de 1916, «Poner toda nuestra fuerza al servicio de una Liga de las Naciones». Su campaña electoral, orquestada el 14 de junio en la convención demócrata de Saint Louis, sobre el tema «Wilson nos ha mantenido apartados de la guerra», ponía de relieve sin embargo su pacifismo, en tanto que el progresista Roosevelt, el viejo, partidario de la intervención, se había encontrado en minoría, el 7 de junio, en la convención de Chicago, enfrente de Charles Hugues, oficialmente designado candidato republicano con el slogan «Fuera de la guerra». Wilson triunfó, el 7 de noviembre, por una leve mayoría (277 mandatos contra 254, y 9.129.606 votos populares contra 8.538.221). Con el fin de ganarse a la opinión, juzgó conveniente lanzar el 18 de diciembre de 1916 una nota a los beligerantes, pidiéndoles que dieran a conocer sus condiciones de paz, antes de definir él mismo con un mensaje al Senado, el 22 de enero de 1917, sus propios objetivos de guerra: paz sin anexión ni indemnización, derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, libertad de los mares, institución de

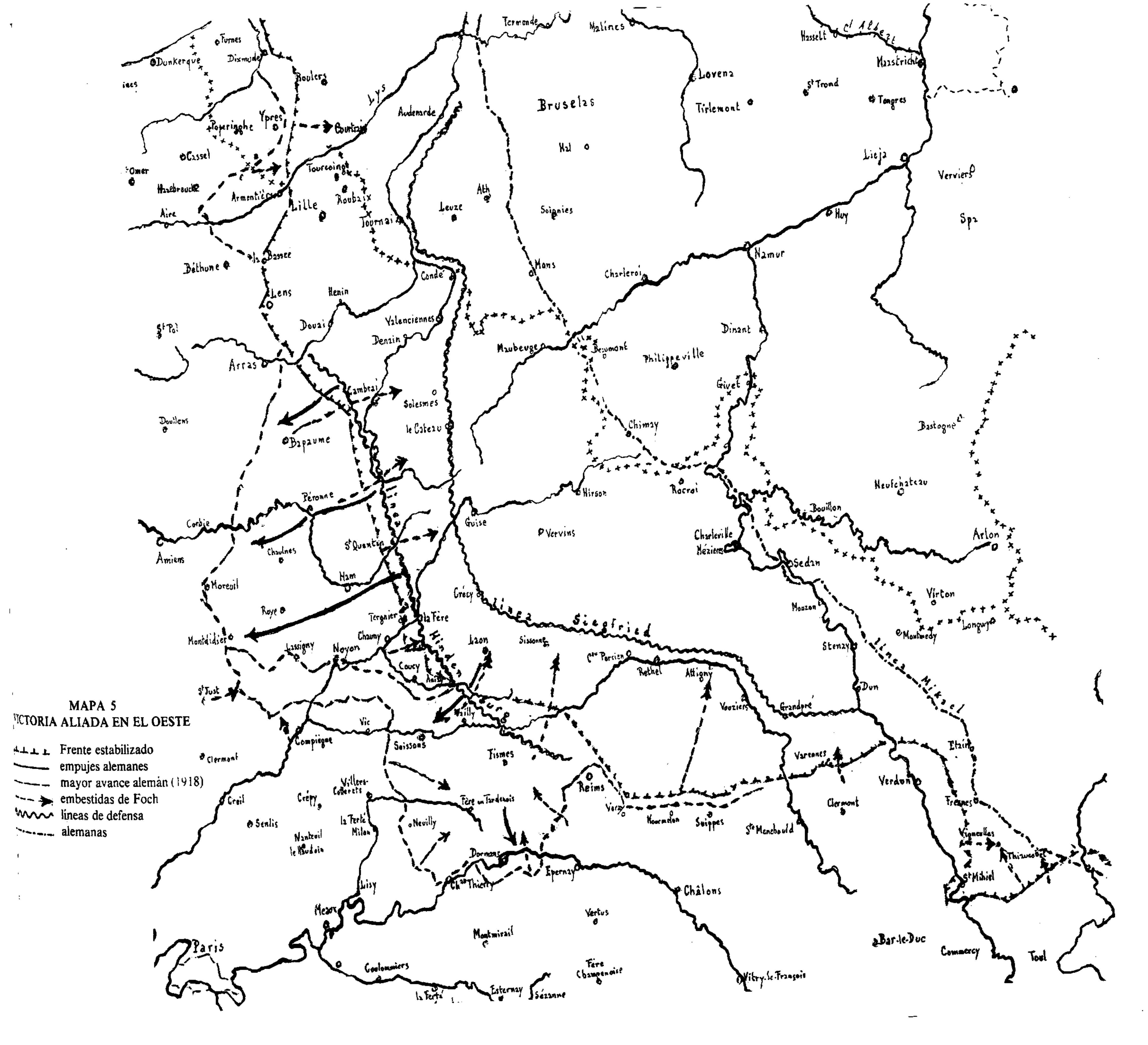
una Liga de las Naciones. Unos días antes, el 4 de enero, no había vacilado en responder al coronel House, que le exhortaba a «prepararse militarmente para la eventualidad de una guerra», que la intervención norteamericana «sería un crimen contra la civilización». Pero, obligado a ceder a la presión de su entorno, he aquí que ahora aquel campeón de la democracia, olvidando su propia opinión, se endosa la armadura y entra en liza, espada en mano.

Intervención en favor de los judíos en Europa

Adelantándose a su gobierno, hace ya tiempo que el judaísmo americano ha intervenido en los asuntos europeos. Especialmente en Rusia donde, a fin de ayudar a sus correligionarios, cuya zona de residencia sirve de campo de batalla entre los contendientes austro-germanos y rusos, ha creado en la primavera de 1915, bajo la dirección de Félix Warburg, un «Joint Distribution Committee», un organismo conjunto de socorro, con la colaboración del «American Jewish Committee», formado en 1906, tres años después de *pogrom* de Kichinev (dirigido primero por el juez Mayer Sulzberger, de Filadelfia, y luego por Luis Marshall, de Nueva York, hasta 1929), de la «Unión of American Hebrew Congregations», ortodoxa, de la Orden de los «B'naï B'rith» (presidido por Alfred M. Cohen, de Cincinnati, quien nombra a Boris D. Bogen, secretario de la «Constitutional Grand Lodge», como delegado del «Joint» cerca de los Soviets; en cuyo puesto le sucederá I. M. Rubinow en 1929), de las «Trade Unions» judías («Workmens'Circle», con 85.000 afiliados; «Amalgamated Clothing Workers», con 160.000; «Ladies Garment Workers», con 140.000 en 1930). Disponiendo de cuantiosos fondos, unos 50 millones, y luego 90 millones de dólares, el «Joint» encargará a Edgar Hoover el abastecimiento de las poblaciones desgraciadas y tratará de establecer, bajo el control de Julius Rosenwald, James N. Rosenberg y Joseph A. Rosen, unos 250.000 judíos en el sur de Rusia. Después de haber incitado a Guillermo II a tratar con moderación a los judíos de los territorios ocupados, y empleado a Max Warburg para negociar una paz separada con la complicidad de Boris Stürmer y de Rasputín, durante el año de 1916 (cf. más arriba), presintiendo el próximo hundimiento de la odiada autocracia zarista, el banco Kuhn-Loeb, y detrás de él la alta finanza judeo-alemana de los Estados Unidos, se une con el clan Morgan, empujando al presidente Wilson, después de su reelección, a endurecer su posición hasta desencadenar la intervención americana al lado de los Aliados.

Prescindiendo de la voluntad popular, Cruzada democrática en contra de la autocracia

A la notificación por Alemania, el 31 de enero de 1917, de la extensión de la guerra submarina a las costas de Francia y del Medtierráneo occidental (además de las de las Islas Británicas, del mar del Norte y de la Mancha), el Presidente responde, el 3 de febrero, con la ruptura de las relaciones diplomáticas y con la decisión de armar a los barcos mercantes (26 de febrero). A la pérdida del *steamer* «Vigilantia», hundido el 19 de marzo, y de otros siete barcos hasta el 1 de abril, y a la amenaza, ilusoria, contenida



MAPA 5
VICTORIA ALIADA EN EL OESTE
Frente estabilizado
empujes alemanes
mayor avance alemán (1918)
embestidas de Foch
líneas de defensa
alemanas
Bruselas
Lille
Arras
Amiens
Paris
Reims
Verdun
Sedan
Namur
Lieja
Maastricht
Lovena
Charleroi
Mons
Cambrai
Péronne
St Quentin
Laon
Soissons
Compiègne
Montdidier
Noyon
Châlons
Epernay
St Mihiel
Metz
Linea Siegfried
Linea Hindenburg
Linea Mikael

en un despacho del ministro alemán Zimmermann, publicado por los británicos el 1 de marzo, en el que se habla de arrastrar a Méjico a tomarse la revancha sobre su vecino yanqui, replica sin vacilar el 6 de abril con una declaración de guerra (decidida el 20 de marzo, aprobada en la Cámara por 373 votos contra 36, en el Senado por 82 contra seis), para la cual la señal ha sido, evidentemente, el éxito del primer movimiento revolucionario en Rusia, el 14 de marzo. Ante el Congreso, convocado en sesión extraordinaria el 2 de abril, ha procurado precisar su posición ideológica de lucha «contra los gobiernos autocráticos», a fin de «asegurar la salvación de la democracia en el mundo» («Make the world safe for democracy»), reclamando la intervención de los Estados Unidos, «con todas sus fuerzas», en Europa. Sus medios financieros: la autorización concedida al Tesoro de llevar sus anticipos al Estado hasta un techo de 10.000 millones de dólares los atiende con largueza; el 9 de abril, el primer empréstito de la Libertad recoge 2.500 millones de suscripciones, el segundo retendrá 3.800 millones sobre 3.600 propuestos, el 27 de octubre de 1917. Sus efectivos militares: si bien los alistamientos voluntarios dan unos resultados decepcionantes (186.000 hasta el 13 de diciembre de 1917, en comparación con 1.300.000 en Inglaterra el 1 de enero de 1915), una serie de leyes estableciendo, el 18 de mayo, el «Selective Service», reclutamiento a elección, de los veinte a los treinta años, luego el reclutamiento por sorteo, el 20 de julio, y el servicio militar obligatorio, mitigado con numerosas exenciones, entre los dieciocho y los cuarenta y cinco años, el 31 de agosto, permitirá, fusionando los 145.000 hombres del ejército regular y los 130.000 de la guardia nacional con los nuevos reclutas, alinear a finales del año 1917 un ejército de 1.250.000 hombres (de los cuales la primera división desembarcará en Saint-Nazaire el 28 de junio), al mando del general Pershing, con el cual ha conferenciado en abril el mariscal Joffre.

Para poner coto a la creciente llegada de aquellos suministros y de aquellos contingentes del otro lado del Atlántico, Alemania se empeña en una lucha submarina a ultranza durante el año 1917. Las pérdidas marítimas aliadas en siete meses son considerables: 540.000 toneladas en febrero, 570.000 en marzo, 840.000 en abril, 591.000 en mayo, 695.000 en junio, 550.000 en julio, 506.000 en agosto. Pero, en septiembre, descienden a 350.000, para caer en 283.000 en agosto de 1918, 187.000 en septiembre, 135.000 en octubre-noviembre. La réplica ha sido encontrada en parte gracias a la organización de convoyes protegidos por destructores, patrulleros y aviones. Y el ritmo acelerado de las construcciones navales las compensan. Se hace evidente que entre la desaparición del ejército ruso, consagrada por la paz de Brest-Litovsk, y la presencia efectiva de los refuerzos norteamericanos, el Estado Mayor alemán sólo dispondrá de unos meses en 1918 para imponerse en el frente occidental.

* * *

Americanizado y judaizado, Clemenceau ultrancista

Francia, condenada una vez más al papel de campo de batalla principal, ¿resistirá hasta el fin? Preocupado por el aniquilamiento del aliado en el

que había depositado tan a la ligera sus esperanzas, Poincaré ha acogido con el natural alivio el apoyo de los Estados Unidos. «Esta guerra no habría tenido su significado total si los Estados Unidos no hubiesen sido inducidos por el propio enemigo a tomar parte en ella», telegrafió a Wilson para felicitarle por su intervención. Si no son palabras en el aire, ¿qué sentido oculto, qué alusión discreta a la trama secreta de los acontecimientos hay que atribuirles? Lo cierto es que, pasando por encima de sus preferencias personales y de la incompatibilidad proclamada por los socialistas, el presidente de la República, al llamar a su rival Clemenceau al gobierno, el 16 de noviembre de 1917 coincidiendo con la revolución bolchevique del 13), no podía hacer una elección más del agrado de Washington: Clemenceau el americano, médico con los norteños durante la guerra de Secesión, corresponsal del «Temps» en los Estados Unidos, buen servidor, con Cornelius Herz, de la intriga de Panamá y de la propaganda contra España en la campaña de Cuba; divorciado de una norteamericana, Mary Plumer (a la que había raptado en 1869 y con la que tuvo tres hijos), ligado con tantos israelitas por numerosos lazos de familia (9), flanqueado por Georges Mandel (cuyo verdadero nombre era Jeroboam Rothschild, aunque sin ningún parentesco con la famosa dinastía bancaria) como jefe de gabinete.

Nadie más cualificado, desde luego, para tensar las energías y conducir el país hasta la victoria final. «Mi único pensamiento es la guerra integral —proclama en el Parlamento—. Ni traición ni semitraición: ¡nada más que la guerra!» Cortar de raíz toda debilidad interior y toda tentativa de negociaciones de paz: ¿no era eso lo que Poincaré esperaba precisamente de él? Combatir el derrotismo bajo todas sus formas. La agitación marxista, mantenida por Alphonse Merrheim y su Federación Metalúrgica (200.000 cotizantes), que en mayo de 1917 provocaron una huelga de 100.000 obreros, por los dirigentes de los motines de finales de mayo y por los socialistas-revolucionarios invitados a trasladarse a Estocolmo, el 3 de junio, por sus camaradas rusos y alemanes, a los cuales el gobierno ha negado pasaportes. Las campañas de traición, alimentadas por los subsidios del enemigo, las de «la canaille du Bonnet rouge», denunciadas por Maurice Barrès, el 7 de julio (Duval, administrador de aquel periódico, fue detenido al regreso de un viaje a Suiza; se le encontró un cheque de 158.000 francos remitido por el banquero alemán Max, de Mannheim; esto permitió la detención, el 4 de agosto, de su director Vigo, llamado Almereyda, que pereció en circunstan-

(9) Su hermana Sophie, casada en 1890 con un periodista judío austríaco, Bryndza, al que sorprendió y mató en flagrante delito de adulterio.

Su hermano Paul, esposo de Sophie Szeps (hija del director del «Neues Wiener Tagblatt»), cuyo salón político, en París, era frecuentado por el general Picquard (el del caso Dreyfuss) y Paul Painlevé.

Su hermano Albert, abogado de «L'Aurore», de Anna Gould y del banquero especulador Rosenthal, detenido al declararse la guerra.

Su hija, Madeleine Jacquemaire, cuyo marido se suicidó, y que se rodeó de escritores: Fromentin, Halévy, Fernand Gregh, Julien Benda, Marcel Prouot, Robert Dreyfuss, del «Fígaro».

Su segunda hija, Thérèse Gatineau, cuyo marido fue amigo de los banqueros Michel y André Lazard.

Su hijo Michel, mezclado con los tráficos de armas de Basil Zaharof.

Y sus nietos:

George, casado con la hija de un comerciante en diamantes multimillonario, Jean Roseman, y Pierre, que se casó en segundas nupcias con una Grünewald de Nueva Orleans.

cias sospechosas en la prisión de Fresnes, el 20 de agosto; condenado a muerte el 15 de mayo de 1918, Duval sería fusilado el 17 de julio); las que preparaba la compra del «Journal» de Letellier y Charles Humbert, por Lenoir y Desouches, con el apoyo de Paul Bolo, llamado Bolo pachá, por 10 millones, gracias a unos fondos procedentes de Alemania (el hallazgo de 25.000 francos en billetes suizos en el guardarropa del diputado Turmel, el 9 de julio, permitió desentrañar el caso el 20 de septiembre y detener el 29 a Bolo, que había recibido del Deutsche Bank 1.683.000 dólares, o sea, 8,4 millones de francos, y que sería condenado a la pena capital el 14 de febrero de 1918, el 24 de octubre a Pierre Lenoir, condenado el 31 de marzo y ejecutado el 9 de mayo de 1919, y a Guillermo Desouches, y, el 13 de noviembre, al senador Charles Humbert, absuelto el 9 de mayo de 1919). Desde luego, sus predecesores Alexandre Ribot y, desde el 13 de septiembre de 1917, Paul Painlevé, entablaron los procedimientos, pero Clemenceau ayudó vigorosamente a ello con sus ataques directos contra el ministro del Interior Malvy, acusado por él de complicidad culpable. «Os acuso de traicionar los intereses de Francia» (22 de julio de 1917). Cuando Malvy fue admitido en el Comité de Guerra, según «A B C» de Madrid del 23 de julio, los alemanes fueron advertidos de la ofensiva del Camino de las Damas. El ministro incriminado dimitió el 31 de agosto, arrastrando con él, el 7 de septiembre, a todo el gabinete.

Presidente del Consejo (investido por un voto de confianza aplastante: 418 contra 65), Clemenceau entabla la lucha contra todos los políticos susceptibles de negociar con Alemania. Malvy solicitó «motu proprio» comparecer ante un Alto Tribunal, el 22 de noviembre de 1917; una comisión parlamentaria de 33 miembros sólo retuvo contra él los cargos de negligencia en el cumplimiento de los deberes de su cargo (indiscreciones a propósito de la ofensiva, debilidad en la represión de los motines); el Tribunal Supremo, reunido del 16 de julio al 8 de agosto de 1918, previo acuerdo con el Senado, el 28 de enero, sólo le condenará a cinco años de destierro. A continuación le llega la vez a Caillaux, comprometido por unas cartas imprudentes a Bolo y Almereyda, escalonadas de 1915 a 1917, y por unas manifestaciones pesimistas efectuadas en Italia en 1916 y transmistidas por Sonnino; por 396 votos contra dos y 115 abstenciones, la Asamblea aprueba la anulación de la inmunidad parlamentaria del senador, el 22 de diciembre de 1917; el 14 de enero de 1918, el capitan Bouchardon (que se ha mostrado implacable en las actuaciones contra la Mata-Hari) le hace detener; en una caja fuerte abierta en Florencia a finales de 1915, la policía descubre el famoso dossier «Rubicon», en el que Poincaré y varios directores de periódicos considerados como belicistas son especialmente maltratados. Particularmente vengativo en la ocasión, el presidente de la República desearía que el culpable compareciese ante un consejo de guerra. Clemenceau se limita a llevarle ante el Supremo, que le condenará a tres años de prisión, el 23 de abril de 1920. La retaguardia, pues, resistirá. Como obedeciendo a un consigna, los socialistas, en Francia, apenas hablan ya de paz, aceptando el slogan «¡Guerra a la guerra!»; en el Congreso de Clermont-Ferrand, el propio Merrheim pone sordina a su agitación. Derrotar primero a los imperios centrales y seguir más tarde, si es posible, el ejemplo de la Rusia soviética: tal es la consigna.

Fracasa el último asalto alemán

En cuanto al frente occidental, mantenido por 172 divisiones aliadas (99 francesas, 58 británicas, 10 belgas, tres norteamericanas y dos portuguesas, de valía desigual), en espera de recibir el grueso de las fuerzas norteamericanas (150.000 hombres, que serán 500.000 en mayo y un millón en julio), se dispone a resistir la embestida de 192 divisiones alemanas (o sea, poco más de tres millones y medio de soldados), de las cuales 56 son unidades de choque. Atacando por el punto más débil, precedidas por una barrera de fuego artillero, que acompañaba su avance, según la táctica preconizada por el general von Hutier, 28 divisiones se lanzan el 21 de marzo contra las líneas inglesas del Somme. El III ejército del general Byng, al norte, resiste, pero el IV del general Gough, al sur, es desbordado; los alemanes capturan 90.000 prisioneros; el 25, se encuentran a 30 quilómetros de Amiens, franquean el Oise, toman Peronne el 26 (sin alcanzar la cota de Vimy), cruzan el Somme en Ham el 23, entran en Noyon el 24, luego en Nesle y en Roye, y el 27, a pesar del refuerzo de divisiones francesas (seis D. I. y dos D. C.), conquistan Montdidier y abren una brecha de 15 quilómetros entre británicos y franceses. Estos últimos, obligados a prolongar su frente en 100 quilómetros, han perdido hasta el 5 de abril 170.000 hombres. Los días 9 y 10 de abril, los ejércitos alemanes IV y VI (35 divisiones) reanudan la ofensiva en Flandes, en las dos orillas del Lys, apuntando a los puertos del Estrecho. Dos divisiones portuguesas vuelan en pedazos, Armentières es ocupado, lo mismo que el monte Kemmel, el 24, y Amiens amenazado. La llegada de cinco divisiones de infantería (seguidas casi inmediatamente de otras cinco) y de tres D. C. francesas logran frenar el avance enemigo. Ante el peligro, los Aliados, reunidos el 25 de marzo en Abbeville (lord Milner, sir Henry Wilson, Douglas Haig y Weygand), en Compiègne (Milner, Clemenceau, Foch, Petain) y el 26 en Doullens (Milner, Wilson, Douglas Haig, Poincaré, Clemenceau, Loucheur, Foch, Petain, Weygand), se deciden a realizar el mando único: encargado al principio de «coordinar» la acción militar común, Foch es nombrado finalmente el 16 de mayo general en jefe de los ejércitos aliados. Apremiados por el tiempo, amenazados de una crisis de efectivos, Hindenburg y Ludendorff lanzan el 27 de mayo un asalto supremo: 30 de sus divisiones (los ejércitos I y VII) franquean el Ailette, rechazan en el Camino de las Damas a ocho divisiones francesas y tres británicas, cruzan el Aisne, llegan al Marne, toman Chateau-Thierry el 30 de mayo y capturan 55.000 prisioneros. El 9 de junio se reanuda el ataque entre Montididier y Noyon, en dirección a Compiègne, y he aquí a París nuevamente amenazado, como en las peores horas del Marne. Pero la resistencia de las tropas alemanas, demasiado jóvenes, ya no es la misma. Un vigoroso contraataque, conducido por el general Mangin con cinco divisiones, apoyadas por carros de asalto y 432 aviones de los 600 de una división aérea de nueva formación, frena el impulso del adversario (11 de junio). Los días 15 y 16 de julio, una última tentativa de cruzar el Marne en Epernay y apoderarse de Reims, a la cual los Aliados oponen una «defensa elástica» en profundidad, se salda con un fracaso.

Alemania ha perdido ahora la iniciativa de las operaciones, y se da cuenta de ello. El 24 de junio, en el Reichstag, el secretario de Estado Richard von Kuhlman, bávaro y católico, habla de reanudar las negociacio-

nes de paz. Lo que le vale ser destituido, el 8 de julio. Canciller desde el 1 de noviembre de 1917, el anciano ministro conde Georg von Hertling (setenta y cinco años), también bávaro, está demasiado sometido a la influencia del Estado Mayor para imponer aquel punto de vista. Y es únicamente en Avesnes, el 13 de agosto, cuando Ludendorff advierte al Kaiser que no puede pensarse ya en una victoria militar. Al día siguiente, en el Cuartel General de Spa, Guillermo II resiste a la presión que ejercen sobre él sucesivamente el emperador Carlos y el armador Ballin, hasta que el 29 de septiembre se presentan Hindenburg, Ludendorff y el secretario de Estado, almirante von Hintze, a reclamar la conclusión inmediata de un armisticio militar.

Francia, liberada por las embestidas de Foch

Desde que, en la noche del 17 al 18 de julio, un contrataque de los generales Degoutte y Mangin, saliendo con unos tanques del bosque de Villers-Cotterets, ha obligado a los alemanes a abandonar Chateau-Thierry, dejando 17.000 prisioneros, las orillas del Marne (en la noche del 27 al 28) y a no tardar todo el terreno conquistado desde el 27 de mayo, la iniciativa y la fortuna cambian de bando. Mediante sucesivas embestidas, lanzadas sin descanso sobre el conjunto del frente, Foch, nombrado mariscal el 7 de agosto y disponiendo de 212 divisiones, obliga al ejército alemán, compuesto de 181 divisiones depauperadas, a replegarse sobre sus líneas fortificadas, y poco después a evacuar las regiones invadidas para retirarse ordenadamente detrás de sus propias fronteras. Tras Soissons, reconquistado el 1 de agosto, la bolsa de Montdidier, al noroeste, es reabsorbida, del 8 al 18 de agosto, por el ejército del mariscal Douglas Haig. El ataque se extiende entonces, del 20 al 26 de agosto, por los ingleses, en Artois, hacia Bapaume, rebasado el 25, Chaulnes, Roye, el 27, y Péronne, el 1 de septiembre, provocando el repliegue de los alemanes sobre la línea Hindenburg, después de la evacuación de la bolsa del Lys, en la noche del 3 al 4 de septiembre, y por los franceses, sobre el Ailette, entre el Oise y el Aisne, hacia Chauny, Lassigny y Noyon (el 29). El 3 de septiembre, la ofensiva se hace general, desde el Mosa hasta el mar del Norte, con Meziéres como objetivo lejano. Del 12 al 22 de septiembre, el ejército norteamericano, entre el Mosa y el Mosela, reduce al saliente de Saint-Mihiel y rechaza a los alemanes sobre la posición «Michel», antes de ser trasladado más al oeste, a Argonne, donde prolonga la acción desencadenada, el 26, por el ejército de Gouraud en Champagne. La Fère, Laon y Reims quedan libres; la línea «Sigfrido», que se extiende desde Arras hasta Soissons, es perforada en la noche del 26 al 27 de septiembre; el Escaut es franqueado y Cambrai ocupado el 9 de octubre, así como, al día siguiente, la cresta de Flandes. Del 15 de julio al 10 de octubre, han caído en manos de los Aliados 248.000 prisioneros. En la noche del 1 al 12 de octubre es conquistada la posición del Camino de las Damas. Rechazados el 20 sobre su última línea de defensa, jalonada, de 50 a 80 kilómetros detrás del frente de partida, por Amberes, Bruselas y Namur, los alemanes abandonan Lille, Roubaix, Tourcoing, los días 17 y 18 de octubre, Douai, Ostende y Zeebrugge, los días 4-5 de noviembre. Desde el Escaut hasta el Mosa, la retirada alemana es general. Sedan es ocupado el 8, y el 9, Mezières, Charleville, Maubeuge, Mons, Tournai y Gante.

Hundimiento turco

En aquella fecha, todos los frentes secundarios se han hundido ya. El de Asia Menor el 30 de octubre, día en que los plenipotenciarios turcos se han presentado en Moudros para solicitar el armisticio. En aquel teatro de operaciones la Gran Bretaña, antes de proclamar su protectorado sobre Egipto (17 de diciembre de 1914), había desembarcado en Basora, sobre el Chattel-Arab, desde noviembre, un ejército anglo-indio, lanzado a la conquista del petróleo de Mossul. Llegado a Kurna, en la confluencia del Tigris y del Eufrates, en enero de 1915, aquel cuerpo expedicionario, a las órdenes de los generales Nixon y Townsend, había remontado el Tigris, ocupando Amara el 3 de junio y Kut-el-Amara el 28 de septiembre, pero había tropezado, el 22 de noviembre, en Ctesiphon, a 50 kilómetros de Bagdad, con las tropas de Nur-Eddin, que lo habían rechazado sobre Kut-el-Amara y encerrado en la ciudad, viéndose obligado a capitular con 9.000 hombres, el 29 de abril de 1916, ya que los refuerzos enviados en su ayuda habían sido detenidos por von der Goltz. Al año siguiente, sir Stanley Maude, oponiendo 95.000 combatientes a 18.000 turcos, vengó aquel fracaso: desbordando a su adversario sobre el Chatt-el-Hai, penetró en Kut-el-Amara el 24 de febrero de 1917, llegó a Ctesiphon el 6 de marzo y, franqueando el Diala el 10 de marzo, hizo su entrada en Bagdad el 12. El 23 de abril alcanzó Samara, sin haber podido cortar la retirada, en Khanikin, el 31 de marzo, al XIII cuerpo, que protegía el ala izquierda turca y que, amenazado de quedar atrapado en tenaza, al norte, por los rusos, consiguió reunirse con el XVIII y retirarse hacia Mossul. La llegada del general von Falkenhayn y de refuerzos que elevaron los efectivos turcos a 80.000 hombres hizo más lento el avance de los británicos, que ocuparon Ramadié a finales de septiembre, Tekrit el 5 de noviembre y Khanikin el 9 de diciembre de 1917. Reanudando la ofensiva sobre el Eufrates, del 19 al 28 de febrero de 1918, los británicos, disponiendo de 250.000 hombres, consiguieron entrar en Hit y cortar a los turcos su ruta de repliegue hacia Alep.

Sin embargo, en el oeste, en los aledaños de Suez, la lucha había sido dura. Sir Archibald Murray, con 50.000 hombres, había obtenido en El-Arish-Kafa, del 22 de diciembre de 1916 al 9 de enero de 1917, contra las tropas turcas del general von Kressenstein, un éxito que le había permitido liberar el canal y controlar la península del Sinaí, pero sus asaltos contra Gaza, por dos veces, se habían saldado con otros tantos fracasos, los días 27 de marzo y 19-22 de abril de 1917. Su sustituto, sir Edmund Allenby, no tardaría en disponer, con 200.000 hombres, de una superioridad numérica aplastante (dos contra uno para la infantería, cinco contra uno para la caballería), de una red ferroviaria mejorada y también del apoyo de los árabes. En septiembre de 1914, lord Kitchener había tenido la idea de oponer en aquellas regiones los árabes a los turcos, y había establecido contacto con el emir Abdullah, hijo segundo del hachemita Hussein ibn Ali, jerife de La Meca (detenido como rehén por espacio de dieciocho años en Constantinopla por Abdul Hamid). En enero de 1915, el jerife había enviado a sus hijos, Ali a Medina y Faisal a Damasco, para preparar un levantamiento, en conexión con las sociedades secretas militares árabes herederas de la «Akhroua» (disuelta), la «Ahad» en Mesopotamia y la «Fetah» en Siria. Las circunstancias parecían favorables: formando la tercera parte del

ejército turco, dos divisiones árabes defendían Alepo y tres Damasco, contra una sola división otomana, más allá del Taurus. Sin embargo, el asunto salió mal: el descubrimiento de documentos comprometedores en un consulado francés de Siria permitió a los Jóvenes Turcos, Enver, Talaat y Djemal, decapitar el complot de los oficiales árabes, dispersar sus tropas y hacer ocupar fuertemente Medina por Fakhri pachá y su XII cuerpo de ejército. La operación de los Dardanelos contribuyó finalmente a desalentar a los árabes, que esperaban un desembarco en Alexandrette.

De todos modos, sir Henry Mac Mahon, alto comisario inglés en Egipto, asumió el solemne compromiso de sostener la causa de la independencia árabe en la región comprendida entre el Taunus y el Golfo Pérsico (a excepción del Líbano), el 24 de octubre de 1915. Fiado en la promesa hecha en abril de 1916 por Ibn Seoud, rey del Negev, de no oponerse a los planes de Inglaterra, Hussein, que desde mediados de 1915 empezó a distanciarse de los turcos, esperó al 5 de junio de 1916 para proclamar contra ellos la guerra santa. Las tribus sublevadas se apoderaron de La Meca, de los puertos de Djeddah, Yambo y del oasis de Taif, pero fracasaron delante de Medina. Fue entonces cuando, acompañando a sir Ronald Sterrs, secretario oriental en Egipto, el capitán Lawrence inició su gran aventura, entrevistándose el 17 de octubre con el emir Abdullah en Djeddah, y luego con sus hermanos, Faisal en el djebel Soulch y en Hamra, y Ali en Rabegh. Con el apoyo del «sirdar» sir Reginald Wingate, del almirante sir Rosslyn Wemyss y de los coroneles Wilson y Bremond, se estableció una base en Yambo, en la que 8.000 árabes, atraídos por un sueldo mensual de dos libras esterlinas por hombre y de cuatro por camello, se agruparon a las órdenes de Faisal y de su joven hermano Zeid, que defenderá bastante mal el lugar. Pero un nuevo salto efectuado por mar y por tierra sobre El-Ouejd (24-25 de enero de 1917), redujo a los turcos a la defensiva alrededor de Medina.

A partir de entonces, la vía férrea se convierte en el principal objetivo: el 30 de marzo, cerca de Abba-el-Naam, descarrila un tren cargado de tropas (70 muertos o heridos, 30 prisioneros), luego otro, en el quilómetro 121, y nuevas destrucciones, en Djfer y Abba-el-Lissan, cerca de Minifir, de estaciones y de una decena de puentes, señalan, del 30 de mayo al 16 de junio, una osada incursión en dirección a Akaba, ocupado el 6 de julio, después de un violento encuentro en la llanura de Gouweira con un batallón turco, que deja 300 hombres sobre el terreno y 160 prisioneros, y de otro, en Kethira, el 4 de julio. Reforzada con 2.000 auxiliares reclutados a su paso en las tribus, la columna meharista de 500 hombres logra conservar aquel puerto y transformarlo en una nueva base de operaciones, en conexión con Allenby, a partir del 16 de septiembre. Mientras este último rompe el frente turco de Palestina, extendido sobre 48 quilómetros desde Gaza hasta Beersheba, desbordando y conquistando esta última posición, el 31 de octubre, para hundir a continuación el centro del dispositivo enemigo en Tell-es-Sheria el 6 de noviembre y entrando en Gaza el 7, para alcanzar los días 22-23 de noviembre Jerusalén, que capitula el 9 de diciembre, a lo largo de la línea del Hedjaz, en el valle del Yarmouk, en cuatro meses estallan 17 locomotoras, vuelan las estaciones y los puentes (en Moudowwara, por ejemplo), los trenes descarrilan y son ametrallados (incluido, en diciembre, uno en el que viaja Djemal pachá, jefe del VIII cuerpo de ejército, salvado por su escolta). Una

nueva incursión, desencadenada el 5 de noviembre, conduce a los irregulares árabes a Azrack, al este de Amman. Caído en manos de los turcos a raíz de un reconocimiento en solitario en Deras, Lawrence logra escapar.

Pero la campaña de 1918 empieza mal. Con 40.000 hombres de los cuerpos de ejército IV, VII y VIII, Liman von Sanders consigue contener a los británicos al sur de Naplonse. Jericó es ocupado y reconquistado. Avanzando al este, hacia el oasis de Petra y Tafila, al sur del mar Muerto, los árabes entablan un violento combate alrededor de Amman, el 28 de enero, con la 48.º D. I. turca de Fakhri pachá, pero no pueden conservar Tafila. Multiplican los ataques contra la vía férrea (en Moudowwara el 30 de marzo, Semna, Jerdoun el 18 de abril, Sham, Ramleh). Mientras Falkenhayn prescribe el repliegue de las fuerzas de Medina sobre Ma'an (al norte de Akaba) y Djemal pachá, apoyado por Mustapha Kemal (comandante del VI cuerpo de Ejército), ofrece a Faisal la autonomía del Hedjaz, de Mesopotamia y de Siria, el 19 de septiembre, Allenby, que dispone desde julio de 450.000 hombres y de 500 cañones, reanuda la ofensiva con carros de combate delante de Tiberiades y rompe el frente enemigo, defendido desde 16 quilómetros el norte de Jaffa, por Neplouse, hasta Amman, por los ejércitos IV, VII y VIII (sorprendido al levantarse de la cama, en Nazareth, Liman von Sanders escapa de milagro a la persecución de 20.000 jinetes). De las tres unidades turcas involucradas (125.000 hombres), dos deponen las armas (80.000 hombres, entre ellos 15.000 alemanes), el 30 de septiembre.

Entretanto, Lawrence y Faisal, reforzados con los 2.000 meharistas del «Camel Corps» del Sinaí, salidos de Azrak el 10 de septiembre, se dedican los días 15 y 16 de septiembre a cortar, a pesar de la viva reacción de la aviación turca, las tres vías férreas que convergen hacia el nudo de comunicaciones de Deraa, ocupado el 26. Con el apoyo del general Barrow y el cuerpo montado australiano, que se le han unido, Lawrence hostiga a dos columnas de 4.000 y de 2.000 hombres del IV ejército en retirada hacia el norte (donde los alemanes resisten heroicamente) y, mientras Allenby lanza a través del Jordán a sus neozelandeses hacia Amman, entabla la carrera por Damasco con los hindúes, que se han apoderado de Deraa, y con los australianos, que han ocupado Kunaitra y que convergen hacia la capital siria. El primero en entrar en la ciudad, el 1 de octubre, tropieza con la hostilidad de Abd el Kader y de sus argelinos y, en medio de un desorden indescriptible, logra colocar en el Ayuntamiento a Soukhri el Ayubi, que proclama a Hussein rey de los árabes, constituye penosamente un gobierno y se esfuerza en resolver los problemas urbanos más urgentes.

En un plano superior aparecen ya las contradicciones en las cuales va a debatirse la diplomacia británica. Violentamente hostil a Francia, Lawrence choca directamente con lord Curzon, obligado a respetar los acuerdos concluidos entre sir Mark Sykes y Georges Picot el 19 de mayo de 1916, reconociendo a Siria como zona de influencia francesa. Y, fiel agente, lo mismo que sus protectores D. H. Hogarth, su maestro en Oxford, jefe del *Intelligence Service* en El Cairo, y el coronel Symes, de la «Oficine árabe», de los políticos de la City, lord Balfour, lord Milner, sir Percy Cykes, el general Smuts, aunque no ignora («Era evidente... desde el primer momento, que si ganábamos la guerra aquellas promesas —a los árabes— serían



MAPA 6
DERROTA BULGARA EN 191
Empujes aliados
contrataques búlgaro
y austroalemanes
RUMANIA
BULGARIA
SERBIA
GRECIA
TURQUIA
MAR NEGRO
MAR EGEO
ADRIATICO
Danubio
Morava
Timok
Maritza
Vardar
Sava
Temesvar
Balaton
Novi Sad
Sibiu
Torre Roja
Kronstadt
Predeal
Focsani
Galatz
Ismail
Braila
Ploesti
Bucarest
Constanza
Silistria
Rutchuk
Nikopol
Sistova
Slatina
Craiova
Vulcan
Orsova
Belgrado
Kragujevac
Uzice
Serajevo
Kraljevo
Novi Bazar
Mitrovica
Pristina
Prizren
Cettinie
Cattaro
Scutari
Nisch
Pirot
Vidin
Lom
Vraca
Plevna
Chumen
Varna
Turnovo
Chipka
P. de Hierro
Sliven
Burgas
Sofia
Trajan
Philippopoli
Andrinopla
Dimotika
Constantinopla
Custendil
Kumanovo
Uskob
Strumica
Melnik
Drama
Xanthi
Cavalla
Dede Agach
Gallipoli
Dardanelas
Salonica
Dobropolje
Vergia
Kosani
Florina
Sokol
Monastir
Ohrid
Prilep
Korea
Tirana
Durazzo
Valona
Otrante
Kerkyra
Corfu

letra muerta», escribirá en el prefacio de la edición de 1940 de «Las siete columnas de la Sabiduría»), y aunque aprueba (especialmente en una carta al «Times» del 22 de julio de 1920) los proyectos de estado-tapón, de «Dominion marón» árabe-sionista, para los cuales se esforzará en conquistar al emir Abdullah, y con más dificultades al emir Faisal, engolosinándolos con la promesa de un apoyo considerable de la alta finanza (en el curso de una conferencia en El Cairo con el coronel Symes, colaborador del general Wingate, feroz sionista, el Dr. Weizmann y su secretario, futuro lord Sieff), no puede, sin perder la cara, seguir presentándose como paladín de la causa árabe. Se retira, pues, y abandona Damasco, el 4 de octubre.

Conquistado Homs el 16, y Alepo el 25, Mustapha Kemal se aferra aún a los contrafuertes del Taunus, cuando a raíz de la dimisión de Enver y de Talaat, el 7 de octubre, los plenipotenciarios turcos, acompañados del general Townsend, firman en Moudros el 20 de octubre —al margen de Francia, con la que no se cuenta— un armisticio. El 4 de noviembre de 1918, los británicos ocupan Mossul y la zona petrolífera de la cual es el centro aquella ciudad.

Franchet d'Esperey rechaza a los búlgaros y aparece en el Danubio

En los Balcanes, Bulgaria ha tenido que abandonar la partida el 29 de septiembre y, el 3 de octubre, el rey Fernando abdica en favor de su hijo Boris. Y aquella defección, dejando al descubierto el frente sur de los imperios centrales, tiene unas consecuencias más fatales aún. Hemos dejado el ejército de Salónica en el momento en que, bajo el mando del general Sarrail, iba a ver reforzados sus efectivos con los contingentes serbios reorganizados en Corfú (alrededor de 100.000 hombres), aumentados hasta casi 400.000 combatientes (finales de mayo de 1916). Gracias a la complicidad del presidente del Consejo griego, Skouloudis, el 24 de mayo de 1916 los búlgaros replicaron infiltrándose en el desfiladero de Demir-Hissar y poniendo a la defensiva el fuerte de Ruppel. Vuelto al poder Zeimis a raíz de un ultimátum aliado a Grecia (21 de junio de 1916), ha desmovilizado el 29 de junio, pero ha tolerado al mismo tiempo la ocupación de Seres, Drama y Cavalla por los búlgaros, del 20 de agosto a primeros de septiembre. Visto lo cual por Sarrail, deseoso de preparar la entrada en guerra de Rumania, se entrega a una demostración naval en la bahía de Salamina, el 1 de septiembre, provocando la dimisión de Zeimis, el 11, y una llamada a Venizelos, de Creta, el 27, para establecer un gobierno provisional en Salónica, en noviembre. Y lanza a los serbios al asalto del macizo de Keimatchelan, al norte del lago Ostrovo, en septiembre, toma Florina el 18 de septiembre y expulsa de Monastir a los búlgaros el 19 de noviembre.

Una emboscada contra unos fusileros de la marina francesa desembarcados en el Pireo para recoger material de guerra, acogidos con una descarga cerrada en el Zappeion, incidente seguido de una matanza de venizelistas, el 1 de diciembre, provoca la caída del primer ministro Lambros, la reposición de Zaimis y, a pesar de las excusas presentadas por Constantino, el 25 de enero de 1917, la deposición (decidida por Alexandre Ribot, que ha suce-

dido a Briand el 19 de marzo) del soberano por el alto comisario Jonnart, el 11 de junio, su abdicación en favor de su segundo hijo, Alejandro, el 29, el retorno de Venizelos al poder el 21, y la ocupación de Atenas por los Aliados, el 26. El bombardeo de Monastir (en agosto), el incendio de Salónica y la marcha del general Sarrail (10 de diciembre), reemplazado por Guillaumat el 22, y la movilización de 200.000 griegos, habían señalado el resto del año 1917.

Correspondió al general Franchet d'Esperey, llegado el 19 de junio de 1918, al desencadenar con gran brío la ofensiva final, inútilmente reclamada por él desde 1915 y denegada por los ingleses. Disponiendo ahora de 667.000 hombres contra 450.000, perfora el frente búlgaro en una extensión de 17, y luego de 25 quilómetros entre Monastir y el Vardar, haciendo que sus tropas de montaña trepen a los macizos difícilmente accesibles del Sokol (1.825 metros) y del Drobropolje (1875), del 15 al 17 de septiembre, y lo disloca lanzando seis divisiones serbias sobre Demir-Kapu, los días 21 y 22. Pisando los talones del enemigo en retirada, la caballería francesa llega a Uskub el 29. Los Aliados entran en Prilep el 24, en Istip el 25, en Stroutmitsa y en Veles los días 26 y 27. El 29 de septiembre, el ejército búlgaro capitula. El 3 de octubre, el zar Fernando abdica. El 12 es ocupado Nich, el 14 Pirot, el 16 Sofía, el 18 Novi-Bazar. El Danubio es alcanzado el 21 de octubre en Vidin, y el 1 de noviembre en Belgrado.

Amenazada de invasión en dos frentes, Austria se desintegra ya. Reorganizado detrás de Piave, sobre una línea acortada en 200 quilómetros, el ejército italiano (con 55 divisiones, de ellas 3 británicas y 2 francesas), mandado por el general Díaz desde el 9 de noviembre de 1917, había rechazado por medio de enérgicos contraataques la última ofensiva germano-austríaca, desencadenada del 13 al 23 de junio de 1918 por 58 divisiones. Cuando las negociaciones de armisticio, solicitadas el 13 de octubre, iban a entablarse, el 27, Italia se labró una fácil victoria cruzando el Piave con 40 divisiones entre los días 24 y 27 y capturando en Vittorio-Venetto, el 29, a unos 300.000 prisioneros que creían que la guerra ya había terminado. Tras la ocupación de Trento y de Trieste, el 3 de noviembre, se firmó oficialmente el armisticio, el mismo día, en la villa Giusti, cerca de Padua.

En vano el emperador Carlos se había esforzado en mantener la unidad de los países danubianos sometidos a su autoridad. A su advenimiento, su primer gesto había sido el de liberar a los autonomistas checos Kramarc, Klofatsch, Scheiner (jefe de los «Sokols») y Rasin, detenidos desde el comienzo de las hostilidades, condenados a muerte en junio de 1916 e indultados. Respondiendo a sus reivindicaciones, firmemente expresadas el 27 de mayo de 1917, en su discurso en el Reichstag, el 30, había logrado aliar al programa federalista, propuesto por su jefe de gabinete Pilzer-Holditz, a la mayoría de los parlamentarios eslavos: «Pedimos nuestra reunión en un organismo de Estado independiente y democrático, colocado bajo el cetro de la dinastía de los Habsburgo-Lorena», había precisado en su nombre el diputado esloveno Korochets, presidente del grupo yogoslavo, el 31 de mayo. Pero, a pesar del alejamiento del ministro húngaro Etienne Tisza en

mayo, las reticencias de su sustituto Esterhazy habían desalentado en sus esfuerzos a Pilzer, que dimitió en noviembre de 1917.

Benes y Wilson desmembran el imperio austro-húngaro

En efecto, en el espíritu de los conductores del juego, no se trata de autonomía ni de federalismo, sino de destruir la Doble Monarquía. Paladines del paneslavismo, los checos Kramarc y Rasin habían convocado en 1908 un congreso en Praga, donde organizaron el 20 de julio de 1912 un desfile monstruo de 17.000 «Sokols» (10). En 1913, la agitación estudiantil había provocado la disolución de la Dieta. Pero, al estallar la guerra, los principales jefes nacionalistas, confiando sobre el terreno a Samal la dirección de una especie de «mafia» secreta, habían desaparecido en el extranjero. Thomas Masaryk (obligado a aprender a escribir correctamente su idioma «nacional» cuando fue nombrado profesor de la Universidad de Praga, creada en 1882), que se había hecho famoso por su defensa del judío Hilsner en 1889 y de varios serbios ante los tribunales, se había marchado a Italia el 17 de diciembre de 1914, y luego a Londres y a los Estados Unidos. Por su parte, su lugarteniente el judío Benes, se trasladó a Suiza el 1 de septiembre de 1915, y de allí a París. Con el apoyo moral y financiero de las comunidades checas norteamericanas (de Nueva York, Chicago, Detroit, Cleveland, Pitsburg y Filadelfia), fuertemente respaldados por Louis Brandeis (originario de Bohemia) y por los sionistas Julius Mack y Sokolov cerca del coronel House y de Lansing —comunidades que, reunidas en congreso, habían reclamado la independencia el 13 de enero de 1915—, habían constituido en París, el 14 de noviembre de 1915, un comité nacional, del que también formaban parte Osusky, el croata Milan Stefanik y el diputado Dürich. Un poderoso «lobby» judeo-masónico secundaba su acción, lo mismo en París (Stephen Pichon, Philippe Berthelot, Leygues, Deschanel, presidente de la Cámara, el profesor Ernest Denis, Mme Boas de Jouvenel, los publicistas Jules Sauerwein del «Matin», Mme. Louise Weis, Gauvain, Boutroux, etc.) que en Londres (Philipp Kerr, futuro lord Lothian, secretario de Lloyd George, lord Northcliffe, sir Samuel Hoare, el socialista de la Bolsa Hyndman, los periodistas Wickham Steed del «Times», Garvin del «Observer», Whyte, amigo de Seton-Watson de «New Europe», el Dr. Dillon, Harold Williams, etc.). En consecuencia, no les resultó difícil reclutar —de acuerdo con la mejor tradición revolucionaria— entre los 300.000 prisioneros checos, tras una entrevista Masaryk-Aristide Briand, preparada por Philippe Berthelot el 3 de febrero de 1916, unas Legiones de voluntarios. En Rusia, el diputado Dürich, llegado en agosto de 1916, consiguió organizar, entre el 6 de abril y el 25 de junio de 1917, una primera división (que chaqueteó delante de Tarnopol), y otras dos a partir de julio, que constituyeron un cuerpo de ejército de 42.000 hombres, el 9 de octubre, cuerpo cuyos efectivos aumentaron hasta 67.000 hombres, al ser embarcado en Vladivostock.

---

(10) Los «Sokols» o Halcones, gimnastas formados a partir de 1862 por el checo Tyas y su cuñado alemán, J. Fügner, sobre el modelo de los «Turnerschaften», organizados en Prusia por Jahn contra Napoleón, sostenidos financieramente por las colonias eslavas de los Estados Unidos, agrupaban ya en 1908 a 75.000 afiliados en Bohemia, 20.000 en Galitzia, 6.000 en Posnania, 6.500 en Croacia y 2.500 en Eslovenia.

Otras unidades agruparon a 24.000 hombres en Italia (21 de abril-23 de mayo de 1918) y a 12.000 en Francia, de modo que el total, reconociendo la autoridad del comité de París desde el 20 de marzo de 1917, llegó a ser en agosto de 1918 de 128.000 hombres.

Baza importante en el momento en que la intriga diplomática se hacía más tupida. También en ese terreno la iniciativa correspondió a los Estados Unidos. Seguro del compromiso adquirido por los aliados (Francia, Gran Bretaña e Italia), el 10 de enero de 1917, en respuesta a un cuestionario suyo, de «liberar a los eslavos, a los rumanos y a los checos», Woodrow Wilson prometió, en el 10.° de sus 14 puntos, leídos en el Congreso el 8 de enero de 1918, un «desarrollo autónomo a los pueblos de Austria-Hungría» y decidió el 29 de mayo, apoyar «las aspiraciones nacionales de los checos y de los yugoslavos». En el intervalo, estos últimos habían concluido un pacto en Corfú, el 20 de julio de 1917, entre el serbio Trumbitch y el croata Pachitch (compromiso al que el esloveno Koroches no se adhirió hasta el 2 de marzo de 1918) y, entre los checos, un programa elaborado en Kiev en marzo de 1917 había sido aprobado por el Comité nacional de Praga, el 6 de enero de 1918. Las diversas nacionalidades danubianas se habían reunido finalmente en congreso en Roma, del 9 al 12 de abril de 1918.

Notando que se concretaban las amenazas de desmembramiento, el emperador Carlos trató de recuperar la iniciativa concediendo por una ordenanza del 21 de mayo de 1918 la autonomía a 5 distritos alemanes y a 7 distritos checos. Pero la réplica fue inmediata. Al día siguiente, Clemenceau, confesando que buscaba «destruir a Austria-Hungría apoyándose en las nacionalidades», y lord Robert Cecil se apresuraron a prometer la independencia a Eduard Benes. Entonces, el comité nacional de París, oficialmente reconocido el 3 de junio por lord Balfour, el 29 por Stephen Pichon y por Orlando, y el 2 de julio por Lansing, se constituyó en gobierno provisional el 26 y, a fin de eliminar a su rival el comité Kramarc, desencadenó el 14 de octubre un motín en Praga, que causó 5 muertos y 100 heridos. El hecho de que dos días más tarde, en pleno desastre, el emperador Carlos se decidiera a transformar la Doble Monarquía en una Confederación de Estados, no tuvo ya ninguna influencia sobre los acontecimientos. Por otra parte, una vez más, los húngaros, que habían tenido el privilegio de escapar a la carestía general, pretendían hacer rancho aparte. El 20 de octubre, los contingentes de la «Honved» se amotinaban para ir a defender su propio territorio, y aunque Andrassy, llamado para reemplazar a Burian en el gobierno el 26 de octubre, dirigió una nota al gobierno Wilson, en favor del mantenimiento del régimen, el conde Karoly proclamaba el mismo día la independencia magiar, en espera de que el conde Tisza cayera bajo las balas de un asesino el 31 de octubre, y de que la República fuese proclamada en Budapest el 16 de noviembre, como lo había sido en Praga y en Zagreb, el 28 de octubre. Abandonado de sus pueblos, Carlos I se resignó a refugiarse en Suiza, aquel mismo 16 de noviembre.

Guillermo II obligado a abdicar

El 10 de noviembre, Guillermo II se había visto obligado a hacer otro tanto y a cruzar la frontera holandesa. Tras el invierno 1917-18, marcado por

severas privaciones, la moral de la población se había resquebrajado mucho al otro lado del Rin. Patria del capitalismo al igual que del socialismo de Estado, Alemania se había sometido de buen grado, no obstante, a la disciplina del dirigismo. Amenazada de un rígido bloqueo, había aplicado sin tardanza las restricciones necesarias, implantando las cartillas de racionamiento desde febrero de 1915. Como más tarde en los Estados Unidos, los magnates judíos de la finanza se habían aprovechado para imponer su control sobre la economía: Walter Rathenau, potentado de la electricidad, había sido llamado para dirigir la producción de guerra en 1914; Albert Ballin, el armador de Hamburgo, amigo íntimo del Kaiser, el comercio exterior en 1915. Pero, habiendo empeorado la situación en 1916, fue necesario disminuir las raciones. Mientras el diputado Haase reclamaba el 24 de mayo el cese de las hostilidades y provocaba una disidencia de los «Independientes» en el seno del partido socialista en febrero de 1917, agrupados en la «Spartacusbund», la Liga Espartaquista, los extremistas aprovecharon la ocasión para provocar motines en Berlín el 16 de abril de 1916; su jefe Karl Liebknecht fue detenido el 1 de mayo y condenado a un año de prisión; se produjeron huelgas (125.000 metalúrgicos) e insubordinaciones en la Marina (6 de junio, 4 de julio).

Aprovechando el reajuste político (sustitución de von Jagow por Zimmermann en los Asuntos Exteriores, nombramiento del conde Batocki como jefe de la Oficina de Abastecimientos) y militar, que acompañó a su promoción a la Dirección Suprema, en Pless, a finales de agosto de 1916 (a raíz del fracaso sufrido por Falkenhayn en Verdun), Hindenburg había hecho adoptar una serie de medidas destinadas a reforzar el control del ejército sobre la nación y a repartir más equitativamente las cargas de la guerra: nombramiento del general Gröner, wurtembergués, especialista en ferrocarriles, al frente de una Oficina General de Guerra, «Obertes Kriegsamt»; de Bartenhofer, con el coronel von Schleicher como adjunto, en la Sección política del Estado Mayor; movilización de la mano de obra, organizada por la ley del 2 de diciembre de 1916 sobre el servicio auxiliar patriótico... En la hora de la derrota, es precisamente a ese alto personal de la «Intendencia» en su sentido más amplio, ligado por tantos lazos a la finanza judía y a la industria pesada, al que el Señor de la Guerra y los jefes de la Dirección Suprema, acorralados, transmiten el poder en Alemania. Para reemplazar al anciano canciller von Hartling, dimitido el 1 de octubre de 1918, Guillermo II recurre, el 5, a su primo Max de Baden, el «príncipe rojo», casado con una inglesa. Aunque poco inclinado a asumir aquella responsabilidad en el puesto de los militares, aquella misma noche propone el cese de las hostilidades sobre la base de los 14 puntos de Wilson del 8 de enero de 1918. Habiendo contestado el secretario de Estado Lansing que aquello suponía la evacuación previa de los territorios ocupados, acepta, el 12. Pero las condiciones de los Aliados se endurecen; poniendo sus cartas boca arriba, Wilson exige el 14 la constitución de un gobierno democrático y conmina a los alemanes, el 23, a desembarazarse «de los dominantes militares y de los autócratas monárquicos». El 18, notifica a Austria su intención de desmembrarla. En una vana tentativa de apaciguar al enemigo, Guillermo II anuncia en Bellevue, el 21 de octubre, la instauración de un nuevo régimen constitucional en Alemania y, el 26, acepta la retirada de Ludendorff, al que reemplaza Gröner. Al día siguiente, Alemania, que ha nombrado el 21 una

comisión militar para negociar, pide a los Aliados que den a conocer sus condiciones de armisticio (de las cuales han discutido entre ellos en octubre). Pero la situación empeora por momentos. Perjudicado por la publicación en la prensa francesa, el 11 de octubre, de una correspondencia con el príncipe de Hohenlohe en enero de 1918, que le compromete a los ojos de los socialistas, Max de Baden está visiblemente desbordado. Creyendo llegada la hora de la revolución, la embajada soviética en Berlín, dirigida por Joffe, se esfuerza en organizarla, multiplica los coloquios con Haase, Ledebour, Cohn, Dittmann y Breitscheid, difunde folletos incendiarios, hasta el punto de que Joffe es expulsado. Republicano, el socialista Scheidemann reclama el 31 de octubre la abdicación del Kaiser. Max de Baden y Simmons incitan inútilmente al príncipe Federico-Carlos para que intervenga cerca de Guillermo II. Entonces, Philip Scheidemann se impacienta, lanza un ultimátum y, mientras el motín ruge en Berlín, asume la iniciativa de proclamar la República el 9 de noviembre. Socialista también, aunque «de la oposición de Su Majestad», Ebert protesta, pero se deja nombrar presidente del Consejo en el puesto de Max de Baden, en espera de que un Soviet compuesto de seis miembros, tres de ellos independientes, se instale en Berlín. Entretanto, un tercer socialista, Noske, en buenas relaciones con el Estado Mayor, se esfuerza en mantener el orden, gravemente comprometido desde los días 3 y 4 de noviembre por unos amotinamientos entre los 20.000 marineros de Kiel, que se han apoderado de Lubeck, el 5, de Altona, de Brema, de Wilhelmshaven el 6, y cuyas «brigadas de hierro» amenazan las grandes ciudades, Hannover, Brunswick, Colonia. Otra hoguera revolucionaria se enciende en Baviera, donde el 7 un publicista judío extremista, Kurt Eisner, se hace elegir presidente de un Consejo de Obreros, verdadero Soviet, en Munich, y provoca la huida de su soberano.

Intuyendo la proximidad del desenlace, amenazado por Lloyd George con ser juzgado como criminal de guerra (amenaza que se reflejará en el artículo 227 del tratado), Guillermo II no ha abandonado el cuartel general de Spa. Allí es objeto de apremiantes admoniciones de Gröner, que le incita primero a hacerse matar al frente de sus tropas, y a continuación le empuja (tras consultar con 50 generales convocados el 9 de noviembre y después de una encuesta que el coronel Heye ha realizado cerca de las unidades) a abdicar (sin renunciar, de momento, por consejo de von der Schulenburg, a la corona de Prusia, cosa que sólo hará el 28 de noviembre, ante la amenaza británica de extradición) y a refugiarse en Holanda, en casa del «johannita» Bentinck, donde, en sus largas jornadas de exilio, en Amerongen, y luego en Doorn, a partir de mayo de 1920, tendrá la oportunidad de meditar a fondo acerca de los errores en que incurrió al dejarse manejar por sus «judíos de corte».

Nombrado por Max de Baden, el 6 de noviembre, como primer plenipotenciario alemán, Mathias Erzberger, jefe del Centro católico en el Reichstag, acompañado del conde de Brockdorff-Randzau, pone su firma el 11 de noviembre, en Rothondes, sobre la convención de armisticio presentada por el mariscal Foch en nombre de los Aliados, con el acuerdo de Wilson, manifestado el 7 de noviembre, y a pesar de Poincaré, dispuesto a prolongar la guerra, a fin de hacer sentir más intensamente a Alemania el peso de la derrota, pero a costa de nuevas vidas humanas y con el peligro, también, de

dejarla sin gobierno y de entregar —ya— la Europa central a la anarquía y a la opresión soviética.

* * *

Realizadas así una gran parte de sus previsiones, Henry Pereira Mendes tenía motivos para sentirse satisfecho de los resultados de la guerra que había anunciado.

Tres coronas imperiales caídas: las del zar, del Kaiser y del Emperador de Austria; incluso cuatro, con la del Sultán.

Dos imperios dislocados, el austro-húngaro y el otomano. La desintegración de este último abriendo el camino a la restauración de un «Hogar Judío» en Palestina, servidumbre impuesta al renacimiento de los Estados árabes por la Gran Bretaña.

La paz anglosajona, esencialmente judía y masónica, reinando sobre el mundo, a través del mito de la inefable «Sociedad de Naciones», del «Covenant», del Pacto, del «Berith», anexo del pacto de familia concluido en Versalles, entre los grandes magnates de la Finanza Internacional, verdaderos vencedores de la guerra.

Es decir, dos objetivos alcanzados. En cuanto al tercero, la sovietización de Europa, únicamente se ha plantado el primer jalón. Para lograr implantarla en Rusia, ha sido necesario consentir en una paz desastrosa, establecer una dictadura que, en el extranjero, actúa de espantajo, renegar en sus tres cuartas partes de la doctrina marxista, deslizarse en una guerra civil prolongada que impide a los soviets intervenir para atizar, alimentar y apagar las hogueras revolucionarias encendidas por la derrota de los imperios centrales. Cuando tratarán de hacerlo, en 1919-1920, será ya demasiado tarde: Polonia y Rumania bastarán para frenarlas y oponer a sus empresas un «cordón sanitario» eficaz, barrera provisional que la Segunda Guerra Mundial se encargará de derribar.

THE

SCIENCE OF GOVERNMENT,

FOUNDED ON

NATURAL LAW.

BY

CLINTON ROOSEVELT.

NEW YORK:
PUBLISHED BY DEAN & TREVETT,
121 FULTON STREET.
1841.

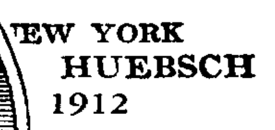
PHILIP DRU: ADMINISTRATOR

A STORY OF TOMORROW

1920–1935

"No war of classes, no hostility to existing wealth, no wanton or unjust violation of the rights of property, but a constant disposition to ameliorate the condition of the classes least favored by fortune."—MAZZINI.





EW YORK
HUEBSCH
1912



El pirámide de Weishanpt al dorso del gran sello de los EE. UU.

CHAPTER XIV.

THE SOLUTION OF EVILS.

THERE is no need to describe that document at length. It is modern history, and modern in the sense of our own experiences. For we have heard our parents speak of it, and they or their parents heard it proclaimed with their own ears. It is in every reading book in all the schools in all lands. It is in every library. It is in every home and it is imprinted in most men's memory.

By it, astonished governments were overturned in many countries, and republics established wherever the government was not already practically a republic, as in England.

INTERNATIONAL RELATIONS.—Political differences of an international character were to be settled by an international court of arbitration, composed of the three senior judges of the supreme court of each nation subscribing to the

CHAPTER XV.

WHO SHALL HAVE PALESTINE'S HOLY PLACES?

Some time passed, of course, before any beneficial results became apparent, and much time must yet pass before all the "Solution of Evils" can come into complete operation.

Meanwhile a wild attack on Jerusalem by Arabs of Yemen drew renewed attention to this Eastern question which really was, as I have intimated, which nation or sect was to have Palestine and the Holy Places. The question was put in print. At once all harmony was forgotten. Protestant, Greek Church and Catholic published philippics against each other. Russia reminded France of their treaty to prevent England having the Holy Land, provided Russia helped France to get Alsace-Lorraine, which she was ready to do. England reminded

CONCLUSION

A manera de conclusión, invitaremos al lector a meditar sobre los textos siguientes, de suma importancia, que con una anterioridad variable entre veinte, dos y ciento ocho años, respectivamente, fijaron las «metas» y resultados de las tres guerras mundiales, seguidas por tres revoluciones, ya planeadas desde hace más de un siglo (15 de agosto de 1871) en la correspondencia entre Mazzini y el general Albert Pike:

I) Extractos de los últimos capítulos del libro «Looking Ahead» [1], escrito por Henry Pereira Mendes, jefe de la comunidad sefardí de los EE. UU. en 1899, anunciando las fases de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), y delineando la futura reestructuración del mundo consiguiente.

II) La carta (fechada del 20 de febrero de 1943) de Franklin Delano Roosevelt a Zabourský (miembro del National Council of Young Israël), su intermediario con Stalin, disponiendo de la mitad de Europa en favor de los Soviets, sin esperar las conferencias de Teherán y de Yalta (publicada por «Le Figaro» del 7 de febrero de 1951, y luego por Pierre VIRION en «Bientôt un Gouvernement mondial», p. 58).

III) La carta del general Albert Pike a Giuseppe Mazzini (del 15 de agosto de 1871), tal como la reprodujo en parte el comodoro canadiense William Guy Carr en su libro «Pawns in the Game» (1967, p. 15) (miembro del equipo formado por el almirante sir Barry Domville, ex jefe de la Naval Intelligence británica, retirado en 1936 y luego encarcelado por Churchill, siendo el original archivado «off limits» en Temple House, sede del Rito Escocés en Washington, D. C.

LA MAGNA CARTA DEL FUTURO

Chapter XIV

Pág. 209. THE SOLUTION OF EVILS

«By it (that document) astonished governments were overturned in many countries, and republics established wherever the government was not already practically a republic, as in England.

LA SOLUCION A LOS MALES

Gracias a este documento, los asombrados gobiernos fueron derrocados en muchos países, y se establecieron repúblicas en todos los sitios donde el gobierno no era ya prácticamente una república, como en Inglaterra.

---

[1] De PEREIRA MENDES, en «Looking Ahead»: (escrito en forma de política ficción y por eso al pasado).

O sea: LA CAIDA DE LOS TRONOS, lo que llamará WILSON «make the World safe for democracy».

Pág. 210. INTERNATIONAL RELATIONS

Political differences of an international character were to be settled by an international Court of arbitration, composed of the three senior judges of the supreme court of each nation subscribing to the Solution of Evils, and the three senior members of the Clergy of such countries. Conscription an standing armies were thus rendered unnecessary.

RELACIONES INTERNACIONALES

Las desavenencias políticas de carácter internacional debían ser resueltas por un Tribunal internacional de arbitraje; integrado por los tres mayores jueces del Tribunal Supremo de cada nación adherida a la Solución a los Males, y los tres principales dignatarios del clero de cada nación. De manera que la conscripción y los ejércitos permanentes resultaban innecesarios.

O sea: LA LIGA DE NACIONES Y EL TRIBUNAL DE LA HAYA.

Colonies or protectorates recently formed and all future ones were to be under a home country board of management until they attained a certain population, when they were to be constituted a State on a republican basis.

Las colonias y protectorados recién constituidos y todos los futuros debían ser colocados bajo una junta de dirección de la metrópoli, hasta que alcanzando cierto número de población, debían formar un Estado con base republicana.

O sea: el futuro régimen de mandato.

Pág. 211. GOVERNMENT MONOPOLIES AND RESPONSIBILITIES

MONOPOLIOS Y RESPONSABILIDADES GUBERNAMENTALES

O sea: EL COLECTIVISMO O LOS SOVIETS POR DOQUIER.

Land belonged only in a limited sense to those who could pay for it. The government, because representing the people, had a supreme claim, and was practically the only land-owner. The land in city limits was valued by sworn experts, and the owners were obliged to sell to the city government.

La tierra pertenecía sólo en forma limitada a los que podían pagarla. Siendo el representante del pueblo, el gobierno disponía de un derecho eminente y era prácticamente el único propietario. El suelo urbano a evaluación de expertos jurados, debía ser cedido al gobierno de la ciudad.

Pág. 212.

Railroads and transit lines were to be owned by the State. Certain trains and cars were free, evening and morning...

Los ferrocarriles y transportes debían ser propiedad del Estado. Algunos trenes y coches eran gratuitos, por la tarde y la mañana.

¿Por qué no lo bancos?

Pág. 213

Insurance (faire and life), post, telegraphs telephones, telantographs, supply of electricity, steam, argol, heat, light, all

Los seguros (de vida e incendios), correos, telégrafos, teléfonos, suministros de electricidad, vapor, gas, calor, luz,

belonged to the government. Cornering was made criminal. Trusts and monopolies in necessaries of life were prohibited by law.

pertenecían todos al gobierno. Se consideraban las presiones como un crimen. Trusts y monopolios en asuntos vitales quedaban prohibidos por ley.

Pág. 220. CAPITAL AND LABOR

CAPITAL Y TRABAJO

Participación pero arbitraje obligatorio.

Workmen earned a right to participate in the profits of the business according to their length of service and wages earned. Any one striking work unjustifiably lost that right of participation for ever.

Pág. 221

If a dispute between employer and employees was not be settled within a week, arbitration had to be invoked; the decision had to be accepted under penalty of fine or imprisonment, or both, incurred by which ever side did not yield. Arbitration was to be at the hands of the board of pastors, seven reputable citizens resident in the city or village of dispute for ten years and not of the trade disputing. The judge of the district or village was also required to attend; the court of arbitration was to be presided over by the chairman of the board of pastors.

Los trabajadores poseían el derecho de participar en los beneficios de la empresa, a proporción de la duración de sus servicios y de sus salarios. Pero los que paraban el trabajo sin justificación, perdían este derecho de participación para siempre.

Si un conflicto entre el empresario y sus empleados no se arreglaba en el plazo de una semana, se debía recurrir al arbitraje, cuya decisión debía ser aceptada, bajo pena de multa o de prisión, o de las dos, infligida a cualquier parte que no hay cedido. El arbitraje debía correr a cargo de la junta de pastores, de siete ciudadanos de buena fama residentes en la ciudad o pueblo desde diez años y no perteneciendo al gremio en conflicto. Se debía pedir la asistencia del juez del distrito o del pueblo, siendo presidente del tribunal de arbitraje el presidente de la junta de pastores.

O sea: el derecho a la huelga no figura entre los derechos del hombre.
La exigencia del examen, de inspiración sinárquica:

Pág. 215. EDUCATION

Secular education was compulsory and under the care of the municipality. Attached to each church were schools for instruction in religion.

EDUCACION

De la educación laica, obligatoria, debían cuidar los ayuntamientos. Las escuelas estaban enlazadas con cada iglesia, para la enseñanza religiosa.

Pág. 213. JUSTICE

To be a judge or a magistrate of any kind, a diploma of a university of high standing was necessary. To be a mayor or alderman in a town of less than 30.000 inhabitants, the candidate must have passed out of high-school in the honor division. To hold such office in a town of over 30.000 he must have a college degree...

JUSTICIA

Se necesitaba de un diploma de una universidad de consideración para ser juez o magistrado de cualquier clase. Para alcalde o consejero en una ciudad de menos de 30.000 vecinos, el candidato debe haber salido de la escuela mayor con nota honorable. Para asumir tal oficio en una ciudad de más de 30.000 habitantes, debe poseer un diploma de enseñanza secundaria.

Pág. 214

To be a member of a public legislative body required a university degree, an examination by ten reputable citizens (householders in the district for fifteen years), and indorsement by the board of pastors.

Para pertenecer a una asamblea legislativa se exigía un diploma universitario, el examen de diez ciudadanos de buena fama (propietarios en el distrito durante quince años) y el respaldo de la junta de pastores.

Restricciones sociales, según el modelo teocrático calvinista de Ginebra.

Pág. 211. FRANCHISE

No one could vote, whether naturalized or native citizen, unless he produced a certificate from the school examiners of the country of birth.

DERECHO DE VOTO

Nadie podía votar, (que) sea ciudadano por naturalización o nacimiento, sin poseer un certificado de examen escolar de su país de origen.

Pág. 220

Married women, when widowed, resumed the right to vote, if childless or when the youngest child reached the a ge of twelve.

Mujeres casadas recobraban el derecho de voto al enviudar, sin hijos, o cuando el hijo menor llegaba a los doce años.

Pág. 222

Rents were regulated by appropriations for municipal necessities, estimated every seven years by a joint committee of the board of pastors, all past supreme court judges above fifty five years, and ten real-estate men of the district elected by their boards.

Los alquileres eran reglamentados (y los pisos atribuidos) según las necesidades municipales, siendo evaluádos cada siete años por una junta común de pastores, ex jueces del Tribunal supremo de más de 55 años, y 10 representantes de los gestores de propiedad elegidos por sus juntas.

Pág. 224. THE PRESS

If the general tone or any feature of a newspaper was deemed improper by two-thirds vote of the pastors'board the paper was to be warned; on repetition of the offense it was to be suppressed and its editors were to be punished with imprisonment, fined seven years deprivation of political rights and were to be prohibited to follow journalism for ten years.

LA PRENSA

En el caso de que un periódico, por su tono general o por cualquier desmán, sea tasado de inadmisible por un voto de las dos terceras partes de la Junta de pastores, debían recibir un aviso, y si repetía la ofensa debía ser suprimido y sus editores castigados con prisión, siete años de privación de derechos políticos y prohibición de dedicarse al periodismo durante diez años.

Pág. 226

Public appointment.
Every public appointment is by competitive service examination, under such further precautions as have been estimated.

Reclutamiento de la Administración.
Todos los puestos de la Administración Pública deben proveerse por oposición, bajo varias otras determinadas precauciones.

Protección de la raza:

PAG. 227

And lastly, before marriage, the contracting parties must produce certificates as to cause of death of all direct ancestors for three generations. If the local board of physicians should find the possibility of hereditary taints, such as consumption, cancer, dypsomania, insanity, etc., the marriage is forbidden.

Y finalmente, antes de casarse, las partes contratantes deben presentar certificados indicando la causa de la muerte de sus antepasados directos durante tres generaciones. En el caso de que la junta local de médicos descubriera la posibilidad de defectos hereditarios, tales como tuberculosis, cáncer, dipsomanía, locura, etc., el matrimonio queda prohibido.

«DELENDA EST» LA AUTOCRACIA RUSA.

Pág. 229 y 230

As for Russia, when the week passed without action having been taken (to adopt the «Solution of Evils») at dawn the next morning, emperor and cabinet-officers were prisoners. For the imperial guards, the rest of the soldiery and the police forces sided with the people and determined that the «Solution» should become Law. The silence of the multitudes which thronged the streets of St. Petersburg as the prisioners were carried to the House of Representation was ominous. Someone whispered to the czar that his life was to be sacrificed, like the life of the english Charles and the French Louis and with him would die all his cabinet and perhaps many more officials, if once popular fury was unlashed. He stepped to the tribune, and was man enough to say that he accepted the situation. In the revulsion of feeling, he was made first president of the Republic of the Russians.
Then and then only, nihilism died.

En cuanto a Rusia (sigue nuestro autor en forma de ficción), después de pasar una semana sin tomar ninguna decisión (para adoptar la «Solución a los Males») en la madrugada siguiente, el emperador y los miembros de su gabinete fueron apresados. Puesto que la guardia imperial, el resto de la soldadesca y las fuerzas de policía apoyaron al pueblo y decidieron que la «Solución» debía ser la Ley. El silencio de la muchedumbre que abarrotaba las calles de San Petersburgo durante el traslado de los prisioneros a la Asamblea fue tremendo. Alguien murmuró al zar que su vida tenía que ser sacrificada, como la del inglés Carlos y del francés Luis, y que tendrían que morir con él todos los miembros de su gabinete y quizás muchos más oficiales si se desencadenaba el furor popular. Subió a la tribuna y fue hombre capaz de aceptar la situación. Entonces se revolvieron los sentimientos y se le designó como primer presidente de la República de los rusos.
Entonces, y sólo entonces, finalizó el nihilismo.

Ya sabemos que el epílogo de tal cuento rosa costó la vida de millones de seres humanos.

Chapter XV

Pág. 232. WHO SHALL HAVE PALESTINE'S HOLY PLACES? JEALOUSIES

Palestine, being the commercial key to the East (now recognized as the future emporium for the world; p. 374), the com-

¿QUIEN TOMARA POSESION DE LOS LUGARES SANTOS DE PALESTINA? RIVALIDADES

Siendo Palestina la clave comercial del Oriente (ahora reconocida como el futuro

mercial jealousies of the powers were intensified. The political importance created political jealousies. But worse than jealousies comercial or political, far worse, were jealousies religious, due to clashing religious interests. Protestant, Catholic, Greek Church, each claimed Palestine's holy soil to the exclusion of all rivals. Religion stood for hatred.

«centro comercial» del mundo), las rivalidades comerciales entre las potencias se intensificaban. La importancia política creaba rivalidades políticas. Pero peor, mucho peor que las rivalidades comerciales o políticas era la rivalidad religiosa, debida a unos intereses religiosos conflictivos. Cada Iglesia, protestante, católica, griega, reivindicaba el santo suelo de Palestina, con exclusión de todas sus rivales. La religión favorecía el odio.

Pág. 340-41. TITLES

If Christianity sprang from Judaism, if those great and pure ideals preached by Zoroastre or Confucius are borrowed from those of the Jews, if Jewish thought, carried from Babylon where Budda's priests were known, helped to teach Gotama, the Buddha, how to sing of peace universal, war's end, strife's cessation, crimes vanishing and such bright ideals which Hebrew prophets had long before voiced, if it was Jewish teachings which chiefly helped to launch Mohamed in that career which has made the faith of myriads of Islam to-day, you have but indications of what the Jew has done for humanity.

TITULOS

Si el cristianismo brotó del judaísmo, si los grandes y puros ideales predicados por Zoroastro o Confucio fueron inspirados por los de los judíos, si el pensamiento judío, llevado desde Babilonia, donde se conoció por sacerdotes de Buddha, ayudó a enseñar a Gotama, el Budhha, cómo cantar la paz universal, el final de las guerras, la suspensión de los conflictos, la desaparición de los crímenes, y tan brillantes ideales abogados mucho antes por los profetas hebraicos, si fueron sobre todo las enseñanzas judías las que ayudaron a Mohamed a lanzarse en esta carrera que formó la fe de las miriadas del Islam actual, usted no tiene nada más que una indicación sobre lo que los judíos hicieron por la humanidad.

Pág. 347

Then the jewish mandatory declared: «It remains for you to be now the instrument of the "Power invisible but also invincible", to fulfill that promise which declared that the Holy Land should belong to Abraham's seed "forever".»

Entonces el mandatario judío declaró: «Les pertenece a ustedes, siendo el instrumento del "Poder invisible, pero también invencible", cumplir la promesa diciendo que la Tierra Santa debe pertenecer para siempre a la semilla de Abraham.»

Chapter XXIV

Pág. 355. THE DECISION

The Council was unanimous.
The President so announced it.
Its voice was: «the cry of History shall be heeded, the voice of Justice shall be obeyed, the will of God, His promise, and the phrase "Palestine's Holy Places for the Hebrews" shall be actually fulfilled».

LA DECISION (tal como lo anticipa Pereira)

El Consejo fue unánime.
El Presidente así lo proclamó.
Su alegato fue: «el grito de la Historia debe ser oído, la voz de la Justicia obedecida, la voluntad de Dios, su promesa y la sentencia, "los Santos Lugares de Palestina para los Hebreos" debe ser realmente cumplida.»

Pág. 361

Within twenty-four hours the great Jewish societies, such as the Alliance, the Anglo-Jewish, the Zionists, the American Boards of Foreign Affairs (the C. F. R. of that period), had arranged for their presidents, secretaries and delegates to meet in London to (362) arrange to govern Palestine by a provisional cabinet, with the president of the Anglo-Jewish Society as temporary Head.

En un plazo de veinticuatro horas, las grandes sociedades judías, tales como la Alianza, la Anglo-judía, la Sionista, las Juntas Americanas de Asuntos Exteriores (el C. F. R. de la época?) manejaron una reunión de sus presidentes, secretarios y delegados en Londres para decidir la formación de un gabinete provisional para gobernar Palestina, encabezado temporalmente por el presidente de la Sociedad Anglo-judía.

Pág. 363

The chief rabbis were to meet in Amsterdam... The cabinet was at once named and was dispatched to Jerusalem.
At its first meeting in that sacred city, a collective note signed by the great powers was presented, declaring that they guaranteed the neutrality and existence of Palestine.

Los principales rabinos debían reunirse en Amsterdam... El gabinete fue nombrado en seguida y mandado a Jerusalén.
En su primera reunión en esta ciudad sagrada fue presentada una nota colectiva firmada, por la cual las grandes potencias declaraban garantizar la neutralidad y la existencia de Palestina.

Pág. 364. MESSIAH AND COURT OF ARBITRATION

In order to gain the adhesion of the great majority of Jews known as orthodox Jews, Messiah must appear before a Jewish state could be established.
It was announced that only two families of the house of David were known: one the Abarbanel and one the Frankel.

MESIAS Y TRIBUNAL DE ARBITRAJE

Para ganar la adhesión de la gran mayoría de los judíos conocidos como ortodoxos, un Mesías tiene que aparecer antes que se establezca un Estado judío.
Se anunció que se conocía sólo a dos familias de la casa de David: Abrabanel , una, y la otra, Frankel.

Pág. 367

A Frankel and an Abarbanel married. Thrice this was done, surely not by chance, though none but the Pisa rabbis could guess the significance.

Un Frankel y un Abrabanel se casaron tres veces, sin que sea por cierto pura suerte, aunque sólo los rabinos de Pisa podían adivinar el porqué.

Pág. 380

When all the powers sent in the necessary note, the cabinet convened the Sanhedrin to act as a Court of Arbitration, in conjunction with a commission composed of the three senior judges of the Supreme Court of each nation.
Henceforth, Palestine should be the bar of arbitration for the world.
A meeting of the cabinet of all the great powers was convened to legalize it.

Cuando todas las potencias mandaron la nota necesaria, el gabinete convocó al Sanhedrín para que actúe como Tribunal de arbitraje, juntamente con una comisión integrada por los tres superiores magistrados del Tribunal supremo de cada nación.
De ahora en adelante, Palestina debe ser el foro de arbitraje del mundo entero.
Una reunión de los gabinetes de todas las grandes potencias fue convocada para legalizarla.

CONCLUSION

Pág. 381

No need to speak of what we all taste today universal peace, universal brotherhood, universal happiness.

Parece inútil decir que todos gozamos hoy día de la paz universal, de la fraternidad universal y de la felicidad universal.

Al modelarse sobre tal «Magna Carta», el Pacto de Familia de Versalles, no logró ninguna de estas últimas «metas», sino que preparó otra guerra mundial, cuyos resultados planeó, por su parte, Roosevelt en su carta a Stalin, por el intermediario de Zabrousky

Mon cher Monsieur Zabrousky,
Ainsi que je l'ai dit de vive-voix, à vous et à Mr. Weiss, je suis profondèment touché par le fait que le «National Council of Young Israël» ait eu l'extrême bonté de s'offrir en tant qu'intermédiaire entre moi et notre ami commun Staline...

Mi querido señor Zabrousky,
Como les he dicho, al hablar con usted y con el señor Weiss, estoy profundamente conmovido por el hecho de que el «National Council of Young Israël» (Consejo Nacional del Joven Israel) ha tenido la extrema bondad de ofrecerse como intermediario entre mi persona y nuestro amigo común Stalin...

Il est... de votre intérêt et du nôtre d'arrondir les angles, ce qui sera difficile avec Litvinov, auquel j'ai dû, à mon grand regret, donner l'avertissement que ceux qui se frottent à l'Oncle Sam finissent par en souffrir...
Timotchenco s'est montré bien plus raisonnable pendatn son court mais fructueux séjour ici...

Tenemos interés, ustedes y nosotros, en reducir los ángulos, lo que será difícil con Litvinov, a quien he tenido que avisar, muy a mi pesar, de que los que entran en fricción con el Tío Sam terminan padeciendo las consecuencias.
Timochenko se mostró mucho más razonable durante su corta, pero fructífera, estancia aquí...

Pág. 59.

Les Etats Unis et la Grande Bretagne sont disposés —et cela sans aucune réserve morale— à donner la parité de vote absolue à l'URSS dans la réorganisation future du monde d'après-guerre. Elle sera membre, comme le premier Ministre britannique le lui a fait savoir à Adana, en lui remettant son avant-projet, du groupe directeur au sein du Conseil de l'Europe et du Conseil de l'Asie, à quoi lui donnent droit, non seulement la situation étendue intercontinentale de l'URSS, mais aussi et surtout sa magnifique lutte contre le nazisme, qui méritera les louanges des historiens.
Nous souhaitons voir ces Conseils Continentaux (et je parle au nom de mon grand pays et de l'important Empire bri-

Los Estados Unidos y la Gran Bretaña están dispuestos —y esto sin ninguna reserva moral— a dar una paridad absoluta de voto a la URSS en la futura reorganización del mundo de la posguerra. Como el primer ministro británico lo hizo saber desde Adana, al remitirle su anteproyecto, será miembro del grupo director dentro del Consejo de Europa y del Consejo de Asia, a lo que le abren derecho no sólo la extensa posición intercontinental de la URSS, sino también y sobre todo su magnífica lucha contra el nazismo, que merecerá la alabanza de los historiadores.

Deseamos ver estos Consejos Continentales (y hablo en nombre de mi gran país y del importante Imperio británico) for-

tannique), composés par tous les Etats indépendendants respectifs, avec toutefois une représentation proportionnelle équitable.

mados por todos los respectivos Estados independientes, aunque con una representación proporcional equitativa.

Et vous pouvez assurer à Staline, mon cher Mr. Zabrousky, que l'URSS siègera au Directoire de ces Conseils (Europe et Asie) sur un même pied d'égalité et d'égalité de voix avec les Etats Unis et l'Angleterre et fera partie du haut tribunal que l'on decra créer pour résoudre les divergences existant entre les différentes nations, qu'elle interviendra de même dans la sélection et la préparation des forces internationales de l'armement et du commandement de ces forces qui, sous les ordres du Conseil continental, agiront à l'intérieur de chaque Etat, afin que les réglements si savamment élaborés pour le maintien de la paix, dans l'esprit de l'ancienne Société des Nations, ne soient pas violés de nouveau; ces entités entre Etats et leurs armées pourront imposer leurs décisions et se faire obéir.

Y, querido señor Zabrousky, puede usted asegurar a Stalin que la URSS se sentará en el Directorio de estos Consejos (de Europa y Asia) en el mismo pie de igualdad y paridad de voto con los Estados Unidos e Inglaterra, y formará parte del Alto Tribunal de Justicia que deberá crearse para resolver las diferencias existentes entre las naciones; asimismo, que intervendrá en la selección y preparación de las fuerzas internacionales, en el armamento y mando de estas fuerzas que, a las órdenes del Consejo continental, actuarán en el interior de cada Estado, con el fin de que la reglamentación tan sabiamente elaborada para el mantenimiento de la paz en el espíritu de la antigua Liga de Naciones, no sea de nuevo violada; estas entidades entre los Estados y sus ejércitos podrán imponer sus decisiones, haciéndose obedecer.

Pág. 60.

Dans ces conditions, cette situation si élevée dans la direction de la Tétrarchie de l'Univers doit satisfaire Staline et ne pas lui faire renouveler des prétentions qui créent des problèmes insolubles; le secrétariat, toutefois, est destiné à la France, avec voix consultative, mais pas délibérative, comme récompense da sa résistance et punition de son fléchissement antérieur. Donc, le continent américain restera en dehors de toute propagande soviétique et sous l'influence exclusive des Etats Unis, comme nous l'avons promis à nos pays continentaux; la France devra demeurer dans l'orbite anglaise, avec toutefois une large autonomie et le droit au secrétariat de la Tétrarchie. Sous la protection de l'Angleterre, le Portugal, l'Espagne, l'Italie et la Grèce évolueront vers une civilisation moderne qui les tirera de leur léthargie traditionelle.

En estas condiciones, esta posición tan elevada en la dirección de la Tetrarquía del Universo debe dar satisfacción a Stalin y conducirle a no renovar pretensiones que crean problemas insolubles; aunque el secretariado sea destinado a Francia, con voz consultiva, pero no deliberativa, como recompensa de su resistencia y punición de su tibieza anterior. En consecuencia, el continente americano quedará fuera de toda propaganda soviética y bajo la influencia exclusiva de los Estados Unidos, como lo hemos prometido a nuestros países continentales; Francia deberá quedarse en la órbita inglesa, aunque con una ancha autonomía y el derecho al secretariado de la Tetrarquía. Bajo la protección de Inglaterra, Portugal, España, Italia y Grecia, evolucionarán hacia una civilización moderna que les sacará de su tradicional letargia.

On donnera, en outre, à l'URSS un port en Méditerranée. Nous cèdons à ses désirs, en ce qui concerne la Finlande et la Baltique en général; nous exigerons de la Pologne une attitude raisonnable, faite de

Además se concederá a la URSS un puerto en el Mediterráneo. Cedemos a sus deseos en lo que toca a Finlandia y al Báltico en general; exigiremos de Polonia una actitud razonable, de comprensión y

compréhension et de compromis. Il reste à Staline un vaste champ d'expansion dans les petits pays de l'Europe orientale. Il faut naturellement tenir compte des droits de ces deux nations loyales que sont la Yougoslavie et la Tchécoslovaquie, sans omettre la récupération totale des territoires qui ont été temporairement arrachés à la grande Russie.

compromiso. Quedará a Stalin un amplio campo de expansión en los pequeños países de la Europa oriental. Naturalmente, se debe tener en cuenta los derechos de estas dos naciones leales, que son Yugoslavia y Checoslovaquia, sin olvidar la total recuperación de los territorios temporalmente arrancados a la Gran Rusia.

Après avoir démembré le Reich et en avoir rattaché différentes zones à d'autres pays, créant ainsi de nouvelles nationalités, le danger allemand sera écarté pour l'URSS, l'Europe et le monde entier.

Una vez desmembrado el Reich, atando varias zonas a otros países y creando así nuevas nacionalidades, se descartará el peligro alemán para la URSS, Europa y el mundo entero.

En ce qui concerne la Turquie, Staline doit comprendre les assurances nécessaires que Churchill a données, en son nom et au miem propre, au président Inönu. Le port sur la Méditerranéee qu'on donne à Staline doit lui suffire.

Por lo que toca a Turquía, Stalin debe comprender las seguridades necesarias dadas por Churchill al presidente Inönu en su nombre y en el mío. El puerto en el mediterráneo que se da a Stalin debe satisfacerle.

Pág. 61

Pour l'Asie, nous sommes d'accord avec ses demandes, sous réserve de complications ultérieures. Quant à l'Afrique, que voulez-vous? Il sera nécessaire de donner quelque chose à la France pour compenser ses pertes en Asie, et quelque chose aussi à l'Egypte, comme on l'a promis aux «Wafdistes». Il faudra bien donner à l'Espagne et au Portugal des compensations pour leur renonciation et aboutir à un meilleur équilibre mondial. Les Etats Unis y prendront également pied, par droit de conquête, et réclameront inévitablement quelque point vital pour leur zone. Et ce sera justice. Enfin, nous devrons accorder au Brésil la petite expansion coloniale qu'on lui a promise.

Sobre Asia, estamos de acuerdo con sus demandas, bajo reserva de complicaciones ulteriores. En cuanto a Africa, ¿qué quiere usted? Será necesario dar algo a Francia para compensar sus pérdidas en Asia, y también algo a Egipto, como lo hemos prometido al «Wafd». Hará falta dar a España y Portugal compensaciones para su renunciación y llegar a un mejor equilibrio mundial. Los Estados Unidos tomarán pie también allí, por derecho de conquista, y reclamarán sin duda algún punto vital para su zona. Y eso será justicia. Por fin, deberemos conceder a Brasil la pequeña expansión colonial prometida.

Veuillez transmettre à Staline, mon cher Mr. Zabrousky, que, pour le bien général et pour l'anéantissement rapide du Reich —tout cela n'est qu'idées générales soumises à l'étude— il lui faut cèder, en ce qui concerne la colonisation de l'Afrique et qu'il doit cesser sa propagande en Amérique et mettre un terme à son intervention dans les milieux ouvriers.
(Et Roosevelt d'accepter, pour conclure le cadeau de «ce qui est le plus grand trésor d'Israël: un rouleau de la Thora», offert par le «National Council».)

Tenga la bondad de transmitir a Stalin, querido señor Zabrousky, que para el bien de todos y la destrucción rápida del Reich —siendo todo esto nada más que ideas generales sometidas a estudio— debe ceder en lo que toca la colonización de Africa, y debe cesar su propaganda en América y poner término a su intervención en los medios obreros.
(Y Roosevelt, finalmente, acepta complacido el regalo «del más grande tesoro de Israel: un rollo de la Tora», ofrecido por el «National Council» israelí.)

Sólo el nacimiento de las Naciones Unidas en San Francisco (abril de 1945) puso fin a la Segunda Guerra Mundial. Creación todavía más ambiciosa que la de los Cuatro Consejos continentales proyectados por Roosevelt. Creación fundamentada sobre la incontestada supremacía de un Júpiter dominando el mundo con su posesión exclusiva de la bomba atómica. Pero creación puesta en entredicho a la vez por la diseminación de este arma, el hundimiento de Gran Bretaña, la influencia creciente del Tercer Mundo en las Naciones Unidas, la rivalidad de los dos imperialismos soviético y chino en plena ascensión, frente a unos Estados Unidos políticamente impotentes para asumir el «leadership» al cual pretenden, presumidos.

Como no se instauró la paz al término del segundo conflicto mundial, la «guerra fría» y los enfrentamientos localizados en Indochina o en Africa siguen oponiéndose, a través de terceros, los imperialismos rivales. Mientras, Nixon intenta sustituir al equilibrio roto de la Tetrarquía rooseveltiana, una Pentarquía (Estados Unidos, Rusia, China, Europa, Japón), luego reducida a una Triarquía por la Comisión Trilateral (cuyo papel consiste en mantener el resto del mundo libre —Europa y Japón— sometido a la dirección norteamericana).

Y mientras un foco de incendio permanece activo en el Oriente Cercano, con la presencia del Estado artificial de Israël, y en el Oriente Medio, con el atractivo de las reservas petroleras del Golfo, capaz de desencadenar en cualquier momento la tercera guerra «infernal», proyectada, como las dos anteriores y cuidadosamente planeada en la correspondencia Giuseppe Mazzini (22 de enero de 1870) Albert Pike (15 de agosto de 1871), revelada por el comodoro William Guy Carr en su libro «Pawns in the Game» (1967), p. XV, en la forma siguiente:

... The First World War was to be fought so as to enable the «Illuminati» to overthrow the powers of the Tzars in Russia and turn that country into the stronghold of Atheistic-Communism. The differences stirred up by «agentur» of the «Illuminati» between the British and German Empires were to be used to foment this war. After the war ended, Communism was to be built up and used to destroy other goverments and weaken religions.

World War Two was to be fomented by using the differences between Fascists and Political Zionists. This war was to be fought so that Nazism would be destroyed and the power of Political Zionism increased so that the sovereign state of Israël could be established in Palestine. During world war two International Communism was to be built up until it equalled in strength that of united Christendom. At this point it was to be contained and kept in check until required for

La Primera Guerra Mundial debía ser librada para permitir a los Iluminados derrocar el poder de los zares en Rusia y transformar este país en la fortaleza del Comunismo ateo. Las divergencias alentadas por el «agentur» de los «Illuminati» entre los Imperios británico y alemán —(y también la lucha entre el pangermanismo y el paneslavismo)— debían ser aprovechadas para fomentar esta guerra. Una vez terminada, se debía edificar el Comunismo y utilizarlo para destruir otros gobiernos y debilitar las religiones.

La Segunda Guerra Mundial debía ser fomentada, aprovechándose de las diferencias entre fascistas y sionistas políticos. La lucha debía ser librada para destruir el nazismo e incrementar el poder del sionismo político para permitir el establecimiento del Estado soberano de Israel en Palestina. Durante la Segunda Guerra Mundial se debía edificar una Internacional comunista tan fuerte como para equipararse todo el conjunto cristiano. En tal punto debía ser contenido y

the final social cataclysm. Can any informed person deny Roosevelt and Churchill did put this policy into effect?

World War Three is to be fomented by using the differences the «agentur» of the «Illuminati» stir up between Political Zionists and the leaders of the Moslem World. The war is to be directed in such a manner that Islam (the Arab World including Mohammedanism) and political Zionism (including the State of Israël) will destroy themselves, While at the same time the remaining nations once more divided against each other on this issue, will be forced to fight themselves into a state of complete exhaustion physically, mentally, spiritually and economically. Can any unbiased and reasoning person deny that the intrigue now going on in the Near, Middle, and Far East is designed to accomplish this devilish purpose?

On August 15, 1871, Pike told Mazzini that after World War Three is ended, Those who aspire to undisputed world domination will provoke the greatest social cataclysm the world has ever known. We quote his own written words (taken from the letter catalogued in the British Museum Library London, Eng.):

«We shall unleash the Nihilists and Atheists, and we shall provoke a formidable social cataclysm which in all its horror, will show clearly to the nations the effect of absolute atheism, origin of savagery and of the most bloody turmoil. Then everywhere the citizens, obliged to defend themselves against the world minority of revolutionaries, will exterminate those destroyers of civilization, and the multitude, desilusioned with Christianity whose deistic spirits will be from that moment without compass (direction) anxious for and ideal, but without knowing where to render its adoration will receive the true light through the universal manifestation of the pure doctrine of Lucifer, brought finally out in the public view, a manifestation which will follow the destruction of the Christianity and atheism, both conquered and exterminated at the same time!»

mantenido en jaque, hasta que se necesite de él para el cataclismo social final. ¿Puede cualquier persona enterada negar que Roosevelt y Churchill han realizado esta política?

La Tercera Guerra Mundial debe ser fomentada, aprovechándose de las diferencias alentadas por el «agentur» de los «Iluminati» entre el sionismo político y los dirigentes del mundo musulmán. La guerra debe ser orientada en tal manera que el Islam (el mundo árabe y el musulmán) y el sionismo político (incluido el Estado de Israël) se destruyan mutuamente, mientras otras naciones, una vez más divididas en este asunto, serán obligadas a luchar unas contra otras, hasta el punto de agotarse físicamente, mentalmente, espiritualmente y económicamente. ¿Puede cualquier persona razonable y no desviada, negar que las intrigas ahora en curso en el Cercano, Medio y Lejano Oriente no trabajan a la realización de tan infernal proyecto?

Pike dijo a Mazzini el 15 de agosto de 1871 que al final de la Tercera Guerra Mundial, los que pretenden a la completa dominación mundial van a provocar el mayor cataclismo social jamás conocido en el mundo. Aquí citamos sus propias palabras escritas (en la carta inscrita en el catálogo de la British Museum Library de Londres):

«Vamos a soltar a los nihilistas y ateístas, y provocar un tremendo catalicsmo social que enseñará, con todo su horror, a las naciones los efectos del ateísmo absoluto, origen del salvajismo y de la subversión más sangrienta. Entonces, por doquier, los ciudadanos obligados a defenderse contra la minoría de revolucionarios mundiales, exterminarán a estos destructores de la civilización, y la multitud, desalentada del cristianismo, cuyos adoradores de Dios quedarán en este momento sin brújula (dirección), en busca de un ideal, pero sin saber a dónde dirigir su veneración, recibirá la verdadera luz, a través de la manifestación de la pura doctrina de Lucifer, llevada finalmente a la vista del público, manifestación aquella que seguirá la destrucción de la cristiandad y del ateísmo, ambos conquistados y aplastados del mismo golpe.»

BIBLIOGRAFIA

TERCERA PARTE

D'ALLEMAGNE, H.: «Les Saint-Simoniens». París, 1930.
AUBRY, Octave: «Napoleón III». Fayard. París, 1929.
AUBRY, Octave: «Le Second Empire». Fayard. París, 1929.
BEAU DE LOMENIE: «Les Responsabilités des Dynasties bourgeoises» de Bonaparte. 4 vol. Denöel. 1948-64.
BERTAUT, Jules: «Le roi bourgeois». Grasset, 1936.
BERTAUT, Jules: «1848 et la IIe République». Fayard. 1937.
BERTIER de SAUVIGNY: «La Restauration». Flammarion. París, 1955-63.
BERTIER de SAUVIGNY: «Metternich et la France après Vienne». Hachette. 1968-70.
BERTIER de SAUVIGNY: «La Révolution de 1830». A. Colin. 1970.
BERTRAND, Giles: «H. de la maison Rothschild». 2 vol. Droz. Genevè. 1967.
BERTRAND, Louis: «Lamartine». Fayard. París, 1940.
BLANC, Louis: «Histoire de Dix ans». 1841-44.
BLANC, Louis: «Histoire de la Révolution de 1848». 1880.
BOUVIER, J.: «Les Rothschild». Club du L. París, 1967.
CASTELOT, André: «La duchesse de Berry». Perrin. París, 1963.
CASTILLON du PERRON Marg.: «Louis-Philippe et la Rév. fr.». 2 vol. Perrin. 1963.
CHAMINADE, M.: «La Monarchie et les puissances d'Argent». 1933.
CHARLETY, Séb.: «Histoire des Saint-Simoniens». Hartmann. 1921.
CORTI, Egou, cte. de: «La Maison Rothschild (Leipzig, 1928)». 2 vol. Payot. 1929-30.
CRETINEAU-JOLY: «L'Eglise romaine en face de la Révolution». 2 vol. París, 1860.
DANSETTE, Adrien: «La IIe République et le Second Empire». Fayard. 1942.
DANSETTE, Adrien: «Les origines de la Commune de 1871». Plon. 1944.
DANSETTE, Adrien: «Louis-Napoleon à la conquête du pouvoir». Hachette. 1961.
DAUTRY, J.: «H. de la Révolution de 1848 en France». Hier et auj. 1948.
«1848 dans le Monde». Ed. de Minuit. 1948.
DISRAELI, Benjamin: «Coningsby». Londres, 1849.
DOLLEANS: «Histoire du Mouvement ouvrier». 2 vol. A. Colin. 1947.
DOLLEANS: «Le Chartisme (1831-1848). Rivière. 1949.
DOLLEANS: «H. du Mouv. ouvrier et socialiste (1750-1918)». Ed. ouvr. 1950.
DOLLEANS: «Histoire du Travail en France». 2 vol. Domat. 1953-55.
DOMINIQUE, Pierre: «La Commune de París», Hachette. París, 1962.
DROZ: «Restauration et Révolution (1815-1871)». P. U. F. 1953.
DUVERGIER de Hauranne: «Les Etats Unis pendant la guerre de Sécession». C. Lévy. 1966.
FOURCASSIE, J.: «Villèle». Fayard. París, 1954.
GIDE et RIST: «Histoire des Doctrines économiques», 2 vol. Svrey. 1959.
GRANDMAISON, Geoffroy de: «Napoléon et l'Espagne. 3 vol. Plon. 1925-31.
GRANDMAISON, Geoffroy de: «L'expédition française en Espagne en 1823». Plon. 1928.
HALEVY, Daniel: «La fin des Notables». 2 vol. Grasset. París, 1930-37.
HALEVY, Daniel: «La République des Dues». Grasset. 1937.
HALEVY, Daniel: «La République des Comités». Grasset. 1934.
HALEVY, Elie: «Histoire du Peuple anglais». 8 vol. (1815-1932). Hachette. 1974.
HODDE, de la: «H. des Sociétés secrètes de 1830 à 1848». 1850.
HODDE, de la: «La naissance de la République en février 1848». 1850.
LA FUENTE, Vicente: «Historia de las Sociedades secretas. Madrid, Prensa cat., 1933.

LIVOIS, René de: «Histoire de la Presse française». 2 vol. París, 1965.
LUCAS-DUBRETON, J.: «Louis XVIII». A. Michel. 1925.
LUCAS-DUBRETON, J.: «Restauration et Monarchie de Juillet». Hachette. París, 1925.
LUCAS-DUBRETON, J.: «Casimir Périer et la Révolution de 1830». Grasset. 1930.
LUCAS-DUBRETON, J.: «Lamartine». Flammarion. 1951.
LUCAS-DUBRETON, J.: «La Constituante de 1848». Oeuvres Libres
LUCAS-DUBRETON, J.: «Louis-Philippe». Fayard. 1938.
LUCAS-DUBRETON, J.: Mr. Thiers. Fayard. 1948.
MALO, Henri: «Mr. Thiers». Payot, 1932.
MAUROIS, André: «Histoire d'Angleterre». 2 vol. A. Michel. París, 1963.
MAUROIS, André: «Histoire des Etats Unis». 2 vol. 1959.
MENÉNDEZ PELAYO: «Historia de los Heterodoxos españoles». Madrid, 1932.
MORTON, A.: L.: «Histoire du Mouvement ouvrier anglais». F. Maspero. 1963.
MURET: «La prépondérance anglaise (1715-63)». Peuples et Civ. 1937.
PHILIP, André «H. des faits économiques et sociaux de 1800...». 2 vol. Dubier-Montaigu. 1963.
PIETSCH: «La Révolution industrielle». Payot. 1963.
RENOUVIN: «Histoire des Relations internationales (1815-71)». Hachette. 1954.
ROUX, marquis de: «La Restauration». Fayard. París, 1930.
SAINT-MARC, P.: «Le maréchal Marmont». Fayard. París, 1930.
SÁNCHEZ, Luis-Alberto: «Historia general de América», Ercilla. Santiago de Chile, 1956.
SOMBART, Werner: «L'apogée du Capitalisme». 2 vol. Payot. París, 1932.
SOUSA, Ant. Sergio de: «Historia de Portugal». Labor. 1929.
THUREAU-DANGIN: «Histoire de la Monarchie de Juillet». 1897-1904.
TIRADO y ROJAS, Mariano: «La Francmasonería en España». Madrid, 1892-93.
TIRADO y ROJAS, Mariano: «Las Traslogias». 1895.
TOUSSENEL: «Les Juifs rois de l'Epoque». 2 vol. Libr. Ecole sociétaire. 1845.
TERSEN: «Simón Bolívar». 1961.

BIBLIOGRAFIA

CUARTA PARTE

ADLER, Cyrus: «American Diplomatic Action affecting Jews (1840-1945)». Amer. Jew. Cttee. New York, 1946.

ALINGTON: «Histoire de la guerre de Sécession». 1968.
ANTHONY, Evelyn: «La reine Victoria». Laffont. París, 1962.
BAINVILLE, Jacques: «La IIIème République». Fayard. París, 1935.
BAKOUNINE: «Lénine, la Révolution bolcheviste». Payot. París, 1963.
BAUMONT: «L'essor industriel et l'imp. colonial» (t. XVIII). Peuples Alcan. 1937.
BLOND, Georges: «La Marne». Club. fr. du Livre. 1968.
BONNEFOUS, Ed.: «Histoire de la IIIème République». 5 vol. P. U. F. 1956-62.
BORDIOT, Jacques: «Une Main cachée dirige».
BOURBON, Sixte de: «L'offre de paix séparée de l'Autriche». Plon. París, 1920.
BOURGIN, Georges: «La guerre de 1870 et la Commune». Flammarion. París, 1971.
BLUMEMBERG, Werner. «Marx» Mercure de Fr. 1967.
BULOW: «Correspondance avec Guillaume II». Grasset. París.
CAPEFIGUE: «Histoire des grandes operations financieres». París. 1851-55.
CHARLES-ROUX, Fr.: «L'offre de paix separée de l'Autriche». 1920.
CHARLES-ROUX, Fr.: «La paix des Empires centraux». 1947.
CHASTENET, Jacques: «Le siècle de Victoria». Fayard. París, 1947.
CHASTENET, Jacques: «Raymond Poincaré». Julliard. París, 1948.
CHASTENET, Jacques: «Histoire de la IIIème République». 7 vol. Hachette. 1962-63.
CHASTENET, Jacques: «La France de Mr. Fallières». Fayard. 1957.
CHIRAC, Auguste: «L'agiotage sous la IIIème République». *La Revue socialiste*. 1886.
CHIRAC, Auguste: «Les rois de la République». P. Arnould. 1883.
CHYCH, Stanley F.: «Aaron López» American Jewish Hist. guarterly, 1963.
COMTE, Gilbert: «La Révolution russe par ses témoins». Table ronde. 1963.
CRANSHAW, Ed.: «La Chute des Habsbourgs». Gallimard. 1963-66.
DANSETTE, Adrien: «Le Boulangisme».
DELAISI, Francis: «La Democratic et les financiers».
DOLLEANS, Ed.: «Proudhon». Gallimard. París, 1948.
DRUMONT, Ed.: «La France juive». Flammarion. París, 1886.
DUROSELLE: «La politique extérieure des Etats Unis, de Wilson à Roosevelt». A. Colin. 1960.
FABRE-LUCE, Alfred: «L'Histoire démaquillée». Laffont. París, 1967.
FERGUSON, Ch. Wright: «Fifty million Brothers». Farrar. New York, 1937.
GALTIER-BOISSIERE: «Guerre 1914-18».
GURVITCH, Georges: «Proud'hon». P. U. F. París, 1964.
HALEVY, Elie: «H. du socialisme européen». Gallimard. París, 1948.
HAMON, Auguste: «Les Maîtres de la France». 3 vol. 1936-37.
HANOTAUX, Gabriel: «Histoire de la France contemporaine (1871-1900)». 4 vol. Goubert. 1903-08.
ISWOLSKY, Helène: «La vie de Bakounine». Gallimard. París, 1930.
JACOBY, J.: «Le tsar Nicolás II et la révolution». Fayard. París, 1958.
JANNET, Claudio: «Le capital, la spéculation et la finance au XIXe siècle». Plon. 1892.
JOUVENEL, Rob. de: «La République des camarades».
JULLIAN, Ph.: «Edouard VII». Hachette. París, 1962.
KOHN, Richard: «La Révolution russe». Julliard. París, 1963.

KORN, Bertram: «American Jewry and the Civil War». Jew. publ. Philadelph, 1951.
LAWRENCE: «Seven Pillars of Wisdom». 1926.
LEFRANC, Georges: «Histoire des Doctrines sociales». 2 vol. Aubier-Montaigne, 1967.
LEFRANC, Georges: «Le Mouvement social sous la IIIe Rép.». Payot, 1963.
LEFRANC, Georges: «Le syndicalisme dans le monde». P. U. F. 1963.
LEFRANC, Georges: «Histoire du Travail». Flammarion. 1957.
LENINE: «La Révolution bolcheviste». Payot. 1963.
LESOURD, J. A.: «H. économique au XIXe et XXème siècles». A. Colin. 1963.
LEVASSEUR, E.: «Histoire de la classe ouvrière, 1789-1870». 1903.
MAGNAN de BORNIER: «L'Empire britannique». Mechelink. 1930.
MARX, Karl: «Oeuvres économiques, *Pléiade* Max Rubel». Gallimard. 1963.
MAUROIS, André: «La vie de Disraëli». Hachette. 1927.
MAUROIS, André: «Edouard VII». Grasset. 1937.
MAUROIS, André: «La vie de Cecil Rhodes», dans *Oeuvres libres*. Juillet 1953.
MIQUEL, Pierre: «Poincaré». Fayard. 1961.
MONTEFIORE, Cl. Jos.: «Synoptic Gospels». Mc Millan. London, 1909.
MURET, Maurice: «Guillaume II». Fayard. 1940.
NERÉ, Jacques: «La guerre de Sécession». *Que Sais-je?* P. U. F. 1965.
NETON, Albéric: «Théophile Delcassé». Ac. dipl. internat. 1952.
OLLIVIER, Georges: «L'Alliance Israelite Universelle (1860-1960)».
PANGE, J. de: «L'Allemagne (1789-1945)». Fayard. París.
PAYEN, Fernand: «Poincaré». Grasset. 1936.
PEREIRA-MENDES, Henry: «Looking Ahead». Tennyson Neely. New York, London, 1899.
PERROUX, Fr.: «L'Economie du XXe siècle». P. U. F. París, 1961.
PIETTRE, André: «Marx et marxisme». P. U. F. París, 1963.
PROUD'HON: «Textes choisis». Dalloz. París, 1953.
PROUD'HON: «Oeuvres complètes». 1959.
RECLUS, Maurice: «La IIIème République». Fayard. París, 1945.
RECOULY, Raymond: «La négociation secrète Briand-Lancken». 1933.
RENOUVIN: «Histoire des Relations internationales» (t. VI: 1871-1914, et t. VII: 1914-29). Hachette. 1954-58.
ROSENBERG, Arthur: «Histoire du Bolchevisme». Grasset. 1967.
ROUX, Georges: «L'affaire Dreyfus». Perrin. París, 1972.
SAINT-AULAIRE: «Françoise-Joseph». Fayard. París, 1945.
SAINT-PIERRE: «Le Drame des Romanov». 2 vol. Laffont. 1967-69.
SCHNITLER, Cl.: «La guerre mondiale». Payot. París.
SKOUSEN, Cleon: «The Naked Communist». Ensign Publ. Salt Lake City, 1958.
SKOUSEN, Cleon: «The Naked Capitalist». Salt Lake City, 1971.
TROTSKY, León: «Histoire de la Révolution russe». Paris le Seuil, 1950.
TROTSKY, León: «Ma Vie». Gallimard. 1973.
VALLOTON, H.: «Bismarck». Fayard. París, 1961.
VALLUY, géneral: «La guerre de 1914-18». Larousse. 1968.
VAUSSARD. Maurice: «Histoire de l'Italie contemporaine». Hachette. 1950.
WALTER, Gérard: «Lénine». Julliard. París, 1950.
WELTER, Gustave: «Histoire de la Russie». Payot. París, 1963.
WOLFE, Bertram: «Le Marxisme». Fayard. París, 1965.

BIBLIOGRAFIA

PARTES V Y VI

Afrique noire contemporaine. A. Colin. 1968.
ANDERS, Robert: «L'Afrique africaine». Sept Couleurs. 1963.
ALLEAU, René: «Hitler et les sociétés secrètes». Grasset. 1969.
ARON, Robert: «Histoire de Vichy». Fayard. 1954.
ARON, Robert: «Histoire de la Libération de la France». Fayard. 1959.
ARON, Robert: «Les origines de l'affaire algérienne». Fayard. 1962.
ARON, Robert: «Histoire de l'Epuration». Fayard. 1967.
BABY, Jean: «La controverse sino-soviétique (1956-66)». Grasset. 1968.
BAROJA, Caro: «Los judíos en la España moderna». Arión. 1968.
BARUCH, Bernard Mannes: «The Making of the Reparations». Harper's. New York, 1920.
BARUCH, Bernard Mannes: «Taking the Profits out of War». New York, 1936.
BEARD, Charles A.: «Roosevelt and the Coming of the War». 1948.
BENOIST-MECHIN: «Histoire de l'Armée allemande (1918-39)». 6 vol. A. Michel. 1964.
BENOIST-MECHIN: «60 jours qui ébranlèrent l'Occident (1940)». 3 vol. A. Michel. 1956.
BENOIST-MECHIN: «Mustapha Kémal». A. Michel. 1955.
BENOIST-MECHIN: «Ibn Séoud». A. Michel. 1964.
BERNARD, Georges: «La Yougoslavie dans la guerre». Table Ronde. 1968.
BETTELHEIM: «L'Economie soviètique». Sirey. 1950.
BLOND, Georges: «Le Débarquement». Fayard. 1951.
BLOND, Georges: «La Défaite allemande à l'Ouest». Boutah-Marquin. 1961.
BLOND, Georges: «L'Agonie de l'Allemagne». Fayard. 1962.
BONNET, Georges: «Le Quai d'Orsay sous trois Républiques». Fayard. 1961.
BORDIOT, Jacques: «Une Main cachée dirige...».
BOUVIER, Ch.: «La Collectivisation de l'Agriculture (U. R. S. S.-Chine)». A. Colin. 1958.
BRENAN, Gérald: «Le Labyrinthe espagnol». 1962.
BRISSAUD, André: «Hitler et l'Ordre Noir». Perrin. 1969.
BROMBERGER, Lévy et Serge: «Les Secrets de l'Expédition d'Egypte». 1957.
BROUE, Pierre: «La Révolution et la guerre d'Espagne». Edit. de Minuit. 1961.
BRUGERE-TRELAT, Vincent: «Budapest». Table Ronde. 1966.
CARLAVILA, Mauricio: «Kruschev». *Nos*. Madrid, 1958.
CARTIER, Raymond: «La IIème Guerre mondiale». 2 vol. Larousse. 1965.
CARTIER, Raymond: «Les Secrets de la Guerre». 1947.
CARTIER, Raymond: «Hitler et ses généraux». Fayard. 1962.
CARTIER, Raymond: «Histoire mondiale de l'Après-Guerre (1945-53)». 2 vol. Presses de la Cité. 1970.
CHASSIN, L. M., général: «Histoire de la IIème guerre mondiale». Payot.
CHASSIN, L. M., général: «La Conquête de la Chine par Mao-Tsé-toung. Payot. 1952.
CHASTENET, Jacques: «20 ans d'Histoire diplomatique (1919-39)». Genève, 1945.
CHASTENET, Jacques: «Winston Churchill». Fayard. 1956.
CHESNEAUX, J.: «Les Sociétés secrètes en Chine». Julliard. 1965.
CHOURAQUI, André: «La pensée juive (l'Alliance israël. univ.)». P. U. F. 1965.
CHOURAQUI, André: «L'Etat d'Israël». *Que Sais-je?* 1967.
COMIN COLOMER, Ed.: «Historia secreta de la II República». *Nos*. Madrid, 1954.
COMIN COLOMER, Ed.: «La masonería en España». Ed. Nac. Madrid, 1954.
COMIN COLOMER, Ed.: «Historia del anarquismo español». 2 vol.

COMIN COLOMER, Ed.: «Historia del P. C. de España». 3 vol. 1967.
CONTE, Arthur: «Yalta ou le Partage du Monde». R. Laffont. 1964.
CONTE, Arthur: «Bandoung». R. Laffont. 1965.
CORDIER, Henri: «Les Juifs en Chine». Masson. 1890.
CORNEVIN, R. et M.: «Histoire de l'Afrique». Payot. 1964.
COSTA de LOVERDO: «Le maquis rouge des Balkans». Stock. 1967.
COSTON, Henry: «Les Financiers qui mènent le monde». Libr. française.
COSTON, Henry: «La Haute Banque et les Trusts». Libr. française. 1958.
COSTON, Henry: «La F... M... gouverne». Libr. française. 1958.
COSTON, Henry: «Le retour des 200 familles». Libr. française.
COSTON, Henry: «L'Europe des banquiers». Libr. française. 1963.
COSTON, Henry: «Les Technocrates et la Synarchie». Libr. française. 1962.
COSTON, Henry: «La République des Rothschild». Libr. française. 1962.
COSTON, Henry: «La Haute Finance et les Révolutions». Libr. française. 1963.
COSTON, Henry: «Le Secret des Dieux». Libr. française. 1968.
COSTON, Henry: «La France à l'encan». Libr. française.
COSTON, Henry: «La République du G... O...». Libr. française.
COSTON, Henry: «Treize ans de Malheur». Libr. française.
Le CRAPOUILLOT: «Le Petit de GAULLE illustré». Hiver 1967-68.
Le CRAPOUILLOT: «Histoires secrètes de la Ve Républ. (le 13 mai)». Eté 1968.
DALMAS, Louis: «Le Communisme yougoslave en 1950». Terre des Hommes. 1 d.
DECRAENE: «Le Panafricanisme». P. U. F. 1961.
DÉFENSE de l'OCCIDENT: «Les Fascismes inconnus». Abril-mai. 1969.
DEGRELLE, León: «Hitler pour mille ans». Table Ronde. 1969.
DRAPER, Théodore: «American Communism and Soviet Russia». Viking. Pr. New York, 1960.
DRAPER, Théodore: «The Rediscovery of Black Nationalism». 1969.
DU BOIS, N. E. B.: «Dusk of Dawn». Harcourt. 1940.
DUCHEMIN: «Histoire du F. L. N.». Table Ronde. 1962.
DUROSELLE: «De Wilson à Roosevelt». Colin. 1960.
EINAUDI, Mario: «Roosevelt et la révolution du New deal». A. Colin. 1961.
ELGEY, Georgette: «La Vie secrète de la IVe République». Fayard. 1968.
FABRE-LUCE, Alfred: «Histoire secrète de la Conciliation de Munich». Laffont. 1967.
FARINACCI: «Storia della Revoluzione fascista». 1932.
FAULKNER, Harold Underw.: «From Versailles to the New Deal». Yale Univ. Press. 1950.
FAULKNER, Harold Underw.: «American Economic History». Harper's. 1960.
FAUVET, Jacques: «La IVème République». Fayard. 1959.
FERNIOT, J.: «De Gaulle et le 13 mai». Plon. 1985.
FONTAINE, André: «Histoire de la Guerre froide». 2 vol. Fayard. 1967.
FONTAINE, Pierre: «Les Secrets du Pétrole». Sept Couleurs. 1963.
FONTAINE, Pierre: «Le Pétrole du Moyen-Orient et les Trusts». Sept Couleurs. 1960.
FOSTER Rhea DULLES: «Labor in America». New York, 1969.
FRANCK, Louis Ros.: «Histoire économique et sociale des E. U.». Aubier. 1950.
GALBRAITH, John Kenneth: «The great Crash of 1929». London, 1953.
GALLO, Max: «L'Italie de Mussolini». Perrin. 1964.
GARDES, Michel: «L'Agonie du régime en U. R. S. S.». Table Ronde. 1965.
GEORGES-ROUX: «Mussolini». Fayard. 1960.
GEORGES-ROUX: «La guerre civile d'Espagne». Fayard. 1963.
GOSSET, Renée et P.: «Expedient provisoire: le coup d'Alger». Fasquelle 1957.
HALEY, Alex.: «The Autobiography of Malcolm X». Grove Press. New York, 1965.
HARRIS: «American Labor». Oxford, 1939.
HART: «The Jews in Canada». Jew. Publ. Toronto, 1926.
HAUESTAENGL: «Hitler, les années obscures». Ed. de Trèvise. 1968.
HEIDEN: «Histoire du National-socialisme».
IAZITCH, Branko: «Tito et la révolution yougoslave». Fasquelle. 1957.
JOUHAUD, Ed., général: «A mon pays perdu». Fayard. 1969.
JUIN, maréchal: «Mémoires». Fayard.
LAGAILLARDE, P.: «On a triché avec l'honneur». Table Ronde. 1961.
LATREILLE, André: «La IIème Guerre mondiale». Hachette. 1966.
LAUNAY, Jacques de: «Secrets diplomatiques 1939-45». Brepol. Bruxelles, 1963.
LAUNAY, Jacques de: «Histoire de la Diplomatie secrète». Verviers, 1966.
LILIENTHAL, David: «Big Business». 1953.
LINCOLN, C. Eric.: «The Black Muslims in America». Bracon Pr. Boston, 1961.
LINDBERG, Ch. A cl.: «Wartime Journals». Harcourt. New York, 1970.

MAC ARTHUR: «Mémoires». Presses de la Cité. 1965.
MARTIN, Claude: «Franco, soldat et chef d'Etat». Les 4 Fils Aymon.
MARTIN, Claude: «Histoire de l'Algérie française». Les 4 Fils Aymon. 1963.
MASSIS, Henri: «Salazar, face à face». La Palauhene. 1961.
MICHEL, Henri: «Les Mouvements clandestins en Europe». *Que Sais-je?* 1961.
MIKOLAJCYK, Stanislas: «Le Viol de la Pologne». Plon. 1952.
MONTIGNY, Jacques: «Le Complot contre la Paix». Table Ronde. 1966.
MIRRORS of WASHINGTON. Putnam. 1921.
MIRRORS of WALL STREET. Putnam. 1933.
MORAND: «L'Angleterre, maîtresse des Destinées françaises».
MORGENSTERN, George Edward: «Pearl Harbor». New York, 1947.
MUSE, B.: «The American Negro Revolution».
The Myth of the Six Millions: «Noon Tide». Los Angeles, 1973.
NEUMANN, W.: «Making the Peace». Washington, 1950.
PAILLAT, Claude: «20 ans qui déchirèrent la France (Algérie)». 2 vol. Laffont. 1967.
PAUWELS: «Le matin des Magiciens». Gallimard. 1960.
PEARE, Catherine: «La Vie de F. D. Roosevelt». 1967.
PENDAR, Kenneth: «Alger, 1942». Tabla Ronde. 1967.
PONCINS, León de: «Les Forces secrètes de la révolution». Bossard. 1928.
PONCINS, Léon de: «La F. M., puissance occulte». Bossard. 1932.
PONCINS, Léon de: «Les Juifs, maîtres du monde».
PONCINS, Léon de: «La F. M. d'aprés ses documents secrets». Beauchesne. 1934.
PONCINS, Léon de: «La S. D. N., super-Etat maçonnique». Beauchesne, 1936.
PONCINS, Léon de: «La mystérieuse Internationale juive».
PONCINS, Léon de: «Histoire secrète de la Révolution espagnole. Beauchesne. 1937.
PONCINS, Léon de: «La F. M. contre la France». Beauchesne 1941.
PONCINS, Léon de: «Le plan communiste d'insurrection armée». Mercure de Fr. 1939.
PROST, M.: «Le destin de la Roumanie». París, 1954.
QUEUILLE, P.: «Histoire de l'Afroasiatisme». Payot. 1965.
QUIGLEY, Carroll: «Tragedy and Hope». Mac Millan. 1966.
RASSINIER, Paul: «Le Drame des Juifs européens. Sept Couleurs 1964.
RAMSAY, capt.: «The Nameless War».
RATHENAU, Walter: «Où va le Monde?» Payot. 1922.
RAUCH: «Roosevelt, from Munich to Pearl Harbor. New York, 1950.
REMOND, René: «Histoire des Etats Unis». P. U. F. 1966.
RENOUVIN: «Histoire des Relations internationales», t. VIII. Hachette
RIPKA, Hubert: «Le coup de Prague». Plon. 1949.
ROZ, Firmin: «Histoire des Etats Unis». Fayard. 1930.
RUPPIN, A.: «Les Juifs dans le monde (Berlín, 1918)». Payot.
SAINT-PASTOUR: «La F. M. au Parlement (1870-1970)».
SAINT-YVES D'ALVEYDRE: «Mission des Souverains».
SAINT-YVES D'ALVEYDRE: «Mission des Ouvriers».
SAINT-YVES D'ALVEYDRE: «Mission de l'Inde (posthume, cte. Alex Keller)». Dorbon. 1949.
SALAN, Raoul, général: «Mémoires» (4 vol.). Presses de la Cité. 1974.
SALVADOR BORREGO, E.: «Derrota Mundial». México, 1954-68.
SCHLESINGER, Arthur: «L'Ere de Roosevelt». Denoël. 1971.
SCHRAM, Stuart: «Mao-Tsé-toung». A. Colin. 1963.
SILCOX, Cl. Edwin: «Catholics, Jews and Protestants». N. Y. Harper's. 1934.
SOUVARINE, Boris: «Staline».
SPEARS, E. L. général: «Témoignage sur une catastrophe». Presses de la Cité. 1964.
SPERCU, Willy: «Mustapha Kemal Ataturk». 1958.
SUSINI, Jacques: «Histoire de l'O. A. S.». Table Ronde. 1963.
SUTTON, Anthony: «Wall street and the Bolchevik revolution».
SUTTON, Anthony: «Wall street and F. D. R.» revolution».
SUTTON, Anthony: «Western Technology and Soviet Development (1917 to 1930)».
TANSILL, Ch. C.: «America goes to war». Boston, 1938.
TANSILL, Ch. C.: «Roosevelt and the Coming of the war». Boston, 1948.
THARAUD, Jérôme et J.: «Quand Israël est roi». Plon. 1921. et dans *Revue Universelle,* avril-juin, 1934.
THOMAS, Hugh: «La Guerre d'Espagne». R. Laffont, 1961.
TOURNOUX: «Pétain et de Gaulle».
TOURNOUX: «Secrets d'Etat».
TOURNOUX: «Carnets secrets».

TOURNOUX: «L'histoire secrète». Plon. 1962.
TOURNOUX: «Le mois de mai du général». Plon. 1969.
TOURNOUX: «La tragédie du général».
TRINQUIER, cl: «Le coup d'état du 13 mai». L'esprit nouveau. 1962.
VAUSSARD, Maurice: «Histoire de l'Italie contemporaine». Hachette. 1950.
VILLEMAREST, P. F. de: «La marche au pouvoir en U. R. S. S.». Fayard. 1969.
WARBURG, Sidney: «El dinero de Hitler». Madrid, 1955.
WEIGHT, Nathan: «Black Power and urban unrest».
WENZEL, Jacksch: «Potsdam, 1945». Table Ronde. 1958.
WIRSING, C.: «Roosevelt et l'Europe».
WORMSER: «Georges Mandel».
ZISCHKA, Anton: «Le pétrole».

BIBLIOGRAFIA

PARTES VII Y VIII

ALLEN, Gary: «Richard Nixon, the man beyond the mask». Seal Beach Concord Pr.
ALLEN, Gary: «None dare call it Conspiracy». Concord. 1970.
ALLEN, Gary: «Kissinger».
ALLEN, Gary: «The Rockefeller File». Seal *76 Press*. 1976.
ALLEN, Gary: «Jimmy Carter». *76 Press*. 1976.
BABY, Jean: «La grande controverse sino-soviètique (1956-66)» Grasset. 1967.
BENOIST-MECHIN: «Fayçal, roi d'Arabie». A. Michel. 1975.
BERNARD-GEORGES: «Histoire de la République fédérals allem». Table Ronde. 1973.
BIANCO, Mireille: «Kadhafi, messager du désert». Stock. 1974.
BORDIOT, Jacques: «Le Pouvoir occulte, fourrier du Communisme».
BORDIOT, Jacques: «L'Occident démantelé».
BORDIOT, Jacques: «Le Parlement européen». Librairie française. 1976.
BROCHIER, H.: «Le Miracle économique japonais (1950-70)». Calm.-Lévy. 1970.
CANAPA, M.: «Réforme économique et sociale en Yougoslavie». Colin. 1970.
CAPELL, Frank A.: «Henry Kissinger, Soviet agent». «Herald of Freedom». 1974.
CARTIER, Raymond: «Histoire mondiale de l'après-guerre» (2 vol.) Presses de la Cité. 1973.
CASTELLAN, Georges: «La République démocratique allemande». *Que Sais-je?* 1968
CAZALIS, Anne-Marie: «Kadhafi, le Templier d'Allah». Gallimard. 1974.
CONSTANTINESCU: «Histoire de la Roumanie». Sirey. 1970.
DAUBIER, J. «La Révolution culturelle». Maspero. 1970.
DAUPHIN-MEUNIER, A.: «La doctrine économique de l'Eglise». 1950.
DELAMARE: «Infiltrations ennemies dans l'Eglise».
DENOYAN, Gilbert: «El Fath parle». 1970.
DIMITRIU, Sergiu: «Roumanie, terre d'infortune». Debresse. 1970.
DUPRAT, Fr.: «Les journées de mai 1968». Libr. fr. 1968.
FAVRE, h-cl.: «Les Sociétés secrètes en Chine». Maisonneuve.
FETJÖ, Fr.: «Histoire des démocraties populaires» (2 vol.). Le Seuil. 1953-68.
FETJÖ, Fr.: «Budapest, 1956». Julliard, 1966.
GALBRAITH, John: «La Gauche américaine». Fayard. 1971.
GEORGE, Pierre: «L'Economie de l'U. R. S. S.» *Que Sais-je?* 1971.
KISSINGER, Henry: «Pour une nouvelle politique étrangère américaine». Fayard. 1970.
KOCHAN, Lionel: «Les Juifs en U. R. S. S. depuis 1917». Calm.-Lévy. 1972.
LACOUR, Gayet: «Histoire de l'Afrique du Sud». Fayard. 1970.
LIAUTEY, P.: «La Turquie moderne». Julliard. 1970.
LI, OGG: «Histoire de la Corée». *Que Sais-je?* 1969.
MANGUY, Marc: «L'Economie de la Chine populaire» *Que Sais-je?* 1972.
MAUTRAN, Robert: «Histoire de la Turquie». *Que Sais-je?* 1969.
MUSCAT, Frederick: «Mon fils, mon président» (Kadhafi). La Vallette. 1975.
NORDLING, R.: «Suède socialiste et libre entreprise». Fayard. 1970.
PHIPIPPE-ALEXANDRE: «Chronique des jours amers». Presses de la Cité. 1971.
PONCINS, Léon de: «Le Problème juif face au Concile». 1966.
SMOOT, Dan: «The Invisible Government (C. F. R.)».
STANG, Alan: «"The Actor" (John Foster Dulles)». Western Islands. 1968.
SUTTON, Anthony. «National Suicide (Aid to U. R. S. S.)». Arlington. New York. 1973.
VIRION, Pierre: «La Iglesia y la Masonería». Barcelona Acervo.
VIRION, Pierre: «Bientôt un Gouvernement mondial». St-Michel. 1966.
VIRION, Pierre: «Le Nouvel Ordre du Monde». Téqui. 1974.

CONCLUSION

Al terminar esta obra demasiado larga
permítase al autor
elevar a DIOS TODOPODEROSO
una ardiente plegaria:
SEÑOR,
que vuelvan los PROFETAS al desierto,
que vayan los «SABIOS» al manicomio
y que se queden los mercaderes fuera del templo
para que pueda reinar en esta tierra
la PAZ
entre todos los hombres de buena voluntad.
Amén.

*Se terminó de imprimir ésta obra en el mes de
Abril de 1989 en los talleres gráficos de ORION
EDITORES, para Editorial Solar.
Bogotá, Colombia.*

ZINI y el pontífice de las tras-logias gl. Albert PIKE concibieron (en su correspondencia: 22 de enero de 1870 - 15 de agosto de 1871), la fórmula *Crisis-Guerra-Revolución*, las crisis económicas desembocando en guerras-suicidas y en trastornos sociales capaces de destruir la sociedad.

En esta vía, las obras de Pereira MENDES («Looking Ahead», 1899), del coronel Mandell HOUSE («Philip Dru, administrador», 1912) antes de la Primera Guerra Mundial y después la de Walter RATHENAU («A dónde va el mundo?» 1922), la correspondencia ROOSEVELT-STALIN (20 de enero de 1943, antes de Teherán y de Yalta) y las obras de Zbigniew BRZEZINSKY («Between two Ages», 1970) marcan las etapas y definen los objetivos de la Alta Finanza, tratando de dominar el mundo, como José reinó con sus escribas sobre el pueblo de Egipto, reducido a la esclavitud.

Escribe José SALVADOR (en «Paris, Rome, Jérusalem», 1860): *Abro mi última parte, Jérusalem, o la obra de reedificación general en este año de 1840.*

Una vez quebrantada la armadura social, se reedificará el mundo, ¿pero según qué esquema?

Lo precisa Enrique HEINE («Französische Zeitung», 12 de julio de 1842): *Entonces el comunismo, que no ha visto todavía la luz del día, aparecerá potente,... se identificará con la Dictadura del Proletariado* (Proletarien Herrschaft).

Para realizar esta obra, Moïses HESS (apóstol del neomesianismo y del sionismo) pone en contacto su discípulo Federico ENGELS con Carlos MARX en 1842-44.

Así nació el marxismo.